

HISTORIA
DE LOS
GIRONDINOS

Valencia y Hermandad a 1951

Dan m. h.

T. 1358903

C. 71897253

12.000
3 Tomos



*Valladolid -
4-III-41*

HISTORIA

DE LOS

GIRONDINOS

POR

A. DE LAMARTINE

NOVISIMA EDICION ESPAÑOLA

ILUSTRADA CON MULTITUD DE GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO
Y MAGNÍFICOS RETRATOS APARTE.

B. 40 247

TOMO PRIMERO

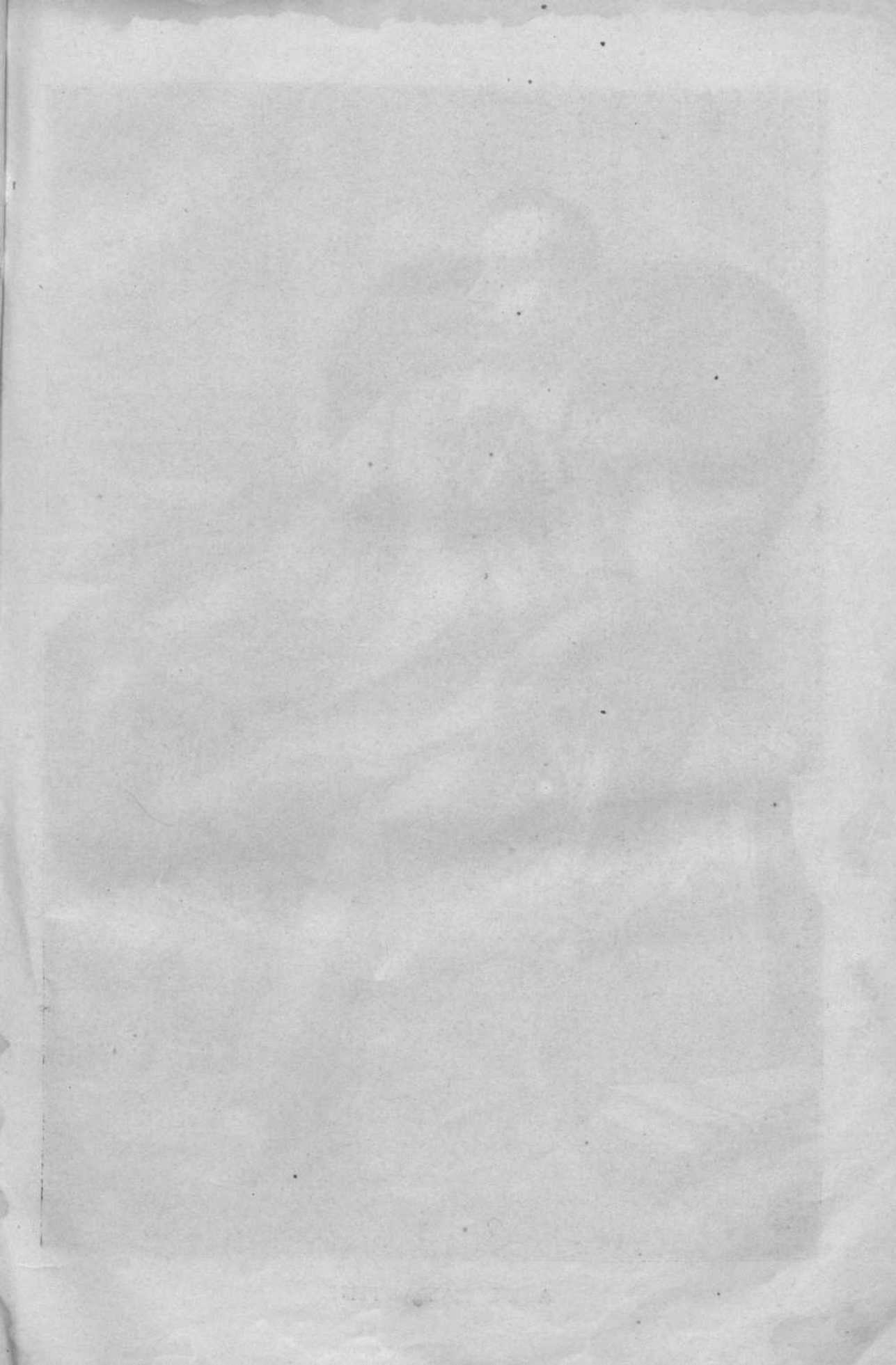
MADRID

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO
calle de Preciados, número 5.

1877

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

R. 316417





A. DE LAMARTINE.

HISTORIA

DE LOS

GIRONDINOS.



LIBRO PRIMERO.

Introduccion.— Muerte de Mirabeau.— Su retrato.— Situacion de la Asamblea nacional en 1791.— Aparicion de la idea democrática.— Punto de partida de la revolucion.— Partidos.— Jefes principales.— Retratos de Luis XVI y de Maria Antonieta.— Molouet, Clermont Tonnerre, el abate Maury, Cazales, Barnave, los dos Lameth, Robespierre, Duport, Petion.— Sociedades populares.— Retrato de Lafayette.

I

Juramento del Juego de Pelota.
(20 de Junio de 1789.)

Voy á escribir los hechos de un corto número de hombres que, lanzados por la Providencia en medio del drama más grandioso de la edad moderna, reasumen en sí las ideas, las pasiones, las faltas y virtudes de toda una época. Entrelazadas su vida y su política con la revolucion en estrecho lazo, la misma segur que separa sus cabezas del tronco, hiere mortalmente los destinos del país en que vieron la luz por primera vez.

Llena esta historia de sangre y de lágrimas, abunda tambien en provechosa enseñanza para los pueblos; nunca quizá se han verificado tantos sucesos trágicos en tan corto período; nunca tampoco se desarrolló con más rapidez esa correla-

cion misteriosa que existe entre los actos y las consecuencias de éstos; jamás se sucedieron con igual velocidad á las debilidades las faltas, á éstas los crímenes, y al crimen el castigo; nunca se ha manifestado con más evidencia esa justicia remuneradora que Dios ha colocado en nuestros actos como una conciencia más santa que la fatalidad de los antiguos; nunca, finalmente, ha brillado la ley de la moral con más esplendor, ni se ha hecho justicia á sí misma con mayor rigor. La simple narracion de lo acaecido en solos dos años es el comentario más luminoso de una de las mayores revoluciones que hayan asombrado al orbe con sus estragos, y la sangre derramada en ella á torrentes, no tan sólo horroriza y causa compasion á un mismo tiempo, sino que es una leccion ejemplar para los hombres de los siglos venideros.

La imparcialidad de la historia no es semejante á la del espejo, que traslada los objetos tales como los recibe; aseméjase sí á la del juez, que ve, oye y condena. Los anales y la historia son dos cosas muy distintas, y para que ésta merezca el nombre de tal, necesita tener una conciencia, porque más tarde llega á ser la del género humano. Una narracion vivificada por la imaginacion, madurada y juzgada por la prudencia, es la historia, tal cual los antiguos la entendieron, y tal como yo quisiera legarla á mi patria, si Dios se digna dirigir mi pluma para conseguirlo.

II

Mirabeau ha dejado de existir. Las turbas populares corren instintivamente y en tropel hácia la casa del tribuno, como si confiasen aún en las inspiraciones que creen van á salir del féretro que contiene sus restos exánimes; sin embargo, aunque Mirabeau viviese todavía, sería tan mudo como el mármol, cuya frialdad han adquirido ya sus miembros. El genio de aquel grande hombre se habia eclipsado ante el de la revolucion, y arrastrado hácia un precipicio inevitable por el carro que él mismo habia lanzado, en vano trataba de aferrarse á la tribuna como única áncora salvadora que podia libertarle del naufragio. Las últimas memorias que dirigió al rey, y que con el secreto de su venalidad nos han sido transmitidas por la famosa *alacena de hierro*, manifiestan la decadencia de su inteligencia. Los consejos que hallamos estampados en ellas son versátiles, incoherentes y á veces pueriles. Ya se figura poder detener la revolucion con un grano de arena, ya coloca la salvacion de la monarquía en una alocucion del trono ó en una ceremonia régia, como medio de popularizar al monarca. Otras veces se propone comprar los aplausos de las tribunas, y no vacila en creer que la nacion se venderá con igual facilidad que aquéllas. La pequeñez de los medios de salvacion no es comparable sino con la inmensidad progresiva del peligro. Ya no hay orden en sus ideas, y sólo se advierte en sus escritos que, forzada su mano por las pasiones que él mismo ha suscitado, y que ya no le es dado dirigir, trata de hacerles traicion, aunque sin acabar de resolverse á volverles del todo la espalda. El terrible agitador aparece ya como un cortesano despavorido, que va á guarecerse á las gradas del solio, y aunque trata de pronunciar á media voz las terribles palabras de *nacion y libertad*, únicas que á su papel convienen, se halla poseido de toda la pequeñez y señoreado por esa vanidad que ha tocado en suerte á los hombres de corte. Los grandes genios causan compasion cuando se les ve luchando con un

imposible; sin duda Mirabeau era el hombre más fuerte de su época; pero por grandes que sean los hombres, no aparecen sino unos insensatos cuando quieren oponerse á un elemento desencadenado. Su caída no es majestuosa si no les acompaña en ella su virtud hasta el último momento.

Pretenden los poetas que las nubes toman las formas de los países por donde pasan, bien sean llanuras, valles ó montañas, y que conservan esta figura en medio de los aires. Esta imágen es la de ciertos hombres, cuyo talento, que podrémos llamar colectivo, se modela sobre la época á que pertenecen y encarna en ellos la individualidad de toda una nacion. Mirabeau era de estos hombres. El no intentó la revolucion, pero la puso de manifiesto. Sin él, quizá no hubiera pasado del estado de idea y de tendencia. Nació, y la revolucion tomó en él la forma, la pasion y el lenguaje; de suerte que, al verle, no podia uno ménos de exclamar involuntariamente: «Héla ahí».

Hijo de una antigua y noble familia refugiada y establecida en Provenza, aunque originaria de Italia, la sangre de Maquiavelo y el carácter bullicioso de los hijos de las repúblicas italianas era peculiar á todos los individuos de su casa. Las tendencias de sus almas son en ellos superiores á las categorías sociales que ocupan. Grandes hasta en sus vicios, así como en sus pasiones y virtudes, las mujeres son ó angelicales ó depravadas, los hombres sublimes ó perversos, y su mismo lenguaje es tan marcado y grandioso como sus caracteres. Hasta en sus más familiares correspondencias brilla el colorido y percíbese la vibracion de las lenguas heroicas de Italia.

Los antepasados de Mirabeau hablan de sus negocios domésticos como Plutarco de las contiendas de Mario y de Sylla, ó de las de César y Pompeyo. Estos hombres se hallan fuera de su elemento cuando tratan de cosas de poca monta. Mirabeau respiró esta majestad y virilidad doméstica desde la cuna. Insisto en estos detalles, que parecen extraños á mi narracion, pero que sirven sin embargo para explicarla. La fuente del genio se halla muchas veces en la sangre de donde se descende, y algunas otras, la familia á que uno pertenece es el mejor vaticinio de la suerte que se aguarda.

III

La educacion de Mirabeau fué brusca y cruel como la mano de su padre, llamado el *amigo de los hombres*, pero que por su carácter turbulento y su vanidad egoísta vino á ser el perseguidor implacable de su mujer y el tirano de sus hijos. No se le enseñó más virtud que la del honor, nombre con que se designaba entónces lo que, como hoy, no suele ser más sino un exterior probó tras el cual se oculta el vicio más refinado. Habiendo empezado á servir desde muy jóven, no adquirió más costumbres militares que las del libertinaje y una funesta pasion por el juego. El brazo implacable de su padre le alcanzaba doquier se hallase, no para levantarle en sus frecuentes caídas, sino para hundirle más y más, haciéndole pagar sin compasion las consecuencias de sus deslices. Pasó su juventud en las prisiones del Estado, envenenáronse sus pasiones en la soledad de los calabozos, aguzóse su ingenio en los hierros de las rejas de éstos, y su alma perdió allí aquel pudor que raras veces sobrevive á la infamia de castigos tan prematuros. Libre de su encierro

y autorizado por su padre para intentar un casamiento difícil, solicita la mano de la señorita de Marignan, rica heredera de una de las primeras casas de la Provenza, y no hay medio de que no se valga para conseguir su intento, desde la astucia más ratera hasta el valor más heroico. Lógralo al fin; pero apénas se halla ligado con los lazos santos de himeneo, cuando víctima de nuevas persecuciones ve cerrarse tras sí las puertas de la fortaleza de Pontarlier. Un amor que las *Cartas á Sofía* ha hecho inmortal rompe sus nuevas cadenas, y cómplice de un doble adulterio, huye con la esposa del anciano Monnier, y ambos se refugian en Holanda, donde permanecen algunos meses. Alcanzados y sorprendidos allí los adúlteros, vense separados violentamente y ambos son conducidos á un encierro, que para ella es un convento, y un torreón de Vincennes para él. El amor que á manera de un oculto volcán respira algunas veces á través de los destinos de los grandes hombres, concentra en un solo foco abrasador todas las pasiones de Mirabeau. Si se venga, es por satisfacer al amor ultrajado; en su pasión á la libertad, amor es quien le impulsa, y amor es quien le ilustra en el estudio. Hombre oscuro y desconocido entra en el calabozo, pero el amor hace que salga de él escritor y hombre de Estado, si bien pervertido y dispuesto á todo, hasta á venderse por adquirir fortuna y celebridad.

El drama de la vida se ha desarrollado completamente en su mente; fáltale un escenario, pero el tiempo se lo prepara. En el corto intervalo de años que média desde su salida del torreón de Vincennes hasta que sube por primera vez á la tribuna de la Asamblea nacional, reúne y ordena trabajos que hubieran hecho sucumbir á cualquiera otro hombre, y que á él apénas le fatigan.

El Banco de San Carlos, las instituciones de Holanda, la obra sobre Prusia, el pugilato con Beaumarchais, su estilo, sus informes sobre cuestiones de guerra, de hacienda ó de equilibrio europeo, sus acres invectivas, sus luchas de palabras con los ministros ó con los hombres populares del momento, son un remedo del foro romano en los días de Clodio y de Ciceron. Percíbense ya á lo léjos los primeros rumores de los tumultos populares, que van á estallar muy pronto y que deben apagarse al eco de su voz de trueno. Rechazado con desprecio por la nobleza en las primeras elecciones de Aix, se precipita en brazos del pueblo, seguro de hacer inclinar la balanza hácia el lado en que arroje como contrapeso su audacia y su genio. Marsella disputa á Aix el gran plebeyo, y sus dos elecciones, los discursos que pronuncia y la energía que despliega son el asunto de la conversacion de todos los franceses, al paso que sus altisonantes palabras se convierten en proverbios de la revolucion. Comparándose él mismo en sonoras frases á los hombres de la antigüedad, logra colocarse en la imaginacion-del pueblo á la altura de los personajes que pone ante sus ojos, y el pueblo incauto se habitúa á confundirle con los hombres que cita enfáticamente. Mueve mucho ruido con el objeto de preparar los espíritus para las grandes conmociones, y se anuncia con altivez á la nacion con este apóstrofe sublime de su alocucion á los marseleses: «Cuando espiró el último Graco,—les dice,—cogió un puñado de polvo y lo arrojó hácia el cielo, y de este polvo nació Mario; Mario, ménos grande por haber derrotado á los cimbras que por haber humillado en Roma la aristocracia de la nobleza».

Desde su entrada en la Asamblea nacional la llena toda, y él solo es allí el pueblo entero. Sus menores ademanes son órdenes terminantes; cuantas mociones

hace son otros tantos golpes de Estado. La nobleza se siente vencida por este hombre salido de su seno, y el clero, que es pueblo y que aspira á introducir la democracia en la Iglesia, le presta su apoyo para derribar la doble aristocracia de los nobles y de los obispos. En pocos meses cae lo que se habia edificado en muchos



Mirabeau.

siglos, y sólo Mirabeau permanece dominando sobre tantos despojos. Aquí cesa su papel de tribuno y da principio el de hombre de Estado. En éste se manifiesta aún más grande que en el anterior, y cuando todo el mundo anda á tientas, sólo él acierta, sólo él se dirige con planta firme hácia el objeto propuesto. La revolución en su cabeza no es ya sino un plan perfectamente combinado, y la filosofía del siglo XVIII, moderada por la prudencia del hábil político, mana de sus labios con todas sus formas. Su elocuencia imperante como la ley consiste únicamente en saber dar alma y buen giro á sus discursos, ilustrando á todos con sus palabras y seduciéndolos con el modo de decirlas. Aislado y casi solo desde este momento, tiene la fortaleza de ánimo suficiente para arrostrar cuantos peligros puedan sobrevenirle, y apoyado en el sentimiento de su superioridad, no titubea en desafiar á la

envidia, á los odios y á las murmuraciones de todos las demas. Desde el momento en que las pasiones que le han acompañado constantemente no le son de ninguna utilidad por haber triunfado de cuantos obstáculos se le oponian, arrójalas de sí con desden, y no habla ya á los hombres sino en nombre de su talento. Este título es suficiente para que se le obedezca, y su poder estriba en el asentimiento que halla la verdad en las almas. Elévase este hombre extraordinario sobre todos los partidos, aunque todos le detestan porque los domina, si bien todos tratan de atraérsele porque puede perderlos ó servirlos. Con todos negocia, y á ninguno se entrega. Impasible, establece sobre el elemento tumultuoso de esta Asamblea las bases de la Constitucion reformada: legislacion, hacienda, diplomacia, guerra, religion, economía política, equilibrio de los poderes, todo es de su inspeccion, y se basta solo para zanjar cuantas cuestiones se presentan, nó como un mero utopista, sino como un hábil político. La solucion dada por él es siempre un término medio entre lo idéal y lo positivo. Pone la razon al alcance de las costumbres, y las instituciones en armonía con los hábitos. Quiere un trono para apoyar la democracia, y al mismo tiempo libertad en las Cámaras y que la voluntad de la nacion sea única é irresistible en el gobierno. El carácter de su talento, en parte definido y en parte desconocido, consiste ménos en la audacia que en la exactitud de sus cálculos. Bajo la majestad de la expresion, posee en sumo grado la infalibilidad del buen sentido, y así aún sus mismos vicios pueden prevalecer sobre la lucidez y la sinceridad de su inteligencia. Cuando se halla al pié de la tribuna, es un hombre sin virtud ni pudor; en cuanto sube á ella, es un completo hombre de bien. En su vida privada, aunque solicitado por las potencias extranjeras y vendido á la corte para satisfacer sus costosos caprichos, conserva, á pesar de este tráfico vergonzoso de su carácter, la incorruptibilidad de su genio. De todas las virtudes de un gran hombre de su siglo, no le falta otra que la hombría de bien. El pueblo no es para él una creencia, sino un instrumento; su Dios es la gloria, su fe la posteridad, su conciencia la idea que concibe. Frio materialista, como una gran parte de los hombres de su siglo, nada ve más allá de esta vida frágil y perecedera. «Cubridme de perfumes y coronadme de flores,—dice á los que le rodean al tiempo de morir,—porque voy á entrar en el sueño eterno.» Este hombre es todo materia, y ni su carácter, ni sus obras, ni aún sus pensamientos, se hallan consagrados con un solo signo de inmortalidad. Si hubiese creído en Dios, quizá hubiera sido un mártir; pero hubiera dejado en pos de sí la religion de la razon y el reino de la democracia. En una palabra, Mirabeau es la razon de un pueblo, mas no la fe de la humanidad.

IV

Magníficas apariencias exteriores de dolor cubren con sus negros crespones los sentimientos secretos que la muerte de Mirabeau inspira á todos los partidos. ¿Qué es lo que pasa en el fondo de los corazones, en tanto que el lúgubre clamoreo de las campanas y el horrisono estampido del cañon se hacen sentir en medio de la fúnebre pompa á que acuden doscientos mil espectadores que tributan á un simple ciudadano honores que sólo al soberano se concedieran hasta aquel dia? Vamos á verlo.

El rey, que tenia á su sueldo la elocuencia de Mirabeau, y la reina, que habia

tenido con él varias conferencias en medio del silencio de la noche, quizá le echaban de menos como último instrumento de salvacion; sin embargo, el terror que les inspiraba era superior á la confianza que en él tenían, y la humillacion que siente un rey al verse obligado á implorar el socorro de un vasallo, por poderoso que éste sea, debia encontrar un gran alivio al considerar que aquel elemento destructor habia caído ántes que el trono. Con su muerte quedaba vengada la corte de los bochornos que la habia hecho sufrir, y la aristocracia irritada se gozaba en ella, porque cada servicio de los que aquel hombre habia prestado á la causa popular, era una injuria hecha á su altivez hereditaria. Mirábase como un apóstata de su órden, y consideraba como el mayor extremo de degradacion el llegar á verse ensalzada algun dia por el mismo que la habia derribado con tanto estrépito. La Asamblea nacional estaba cansada de la superioridad que un solo hombre habia ejercido sobre ella, y el duque de Orleans conocia que una palabra de Mirabeau hubiera sido suficiente para reducir á la nada su prematura ambicion. Mr. de Lafáyerre, el héroe de la gente del buen tono, temia al orador del pueblo, y entre el dictador de la ciudad y el de la tribuna debia mediar necesariamente una secreta envidia.

Mirabeau no habia atacado nunca de frente á Lafáyerre en sus discursos, pero en las conversaciones particulares habia soltado ciertas palabras respecto á su rival, que habian caído sobre él como gotas de plomo derretido. Muerto Mirabeau, aparecia Lafáyerre mucho más grande, y lo mismo sucedia á todos los oradores de la Asamblea. Mirabeau no habia tenido nunca rivales; lo que no le faltaban eran envidiosos de su gloria. Su elocuencia, por popular que fuese, era la de un patricio. Su democracia nada tenia de ese sentimiento de codicia y de odio que remueve las pasiones más bajas del corazon humano, y que no ve en los beneficios que al pueblo se dispensan sino un insulto hecho á la nobleza. Sus sentimientos populares no eran en cierto modo más que una prodigalidad de su genio, y las grandes expansiones de su alma no tenían ninguna semejanza con los mezquinos arrebatos de los demagogos. Conquistando derechos para el pueblo, parecía ser él quien se los concedia, y el título que mejor conviene á Mirabeau es el de voluntario de la democracia. El papel que desempeñaba y su imponente actitud recordaban demasiado á los otros demócratas que se hallaban en una escala inferior, que desde los Gracos hasta él los tribunos más poderosos y que más habian hecho por el pueblo habian salido de la clase de los patricios. Su talento sin igual con respecto á la filosofia del pensamiento, á la extension de la reflexion y á la grandiosidad del decir, era otra especie de aristocracia que tampoco se le perdonaba. La naturaleza le habia hecho ser el primero entre todos sus contemporáneos; la muerte abria un camino á todos los que estaban detras de él, que iban á disputarle encarnizadamente un puesto que ninguno de ellos habia sido capaz de conquistar. Las lágrimas que estos hombres derramaban sobre su sepulcro eran fingidas. Sólo el pueblo lloraba de corazon, porque el pueblo es demasiado fuerte para ser envidioso, y porque, léjos de echar en cara á Mirabeau su nacimiento, veia en la nobleza de que se hallaba investido un despojo cogido en el campo de la aristocracia. Además, inquieta la nacion por ver caer una tras otra todas sus instituciones, temia un trastorno general en el órden social, y conocia por instinto que el genio de aquel grande hombre era el único apoyo, la sola fuerza que le quedaba. Extinguido este genio,

la nación no veía sino tinieblas y precipicios horribles en la marcha tortuosa de la monarquía, y los jacobinos eran los únicos que se daban el parabien en alta voz, porque sólo aquel hombre célebre podía contrariar sus planes con buen éxito.

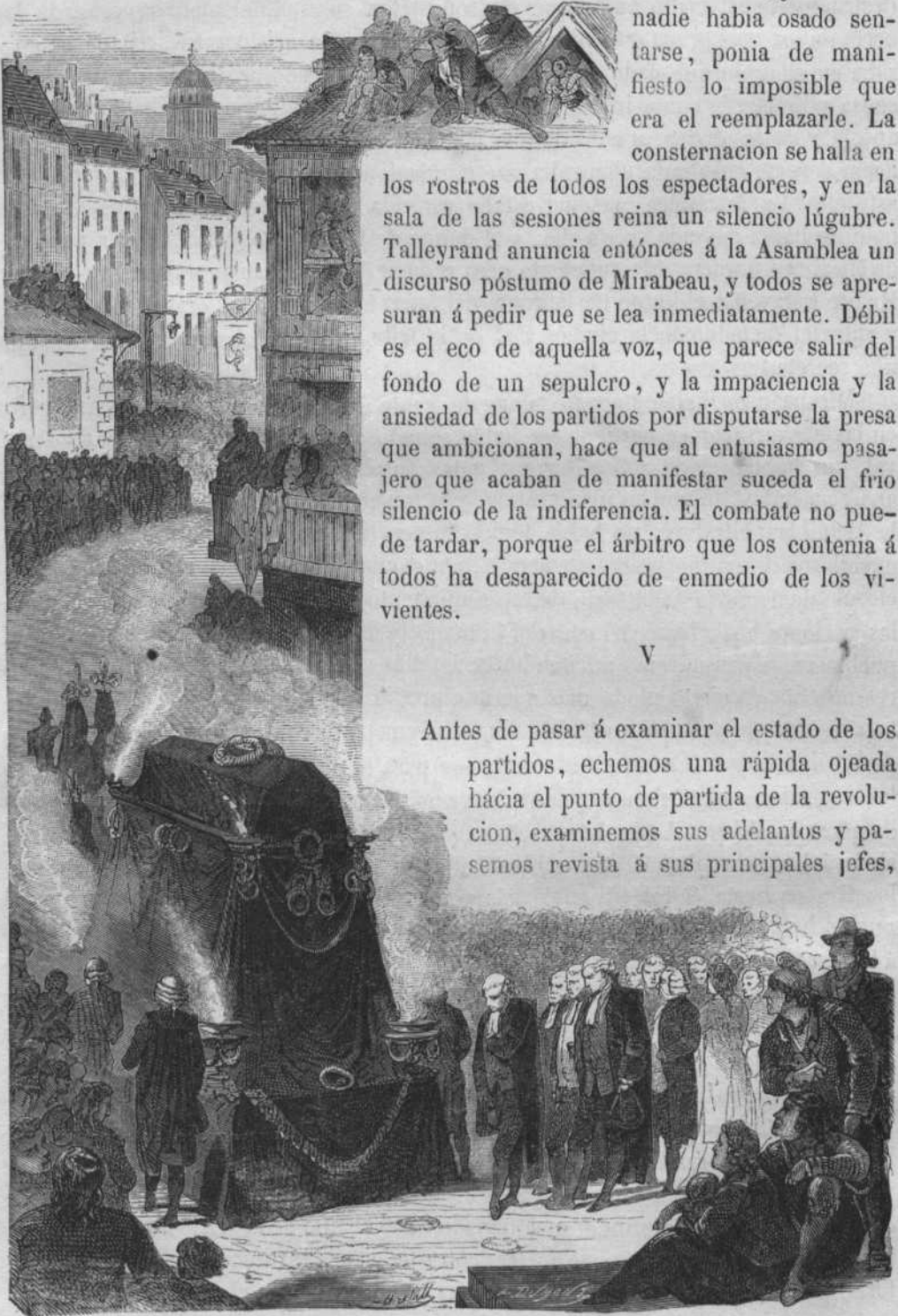
La Asamblea continuó sus sesiones el 6 de Abril de 1791. El sitio que ocupa-

ba Mirabeau, y en donde nadie había osado sentarse, ponía de manifiesto lo imposible que era el reemplazarle. La consternación se halla en

los rostros de todos los espectadores, y en la sala de las sesiones reina un silencio lúgubre. Talleyrand anuncia entonces á la Asamblea un discurso póstumo de Mirabeau, y todos se apresuran á pedir que se lea inmediatamente. Débil es el eco de aquella voz, que parece salir del fondo de un sepulcro, y la impaciencia y la ansiedad de los partidos por disputarse la presa que ambicionan, hace que al entusiasmo pasajero que acaban de manifestar suceda el frío silencio de la indiferencia. El combate no puede tardar, porque el árbitro que los contenía á todos ha desaparecido de enmedio de los vivos.

V

Antes de pasar á examinar el estado de los partidos, echemos una rápida ojeada hácia el punto de partida de la revolución, examinemos sus adelantos y pasemos revista á sus principales jefes,



Funerales de Mirabeau (Abril, 1791).

que son los que tratan ahora de dirigirla en el camino que todavía le resta por andar.

Dos años escasos habian transcurrido desde que la revolucion habia abierto una brecha en el edificio monárquico, y ya habia obtenido unos resultados inmensos. El espíritu de debilidad y de vértigo que dominaba al gobierno, habia provocado la Asamblea de los notables. El espíritu público habia hecho fuerza al poder y convocado los Estados generales. Reunidos éstos, la nacion habia conocido su impotencia, y de este sentimiento á la insurreccion legal no habia más que un paso, que podia precipitarse con sólo pronunciar una palabra. Mirabeau la habia pronunciado, y la Asamblea se habia constituido á la faz del trono, colocándose por encima de él. La popularidad pródiga de Neckel se habia agotado desde el momento en que no tuvo nada que arrojar al pueblo de lo que al soberano pertenecia, y satélite de un astro que tocaba ya á su ocaso, su retirada fué una completa derrota. Su último paso le arrojó fuera del reino, quedando su amo desarmado en manos de la nacion, como un rehen del antiguo régimen ofrecido al principio moderno. La declaracion de los derechos del hombre y del ciudadano, único acto metafísico de la revolucion hasta aquella época, le habia dado una significacion social y universal. Objeto fué de risa esta declaracion para la mayor parte de las gentes; cierto es que contenia algunos errores y que confundia en sus términos el estado de la naturaleza con el estado social, pero en el fondo era realmente el nuevo dogma político.

VI

Hay ciertos objetos en la naturaleza cuyas formas no se distinguen bien sino alejándose de ellos, porque la proximidad impide verlos lo mismo que la demasiada distancia, y esto es precisamente lo que sucede en medio de los sucesos más notables. La mano de Dios se percibe visiblemente en todos los acontecimientos humanos; pero esta mano divina está sombreada en tal disposicion, que nos oculta lo mismo que está ejecutando á nuestra vista. Lo que se entreveia entónces de la revolucion francesa anunciaba ya lo más grande que puede acontecer en el mundo, á saber: la aparicion de una idea nueva para el género humano; esta idea era la democrática, que más tarde habia de traer un gobierno basado en ella misma.

El nuevo principio no era otra cosa, sin embargo, sino una emanacion necesaria del cristianismo. Este, al hallar á los hombres gimiendo en la esclavitud y degradados en todos los países del orbe, se habia levantado como una venganza á la caida del imperio romano bajo la forma de la resignacion. El cristianismo habia escrito en sus banderas tres palabras que la filosofía francesa repetia á los hombres casi dos mil años despues: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. Este dogma habia quedado, sin embargo, reservado en los pechos de los primitivos cristianos. Demasiado débil en sus principios el cristianismo para habérselas con las potestades de la tierra, no habia podido elevarse de golpe á ser una ley civil, y se habia contentado con decirles: «Os dejo aún por un cuanto tiempo el mundo político, y me destierro al mundo moral. Continudad, si os es posible, encadenando, sujetando y oprimiendo á los pueblos; yo voy á emancipar las almas. Tardaré quizá dos mil años en renovar los espíritus, y no me será dado hasta entónces tocar á las instituciones; pero llegará un dia en que mi doctrina se escapará del templo y tendrá

cabida en el consejo de los pueblos. En llegando este día, se renovará enteramente el mundo social».

El día anunciado había llegado ya. Un siglo de filosofía, escéptica en la apariencia, pero creyente en la realidad, le había ido preparando. El escepticismo del siglo XVIII no estaba en pugna más que con las prácticas exteriores y con los misterios de la religión del Crucificado; pero adoptaba con frenesí su moral y su sentido social. Los términos estaban cambiados, pero el sentido era el mismo para unos y otros. A lo que el cristianismo llamaba revelación, la filosofía le daba el nombre de razón, y lo mismo sucedía con otras palabras; pero tanto la religión como la nueva escuela, no tendían sino á la emancipación de los individuos, de las razas y de los pueblos. La diferencia consistía únicamente en que el mundo antiguo se había rescatado en nombre de Jesucristo, y el moderno lo hacía invocando los derechos que toda criatura ha recibido de Dios. De él ó de la naturaleza hacían dimanar este derecho los cristianos y los filósofos. La filosofía política de la revolución no había podido siquiera inventar una palabra para manifestarse á la Europa, que dijese más ni que fuese de más completo sentido que la que había adoptado para sí el cristianismo: *¡Fraternidad!* La revolución francesa tenía precisión, no obstante, de atacar las formas exteriores de la religión dominante, porque esta religión estaba incrustada en las monarquías teocráticas ó aristocráticas que aquélla trataba de destruir. Hé aquí explicada esa contradicción aparente del espíritu del siglo XVIII, que en política adoptaba todo lo del cristianismo, y que le correspondía con la más negra ingratitud al propio tiempo, despojándole de cuanto poseía, renegando de su culto. Entre ambas doctrinas existían á la vez una viva repulsión y una atracción violentas. Se reconocían al mismo tiempo que combatían, y aspiraban á reconocerse más completamente cuando la lucha hubiese terminado con el triunfo de la libertad.

Tres cosas eran evidentes para todos los hombres pensadores desde Abril de 1791: una que, lanzado ya el movimiento revolucionario, marcharía de consecuencia en consecuencia á la restauración completa de los derechos de la humanidad oprimida, desde los de los pueblos ante sus gobiernos hasta los del ciudadano ante las razas y los del proletario ante el ciudadano. Esto anunciaba también que la tiranía, los privilegios y la desigualdad de fortunas y categorías se verían perseguidos, no tan sólo en el trono, sino en la ley civil, en la administración, en la distribución legal de la propiedad, en las condiciones de la industria y del trabajo, en las familias, y finalmente, en todas las relaciones del hombre con el hombre y de éste con la mujer. Otra de las cosas que casi á nadie se ocultaban era que este movimiento filosófico y social de democracia tomaría sus formas en un gobierno análogo á sus principios y á su naturaleza, es decir, que aquéllas serían la expresión de la soberanía popular, representada por una república, presidida por uno ó más jefes. La tercera, en fin, era la convicción en que estaban cuantos hombres discurrían de que la emancipación social y política arrastraría en pos de sí la emancipación intelectual y religiosa del espíritu humano; que la libertad de pensar, de hablar y de obrar no se detendría ante la libertad de creer; que la idea de Dios, relegada hasta entonces en el fondo de los santuarios, saldría de ellos resplandeciente para alumbrar las conciencias de los libres, iluminadas ya por otra parte con las luces de la libertad; y que esta luz, llamada reve-

lacion por los unos y razon por los otros, haria brillar más y más la verdad y la justicia, dones preciosos que emanan del mismo Dios, principio eterno de toda felicidad.

VII

El pensamiento hace el mundo á su imágen, como Dios.

Este pensamiento habia variado completamente, merced á un siglo de filosofismo, y su mision era la de transformar el mundo social.

La revolucion francesa era en el mundo un espiritualismo sublime y apasionado; su ideal era universal y divino; y hé aquí la razon por que contaba tantos adeptos en lo exterior.

Con ella aparecieron en el mundo tres soberanías nacionales:

Soberanía del derecho sobre la fuerza;

Soberanía de la inteligencia sobre las preocupaciones;

Soberanía del pueblo sobre los gobiernos.

Revolucion en los derechos: igualdad.

Revolucion en las ideas: raciocinio sustituido á la autoridad.

Revolucion en los hechos: soberanía del pueblo.

Evangelio de derechos sociales. Evangelio de deberes. Carta de la humanidad.

La Francia era el apóstol de la nueva predicacion, y para este combate de ideas tenia afiliados en todas partes, hasta sobre los mismos tronos.

VIII

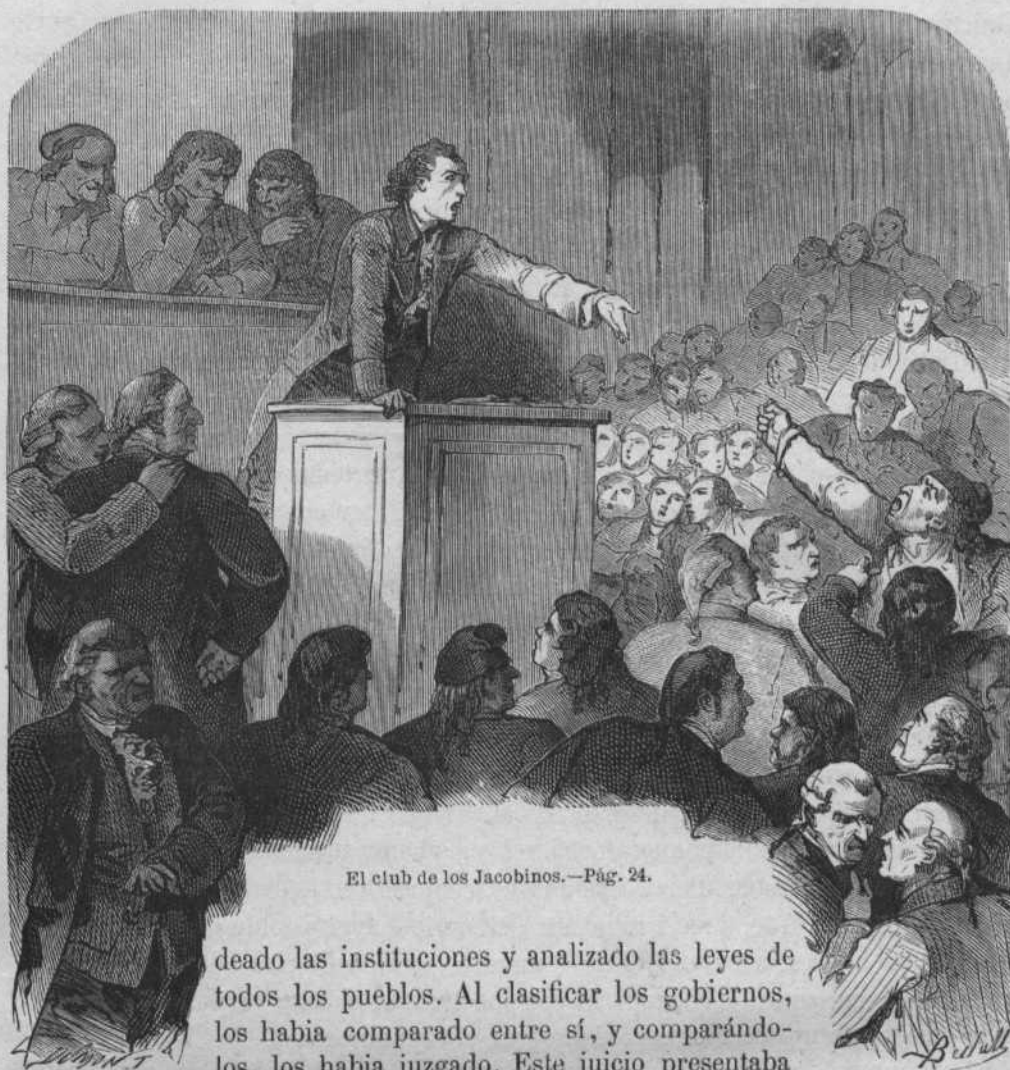
Hay ciertas épocas en la historia del género humano en que, secas las ramas del árbol de la humanidad, caen al suelo por sí mismas para hacer lugar á una savia que renueva los pueblos y rejuvenece sus ideas. La antigüedad está llena de estas transformaciones, cuyas huellas se distinguen á traves de los monumentos y de la historia. Cada una de ellas arrastra en su caida un mundo antiguo y da su nombre á una nueva civilizacion. El Oriente, la China, Egipto, Grecia y Roma han presenciado sucesivamente estas ruinas y estos renacimientos. El Occidente ha pagado tambien el comun tributo cuando la teocracia druida cedió el puesto á los dioses y al gobierno de los romanos. Bizancio, Roma y el Imperio operaron estos cambios con rapidez cuando, cansados y ruborizándose del politeismo, se levantaron contra sus dioses, renegando de su culto, de sus ideas y de sus templos. La civilizacion de Constantino y de Carlomagno envejecia á su vez, y debilitándose las creencias en que se habian apoyado por espacio de diez y ocho siglos los altares y los tronos, el mundo religioso, lo mismo que el mundo político, se veian amenazados de un hundimiento que raras veces deja al poder en pié cuando la fe vacila. La Europa monárquica era obra del catolicismo, y la política dependia servilmente de la Iglesia. El derecho real procedia de lo alto, y el poder del monarca era reputado divino, como la fe. La obediencia á los reyes se tenia como una obligacion sagrada, y la discusion sobre estas materias se calificaba de blasfemia, por lo cual se miraba la esclavitud como una virtud. El espíritu filosófico se habia sublevado, hacía tres siglos, más ó ménos abiertamente contra una doctrina desmentida diariamente por los escándalos, tiranías y crímenes de ambos

poderes, y no queria reconocer un título divino en los que, negándose á la razon, esclavizaban á los pueblos. Miéntras el catolicismo habia sido la única doctrina legal de Europa, estas revoluciones sordas del espíritu no habian conmovido los Estados, y á ellas se habia seguido el castigo inmediatamente. Los calabozos, el cadalso y la Inquisicion con sus terribles hogueras, habian embotado el raciocinio, manteniendo en todo su vigor el doble dogma en que se apoyaban ambos poderes.

Vino la imprenta, y esa explosion continua del pensamiento humano fué para los pueblos otra segunda revelacion. Al principio, esta arma formidable estuvo exclusivamente al servicio de la Iglesia para la propagacion de las ideas dominantes; pero muy pronto se convirtió en una zapa que las minaba sin interrupcion. Combatidos los dogmas del poder espiritual y del temporal por estos nuevos torrentes de luz, no podian tardar en conmoverse, primero en los ánimos y más tarde en las mismas cosas. Guttenberg, sin saberlo, habia construido un mundo nuevo, y al crear la rapidez en la comunicacion de las ideas, habia asegurado el predominio de la razon; cada signo allabético que salia de sus manos era más fuerte que los ejércitos de los reyes y que los rayos del Vaticano. La inteligencia era la que daba armas á la palabra, y dueñas ya del hombre estas dos fuerzas, necesariamente habian de serlo más tarde de toda la especie humana.

El mundo intelectual habia nacido de una invencion material y habia crecido rápidamente; la reforma religiosa fué la hija primogénita de aquella invencion.

El catolicismo sufria cada dia nuevos reveses. Suiza, parte de la Alemania, la Holanda, la Inglaterra y una porcion considerable de provincias francesas, se habian sustraído al centro de unidad católica y habian admitido la doctrina del libre exámen. Atacada y disputada la autoridad divina del catolicismo, quedaban los tronos al descubierto y á merced de los pueblos. La filosofía, más poderosa que la sedicion, se habia ido acercando cada vez más á ellos, depuesto el terror y el respeto que ántes infundia. La historia se permitió hablar sobre las debilidades ó los crímenes de los reyes, los publicistas osaron comentarlos, y los pueblos tuvieron tambien la osadía suficiente para sacar deducciones de todo esto. Las instituciones sociales fueron pesadas en la balanza de la utilidad real que podian reportar á la humanidad, y áun los hombres que más se inclinaban á reconocer el derecho divino en los reyes, se habian atrevido á hablarles de sus deberes, así como habian hablado á los pueblos de sus derechos. La santa osadía del cristianismo habia resonado en la cátedra del Espíritu Santo en presencia de Luis XIV, y Bossuet, á pesar de su carácter teocrático, habia mezclado á las adulaciones que prodigaba á aquel monarca ciertas advertencias severas de aquéllas que consuelan á los pueblos en medio de su abatimiento. Fenelon, aquel carácter dulce de la nueva ley, habia escrito sus instrucciones á los príncipes y su *Telémaco* en el mismo gabinete del heredero de la corona. La filosofía política del cristianismo, ese grito santo de la justicia en favor de los débiles, habia salido de los labios del varon evangélico, y sus oyentes habian sido Luis XIV y su nieto. Fenelon educaba una revolucion completa, educando al duque de Borgoña; el rey lo conoció cuando el mal no tenia ya remedio, y le despidió de su palacio. La política revolucionaria habia nacido en el mismo alcázar de los reyes, y los pueblos la leian con avidez en las páginas del santo arzobispo. Merced á Luis XIV y á Fenelon, Versailles era á la vez la cuna de la revolucion y el palacio del despotismo. Montesquieu habia son-



El club de los Jacobinos.—Pág. 24.

deado las instituciones y analizado las leyes de todos los pueblos. Al clasificar los gobiernos, los había comparado entre sí, y comparándolos, los había juzgado. Este juicio presentaba en cada página el contraste que existía entre el derecho y la fuerza, entre los privilegios y la igualdad, entre la libertad y la tiranía.

Juan Jacobo Rousseau, ménos ingenioso, aunque más elocuente, había estudiado la política, no en las leyes, sino en la simple naturaleza. El levantamiento generoso del corazón de este hombre, libre en medio de la opresión y del sufrimiento, había sublevado todos los corazones ulcerados, como el suyo, por la odiosa desigualdad de las condiciones sociales. Esta sublevación era la de lo ideal contra la realidad, y Rousseau aparecía como el tribuno de la naturaleza, como el Graco de los filósofos. Este hombre no escribía la historia de las instituciones, explicaba tan sólo un sueño, pero este sueño descendía del cielo y volvía á remontarse al mismo sitio de donde había salido. El sistema de Rousseau era la utopía de los gobiernos, pero contada por él, tenía un encanto á que no era posible resistir. Para que los pueblos se apasionen por una cosa, es preciso que por lo ménos haya en ella tanta ilusión como realidad; es ésta demasiado fría por sí sola para que pueda fanatizar el espíritu humano: para que éste se entusiasme un poco, necesita cosas más grandes que las que se presentan continuamente ante su vista. A esto es á lo que damos el nombre de ideal, y aquí es donde debe buscarse el

atractivo y la fuerza de las religiones, que siempre aspiran á remontar su vuelo á mayor elevacion de lo que les es realmente posible. De aquí el fanatismo, que no es otra cosa sino el delirio de la virtud. En resúmen, Rousseau representaba lo ideal de la política, así como Fenelon habia representado lo ideal del cristianismo.

A Voltaire le habia cabido en suerte el genio de la crítica, pero crítica burlona y de aquélla que destruye las cosas sólo con ponerlas en ridículo. Su talento consistia en haber hecho reir á los hombres sin que fuesen libres de dejar de hacerlo, y abatiéndolos para luégõ ensalzarlos, les habia puesto de manifiesto todos los errores, todos los crímenes y todas las iniquidades de la ignorancia. Este filósofo impulsaba al género humano á insurreccionarse contra las ideas que se tenian como sagradas, no con entusiastas ofertas de una felicidad futura, sino infundiéndole el desprecio de todo lo antiguo, por santo y venerado que fuese. Ochenta años de vida le permitieron ir arrancando una á una todas las piedras angulares del antiguo edificio, y con tiempo suficiente para luchar contra el tiempo, no cayó hasta despues de haber quedado vencedor. Sus discípulos inundaban las audiencias, las academias y los más elegantes salones; los de Rousseau ocupaban otros puestos más oscuros, y pertenecian en la generalidad á las clases más humildes del pueblo.

El primero de estos dos célebres hombres habia sido el abogado generoso y elegante de la aristocracia; el otro era el consuelo secreto y el vengador querido de la democracia. El libro de Rousseau era el libro de los oprimidos y de las almas sensibles, y su autor, desgraciado al par que religioso, habia puesto á Dios de su parte, santificando con su doctrina los espíritus al mismo tiempo que insurreccionaba los corazones. Percibíase en su acento el eco de la venganza, pero iba mezclado con cierta tendencia religiosa, de suerte que el pueblo de Voltaire podia derribar los altares, así como el de Rousseau podia volverlos á levantar. El uno podia pasar sin virtudes y avenirse con los tronos; el otro necesitaba tener un Dios y no podia apeteecer otro gobierno que el republicano.

Los numerosos discípulos de estos dos adalides del filosofismo continuaban llevando á cabo su mision, y se hallaban posesionados de todos los órganos del pensamiento, desde las ciencias exactas hasta la cátedra del Espíritu Santo, porque la filosofía lo invadia todo en el siglo XVIII.

D'Alembert, Diderot, Raynal, Buffon, Condorcet, Bernardino de Saint-Pierre, Helvecio, Saint-Lambert y La Harpe eran los santos padres de la nueva iglesia. Un solo pensamiento daba vida y animacion á todos estos espíritus, tan distintos bajo otros aspectos, y este pensamiento fijo era el de la regeneracion de las ideas humanas. Las matemáticas, la historia, las ciencias, la economía, la política, la poesía, la moral y el teatro, todo servia de vehículo á la moderna filosofía. Habíase infiltrado ésta en todos los corazones, hablaba todas las lenguas, y por decirlo así, habia empadronado en sus registros á todos los hombres de algun talento. La casualidad ó la Providencia habian querido que este siglo, casi estéril en otras partes, fuese el siglo de la Francia. Desde los últimos dias del reinado de Luis XIV hasta el advenimiento al trono de Luis XVI, la naturaleza habia sido pródiga para los franceses en hombres célebres. La serie no interrumpida de talentos de primer órden de Corneille á Voltaire, de Bossuet á Rousseau, de Fenelon á Bernardino de Saint-Pierre, habia acostumbrado á los pueblos extranjeros á





LUIS XVI.

dirigir sus miradas hácia la Francia. El foco de luz de las ideas del mundo partia de aquel punto, deslumbrándolo todo con su brillo centelleante. La autoridad moral del espíritu humano no existia ya en Roma, porque el movimiento, la luz y la direccion salian de Paris, de suerte que la Europa intelectual era francesa. Habia entónces y habrá siempre en el carácter frances cierta cosa más fuerte que su poder, que es su ardor, y ese espíritu de comunicacion que se hace atraer y ser atraído por los demas pueblos de Europa. El del español es altivo y amigo de lances, el del inglés, astuto y soberbio, el del aleman, profundo y severo; pero el frances es esencialmente bullicioso y amigable, lo cual constituye su fuerza: seduce con la misma facilidad que se deja seducir, y así como las demas naciones no tienen sino un carácter, los franceses tienen dos, por la inclinacion que hay en todos ellos á acometer empresas que para los demas serian imposibles. Cuando la Providencia quiere que una idea se esparza por todo el mundo, se la inspira á un frances, y éste la transmite inmediatamente á sus escritos, y en todos los demas actos de su vida pública y áun privada.

Esta cualidad comunicativa del carácter de esta raza, esta atraccion francesa que aún no habia alterado la ambicion de conquistar, era entónces el signo precursor del siglo. No parece sino que un instinto providencial hacia que la Europa fijase la atencion y dirigiese sus miradas hácia esta parte del globo, como si el movimiento y las luces no pudiesen partir de otro punto. Paris era la ciudad en donde estaban fijas las miradas de todos, y las cosas que allí pasaban, por insignificantes que fuesen, se repetian y comentaban en todos los demas puntos de Europa. La literatura era el vehículo de la influencia francesa, y ántes de contar con héroes, contaba la monarquía intelectual con sus escritos, sus libros y sus teatros. Conquistadora por inteligencia, la imprenta era su teatro.

IX

Los partidos en que se hallaba dividido el país despues de la muerte de Mirabeau eran: fuera de la Asamblea, la corte y los jacobinos; en la Asamblea, los lados derecho é izquierdo, partidos extremos y enemigos encarnizados: entre estos partidos existian otros dos, de los cuales el uno era fanático por las innovaciones, y el otro por resistirlas. Habia ademas otro partido intermedio, que se componia de los hombres de bien y amantes de la paz, que estaban afiliados en los otros dos de que acabamos de hablar. Su fe política, indecisa entre la revolucion y la conservacion, habria querido que la una conquistase sin violencia, y que la otra cediese sin darse por resentida. Estos hombres eran los verdaderos filósofos de la revolucion; pero la época de la filosofía habia pasado, y habia sonado ya la hora de la victoria. Las dos ideas en presencia una de otra para disputarse el campo, necesitaban campeones y no jueces, y aplastaban á estos hombres al chocar entre sí. Vamos ahora á hacer conocer los principales jefes de todos los partidos, ántes que los veamos obrar.

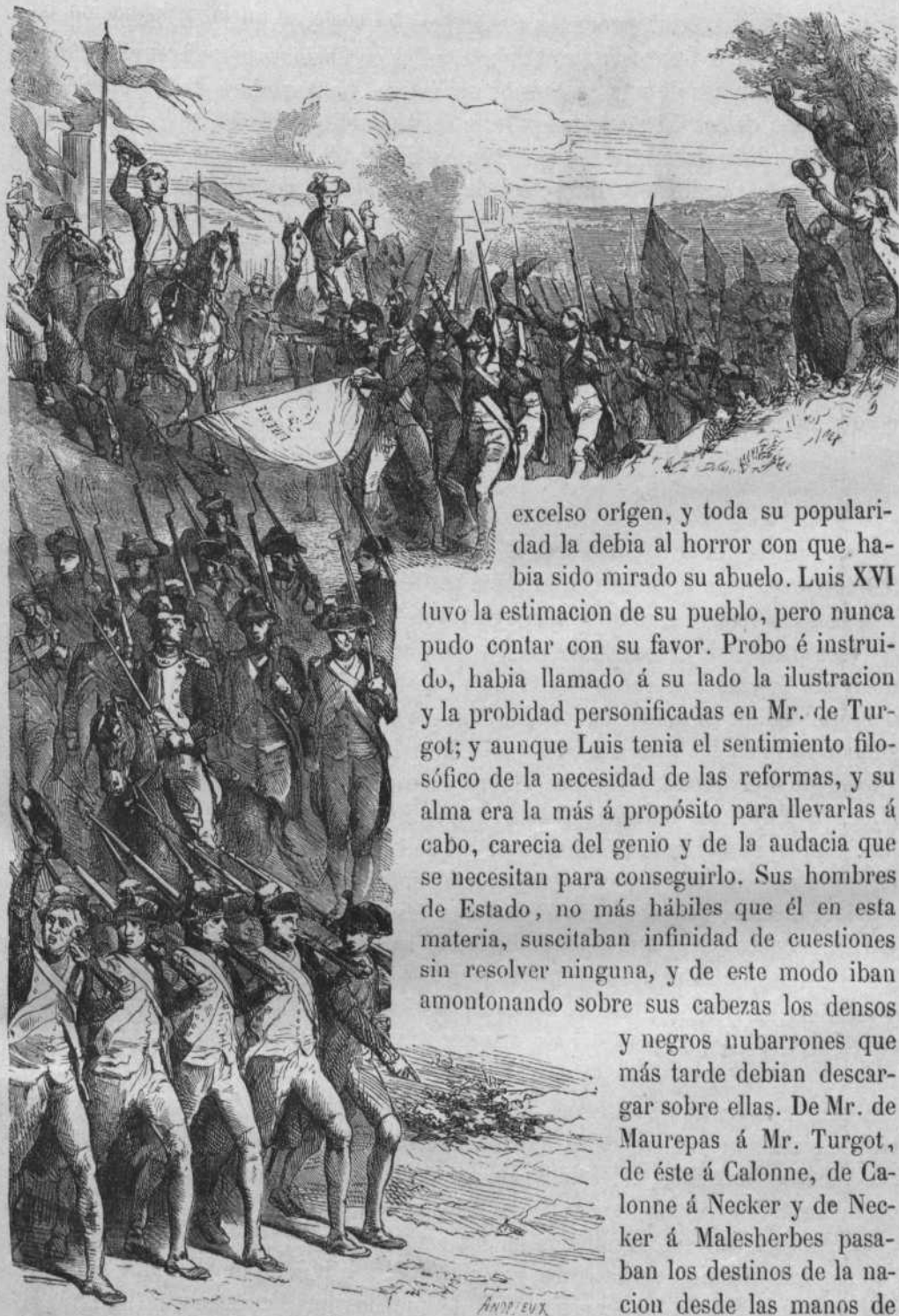
Luis XVI tenia entónces treinta y siete años: su fisonomía, la de todos los Borbones, si bien sus facciones eran más abultadas por la sangre alemana que habia recibido de su madre, princesa de la casa de Sajonia. Tenia ojos azules y rasgados, no tan vivos como claros y hermosos. Su frente ovalada y espaciosa, la

nariz entre romana y aguileña, y una boca graciosa, á la que daba cierta expresion la encantadora sonrisa de sus bien cortados labios. Su cútis fino y de hermoso color, aunque un tanto desmazalado. Grueso de cuerpo y de no muy elevada estatura, de actitud tímida y paso incierto, le hacía notable, estando parado, un inquieto balanceo del cuerpo, que apoyado alternativamente sobre ambas caderas, bien fuese por haber contraído este hábito por la impaciencia que domina á los príncipes en las largas audiencias, ó bien por cualquiera otra causa, indicaba exteriormente la fluctuacion continua de su ánimo indeciso é irresoluto. Descubríase en su semblante una expresion de bondad, que no siempre conviene á los reyes, que predisponia tanto á la burla como á la veneracion, y de la cual supieron valerse sus enemigos con una habilidad impía para hacer ver al pueblo en la fisonomía del monarca el símbolo de los vicios que querian achacar á la dignidad de que estaba revestido. En resúmen, la persona de Luis XVI ofrecia bastante semejanza con la fisonomía imperial de los últimos Césares en la época de la decadencia de las cosas y de las razas. A la dulzura de Antonio reunia la obesidad de Vespasiano. Hé aquí el hombre.

X

Este jóven príncipe se habia educado en una separacion completa de la corte de su abuelo, de suerte que la atmósfera pestífera que habia infestado todo el siglo de Luis XV, no habia emponzoñado con sus venenosos hálitos al heredero de la corona. En tanto que Luis XV hacía de su corte un centro de prostitucion y envilecimiento, su nieto recibia una educacion esmerada en un rincon del palacio de Meudon, en donde maestros ilustrados y piadosos le imbuian el respeto que se debia á sí propio por su elevada jerarquía, un saludable terror al trono y un amor religioso y tierno hácia el pueblo que estaba destinado á mandar. Parecia que el alma de Fenelon, atravesando dos generaciones de reyes, se habia trasladado al palacio en que habia educado al duque de Borgoña, con el solo objeto de inspirar las mismas máximas á su jóven descendiente. El inmediato sucesor del monarca más disoluto que haya tenido la Francia, era quizá lo más puro que habia en toda la nacion, y si el siglo no hubiese sido tan corrompido como el rey, hubiera vuelto sus miradas hácia el nuevo vástago y le hubiera ofrecido el tributo de su amor. Péro la corrupcion habia llegado á tal extremo, que la pureza no era más que un objeto de irrision, y el pudor no infundia sino el más alto desprecio hácia el hombre que estaba adornado de esta virtud.

Casado Luis á la edad de diez y seis años con una hija de María Teresa de Austria, habia continuado hasta su advenimiento al trono en una vida aislada, tranquila y estudiosa. La Europa se hallaba aletargada en una paz vergonzosa, y la guerra, que es el ejercicio de los príncipes, no habia podido poner al jóven rey en contacto con los hombres, ni aleccionarle en el difícil arte de mandar. Los campos de batalla, que son el teatro de estos grandes actores, no le habian proporcionado ocasion de ponerse en evidencia ante su pueblo, ni de desplegar esos conocimientos estratégicos, tan necesarios, sobre todo, á un rey de Francia, nacion belicosa y capaz de perdonar los mayores defectos en sus príncipes, con tal que se hallen adornados de esas dotes militares que el frances venera como una deidad. Ningun prestigio habia en el nuevo rey, á excepcion del que le daba su



La federación (1790).—Pág. 33.

excelso origen, y toda su popularidad la debía al horror con que había sido mirado su abuelo. Luis XVI tuvo la estimación de su pueblo, pero nunca pudo contar con su favor. Probo é instruido, había llamado á su lado la ilustración y la probidad personificadas en Mr. de Turgot; y aunque Luis tenía el sentimiento filosófico de la necesidad de las reformas, y su alma era la más á propósito para llevarlas á cabo, carecía del genio y de la audacia que se necesitan para conseguirlo. Sus hombres de Estado, no más hábiles que él en esta materia, suscitaban infinidad de cuestiones sin resolver ninguna, y de este modo iban amontonando sobre sus cabezas los densos

y negros nubarrones que más tarde debían descargar sobre ellas. De Mr. de Maurepas á Mr. Turgot, de éste á Calonne, de Calonne á Necker y de Necker á Malesherbes pasaban los destinos de la nación desde las manos de un intrigante á las de un hombre honrado, de las

de éste á las de un banquero, y de las del hombre de la Bolsa y de los agios á las de un filósofo, reemplazando muy mal el espíritu sistemático y de charlatanismo al verdadero espíritu de gobierno. Dios, que había concedido á la Francia tantos hombres de movimiento en esta época, la había negado un hombre de Es-

tado, y todo se volvian promesas y engaños. La corte se quejaba, la nacion empezaba á tascar el freno con impaciencia, y las oscilaciones populares presentaban todos los síntomas de una convulsion espantosa. La Asamblea de los notables, la convocacion de los Estados generales y la Asamblea nacional, todo habia fracasado en las manos inexpertas del rey, naciendo de sus buenas intenciones una revolucion más ardiente y furiosa que la que hubieran podido producir sus vicios y aún sus crímenes, caso que hubiese sido capaz de cometerlos. En la época de que estamos tratando, se hallaba el rey con la revolucion fraccionada y pronta á combatir frente á frente en la Asamblea nacional, y sin un hombre en su consejo que fuese capaz de resistirla ni aún de comprenderla. Los espíritus verdaderamente fuertes preferian ser ministros populares de la nacion, á servir de escudos en donde se embotasen los dardos que se asestaban contra el rey en el momento de que hablamos.

XI

Mr. de Montmorin era adicto al rey, pero no tenia crédito en la nacion. El ministerio ni tenia la iniciativa, ni sabía resistir: la iniciativa era de los jacobinos, y el poder ejecutivo residia en las turbas amotinadas. El rey se habia quedado sin órganos por donde transmitir al pueblo su voluntad, y deposeido de sus atribuciones y sin fuerzas con que poder contar, pesaba sobre él solo toda la odiosa responsabilidad de la anarquía. Todos los partidos le habian elegido por blanco adonde dirigian los tiros del odio y del furor popular, y sólo tenía el funesto privilegio de que recayesen sobre él las acusaciones y acriminaciones de todos. Miéntras Mirabeau, Barnave, Petion, Lameth y Robespierre atacaban elocuentemente al trono desde la tribuna, multitud de libelos infames y de periódicos sediciosos le presentaban como un tirano mal encadenado, que se embrutecía entregándose al vino, que obedecía ciegamente los caprichos de una mujer envilecida por la prostitucion y que conspiraba desde un rincon de su palacio en union de los enemigos de la patria. Lleno del siniestro presentimiento de una caída rápida y próxima, la virtud estoica de este príncipe era suficiente á la tranquilidad de su conciencia, pero no bastaba para hacerle tomar una resolucion que pudiera salvarle. Al salir del Consejo de ministros, donde desempeñaba lealmente las funciones constitucionales de su papel, buscaba inspiraciones saludables, ya en la amistad de ciertos servidores fieles adictos á su persona, ya en las conversaciones de sus mismos enemigos, admitidos algunas veces furtivamente á sus más íntimas confidencias. Sucediáanse los consejos á los consejos en los oídos del príncipe, así como se sucedian sus resultados en los actos contradictorios que ejecutaba. Sus enemigos le sugerian concesiones, prometiéndole en premio de ellas una popularidad que se le iba de las manos en cuanto aquéllos querian entregársela. La corte le aconsejaba usar de una fuerza que ella no tenia sino en sueños, la reina queria inspirarle el valor de que estaba dotada, los intrigantes querian que se valiese del soborno para atraer á sus enemigos, y los tímidos le suplicaban con las lágrimas en los ojos que buscase la salvacion en la fuga. El rey adoptaba alternativamente todos estos medios, pero ninguno de ellos era ya eficaz, porque habia pasado el tiempo de tomar resoluciones útiles. La crisis era inevitable, y era preciso elegir

entre la vida y el trono; tratando de conservar estas dos cosas, era claro que tenía que perderlas ambas.

Cuando nos colocamos mentalmente en la posición que ocupaba Luis XVI, y nos preguntamos á nosotros mismos por qué medios hubiera podido salvarse, buscamos inútilmente y no damos con ninguno que sea suficiente á conseguirlo. Hay ciertas circunstancias en la vida del hombre que enredan de tal suerte la madeja del hilo de sus días, que, sea cual fuere la resolución que tome para desenredarla, tiene que renunciar á ello y sucumbir, cediendo á la fatalidad del destino, que le arrastra á sufrir el castigo de sus faltas ó de sus virtudes. Luis se hallaba en este caso. Toda la impopularidad del trono en Francia, todas las faltas de las administraciones precedentes, todos los vicios de los reyes sus antecesores, todas las infamias de la corte, y todas las quejas de los pueblos se habian aglomerado, por decirlo así, sobre su cabeza, y habian marcado su inocente frente como un objeto de expiación á los males de muchos siglos. Las épocas tienen sus sacrificios como las religiones, y cuando quieren renovar una institución que no les conviene, amontonan sobre el hombre en quien esta institución se halla personificada todo cuanto tiene de odioso y vituperable, haciendo de él una víctima que sacrifican á las exigencias del tiempo. Luis XVI era esta víctima inocente, cargada, sin embargo, con todas las iniquidades de los tronos, y que tenía que ser inmolada en castigo de los crímenes que no habia cometido. Hé aquí el rey.

XII

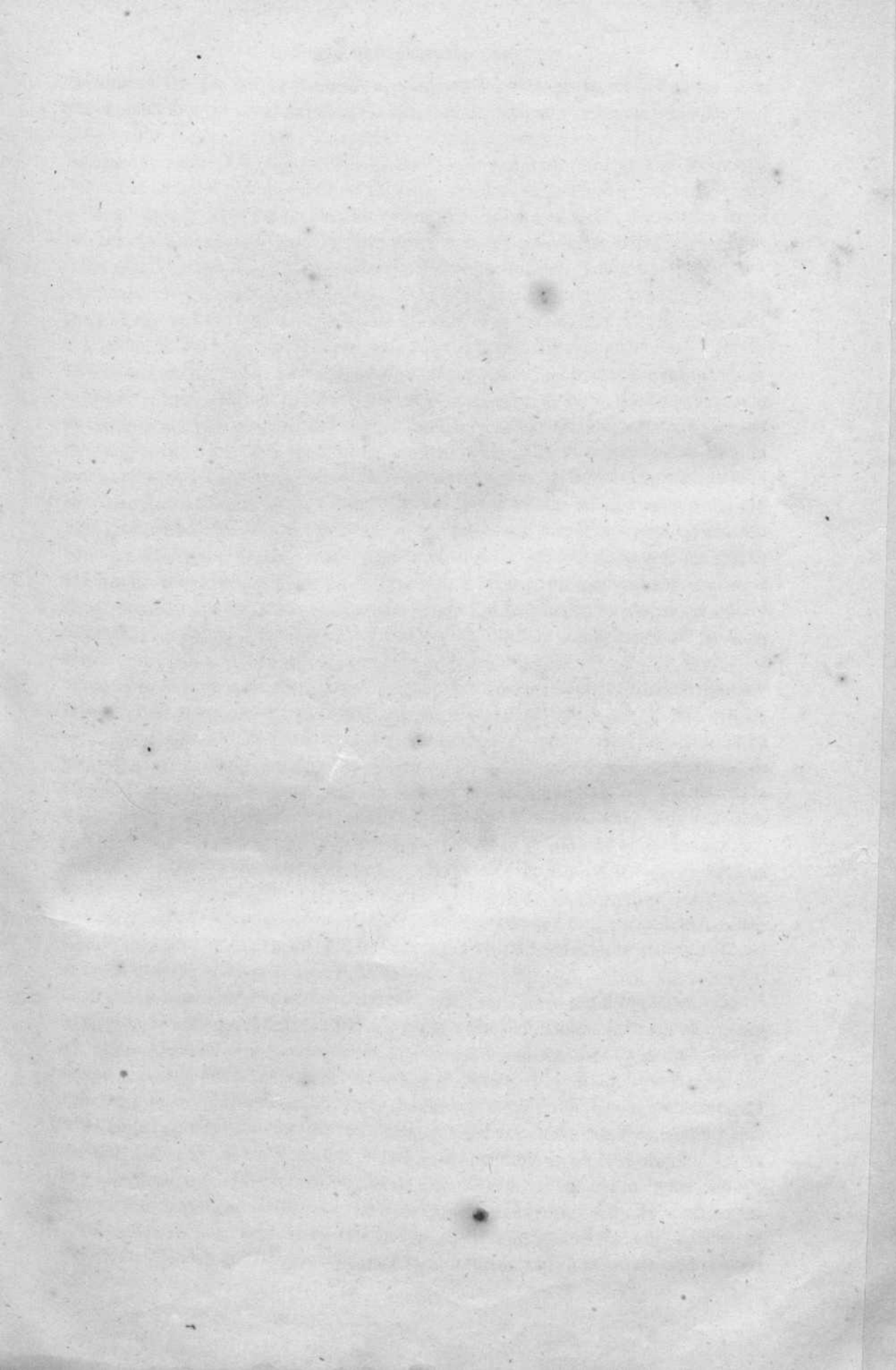
El carácter de la reina formaba un contraste singular con el de su esposo, y parecia criada por la naturaleza para inspirar el interés y la compasión de los siglos venideros por el papel que le tocó en uno de esos dramas de Estado que son incompletos cuando no los desenlaza el infortunio de una mujer. La hija de María Teresa habia nacido en la época borrascosa de la monarquía austriaca, y era hermana de aquel niño que la emperatriz llevaba de la mano cuando se presentó en actitud suplicante ante sus fieles húngaros, obligando con esta acción á las tropas á que gritasen: «¡Muramos por nuestro rey, María Teresa!» También su hija tenía corazón de rey... A su entrada en Francia, la deslumbró por su belleza, que entonces estaba en todo su esplendor. Era alta y de esbelto talle, como una verdadera hija del Tirol. Los dos hijos que tuvo, lejos de ajar su beldad, habian contribuido á darle cierta expresión de majestad maternal, que sienta muy bien á la persona que es mirada como madre de todo un pueblo. El presentimiento de sus desgracias, el recuerdo de las trágicas escenas de Versalles y las inquietudes cotidianas habian marchitado un poco la frescura de su rostro, que habia palidecido algun tanto. La dignidad natural de sus maneras no quitaba nada á la gracia de sus movimientos, y su hermoso cuello, que se elevaba con elegancia sobre unos hombros tan hermosos como él, conservaba esas magníficas inflexiones que dan tanta expresión á la actitud de la persona. Adivinábase la mujer bajo el exterior de la reina, y la ternura del corazón bajo la majestad de la suerte. Sus largos cabellos eran rubios y sedosos, y su frente, elevada y un tanto saliente, iba á unirse con gracia á las sienes, formando un conjunto que manifestaba en lo exterior el gran fondo de su inteligencia. Sus ojos de un azul claro recordaban

el cielo del Norte ó las aguas del Danubio, y su nariz aguileña, con sus ventanillas bien rasgadas y un poco abultadas, indicaba el valor de que estaba dotada. Tenia el rostro ovalado, y su fisonomía era viva, expresiva y apasionada. A todos estos atractivos unia un alma sedienta de afecciones, un corazón fácil de conmoverse y una sonrisa entre bondadosa y altiva, capaz de captarle muchos amigos, si no hubiese estado llena de dignidad y no hubiese sido extraña á todo lo que huele á coquetismo ó falta de decoro. Hé aquí el retrato de María Antonieta como mujer.

XIII

Esto basta para hacer feliz á un hombre y para ser el ornato de una corte; pero para inspirar á un rey irresoluto y salvar el Estado en las difíciles circunstancias que atravesaba no era suficiente. Mucho hubiera convenido que la reina hubiese conocido el difícil arte de gobernar, pero por desgracia, su inteligencia era nula en esta materia. Por otra parte, no podia tampoco estar preparada para dar direccion á las fuerzas desordenadas que se agitaban á su derredor, porque, víctima de la desgracia desde poco despues de su enlace con el rey, no habia tenido tiempo de reflexionar en los medios de defensa. Acogida con entusiasmo por una corte pervertida y por una nacion fogosa, creyó sin duda que aquellos sentimientos hácia ella serian eternos; razon por la cual se adormeció en las delicias y disipaciones de Trianon.

Cierto es que María Antonieta habia percibido los primeros rugidos de la tempestad, pero no lo es ménos que no habia creído en el peligro, y que habia confiado en el amor que se le tenia, al que ella correspondia por su parte. La corte se habia hecho exigente, y la nacion se presentaba en ademan hostil. Instrumento esta desgraciada señora de las intrigas de los cortesanos para influir en el ánimo del rey, habia favorecido al principio y combatido más tarde todas las reformas que podian prevenir ó aplazar las crisis. Su política era una manía, y su sistema entregarse á discrecion en manos de todos cuantos le prometian salvar al rey. El conde de Artois, príncipe jóven y de maneras caballerescas, habia adquirido un gran ascendiente sobre su corazón; pero este príncipe confiaba en la nobleza, hablaba continuamente de su espada, y se burlaba de la crisis, despreciando altamente todo aquel ruido de palabras, y formando cábalas contra los ministros que hacian imposible toda transaccion. Ebria la reina en las adulaciones de este consejero íntimo, inducia á su marido á recobrar hoy lo que habia dado ayer, y su mano se hacía conocer en todos los actos contradictorios del gobierno. Su cámara era el foco de una conspiracion permanente contra todo lo nuevo; de modo que la nacion llegó á notarlo, y empezó á aborrecerla desde aquel instante. El pueblo la miró desde entónces como el principal agente de una contrarrevolucion inminente, y dispuesto á calumniar á todo lo que puede causarle temor, empezó á pintarla como una Mesalina en odiosos é innumerables libelos. Mil rumores infames sobre su conducta privada circularon bien pronto de boca en boca, y se contaron de ella las más escandalosas anécdotas. Con razon pudieron acusarla de ternura; de depravacion, jamás. Bella, jóven y adorada, si no fué siempre insensible á los sentimientos que inspiraba, al ménos nunca dió el menor escándalo.





MARÍA ANTONIETA.

El corazón de una mujer, aunque esta mujer sea una reina, es inviolable. Sus sentimientos no son del dominio de la historia sino cuando se hacen públicos.

XIV

Los sucesos del 5 y 6 de Octubre hicieron conocer á la reina, demasiado tarde ya, el odio que el pueblo la tenia, y el rencor se apoderó de ella sin duda. La emigracion empezó inmediatamente, favorecida por la reina, y todos sus amigos se trasladaron á Coblenza. Se la acusó de complicidad con ellos, y acusósele con razon. El rumor del establecimiento de un comité austriaco, muy acreditado entre el pueblo, no fué sino una patraña inventada contra María Antonieta con el objeto de que la nacion pidiese su cabeza, como efectivamente lo hizo. Cuando un pueblo se subleva, tiene precision de aborrecer á alguno; á la reina le tocó por sus imprudencias ser el blanco de este odio. Toda una nacion se hizo enemiga de una mujer, y ésta en su altivez creyó degradarse si le daba una satisfaccion, por lo cual no trató de desengañarla, ni hizo otra cosa que concentrarse en sí misma aterrorizada. Confinada en las Tullerías, no podia asomarse á sus ventanas sin ser insultada, y cada ruido que oia en la ciudad se le figuraba una nueva conmocion popular. Pasaba los dias en silenciosa tristeza y las noches en la mayor agitacion, sufriendo un martirio continuado por espacio de dos años. Este suplicio se hacia cada dia más terrible para su amante corazón al acordarse de sus dos hijos, y al presenciar las aflicciones y amarguras de un esposo, objeto tierno de todo su cariño. Su corte estaba desierta, y si á alguien veia en ella, era ó unas autoridades sospechosas, ó los ministros que le habian impuesto, ó finalmente á Mr. de Lafayette, ante los cuales se veia obligada á componer su rostro, de modo que no se trasluciese por él lo que interiormente sufría. Tras los dorados biombos de su cámara se hallaba acechando el espíritu de delacion, y sus servidores más inmediatos eran otros tantos espías, á los que era preciso engañar para poder desahogarse en el seno de los pocos amigos que aún permanecian fieles. Los consejeros íntimos iban á verla de noche cuando ella les llamaba, y subiendo por escaleras secretas y atravesando sombríos y lúgubres corredores, solia verificarse la entrevista en algun desvan de palacio. Estas reuniones tenian todo el aspecto de una conjuracion, y la reina salía de ellas acosada por mil pensamientos distintos. Entónces asediaba el ánimo del rey, en cuya conducta se traslucia la incoherencia de una persona desesperada.

Cien planes se combinaban diariamente, pero todos se desechaban apenas se habian concebido. Medidas fuertes, soborno de la Asamblea, abandono sincero en la Constitucion, resistencia, actitud recta, arrepentimiento, contemporizacion, terror y fuga; de todo se trató, pero nada se llevó á cabo. Las mujeres, que son tan sublimes en su amor, raras veces están dotadas del espíritu de perseverancia y de imperturbabilidad que se requiere para llevar á cabo un plan político. Su política reside en el corazón, y su pasion está demasiado en contacto con su razon. De todas las virtudes necesarias al que está en el trono, no tienen sino el valor, y si muchas veces son unos héroes, es muy raro que sean nunca hombres de Estado. María Antonieta se hallaba en este caso. Dotada de más talento, de más alma y más carácter que el rey, le hizo mucho mal, porque su superioridad

sobre él le inspiró una confianza sin límites en sus funestos consejos. La reina fué á la vez el encanto de su esposo en medio de sus desgracias, y el genio de su perdicion. Ella le condujo paso á paso hasta el cadalso, pero tambien supo acompañarle en él.

XV

El lado derecho de la Asamblea nacional le componian los enemigos naturales del movimiento: el alto clero y la nobleza. Sin embargo, no todos opinaban de un mismo modo con respecto á las innovaciones recientes. Las sediciones vienen del pueblo, las revoluciones reconocen un origen más elevado; las primeras no son sino la manifestacion de las iras populares, las segundas son las ideas de una época. Las ideas se engendran en la cabeza de la nacion, y la revolucion francesa era un pensamiento generoso de la aristocracia. El pueblo se habia apoderado de este pensamiento, y habia hecho de él un arma terrible con que atacaba á la vez al trono, á la nobleza y á la religion. Lo que era filosofía en los salones se transformaba en motin en las calles. Sin embargo, todas las principales familias del reino habian tenido apóstoles de los primeros dogmas revolucionarios. Los Estados generales, antiguo teatro de la importancia y de los triunfos de la alta nobleza, habian tentado la ambicion de sus descendientes, y muchos de ellos se habian puesto á la cabeza de los nuevos reformadores. El espíritu de corporacion no habia sido suficiente para detenerlos en su marcha cuando se habia tratado de reunirlos al estado llano. Montmorency, Noailles, Rochefoucauld, Clermont-Tonnerre, Lally-Tollendal, Virieu, Aiguillon, Lauzun, Montesquieu, Lameth, Mirabeau, el duque de Orleans, primer príncipe de la sangre, y hasta el mismo conde de Artois, hermano del rey, que despues se llamó Luis XVIII, todos estos grandes señores fueron de los primeros que dieron impulso á las más osadas innovaciones. En cuanto estos teóricos de la revolucion especulativa notaron que el torrente les arrebatava, trataron de volverse al punto de donde habian salido, y unos se colocaron de nuevo al lado del rey, otros emigraron al extranjero despues de los sucesos de Octubre. Los más firmes permanecieron en su puesto en la Asamblea nacional, donde combatieron sin esperanza, aunque gloriosamente, por una causa perdida. Estos se esforzaron en vano por mantener un poder monárquico, y abandonaron al pueblo sin disputárselos los despojos de la nobleza y del clero. De este número fueron Cazales, el abate Maury, Malouet y Clermont-Tonnerre, que eran los hombres más notables del partido agonizante.

Clermont-Tonnerre y Malouet eran más bien hombres de Estado que oradores, y sus palabras no impresionaban sino á la razon. Buscaban el equilibrio entre la libertad y la monarquía, y creian haberlo hallado en el sistema representativo de Inglaterra, compuesto de las dos Cámaras colegisladoras. Los moderados de ambos partidos les oian con respeto, y como talentos de segundo orden, políticos de medias tintas, no excitaban odio ni ira, pero los sucesos seguian el comenzado curso hácia otros resultados más absolutos. Maury y Cazales, ménos filósofos que los anteriores, eran los atletas del lado derecho, y aunque distintos en carácter, su fuerza oratoria era casi igual. Acostumbrado Maury desde muy jóven á las luchas de la polémica sagrada, habia ensayado en el púlpito una elocuencia que debia desarrollarse despues en la tribuna. Hijo de la clase más ínfima

del pueblo, no era adicto al antiguo régimen sino por el hábito que vestía, y defendía la religión y la monarquía como hubiera podido defender unas conclusiones teológicas. Su convicción se reducía á desempeñar bien el papel que le había tocado, y lo mismo hubiera desempeñado cualquier otro, es decir, con un valor admirable y con la mayor nobleza. Educado en los estudios serios y dotado de un lenguaje fecundo, vivo y colorido, sus discursos eran unos verdaderos tratados de las materias que se proponía dilucidar. Único rival de Mirabeau, le hubiera igualado si hubiera defendido una causa más nacional, y el antiguo régimen no podía hallar otro hombre que supiese presentarlo bajo formas más seductoras. La erudición histórica y la sagrada prestaban materia á sus argumentos, y la osadía de su carácter y de su estilo le inspiraban palabras que vengan hasta de las mayores derrotas. Su hermosa figura, su sonora voz, sus imperiosos ademanes y la risueña indiferencia con que desafiaba á las tribunas arrancaban á menudo aplausos hasta de sus mismos enemigos. Persuadido el pueblo de que era invencible, se divertía con aquella resistencia impotente y gozaba viéndole combatir, por la seguridad que tenía de que su ruina era inevitable. La gran contra que tenía Maury era la ninguna autoridad moral de su palabra, pues ni su nacimiento, ni su fe, ni sus costumbres eran capaces de infundir respeto á sus oyentes. Quítese al abate Maury el traje clerical, y se le verá sentarse sin violencia en el lado opuesto, entre los innovadores. Semejantes oradores son la gala de un partido, pero nunca le salvan.

XVI

Cazales era uno de esos hombres que no saben lo que valen hasta que las circunstancias les descubren que tienen talento, imponiéndoles un deber que cumplir. Simple oficial, confundido entre los demas en las filas del ejército, la casualidad que le condujo á la tribuna le descubrió que era un orador. Al presentarse en la Asamblea no eligió la causa que debía defender. Como noble, defendió la nobleza; como realista, al rey; como vasallo, al trono. Su posición hizo su doctrina, y entró en la Asamblea acompañado del carácter y virtudes propias del uniforme que vestía. En él la palabra no fué sino una espada más, y ésta la ofreció con una abnegación enteramente caballeresca á la causa de la monarquía. Su fe monárquica no la constituía, sin embargo, un fanatismo ciego por lo pasado; admitía todas las modificaciones que el rey había admitido, con tal que fuesen compatibles con la inviolabilidad del trono y con la acción del poder ejecutivo. Mirabeau y Cazales no estaban muy distantes en política respecto al dogma; una distancia inmensa les separaba respecto á los medios: el uno quería la libertad como aristócrata, el otro como demócrata. El primero se había lanzado en los brazos del pueblo, el segundo se aferraba á las gradas del solio. El carácter de la elocuencia de Cazales era el que da una causa desesperada. Protestaba en vez de discutir, y oponía á los triunfos violentos del lado izquierdo retos irónicos y recriminaciones amargas, que subyugaban por un momento la imaginación, pero que no producían jamás la victoria. La nobleza le debió el caer con gloria, y el trono con majestad; de suerte que su elocuencia participó algo del heroísmo.

Detras de estos hombres no se descubría otra cosa sino el partido resentido de su adversa fortuna, desalentado por el aislamiento á que se veía reducido, odio-

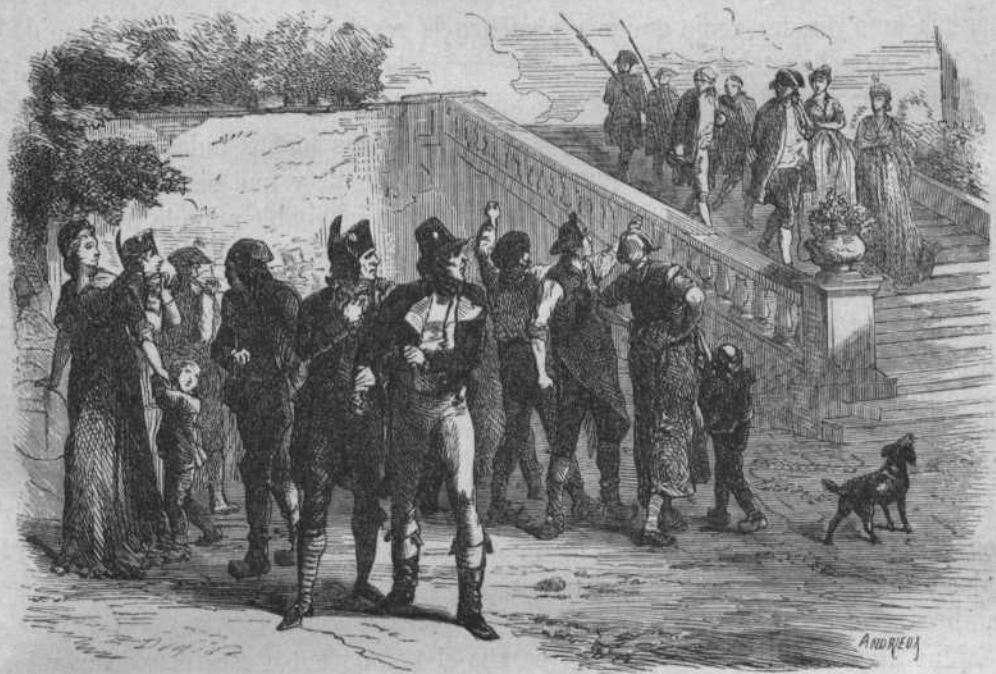
so al pueblo y completamente inútil al trono; partido que no vivía sino de ilusiones, y que no conservaba otra cosa de su abatido poder que el resentimiento de la injuria recibida y la insolencia que va en aumento cada día cuando se sufren nuevas humillaciones. Las esperanzas de este partido no se cifraban ya más que en la intervencion armada de las potencias extranjeras. Luis XVI no era, según su modo de ver, sino un rey prisionero, que la Europa se apresuraria á sacar del cautiverio. Para los hombres del lado derecho, el patriotismo y el honor residían en Coblenza. Vencidos por el número, sin ninguno de aquellos jefes hábiles que saben inmortalizarse en las retiradas, sin fuerzas para luchar contra el espíritu de la época y negándose á toda transaccion, estos hombres no podían apelar sino á la venganza. Su política no era otra cosa que una imprecacion.

Acababa el lado izquierdo de perder su jefe y su regulador al perder á Mirabeau; muerto este hombre nacional, no le quedaban sino hombres de partido. Los principales eran Barnave y los dos hermanos Lameth. Humillados éstos por el ascendiente que Mirabeau habia ejercido sobre ellos, habian tratado, mucho ántes de la muerte de aquél, de neutralizar la supremacia de su talento con doctrinas y discursos exagerados. Mirabeau era el apóstol de la revolucion, los otros habian querido ser los facciosos de la época. Persuadidos de su mérito personal, habian creído eclipsar los talentos de aquel grande hombre con la superioridad de su popularidad. Las medianías creen igualarse con los genios traspasando la valla de la razon. En el lado izquierdo se habia efectuado una escision, y treinta ó cuarenta de sus individuos seguían las inspiraciones de Barnave y de los Lameth. El club de los *Amigos de la Constitucion*, convertido en club de los Jacobinos, era su eco fuera de la Asamblea. La agitacion popular, sostenida por ellos, era refrenada por Mirabeau, que reunía en su contra la izquierda, el centro y todos los hombres racionales del lado derecho. Conspiraban á pesar de todo, intrigaban y fomentaban las divisiones intestinas y exteriores, en vez de gobernar; pero hasta la muerte de Mirabeau no quedaron dueños absolutos del campo.

Los Lameth, hombres de corte y educados por la munificencia de la familia real, colmados de favores y de pensiones por el mismo rey, eran unos viles é ingratos que ni siquiera tenían la excusa, como Mirabeau, de haber recibido agravios de la monarquía. Esta defeccion escandalosa y criminal era, sin embargo, su más bello título al favor del pueblo. Hombres hábiles, llevaban la ventaja, al declararse por la revolucion, de conocer los manejos de la corte en que habian sido criados. El amor que profesaban á la revolucion era no obstante desinteresado y sincero, pero su distinguido talento no igualaba con mucho á su ambicion. Confundidos por Mirabeau en todas ocasiones, amotinaban contra él á todos los que como á ellos hacía sombra aquel talento privilegiado. Por más que buscasen un rival que oponerle, no dieron sino con envidiosos que no podían competir con él. Barnave se presentó á la sazón, é inmediatamente le rodearon, le aplaudieron y le dieron, por decirlo así, su propia importancia. Por un momento lograron persuadirle de que la política consistía en bellas frases, y que bastaba ser buen retórico para ser hombre de Estado.

Mirabeau fué bastante grande para no temerle y asaz prudente para no despreciarle. Barnave, jóven abogado del Delfinado, habia empezado á darse á conocer en los conflictos entre el Parlamento y el trono, que habian agitado su provin-

cia, y habia dado muestras de su elocuencia en el foro. A la edad de treinta años fué enviado á los Estados generales con Monnier, su patrono y maestro, pero bien pronto abandonó á éste y desertó del partido monárquico para afiliarse en el de la democracia. Una palabra fatídica, salida de sus labios, pero que no emanaba directamente del corazon, pesaba cual agudo remordimiento sobre su conciencia. «¿Tan pura es la sangre que se ha derramado?» exclamó al saber el primer asesinato cometido por la revolucion. Estas palabras habian impreso en su frente el signo de los facciosos; sin embargo, no lo era, ó al ménos no lo era sino en cuanto le convenia serlo para el buen éxito de sus discursos. Exaltado como orador, estaba muy léjos de serlo como hombre, y mucho más distante aún de ser cruel. Estu-



Las atroces amenazas con que eran saludados...—Pág. 39.

dioso sin método, fecundo sin energía, no pasaba de ser una inteligencia mediana dotada de un alma honrada y de un corazon recto, á lo que añadía una voluntad vacilante. Su talento, malamente comparado con el de Mirabeau, consistia en el arte de encadenar con habilidad las consideraciones más vulgares; y aunque el hábito de hablar en los tribunales le daba una superioridad aparente en la improvisacion, desvanecía esta en el momento en que se reflexionaba sobre lo que habia dicho. Los enemigos de Mirabeau le habian colocado sobre un pedestal muy elevado por el odio que profesaban á aquél, y le habian engrandecido sin otro objeto que el de ponerle en parangon con él. En cuanto quedó reducido á su verdadera estatura, se reconoció la inmensa distancia que mediaba entre el hombre de la nacion y el del foro. Barnave tuvo la desgracia de ser el grande hombre de un partido medio y el héroe de un partido envidioso. Era digno de mejor suerte, y más tarde la consiguió.

XVII

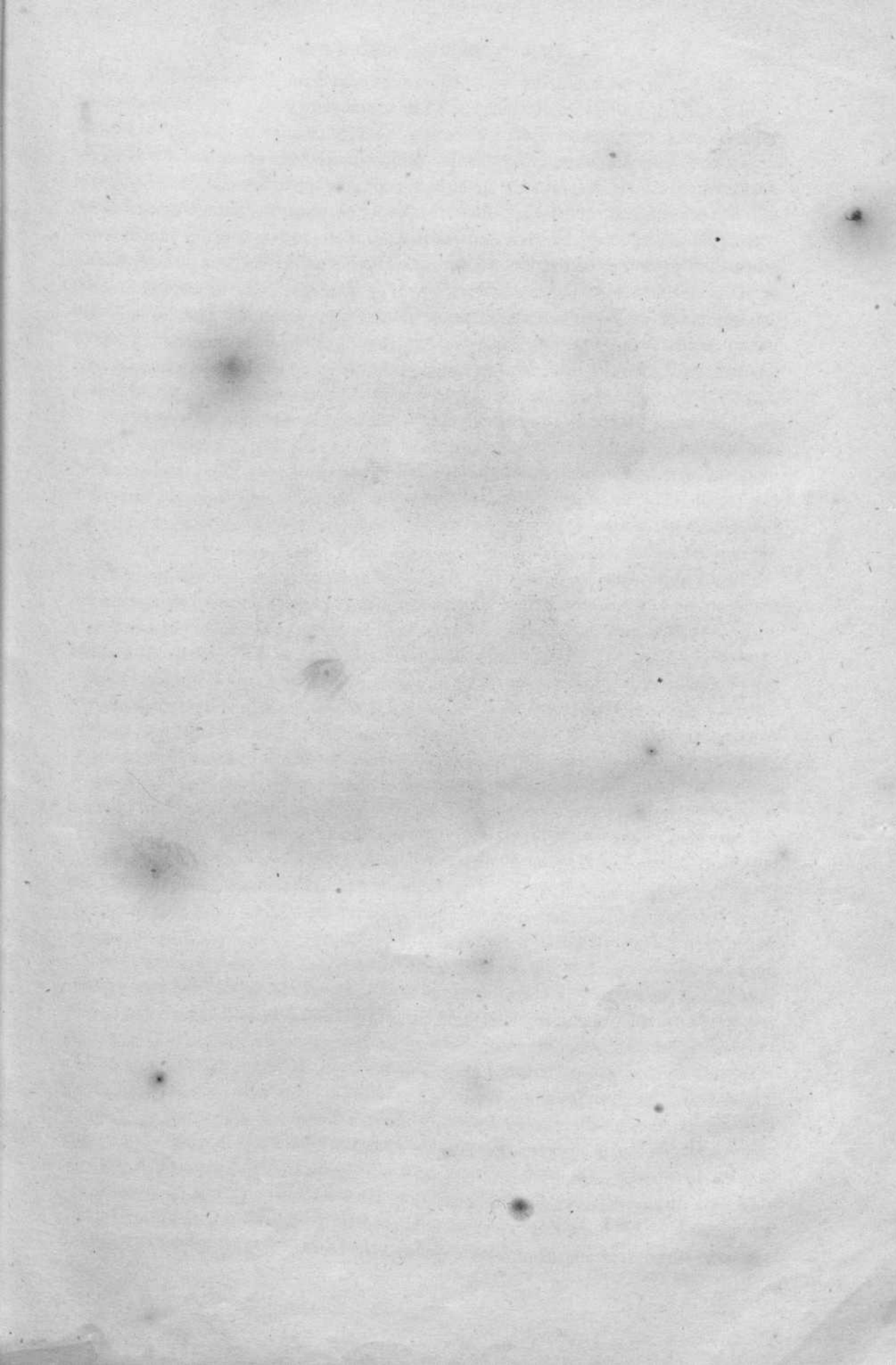
Colocado en la penumbra y medio oculto todavía detras de los jefes de la Asamblea nacional, empezaba á agitarse un hombre casi desconocido, instigado por un pensamiento que le prohibia el reposo y el descanso. En todas ocasiones trataba este hombre de hacer uso de la palabra, y se atrevia á medir sus fuerzas con todos los oradores, hasta con el mismo Mirabeau. Precipitado de la tribuna, volvía á ocuparla con fe viva al dia siguiente, y bajaba de ella humillado por los sarcasmos, sofocado por los murmullos y acosado por todos los pártidos, que en medio de tan grandes atletas apénas se dignaban fijar en él la atencion. A pesar de esto, por más que siempre quedase derrotado, nunca se lograba cansarlo. No parecia sino que un genio amigo y profético le revelara de antemano la vanidad de todos aquellos talentos, la omnipotencia de la voluntad y de la constancia, y que una voz que él sólo oía clamaba en el fondo de su alma, diciéndole: «Esos hombres que te desprecian son tuyos: tendrás en tus manos todos los cabos de esa revolucion que ahora no quiere hacer caso de tí, y que siempre tropezará contigo en su camino, porque tú serás el obstáculo inevitable adonde irá á chocar ese movimiento de impulsiones». Este hombre era Robespierre.

Hay abismos que nadie se atreve á sondear, y caracteres en que nadie trata de penetrar, por no dar con horrores que le hagan retroceder asustado al descubrirlo; pero la mirada de la historia es impasible como la del tiempo, y no puede detenerse ante este terror, porque está obligada á comprender todo lo que ha de contar.

Maximiliano Robespierre nació en Arras, de una familia pobre, honrada y considerada en el país. Su padre era oriundo de Inglaterra, y con eso se explica esa especie de puritanismo del hijo. El obispo de Arras le habia hecho educar á sus expensas, y el jóven Maximiliano se distinguia en el colegio de Luis el Grande entre todos sus compañeros por su constante aplicacion y por la austeridad de sus costumbres.

Muy aficionado á escribir cartas, pasaba el tiempo entre esta ocupacion y las tareas del bufete. La filosofía de Juan Jacobo Rousseau se habia infiltrado en su corazon, y era su único dogma, su fe, su fanatismo. En el alma fuerte de un secretario, pronto se convierte en secta cualquiera conviccion. Robespierre era el Calvino de la política, y maduraba en medio de la oscuridad el pensamiento confuso de la renovacion del mundo social y religioso, sueño dorado de su imaginacion cuando era más jóven. La revolucion vino á ofrecerle lo que el destino ofrece siempre á los que espian su marcha, la ocasion; aprovechóse de ella, y fué nombrado diputado del estado llano en los Estados generales.

Quizá fué el único entre todos sus compañeros que previó el desenlace de aquel drama inmenso, cuya primera escena se habia abierto en Versalles. Así como los filósofos ignoran el sitio en donde reside nuestra alma, así muchas veces sucede que el individuo más oscuro posee el pensamiento de todo un pueblo. A nadie debe despreciarse por su exterior, porque el dedo de Dios marca al hombre en el alma y no en la frente. Nada habia en la cuna, en el talento ni en la fisonomía de Robespierre que fuese digno de llamar la atencion; sin embargo, este hombre era la última palabra de la revolucion, pero nadie podia leerla.





ROBESPIERRE.

Era Robespierre de baja estatura, delgado de miembros, de andar tardo y afectadas maneras, y sin gracia ninguna en sus movimientos. Su voz agria y desagradable buscaba en vano inflexiones oratorias, y no producía sino sonidos monotonos. Su frente era hermosa, aunque pequeña, pero muy saliente en la parte superior, como si indicase que la masa y el torpe movimiento de sus pensamientos la habían ensanchado más de lo natural por aquella parte. Sus ojos, muy velados por los párpados y bastante rasgados, estaban muy hundidos en las cavidades de sus órbitas, y lanzaban un resplandor semejante al reflejo del acero iluminado por los rayos solares. Tenía la nariz pequeña y arremangada, la boca grande, y unos labios muy delgados y contraídos hácia los extremos de un modo repugnante. Su barba era pequeña y puntiaguda, y el color de su rostro pálido, como el del hombre gastado por los vicios ó consumido por la meditacion y por las vigiliás.

La expresion habitual de su rostro consistía en una serenidad superficial sobre un fondo grave, y en una sonrisa indecisa entre sarcástica y graciosa. Dominaba en el conjunto de su fisonomía una prodigiosa y no interrumpida tension de todas sus facciones, que indicaba al hombre observador que todos los esfuerzos de su alma convergían hácia un punto único y determinado, con tal fuerza de voluntad y con una conviccion tan íntima de que llegaría á obtener el fin que se había propuesto, que parecía que estaba pasando á su vista lo que aún había de tardar mucho tiempo en efectuarse.

Tal era el hombre que debía absorber en sí á todos los demás, sacrificándolos despues de haberse servido de ellos como instrumentos. No pertenecía á ningun partido determinado, pero marchaba con todos los que alternativamente servían á su bello ideal de la revolucion. En esto consistía su verdadera fuerza, porque los partidos se veían obligados á detenerse, y él continuaba siempre marchando hácia adelante en direccion de su objeto, que era uno nuevo en cada movimiento revolucionario, sin retroceder jamás ni desviarse á éste ni al otro lado. Diezmada la revolucion en su carrera, forzosamente tenía que resumirse en una última expresion, y Robespierre confiaba en que esta última expresion sería él. Hé aquí la razon de que trabajase con tanto ardor y eficacia por conseguirlo. El día de su sueño dorado estaba aún muy distante.

XVIII

Robespierre se había unido muchas veces á Dupont, á Barnave y á los dos Lameth para combatir á Mirabeau; pero empezó á volverles la espalda desde que dominaron la Asamblea. Uniéronse entónces á Petion y á algunos otros hombres oscuros, formando con ellos un pequeño partido de oposicion radicalmente democrática, que envalentonaba á los jacobinos y amenazaba á Barnave y los Lameth cuando intentaban detenerse en su marcha. Petion y Robespierre en el Congreso, y Brissot y Danton en el club, formaban el gérmen de este nuevo partido, que estaba destinado á acelerar el movimiento y á convertirle muy en breve en una continuada y sangrienta catástrofe.

El objeto de Petion era adquirir popularidad, y lo consiguió ántes que Robespierre. Abogado de escaso talento, pero íntegro, consistía toda su filosofía en saber algunos cuantos sofismas del *Contrato social*. Joven, hermoso y patriota,

estuvo destinado á ser uno de esos ídolos complacientes de los que hace el pueblo lo que quiere, aunque nunca logra hacerlos hombres. El ascendiente que tenia en las calles y entre los jacobinos le daba cierta autoridad en la Asamblea, donde se le escuchaba como al eco significativo de la voluntad del pueblo. Hasta el mismo Robespierre afectaba tenerle respeto.

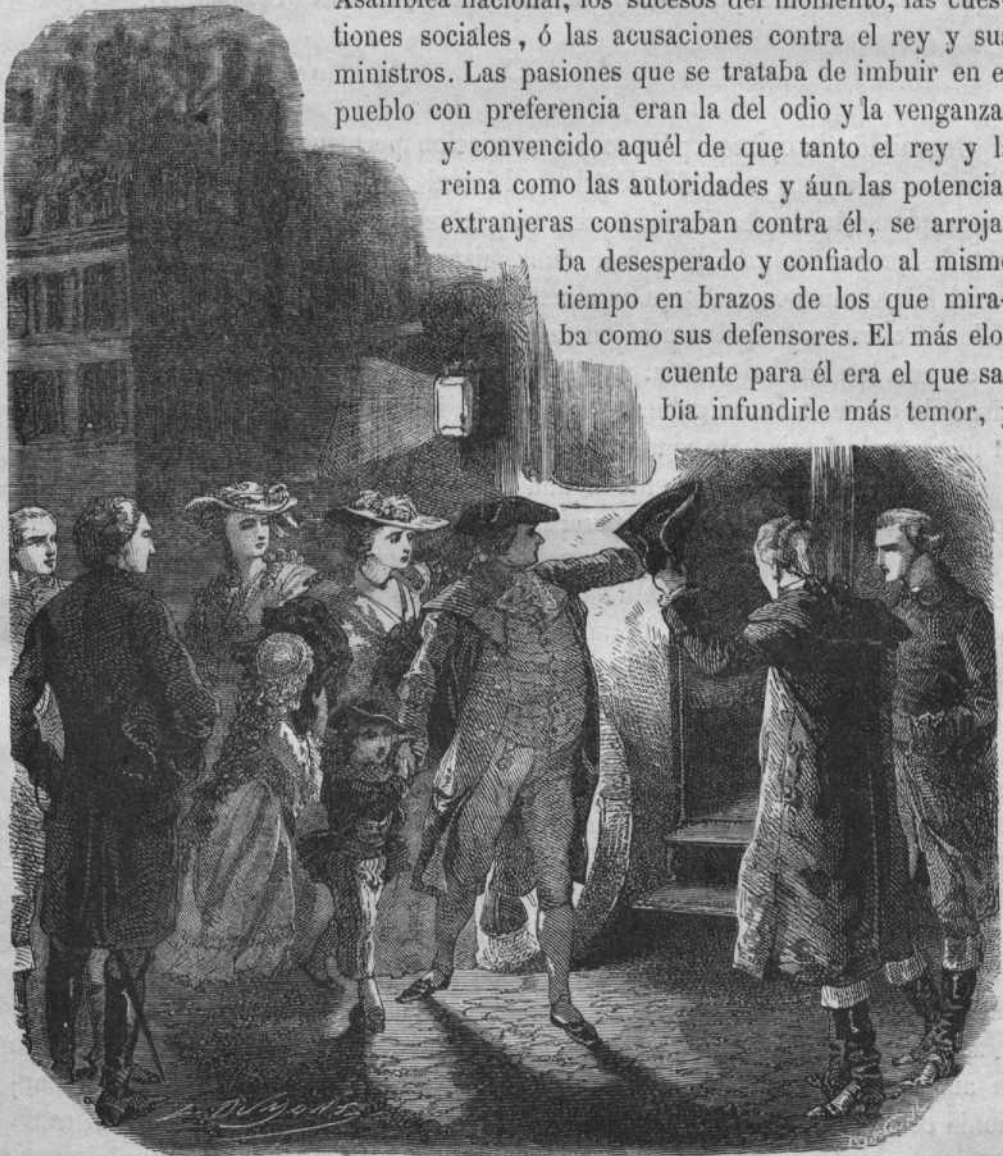
XIX

La Constitucion estaba concluida, y la autoridad real no existia sino en el nombre. El rey no era sino el ejecutor de las órdenes de la Representacion nacional, y sus ministros los rehenes responsables que conservaba la Asamblea. Los vicios de la nueva Constitucion eran conocidos ántes de verla terminada, porque votada en medio de las iras de los partidos, en vez de ser un código, no era sino una venganza del pueblo contra la monarquía, que habia quedado en pié para ser sustituida por una institucion única que se establecia en todas partes y que nadie se atrevia aún á nombrar. El pueblo y los partidos temblaban abrir un abismo al derribar el trono, en donde se precipitasen sin esperanza, y habian convenido tácitamente en respetar su sombra, ultrajando y humillando cada vez más al desgraciado monarca que lo ocupaba. Las cosas habian llegado á tal extremo que no podian tener otro desenlace que la más completa ruina. Un ejército indisciplinado era otro elemento más en favor de la fermentacion popular. Los oficiales emigraban en masa, y los sargentos, afiliados todos en el club de los Jacobinos, los reemplazaban, imbuyendo las máximas democráticas en el ánimo de los soldados, convertidos por este medio en instrumentos de anarquía y en cómplices de los sediciosos. El pueblo famélico devoraba la presa que le habian arrojado, que consistia en los desechos de los señores y en los diezmos del clero, y temeroso de que le arrancasen lo que habia pillado, soñaba en conspiraciones que prevenia cubriéndose de crímenes. La libertad, que se le habia dado sin prepararle de antemano á recibirla, le ponía en continua agitacion febril sin fortificarle, y con todos los vicios de los libertos, no tenia ninguna de las virtudes de los hombres libres. La anarquía más espantosa gobernaba la nacion, y para que tuviese quien la gobernase á ella, se habian creado un gobierno en otros tantos clubs cuantas ciudades y pueblos de nota habia en el reino.

El dominante y el verdadero punto céntrico de la anarquía era el de los Jacobinos. Cuando una voluntad poderosa y apasionada conmueve una nacion, esta voluntad comun reúne á los hombres, cesa el individualismo, y la asociacion legal ó ilegal organiza los sentimientos públicos. De este modo habian nacido las sociedades populares. A las primeras amenazas de la corte contra los Estados generales, unos cuantos diputados bretones se reunieron en Versalles y formaron una sociedad para estar al corriente de las intrigas de la corte y asegurar el triunfo de la libertad. Sus fundadores fueron Sieyes, Chapelier, Barnave y Lameth. Trasladado el club á Paris despues de las jornadas del 5 y 6 de Octubre, adoptó el significativo nombre de *Sociedad de amigos de la Constitucion*, y se instaló en el antiguo convento de los Dominicos, inmediato al sitio donde celebraba sus sesiones la Asamblea. Los diputados que habian fundado el club sólo para ellos, abrieron bien pronto sus puertas á los periodistas y escritores revolucionarios, y

últimamente á todos los ciudadanos. Para ser admitido en el club bastaba que dos miembros de la sociedad presentasen al candidato, sobre cuya moralidad se adquirían informes allí mismo en votacion pública. El pueblo entraba tambien á las sesiones con una tarjeta que examinaban los censores. Celebrábanse estas reuniones con toda la formalidad de las asambleas deliberantes, puesto que habia en ellas presidente, secretarios, tribuna y órden del dia, y hasta tenian oficinas, reglamento, y todas las demas cosas que se hallaban en las otras. En una palabra, eran unas asambleas deliberantes, sin ninguna responsabilidad y sin que hubiese mediado eleccion para ser miembro de ellas. La pasion del momento era la única que mandaba aquella tumultuosa reunion, que, en vez de hacer leyes, predisponia el ánimo del público segun convenia á sus intereses.

Las sesiones eran de noche, para que el pueblo no tuviese que abandonar sus faenas por asistir á ellas, y servian de texto á sus discusiones los actos de la Asamblea nacional, los sucesos del momento, las cuestiones sociales, ó las acusaciones contra el rey y sus ministros. Las pasiones que se trataba de imbuir en el pueblo con preferencia eran la del odio y la venganza; y convencido aquél de que tanto el rey y la reina como las autoridades y aún las potencias extranjeras conspiraban contra él, se arrojaba desesperado y confiado al mismo tiempo en brazos de los que miraba como sus defensores. El más elocuente para él era el que sabía infundirle más temor, y



como tenia sed de denunciaciones, se le prodigaban por tenerle contento. Por este medio adquirieron su dominio sobre el pueblo Barnave y los Lameth, y más tarde Danton, Marat, Brissot, Camilo Desmoulins, Petion y Robespierre. Estos nombres habian ido creciendo con las iras populares, y ellos trataban de sostenerlas por no perder el prestigio que tan vilmente habian adquirido. Las sesiones nocturnas de los Dominicos y de los Franciscanos ahogaban frecuentemente el eco de la Asamblea nacional, y la minoría, derrotada en el Congreso, acudia á protestar y aún á amenazar en los Jacobinos.

El mismo Mirabeau habia sido acusado allí por Lameth con motivo de la ley que habia propuesto sobre la emigracion, y pocos dias ántes de su muerte habia tenido que comparecer á oír las invectivas de su denunciador, aunque desdeñó justificarse. Los clubs eran la fuerza exterior en que se apoyaban los exaltados de la Asamblea nacional para intimidarla. Esta no tenia otro apoyo que las leyes; el club contaba con el pueblo, con las asonadas, y hasta con el ejército.

XX

Organizada la opinion pública, su asociacion permanente en todos los puntos del reino daba una sacudida eléctrica á la cual no era posible resistir. Las mociones que se hacían en Paris corrian con la velocidad del rayo de club en club hasta las provincias más distantes, y una misma chispa era suficiente para incendiar á la vez muchos millones de almas, en las que ardia el fuego de una misma pasion. Todas las sociedades se correspondian entre sí, y estaban en correspondencia con la sociedad matriz. Aquel gobierno era el de las facciones, que habia enredado en sus lazos al gobierno legal; pero la ley habia enmudecido y perdido su fuerza, y la faccion era vigorosa y elocuente.

Trasladémonos mentalmente á una de aquellas sesiones borrascosas de la época, y verémos cosas que nos parecerian imposibles á no haberlas presenciado, ó al ménos hablado y tratado á muchos de los que las presenciaron. El lugar de la reunion es un templo de donde Dios ha sido arrojado con escarnio, y en el que no se halla otro vestigio del antiguo culto que algunas pinturas sagradas que hay en las paredes, desnudas por otra parte de todo adorno. Una tribuna ocupa el sitio en donde estaba el tabernáculo no hace mucho tiempo, y multitud de bancos, muchos de ellos aún con el emblema de la comunidad ó cofradía á que pertenecieron, sirven para que el público se siente. La tribuna se halla rodeada por ciertos oradores queridos del pueblo que están impacientes por subir á ella cuanto ántes; un corto número de luces llevadas allí por los mismos asociados ilumina imperfectamente aquel recinto, y su resplandor no sirve sino á hacer más perceptible la oscuridad. El auditorio lo componen hombres de todas las clases y condiciones, y no faltan tambien algunas mujeres entusiastas por el nuevo órden de cosas, que acuden allí con sus pequeñuelos para que mamen la leche de la revolucion mezclada con la de sus pechos. Esta turba fanática é ignorante, que prorrumpe en aullidos y silbidos estrepitosos cuando las ideas del orador no están en armonía con las suyas, al terminarse las sesiones entona himnos patrióticos, canta canciones demagógicas, pasea en triunfo los bustos de los grandes republicanos, y arrastra por los suelos los símbolos de la religion ó de la dignidad real para que-

marlos después en medio de los más feroces aullidos. ¿Qué pueblo, por pacífico que fuese, hubiera resistido á esa fiebre espantosa, cuyos accesos eran diarios y cada vez más fuertes desde fines del año 1790 en todas las ciudades del reino? Este régimen de fanatismo era el precursor de el del terror. Esta era la organización del club de los Jacobinos.

XXI

El club de los Franciscanos excedía aún al de los Jacobinos en turbulencia y demagogia. Danton y Marat eran sus corifeos.

Los constitucionales moderados habían tratado, y aún empezaron á reunirse, pero falta siempre energía en las sociedades que están meramente á la defensiva, así como las que toman la ofensiva logran agrupar las facciones en torno suyo. Esta fué la causa de que aquellas reuniones se disolviesen por su propia virtud hasta el establecimiento del club de los Fuldenses. El pueblo dispersó á pedradas á los primeros que acudieron á casa de Mr. de Clermont-Tonnerre, y Barnave insultó en la tribuna á sus colegas, denunciándolos á la execración pública con el mismo acento con que había excitado y reunido á *los amigos de la Constitución*. La libertad no era todavía sino un arma parcial que cualquiera quebraba sin pudor en el pecho de su enemigo.

¿Qué podía hacer el rey, acosado por un lado por una Asamblea que se había arrogado todas las funciones ejecutivas, y por otro por aquellas reuniones facciosas que usurpaban todos los derechos de la Representación nacional? Sin fuerza propia entre estos dos rivales, el rey recibía de rechazo los golpes de unos y otros, y todos los días era ofrecido en sacrificio al populacho por la Asamblea nacional.

Sólo una fuerza mantenía el orden exterior y sostenía aún la sombra del trono: esta fuerza era la guardia nacional de París. Esta, sin embargo, era una fuerza neutral que no reconocía más ley que la de la opinión, y que fluctuando entre las facciones y la monarquía, podía mantener el orden público; pero no era á propósito para prestar un apoyo firme é independiente al poder político. Era, en fin, una parte integrante del pueblo, y una intervención armada contra la voluntad de éste la hubiera tenido por un sacrilegio. Creada por sí misma el 14 de Julio en la casa de la municipalidad, no obedecía más órdenes que las que emanaban de aquella corporación que le había dado por jefe principal al marqués de Lafayette. Los hombres honrados no podían haber escogido otra persona que los representase más dignamente.

XXII

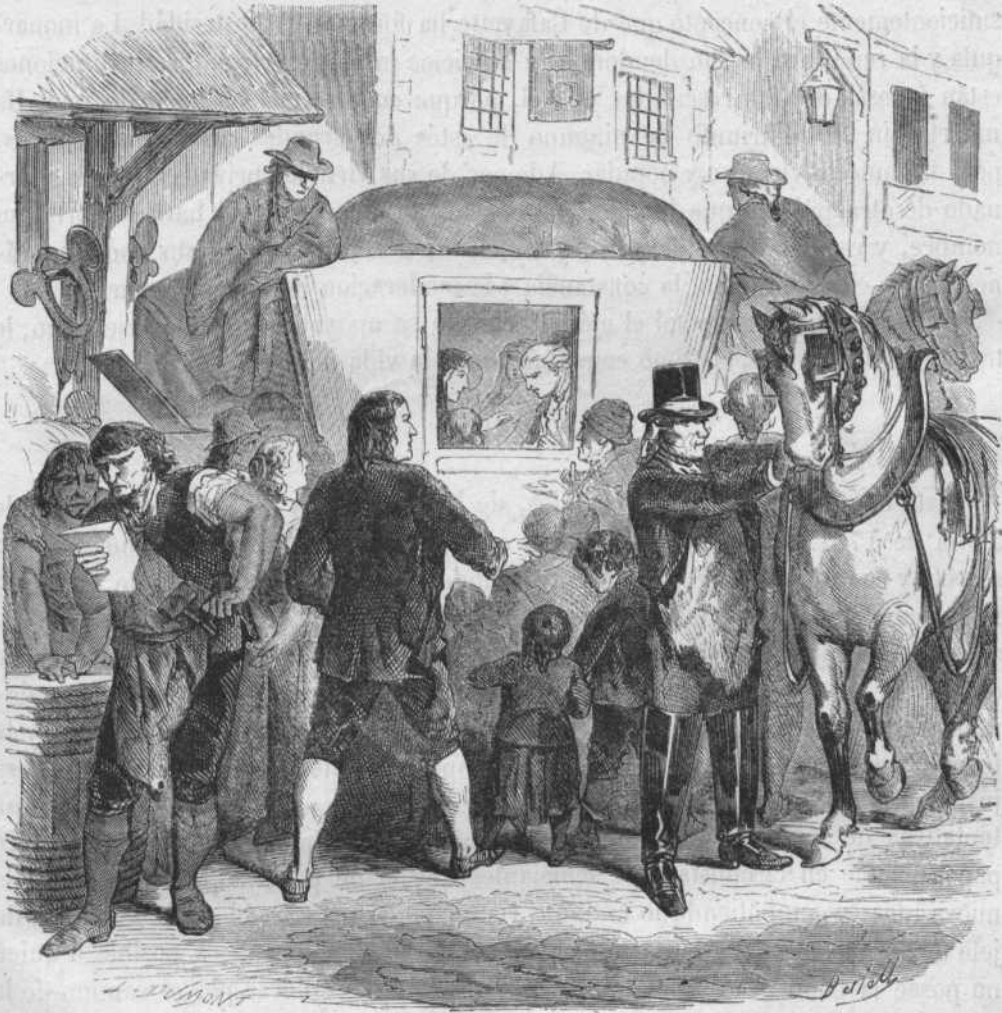
El marqués de Lafayette era un patricio dueño de un caudal inmenso, y estaba enlazado por su casamiento con la hija del duque de Ajen con las principales familias de la corte. Había nacido en Chavagnac, en la Aubernia, el 6 de Setiembre de 1757, y á pesar de hallarse casado desde la temprana edad de diez y seis años, la sed de adquirir gloria le había hecho abandonar su patria en 1777. Era aquella época la de la guerra de la independencia en la América inglesa, y el nombre de Washington resonaba en ambos continentes. Un adolescente tuvo la osadía de querer igualarse á aquel hombre en medio de las delicias de la

afeminada corte de Luis XV, y este hombre fué Lafayette. Armó secretamente dos navíos á sus expensas, cargólos de armas y municiones para los insurgentes, y llegó felizmente á Charlestown, siendo recibido por Washington como hubiera podido recibir á un enviado de Francia. Lafayette y los jóvenes oficiales que le acompañaban eran la manifestacion evidente de los votos secretos de un gran pueblo en favor de la independencia del Nuevo Mundo. El general americano se sirvió de Mr. de Lafayette en aquella larga guerra, cuyas más insignificantes escaramuzas adquirian las proporciones de batallas campales al atravesar los mares.

La guerra de América, más notable por sus resultados que por sus combates, era más á propósito para formar republicanos que para hacer grandes guerreros. Lafayette la hizo con heroísmo y decision, y se grangeó la amistad de Washington. Este escribió con su mano el nombre de un frances en los registros de la fundacion de una colonia trasatlántica, y aquel nombre volvió á Francia como un eco de libertad y de gloria. La popularidad, compañera inseparable de la gloria, siguió al joven Lafayette por todas partes. En cuanto regresó á su patria, se vió adoptado por la opinion pública, y aplaudido y coronado en el teatro de la Opera. La reina le saludó con una graciosa sonrisa, el rey le nombró general, Franklin le hizo ciudadano, y el pueblo le adoró como su ídolo. Estos favores del público le enervaron y decidieron de su suerte futura. Lafayette halló tan dulce esta popularidad, que nunca quiso consentir en desprenderse de ella, y aunque los aplausos no son la gloria, más tarde adquirió toda la de que era digno, imprimiendo á la democracia el sello distintivo de su carácter, la honradez.

Próximo estuvo Mr. de Lafayette el 14 de Julio á verse levantado sobre el paves por los ciudadanos de Paris. Nuevo frondista de la corte, revolucionario de buena casa, aristócrata por su cuna, demócrata por principios, y cubierto de una aureola de gloria militar adquirida en países remotos, reunia en su persona más cualidades de las necesarias para ser el jefe natural de un ejército de ciudadanos. La gloria que habia adquirido en América reflejaba en Paris y le daba un prestigio que, como todo el que conquista á grandes distancias del país natal, podia llamarse casi inmenso. El nombre de Lafayette eclipsaba todos los demas, y Necker, Mirabeau, y áun el duque de Orleans, perdieron gran parte de su popularidad en cuanto Lafayette estuvo de regreso en su patria. Su nombre fué el de la nacion por espacio de tres años. Árbitro supremo, sobresalia en la Asamblea por la autoridad que le daba el mando supremo de la guardia nacional, y en ésta, por la que le comunicaba el ser el miembro más influyente de la Asamblea. De la reunion de estos dos títulos resultaba una verdadera dictadura. Como orador valia poco, y no habia en su palabra aquella firmeza y electricidad que, impresionando el espíritu, vibran en el corazon y encienden el ánimo de los oyentes. Educado en la elegancia de los salones y nada conocedor del lenguaje diplomático de la política, hablaba de libertad valiéndose de unos términos que ponian de manifiesto su origen aristocrático. El solo acto parlamentario de Lafayette fué la publicacion de los *derechos del hombre*, que hizo adoptar por la Asamblea nacional. Este decálogo del hombre libre, hallado por Lafayette en las selvas de América, encerraba más conceptos metafísicos que máximas de verdadera política, y era tan poco aplicable á una sociedad constituida y antigua, como lo sería la desnudez completa del salvaje para el hombre civilizado, acostumbrado á cuidar con esmero del

adorno exterior de su persona. Aquel escrito tenia el mérito, sin embargo, de presentar al hombre en toda su desnudez, manifestando lo que era y lo que debia ser, á no existir las preocupaciones, desarrollando á su vista el verdadero ideal de sus deberes y de sus derechos. Era el grito indignado de la naturaleza contra todas las tiranías; grito que estaba destinado á hundir en el polvo el mundo anti-



El rey es reconocido en Chalons.—Pág. 52.

guo, gastado por la esclavitud, para que surgiese de él un mundo nuevo. El honor de Lafayette consistió en haberlo dado á conocer.

La confederacion de 1790 fué la época del apogeo de Mr. de Lafayette. Aquel dia eclipsó al rey y á la Asamblea, porque la nacion armada y pensativa asistia á aquel acto, y Lafayette era el que la mandaba. Aunque podia obrarlo todo, nada intentó, y su desgracia consistió entónces en la posicion crítica que ocupaba. Hombre de transicion, se veia dominado por dos ideas á un mismo tiempo; á haber tenido una sola, hubiera dispuesto como dueño absoluto de los destinos del país. La monarquía y la república estaban igualmente á su alcance si hubiese querido extender el brazo para apoderarse de una ú otra, pero lo detuvo á medio camino y no pudo obtener sino un recuerdo de libertad. Al mismo tiempo que trataba de

inspirar entusiasmo hácia las instituciones republicanas, defendía una Constitución monárquica y un trono, y por la contradicción aparente que se veía en sus principios, aparecía como un traidor, siendo en la realidad un hombre muy recto y justificado. Soldado de la monarquía por deber, peleaba en su defensa, aunque su corazón y sus convicciones se hallaban en las filas de los republicanos. Protector del trono, era al mismo tiempo el que le infundía más terror. Esto justifica suficientemente el concepto que de Lafayette ha formado la posteridad. La monarquía y la república le son deudas de servicios importantes; ambas instituciones están á pesar de esto resentidas con él, porque con las dos ha quedado mal. Ha muerto sin ver el triunfo de ninguno de estos dos grandes principios políticos, pero ha muerto virtuoso y popular. Además de sus virtudes privadas, estuvo adornado de otra pública que le valdrá el perdón de sus defectos y hará inmortal su nombre, y es que ántes, después, y en mayor grado que todos sus contemporáneos, tuvo el sentimiento, la constancia y la moderación de la revolución.

Tal era el hombre, y tal el ejército en que se apoyaban el poder ejecutivo, la tranquilidad del país, el trono constitucional y la vida del rey.

XXIII

Este era el estado de los partidos, de los hombres y de las cosas en 1.º de Junio de 1791, y por medio de todo esto atravesaba, movido por un impulso secreto y continuado, pero siempre avanzando, el espíritu irresistible de una gran renovación social. Con tales elementos, ¿qué podía resultar que no fuese lucha, anarquía, crímenes y asesinatos? Ningun partido tenía la razón, ningun hombre el talento, ningun alma la virtud, ni ningun brazo la energía suficiente para dominar este caos espantoso y hacer que saliesen de él la justicia, la verdad y la fuerza. Unas mismas causas producen siempre los mismos efectos. Luis XVI era justificado y deseaba el bien, pero debió haber comprendido, desde las primeras tentativas de la revolución, que para el primer jefe de un Estado no hay otro papel posible en circunstancias semejantes que el de ponerse á la cabeza de la nueva idea, y combatiendo lo antiguo, reunir en su persona el doble concepto de jefe de la nación y jefe de partido. El papel de moderador no es posible á quien no posee la confianza de todo el partido que se quiere llevar por el camino de la moderación. Enrique IV adoptó este papel para sí después de haber vencido; si lo hubiese hecho ántes, no sólo no habría sido rey de Francia, sino que hubiera perdido la corona de Navarra.

La corte era egoísta y corrompida, y únicamente defendía al rey por propia utilidad. El clero, aunque adornado de virtudes cristianas, carecía de virtudes cívicas, y como Estado que existe dentro de otro Estado, su vida no se identificaba con la vida de la nación. Independiente por su índole particular, creía que su suerte era independiente de la de la monarquía, y para que se uniese á ésta cuando la vio amenazada, fué preciso que viese también el peligro que corrían sus bienes, y entonces apeló á la fe de los pueblos para salvar aquellas riquezas. Los pueblos eran ya sordos á su voz, y no veían en los monjes y en los obispos sino unos hombres que querían vivir á costa de su sudor. Afeminada la nobleza por una larga paz, emigraba en masa abandonando al rey en medio del peligro, per-

THE GREAT EASTERN



EL GENERAL LAFAYETTE.

suadida de que pronto habria una intervencion armada de las potencias extran-
jeras, que volveria las cosas á su antiguo ser. El estado llano, lleno de envidia y
de despecho, pedia su emancipacion con tales alaridos, que su justicia tenia todo
el aspecto de una venganza desesperada.

La Asamblea reunia en su seno todas las debilidades, todo el egoísmo y todos
los vicios del resto de la nacion. Mirabeau era venal, Barnave envidioso, Robes-
pierre fanático, el club de los Jacobinos cruel, Lafayette irresoluto, y el gobierno
nulo. Nadie queria la revolucion sino para explotarla á medida de su capricho, y
cien veces se hubiera estrellado contra tantos escollos, si no hubiese en las crisis
humanas cierta cosa más fuerte que los hombres que las dirigen: esta cosa es la
crisis misma.

Nadie comprendia entónces toda la latitud de la revolucion, á no ser Robes-
pierre y los demócratas puros. El rey no veia en ella sino una gran reforma, el
duque de Orleans una numerosa faccion, Mirabeau la parte política, Lafayette la
constitucional, los jacobinos una venganza, el pueblo el abatimiento de los gran-
des, y la nacion su patriotismo. Su paradero final nadie se atrevia á adivinarlo.

Resulta de lo que acaba de decirse que todos estaban ciegos ménos la misma
revolucion. La virtud de ésta se hallaba en la idea misma que obligaba á todos
aquellos hombres á llevarla á cabo, pero no en los que lo ejecutaban. Todos
sus instrumentos estaban viciados, corrompidos, y obraban por personalidades y
resentimientos particulares, pero la idea era pura, incorruptible y divina. Los
vicios, la ira y el egoísmo de los hombres debian producir inevitablemente las
crisis, los choques, las violencias, las perversidades y los crímenes; que son á las
pasiones humanas lo que las consecuencias á los principios de donde se derivan.

Si alguno de los partidos ó de los hombres que desde un principio se mezcla-
ron en aquellos grandes acontecimientos hubiese tenido por norte su virtud en vez
de dejarse arrebatado por la pasion, se hubieran evitado tantos desastres, y ellos y
la patria se hubieran salvado. Si el rey hubiese sido firme é inteligente, el clero
desinteresado, la aristocracia justa, Mirabeau íntegro, Lafayette decidido y Robes-
pierre humano, la revolucion se hubiera desarrollado majestuosa y serena sobre la
Francia y sobre el resto de Europa como un pensamiento divino, y se hubiera
instalado como una verdadera filosofía en los hechos, en las leyes y en los cultos.

Escrito estaba que habia de suceder todo lo contrario. El pensamiento más
santo, justo y piadoso, cuando tiene que rozarse con la imperfeccion humana,
sale despedazado y goteando sangre de manos de los mismos hombres que le han
concebido, que al verle en estado tan lamentable no quieren reconocerle por suyo.
Sólo sobre la santa verdad no tiene poder el crimen, porque aquélla sobrevive á
todo, hasta á sus mismas víctimas. La sangre que mancha á los hombres deja
pura la idea, y á pesar del egoísmo que procura envilecerla, de las bajezas que
tratan de detener su curso y de los atentados que la deshonoran, la revolucion,
por inhumana que parezca, al cabo se purifica, se rehabilita, triunfa y triunfará
siempre.

LIBRO SEGUNDO.

La Asamblea nacional trata de disolverse.—Aumento de periódicos.—Negociaciones de los hermanos del rey en el extranjero.—Proyectos de evasión del rey y de la familia real.—Fuga del rey.—Es conocido en Chalons y en Saint-Menehoul.—Es detenido en Varennes y conducido á Paris.—Pónenle preso en las Tullerías.

I

Fatigada la Asamblea nacional de una existencia de dos años, y no sabiendo en qué ocuparse, desde que nada le quedaba por destruir, pensaba seriamente en disolverse. Causábanle recelos los jacobinos, huíasele de las manos su popularidad, agobiábala la prensa con continuos ataques, los clubs la insultaban, é instrumento gastado de las conquistas del pueblo, conocia que éste iba á destruirla si no se disolvía por sí misma. Sus sesiones no ofrecían interes y continuaba sus trabajos para concluir la Constitucion, más bien por cumplir con una tarea que se habia impuesto, que porque creyese en la duracion de lo que, por otra parte, proclamaba como imperecedero. Mucho tiempo hacía que la muerte ó la indiferencia habian hecho enmudecer á aquellos hombres que habian conmovido toda la Francia con sus gritos. Maury, Cazales y Clermont-Tonnerre desertaban de un combate en que el honor habia quedado á salvo, pero que era ya imposible sostener en adelante, y mucho más aún el obtener la apetecida victoria. La monotonía habitual de estas sesiones teóricas era interrumpida de vez en cuándo por acalorados debates. Uno de los más borrascosos fué el del 10 de Junio, entre Cazales y Robespierre, con motivo de querer licenciar á toda la oficialidad del ejército. «¿Cómo se atreven á proponer las comisiones—exclamó Robespierre—que confiemos en el honor de los oficiales para defender una Constitucion que todos ellos detestan? ¿De qué honor quieren hablarnos, ni qué honor es ése que se cree superior á la virtud y al amor de la patria? Por mi parte me glorío de no creer en él.» Indignado Cazales, como militar, al oír estas palabras, se levantó para contestarle. «Yo no permitiré—dijo—que se propalen impunemente tan infames calumnias.» A estas palabras un violento murmullo del lado izquierdo y los repetidos gritos de *¡Al orden! ¡A la Abadía!* sofocaron la voz del orador, que prosiguió en cuanto se sosegó un poco el alboroto, diciendo: «¿No es suficiente que haya contenido mi indignacion al oír acusar á más de dos mil ciudadanos beneméritos que en las crisis actuales han dado ejemplos de la más heroica paciencia? He oído, no obstante, al preopinante, porque respeto la libertad de las opiniones hasta en mis mayores enemigos políti-

cos; pero no hay fuerza en lo humano capaz de impedirme que trate esas diatribas con el desprecio que se merecen. Si votais el licenciamiento en masa que se os propone, vuestras fronteras quedarán á merced de todas las invasiones extranjeras que quieran intentarse, y en el interior sufrireis los excesos y el pillaje de una soldadesca desenfrenada». Esta enérgica improvisacion fué la oracion fúnebre del ejército, y el proyecto de la comision fué adoptado.

La discusion sobre la abolicion de la pena capital proporcionó ocasion á Dupont para pronunciar uno de aquellos discursos que immortalizan á sus autores y



Drouet se dirige á todo escape en direccion á Varennes.—Pág. 54.

que protestan por espacio de muchos siglos en nombre de la filosofía y de la sana razon contra la ceguera y atrocidad de las legislaciones criminales. Demostró con irresistible lógica que, al reservarse la sociedad el castigo del homicida, le justificaba en cierto modo, y que el medio más á propósito de deshorrar el asesinato, y aún de evitarle, era el infundir un santo horror hácia él. Robespierre, que estaba destinado á no respirar en adelante sino en una atmósfera de sangre, era entonces partidario de la abolicion de la pena de muerte. ¡Cuánta sangre se hubiera ahorrado á la Francia si las preocupaciones de los juristas no hubiesen prevalecido sobre los sanos principios de la filosofía moral!

Estas discusiones no tenian ningun eco fuera del recinto del Picadero (1), ni ocupaban tanto la atencion del público como las polémicas apasionadas de la prensa periódica. El periodismo, ese *foro* universal y cotidiano de las pasiones populares, se habia inaugurado al mismo tiempo que la libertad, y en él habian aparecido á defender y explanar sus doctrinas todos los espíritus fogosos de la época, incluso el mismo Mirabeau. Camilo Desmoulins, jóven de gran talento aun-

(1) Sitio en que celebraba sus sesiones la Asamblea.

que de razon debilitada, comunicaba al pueblo en sus hojas volantes la agitacion febril de sus pensamientos. Brissot, Gorsas, Carra, Prudhomme, Freron, Danton, Fouchet y Condorcet se habian encargado de redactar los periódicos democráticos, y empezaban á pedir la abolicion del trono, «el mayor azote, segun *Las Revoluciones de Paris*, entre todos los que han deshonrado á la especie humana». Marat habia absorbido, por decirlo así, todos los odios que fermentan en una sociedad que se halla en estado de descomposicion, y se habia constituido en expresion permanente de todas las iras del pueblo. Su pluma estaba empapada en sangre, y hasta se habia hecho cínico y adoptado el lenguaje de los presidiarios y de la gente más perdida para ser mejor comprendido por las masas. Fingíase loco como el primer *Bruto*, pero no lo hacía con el objeto santo de salvar la patria, sino para subyugarla y tiranizarla con su fingida demencia. Todos los folletos que se publicaban eran el eco de los Jacobinos ó de los Franciscanos, y el único objeto que se proponian sus autores al escribirlos, era infundir inquietudes, sospechas y pánicos terrores en el ánimo del pueblo.

«Ciudadanos,—decia,—velad sin descanso en derredor de ese palacio, asilo inviolable, en donde se fraguan todas las conspiraciones contra la nacion, y en donde una reina perversa fascina á un rey imbécil, é inspira sus máximas á los lobeznos de la tiranía. Sacerdotes no juramentados bendicen allí las armas que han de disparar sobre el pueblo, y allí se prepara otro nuevo *San Bartolomé* de patriotas. El genio malévolo del Austria asiste á esas reuniones tenebrosas, presididas por María Antonieta, y de allí salen secretamente en grandes convoyes el oro y las armas de Francia, para que los tiranos que reunen sus ejércitos en las fronteras para exterminaros os hallen desarmados y pereciendo, víctimas de la más espantosa miseria. Los emigrados Artois y Condé aguardan el santo y seña que deben recibir de los déspotas para venir volando á ejecutar las terribles venganzas del despotismo, porque una guardia de suizos mercenarios no es suficiente á llevar á cabo los proyectos liberticidas de Capeto. ¿Teneis dificultad en creer lo que os digo, pareciéndoos imposible? Venid conmigo, y sabreis ademas por boca de los buenos ciudadanos que rondan de noche á las inmediaciones de esa infame guarida que no pasa una que no vean entrar en ella furtivamente á muchos de los antiguos nobles, cargados de armas que llevan escondidas debajo de sus vestidos. Estos caballeros del puñal, ¿pueden ser otra cosa que los asesinos pagados del pueblo? Y entre tanto, ¿qué hace Lafayette? ¿Es chasqueado sin notarlo, ó está tal vez en connivencia con los de dentro? De otro modo, ¿cómo puede explicarse que deje libres las avenidas de palacio, que no pueden servir sino para dar paso á la venganza ó para facilitar la fuga de toda la familia de Capeto? ¿Cómo esperamos dar cima á la revolucion, cuando permitimos que un enemigo coronado espere en medio de nosotros la hora de sorprenderla y aniquilarla? ¿No advertis la gran escasez de numerario y el descrédito cada dia mayor de los asignados? ¿Qué significan esas numerosas reuniones de emigrados que hay en vuestras fronteras, y esos ejércitos que se adelantan rápidamente hácia vuestro país, para venir á ahogarnos en un círculo de hierro? ¿Qué medidas toman vuestros ministros para evitar una invasion extranjera? ¿Por qué no se confiscan los bienes de los emigrados? ¿Por qué no se incendian sus palacios, ó por qué no se pone precio á sus cabezas? Voy á decíroslo. Porque las armas están en manos de traidores, porque traidores son

los que guardan vuestras plazas, porque estamos rodeados de traidores por todas partes, y finalmente, porque en ese palacio de la traicion vive el jefe de los traidores, ese traidor coronado é inviolable á quien se da el odioso título de rey... La adhesion fingida de ese hombre á la Constitucion no es sino un lazo que os tiende, y si alguna vez asiste á la Asamblea, es para adormecer vuestra vigilancia y escaparse cuando le acomode. ¡Alerta, ciudadanos, alerta!... Sabed que se prepara un golpe que va á estallar muy pronto. ¡Ay de vosotros y ay de la libertad de la patria si no os apresurais á prevenirle con otro más rápido y más terrible!...»

II

Estas declamaciones no carecian enteramente de fundamento, pues si bien es cierto que el rey no soñaba siquiera en conspirar contra el pueblo, y que á la reina jamás le habia ocurrido la idea de entregar al Austria la corona de su marido y de sus hijos, no lo es ménos que el rey tenia dos ministerios y dos políticas: una en Francia, con sus ministros constitucionales, y otra en el extranjero, con sus hermanos y con los demas agentes suyos cerca de las potencias extranjeras. El baron de Breteuil y Mr. de Calonne, rivales de intriga, hablaban y trataban en nombre del rey. Este, no por hipocresía, sino por debilidad, desaprobaba en sus despachos oficiales á los embajadores los pasos dados por aquellos hombres, en lo cual obraba unas veces con sinceridad y otras no. Bien puede tolerársele á un rey cautivo que hable en voz alta con sus carceleros y al oido con sus amigos. Sin embargo, estos dos lenguajes tan distintos hacian aparecer á Luis XVI como un hombre desleal y traidor. No era lo uno ni lo otro.

Jamás se ha sentado en el trono de Francia un hombre más honrado ni que más dispuesto estuviese á sacrificar parte de sus privilegios en favor de su pueblo, á quien amaba con un cariño verdaderamente paternal.

Jamás pensó en reconquistar lo perdido, ni en vengarse de los que tanto le habian agraviado. Jamás tuvo otros deseos que el de que se apreciase en su justo valor su sinceridad y buena fe, y el de que, restablecida la calma en el interior, pudiese la Asamblea, reconociendo las usurpaciones que habia cometido contra el der ejecutivo, revisar tranquilamente la Constitucion, y restituir al trono el poder suficiente para atender al bien general.

Los hermanos del rey, y en particular el conde de Artois, obraban en el extranjero sin contar con la voluntad de su hermano, cuyo silencio interpretaban como mejor les convenia. Este príncipe, jóven todavía, iba de corte en corte solicitando en nombre de Luis XVI el auxilio de las potencias monárquicas contra unas doctrinas que amenazaban hundir todos los tronos. Bien recibido en Florencia por el emperador de Austria, Leopoldo, hermano de la reina, obtuvo de él en Mantua á los pocos dias la promesa de un contingente de treinta y cinco mil hombres. Los reyes de Prusia, España, Cerdeña y Nápoles, y áun los cantones suizos, le ofrecieron fuerzas proporcionadas á la grandeza de sus Estados. Luis XVI tan pronto acogia la idea de una intervencion extranjera como único medio de intimidar á la Asamblea y de hacer que se reconciliase con él, tan pronto la rechazaba como si fuese un crimen. La disposicion de su ánimo con respecto á esto dependia del estado en que se hallaba el reino, y su alma seguia el flujo y reflujo de los

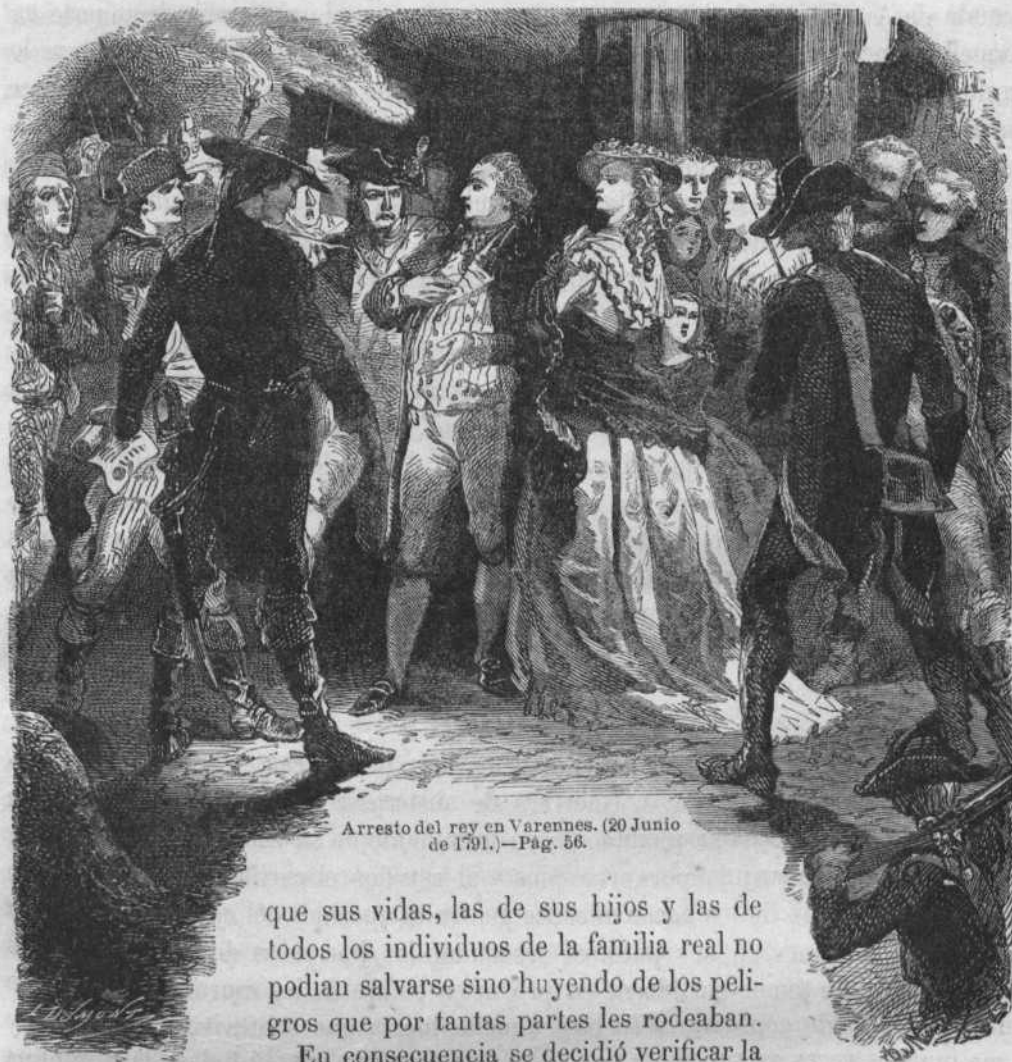
acontecimientos interiores. Un buen decreto que diese la Asamblea, un acto que ejecutase que indicase que queria reconciliarse con el rey, ó un aplauso del pueblo á su monarca, eran motivos suficientes para que éste se consolase y para que renaciese en él la esperanza de poder arreglarlo todo sin necesidad de extranjeros. Entónces escribia á sus agentes que suspendiesen todo preparativo hostil. Por el contrario, cuando un nuevo motin asediaba el palacio, ó cuando la Asamblea imponia á la autoridad real una nueva humillacion, entónces empezaba á desesperar de poder salvarse dentro de la Constitucion, y se preparaba á combatirla. La incoherencia de sus ideas no debe achacarse sino á la posicion en que se hallaba el rey, pero daba márgen á que su causa se viera comprometida dentro y fuera del reino. Todo pensamiento en donde falta unidad se destruye por sí mismo. El del rey, aunque bueno en el fondo, era demasiado vago para no variar segun variaban las circunstancias, y tanto más perjudicial para él, cuanto que en todos los sucesos se veia una tendencia marcada á la abolicion de la monarquía.

III

La historia no puede ménos de conocer que en medio de esta vacilacion de voluntad, el rey, de acuerdo con el emperador, meditaba un plan de evasion desde Noviembre de 1790. Luis XVI habia obtenido de aquel príncipe la promesa de que haria marchar un cuerpo de ejército sobre las fronteras francesas en cuanto él se lo indicase, y sólo nos resta saber si la intencion del rey era la de salir del reino y volver despues á la cabeza de las tropas extranjeras, ó simplemente la de reunir parte de su propio ejército en una plaza fronteriza, para tratar desde allí con la Asamblea é imponerle condiciones. Esta última hipótesis es la más probable.

Luis XVI sabia mucha historia y conocia sobre todo perfectamente la de Inglaterra. Semejante á todos los desgraciados, comparaba sus infortunios con los de otros príncipes que habian sido destronados, y no podia desechar de su imaginacion la idea de que Jacobo II habia perdido la corona por haberse extrañado del reino, y que Carlos I habia sido decapitado por haber hecho la guerra al Parlamento y al pueblo. Estas reflexiones le habian inspirado una repugnancia instintiva contra ambas ideas, de salir de Francia ó de entregarse en manos del ejército, y para que se decidiese á adoptar uno de estos dos partidos extremos, era preciso que su ánimo se viese muy oprimido por la inminencia del peligro, y que el terror que asediaba noche y dia el palacio de las Tullerías hubiese penetrado en su alma y en la de la reina.

Las atroces amenazas con que eran saludados el rey y la reina en cuanto se asomaban á las ventanas de su habitacion, los insultos de los periódicos, las vociferaciones de los jacobinos, los motines y los asesinatos que iban en aumento, tanto en Paris como en las provincias, la resistencia violenta á la salida del rey para Saint-Cloud, y finalmente, el recuerdo de los puñales que habian atravesado el lecho de la reina el 5 y 6 de Octubre, les hacia vivir en una agonía continuada. Empezaban ya á creer que la revolucion implacable se irritaba cada vez más con las concesiones que habia obtenido, y que el ciego furor de las facciones, que no se habia contenido ante la majestad real rodeada de sus guardias, se detendria mucho ménos ante la inviolabilidad ilusoria decretada por una Constitucion, y creian



Arresto del rey en Varennes. (20 Junio de 1791.)—Pag. 56.

que sus vidas, las de sus hijos y las de todos los individuos de la familia real no podian salvarse sino huyendo de los peligros que por tantas partes les rodeaban.

En consecuencia se decidió verificar la fuga, á pesar de haber sido desechada esta idea en otras ocasiones. El mismo Mirabeau, sobornado por el oro de la corte, la habia propuesto hacía mucho tiempo, y se habia comprometido á dirigir el espíritu público de suerte que las cosas viniesen á arreglarse por sí mismas y sin violencia hasta un restablecimiento voluntario de la autoridad real. Mirabeau bajó al sepulcro sin ver realizadas sus esperanzas. El rey nos ha dejado en su correspondencia secreta un testimonio auténtico de lo repugnante que le era entregarse en manos del primero y más temible de todos los facciosos. Otra inquietud agitaba el ánimo del rey, y traspasaba cual agudo puñal el corazon de la reina, porque ambos sabian que tanto en Coblentza como en las cortes de Leopoldo y del rey de Prusia se trataba de declarar vacante el trono de Francia, so pretexto de falta de libertad en el que en él se sentaba, y tambien de nombrar regente del reino á uno de los príncipes emigrados, á fin de llamar á su lado con cierta apariencia de legalidad á todos sus fieles vasallos y de dar á las tropas extranjeras un derecho de intervencion, que sería incontestable en semejante caso. Pero en un trono, por vacilante que esté, no caben jamás dos personas.

En medio de tantos terrores reinaba una continua zozobra en este palacio en que la sedicion habia abierto ya tantas brechas. «¡Si será efectivamente un héroe el

conde de Artois!» decía irónicamente la reina, que ya le aborrecía de muerte en aquella época. El rey por su parte temía aquella caducidad moral con que se le amenazaba so color de salvar la monarquía, y ya no sabía á quiénes debía temer más entre sus amigos ó sus enemigos. La fuga sólo podía libertarle del odio de los unos y de las intrigas de los otros si lograba colocarse al frente de un ejército fiel, pero la fuga era otro nuevo peligro en sí misma. Si salía bien, era imposible que la inmediata consecuencia no fuese una guerra civil, y el rey se horrorizaba al pensar en la sangre que se derramaria por culpa suya; si se desgraciaba el concebido plan, ¿cuáles podrian ser las consecuencias? ¿Dónde se detendria el furor de una nacion en que se advertia una exaltacion de ideas tan 'deplorable? El cautiverio y la muerte era lo único que podia prometerse el rey, que veia que iba á suspender de un hilo su frágil trono, su libertad, su vida, y lo que era mucho más sensible para él, las vidas queridas de su mujer, de sus dos hijos y de su hermana.

Largas y terribles fueron las angustias que experimentó por espacio de ocho meses, y en ellas no tuvo otros confidentes que la reina, madama Isabel y algunos servidores fieles que estaban en palacio. El hombre en quien puso su confianza fuera de aquel recinto fué el marqués de Bouillé.

IV

Primo este último de Mr. de Lafayette, era de un carácter diametralmente opuesto al del héroe de Paris. Guerrero de austeras virtudes militares, no habia emigrado porque no habia recibido orden terminante de su soberano para hacerlo, y adicto á la monarquía por principios y al rey por el cariño particular que le profesaba, era uno de los pocos oficiales generales queridos del ejército que habian permanecido firmes en sus puestos, desafiando las borrascas de los dos últimos años, y que, sin tomar partido ni en pró ni en contra de las murmuraciones, sólo habia tratado de conservar á su país aquella fuerza que sobrevive á las demas y que muchas veces es suficiente por sí misma para suplirlas á todas: la disciplina de las tropas. Este general habia servido con gloria en América, en las colonias francesas y en la India, y su nombre era respetado en todo el ejército. El heroísmo que desplegó para sofocar el célebre pronunciamiento que habia tenido lugar en Nancy en el mes de Agosto anterior, le habia dado una gran autoridad moral sobre los soldados, porque era el único entre los demas generales franceses que habia sabido reconquistar el mando y contener aquella insurreccion militar. La Asamblea, á quien aquel movimiento habia infundido serios temores, le dió un voto de gracias y le llamó públicamente el salvador del reino. Lafayette, que no mandaba sino batallones de paisanos, temia á este rival que tenia á sus órdenes tantas bayonetas organizadas, y le observaba y halagaba constantemente.

«Hagamos—le decía con frecuencia—una coalicion de las bayonetas que mandamos, de la que serémos nosotros solos los jefes superiores, y de este modo aseguraremos á la vez los intereses de la revolucion y los de la monarquía.»

El realismo de Mr. de Lafayette no podia ménos de ser sospechoso para su primo; así es que le contestaba con una política fria é irónica que disimulaba muy mal las sospechas que de él tenia. Estos dos caracteres eran incompatibles, porque el uno representaba el patriotismo de la época, y el otro el antiguo honor militar,

basado principalmente en el respeto al trono y á todas las instituciones que de él emanaban. Imposible era, por consiguiente, que pudieran unirse ni ponerse de acuerdo.

El marqués de Bouillé mandaba todas las tropas acantonadas en la Lorena, Alsacia, el Franco-Condado y la Champaña, y su jurisdiccion militar se extendia desde Suiza hasta el Sambre. Ochenta batallones y cien escuadrones era la fuerza total que tenia á sus órdenes. De esta fuerza no podia contar sino con veinte batallones alemanes y con algunos regimientos de caballería. El resto de ella estaba por la revolucion, porque los clubs habian logrado introducir la insubordinacion y el desprecio á las órdenes del rey en la mayor parte de los regimientos, que obedecian mejor á las municipalidades que á sus mismos generales.

V

El rey, que confiaba abiertamente en Mr. de Bouillé, le habia escrito en Febrero de 1791, diciéndole que muy pronto le autorizaria para que se pusiese de acuerdo con Mr. de Mirabeau. «Aunque estos hombres no sean dignos de estimacion,—decia el rey,—y aunque Mirabeau me haya costado muy caro, creo que puede serme muy útil en esta ocasion. Oidle, pero no le hagais ninguna confianza.» En efecto, el conde de Lamarch llegó á Metz pocos dias despues. Habló con Mr. de Bouillé del objeto que allí le conducia, y le confesó francamente que el rey acababa de entregar á Mirabeau seiscientos mil francos y que le pagaba ademas cincuenta mil francos mensuales. Púsole de manifiesto todo el plan de esta conspiracion contrarevolucionaria, cuyo primer acto consistia en una peticion á la Asamblea, en nombre de Paris y de los departamentos, reclamando que el rey fuese puesto en libertad, mocion que sostendria Mirabeau con toda la elocuencia de su palabra, lo cual, como se deja conocer, no era una garantía suficiente en las azarosas circunstancias por que estaba atravesando Francia. Ignoraba aquel orador venal que el poderío de la palabra alcanza á conmover las naciones, pero que, una vez lanzadas, sólo las bayonetas son suficientes á detener su curso. Mr. de Bouillé, avezado á las batallas, se rió de estas quimeras del hombre de la tribuna, pero no trató de desanimarle y prometió contribuir por su parte al buen éxito de la empresa. «Cubrid de oro la defeccion de Mirabeau,—escribió al rey,—de ese hábil malvado que quizá subsane por codicia el daño que ha hecho por venganza, y desconfiad de Lafayette, entusiasta quimérico, ebrio del amor popular, que aunque es capaz de ponerse á la cabeza de un partido, no es á propósito para ser el sosten de una monarquía.

VI

Despues de muerto Mirabeau, el rey habia seguido madurando su proyecto, y cuando le hubo modificado del modo que le pareció más conveniente, escribió á Mr. de Bouillé á fines de Abril, sirviéndose de una clave que ambos conocian, anunciándole que muy pronto se pondria en camino con toda su familia en un carruaje que mandaria construir al intento. Al mismo tiempo le previno que estableciese una línea de puestos desde Chalons á Montmedy, ciudad fronteriza adonde queria trasladarse. El camino directo de Paris á Montmedy va por Réims; pero el rey te-

mia ser conocido en aquella ciudad, en razon á haber sido coronado en ella, y á pesar de las prudentes observaciones que sobre esto le hizo Mr. de Bouillé, prefirió pasar por Varennes. Este camino tenia el grandísimo inconveniente de no haber casas de posta en muchas partes de la línea, y para que no faltasen tiros, era preciso enviarlos allí de otros puntos, lo cual podia infundir sospechas á los habitantes de los pueblos inmediatos al camino. Otro inconveniente no menor que el anterior era la precision de establecer destacamentos, segun lo habia ordenado el rey, en un país cuyos moradores estaban poco acostumbrados á ver tropas. Mr. de Bouillé hizo cuanto estuvo de su parte para que el rey variase de determinacion, y entre otras cosas, le manifestó en su respuesta que, si los destacamentos constaban de mucha fuerza, se harian sospechosos á las municipalidades y serian causa de que éstas redoblasen su vigilancia, y que en caso contrario, no podrian protegerle si se veia amenazada su seguridad personal. Instóle ademas para que, en vez de servirse de un carruaje particular, que podria llamar la atencion por su hechura, se valiese de dos sillas de posta inglesas, muy en uso en aquella época, y que eran al mismo tiempo muy ligeras; é insistió principalmente en que llevase en su compañía un hombre de carácter resuelto y de toda confianza, con quien pudiese aconsejarse en las circunstancias imprevistas que podian ofrecerse en semejante viaje, designándole como el más á propósito al marqués de Agoult, mayor de las guardias francesas.

Otro de los puntos sobre que insistió el general de Bouillé con más empeño fué el de que el rey se pusiese de acuerdo con el emperador á fin de que éste mandase mover sus tropas en direccion á la frontera de la parte de Montmedy, para justificar con esto el movimiento extraordinario de tantos cuerpos de infantería y caballería, y ocultar así la verdadera causa que lo motivaba. El rey consintió en dar este paso y en llevar consigo á Mr. de Agoult, pero se negó abiertamente á todo lo demas. Pocos dias ántes de salir de Paris envió á Mr. de Bouillé un millon de asignados para que pudiese atender á los gastos indispensables de raciones, forraje y demas de aquel pequeño ejército que iba á darle una prueba tan singular de fidelidad y adhesion á su persona. Despues de tomadas todas estas disposiciones, el marqués de Bouillé hizo salir á Mr. de Goguelat, oficial adicto á su estado mayor, á practicar un reconocimiento del camino y terreno comprendidos entre Chalons y Montmedy, encargándole que en cuanto lo hubiese efectuado, se dirigiese á Paris á enterar al rey de la topografia del terreno con la más escrupulosa minuciosidad. Este oficial desempeñó su comision con el mayor celo é inteligencia, y volvió inmediatamente á transmitir á Mr. de Bouillé las órdenes que habia recibido de S. M.

Mr. de Bouillé se preparaba por su parte á ejecutar lo que estaba convenido, y ya habia empezado por alejar de su lado á los cuerpos que no le inspiraban confianza, reemplazándolos con doce batallones sobre cuya fidelidad podia contar. Un tren de artillería de diez y seis piezas desfilaba hácia Montmedy, el regimiento Real Aleman entraba en Stenay, los dos escuadrones de húsares se hallaban uno en Dun y otro en Varennes, y otros dos de dragones, al mando del conde Carlos de Damas, oficial instruido y emprendedor, debian caer sobre Clermont el mismo dia y ántes de la llegada del rey á aquel punto. Mr. de Damas habia recibido orden de enviar desde allí un destacamento á Saint-Menehould, y otro de cuarenta caballos debia

salir de Varennes para Pont-Sommevesle, so pretexto de proteger un convoy de dinero que venia de Paris para el ejército. Dispuestas así las cosas, en cuanto el rey hubiese pasado de Chalons, debia encontrar en cada relevo escoltas de tropas que le fuesen adictas. Los comandantes de estos destacamentos debian acercarse á la portezuela del coche del rey, para recibir las órdenes que S. M. tuviese por conveniente darles. Si el rey queria continuar su camino de incógnito, su obligacion era atender á la seguridad de su persona hasta el relevo inmediato, é irse repliegando despues lentamente á retaguardia. Si el rey queria ser escoltado, tenian orden de mandar tocar inmediatamente el botasillas y escoltarle. Con dificultad



Los ciudadanos se saludaban con estas siniestras palabras: «El rey se ha escapado!»—Pág. 59.

podrá darse un plan de evasion mejor combinado que éste, ni cuyo secreto se trasluciese ménos, á pesar de haber tantas personas iniciadas en él.

El rey volvió á escribir á Mr. de Bouillé el 27 de Mayo, comunicándole que saldría de Paris el 19 de Junio despues de las doce de la noche, en un coche particular, en el que continuaria su camino hasta Bondy, primera casa de postas despues de Paris, y que allí subiria en su berlina, que ya le tendria preparada uno de sus guardias de corps, destinado á servirle de correo en este viaje. Dado caso que á las dos de la madrugada no hubiese llegado el rey al punto indicado, era señal de que habia sido detenido, y entónces tenia orden aquel guardia de montar á caballo inmediatamente, y de dirigirse á todo correr á Pont-Sommevesle para anunciar á Mr. de Bouillé que el golpe se habia desgraciado, y que por consiguiente, tratase de proveer á su seguridad y á la de los demas oficiales comprometidos en esta empresa.

VII

Mr. de Bouillé, en cuanto hubo recibido estas últimas instrucciones, dió orden al duque de Choiseul de marchar á Paris á recibir las del rey, encargándole que

saliese al regreso de la capital doce horas ántes que S. M. El duque, por su parte, dió órden á sus criados para que el 18 estuviesen en Varennes con sus caballos, con objeto de relevar el tiro del coche del rey, á quien debia explicarse con toda claridad el sitio donde los hallaria, para que no anduviese titubeando, ni se perdiera un tiempo que tan precioso podia ser. A Mr. de Choiseul se le habia prevenido tambien que á su vuelta tomase el mando de los húsares apostados en Pont-Sommevesle, y que esperase allí al rey y le escoltase hasta Saint-Menehould, apostando ademas centinelas de caballería de trecho en trecho, con la consigna de no permitir pasar á nadie por los caminos de Paris á Varennes y de Paris á Verdun en las primeras veinticuatro horas. Mr. de Bouillé puso igualmente en manos del duque de Choiseul otras órdenes firmadas por S. M., en las que se le prescribia, lo mismo que á todos los demas comandantes de los destacamentos, que usasen de la fuerza en caso necesario para proteger á S. M. y real familia, y para arrancarlos de manos del pueblo, si de ellos llegara á apoderarse. Si el coche en que iba la familia real era detenido en Chalons, el duque de Choiseul debia dar aviso de esta novedad al general Bouillé inmediatamente, reunir todos los destacamentos y volar á libertar al soberano. A este efecto, habia recibido seiscientos luises de oro para distribuirlos entre la tropa.

Al mismo tiempo salió Mr. de Goguelat para Paris, encargado de hacer otro segundo reconocimiento de los sitios que habia recorrido anteriormente, y de inculcar bien su topografía en la memoria del rey, cuyas últimas instrucciones habia de traer á Mr. de Bouillé, regresando á Montmedy por otro camino distinto. El marqués de Bouillé marchó entónces á Metz, so pretexto de inspeccionar las plazas fuertes que estaban en el distrito de su mando é irse acercando de este modo á Montmedy sin infundir sospechas. El 15 se hallaba en Longwy, y allí recibió un aviso de S. M., que le decia que su salida se habia retardado veinticuatro horas, por la precision de tener que ocultarse de una de las camaristas del Delfin, demócrata furibunda y capaz de denunciarlos si observaba los preparativos que se estaban haciendo, la cual no salia de servicio hasta el 19. Tambien ponía en su noticia que habia renunciado á llevar consigo al marqués de Agoult, porque la señora de Tourcel, aya de los príncipes, habia reclamado los derechos de su cargo, y queria acompañarlos.

Este retardo era funesto, porque obligaba á dar inmediatamente una porcion de contraórdenes, cuyas consecuencias no podian calcularse, y porque hacía inútiles la precision y exactitud con que se habia calculado todo, ya con respecto al paso de los destacamentos por los puntos que les estaban señalados, ya porque los tiros de relevo podian retirarse al ver que pasaban tantas horas sin que se presentase el carruaje que aguardaban. Mr. de Bouillé atendió á remediarlo todo del mejor modo posible, y se adelantó en persona á Stenay, donde encontró al regimiento Real Aleman, con el cual se podia contar abiertamente. El 21 reunió á todos los generales que estaban á sus órdenes, para comunicarles que el rey pasaria aquella noche por las puertas de Stenay, y que al dia siguiente se hallaria en Montmedy, encargando al propio tiempo al general Klinglin que bajo los fuegos de aquella plaza dispusiese un campamento para doce batallones y veinticuatro escuadrones. Para alojar al rey estaba destinada una casa de campo, situada á retaguardia del campamento, en donde se estableceria el cuartel real, porque parecia más seguro

para S. M. que estuviese en medio de sus fieles bayonetas, que dentro de una plaza fuerte. Los generales oyeron atentamente las palabras de Mr. de Bouillé, y nada tuvieron que objetar á lo que les decia el general en jefe. Este dejó en Stenay al general de Hoffelizze con el regimiento Real Aleman, dándole orden de mandar tocar botasillas al anochecer y de montar á caballo al hacerse de dia, así como de enviar á las diez de la noche un destacamento de cincuenta hombres que debia situarse á medio camino entre aquel punto y Dun, y esperar allí al rey para escoltarle hasta Stenay.

Mr. de Bouillé montó á caballo bien entrada ya la noche, y acompañado de unos cuantos oficiales, se dirigió á las inmediaciones de Dun, donde no quiso entrar por no alarmar la poblacion con su presencia. Allí aguardó en medio de las tinieblas y del más profundo silencio la llegada del correo que debia preceder á los coches de S. M. La duracion de esta noche fué de un siglo para aquel leal servidor, que creia pesaban sobre su conciencia los destinos de la monarquía, los intereses de toda una dinastía y las vidas del rey y de toda la familia real. La noche, sin embargo, iba continuando velozmente su curso, sin que el galope de un caballo viniese á anunciar á aquel puñado de hombres ocultos en la arboleda si el rey se habia salvado ó no.

VIII

¿Qué pasaba en las Tullerías en tan críticos momentos? El secreto de la proyectada fuga continuaba guardado religiosamente entre el rey, la reina, madama Isabel, algunos servidores fieles y el conde de Fersen, caballero sueco, encargado de hacer preparativos exteriores. Unos vagos rumores, precursores ordinarios de todos los grandes acontecimientos, y que muchas veces parecen salidos de algun antro mágico, se esparcian por el pueblo hacía algunos dias; pero estos rumores eran más bien un efecto de la disposicion inquieta de los ánimos, que hijos de una revelacion indiscreta de los que estaban iniciados en el secreto del plan que se preparaba. Estos rumores tenian no obstante en una continua alarma á Mr. de Lafayette y á su estado mayor, que redoblaban cada dia su vigilancia en lo exterior del palacio, y aún la hacian extensiva á las mismas habitaciones ocupadas por el rey y la reina. Desde el 6 de Octubre habian sido licenciadas todas las tropas de casa real, y ya no existian, por consiguiente, aquellos guardias de corps, soldados y caballeros á un mismo tiempo, que tanto por su cuna como por espíritu de cuerpo y por una fidelidad tradicional nunca desmentida, eran el mejor sosten del monarca.

Con ellos habia desaparecido aquel profundo respeto que convertia su servicio en los cuartos de los príncipes en una especie de culto tributado á la divinidad, y aquel respeto habia sido reemplazado por una vigilancia odiosa de la guardia nacional, muy parecida al espionaje. Conservábanse aún los suizos, tropa disciplinada y adicta al monarca, pero que no daba otro servicio que el exterior. Todo el interior del palacio estaba bajo la inspeccion de la guardia nacional. Mr. de Lafayette se presentaba allí á todas horas del dia y de la noche; sus oficiales vigilaban todas las salidas, los corredores y hasta las comunicaciones interiores de unos cuartos con otros, y aunque no tenian orden por escrito para ello, se les habia prevenido que impidiesen que el rey saliese de palacio despues de medianoche.

A esta vigilancia oficial iba unido el infame espionaje de una servidumbre nu-

merosa y corrompida, en la que habia penetrado el espíritu de la revolucion, y que hacia gala de ser ingrata é infiel. Allí, como en otras regiones más elevadas, se llamaba virtud á la delacion, y á la traicion patriotismo. El rey no podia contar dentro del recinto del palacio de sus padres con otros corazones que los de las personas de su familia y los de algunos leales cortesanos del infortunio, cuyas más insignificantes acciones llegaban á oídos de Mr. de Lafayette inmediatamente. Este general habia expulsado de palacio, cubriéndolos de insultos, á una porcion de caballeros que se habian presentado en él á ofrecer sus vidas en defensa del soberano, el dia del alboroto de Vincennes. El rey vió con las lágrimas en los ojos á estos amigos fieles arrojados vergonzosamente de la real cámara y entregados por su *protector oficial* al escarnio y á los insultos del populacho. Por lo que acaba de decirse se ve que la familia real no podia contar con las gentes de su servidumbre para que favoreciesen su evasion.

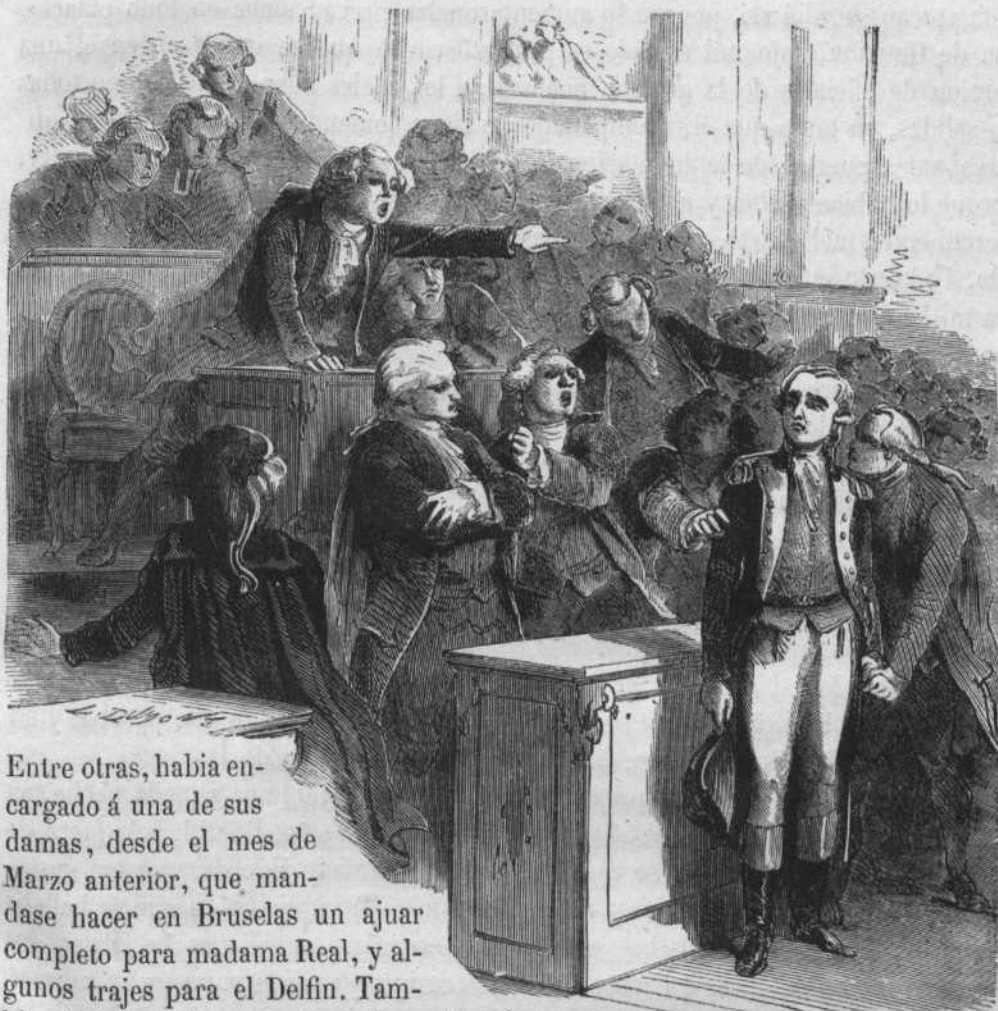
IX

El conde de Fersen fué el principal y casi único agente de esta arriesgada empresa. Joven, de buena presencia, y adicto al monarca, habia sido admitido en tiempos más felices á las disipaciones de Trianon, y es fama que un culto caballeresco, al cual sólo por respeto no puede dársele el nombre de amor, le habia unido á María Antonieta. Este culto tributado á la beldad cuando se hallaba en el apogeo de la dicha, se habia convertido en el ánimo del caballero sueco en una especie de entusiasmo religioso en los dias de tribulacion, capaz de hacerle perder cien vidas en defensa de la reina, si cien vidas hubiese tenido.

La reina estaba dotada de una perspicacia particular para no equivocarse jamás en la eleccion de amigos fieles, capaces de llevar á cabo cualquier negocio por arduo que fuese; así es que para el que ahora la ocupaba, y en el que nada ménos se interesaba que su propia salvacion, unida á la de su marido é hijos, no vaciló un momento en escoger al conde de Fersen. Este caballero, en cuanto recibió aviso de la reina, salió de Stockolmo y llegó á Paris; se puso de acuerdo con el rey, y se encargó de mandar construir el carruaje que debia estar preparado en Bondy cuando llegasen los augustos viajeros. Su calidad de extranjero le permitia obrar con desahogo, y supo manejarse con tanta habilidad, que no pudo traslucirse ninguno de sus pasos. Buscó tres ex-guardias de corps, personas de toda la confianza del rey, puso en su conocimiento lo que estaba ejecutando, y les enteró del papel que les tocaba desempeñar, segun las órdenes de S. M. Consistia éste en disfrazarse en traje de criados, y subir á los pescantes de los coches para proteger á la familia real en los lances que pudieran ocurrir en el camino. Llamábanse aquellos caballeros Valory, Moustier y Maldan, nombres oscuros ó conocidos cuando más en sus provincias, pero que se han hecho dignos de pasar á la posteridad por su fidelidad y por la abnegacion sublime con que se ofrecieron á perecer sacrificados por el pueblo, pues no ignoraban al comprometerse la suerte que les aguardaba si el rey era descubierto.

X

Mucho tiempo hacia que la reina no pensaba en otra cosa que en su fuga; idea halagüena que le hizo ocuparse de una porcion de cosas para cuando se viese libre.



Entre otras, habia encargado á una de sus damas, desde el mes de Marzo anterior, que mandase hacer en Bruselas un ajuar completo para madama Real, y algunos trajes para el Delfin. Tambien habia enviado su elegante y riquísimo estuche de viaje á su hermana Cristina, gobernadora de los Países Bajos, fingiendo regalárselo, y los brillantes y demas alhajas de su uso estaban en poder de Leonardo, su peluquero, que salió de Paris ántes que ella, acompañando al duque de Choiseul.

Estos preparativos de una fuga premeditada no se habian ocultado completamente á la pérfida vigilancia de una de las mozas de retrete de la reina, que habia observado los cuchicheos de aquellos dias y sorprendido alguno que otro signo de inteligencia entre las personas reales y las pocas que les eran adictas. Tampoco se le habia pasado por alto que habia muchas carteras vacías sobre las mesas, y que faltaban de sus estuches casi todos los aderezos de más valor. Inmediatamente di  parte de lo que habia notado á un ayudante de Mr. de Lafayette, llamado Mr. de Gouvion, con quien esta mujer perversa mantenia relaciones criminales, el cual puso en conocimiento de su general y de la municipalidad de Paris lo que estaba pasando.

Suced anse estas delaciones con tanta frecuencia, y habian salido falsas tantas veces, que ya no se les daba crédito, y casi se tenia por visionario al que las hacía.

Lafayette en la Asamblea nacional.
Pág. 63.

Esta vez no sucedió así, porque se aumentaron las precauciones en todo palacio. Mr. de Gouvion, bajo mil especiosos pretextos, hizo que se quedasen en él una porcion de oficiales de la guardia nacional, á los cuales puso de acecho en todas las salidas, en tanto que él, acompañado de cinco comandantes de la misma, observaba las puertas de la habitacion donde habia vivido el duque de Villeguier, porque le habian dicho, y era cierto, que la reina se comunicaba por un corredor secreto con aquel cuarto, y que, una vez en él, era muy fácil escaparse sin ser sentido. Todo esto se hacía tanto más creíble, cuanto que nadie ignoraba que Luis XVI era un hábil cerrajero, y que estaba por consiguiente en disposicion de construir cuantas llaves falsas se le antojase.

Estos rumores habian llegado hasta los clubs, transmitidos por los guardias nacionales, y todos los patriotas se habian convertido aquella noche en otros tantos carceleros del rey. Causa admiracion leer en el periódico del 20 de Junio, redactado por Camilo Desmoulin, las siguientes palabras: «La noche estaba serena y todo Paris en la mayor tranquilidad. A las once salia yo del club y me dirigia á mi casa acompañado de otros patriotas, sin que hallásemos en todo el camino una sola patrulla. Parecióme esta calma tan siniestra, que no pude ménos de manifestárselo á mis compañeros, y entónces Freron, que era uno de ellos, se acordó de un billete que le habian dado, en el cual se le advertia que el rey debia escaparse aquella noche. Inmediatamente se dirigió á palacio á observar lo que pasaba, y no vió más que á Mr. de Lafayette, que entró allí poco despues de las once».

Más adelante refiere las inquietudes instintivas del pueblo en aquella noche, en estos términos: «La noche que se fugó la familia de Capeto, Busebi, peluquero de la calle de Borbon, fué á verse con un panadero llamado Hucher, que era gastador del batallon de los Teatinos, al cual comunicó la inquietud en que se hallaba porque acababan de decirle que el rey iba á escaparse aquella noche. Estos dos hombres fueron entónces á despertar á otros amigos y vecinos suyos, y en número de treinta se dirigieron á casa de Mr. de Lafayette á intimarle que sin pérdida de tiempo tomase las disposiciones convenientes á impedir la fuga. Mr. de Lafayette se echó á reir de ellos en sus barbas, y les encargó que se fuesen á acostar tranquilos. Desconcertados con esta salida del general, y temerosos de ser arrestados si daban con alguna patrulla al regresar á sus casas, le pidieron el santo, y él no tuvo inconveniente en dárselo. Con este salvoconducto se trasladaron á las Tullerías, donde no vieron cosa digna de llamar la atencion, á no ser el gran número de coches de alquiler que habia en aquel sitio. Para asegurarse más de que nada habia que temer, dieron la vuelta á una gran parte de palacio; pero nada notaron que pudiera infundirles sospecha, hasta que al regreso vieron que no habia en la plaza ni un solo coche. Entónces se retiraron á sus casas, desesperados y convencidos de que en algunos de aquellos carruajes se habia escapado la familia que tanto odiaban».

Se ve por esta agitacion sorda del espíritu público, y por el rigor con que se guardaba al rey, cuán difícil era la evasion de tantas personas juntas; pero sea que hubiese algunos guardias nacionales en el secreto, entre los mismos que estaban vigilando al rey, sea que el conde de Fersen hubiese tomado muy bien sus medidas, ó sea, finalmente, que la Providencia quisiese conceder aún un rayo de esperanza á los que iba á colmar tan pronto de infortunios, ello es que burlaron

la vigilancia de sus guardianes, y que la revolucion dejó escapar su presa por un momento.

XI

Nada variaron el rey y la reina aquella noche de lo que solian hacer las demas. Admitieron á todas las personas que acostumbraban hacerles la corte á la hora de acostarse, y despacharon la servidumbre á la hora acostumbrada. En cuanto se quedaron solos; se pusieron los trajes sencillos que habian de llevar en el viaje, adecuados al papel que les tocaba representar. Hecha esta operacion, se les reunieron madama Isabel y los niños en el cuarto de la reina, de donde pasaron por una comunicacion secreta al del duque de Villeguier, y de allí salieron de palacio separados por no llamar la atencion de los centinelas. El movimiento de carruajes que se retiraban de palacio llevando las personas que habian ido á hacer la corte al rey, que fué mayor aquella noche, merced á Mr. de Fersen, permitió á los prófugos llegar sin contratiempo á la plaza del Carroussel.

Daba el brazo á la reina un guardia de corps, y S. M. llevaba de la mano á madama Real: al atravesar la plaza se encontraron con Mr. de Lafayette acompañado de dos oficiales de estado mayor, que se dirigia á las Tullerías á examinar por sí mismo si se cumplian las órdenes que habia dado para evitar la fuga del rey. María Antonieta no pudo ménos de estremecerse al verle; pero al huir de su presencia, creia no tener nada que temer del resto de la nacion, porque veia personificadas en un solo hombre la insurreccion y la perfidia, y una sonrisa satisfactoria se asomó á sus labios al pensar lo burlado que quedaria cuando al dia siguiente no pudiese dar razon al pueblo de cómo se le habian escapado los que con tanto rigor guardaba.

Madama Isabel seguia á corta distancia, apoyada en el brazo de otro guardia, y detras de todos, por haberlo querido así, iba el rey, llevando de la mano al Delfin, que á la sazón tenia siete años. El conde de Fersen, vestido de cochero, iba delante del rey sirviéndole de guía, y el punto de reunion de estos tres pequeños grupos era en uno de los extremos de la calle de la Escala, entre la de San Honorato y las Tullerías, en cuyo sitio les aguardaban dos coches. Las damas de la reina y la marquesa de Tourzel estaban esperando allí hacia mucho tiempo.

Preocupados la reina y su guía por la inminencia del peligro, se extraviaron despues de haber pasado el Puente Real, y anduvieron errantes por las inmediaciones de la calle del Bac, hasta que, reconocido su error, retrocedieron llenos de sobresalto. El rey y su hijo, obligados á pasar otro puente y á atravesar un sin fin de calles, tardaron más de media hora en llegar al sitio de la cita; tiempo que se les hizo un siglo á la reina y demas personas que les aguardaban. Llegaron por fin sin tropiezo y subieron precipitadamente en el primer coche. El conde de Fersen se colocó en el pescante y condujo á la familia real hasta el otro lado de la barrera del puente de San Martin. Allí encontraron la berlina de que ya hemos hablado, tirada por cuatro caballos de Mr. de Fersen y conducida por su cochero en traje de postillon. Subieron á ella el rey, la reina, el Delfin, madama Real, madama Isabel y la marquesa de Tourzel; dos guardias disfrazados ocuparon el uno el pescante y el otro la trasera. Al lado del primero se sentó el conde de Fersen, que llegó hasta Bondy, en donde habia preparados caballos de refuerzo.

Allí besó la mano á los reyes, y dejándolos en manos de la Providencia, regresó á París, de donde salió aquella misma noche por otro camino distinto en direccion á Bruselas, para desde allí ir á reunirse con la familia real. En el mismo momento y para el mismo punto partía del palacio de Luxemburgo el conde de Provenza, hermano del rey, que llegó á su destino sin el menor contratiempo.

XII

Rodaban los carruajes del rey por el camino de Chalons, y en cada parada habia ocho caballos prevenidos para relevar los tiros. Este número considerable de caballos, unido á la construccion y tamaño particular de la berlina, el notable contraste que se notaba entre las nobles fisonomías de los guardias de corps y la librea con que iban disfrazados, y el tipo de la familia de los Borbones, tan marcado en el rostro de Luis XVI, que echado en el fondo del carruaje representaba muy mal el papel de ayuda de cámara que habia escogido, todo esto era más que suficiente para excitar sospechas y comprometer á toda la familia real. El pasaporte del ministro de Negocios extranjeros que llevaban, respondia sin embargo de todo. Hallábase redactado en estos términos: «En nombre del rey: Permítase pasar á la señora baronesa de Korf, que con sus dos hijos, una camarera, un ayuda de cámara y tres personas más de su familia se traslada á Francfort.—El ministro de Negocios extranjeros,—*Montmorin*».

El conde de Fersen habia calculado perfectamente al dar aquel título extranjero á la augusta fugitiva, porque acostumbrado el pueblo al boato que desplegaban los títulos y banqueros alemanes, no era fácil que les chocase el que veian en la familia real, muy inferior á tantos otros de personas de la misma categoría. En efecto, los ilustres viajeros no llamaron la atencion pública hasta Montmirail, pequeño pueblo situado entre Meaux y Chalons, en donde fué preciso detenerse una hora para reparar una avería que habia sufrido la berlina; hora que podia ser muy fatal para el monarca si, descubierta su fuga en las Tullerías, salian correos en su busca. Aporróse la consternacion de todas las personas reales al reflexionar en los daños que podian sobrevenirles por esta forzosa detencion, pero muy en breve se tranquilizaron al ver el carruaje compuesto, y prosiguieron su marcha, muy ajenos de que aquel contratiempo pudiese costar la vida á cuatro personas de las cinco que iban en la berlina.

Tranquilos y llenos de confianza por lo propicia que les iba siendo la suerte, ya por haber efectuado su evasion sin que nadie llegara á traslucirla, ya por la regularidad con que iban encontrando los relevos de caballos, avanzaban rápidamente los viajeros, é iban aproximándose con alegría á Mr. de Bouillé y á las fieles tropas entre las cuales iban á verse en una completa libertad. Lo hermoso de la estacion contribuia en gran parte á aumentar el regocijo interior que se iba apoderando de ellos, y su vista se explayaba al abrazar toda la extension del horizonte despues de haber estado comprimida tanto tiempo dentro del recinto de su palacio, en donde la mayor parte de los objetos que veian eran ó repugnantes ó propios para causarles terror. Empezaban ya á ensancharse sus corazones y daban á Dios millones de gracias porque habia querido libertarles de un cautiverio que parecia interminable, atribuyendo este nuevo favor de la Providencia á las fervientes oraciones de aquellos inocentes niños y de su angelical tia madama Isabel.

Bajo tan felices auspicios entraron á las tres y media de la tarde en Chalons, única ciudad de alguna consideracion que tenian que atravesar. Algunos ociosos rodearon los carruajes miéntras se mudaban los tiros, cuando el rey asomó imprudentemente la cabeza por la portezuela, y fué conocido por el dueño de la casa de postas. Este hombre honrado conoció que la vida de su soberano dependia de una mirada que le sorprendiesen ó de cualquier otro ademán que descubriese su admiracion, por lo cual procuró distraer la atención de aquellas gentes hácia otros objetos, y ayudando él mismo á enganchar los caballos, dió prisa á los postillones para que marchasen cuanto ántes. Con razon pudo gloriarse este hombre en lo sucesivo de no estar manchado con la sangre de su rey.

Salieron los coches á escape por las puertas de Chalons, y el rey, la reina y madama Isabel exclamaron á la vez: «¡Nos hemos salvado!» En efecto, pasado aquel punto peligroso, la salvacion del rey era casi segura, y sólo con tener un poco de prudencia podia ya contarse libre de todo riesgo. El primer relevo tocaba en Pont-Sommevesle, y ya hemos dicho anteriormente que, segun lo dispuesto por Mr. de Bouillé, debian hallarse en aquel punto cincuenta húsares á las órdenes del duque de Choiseul y de Mr. de Goguelat, para proteger al rey en caso necesario, y no habiendo novedad replegarse á su retaguardia. El rey estaba seguro de encontrar allí aquellos leales ánigos con sus soldados, pero no halló á nadie, porque todos se habian retirado media hora ántes de Pont-Sommevesle. Descubriábase cierta agitacion y no poca inquietud en los rostros de las personas que rodeaban los carruajes, y oíase un siniestro murmullo en aquella reunion, cuyas miradas indicaban claramente las sospechas que les infundian los viajeros. Nadie se atrevió, sin embargo, á oponerse á su marcha, y á las siete y media de la tarde entraba el rey en Saint-Menehould, hora en que todavía falta mucho para anochecer en aquella estacion. Inquieto S. M. por no haber encontrado en dos paradas seguidas la convenida escolta, acercó la cabeza á la portezuela buscando entre la multitud alguna mirada de inteligencia, y confiando en dar con algun oficial que le explicase la causa que motivaba la ansiedad y zozobra de que estaba poseido su corazon. Este movimiento le perdió, porque el jóven Drouet, hijo del maestro de postas, le reconoció, á pesar de no haberle visto jamás, por la gran semejanza que existia entre su semblante y el busto de las monedas.

Este malvado jóven no se atrevió, sin embargo, á detener los carruajes, tanto porque se hallaba solo, ó al ménos no queria compañeros en esta empresa, cuanto porque los tiros estaban ya enganchados, montados los postillones, y sobre todo, ocupado el pueblo por un escuadron de dragones, que podia haber franqueado el paso á viva fuerza.

XIII

El oficial comandante del destacamento de dragones se paseaba por la plaza, espiondo el momento de la llegada de los carruajes, que reconoció en cuanto los vió por las señas que de ellos tenia. Así es que en seguida trató de hacer montar su gente á caballo para seguir al rey; pero esta resolucio, un tanto tardía, fué enteramente inútil, porque alarmados los guardias nacionales por los rumores que circulaban ya por el pueblo con respecto á la semejanza de uno de aquellos viajeros con Luis XVI, habian rodeado el cuartel y cerrado las puertas de las cuadras

para impedir la marcha de los dragones. Mientras se efectuaba este movimiento rápido é instintivo del pueblo, ensillaba Drouet el mejor caballo que tenia, y salia á todo escape en direccion á Varennes, para llegar allí mucho ántes que los coches y poder dar parte á la municipalidad de lo que habia notado, alarmar á los patriotas y proceder en seguida á arrestar al monarca, que, ignorante de lo que pasaba, seguia su marcha en la misma direccion, corriendo tras de su inevitable destino.

Drouet no tenia la menor duda en que llegaria á Varennes mucho ántes que el rey, que, precisado á seguir el camino real, tenia que dar un gran rodeo, en tanto que el otro tenia uno de herradura que le hacía atajar cuatro leguas. Sin embargo, por un capricho de la suerte, tambien corria la muerte en pos de Drouet, que estaba tan ignorante del peligro que le amenazaba, como ajeno se hallaba Luis XVI de que dentro de muy poco no habria ya para él ninguna esperanza de salvacion.

Un sargento de dragones habia logrado montar á caballo y burlar la vigilancia del pueblo. Instruido por el comandante de la partida precipitada de Drouet, y no ocultándosele cuál podria ser su objeto, salió en su persecucion á todo escape, seguro de alcanzarle y resuelto á matarlo. Segúale en efecto sin perderle de vista, pero siempre á cierta distancia por no infundir sospechas, aunque ganando insensiblemente terreno, hasta dar con un sitio en donde pudiese ejecutar á mansalva lo que meditaba. Drouet habia vuelto muchas veces la cabeza por vér si álguien iba tras de él, y al descubrir aquel jinete que siempre iba siguiéndole la pista, comprendió cuál podia ser su intencion. Drouet era hijo del país, y por consiguiente conocia perfectamente todas las sendas, atajos y demas caminos de travesía; así es que al llegar á uno que no estaba muy distante, torció de direccion y muy pronto se internó en un bosque, dejando burlado al dragon, que ya no volvió á verle más. De este modo, y prosiguiendo su carrera á rienda suelta, llegó á Varennes en el tiempo que habia calculado.

El rey fué reconocido en Clermont por el conde Cárlos de Damas, que le aguardaba allí á caballo con dos escuadrones de dragones para marchar detras de él; pero la municipalidad, dominada por vagos terrores, sin poner obstáculo á la marcha de los carruajes del rey, mandó á los dragones que no se moviesen, á pesar de la órden que para ello tenian de su jefe. El cuerpo popular fué obedecido por la tropa, y el conde de Damas, abandonado de sus soldados, logró escaparse acompañado de un sargento y dos dragones, y los cuatro pusieron sus caballos al galope, siguiendo al rey á alguna distancia. ¡Socorro débil y muy tardío ya!

Encerrada la familia real en su berlina, le eran desconocidos todos estos incidentes, y llegaba á Varennes á las once y media de la noche, sin haber hallado el menor obstáculo en el camino. Todo estaba desierto y silencioso en el pueblo, y sus vecinos dormian tranquilamente, ó al ménos aparentaban hacerlo. El lector no habrá olvidado que este pueblecillo estaba separado de la línea de postas de Chalons á Montmedy, por cuya razon no podia el rey encontrar allí relevo de caballos. Tampoco habrá olvidado quizá que para obviar este inconveniente habia resuelto Mr. de Bouillé que los caballos del duque de Choiseul estuviesen en un sitio determinado del lugar, para engancharlos á los carruajes y llegar con ellos hasta Stenay, en donde Mr. de Bouillé aguardaria al rey. Hemos visto igualmente que, en virtud de las instrucciones de este general, el duque de Choiseul y Mr. de Gouguelat debian haber aguardado al rey en Pont-Sommevesle, á la cabeza de cin-

cuenta húsares, para escoltarle despues; pero ni le habian aguardado, ni habian podido seguirle, como es consiguiente. De esta falta y de haberse dirigido á Varennes desde Pont-Sommevesle por el camino más largo, por evitar el paso por Saint-Menehould, resultó que estos dos oficiales no pudieron llegar á Varennes sino una hora despues que la familia real. La única razon que puede justificar el gran róleo que tuvieron que hacer por no haber seguido su marcha por el camino real, es la alarma que habia producido su presencia en Saint-Menehould el dia anterior. Los coches del rey se hallaban detenidos entre tanto á la entrada de Varennes.

Atónito y sorprendido el rey de no ver llegar á Mr. de Choiseul y á Mr. de Goguelat á la cabeza de la prometida escolta, y no ménos admirado de que tampoco llegasen los caballos que habian de engancharse á los coches, aguardaba con impaciencia oír el chasquido de algun látigo que le anunciase la proximidad de los postillones; pero aguardaba en vano, porque á pesar de haberse apeado los guardias de corps y de haber andado de puerta en puerta inquiriendo en dónde podrian estar los anhelados caballos, nadie pudo darles una respuesta satisfactoria.

XIV

La poblacion de Varennes se divide en alta y baja, separadas una de otra por un puente. Mr. de Goguelat habia colocado los tiros de relevo en la parte baja, al otro lado del puente; medida acertada, porque de este modo lo atravesaban los coches con los caballos que traian desde Clermont, y porque en caso de una conmocion popular, se engancharan en un momento los que estaban descansados y se les ponía desde luégo á todo escape, con lo cual era muy difícil que los alcanzasen. La gran falta estuvo en no advertir al rey esta determinacion. Llenos de una inquietud imposible de describir, se apearon del coche el rey y la reina y anduvieron errantes por las desiertas y silenciosas calles del barrio alto, buscando con la vista el sitio en que podrian estar los caballos, y llamando en todas las casas donde veian luz, para adquirir noticias de lo que tanto deseaban; pero nadie entendia lo que querian decir. Al ver el ningun fruto de sus diligencias, vuelven desanimados á recobrar los coches, y allí hallan á los postillones jurando y amenazando con que van á desenganchar y á marcharse. El oro y las promesas deciden por fin á estos hombres soeces á montar á caballo y seguir adelante. Arrancan los coches de nuevo, y los viajeros se tranquilizan y cuentan hallarse dentro de breves minutos en el campamento de Mr. de Bouillé. Atraviesan sin obstáculo el barrio alto, cuyas casas, todas cerradas, reposan en la calma más engañosa: sólo algunos pocos hombres están despiertos, y éstos se hallan ocultos y guardan el más profundo silencio.

Elévase una torre en la cabeza del puente, que separa el barrio alto del bajo, torre feudal, colocada sobre una sombría bóveda por donde los coches tienen forzosamente que ir al paso, y en donde el más insignificante obstáculo es suficiente á detener su marcha. Reliquia del feudalismo y lazo siniestro en donde la nobleza prendia en otros tiempos á los pueblos, esta torre estaba destinada á que el pueblo preparase en ella una emboscada en que cayese toda una familia de reyes. Apenas han penetrado los coches en aquella oscuridad, cuando, espantados los caballos á la vista de una carreta y de otros objetos que les impedían el paso, se de-

tienen, y en el mismo instante cinco ó seis hombres armados salen de entre aquellas densas tinieblas, se abalanzan á coger los caballos por las bridas, asaltan las portezuelas del coche é intiman á los viajeros que se apeen y que vayan con ellos á la municipalidad á dar cuenta de sus personas.

Drouet era el que capitaneaba á aquellos hombres y el que se atrevía á mandar con tanto imperio á su soberano. Este jóven, quizá más fanático que malvado, apénas llegado al pueblo, fué á despertar á otros patriotas de su misma edad, á los que contó, azorado todavía, los recelos que habia concebido, procurando avivar en sus pechos la misma agitacion de que estaba tan fuertemente dominado en aquel momento. Inciertos, sin embargo, estos jóvenes de la realidad de semejantes sospechas, ó queriendo reservar para sí la *gloria* de prender por sus manos al rey de Francia, no habian dado conocimiento á la municipalidad de lo que meditaban, ni trataron de alarmar al pueblo. En el febril delirio de su exaltacion patriótica, creían que ellos solos constituían la Francia.

A esta súbita aparicion, al oír los gritos de aquellos jóvenes frenéticos y al reparar en el opaco resplandor que arrojan sus sables y bayonetas, los guardias de corps echan maño de las armas que llevaban prevenidas, y dirigen una mirada al rey, consultando lo que deben hacer; pero S. M. les prohíbe terminantemente que usen de ellas para abrirse paso. Entónces dan la vuelta los carruajes, y escoltados por Drouet y sus camaradas, se dirigen á casa de un especiero, llamado Sausse, síndico procurador del canton de Varennes. Allí hacen apaar á los ilustres viajeros para examinar sus pasaportes y averiguar si son fundadas ó no las concebidas sospechas. Al mismo tiempo Drouet y sus asociados recorren las calles del pueblo, llaman á los puestos, se apoderan del campanario y empiezan á tocar á rebato. Asustados los vecinos al oír este toque, saltan del lecho sobresaltados; los guardias nacionales del pueblo y de las inmediaciones se arman con velocidad, y van acudiendo uno tras otro á la puerta de Mr. Sausse, en tanto que otros vuelan al cuartel para sobornar la tropa ó desarmarla.

Inútil es que el rey niegue en un principio su alta categoría: sus facciones y las de la reina no permiten dudar de la identidad de sus personas, y en este conflicto, el rey se decide á tentar la vía de la persuasion, por ver si de este modo puede lograr la apetecida libertad. Descúbrese entónces al síndico y demas individuos de la municipalidad, y cogiendo las manos de Mr. Sausse, dirige á todos las siguientes palabras:

«En efecto, yo soy vuestro soberano, y confío á vuestra fidelidad la suerte de mi esposa, la de mi hermana y la de mis hijos. Nuestras vidas, los destinos del país, la paz interior y la salvacion de las nuevas instituciones, todo está en vuestras manos. ¡Dejadme marchar! No creais que trato de emigrar á país extranjero, no; nunca he pensado en salir de Francia. Iba á presentarme en medio de una parte de mi ejército y á establecerme en una ciudad fronteriza, con el doble objeto de recobrar una libertad de que los facciosos me han despojado en Paris, y al mismo tiempo para tratar desde allí con la Asamblea, dominada como yo por el terror del populacho. No es mi ánimo abolir la Constitucion, al contrario, quiero consolidarla. Si persistis en detenerme, ¡ay de ella!... ¡ay de mí!... ¡ay de la Francia!... ¡A vosotros me dirijo como hombre, como esposo y como ciudadano!... No os opongais á mi marcha, y dentro de una hora la Francia y nosotros nos habrémos

salvado. ¡Hasta ahora no he hecho más que suplicaros, pero si aún conservais en vuestros corazones esa fidelidad que revelan vuestras palabras hácia el que un día fué vuestro dueño, os mando como rey que me franqueeis el paso!»

XV

Enternecidos aquellos hombres y respetuosos en medio de la violencia que estaban ejerciendo, titubeaban y parecían vencidos por las enérgicas palabras que acababan de oír de boca del monarca. Sus rostros, por donde corrían abundantes lágrimas, daban indicios de la lucha interior que estaban sufriendo entre acceder á esa compasión que in-



Mr. de Bouillé arrolló á aquellos hombres...—Pág. 75.

funde naturalmente un cambio tan repentino de la suerte, ó cumplir con su conciencia como patriotas.

El espectáculo de un rey en actitud suplicante que les estrecha las manos, el de una reina alternativamente majestuosa y abatida, que arrodillada trata de arrancar el apetecido *si* de la boca de aquellos hombres, ya por medio de las súplicas, ya apostrofándolos en un acceso de desesperación, todo esto les confunde y les trastorna. Gustosos accederían si no escuchasen sino la voz de su conciencia; pero temen que los juzgue el pueblo demasiado indulgentes y que les pida cuenta de su rey, temiendo igualmente que la nación se la pida de su jefe. El egoísmo endurece aquellos corazones. La mujer de Mr. Sausse, á quien su marido consulta con una mirada y en cuyo corazón juzga la reina hallar fácil acceso, permanece insensible. Sentada la reina encima de los fardos de que está llena la tienda, teniendo sus hijos sentados sobre las rodillas,

llama la atencion de la esposa de Sausse hácia estos interesantes niños, diciéndole. «Señora, tambien vos sois mujer y madre; la suerte de otra mujer y de otra madre infortunada se halla en vuestras manos. ¡Considerad lo que debo sufrir en este momento por mi marido y por mis hijos! ¡Vos podeis devolvérmelos, y la reina de Francia os deberá el trono y la vida!» «Señora,—responde secamente aquella mujer, con el frio cálculo del egoísmo,—quisiera seros útil, pero así como vos pensais en la suerte del rey, yo debo pensar en la de mi marido.»

Inútil es buscar compasion en otra parte cuando no se halla en el corazon de una mujer.

Indignada la reina, se retira con sus hijos y con madama Isabel á un cuartito que habia encima de la tienda, y al verse sola prorumpe en amargo llanto. Rodeado el rey de los guardias nacionales, permanece en la tienda, desesperando de poder convencerlos; sube y baja continuamente la miserable escalera de madera de aquella modesta habitacion, yendo alternativamente á consolar á la reina, á su hermana y á sus hijos. Lo que no ha podido obtener excitando la compasion, espera alcanzarlo del tiempo y de la fuerza, sin poder llegar á convencerse de que aquellos hombres, que tanto respeto y tanta sensibilidad manifiestan, persistan en detenerle hasta recibir órdenes de la Asamblea. Confia sobre todo en que se verá libre por las fuerzas que manda Mr. de Bouillé, que sabe se halla allí detenido, y que vendrá indudablemente á libertarle ántes que vuelvan los correos que se han despachado á Paris noticiando la detencion del monarca. Lo único que le admira es que tarde tanto en llegar el socorro. La noche corre, sin embargo, con velocidad, y el ansiado socorro no viene.

XVI

El oficial que mandaba los húsares apostados en Varennes no estaba iniciado en el secreto. Sólo se le habia dicho que tenia que escoltar un convoy de dinero que pasaria por allí. Al coche del rey no le habia precedido ningun correo, ni tampoco se le habia prevenido de Saint-Menehould que tuviese dispuesta su tropa. Mr. de Goguelat, que debia haberse hallado en Varennes ántes que el rey, para comunicarle las órdenes secretas relativas á la mision que iba á desempeñar, no habia comparecido; de suerte que aquel pobre oficial estaba entregado á sus propias inspiraciones.

Otros dos oficiales á quienes Mr. de Bouillé habia confiado todo el plan, se hallaban tambien en el pueblo y estaban alojados en la parte baja, en la misma casa en que se habian colocado los caballos de Mr. de Choiseul, que habian de servir para el coche del rey. Estos oficiales ignoraban completamente lo que pasaba en la parte alta, y tampoco tenian ningun soldado á sus órdenes; así es que aguardaban tranquilamente la llegada de Mr. de Goguelat, cuando el toque de rebato les hizo saltar del lecho azorados y sin saber á qué atribuirlo.

Entre tanto Mr. de Choiseul y Mr. de Goguelat galopaban seguidos de sus húsares en direccion de Varennes. El conde de Damas y sus tres fieles dragones, que á duras penas habian podido escaparse de Clermont sin ser vistos, se reunieron con ellos en el camino. Este puñado de valientes llegó á las puertas de Varennes tres cuartos de hora despues del arresto del rey. En la puerta fueron detenidos y reconocidos por los guardias nacionales, que les hicieron echar pié á tierra

antes de franquearles la entrada. Mr. de Choiseul y sus dos compañeros pidieron que se les dejase hablar con S. M. En esto no hubo dificultad, pero el rey les prohibió terminantemente que usasen de la fuerza, porque esperaba de un momento á otro la llegada de Mr. de Bouillé con el grueso de las tropas fieles. Sin embargo, Mr. de Goguelat sale impaciente de la casa, y viendo á los húsares en la plaza mezclados con las gentes del pueblo, quiere probar su fidelidad, y dirigiéndose á ellos, les dice imprudentemente: «Húsares, ¿estais por la nacion ó por el rey?» «¡Viva la nacion!—responden los soldados.—Nosotros siempre estaremos por ella.» El pueblo aplaude al oír esta respuesta, y un sargento de la guardia nacional toma el mando de los húsares. Escápase entónces el comandante, va á reunirse con los otros dos oficiales de que hemos hablado anteriormente, y los tres salen del pueblo en direccion de Dun, para avisar á su general de lo que está pasando.

El pueblo habia hecho fuego á estos dos oficiales cuando, al saber la detencion de los coches, habian tratado de incorporarse con el rey. Toda la noche se habia pasado en los acontecimientos que hemos referido, y los guardias nacionales de las inmediaciones iban llegando á Varennes. Levantábanse barricadas entre las dos partes en que se dividia el pueblo, y la municipalidad enviaba aviso á las de Metz y Verdun para que mandasen tropas y artillería que poder oponer á cualquier tentativa por parte de Mr. de Bouillé, que, advertido de todo, volaba en auxilio del monarca.

Entre tanto toda la familia real, sin desnudarse, se entregaba al descanso, martirizada por el continuo ruido que formaba un pueblo inquieto, y que iba aumentando por momentos debajo de sus ventanas. En tal estado se hallaban las cosas en Varennes á las siete de la mañana. La reina no pudo conciliar el sueño. Subleváronse todas sus pasiones de mujer, de madre y de reina, y fué tal el ataque interior que en su alma produjeron la indignacion, la desesperacion y el terror, que sus cabellos, rubios el dia anterior, aparecieron enteramente canós al siguiente.

XVII

Nada se habia traslucido en Paris de la fuga del rey, y Mr. de Lafayette, que habia ido dos veces á las Tullerías para asegurarse por sí mismo del exacto cumplimiento de sus órdenes, se habia vuelto á su casa á medianoche, muy ajeno de que se le hubiese escapado su presa. Hasta las siete de la mañana del 21, en que los criados entraron en los cuartos de las personas reales, que hallaron vacíos y las camas sin tocar, no se esparció el terror entre la guardia de palacio. Véase que los fugitivos llevaban diez horas de ventaja á los que fuesen en su persecucion, y esta idea, unida á la de que podrian llevar gentes que los custodiasen, aterrorizaba á sus carceleros.

Paris empezaba á conmoverse, y hasta en los arrabales se sabía ya el funesto acontecimiento. Los ciudadanos se daban los buenos dias con estas siniestras palabras: «¡El rey se ha escapado!» Al principio nadie queria creerlo, aunque todos se dirigian en tropel á las Tullerías para asegurarse del hecho, y para prorumpir en invectivas contra los traidores. El nombre de Mr. de Lafayette corria de boca en boca maldecido por el pueblo. «¿Es estúpido ó cómplice?—se decian los unos á los otros.—¿Cómo pueden haberse fugado tantas personas, á no haber conniven-

cia por parte del que debía impedir su fuga?» Entre tanto el pueblo amotinado forzaba las puertas del regio alcázar y recorría los suntuosos salones que jamás se había figurado pisar, vengándose en los objetos inanimados del largo respeto que le había infundido hasta entónces aquella mansion. Pasaba en un momento del terror á la risa, y ya descolgaba un retrato del rey y lo ponía á la puerta de palacio como si estuviese de venta, ya se apoderaba del lecho de la reina, como hizo una revendedora de cerezas que estableció allí su puesto, diciendo: «Hoy toca á la nacion colocarse con toda comodidad». Trataron de poner á una jóven un gorro de la reina, pero lo pateó con desprecio é indignacion, creyendo que era una afrenta para ella el colocar sobre su cabeza aquel prendido. Sólo respetó el pueblo el gabinete del Delfin, enternecido á vista de los libros, mapas y demas instrumentos que servian á darle una esmerada educacion. Las calles y plazas públicas estaban cubiertas de un gentío inmenso, los guardias nacionales se iban reuniendo precipitadamente al toque de generala, y el cañonazo de alarma se oia de minuto en minuto. Volvian á aparecer los hombres de las picas y de los gorros de lana, corriendo en todas direcciones. El cervecero Santerré, agitador perpetuo de los arrabales, conducía él solo dos mil hombres armados de este modo; la cólera del pueblo empezaba á ser mayor que el terror que le había dominado en un principio, y le hacía prorumpir en cínicas palabras, y ejecutar millares de insultos contra la dignidad real. En la plaza de Greve mutiló el busto de Luis XVI, colocado bajo la fatal linterna que había servido de instrumento á los primeros crímenes de la revolucion. «¿Cuándo concluirémos de una vez—exclamaban aquellos frenéticos demagogos—con estos reyes de mármol y de bronce, monumentos vergonzosos de la esclavitud?» En las estamperías se apoderaba el pueblo de todos los retratos del rey, y los hacía pedazos ó pintaba una venda sobre sus ojos. En las muestras de los artesanos de palacio se borraban los nombres de los príncipes. Al nombre de palacio real se sustituía el de palacio de Orleans, y en los clubs, reunidos precipitadamente, se oían declamaciones furiosas. El de los Franciscanos declaraba que la Asamblea nacional había entregado la Francia á la esclavitud, proclamando hereditario el derecho de sucesion á la corona, y pedía la destitucion del rey y que el reino se constituyese en república. Danton le inspiraba su audacia y Marat su demencia. Los más absurdos rumores circulaban entre aquellos hombres, desvaneciéndose inmediatamente. Los unos decían que el rey se había dirigido á Metz, y los otros aseguraban que se había escapado por un albañal de palacio. Camilo Desmoulins excitaba la alegría del pueblo como la forma más insultante de su desprecio; y al mismo tiempo se fijaban carteles en las paredes de las Tullerías, prometiendo un módico hallazgo al que presentase los animales dañinos é inmundos que se habían escapado de aquella casa. Otra porcion de oradores improvisados, subidos encima de sillas, hacían al aire libre y en medio del jardín las mociones más extravagantes. «Pueblo,—decían,—sería una lástima que nos volviesen á traer á ese rey pérfido. ¿Qué haríamos de él? Vendría como Tersito á derramar lágrimas grasientas delante de nosotros, y no podríamos ménos de enternecernos. Si acaso vuelve, pido que sea expuesto por tres dias á la irrision pública, con un pañuelo encarnado en la cabeza, y que se le conduzca en seguida de justicia en justicia hasta la frontera, y que allí se le eche del reino á puntapiés.» Freron hacía repartir con profusion sus hojas volantes, en las que se leía: «¡Ya ha partido ese rey

imbécil y perjuro! ¡Ya no está entre nosotros esa reina malvada que á la lubricidad de Mesalina reúne la sed de sangre de los Médicis! ¡Mujer execrable, furia que vomitó el Averno para la perdicion de la Francia, tú eras el alma del complot!» El pueblo repetía estas palabras, que alimentaban su odio á la monarquía y le inspiraban las más terribles ideas.

XVIII

Hasta las diez de la mañana, en que tres cañonazos anunciaron al pueblo lo que habia sucedido por la noche, nada sabía éste oficialmente. A estas horas estaba ya reunida la Asamblea, en la que el presidente anunció que Mr. de Bailly, corregi-



Mr. de Bouillé envió exploradores á sondear los vados del río...—Pág. 75.

dor de Paris, le habia dado parte de que el rey y su familia habian sido *sustraidos* de las Tullerías aquella noche por los enemigos de la causa pública. Instruida ya la Asamblea individualmente de aquella novedad, escuchó esta comunicacion con el más imponente silencio. Parecía que en este momento solemne la gravedad del peligro le comunicaba una majestuosa calma, y que la sabiduría de una nacion tan grande se habia reunido toda en sus representantes. Un solo pensamiento domina en todas sus palabras y en todos sus actos. Su único objeto es defender la Constitucion, y áun al mismo rey constitucional, á pesar de lo que acaba de suceder. En este concepto se apodera inmediatamente de la regencia del reino, y constituyéndose por sí misma en poder ejecutivo, manda á los ministros que despachen correos en todas direcciones, con órden de arrestar á cualquier individuo que quiera salir del reino; que se visiten los arsenales y las fábricas de armas, y que todos los generales salgan inmediatamente á ocupar sus puestos, así como que se guarden escrupulosamente todas las fronteras. Estas proposiciones se decretan y ponen en ejecucion con una velocidad mágica. Ya no hay lado derecho, ni centro, ni lado

izquierdo, y todos se reúnen para hacer frente al peligro que á todos amenaza. En este instante vienen á anunciar á la Asamblea que Mr. de Romeuf, uno de los ayudantes de campo de Mr. de Lafayette, enviado por éste bajo su propia responsabilidad, y sin tomar las órdenes de la Asamblea, para detener al rey, se halla en manos del pueblo, que acusa al general y á todo su estado mayor de traicion. Inmediatamente envia la Asamblea unos comisionados de su seno para protegerle, y el oficial entra en el Congreso y explica el objeto de su mision. Entónces la Asamblea confirma la órden dada por el general, y el ayudante vuelve á partir inmediatamente. Barnave, que ve en la ira del pueblo contra Lafayette otro nuevo peligro, aunque enemigo político del general, sube á la tribuna y le defiende generosamente y con grande habilidad contra las sospechas de aquel pueblo, próximo á abandonarle. Es fama que hacía algunos dias que los Lameth y Barnave habian conocido como Mirabeau la necesidad en que se hallaban de ponerse de acuerdo secretamente con el rey, para salvar si era posible aquella sombra de monarquía. Se ha dicho tambien que habian mediado entre Barnave y el rey ciertas relaciones confidenciales en que se habia concertado la fuga del monarca, y adoptado otras disposiciones; pero estos rumores, de que trata el mismo Lafayette en sus Memorias, no eran conocidos en la época de que hablamos, y todavía no lo son en el dia. «El objeto que debe ocuparnos—dijo Barnave—es volver la confianza popular á quien debe obtenerla. Hay un hombre á quien se quisiera hacer sospechoso, y segun mi modo de entender, sin motivo fundado para ello. Coloquémonos entre este hombre y el pueblo, y procuremos que éste le devuelva toda la confianza que le ha inspirado hasta aquí. Necesitamos indispensablemente una fuerza central y un brazo que obre, cuando no tenemos más que una cabeza para pensar. Mr. de Lafayette se ha conducido como un buen ciudadano desde el principio de la revolucion, y es muy importante que conserve en la nacion el crédito que ha sabido granjearse. Si en Paris es necesaria la fuerza, no lo es ménos la tranquilidad; estando aquélla al mando de Lafayette, él sabrá proporcionarnos esta última.»

Las palabras de Barnave son acogidas con entusiasmo. En este momento anuncian á la Asamblea que Mr. de Cazales, famoso orador del lado derecho, se ve amenazado por el pueblo en las Tullerías, y que su vida peligrá.

Inmediatamente salen seis comisionados á protegerlo, y á poco rato le traen consigo al salon. Irritado Cazales contra el pueblo, de cuyas manos ha escapado milagrosamente, y contra el rey, que abandonaba á los que le eran adictos sin avisarles con tiempo, sube á la tribuna para desahogar su justo enojo. «He estado á punto—dice—de ser despedazado por el pueblo, y sin el auxilio de la guardia nacional de Paris que me ha manifestado tanto afecto...» A estas palabras, que indican en el orador realista la pretension de una popularidad personal, largos y violentos murmullos salen del lado izquierdo. «No hablo de mí,—prosigue Cazales,—hablo en el interes del público. Yo sacrificaria de buena gana mi pobre existencia, ó por mejor decir, hace mucho tiempo que la he sacrificado; pero conviene á todo el imperio que ningun movimiento tumultuoso venga á turbar nuestras sesiones en una crisis como ésta, por cuya razon apoyo en cuanto de mí depende todas las medidas que acabais de decretar.» Finalmente, á propuesta de varios miembros de la Asamblea, decide ésta reasumir en sí todos los poderes, y que sus decretos sean ejecutados inmediatamente por los ministros sin necesidad de la sancion real.

De este modo se apodera con mano firme y pronta de la dictadura y se declara permanente.

XIX

Apoderábase así la Asamblea de todos los poderes con el derecho que para ello le daba la apremiante necesidad del momento. Mr. de Lafayette se presentaba en tanto con la serenidad que le infundia su audacia en medio del pueblo para reconquistar, á riesgo de perder la vida, la confianza que aquél le habia retirado. El primer instinto del pueblo fué asesinar al pérfido general que le habia respondido con su cabeza de la seguridad del rey, y que, segun las apariencias, habia contribuido á su fuga.

Lafayette conoció el peligro en que se hallaba y lo conjuró presentándose impávido ante el pueblo. Instruido de los primeros por sus oficiales de lo que pasaba, corre á las Tullerías, donde encuentra al corregidor de Paris y al presidente de la Asamblea, Beauharnais, que se lamentaban del tiempo perdido desde que el rey se habia fugado. «¿Creeis—les dijo Lafayette—que el arresto del rey sea tan necesario al bien público, que sin él no pueda evitarse la guerra civil?» «Sin duda»,—le respondieron aquellos hombres. «Pues bien, en ese caso, yo tomo sobre mí la responsabilidad de este arresto.» É inmediatamente expide órdenes á todos los guardias nacionales para que detengan al rey doquier que lo encuentren. Esta dictadura era la más personal que podia darse, porque un solo hombre mandaba cual si representase toda la nación, y atentaba por sí y sin ningun derecho á la vida del jefe legal del Estado. Esta orden fué la que condujo al cadalso á Luis XVI, porque puso en manos del pueblo la víctima que se le habia escapado. El mismo Lafayette trata en sus Memorias de sincerarse de este paso, que en lo sucesivo le causa agudos remordimientos. «Felizmente—dice—no fué á mis órdenes á las que se debió la captura del rey, sino á la desgracia de haber sido reconocido S. M. por el hijo de un maestro de postas, y á las malas disposiciones que habia tomado para que su fuga tuviese feliz éxito.» De este modo, en la edad de la madurez, protestaba la sensibilidad contra el patriotismo de su juventud. Lafayette se trasladó á la casa del ayuntamiento desde las Tullerías. Iba á caballo, y el inmenso pueblo que inundaba las calles por donde pasaba le apostrofaba furioso. Al llegar á la plaza de Greve casi solo, se encontró con el duque de Aumont, otro de los jefes de division que el pueblo iba á asesinar. Rompió por medio de aquella turba, que se quedó atónita al ver tanta audacia, y libertó á su subordinado. Conociendo entónces que habia recobrado parte de la influencia que tenia sobre las masas, se dirigió á la turba diciéndole: «¿De qué os quejais? ¿No gana cada ciudadano veinte sueldos diarios con la supresion de la lista civil? Si llamais desgracia á la huida del rey, ¿qué nombre dareis á una contrarevolucion que venga á despojaros de la libertad?» En seguida salió escoltado de la casa de ayuntamiento y se dirigió ya más tranquilo á la Asamblea. En cuanto entró, fué á sentarse al lado de Camus, pero éste se levantó inmediatamente, diciendo: «¡Fuera uniformes! Ni éste ni las armas deben penetrar en este recinto». Algunos miembros del lado izquierdo se levantan al propio tiempo que Camus, y dirigiéndose á Lafayette, gritan indignados: «¡Fuera!» Los amigos del general le rodean, é imponen silencio á Camus y á sus compañeros. Lafayette pide entónces la palabra y comparece en

la barra. Allí, despues de haber pronunciado las palabras usuales de *libertad* y *pueblo*, pide que se oiga á su segundo, Mr. de Gouvion, que era el encargado de las Tullerías. «Yo respondo de este oficial y cargo sobre mí toda la responsabilidad de su conducta.» Mr. de Gouvion es oido, y afirma que las salidas y avenidas de palacio han sido guardadas con el mayor rigor, y que el rey no ha podido escaparse por ninguna de las puertas. El corregidor de Paris afirma lo que aquel oficial acaba de decir. Mr. de Laporte, intendente de la lista civil, comparece entónces en la barra á presentar el manifiesto que el rey habia dejado al pueblo. «¿Cómo ha llegado á vuestras manos?»—le preguntan por todas partes. «El rey lo ha dejado cerrado sobre una mesa con una carta para mí»,—dice Laporte. «Leed esa carta»,—exclama una voz. «¡No, no!—grita unánimemente la Asamblea.—No tenemos derecho para leer esa carta confidencial.» Tambien se niegan á abrir otra carta dirigida á la reina que se halló en el cuarto de aquella princesa. El carácter generoso de la nacion puede más todavía en ella que la irritacion del momento.

En seguida, y en medio de risas y de continuos murmullos, se lee el manifiesto del rey, redactado en los términos siguientes: «Franceses: Ningun sacrificio me ha sido costoso mientras he creido que volveria á restablecer el órden por las medidas concertadas entre la Asamblea y yo para la felicidad pública. Sin quejarme, he sufrido las calumnias é insultos que se han dirigido contra mí, y hasta la privacion de mi libertad. Hoy que veo vilipendiada la autoridad real, violadas las propiedades, comprometida la seguridad individual, y que la anarquía más completa reina en todas partes, me creo en el deber de dar cuenta á mis vasallos de los motivos de mi conducta. Parisienses, bien sabeis que en Julio de 1789 no temí entregarme en vuestras manos, y en los dias 5 y 6 de Octubre, aunque insultado en mi palacio y testigo de la impunidad de tantos crímenes, tampoco quise abandonar la Francia por no promover la guerra civil. Finalmente, hasta me he venido á vivir á las Tullerías, donde me hallo privado de todas las comodidades de la vida. Pero como si esto no fuese suficiente, se ha arrancado de mi lado á los guardias de corps, y muchos caballeros fieles de mi servidumbre han sido asesinados á mi vista. Se ha infamado con atroces calumnias á la esposa fiel y generosa que ama al pueblo como yo, y á la que no ha costado ningun trabajo la parte que le ha tocado en los sacrificios que ambos le hemos hecho. La convocacion de los Estados generales, la doble representacion concedida al estado llano, la reunion de las órdenes y el sacrificio del 20 de Junio, todo esto se ha hecho por la nacion, pero todo ha sido perdido. Preso en mi propio palacio, me hallo guardado por unos carceleros asalariados, que han sustituido á mis guardias, y ademas se me ha hecho responsable de los actos de un gobierno que se me ha arrancado violentamente de las manos. Encargado de mantener la dignidad de la Francia ante las potencias extranjeras, se me ha quitado el derecho de declarar la guerra ó de ajustar la paz. Vuestra Constitucion es una contradiccion perpetua entre los títulos que me confiere y las funciones de que me despoja. Yo no soy ya sino el jefe responsable de la anarquía, porque los sediciosos de los clubs os han arrancado el poder que vosotros me habíais arrancado ántes. Franceses, ¿es esto lo que os prometíais de vuestra regeneracion social? Antiguamente el amor al monarca era una de vuestras principales virtudes; en el dia se ha convertido aquel amor en un odio feroz y en un continuado insulto. Desde Necker hasta el último

faccioso, todos han sido reyes excepto yo, y hasta se me ha amenazado con despojarme de este vano título y con encerrar á la reina en un convento. En las funestas noches de Octubre, cuando se propuso á la Asamblea que fuese á proteger al rey con su presencia, ha declarado hasta solemnemente que semejante paso no era digno de ella. Cuando las tias del rey han tratado de ir á Roma, por un motivo puramente religioso, no se les ha permitido, y ha llegado el escándalo hasta



Vuestra majestad se tomará la molestia de volverlas á recoger...—dijo Lafayette.—Pag. 80.

el extremo de violentar mi conciencia. Despues de convalecer de una larga enfermedad, he querido ir á Saint-Cloud, y con el recelo de que yo me trasladase allí con el objeto de cumplir mis deberes religiosos con sacerdotes no juramentados, el pueblo ha desenganchado los tiros de mis carruajes y me ha forzado á entrar de nuevo en las Tullerías. El mismo Lafayette no ha podido hacer que se obedezca la ley, ni que se guarde el debido respeto á la libertad del monarca. Me han forzado á separar de mi lado á mis capellanes de honor, y hasta mi mismo confesor. En semejante situacion, no me queda otro recurso que apelar á la justicia y al amor de mi pueblo, refugiándome en una ciudad fronteriza de mi reino, donde no alcancen los tiros de los facciosos, y en donde, libre de la opresion de la Asam-

blea y de los clubs, pueda atender á las reformas que la Constitucion exige, á la restauracion de nuestra religion santa y á la consolidacion del trono y de una bien entendida libertad».

La Asamblea, que habia interrumpido muchas veces la lectura del manifiesto, ya con estrepitosas risas, ya manifestando su indignacion, pasó con desden á la órden del dia y recibió el juramento de fidelidad de los generales empleados en Paris. Várias diputaciones de Paris y de los departamentos inmediatos se presentaron aquel dia en la barra á manifestar á la Asamblea que en adelante sería considerada como el centro de unidad de todos los buenos ciudadanos.

Por la noche se pidió en los clubs de los Franciscanos y de los Jacobinos la destitucion del rey, y en el primero se fijó un cartel en que se decia que cada uno de sus individuos habia jurado dar de puñaladas á los tiranos. Marat publica al mismo tiempo un manifiesto incendiario que hace circular con profusion por todo Paris. «Pueblo,—dice:—ahí tienes la lealtad, el honor y la religion de los reyes. Acuérdate de Enrique III y del duque de Guisa. Enrique comulga al mismo tiempo que su enemigo, y le jura sobre el ara santa una amistad eterna; pero apenas sale del templo, le llama á su gabinete y le hace atravesar por mil puñales. ¡Fiaos en los juramentos de los príncipes! En la mañana de ayer, Luis XVI se reía con los suyos del terror que necesariamente debia inspirar su fuga. La Austriaca ha sobornado á Lafayette, y el rey, disfrazado de sacerdote, se ha escapado con toda su familia. Ahora se está riendo de la tontería de los parisienses, y muy en breve se bañará en vuestra sangre. Ciudadanos, esta evasion estaba preparada hace mucho tiempo por los traidores que abriga en su seno la Asamblea nacional. Vuestra perdicion es cierta, si no atendeis á proporcionaros medios de salvacion. Nombrad un dictador inmediatamente, y recaiga vuestra eleccion en el ciudadano que haya manifestado hasta el dia más celo, más luces y más fidelidad; haced cuanto os diga para exterminar á vuestros enemigos. Este es el momento oportuno de que caigan las cabezas de Bailly, de Lafayette, de los malvados que componen su estado mayor, y de todos los traidores de la Asamblea. Nombrad un tribuno militar, ó estais perdidos sin remedio. Hasta ahora he hecho cuanto puede hacer un hombre por salvaros; pero si no haceis caso del último consejo que os doy, enmudeceré y me separaré de vosotros para siempre. Luis XVI viene á bloquear á Paris á la cabeza de sus satélites, y el *amigo del pueblo* se sepultará en un horno ardiendo; pero su último suspiro será por la patria, por la libertad y por vosotros.»

XX

Los hombres influyentes del partido constitucional se creyeron obligados á asistir el 22 á la sesion de los Jacobinos, para contener la exaltacion que preveian reinaria allí. Barnave, Sieyes y Lafayette volvieron á comparecer en aquella reunion, y prestaron juramento de fidelidad á la nacion. Camilo Desmoulin refiere esta sesion del modo siguiente: «En tanto que la Asamblea decreta, el pueblo obra. Yo me dirigia á los Jacobinos, cuando me encontré con Lafayette en el malecon de Voltaire. Barnave habia logrado tranquilizar los ánimos, y ya empezaba á oirse alguno que otro grito de ¡Viva Lafayette! Este pasaba revista á los batallones que estaban formados en aquel sitio, y convencido yo de la necesidad de reunirnos to-

dos al lado de un solo jefe, cedo al movimiento que me impulsa hácia el general del caballo blanco. «Señor de Lafayette,—le digo en alta voz,—hace ya un año que estoy hablando muy mal de vos; ésta es la ocasion de probarme que me he equivocado en mi concepto. Probad que soy un calumniador, haced que mi nombre sea execrable y cubridme de infamia, pero salvad la causa pública.» Yo hablaba con mucho calor, y el general, como si yo hubiese sido su mejor amigo, me estrechó afectuosamente la mano. «Siempre os he tenido por un buen ciudadano,—me dijo,—y ya vereis cómo estais engañado con respecto á mí; nuestro comun juramento es vivir libres ó morir. Todo va bien, supuesto que en la Asamblea nacional no hay sino una voluntad, porque el peligro comun ha reunido todos los partidos.» Entónces le dije: «Pero ¿por qué usa vuestra Asamblea en todos sus decretos la palabra *rapto*, siendo así que el mismo rey declara en su manifiesto que se ha escapado por su gusto? ¿No es una bajeza ó quizá una traicion el que la Asamblea use esa palabra, cuando se ve sostenida por tres millones de bayonetas?» «La palabra *rapto* es un vicio de redaccion que la Asamblea enmendará»,—me respondió Lafayette. Y en seguida añadió: «La conducta del rey ha sido infame». Esto lo repitió muchas veces apretándome la mano afectuosamente, y yo me despedí de este hombre, pensando interiormente que quizá el horizonte inmenso que abria á su ambicion la fuga del rey, le haria volver sinceramente á ser partidario del pueblo. Con estas ideas llegué á los Jacobinos, haciéndome fuerza por creer en aquellas demostraciones de patriotismo y de amistad, de las que á pesar de todos mis esfuerzos no pude convencerme completamente».

Cuando Camilo Desmoulins entró en los Jacobinos, Robespierre ocupaba la tribuna. El inmenso crédito que se habia adquirido este jóven orador por su perseverancia é incorruptibilidad, hacia que el pueblo se apiñase á su alrededor cuando hablaba. «No seré yo—decia—el que llame un desastre á lo que está sucediendo. Este es el más bello dia de la revolucion si sabeis apoderaros de él y convertirlo en provecho nuestro. El rey ha elegido para desertar de su puesto el momento en que estamos rodeados de peligros dentro y fuera del reino. La Asamblea está desacreditada, los emigrados se hallan en Coblentza, el emperador y el rey de Suecia en Bruselas; nuestras mieses se hallan ya en sazón para alimentar los ejércitos invasores; pero tres millones de hombres están dispuestos en Francia á salir á su encuentro, y esta liga europea puede vencerse fácilmente. Yo no temo ni á Leopoldo, ni al rey de Suecia; lo que á mí me asusta es lo mismo que parece tranquilizar á todos los demas, á saber: que desde esta mañana todos nuestros enemigos afectan hablar el mismo lenguaje que nosotros. Todos pensamos de un mismo modo en la apariencia, pero esta alegría por la fuga del rey no puede ser sincera en todos, de lo que os convencereis al recordar que el rey tenia cuarenta millones de renta y que disponia de todos los destinos en favor de los que le eran adictos, ó lo que es lo mismo, de nuestros más encarnizados enemigos. Dedúcese de esto que hay traidores entre nosotros, y que estos traidores que han permanecido en Paris, no dejarán de estar en secreta inteligencia con el rey fugitivo. Leed, si no, el manifiesto regio, y el complot aparecerá á vuestra vista, sin que os quede la menor duda de su existencia. El rey, el emperador, el de Suecia, Artois, Condé y todos los fugitivos, capitaneando á una porcion de bribones, van á caer sobre nosotros. Cuando se hallen cerca de nuestros muros, aparecerá un manifiesto pa-

ternal en que Luis XVI nos hablará de su amor, de paz, y hasta de libertad. Al mismo tiempo, los traidores de la capital y de los departamentos os presentarán como los causantes de la guerra civil, habrá una transaccion, y la revolucion quedará ahogada por los pérfidos abrazos de un despotismo hipócrita y de un moderantismo pusilánime. Ved, si no, lo que está haciendo la Asamblea, que en sus decretos de hoy da el nombre de *raptó* á la fuga del rey. ¿A quién ha confiado la salvacion del pueblo? A un ministro de Negocios extranjeros vigilado por una comision diplomática. ¿Y quién es ese ministro? Un traidor que cien veces os he denunciado como el azote de los soldados patriotas y el sosten de los oficiales aristócratas. ¿Quiénes son los que componen la comision? Una porcion de traidores disfrazados de patriotas. Y el ministro de Negocios extranjeros, ¿quién es? Un traidor, un Montmorin, que hace un mes confesaba el *culto* pérfido que tributaba á la Constitucion. Finalmente, ¿quién es Delessart? Otro traidor, á quien Necker ha legado su manto hipócrita para cubrir sus complots. ¿No veis cómo todos estos hombres están de acuerdo con el rey y con esa coalicion europea que va á sofocarnos? Dentro de un instante vereis entrar en esta sala á todos esos hombres aborrecibles de 1789. ¿Cómo es posible que os salveis? Antonio—prosiguió, aludiendo á Lafayette—manda las legiones que van á vengar á César, y Octavio, sobrino de César, manda las legiones de la república. Continuamente se nos está hablando de la necesidad de reunirnos; pero cuando Antonio fué á acampar al lado de Lépido, y cuando todos los traidores á la libertad se reunieron á los que se titulaban sus defensores, Bruto y Casio no tuvieron otro remedio que darse la muerte. ¡A esto nos conduce esa fingida unanimidad de opinion y esa pérfida reconciliacion con los verdaderos patriotas! Sí, ésa es la suerte que os aguarda. Sé muy bien que hablando con esta claridad, afilo los puñales que se han de dirigir contra mí; pero si cuando apenas era conocido en la Asamblea nacional entre los primeros apóstoles de la libertad, supe ofrecer mi vida en sacrificio á la verdad, á la humanidad y á la patria, hoy, que una benevolencia universal y una adhesion general á mi persona ha recompensado aquel sacrificio, recibiré la muerte gustoso, porque al ménos me evitará el ser testigo de tantos males. He hecho el proceso de la Asamblea. ¡Ahora, que haga ella el mio!»

XXI

Estas palabras, hábilmente combinadas para introducir el recelo en los corazones, fueron recibidas como el testamento de un mártir de la libertad. Todo el mundo estaba enternecido. «¡Morirémos contigo!»—exclamó Camilo Desmoulin, abriendo los brazos, como si fuese á abrazar á Robespierre, porque este hombre voluble se dejaba arrebatar por todos los vientos. Ochocientas personas se levantaron al mismo tiempo ofreciendo en su actitud, en sus gestos y en su espontánea y unánime inspiracion uno de los cuadros más imponentes del poderío de la palabra sobre un pueblo reunido y entusiasta. Despues que toda la reunion hubo jurado individualmente defender la vida de Robespierre, anunciaron la llegada de los ministros y de otros miembros de la Asamblea que habian pertenecido al club en 1789, y que á vista del peligro que amenazaba á la patria, iban á fraternizar con los jacobinos.

«Señor presidente,—dijo Danton,—si los traidores osan comparecer ante nos-

otros, me comprometo solemnemente á que caiga mi cabeza en un cadalso, si no pruebo que las suyas deben caer á los piés de la nacion que tan infamemente han vendido.» A esta sazón entran los diputados. Danton, al conocer entre ellos á Lafayette, se lanza á la tribuna, y dirigiéndose al general, le dice: «Debo hablar y hablaré cual si estuviese grabando la Historia con un buril para los siglos venideros. ¿Cómo os atreveis á presentaros en medio de los amigos de la Constitucion, vos, partidario y signatario de ese sistema de las dos Cámaras, inventado por el sacerdote Sieyes, sistema destructor que ha de acabar con la Constitucion y con la libertad? ¿No me habeis dicho vos mismo que el proyecto de Mr. Mounier era muy detestable para poder ser reproducido, pero que se le podria hacer aceptar á la



Tranquilizaos; este hombre es un buen frances...—Pág. 81.

Asamblea otro equivalente? Desmentid si podeis este hecho que os confunde. ¿En qué consiste que el rey usa en su proclama un lenguaje tan parecido al vuestro? ¿Cómo os habeis atrevido á atentar contra los escritos de los defensores del pueblo al mismo tiempo que protegíais con vuestras bayonetas á esos escritores villanos que tratan de destruir la Constitucion? ¿Por qué habeis traído prisioneros paseándolos por las calles, cual si quisiérais daros la importancia de un triunfo de los tiempos de la antigua Roma, á esos pobres vecinos del arrabal de San Antonio que querian demoler la última trinchera de la tiranía en Vincennes? ¿Por qué en la misma noche de aquella expedicion protegísteis en las Tullerías á los asesinos que iban armados de puñales para favorecer la fuga del rey? Explicadme, ¿por qué casualidad ha entrado de guardia en las Tullerías el 21 de Junio aquella compañía de granaderos del Oratorio, castigada por vos el 18 de Abril por haberse opuesto á la marcha del rey? No nos hagamos ilusiones: la fuga del rey no es más que el resultado de un complot; preciso es que haya habido inteligencia entre el monarca y los traidores de fuera; y vos, señor de Lafayette, que érais responsable con vuestra

cabeza de la persona del rey, ¿á qué venis á esta reunion, como no sea á oir vuestra sentencia? El pueblo está sediento de venganza, porque está ya cansado de verse alternativamente insultado ó vendido. Deber mio es alzar la voz en su defensa; pero si su débil eco no llegase á pasar de este recinto, quédeme al ménos el consuelo de que la posteridad, al oir nuestros respectivos hechos, juzgue por quién está la razon entre vos y yo».

Nada respondió Mr. de Lafayette á estas terribles reconvenções, contentándose con decir que habia venido á presentarse en la sociedad de los Jacobinos, porque allí era donde debian acudir todos los buenos ciudadanos en dias de alarma. Dicho esto, se dirigió á la Asamblea. Esta decretó que el general se presentase en la barra al dia siguiente para justificarse. Lafayette dijo que iria, pero no lo verificó. Las mociones de Danton y Robespierre no influyeron nada en el crédito que en la guardia nacional tenia Lafayette. La desfachatez de Danton en aquella noche es inconcebible, porque Lafayette podia haber probado hasta la evidencia la venalidad de aquel orador, que habia recibido cien mil francos de Mr. de Montmorin. Danton no ignoraba que Lafayette estaba enterado de esto; pero tambien sabia que el general no podia acusarle sin perder á Mr. de Montmorin, y sin arriesgar el verse envuelto en esta acusacion, como participe en aquel comercio, sostenido con los fondos de la lista civil. Estos dos hombres se temieron mutuamente, y el tribuno y el general se vieron precisados á usar de ciertas reticencias que amortiguaron mucho el combate. Lameth respondió á Danton en sentido conciliador, y las medidas violentas propuestas por Robespierre y por Danton no prevalecieron aquel dia en los Jacobinos. El peligro hizo prudente al pueblo, y su instigante no le permitió dividir sus fuerzas delante de un peligro desconocido.

XXII

La Asamblea nacional redactó y discutió aquella noche una proclama dirigida á los franceses y concebida en estos términos: «Acaba de cometerse un gran crimen. El rey y su familia han sido arrebatados de su palacio en la noche anterior. (*Violentos murmullos interrumpen la lectura al oir otra vez la palabra raptó, pero se estrellan en la actitud prudente y grave de la Asamblea.*) Pero vuestros representantes triunfarán de cuantos obstáculos se les presenten. La Francia quiere ser libre, y lo será. La revolucion no volverá atras. Desde luégo hemos salvado la ley, resolviendo que nuestros decretos tengan fuerza de tal. Hemos salvado á la nacion, enviando un refuerzo de trescientos mil hombres al ejército. Finalmente, hemos salvado el órden, encargando al celo y patriotismo de los ciudadanos armados el cuidado de sostenerlo. En esta actitud aguardamos á nuestros enemigos... En un escrito que le ha sido dictado al rey por los que le han hecho violencia, se os acusa, se acusa á la Constitucion y se acusa á la ley por la impunidad de los sucesos del 6 de Octubre. La nacion es más justa, y no acusa al rey de los crímenes de sus abuelos. (*Aplausos.*) Y este rey, que el 14 de Julio prestó juramento á la Constitucion, ¿lo habria hecho con la conciencia de un perjuro? Se acusa á algunos mal llamados facciosos de todos los cambios que ha habido en la Constitucion del reino; pero estos facciosos han sido veintiseis millones de hombres. (*Nuevos aplausos.*) Nosotros hemos reconstituido todos los poderes y hemos con-

servado la monarquía, porque creemos que es una institucion útil para la Francia; pero no hemos dudado en reformarla para expurgarla de sus abusos y de sus excesos. Hemos dejado al rey cincuenta millones al año para que pueda atender al esplendor del trono; pero nos hemos reservado el derecho de declarar la guerra, porque no queremos que la sangre del pueblo esté en manos de los ministros. Franceses, todos los poderes se hallan organizados, todo el mundo se halla en su puesto, y la Asamblea vela por vuestra suerte. No temais nada, á no ser á vosotros mismos, si vuestra justa emocion os condujese al desórden. El pueblo que quiere ser libre, debe mantenerse impassible en medio de las crisis más espantosas. Ved á Paris, imitad á la capital, todo sigue aquí su curso ordinario, y los tiranos quedarán burlados. Para imponer el yugo á la Francia es preciso aniquilarla ántes. Si el despotismo se atreve á probarlo, quedará vencido, y si triunfa, sólo triunfará sobre ruinas».

Una explosion unánime de aplausos siguió á esta lectura. Suspendióse la sesion por una hora, y volvió á abrirse á las nueve y media. Entónces se notó una gran agitacion en toda la sala, y las voces de *¡está arrestado!* corrieron por todos los bancos y llegaron hasta las tribunas.

El presidente anuncia que se va á proceder á la Jectura de varios documentos que acaba de recibir, y encarga al público que se abstenga de aprobar ni desaprobar. Abre el paquete, y en medio del más profundo silencio lee los oficios de las municipalidades de Varennes y de Saint-Menehould, traídos por Mr. Mangin, cirujano de Varennes. La Asamblea nombra entónces tres comisionados que vayan á proteger al rey en su vuelta á Paris. Estos tres comisionados son Barnave, Petion y Latour-Maubourg, que salen inmediatamente de la sala para ir á desempeñar su comision.

Dejemos por un momento á los habitantes de Paris entregados á las emociones de sorpresa, de alegría ó de ira que han producido en ellos respectivamente la fuga y el arresto del rey.

XXIII

El rey pasó la noche en Varennes, entre la esperanza y el terror. Miétras que los niños dormian, fatigados de un camino tan largo y abrasados por el ardiente sol del estío, sin pensar en su suerte, el rey y la reina, guardados y vigilados por los municipales de Varennes, hablaban en voz baja de su espantosa posicion. Su piadosa hermana madama Isabel estaba rezando á su lado, porque tenia fijos sus pensamientos en el cielo; y si hasta entónces habia vivido en la corte, era extraña á todos sus placeres y no pensaba en otra cosa que en sacrificarse por el bien de su hermano. De los goces del trono sólo le tocaron las lágrimas. Los ilustres cautivos estaban muy léjos de desesperar completamente de su salvacion. Convencidos estaban de que Mr. de Bouillé, á quien sin duda habrian dado parte de lo ocurrido algunos de los oficiales que estaban apostados en el camino, andaria toda la noche por venir á libertarlos. Atribuian su tardanza á la necesidad de reunir fuerzas considerables para poder dar la ley á los muchos guardias nacionales que el toque de rebato habia llevado á Varennes. A cada instante esperaban verle aparecer, y el menor movimiento del pueblo, el más insignificante choque de los fusiles, que estaban en pabellon en la calle, les parecia un anuncio de la llegada del general.

El correo que había enviado á Paris la municipalidad no había salido hasta las tres de la mañana, y necesitaba veinte horas para llegar á Paris y otras tantas para volver. El tiempo que tardase en reunirse la Asamblea para deliberar no podía calcularse prudentemente en ménos de tres ó cuatro horas; así es que Mr. de Bouillé podía disponer de cerca de cuarenta y ocho ántes que pudiesen llegar allí las órdenes de la capital.

Por otra parte, no era fácil saber cuál sería el estado de Paris, ni lo que allí habría pasado al tener conocimiento de la evasión del rey. Quizá el arrepentimiento y el terror se habrían apoderado del pueblo; quizá la anarquía hubiese derribado los débiles diques que podía oponerle una Asamblea anárquica en sí misma; tal vez el grito de traicion habría respondido al primer toque de rebato, y quizá Lafayette habría sido asesinado como un traidor, y la guardia nacional disuelta. Tampoco era imposible que los buenos ciudadanos, validos de esta consternacion súbita de los facciosos, hubiesen logrado dominarlos. Tal vez no habría quien diese órdenes ni quien las ejecutase, y la nacion, desarmada y temblorosa, vendria voluntariamente á postrarse á los piés del rey é impetrar su perdon. Estas eran las quimeras que como último consuelo ocupaban la imaginacion de aquellos ilustres desgraciados en aquella noche fatal en que, amontonados en un cuarto pequeño, apénas podian respirar de calor.

Al rey se le había permitido hablar con varios oficiales de los destacamentos, y Mr. de Goguelat, Mr. de Choiseul y Mr. de Damas habían penetrado hasta su habitacion. El síndico procurador y los demas individuos de la municipalidad de Varennes tenían mil consideraciones con el rey, á quien compadecian de corazon en medio de la violencia que con él estaban ejerciendo, y que creían no ser otra cosa que el cumplimiento de un deber sagrado. El pueblo no pasa de repente del respeto al ultraje, y en todos los sacrilegios hay un momento de indecision, en que parece que se trata de rodear del mayor respeto lo mismo que muy en breve va á profanarse.

La municipalidad de Varennes y Mr. Sausse creían salvar la nacion con lo que hacían, pero estaban muy léjos de querer ofender á su ilustre cautivo; así es que le respetaban como á su soberano, pero tomando con él todas las precauciones que exige la seguridad de un preso. Todo esto no se le había escapado al rey, que se prometía que á las primeras intimaciones de Mr. de Bouillé, el respeto prevaleceria sobre el patriotismo, lo cual haría que fuese puesto en libertad inmediatamente. Así se lo había manifestado el rey á sus oficiales.

Uno de ellos, llamado Mr. de Deslons, jefe del escuadron de húsares destacado en Dun, había tenido conocimiento del arresto de S. M. á las tres de la mañana por el comandante del destacamento de Varennes, que había logrado escaparse de aquel punto. Inmediatamente, y sin aguardar las órdenes del general, que por otra parte no podía dudar cuáles habrían sido, hizo montar inmediatamente á sus húsares y partió á galope á Varennes para llevarse al rey á viva fuerza. Al llegar á las puertas del pueblo, las halló cerradas y defendidas por grandes masas de guardias nacionales. No permitieron éstos que los húsares entrasen en el pueblo; pero su comandante echó pié á tierra y pidió que se le condujese á la presencia del rey, en lo cual no hubo dificultad. Su objeto era, en primer lugar, informar á S. M. de que Mr. de Bouillé sabía todo lo acaecido, y venía á libertarle á la cabeza del regi-



El rey recibe á los comisionados de la Asamblea.—Pág. 87.

miento Real Aleman; además, queria este oficial informarse por sí mismo de si le era ó no posible forzar todos los obstáculos con su escuadron hasta llegar á apoderarse de la parte alta del pueblo para llevarse al rey. Parecióle imposible penetrar á traves de las barricadas con su caballería, y entónces se dirigió á la casa en que estaba el rey, para recibir sus órdenes.

«Decid á Mr. de Bouillé—contestó Luis XVI—que me hallo prisionero, y que por consiguiente, no puedo dar ninguna orden; que temo mucho que él tampoco pueda hacer gran cosa por mí, pero que le exijo que haga cuanto esté de su parte.» Mr. Deslons era de la Alsacia y hablaba perfectamente el aleman, en cuyo idioma dirigió la palabra á la reina para no ser entendido de las personas que les rodeaban. «Hablad en frances, caballero,—contestó la reina;—todo el mundo puede oír lo que tengais que decirme.» Mr. Deslons enmudeció y salió de allí desesperado, pero se quedó cerca de las puertas de Varennes, aguardando las fuerzas superiores mandadas por Mr. de Bouillé.

XXIV

El ayudante de Mr. de Lafayette, Mr. de Romeuf, llegó á Varennes á las siete y media de la mañana, con las órdenes de la Asamblea. La reina, que le conocia particularmente, le hizo las reconvenciones más patéticas por la odiosa comision

de que se habia encargado. En vano trató éste oficial de calmar la indignacion de su soberana con todas las muestras de respeto y de adhesion á su persona que eran compatibles con el rigor de las órdenes que tenia. Indignada la reina, pasó de las reconvenciones á las lágrimas y de éstas á la desesperacion. El rey habia tomado de manos de Mr. de Romeuf la orden de la Asamblea y la habia puesto en la cama en que estaba acostado el Delfin. La reina, en un acceso de cólera, cogió aquel papel, lo arrojó al suelo y lo pisoteó, diciendo que un escrito de aquella naturaleza contaminaria el lecho de su hijo. «Señora,—le dijo entónces aquel jóven oficial,—por vuestra salvacion y por vuestra gloria os suplico que os hagais superior á vuestro dolor. ¿Quisiérais que otro que yo hubiese sido testigo de semejante acceso de desesperacion?» Entre tanto se hacian precipitadamente todos los preparativos de marcha, por temor de que Mr. de Bouillé viniese á apoderarse del pueblo y tratase de dar un golpe de mano. El rey la retardaba cuanto le era posible, y cada minuto que pasaba le parecia ser una probabilidad más de conseguir la libertad; así es que se los disputaba uno á uno á sus carceleros. En el momento de subir á los coches, una de las damas de la reina fingió que la habia acometido una indisposicion grave y repentina.

La reina dijo terminantemente que no queria salir sin que aquella señora la acompañase, y no cedió sino á las amenazas que se le hicieron de obligarla á marchar á la fuerza, y á los gritos de aquel pueblo impaciente. Tampoco consintió que nadie tocase á su hijo. Cogióle ella misma en brazos, le subió al coche, y la régia comitiva, escoltada por tres ó cuatro mil guardias nacionales, se encaminó lentamente hacia Paris.

XXV

¿Qué hacia el marqués de Bouillé durante esta larga y penosa agonía del rey? Como hemos visto, habia pasado la noche á las inmediaciones de Dun, pueblo que dista seis leguas de Varennes, esperando el correo que debia anunciarle la aproximacion de los carruajes. A las tres de la mañana, viendo que nadie llegaba, y temiendo ser descubierto, se volvió á Stenay, para desde allí poder expedir órdenes á sus tropas si el rey sufría algun contratiempo. Llegó á las cuatro y media á su destino, precisamente en el momento en que los dos oficiales que habia dejado el dia anterior en Varennes y el comandante del escuadron, á quien sus soldados habian abandonado, llegaban al mismo punto. Por ellos supo que el rey se hallaba detenido desde las once de la noche. Lleno de sobresalto, y atónito de que esta desgracia no hubiese llegado ántes á su noticia, dió orden inmediatamente al regimiento Real Aleman de montar á caballo y seguirle. El coronel ya habia recibido orden la noche anterior de tener ensillados los caballos, pero no la habia cumplido; así es que se perdieron tres cuartos de hora en esta operacion, á pesar de que Mr. de Bouillé envió á su hijo al cuartel para acelerarla. Nada podia hacer el general sin este regimiento, por cuya razon, en cuanto estuvo formado en batalla fuera del pueblo, se dirigió á él con toda franqueza para sondear los ánimos. «Soldados,—les dijo,—el rey, que iba á poner en vuestras manos su libertad y áun su vida, se halla detenido en Varennes é insultado y cautivo en poder de los municipales. Oid sus órdenes: os está esperando, y cuenta impaciente los minutos. Vamos á libertarle y á volverle á la nacion. Yo voy al frente de vosotros; seguid-

me.» Estas palabras fueron acogidas con el mayor entusiasmo, y Mr. de Bouillé distribuyó seiscientos luses entre aquellos soldados, que se pusieron en marcha inmediatamente.

De Stenay á Varennes hay nueve leguas de camino montañoso, que Mr. de Bouillé anduvo con toda la celeridad que el terreno permitía. A corta distancia de Varennes se encontró con un destacamento del Real Aleman detenido á la entrada de un bosque por unos guardias nacionales que hacian fuego sobre él. Entónces, tomando él mismo el mando de la vanguardia, arrolló á aquellos hombres y llegó á las nueve y cuarto delante de Varennes.

El todo del regimiento llegó poco despues, y Mr. de Bouillé reconocia el pueblo para ver por dónde podria dar el asalto, cuando vió un escuadron de húsares que, segun parecia, estaba tambien de observacion. Este escuadron era el de Dun, mandado por Mr. Deslons, que habia pasado allí la noche aguardando refuerzos. Este jefe, en cuanto vió al general, se dirigió á él y puso en su conocimiento que ya hacía más de una hora que se habian llevado al rey. Díjole igualmente que el puente estaba roto, que en todas las calles habia parapetos, que los dragones de Clermont y los húsares de Varennes habian fraternizado con el pueblo, y que Mrs. de Choiseul, de Damas y de Goguelat estaban prisioneros. Desesperado Mr. de Bouillé al oír estas nuevas, pero sin desanimarse, determinó seguir al rey y arrancarle de manos de los que le conducian. A este efecto envió exploradores á sondear los vados del rio; pero á pesar de haber varios, no se encontró más que uno. Así las cosas, supo que las guarniciones de Verdun y de Metz, con alguna artillería, avanzaban precipitadamente á reunirse al pueblo para prestarle su apoyo. La campiña estaba cubierta de guardias nacionales y de tropas; los soldados que tenia á sus órdenes empezaban ya á vacilar, y los caballos, rendidos por una marcha de nueve leguas, no podian llegar ántes que el rey á Saint-Menehould. La energía de este hombre desapareció cuando ya no le quedó ninguna esperanza, y el regimiento Real Aleman volvió grupas. Mr. de Bouillé le condujo hasta las puertas de Stenay, guardando todo el mundo el más profundo y sombrío silencio. Entónces el general, seguido de los oficiales que más se habian comprometido en esta empresa, se dirigió al Luxemburgo y pasó la frontera perseguido por la espalda, ansiando que una de aquellas balas que le dirigian terminase su existencia, y con ella el martirio que interiormente sufría.

XXVI

Retrocedian entre tanto los coches del rey por el camino de Chalons con toda la velocidad que era posible á los guardias nacionales, que se relevaban á menudo, por cuya razon podian andar más de prisa. Pueblos enteros acudian á las orillas del camino por ver á aquel rey cautivo, conducido en triunfo por el pueblo, que se habia creído vendido por él. Las picas y las bayonetas de los guardias nacionales apenas podian abrirse paso á traves de aquel gentío inmenso que se renovaba sin cesar, pero era mayor cada vez. Los gritos, las amenazas, las risotadas y los insultos se sucedian sin interrupcion, y el clamoreo del pueblo y sus vociferaciones eran tan continuados como el movimiento de las ruedas del coche. Este viaje fué para Luis XVI y su familia un calvario de sesenta leguas, en las que cada

paso fué un suplicio. Sólo un caballero anciano, llamado Mr. de Dampierre, acostumbrado al culto respetuoso que á los reyes se habia tributado hasta entónces, quiso aproximarse al coche á manifestar á sus señores la compasion que su desgracia le infundia; pero fué asesinado al lado de las ruedas del carruaje, y la familia real tuvo que pasar por aquel ensangrentado cadáver. La fidelidad era el único delito imperdonable para aquella turba de precitos. El rey y la reina, que habian hecho ya interiormente el sacrificio de sus vidas, llamaron á sí todo el valor y toda la dignidad que debia acompañarles en tan cruel trance. El valor pasivo era la virtud de Luis XVI, y parecia que el cielo, que le habia destinado al martirio, le habia dotado desde su nacimiento de cierta resignacion heroica para ver la muerte sin sobresalto. La sangre fria de la reina, unida á su orgullo y al odio que le inspiraba aquel pueblo desenfrenado, le hacian corresponder con desprecio á los insultos que por todas partes le dirigian. Madama Isabel imploraba en voz baja el socorro de lo alto, y los dos niños admiraban la ira de aquel pueblo que se les habia enseñado á amar, y en el que no veian sino furias más bien que hombres. La augusta familia no hubiera entrado viva en Paris si los comisionados de la Asamblea, cuya presencia imponia algun tanto al pueblo, no hubiesen llegado á tiempo de intimidar y apagar aquella sedicion, en cuanto les fué posible hacerlo.

Los comisionados encontraron los carruajes del rey entre Dormans y Epernay, y allí leyeron al rey y al público las órdenes de la Asamblea, por las cuales se le conferia el mando en jefe de las tropas y de los guardias nacionales en toda la línea, al mismo tiempo que se le encargaba que atendiesen muy particularmente, no sólo á la seguridad de S. M., sino tambien á que se le guardase el respeto debido á su persona. Barnave y Petion subieron inmediatamente á la berlina del rey para participar de sus peligros y escudarle con sus cuerpos; pero aunque lograron libertarle de la muerte, no pudieron impedir que fuese insultado continuamente. Todas las personas en quien se suponía aún un resto de respeto ó de adhesion al monarca eran bajamente ultrajadas.

Un eclesiástico quiso acercarse al coche, y notando el pueblo en su semblante algunas señales de respeto y de dolor, se apoderó de él, le derribó á los piés de los caballos, é iba ya á sacrificarle á los ojos de la reina, cuando Barnave tomó la resolucion sublime de sacar casi todo el cuerpo por la portezuela, y dirigiéndose á aquellas gentes, les dijo: «Franceses, ¿quereis convertirlos en un pueblo de asesinos, cuando hasta aquí se ha llamado nuestra nacion la de los valientes?» Admirada madama Isabel del valor de Barnave, y temerosa de que cayese por la portezuela y fuese asesinado allí mismo, le agarró por los faldones de la casaca mientras dirigia estas palabras á aquellos hombres furiosos. Desde este momento, tanto la princesa como el rey y la reina, concibieron una gran estimacion hácia Barnave, y á la vista de un corazon generoso en medio de tantos otros pervertidos y crueles, se entabló cierta correspondencia secreta entre sus almas y la del jóven diputado. No conocian las personas reales á éste sino por la fama que de faccioso tenia, y quedaron atónitas al encontrar un protector respetuoso en el mismo hombre en quien no habian visto hasta entónces sino un enemigo insolente. La fisonomía de Barnave era un tanto severa, aunque graciosa y franca. Sus maneras eran elegantes y su lenguaje decoroso y decente, cubriendo todo esto en aquel momento cierta





BARNAVE.

tristeza sombría al considerar el lamentable estado de abatimiento en que se veían tanta beldad y tanta grandeza. El rey, en los momentos de calma y de silencio, le dirigía la palabra y hablaba con él de los acontecimientos que se estaban verificando á su vista. Barnave respondía como hombre adicto á la libertad, pero que, fiel al trono, jamás separaba en sus planes de regeneracion la causa de la nacion de la de la monarquía. Lleno de consideraciones hácia la reina, hácia madama Isabel y hácia los augustos niños, ponía el mayor esmero en ocultarles, en cuanto le era posible, los peligros y las humillaciones del camino. Contenido sin duda por la presencia de Petion, si no confesó en alta voz hallarse vencido por la compasion y por la admiracion respetuosa que le inspiraban las personas reales, al ménos se traslucian estos sentimientos en todos sus actos, y puede decirse que se estableció cierta inteligencia entre él y los ilustres cautivos, aunque no pudo conocerse exteriormente sino por las miradas significativas que mutuamente se dirigian. Pronto conoció la familia real que habia conquistado á Barnave cuando todos la abandonaban por otra parte, y la conducta que observó este diputado en lo sucesivo confirmó la idea que de él se habia concebido. Audaz contra el poder, quedó desarmado ante las gracias, la debilidad y el infortunio. Esta fué la causa de su muerte, pero hizo grata su memoria. Hasta entónces habia sido elocuente; en lo sucesivo mostró que tambien era sensible. Petion, por el contrario, permanecía frio como un sectario, y afectaba delante de la familia real una brusca familiaridad. Cuando comia en el coche, arrojaba las mondaduras de la fruta por delante del rey, aunque estaba léjos de la portezuela, y cuando madama Isabel le servia de beber, levantaba el vaso, sin darle gracias, para denotar que tenia ya bastante. Habiéndole preguntado Luis XVI si estaba por la república ó por el sistema de las dos Cámaras, le respondió: «Estaria desde luégo por la república, si creyese que mi país estaba bastante maduro para adoptar esta forma de gobierno». Ofendido el rey, no le contestó ni volvió á dirigirle la palabra hasta Paris.

Los comisionados habian escrito desde Dormans á la Asamblea el itinerario que llevaban, y el dia y hora en que debian llegar. Cuanto más se aproximaban á Paris, mayor era el peligro, y la Asamblea tuvo que desplegar mucha energía y usar de gran prudencia para asegurar la inviolabilidad de la persona del rey. Hasta el pueblo volvió á recobrar el sentimiento de su dignidad ante aquella gran satisfaccion que le ofrecia la fortuna, y no quiso deshorrar su triunfo. Por todas partes se veian pasquines con estas palabras: *El que vitoree al rey será apaleado; al que le insulte se le ahorcará*. El rey durmió en Meaux la noche ántes de llegar á Paris, y los comisionados pidieron á la Asamblea que estuviese en sesion permanente para atender al remedio de los lances imprevistos que pudiesen acaecer al entrar en Paris. La Asamblea lo hizo. El héroe de aquel dia fué Drouet, el hijo del maestro de postas de Saint-Menehould, verdadero autor del arresto del rey. Comparció este jóven en la Asamblea, y habló en estos términos: «Soy un antiguo dragon del regimiento de Condé, y Guillermo, mi camarada, servia en los dragones de la Reina. El 21 de Junio, á las siete y media de la tarde, llegaron á mi casa dos carruajes y allí mudaron los tiros. Entre los que iban dentro conocí al rey y á la reina; pero temeroso de engañarme, resolví marchar á Varennes por un atajo para llegar allí ántes que los coches. Llegué en efecto á las once de la noche, hora en que todo el mundo dormia. La noche estaba muy oscura, y los coches se

habian parado por haberse armado una disputa entre los conductores y los postillones, que no querian pasar de allí. Entónces me dirigí á mi amigo, y le dije: «Guillermo, ¿eres buen patriota?» «¿Puedes dudarle?»— me respondió éste. «Pues bien, el rey está aquí y es preciso detenerle.» Entónces atravesamos en el puente una carreta que allí habia cargada de muebles, y buscamos otros ocho compañeros de confianza, nos escondimos detras de aquella especie de parapeto, y al llegar los coches salimos de repente, intimando á los viajeros que nos enseñasen los pasaportes. «Vamos muy de prisa, señores»,— dijo la reina. Nosotros insistimos todavía más, y haciendo apeaar á los viajeros, los condujimos á casa del síndico procurador. Entónces Luis XVI nos dijo espontáneamente: «Yo soy vuestro rey, y esta señora y estos niños son mi esposa y mis hijos: tratadnos con todas las consideraciones que los franceses han guardado siempre á sus soberanos». Al oír esto, acudieron los guardias nacionales, los húsares se pasaron á nuestro partido, y nosotros, despues de haber cumplido con nuestro deber, nos retiramos á nuestras casas en medio de los aplausos y felicitaciones de nuestros conciudadanos. Hoy comparecemos ante la Asamblea nacional á ofrecerle nuestros servicios». Largos y repetidos aplausos siguieron á este no muy elocuente discurso.

La Asamblea decretó que, en cuanto llegase Luis XVI á las Tullerías, se estableciese una guardia bajo las inmediatas órdenes de Mr. de Lafayette, que respondiese de la persona del rey. Malouet fué el único que protestó contra esta detencion forzosa, que atacaba á la vez la inviolabilidad del rey y la Constitucion, supuesto que el poder legislativo y el ejecutivo no son más que uno mismo. Alejandro Lameth rebatió la proposicion de Malouet, y declaró que la Asamblea se habia visto obligada á tomar, y debia conservar hasta que se terminase la Constitucion, una dictadura adquirida en fuerza de los acontecimientos; pero que, siendo la monarquía una forma necesaria á la centralizacion de las fuerzas de un pueblo tan grande, la Asamblea, despues que estuviese bien marcada la division de ambos poderes, volveria á aceptar las condiciones de la monarquía.

XXVII

En este momento entraba en Paris Luis XVI. Eran las siete y media de la tarde del 25 de Junio. Desde Meaux hasta los arrabales, el gentío se habia ido aumentando progresivamente con todos los habitantes de las inmediaciones de Paris, en cuyos rostros estaban pintadas las diferentes pasiones de que sus corazones estaban poseidos. Sin embargo, no se oía un insulto, y si alguno se proferia, era á media voz. Un millon de miradas pronunciaban sentencia de muerte contra los que iban en los coches, pero nadie despegaba los labios. Esta sangre fria no escapó á la penetracion del rey.

El día era muy caluroso, y un sol ardiente reverberado por las bayonetas abrasaba aquella berlina en que iban amontonadas ocho personas. La nube de polvo que levantaba medio millon de espectadores era lo único que ocultaba de cuándo en cuándo la humillacion del rey y de la reina, que se sofocaban en aquel estrecho recinto. Por la frente de los niños corria un copioso sudor, y casi les faltaba ya la respiracion. Alarmada la reina al ver el estado de sus hijos, bajó precipitadamente uno de los vidrios, y tratando de enternecer á la multitud, le dirigió

la palabra diciendo: «¡Ved, señores, en qué estado tan lamentable están mis pobres niños! ¡Nos ahogamos aquí dentro!» «Ya te ahogaremos de otro modo»,—le respondieron á media voz aquellos hombres feroces.

De cuándo en cuándo forzaba la multitud la doble fila de soldados que habia en todo el tránsito, y alguno de aquellos hombres implacables se subia á los estribos del coche para contemplar en silencio y gozarse en el martirio que sufrían todas las personas reales. Las cargas de la gendarmería restablecían el orden momentáneamente, y la comitiva seguía su curso en medio del ruido de las armas y de los gritos de los que eran arrojados al suelo por los caballos. Lafayette, que temía que se cometiese un gran atentado en las calles de París, previno al general Dumas, que mandaba la escolta, que no atravesase la ciudad, y mandó formar las tropas á tres de fondo desde la barrera de la Estrella hasta las Tullerías. La guardia nacional y los suizos estaban también formados en batalla, pero no bajaban sus banderas para saludar á su amo. Ningun honor militar se hizo al jefe supremo del ejército.

XXVIII

Los coches entraron en el jardín de las Tullerías por el puente levadizo. Lafayette habia salido á caballo con su estado mayor á recibirlos, é iba delante de todos. Una inmensa turba habia invadido el jardín y obstruía las puertas de palacio; de suerte que la escolta apenas podia abrirse paso. A todo el mundo se le obligaba á estar cubierto, y únicamente Mr. de Guillermy, miembro de la Asamblea, se quitó el sombrero y se mantuvo con él en la mano, á pesar de los insultos que de todas partes le dirigian. Viendo que el pueblo iba á emplear la fuerza para obligarle á imitar el insulto general, arrojó el sombrero lo más lejos que pudo, de modo que hizo imposible que se le volviesen á traer. Entónces la reina vió á Mr. de Lafayette, y temiendo que asesinasen á los fieles guardias de corps que iban en los pescantes, le llamó á gritos, diciéndole: «¡Señor de Lafayette, salvad á los guardias de corps!»

La familia real bajó de la berlina al pié del terraplen, en donde Barnave y Petion se la entregaron á Mr. de Lafayette. Los guardias nacionales cogieron en brazos á los niños, y el vizconde de Noailles, miembro del lado izquierdo de la Asamblea, corrió á ofrecer el brazo á la reina. Indignada ésta, le rechazó, dirigiéndole una mirada en que se manifestaba su resentimiento, y dió el brazo á un diputado del lado derecho que se hallaba allí. Tanto abatimiento no habia sido suficiente á dominar su orgullo, y toda la dignidad del imperio se hallaba reconcentrada en el corazón de una mujer.

Los gritos prolongados de la multitud á la entrada del rey en las Tullerías anunciaron á la Asamblea el triunfo que habia obtenido, y la sesión se interrumpió por espacio de media hora. Al poco rato entró precipitadamente un diputado en el salón, diciendo que los tres guardias de corps estaban en poder del pueblo, que queria despedazarlos. Al momento salieron veinte diputados para salvar á aquellos leales, y muy pronto volvieron á entrar, porque los sediciosos se habian contenido en cuanto los vieron. Estos diputados contaron, al volver, que habian visto á Petion cubriendo con su cuerpo la portezuela de la berlina del rey. Al poco

rato llegó Barnave, y subió á la tribuna cubierto aún del polvo del camino. «Hemos desempeñado nuestra comision — dijo — por el honor de la Francia y de la Asamblea. Hemos mantenido la tranquilidad pública y salvado la persona del rey. Este nos ha dicho que jamás habia sido su intencion pasar las fronteras del reino. (*Murmillos.*) Hemos marchado rápidamente hasta llegar á Meaux, para evitar que las tropas de Mr. de Bouillé viniesen en nuestro seguimiento, y tanto el ejército como los guardias nacionales, todos han cumplido con su deber. El rey se halla en las Tullerías.» Petion, por adular á la opinion pública, dijo que era cierto que al bajar el rey del coche habia querido el pueblo apoderarse de los guardias de corps, y que á él mismo le habian agarrado del cuello de la casaca para arrancarle de la portezuela del coche; pero que este movimiento popular era legal en cuanto á la intencion, porque lo único que queria el pueblo era asegurarse del cumplimiento de la ley, que disponia el arresto de todos los cómplices. En seguida se mandó proceder á la averiguacion del hecho de la fuga del rey por el tribunal del distrito de las Tullerías, y que tres comisionados de la Asamblea pasasen allí á recibir las declaraciones al rey y á la reina. «¿Qué significa esa excepcion obsequiosa? — exclamó Robespierre. — ¿Temeis degradar al trono entregando al rey y á la reina á los tribunales ordinarios? Todo ciudadano, por elevada que sea su categoría, jamás queda degradado por sujetarse á lo que la ley prescribe.» Buzot apoyó esta opinion, Duport la combatió; pero el respeto pudo más que el ultraje en aquella ocasion, y los comisionados que se nombraron para instruir el sumario fueron Tronchet, D'André y Duport.

XXIX

En cuanto el rey se vió solo en su cuarto, conoció toda la extension de su desgracia. Lafayette se le presentó entónces, ocultando bajo las formas exteriores de enternecimiento y de respeto el mando que realmente ejercia sobre su soberano. «V. M. — le dijo — conoce mi adhesion á su persona; pero ya he dicho en otros tiempos que si V. M. separaba su causa de la del pueblo, yo estaria siempre de parte de éste.» «Es cierto, — le respondió el rey; — veo que sois constante en vuestros principios, y os diré francamente que hasta hace unos dias habia creido que eran muy pocos los que pensaban como vos. Ahora me he desengañado de que vuestra opinion es la opinion general.» «¿Tiene V. M. algunas órdenes que comunicarme?» «Me parece — contestó el rey sonriéndose — que más bien estoy yo á vuestras órdenes, que vos á las mias.»

La reina no pudo contenerse más, y quiso obligar á Mr. de Lafayette á tomar las llaves de las maletas que habian quedado en el coche. El general se resistió, y la reina se las echó dentro del sombrero. «V. M. se tomará la molestia de volverlas á recoger, porque yo no he de tocarlas», — dijo Lafayette. «Pues bien, — repuso la reina, incomodada y volviéndolas á tomar, — yo hallaré personas ménos delicadas que vos.» El rey se entró en su gabinete, escribió algunas cartas y se las entregó á un criado que fué á presentárselas á Lafayette. El general se manifestó resentido de que se le atribuyese una inspeccion tan odiosa en los actos particulares del rey, porque queria que aquel cautiverio conservase en lo exterior todas las apariencias de libertad.

El servicio de palacio se hacía como de costumbre, pero Lafayette era el que daba el santo, sin recibirlo ántes de S. M. Las verjas de los patios y de los jardines estaban siempre cerradas, y la familia real presentaba diariamente á Lafayette la lista de las personas que queria recibir. En todas las salas, así como en los pasillos que habia que atravesar para ir desde el cuarto del rey al de la reina, habia centinelas, y las puertas de ambas habitaciones debian estar siempre abiertas, sin que ni el mismo lecho de la reina estuviese libre de la inspeccion de aquellos hombres, que no respetaban ni áun el pudor de una mujer. Gestos, miradas y palabras, todo era espiado, de todo se daba parte, y no tenian libertad ni áun para hablar. Un oficial estaba de guardia por espacio de veinticuatro horas en el fondo de un corre-



La turba popular pasea sus cabezas por todo Paris.—Pág. 100.

dor que daba al cuarto de la reina, iluminado con sólo un farol, cual si fuese un calabozo. Este puesto, temido por todos los oficiales de servicio, era solicitado, sin embargo, por algunos de ellos que, bajo las apariencias de un gran celo patriótico, procuraban entrar en él para poder ser útiles á sus soberanos. Saint-Prix, famoso actor del Teatro Frances, lo ocupaba muy á menudo, y de este modo podia favorecer ciertas entrevistas rápidas entre el rey y su familia.

Por la noche, una de las damas de la reina se acostaba en un catre delante del de su ama, para ocultarla con su cuerpo á las miradas de los centinelas. Una noche, el comandante del batallon que estaba de vigilante entre las dos puertas, viendo que la dama dormia y que la reina estaba despierta, se atrevió á acercarse al lecho de su soberana para darle en voz baja algunos consejos saludables y hacerle ciertas advertencias sobre su situacion. La dama se despertó asustada al ver un hombre al lado de la cama de la reina, y ya iba á gritar, cuando María Antonieta le impuso silencio, diciéndole: «Tranquilizaos; este hombre es un buen frances, engañado con respecto á las intenciones del rey y las mias, pero cuyas

palabras anuncian una sincera adhesion á sus señores». De estos medios se servia la Providencia para dar algun consuelo á las víctimas.

El rey, tan resignado é impasible hasta entónces, se abatió un momento, no pudiendo soportar tanta humillacion, y reconcentrado en sí mismo, estuvo diez dias sin hablar una palabra con su familia. Parecia que la última lucha que habia sostenido con su desgracia habia agotado sus fuerzas, y que, sintiéndose vencido, deseaba morir cuanto ántes. La reina consiguió romper aquel obstinado silencio echándose á sus piés y presentándole á sus hijos. «Guardemos — le dijo — todas nuestras fuerzas para luchar obstinadamente contra la suerte, y aún cuando nuestra pérdida fuese inevitable, aún queda á nuestro arbitrio elegir la actitud en que debemos perecer. Muramos como reyes, y no esperemos sin oponer resistencia á que vengan á ahogarnos en nuestros mismos cuartos.» La reina tenia un corazon de héroe, y Luis XVI el alma de un sabio; pero les faltaba á los dos el genio que combina la sabiduría con el valor. La reina sabía combatir, y el rey sabía someterse: ninguno de los dos sabía reinar.

XXX

Tales fueron los resultados de esta famosa evasion, que á haber salido bien, hubiese cambiado todas las fases de la revolucion. En lugar de tener ésta en un rey prisionero en su palacio un instrumento y una víctima, hubiese tenido un enemigo ó un regulador, y lo que fué anarquía hubiese sido guerra civil. En vez de mancharse con asesinatos, hubiese obtenido victorias, y caso de haber triunfado, hubiera sido noblemente y con las armas, pero nunca vertiendo la sangre á torrentes en la guillotina.

Jamás ha dependido la suerte de los hombres y de las ideas de una casualidad como entónces, y aún esta casualidad no lo era, si bien se repara. Drouet fué el instrumento de la pérdida del rey, y aquel hombre oscuro, hijo de un maestro de postas, que por no saber qué hacer estaba de pié á la puerta de su casa, fué el que decidió la suerte de una respetable monarquía. Sin aconsejarse con nadie, se dirigió á Varennes, diciendo entre sí: «Yo prenderé al rey». Pero Drouet no hubiese tenido tanta decision á no hallarse personificadas en él en aquel momento, si nos es lícito decirlo así, toda la agitacion y todas las sospechas de un pueblo. Un fanatismo patriótico le impele con irresistible fuerza hácia Varennes y le hace sacrificar á una familia entera de desgraciados fugitivos, creyendo esta accion heroica, y que con ella salvará la nacion. De nadie habia recibido inspiraciones; así cargó él sólo con toda la responsabilidad de aquel acto y de su inmediata consecuencia, que fué la muerte del rey. La adhesion de aquel jóven á su país fué cruel. El silencio y la compasion no hubiesen atraído tantas calamidades sobre la Francia.

En cuanto al rey, cometió al ménos una falta en fugarse, porque, ó era demasiado pronto para hacerlo, ó demasiado tarde. Era pronto, porque la Asamblea nacional no habia concluido aún la Constitucion, el gobierno no estaba aún tan desacreditado que su impotencia fuese palpable, ni las vidas del rey y de su familia se hallaban tan comprometidas que tuviese que tratar el rey de atender á su seguridad como hombre, prescindiendo de sus deberes como monarca. Era tarde, porque el rey habia sancionado ya demasiado la revolucion para volverla brusca-

mente las espaldas, y porque al dar este paso, parecia hacerle traicion y desmentirse á sí mismo. Si Luis XVI hubiese salido bien en su intentona, hubiese tenido que valerse de tropas extranjeras; una vez frustrada, no le quedaba otra alternativa que la de morir peleando en defensa de su persona y familia, ó volver preso á su mismo palacio. Esta evasion era funesta para él, mírese del modo que se quiera, porque, ó era el camino del oprobio, ó el del cadalso. No hay más que un medio para desprenderse del trono cuando no se quiere morir en él: este medio es la abdicacion. El rey debió abdicar al volver de Varennes, y la revolucion hubiese adoptado á su hijo y le hubiese criado á su imágen. El rey no abdicó, y con esto sólo consintió en recibir el perdon de su pueblo. Juró cumplir una Constitucion de que habia huido, y desde aquel momento fué un rey amnistiado. La Europa no vió en él sino un desertor de su puesto conducido á él de nuevo por la fuerza, el pueblo un traidor, y la revolucion un juguete.

LIBRO TERCERO.

Actitud de la Asamblea nacional.—Barnave se pasa al partido monárquico con Duport y los Lameth.—El lado derecho resuelve no mezclarse en nada en la Asamblea.—Discútese en la misma la evasión del rey.—La inviolabilidad de éste es reconocida.—Los clubs y la prensa precipitan la marcha de la revolución.—Hombres influyentes del periodismo: Loustalot, Camilo Desmoulins, Marat, Brissot.—Empieza el pueblo á pedir la abolición del trono y el establecimiento de la república.—Petición del Campo de Marte.—Lafayette y Bailly rechazan á los facciosos á viva fuerza.—Debilidad de la Asamblea.—Retratos de Condorcet, de Danton y de Brissot.

I

Nótanse en los pueblos, como en los individuos, ciertos instintos conservadores que les hacen detenerse aún en medio de la exáltacion febril de las pasiones, y retroceder á la vista del abismo adonde poco ántes se encaminaban. Esta intermitencia de las pasiones humanas es corta y fugaz, pero da tiempo á que se verifiquen los sucesos, y proporciona ocasiones á los hombres de Estado. Estos saben aprovechar aquel momento para apoderarse del espíritu vacilante de los pueblos, con lo que consiguen hacerles retroceder cuando se han lanzado más allá de lo justo. La mañana del 26 de Junio de 1791 experimentó la Francia uno de esos arrepentimientos que salvan las naciones. Lo que le faltó fué un hombre de Estado.

Nunca habia ofrecido la Asamblea nacional un aspecto más digno é imponente que en los cinco dias que siguieron al de la fuga del rey. Parecia que, conociendo todo el peso que sobre ella gravitaba, no pensaba en otra cosa que en llevarlo con dignidad. Aceptó el poder sin tener la pretension de usurparlo por más tiempo que el que conviniese á la dignidad del Estado. Cubrió con una ficcion respetuosa la desercion del rey, llamó raptó á lo que era realmente una fuga, y tratando de buscar cómplices alrededor del trono, no vió en él sino su inviolabilidad. El hombre desapareció enteramente, para no ver en Luis XVI sino al jefe irresponsable de la nacion. Estos tres meses pueden considerarse como un interregno, durante el cual el buen sentido público fué la sola Constitucion del Estado. Ya no habia rey, puesto que estaba prisionero y que se le habia despojado de la sancion; tampoco habia ley, porque la Constitucion no estaba terminada, y mucho ménos ministros, toda vez que el poder ejecutivo estaba suspenso; sin embargo, el imperio se mantiene en pié, obra, se organiza, y atiende á su defensa y conservacion. Por un prodigio todavía mayor, se modera. Tiene en reserva en el fondo de un palacio la rueda principal de la Constitucion, el trono: el dia en que ha completado su obra, coloca de nuevo al rey en el solio, y le dice: «¡Ya estás libre: reina!»

II

Sólo una cosa deshonra aquel majestuoso interregno de la nacion, y es el cautiverio momentáneo del rey y de su familia. Preciso es reconocer, sin embargo, que la nacion tenia derecho para decir á su jefe: «Si quieres reinar sobre nosotros, no saldrás del reino, ni irás á llevar el cetro de Francia en medio de nuestros enemigos». En cuanto á las formas de la detencion del rey en las Tullerías, tambien es forzoso convenir en que la Asamblea nacional no las habia prescrito, y en que se habia levantado indignada al oír pronunciar la palabra *prision*, porque ella no habia tratado de ejercer sobre el rey sino una vigilancia saludable y áun necesaria en aquellas circunstancias. La odiosidad de esta vigilancia debe recaer sobre la guardia nacional y sobre el jefe superior de ella; jamás debe atribuirse á irreverencia por parte de la Asamblea. Lafayette, al guardar la persona del rey, guardaba una dinastía, su propia cabeza y la Constitucion, teniendo á la vez en el rey un rehen de la república y del trono. Como gobernador de palacio, intimidaba á los realistas con tener al rey en su poder, é intimidaba igualmente á los republicanos. Luis XVI era su áncora de salvacion.

Barnave y los Lameth guardaban en la Asamblea nacional la misma actitud que Lafayette fuera de ella. Necesitaban un rey para defenderse de sus enemigos, así como habian necesitado una república cuando existia un rival peligroso, Mirabeau, entre ellos y el trono. Muerto Mirabeau, y conmovido violentamente el solio, conocian aquellos hombres su impotencia contra el movimiento que ellos mismos habian impulsado, y sostenian aquellos restos de monarquía para hallar quien les sostuviese cuando tuviesen necesidad de apoyo. Fundadores de los Jacobinos, temblaban ante su obra, y querian guarecerse en una Constitucion desvirtuada por ellos mismos, pasando del papel de destructores al de hombres de Estado. Para el buen desempeño del primero basta la violencia; para saber representar el segundo se necesita talento. Esta era la única prenda que adornaba á Barnave, que tambien tenia un alma generosa y grande. Los primeros excesos de su palabra en la tribuna deben achacarse al deseo que tuvo de saborear los aplausos del pueblo. Los que éste le prodigó fueron muy superiores á los que hubiera debido obtener por su mérito. Desde ahora en adelante ya no tenia que habérselas con Mirabeau, sino con la revolucion, que se hallaba en toda su fuerza, y la envidia le derribaba del pedestal en que anteriormente le habia colocado, para que compareciese tal como realmente era en sí.

III

Otro sentimiento más noble que el interes de su seguridad personal impelió á Barnave á adherirse al partido monárquico. Su corazon se habia interesado ya en favor de la debilidad y de la belleza desgraciada, y nada es más peligroso para un hombre sensible que el entrar en trato con las personas á quienes ha combatido. La sensibilidad desarma la inteligencia, y la ternura ocupa el puesto que debía ocupar el raciocinio; los sentimientos del hombre conmovido llegan á ser muy en breve su única política.

Esto es lo que pasó en el alma de Barnave en el viaje de Varennes á Paris.

El interes que le habia inspirado la reina habia convertido al jóven republicano en partidario de aquella princesa, á quien no habia conocido hasta entónces sino bajo el odioso colorido que saben dar los partidos á las personas que aborrecen. Al acercarse á la reina habian desaparecido todas las prevenciones que contra ella tenia, y adoraba de cerca lo que de léjos habia calumniado. En el papel que la casualidad le hacia representar en el destino de aquella mujer habia cierta cosa inesperada y romántica á la par, capaz de deslumbrar su orgullosa imaginacion y de enternecer su corazon sensible. Jóven, oscuro y desconocido pocos meses ántes, era en el dia hombre célebre y popular, colocado por una Asamblea soberana entre el pueblo y el rey, lo que en cierto modo le constituia en protector oficial de los mismos de quienes ántes era enemigo declarado. Las reales manos de Luis XVI estrechaban las suyas plebeyas en actitud suplicante, y la superioridad que tenian los Borbones sobre él, por la sangre ilustre que por sus venas corria, estaba compensada con la que le daban al hombre del pueblo el talento y su elocuencia. Cubria con su cuerpo para salvarles la vida á los que habian sido sus señores, y hasta su adhesion hácia ellos era un triunfo, porque la reina era quien la motivaba. Esta reina jóven, bella y majestuosa, aunque humanizada por el terror que sentia por la suerte de su marido y de sus hijos, imploraba llorosa con sus miradas la salvacion de aquellos objetos queridos, dirigiéndose á Barnave, primer orador de aquella Asamblea, que tenia en suspenso la suerte de la monarquía. Barnave era el favorito de aquel pueblo, cuyo furor contenia con un simple ademán ó con una mirada en aquel largo camino que se habia pasado entre el trono y la muerte. La reina ponía á su hijo sobre las rodillas de Barnave en aquellos momentos de agonía, y los dedos de éste jugaban con los rubios y sedosos cabellos del augusto niño. El rey, la reina y madama Isabel habian conocido perfectamente cuán distinto era Barnave del inflexible y amanerado Petion. Várias veces le habian hablado en el camino de lo crítico de su posicion, y se habian quejado de que les hubiesen engañado hasta entónces sobre el estado de la opinion pública en Francia. Adivinábase en sus palabras una especie de arrepentimiento y de tendencias constitucionales; y estas conversaciones, cuyo curso no era dado proseguir con libertad durante el viaje, ya por la presencia de los otros comisionados, ya por las miradas feroces del pueblo, se entablaban de nuevo furtivamente y con más intimidad en las horas de la noche destinadas al descanso de la familia real en los pueblos del tránsito. Allí convinieron en entablar una misteriosa correspondencia política y en verse en secreto en las Tullerías; de modo que Barnave, que habia salido de Paris republicano decidido, volvía á él convertido en acérrimo realista. La conferencia política que tuvo Mirabeau con la reina en medio de la oscuridad y en el silencio de la noche en Saint-Cloud, fué ambicionada por su rival. Necesario es hacer una gran diferencia entre estos dos hombres. El primero se vendió, y Barnave se entregó generosamente. Con cartuchos de oro se compró al gran genio; una sola mirada fué suficiente para seducir al hombre de corazon.

IV

Barnave halló á sus amigos Duport y los Lameth en las disposiciones más favorables respecto á la monarquía, pero por otros motivos muy distintos de los que

en él obraban. Este triunvirato se entendía con las Tullerías, en donde los Lameth y Duport vieron varias veces al rey. Barnave, que en los primeros días no se atrevía á ir á palacio, fué despues á él secretamente, aunque cubriendo estas entrevistas con las más exquisitas precauciones. Algunas veces pasaban el rey y la reina horas enteras esperando al jóven orador en un gabinetito del piso bajo de palacio, con la mano puesta en el picaporte de la puerta para abrirle sin ser sentidos en cuanto oyesen el ruido de sus pasos. Cuando era enteramente imposible que estas entrevistas se verificasen, Barnave escribía á la reina. Este hombre contaba mucho con la influencia de su partido en la Asamblea, porque graduaba la potencia de las opiniones por el talento de los que estaban encargados de expresarlas. La reina dudaba del buen éxito de su empresa, pero Barnave la animaba con sus cartas. «Tranquilizaos, señora, —decía en ellas;— cierto es que nuestra bandera está hecha trizas, pero aún se lee en ella la palabra *Constitucion*. Esta palabra volverá á recobrar su fuerza y su prestigio si el rey se une sinceramente á ella, y los amigos de la Constitucion, convencidos y desengañados de sus errores, aún pueden afianzarla y devolverla su primitivo esplendor. Los jacobinos horrorizan con sus tendencias, y los emigrados amenazan la nacionalidad. No temais á los primeros, ni confieis en los segundos. Lanzaos francamente en brazos del partido verdaderamente nacional, que todavía existe. ¿No subió Enrique IV al trono de una nacion católica, á pesar de hallarse á la cabeza del partido protestante?» La reina seguía de buena fe estos tardíos consejos, y consultaba con Barnave todos los pasos que daba, así como todas las correspondencias con los países extranjeros. Nada quería hacer ni decir aquella señora que pudiese contrariar los planes concebidos por Barnave para la restauracion del poder real. «Un sentimiento de legítimo orgullo, —decía la reina hablando de él, —sentimiento que no puedo vituperar en un jóven de talento que ha nacido en la oscuridad, le hace desear una revolucion que le abra el camino de la gloria y del poder. Su corazon, sin embargo, es leal, y si recuperamos alguna vez nuestro antiguo poder, el perdon de Barnave se halla ya escrito de antemano en nuestros corazones.» Madama Isabel pensaba del mismo modo con respecto á aquel hombre. Estas tres personas, que siempre habian sido vencidas, habian concluido por creer que no habia fuerza para volver á ensalzar la monarquía sino en los mismos hombres que la habian derribado. Esta supersticion era la de la fatalidad, porque casi les inclinaba á adorar aquel poder revolucionario que no habian podido domar.

V

Los primeros actos del rey se resintieron mucho de estas inspiraciones de los Lameth y de Barnave, y fueron muy perjudiciales á su dignidad. La respuesta que dió á los comisionados de la Asamblea encargados de interrogarle sobre el suceso de 21 de Junio era, por su mala fe, más á propósito para excitar la risa que para inclinar á la indulgencia á sus enemigos.

«Introducidos en el cuarto del rey, y habiéndonos quedado solos con él, —dicen los comisionados, —ha prestado la declaracion siguiente: «Los motivos de mi fuga son los insultos que he recibido el 18 de Abril, al querer trasladarme á Saint-Cloud. Como estos insultos quedaron impunes, creí que no era decente perma-

»necer en Paris, en donde ya no podia haber seguridad para mí. No pudiendo
 »marchar públicamente, resolví hacerlo de noche y sin ningun acompañamiento;
 »pero jamás fué mi intencion extrañarme del reino. No he estado de inteligencia
 »para hacerlo, ni con las potencias extranjeras, ni con los príncipes emigrados de
 »mi familia. Mi residencia iba á ser en Montmedy, donde estaban ya dispuestas las
 »habitaciones que debia ocupar; y si escogí aquella plaza fronteriza para retirarme,
 »fué porque desde allí podia oponerme mejor á toda especie de invasion. En mi
 »viaje he tenido ocasion de conocer que la opinion pública estaba en favor de la
 »Constitucion, y en el momento que he conocido la voluntad general de la nacion,
 »no he vacilado, como no he vacilado nunca, en hacer el sacrificio de lo que me es
 »personal por la felicidad pública».

»La reina dió su declaracion en estos términos: «Habiendo conocido que el rey
 »estaba decidido á partir acompañado de sus hijos, declaro que nada en este mundo
 »hubiese sido capaz de impedir que yo le siguiese. Bastantes pruebas tengo dadas
 »en estos dos últimos años de que jamás le abandonaré.»

No contenta la opinion pública con haberse entrometido á averiguar las circunstancias de la fuga del rey, quiso mezclarse en negocios puramente del dominio paternal, y que la Asamblea nombrase un ayo para el Delfin. El escrutinio general verificado con este objeto dió noventa y dos hombres, todos oscuros, que sólo sirvieron á excitar la hilaridad general. Aborrósele entónces este insulto al padre y al rey. El ayo nombrado más tarde por Luis XVI, fué Mr. de Fleurieu; pero no llegó á desempeñar sus funciones. El desgraciado niño estaba destinado, aunque heredero de un grande imperio, á no tener más ayo que un carcelero.

El marqués de Bouillé dirigió á la Asamblea desde Luxemburgo un escrito amenazador, con el objeto de apartar del rey la ira del pueblo, cargando sobre sí toda la responsabilidad de su fuga, como que habia sido efecto de una inspiracion suya. «Si cae un solo cabello de la cabeza de Luis XVI, —decia,— no dejaré en Paris piedra sobre piedra. Conozco bien los caminos, y me pondré á la cabeza de los ejércitos extranjeros...» Una risa general fué la única contestacion á estas fanfarronadas. La Asamblea sabía lo suficiente para no necesitar aconsejarse con Mr. de Bouillé, y por otra parte, tenia mucha fuerza para que le hiciesen mella las amenazas de un proscripto.

Mr. de Cazales habia dado su dimision para *ir á combatir*. Los miembros más distinguidos del lado derecho, entre los cuales eran los más célebres Maury, Montlosier, el abate de Montesquiou, el abate de Pradt, Virieu, y otros varios hasta el número de doscientos noventa, adoptaron una resolucion funesta, con la cual precipitaron la caida del trono y perdieron al rey, so pretexto de un culto sagrado á la dignidad real. Esta resolucion fué la de no mezclarse en adelante en ningun asunto, queriendo dar á entender que protestaban contra la violacion de la libertad y de la autoridad real. En este sentido redactaron su protesta; pero la Asamblea se negó á oirla, porque veia en ella una violacion de la mision de que aquellos hombres estaban encargados por sus conciudadanos. Sin embargo, sus autores la imprimieron y la hicieron circular con profusion por todo el reino. Los términos de su redaccion eran los siguientes: «Los decretos de la Asamblea han absorbido todo el poder real. El sello del Estado se halla sobre la mesa de la Asamblea, y la sancion del rey es nula; el nombre de S. M. ha desaparecido del juramento que se

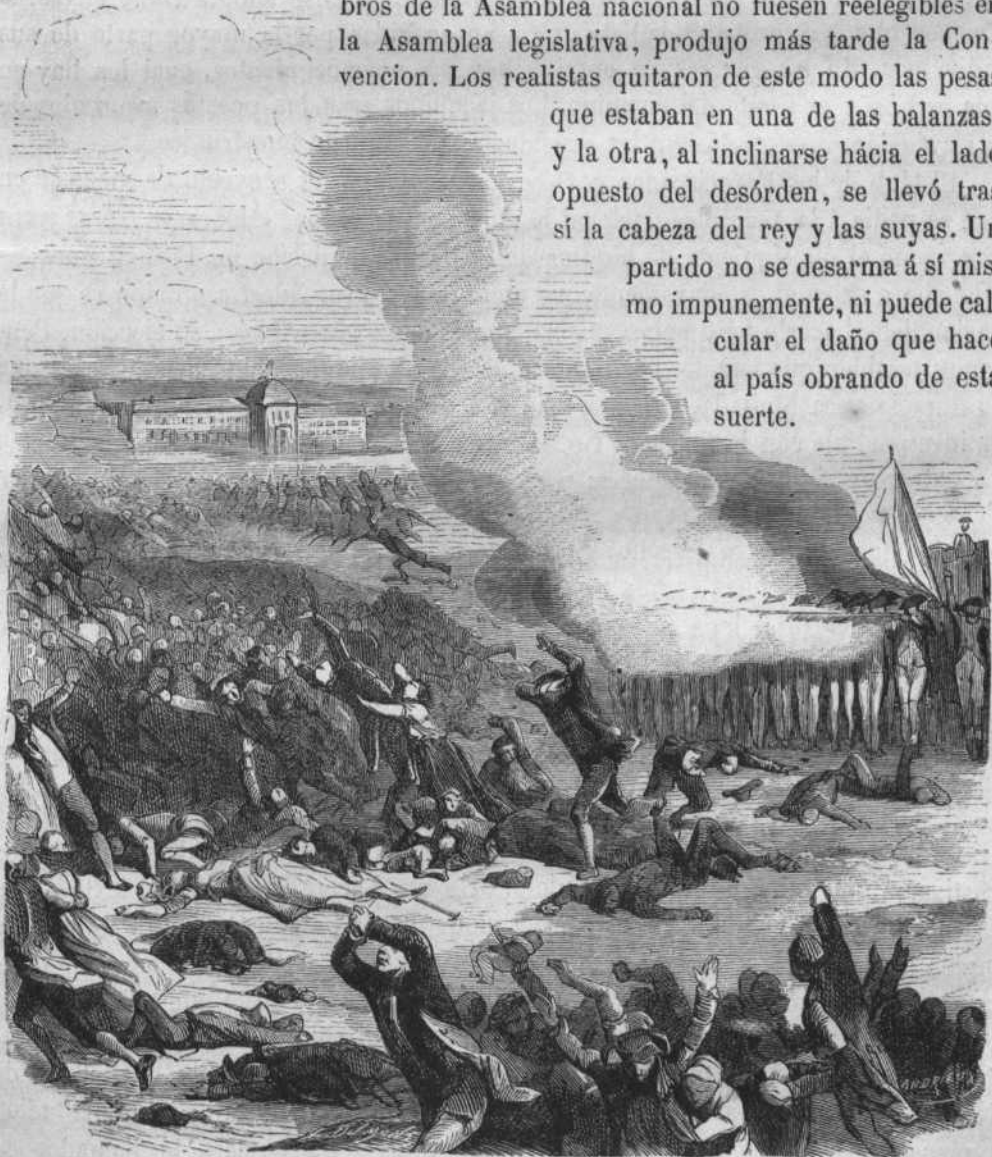
presta á la ley, y los comisionados van á llevar directamente las órdenes de las comisiones al ejército. El rey se halla cautivo, y una república provisional ocupa el interregno. Léjos de nosotros la idea de ser partícipes de semejantes actos. Nunca consentiríamos ni aún en ser testigos de ellos, si no tuviésemos el deber sagrado de velar por la persona del rey. No tratándose de esto, guardaremos el más profundo silencio, y este silencio será la única expresion de nuestra constante oposicion á todos vuestros actos».

Estas palabras eran la abdicacion de un partido en masa, porque todo partido que huye de tomar parte en los negocios públicos abdica y hasta cierto punto comete un crimen, faltando á la confianza que en él han depositado sus comitentes. Esta mal entendida fidelidad obtuvo los aplausos de la nobleza y el clero, pero fué vituperada por los hombres políticos. Abandonando en su lucha contra los jacobinos á Barnave y á los demas monárquico-constitucionales, dió el triunfo á Robespierre, y robusteciendo con sus votos la proposicion de éste para que los miembros de la Asamblea nacional no fuesen reelegibles en la Asamblea legislativa, produjo más tarde la Convencion. Los realistas quitaron de este modo las pesas

que estaban en una de las balanzas, y la otra, al inclinarse hácia el lado opuesto del desórden, se llevó tras sí la cabeza del rey y las suyas. Un

partido no se desarma á sí mismo impunemente, ni puede calcular el daño que hace al país obrando de esta suerte.

partido no se desarma á sí mismo impunemente, ni puede calcular el daño que hace al país obrando de esta suerte.



Bailly dió orden de dispersar al pueblo por la fuerza.—Pág. 104.

VI

Los jacobinos comprendieron perfectamente la falta que habian cometido los realistas, y se regocijaron de ella al ver que aquellos numerosos sostenes de la Constitucion monárquica desertaban espontáneamente del combate. Desde aquel momento presintieron que podian atreverse á todo, y así lo hicieron; cuanta más timidez y más ternura se advertia en las sesiones de la Asamblea nacional, tanta más osadía se notaba en las de los Jacobinos. Las palabras *destitucion* y *república* empezaron á oirse entónces por primera vez, y aunque miradas en su principio como una blasfemia, no tardaron mucho tiempo en proferirse como un dogma. Los partidos no saben muchas veces lo que quieren, hasta que los resultados se lo van enseñando. Los hombres temerarios de todas las comuniones políticas adelantan ciertas ideas sueltas que, si son rechazadas por la mayoría, lo son tambien por los hombres hábiles del partido que las adopta como suyas, si conocen que hay probabilidad de que sean acogidas por la mayor parte de sus individuos. En las guerras de opinion hay sus reconocimientos, cual los hay en una campaña al frente del enemigo. Los jacobinos eran los puestos avanzados de la revolucion, que sondeaban las resistencias del espíritu monárquico.

El club de los Franciscanos envió á los Jacobinos un proyecto de mensaje en que se pedía á la Asamblea nacional la abolicion del trono. «Hémos ya *libres y sin rey*, como al dia siguiente de la toma de la Bastilla,—decian los Franciscanos;—faltá ahora saber si es conveniente que nombremos otro. Nuestra opinion es que la nacion debe hacerlo todo por sí misma ó por agentes amovibles á su eleccion. Pensamos tambien que cuanto más importante sea un empleo, tanto más justo es que su duracion sea limitada. Creemos que el trono, y sobre todo siendo hereditario, es incompatible con la libertad. No se nos oculta que semejante proposicion va á encontrar un sinfin de opositores; pero ¿no los tuvo tambien la declaracion de los derechos del hombre? El rey ha abdicado de hecho al desertar de su puesto. Aprovechémonos de nuestro derecho, y no desperdiciemos la ocasion que se nos ofrece. Juremos que la Francia es una república.»

Este proyecto se leyó en el club de los Jacobinos en la noche del 22, y excitó la indignacion general. El 23 subió Danton á la tribuna, y pidió la destitucion del rey y que se nombrase un Consejo de regencia. «Vuestro rey—dijo—ó es imbécil ó criminal. Horrible espectáculo sería el que ofreceríamos al mundo si, pudiendo optar entre declarar á un rey criminal ó declararle imbécil, no prefiriésemos lo último.» El 27, Girey-Dupré, jóven escritor que luégo se afilió en el partido de la Gironda, provocó la acusacion de Luis XVI con las siguientes palabras: «Podemos castigar á un rey perjuro, y pudiéndolo, debemos hacerlo». Tal fué el texto de su discurso. Brissot entabló la cuestion del modo que la habia entablado Petion en la sesion anterior: *¿Un rey perjuro puede ser juzgado?* «¿Por qué hemos de dividirnos en denominaciones peligrosas,—dijo Brissot,—supuesto que todos estamos de acuerdo? ¿Qué quieren los que se declaran aquí contra los republicanos? Detestan las democracias tumultuosas de Atenas y de Roma, y temen la division de la Francia en confederaciones aisladas. Estos no quieren más que la Constitucion representativa, y tienen razon. ¿Qué es lo que quieren por su parte los llamados re-

publicanos? Estos temen igualmente las democracias tumultuosas de Atenas y de Roma, y tambien tienen temor á las repúblicas federativas. No quieren sino una Constitucion representativa, y en esto estamos de acuerdo. ¿Debe juzgarse al jefe del poder ejecutivo cuando ha violado sus juramentos? Hé aquí lo que nos divide. La inviolabilidad no sería otra cosa que la impunidad de todos los crímenes, y un aliciente á todas las traiciones: el buen sentido exige que el castigo siga inmediatamente al delito. Yo no veo en un hombre inviolable que gobierna un pueblo sino un *dios* y veinticinco millones de *brutos*. Si el rey hubiese entrado en Francia á la cabeza de los ejércitos extranjeros y hubiese assolado nuestras más hermosas campiñas; si, detenido en medio de su carrera, hubiese caído en vuestro poder, ¿qué hubiérais hecho de él? ¿Hubiérais invocado entónces su inviolabilidad para absolverle?... Se trata de intimidaros con las potencias extranjeras; pero no las temais: la Europa es impotente contra un pueblo que quiere ser libre.»

Muguer leyó en la Asamblea el parecer de las comisiones reunidas con respecto á la fuga del rey, declarando la inviolabilidad de Luis XVI y el haber lugar á la acusacion de sus cómplices. Robespierre combatió la inviolabilidad, y quitando á sus palabras todo lo que podia indicar que eran hijas de un odio inveterado contra el rey, se esforzó en presentarlas bajo las apariencias de la dulzura y de la humanidad. «Yo no examinaré—dijo—si el rey ha huido voluntariamente, ó si lo ha hecho en fuerza de los consejos de un ciudadano que le ha llamado desde la inmediacion de la frontera; tampoco examinaré si esta fuga puede considerarse como una conspiracion contra la libertad pública: sólo hablaré del rey como de un soberano imaginario, y de la inviolabilidad como de un principio. Las medidas que se os proponen no pueden servir más que para deshonoraros, y si las adoptais, pido que se me nombre abogado de todos los acusados. Quiero en ese caso ser el defensor de los tres guardias de corps, del aya del Delfin, y hasta del mismo Mr. de Bouillé. Segun los principios de vuestras comisiones, no hay delito, y en donde no hay delito no hay cómplices. Señores, si perdonar á un culpable es una debilidad, sacrificar á un culpable porque es débil, y perdonar al mismo tiempo á otro culpable porque es poderoso, es una bajeza. Es preciso, ó declararlos criminales á todos, ó absolverlos sin ninguna excepcion.» Gregoire sostuvo el partido de la acusacion, y Salles defendió el dictámen de las comisiones.

Barnave tomó entónces la palabra para apoyar la opinion de Salles. «La nacion francesa—dijo—acaba de experimentar una violenta sacudida; pero si hemos de creer en augurios, este último suceso, como todos los demas que le han precedido, no servirá sino á acelerar el término y á asegurar sólidamente la revolucion que hemos hecho. Yo no hablaré extensamente de las ventajas del gobierno monárquico, puesto que vosotros mismos habeis manifestado estar convencidos de ellas al establecerlo en vuestro país. Diré, sí, que todo gobierno, para ser bueno, debe contener en sí las condiciones de su estabilidad, porque de otro modo, en lugar de ser una felicidad, no ofreceria otra cosa que la perspectiva de cambios sin cuento. Algunos hombres cuyas intenciones no quiero acusar, tratando de ofrecernos ejemplos en confirmacion de su doctrina, nos han hablado de un pueblo de América que ocupa un vasto territorio, que no está rodeado de vecinos poderosos, que tiene por límites las selvas, y cuyos hábitos no son otra cosa que los sentimientos de un pueblo nuevo, muy distintos á la verdad de esas pasiones ficticias

que hacen las revoluciones de los Estados. Estos hombres han visto en aquel inmenso país un gobierno republicano, y han deducido de todo esto que otro gobierno semejante á aquél era el único que hoy en dia podria convenirnos. Los que así piensan son los mismos que combaten el principio de la inviolabilidad del rey. Ciertamente es que nuestro país está ocupado por una poblacion inmensa, y que hay en él una multitud de hombres dedicados exclusivamente á esas especulaciones de la inteligencia, que conducen á la ambicion y al amor de la gloria; pero no es ménos cierto que en torno nuestro hay una porcion de vecinos poderosos que nos obligan á no formar sino una sola masa para resistirlos, y que estas circunstancias, verdaderamente fatales y que no dependen de nosotros, sólo pueden remediarse siendo nuestro gobierno un gobierno monárquico. Cuando un país es muy poblado y extenso, está probado en política que no hay más que dos medios de darle una existencia sólida y permanente. O bien organizar separadamente todos los partidos, y poner al frente de cada seccion del imperio una parte del gobierno, fijando así la estabilidad á expensas de la unidad, de la fuerza y de las demas ventajas que resultan de una asociacion grande y homogénea, ó bien dejar subsistente la unidad nacional, en cuyo caso es indispensable un poder inamovible que, no siendo renovado jamás por la ley, presente continuos obstáculos á la ambicion y resista con ventajas las sacudidas, las rivalidades y las vibraciones rápidas de un pueblo inmenso agitado por todas las pasiones de una sociedad antigua que se halla en conmocion. Estas máximas deciden de nuestra situacion. Nosotros no podemos ser estables sino por un gobierno federativo, que nadie hasta ahora ha tenido la demencia de proponernos, ó por el gobierno monárquico que vosotros habeis establecido, es decir, volviendo á confiar las riendas del poder ejecutivo á una familia por derecho hereditario de sucesion. Vosotros habeis dejado al rey inviolable la funcion exclusiva de nombrar los agentes del poder, pero tambien habeis decretado la responsabilidad de estos agentes. Para que el rey sea independiente es preciso que sea inviolable; no nos separemos de esta regla, y supuesto que la hemos seguido constantemente con respecto á los individuos, sigámosla tambien con el monarca. Nuestros principios, la Constitucion y la ley, declaran que aquel poder no ha caducado; por consiguiente, la eleccion no puede ser dudosa entre nuestra adhesion á la Constitucion y nuestro resentimiento con un hombre. Ahora pregunto yo al que abrigue más prevenciones contra el jefe del poder ejecutivo, y al que más resentido esté de él, si es mayor su indignacion contra el rey que su adhesion á las leyes del país. Tambien podria decir á los que se expresan con tal furor contra el individuo que ha delinquido: si estuviérais contentos de él, ¿iríais á arrojaros á sus piés? (*Grandes aplausos.*) Los que quieren sacrificar así la Constitucion á sus resentimientos personales contra un hombre, me parece que no les costaria mucho sacrificar la libertad por entusiasmo por otro hombre; y puesto que, segun dicen, quieren la república, éste es el momento de decirles tambien: ¿cómo quereis establecer la república en una nacion semejante? ¿Cómo no temeis que esa volubilidad del pueblo, que tanto odio manifiesta hoy á un hombre, se convierta mañana en entusiasmo por otro hombre distinto? Este entusiasmo sería aún más peligroso que el odio, porque bien sabeis que el carácter de la nacion francesa es más propio para amar que para aborrecer. Ya he dicho otras veces que no temo ni á las potencias extranjeras ni á los emigrados, y hoy no tengo reparo en decir

que temo mucho la continuacion de esta inquietud y de esta agitacion, que no dejarán de combatirnos hasta que la revolucion se halle total y pacíficamente terminada. Ningun mal puede venirnos del exterior, pero en lo interior se nos hace un daño gravísimo cuando se nos inquieta con pensamientos funestos y cuando se crean á nuestro alrededor peligros quiméricos, que adquieren cierta consistencia en el ánimo del pueblo, y que dan un crédito inmerecido á esos hombres que le



Lafayette, por un movimiento heroico, espoléó su caballo y le puso á la boca de un cañon.—Pág. 103.

tienen continuamente en perpetua agitacion. Se nos hace un gran mal perpetuando ese movimiento revolucionario, que ha destruido cuanto habia que destruir y que nos ha conducido á un punto en el cual es preciso detenernos. La revolucion no puede dar un paso más sin exponerse á graves peligros. En la línea de la libertad, con avanzar un solo paso tendríamos la abolicion del trono; si lo diésemos en la línea de la igualdad, el atentado á la propiedad sería su inevitable resultado. Las revoluciones no se hacen con máximas metafísicas; necesitan víctimas que ofrecer á la multitud extraviada. Ya es tiempo de terminar la revolucion, y ésta debe detenerse en el momento en que la nacion ya es libre y en que todos los franceses son iguales. Si continúan los disturbios, la revolucion quedará deshonrada, y nos-

otros con ella. Es de un interés general que la revolución se detenga. Los que han perdido en ella, deben conocer que es imposible hacerla retroceder; los que la han llevado á cabo, no deben desconocer que ha llegado ya á su último término. Los mismos reyes, si es dable que la verdad penetre alguna vez hasta ellos, y si las preocupaciones en que han nacido y de que están rodeados continuamente les dejan reflexionar en los sanos principios de una política grande y filosófica, no pueden ménos de convenir en que hay una gran distancia entre la reforma de un gobierno monárquico y la abolicion de un trono. ¡Tampoco puede ocultárseles que, si nos detenemos aquí, todavía son reyes!... Si su conducta no se arregla á estas consideraciones, suya, y no nuestra, será la culpa de cuanto pueda acontecer. Regeneradores del imperio, seguid invariablemente por el camino verdadero, y ya que hasta aquí habeis sido valientes y poderosos, sed hoy prudentes y moderados. Este será el término glorioso de la santa tarea que os habeis impuesto; y cuando os retireis á vuestros hogares, si no obteneis las bendiciones de todos, al ménos impondreis silencio á las calumnias.»

Este discurso, el más bello de los de Barnave, contuvo por algunos días las tentativas de los clubs de los Franciscanos y de los Jacobinos, en donde no se volvió á hablar en este corto período de destitucion ni de república. La inviolabilidad del rey quedó consagrada como un principio, y el proceso contra Mr. de Bouillé y sus co-acusados se remitió á la audiencia nacional de Orleans para que terminase su instruccion.

VII

En tanto que estos hombres exclusivamente políticos, midiendo los pasos de la revolución, querian detenerla en donde se detenian sus limitados pensamientos, ella continuaba marchando siempre. Su pensamiento era demasiado grande para que hubiese un orador ó un hombre de Estado cuya cabeza fuese capaz de concebirle; su soplo era demasiado fuerte para que hubiese un pecho capaz de respirarlo con desahogo; su objeto, infinito para que ella se detuviese ante las barreras sucesivas que la ambicion de algunas facciones ó la teoría de los hombres de Estado pudieran oponerla. Barnave, los Lameth y Lafayette, así como Mirabeau y Necker anteriormente, hacian vanos esfuerzos para volver contra ella la fuerza impulsiva que ellos mismos le habian dado. La revolución, ántes de detenerse en su impetuosa carrera, tenia aún que ensalzar otros sistemas y tocar á muchas cosas que hasta entónces habian sido respetadas, y que á nadie habia pasado aún por la imaginacion que pudiera atentarse contra ellas impunemente.

Independientemente de las Asambleas nacionales que ella misma se habia dado, donde iban á reconcentrarse los instrumentos políticos que le daban vida y movimiento, se habia creado otras dos palancas mucho más poderosas y terribles, con las que removía y barria aquellos cuerpos políticos cuando trataban de establecerse en el punto adonde ella queria colocarse. Estas dos palancas eran la prensa y los clubs, que eran á las Asambleas legales lo que el aire libre al aire encerrado en la máquina neumática. En tanto que el aire de estas Asambleas se enrarecía dentro del recinto del gobierno establecido, el periodismo y las sociedades populares se impregnaban cada vez más de un principio inagotable de vitalidad y movi-

miento. Detenido aquél en lo interior, su corriente era impetuosa y terrible en lo exterior.

En el medio siglo que habia precedido á la revolucion, la prensa habia sido el eco sublime y tranquilo del pensamiento de los sabios y de los reformadores. Desde que la revolucion habia estallado, se habia convertido en un eco tumultuoso, y muchas veces cónico, de las pasiones populares. Tambien habia transformado hasta el método de comunicacion del pensamiento, porque ya no componia libros, pues no tenia tiempo para hacerlo, si bien habia sustituido á éstos un número prodigioso de folletos y una multitud de hojas volantes y diarias que, diseminadas casi de balde entre el pueblo ó fijadas en las plazas públicas, eran leidas por la multitud, que luégo las comentaba á su modo. Las monedas de oro puro del tesoro del pensamiento nacional eran de demasiado valor para que el pueblo pudiese usarlas, y habian sido sustituidas por otra porcion de monedas de baja ley, acuñadas en el troquel de las pasiones del dia, que muchas veces estaban hasta oxidadas. El periodismo, como un elemento irresistible de la vida de un pueblo que se halla en revolucion, se habia desbordado hasta colocarse á la altura que le pareció conveniente, sin hacer caso de la ley que habia tratado de contener aquel desborde.

Mirabeau, que habia necesitado que el eco de su palabra llegase hasta los departamentos más lejanos, habia establecido este tornavoz de la revolucion, á pesar de los decretos del gobierno, con la publicacion de las *Cartas á mis comitentes* y del *Correo de Provenza*. Otros periódicos habian aparecido tambien á la apertura de los Estados generales y despues de la toma de la Bastilla. A cada insurreccion popular correspondia otra de nuevos periódicos. Los principales órganos de la agitacion pública eran *Las Revoluciones de Paris*, redactadas por Loustalot, periódico semanal, del que se tiraban doscientos mil ejemplares. Su espíritu se conocia sólo con leer el epígrafe: «Los grandes no nos parecen grandes sino porque estamos de rodillas delante de ellos. ¡Levantémonos!» Los *Discursos del reverbero á los parisienses*, transformados despues en *Revolucion de Francia y de Brabante*, eran obra de Camilo Desmoulins. Este jóven estudiante se habia improvisado publicista sobre una silla del jardin del Palacio Real en los primeros movimientos populares de Julio del 89, y habia conservado en su estilo, algunas veces admirable, mucho de su primitivo papel. Era este hombre el genio sarcástico de Voltaire que habia bajado desde los salones á las calles y plazas públicas. Camilo Desmoulins personificaba mejor que nadie la turba popular, porque, como ella, tenia movimientos inesperados y tumultuosos, y su continua movilidad ó inconsecuencia era la de las masas, que en medio de su mayor arrebató prorumpian en descompasadas risas ó se enternecian á vista de las víctimas que estaban sacrificando. Un hombre tan ardiente como ligero, tan trivial como inspirado, tan indeciso entre la sangre y las lágrimas, y tan dispuesto á combatir lo mismo que habia deificado poco ántes en un momento de entusiasmo, debia tener tanto más dominio sobre un pueblo que estaba en revolucion, cuanto mayor era la semejanza que con él tenia. Su papel le constituia su propio carácter, y no tan sólo era el signo distintivo del pueblo, sino que era el pueblo mismo. Su periódico corria por la noche por todos los sitios más públicos de Paris, anunciado por las calles con mil sarcasmos, pero nunca arrojado á ellas como un papel inútil. Este periódico se consideró y se considerará siempre como una sátira Menipeya empapada en sangre. Era la cancion popular que

incitaba al pueblo á los más grandes desórdenes, y cuyo eco se apagaba muchas veces con el silbido de la cuerda ó con el hachazo de la guillotina. Camilo Desmou-lins era un hijo cruel de la revolucion, así como Marat era la expresion de todas las iras populares. Su periódico, titulado *El Amigo del Pueblo*, chorreaba sangre por cada renglon.

VIII

Marat era suizo. Escritor sin talento, sabio sin renombre y apasionado por la gloria, sin haber recibido los medios de ilustrarse ni de la sociedad ni de la naturaleza, se vengaba de todo lo que era grande en la naturaleza y en la sociedad. El talento era para él tan odioso como la aristocracia, y le perseguía encarnizadamente en cualquier parte en que le veía brillar. Este hombre hubiera querido poder nivelar la creacion, y su idea fija era la de la igualdad, porque en la superioridad hallaba su martirio. Era amante de la revolucion, porque ésta igualaba todas las cosas hasta nivelarlas con él, y tenía gusto en ver correr la sangre, porque le parecia que con ella lavaba la injuria de la oscuridad en que siempre habia vivido. Habíase constituido en denunciador perpetuo ante el pueblo, porque sabía que la delacion es una lisonja para todo el que tiene miedo, y el pueblo estaba temblando siempre. Verdadero profeta de la demagogia, inspirado por la demencia, sus sueños nocturnos eran el texto de las conspiraciones del dia siguiente. Idolo del pueblo por lo afecto que manifestaba ser á los intereses de éste, se cubria con el velo del misterio como todos los oráculos. Vivía en la sombra y no salía más que de noche, ni se comunicaba con los demás hombres sin tomar ántes cien minuciosas precauciones. Un subterráneo era su morada y el asilo desconocido en que se refugiaba temeroso, huyendo del puñal ó del veneno. En su diario habia cierta cosa sobrenatural que preocupaba la imaginacion, porque Marat se habia cubierto con la máscara del fanatismo. La confianza que en él se tenía era una especie de culto, y el humo de la sangre que pedía sin cesar se le habia subido á la cabeza. Este hombre fatal era el delirio de la revolucion.

IX

Brissot, hombre todavía oscuro en aquella época, escribía *El Patriota Frances*. Como político, aspiraba á ocupar los puestos más elevados y no excitaba las pasiones revolucionarias sino hasta el punto en que creía poderlas contener, si algun dia llegaba á gobernar. Constitucional en un principio y amigo de Necker y de Mirabeau, y hombre asalariado ántes de llegar á ser doctrinario, no veía en el pueblo sino un soberano más próximo á reinar. La república era la aurora de su felicidad, y se dirigía hácia ella con ansiedad, aunque con mucha prudencia, y volviendo siempre la vista atras por ver si la opinion le seguía.

Condorcet, aristócrata por su nacimiento, pero hombre de talento, se habia hecho demócrata por filosofismo. Su pasion era la transformacion de la razon humana. Condorcet escribía la *Crónica de Paris*.

Carra, demagogo oscuro, se habia adquirido un nombre, y se habia hecho temible por sus *Anales patrióticos*. Freron, en *El Orador del Pueblo*, rivalizaba con Marat; Fauchet, en *La Boca de Hierro*, elevaba la democracia á la altura de una filosofia religiosa. Finalmente, Lacos, oficial de artillería, autor de una novela obs-



CAMILO DESMOULINS.

cena y confidente del duque de Orleans, redactaba el *Diario de los Jacobinos*, y esparcía por toda la Francia el soplo abrasador de las ideas y de las palabras, cuyo foco estaba en los clubs.

Todos estos hombres se esforzaban en llevar al pueblo más allá de los límites que Barnave había establecido despues del acontecimiento del 21 de Junio. Querían que, aprovechándose de la ocasion en que el trono podia decirse que estaba vacante, se le hiciese desaparecer enteramente de la Constitucion. Cubrían al rey de injurias y le hacían despreciable á los ojos de la multitud, para que nadie fuese osado á colocar de nuevo al frente de las instituciones á un príncipe á quien habían envilecido con sus escritos. Clamaban continuamente pidiendo la destitucion, la abdicacion ó la prision para el rey, esperando degradar para siempre la dignidad real degradando al hombre que estaba revestido de ella. La república veía por primera vez que iba llegando su época, y temblaba que se le escapase sin saber cómo. Todas estas manos á la vez impelían los espíritus hácia un movimiento decisivo. Los artículos promovían las mociones, éstas las peticiones, y las peticiones engendraban los motines. El altar de la patria, establecido en el Campo de Marte por otra nueva coalicion, era el sitio destinado para las asambleas populares, verdadero monte Aventino donde el pueblo se retiraba para imponer la ley desde allí á un Senado tímido y corrompido.

«¡No más reyes! ¡Seamos republicanos!—decía Brissot en *El Patriota*.—¿Por qué esa repugnancia en adoptar el nombre de una *cosa* que ya tenemos de hecho? Esto es inconcebible para el filósofo.» «¡No más reyes! ¡No más protectores ni regentes! Acabemos de una vez con esos devoradores de hombres,—repetía *La Boca de Hierro*.—Unanse los ochenta y tres departamentos y declaren terminantemente que ya no quieren ni tiranos, ni monarcas, ni protectores. Su sombra es tan funesta para el pueblo, como la de los bohonupas para todo sér viviente. Si nombramos un regente, pronto tendremos que batirnos para elegir un señor. Batámonos solamente por la libertad.»

Provocado el duque de Orleans por estas alusiones á la regencia, que segun voz pública se trataba de conferirle, hizo anunciar en los periódicos que estaba dispuesto á servir á la patria; pero que si se trataba de nombrar un regente, renunciaba desde entónces y para siempre á todos los derechos que por su nacimiento le daba la Constitucion para el desempeño de aquel cargo. «Despues de haber hecho tantos sacrificios por la causa popular,—decía,—no me es ya permitido salir del estado de simple ciudadano. La ambicion sería en mí una inconsecuencia inexcusable.» Este príncipe, desacreditado ya en todos los partidos, no podia ser de ninguna utilidad al trono, y estaba incapacitado para poder servir á la república. Odiado de los realistas, renegado por los demagogos y sospechoso á los constitucionales, no le quedaba más que la actitud estoica en que se refugiaba. Este hombre había abdicado su rango, la faccion á que pertenecía y hasta el favor del pueblo. Como hombre político había muerto, y no le quedaba ya más que la vida material.

En esta misma época, Camilo Desmoulins apostrofaba á Lafayette, primer ídolo de la insurreccion, con estas cínicas palabras: «Libertador de los dos mundos, flor de los genizaros, fénix de los alguaciles mayores, Don Quijote de Capeto y de las dos Cámaras, constelacion del Caballo blanco, muy débil es mi voz para que pue-

da sobresalir entre el clamoreo de vuestros treinta mil soplones; tampoco es posible que apague el ruido de vuestros cuatrocientos tambores y de esos cañones que habeis cargado de uvas. Hasta aquí habia murmurado de vuestra alteza más que real por lo que habia oido decir de vos á Barnave, á Lameth y á Duport. Por los informes de estos tres, os habia denunciado á los ochenta y tres departamentos como un ambicioso que no trataba más que de lucir, ó como un esclavo de la corte, semejante á aquellos antiguos mariscales de la liga en cuyas manos habia colocado la revolucion el baston de mando, y que, mirándose como bastardos, trataban de hacerse legitimar; pero hé aquí que de repente os abrazais todos y os proclamais mutuamente padres de la patria, diciendo á la nación: «Fiad en nosotros. »Somos unos Cincinnatos, unos Washington, unos Arístides». ¿Qué version hemos de seguir de estas dos? ¡Pueblo imbécil! Los parisienses se parecen mucho á aquellos atenienses á quienes Demóstenes decia: «¿Sereis siempre como esos atletas que, »heridos en una parte de su cuerpo, ponen la mano sobre el sitio en que han sido »heridos, y ocupados en esta tarea inútil, no saben ni herir ni defenderse?». Ya empiezan á temer que Luis XVI puede muy bien ser un perjuro, supuesto que se ha escapado, y ya me parece tambien verlos por esas calles con ojos despavoridos, cuando sepan que Lafayette ha abierto las puertas de la capital á la aristocracia y al despotismo. Ojalá me engañe en mis conjeturas, porque á salir ciertas, me ausento de Paris como se ausentó mi tocayo Camilo de una patria ingrata, deseándole mil prosperidades. Yo no necesito haber sido emperador como Diocleciano para saber que las hermosas lechugas de Salerno valen más que el imperio de Oriente, que la faja con que se adorna un municipal, y sobre todo, que son preferibles á las inquietudes diarias con que vuelve á su casa por la noche un periodista jacobino, que siempre teme caer en manos de esos *valentones* de que dispone el general del Caballo blanco. En cuanto á mí, no he tomado de los primeros la escarapela tricolor para venir á parar en un gobierno de dos Cámaras».

X

Tal era el lenguaje general de la imprenta y el de este moderno Aristófanes de un pueblo irritado, al que acostumbraba á burlarse de la majestad, de la belleza y de la desgracia. Un dia llegó en que necesitó para sí y para la hermosa jóven á quien adoraba de aquella misma compasion que él habia desterrado del corazon del pueblo; pero no halló otra cosa que una risa brutal de la multitud, que le hizo entristecerse por primera vez al tiempo de ir á entregar su cuello al verdugo.

El pueblo, cuya política es enteramente sentimental, no podia comprender los pensamientos de los hombres de Estado de la Asamblea, que trataban de imponerle un rey fugitivo por respeto á un trono que ya no existia de hecho. La moderacion de Barnave y de los Lameth le parecia una complicidad, y el grito de traicion se oia en todas las reuniones populares. El decreto de la Asamblea fué la señal de una fermentacion que se descubria ya desde el 13 de Julio entre los grupos, al oir sus imprecaciones y amenazas. Grandes masas de jornaleros que habían sido despachados de los talleres corrian las calles y plazas públicas pidiendo pan á la municipalidad. Esta, para que se sosegasen, acordó que se les diese algun socorro, y Bailly, corregidor de Paris, les arengó y mandó empezar, para darles ocupacion, obras de que no habia necesidad en el momento. Fueron á traba-

jar, pero muy pronto dejaron el trabajo, y corrieron á engrosar los grupos de los que andaban gritando por las calles que se morian de hambre.

Esta multitud iba continuamente desde la casa de la ciudad á los Jacobinos, y de allí á la Asamblea nacional, pidiendo la república, sin otro jefe que la dirigiese que su misma agitacion. Un instinto espontáneo y unánime le decia que la Asamblea dejaba pasar el momento de adoptar grandes resoluciones, y por eso queria forzarla á que lo aprovechase. Su voluntad era más poderosa por ser anónima y por no estar dirigida por ningun jefe, al ménos conocido, que la impulsase á obrar. Marchaba por sí sola, y por sí sola escribia en las calles y plazas cien peticiones amenazadoras. La primera que el pueblo presentó á la Asamblea el 14 fué apoyada por cuatro mil peticionarios, y estaba firmada: *El pueblo*. El 14 de Julio y el 6 de Octubre le habian enseñado cuál era su verdadero nombre. Impávida y firme la Asamblea, pasó á la órden del dia sin hacer caso de semejante peticion.

La turba, al salir de la Asamblea, se dirigió al Campo de Marte, en donde firmó otra peticion en términos más imperantes. «Mandatarios de un pueblo libre,—decia,—¿quereis destruir la obra que nosotros hemos hecho? ¿Quereis sustituir al de la libertad el reinado de la tiranía? Sabed, si así lo hiciéseis, que el pueblo frances, que ha conquistado sus derechos, no quiere volverlos á perder.» Al abandonar el Campo de Marte se dirigió el pueblo amotinado á las Tullerías, á la Asamblea y al Palacio Real, mandando por su propia autoridad que se cerrasen los teatros y se suspendiesen todas las demas diversiones públicas hasta que se les hubiese hecho justicia. Por la noche, más de cuatro mil personas acudieron á los Jacobinos, como si quisiesen manifestar que en los alborotadores que allí se reunian reconocian la verdadera Asamblea del pueblo. Todos los jefes en quienes tenia depositada su confianza se hallaban allí presentes, y en el momento en que llegó allí aquella turba, se hallaba ocupada la tribuna por un miembro del club que denunciaba á otro ciudadano por haber hablado mal de Robespierre. El acusado se justifica, pero se le arroja violentamente de aquel recinto. Preséntase entónces Robespierre y pide la gracia de aquel hombre que le habia insultado, recibiendo millares de aplausos por aquella generosidad fingida ó verdadera. El entusiasmo que excitaba entónces Robespierre no podia ser mayor. «¡Bóvedas sagradas de los Jacobinos,—decia una alocucion dirigida á los departamentos,—vosotras nos respondeis de Robespierre y de Danton, de esos dos oráculos del patriotismo!» Laclos propuso que se redactase una alocucion, y que se enviase á los departamentos firmada por diez mil hombres libres. Otro miembro del club se opuso á ello, deseoso del órden y de la paz. Danton se levanta entónces y le dice: «Tambien yo quiero la paz, pero nunca la que procede de la esclavitud. Si verdaderamente tenemos energía, demostrémoslo, y todos los que no se sientan con valor suficiente para levantar su frente ante la tiranía, quedan dispensados de firmar nuestra peticion. Para conocernos mutuamente no hay necesidad de otra prueba mejor».

Robespierre habló despues y demostró al pueblo que Barnave y los Lameth estaban haciendo el mismo papel que habia hecho Mirabeau. «¡Están de acuerdo con nuestros enemigos, y se atreven á apellidarnos facciosos!» Más tímido que Laclos y que Danton, no apoyó la peticion, porque siendo hombre de cálculo más que de pasion, preveia que un movimiento desordenado se estrellaria contra la resistencia organizada de las clases acomodada y media. Reservábase este hombre extraordi-

nario una retirada en la legalidad, y guardaba cierta circunspeccion con la Asamblea. Lacos insistió, venció el pueblo, y á medianoche se deshizo la reunion, con viniendo en que al dia siguiente se firmaria la peticion en el Campo de Marte.

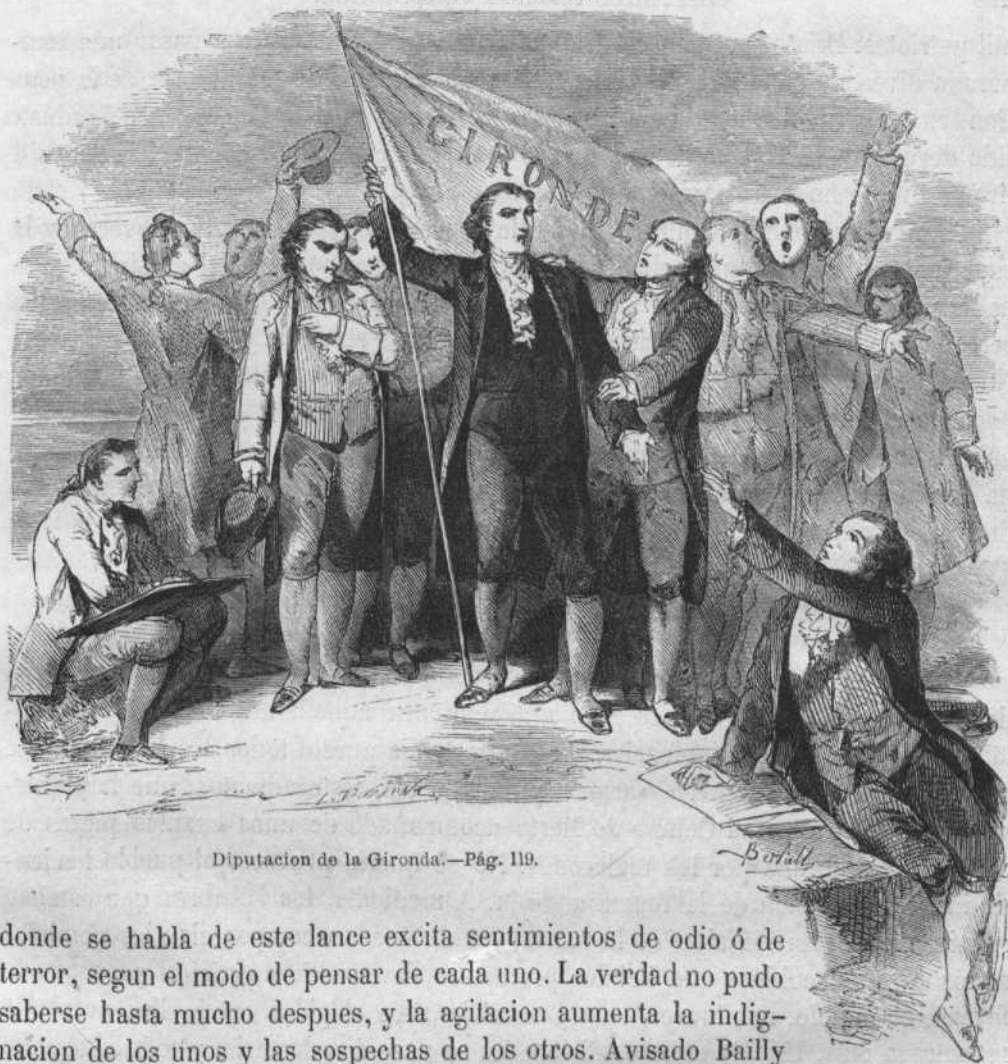
Aquel dia, sin embargo, se pasó en contestaciones entre los clubs, sobre los términos en que habia de redactarse la peticion. Los republicanos negociaban con Lafayette, á quien ofrecian la presidencia de una república americana. Robespierre y Danton, que detestaban á Lafayette, y Lacos, que trabajaba por cuenta del duque de Orleans, contuvieron de comun acuerdo el impulso dado por los Franciscanos, sujetos enteramente á Danton. Atenta la Asamblea al peligro, vigilante Bailly y Lafayette resuelto, pudieron contener el movimiento. La Asamblea hizo comparecer en la barra el 16 al ayuntamiento y á los ministros para que le respondiesen de la tranquilidad pública, redactando al mismo tiempo una alocucion á los franceses, excitándoles á unirse todos bajo la bandera constitucional. Bailly mandó publicar por la noche un bando contra los agitadores, y los jacobinos indecisos se sometieron á los decretos de la Asamblea. Los jefes del movimiento proyectado se escondieron en el momento crítico del combate, y se pasó toda la noche en preparativos militares contra las reuniones que se temian al dia siguiente.

XI

El 17, muy de mañana, empezó el pueblo á acudir al Campo de Marte, aunque sin jefes, rodeando el altar de la patria, levantado en medio de la gran plaza de la Confederacion. Una casualidad funesta inauguró los asesinatos de aquel dia. Cuando la multitud está sublevada, cualquier cosa, por insignificante que sea, la induce á cometer crímenes. Un jóven pintor, que estaba copiando desde el amanecer las inscripciones patrióticas grabadas en las cuatro caras del altar, oyó ruido bajo sus piés. Miró por curiosidad hácia el sitio de donde salia, y quedó asombrado al ver unos hombres que con una barrena estaban taladrando los escalones del tablado en donde estaba colocado el altar. El jóven fué á dar aviso de esta novedad al primer cuerpo de guardia; acuden inmediatamente unos cuantos soldados de aquél, levantan los escalones y se hallan con dos inválidos que se habian metido por la noche debajo del altar, sin otro objeto, segun ellos mismos dijeron, que una curiosidad obscena y pueril. Espárcese en seguida el rumor de que han querido minar el altar de la patria para hacer saltar al pueblo en la explosion, que se ha hallado un barril de pólvora al lado de los conspiradores, y que éstos son unos inválidos conocidos por aristócratas furiosos, á quienes se ha sorprendido *infraganti*. Añádese que los supuestos criminales no tan sólo han confesado su fatal intento, sino que han declarado la cantidad que debian percibir en premio de su maldad. La turba popular, llena de ira, rodea el cuerpo de guardia donde se ha interrogado á los inválidos, y en cuanto salen de allí para ser trasladados á la casa de la ciudad, se echa sobre ellos, los arranca de manos de los soldados que los conducian, y despues de cortarles las cabezas, las coloca en las puntas de unas picas y las pasea por todo Paris, hasta las inmediaciones del Palacio Real.

XII

La noticia de estos asesinatos, comentada de mil distintos modos, se esparce por toda la ciudad y llega á oidos de la Asamblea, y en los diferentes puntos en



Diputacion de la Gironda.—Pág. 119.

donde se habla de este lance excita sentimientos de odio ó de terror, segun el modo de pensar de cada uno. La verdad no pudo saberse hasta mucho despues, y la agitacion aumenta la indignacion de los unos y las sospechas de los otros. Avisado Bailly de lo ocurrido, envió un batallon y tres comisionados al Campo de Marte. Otros comisionados del ayuntamiento recorrieron los barrios de la capital, leyendo al pueblo la proclama de sus magistrados y la alocucion de la Asamblea nacional.

El terreno de la Bastilla estaba ocupado por la guardia nacional y por las sociedades patrióticas, que debian trasladarse desde allí al Campo de Marte. Danton, Camilo Desmoulins, Freron, Brissot y los principales agitadores del pueblo habian desaparecido, segun unos, para arreglar el plan de la insurreccion en casa de Legendre, segun otros, por declinar la responsabilidad que podia caer sobre ellos en semejante dia. Más tarde se valió Robespierre de la primera version para desahogar su odio contra Dantón, á quien Saint-Just dijo en el acta de acusacion: «Mira-beau, que meditaba un cambio de dinastía, conoció lo que valia tu audacia, y se aprovechó de ella. Tú te separaste de las leyes y abandonaste sus principios severos, sin que se volviese á oír hablar de tí hasta los asesinatos del Campo de Marte. Tú apoyaste aquella falsa medida del pueblo y la proposicion de aquella ley, que no era más que un pretexto para desplegar la bandera encarnada y ensayar la tiranía. Los patriotas que no estaban iniciados en el complot habian combatido tu pérfida opinion, y tú fuiste nombrado, en union de Brissot, para redactar la peticion. Los dos os escapásteis del furor de Lafayette, que hizo asesinar aquel dia diez

mil patriotas. Brissot permaneció tranquilo en Paris, y tú fuiste á pasar una temporada divertida en Arcis-sur-Aube, á pesar de ser uno de los autores de la peticion, en tanto que los que la habian firmado estaban cargados de cadenas ó habian sido degollados. Dedúcese de esto que la tiranía os estaba reconocida á Brissot y á tí, puesto que no érais para ella objetos de odio».

Camilo Desmoullins justifica tambien la ausencia de Danton, la de Freron y la suya, contando que Danton habia huido de la proscripcion y del asesinato, y se habia refugiado la noche anterior en casa de su suegro en Fontenay, donde estaba cercado por una nube de espías de Lafayette; que Freron, al pasar por el Puente Nuevo, se habia visto asaltado, arrojado al suelo y pisoteado por catorce bandidos pagados al intento, y que el mismo Camilo, á quien tambien debian asesinar, se habia salvado porque no habian dado bien sus señas á los asesinos. La historia no ha creído estos pretendidos asesinatos mandados por Lafayette, y Camilo, invisible de dia, compareció por la noche en los Jacobinos.

XIII

Empezaba entre tanto la afluencia del gentío por todas las avenidas del Campo de Marte, y aunque se veía una gran agitacion entre aquella multitud inmensa, notábase tambien que era inofensiva. Lafayette habia puesto todos los batallones de la guardia nacional sobre las armas, y uno de los destacamentos, que habia llegado por la mañana al Campo de Marte acompañado de unas cuantas piezas de artillería, se retiraba por los malecones. No se queria provocar al pueblo haciendo inútil ostentacion de la fuerza armada. A mediodía, los hombres que estaban reunidos alrededor del altar de la patria, viendo que no comparecian los comisionados de los Jacobinos que habian prometido llevar allí la peticion para que la firmase el pueblo, nombraron cuatro comisionados elegidos entre ellos para que redactasen otra. Uno de estos comisionados se puso á redactarla, y todo el mundo le rodeó. Hé aquí lo más notable de aquella nueva peticion:

«Sobre el altar de la patria, el 15 de Julio del año III. ¡Representantes de la nacion! tocais ya al término de vuestros trabajos. Se está cometiendo un gran crimen; Luis huye abandonando indignamente su puesto, por cuya causa el imperio se halla muy expuesto á caer en la anarquía. Es detenido y conducido á Paris, donde se pide que sea juzgado. Vosotros declarais, sin embargo, que continuará siendo rey... Este no es el voto del pueblo, y el decreto es nulo. Este decreto os lo han arrancado esos doscientos noventa y dos aristócratas, que habian declarado ya anteriormente que no querian tener voto ni mezclarse en nada de cuanto tratase la Asamblea nacional. La nulidad del decreto consiste en que es contrario al voto del pueblo, que es vuestro soberano. Revocadle. El rey ha abdicado por su crimen. Recibid su abdicacion, convocad un nuevo poder constituyente, señalad el culpado y organizad otro poder ejecutivo.»

Esta peticion se colocó sobre el altar de la patria, y en los cuatro ángulos de éste se veían una porcion de cuadernillos de papel, en los que se estamparon seis mil firmas.

Consérvase aún hoy dia en el archivo del ayuntamiento esta peticion, en la cual se descubre á las claras la mano del pueblo. Puede decirse que es la medalla

de la revolucion, acuñada con el metal derretido de la agitacion popular. Vense en toda ella multitud de nombres siniestros que salen por primera vez de la oscuridad. Estos nombres son una especie de jeroglíficos del tiempo. Los actos de ciertos hombres hoy famosos, y cuyos nombres eran entónces enteramente insignificantes, dan á sus firmas un significado retrospectivo. La vista observa con curiosidad aquellos caracteres, que parece contienen el misterio de una vida entera y el horror de toda una época. Aquí se ve la firma de Chaumette, *entónces estudiante de medicina, habitante en la calle de Mazarino, n.º 9*. Allí está la de Maillard, director de los asesinatos de Setiembre. Más adelante está la firma estrecha y prolongada de Hebert, titulado despues el *Padre Duchesne* ó el *Pueblo iracundo*, firma que tiene la figura de una araña que extiende las patas para hacer presa. Más léjos y por debajo de la de Hebert está la de Hanriot, general del terror. Mucho más abajo está la de Santerre, el último entre todos los nombres célebres de la revolucion, bajo uno ú otro aspecto. Las firmas restantes no significan más que la multitud, y en muchas de ellas se distingue que la mano temblaba al escribirlas, bien por efecto del gran desórden que allí reinaba, ó tal vez por una convulsion producida por la ira del momento. Muchas de aquellas manos no sabian escribir, y manifestaron su voluntad anónima formando sobre el papel una especie de círculo y en el centro de éste una cruz. Tambien hay varios nombres de mujeres, y otras várias firmas que se conoce ser de niños, á quienes les han llevado la mano para hacerlas. ¡Pobres inocentes que confesaban la fe de sus padres sin comprenderla, y que firmaban las pasiones del pueblo ántes de saber hablar claro la lengua de los hombres!

XIV

El ayuntamiento no habia sabido hasta las dos de la tarde los asesinatos cometidos en el Campo de Marte y los insultos que se habian prodigado á la guardia nacional enviada allí para disipar la reunion. Al mismo Lafayette, que iba guiando una de las primeras columnas que se presentaron, le habian alcanzado algunas pedradas, salidas del seno de aquella multitud. Tambien se dijo entónces que un hombre vestido de guardia nacional le habia tirado un pistoletazo; que la escolta del general se habia apoderado de este hombre y se lo habia presentado, y que él le habia perdonado generosamente, soltándole en seguida. Este rumor popular aumentó el entusiasmo que por Lafayette tenia la guardia nacional, que con este hecho, que tantos visos tenia de heroico, creyó ver á su cabeza uno de los famosos héroes de la Edad Media. Al oír esto Bailly, no vaciló en proclamar la ley marcial, desplegando en seguida la bandera encarnada, última razon contra la sedicion. Alarmados los sediciosos por su parte á la vista de aquella bandera colocada en las ventanas de la casa de la ciudad, enviaron allí doce comisionados de su seno. Estos comisionados llegaron á la sala de la audiencia atravesando un bosque de bayonetas, y pidieron que se les entregasen tres ciudadanos que habia allí presos. No se les escuchó, porque ya se habia decidido batirlos. El corregidor y el cuerpo municipal, profiriendo palabras amenazadoras, bajan á la plaza, que estaba cubierta de guardias nacionales y de un sinnúmero de habitantes de Paris. Al aspecto de Bailly precedido de la bandera encarnada, un grito unánime de entusiasmo sale de todas partes. Los guardias nacionales levantan espontáneamente sus

armas, y golpean el suelo con las culatas de sus fusiles. Electrizada la fuerza pública por la indignacion contra los clubs, sufría uno de esos estremecimientos nerviosos que atacan á las corporaciones lo mismo que á los individuos. El espíritu público estaba en fermentacion, y el golpe podia partir de un momento á otro.

Lafayette, Bailly y el cuerpo municipal se pusieron inmediatamente en marcha precedidos de la bandera encarnada y seguidos de diez mil hombres de la guardia nacional. Los batallones de granaderos de este ejército de ciudadanos iban de vanguardia. Estos batallones recibían sueldo como los demas del ejército. Un pueblo inmenso seguía, por un movimiento natural, aquella corriente de bayonetas que se dirigía lentamente hácia el Campo de Marte por los malecones y por la calle de Gros-Caillou. En tanto que se efectuaba esta marcha, la otra parte del pueblo, reunida desde por la mañana al lado del altar de la patria, continuaba firmando pacíficamente la peticion. No se les había ocultado á estos hombres que se haría una ostentacion de fuerzas para imponerles, pero nunca habían llegado á figurarse que estas fuerzas pudiesen hacer uso de sus armas contra ciudadanos indefensos. Su actitud tranquila y legal, unida á la impunidad en que habían quedado cuantas sediciones se habían promovido por espacio de dos años, les hacía creer con fundamento que aquella impunidad sería eterna. En la bandera encarnada no veían sino una ley más que despreciar.

En cuanto llegó Lafayette al glácis exterior del Campo de Marte, dividió su fuerza en tres columnas: la primera desembocó por la avenida de la Escuela militar, y las otras dos por las dos calles que cortan el glácis, á corta distancia una de otra, desde la Escuela militar al Sena. Bailly, Lafayette y el cuerpo municipal iban á la cabeza de la columna del centro, en donde también iba la bandera encarnada. Cuatrocientos tambores tocando paso de ataque, y el ruido que hacían una porción de cañones, anunciaban desde bien lejos que se aproximaba el ejército nacional. Este ruido sofocó por un momento el que producían las voces de cincuenta mil personas entre hombres, mujeres y niños que ocupaban el Campo de Marte y las alturas inmediatas. En el momento en que Bailly desembocaba en el glácis, los hombres del pueblo que dominaban desde donde estaban colocados al corregidor y á toda la fuerza que le acompañaba, prurrieron en gritos desesperados y en amenazadores ademanes contra la guardia nacional. «¡Abajo la bandera encarnada! ¡Oprobio á Bailly! ¡Muera Lafayette!» El pueblo que estaba dentro del Campo de Marte respondió unánimemente á estos gritos con otros semejantes. A las voces siguió una lluvia de terronazos, de los que algunos alcanzaron al caballo de Lafayette, á la bandera encarnada y al mismo Bailly. Se ha dicho también que se les dispararon desde lejos algunos pistoletazos, pero esto nunca ha podido probarse. El pueblo no trataba de batirse; lo único que quería era intimidar. Bailly mandó hacer las tres intimaciones legales, á las que respondió el pueblo con estrepitosos silbidos. Con la impasible dignidad de la magistratura, Bailly dió orden de dispersar al pueblo por la fuerza. Lafayette mandó al principio que los soldados disparasen al aire; pero el pueblo, envalentonado al ver que aquellas descargas no herían á nadie, se agrupó delante de la guardia nacional para insultarla, y entonces un fuego mortífero, roto á un mismo tiempo en toda la línea, mató, hirió ó derribó unos seiscientos hombres, aunque los republicanos dijeron que habían sido diez mil. Al punto entró la confusion en la multitud, y la caballería dió una carga, prepa-

rándose tambien los artilleros á hacer fuego sobre aquellas grandes masas. Si desgraciadamente se hubiese llevado á cabo esta intencion, la metralla hubiera hecho una horrorosa carnicería. No pudiendo Lafayette hacerse oír de los artilleros irridados, espoleó su caballo y fué á colocarse á la boca de uno de los cañones, salvando con este movimiento heroico á millares de víctimas.

En un instante quedó desierto el Campo de Marte, y sólo se veian en él los cadáveres de las mujeres y de los niños mezclados con los de los hombres, y algunos que otros huyendo aturdidos de la caballería. Hubo, sin embargo, unos cuantos patriotas, más intrépidos que los demas, que á pesar de aquel fuego horroroso permanecieron en los escalones por donde se subia al altar de la patria, repartién-



Los Jacobinos, al salir de los clubs, entonaban canciones patrióticas.—Pág. 120.

dose para salvarlos los cuadernillos en que estaban las firmas de la petición, como si fuesen unas hojas sagradas, ó como prendas sangrientas de la venganza futura del pueblo. Estos hombres no se retiraron hasta que estuvieron convencidos de que no se habia extraviado ninguno de aquellos cuadernos. Las columnas de la guardia nacional, y especialmente la caballería, persiguieron á los fugitivos hasta los inmediatos campos de la Escuela militar, é hicieron algunos centenares de prisioneros. Por parte de la guardia nacional no hubo ninguna desgracia; el número de las víctimas del pueblo nos es desconocido: los unos lo atenuaron por disminuir la odiosidad de una ejecucion sin lucha, los otros lo aumentaron para que fuese mayor el resentimiento del pueblo. Empezaba en esto á oscurecer, y se recogieron todos los cadáveres, que, arrojados al Sena, los llevó hácia el Océano. La opinion pública se dividió sobre la naturaleza y sobre los detalles de esta ejecucion. Los unos la tuvieron por un crimen, los otros por un deber severo, aunque triste; pero el nombre que dió el pueblo á los sucesos de este día, y bajo el cual son conocidos todavía, fué el de *la matanza del Campo de Marte*.

XV

La guardia nacional, reunida de nuevo por Mr. de Lafayette, volvió á Paris triunfante, aunque triste. Descubriase en su actitud que marchaba entre la gloria y la vergüenza, mal segura de lo mismo que habia hecho. En medio de algunas aclamaciones con que se la vitoreaba al pasar, oíanse tambien fuertes imprecaciones á media voz. Las palabras de asesinato y venganza eran más que las de civismo y adhesion á la ley. Triste y silenciosa desfiló la guardia nacional por delante del edificio en que estaba reunida aquella Asamblea que acababa de defender, y más triste y silenciosa aún por debajo de las ventanas de la monarquía, cuya causa acababa de sostener más bien que la del monarca. Bailly, frio é impasible como la ley, y Lafayette, resuelto como un sistema, no habian sabido darle otro impulso que el de sus rigurosos deberes. Terminada su faccion, volvió á arrollar la bandera encarnada, manchada ya en sangre, y se dispersó, batallon por batallon, por las sombrías calles de Paris, más bien como una gendarmería que viene de asistir á la ejecucion de un reo, que como un ejército que vuelve de obtener una victoria.

Tal fué esta jornada del Campo de Marte, que dejó respirar tres meses á la Asamblea, de los que no supo aprovecharse; que intimidó por algunos dias á los clubs, pero que no volvió ni á la monarquía ni al órden público la sangre que habia costado. Lafayette tuvo en sus manos en este dia la monarquía y la república, pero no supo apoderarse de una ni otra, ó tal vez no quiso más que restablecer la tranquilidad.

XVI

Bailly fué al dia siguiente á la Asamblea á dar cuenta del triunfo obtenido por la ley. Manifestó el dolor que se habia apoderado de su alma al verse obligado á obrar con la severa energía que le prescribia su deber. «La sublevacion se habia efectuado,—dijo,—y era preciso usar de la fuerza. El merecido castigo ha caido sobre los criminales.» El presidente aprobó en nombre de la Asamblea el comportamiento del corregidor, y Barnave dió las gracias á la guardia nacional en términos muy frios y con bastante timidez. Sus alabanzas parecian casi unas excusas, y el entusiasmo de los vencedores empezaba á disminuir. Petion lo conoció, y se levantó para hablar sobre un proyecto de decreto que acababa de proponer contra los promovedores de asonadas. Estas palabras en boca de Petion, que se sabía era amigo de Brissot y de los demas conspiradores, fueron recibidas al principio con sarcasmo por los miembros del lado derecho, y aplaudidas por los del lado izquierdo y las tribunas. Barnave los reconcilió. La victoria del Campo de Marte empezaba ya á ser objeto de contestaciones en la misma Asamblea. Los clubs volvieron á abrirse aquella noche, y Robespierre, Brissot, Danton, Camilo Desmoulins y Marat, que habian estado ocultos algunos dias, volvieron á aparecer más audaces que ántes. La indecision de sus enemigos les tranquilizó completamente. Atacando las facciones todos los dias á una ley que se contentaba con defenderse, no podian menos de lograr que aquélla se cansase muy pronto. De acusados se convirtieron en acusadores, y sus hojas volantes, que habian dejado de publicarse unos dias, aparecian de nuevo, llenas de todo el veneno que el miedo habia infiltrado en el cora-

zon de sus autores. Estos cubrieron de execración los nombres de Bailly y de Lafayette y sembraron la venganza en el ánimo del pueblo, poniendo sin cesar ante sus ojos los sangrientos sucesos del Campo de Marte. La bandera encarnada se convirtió en símbolo del gobierno y en mortaja de la libertad. Los conspiradores se dieron á sí mismos el nombre de víctimas, y alarmaron el espíritu público con fingidos relatos de las más odiosas persecuciones.

XVII

«Ved — escribía Desmoulin — á esos satélites de Lafayette que salen furiosos de sus cuarteles, ó por mejor decir, de las tabernas, y que cargan con bala delante del pueblo. Los batallones de la aristocracia se animan con esto á la carnicería, y sobre todo, en los ojos de la caballería se distingue la sed de sangre á que le incita la doble embriaguez del vino y de la venganza. Ese ejército de verdugos se encarna particularmente en las mujeres y los niños, y el altar de la patria está cubierto de cadáveres. Lafayette empapa sus manos en la sangre de los ciudadanos; ¡esas manos odiosas y viles, que siempre que las mire me parecerá que las veo destilar gota á gota esa inmensa cantidad de sangre inocente que bárbaramente han derramado, en el mismo sitio en que se habían levantado al cielo jurando defenderla!... Desde aquel fatal momento, los mejores ciudadanos se hallan proscritos ó se les prende en sus mismos lechos, apoderándose de todos sus papeles y haciendo pedazos sus prensas, en tanto que se confeccionan cada día nuevas listas de proscripción. Los moderados fijan y firman estas listas. Es preciso — dicen — purgar la sociedad de los Brissot, de los Carra, de los Petion, de los Bonneville, de los Freron, de los Danton y de los Desmoulin. ¡Danton y yo no hemos podido salvarnos de ser asesinados sino con la fuga! ¡A los patriotas se les llama facciosos!» «¡Se encuentran hombres — añadía Freron — que justifican aquellos cobardes asesinatos, aquellas delaciones y aquellas confiscaciones de las prensas! ¡Esa funesta bandera de color de sangre ha estado ocho días colocada en los balcones de la casa de la ciudad, cual lo estaban en otro tiempo en el templo metropolitano los estandartes recogidos en el campo en medio de los cadáveres de los enemigos!... Han llegado hasta apoderarse de las prensas del impresor de Marat, — dice en otra parte. — El nombre del autor debía ser suficiente para que no se tocara á aquellas prensas. La imprenta es un objeto tan sagrado como la cuna de un recién nacido, respetada antiguamente en todos los embargos judiciales. Reina en la ciudad el silencio de los sepulcros, los sitios públicos se hallan desiertos, y en los teatros no se oyen sino los serviles aplausos dados al realismo, que triunfa allí lo mismo que ha triunfado en las calles. ¡Qué impacientes estábais vos, señor Bailly, y vos, traidor Lafayette, por hacer uso de esa terrible arma de la ley marcial! No, nada podrá lavar en adelante las manchas de la sangre de vuestros hermanos que tiñe vuestras fajas y vuestros uniformes; sangre inocente que caerá gota á gota sobre vuestros corazones, y que cual veneno lento devorará hasta el último de vosotros.»

En tanto que la prensa revolucionaria introducía en las almas el veneno del resentimiento, tranquilizados los clubs por la apatía de la Asamblea y por la escrupulosa legalidad de Lafayette, sufrían de rechazo, aunque débilmente, las con-

secuencias de la victoria del Campo de Marte. Operábase una escision en el seno de los Jacobinos, entre los miembros exaltados de esta sociedad y sus primeros fundadores, Barnave, Duport y los Lameth. Esta escision habia tenido origen en la gran cuestion de la no reelegibilidad de los miembros de la Asamblea nacional para la legislativa que muy pronto debia sucederla. Los jacobinos puros, unidos á Robespierre, querian que la Asamblea nacional en masa abdicase, y se condenase de este modo al ostracismo político, para dejar el campo libre á otros hombres nuevos, más impregnados todavía del espíritu de la época. Los jacobinos moderados y los constitucionales miraban esta abdicacion como un acto tan funesto para la monarquía como perjudicial á su ambicion, porque querian apoderarse del poder que acababan de fundar. Creian que sólo ellos eran capaces de moderar el movimiento que habian excitado, y querian reinar en nombre de las leyes confeccionadas por ellos mismos.

Robespierre, por el contrario, conociendo su impotencia en una Asamblea que se compusiese de los mismos elementos que la actual, quiso que quedasen fuera en la que nuevamente iba á formarse, sujetándose á sufrir él mismo la ley que trataba de imponer á sus colegas. Es preciso convenir, sin embargo, en que Robespierre tenia otra asamblea en la que sólo se hacía oír su voz, y en la que mandaba en jefe: esta asamblea era el club de los Jacobinos. Fuese prudencia ó fuese cálculo, no se le escapaba á Robespierre que los jacobinos dominarian en una Asamblea nueva, indecisa y compuesta de hombres desconocidos la mayor parte de la nacion. Como faccioso, le bastaba con que reinasen las facciones, porque con el instrumento que él se habia creado en los Jacobinos, unido á su inmensa popularidad, tenia certeza de reinar solo sobre todas las facciones.

Al verificarse los sucesos del Campo de Marte se agitaba ya esta cuestion, cuya tendencia era á la disolucion de los Jacobinos. El club de los Fuldenses, rival del anterior y compuesto en su mayoría de constitucionales y de miembros de la Asamblea, tenia una actitud más legal y monárquica. El odio á los excesos populares y á las personas de Robespierre y Brissot inducia á los primeros fundadores del club de los Jacobinos á amalgamarse con los Fuldenses. Temblaban los Jacobinos al considerar que el imperio de las facciones huía de sus manos, y que aquellas divisiones intestinas les iban debilitando cada día más. «La corte es—decia Camilo Desmoulins—la que fomenta entre nosotros este cisma y la que ha inventado este infame medio de arruinar el partido popular; ella conoce muy bien á Lameth, á Duport, á Barnave y á Lafayette, y á otra porcion de los que primero figuraron en la sociedad de los Jacobinos. ¿Qué querian todos estos cortesanos? se ha preguntado entónces á sí misma. Querian llegar á los primeros destinos empujados por las olas de la multitud y por el viento de la popularidad, deseosos de obtener todos los mandos, de apoderarse de los ministerios, y sobre todo de juntar mucho oro. El favor de la corte, de que carecian, les impedia volar en alas de su ambicion, y á falta de éste, quisieron bogar contra la corriente, apoderándose de los remos del pueblo. Mostremos á Barnave y á los Lameth que no volverán á ser reelegidos y que no podrán llegar á obtener ningun cargo importante sin que pasen cuatro años. Entónces se pondrán furiosos y volverán á unirse con nosotros. Yo he visto á Alejandro y á Teodoro Lameth el día ántes que Robespierre hiciese adoptar la no elegibilidad. Los Lameth todavía eran patriotas entónces; al día siguiente eran



Traslacion de los restos mortales de Voltaire.
Pág. 122.

ya otros hombres distintos. «Esto no puede
»sufrirse, — decian. — Es preciso marcharse
»de Francia. ¡Cómo! ¿Los que han hecho la
»Constitucion verán impasibles que la próxima legislatura destruya una obra que
»tanto les ha costado? ¿Nos veremos forzados á oír desde las galerías de la Asam-
»blea al primer tonto que se le antoje subir á la tribuna á combatir todo lo mejor
»que hayamos hecho, sin que nosotros podamos defenderlo?» ¡Ah! ¡Pluguiera á
Dios que fuesen ellos los que saliesen de Francia! ¿No hay motivo para despreciar
profundamente á la Asamblea y al pueblo de Paris, al ver que lo que causa todas
estas disensiones es el miedo de que el poder se escape de manos de los Lameth
y de Lafayette, y de que Duport y Barnave no sean reelegidos?»

Alarmado Petion con estos síntomas de intestinas discordias, habló en un sentido conciliador en la tribuna de los Jacobinos. «Estais perdidos — dijo — si los miembros de la Asamblea os abandonan, pasándose en masa á los Fuldenses. El imperio de la opinion se os escapará, y esas innumerables sociedades cuyo espíritu dirigis en toda Francia, romperán el lazo que las une con vosotros. Anticipaos á los golpes de vuestros enemigos, dirigid una alocucion á las sociedades afiliadas, y tranquilizadlas en cuanto á vuestras opiniones constitucionales. Decidles que os calumnian y que estais muy léjos de ser facciosos; decidles tambien que, léjos de querer perturbar la tranquilidad pública, no teneis otro objeto que el de evitar

todos los disturbios con que nos amenaza la fuga del rey. Decidles, finalmente, que nos atenemos sobre este particular á la influencia imponente y rápida que vamos reconquistando en la opinion pública. Respeto á la Asamblea, fidelidad á la Constitucion, decision por la libertad y por la patria: hé aquí nuestros principios.» Esta alocucion, dictada por una hipocresía hija del miedo, fué adoptada y enviada á todas las sociedades del reino. A esta medida siguió un expurgo de la sociedad de los Jacobinos, no quedando más que el núcleo primitivo y reorganizándose en seguida por votacion pública. Petion dirigió y presidió esta operacion.

Los Fuldenses, por su parte, escribieron á las sociedades patrióticas de los departamentos, y las facciones tuvieron un momento de interregno. Las sociedades departamentales no tardaron mucho, sin embargo, en pronunciarse en masa, revolucionaria y casi unánimemente, en favor de los Jacobinos. «Union pura y sencilla con nuestros hermanos de Paris»; tal fué el grito de todos los clubs, de los cuales seiscientos enviaron sus actas de adhesion á los Jacobinos. Los diez y ocho restantes se pronunciaron por los Fuldenses. Las facciones conocieron, como lo habia conocido la nacion, la necesidad que tenian de estar unidas. El cisma de la opinion quedó sofocado por el entusiasmo de la grandeza de su obra. Petion, en una carta á sus comitentes, dió cuenta de aquellas tentativas abortadas de division entre los patriotas, y denunció á los disidentes con las siguientes palabras: «Tiemblo por el país. Los moderados tratan ya de reformar la Constitucion, y de volver al rey un poder apenas reconquistado todavía por el pueblo. El alma se entristece al considerar las siniestras intenciones de esos hombres. A mi empieza ya á faltarme el valor, y estoy muy próximo á abandonar el puesto en que vuestra confianza me ha colocado. ¡Oh, patria mia! ¡Si tú te salvas, yo exhalaré en paz mi último suspiro!»

De esta manera hablaba Petion, que empezaba ya á ser el ídolo del pueblo. No tenia este hombre ni la audacia ni el talento de Robespierre, pero le llevaba la ventaja de saberse cubrir con el vergonzoso velo de la hipocresía cuando las situaciones podian tener un doble resultado. El pueblo le tenia por honrado, y su palabra tenia sobre las masas la autoridad que da la fama, bien ó mal adquirida, de ser hombre de bien.

XVIII

La coalicion que denunciaba al pueblo era cierta. Barnave estaba de acuerdo con la corte, y Malouet, miembro elocuente y hábil del lado derecho, tenia inteligencias con Barnave. Estos dos hombres, unidos hoy y enemigos encarnizados ayer, habian concertando un plan de comun acuerdo para modificar la Constitucion. Llegado era el momento de encuadernar en un solo tomo todas aquellas leyes dispersas votadas en medio de una revolucion que contaba treinta meses de existencia. Separando en esta revision de las actas de la Asamblea la parte orgánica de la que no lo era, no podia ménos de suceder que tuviesen que volverse á discutir todos ó casi todos los artículos de la Constitucion. Para corregirlos en sentido más monárquico, era preciso aprovechar la nueva reaccion que la victoria de Lafayette habia producido. Lo que la pasion y la ira habian arrebatado á las prerogativas de la Corona, la razon y la reflexion podian devolvérselo. Los mismos hombres que habian colocado el poder ejecutivo en manos de la Asamblea, confiaban ahora en arran-

cárselo, creyendo que nada había imposible para su elocuencia y popularidad. Estos hombres, como todos los que suben en alas del movimiento revolucionario, creían que les sería mucho más fácil bajar, porque no reparaban que aquellas fuerzas de que tan enorgullecidos estaban no eran suyas propias, sino de aquella misma revolución que les había hecho subir á la altura en que se encontraban. Los sucesos iban á enseñarles muy pronto que no hay fuerzas suficientes contra las pasiones, cuando se ha cedido una vez á ellas. La fuerza de un hombre de Estado es su carácter, y una pequeña consideración con las facciones, ó la concesión más insignificante, son compromisos contraídos con ellas de que no es fácil desprenderse. En cuanto uno ha consentido en servirles de instrumento, podrá llegar á ser su ídolo ó su víctima; jamás conseguirá dominarlas como dueño y señor absoluto. Barnave iba á conocerlo demasiado tarde, y los girondinos debían conocerlo despues.

Malouet puso en conocimiento de los principales miembros del partido realista el plan que había combinado con Barnave, que sustancialmente era como sigue: Malouet subiría á la tribuna, y en un discurso vehemente y razonado atacaría todos los vicios de la Constitución; demostraría al mismo tiempo que, si la Asamblea no trataba de corregir estos vicios ántes de presentar la Constitución para que fuese jurada por el rey y por el pueblo, éstos no jurarían sino la anarquía. Los trescientos miembros del lado derecho debían apoyar con sus aplausos las acusaciones del orador. Entónces Barnave se levantaría aparentemente irritado, pidiendo la palabra para contestar al preopinante, y en un discurso capcioso vengaría á la Constitución de las invectivas de Malouet, conviniendo, sin embargo, en que aquella Constitución, improvisada en el ardor del entusiasmo de una revolución y bajo la influencia de azarosas circunstancias, podía tener algunas imperfecciones. Entónces debía proseguir su discurso diciendo que la reflexión y la sabiduría de la Asamblea podían remediar aquellos pequeños defectos ántes de separarse, y que entre otras mejoras de que aquella obra era susceptible, podrían retocarse dos ó tres artículos en que las atribuciones de los poderes ejecutivo y legislativo no estaban bien definidas; concluyendo con que esto podía hacerse de suerte que se restituyese al poder ejecutivo la independencia y acción indispensables á su existencia. Los amigos de Barnave, de Lameth y de Duport, y todos los demás miembros del lado izquierdo ménos Robespierre, Petion, Buzot y los republicanos, apoyarían estrepitosamente aquel discurso, y en seguida se nombraría una comisión especial para revisar los artículos en cuestión. Esta comisión terminaría su trabajo ántes que finalizase aquella legislatura, y los trescientos votos de Malouet, unidos á los constitucionales que seguían á Barnave, constituirían una mayoría inmensa en favor de aquellas enmiendas, que habían de restaurar la monarquía.

XIX

Los miembros del lado derecho se negaron unánimemente á apoyar este plan. «Corregir la Constitución, sería sancionar la revolución. Unirse á los facciosos, sería convertirse en facciosos. Restaurar la monarquía por mediación de Barnave, sería degradar al rey hasta el extremo de hacerle estar reconocido á un faccioso. Sus esperanzas no eran tan insignificantes que no le quedase otro remedio á su

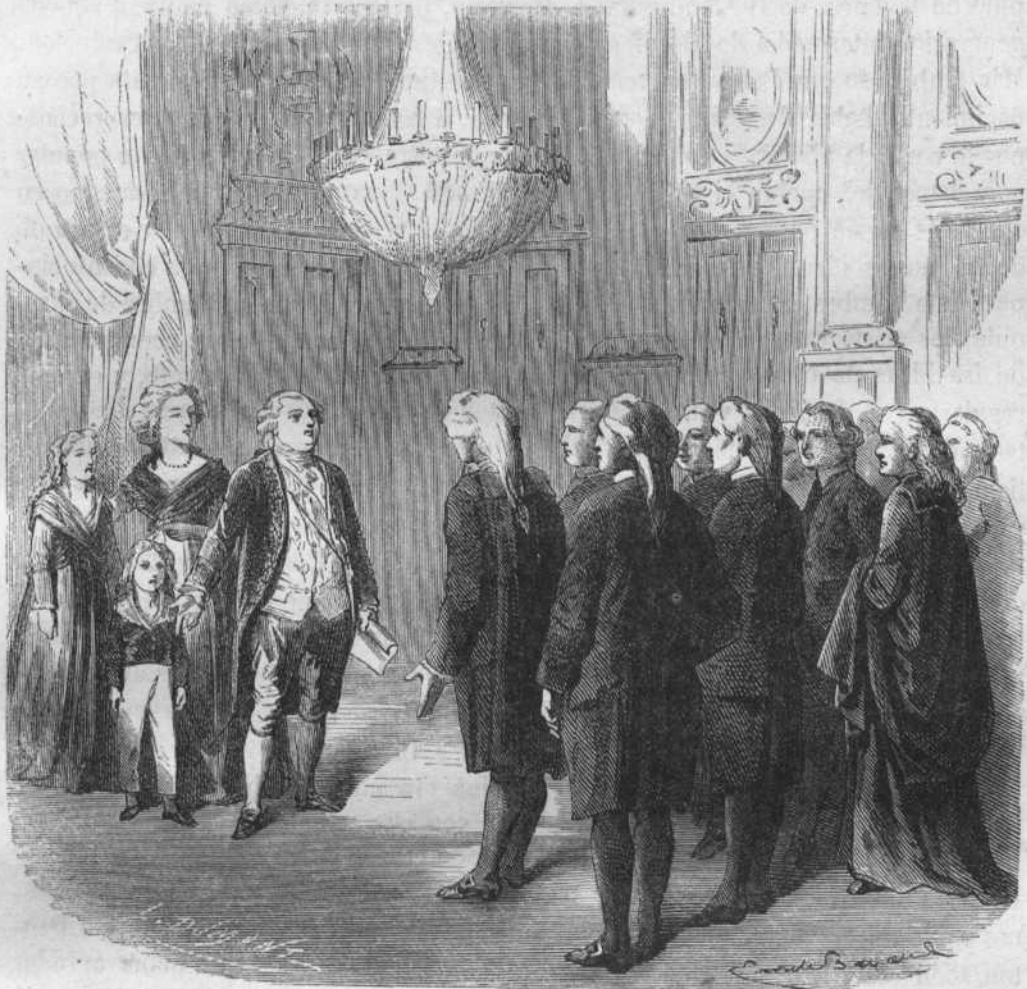
partido que el de aceptar aquel ridículo papel que le habian repartido en una comedia de revolucionarios asustados. Tampoco fundaban sus esperanzas en que el mal se remediase; al contrario, deseaban que se empeorase, porque el mismo desorden volveria á traer el orden. El rey estaba en las Tullerías, pero la monarquía no estaba allí, estaba en Coblenza y sobre todos los tronos de Europa. Las monarquías eran solidarias, y ellas sabrian restaurar el trono en Francia sin necesidad de ponerse de acuerdo con los que le habian derribado.»

Así discurrían los miembros del lado derecho. Las pasiones y los resentimientos personales cerraban sus oídos á los sanos consejos de la moderacion y de la prudencia, y la monarquía caminaba á una inevitable catástrofe, empujada sistemáticamente tanto por sus enemigos como por sus mismos amigos. El plan abortó, como era consiguiente.

En tanto que el rey prisionero mantenía dobles y secretas inteligencias, ya con sus hermanos emigrados para enterarse de lo que podria prometerse de la energía de las potencias extranjeras, ya con Barnave para intentar atraer á su partido á la Asamblea, ésta iba perdiendo su antiguo ascendiente, y el espíritu de la revolucion, desertando de aquel recinto en que nada tenia que esperar, iba á animar los clubs y las municipalidades y á influir en las próximas elecciones. La Asamblea habia ya cometido la falta de declarar á sus miembros no elegibles en la próxima legislatura.

Esta renuncia que habia hecho de sí misma, y que tenia el aspecto de un heroísmo desinteresado, era en realidad el sacrificio de la patria, era, en fin, el ostracismo de las notabilidades y el triunfo seguro de las medianías. Por rica que sea una nacion en talentos y en virtudes, nunca cuenta un número ilimitado de grandes ciudadanos. La naturaleza es muy avara en este punto. Muy difícil es encontrar reunidas las condiciones sociales que son necesarias para formar un hombre público. Inteligencia, luces, virtud, carácter independiente, bienes de fortuna, reputacion bien adquirida y abnegacion sublime, son cosas que rara vez concurren en un solo individuo. No se decapita impunemente á toda una sociedad. Las naciones son como el suelo que pisamos; despues que se ha quitado la tierra vegetal, se encuentra la toba, y ésta es estéril. La Asamblea constituyente habia olvidado esta verdad, ó por mejor decir, su abdicacion era muy parecida á una venganza. El partido realista habia votado la no reeleccion á fin de que la revolucion, dirigida por otras manos que las de Barnave, diese en todos los excesos de la demagogia. El partido republicano habia votado lo mismo por destruir á los constitucionales. Estos votaron en igual sentido por castigar la ingratitud del pueblo, y por hacer que les echasen de ménos en vista de la gran diferencia que forzosamente habia de haber entre ellos y sus sucesores. En resúmen, este voto fué hijo de todas las pasiones distintas que se agitaban dentro y fuera de la Asamblea, malas todas ellas, y que no podian producir sino la ruina de todos los partidos. Sólo el rey era el que no aprobaba esta medida, porque presentia el arrepentimiento de la Asamblea nacional, y porque estaba de acuerdo con sus principales caudillos y era depositario del secreto de muchas conciencias. Una nacion nueva, desconocida é impaciente, iba á presentársele frente á frente en la nueva Asamblea, y tanto por lo que se traslucia en los periódicos, como por lo que se decia en los clubs y en las calles y plazas públicas, no le quedaba duda sobre quiénes serian las personas

en que el pueblo depositaria su confianza. El rey prefería tener enemigos conocidos, muchos de ellos fatigados ya de la lucha y otros ganados á su favor, á hárselas con unos enemigos nuevos y fogosos, que querrian sobrepujar en exigencias á los que les habian precedido. A éstos no les quedaba ya otra cosa que hacer que derribar el trono, y al rey no le quedaba nada que concederles sino su vida.



Una diputacion de la Asamblea nacional entrega al rey el decreto de amnistia general.—Pág. 133.

Los nombres de los principales candidatos para la nueva Asamblea se leian casi en todas las hojas volantes, y eran por Paris Brissot, Condorcet y Danton, y por los departamentos Vergniaud, Guadet, Isnard, Louvet, Gensonné, que fueron despues los girondinos, así como Thuriot, Merlin, Carnot, Couthon, Danton y Saint-Just, que, unidos despues á Robespierre, fueron alternativamente sus instrumentos ó sus víctimas.

Condorcet era un político tan intrépido en sus actos como atrevido en sus especulaciones. Su política era la consecuencia legitima de su filosofía; creia en la divinidad de la razon y en la omnipotencia de la inteligencia humana, dominada por la libertad. Ese cielo, morada de todas las perfecciones ideales, en donde el hombre espera hallar delicias inefables, no existia para Condorcet, que creia que la tierra era su paraíso. Su ciencia consistia en su virtud, y su dios era el espíritu

humano. Le parecía que este espíritu, fertilizado por la ciencia, debía triunfar de todas las resistencias que le opusiese la materia y descubrir todas las potencias creadoras de la naturaleza para renovar la faz de la creación. Su política era hija de este sistema, cuyo principal dogma era adorar el porvenir y detestar lo pasado. Poseía el frío fanatismo de la lógica, y la ira concentrada de la convicción. Discípulo de Voltaire, de D'Alembert y de Helvecio, pertenecía, como Bailly, á aquella generación intermedia de filósofos que habían despejado el camino á la revolución. Más ambicioso que Bailly, no tenía la impasibilidad de éste, y aristócrata por su nacimiento, había desertado, como Mirabeau, á las filas del pueblo. Despreciado por la corte, la aborrecía con el odio de los desterrados, y se había hecho popular para hacer del pueblo el ejército de la filosofía. No quería la república sino en cuanto le servía para destruir las preocupaciones, y con tal de obtener el triunfo de las nuevas ideas, hubiera adoptado de buena gana una monarquía constitucional. Este hombre era más bien un adalid de la revolución que un hombre de anarquía; los aristócratas, al pasarse al partido del pueblo, van siempre acompañados de las ideas de orden y de superioridad que abrigaban anteriormente, y quieren regularizar el desorden y dirigir hasta las tempestades. Los verdaderos anarquistas son los que, impacientes por haber obedecido siempre, se sienten al mismo tiempo incapaces de mandar. Condorcet redactaba desde 1789 la *Crónica de París*, periódico de doctrinas constitucionales, en el que se distinguía bajo las palpitaciones de la ira la mano elegante y fría del filósofo. Si Condorcet hubiese estado dotado del calor y hubiese tenido su lenguaje el colorido que tenía el de Mirabeau, le hubiese igualado en la nueva Asamblea. Tenía la fe y la constancia de aquél, pero carecía del acento sonoro que resuena en las almas de los demás al oír á los hombres que lo poseen. El club de electores de París, que se reunía en la Santa Capilla, quería elegir diputados á Condorcet y á Danton.

Danton, que al principio de la revolución era un abogado oscuro de uno de los tribunales de París, había ido creciendo con ella, y había adquirido esa celebridad que concede fácilmente el pueblo á todo el que ve y oye por todas partes. Era éste uno de esos hombres que parece que nacen del hervor de las revoluciones y que van nadando sobre el tumulto, hasta que son devorados por él. En Danton todo era atlético, brusco y vulgar como las masas, á las que debía agradar forzosamente por la gran semejanza que con ellas tenía. Su elocuencia se parecía mucho á la explosión de las turbas, y su sonora voz era muy semejante al rugido de la sublevación. Sus frases, cortas y terminantes, eran tan concisas y ejecutivas como las voces militares de mando, y su ademán irresistible daba impulso á las reuniones de amotinados. Toda su política consistía entonces en su ambición, y sin principios fijos, no quería de la democracia sino el desorden. Este hombre había hecho de ella su elemento, y se había lanzado resueltamente en sus brazos, ménos por dominarla que por experimentar ese placer sensual que encuentra el hombre en el movimiento acelerado que le arrebató. Embriagábase con el vértigo revolucionario, como hubiera podido embriagarse con el vino, y resistía bien esta embriaguez. Tenía siempre la superioridad de la calma en la confusión que creaba para dominarla. Conservando su sangre fría aún en medio de sus mayores arrebatos, excitaba la hilaridad de los clubs cuando más furiosos estaban. Danton divertía al pueblo y le apasionaba á un mismo tiempo. Satisfecho de este doble



DANTON.



ascendiente que sobre él tenía, no pensaba siquiera en respetarle, y no le hablaba de principios ni de virtud, sino de fuerza, único ídolo que él adoraba. Todos los medios eran buenos para él, que podía llamarse el hombre de Estado de las circunstancias, porque jugando con el movimiento, sin otro objeto que entretenerse con lo terrible que el mismo juego tenía en sí, miraba con indiferencia la única responsabilidad que de ello podía resultarle, que era el que una casualidad le hiciese perder la cabeza.

Para semejantes hombres no podían ménos de ser indiferentes el despotismo ó la libertad. El desprecio que hacía del pueblo debía inclinarle más bien á la tiranía que á otra cosa. Cuando no se ve nada divino en los hombres, el mejor partido que puede sacarse de ellos es sujetarlos, porque no se sirve bien sino á aquellos que se respeta. Danton estaba con el pueblo porque habia nacido en él, y porque le parecia que debía triunfar; pero le hubiese vendido sin el menor escrúpulo, del mismo modo que le servia. La corte conocia el precio de sus convicciones, y él la amenazaba para que tuviese interes en comprarle; de suerte que sus mociones, por revolucionarias que fuesen, no eran más que la subasta de su conciencia. Mezclábase el interes en todas las intrigas, y no se alarmaba su probidad por las ofertas que se le hacian. Comprábanle los partidos todos los dias, y al dia siguiente estaba otra vez de venta. Mirabeau, Lafayette, Montmorin, Mr. de Laporte, intendente de la lista civil, y el duque de Orleans, sabian muy bien el secreto de su venalidad, porque todos le habian comprado alternativamente. El oro procedente de todas estas fuentes impuras no le habia enriquecido, porque lo gastaba con la misma facilidad que lo adquiria. Cualquiera otro se hubiese avergonzado delante de los hombres que poseian el secreto de su venalidad, pero éste los miraba cara á cara sin ruborizarse. Danton era el punto céntrico de todos esos hombres que en los grandes sucesos no tratan sino de engrandecerse, pero con la diferencia de que aquéllos tienen toda la bajeza del vicio, y Danton era héroe hasta en sus mismas debilidades. Su inteligencia se aproximaba mucho al genio; la incredulidad, que era la enfermedad de su alma, era tambien, á su modo de ver, la fuerza de su ambicion, y la cultivaba con esmero, como elemento de su futura grandeza. Infundíale desprecio todo el que era capaz de respetar alguna cosa, y semejante hombre no podia ménos de tener un inmenso ascendiente sobre las masas. Agitábalas y hacíales subir hasta la superficie, dispuesto á embarcarse en cualquier mar, áun cuando fuera de sangre.

Brissot de Warville era otro de los candidatos por Paris. Este hombre fué el fundador del partido de los Girondinos, y primer apóstol y mártir de la república. Preciso es, por lo tanto, que le conozcamos á fondo.

Brissot era hijo de un pastelero de Chartres, en donde habia hecho sus primeros estudios con su compatriota Petion. Literato aventurero, habia empezado á usar el apellido de Warville, que no era el suyo, á pesar de que la nobleza de un plebeyo consiste en no avergonzarse del apellido de su padre. Brissot no era escrupuloso en esta materia, por cuya razon se apoderó de uno de esos apellidos aristocráticos, contra los cuales iba á sublevarse dentro de poco proclamando la igualdad. Semejante en todo á Rousseau, ménos en el talento, trató de hacer fortuna de mil maneras, y se vió mucho más miserable que aquél ántes de llegar á obtener nombradía. Los caracteres de los hombres suelen degradarse con esa lucha que tienen

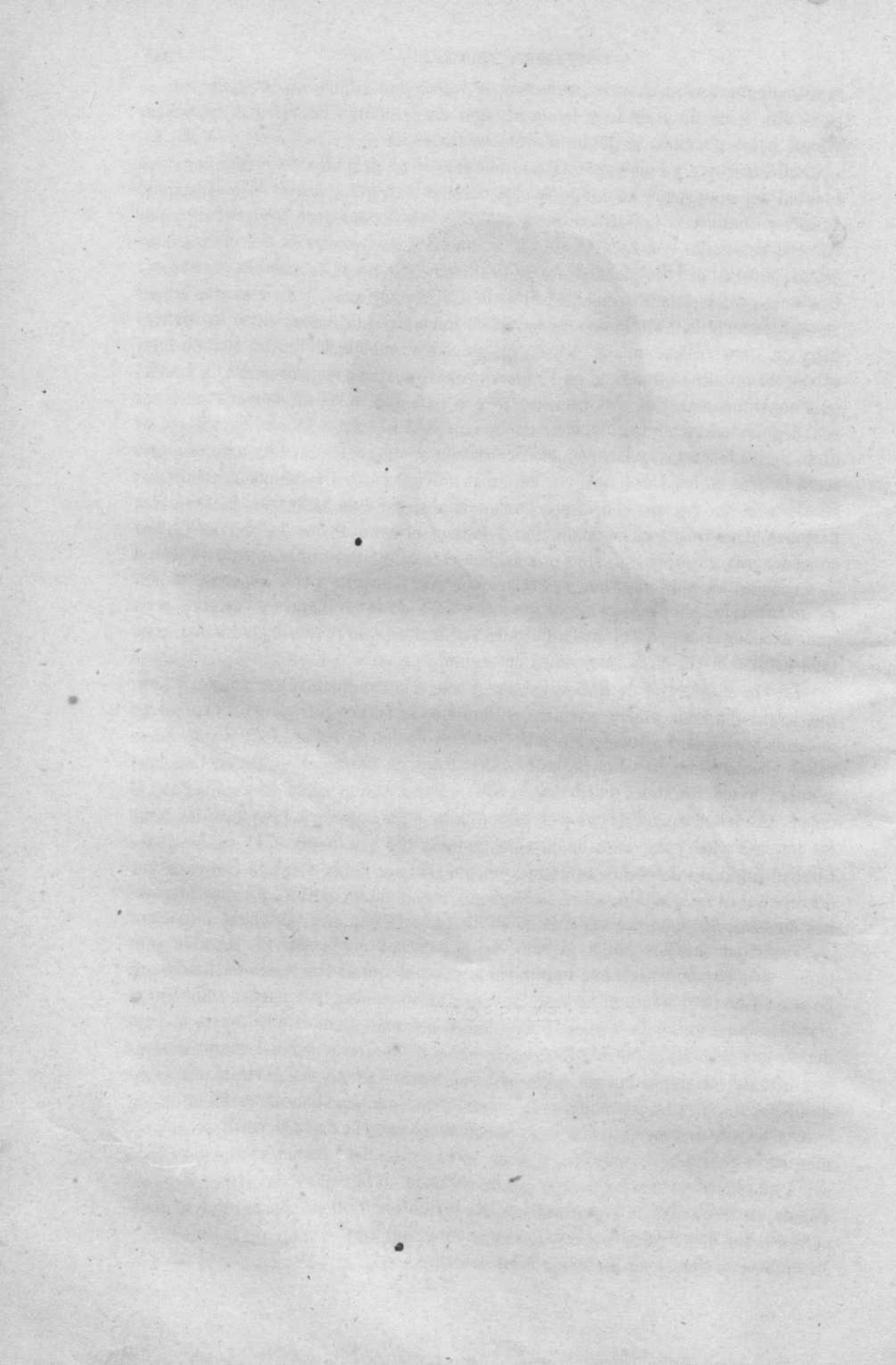
que sostener para atender á su subsistencia, por el roce que forzosamente han de tener con todo lo más degradado y corrompido de las grandes ciudades. Rousseau habia paseado su indigencia y sus sueños á través de la naturaleza, cuyo espectáculo lo purifica todo, y habia salido de esta lucha convertido en filósofo. Brissot habia arrastrado su miseria y su vanidad por las calles de Paris y de Lóndres, y por esas sentinas de infamia donde pululan los aventureros y los libelistas. De estos sitios habia salido hecho un intrigante.

Sin embargo, en medio de tantos vicios que habian hecho dudosa su probidad y sospechoso su nombre, alimentaba en el fondo de su alma tres virtudes capaces de sacarle de áquel envilecimiento, que consistian en un amor tierno hácia una hermosa jóven con quien habia casado á disgusto de su familia, en la aficion al trabajo, y en un valor contra las adversidades de la vida, que tuvo que desplegar más tarde contra la muerte. Su filosofía era la de Rousseau; creia en Dios y tenia fe en la libertad, en la verdad y en la virtud. Habia en su alma un gran fondo de interes por la humanidad, virtud que en los filósofos reemplaza á la caridad cristiana; aborrecia la sociedad porque no hallaba en ella sitio en que colocarse; pero lo que más aborrecia en ella eran sus preocupaciones y sus perpetuos engaños. Hubiera querido este hombre poderla rehacer, no tanto en su beneficio como en provecho de la misma sociedad, y hubiera consentido gustoso en sepultarse entre sus ruinas, con tal que estas ruinas hubiesen abierto campo al plan ideal que él se habia formado del gobierno de la razon. Brissot fué al principio uno de esos talentos mercenarios que escriben para quien les paga, y su pluma habia estado á disposicion de todos los ministros, particularmente á la de Turgot. Leyes criminales, teorías económicas, diplomacia, literatura, filosofía, y hasta libelos, á todo se prestaba su pluma con tal de que le resultase alguna utilidad. Deseoso de hacerse con el apoyo de todos los hombres poderosos ó célebres, habia incensado á Voltaire y á Franklin, lo mismo que á Marat. Conocido de madama de Genlis, le debia el haber entrado en relaciones con el duque de Orleans. Enviado á Lóndres por el ministro para desempeñar una comision de ésas que nunca se dicen por no avergonzarse, se habia unido al redactor del *Correo de Europa*, periódico que se imprimia en frances en Inglaterra, y cuyas ideas atrevidas y avanzadas causaban bastante inquietud á la corte de las Tullerías. Vendióse entónces á Swinton, propietario de aquel periódico, y le redactó en un sentido favorable á las miras de Vergennes. Allí conoció algunos libelistas, y entre ellos á Morande. Estos escritores rechazados por la sociedad, se convierten á menudo en unos malvados de pluma, que viven á la vez con los escándalos del vicio y con el salario del espionaje. El contacto que tuvo Brissot con estos hombres le contaminó y le hizo aparecer muchas veces como cómplice suyo. Esta mancha le acompañó toda su vida, y sus enemigos la hicieron resaltar; de suerte que para borrarla tuvo que apelar á la estimacion pública.

Vuelto á Francia cuando se manifestaron los primeros síntomas revolucionarios, habia espiado las fases sucesivas de la revolucion, con la ambicion inquieta de un hombre impaciente y con la indecision del que no sabe por dónde soplará el viento. Muchas veces se habia engañado y comprometido, por haberse decidido precipitadamente por ciertos hombres cuyo poder parecia indestructible, y Lafayette fué uno de éstos. Brissot, siendo redactor del *Patriota Frances*, habia aven-



BRISSOT.



turado alguna vez ideas revolucionarias, y queriendo adular un porvenir que le parecía no estar muy distante, habia ido más de prisa que las mismas facciones, lo cual habia merecido la désaprobacion de Robespierre.

«Miéntras que yo me contentaba—dice éste—con defender los principios de la libertad sin mezclarme en ninguna otra cuestion extraña, ¿qué es lo que haciais, Brissot y Condorcet? Conocidos hasta entónces por vuestra gran *moderacion* y por vuestras relaciones con Lafayette, fuísteis mucho tiempo sectarios del club aristocrático del 89, cuando de repente salió de vuestras bocas la palabra *república*. Entónces esparcísteis un periódico titulado *El Republicano*, y los espíritus empezaron á fermentar. La sola voz de república introduce la division entre los patriotas y da á nuestros enemigos el pretexto plausible, que hacia mucho tiempo buscaban, de publicar que existe en Francia un partido que conspira contra la monarquía constitucional. Con este pretexto se nos persigue, y los ciudadanos pacíficos son degollados en el mismo altar de la patria. A nosotros se nos señala con el título de los facciosos, y la revolucion retrocede medio siglo. En esta época se presenta Brissot en los Jacobinos, donde jamás habia estado, á proponer la república; cuestion de que por prudencia nos habíamos abstenido de hablar en la Asamblea nacional. ¿Qué fatalidad ha conducido á Brissot al seno de los Jacobinos? Quiero conceder que no fuese esto sino una astucia ratera, ó tal vez una imprudencia hija de su ineptitud; pero hoy, que sus relaciones con Lafayette y con Narbona no son ya un misterio; hoy, que ya no oculta sus planes de innovaciones peligrosas, sepa que la nacion rompería al instante todas las tramas que tantos años les han costado urdir á él y á otros intrigantes de segundo orden.»

Tal era el lenguaje de Robespierre respecto á la candidatura de Brissot; y aunque la envidia tenia mucha parte en él, tampoco le faltaba justicia para expresarse en estos términos. La revolucion y la contrarevolucion le rechazaban y le deshonoraban al mismo tiempo. Los antiguos amigos que se habia adquirido en Lóndres, y sobre todos Morande, que habia vuelto á Paris, valido de la impunidad de la época, revelaban en *El Argos* y en pasquines que ponian por las esquinas las ocultas intrigas y los escándalos de la vida literaria del que habia sido su asociado. Citaban infinidad de cartas auténticas en que Brissot habia mentido con el mayor descaro sobre su apellido, sobre la jerarquía social de su familia y sobre los bienes de su padre, todo por captarse la confianza de Swinton y por darse importancia, por cuyos medios habia pegado varios petardos en Inglaterra. De todo esto tenian pruebas convincentes. Imputábanle ademas que, so pretexto de fundar un liceo en Lóndres, aunque en realidad para apropiársela, habia sacado una suma considerable á un tal Desforges. No contentos con esto, demostraron hasta la evidencia que Brissot, al salir de Inglaterra, habia dejado en poder del citado Desforges ochenta cartas por las que se probaba su infame participacion en el comercio de libelos que hacian sus amigos. Los periódicos que atacaban su candidatura se apresuraron á denunciar todos estos escándalos, para hacer que perdiese la opinion en el concepto del público, y hasta se le acusó de haberse apropiado cierta suma que hacia ya mucho tiempo estaba olvidada en la caja de las Hijas de Santo Tomás, de cuyo distrito era presidente. Su justificacion ofreció bastante dificultad; pero á pesar de ser algo oscura, fué suficiente para que el club de la calle de la Michodiere declarase su inocencia é integridad.

Otros periódicos, sin mezclarse en su vida privada, hablaron solamente de la política y tomaron su defensa, ciñéndose, sin embargo, á lamentarse de la calumnia. Su amigo Manuel, redactor de un periódico cínico, trató de consolarle en estos términos: «Las manchas de la calumnia caen sobre los hombres políticos en la época de las elecciones, y siempre dejan algun vestigio sobre el que ha sido calumniado; pero para que triunfen los enemigos del pueblo no hay medio mejor que el de degradar al que les combate sin temor. A mí mismo no me faltan votos, á pesar de mi chochez y de mi afición á la botella. Dejad al Padre Duchesne y nombrad á Brissot, que vale más que yo». Marat, en *El Amigo del Pueblo*, hablaba de Brissot en términos ambiguos. «Jamás—decía—he visto en Brissot un patriota franco. Bien sea por ambicion, bien por bajeza, ello es que hasta aquí ha faltado á los deberes de un buen ciudadano. ¿Por qué ha tardado tanto en abandonar á ese general hipócrita? ¿Por qué ha comido hasta ahora en el mismo plato de Lafayette? ¡Pobre Brissot! Ahora eres víctima de la perfidia de un criado de palacio y de un cobarde traidor. ¡Cómo ha de ser! Ten paciencia, pobre amigo mio, porque la suerte que ahora te cabe es la que está reservada á todos los hombres tan indecisos como tú. Has disgustado á todo el mundo, y nunca serás nada. Si aún te queda algun sentimiento de dignidad, apresúrate á hacer que tu nombre sea borrado de la lista de candidatos para la próxima legislatura.» De este modo, y siendo objeto de befa para ambos partidos, se presentaba por primera vez en la escena política este hombre, que hacía vanos esfuerzos por apartar de sí el desprecio que habian hecho recaer sobre su nombre las faltas de su juventud, para entrar en la austeridad de un nuevo é importante papel político, apareciendo como un hombre medio intrigante y medio virtuoso. Brissot, que habia de ser con el tiempo el centro de union de los girondinos, revelaba ya entónces en su carácter todo lo que se desarrolló más tarde en los destinos de su partido, porque reunia á la intriga del patriotismo la estoica serenidad del mártir.

Entre los candidatos por Paris descollaba Pastoret, hijo del Mediodía, aunque prudente y astuto como los hombres del Norte, que, bien quisto con todos los partidos, ofrecia garantías suficientes á la revolucion, sin dejar por eso de manifestar una adhesion secreta al rey, que le mantenía en su confianza. Llevado de aquí para allá por el favor de estas dos opiniones, su talento le impulsaba á buscar fortuna, pero sin salirse jamás de los límites de la honradez. Los otros eran Lacedepe, Cerutti, Herault de Sechelles y Gouvion, ayudante de campo de Lafayette. Las elecciones del departamento llamaron poco la atencion, porque todas las notabilidades pertenecían á la Asamblea nacional; por consiguiente, el ostracismo que ésta se habia impuesto dejaba el campo expedito á los talentos de segundo orden. Unos hombres desconocidos todavía no podían entusiasmar á nadie, y el público tenia fija la atencion en los nombres que iban á desaparecer de la escena política. Un país nunca adquiere dos nombradías, y la de Francia desaparecía con los miembros de la Asamblea que iba á disolverse, para que surgiese otra Francia enteramente distinta de la anterior.

LIBRO CUARTO.

Diputacion de la Gironda.—Agitacion de los clubs.—Oradores al aire libre.—Traslacion de las cenizas de Voltaire al Panteon.—Juicio critico de sus obras y de su carácter.—Revision de la Constitucion por la Asamblea nacional.—El rey acepta la Constitucion.

I

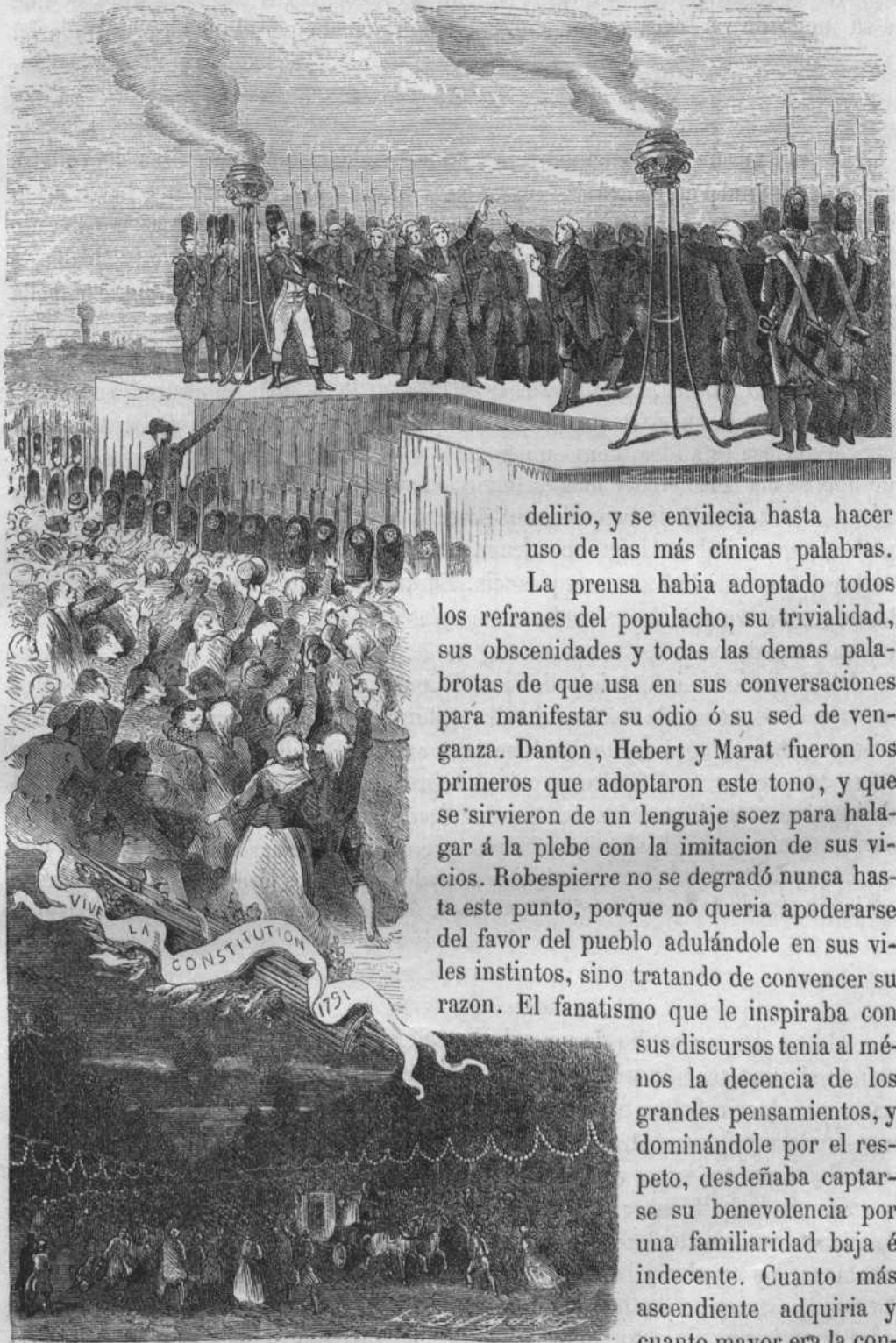
Presentábase entre tanto un nuevo movimiento político por el lado del Mediodía, y Burdeos estaba en fermentacion. El departamento de la Gironda acababa de crear de un golpe todo un partido político con el nombramiento de sus doce diputados. Este departamento, distante de Paris, iba á apoderarse de un solo golpe del imperio de la opinion y de la elocuencia. Los nombres oscuros hasta entónces de Ducos, de Guadet, de Grangeneuve, de Gensonné y de Vergniaud iban á hacerse célebres con las borrascosas desgracias de su patria. Estos hombres estaban destinados á imprimir en la revolucion, indecisa todavía, un movimiento que habia de precipitarla en la república. ¿Por qué habia de venir este impulso del departamento de la Gironda, y no de Paris? Arriesgado sería hacer otra cosa que meras conjeturas sobre este particular. Sin embargo, era más fácil que estallase el movimiento republicano en Burdeos que en Paris, en donde la presencia de la corte, y la continua accion que sobre la poblacion ejercia desde tiempos muy remotos, enervaban la independenciam de los caracteres y la austeridad de los principios, que son las bases fundamentales del civismo. Los Estados del Languedoc y los hábitos consiguientes á una provincia administrada por sí misma, debian predisponer á los habitantes de la Gironda á tener un gobierno electivo y federativo.

Burdeos era un país parlamentario. Los Parlamentos habian sostenido por todas partes el espíritu de resistencia, y aún habian creado muchas veces el espíritu de faccion contra la Corona. Burdeos era un pueblo comercial, que como todos los que se hallan en igual caso, amando la libertad por propio interes, concluyen por contraer el sentimiento de ella. Burdeos era una ciudad colonial y la grande escala de América en Francia. Las continuas relaciones entre su marina mercantil y los americanos habian introducido en la Gironda un gran entusiasmo por las instituciones liberales. Era, finalmente, Burdeos un país más á propósito y más expuesto á los rayos de la filosofía que el centro de Francia; así es que habia germinado allí sin ningun auxilio extraño ántes de germinar en Paris. Burdeos era la patria de Montaigne y de Montesquieu, primeros republicanos célebres del pensamiento frances. El uno habia sondeado libremente los dogmas religiosos; el otro habia penetrado en lo más recóndito de las instituciones políticas. El presidente

Dupaty habia fomentado allí despues el entusiasmo por la nueva filosofia. Era ademas Burdeos una tierra casi romana, en donde las tradiciones de la libertad y del foro romano se habian perpetuado en el Parlamento. Existian aún allí ciertos vestigios de la antigüedad, y Burdeos era más republicana aún en su elocuencia que en su opinion. Descubriáse aún en su patriotismo algo del énfasis latino, y era de esperar que la república naciese donde habian nacido Montaigne y Montesquieu.

II

El momento de las elecciones fué la señal de un encarnizado combate entre la prensa periódica. El método ordinario de distribuir los periódicos no se consideró ya suficiente, por lo cual se encargó la direccion de la opinion pública á una porcion de repartidores de nueva invencion, que, gritando por las calles su contenido, hacian mayor la expencion. Inventáronse ademas ciertos periódicos-carteles que se fijaban en las esquinas de las calles y plazas públicas, á fin de que el pueblo pudiese leerlos cómodamente. Unos oradores nómadas, inspirados ó pagados por los diferentes partidos, estaban fijos allí para comentar aquellos escritos con todo el calor que da la pasion. Loustalot en *Las Revoluciones de Paris*, periódico fundado por Prudhomme y continuado despues por Chaumette y por Fabre-d'Eglantine, Marat en *El Publicista* y en *El Amigo del Pueblo*, Brissot en *El Patriota Frances*, Gorsas en *El Correo de Versalles*, Condorcet en la *Crónica de Paris*, Cerutti en *La Hoja de la Aldea*, Camilo Desmoulins en los *Discursos del Reverbero* y en *Las Revoluciones de Brabante*, Freron en *El Orador del Pueblo*, Hebert y Manuel en *El Padre Duchesne*, Carra en los *Anales Patrióticos*, Fleydel en *El Observador*, Lacos en el *Diario de los Jacobinos*, Fauchet en *La Boca de Hierro*, Royou en *El Amigo del Rey*, Champenetz y Rivarol en las *Actas de los Apóstoles*, y Suleau y Andres Chenier en varias hojas realistas ó moderadas, agitaban en todos sentidos el espíritu público, cuyo dominio se disputaban. Parecía que la antigua tribuna de los romanos se habia trasladado á la casa de cada ciudadano, y habia enseñado su lenguaje á todas las clases, aún á las ménos ilustradas. La ira, los recelos, el odio, la envidia, el fanatismo, la credulidad, la injuria, la sed de sangre, los terrores pánicos, la locura, la razon, la revolucion, la fidelidad, la elocuencia y la ignorancia, cada una de estas cosas tenia su órgano en este desconcierto de todas las pasiones civiles. La ciudad se embriagaba todas las noches con los cálidos miasmas producidos por la fermentacion de tantas pasiones distintas, y nadie trabajaba. La única ocupacion del pueblo era una vigilancia sin intermision sobre el trono y sobre las maquinaciones, reales ó ficticias, de la aristocracia, con lo que creia prevenirlas y salvar la patria. Los gritos de los revendedores de periódicos, las canciones patrióticas que cantaban los jacobinos al salir de los clubs, las reuniones tumultuosas, las convocatorias para las ceremonias cívicas y los terrores ficticios sobre la falta de subsistencias, tenian á las masas de la ciudad y de los arrabales en una continua agitacion. La opinion pública no dejaba dormir á nadie. La indiferencia hubiese parecido traicion, y era preciso ponerse furioso, ó al ménos fingirlo, para estar á la altura del espíritu público. Cada nueva circunstancia aumentaba las pulsaciones de esta calentura, infiltrada por la prensa en todas las venas de la nacion. Su lenguaje participaba del



Proclamacion de la Constitucion en el Campo de Marte.—Pag. 137.

delirio, y se envilecia hasta hacer uso de las más cínicas palabras. La prensa habia adoptado todos los refranes del populacho, su trivialidad, sus obscenidades y todas las demas palabrotas de que usa en sus conversaciones para manifestar su odio ó su sed de venganza. Danton, Hebert y Marat fueron los primeros que adoptaron este tono, y que se sirvieron de un lenguaje soez para halagar á la plebe con la imitacion de sus vicios. Robespierre no se degradó nunca hasta este punto, porque no queria apoderarse del favor del pueblo adulándole en sus viles instintos, sino tratando de convencer su razon. El fanatismo que le inspiraba con sus discursos tenia al ménos la decencia de los grandes pensamientos, y dominándole por el respeto, desdeñaba captarse su benevolencia por una familiaridad baja é indecente. Cuanto más ascendiente adquiria y cuanto mayor era la confianza que en él tenian las masas, tanto más afectaba en sus palabras la elevacion filosófica y el tono austero de un hombre de Estado. Conocíase en sus provocaciones, aún las más radicales, que, si trataba de

renovar el órden social, no queria, sin embargo, corromper sus elementos, porque á su modo de ver, existia gran diferencia entre emancipar el pueblo y degradarle.

III

En esta misma época mandó la Asamblea nacional que las cenizas de Voltaire se trasladasen al Panteon. Así se vengaba la filosofía del anatema que habia caido sobre los restos mortales del innovador. El cuerpo de Voltaire habia sido llevado furtivamente, y en la misma noche de su fallecimiento, á la iglesia de la abadía de Sellieres, en Champaña, por un sobrino suyo. Cuando la nacion vendió aquella abadía, las ciudades de Troyes y Romilly se disputaron la gloria de poseer y de honrar los huesos del gran hombre del siglo. Paris, en donde Voltaire habia exhalado el último suspiro, reclamó sus derechos y pidió á la Asamblea que su cuerpo fuese depositado en el Panteon, que era la catedral de la filosofía. La Asamblea acogió gustosa esta idea, como un homenaje tributado á la libertad en la persona de uno de sus primeros y más distinguidos caudillos. «El pueblo le debe su libertad,—dijo Regnaud de Saint-Jean-d'Angely;—al ilustrarle le ha hecho conocer su poder, porque sólo se logra encadenar á las naciones cuando se hallan envueltas en las densas tinieblas de la ignorancia. En cuanto la luz de la razon les descubre lo vergonzoso que es llevar pacientemente las cadenas, se ruborizan de llevarlas y las hacen pedazos.»

El 11 de Julio, la municipalidad y el Consejo departamental, en traje de etiqueta, salieron hasta la barrera de Charenton á recibir el cuerpo de Voltaire. Interinamente fué depositado en el solar de la antigua Bastilla, como un conquistador sobre sus trofeos, y el féretro se colocó sobre un pedestal hecho con las piedras de los cimientos de aquel antiguo baluarte de la tiranía. Así triunfaba Voltaire, despues de muerto, de aquellas piedras que le habian guardado vivo. Sobre una de estas piedras habia una inscripcion concebida en estos términos: *Recibe en este sitio, en donde te encadenó el despotismo, los honores que te decreta tu patria.*

IV

Al otro dia, en medio de un sol abrasador, un pueblo inmenso iba acompañando el carro triunfal que conducia los restos mortales de Voltaire. Iba tirado el carro por doce caballos blancos, colocados á cuatro de frente, ricamente enjaezados con oro y flores entrelazadas en las crines, y llevados por hombres vestidos con el antiguo traje que vemos en las medallas de los triunfadores. En este carro, y sobre un lecho fúnebre, iba el busto del filósofo. La Asamblea nacional y todas las demas autoridades precedian ó seguian el sarcófago. Las calles, las plazas, las ventanas, los tejados y hasta las ramas de los árboles, todo estaba cubierto de gente. Las miradas de todo el mundo se dirigian hácia el carro, porque la nueva idea conocia que su victoria era la que desfilaba delante de ella, y que la filosofía habia quedado dueña del campo de batalla.

Aunque todo este aparato era profano y teatral, lefase en todos los semblantes el recogimiento de la idea y el gozo interior de un triunfo intelectual. Abrian la marcha gruesos destacamentos de caballería, que parecia ponian sus armas al ser-

vicio de la inteligencia. Seguian las bandas de tambores con las cajas enlutadas, tocando marchas fúnebres, y á este ruido se unia el de las salvas de artillería hechas por las piezas que iban á retaguardia de toda la comitiva. Los alumnos de los colegios de Paris, las diferentes sociedades patrióticas, los batallones de la guardia nacional y los oficiales de la imprenta, así como los jornaleros que habian demolido la Bastilla, iban mezclados con el resto de la comitiva, llevando *una imprenta ambulante*, en la que se tiraban porcion de himnos y de otras canciones en loor de Voltaire. Los jornaleros de que hemos hablado llevaban tambien parte de las cadenas, grillos, cerrojos y demas efectos que se habian hallado en los calabozos de las prisiones del Estado; finalmente, otros llevaban en hombros los bustos coronados de Voltaire, de Rousseau y de Mirabeau, y tambien iba sobre unas parihuelas el proceso verbal de los electores del 89, de aquella egira de la insurreccion. Los ciudadanos del arrabal de San Antonio llevaban sobre otra parihuela un plano en relieve de la Bastilla, y la bandera arrancada de uno de los torreones, acompañando á estos hombres una jóven vestida de amazona, que habia peleado á su lado en el sitio de aquella plaza. Veíanse por todas partes multitud de picas en cuyas puntas iba el gorro frigio, y en una de ellas un letrado que decia: *De este hierro nació la libertad*. Todos los actores y actrices de Paris seguian detras del busto de aquel cuyas inspiraciones habian interpretado por espacio de sesenta años. Los títulos de sus principales obras estaban escritos en las cuatro caras de una pirámide que representaba su inmortalidad. La estatua de Voltaire, dorada y coronada de laurel, era llevada en hombros de unos ciudadanos vestidos con los trajes propios de los pueblos y de las épocas cuyas costumbres habia descrito. En otra caja, tambien dorada, iban los sesenta tomos de sus obras. Los miembros de los cuerpos científicos y los de las academias más famosas del reino iban en torno de aquella arca de la filosofía, y un sinnúmero de orquestas, ambulantes las unas, y establecidas las otras en ciertos puntos de la carrera, saludaban al filósofo con himnos nacionales, lo que hacia crecer el entusiasmo en los espectadores. La comitiva se paraba delante de los principales teatros, en donde se entonaban himnos en loor de Voltaire.

En cuanto la comitiva llegó al muelle que lleva su nombre, se paró el carro frente á la casa de Mr. de Villette, en donde aquél habia muerto, y en la que estaba depositado su corazon. La fachada principal del edificio estaba adornada con guirnaldas de flores y coronas de rosas, y leíase en ella esta inscripcion: *Su espíritu está en todas partes, y su corazon aquí*. Unas jóvenes coronadas de flores y vestidas de blanco ocupaban las gradas de un anfiteatro preparado al intento delante de la casa. Madama de Villette, que miraba á Voltaire como á un segundo padre, estaba en medio de ellas, radiante de hermosura, y atravesando por medio de aquella reunion de bellas, cubierta de lágrimas, depositó sobre la frente del grande hombre la más hermosa de las coronas: la del amor filial. Al mismo tiempo resonaron, en medio de los aires de una música que tenia algo de religiosa, las estrofas compuestas por el poeta Chenier, hombre entusiasta por el filósofo cuando éste vivia, y que tributaba cierto culto á la memoria del gran genio despues que la muerte le habia hecho enmudecer. Madama de Villette y sus bellas acompañantes se incorporaron á la comitiva, precediendo al carro por aquellas calles sembradas de flores. El peristilo del Teatro Frances, que estaba entónces en el arrabal San

German, se habia transformado en un arco triunfal, viéndose en todas sus columnas un medallon con letras doradas y el título de los mejores dramas de Voltaire. Delante del teatro habia una estatua suya, en cuyo pedestal se leian estas palabras: *Compuso la Irene á los ochenta y tres años, y escribió el Edipo cuando sólo contaba diez y siete.*

Esta lucida y numerosa comitiva no llegó al Panteon hasta las diez de la noche, y el féretro fué colocado entre los de Descartes y Mirabeau, en un lugar preferente destinado á aquel genio intermediario entre la filosofía y la política, entre el pensamiento y la accion. Esta apoteosis de la filosofía moderna, en medio de los grandes sucesos que agitaban el espíritu público, demostraba suficientemente que la revolucion se comprendia á sí misma, y que era la inauguracion de los dos grandes principios representados por aquel ataud: ¡inteligencia y libertad! La inteligencia era la que entraba triunfante sobre las ruinas de las preocupaciones de la cuna en la ciudad de Luis XIV. La libertad tomaba posesion de la ciudad y del templo de Santa Genoveva. Los féretros de los dos cultos y de las dos épocas iban á estar en pugna hasta dentro de sus sepulcros. La filosofía, tímida hasta entónces, revelaba ya su último pensamiento: hacer cambiar al siglo los objetos de su veneracion.

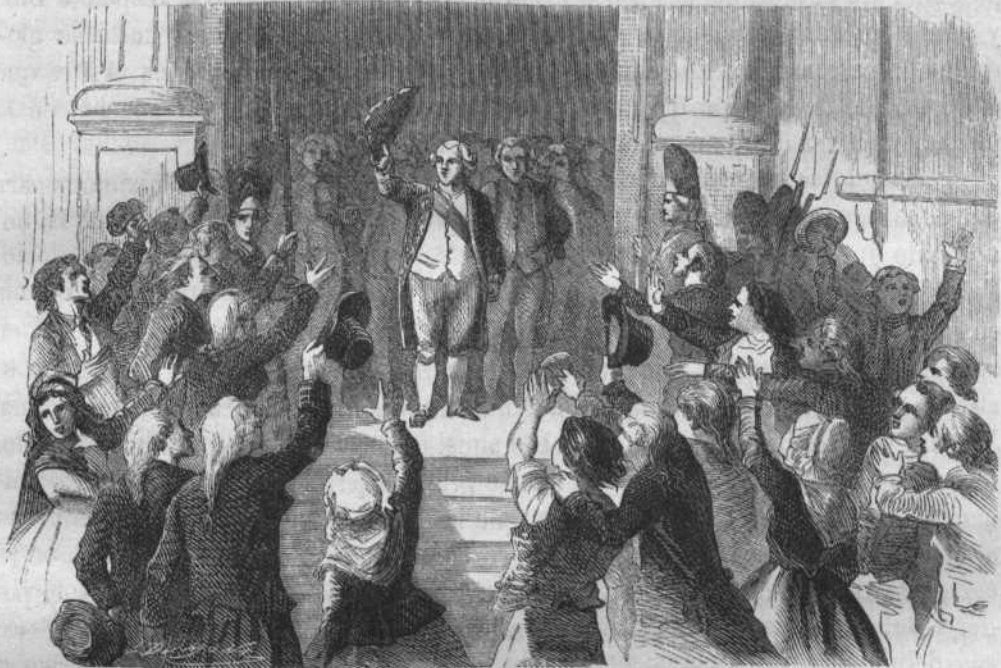
V

Voltaire, este genio escéptico de la nueva Francia, resumia admirablemente en sí en este momento las dobles pasiones del pueblo: la de destruir y la de innovar, la del odio á las preocupaciones y la del amor á las luces. Voltaire era la verdadera bandera de destruccion. Su talento, no el mayor, pero sí el más vasto de Francia, no ha sido juzgado hasta ahora sino por sus sectarios ó por sus detractores. La impiedad deificaba hasta sus mismos vicios, la supersticion se cegaba hasta el extremo de anatematizar sus virtudes. Finalmente, cuando el despotismo volvió á entronizarse en Francia, conoció la precision que tenia de desarraigar á Voltaire del espíritu nacional, para instalar de nuevo la tiranía. Napoleon pagó por espacio de muchos años una porcion de periódicos y de escritores cuyo único objeto era desacreditar y negar el genio de Voltaire. Aborrecia su nombre, como la fuerza aborrece á la inteligencia, y no se contemplaba en completa seguridad en tanto que existiese el menor recuerdo de Voltaire. La tiranía cuenta como uno de sus primeros apoyos con las preocupaciones. La Iglesia, al restaurarse, tampoco podia consentir en que su nombre fuese glorioso para el pueblo, y si bien es cierto que tenia derecho para aborrecer á Voltaire, no le asistia ninguno para negar su talento.

Voltaire ha sido sin disputa el más poderoso entre todos los escritores de la Europa moderna, porque ninguno ha producido tanta agitacion en los ánimos, sin más fuerzas que las de su voluntad y las de su talento. Su pluma obró una revolucion completa en el mundo antiguo, é hizo temblar, no sólo al imperio de Carlomagno, sino al imperio casi europeo de la teocracia. Su genio no le constituia la fuerza, sino la luz, y Dios, que no le habia destinado para abarcar los objetos, le habia dotado de una claridad de entendimiento que parecia comunicarse á todos sus escritos. La razon, que no es sino una luz, debia empezar por hacer de él su númen, luégo su apóstol, y finalmente su ídolo.

Voltaire era hijo del estado llano; nació en una calle oscura del antiguo Paris,

y en tanto que Luis XIV y Bossuet reinaban en Versalles, rodeados de las pompas del poder absoluto y del catolicismo, el Moises de la impiedad iba creciendo y desarrollándose muy cerca de ellos, sin que nadie sospechase lo que habia de llegar á ser con el tiempo. De este modo juega con los hombres el destino, sin que nadie sospeche el prestigio que puede alcanzar el individuo que más insignificante parece en la sociedad. Estaban en su mayor apogeo el trono y el altar en aquella época en que, rigiendo los destinos de Francia el duque de Orleans, un vicio reemplazaba á otro vicio, y la debilidad sustituía al orgullo. Los vicios de la corte eran dulces y fáciles, porque la corrupcion iba desarrollándose, y el desenfreno habia ocupado el puesto de la austeridad monacal de los últimos años, dirigido por Le-



El rey sale de la Asamblea nacional.—Pág. 139.

tellier y madama de Maintenon. Voltaire, precoz en audacia y en talento, juguetaba ya con las armas del pensamiento, que tan temible le habian de hacer en lo sucesivo, y el regente, que ni siquiera podia sospechar en ello el menor peligro, le dejaba escribir, contentándose con reprenderle severamente, por fórmula, su excesiva osadía, que no dejaba de causarle cierta complacencia, aún en el mismo momento en que la castigaba. La incredulidad de la época provenia más bien del desarreglo de las costumbres que de un exámen reflexivo sobre la independencia del pensamiento; mejor podia llamarse libertinaje que consecuencia de las convicciones interiores. La irreligion de aquella época era viciosa, carácter que conservó siempre la de Voltaire. Valiéndose de la hurla y despreciando las cosas más sagradas, cosas que, aún cuando se trate de destruirlas, deben mirarse con respeto, fué como empezó Voltaire á darse á conocer. Así tuvieron origen la ligereza, la ironía y aún el cinismo de que hizo gala en sus escritos y de palabra aquel apóstol de la razon. El viaje que hizo á Inglaterra le confirmó más en sus instintos de incredulidad, porque así como en Francia no habia conocido más que libertinos de

talento, en Lóndres creyó haber dado con los verdaderos filósofos. Apasionóse entónces por la razon, como se apasiona el hombre por todo lo nuevo, y creyó desde luégo en su entusiasmo que habia hecho un nuevo descubrimiento. En un carácter tan activo como el frances, aquel entusiasmo y aquel odio no fueron una mera especulacion, cual hubiese sucedido con un hijo del Norte. Apénas creyó que estaba convencido, cuando trató de persuadir á los demas, siendo toda su vida una accion continuada dirigida hácia dos solos objetos: la abolicion de la teocracia, y la tolerancia y libertad de cultos. A salir con este empeño consagró todo el talento con que Dios le habia dotado, valiéndose de la mentira y de la astucia, con todo el cinismo y con toda la inmoralidad que le sugeria aquel mismo talento tan mal empleado. Para él eran buenas todas las armas, hasta aquellas que el respeto á Dios y á los hombres prohíbe á los sabios; porque su virtud, su honor y hasta su gloria las habia comprometido con tal de adquirir la victoria que apetecia. Así es que el apostolado de la razon fué muy semejante en sus formas á la profanacion de la piedad, y en vez de iluminar el templo lo asoló.

En cuanto se resolvió á declarar la guerra al cristianismo, buscó auxiliares para dar cima á su empresa; razon por la cual se unió al rey de Prusia Federico II, conociendo que necesitaba el apoyo de los tronos para hacerse temible al sacerdocio. Federico, imbuido en las mismas máximas de filosofía, ateista puro y que tenia en poco á todos los hombres, fué el Dionisio de este nuevo Platon. Luis XV, en cuyos intereses entraba conservar sus relaciones de amistad con Prusia, no se atrevió á meterse con un hombre á quien Federico llamaba amigo, por lo cual Voltaire se hizo más audaz escudado con aquel cetro, y aparentando interesarse por los tronos, les hizo entrever que lo que se proponia era emanciparlos de la dominacion de Roma. Consintió gustoso en que la libertad civil de los pueblos estuviese al arbitrio y bajo la dependencia de los reyes, con tal que éstos le ayudasen en su conquista de la emancipacion de las conciencias, y no sólo afectó defender el poder absoluto de los monarcas, sino que llevó su bajeza hasta el extremo de adorar sus debilidades y flaquezas; no sólo halló disculpas á los vicios de Federico el Grande, sino que hizo que la filosofía se prosternase ante las mancebas de Luis XV. Parecido á aquella cortesana de Tébas que levantó una de las pirámides de Egipto con los tesoros que habia acumulado con su desarreglada conducta, Voltaire adoptó toda especie de prostituciones, exigiendo sólo como precio de sus complacencias que los que participaban de ellas fuesen otros tantos enemigos del Crucificado. Comprólos en efecto á millares en toda Europa, y muy particularmente en Francia. Acordábanse todavía los reyes de la dependencia en que vivian en la Edad Media, época en que los papas disponian de los tronos á su antojo, y en la que los monarcas no podian ménos de ver con envidia y con un odio reconcentrado que el clero tenia tanto poder sobre los pueblos como ellos, y que validos de sus títulos de cardenales, de limosneros, de obispos ó de confesores, los sacerdotes eran los que realmente reinaban en las cortes. Los Parlamentos, esa especie de clero civil, tan temible aún para los mismos soberanos, detestaban en su interior al clero, aunque exteriormente apoyaban y protegian la fe con sus decretos. La nobleza, guerrera, corrompida é ignorante, era partidaria de aquella incredulidad que iba á proporcionarle el sacudir impunemente el yugo de la moral. Finalmente, la clase ilustrada de la nacion presentia que la insurreccion del pensamiento debia produ-

cir necesariamente la emancipacion del estado llano. Tales eran los elementos que debian influir en la revolucion de las ideas religiosas, y Voltaire se apoderó de ellos con toda la oportunidad que inspira la pasion, y que á veces es de mucha más utilidad que el genio, por muy superior que éste sea. Guardóse muy bien de presentar la razon bajo las austeras formas de la filosofía á un siglo nuevo, ligero é irreflexivo, y se sirvió de la burla y de la ironía, formas mucho más adecuadas á su intento que las otras. Si se hubiese propuesto hacer reflexionar á sus compatriotas, nada hubiera conseguido; haciéndolos reir, obtuvo un triunfo completo. Sus ataques á la religion nunca fueron á cara descubierta, porque á hacerlo así, le hubiera sido muy difícil sustraerse al rigor de las leyes, y quizá no hubiera podido evitar la hoguera de Servet. Este nuevo Esopo combatió la tiranía bajo nombres supuestos, y ocultó el odio de su corazon en el drama, en la novela, en la historia, y hasta en cuentos jocosos y obscenos. Sus escritos fueron una alusion continuada contra todo lo existente, y prevalido de la gran ventaja de que sus enemigos no le comprendian, ocultaba la mano en cuanto les habia hecho una herida mortal. El combate de un hombre contra todo un sacerdocio, el de un individuo contra una institucion, y el de una vida contra diez y ocho siglos, necesitaba gran audacia en el que lo sostenia. Voltaire la tuvo.

Aquel atrevimiento con que un hombre solo luchaba contra todos, revelaba en él una fuerza incalculable de conviccion y un empeño decidido por el triunfo de la nueva idea; porque es innegable que hay heroísmo en desafiar los respetos humanos, esa cobardía del entendimiento disfrazada bajo la forma de respeto al error. Voltaire desafió impávido los anatemas de la Iglesia y el odio de los reyes, y comprometió la dignidad de su nombre, no sólo durante su vida, sino hasta despues de su muerte. Resignóse á sufrir largos destierros por no perder la libertad de combatir, y se apartó voluntariamente del trato de los hombres para que no le incomodasen en el desarrollo de sus pensamientos. Enfermo, con ochenta años de edad y sintiéndose próximo á morir, hizo varias veces sus preparativos precipitadamente para irse á combatir y espirar léjos de su patria. La vena creadora de su espíritu no se resfrió un solo instante; elevó la sátira hasta donde nadie la habia elevado, y en medio de una chanza que duró tanto tiempo como su vida, se descubre una gran fuerza de perseverancia y de conviccion. Tal fué el carácter de este célebre filósofo, en quien la verbosidad luminosa del pensamiento ocultó lo profundo de la idea. Su constancia no ha sido suficientemente conocida, porque siempre la ha ocultado con la máscara de una risa burlona. Padecía riendo, y sin embargo, queria padecer ausente de su patria, separado de sus amigos, sin gloria, maucillado su nombre y maldecida su memoria. Todo lo aceptó sin más miras que el triunfo de la independencía de la razon. No vale ménos el sacrificio por cambiar de causa, y ésta fué su virtud á los ojos de la posteridad. Voltaire no fué la verdad, sólo fué el precursor de ella. Faltóle una cosa muy necesaria: el amor de Dios. Su entendimiento le veia, pero aborrecia las formas que le habian prestado las antiguas edades, que era lo que ellas adoraban. Rasgaba colérico las nubes que impedían que la idea divina brillase pura entre los hombres, y su culto más bien era un odio contra el error, que un sentimiento de fe en la Divinidad. Voltaire no alimentaba en su alma aquel sentimiento religioso, aquel resúmen sublime del pensamiento humano, aquella razon que se enciende con el entusiasmo para remon-

tarse hasta la Divinidad como una llama, uniéndose á ella en la unidad de la creacion con el Creador. De aquí los resultados de su filosofía. Esta no creó ni moral, ni culto, ni caridad, y nada hizo sino descomponer y destruir. Consistiendo en una negacion fria, corrosiva y sarcástica, obraba como el veneno, helaba, mataba, pero no vivificaba jamás. Así es que no producía todo el efecto que debía producir ni aún contra aquellos errores que no eran sino la mala inteligencia de un pensamiento divino. Esta es la causa de que, en vez de producir creyentes, sólo lograrse hacer escépticos, de suerte que la reaccion cristiana fué pronta y general. Imposible era que dejase de suceder así; la impiedad barre el alma de los errores religiosos y sagrados, pero jamás llena el corazon del hombre; nunca ésta será suficiente para destruir un culto, porque á una fe es preciso reemplazar otra fe. No es dado á la irreligion el destruir una creencia sobre la tierra, pues únicamente una religion que sea más luminosa puede obtener un verdadero triunfo sobre la religion alterada, reemplazándola. La tierra no puede quedar sin altares, y sólo Dios es bastante fuerte contra Dios.

VI

El 5 de Agosto de 1791, primer aniversario de la famosa noche del año anterior, en que se derrocó el régimen feudal, empezó la Asamblea nacional á revisar la Constitucion. Solemne é imponente era aquel acto de unos legisladores que iban á terminar su carrera pública sobre las ruinas que habian sembrado en su camino, y sobre las nuevas fundaciones que habian creado. ¡Qué distinta era la disposicion de sus ánimos en aquel momento de lo que fuera cuando dieron principio á su obra! Entónces la emprendieron con entusiasmo, y ahora iban á revisarla convencidos de la realidad y cubiertos de tristeza. Cuando se abrió la Asamblea nacional, se abrió entre las aclamaciones de un pueblo lleno de esperanzas, y al cerrarse oía bramar en torno suyo el tempestuoso huracan de las pasiones de todos los partidos. El rey estaba preso, los príncipes habian emigrado, el clero se hallaba en cisma, la nobleza escondida ó ausente, y el pueblo en completa revolucion. La popularidad de Necker habia caducado cuando se hallaba en el apogeo de su popularidad. Mirabeau habia muerto, Maury habia enmudecido, y Cazales, Lally y Mounier abandonaban su obra. Dos años habian sido suficientes para destruir más hombres y más cosas que destruye una generacion en tiempos normales. Las voces de 89, inspiradas por la filosofía y por las esperanzas, ya no resonaban bajo aquellas bóvedas; los grandes hombres habian desaparecido, y los talentos de segundo orden se preparaban á combatir, aunque tímidos y desalentados, porque carecian de aquel genio que impulsa al pueblo á obrar, y tampoco tenian en sí mismos suficiente fuerza para resistirle. La sensibilidad habia hecho que Barnave recobrase todas sus virtudes, pero su arrepentimiento era ya tardío, y sólo sirvió para hacerle conocer la enormidad de las faltas que habia cometido. En las revoluciones no es de ninguna utilidad el arrepentimiento; lo que se necesita son expiaciones, y Barnave iba á empezar la suya, por no haberse querido unir con tiempo á Mirabeau para salvar la monarquía. Robespierre era á Barnave lo que éste habia sido al gran tribuno; pero Robespierre, más poderoso que Barnave, no obraba movido de envidia, sino dirigido por una idea constante, resultado de una teoría implacable y se-

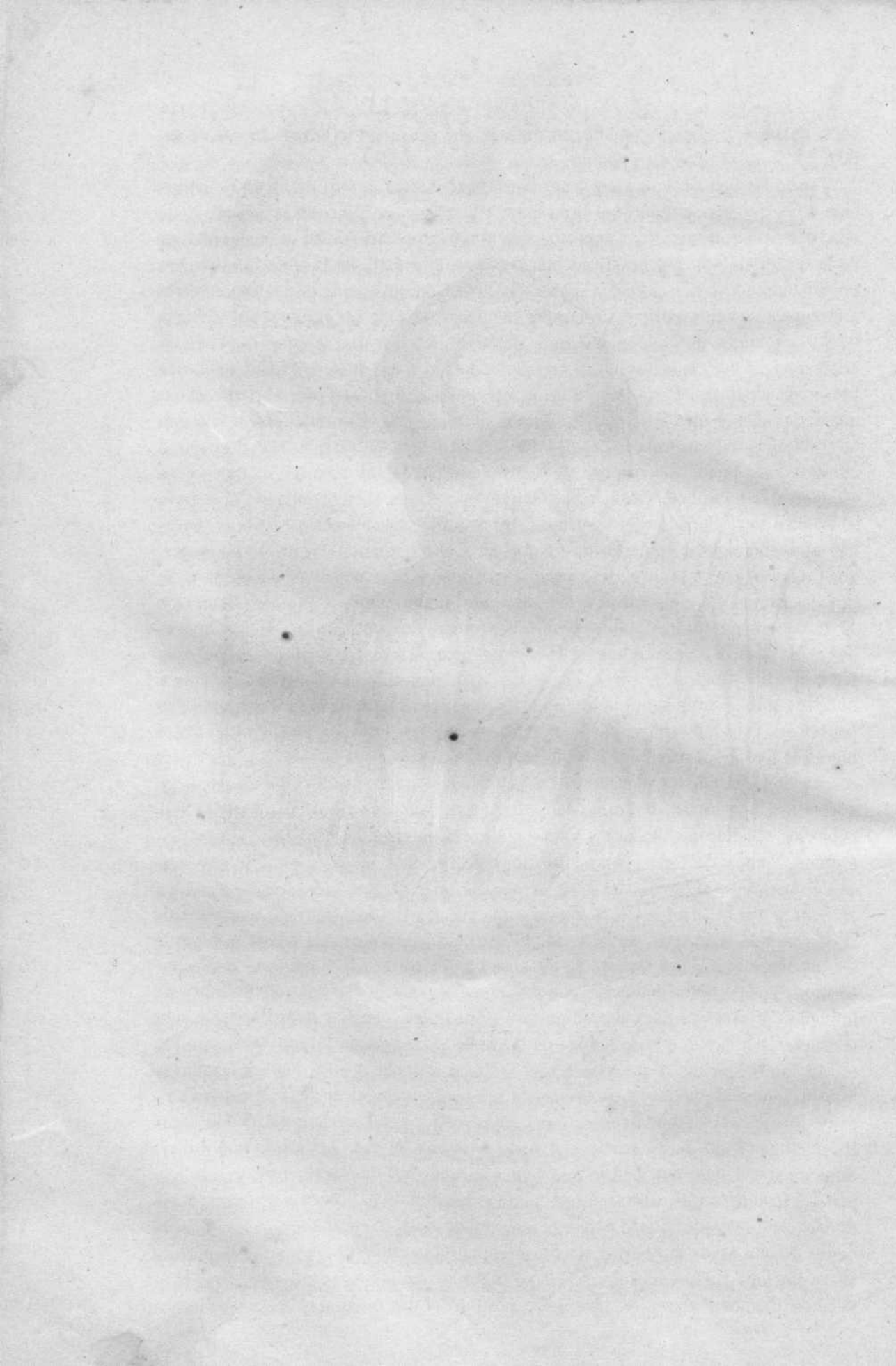
31-XII-55
a las 7'32

Valladolid

Mu



VOLTAIRE.



vera. Barnave no habia contado nunca más que con una faccion. Robespierre estaba apoyado por todo un pueblo.

Desde las primeras sesiones trató Barnave de atraer al partido de la Constitucion á los que las opiniones de Robespierre y de sus amigos habian separado de ella, y lo hizo con una delicadeza que descubria lo precario de su posicion, á pesar de la fuerza de sus palabras. «Se ataca—dijo—el trabajo de la comision, aunque no existen contra ella sino dos clases de oposicion: primera, la de los hombres que constantemente se han declarado enemigos de toda innovacion; segunda, la de los enemigos de la igualdad, que detestan nuestra obra porque destruye la aristocracia. Otra clase hay hostil á la Constitucion, pero debe subdividirse en dos fracciones distintas. Pertenecen á la primera ciertos hombres que por conviccion interior prefieren otro sistema de gobierno cuyas formas disimulan con más ó ménos maestría en sus discursos, porque trabajan constantemente por despojar á nuestra Constitucion monárquica de todo lo que puede entorpecer ó dilatar que se establezca la república. Convencido de que todo el que abrigue una opinion pura en política tiene derecho de enunciarla, no trato de atacar á estos hombres. Otros hay que, enemigos de toda forma de gobierno, si hoy no nos combaten, no es porque prefieran éste ó el otro, sino porque cuanto contribuye á fijar la marcha política del Estado y á cimentar el órden, así como cuanto tiende á que aparezcan bajo su verdadero punto de vista los hombres probos y los que no lo son, los honrados y los pícaros, les es odioso. (*Prolongados aplausos en la mayoria del lado izquierdo*). Estos son, señores, los que se han opuesto más encarnizadamente á nuestros trabajos y los que han tratado de perpetuar la revolucion, porque están convencidos de que en cuanto la fijemos, ya no les será dado explotarla. Estos hombres han creido dominar la opinion pública con sólo mudar los nombres de las cosas y con aparentar y hacer alarde de su patriotismo, habiendo logrado con esto, y con cierta máscara de probidad y de pureza con que hipócritamente se han cubierto, obtener los primeros y más elevados puestos del Estado. Algunos escritores, ajenos de todo sentimiento honrado, se han unido á ellos... (*Repetidos aplausos impiden que se oiga al orador, y todas las miradas se fijan en Brissot y en Robespierre*). Si quereis que vuestra Constitucion sea una verdad, si deseais que la libertad de la nacion lo sea también, pues hasta ahora no pasa de ser una esperanza (*murmillos de descontento*), dedicaos á simplificar esa Constitucion, y conceded á todos los poderes creados por ella la fuerza de accion y de influencia necesarias para dar impulso á la máquina social, y para que la nacion conserve la libertad que le habeis dado. Si la salvacion de la patria os es cara, mirad con detencion lo que vais á hacer. Fuera de este recinto toda desconfianza injusta, que sólo puede ser provechosa á nuestros enemigos si llegan á convencerse de que esta Asamblea, contra cuya constancia y valor se han estrellado todas las maquinaciones de los partidos desde que el rey se fugó, está próxima á dividirse en fracciones, que es á lo que han aspirado esos hombres, procurando con maña introducir entre nosotros una mutua desconfianza. (*Nuevos aplausos*). No dudeis, señores, que si esto se verificase, veríais renacer en el interior esos desórdenes de que estais tan hartos, y cuyo término debia fijarse, fijando los límites de la revolucion. En lo exterior volverian á reproducirse las locas intentonas que hasta ahora hemos rechazado con ventaja, porque nuestra union nos hacía ser fuertes;

y convenceos de que si sabemos seguir unidos como hasta aquí, nadie se atreverá á disputarnos la victoria. Si llegásemos ahora á dividirnos, toda tentativa podria tener probabilidad de buen éxito, porque ninguno de nosotros se fiaria del otro, y porque todos abrigaríamos injustas sospechas; con lo cual sería imposible que pudiésemos ponernos de acuerdo para terminar dignamente la gran obra que hemos emprendido.» Barnave no pudo proseguir, porque los aplausos de la mayoría ahogaron su voz, y hubo un instante en que toda la Asamblea estuvo por el gobierno monárquico representativo.

VII

En la sesion del 25 de Agosto se discutió el artículo de la Constitucion en que se decia que los individuos de la familia real no podian ejercer los derechos de ciudadanos. El duque de Orleans tomó la palabra para protestar contra este artículo, y declaró en medio de aplausos y murmullos que, si se adoptaba, le quedaba el derecho de optar entre el título de ciudadano frances y el que tenia eventualmente al trono, en cuyo caso renunciaria á éste. Sillery, amigo y confidente del príncipe, subió á la tribuna y combatió con elocuencia y habilidad las conclusiones de la comision. Lleno este discurso de alusiones directas á la situacion en que se hallaba Orleans, fué el único acto ostensible de ambicion intentado por el partido de aquel príncipe. Sillery dió principio á su discurso contestando directamente al de Barnave. «Séame permitido lamentarme—dijo—del abuso que veo hacen algunos oradores de su talento, valiéndose de un lenguaje extraño. Quiere hacérsenos creer que existen aquí facciosos, anarquistas y enemigos del orden, como si éste no pudiese conservarse sino satisfaciendo las ambiciosas exigencias de ciertos y determinados partidos... Se os propone que concedais á todos los individuos de la familia real el título de príncipes, y que les despojeis de los derechos de ciudadanía. ¡Qué inconsecuencia y qué ingratitud! Declarais como el más bello de los títulos el de ciudadano frances, y proponéis al mismo tiempo que puede trocarse con el de príncipe, á pesar de que lo habeis suprimido como contrario á la igualdad. Algunos de los parientes del rey que han permanecido en Francia, ¿no han mostrado constantemente el patriotismo más puro? ¿No han hecho servicios distinguidos á la causa pública con el ejemplo y á costa de mil sacrificios? ¿No han renunciado voluntariamente á todos sus pomposos títulos, sólo por obtener el de simples ciudadanos? ¡Y sois vosotros los que proponéis que se les despoje de él! ¿Qué es lo que sucedió cuando suprimísteis el título de príncipe? Que varios individuos de la familia real han emigrado al extranjero y se han ligado con los soberanos de otros países para combatir la patria, al paso que otros se han afiliado en nuestra bandera. Si el título de príncipe vuelve á restablecerse, se concede á los enemigos de la patria todo cuanto ambicionan, y se quita á aquellos parientes del rey que se han declarado patriotas todo cuanto aprecian. Si obráis de este modo, el triunfo y la recompensa son para los príncipes que están conspirando, y el castigo y los sacrificios para los que han hecho causa comun con el pueblo. Dícese que es peligrosa la admision de los miembros de la familia real en el Cuerpo legislativo, y lo que se establece con esta hipótesis es que en lo sucesivo sean todos los individuos de la familia real, de generacion en generacion, ó cortesanos vendidos ó facciosos. Sin embargo, ¿no es posible suponer que se hallen tambien entre ellos algu-

nos patriotas? ¿Es á éstos á los que tratais de humillar? ¿Quereis condenar á los parientes del rey á que aborrezcan la Constitucion, y á que conspiren constantemente contra una forma de gobierno que no les deja la eleccion de otros papeles que los de cortesanos ó conspiradores?... Mirad, por el contrario, todo lo que de ellos puede esperarse si llegan á inflamarse en amor patrio. Volved la vista hácia uno de los vástagos de esa raza cuyo destierro se os propone, y vereis que apénas habia salido de la infancia, cuando tuvo la dicha de salvar las vidas de tres ciudadanos, á riesgo de perder la suya. La ciudad de Vendome le ha concedido una corona cívica. Desgraciado niño, ¿será ésta la última que recibirá tu raza?...

Este discurso fué interrumpido muchas veces por un sinnúmero de aplausos, que no cesaron hasta mucho despues de haber dejado de hablar el orador, y que fueron una prueba de que habia ya algunas personas que abrigaban la idea de una dinastía revolucionaria, y que si no existia una faccion que pudiera llamarse de Orleans, existia ya el que habia de ser su jefe si llegaba á crearse. Robespierre, que era tan enemigo de una faccion dinástica como de la monarquía, notó sobresaltado estos síntomas de un nuevo poder que aparecia en lontananza. «Reparo — dijo — que nos ocupamos mucho de los individuos, y muy poco de los intereses nacionales. No es cierto que se trate de degradar á los parientes del rey; tampoco se pretende que sean ménos que los demas ciudadanos; lo que se quiere es separarlos del pueblo de un modo honorífico. ¿A qué conduce andar en busca de títulos para ellos? Los parientes del rey nunca pasarán de ser parientes del rey, y el esplendor del trono no consiste en estas denominaciones de la vanidad. No se puede declarar impunemente que hay una familia en Francia superior á todas las demas, porque en tal caso, ella sola constituiria toda la nobleza de la nacion, y permaneceria entre nosotros como un gérmen de otra nueva aristocracia y como el fundamento indestructible de esa nobleza que hemos abolido para siempre.» La protesta de Robespierre fué acogida en medio de los más estrepitosos murmullos, viéndose obligado á interrumpir su discurso y á dar una especie de satisfaccion. «Ya veo — dijo — que no nos es permitido profesar aquí, sin exponernos á ser calumniados, las mismas opiniones que nuestros adversarios sostuvieron los primeros en esta Asamblea.»

VIII

Todo el nudo de la situacion consistia en saber si, terminada la Constitucion, reconoceria la nacion en aquel código el derecho de revisarle y variarle. En esta ocasion Malouet, á pesar de hallarse solo y abandonado de todo su partido, hizo un esfuerzo desesperado por restaurar la dignidad real. Este discurso, digno del genio de Mirabeau, era una acusacion terrible contra los excesos del pueblo y contra las aberraciones de la Asamblea. La moderacion templaba cuanto habia en él de fuerte, y se distinguia en el orador el hombre de bien, y en el legislador el hombre de Estado. En sus palabras hay algo de la serenidad estoica de Caton; pero la elocuencia política está más en el que escucha que en el que habla, y la voz no es nada si no halla un eco que la multiplique. Separado Malouet de los suyos y abandonado por Barnave, que le escuchaba suspirando, sólo hablaba por satisfacer á su propia conciencia, y sabía muy bien que no combatia por obtener la victoria, sino por salvar el principio. Este es su discurso:

«Se os propone que determineis la época y las condiciones del ejercicio de un nuevo poder constituyente; se os propone que sufrais veinticinco años de desórdenes y de anarquía ántes que tengais derecho de poner remedio á estos males. Observad por lo pronto cuáles son las circunstancias en que se os propone que impongais silencio á las reclamaciones de la nacion respecto á sus nuevas leyes; observad conmigo igualmente que, cuando no conoceis todavía otra opinion que la de aquellos hombres cuyas pasiones é instintos están favorecidos por la novedad, y cuando todas las demas pasiones contrarias están subyugadas por el terror ó por la fuerza, es cuando la Francia no se ha explicado aún por otro órgano que el de sus clubs. ¿Qué es lo que se os ha dicho desde esa tribuna cuando se ha tratado de suspender el ejercicio de la misma autoridad real? Oidlo: *Hubiéramos debido empezar la revolucion dando este paso, pero desconociamos nuestras fuerzas.* Según esto, vuestros sucesores no tratan más que de medir sus fuerzas para atreverse á nuevas empresas. Este es, en efecto, el peligro que hay en hacer marchar de frente una revolucion violenta y una Constitución libre. La primera se opera siempre en medio del tumulto de las pasiones y del estrépito de las armas, la segunda no puede consolidarse sino por medio de transacciones amistosas entre los intereses antiguos y los modernos. (*Murmillos, risas y gritos*). Para efectuar una revolucion, ni hay discusion previa, ni se cuentan los votos. Esto es siempre una tempestad en la que no hay otro medio que ó tomar rizos á las velas ó irse á pique. Pasada la tormenta, tanto los que la han sufrido como los que la han visto desde el puerto, gozan igualmente de un cielo sereno; el horizonte se despeja, y la atmósfera queda pura y en calma. Del mismo modo despues de una revolucion, si la Constitucion es buena, reúne bajo una sola bandera á todos los ciudadanos. Se necesita que no haya un solo hombre en el reino cuya vida peligre si habla francamente de la Constitucion, porque sin esta seguridad no hay voto libre, ni juicio, ni libertad completa, ni otra cosa más que un poder dominante ó una tiranía popular, ó de otra clase, hasta tanto que se hayan separado completamente de la Constitucion los movimientos revolucionarios. Mirad, si no, con cuánta alegría fueron acogidos esos principios de justicia, de moral y de libertad que habeis establecido y áun jurado repetidas veces, pero que han sido violados al momento con una audacia y un furor inauditos. ¿No reparais en la inconsecuencia que se halla en que el momento en que se proclama la más santa y la más libre de las Constituciones sea precisamente aquel en que se cometan los más horribles atentados contra la libertad y contra la propiedad? He dicho mal, ¡contra la humanidad y contra la conciencia! ¿Por qué no os espanta este contraste? Voy á decíroslo. Engañados vosotros mismos sobre el mecanismo de una sociedad política, habeis tratado de regenerarla sin pensar en disolverla, y habeis considerado como un obstáculo á vuestras miras el descontento de los unos, valiéndoos como medios de la exaltacion de los otros; no queriendo otra cosa que apartar de vosotros los obstáculos que se os ofrecian, lo que habeis hecho ha sido destruir los principios y enseñar al pueblo á que se atreva á todo. Habeis llamado en vuestro auxilio las pasiones populares, lo que ha sido tan absurdo como si hubiéseis tratado de levantar un magnífico edificio empezando por minar sus cimientos. He dicho otras veces, y os lo repito ahora, que no hay otra Constitucion libre y duradera, fuera del despotismo, sino aquella que termina una revolucion, y que se propone, acepta y

ejecuta con formas tranquilas, libres y enteramente desemejantes á las que toman las revoluciones: todo cuanto se hace, todo cuanto se erige en medio del delirio de la pasion, y ántes de haber llegado á ese estado de calma de que quiero hablaros, no es sino una quimera, bien sea que mande el pueblo ó bien que obedezca, ya sea que se le quiera adular ó que se trate de engañarle. Yo exijo que la Constitucion sea adoptada libre, pacífica y espontáneamente por el rey y por la mayoría de la nacion. (*Violentos murmullos*). Sé que se llama voto nacional á todo lo que nosotros conocemos de proyectos de mensajes, de adhesiones, de juramentos, de agitacion, de amenazas y de violencias. (*Explosion de colera*). Si, es preciso terminar la revolucion empezando por anular todas las disposiciones que la violan.



Robespierre y Petion son llevados en triunfo por el pueblo.—Pág. 130.

Es preciso tambien concluir con esas comisiones inquisitoriales, y hacer que desaparezcan la ley sobre emigrados, la persecucion de los sacerdotes, las prisiones arbitrarias, los procedimientos judiciales contra los acusados sin tener pruebas suficientes, el fanatismo y la dominacion de los clubs... Pero ni áun esto es suficiente todavia; la licencia ha hecho estragos incalculables, y la hez de la nacion está en una fermentacion violenta. (*Explosion de indignacion general*). ¿Serémos nosotros la única nacion del mundo que pretenda no tener heces? La horrosa insubordinacion de las tropas, los disturbios en materias de religion, el descontento de nuestras colonias, cuyo eco resuena lúgubrememente en nuestros puertos, todo esto se agitará por largo tiempo entre las convulsiones de la monarquía y el trastorno general del Estado, si no se pone un dique á la revolucion, reemplazándola con una Constitucion sábia y justa al mismo tiempo, y si no se trata á toda costa de restablecer el órden en todas partes. Recordad la historia de la antigua Grecia, en que, no terminada aún la primera revolucion, continuó engendrando otras ciento por espacio de medio siglo; reparad en la Europa, que tiene fijas sus

miradas sobre vuestra debilidad y sobre vuestras perpetuas agitaciones, y que así como sabrá respetaros si sabeis ser libres manteniendo el orden, se aprovechará de vuestros desórdenes para caer sobre vosotros si, como hasta aquí, no sabeis hacer otra cosa que debilitaros vosotros mismos é infundirla serios terrores con vuestra anarquía!...»

Malouet pidió, en consecuencia, que se sometiese la Constitucion al juicio del pueblo y á la libre aceptacion del rey.

Este magnífico discurso, oído con impaciencia, no resonó en el seno de la Asamblea sino como un remordimiento que todos se apresuraron á olvidar. Monsieur d'André propuso diferir á treinta años la revision de la Constitucion, lo que combatió en breves palabras Mr. de Lafayette, y la Asamblea, separándose de ambos pareceres, se contentó con invitar á la nacion á no hacer uso sino á los veinticinco años de su derecho á revisarla. «Ya hemos llegado al fin de nuestra penosa y larga tarea,—dijo Robespierre;—nos resta, sin embargo, darle estabilidad y duracion. ¿Quién nos habla de subordinarla á la aceptacion del rey? No depende la suerte de la Constitucion del voto de Luis XVI, y yo no dudo que la aceptará con placer: le ofrecemos un imperio por patrimonio, todas las atribuciones del poder ejecutivo, y cuarenta millones para sus gastos particulares; y para ofrecérselo no esperemos que esté léjos de la capital, rodeado de funestos consejos, ofrecámoselo en Paris. Digámosle: «Ahí tienes el trono más poderoso del universo: ¿quieres aceptarlo?» Las reuniones sospechosas, el plan de separar las tropas de las fronteras, las amenazas de vuestros enemigos exteriores, los manejos de los que nos espian, todo os advierte que es preciso tranquilizar á los ciudadanos apresurándose al restablecimiento de un orden de cosas que les haga confiar en el porvenir. Si aún se puede atacar nuestra Constitucion despues de haberla combatido dos veces, si se delibera cuando es necesario jurar, ¿qué nos queda que hacer? Volver á tomar ó nuestros hierros ó nuestras armas... Para constituir la nacion hemos sido enviados,—añadió mirando al lado donde se sentaban Barnave y los Lameth,—y no para hacer la fortuna de algunos individuos, ni para asegurar el precio de la complacencia ó la traicion, favoreciendo á los intrigantes que se coligan con la corte.»

IX

El 3 de Setiembre de 1791 fué presentada al rey el acta constitucional. Thouret dió cuenta á la Asamblea nacional de aquella entrevista solemne entre la voluntad vencida de un monarca y la voluntad victoriosa de su pueblo, en estos términos: «Nuestra diputacion salió de esta sala á las nueve de la noche, escoltada por una numerosa columna de honor compuesta de infinidad de destacamentos de la guardia nacional y de la gendarmería, y se dirigió á palacio marchando siempre por medio de un pueblo que aplaudia. El rey, acompañado de sus ministros y de una porción de cortesanos, la recibió en la sala del Consejo. Yo dije al rey: «Señor, los representantes de la nacion vienen hoy á poner en manos de V. M. el acta constitucional, que consagra los derechos imprescriptibles del pueblo frances, que da al trono su verdadera dignidad, y que regenera el gobierno del imperio». El rey contestó en estos términos: «Recibo la Constitucion que me presenta la Asamblea nacional. Con la brevedad que sea compatible con el tiempo que exige su impor-

»tante exámen, le daré parte de mi resolucion. Estoy decidido á permanecer en »Paris. El comandante de la guardia nacional parisiense recibirá mis órdenes para »el servicio de mi guardia». El aire satisfecho que constantemente demostró el rey, unido á lo que hemos visto y oido, nos hace presagiar que la revolucion terminará con la promulgacion de la Constitucion». La Asamblea y las tribunas aplaudieron repetidas veces. Este era uno de esos dias en que los buenos ciudadanos recobran su serenidad, y en que las facciones se retiran á la sombra para dejar brillar la esperanza pública en toda su pureza.

Lafayette levantó las consignas injuriosas que convertian las Tullerías en prision de sus moradores. El rey, cesando en su cautiverio, cesó tambien de ser la prenda de la nacion, y volvió á ser su jefe aparente. El rey dedicó algunos dias á examinar superficialmente la Constitucion, y el 13, de acuerdo con Barnave, dirigió á la Asamblea, por conducto del ministro de Justicia, un mensaje concertado con aquél, en el que se explicaba así: «Acepto y haré ejecutar el acta constitucional, que he examinado. Voy á hacer conocer los motivos de esta resolucion. Desde el principio de mi reinado deseé la reforma de los abusos, y en todos mis actos me ha servido de regla la opinion pública. He concebido el proyecto de asegurar al pueblo su dicha, cimentándola en bases permanentes, y fijar ciertas trabas á mi misma autoridad: jamás me han abandonado estas intenciones; ántes de que vuestra obra estuviese concluida, favorecí sus ensayos, y lo hice de buena fe. Cuando la revolucion con sus desórdenes afligia mi corazon, esperaba con ánsia el término de vuestros trabajos, seguro de que entónçes la ley recobraría su fuerza volviendo á ser respetada, sin lo cual no puede tener libertad el pueblo, ni ser dichoso el rey. Mucho tiempo mantuve esta esperanza, y si cambié de resolucion, fué en el momento en que ya nada tenia que esperar. Recuérdese el tiempo en que salí de Paris, tiempo en que los escritores y la audacia de los partidos nada respetaban: el desórden habia llegado á su colmo. Entónçes, si me hubiérais presentado la Constitucion, confieso que no hubiera creido deber aceptarla; hoy que habeis manifestado el deseo de restablecer el órden, que habeis revisado muchos artículos de ella, todo ha cambiado, y el voto del pueblo ya no es dudoso para mí. Acepto, pues, la Constitucion bajo los mejores auspicios, y hasta renuncio libremente al concurso que yo habia reclamado en este trabajo, declarando que cuando renuncio á él, nadie más que yo puede tener el derecho de reivindicarle. Conozco que la experiencia hará hacer algunas mejoras en la Constitucion, que á mi modo de ver son indispensables. Cuando yo haya desplegado los medios de gobierno que por ella se me conceden, ninguna reconvençion se me podrá dirigir, y la nacion se explicará por los medios que la Constitucion le ha reservado. (*Aplausos*). Aquellos emigrados á quienes el temor de las persecuciones tiene fuera de su patria, podrán volver al seno de sus familias con seguridad. Extingamos los odios y demos al olvido lo pasado. (*Las tribunas y la izquierda renuevan sus aclamaciones*). Pongamos término á las acusaciones y persecuciones que los acontecimientos revolucionarios han ocasionado, extinguiéndolas en una reconciliacion general. No hablo de aquellos á quienes su adhesion á mi persona ha hecho ser el blanco del furor popular. ¿Podreis ver en ellos unos culpables? En cuanto á aquellos cuyos excesos pudiera yo reputar por injurias personales, y que han atraido hácia sí el rigor de las leyes, quiero probarles que verdaderamente soy el rey de los franceses. Deseo

jurar la Constitucion en el mismo sitio en que ha sido hecha, y mañana al medio-día iré á la Asamblea nacional».

La Asamblea, conforme con la proposicion de Lafayette, adoptó por unanimidad la amnistía general pedida por el rey. Una diputacion numerosa fué á llevarle el decreto; la reina estaba presente. «Aquí teneis á mi mujer y á mis hijos,—dijo el rey á la diputacion;—todos participan de mis sentimientos.» La reina, que tenia necesidad de reconciliarse con la opinion pública, se adelantó y dijo: «Ved á mis hijos que, como yo, acuden á tomar parte en los deseos del rey». Estas palabras, repetidas á la Asamblea, dispusieron los corazones al perdon que la majestad venía á implorar.

Al dia siguiente el rey se presentó en la Asamblea, y por deferencia á un decreto reciente que suprimia las demas órdenes de caballería, no llevaba otra condecoracion que la cruz de San Luis. Se colocó al lado del presidente, y la Asamblea permaneció en pié. «Vengo—dijo el rey—á consagrar aquí solemnemente la aceptacion que he dado al acta constitucional. Juro ser fiel á la nacion y á la ley, y emplear todo el poder que se me ha delegado para sostener la Constitucion y hacer ejecutar los decretos. ¡Ojalá sea esta grande y memorable época la del restablecimiento de la paz, y ojalá llegue á ser nuestra Constitucion la prenda de la felicidad del pueblo y de la prosperidad del imperio!» Los aplausos unánimes de la sala y de las tribunas, afectuosos para el rey, aunque hijos de los sentimientos liberales de los que los tributaban, demostraron que la nacion conquistaba entusiasmo su Constitucion. El presidente respondió en estos términos: «Francia era víctima de grandes abusos que triunfaban mucho tiempo há de las buenas intenciones de nuestros mejores reyes. La Asamblea nacional ha establecido las bases de la pública prosperidad, ha querido lo que la nacion quiere, y en adelante no serán ya estériles los votos de V. M. por la felicidad de los franceses. Nada le quedará que desear á la Asamblea en cuanto llegue el dia en que V. M. ponga el sello á su obra, jurando la Constitucion. Entónces la adhesion de los franceses os conferirá la corona, y lo que la asegura en vuestras sienas es la necesidad que tiene una nacion tan grande como ésta de que la sucesion al trono sea hereditaria. ¡Cuán sublime, señor, no será en la Historia esta regeneracion que da ciudadanos á la Francia, patria á los franceses, y al rey un nuevo título de esplendor y de gloria y una fuente perenne de felicidad!»

La Asamblea en masa acompañó al rey hasta las Tullerías, no costándoles poca dificultad el atravesar por medio de un pueblo innumerable que prorumpia en gritos de alegría. Las salvas de la artillería y las bandas militares anunciaban á Francia que la nacion y el rey, el trono y la libertad, se habian confundido en la nueva Constitucion, y que tras de tantos años de intestinas discordias, habia en fin aparecido el venturoso dia de su union. Estas aclamaciones del pueblo parisiense se hicieron extensivas á todo el reino, y Francia disfrutó algunos dias felices. La esperanza enterneció los corazones de los hombres, y les hizo volver á sus antiguos sentimientos de adhesion al monarca. Este príncipe y su familia se veian obligados á asomarse con frecuencia á los balcones de palacio por condescender con los deseos de la multitud, que, deseosa de hacerles conocer cuán dulce es el amor de un pueblo, les vitoreaba en cuanto se asomaban.



X

La promulgacion de la Constitucion parecia una fiesta religiosa; el Campo de Marte estaba cubierto de batallones de la guardia nacional, y allí estaban tambien Bailly, corregidor de Paris, y todas las demas autoridades municipales y departamentales, así como los demas funcionarios públicos, y finalmente todo el pueblo.

Desde el altar de la patria se leyó el acta constitucional á toda la nacion, y esta lectura fué saludada por ciento y un cañonazos. La aceptacion del pueblo consistió en un grito unánime de ¡Viva la nacion! proferido por trescientas mil bocas. Los ciudadanos se abrazaban mutuamente, cual si fuesen miembros de una sola familia, y por la noche volaron por el espacio infinidad de globos aerostáticos cubiertos de inscripciones alusivas al acto que se habia celebrado, semejantes á otros tantos correos salidos de los Campos Eliseos y encargados de llevar á aquellas elevadas regiones el testimonio del gozo de un pueblo, que no podia contenerlo dentro de su pecho al verse regenerado. Los que iban en estos globos arrojaban al pueblo hojas impresas de distintos colores, en las que se leian los principales artículos de la Constitucion. Las iluminaciones fueron magníficas, y las guirnaldas de fuego que corrian de un árbol á otro, desde la puerta de la Estrella hasta las Tullerías, formaban un torrente luminoso en cuyo alrededor se agrupaba todo el pueblo. De trecho en trecho habia varias or-

Ejército de los principes franceses
en Coblentza.—Pág. 160.

questas cuyos sonoros ecos eran los de la gloria y de la alegría públicas. Mr. de Lafayette se paseaba á caballo por aquel sitio á la cabeza de su estado mayor, y parecia que su presencia colocaba los juramentos del pueblo y del rey bajo la salvaguardia del pueblo armado. A las once de la noche se presentaron allí en magníficos coches el rey, la reina y sus hijos, que, rodeados inmediatamente por aquella inmensa turba popular, parecia que les estrechaba en su seno al mismo tiempo que gritaba ¡Viva el rey! ¡Viva la reina! ¡Viva el Delfin! Estas muestras de entusiasmo y de respeto y aquel sinnúmero de sombreros arrojados por el aire eran una compensacion de las humillaciones y ultrajes que habia sufrido la familia real, de aquel mismo pueblo y en aquel mismo sitio. Parecia que la nacion queria hacer desaparecer hasta la memoria de aquel funesto dia, y demostrar al rey lo fácil que era calmar al pueblo y lo dulce que le sería reinar sobre hombres libres. La aceptacion de las leyes de la Asamblea constituyente por la nacion fué la contraprueba de su obra. No fué legal, pero tuvo todo el valor de una aceptacion individual de las asambleas primarias, y demostró que el voto del espíritu público estaba satisfecho. Lo que la Asamblea con su gran prudencia habia votado por reflexion, la nacion lo votó por aclamacion, y lo único que le faltaba al sentimiento público era la seguridad. Puede decirse que no trataba el pueblo de otra cosa que de deslumbrarse á sí mismo con el delirio de su felicidad, compensando con las manifestaciones exteriores de su gozo lo que le faltaba de solidez y de duracion.

Tomaba parte el rey de buena fe en este contento general, recordando lo mucho que habia sufrido en los tres últimos años; aparecia algunas veces á su vista un borrascoso porvenir, pero entónces trataba de hacerse ilusiones halagüeñas y de persuadirse de que sería feliz en lo sucesivo. Trabajaba por adquirir la conviccion interior de que tal vez se habia equivocado anteriormente al juzgar del espíritu del pueblo, y que ahora que se habia entregado á él, quizá este pueblo volveria á respetarle, porque veria en el rey su propio poder y su propia voluntad. Luis XVI, con la hombría de bien propia de un corazon tan honrado y noble como el suyo, juraba ser fiel á la Constitucion y seguir amando á la nacion. La misma María Antonieta volvió á entrar en palacio con disposiciones muy distintas; tanto, que dijo al rey: «Este pueblo no es el mismo». Y tomando entónces á su hijo en los brazos, le enseñó á aquel inmenso pueblo que estaba apiñado en el terraplen de palacio, como si tratase de cubrirse á los ojos de aquella multitud con el escudo de la inocencia y hacerla enternecer, viendo en esta accion el interes de una madre cariñosa hácia un hijo querido.

A los pocos dias dió el rey una fiesta al pueblo de Paris, y queriendo que hasta los más infelices experimentasen un dia de gozo, cuando todo el mundo parecia ser dichoso, mandó distribuir copiosas limosnas entre los pobres. Cantóse aquel dia un *Te-Deum* en la catedral, cual si la promulgacion de la nueva ley hubiese sido una victoria para la nacion francesa, hasta que, finalmente, el 30 de Setiembre fué el rey en persona á cerrar la Asamblea constituyente. Antes que S. M. entrase en el salon, Bailly y Pastoret felicitaron en nombre de la municipalidad y del departamento á la Asamblea constituyente por haber terminado su obra. «Legisladores, —dijo Bailly,—el poder de que habeis estado investidos hasta ahora no puede ser ya mayor: mañana ya no sereis nada, por cuya razon no podeis juzgar que mis palabras sean hijas de un interes particular, ni que tenga al dirigir las el objeto

de adularos. Lo que da margen á mis justas alabanzas son vuestras mismas obras. ¡Ellas harán que seais benditos por una posteridad que para vosotros principia hoy!» Pastoret añadió estas breves palabras: «La libertad se habia refugiado al otro lado de los mares ó en la escabrosidad de las montañas. Vosotros habeis levantado su abatido trono. ¡El despotismo habia ido borrando una á una todas las páginas del gran libro de la naturaleza, pero vosotros habeis restablecido el decálogo de los hombres libres!»

El rey entró en la Asamblea á las tres de la tarde, rodeado de todos sus ministros, y en cuanto se presentó allí, los repetidos gritos de ¡Viva el rey! no le permitieron hablar en mucho tiempo. «Señores,—dijo Luis XVI,—con haber terminado la Constitucion, habeis hecho que el dia de hoy sea el último de vuestras penosas tareas. Tal vez hubiera sido de desear que vuestras sesiones se prolongasen aún por cierto tiempo, para que lo tuviéseis vosotros mismos de ensayar vuestra obra; pero al observar del modo que lo habeis hecho, no me cabe duda de que habeis querido mostrar la diferencia que debe haber entre las funciones de un cuerpo constituyente y los legisladores ordinarios. La fuerza que me habeis confiado la emplearé toda en consolidar la Constitucion y en hacer que sea acatada con el respeto y obediencia que se le deben. Con respecto á vosotros, señores, que habeis mostrado un celo infatigable en los ímprobos trabajos de vuestra larga y penosa carrera, aunque hayais terminado vuestra obra, todavía os queda por cumplir un deber sagrado cuando, al volver al seno de vuestras familias, os halleis dispersos por todo el reino. Este deber es el de ilustrar á vuestros conciudadanos sobre el espíritu de las leyes que habeis confeccionado, y dando ejemplo de vuestro amor al órden y de vuestra sumision á esas mismas leyes, procurar que en adelante no sea sino una la opinion de todos los franceses. Os ruego, finalmente, que al volver á vuestros hogares seais intérpretes de mis sentimientos cerca de vuestros conciudadanos, á quienes direis que el rey será siempre su primero y más fiel amigo, y que necesita verse amado de ellos, porque sólo en ellos y por ellos puede ser feliz.»

El presidente contestó á S. M. con las siguientes palabras: «La Asamblea nacional, llegada al término de su carrera, goza ya en este momento del primer fruto de sus trabajos. Convencida de que el sistema de gobierno más conveniente para Francia es el que concilia las respetables prerogativas del trono con los derechos inalienables del pueblo, ha dado al Estado una Constitucion que ofrece iguales garantías al trono y á la libertad. Nuestros sucesores, que van á tener el terrible encargo de ser los depositarios de la salvacion del imperio, no desconocerán sus derechos ni traspasarán los límites constitucionales; pero vos, señor, sois el que lo habeis hecho casi todo, porque aceptando la Constitucion habeis terminado una revolucion».

El rey salió de la Asamblea en medio de las más vivas aclamaciones. Se dijo entónces que la Asamblea nacional deseaba con ánsia disolverse por apartar de sí la responsabilidad de los acontecimientos ulteriores, que no se creía con fuerzas para dominar. Target, presidente de la Asamblea, en cuanto salió el rey, la cerró con estas palabras: «La Asamblea constituyente declara que su mision está concluida, y que en este momento termina sus sesiones».

El pueblo, que se agrupaba en torno del Picadero, pesaroso de ver que la re-

volucion habia abdicado en manos del rey, insultó conforme iban saliendo á todos los miembros que le eran conocidos pertenecientes al lado derecho, hasta al mismo Barnave. Estos hombres recogieron desde el primer dia la ingratitud que tantas veces habian fomentado, y se separaron tristes y desalentados.

El pueblo coronó con guirnaldas de hojas de encina á Robespierre y á Petion, y desenganchando los caballos de sus coches, se los llevó en triunfo. El poder de estos dos hombres y el entusiasmo que por ellos tenian las masas atestiguaba ya la impotencia del nuevo código y presagiaba su ruina. Un rey amnistiado volvia á entrar, sin ningun prestigio, en un palacio en que poco hacia se hallaba prisionero. Unos legisladores tímidos abdicaban en medio del tumulto, al mismo tiempo que dos tribunales triunfantes eran vitoreados por el pueblo. Todo el porvenir se manifestaba ya con entera claridad para el hombre pensador, con sólo reflexionar en estos hechos. La Asamblea constituyente, que habia comenzado por una insurreccion de principios, concluia con una sedicion. ¿Estaba la falta de todo esto en aquellos mismos principios, ó era culpa de la Asamblea constituyente? Esto es lo que examinaremos más adelante, echando una mirada sobre todos los actos de la Asamblea. Dejemos para entónces este juicio, por no interrumpir la narracion.

LIBRO QUINTO.

Estado de Europa. — Las potencias empiezan á conmovirse. — El ejército de los principes franceses en Coblenta. — Conferencias de Pilnitz. — Primeros rumores de guerra bien acogidos por los constitucionales, por los girondinos y por los jacobinos, á excepcion de Robespierre. — Madama de Staël. — Su retrato. — Influencia que tenia en el partido constitucional. — El conde Luis de Narbona. — Los constitucionales quieren atraer al duque de Brunswick á su partido. — Este se niega á ello.

I

Trabajada Francia por dos convulsiones distintas, apénas respiraba, y la revolucion vacilante estaba aún entre detenerse en el punto adonde habia llegado, ó servirse de la Constitucion como de un escalon para llegar á la república. Empezaba Europa á conmovirse, ya que, egoista y falta de prevision, no habia notado en los primeros síntomas revolucionarios de Francia que en Paris se estaba representando una especie de drama filosófico, cuyo escenario fué la Asamblea de los notables, la Constituyente y la reunion de los Estados generales; y los protagonistas, el genio popular representado por Mirabeau, y el de la aristocracia personificado en Luis XVI y en el clero. Los soberanos de Europa y sus ministros no habian visto en este grande espectáculo más que la continuacion de aquella lucha á que ellos habian asistido y en la que se habian interesado secretamente, sostenida por una parte por Voltaire y Rousseau, y por otra por los antiguos aristócratas y por los sacerdotes. Segun el modo de ver de aquellos monarcas, la revolucion no era otra cosa sino la filosofia del siglo, que de los salones se habia trasladado á las plazas públicas, y de las obras enciclopédicas habia pasado á las bocas de los oradores de la Asamblea. Esta conmocion del mundo moral, oida por ellos desde léjos, presagiaba en Paris cierta cosa desconocida en los destinos europeos, pero esta misma agitacion seducia más bien que inquietaba á los monarcas de las demas naciones. No notaban éstos que las instituciones no son otra cosa que la manifestacion ostensible de las ideas, y que si habia un trastorno en las que tenia anteriormente el pueblo frances, arrastraria éste tras sí los tronos y las nacionalidades. Cuando el espíritu de Dios quiere una cosa, parece que todo el mundo la quiere tambien y que contribuye á su logro impulsado por una fuerza invisible. Europa daba á los primeros actos de la revolucion francesa el tiempo necesario para que llegasen á conocimiento de todos los Estados europeos, y esto era más de lo que necesitaba la revolucion para ir prosperando. Cuando no se sofoca la primera chispa que se descubre, el incendio adquiere pronto unas proporciones colosales, y ya no es posible extinguirlo. El estado político y moral de Europa era favorable á la propagacion contagiosa de las nuevas ideas; razon por la cual el tiempo, los hombres y las cosas estaban á merced de Francia.

II

Una larga paz habia sido causa de que los hombres viviesen en la molicie y de que desconociesen aquellos antiguos odios entre las razas, tan opuestos á la comunicacion de sentimientos y á la nivelacion de ideas entre pueblos distintos. Desde el tratado de Westfalia, Europa podia considerarse como una república compuesta de potencias perfectamente equilibradas, porque el equilibrio general resultaba del contrapeso que se hacian unas á otras. Al primer golpe de vista se notaba la unidad y solidez de esta armazon europea, cuyas piezas, ofreciendo igual resistencia unas á otras, tambien se prestaban igual apoyo para la presion de todos aquellos Estados.

Alemania, no era otra cosa que una confederacion presidida por Austria, en la cual los emperadores eran los únicos jefes de aquel antiguo feudo de reyes, de duques y de electores. El poder de la casa de Austria era debido más á sus posesiones personales que á la dignidad imperial. Los dos reinos de Hungría y de Bohemia, Italia, el Tirol y los Países Bajos le daban un ascendiente que el genio de Richelieu no habia podido impedir, aunque lo habia coartado en cuanto le habia sido posible. El Austria, potencia de resistencia, pero no de impulso, habia hecho lo que era indispensable para sostenerse, pero no habia obrado. Su principal fuerza consiste en su posicion y en su inmovilidad. Esta nacion es un peñasco colocado en el centro de Alemania, cuyo principal poder consiste en su misma gravedad, lo que le hace ser el eje del equilibrio europeo. La Dieta federativa enervaba todos sus designios, valiéndose de aquellas influencias diplomáticas que son indispensables en toda confederacion. Dos Estados no conocidos hasta la época de Luis XIV acababan de surgir de repente al abrigo de la antiquísima rivalidad entre las casas de Austria y de Borbon. Uno de estos Estados era Prusia, situada en el Norte de Alemania; el otro era Rusia, colocada en el Oriente. La política inglesa habia avivado aquellos dos gérmenes de division para crear en el continente nuevos elementos de combinaciones políticas, que diesen por resultado el que los intereses de la Gran Bretaña se consolidasen cada vez más.

No habia transcurrido todavía un siglo desde que un emperador de Austria habia concedido el título de rey á un margrave de Brandeburgo, soberano subalterno obedecido por dos millones de vasallos, y ya Prusia contrabalanceaba en Alemania la autoridad de la casa de Austria. El genio maquiavélico de Federico el Grande era ya el de toda la Prusia, y aquella monarquía, compuesta de muchos Estados pequeños incorporados á ella, merced á las victorias obtenidas por el rey filósofo, necesitaba aún más guerras para engrandecerse, y éranle tambien necesarias las agitaciones y las intrigas para legitimarse. Era Prusia un elemento disolvente situado en el centro de la Confederacion germánica. Cuidadosa Inglaterra de mantener y fomentar aquellas divisiones, se habia servido de Prusia como de una palanca para lograr sus fines en Alemania. Rusia, cuya doble ambicion premeditaba un golpe contra el Asia y otro contra Europa, habia esclarecido su vanguardia en Occidente, y á manera de un campo avanzado se extendia hasta las orillas del Rhin. Esto era equivalente á amenazar con la punta de su espada el corazon de Francia.

Potencia esencialmente militar, su gobierno no era sino una disciplina, y su pueblo un ejército. En cuanto á política, no tenia otra idea que la de colocarse al frente de los Estados protestantes y ofrecer apoyo á todos los intereses y á todas las ambiciones ofendidas por la casa de Austria. El reino de Prusia era por su naturaleza una potencia revolucionaria.

Rusia, á quien la naturaleza habia negado un suelo fértil y delicioso, habia recibido de ella, por otra parte, una extension tan inmensa, que ocupaba la novena parte de la tierra, en donde se hallaban diseminados cuarenta millones de hombres, á quienes el genio militar y el carácter rudo de Pedro el Grande habia obligado á unirse y á constituirse en nacion. Esta potencia, cuya extension parece fabulosa, fluctuaba aún en la indecision, sin saber si se inclinaria hácia la parte de Alemania ó hácia el imperio otomano. Era gobernada á la sazón por Catalina II, mujer muy semejante á las grandes heroínas de la antigüedad, que á un gran talento y á una no vulgar belleza unia grandes pasiones y grandes crímenes, cosas todas muy á propósito para infundir entre aquellos bárbaros un gran terror al cetro, casi adorado por ellos á causa de su crasa ignorancia. Cada paso que daba hácia el Asia admiraba y sorprendia á Europa, que veia en ella otra nueva Semíramis. Intimidadas Rusia, Prusia y Francia con el renombre que aquella mujer iba adquiriendo, celebraban sus victorias sobre los turcos y las conquistas que hacía en el mar Negro, y parecia que no comprendian que aquella heroína destruia el equilibrio europeo, y que en cuanto lograra dominar en Polonia y en Constantinopla, ya no habria obstáculo que le impidiese revolverse contra Alemania y extender el otro brazo para abarcar así todo el Occidente.

III

Humillada Inglaterra en su orgullo marítimo por la rivalidad de las brillantes escuadras francesas que recorrian los mares de la India, é irritada contra Francia por el socorro que ésta habia prestado á la independencia de la América inglesa, acababa de celebrar una alianza secreta en 1788 con Holanda y Prusia, tratando de contrabalancear de esta suerte la celebrada entre Francia y Austria, y al mismo tiempo de intimidar á Rusia en medio de sus invasiones contra los turcos. Todo el genio de Inglaterra se hallaba reunido en un solo hombre, que era Mr. Pitt, el mayor político del siglo XVIII. Este sabio era hijo de lord Chatham, y el único orador político de los tiempos modernos que puede compararse con Demóstenes, si no es que le llevase ventajas. Mr. Pitt habia nacido, por decirlo así, en el consejo de los reyes, se habia educado en la tribuna de su país, y estaba ya en el cuerpo diplomático á los veintitres años. En esta edad, en que el hombre no se ha desarrollado aún completamente, era ya Pitt el hombre más grande de toda aquella aristocracia, que le confiaba su causa considerándole el más digno entre todos sus miembros. Su talento y la admiracion que éste excitó en todo el país, le conquistaron apenas salido de la infancia la direccion de los negocios del Estado, en la que continuó casi sin interrupcion hasta su muerte, por la gran extension de sus miras políticas y por la energía de su carácter. En más de una ocasion demostró este hombre, aún contra la misma Cámara de los Comunes, lo que vale un hábil político apoyado en el verdadero espíritu nacional, y á lo que puede atreverse con buen éxito aún cuando se vea contrariado por todo un Parlamento. Pitt violentó la

opinión pública y fué un déspota constitucional, si nos es permitido asociar estos dos nombres que pintan por sí solos su omnipotencia legal. La lucha que sostuvo contra la revolucion francesa fué permanente durante los veinticinco años de su vida ministerial. Adoptó el papel de antagonista de Francia, y murió vencido.

No era, sin embargo, la revolucion lo que aborrecia aquel hombre, sino á Francia; y este odio no era á la libertad, porque él tambien tenia un corazon libre, sino á la destruccion del equilibrio europeo que, una vez efectuada, dejaba aislada á Inglaterra en medio del Océano. Resentida esta nacion en aquel momento con sus colonias de América porque habian sacudido el yugo, en guerra con las Indias, tibia en sus relaciones políticas con España, y abrigando un sordo rencor contra Rusia, no contaba en el continente sino con Prusia y el stathouder. Por consecuencia, estribaba toda su política en la observacion y en la contemporizacion, cual no podia ménos de suceder.

IV

España, debilitada en el reinado de Felipe III y de Fernando VI, habia recobrado alguna fuerza interior y alguna dignidad en el exterior durante el largo reinado de Cárlos III. Sus ministros Campománes, Florida Blanca y el conde de Aranda habian luchado contra la supersticion, segunda naturaleza de los españoles. Los jesuitas, que reinaban bajo el nombre de los reyes, habian sido expulsados del reino por un golpe de Estado meditado en silencio, y ejecutado como una conspiracion. El pacto de familia concluido entre Cárlos III y Luis XV en 1761, habia afianzado todos los tronos y todas las posesiones de las distintas ramificaciones de la casa de Borbon; pero el pacto de familia no habia podido preservar á esta dinastía, compuesta de tantas ramas, contra la falta de savia, ni contra la decadencia moral de sus individuos, decadencia que fué causa de que reyes muy grandes tuviesen por sucesores unos príncipes asaz degenerados. Los Borbones, que en Nápoles se habian convertido en sátrapas, habian sucedido en España á una especie de frailes coronados. La corte del Escorial habia adoptado todas las formas y casi todas las costumbres de los monacales, de suerte que aquel palacio se asemejaba más á un convento que á la mansion de un monarca. Funesto era este sistema para España, país infortunado que adoraba el mal que cual lenta fiebre le iba consumiendo. Despues de haber estado sometido por tantos siglos al dominio de los califas, se habia convertido en pingüe patrimonio de los papas. La milicia papal reinaba en la Península bajo todos los hábitos de las órdenes religiosas, y la fria é impasible teocracia hacia allí su última tentativa. Jamás habia adquirido el sacerdocio un dominio más absoluto, ni se habia posesionado tan completamente de una nacion; jamás habia logrado reducir á un pueblo á más abyecto envilecimiento. La Inquisicion era su gobierno, sus triunfos los autos de fe, y las corridas de toros y las procesiones sus fiestas nacionales. Si el dominio inquisitorial hubiese durado un poco más en aquellas floridas comarcas, la nacion española hubiera desaparecido de la lista de los pueblos civilizados.

Cárlos III, hombre verdaderamente sabio, habia hecho grandes esfuerzos para emancipar su gobierno, y al hacerlos habia sufrido su trono fuertes vaivenes. Concentradas sus buenas intenciones en él solo, habian sido impotentes y débiles, y se habia visto precisado á ir sacrificando uno á uno á todos sus ministros á la ven-

ganza de la superstición. Florida Blanca y Aranda habían muerto en el destierro, sin más delito para sufrir el ostracismo que el de haber servido fielmente á su país. El honrado aunque débil Cárlos IV ocupaba el trono de Castilla, y seguía las inspiraciones de una mujer en cuya reputación han caído algunas manchas, sin que sea nuestro intento decir si ha sido bien ó mal juzgada por sus contemporá-



Entrevista del conde de Artois con el emperador de Austria y el rey de Prusia, en Pilnitz.—Pág. 162.

neos. Esta señora, el confesor del rey y un favorito, puede decirse que eran los verdaderos reyes de España, y que de las relaciones que se suponían entre Godoy y la reina emanaba toda la política de esta nación. Todo se sacrificaba en el reino á la fortuna de este favorito. Nada importaba que la escuadra languidiese en unos puertos no concluidos aún, ni que la América española tratase de emanciparse, que Italia se sujetase servilmente al Austria, que la casa de Borbon luchase sin esperanza en Francia contra las nuevas ideas, ni que la Inquisición y los monacales lo ennegriesen y lo devorasen todo en la Península, con tal que la reina fuese amada por Godoy, y que éste fuese engrandeciendo escandalosamente. El palacio de Aranjuez era el sepulcro murallado de España, en donde no penetraba el espíritu vivificador que agitaba á toda Europa.

V

Menor era todavía la importancia de Italia, dividida toda ella en pequeños Estados, impotentes para reunirse en uno y formar una verdadera nacionalidad. Nápoles no tenía vida propia, sujeto á la casa de España, y el yugo austriaco pesaba sobre Milan y Lombardía. El pueblo de los Césares había desaparecido, y Roma no era ya sino el centro y la capital de una idea religiosa. Roma era la Delfos de la edad moderna, adonde cada gabinete acudia á consultar los oráculos favorables á su causa y los pagaba, enriqueciendo así á los miembros del sacro colegio. La Ciudad Eterna era el centro de la diplomacia, y todas las ambiciones mundanas acudian allí á rendirle vasallaje para engrandecerse; de suerte que la corte romana podia poner en conmocion á toda la Europa católica, pero era impotente para gobernarla. Una aristocracia electiva de cardenales, rivales perpetuos unos de otros y nombrados la mayor parte por las potencias extranjeras; una monarquía electiva cuya cabeza era un papa, elegido siempre entre los más ancianos del consistorio, para que su muerte siguiese muy de cerca á su exaltacion á la tiara: hé aquí el gobierno temporal de los Estados romanos. Reunia en sí este gobierno todos los vicios del absolutismo á todas las debilidades de la anarquía. Sus consecuencias eran las que debian ser necesariamente, á saber: la servidumbre en el Estado, la mendicidad en el gobierno, y una espantosa miseria en los pueblos. Roma se hallaba reducida á no ser más que la gran municipalidad católica, y su gobierno una república de diplomáticos. Veíase allí, en un templo enriquecido con los dones de toda la cristiandad, un soberano y unos embajadores; pero no se hallaba en ninguna parte ni pueblo, ni tesoro, ni ejército. Lo único que restaba era una sombra veneranda de la monarquía universal, sueño dorado de los papas en los primeros siglos del catolicismo, y á cuya consecucion habian dirigido constantemente sus esfuerzos, pero de la cual no les habia quedado más que la capital y la corte.

Venecia tocaba ya á su decadencia, pero la falta de vitalidad y el fúnebre silencio de su gobierno no la dejaban percibir su caducidad. Este gobierno era una aristocracia soberana basada en la corrupcion del pueblo, sostenida por las delaciones, sin otro nervio que el espionaje, sin más prestigio que el misterio, sin más fuerza que el cadalso. Este gobierno se sostenia por el terror y por el deleite, régimen caprichoso y único en el mundo. La policia era una confusion completa de todos contra todos, y sus calabozos, llamados los *Plomos*, en donde se entraba de noche por el *Puente de los Suspiros*, eran semejantes al infierno, porque los que tenian la desgracia de entrar en ellos no volvian á salir jamás. Las riquezas de Oriente habian afluído á Venecia á la caída del Bajo Imperio, y esta ciudad habia llegado á ser el refugio de la civilizacion griega, pudiendo llamarse desde aquella época la Constantinopla del Adriático. Las artes de Grecia en decadencia habian emigrado allí desde la antigua Bizancio, y con ellas tambien todo su comercio. Sus maravillosos palacios, batidos por las olas, estaban apiñados en un estrecho recinto, y esta ciudad era semejante á un navío anclado, en el cual se habia refugiado un pueblo generoso, arrojado de su patria y cargado de inmensos tesoros. Venecia parecia inexpugnable, pero ninguna influencia tenia sobre el resto de Italia.

La república de Génova, más borrascosa y más popular que la anterior, subsistía en fuerza de su marina y de su comercio. Encerrada entre estériles montañas y un golfo sin litoral, no era ya sino un pueblo de marineros. Sus palacios de mármol, construidos en forma de anfiteatro sobre unas escarpadas orillas, miraban todos á la mar, que era su único territorio. Los retratos de los dux y la estatua de Andres Doria le recordaban continuamente que sus riquezas y su gloria habian venido del otro lado de los mares, y que únicamente en aquel elemento podia buscar otras nuevas. Sus murallas eran inexpugnables y sus arsenales brillantes, pudiendo llamarse esta ciudad la ciudadela del comercio.

La Toscana, país dichoso, civilizado é ilustrado por los Médicis, modernos Pericles de Italia, era sábia, agrícola é industriosa, pero absolutamente ignorante del arte militar. La casa de Austria la gobernaba por medio de sus archiduques, y aquellos príncipes del Norte, transportados á los palacios edificadas por los Pitti y por los Cosmes, adquirian muy pronto las costumbres dulces y elegantes de los toscanos. El clima voluptuoso y la serenidad risueña de las colinas de Florencia dulcificaban allí á la misma tiranía, y sus príncipes se convertian muy pronto en sensuales ó en sabios. Florencia, ciudad de Leon X y centro de la filosofia y de las artes, habia transformado hasta la religion. El catolicismo, tan duro en España, tan sombrío en el Norte, tan austero y literal en Francia y tan popular en Florencia y en Roma, se habia convertido bajo el gobierno de los Médicis y bajo la influencia de los filósofos griegos en una especie de teoría platónica y luminosa, cuyos dogmas no eran sino símbolos sagrados, y cuyas ceremonias no eran otra cosa que una voluptuosidad del alma y de los sentidos. Las iglesias de Florencia se asemejaban más á museos del Crucificado que á unos templos. Numerosas colonias de artistas de todas clases habian emigrado de Grecia á la entrada de Mahomet II en Constantinopla, y se habian establecido en Florencia, en donde habian prosperado mucho. El pueblo situado á orillas del Arno era otra nueva Aténas muy poblada, y que como la antigua estaba cubierta de templos, de pórticos y de estatuas.

Leopoldo, príncipe filósofo dedicado al estudio del gobierno de los hombres y á la práctica de las teorías de la nueva economía política, aguardaba allí el momento en que debia subir al trono imperial de la casa de Austria. Su destino no debia dejarle allí por largo tiempo. Este príncipe era el moderno Germánico de Alemania, y la filosofia no debia hacer otra cosa que enseñarle al mundo, despues de habérselo prestado á Italia por algunos años.

Los Estados del Piamonte, cuyas fronteras penetraban bastante en Francia por los valles de los Alpes, y que por el otro lado llegaban hasta las murallas de Génova y hasta las posesiones austriacas confinantes con el Po, eran gobernados por la casa de Saboya, una de las más antiguas de Europa. Esta monarquía, enteramente militar, tenia su campo atrincherado en Turin, que era la capital. Las llanuras que ocupaba en Italia han sido en todas épocas y debian continuar siendo en lo sucesivo el campo de batalla entre austriacos y franceses. Sus posesiones eran las llaves de Italia. Acostumbrado este pueblo á la guerra, necesitaba estar siempre armado para su propia defensa, ó para unirse como auxiliar á una de aquellas dos potencias, cuya rivalidad era la única garantía de su independenciam. Constituia su fuerza el espíritu marcial de que estaba dotado, así como su debilidad consistia en tener la mitad de sus posesiones en Italia y la otra mitad en Francia. Toda la Saboya

debe reputarse como enteramente francesa. tanto por su idioma como por su procedencia y costumbres. En todas las grandes conmociones del mundo, la Saboya debia desunirse de Italia y caer por su propio peso hácia nuestro país. Son los Alpes una frontera demasiado necesaria á los dos pueblos para que puedan pertenecer exclusivamente á uno solo; si sus vertientes meridionales dan á Italia, las septentrionales dan á Francia. Las nieves, el sol y las aguas han trazado así la division de los Alpes entre los dos pueblos. La política no prevalece largo tiempo ni impunemente contra la naturaleza. La casa de Saboya no es bastante poderosa para mantener la neutralidad de los valles de los Alpes y de los caminos de Italia, y aunque puede engrandecerse en este país, no puede ménos de estrellarse en Francia. Unida la corte de Turin á la casa de Francia por el doble matrimonio de los condes de Artois y de Provenza, hermanos de Luis XVI, con dos princesas de Saboya, las relaciones entre estas dos potencias eran muy íntimas. La corte de Turin estaba, sin embargo, más que ninguna otra de Italia bajo la influencia clerical; así es que aborrecia por instinto todas las revoluciones, porque todas amenazaban su existencia. Tanto por espíritu religioso como por espíritu político y por sus relaciones de familia, debia ser Saboya el primer foco de conspiracion contra la nacion francesa.

VI

Otro existia en el Norte, que era Suecia. Allí no era una servidumbre supersticiosa al catolicismo, ni un interes de familia ó de nacionalidad, lo que alimentaba los sentimientos hostiles del rey contra la revolucion; otro sentimiento más noble era el que le impulsaba, y consistia en la gloria desinteresada de combatir por la causa de los tronos, y sobre todo por la de una reina cuyas desgracias y belleza habian cautivado y enternecido el corazon de Gustavo III. Era ésta la última llamada de aquel espíritu de caballería que ofrecia su espada á las mujeres desgraciadas, su socorro á las víctimas y su apoyo al buen derecho de los débiles. Extinguido en el Mediodía, brillaba por última vez en el Norte, en el corazon de un rey.

En la política de Gustavo III habia algo del carácter aventurero de Cárlos XII. La Suecia de los Wasa es el país de los héroes; pero cuando el heroísmo no guarda proporcion con el genio y los recursos del que está dotado de él, se asemeja mucho á la demencia. Así es que habia de uno y otro en los proyectos de Gustavo contra Francia. Esta locura era, sin embargo, noble como su causa y grande como su valor. Gustavo estaba acostumbrado por las vicisitudes de su suerte á tentar empresas atrevidas y desesperadas, que, coronadas por un feliz éxito hasta entónces, hacian que no hallase nada imposible. Este rey habia hecho una revolucion en su reino, y habia desafiado él solo al coloso de Rusia: si Austria, Prusia y Turquía le hubiesen secundado, Rusia hubiese hallado un obstáculo en el Norte. Abandonado por primera vez por sus tropas y prisionero en su tienda por sus generales sublevados, habia escapado de sus manos y se habia dirigido solo á buscar el apoyo de sus fieles soldados; su elocuencia y su magnanimidad habian hecho surgir de la tierra otro ejército nuevo; habia castigado á los traidores, reunido á los débiles bajo su bandera, y despues de terminar la guerra habia vuelto á Stockolmo á recibir los honores del triunfo de un pueblo entusiasmado. En otra ocasion, viendo destrozado su país por la preponderancia anárquica de la nobleza, habia resuelto

derribar la Constitucion desde el fondo de su palacio. Unido á este efecto con las demas clases del pueblo, se habia puesto espada en mano á la cabeza de las tropas, y reducido á prision al Senado en la misma sala de las sesiones; habia destrozado, por decirlo así, á la nobleza y conquistado al trono las prerogativas de que carecia para defender y gobernar la patria con sólo su espada, y sin que se vertiese ni una gota de sangre, habia convertido á Suecia en una monarquía en el corto período de tres dias. La confianza de Gustavo en su propia audacia habia ido en



El duque de Brunswick.

aumento despues de este suceso, y el sentimiento monárquico se habia fortificado en él con todo el odio que tenia á los privilegios de la clase que acababa de derrocar de la altura en que se habia colocado á fuerza de concesiones arrancadas á otros monarcas más débiles. La causa de los reyes era la suya en cualquier país en que los tronos se viesen amenazados. Habia abrazado con ardor la de Luis XVI, y la paz que habia ajustado con Rusia le permitia dirigir sus miras y sus tropas hácia Francia. Su genio militar le hacía soñar en una expedicion triunfante en las orillas del Sena, punto que él habia designado en su mente para conquistar gloria. En su juventud habia estado en Paris de incógnito, con el nombre de conde de Haga, y se habia hospedado en Versalles. María Antonieta se hallaba á la sazón en todo el esplendor de su belleza y en todo el brillo de su juventud, y Gustavo se la figu-

raba ahora en su imaginacion humillada y cautiva en poder de un pueblo feroz. Libertar á esta señora, restablecer aquel trono y hacerse temer y bendecir en la capital, le parecia una de aquellas aventuras buscadas en otros tiempos por los reyes caballeros. Unicamente su erario era el que se oponia á la ejecucion de este intento. Estaba negociando un empréstito con la corte de España, atraia hácia sí los emigrados franceses que tenian alguna nombradía como militares, pedia planos al marqués de Bouillé y solicitaba de las cortes de Viena, de San Petersburgo y de Berlin que se uniesen á él en esta cruzada de reyes, no exigiendo otra cosa de Inglaterra que la más estricta neutralidad. Rusia le animaba en su empresa, y la misma Catalina creia que llegaba hasta ella la humillacion en que se hallaba el trono de Francia. Negociaba Rusia, contemporizaba Austria, España temia é Inglaterra observaba. Cada nueva sacudida de la revolucion hallaba á Europa indecisa, y sus Estados monárquicos, vacilantes y faltos de buenos consejos y de oportunas resoluciones; ni sabian lo que debian temer, ni á lo que podian atreverse.

Este era el estado político de los gabinetes extranjeros respecto á Francia. Las disposiciones en que estaban los pueblos tocante á las nuevas ideas eran diferentes.

Al movimiento intelectual y filosófico de Paris respondia de rechazo otro movimiento europeo, y más todavía americano. España, dirigida por el conde de Aranda, adquiria las primeras luces del buen sentido general, y el gobierno habia empezado por expulsar á los jesuitas para salir con su intento. La nobleza española se ruborizaba al ver la oclocracia sagrada de sus monacales, y Voltaire tenia correspondales en Cádiz y Madrid. El contrabando del pensamiento era favorecido por los mismos que estaban encargados de evitarlo, y nuestros libros pasaban los Pirineos atravesando las nieves; de suerte que el fanatismo, acosado en su última guarida por las luces del siglo, conocia ya que su poder iba caducando en España. El mismo exceso de una tiranía sufrida por largo tiempo, predisponia allí los ánimos á la libertad.

En Italia, y hasta en Roma, el sombrío catolicismo de la Edad Media se iba iluminando con los reflejos de las luces de la época, y hasta jugaba con las armas peligrosas que la filosofía iba á volver muy pronto contra él. No parecia sino que, conociendo que empezaba á debilitarse, trataba de hacerse perdonar por lo mucho que habia dominado solo, usando de mil condescendencias con los reyes y con el siglo. Benedicto XIV, Lambertini, admitia de Voltaire la dedicatoria del *Mahomet*. Los cardenales Passionei y Quirini estaban en correspondencia con Ferney, y Roma recomendaba en sus bulas la tolerancia con los disidentes y la obediencia á los príncipes. El papa, halagando el espíritu del siglo, desaprobaba y reformaba la Compañía de Jesus. Clemente XIV, Ganganelli, abolia el orden de los jesuitas, confiscaba sus bienes, y encerraba á su general Ricci en el castillo de San Angelo, que era la Bastilla de los papas. Severo únicamente con los celadores exagerados de la fe, encantaba al mundo cristiano con su dulzura evangélica y con la gracia de su entendimiento; pero la chanza es la primera profanacion de los dogmas. La turba de extranjeros, sobre todo ingleses, á quienes su buena acogida atraia á Roma, hacia que penetrasen allí mezclados con el oro y la ciencia la indiferencia y el escepticismo, que destruyen las creencias ántes de minar las instituciones.

Nápoles, cuya corte era muy corrompida, dejaba el fanatismo para el pueblo; y gobernada Florencia por un príncipe filósofo, era la colonia en donde se hacian

los experimentos de las doctrinas modernas. El poeta Alfieri hacía representar allí sus dramas revolucionarios, y sembraba á mansalva desde aquel baluarte de la libertad sus máximas contra la doble tiranía de los papas y de los reyes, haciendo representar sus obras en todos los teatros de Italia.

Milan, en donde ondeaba la bandera austriaca, encerraba en su recinto una república de poetas y de filósofos. Beccaria escribía allí con más libertad que Montesquieu en Francia, y su obra *De los delitos y de las penas* era el acta de acusación de todas las leyes de su país. Parini, Monti, Cesarotti, Pirdemonte y Hugo Foscolo, poetas jocosos, serios ó heroicos, ridiculizaban á los tiranos, se burlaban de la cobardía de sus compatriotas, ó cantaban en odas patrióticas las virtudes de sus abuelos y la próxima libertad de la patria.

Sólo Turin, adicto á la casa de Saboya, callaba y proscribía á Alfieri.

El pensamiento, libre hacía ya mucho tiempo en Inglaterra, habia producido allí costumbres muy severas, y la aristocracia conocia que era asaz poderosa para no verse perseguida jamás. Los cultos eran tan independientes como las conciencias, y la religion dominante no era sino una institucion política que, comprometiendo al ciudadano, dejaba al creyente obrar segun su libre albedrío. Hasta el gobierno era allí popular, con la diferencia de que el pueblo lo componian los más distinguidos ciudadanos. La Cámara de los Comunes se asemejaba más á un senado de nobles que á un foco democrático; pero este Parlamento se hallaba en un recinto sonoro y abierto para todos, en donde se discutian en alta voz, en presencia del trono, de la nacion y de Europa, las cuestiones más atrevidas sobre gobierno. La dignidad real, honrada en la forma y condenada en la esencia á una impotente inaccion, no hacía otra cosa que presidir aquellos debates y regularizar la victoria; de suerte que no era más que una especie de consulado perpetuo. La voz de los grandes oradores que se disputaban el manejo de los negocios de la nacion resonaba en toda Europa. La libertad toma su nivel en el mundo social, como los rios en el lecho comun del Océano. Un pueblo solo no es libre impunemente, ni tampoco se subyuga impunemente á un pueblo aunque sea solo; todo se compara y todo se iguala al fin.

VII

Inglaterra habia sido intelectualmente el modelo de las naciones y la envidia del universo pensador. La naturaleza y sus instituciones le habian dado hombres dignos de sus leyes. Lord Chatham, tan pronto á la cabeza de la oposicion como á la del gobierno, habia engrandecido al Parlamento, hasta elevarle á las proporciones de su carácter y de su palabra. Jamás la libertad áspera de un ciudadano ante un trono, jamás la autoridad legal de un jefe de gobierno ante un pueblo, habian hecho oír otra voz semejante á los ciudadanos reunidos. Este era el hombre público en toda la extension y grandeza de la palabra, el alma de una nacion personificada en un solo individuo, la inspiracion de la multitud en un corazon de patricio. Su genio oratorio, como tambien su accion, tenian algo de magnánimo, y este hombre poseia el heroísmo de la palabra. El eco de los discursos de lord Chatham llegaba de rechazo á todos los puntos del continente. Las escenas borrascosas de las elecciones de Westminster removian en el fondo del pueblo el sentimiento terrible de sí mismo, y aquel gusto de turbulencia que se advierte en toda

grande reunion, y que ésta toma tan á menudo por un síntoma de verdadera libertad. Aquellas palabras de contrapeso al poder real, de responsabilidad ministerial, de leyes consentidas y de poder del pueblo, aplicadas en la actualidad por una Constitucion, y en los tiempos pasados por la acusacion de Strafford, por el sepulcro de Sidney y sobre el cadalso de un rey, habian resonado como recuerdos antiguos y como unas novedades enteramente desconocidas.

El drama inglés tenia por espectador al mundo. Los grandes actores de aquella época eran: Pitt, moderador de aquellas tempestades, órgano intrépido del trono, del orden y de las leyes de su país; Fox, tribuno precursor de la revolucion francesa, que propagaba sus doctrinas y que, asimilándolas á las revoluciones de Inglaterra, hacía que fuesen respetadas y miradas como sagradas por el pueblo inglés; Burke, orador filósofo, de quien cada discurso era un tratado de elocuencia, verdadero Ciceron de la oposicion británica, que muy pronto debia volverse contra los excesos de la revolucion francesa y maldecir la nueva religion en cuanto viese inmolada una víctima; finalmente, Sheridan, calavera elocuente, grato al pueblo por su ligereza y por sus vicios, que seducia á su país en lugar de sublevarle. El calor de los debates sobre las guerras de América y de la India daba un vivo interes á las borrascas del Parlamento.

La independenciam de América, conquistada por un pueblo nuevo, las máximas republicanas en que fundaba su gobierno, el prestigio que iba unido á aquellos nombres desconocidos hasta entónces, á quienes hacía mucho más grandes la distancia que las victorias que obtenian, como Washington, Franklin y Lafayette, héroes en la imaginacion del pueblo; aquellos sueños de sencillez antigua, de costumbres primitivas y de libertad heroica y pastoral á la vez, que la moda y la ilusion del momento traian á Europa desde el otro lado del Atlántico, todo esto contribuia á fascinar el espíritu del continente y á imbuir en el ánimo de los pueblos el desprecio á las instituciones que les regian, entusiasmándolos á favor de una renovacion social.

Holanda era el taller de los innovadores, que al abrigo de una completa tolerancia religiosa, de una libertad casi republicana y de un contrabando tolerado, iban á imprimir allí todo lo que no podia recibir publicidad en Paris, en España, en Italia ó en Alemania. Desde la época de Descartes, la filosofia independiente habia buscado un asilo en Holanda. Bayle habia popularizado allí el escepticismo, y aquel país se habia convertido en la tierra sagrada de la insurreccion contra los abusos del poder, hasta que finalmente llegó á ser un foco perenne de conspiraciones contra los tronos. Todo el que queria emitir un pensamiento sospechoso, lanzar un dardo ú ocultar su nombre, se valia de las imprentas holandesas. Voltaire, Rousseau, Diderot, Helvecio, y hasta el mismo Mirabeau, habian ido á naturalizar sus escritos en aquel país clásico de la publicidad. La máscara del anónimo con que se cubrian estos escritores en Amsterdam no engañaba á nadie, pero bastaba á su seguridad. Todo crimen del pensamiento era allí inviolable, y Holanda era á un mismo tiempo el asilo y el arsenal de las nuevas ideas. Un comercio de libros activo é inmenso especulaba en aquel país con los trastornos de las religiones y de los tronos. El prodigioso consumo de libros prohibidos que este comercio esparció por todo el mundo, probaba suficientemente la alteracion, cada dia mayor, de las antiguas creencias en el espíritu de los pueblos.

VIII

En Alemania, país de la contemporización y de la paciencia, los espíritus, tan calmosos en la apariencia, tomaban parte con un ardor serio y reconcentrado en el movimiento general del espíritu europeo. El libre pensamiento adoptaba allí las



Aspecto de la Asamblea legislativa en sus primeras sesiones.—Pág. 172.

formas de una conspiración universal envuelta en el misterio. Alemania, sabia y amiga de la etiqueta, gustaba de dar á su insurrección todas las apariencias de la ciencia y de la tradición. Los adeptos á las nuevas ideas imitaban en sus conciliábulos las iniciaciones de los misterios egipcios y las evocaciones místicas de la Edad Media; allí se pensaba como se conspira en otros países, y la filosofía marchaba cubierta de símbolos y de figuras, sin que se quitase la venda que cubría sus ojos sino en las sociedades secretas, de que eran excluidos todos los profanos. Los prestigios de la imaginación, tan poderosos sobre la naturaleza ideal y reflexiva de los alemanes, servían de cebo á las nuevas verdades.

Federico el Grande había hecho de su corte el centro de la incredulidad reli-

giosa, y al abrigo de su poder enteramente militar, se habia propagado con toda libertad el desprecio al cristianismo y á las instituciones monárquicas. Este príncipe materialista en nada estimaba la fuerza moral, porque las bayonetas eran, segun su modo de ver, el mejor derecho de los príncipes, la insurreccion el mejor derecho de los pueblos, y las victorias ó las derrotas el más incontestable derecho público. Su fortuna, siempre constante con él, habia sido cómplice de su inmoralidad, y habia recibido la recompensa de cada uno de sus vicios, porque estos vicios eran grandes. Al morir habia legado su genio perverso á Berlin, ciudad corruptora de toda Alemania. Militares criados en la escuela de Federico, academias modeladas sobre el genio de Voltaire, colonias de judíos enriquecidos con la guerra, y franceses refugiados, componian aquel pueblo en gran parte y dirigian el espíritu público, que, ligero, escéptico, insolente y burlon, intimidaba al resto de Alemania. La debilidad del espíritu aleman data desde Federico II. Este rey fué el corruptor del imperio, conquistó Alemania con ideas francesas y fué un héroe de decadencia.

Berlin continuaba del mismo modo despues de su muerte, por esa impresion que dejan siempre los grandes hombres por mucho tiempo en el país en que han reinado. El reinado de Federico habia dado al ménos un buen resultado, que era la tolerancia de cultos, nacida en Alemania del menosprecio en que Federico habia tenido á las religiones. A la sombra de esta tolerancia, el espíritu filosófico habia organizado algunas sociedades secretas á imitacion de la francmasonería, en las que se habian iniciado los príncipes alemanes. Creian los que entraban en ellas dar pruebas de grandes espíritus con penetrar en aquellas tinieblas, que se reducian en el fondo á algunos principios generales de humanidad y de virtud, sin aplicacion inmediata á las instituciones civiles. Federico habia sido iniciado cuando era jóven por el mayor Bielfeld, y el emperador José II, innovador el más atrevido de su época, entró tambien en ellas en Viena bajo el padrinzago del baron de Born, jefe de los francmasones de Austria. Estas sociedades, que ninguna importancia política tenian en Inglaterra, donde la libertad conspiraba sin rebozo en la tribuna y en la prensa, la tenian muy grande en el continente, porque eran los conciliábulos secretos de la libertad del pensamiento, que escapándose de los libros pasaba á las plazas á ponerse en accion. Entre los iniciados y las instituciones establecidas la guerra era sorda, pero mortal.

Sin duda que el objeto de los agentes ocultos de estas sociedades era crear un gobierno de la opinion del género humano para ponerle en oposicion con los gobiernos de las preocupaciones. Trataban estos hombres de reformar las sociedades religiosa, política y civil, y empezando por apoderarse del espíritu de las clases ilustradas, podian llamarse sus logias las catacumbas de un nuevo culto. La secta de los iluminados, fundada y dirigida por Weisshaupt, se propagaba en Alemania al par de la de los francmasones y los rosa-cruz. Los teósofos creaban por su parte los símbolos de perfeccion sobrenatural y atraian todas las almas sensibles y todas las imaginaciones ardientes hácia unos dogmas llenos de amor y de ideas de lo infinito. Los teósofos, los swedenborgios, discípulos del sublime aunque oscuro Swedenborg, nuevo San Martin de Alemania, pretendian perfeccionar el Evangelio y transformar la humanidad. Una de sus doctrinas era no tratar de nada que tuviese relacion con la muerte y con los sentidos corporales. Todos estos dogmas despre-

ciaban en igual grado las instituciones existentes, y tendian con igual ardor á la renovacion de los espíritus y de las cosas. Estas sociedades eran democráticas, porque todas estaban inspiradas por el amor á los hombres, sin distincion de clases.

Casi era infinito el número de los que en ellas se afiliaban, y el prestigio, cual sucede siempre que nos dejamos arrebatar de un celo indiscreto, se unió fraudulentamente á la verdad, como si el error ó la mentira fuesen la liga inevitable de las verdades y hasta de las virtudes del espíritu humano. Evocáronse los siglos, se hizo aparecer á las sombras y se oyó hablar á los muertos. Las visiones fueron su último secreto, las apariciones el último milagro de aquellos sectarios, que alucinaron la complaciente imaginacion de los príncipes por medio de transiciones rápidas del terror al entusiasmo. La ciencia fantasmagórica, poco conocida entónces, sirvió de auxiliar á estas seducciones. Muerto Federico II, su sucesor sufrió estas pruebas y fué subyugado por aquellos prestigios; de suerte que hasta los mismos reyes conspiraban contra los tronos. Los príncipes de Gotha dieron asilo á Weishaupt. Augusto de Sajonia, el príncipe Fernando de Brunswick, el de Neuwied, los coadjutores, todos los soberanos, hasta los de los electorados eclesiásticos de las orillas del Rhin, los de Maguncia y de Colonia y el obispo de Constanza, se señalaron por su ardor en favor de las doctrinas misteriosas de la francmasonería ó del iluminismo. Cagliostro admiraba á Strasburgo, y el cardenal de Rhoan se arruinaba y se envilecia al mismo tiempo escuchándole como á un oráculo. Por todas partes aparecian señales semejantes á las que precedieron siempre á la caida de los grandes imperios, á la llegada de las nuevas ideas. La más infalible era la conmocion general de las imaginaciones, que, una vez propagada, hace temblar la humanidad entera.

Los grandes genios de Alemania ó Italia cantaban ya la nueva era en sus versos á los hijos de la Germania. Goethe, poeta escéptico, Schiller, poeta republicano, y Klopstock, poeta sagrado, embriagaban con sus estrofas las universidades y los teatros; cada sacudida de Paris resonaba como un eco producido por aquellos escritores en las orillas del Rhin. La poesía es el recuerdo y el presentimiento de las cosas; lo que ella celebra no ha muerto todavía, lo que canta existe ya, y la poesía cantaba entónces por todas partes las confusas aunque apasionadas esperanzas de los pueblos, lo que era un augurio cierto del triunfo de éstos, así como tambien una prueba de que su entusiasmo existia allí, puesto que hacía que se oyese su voz. La ciencia, la poesía, la historia, la filosofía, el teatro, el misticismo, las artes y el genio europeo, bajo todas las formas posibles, se habian pasado á la revolucion. No podia citarse un solo hombre de gloria en toda Europa que perteneciese al partido de lo pasado, partido vencido ya, puesto que el espíritu humano se retiraba de él. Adonde va el espíritu, allí va la vida, y únicamente las medianías son las que permanecen constantemente aferradas á antiguas instituciones. Descubríanse ciertas señales misteriosas en el horizonte general del porvenir, y ya fuese porque los pequeños viesen en ellas su salvacion, ya porque los grandes creyesen descubrir en las mismas un abismo, ello es que todos se precipitaban en brazos de la novedad.

IX

Tal era la disposicion de los ánimos en Europa cuando los príncipes hermanos de Luis XVI y los caballeros emigrados se desparramaron por Saboya, Suiza, Italia y Alemania á pedir socorros á las potencias aristocráticas contra la revolucion. Desde las grandes emigraciones de los pueblos antiguos, que huian de las invasiones romanas, jamás se habia visto un movimiento de terror y de perturbacion igual al que arrojaba ahora de su territorio á todo el clero y á toda la aristocracia de una nacion. Esta doble emigracion de ambas aristocracias dejó un vacío inmenso en Francia: en primer lugar en los mismos escalones del trono, despues en la corte, en los palacios, en las altas dignidades eclesiásticas, y finalmente en las filas del ejército. Los oficiales, que eran todos nobles, emigraron en masa, y la marina siguió muy pronto su ejemplo, aunque ésta no se afilió en las nuevas banderas. Esto no consistia en que el clero, ni la nobleza, ni los oficiales de mar y tierra fuesen más extraños que las demas clases al movimiento revolucionario de ideas que habia sublevado la nacion en 1789; al contrario, el movimiento habia empezado por ellos, y la moderna filosofía habia hecho sus primeros ensayos y tenido sus primeros adeptos en las clases más elevadas de la nacion. En ellas se hallaba principalmente el pensamiento del siglo, pero no querian más que una reforma, y no una desorganizacion total de la sociedad. En cuanto notaron que la agitacion moral de las ideas se convertia en insurreccion popular, temblaron por sí mismas y se separaron del nuevo orden de cosas. Las riendas del gobierno arrancadas violentamente de manos del rey por Mirabeau y por Lafayette en el Juego de Pelota, los atentados del 5 y 6 de Octubre, la supresion sin compensacion de los privilegios, la abolicion de los títulos, la aristocracia entregada á la execracion pública, saqueada, incendiados sus palacios, y hasta asesinada en muchas provincias; la religion despojada de sus bienes temporales y obligada á nacionalizarse por medio de un juramento constitucional, finalmente, la fuga del rey, su prision en palacio, las amenazas de muerte que la prensa patriótica ó las tribunas de las sociedades populares vomitaban contra las aristocracias; las asonadas triunfantes en las ciudades; la defeccion de las guardias francesas en Paris, la de los suizos de Chateaufieux y Nancy; los excesos de la tropa sublevada en Caen y en Brest, que habian quedado impunes: todas estas cosas habian convertido en odio y en horror la buena acogida que habia hallado en la nobleza, en sus principios, el nuevo movimiento de ideas. Veia ésta que el primer acto del pueblo era degradar á las superioridades; así es que el espíritu del orden á que pertenecian obligaba á los nobles á emigrar, el de cuerpo impulsaba á hacerlo á los oficiales, y el espíritu cortesano se avergonzaba de permanecer en un suelo manchado con tantos ultrajes como se hacian continuamente á la dignidad real. Las mujeres, que tenian entónces grande influencia sobre la opinion de Francia, y cuya imaginacion ligera, sensible y tierna adopta prontamente el partido de las víctimas, estaban todas por el trono y por la aristocracia, y despreciaban á los que no iban al extranjero á buscar venganza. A su voz partian los jóvenes, y los que no lo hacian, no se atrevian á comparecer en público, porque las señoras les enviaban rucacas á sus casas, como símbolo de su cobardía.

Ni era tan sólo la vergüenza por las humillaciones sufridas la que hacía engrosar las filas de la emigración con todos los nobles y oficiales del ejército, sino también la apariencia de un deber. La principal virtud de la nobleza francesa consistía en una fidelidad religiosa al trono, y su honor y su segunda y casi única religión era morir por el rey. Un atentado cometido contra la persona del rey era reputado por ellos casi como un deicidio; idea que la caballería, código de las costumbres aristocráticas, había propagado y conservado por toda Europa. Para la nobleza, la verdadera patria era el rey. Apagado un momento este sentimiento por las vergonzosas escenas de la regencia, por los escándalos de Luis XV y por las máximas enérgicas de la filosofía de Rousseau, se había avivado de nuevo en el corazón de



Grupos formados delante del Palacio Real en la noche del 6 de Octubre de 1791.—Pág. 176.

los caballeros al presenciar el abatimiento y los peligros que amenazaban al rey y á la reina. La Asamblea nacional no era á sus ojos sino una horda de vasallos sublevados que tenían cautivo á su soberano. Hasta los actos más espontáneos del rey les eran sospechosos, y bajo sus palabras constitucionales entreveían otras enteramente contrarias. Según su modo de ver, los ministros de Luis XVI no eran sino unos carceleros suyos, y entre los caballeros y el rey existía cierta inteligencia secreta. Esta fiel camarilla de leales celebraba sus sesiones en medio del secreto en las habitaciones más recónditas de las Tullerías, y el rey tan pronto les aconsejaba como les prohibía la emigración. Sus órdenes variaban según los días y las circunstancias. Ya les daba un sentido constitucional y patriótico, cuando esperaba de buena fe poder establecer y moderar la Constitución en lo interior; ya eran desesperadas y criminales, si así puede decirse, cuando le parecía que la salvación de la reina y de sus hijos no podía venir sino de fuera del reino. Mientras escribía, por conducto de su ministro de Negocios extranjeros, llamando á sus hermanos y al príncipe de Condé para que viniesen á su lado, recordándoles los deberes

de todo buen ciudadano respecto de su patria, el baron de Breteuil, que era su ministro confidencial cerca de aquellas mismas potencias, remitia al rey de Prusia cartas de su soberano en donde se veia claramente el pensamiento secreto del rey. La que ponemos á continuacion, dirigida al rey de Prusia en 3 de Diciembre de 1790, y hallada despues en el archivo de la chancillería de Berlin, no permite dudar de la doble diplomacia del desventurado Luis XVI. Dice así:

«Señor y hermano mio: He sabido por Mr. de Moustier el interes que ha manifestado V. M., no sólo hácia mi persona, sino igualmente por el bien de mi reino. Las buenas disposiciones de V. M. en mi favor, en todas las ocasiones en que pueden ser útiles al bien de mi pueblo, han excitado vivamente mi sensibilidad. Yo las reclamo con entera confianza en este momento en que, á pesar de haber aceptado la nueva Constitucion, los facciosos manifiestan á las claras su proyecto de concluir con lo poco que queda ya de monarquía. Acabo de dirigirme al emperador de Rusia y á los reyes de España y Suecia, á los que he propuesto la idea de un Congreso compuesto de las principales potencias europeas y *apoyado en una fuerza armada*, como única medida para contener á los facciosos, hallar los medios de establecer otro órden de cosas más apetecible, é impedir que el mal que nos agobia se prôpague á los demas Estados de Europa. Espero que V. M. aprobará mis ideas y *que guardará un riguroso silencio sobre el paso que doy ahora*. V. M. conoce muy bien que las circunstancias particulares en que me hallo me obligan á ser muy circunspecto, por cuya razon nadie más está en el secreto que el baron de Breteuil, á quien V. M. podrá decir lo que guste sobre el particular con entera confianza.»

Esta carta, unida á la de Luis XVI á Mr. de Bouillé, anunciándole que su cuñado el emperador Leopoldo iba á hacer marchar un cuerpo de ejército sobre Longwy para motivar una reunion de tropas francesas hácia aquella frontera, y favorecer de este modo la fuga del rey, son pruebas irrecusables de la inteligencia secreta que mantenía el rey, tanto con las potencias extranjeras como con los jefes de la emigracion. Las memorias de los emigrados están llenas de estos indicios. La misma naturaleza de las cosas confirma su certeza. La causa de los reyes, de las aristocracias y de las instituciones eclesiásticas es solidaria. El emperador Leopoldo era hermano de la reina, y los peligros del rey eran comunes á todos los príncipes, porque el ejemplo de un pueblo triunfante era contagioso para todos los pueblos. Los emigrados eran amigos particulares del rey y partidarios decididos de la monarquía; así es que sin hablarse se entendian por la comunidad de pensamientos y de intereses. Además, se servian de comunicaciones secretas, y las sospechas del pueblo, en vez de ser quiméricas, eran el justo presentimiento de las maquinaciones de sus enemigos.

La conspiracion de la corte con todas las demas, la de las aristocracias extranjeras con las del reino, la de los emigrados con sus parientes, y la del rey con sus hermanos, no tenia necesidad de verse escrita. El mismo Luis XVI, revolucionario el más sincero de cuantos hombres han ocupado un trono, no abrigaba un pensamiento perverso de traicion, ni contra la revolucion ni contra su pueblo, al implorar el socorro ó la manifestacion armada de las potencias. La idea de hacer una llamada á las tropas extranjeras ó á las fuerzas de la emigracion no existia en el fondo de su alma. Temia la intervencion de los enemigos de Francia, desaprobaba

la emigracion, y no dejaba de tener algun recelo de sus propios hermanos, que intrigaban por fuera tomando muchas veces su nombre, y la mayor parte de ellas contra la voluntad del rey. Repugnábale pasar á los ojos de Europa por un príncipe que se hallaba bajo tutela, y cuyos ambiciosos hermanos usurpaban sus derechos, apropiándose la defensa de su causa y estipulando intereses que debian satisfacerse sin que hubiese intervenido al estipularlos. En Coblentza se hablaba sin rebozo de nombrar una regencia, para la cual se señalaba al conde de Provenza, que era el hermano que en el orden de primogenitura seguia á Luis XVI. Esta regencia, concedida á un príncipe de la sangre por la emigracion miéntras el rey luchaba en Paris, humillaba profundamente á Luis XVI y á la reina. Esta usurpacion de los derechos de su soberanía, aunque se cubriese con los pretextos de adhesion y de ternura, les era quizá más amarga que los ultrajes de la Asamblea y del pueblo. Los más temibles enemigos para los príncipes son sus parientes más inmediatos, y la emigracion, en el caso de triunfar, no prometia al rey otra cosa que un trono disputado por el regente que lo habia levantado. El reconocimiento que forzosamente le deberia en semejante caso le parecia vergonzoso, y no sabía si tendria más motivos de temer que de esperar de los emigrados.

La reina, en sus conversaciones particulares, hablaba de ellos con más amargura que confianza. El rey se lamentaba en voz alta de la desobediencia de sus hermanos, y desaconsejaba la fuga á todos aquellos de sus servidores que le consultaban sobre el particular. Estos consejos, sin embargo, variaban segun se presentaban las circunstancias. El rey, como todos los hombres colocados entre la esperanza y el temor, se doblaba ó erguia bajo el imperio de los sucesos. El hecho era culpable, la intencion no era criminal. No era el rey el que conspiraba, era el hombre, el marido y el padre, que buscaba en el apoyo extranjero la salvacion de su mujer y de sus hijos. No se hacia culpable sino cuando estaba desesperado. Las negociaciones se rompian y se renovaban sin cesar, lo que se decretaba hoy se revocaba mañana, y los agentes secretos de estas tramas, provistos de los poderes revocados, se servian todavía de ellos contra la voluntad del rey para continuar dando pasos en su nombre. Las contraórdenes no se obedecian; el príncipe de Condé, el conde de Provenza y el de Artois, cada uno tenia su cuerpo diplomático y su corte, y todos abusaban del nombre del rey para hacer prevalecer su crédito y su política. De ahí provienen las dificultades que se les ofrecen á los historiadores de aquella época para poder conocer la mano del rey en todas estas tramas urdidas en su nombre, y para pronunciarse entre su completa inocencia y sus connivencias con el extranjero. Luis no vendió á su país ni á su pueblo, pero no guardó el juramento que habia prestado á la Constitucion. Hombre honrado, pero perseguido como rey, creyó que unos juramentos arrancados por violencia y eludidos por el temor, no podian hacerle cometer un perjurio aún cuando faltase á ellos, tanto más, cuanto que diariamente estaban faltando todos á los que le habian prestado. Sin duda pensó que los excesos del pueblo le autorizaban á faltar á la religion del juramento y al honor de la palabra empeñada. Criado en el prestigio de su soberanía personal, buscó de buena fe, en medio de todos los partidos que se disputaban el imperio, en dónde se hallaba la nacion, y no encontrándola en ninguna parte, creyó serle permitido el verla en su persona. Su crimen, si semejante palabra es aplicable á un príncipe como Luis XVI, no debe reputarse como hijo

de su alma, sino como efecto de su educacion, y producido por su situacion particular y por sus desgracias.

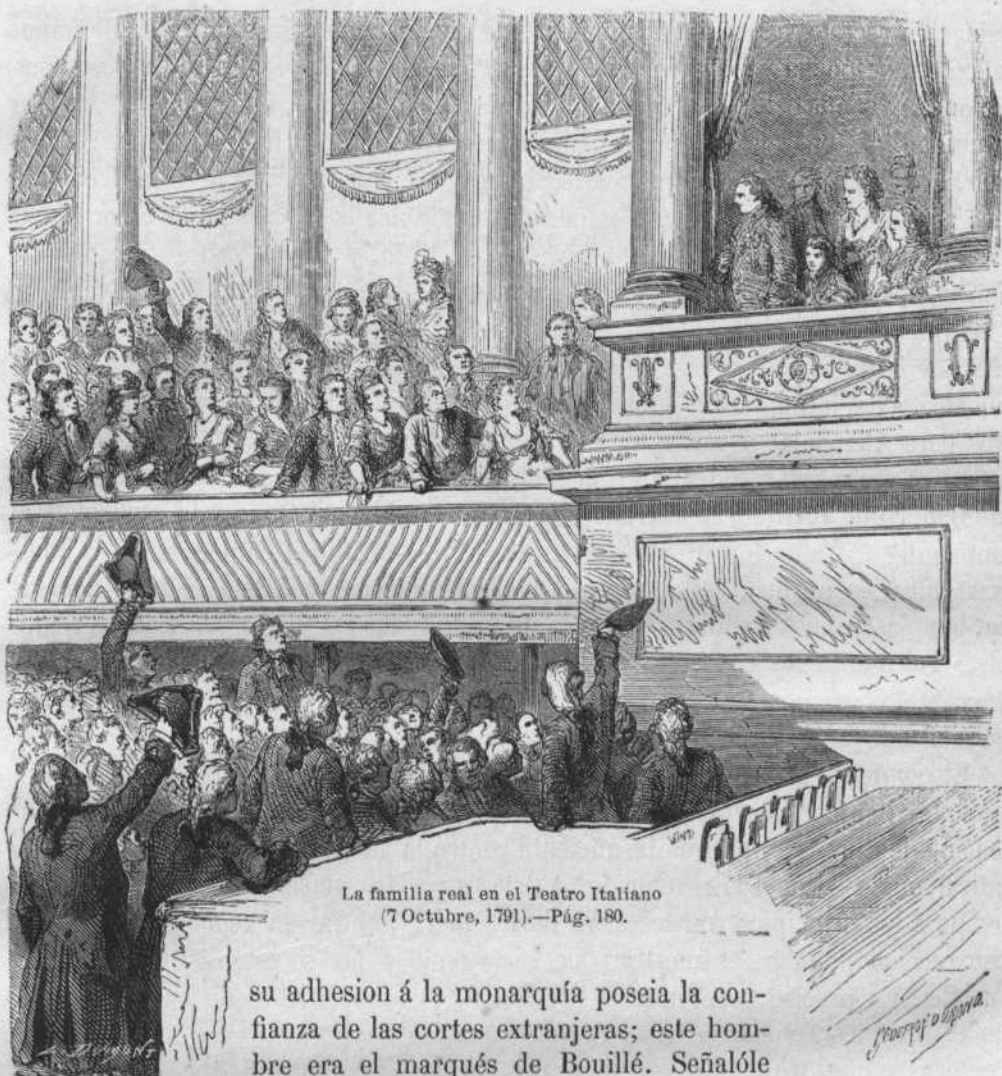
X

El baron de Breteuil, antiguo ministro y embajador, hombre inaccesible á toda concesion, consejero fuerte y riguroso, habia salido de Francia á principios de 1790, con poderes secretos del rey, y muy amplios al mismo tiempo, que le acreditaban al lado de las potencias extranjeras. El solo era en lo exterior el ministerio completo de Luis XVI. Era ademas su ministro absoluto, porque una vez investido de la confianza ilimitada del rey, que no podia retirársela sin minar la existencia de su diplomacia oculta, era dueño de abusar de ella y de interpretar las intenciones de Luis XVI segun sus propias miras. Dícese que, en efecto, aquel diplomático abusó de ella, no por ambición personal, sino por un exceso de celo por la salvacion y por la dignidad de su amo. Sus negociaciones al lado de Catalina, de Gustavo, de Federico y de Leopoldo fueron una incitacion constante á una cruzada contra la revolucion francesa.

El conde de Provenza (Luis XVIII) y el de Artois (Cárlos X), despues de haber hecho várias excursiones á las cortes del Mediodía y del Norte, se habian reunido en Coblentza. Luis Wenceslao, elector de Tréveris, tio de los príncipes por parte de madre, les hizo una acogida más cordial que política. Coblentza se convirtió en el Paris de Alemania, en centro de la conspiracion contrarrevolucionaria y en cuartel general de la nobleza francesa, reunida en torno de sus jefes naturales, que eran los hermanos del rey. Miéntras que ellos tenian allí su corte ambulante y ataban los primeros cabos para la confederacion de Pilnitz, el príncipe de Condé, más militar de corazon y de raza, organizaba allí los cuadros del ejército de los príncipes. Este ejército se componia de ocho ó diez mil oficiales y ningun soldado; era la cabeza del ejército separada del tronco. Nombres históricos, decision acreditada, ardor de juventud, valor heroico, fidelidad, confianza en sus derechos, y una conviccion íntima de obtener el triunfo, nada le faltaba al ejército de Coblentza, á no ser el conocimiento de su país y de su época. Si la nobleza francesa emigrada hubiese empleado en servir y en regularizar la revolucion la mitad de los esfuerzos y de las virtudes que desplegó para combatirla, aquélla, al cambiar las leyes, no hubiera destruido la monarquía. Pero jamás se debe exigir de las instituciones que comprendan lo que las transforma. El rey, los nobles y el clero no podian comprender una revolucion que destruia la nobleza, el clero y el trono. Era preciso luchar, y no habiendo terreno en Francia en donde hacerlo, tomaron pié en el extranjero.

XI

Miéntras que el ejército de los príncipes iba engrosando en Coblentza, la diplomacia contrarrevolucionaria tocaba al primer resultado de consideracion que podia prometerse, segun el estado en que se hallaba entónces Europa. Abriéronse las conferencias de Pilnitz. El conde de Provenza acababa de enviar al baron Roll á verse con el rey de Prusia y á pedirle tropas en nombre de Luis XVI y del restablecimiento del orden en Francia. El rey de Prusia, ántes de decidirse, quiso informarse sobre el estado de Francia, de un hombre que por sus talentos militares y



La familia real en el Teatro Italiano
(7 Octubre, 1791).—Pág. 180.

su adhesión á la monarquía poseía la confianza de las cortes extranjeras; este hombre era el marqués de Bouillé. Señálese para la entrevista el castillo de Pilnitz, y le rogó que le llevase un plan de operaciones de los ejércitos extranjeros sobre las diferentes fronteras de Francia. El 24 de Agosto, Federico Guillermo, acompañado de su hijo, de sus principales generales y de los ministros de su mayor confianza, llegó al castillo de Pilnitz, residencia ordinaria de la corte de Sajonia en el verano. El emperador había llegado allí ántes.

El archiduque Francisco, que fué despues Francisco II, el feldmariscal Lacy, el baron de Spielman y una corte numerosa rodeaban al emperador; los dos soberanos rivales en Alemania parecia que habian olvidado su rivalidad por un momento, para no ocuparse más que de salvar todos los tronos. Esta fraternidad de la gran familia de los monarcas prevaleció sobre cualquier otro sentimiento, y trataron más como hermanos que como soberanos. Su huésped, el elector de Sajonia, consagró esta conferencia con magníficas fiestas.

En medio de un banquete anunciaron la llegada inesperada del conde de Artois á Dresde. El rey de Prusia solicitó el permiso del emperador para que compareciese allí el príncipe frances. Concedióse este permiso, pero ántes de admitir al conde de Artois á las conferencias oficiales, los dos monarcas se encerraron para

hablar en secreto, acompañados únicamente de sus amigos más íntimos. El emperador estaba por la paz; la inercia del cuerpo germánico pesaba sobre sus resoluciones, y sentia la dificultad de imprimir á esta federacion vasalla del imperio la unidad y la energía necesarias para atacar á Francia en la furia de su revolucion. Los generales, y el mismo mariscal Lacy, vacilaban en vista de unas fronteras tenidas por inexpugnables, y el emperador temia por los Países Bajos y por Italia. Las máximas francesas habian atravesado el Rhin, y podian causar una explosion en los Estados alemanes en el momento en que se pidiese á los príncipes y á los pueblos que se levantasen contra Francia, y la Dieta popular podria tal vez más que la de los soberanos. Unas medidas mixtas y dilatorias producirian el mismo efecto de intimidacion sobre el genio revolucionario, sin ofrecer iguales peligros para Alemania. ¿No era más prudente formar una liga general de todas las potencias europeas, y rodear á Francia de bayonetas, intimando entónces al partido triunfador que volviese la libertad al rey, la dignidad al trono y la seguridad al continente? «Si la nacion francesa se niega á ello,—añadió el emperador,—la amenazarémos, en un manifiesto, con una invasion general, y si ésta se hace necesaria, la aplastarémos bajo la irresistible masa de todas las fuerzas de Europa reunidas.» Tales eran los consejos del genio contemporizador del imperio, que siempre aguarda á obrar por necesidad, que jamás se adelanta á ella, y que quiere asegurarlo todo sin arriesgar nada.

El rey de Prusia, más impaciente y más amenazado que los otros, confesó francamente al emperador que él no creia en la eficacia de aquellas amenazas. «La prudencia—le dijo—es un arma insuficiente contra la audacia. Estar á la defensiva es indicar que se teme á la revolucion. A ésta es preciso atacarla desde la cuna. Dar tiempo á los principios franceses, es darles fuerza; entrar en negociaciones con la insurreccion popular, es mostrar que se la teme y que se está dispuesto á tratar con ella. Es preciso sorprender á Francia *in fraganti* delito de anarquía, y no dar el manifiesto europeo hasta despues que las bayonetas hayan atravesado las fronteras y que, triunfantes ya las armas, hayan dado autoridad á las palabras.»

Al emperador parecia que le hacian fuerza estas razones; insistió, sin embargo, sobre los peligros á que una invasion repentina expondria á Luis XVI, y enseñó varias cartas de este príncipe; confió tambien al Congreso que el marqués de Noailles y Mr. de Montmorin, embajador el uno de Francia en Viena, y ministro el otro de Negocios extranjeros en Paris, ambos afectos al rey, hacian esperar á la corte de Viena el pronto restablecimiento del órden y de modificaciones á la Constitucion francesa en sentido monárquico. Pidió que se suspendiese toda decision hasta el mes de Setiembre, sin que esto obstase para que el tiempo que mediaba hasta entónces se emplease en hacer preparativos y en tener disponibles todos los recursos militares de las dos potencias.

La escena varió de aspecto al dia siguiente, con la llegada del conde de Artois. Este jóven príncipe habia sido dotado por la naturaleza con todos los dones exteriores de un caballero. Hablaba á unos soberanos en nombre de los tronos, y al emperador en el de una hermana que iba á perder el suyo, y que se veia ultrajada por sus vasallos. Toda la emigracion, con sus desgracias, su nobleza y sus ilusiones, parecia haberse personificado en el conde de Artois. El marqués de Bouillé y Mr. de Calonne, es decir, el genio de la guerra y el de la intriga, le habian seguido

á aquellas conferencias. El conde de Artois obtuvo varias audiencias de los dos soberanos, en las que habló con energía y con respeto contra el sistema de contemporización del emperador. Logró poner en acción la lentitud germánica, y el emperador y el rey de Prusia autorizaron al baron de Spielman por Austria, al de Bischofswerder por Prusia, y á Mr. de Calonne por Francia, á reunirse aquella misma noche y á redactar de comun acuerdo un proyecto de declaracion para presentarlo á la sancion de los monarcas.

El baron de Spielman, bajo la inspiracion directa del emperador, fué el redactor de este documento. Mr. de Calonne, en nombre del conde de Artois, combatió en vano ciertas reservas que desconcertaban la impaciencia de los emigrados. Al dia siguiente, á la vuelta de una excursion á Dresde, los dos soberanos, el conde de Artois, Mr. de Calonne, el mariscal Lacy y los dos negociadores se trasladaron al cuarto del emperador. Se leyó ó se discutió la declaracion, se pesaron todas las razones en pro y en contra, modificáronse algunas expresiones, y á propuesta de Mr. de Calonne y á instancias del conde de Artois, consintieron el emperador y el rey de Prusia en la insercion del último período de ella, en el cual la guerra se mostraba suspensa sobre la revolucion.

Hé aquí esta pieza, que fué el anuncio de una guerra de veintidos años:

«Habiendo oido el emperador y el rey de Prusia los deseos y las representaciones de *Monsieur* y del señor conde de Artois, declaran mancomunadamente que miran la situacion en que se encuentra actualmente el rey de Francia como objeto de comun interes para todos los soberanos de Europa. Ambos monarcas esperan que este interes no puede ménos de ser reconocido por las potencias cuyo auxilio se reclama, y que por consiguiente, no se negarán á emplear, en union con el emperador y el rey de Prusia, los medios más eficaces, y en proporcion á las fuerzas de cada una de ellas, para poner al rey de Francia en estado de consolidar con completa libertad las bases de un gobierno monárquico, que sea tan conveniente á los derechos de los soberanos como al bienestar de los franceses. Entónces y en semejante caso, SS. MM. están decididas á obrar prontamente y de comun acuerdo con las fuerzas que sean necesarias para conseguir el comun objeto que se han propuesto. Entre tanto, darán á sus tropas las órdenes convenientes para que se hallen dispuestas á obrar en llegando la ocasion.»

Se ve claramente que esta declaracion, tímida y amenazadora á la vez, era demasiado para conservar la paz, y muy poco para encender la guerra. Semejantes palabras atizaban la revolucion en vez de sofocarla. Descubriase en ellas á un mismo tiempo la impaciencia de los emigrados, la resolucion del rey de Prusia, la vacilacion de las potencias y la contemporizacion del emperador. Era aquélla una especie de concesion á la fuerza, á la debilidad, á la guerra y á la paz, y se traslucía en aquel escrito el estado en que toda Europa se hallaba. Era, finalmente, una manifestacion evidente de la incertidumbre y de la anarquía de los gabinetes.

XII

Despues de este acto tan imprudente como insuficiente, los dos soberanos se separaron. Leopoldo fué á Praga á coronarse, y el rey de Prusia á Berlin á poner su ejército en pié de guerra. Triunfantes los emigrados por lo que habian obtenido,

adquirieron nuevas fuerzas. Las cortes de Europa, á excepcion de la de Inglaterra, contestaron á las de Berlin y Viena de un modo equívoco, y el ruido que movió la declaracion de Pilnitz se apagó en cuanto llegó á Paris, en medio del bullicio y regocijos públicos que se daban entónces por la aceptación de la Constitucion.

Leopoldo, desde aquella conferencia buscaba con más ánsia cuantos pretextos podia para que se mantuviese la paz. Su ministro el príncipe de Kaunitz temia todas las sacudidas violentas que pudiesen desarreglar el antiguo mecanismo diplomático, cuyos resortes conocia perfectamente. Luis XVI le envió secretamente al conde de Fersen para que le suplicase que no alarmara con el aparato de las armas á la revolucion, que parecia dormirse en su triunfo.

Los príncipes emigrados obraban en distinto sentido y hacian resonar en todas las cortes las palabras dadas en beneficio de su causa en la declaracion de Pilnitz. Escribieron, pues, una carta á Luis XVI en la que protestaban públicamente contra el juramento que habia prestado á la Constitucion; juramento que, segun decian en aquel escrito, habia sido arrancado á su debilidad y al estado de cautiverio en que se hallaba. El rey de Prusia, al recibir la circular del gabinete frances en que se le noticiaba oficialmente la aceptación de la Constitucion por el rey, exclamó: «Ya veo asegurada la paz de Europa». Las cortes de Viena y de Berlin aparentaron creer que todo estaba concluido en Francia por aquellas mutuas concesiones entre el rey y la Asamblea, y se resignaron á ver abatido el trono de Luis XVI, con tal que la revolucion consintiese, aunque sólo fuera en la apariencia, dejarse dominar por el trono.

Rusia, España, Suecia y Cerdeña no se sosegaron con tanta facilidad. Catalina II y Gustavo III, aquélla por el sentimiento orgulloso de su poder, y éste por sacrificarse generosamente por la causa de los reyes, convinieron en enviar un ejército en socorro de la monarquía, compuesto de cuarenta mil hombres entre rusos y suecos. Este cuerpo de ejército, pagado con quince millones que habia de aprontar España, y mandado por Gustavo en persona, debia desembarcar en las costas de Francia y dirigirse á Paris, en tanto que las fuerzas del imperio atravesaban el Rhin.

Estos atrevidos planes de las cortes del Norte desagradaban á Leopoldo y al rey de Prusia, que echaban en cara á Catalina el haber faltado á sus promesas haciendo la paz con los turcos. ¿Podia el emperador llevar sus tropas hácia el Rhin miéntras tanto que aún duraban los combates entre rusos y otomanos sobre el Danubio, y hallándose amenazadas las retaguardias de su imperio? Catalina y Gustavo no dejaban por eso de dar una proteccion decidida á la emigracion. Estos dos soberanos enviaron ministros plenipotenciarios al lado de los príncipes franceses que estaban en Coblentza, lo que equivalia á declarar tácitamente la caducidad de Luis XVI y aún de la misma Francia, ó reconocer que el gobierno no se hallaba en Paris, sino en Coblentza. Ademas, hicieron entre sí un tratado de alianza ofensiva y defensiva en el interes comun del restablecimiento de la monarquía.

Descando entónces Luis XVI de buena fe el desarme, envió á Coblentza al baron de Viomenil y al caballero de Coigny para que mandasen en su nombre á sus hermanos y al príncipe de Condé que disolviesen y desarmasen al ejército de los emigrados. Estas órdenes se recibieron como dadas por un rey que se hallaba preso, y fueron desobedecidas, sin volver ninguna respuesta. La Prusia y el imperio ma-

nifestaron más deferencia á las intenciones del rey, y disolvieron el ejército de los príncipes, mandando castigar en sus Estados los insultos hechos á la escarapela tricolor. Pero en el mismo momento en que el emperador daba estas pruebas del deseo que tenia de mantener la paz, la guerra iba á arrastrarle á su pesar. Lo que la sabiduría humana niega á las más grandes causas, se ve obligada á veces á concederlo á las más pequeñas. Tal fué la situacion de Leopoldo. El se habia negado á hacer la guerra para sostener los grandes intereses de la monarquía y habia prescindido de los sentimientos sagrados de la sangre que se la exigia, pero iba á concederla á los intereses insignificantes de algunos príncipes del imperio posesionados en la Alsacia y en la Lorena, cuyos derechos personales violaba la nueva



Una misa en el campo, en la Vendée.—Pág. 181.

Constitucion francesa. Se habia negado á dar socorro á su hermana, é iba á concedérselo á algunos vasallos. La influencia de la Dieta y sus deberes personales como cabeza del imperio le arrastraron á dar unos pasos que su resolucion personal no habia podido obtener. En su comunicacion de 3 de Diciembre de 1791 anunció al gabinete de las Tullerías la resolucion formal que habia adoptado de «dar socorro á los príncipes posesionados en Francia si no obtenian ser reintegrados completamente en todos los derechos que les pertenecian á tenor de los tratados».

Este escrito amenazador, comunicado bajo mano á Paris por el embajador de Francia en Viena ántes de recibirse oficialmente, asustó al rey y fué recibido con gozo por algunos de sus ministros y por el partido político que le era ménos hostil en la Asamblea. La guerra lo corta todo, y estos hombres acogieron aquella comunicacion como una solucion á las graves dificultades en que se hallaban metidos, y de las cuales no sabian cómo salir. Cuando no hay ya esperanza en el órden regular de los sucesos, la tenemos por lo general en lo que nos es desconocido. Pare-

ciales á estos espíritus aventurados que la guerra debía ser un entorpecimiento para la fermentacion universal, un estorbo para la revolucion y un medio seguro para que el rey volviese á apoderarse del poder al apoderarse del mando del ejército. Esperaban con esto poder cambiar el fanatismo por la libertad en un fanatismo de gloria, y engañar al espíritu del siglo embriagándole por medio de conquistas, en vez de satisfacerle dándole nuevas instituciones.

Los diputados de la Gironda pertenecian á este partido, y Brissot les inspiraba. Halagados con el título de hombres de Estado, que ellos aceptaban ya por vanidad, y que se les daba por ironía, querian justificar su pretension con un golpe audaz que cambiase la escena y que desconcertase á un mismo tiempo al rey, al pueblo y á Europa. Estos hombres habian estudiado las máximas de Maquiavelo, y miraban el desprecio de lo justo como una prueba de genio. Poco les importaba la sangre del pueblo, con tal que ellos pudiesen dar pábulo á su ambicion.

El partido jacobino, excepto Robespierre, pedia la guerra á voz en grito, y su fanatismo no le dejaba conocer su debilidad. Para estos hombres era la guerra un apostolado armado que iba á propagar su filosofía social por todo el universo, y se hacian la ilusion de que el primer cañonazo que se disparase en nombre de los derechos de la humanidad iba á conmover todos los tronos.

Otro tercer partido confiaba tambien en la guerra, que era el de los constitucionales moderados. Estos se prometian poder dar cierta energía al poder ejecutivo, por la necesidad que habria de reconcentrar la autoridad militar en manos del rey en el momento en que la nacionalidad se viese amenazada. Toda guerra extraña da la dictadura al partido que la hace, y ellos esperaban para sí y para el rey esta dictadura de la necesidad.

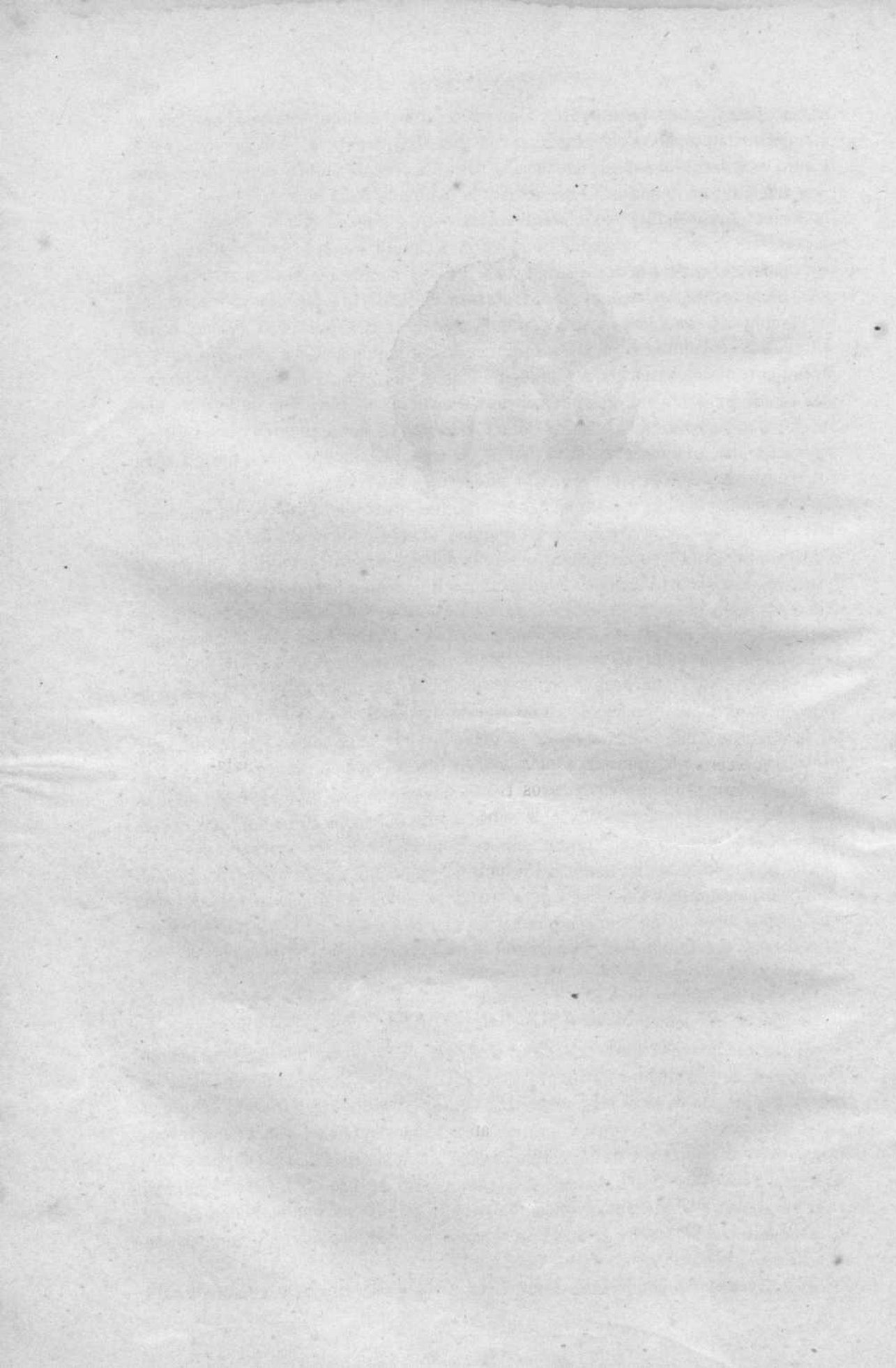
XIII

Una mujer jóven, pero ya influyente, prestaba á este último partido el prestigio de su juventud, de su genio y de su pasion; llamábase madama de Staël. Era hija de Necker, y habia respirado en una atmósfera enteramente política desde que vió la primera luz. La casa de su madre habia sido el cenáculo de la filosofía del siglo XVIII, y en sus salones, Voltaire, Rousseau, Buffon, D'Alembert, Diderot, Raynal, Bernardino de Saint-Pierre y Condorcet habian jugado con aquella niña y dado la primera direccion á sus pensamientos. Su cuna habia sido la de la revolucion. La popularidad de su padre habia acariciado sus labios, y habia dejado en ella una sed de gloria que no se apagó jamás. Buscábala con avidez, hasta en medio de las borrascas populares y á traves de la calumnia y de la muerte. Su genio era grande, su alma pura y su corazon apasionado. Hombre por la energía de su carácter, mujer por su sexo y por su ternura, necesitaba, para que quedase satisfecho su ideal de ambicion, que el destino asociase para ella en un mismo papel el genio, la gloria y el amor.

La naturaleza, la educacion y la fortuna hacian que fuese posible en ella este triple sueño de la mujer, del filósofo y del héroe. Nacida en una república, criada en la corte, hija de ministro y mujer de embajador, pertenecia al pueblo por su origen, á los literatos por su talento y á la aristocracia por su clase; estos tres elementos de la revolucion se confundian en ella, ó se combatian los unos á los otros. Su genio era como el coro de los antiguos, en que todas las principales voces del



MADAMA DE STAEL.



drama se confundian en una especie de concierto borrascoso. Pensador por la inspiracion, tribuno por la elocuencia, mujer por el atractivo, su belleza, invisible á la multitud, necesitaba de la inteligencia para ser comprendida y de la admiracion para inspirar sentimiento. No era en ella lo más notable la belleza del rostro y de las formas, sino la inspiracion visible y la pasion que en ella se descubria. Su actitud, sus ademanes, el sonido de su voz y sus miradas, todo esto obedecia á su alma para dar mayor lustre á su persona. De sus negros ojos salian, á traves de unas hermosísimas pestañas, ciertas chispas eléctricas de ternura y de orgullo. Véase uno casi forzado á seguir su mirada cuando la dirigia hácia el espacio, como si tratase de encontrar en él las inspiraciones que buscaba. Esta mirada, franca y profunda como su alma, tenia tanta serenidad como brillo, y se sentia que el resplandor de su genio no era sino la reverberacion de un gran foco de ternura que abrigaba en su corazon. Así habia un amor secreto en la admiracion que excitaba, y en esta misma admiracion, el amor era lo único que ella apreciaba, porque para ella no era otra cosa el amor sino una admiracion muy viva.

Los sucesos dan la madurez muy pronto. Las ideas y las cosas se habian sucedido en su vida con tal precipitacion, que podia decirse que nunca habia sido niña. A los veintidos años poseia toda la madurez del pensamiento, unida á la gracia y á la savia de los años juveniles. Escribia como Rousseau y hablaba como Mirabeau. Capaz de concepciones atrevidas y de seguir cualquier designio que concibiese, podia contener á la vez en su seno un gran pensamiento y un gran sentimiento. Semejante á las mujeres de la antigua Roma, que en la decadencia de la república agitaban el mundo con el movimiento de sus corazones, ó que daban y quitaban el imperio concediendo ó negando su favor, ésta queria que su pasion se confundiese en su política, y que la elevacion de su genio sirviera para elevar á aquel que ella prefiriese. Su sexo le prohibia aquella accion directa que la plaza pública, la tribuna ó el ejército no conceden sino á los hombres en los gobiernos de publicidad. Ella debia permanecer invisible en medio de los acontecimientos que queria dirigir. Ser el destino oculto de un grande hombre, obrar por su mano, hacer su suerte, brillar llevando su nombre, era la única ambicion que le estaba permitida; ambicion tierna que seduce á la mujer, y que es suficiente al genio desinteresado. Ella no podia ser de un hombre político sino su conciencia y su inspiracion; buscaba ansiosa á este hombre, y su ilusion le hizo creer que habia dado con él.

XIV

Habia entónces en Paris un oficial general, jóven, de ilustre raza, de belleza seductora y dotado de un espíritu gracioso, flexible y vivo. Aunque llevaba el nombre de una de las familias más acreditadas en la corte, cierta nubecilla eclipsaba todas estas cualidades, porque, segun se decia, circulaba por sus venas sangre bastarda, aunque real, y su fisonomía recordaba involuntariamente la de Luis XV. Acreditaba este rumor la ternura con que le querian las tias de Luis XVI, á cuya vista se habia criado, manteniéndose luégo á su lado, y habiendo ascendido por el favor que aquellas señoras le dispensaban á los más distinguidos empleos del ejército y de la corte.

Este jóven era el conde Luis de Narbona. Criado en semejante cuna, educado

después en la corte, cortesano por nacimiento y mimado por aquellas manos femeninas, célebre tan sólo por su figura, por sus ligerezas y por sus salidas, no podía esperarse de semejante hombre ni la fe ardiente que precipita en el seno de las revoluciones, ni la energía estoica que es necesaria para llevarlas á cabo y dirigir-las. Este noble jóven creía sólo á medias en la libertad, y no veía en el pueblo sino un soberano más exigente y más caprichoso que los otros, con el cual era preciso desplegar más habilidad para seducirle y más política para manejarle. Sentía en sí toda la flexibilidad necesaria para desempeñar este papel, y tuvo la osadía suficiente para intentarlo. Sin grandes convicciones, pero dotado de ambición y de valor, las circunstancias no eran á su vista sino un drama como la Fronda, en que los más hábiles actores podían ensanchar sus esperanzas en proporción á los hechos que fuesen acaeciendo, y dirigirlos hasta su desenlace. Ignoraba que en las revoluciones no hay sino un actor principal: la pasión. El no la tenía. Balbuceaba las palabras del dogma revolucionario; tomó el traje de la época, pero su alma era de otro temple que el que exigían las circunstancias.

El contraste que había entre aquella naturaleza y el papel que representaba, el ver aquel favorito de las cortes lanzado entre la multitud para servir á la nación, y el reparar en aquella elegancia aristocrática cubierta con la máscara del patriotismo del tribuno, fueron cosas por un momento del agrado del pueblo. Este aplaudió aquella transformación como una dificultad vencida, porque le halagaba contar entre sus filas á los grandes señores. En esto veía un testimonio auténtico de su poder, se sentía rey al verse rodeado de cortesanos, y les perdonaba á éstos su distinguido rango, en gracia de la complacencia que hacía él tenían.

Madama de Staël se prendó tanto del corazón como del espíritu de Mr. de Narbona. Su enérgica y tierna imaginación prestó al jóven militar todo lo que ella le deseaba, porque no siendo sino un hombre brillante, activo y valiente, ella hizo de él un político y un héroe. Engrandecióle con todos sus sueños para que se pusiese á la altura de su ideal, le rodeó de un gran prestigio, le creó una nombradía, le señaló un papel que desempeñar, é hizo de él el tipo vivo de su política. Desdeñar la corte, seducir al pueblo, mandar el ejército, intimidar á Europa, arrastrar á la Asamblea por su elocuencia, servir á la libertad, salvar á la nación, y venir á ser, por sola su popularidad, el árbitro entre el trono y el pueblo, reconciliándolos en una Constitución liberal y monárquica á la vez; tal era la perspectiva que ella se ofrecía para sí y para Mr. de Narbona.

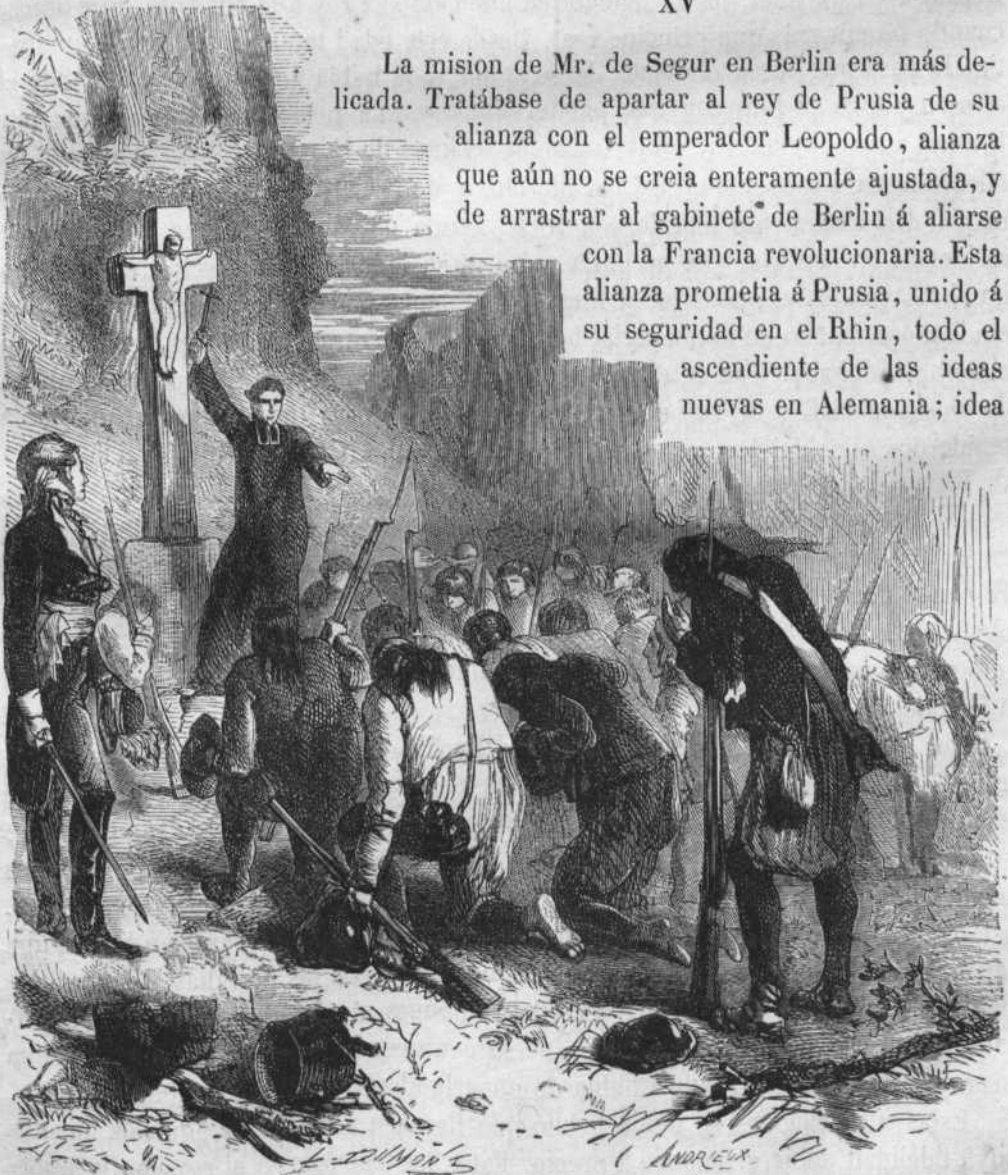
Ella encendió su ambición con sus pensamientos. El se creyó capaz de aquella misión, puesto que ella la soñaba para él. El drama de la revolución se reconcentró en aquellas dos inteligencias, y su conjuración fué por algún tiempo la única política de toda Europa.

Madama de Staël, Mr. de Narbona y el partido constitucional querían la guerra; pero querían una guerra parcial, y no una guerra desesperada que, removiendo la nacionalidad hasta en sus cimientos, llevaría tras sí el trono y lanzaría á Francia en la república. Por su influencia lograron renovar todo el personal de la diplomacia, que pertenecía exclusivamente á los emigrados ó al rey, y llenaron las cortes extranjeras de hombres de sus mismas ideas. Mr. de Marbois fué enviado cerca de la Dieta de Ratisbona, Mr. Barthelemy á Suiza, Mr. de Talleyrand á Londres y Mr. de Segur á Berlin. La misión de Mr. de Talleyrand era hacer fraternizar

el principio aristocrático de la Constitución inglesa con el principio democrático de la Constitución francesa, que se creía poder equilibrar y moderar estableciendo la alta Cámara. Había esperanza de interesar á los hombres políticos de la Gran Bretaña en una revolución que era una imitación de la suya, y que despues de haber removido el pueblo, vendría á hacerse flexible en manos de una aristocracia inteligente. Esta misión era fácil si la revolución se hubiese regularizado por espacio de algunos meses en París. Las ideas francesas tenían popularidad en Lóndres. La oposición allí era revolucionaria, y Fox y Burke, que entónces eran amigos, apasionaban al pueblo en favor de la libertad del continente. Preciso es hacer justicia á la Inglaterra, confesando que el principio moral y popular oculto en las bases de su Constitución no se ha desmentido jamás á sí mismo combatiendo los esfuerzos que han hecho los demas pueblos por darse un gobierno libre. Esta nación se ha asimilado la libertad en todas partes.

XV

La misión de Mr. de Segur en Berlin era más delicada. Tratábase de apartar al rey de Prusia de su alianza con el emperador Leopoldo, alianza que aún no se creía enteramente ajustada, y de arrastrar al gabinete de Berlin á aliarse con la Francia revolucionaria. Esta alianza prometía á Prusia, unido á su seguridad en el Rhin, todo el ascendiente de las ideas nuevas en Alemania; idea



Insurrección en la Vendée.—Pág. 191.

maquiavélica que debía ser del agrado del genio agitador del gran Federico. Este había hecho de Prusia la potencia corrosiva del imperio.

Mr. de Segur no quiso marchar sino después de haber obtenido el asentimiento del rey y de la reina para las tentativas pacíficas de que iba encargado. Esta adhesión fué sincera, y sin embargo, todavía no había llegado á Berlin Mr. de Segur, cuando una pretendida copia de las instrucciones que llevaba, salida de Paris, se hallaba en manos del rey de Prusia. Estas dos palabras, *seducir* y *sobornar*, eran el espíritu de ella. El rey de Prusia tenía favoritos y queridas. Mirabeau había escrito ya en 1786: «No puede haber secretos en Berlin para el embajador de Francia sino por falta de dinero ó de habilidad; aquel país es avaro y pobre, y no hay ningún secreto de Estado que no pueda comprarse con tres mil luisas». Mr. de Segur debía tratar ántes de todo de captarse la voluntad de las dos favoritas. Era una de ellas hija de Elías Enka, músico de la capilla del rey difunto. Hermosa y espiritual, había llamado la atención del rey á la edad de doce años, cuando no era más que príncipe real. Desde esta edad tan tierna la había predeterminado para que fuese el objeto de su amor, y la había hecho educar con todo el esmero y todo el lujo con que puede educarse una princesa. Había viajado por Francia y por Inglaterra, sabía todas las lenguas de Europa, y había cultivado su talento natural con el trato de los literatos y de los artistas más célebres de Alemania. Un casamiento fingido con Rietz, ayuda de cámara del rey, motivaba su residencia en la corte, y le permitía reunir á su lado lo más selecto de Berlin en hombres eminentes, políticos y literatos. Mimada por una precoz fortuna, y no cuidándose mucho de mantenerla, había dejado que otras dos rivales le disputasen el corazón del rey. Una de ellas, que era la jóven condesa de Ingenheim, acababa de morir en la flor de sus años; la otra era la condesa de Lichtenau, que había tenido dos hijos del rey, y que se lisonjaba en vano de hacerle olvidar á la señora de Rietz.

El baron de Roll en nombre del conde de Artois, y el vizconde de Caraman en el de Luis XVI, se habían apoderado de todas las avenidas de aquel gabinete. El conde de Goltz, embajador de Prusia en Paris, había informado á su corte del objeto de la misión de Mr. Segur. Susurrábase entre los círculos mejor informados que aquel enviado llevaba consigo algunos millones destinados á pagar la debilidad ó la traición del gabinete.

Las supuestas instrucciones llegaron á Berlin dos horas ántes que Mr. de Segur. Estas revelaban al rey un plan completo de seducciones y de venalidades que el agente de Francia debía poner en práctica entre sus favoritos y sus queridas; su carácter, su ambición, sus rivalidades, sus debilidades falsas ó verdaderas, y los medios de obrar é influir por medio de aquellas gentes sobre el espíritu del rey, estaban anotados allí con toda la seguridad de la confidencia. También se veía una tarifa para todas las conciencias y un premio para todas las perfidias. El ayudante de campo favorito del rey, Bischofwerder, entónces muy poderoso, debía ser tentado por ofertas irresistibles, y caso que su connivencia llegara á descubrirse, una magnífica posición en Francia había de ponerle al abrigo de toda eventualidad.

Estas instrucciones se había hecho que llegasen á manos de aquellos mismos cuya fidelidad debiera ponerse á precio. Estos las entregaron al rey con la seguridad de unas conciencias odiosamente calumniadas. El rey se ruborizó al ver el

imperio que se atribuía al amor ó á la intriga en su política, y se indignó de que se tratase de corromper la fidelidad de sus servidores. Desde aquel instante toda negociacion fué ya imposible, y Mr. de Segur fué recibido con una fria reserva, afectando Federico Guillermo no querer hablarle sino en presencia de todos. Preguntó una vez en voz alta delante de él al enviado del elector de Maguncia qué noticias tenia del príncipe de Condé. El enviado le respondió que aquel príncipe se aproximaba con su ejército á las fronteras de Francia. «Hace bien,—dijo el rey,— porque está muy próximo á entrar en ella.» Mr. de Segur, acostumbrado á salir bien en sus negociaciones durante su larga permanencia en la corte de Catalina, cuyo íntimo favor obtuvo, dicen que comprometió á la condesa de Ashkof y al príncipe Enrique de Prusia en el partido de la paz. Todavía hizo mucho más: enterado finalmente de la existencia de aquellas fingidas instrucciones, logró hacerse dar una copia de ellas, y demostrar su falsedad al rey Federico Guillermo. Esto mismo fué un lazo para su negociacion, y otras nuevas intrigas hicieron inútiles todos sus esfuerzos. El rey, poniéndose de acuerdo con el emperador sobre la conducta que habian de seguir, afectó por algun tiempo inclinarse al partido de Francia; se quejó de las exigencias de la emigracion, y acarició al embajador. Este creyó de buena fe en aquellas demostraciones, y tranquilizó al gabinete frances sobre las intenciones de Prusia. La repentina desgracia de la condesa de Ashkof y el haber rechazado con injuria las ofertas de alianza hechas por Francia, desconcertaron los esfuerzos y trastornaron las esperanzas de Mr. de Segur, que pidió á Paris que se le volviese á llamar inmediatamente. Se dice que su tristeza con este motivo llegó casi hasta la desesperacion, porque preveía las desgracias que iban á caer sobre su país, y la combustion en que iba á hallarse toda Europa. Fué tanto lo que estos incidentes desagradables le impresionaron, que se dijo que habia atentado á su vida. Sin embargo, este rumor no tenia otro fundamento que el haberle acometido un accidente en medio de un fuerte acceso de calentura producida por la consideracion del abismo que no habia podido cerrar, y en el cual iban con efecto á precipitarse, en union de la familia real, todas las esperanzas del partido constitucional.

Este partido trató en esta misma época de conquistar á Francia un soberano cuya fama valia tanto como un trono en la opinion de Europa. Era éste el duque de Brunswick, discípulo de Federico el Grande, heredero presunto de su ciencia y de sus inspiraciones militares, y proclamado de antemano por la voz pública generalísimo en la futura guerra contra Francia. Arrancar al emperador y al rey de Prusia este jefe de sus ejércitos, equivalía á arrancar á Alemania la confianza y la victoria. El nombre del duque de Brunswick era un prestigio que cubria á Alemania con cierta especie de terror y de inviolabilidad. Madama de Staël y su partido intentaron lo que acabamos de decir, pero esta negociacion fué secreta y concertada únicamente entre madama de Staël, Mr. de Narbona, Mr. de Lafayette y Mr. de Talleyrand. Mr. de Custine, hijo del general de este nombre, fué el elegido para transmitir al duque de Brunswick las palabras del partido constitucional. El joven negociador era el más á propósito para esta mision. Espiritual, seductor, instruido y fanático por la táctica prusiana y por el duque de Brunswick, cuyas lecciones iba á tomar en Berlin, inspiraba ya de antemano una gran confianza á aquel príncipe. Las ofertas del enviado se reducian al título de generalísimo de los

ejércitos franceses, á una renta de tres millones anuales y á un establecimiento en Francia, equivalente á sus posesiones y al rango que ocupaba en el imperio. La carta que contenia estos compromisos estaba firmada por el ministro de la Guerra y por el mismo Luis XVI.

Mr. de Custine salió para Brúnswick en el mes de Enero. En cuanto llegó, hizo entregar la carta al duque, pero transcurrieron cuatro dias ántes que pudiese verle; al quinto fué admitido por fin en audiencia particular. El duque expresó entónces á Mr. de Custine con militar franqueza el orgullo y el reconocimiento que le inspiraba el concepto que de él se tenia en Francia. «Sin embargo,—añadió,—mi sangre es de Alemania y mi fe de Prusia. Mi ambicion está satisfecha con ser la segunda persona de esta monarquía que me ha adoptado. Yo no cambiaré una gloria aventurada en el teatro inconstante de las revoluciones por la alta y sólida posicion que mi nacimiento, mi deber y alguna gloria adquirida me dan en mi país.» Al terminarse esta conversacion, viendo Mr. de Custine la inflexibilidad del príncipe, manifestó su *ultimatum* é hizo brillar á los ojos del duque la eventualidad de apoderarse de la corona de Francia si ésta llegaba á caer de la frente de Luis XVI y era recogida por las manos de un general victorioso. Esto pareció deslumbrar á Brunswick, que despachó á Mr. de Custine sin quitarle enteramente la esperanza de acceder á lo que se solicitaba. El negociador partió de nuevo triunfante. Sin embargo, el duque, poco tiempo despues, ya sea por doblez, ya por arrepentimiento ó prudencia, respondió dando una negativa formal á aquellas dos proposiciones. Esta respuesta la dirigió el duque directamente á Luis XVI, y no á su ministro, y aquel infortunado rey conoció así la última palabra del partido constitucional, y cuán vacilante estaba ya en su cabeza una corona que se ofrecia en perspectiva á la ambicion de un enemigo.

LIBRO SEXTO.

Aspecto de la Asamblea legislativa en sus primeras sesiones.—Se discute si debe haber ceremonial de apertura.—El rey se presenta en la Asamblea y es recibido con aplausos.—Dificultades de la Asamblea.—El clero, la emigracion, la guerra.—Parte del clero se declara contra el juramento civil.—Discurso de Fauchet, sacerdote juramentado.—Respuesta de Torné, obispo constitucional de Bourges.—Ducos pide que se imprima este discurso.—Gensonné aconseja la tolerancia.—Isnard la combate y es aplaudido por los girondinos.—Decreto contra los sacerdotes no juramentados.—Discurso de Brissot contra las potencias y los emigrados.—Otro de Condorcet en el mismo sentido.—Vergniaud sube á la tribuna.—Su retrato.—Discurso del mismo.—Otro de Isnard.—Decreto contra los emigrados.—Estos dos decretos consternan al rey y á su Consejo.—Carta de Andres Chenier sobre la libertad de cultos.—Lucha de los periódicos jacobinos y girondinos contra los Fuldenses.—Lafayette entrega el mando de la guardia nacional.—Bailly, corregidor de Paris, se retira al mismo tiempo.—Petion le sustituye.—Danton, como sustituto del procurador del distrito, empieza su fortuna popular.

I

Tales eran las disposiciones recíprocamente amenazadoras de Francia y de Europa en el momento en que la Asamblea constituyente, despues de haber proclamado los nuevos principios, dejaba á otros el encargo de defenderlos y aplicarlos, á manera del legislador que se retirá á descansar á su hogar para contemplar desde allí el modo con que se ejecutan las leyes confeccionadas por él. El gran pensamiento de Francia abdicaba, por decirlo así, con la Asamblea constituyente. El gobierno pasaba de unas manos hábiles á otras inexpertas ó apasionadas por un nuevo pueblo. Desde el 29 de Setiembre al 1.º de Octubre hubo una especie de cambio de reinado, y la Asamblea legislativa se halló aquel dia frente á frente de un rey sin autoridad y por encima de un pueblo sin moderacion. Desde la sesion preparatoria se conoció ya la oscilacion desordenada de un poder sin tradicion y sin contrapeso que busca su aplomo en su propia sabiduría, y que, fluctuante entre el insulto y el arrepentimiento, se hiere á sí mismo con el arma que han colocado en sus manos.

Una inmensa multitud habia acudido á estas primeras sesiones. El aspecto exterior de la Asamblea habia cambiado completamente; todas las canas que ántes la honraban habian desaparecido, y cualquiera hubiese dicho que Francia se habia rejuvenecido en una sola noche. La expresion de las fisonomías, los rasgos, los ademanes, los trajes y la actitud de los miembros de la Asamblea no eran ya los mismos. Aquella altivez de la nobleza francesa tan marcada en sus miradas como en sus maneras, aquella dignidad del clero y de la magistratura y aquella gravedad austera de los primeros diputados del estado llano habian sido reemplazadas de repente por los representantes de un pueblo nuevo, cuya confusion y turbulencia anunciaban en ellas la invasion del poder, más bien que el hábito y la posesion de gobernar. Habia, sobre todo, gran porcion de diputados jóvenes; de modo que

cuando el presidente de edad trató de formar la Mesa provisional, halló que había sesenta diputados que aún no habían cumplido veintiseis años, los cuales se agruparon en derredor de la tribuna, disputándose el cargo de secretarios de la Asamblea. La poca edad de la mayor parte de los representantes de la nación inquietó á unos y regocijó á otros. Si por una parte unos representantes tan jóvenes no ofrecían aquella madurez y aquella autoridad que dan el tiempo y la experiencia, y que tan buscadas eran por los legisladores de los tiempos antiguos para los que habían de tomar parte en los consejos de los pueblos, había por otro lado en aquel renacimiento repentino de la representación nacional una especie de síntoma del renacimiento completo de las instituciones. Conociábase que aquella nueva generación había roto con todas las tradiciones y con todas las preocupaciones del antiguo orden de cosas, su misma edad era una garantía contraria á la que se exige en los pueblos sólidamente establecidos, en los que se requiere en los legisladores cierta edad y cierta experiencia que son una garantía de su vida pasada. A éstos se les pedían garantías para el porvenir, su misma inexperiencia era un mérito, y su juventud el mejor juramento que podían prestar. En tiempos pacíficos se necesitan hombres ya maduros para gobernar; en épocas de revolución no se quiere sino jóvenes.

Apénas estaba constituida la Asamblea, cuando el doble espíritu que iba á disputarse sus actos, es decir, el monárquico y el republicano, se entregaron bajo un pretexto frívolo á una lucha pueril en la apariencia, seria en el fondo, y en la que alternativamente fueron vencidos y vencedores los unos y los otros en dos días consecutivos. La diputación que había ido á anunciar al rey que la Asamblea se hallaba constituida, dió cuenta de su misión por conducto del diputado Ducastel, presidente de aquella comisión. «Hemos vacilado—dijo—con respecto á las formas del lenguaje que debíamos usar para hablar al rey, porque hemos temido herir la dignidad nacional ó la de S. M. Así es que hemos convenido en decirle: «Señor, la Asamblea se halla constituida, y nos ha comisionado para que informemos de ello á V. M.» Con este intento nos hemos dirigido á las Tullerías, y allí nos ha dicho el ministro de Justicia que el rey no podía recibirnos hasta la una de la tarde. Nosotros hemos pensado que la salvación de la causa pública exigía que fuésemos admitidos inmediatamente, por lo cual hemos insistido sobre el particular. El rey nos ha hecho decir entónces que nos recibiría á las nueve. Cuatro pasos ántes de llegar al rey, le he saludado y he dicho las palabras que habíamos convenido. Entónces el rey me ha preguntado cómo se llamaban mis colegas, y yo le he dicho que no lo sabía. Ibamos ya á retirarnos, cuando S. M. nos ha detenido diciéndonos: «No podré veros hasta el viénes.»

Una agitación sorda que reinaba en los bancos de la Asamblea estalló de repente al oír estas últimas palabras. «Pido—dijo un diputado—que no vuelva á darse al rey el título de majestad.» «Pido—dijo otro—que se suprima ese título de señor, con el cual se reconoce la soberanía de aquel á quien se le da.» «Pido—dijo Becquet—que no seamos como autómatas, que estemos sentados ó de pié cuando le dé al rey la gana de estar de pié ó de sentarse.» Couthon habló por primera vez, y empezó su discurso por una amenaza á la dignidad real. «Aquí no hay ya otra majestad—dijo—que la de la ley y la del pueblo; no dejemos otro título al rey que el de rey de los franceses. ¡Mandad que se saque de ahí ese sillón escandaloso, ese

asiento dorado que se le puso la última vez que compareció en esta sala; que se tenga por honrado con sentarse en el simple sillón del presidente de un gran pueblo, y que todo el ceremonial entre él y nosotros respire la más completa igualdad; mantengámonos de pié y descubiertos cuando él esté descubierto y en pié, pero permanezcamos sentados y cubiertos cuando él se sienta y se cubra.» «El pueblo —dijo Chabot— os ha enviado aquí para que hagais que se respete su dignidad. ¿Permitireis que el rey os diga: «Vendré á las tres?» ¡Vosotros podeis levantar la sesion cuando querais sin aguardarle!»

Decretóse entónces que cada uno podia sentarse y cubrirse delante del rey si le acomodaba hacerlo. «Este artículo—observó Garran de Coulon—puede producir una especie de confusion en la Asamblea. Dejando á todos la libertad de obrar como quieran, se da motivo para que unos manifiesten á las claras su altivez, al paso que otros darán muestras de una especie de idolatría hácia la persona del rey.» «Tanto mejor,—dijo una voz;—si hay aduladores, es preciso conocerlos.» Tambien se decretó que no habria más que una mesa, y en ella dos sillones iguales, colocados en una misma línea, uno para el presidente y otro para el rey, y finalmente, que no se le daría á éste otro título que el de rey de los franceses.

Estos decretos humillaron al rey, consternaron á los constitucionales y agitaron al pueblo. Se había esperado poder restablecer la armonía entre los poderes, y ésta se veía rota desde el primer dia. La Constitucion empezaba por tropezar al dar el primer paso, y esta caducidad de sus títulos parecia un abatimiento mayor para la autoridad real que la caducidad de su poder absoluto. «¿No hemos conservado un rey—decian algunos—sino para entregarle á los ultrajes y á la irrision de los representantes del pueblo? Una nacion que no se respeta á sí misma en su jefe hereditario, ¿irá á respetarse en unos representantes que ha elegido ella misma? ¿Semejantes ultrajes son á propósito para que el trono acepte gustoso la libertad? ¿Se logrará que el rey quiera de corazon la Constitucion, y que concurra lealmente á sostener los derechos del pueblo y á salvar á la nacion, cuando se empieza por sembrar en su corazon unos resentimientos de esta naturaleza? Si el poder ejecutivo es una realidad necesaria, preciso es respetarle en la persona del rey. Si no es más que una sombra, tambien debe honrarsele en la misma.» Reunióse el Consejo de ministros, y el rey declaró con amargura que no se creía condenado por la Constitucion á ir á entregar en su persona la majestad real á los ultrajes de la Asamblea, por lo cual haria abrir el Guerro legislativo por los ministros.

II

Esparcida esta noticia por Paris, produjo una reaccion súbita en favor del rey. La Asamblea, vacilante todavía, la sintió de rechazo y conoció que se le iba la popularidad que había tratado de buscar, por lo cual cedió. «¿Qué ha resultado del decreto de ayer?—dijo el diputado Vosgien al abrirse la sesion del 6 de Octubre.—Una nueva esperanza para los enemigos del bien público, la agitacion del pueblo, la baja de los fondos y una inquietud general. Volvamos al representante hereditario del pueblo lo que le pertenece en nuestro respeto, y no le hagamos creer que va á ser el juguete de cada nueva legislatura que se abra. Ya es tiempo de que echemos el áncora de la Constitucion.»

Vergniaud, orador todavía desconocido del partido de la Gironda, descubrió desde sus primeras palabras aquel carácter audaz é indeciso que fué el tipo constante de su política. Su palabra fluctuaba como su alma, y empezando por hablar en pro de un partido, concluyó hablando en favor del otro. «Parece que estamos de acuerdo—dijo—en que si el decreto es de reglamento interior, puede ejecutarse inmediatamente. Ahora, para mí es evidente que sólo es de reglamento interior, puesto que no hay ninguna relacion de autoridad entre el Cuerpo legislativo y el rey. No se trata, pues, sino de unas simples consideraciones que se reclaman en favor de la dignidad real. Yo no sé por qué hay quien desee que se restablezcan esos títulos de *señor* y de *majestad*, que nos recuerdan los tiempos feudales. El rey debe honrarse con el nombre de rey de los franceses. Yo pregunto ahora si el rey os ha pedido un decreto para arreglar el ceremonial de su casa cuando recibe en ella á vuestras diputaciones. Sin embargo, si os he decir francamente mi parecer, yo pienso que si el rey, por consideracion á la Asamblea, se mantiene en pié y descubierto, la Asamblea debe hacer lo mismo por consideracion al rey.»

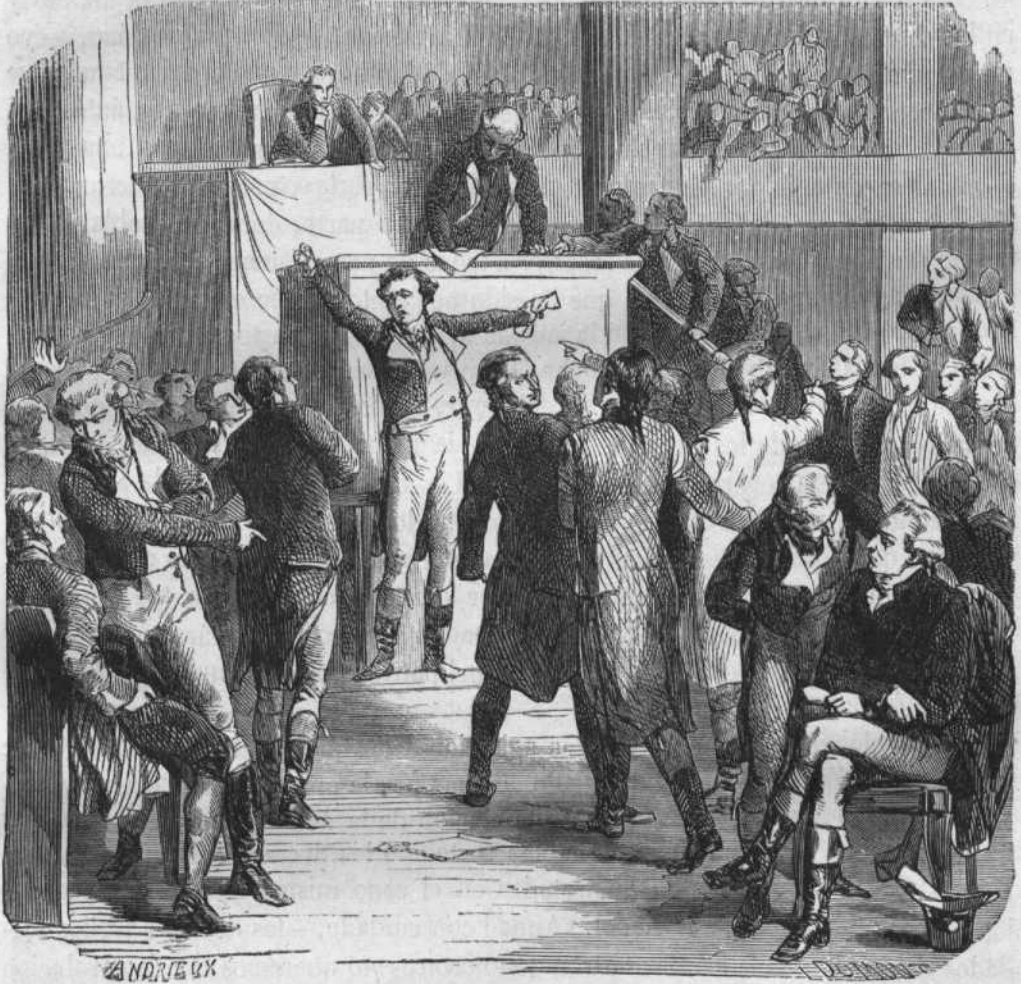
Herault de Sechelles pidió que se revocase el decreto. Champion, diputado del Jura, echó en cara á sus colegas que empleasen tan mal el tiempo desde las primeras sesiones, ocupándose en unos debates tan pueriles. «No temo—dijo—la idolatría del pueblo por un sillón dorado, pero sí temo una lucha entre dos poderes. Vosotros no quereis que vuelvan á usarse los títulos de *señor* y de *majestad*, y hasta pretendéis que no se den aplausos al rey, como si fuese posible prohibir al pueblo que le manifieste su reconocimiento siempre que el rey lo haya merecido. No nos deshonremos, señores, por una ingratitud culpable hácia la Asamblea nacional, que ha conservado al rey aquellas señales de respeto. Los fundadores de la libertad no han sido unos esclavos. Antes de fijar las prerogativas de la dignidad real han establecido los derechos del pueblo. La nacion es la que se honra en la persona de su representante hereditario, y ella es la que, despues de haber creado la dignidad real, la ha revestido de un brillo que remonta hasta su origen y que resalta de lleno sobre ella.»

Ducastel, presidente de la comision enviada al rey, habló en el mismo sentido; pero habiéndose servido por inadvertencia de la palabra *soberano* al hablar del rey, y habiendo añadido que el poder legislativo residia en éste y en la Asamblea, esta blasfemia política produjo una terrible borrasca en el salon. Toda palabra mal sonante parecia una intencion contrarrevolucionaria, porque estaba aún tan inmediato el régimen abolido, que se temia volver á él á cada paso. El pueblo era un liberto de ayer que se sobresaltaba al ruido más insignificante de las cadenas. Sin embargo, el decreto que heria la majestad real fué revocado. Esta retractacion fué acogida con alegría por los realistas y por la guardia nacional. Los constitucionales vieron en ella un vaticinio de una nueva armonía entre los poderes del Estado, y el rey el triunfo de una fidelidad mal extinguida, pero que cualquiera tentativa de ultraje contra su persona avivaba de nuevo en los corazones.

Todos se engañaban. Esto no era más que un movimiento de generosidad que habia reemplazado á otro de aspereza. Era, en fin, la indecision de un pueblo que no se atreve á destruir de golpe lo que ha adorado por mucho tiempo.

Entre tanto los realistas abusaban en sus periódicos de esta tendencia á la moderacion. «La revolucion es cobarde,—decian,—porque conoce su debilidad, y

este sentimiento es ya para ella una derrota anticipada. ¡Ved los dos mentís que se ha dado á sí misma en dos dias consecutivos! Cualquiera autoridad que empieza á ablandarse está perdida, á ménos que tenga el arte de saber disfrazar su retirada, de retroceder á paso lento é insensible y de hacer que se olviden sus leyes ántes que retractarlas. La obediencia no conoce sino dos resortes: el respeto y el temor. Los dos se han roto á la vez con esa retrogradacion brusca y violenta de la



Legendre, carnicero de Paris, en la barra de la Asamblea.—Pág. 199.

Asamblea. ¿Puede respetarse ó temerse á un poder que se dobla ante el espanto producido por su misma audacia? La Asamblea ha abdicado en el solo hecho de no haber llevado á cabo lo que habia osado intentar. Toda revolucion que no adelanta retrocede, y el rey ha quedado vencedor sin haber combatido.»

El partido revolucionario, reunido por la noche en los Jacobinos, lamentaba su derrota y acusaba y acriminaba á todo el mundo. «¡Ved—decian sus oradores—lo que se ha minado en sola una noche! ¡Ved la victoria producida por la corrupcion y por el miedo! Se ha visto á los miembros de la antigua Asamblea que, mezclados con los nuevos diputados, han ido soplándoles al oido todas esas coudescendencias que les deshonoran. Repartidos por la noche despues de la sesion entre los grupos que se habian formado delante del Palacio Real, han sembrado en ellos

la alarma. Han hablado de la posibilidad de que el rey vuelva á fugarse, han vaticinado la turbacion y la anarquía, y han hecho temer á ese pueblo de Paris, que prefiere su bienestar particular á las libertades públicas, que ha desaparecido la confianza, que los fondos públicos han bajado y continuarán bajando considerablemente, y que el numerario será cada dia más escaso. ¿Ha resistido jamás esa raza venal á semejantes argumentos?»

El espíritu de Paris se manifestaba á las claras al dia siguiente en la actitud y en los discursos de la Asamblea. «Al abrirse la sesion, — dice un jacobino, — yo me coloqué entre los diputados que hablaban de los medios que podrian emplearse para hacer revocar el decreto. Yo les dije que, habiéndose dado el dia ántes casi por unanimidad, parecia imposible poder contar con una vuelta tan súbita y tan escandalosa de opinion. «Estamos seguros de la mayoría», me respondieron. Entonces me marché de allí y fuí á sentarme en otra parte, donde oí hablar en el mismo sentido. Aburrido de oír respirar á todos de una misma manera, fuí á refugiarme á aquella parte del salon que ha sido por tanto tiempo el santuario del patriotismo; pero allí tambien hallé la misma apostasia que en todas partes, porque todos se habian vendido aquella noche. La prueba de que este trabajo de corrupcion se habia llevado á cabo ántes de deliberar, es que todos los oradores que han hablado en contra de los decretos tenian en la mano sus discursos escritos. ¿De dónde procede esa sorpresa de los patriotas? ¿Los miembros puros de la legislatura no se conocen unos á otros? ¿No se han encontrado ni se han hablado hasta ahora? Cierto es que vosotros les habeis abierto las puertas, y que ellos han entrado aquí para examinar vuestro continente y sondear vuestras fuerzas; pero todavía no se han afiliado, ni han mamado aún, frecuentando vuestro trato y acostumbándose á vuestros discursos, aquella confianza y aquel patriotismo que son la segunda alma de un ciudadano.»

El pueblo, que despues de tantas agitaciones deseaba el descanso, que le faltaba trabajo, dinero y pan, intimidado además por la aproximacion del invierno, vió con indiferencia la tentativa y la retractacion de la Asamblea, y dejó maltratar impunemente á los diputados que habian sostenido los decretos. Goupilleau, Couthon, Basire y Chabot fueron maltratados en el seno mismo de la Asamblea por los oficiales de la guardia nacional. «Andad con cuidado, — les decian aquellos soldados del pueblo ganados por el trono; — nosotros no queremos que la revolucion dé ni un paso más. Ya os conocemos y os seguiremos la pista, y si os descuidais, harémos que probeis nuestras bayonetas.» Los diputados ultrajados, secundados por Barrere, fueron á denunciar aquellas injurias al club de los Jacobinos, pero fuera de aquel recinto nadie se conmovió al oírlas, ni obtuvieron otra cosa que excitar alguna indignacion estéril.

III

Tranquilizado el rey al ver el nuevo giro que iba tomando el espíritu público, se presentó el 7 en la Asamblea. En cuanto entró fué saludado con una nube de aplausos, unos dados al rey, y otros dados en el rey á la Constitucion. Este código inspiraba entonces un fanatismo verdadero á esa masa inerte que juzga de las cosas por las palabras, y que cree imperecedero todo lo que la ley proclama como sa-

grado. No se contentaron sólo con gritar ¡Viva el rey!, sino que añadieron también ¡Viva S. M.! Las aclamaciones de una parte del pueblo vengaban las ofensas de la otra, y hacían revivir aquellos títulos que se habían querido suprimir con un decreto. Hasta se aplaudió la reinstalación del sillón real al lado del presidente, pareciéndoles á los realistas que aquel sillón era un trono en que la nación volvía á sentar á la monarquía. El rey habló en pié y descubierto. Su discurso fué el más á propósito para tranquilizar los ánimos y enternecer los corazones. Si no respiraba entusiasmo, dejaba ver al ménos la buena fe del que lo decía. «Para que nuestros trabajos—dijo—produzcan todo el bien que de ellos debe esperarse, es preciso que entre el Cuerpo legislativo y el rey reine una constante armonía y una inalterable confianza. Los enemigos de nuestro reposo trabajarán sin descanso por desunirnos; pero unámonos por amor á la patria, y seamos inseparables en trabajar por los intereses públicos. De este modo el poder obrará sin obstáculo, la administración no se verá atormentada por vanos temores, y las propiedades y las creencias de cada uno serán protegidas con la más estricta igualdad. A nadie le quedará ya pretexto para vivir léjos de un país en que las leyes estarán en todo su vigor, y en donde todos los derechos serán igualmente respetados.» Esta alusión á los emigrados, y esta llamada indirecta á los hermanos del rey, infundieron una gran alegría en todos los que se hallaban allí presentes, y les hicieron concebir mil halagüeñas esperanzas.

El presidente Pastoret, constitucional moderado, hombre que era grato al rey y al pueblo, porque al conocimiento de las doctrinas del poder reunía la habilidad del diplomático y el lenguaje del hombre constitucional, contestó en estos términos: «Señor, vuestra presencia en medio de nosotros es otro nuevo juramento que prestais á la patria. Los derechos del pueblo estaban olvidados, y todos los poderes se hallaban confundidos. Ha nacido una nueva Constitución, y con ella la libertad francesa. Vos debéis quererla como ciudadano, como rey debéis sostenerla y defenderla. Léjos de debilitar vuestro poder, lo asegura y os da por amigos á los que en otros tiempos se llamaban vasallos vuestros. Vos necesitáis ser amado de los franceses, según decíais pocos días há en este templo de la patria. Nosotros también necesitamos ser amados de vos. La Constitución os ha hecho el primer monarca del mundo; vuestro amor hácia ella colocará á V. M. en el número de los reyes más queridos. Fuertes por nuestra unión, experimentaremos bien pronto su saludable influencia. Purificar la legislación, reanimar el crédito público y comprimir la anarquía, tal es nuestro deber, tales nuestros votos y tales los vuestros, señor. Las bendiciones de los franceses serán nuestra recompensa».

Los sucesos de este día volvieron á abrir los corazones del rey y de la reina á la esperanza, porque creyeron haber vuelto á encontrar su pueblo. La revolución también creyó haber encontrado á su rey. Los recuerdos de Varennes parecieron sepultados para siempre en el olvido. La popularidad tomó uno de aquellos giros fugaces, parecidos al soplo benéfico de un viento que purifica la atmósfera por un momento, y que engañó áun á los mismos que habían aprendido á desconfiar de ella. La familia real quiso, no obstante, disfrutar de los goces que este cambio le proporcionaba, ó por mejor decir, quiso que disfrutasen de ellos el Delfín y Madama. Estos dos niños no conocían del pueblo sino su ira, y no habían visto la nación sino al través de las bayonetas del 6 de Octubre, bajo los harapos, en los

motines ó en el polvo del camino, al volver de Varennes. El rey queria que lo viesen en medio de la calma y del amor, porque educaba á su hijo para que amase á aquel pueblo, y no para que vengase las ofensas que de él habia recibido. En su suplicio diario, lo que más le atormentaba no eran sus propias humillaciones, sino la ingratitud del pueblo. Le era aún más duro el que la nacion desconociese el amor que él la profesaba, que el verse perseguido por ella; y un momento sólo en que la opinion pública le hiciese justicia, bastaba para hacerle olvidar dos años de continuados ultrajes.

Aquella noche fué el rey al Teatro Italiano, con la reina, con madama Isabel y con sus hijos. Las esperanzas del dia, sus palabras de por la mañana, sus facciones llenas de bondad y de confianza, la belleza de las dos princesas y la sencilla gracia de los niños, produjeron en los espectadores una de esas impresiones en que se halla mezclada la compasion con el respeto, y en las que el entusiasmo ablanda el corazon hasta el enternecimiento. El teatro resonó con repetidos aplausos, entre los que se distinguian algunos sollozos, y los ojos de todos los circunstantes, vueltos hácia el palco real, parecian querer ofrecer al rey y su familia una muda reparacion de tantos insultos. La multitud no resiste jamás al aspecto de los niños, porque en toda multitud se encuentran madres. El Delfin, niño encantador, estaba sentado en las rodillas de la reina, y absorto al ver accionar á los actores, repetia sencillamente á su madre los gestos que les veia hacer como para que comprendiese la pieza. Esta calma indiferente de la inocencia entre dos tempestades, estos juegos de un niño al pié de un trono que debia convertirse tan pronto en un patíbulo, aquella expansion del corazon de la reina, cerrado por tanto tiempo á todo gozo y á toda seguridad, todo esto hacía asomar las lágrimas á los ojos de los espectadores, y el mismo rey las derramó en abundancia. Hay momentos en las revoluciones en que la turba más irritada se vuelve dulce y misericordiosa; esto sucede cuando deja hablar á la naturaleza y hace enmudecer á la política; cuando en vez de tener el sentimiento de pueblo, tiene sólo el de hombre. Paris tuvo uno de estos momentos, pero fué de corta duracion.

La Asamblea estaba deseosa de apoderarse cuanto ántes de la pasion pública, que un enternecimiento pasajero le arrebatava. Ruborizábase ya de su moderacion de un dia, y trataba de sembrar nuevas sospechas entre el trono y la nacion. Un partido numeroso de su seno queria llevar las cosas al extremo, y apurar la situacion hasta hacerla estallar. Necesitaba este partido mucha agitacion, y la calma no convenia á sus intentos. Habia en él ambiciones elevadas, como los talentos de los que las poseian, ardientes como su juventud, impacientes como su sed de brillar en la situacion. La Asamblea constituyente, compuesta de hombres maduros, de cierta posicion en el Estado y de alguna distincion en la jerarquía social, no habia tenido otra ambicion que la de las ideas de libertad y de gloria; la nueva Asamblea ambicionaba el ruido, la fortuna y el poder. Compuesta de hombres oscuros, pobres y desconocidos, aspiraba á conquistar lo que le faltaba.

Este último partido, del cual era Brissot el publicista, Petion la popularidad, Vergniaud el genio, y los girondinos el cuerpo, se presentaba en la escena con la audacia y la unidad de una conjuracion. Era el paisanaje triunfante, envidioso, inquieto y elocuente, ó la aristocracia del talento, queriendo conquistar y explotar para sí sola la libertad, el poder y el pueblo. La Asamblea se componia, en partes

desiguales, de tres elementos: los constitucionales, partido de la libertad aristocrática y de la monarquía moderada; los girondinos, partido de movimiento continuo hasta que la revolucion viniese á parar á sus manos; los jacobinos, partido del pueblo y de la filosofía en accion. Significaba el primero transaccion y transicion; el segundo, audacia é intriga; el tercero, fanatismo y decision. De estos dos últimos partidos, no era el jacobino el más hostil al rey. Una vez destruida la aristocracia y el clero, no le repugnaba el trono á este partido; poseia en alto grado el instinto de la unidad del poder, y no fué él quien primero pidió la guerra, ni el que pronunció la primera palabra de república; lo que sí fué el primero en pronunciar, y eso con bastante frecuencia, fué la voz dictadura; la palabra república pertenece á Brissot y á los girondinos. Si éstos, á su advenimiento á la Asamblea, se hubiesen unido al partido constitucional para salvar la Constitucion modificándola, y no induciendo á la revolucion á declarar la guerra, hubieran salvado su partido y dominado al trono. La hombría de bien, de que carecia su jefe, faltó tambien en la conducta que siguieron, y la intriga los arruinó arrastrándolos en pos de sí. Ellos se constituyeron en agitadores de una Asamblea cuyos hombres de Estado debian haber sido, y no teniendo la fe de la república, aparentaron tener la conviccion de ella. En las revoluciones, los papeles sinceros son los únicos papeles hábiles. Es muy hermoso morir víctima de su fe, pero es muy triste perecer engañado por la ambicion.

IV

Tres causas de turbacion agitaban los espíritus en el momento en que la Asamblea se encargaba de los negocios: el cleró, la emigracion y una guerra inminente.

La Asamblea constituyente habia cometido una gran falta deteniéndose á medio camino en la reforma del clero frances. El mismo Mirabeau habia cedido en esta cuestion. La revolucion no era en el fondo sino la insurreccion legítima de la libertad política contra el despotismo, y de la libertad religiosa contra el dominio legal del catolicismo, convertido en Francia en una especie de institucion política. La Constitucion habia emancipado al ciudadano; era preciso emancipar al fiel, y arrancar las conciencias al Estado, para devolverlas á ellas mismas, á la razon individual y á Dios. Esto es lo que queria la filosofía, que no es más que la expresion racional del genio.

Los filósofos de la Asamblea constituyente retrocedieron ante las dificultades de esta obra; en lugar de una emancipacion, hicieron una transaccion con el poder del clero, que consistia en las influencias terribles de la corte de Roma y los hábitos inveterados del pueblo. Se contentaron con aflojar el lazo que unia al Estado con la Iglesia, y su deber era romperle. El trono estaba encadenado al altar, y ellos quisieron encadenar el altar al trono, lo cual no era más que hacer mudar de sitio á la tiranía, haciendo oprimir la conciencia por la ley, en vez de hacer oprimir á la ley por la conciencia.

La Constitucion civil del clero fué la expresion de esta falsa situacion recíproca. El clero fué despojado de aquellas dotaciones en bienes inalienables que diezaban la propiedad y la poblacion en Francia. Se le quitaron sus beneficios, sus abadías y sus diezmos, que eran los feudos del altar, señalándose en cambio una do-

tacion que debia gravitar sobre los presupuestos, como condicion de este pacto que dejaba al clero funcionario una existencia, una influencia y un personal poderoso de ministros del culto pagados por el Estado, y sólo se le exigió que prestase juramento á la Constitucion. Contenia ésta ciertos artículos que atentaban á la supremacía espiritual y á los privilegios administrativos de la corte de Roma. El catolicismo se alarmó al ver esto, y protestó. Las conciencias padecieron mucho con esta protesta, y la revolucion, que hasta entónces habia sido exclusivamente política, se convirtió en cismática en el concepto de una gran parte del clero y de los fieles. Tanto los obispos como los sacerdotes, se dividieron en opinion, y unos prestaron el juramento civil que les garantizaba su existencia, y los otros se negaron á hacerlo ó se retractaron despues de haberlo prestado. De aquí la turbacion en los espíritus, la agitacion en las conciencias y la division en los templos. La mayor parte de las parroquias tuvieron dos ministros del culto: el uno un sacerdote constitucional asalariado y protegido por el gobierno; el otro un refractario que se negaba á prestar el juramento, y que, privado de sus temporalidades y arrojado de la iglesia, levantaba altar contra altar, en alguna capilla clandestina ó en medio del campo. Estos dos ministros de un mismo culto se excomulgaban recíprocamente: el uno en nombre de la Constitucion, el otro en el del Papa y en el de la Iglesia. La poblacion se unía á cualquiera de los dos, no por iguales partes, sino segun el espíritu más ó ménos revolucionario de la provincia. En las ciudades y en los países afectos al nuevo sistema, el culto constitucional se ejercia casi exclusivamente. En los campos y en los departamentos adictos á las tradiciones de sus mayores, el sacerdote no juramentado se convertia en un tribuno sagrado, que desde el pié del altar ó desde lo alto del púlpito agitaba al pueblo y le inspiraba con el horror al sacerdocio constitucional y cismático el odio al gobierno que lo protegia. Esto no era todavía la persecucion ni la guerra civil, pero eran preludios ciertos de ambas cosas.

El rey habia firmado con repugnancia, y como forzado, la Constitucion civil del clero; pero esto lo habia hecho únicamente como rey, reservándose en esta materia su libertad individual y la fe de su conciencia. Luis era cristiano católico en toda la sencillez del Evangelio y en toda la humildad de la obediencia con respecto á la Iglesia; las reconvencciones que se le habian hecho de Roma por haber ratificado con su debilidad el cisma en Francia, desgarraban su conciencia y agitaban continuamente su espíritu. No habia dejado de negociar oficial ó secretamente con el Papa para obtener de la cabeza de la Iglesia ó una indulgente concesion á las necesidades de la religion en Francia, ó una prudente contemporizacion. Sólo á este precio podia volver á hallar la paz de su alma. Roma no habia podido concederle sino su compasion. Unas bulas fulminantes circulaban entre los sacerdotes no juramentados, en las que se anatematizaba á las principales cabezas de los pueblos, y únicamente se detenian al pié del trono. El rey temblaba, sin embargo, creyendo verlas caer de un momento á otro sobre su cabeza.

Conocia, por otra parte, que la revolucion no le perdonaria que la sacrificase á sus escrúpulos religiosos. Colocado entre las amenazas del cielo y las del pueblo, trataba de diferir con todas sus fuerzas las condenaciones de Roma y las resoluciones de la Asamblea. La Constituyente habia comprendido esta ansiedad de la conciencia del rey y los peligros de la persecucion. Así es que habia dado tiempo

al rey y longanimidad á las conciencias, y no habia tocado á la fe del simple fiel. Todo el mundo tenia libertad para orar con el sacerdote que mejor le pareciese. El rey era el primero que habia hecho uso de esta libertad cerrando su capilla de las Tullerías al clero constitucional, y la eleccion de su confesor indicaba suficientemente la eleccion de su conciencia. El hombre protestaba en él contra las necesidades políticas á que tenia que satisfacer como rey. Los girondinos querian obligarle á pronunciarse. Si accedia á lo que éstos solicitaban, perdía en su dignidad, y si se resistia, perdía lo poco que le quedaba de popularidad. Obligarle á decidirse era un beneficio para los girondinos.

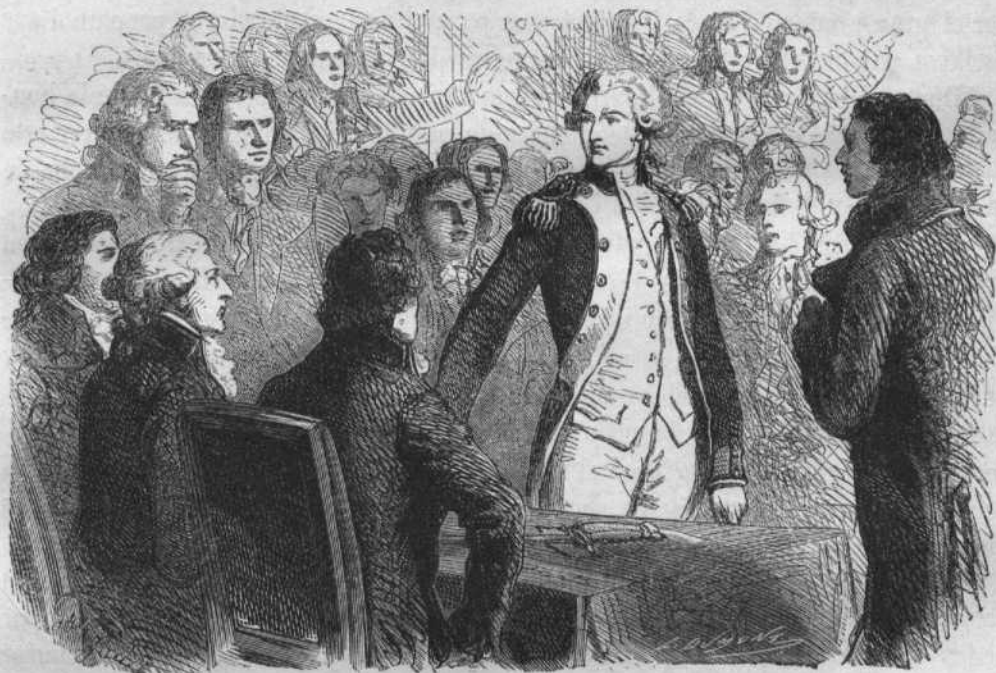
La pasion pública servia á sus intentos. Los disturbios religiosos empezaron á tomar un carácter político. En la antigua Bretaña miraba el pueblo con horror á los sacerdotes juramentados, cuyas oraciones se tenian por maldiciones, y todo el mundo huía de estar en contacto con ellos, manteniendo los sacerdotes refractarios todo el pueblo á su obediencia. Véanse reuniones de muchos miles de almas que seguian el domingo á su antiguo pastor, y que iban á buscar, en capillas distantes á veces dos y tres leguas de los pueblos, ó en ermitas situadas en la cima de los montes, un santuario que no se hallase profanado por las ceremonias del culto constitucional. En Caen habia corrido la sangre en la misma catedral, en donde el sacerdote refractario disputaba el altar al sacerdote juramentado. Iguales desórdenes amenazaban á todo el reino, porque todos los rebaños se hallaban divididos y en todos habia dos pastores. Del odio se pasó al insulto, y de aquí debia pasarse bien pronto al derramamiento de sangre. Una mitad del pueblo, inquieta por su fe, se decidió por la aristocracia, porque creia que conservándose ésta se conservaria tambien el culto venerando que habia recibido de sus mayores. La Asamblea podia muy bien perder por esta causa el elemento popular que la habia hecho triunfar del trono, y era preciso proveer á este inesperado peligro.

Dos solos medios habia de extinguir este incendio desde sus principios: ó una libertad de conciencia sostenida fuertemente por el poder ejecutivo, ó una persecucion contra los ministros del antiguo culto. Indecisa la Asamblea, fluctuaba entre estos dos partidos. Por fin se abrió una discusion sobre este particular con presencia de un informe de Gallois y de Gensonné, enviados como comisarios civiles á los departamentos del Oeste para que estudiasen allí el espíritu del pueblo y las causas que le hacian agitarse. Fauchet, sacerdote juramentado y célebre predicador, que fué despues obispo constitucional de Calvados, fué el primero que tomó la palabra. Era éste uno de aquellos hombres que bajo el hábito eclesiástico ocultan un corazon de filósofo. Estos hombres, innovadores por espíritu y sacerdotes por su estado, sintiendo la contradiccion profunda que hay entre su opinion y su carácter, creian que una religion nacional y un cristianismo revolucionario era el único medio que les quedaba de conciliar sus intereses con su política. Su fe, enteramente académica, no era más que una comodidad religiosa. Querian estos hombres transformar insensiblemente el catolicismo en un código de moral, en que el dogma no fuese más que un símbolo que contuviese verdades santas para el pueblo, y que, despojado paulatinamente de las funciones sagradas, hiciese pasar insensiblemente el espíritu humano á un deismo simbólico, cuyo único templo sería el púlpito y cuyo Cristo no sería más que un Platon divinizado. Fauchet tenia el espíritu atrevido de un sectario y la intrepidez de un hombre de revolucion.

«Se nos acusa—dijo—de que queremos perseguir; es una calumnia, y no existe semejante persecucion. El fanatismo tiene avidez por ella, la verdadera religion la rechaza, la filosofía la mira con horror; guardémonos de encarcelar á los refractarios, de desterrarlos y aún de removerlos. Que piensen, que digan y que escriban cuanto quieran contra nosotros. A sus pensamientos opondrémos los nuestros, á sus errores nuestras verdades, á su odio nuestra caridad; y el tiempo hará lo demas. Pero miéntras llega nuestro infalible triunfo, es preciso hallar un medio eficaz y pronto para impedirles que subleven los espíritus débiles y que prediquen la contrarevolucion. ¡La contrarevolucion! Esta no es una religion, señores. El fanatismo no es compatible con la libertad. Ved á sus ministros, que quisieran nadar en la sangre de sus compatriotas: éstas son sus mismas expresiones. En comparacion de estos sacerdotes, los ateos son unos ángeles. (*Aplausos*). Sin embargo, vuelvo á repetir que los toleremos, pero que no les paguemos para que destrocen la patria. La única medida á que debemos ceñirnos es á suprimir toda pensión sobre el Tesoro á los sacerdotes no juramentados. Nada se les debe que no sea á título de servir á la Iglesia. ¿Qué servicio es el que prestan? Invocan la ruina de nuestras leyes, en lo cual dicen que siguen lo que les dicta su conciencia. ¿Debemos pagar unas conciencias que se arrojan á los mayores crímenes contra la nacion? La nacion los tolera, ¿no es cierto? Invocan estos hombres en su favor el artículo de la Constitucion que dice: «Los sueldos de los ministros del culto católico forman parte de la deuda nacional». ¿Son ellos ministros del culto católico? ¿Reconoce el Estado otro catolicismo que el suyo? Si quieren practicar otro, libres son de hacerlo ellos y sus sectarios. La nacion permite todos los cultos, pero no paga más que uno. Gran fortuna sería para ella el ahorrarse treinta millones de renta que paga tontamente á sus más implacables enemigos. ¿De qué sirven esas falanges de sacerdotes que han abjurado su ministerio, de qué esas legiones de canónigos y de monjes, esás cohortes de abades, de priores y de beneficiados de toda especie, que no siendo notables en otros tiempos sino por su inutilidad, sus intrigas y su vida licénciosa, no lo son hoy sino por su furor, por sus continuas infamaciones y por su cólera implacable contra la revolucion? ¿Por qué hemos de pagar este ejército de la esclavitud con los fondos de la nacion? ¿Qué es lo que hacen para que se les pague? Predican la emigracion, exportan el numerario y fomentan las conjuraciones interiores y exteriores contra nosotros. «Id,—les dicen á los nobles,—continúad vuestros ataques con el extranjero, y nade todo en sangre con tal que nosotros recobremos nuestros privilegios.» ¡Hé aquí su Iglesia! Si el infierno tuviese una sobre la tierra, éste es el lenguaje que usaria. ¿Quién será suficientemente osado para decir que debemos darles subsidios?»

Torné, obispo constitucional de Bourges, respondió á este discurso como hubiese respondido Fenelon á Bossuet. Demostró que en lo que acababa de decir su adversario habia tambien mucho fanatismo y crueldad. «Se os proponen remedios violentos para unos males que la ira no puede ménos de envenenar, y se trata de que condeneis á morir de hambre á una gran parte de nuestros hermanos no juramentados. Los errores simplemente religiosos deben ser extraños al legislador. Los sacerdotes no son culpables, están alucinados, y cuando el ojo de la ley cae sobre los errores de la conciencia, los empeora en vez de mejorarlos; el mejor medio de curarlos es el no verlos. Castigar con el hambre unos errores simples é ino-

centes, sería un oprobio en legislación y un horror en moral. El legislador deja á Dios el cuidado de vengar su gloria si la cree violada por un culto indecoroso. ¿Quisiérais establecer una nueva inquisición en nombre de la intolerancia, inquisición que ni aún tendría como la otra la excusa del fanatismo? ¡Y qué, señores! ¿Transformareis en proscriptores arbitrarios á los fundadores de la libertad? ¿Juzgareis, desterrareis y encarcelareis en masa á unos hombres entre los cuales, si hay algunos culpables, hay todavía muchos inocentes? ¿No son ya los crímenes individuales, y se hace uno culpable sólo por su categoría? Pero aún cuando todos fuesen igualmente culpables, ¿tendriais la crueldad de herir á la vez esa multitud de cabezas, cuando en casos análogos, los déspotas más crueles se han contentado



Lafayette entrega el mando de la guardia nacional al Consejo general del Común —Pág. 203.

con diezmarlas? ¿Qué os resta, pues, que hacer? Una sola cosa, ser consecuentes, y fundar por la tolerancia la libertad práctica, la existencia pacífica de los diferentes cultos. ¿Por qué no gozarian nuestros cofrades de la facultad de adorar á nuestro lado al mismo Dios que nosotros, en tanto que en las mismas ciudades en que les negáramos el derecho de celebrar los santos misterios, permitiríamos á los paganos que celebrasen los de Isis y de Osiris, al mahometano que invocase á su profeta, y al rabino que ofreciese sus holocaustos? ¿Hasta dónde, me direis, ha de ir á parar esa extraña tolerancia? También yo os diré: ¿hasta dónde llevaréis vosotros la arbitrariedad y la persecución? Cuando la ley haya arreglado las relaciones entre los actos civiles del nacimiento, del matrimonio y de los entierros, y los actos religiosos por los cuales los consagra el cristianismo, cuando la ley permita el mismo sacrificio sobre los dos altares, ¿por qué inconsecuencia no habia de permitir ésta que corriese también allí la virtud de los mismos sacramentos? Estos templos, se me dirá, serán los conciliábulos de los facciosos. Sí, lo serán en efecto

si son clandestinos, como los perseguidores quisieran hacerlos; pero si estos templos permanecen abiertos y libres, el ojo de la ley penetrará allí como en todas partes, no para vigilar la fe, sino al crimen, caso que llegase á verificarse. ¿Qué es, pues, lo que teméis? El porvenir es vuestro, y esa clase de sacerdotes no juramentados se extinguirá por sí misma. Cualquier culto pagado por los individuos particulares y no por el Estado, tiende á debilitarse constantemente, ó al ménos las facciones que anima en un principio la divinidad de las creencias, se dulcifican y se reconcilian con la libertad. Ved, si no, la Alemania, mirad esa Virginia, en donde unos cultos opuestos se prestan mutuamente los templos y en donde las diferentes sectas fraternizan en un mismo patriotismo. Hé ahí á lo que debemos aspirar, éstos son los principios en que debemos imbuir gradualmente al pueblo. La luz debe ser el gran precursor de la ley. Dejemos para el despotismo el que prepare á sus esclavos por medio de la ignorancia á recibir de rodillas sus mandatos.»

Ducos, jóven generoso del partido girondino, en quien el entusiasmo de la honradez podia más que todas las tendencias de partido, pidió que se imprimiese este discurso. Los aplausos y los murmullos sofocaron su voz, y dieron una prueba de la indecision y de la parcialidad de los espíritus.

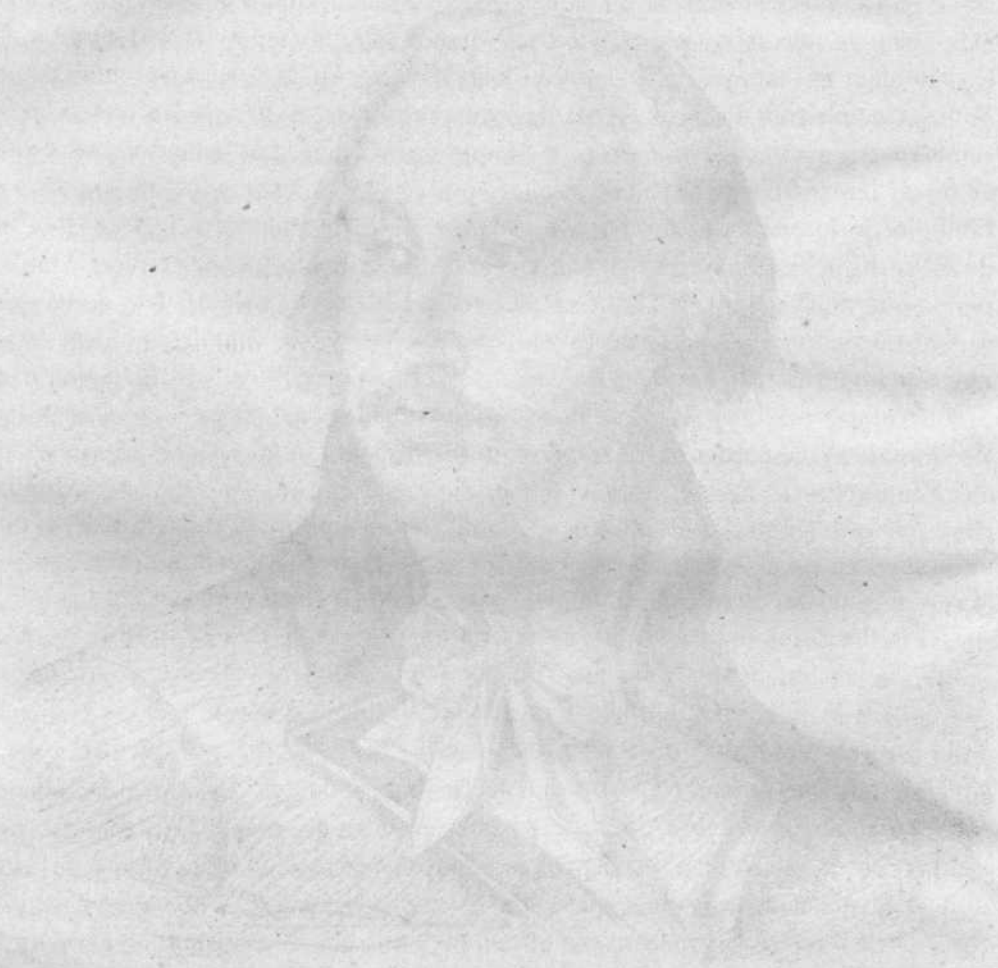
Fauchet volvió á tomar la palabra en la siguiente sesion, y demostró la conexión que habia entre los disturbios civiles y las contiendas religiosas. «Los sacerdotes—dijo—son unos tiranos destronados, que tienen aún en la direccion de las conciencias los hilos mal rotos de su poder. Son una faccion irritada y no desarmada, y por consiguiente, la más peligrosa de todas las facciones.»

Genonné habló como hombre de Estado, y aconsejó la tolerancia con los sacerdotes concienzudos y pacíficos al mismo tiempo, así como una represion severa pero legal contra los que fuesen perturbadores. Durante esta discusion, los correos que llegaban de los departamentos traian cada dia noticias de nuevos desórdenes. Los sacerdotes constitucionales eran insultados, arrojados de los pueblos, y aún asesinados al mismo pié de los altares. Las iglesias rurales, mandadas cerrar por órden de la Asamblea nacional, se abrian á hachazos, y los sacerdotes refractarios volvian á apoderarse de ellas, impulsados y conducidos allí por el fanatismo del pueblo. Tres ciudades estaban sitiadas y á punto de ser incendiadas por los habitantes de las campiñas, y la guerra civil, amenazadora ya, parecia preludiar la contrarrevolucion. «¡Hé ahí—exclamó Isnard—adónde os conducen la tolerancia y la impunidad que os predicán!»

Isnard, diputado por la Provenza, era hijo de un perfumista de Grasse. Su padre le habia educado para que siguiese la carrera literaria, en vez de dedicarle al comercio, y él habia estudiado la política en la antigüedad griega y romana. Tenia un alma de Graco, y en su corazon y en el acento de su voz habia todo el valor de aquél. Muy jóven todavía, hervia su elocuencia como su sangre, y su palabra no era sino el fuego de la pasion, al que daba colorido una imaginacion ardiente como los países del Mediodía. Su lenguaje era tan seguido como las pulsaciones rápidas de la impaciencia, y en sus arranques se veia personificado todo el entusiasmo revolucionario. La Asamblea le seguia jadeando, y llegaba á ponerse furiosa como él antes de haberse convencido ni haber reflexionado en lo que aquel hombre iba diciendo. Sus discursos eran unas magníficas odas, que poetizaban toda la discusion y que producian un entusiasmo muy semejante á una convulsion. Sus gestos



ISNARD.



y ademanes eran más propios del trípode que de la tribuna, y era el Danton de la Gironda, así como Vergniaud debía ser su Mirabeau.

Esta era la primera vez que se levantaba en la Asamblea. «Sí,—dijo,—hé ahí adónde os conduce la impunidad. Siempre es ella la fuente de los grandes crímenes, y hoy en día es la sola causa de la desorganización social en que nos hallamos sumergidos. Los sistemas de tolerancia que se os han propuesto serán muy buenos para tiempos normales; pero ¿debe tolerarse á los que no quieren tolerar ni la Constitución ni las leyes? ¿No conoceréis los peligros de la tolerancia sino cuando se haya convertido Francia en un lago de sangre? Ya es tiempo de que todo se someta á la voluntad de la nación, y de que tiaras, diademas é incensarios cedan al fin al imperio de la ley. Los hechos que acaban de exponerse no son sino el preludio de lo que va á suceder por todo el reino. Considerad las circunstancias de estos disturbios, y vereis que son efecto de un sistema desorganizador, contemporáneo de la Constitución. Este sistema ha nacido allí (señala al lado derecho) y se ha sancionado en la corte de Roma. No es al verdadero fanatismo al que tenemos que quitar la máscara, sino á una refinada hipocresía. Los sacerdotes son unos perturbadores privilegiados, que deben ser castigados con penas más severas que los simples particulares. La religion es un instrumento omnipotente. El sacerdote, dice Montesquieu, coge al hombre en la cuna, y le acompaña hasta el sepulcro. ¿Hay por qué admirarse de que tenga tanto dominio sobre el espíritu del pueblo, ni de que sea preciso hacer leyes para que so pretexto de religion no vaya á turbar el reposo público? Pero ¿qué ley puede ser ésa? Yo sostengo que no hay sino una eficaz: desterrarlos del reino. (*Grandes aplausos en las tribunas*). ¿No veis que es preciso separar al sacerdote faccioso del pueblo á quien extravía, y enviar esos apestados á los lazaretos de Italia y de Roma? Me dicen que esta medida es demasiado severa. ¡Pues qué! ¿Estais ciegos y sordos con respecto á lo que está pasando? ¿Ignorais que un sacerdote puede haceros más daño que todos vuestros enemigos juntos? A esto me dirán que no se debe perseguir á nadie; y yo contesto que castigar no es perseguir. También diré á los que repiten lo que yo he oido decir aquí al abate Maury, á saber, que nada es más peligroso que el hacer mártires, que este peligro existiría efectivamente si tuviéseis que herir á hombres fanáticos de buena fe ó á unos verdaderos santos que pensasen que el cadalso era la escala para subir al cielo. Aquí no estamos en ese caso, porque si existen sacerdotes que reprueban de buena fe la Constitución, éstos no son los que perturban el órden público. Los que incitan al desórden son unos hombres que no lloran por la religion, sino por los privilegios que han perdido: á éstos es á los que se debe castigar sin compasion, y no temais que vayan á aumentar el ejército de los emigrados, porque sabido es que el sacerdote es tan vengativo como cobarde, que no conoce otra arma que la de la supersticion, y que acostumbrado á combatir en la arena misteriosa de la confesion, es nulo en cualquier otro campo de batalla. Los rayos del Vaticano se apagarán en el escudo de la libertad; los enemigos de vuestra regeneracion no se cansarán de cometer crímenes mientras que les dejéis los medios de cometerlos. Es preciso que los vengais ó que ellos os vengán. Cualquiera que no ve esto es ciego. Abrid la historia, y vereis á los ingleses sostener una guerra desastrosa por espacio de cincuenta años por defender su revolucion, vereis en Holanda correr la sangre á torrentes en la guerra contra Felipe de España. Cuando

en nuestros días han querido ser libres los habitantes de Filadelfia, ¿no habeis visto en seguida encendida la guerra en ambos mundos? Vosotros habeis sido testigos de las recientes desgracias de Brabante. ¿Creeis acaso que vuestra revolucion, que ha arrancado el cetro al despotismo, sus privilegios á la aristocracia, á la nobleza su orgullo, y al clero su fanatismo, creeis, vuelvo á repetir, que una revolucion que ha cegado tantas minas de oro, explotadas antiguamente por los sacerdotes, roto tantos hábitos y abatido tantas teorías, vaya ahora á perdonaros? ¡No, no! Esta revolucion necesita un desenlace, y yo digo que, sin provocarle, es preciso marchar hácia él con intrepidez. Cuanto más tardeis, más difícil será vuestro triunfo y más sangre os costará. (*Murmillos en un lado del salon*).

»Pero ¿no veis — continuó Isnard — que todos los contrarrevolucionarios se sostienen y no os dejan otro partido que el de vencerlos? Más vale tener que combatirlos cuando todavía hay ardor en los ciudadanos y cuando se acuerdan de los peligros que han corrido, que dejar que el patriotismo se resfrie. ¿No es cierto que ya no somos los mismos que éramos el primer año de la libertad? (*Una parte de la sala aplaude, la otra se levanta*). Entónces, si el fanatismo hubiese levantado la cabeza, la ley le hubiera derribado. Vuestra política debe ser forzar á la victoria á que se pronuncie; reducir al último extremo á vuestros enemigos, que luégo volvereis á atraerlos por el temor ó los someteréis con la cuchilla. En las grandes circunstancias, la prudencia es una debilidad. Sobre todo, donde no debe haber misericordia es en castigar las sublevaciones, porque es preciso aniquilarlas desde el momento en que aparecen. Si se las deja reunirse y hacerse partidarios, entónces se esparcen por todo el imperio como un torrente que nada es capaz de contener. Así es como obra el despotismo, y hé aquí cómo un solo individuo mantiene bajo su yugo á todo un pueblo. Si Luis XVI hubiese empleado estos grandes medios cuando la revolucion no existia todavía sino en el pensamiento, nosotros no estaríamos aquí. Este rigor, que es un crimen en un déspota, es una virtud en una nacion. Los legisladores que retroceden ante estos medios extremos son cobardes y culpables, porque cuando se trata de alentar á la libertad política, perdonar el crimen es hacerse cómplice en él. (*Nuevos aplausos*). Semejante rigor hará correr la sangre, ya lo sé; pero si no usais de él, ¿no correrá todavía mucho más? ¿La guerra civil no es por sí sola un gran desastre? Cortad el miembro gangrenado para salvar el resto del cuerpo. La indulgencia es un lazo que se os tiende, y vosotros os hallareis abandonados por la nacion por no haberos atrevido á sostenerla y por no haber sabido defenderla. Vuestros enemigos no os aborrecerán ménos por eso, vuestros amigos perderán la confianza que en vosotros tenían. La ley es mi Dios, no tengo otro. El bien público es mi culto. Ya habeis herido á los emigrados; dad ahora un decreto contra los sacerdotes que perturban el órden, y habeis conquistado diez millones de brazos. Mi decreto está reducido á dos palabras: sujetad á todo frances, sacerdote ó no sacerdote, al juramento cívico, y decidid que todo hombre que no firme sea privado de cualquier sueldo ó pensión que obtenga. En sana política puede mandarse que salga del reino todo el que no firme el contrato social. ¿Qué necesidad hay de pruebas contra el sacerdote? Con sólo que haya quejas por parte de los ciudadanos con quienes habita, que sea expulsado al instante. En cuanto á aquellos contra quienes pronuncie el Código penal otras penas más severas que el destierro, no hay sino una medida que aplicarles: ¡la muerte!»

Este discurso, que llevaba el patriotismo hasta la impiedad, y que hacía de la salvacion pública una especie de Dios implacable al que era preciso sacrificarlo todo, hasta al mismo inocente, excitó un entusiasmo frenético en las filas del partido girondino, y una severa indignacion en las del moderado. «Pedir la impresion de semejante discurso,—dijo Lecoz, obispo constitucional,—es pedir la impresion del código del ateísmo. Es imposible que una sociedad exista si no tiene una moral fija que provenga de la idea de un Dios.» Las risas y los murmullos acogieron esta religiosa protesta. El decreto contra los sacerdotes, presentado por Francisco de



Dusaulx abraza á Petion en los Jacobinos.—Pág. 207.

Neufchateau y adoptado por la comision de legislacion, estaba redactado en estos términos:

«Todo eclesiástico no juramentado está obligado á presentarse en el término de ocho dias ante la municipalidad del pueblo donde resida, y á prestar allí el juramento cívico.

»Los que se nieguen á ello, no podrán en adelante percibir sueldo ni pension del Tesoro público.

»Todos los años se hará una masa de estas pensiones de que habrán sido privados los eclesiásticos. Esta suma se repartirá entre los ochenta y tres departamentos, para emplearla en dar trabajo á los que no lo tengan y en socorrer á los indigentes impedidos que no pueden trabajar.

»Estos sacerdotes, por el solo hecho de negarse á prestar el juramento, serán reputados ademas como sospechosos, y se ejercerá sobre ellos una vigilancia particular.

»En consecuencia, podrá alejárseles de sus domicilios y señalárseles otros. Si se niegan á este cambio de domicilio, serán encarcelados.

»Las iglesias destinadas al culto pagado por el Estado no podrán servir para

ningun otro culto. Los ciudadanos podrán alquilar las demas iglesias ó capillas, y practicar allí el culto que mejor les convenga. Esta facultad no se extiende á los sacerdotes no juramentados y sospechosos de sedicion.»

Este decreto, que creaba un fanatismo mayor que el que trataba de sofocar, y que distribuía la libertad de cultos, no como un derecho, sino como un favor, entristeció los corazones de los fieles, movió la revolucion de la Vendée y promovió la persecucion por todas partes. Suspenso como un arma terrible sobre la conciencia del rey, fuéle remitido para su aceptacion.

V

Los girondinos se regocijaron de tener así al desgraciado príncipe entre la ley y su fe: si aceptaba el decreto, era un cismático; si se negaba á ello, era traidor á la nacion. Triunfantes con esta victoria, trataron en seguida de conseguir otra. Despues de haber forzado la mano del monarca á herir en la religion de su conciencia, quisieron forzarle á herir á la nobleza y los propios hermanos. Entónces suscitaron la cuestion de los emigrados, pero el rey y los ministros se les habian adelantado. Luis XVI, despues de haber aceptado la Constitucion, habia renunciado formalmente á toda conjuracion interior y exterior para recobrar su poder. La omnipotencia de la opinion le habia convencido de la vanidad de todos los planes que se le presentaban para vencerla. La calma momentánea de los espíritus despues de tantas sacudidas, la acogida que se le habia hecho en la Asamblea, en el Campo de Marte y en el teatro, la libertad y los honores que se le habian vuelto dentro de su palacio, le habian persuadido de que, si la Constitucion tenia hombres fanáticos por ella, el trono no tenia implacables enemigos en su reino. Creía que la Constitucion tenia muchas disposiciones que podian ejecutarse, y algunas otras que eran impracticables. El gobierno que se le imponia le parecia, por decirlo así, que era un experimento filosófico que la nacion queria hacer con su rey. Sólo no reparaba en una cosa, á saber: que los experimentos de los pueblos son unas verdaderas catástrofes. Un rey que acepta condiciones imposibles de gobierno, acepta de antemano el trastorno de su trono. La abdicacion reflexionada y voluntaria es más régia que esa abdicacion de cada dia, que va degradando poco á poco su poder. Un rey salva con la firmeza de su carácter, si no la vida, á lo ménos la dignidad. Sienta mejor á la majestad real bajar voluntariamente del trono, que verse precipitada de él. Desde el momento en que el que se sienta en el solio no tiene libertad para obrar como rey, el trono es la cosa más insignificante que hay en la nacion. Sea de esto lo que fuere, el rey manifestó francamente á sus ministros la intencion que tenia de ejecutar con lealtad la Constitucion, y de asociarse sin ninguna reserva ni ninguna intencion á las voluntades y á los destinos de la nacion. La misma reina, por uno de esos movimientos fugaces é imprevistos del corazon de las mujeres, se arrojó con la confianza de la desesperacion en el partido constitucional. «Vamos,—le dijo á Mr. Bertrand de Molleville, ministro y confidente del rey,—¡ánimo! Yo espero que con tener un poco de paciencia y de firmeza en lo sucesivo, todavía no está todo perdido.»

El ministro de marina escribió por orden del rey á los comandantes de los puertos una carta circular firmada por el mismo Luis XVI. «Estoy informado—

decía el monarca—de que las emigraciones van en aumento en el cuerpo de marina. ¿Cómo es posible que los oficiales de un cuerpo cuya gloria me ha sido siempre tan cara, y que tantas pruebas de adhesión me tiene dadas en todas épocas, se extravíen hasta el punto de perder de vista lo que deben á la patria y á mí, y hasta lo que se deben á sí mismos? Este partido extremo no hubiese sido tan chocante hace algun tiempo, cuando la anarquía estaba en todo su auge, y que no se veía el término de ella; pero hoy que la nación quiere volver al orden y á la sumisión á las leyes, ¿cómo es posible que tantos generosos y fieles marinos traten de separarse de su rey? Decidles que permanezcan donde la patria les llama. La ejecución exacta de la Constitución es hoy el medio más seguro de apreciar sus ventajas y de conocer lo que falta á su perfección. Vuestro rey es el que os pide que permanezcáis en vuestro puesto, como él permanece en el suyo. Vosotros, que hubiérais mirado como un crimen el resistiros á sus órdenes, no dejareis ahora de atender á sus ruegos.»

A los oficiales generales y á los comandantes de las tropas de tierra les escribió en éstos términos: «Al aceptar la Constitución, he prometido mantenerla en el interior y defenderla contra los enemigos exteriores; este acto solemne debe desterrar toda incertidumbre. Desde hoy en adelante, la ley y el rey son una misma cosa, y el que sea enemigo de aquélla, se hace enemigo del rey. Yo no puedo mirar como sinceramente adictos á mi persona á los que abandonan su patria en el momento en que ella necesita más sus servicios; sólo me son adictos los que siguen mi ejemplo y se confederan conmigo para la salvación pública, haciendo inseparable su suerte del destino del imperio.»

Finalmente, mandó al ministro de Negocios extranjeros que redactase la siguiente proclama dirigida á los franceses emigrados: «Informado de que una gran porción de franceses se retiran á países extranjeros, no puedo ver sin afectarme extraordinariamente una emigración tan considerable. Aunque la ley permita á todos los ciudadanos salir libremente del reino, debo ilustrarles sobre sus deberes y sobre los pesares que ellos se preparan, si creen darme con esto una prueba de afecto. Desengáñense de una vez, mis verdaderos amigos son los que se reúnen á mí para hacer ejecutar las leyes y restablecer el orden y la paz en el reino. Cuando he aceptado la Constitución, he querido hacer cesar las discordias civiles; yo debía creer que todos los franceses secundarian mis designios. Sin embargo, en estos días es cuando las emigraciones van en aumento, y cuando algunos se alejan de Francia á causa de los desórdenes que han amenazado sus propiedades y sus vidas. ¿No han de tenerse en cuenta las circunstancias? ¿No he tenido yo mismo mis disgustos? Y cuando yo los olvido, ¿hay quien pueda acordarse de sus peligros? ¿Cómo se cimentará el orden, si los que están interesados en ello le abandonan abandonándose ellos mismos? Volved al seno de vuestra patria, venid á dar á las leyes el apoyo de los buenos ciudadanos. Pensad en los disgustos que causaría vuestra obstinación en el corazón del rey, disgustos que serían para él más penosos que todos los que ha sufrido hasta aquí.»

La Asamblea no se equivocó en el juicio que hizo de estas manifestaciones. En ellas vió una intención oculta de eludir otras medidas más severas, y quiso forzar al rey á que las adoptase; dirémos más, la nación lo quería lo mismo que aquélla, y la salvación pública exigía que se hubiese hecho así.

Mirabeau habia tratado la cuestion de la emigracion en la Asamblea constituyente más bien como filósofo que como hombre político, y habia negado al legislador el derecho de hacer leyes contra la emigracion. Se engañaba. Siempre que una teoría está en contradiccion con la salvacion de la sociedad, es porque aquélla teoría es falsa; porque la sociedad es la verdad suprema.

Sin duda en tiempos comunes el hombre no debe estar aprisionado por la ley dentro de las fronteras de su país, ya que no lo está por la naturaleza; y bajo este aspecto, las leyes contra la emigracion no deben ser sino excepcionales. Pero por serlo, ¿se seguirá que estas leyes son injustas? Seguramente que no. El peligro público tiene leyes propias, tan necesarias y tan justas como las de los tiempos tranquilos. El estado de guerra y de paz son muy diferentes. Si cerrais vuestras fronteras á los extranjeros, podeis cerrarlas con más razon á vuestros ciudadanos. Legalmente se declara una ciudad en estado de sitio en caso de sediccion; con más razon puede declararse una nacion en estado de sitio cuando á un peligro exterior se añade una conjuracion intestina. ¿Por qué absurdo de la libertad se veria forzado un Estado á tolerar en el extranjero las reuniones de ciudadanos armados en su contra, cuando no las toleraria en su país? Y si estas reuniones son culpables en lo exterior, ¿por qué le ha de ser prohibido al Estado cerrar los caminos por donde van los emigrados á efectuar esas reuniones criminales? Una nacion se defiende de sus enemigos exteriores con las armas, y de los interiores con las leyes. Obrar de otra manera sería consagrar fuera de la patria la inviolabilidad de las conspiraciones, que se castigarían dentro de ella, lo cual equivaldria á proclamar la legitimidad de la guerra civil, con tal que ésta se complicase con una guerra extranjera y que cubriese la sediccion con la traicion. Semejantes máximas arruinan la nacionalidad de todo un pueblo para proteger un abuso de libertad en algunos ciudadanos. La Asamblea constituyente cometió el yerro de sancionarlas. Si ésta hubiese proclamado desde un principio leyes represivas de la emigracion en tiempo de disturbios, de revolucion y de guerra inminente, hubiera proclamado una verdad nacional y prevenido uno de los mayores peligros y una de las principales causas de los excesos de la revolucion. La cuestion no iba á tratarse en el dia con razones, sino con pasiones. La imprudencia de la Asamblea constituyente habia dejado esta arma peligrosa en manos de los partidos, y éstos iban á volverla contra el rey.

VI

Brissot, el inspirador de la Gironda, el hombre dogmático de un partido que tenia necesidad de ideas y de jefe, subió á la tribuna en medio de los anticipados aplausos que señalaban ya su importancia en la nueva Asamblea. Este pidió la guerra como ley la más eficaz para remediar el mal de que se trataba. «Si se quiere contener la emigracion,—dijo,—es preciso ante todo castigar á los grandes criminales que establecen en los países extranjeros el focò de la contrarevolucion. Hay que distinguir tres clases de emigrados: los hermanos del rey, indignos por este solo hecho de titularse tales; los funcionarios públicos que desertan de sus puestos, y finalmente, los simples ciudadanos, arrastrados á emigrar por imitacion, por debilidad ó por miedo. Los primeros son dignos de odio y de castigo; debeis tener compasion y ser indulgentes con los demas. ¿Cómo podrian temeros los ciu-

dadanos, cuando la impunidad de sus jefes les asegurase la suya? ¿Teneis acaso dos pesos y dos medidas? ¿Qué deben pensar los emigrados, cuando ven á un príncipe que despues de haber derrochado cuarenta millones en diez años, recibe todavía nuevos millones de la Asamblea nacional para pagar su lujo y sus deudas?... Dividid los intereses de los sublevados asustando á los principales culpables. Continuamente se ha entretenido á los patriotas con paliativos contra la emigracion; los partidarios de la corte se han burlado así de la credulidad del pueblo, y vosotros mismos habeis visto á Mirabeau poniendo aquellas leyes en ridículo, cuando os decia que nunca las llevaria á ejecucion, porque jamás llegaria un rey á constituirse en acusador de su propia familia. Tres años de esperanzas inútiles, una vida errante y desgraciada, abortadas todas sus conspiraciones y deshechas sus intrigas: todas estas derrotas no han sido suficientes para corregir á los emigrados, cuyo corazon está corrompido desde la cuna. Si quereis contener esta revolueion, herid al otro lado del Rhin, pero no en Francia: con semejantes medidas fué como impidieron los ingleses que Jacobo II derrocasse su libertad. No se entretuvieron éstos en hacer leyes contra la emigracion, sino que mandaron á los soberanos extranjeros que arrojasen de sus Estados á los príncipes ingleses. (*Aplausos*). Desde un principio se habia conocido aquí la necesidad de esta medida. Los ministros os hablaron de consideraciones de Estado y de razones de familia; estas consideraciones, estas debilidades, éran un crimen contra la libertad. El rey de un pueblo libre no tiene familia. Por última vez, no choqueis sino con los jefes; que no vuelva á decirse: «Esos descontentos son bien fuertes, y esos veinticinco millones de hombres son bien débiles, puesto que les guardan tantas consideraciones». A las potencias extranjeras es á las que debeis dirigir principalmente vuestras prescripciones y vuestras amenazas. Ya es tiempo de que mostreis á Europa lo que sois, y de que le pidais cuenta de los ultrajes que de ella habeis recibido. Yo sostengo que es preciso forzar á las potencias á que nos respondán. De dos cosas ha de resultar precisamente una: ó bien que acaten nuestra Constitucion, ó bien que se declaren contra ella. En el primer caso, las que favorecen actualmente á los emigrados se verán forzadas á expulsarlos de su territorio; en el segundo, ya no teneis que titubear, y os hallareis en el caso de ser vosotros los que ataqueis á las potencias que osen amenazaros. En el último siglo, cuando España y Portugal dieron asilo á Jacobo II, la Inglaterra atacó á las dos potencias. No temais nada; la imágen de la libertad, á la manera de la cabeza de Medusa, asustará á nuestros enemigos; éstos temen verse abandonados de sus soldados, y hé aquí por qué prefieren el partido de la expectacion al de una intervencion armada. La Constitucion inglesa y una libertad aristocrática serán las bases de las reformas que ellos os propongan; pero seriais indignos de toda especie de libertad si aceptáseis la vuestra de manos de vuestros enemigos. El pueblo inglés ama vuestra revolueion. El emperador teme la fuerza de vuestras armas. En cuanto á la emperatriz de Rusia, cuya aversion á la Constitucion francesa es bien conocida, teniendo Catalina alguna semejanza con Isabel, no debe esperar otro éxito mejor que el que tuvo aquélla contra Holanda. Apénas se subyuga á unos esclavos á mil quinientas leguas; á los hombres libres no se les somete á esta distancia. Me desdeño de hablar de los demas príncipes, porque no son dignos de ser contados con seriedad en el número de vuestros enemigos. Creo, pues, que Francia debe elevar sus esperanzas y su actitud. No cabe duda en

que habeis declarado á Europa que no tratareis de emprender conquistas, pero teneis derecho para decirle: ¡Escoge entre un puñado de rebeldes y una nacion!»

Este discurso, aunque contradictorio en várias de sus partes, denotaba en Brissot la intencion de aceptar tres papeles en uno solo, y de captarse á la vez los tres partidos en que se dividia la Asamblea. En sus principios filosóficos afectaba el lenguaje de la moderacion y repetia los axiomas de Mirabeau contra las leyes relativas á la expatriacion. En su ataque á los príncipes dejaba al rey al descubierto y le exponia á las sospechas del pueblo. Finalmente, en su denuncia de la diplomacia seguida por los ministros impulsaba á una guerra violenta, y mostraba con esto la energíá de un patriota unida á la prevision de un hombre de Estado; porque no se le ocultaban los recelos que en caso de guerra concebiria la nacion contra la corte, y sabía que el primer acto de la guerra sería declarar al rey traidor á la patria.

Este discurso colocó á Brissot á la cabeza de los conspiradores de la Asamblea. Llevaba este hombre á la Gironda, joven é inexperta todavía, su reputacion como escritor, como publicista y como hombre ejercitado ya desde mucho tiempo ántes en el manejo de las facciones. La audacia de aquella nueva política halagaba su impaciencia, y la austeridad del lenguaje le hacía creer en la profundidad de los designios del nuevo partido.

Condorcet, amigo de Brissot, y devorado como él por una ambicion nada escrupulosa, subió despues de él á la tribuna, y no hizo sino comentar el discurso de su amigo. Concluyó, como Brissot, que debia intimarse á las potencias que se pronunciasen en pro ó en contra de la Constitucion, y pidió ademas que se renovase todo el cuerpo diplomático.

A nadie podia ocultársele que los dos oradores estaban de acuerdo. Conocíase tambien que un partido ya organizado se posesionaba de la tribuna y trataba de dominar en la Asamblea. Brissot era el conspirador de este partido, Condorcet su filósofo, y Vergniaud su orador. Este último subió á la tribuna rodeado del prestigio de su maravillosa elocuencia, de la que ya se tenia conocimiento mucho ántes de haberle oido. Las miradas de la Asamblea, las disposiciones favorables de las tribunas y el silencio que había en todos los bancos, anunciaban suficientemente que aquél era uno de esos grandes actores del drama de las revoluciones, que no se presentan en la escena sino para embriagarse de popularidad, para ser aplaudidos y luégo morir.

VII

Vergniaud, abogado de Burdeos y nacido en Limoges, tenia entónces treinta y tres años. El movimiento revolucionario le habia arrastrado desde muy jóven, y en sus facciones majestuosas y tranquilas se distinguia el sentimiento de su poder. La facilidad, esa gracia exclusiva del genio, hacía que todo fuese flexible en él, talento, carácter y actitud. Cierta dejadez que en él se advertia anunciaba que se olvidaba fácilmente de sí mismo, seguro de volverse á encontrar con toda su fuerza en el momento en que tuviese necesidad de recogerse. Su frente era despejada, su mirada firme, su palabra grave, y en su boca se advertia cierta tristeza; los pensamientos severos de la antigüedad se descubrian en su rostro, unidos á la sonrisa é indolencia de la juventud. Se familiarizaba uno fácilmente con él cuando estaba



VERGNIAUD.



al pié de la tribuna, pero en cuanto subia á ella se le miraba con admiracion y respeto. Su primera mirada, la primer palabra que pronunciaba, establecia una distancia inmensa entre el hombre y el orador. Era un instrumento de entusiasmo cuyo verdadero valor no se conocia sino cuando estaba inspirado. Esta inspiracion, comunicada á los demas por el conducto de una voz grave y por el medio de una facundia inagotable, se habia nutrido con los recuerdos más puros de la antigua tribuna. Sus frases tenian las imágenes y la armonía de los más hermosos versos. Si no hubiese sido el orador de la democracia, hubiese sido su filósofo y su poeta. Su genio enteramente popular le prohibia, sin embargo, descender al lenguaje del pueblo, áun cuando le adulaba, porque no habia en él sino pasiones tan nobles y sublimes como las palabras con que las expresaba. Adoraba la revolucion como á una filosofía sublime que debia ennoblecer á la nacion entera, sin hacer otras víctimas que las preocupaciones y las tiranías. Este hombre tenia doctrinas, pero no conocia los odios ni la sed de gloria y de ambicion. Parecíale que el poder era una carga demasiado efectiva y demasiado vulgar para pretenderlo. Desdeñábalo por su carácter, y no aspiraba á él por sus ideas. La gloria y la posteridad eran los dos únicos términos de su pensamiento. No subia á la tribuna sino para verlas desde mayor altura; más tarde no vió sino á ellas desde lo alto del cadalso, y se lanzó en el porvenir jóven, bello, inmortal en la memoria de Francia, con todo su entusiasmo y con algunas manchas lavadas despues con su generosa sangre. Tal era el hombre que la naturaleza habia dado por jefe á los girondinos. El no se dignó serlo, aunque tuviese el alma y las miras de un hombre de Estado; demasiado indolente para ser jefe de un partido, y demasiado grande para ser la segunda persona de él, se contentó con ser sencillamente Vergniaud. Más glorioso que útil para sus amigos, no quiso conducirlos, pero los inmortalizó. Pintarémos más detalladamente esta gran figura en el momento en que su talento le coloque á mejores luces.

«¿Hay circunstancias —dice— en que los derechos naturales del hombre pueden permitir á una nacion que tome medidas contra sus emigrados?» Vergniaud se pronuncia contra aquellos pretendidos derechos naturales, y reconoce como superior á todos los del individuo el de la sociedad, que todos los reasume en sí y los domina, del mismo modo que el todo domina la parte. Limita la libertad política al derecho que tiene el ciudadano de hacerlo todo, con tal que no perjudique á la patria, pero no da más extension á aquella libertad. Sin duda que el hombre puede usar materialmente de este derecho de renunciar á la patria donde ha nacido, y á la cual se debe como el miembro se debe al cuerpo; pero esta abdicacion es una traicion que rompe todo pacto entre la nacion y él. La nacion no debe ya proteccion ni á su propiedad, ni á su persona. Despues de haber destruido, segun estos principios, la pueril distincion entre el emigrado funcionario y los simples emigrados, demuestra que toda sociedad decae si se niega á sí misma el derecho de contener á los que desertan en los dias del peligro. Dándole el universo por patria, ella le quita la que le ha visto nacer. Pero ¿qué sucederá si el emigrado, cesando de ser un fugitivo, se convierte en enemigo, y si unido á otros que piensen como él, se halla la nacion rodeada de conspiradores? ¡Cómo! ¿Será permitido el ataque á los emigrados, y se prohibirá la defensa á los buenos ciudadanos?

«¿Se halla Francia en este caso,—prosigue,—tiene algo que temer de esos hombres que van á emplear el odio de las cortes extranjeras contra nosotros? No ciertamente; pronto se verá á esos soberbios mendigos, que van á recibir los rublos de Catalina y los millones de Holanda, expiar en una vergozosa miseria los crímenes de su orgullo. Por otra parte, los reyes extranjeros vacilan en provocarnos; saben que no hay Pirineos para el espíritu filosófico que nos ha inspirado la libertad; se estremecen de que sus soldados pongan el pié en una tierra abrasada con este fuego sagrado; tiemblan que un día de batalla se reconozcan los hombres libres de todos los climas, y hagan de dos ejércitos prontos á combatir un pueblo de hermanos reunidos contra sus tiranos. Mas si al fin es preciso medir las fuerzas, acordémonos que un millar de griegos, combatiendo por la libertad, triunfaron de un millon de persas! Nos dicen: «Los émigrados no abrigan ninguna mala intencion »contra su patria: esto no es más que un viaje. ¿Dónde están las pruebas legales »de los hechos que les acriminan? Cuando las produzcais será justo que castigueis »á los culpables...» ¡Oh! Vosotros que usais ese lenguaje, ¿por qué no estábais en el senado romano cuando Ciceron denunció á Catilina, para pedirle tambien la prueba legal de su acusacion? Me imagino que el célebre orador hubiera quedado confuso al oiros, y miéntras hubiese buscado las pruebas, Roma habria sido saqueada, y Catilina y vosotros hubiéseis reinado sobre ruinas. ¡Pruebas legales decis! ¿Habeis reflexionado en la sangre que os costaria el obtenerlas? No, no. Anticipémonos á nuestros enemigos; desembaracemos la nacion de ese continuo zumbido de insectos ávidos de su sangre que la inquietan y la fatigan. Pero ¿cuáles son las medidas que debemos tomar? En primer lugar, apoderarnos de los bienes de los ausentes. Esta medida direis que es muy pequeña; ¿y qué importa su pequeñez ó su grandeza, cuando de lo que aquí se trata es de adoptar una medida de rigurosa justicia? En cuanto á los oficiales desertores, su suerte está escrita en el Código penal: ¡la infamia y la muerte! Los príncipes franceses son todavía más culpables. La intimacion que se os propone dirigirles para que vuelvan á entrar en su patria, no es suficiente ni á vuestro honor ni á vuestra seguridad. Sus atentados son cosa bien probada, y es preciso que ellos tiemblen ante vosotros, ó que vosotros tembleis delante de ellos. ¡Escoged! Se habla del dolor profundo que causará en el corazon del rey cualquier medida que se tome contra ellos. ¡Bruto sacrificio unos hijos criminales á su patria! El corazon de Luis XVI no sufrirá una prueba tan dura. Si esos príncipes, malos hermanos y peores ciudadanos, se niegan á escuchar sus consejos, que no se acuerde de que son hermanos suyos, y que se dirija al corazon de los franceses, que le indemnizarán completamente de semejante pérdida.» (*Aplausos*).

Pastoret, que habló despues, citó aquellas célebres palabras de Montesquieu: *Llega un tiempo en que es preciso echar un velo sobre la libertad, como el que se echa sobre las estatuas de los dioses.* Vigilar siempre y no temer jamás debe ser la conducta de un pueblo libre. Pastoret propuso medidas de represion, pero moderadas y progresivas, contra los ausentes.

Isnard declaró que las medidas propuestas hasta entónces satisfacian á la prudencia, pero no á la justicia y á la venganza que una nacion ultrajada se debia á sí misma. «Si me dejáseis decir la verdad,—añadió,—os diria que si nosotros no castigamos á todos esos jefes de los rebeldes, no es porque no sintamos en el fondo

de nuestro corazón que son verdaderamente culpados, sino porque son príncipes, y por más que hayamos destruido la nobleza y las distinciones que da el nacimiento, esos vanos fantasmas llenan aún de espanto nuestras almas. ¡Ah! Ya es tiempo de que ese gran nivel de igualdad que ha pasado sobre Francia tome finalmente su aplomo. Hasta entonces no se creerá en la igualdad. Temed conducir al pueblo con este espectáculo de impunidad á cometer los más graves excesos. La



Reunion de patriotas republicanos en casa de madama Roland.—Pág. 219.

ira del pueblo no es muchas veces sino un apéndice al silencio de las leyes. Es preciso que la ley penetre en el palacio de los grandes como en la choza del pobre, y que, tan inexorable como la muerte, no distinga rangos ni condiciones al caer sobre las cabezas de los culpables. Se trata de adormeceros, pero yo os digo que la nación debe vigilar sin cesar. El despotismo y la aristocracia no duermen, y si las naciones dormitan un solo instante, cuando se despiertan se hallan cargadas de cadenas. Si el fuego del cielo estuviese en poder de los mortales, deberian emplearlo en reducir á cenizas á los que atentan contra la libertad de los pueblos. Así es que jamás perdonaron éstos á los que conspiraron contra ella. Cuando los galos escalaban el Capitolio, Manlio se despertó, voló á la brecha, y salvó la repú-

blica. Acusado despues Manlio de haber conspirado contra la libertad pública, tuvo que comparecer ante los tribunos. Presentó allí los brazaletes, los venablos, doce coronas cívicas, treinta despojos de enemigos vencidos, y su pecho acribillado de heridas; al mismo tiempo recordó que habia salvado á Roma. La respuesta que obtuvo á todo esto fué el ser precipitado por la misma roca por donde él habia precipitado á los galos. ¡Ved ahí, señores, lo que es un pueblo verdaderamente libre! Nosotros, despues del dia de la conquista de nuestra libertad, no hemos cesado de perdonar á nuestros patricios sus complots contra nosotros. Tampoco hemos dejado de recompensar sus ruindades enviándoles carros cargados de oro. En cuanto á mí, si hubiese votado semejantes dones, me moriria de remordimiento. El pueblo nos mira y nos juzga; de este primer decreto depende la suerte de nuestros trabajos. Si somos débiles, perderémos la confianza pública; si somos enérgicos, nuestros enemigos quedarán desconcertados. No mancheis la santidad del juramento consintiendo que lo pronuncien unas bocas sedientas de nuestra sangre. ¡Nuestros enemigos jurarán con una mano, y con la otra afilarán sus espadas para clavarlas en nuestros corazones!»

VIII.

Todos estos discursos violentos producian en la Asamblea y en las tribunas esa exaltacion de la pasion pública que se manifiesta exteriormente con un prolongado palmoteo. Presentíase ya que la única política sería en adelante la ira de la nacion, que la época de la filosofía habia pasado ya para la tribuna, y que la Asamblea no tardaria en dejar á un lado los principios para echar mano á las armas.

Los girondinos, que no hubiesen querido lanzar á Isnard tan léjos, conocieron que era preciso seguirle hasta donde le siguiese la popularidad. En vano trató Condorcet de defender su proyecto de decreto dilatorio. La Asamblea, de acuerdo con el informe de Ducastel, adoptó el decreto de la comision de legislacion. Sus principales disposiciones se reducian á pedir que los franceses que estaban reunidos al otro lado de las fronteras fuesen declarados desde aquel momento como sospechosos de conjuracion contra Francia, y como conspiradores si no volvian á entrar en su patria ántes del 1.º de Enero de 1792, y consiguientemente castigados con la última pena; que á los príncipes franceses hermanos del rey se les impusiese la misma pena como simples emigrados si no obedecian la intimacion que se les hacía, y que sus bienes fuesen confiscados desde el momento; finalmente, que á los oficiales de mar y tierra que abandonasen sus puestos sin permiso ó sin prévia dimision aceptada, se les asimilase á los desertores y fuesen castigados con pena de muerte.

Estos dos decretos afligieron el ánimo del rey y consternaron á todos los miembros de su Consejo. La Constitucion le daba derecho para suspenderlos, usando del *veto* real; pero suspender los efectos de la ira del pueblo contra los enemigos armados de la revolucion, era llamarla sobre sí. Los girondinos fomentaban artificiosamente aquellos elementos de discordia entre la Asamblea y el rey. Estos hombres esperaban impacientes que la negativa del rey á sancionar aquellos decretos llevase la irritacion del pueblo al último extremo, y forzase al rey á huir de nuevo ó á entregarse en sus manos.

El espíritu más monárquico de la Asamblea constituyente reinaba todavía en el directorio del departamento de Paris. Desmeuniers, Baumetz, Talleyrand-Perigord y Larochevoucauld eran sus principales miembros. Estos redactaron una petición dirigida al rey, suplicándole que rehusase su sancion al decreto contra los sacerdotes no juramentados. Esta petición, en que se trataba con altivez á la Asamblea legislativa, abundaba en verdaderos principios de gobierno en materia religiosa. Toda ella se reasumia en este axioma, que es ó debe ser el código de las conciencias: «Puesto que ninguna religion es una ley, que tampoco ninguna religion sea un crimen».

Un jóven escritor, cuyo nombre ya célebre debia conquistarle más tarde la palma del martirio político, Andres Chenier, considerando la cuestion desde las alturas de la filosofía, publicó sobre el mismo asunto una carta digna de pasar á la posteridad. Es peculiar al genio no dejarse alucinar por las preocupaciones del momento. Ve aquél desde una altura demasiado elevada para que los errores del vulgo le oculten el brillo permanente de la verdad. Hay desde un principio en sus juicios la imparcialidad del porvenir.

«Todos los que han conservado—dice Chenier—la libertad de su razon, y todos aquellos en que el patriotismo no es un violento deseo de dominar, ven con mucho disgusto que las disensiones de los sacerdotes hayan podido ocupar los primeros momentos de la Asamblea nacional. Sería ya tiempo de que el espíritu público se ilustrase sobre esta materia. La misma Asamblea constituyente se ha equivocado sobre este particular. Ella trató de hacer una Constitucion civil de la religion, es decir, que tuvo la idea de formar un clero despues de haber destruido otro. ¿Qué importa que una religion difiera de otra? ¿Le toca á la Asamblea nacional reunir las sectas que están divididas y juzgar sus diferencias? ¿Los políticos son acaso teólogos?... Nosotros no nos veremos libres de la influencia de esos hombres sino cuando la Asamblea nacional haya mantenido á todos y á cada uno la libertad completa de seguir ó de inventar la religion que le acomode, cuando cada uno pague el culto que quiera seguir y no pague otros, y cuando la imparcialidad de los tribunales en semejante materia castigue con entera igualdad á los perseguidores ó á los sediciosos de todos los cultos... Los miembros de la Asamblea nacional dicen que el pueblo frances no está aún suficientemente maduro para recibir esta doctrina. Es preciso responderles: «Puede que eso sea así; pero á vosotros toca el madurarnos con vuestras palabras, con vuestros actos y con vuestras leyes». Los sacerdotes no perturban los Estados cuando nadie piensa en ellos. Acordémonos que diez y ocho siglos han visto á todas las sectas cristianas, desgarradas y ensangrentadas por las ineptias teológicas y por las enemistades sacerdotales, concluir siempre por apoderarse del poder.»

Esta carta pasó desapercibida por los partidos que se disputaban la conciencia del pueblo; pero la petición del directorio de Paris, en que se pedia el *veto* real contra los decretos de la Asamblea, promovió otras peticiones violentas en sentido contrario. Vióse entónces comparecer por primera vez en la barra de la Asamblea á Legendre, carnicero de Paris. Este vociferó allí en lenguaje oratorio las imprecaciones del pueblo contra sus enemigos y contra los traidores coronados. Legendre cubria con pomposas palabras la trivialidad de su discurso. De esta mezcla de sentimientos vulgares con las ambiciosas expresiones de la tribuna nació aquel idio-

ma caprichoso en el que los harapos del pensamiento, unidos al oropel de las palabras, hacian que la elocuencia popular de la época se asemejase al hijo indigente de un advenedizo. El populacho estaba enorgullecido de robar su lenguaje á la aristocracia hasta para combatirla, pero al robárselo lo ensuciaba. «Representantes,—decia Legendre,—mandad que el águila de la victoria y la de la fama extiendan sus alas sobre vuestras cabezas y sobre las nuestras; decid á los ministros: «Nosotros amamos al pueblo. ¡Empiece ya vuestro suplicio! ¡Los tiranos van á morir!»

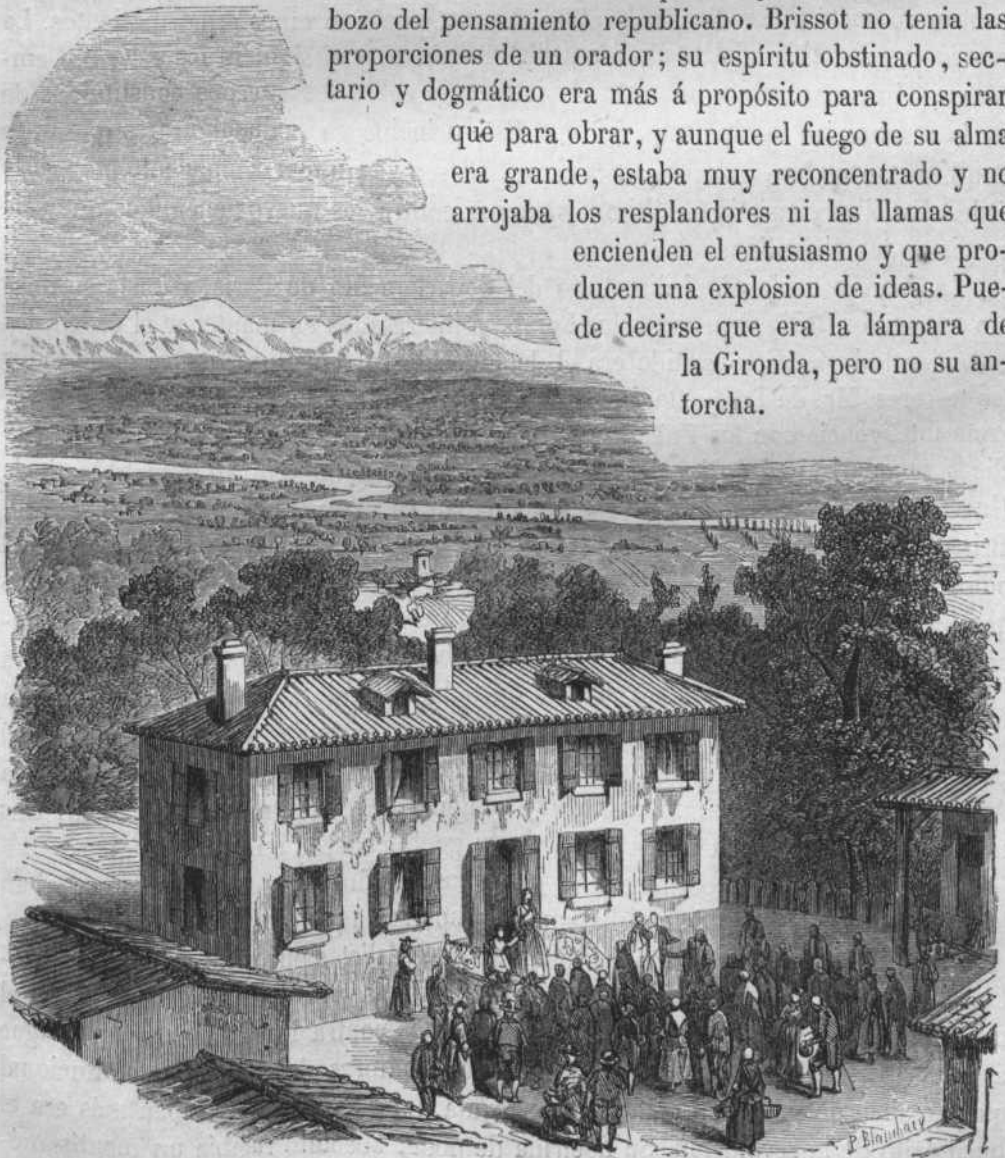
IX

Camilo Desmoulins que, como ya hemos dicho, era el Aristófanes de la revolucion, se servía de la sonora voz del abate Fauchet para hacerse oír; Camilo Desmoulins era el Voltaire de las calles, el que excitaba las pasiones populares valiéndose del sarcasmo. «Representantes,—decia,—los aplausos del pueblo son su lista civil; la inviolabilidad del rey es una cosa eminentemente justa, porque el rey debe por naturaleza estar siempre en oposicion con la voluntad general y con nuestros intereses. No se cae voluntariamente de un puesto tan elevado. Tomemos ejemplo en Dios, *cuyos mandamientos no son jamás imposibles*; no exijamos del ántes titulado soberano un *amor imposible* hácia la soberanía nacional, y hallemos muy sencillo que imponga el *veto* á los mejores decretos que hagamos. Pero que los magistrados del pueblo, que el directorio de Paris, que los hombres que hace cuatro meses hicieron fusilar en el Campo de Marte á los ciudadanos signatarios de una peticion individual contra un decreto que todavía no se habia dado, inunden el imperio con otra que indudablemente no es sino la primera hoja del gran registro de la contrarevolucion, y una suscripcion á la guerra civil enviada por esos hombres para que la firmen todos los fanáticos, todos los esclavos y todos los ladrones de los ochenta y tres departamentos, á cuya cabeza están los nombres ejemplares de los miembros del directorio de Paris; ¡padres de la patria!... hay en ese escrito tal complicacion de ingratitud, de bellaquería, de prevaricacion y perversidad, de filosofía hipócrita y de pérfida moderacion, que nos reunimos desde luego á vosotros para sostener los decretos. ¡Continuad, fieles mandatarios, como habeis empezado! Y si hay obstinacion en no querer salvar la patria, no somos solos, seremos suficientes á salvarla. Porque, en fin, el *veto* real tiene su término como todas las cosas, y ya hemos visto que no ha sido suficiente para impedir la toma de la Bastilla. Nosotros tenemos la medida exacta del civismo de nuestro directorio desde que le hemos visto volver á abrir por medio de una proclama incendiaria, no las cátedras evangélicas á los sacerdotes, sino unas tribunas de sedicion á unos conjurados con sotana. Su peticion es un escrito que tiende á envilecer los poderes constituidos, y una excitacion á la guerra civil y al trastorno de la Constitucion. Ciertamente que no somos nosotros los admiradores del gobierno representativo, sobre el cual pensamos lo mismo que Juan Jacobo Rousseau; pero si no estamos por ciertos artículos, estamos aún mucho ménos por la guerra civil. ¡Cuántos motivos tenemos de acusacion! La prevaricacion de esos hombres es evidente. ¡Heridles! Pero si la cabeza dormita, ¿cómo obrará el brazo? No levanteis ese brazo, no levanteis ya la maza nacional para aplastar esos insectos. ¡Un Varnier, un de Latre! ¡Caton y Ci-

ceron formaron causa á Cetego ó á Catilina? A los jefes es á quien se debe perseguir. ¡Heridles en la cabeza!»

Esta verbosidad irónica y audaz, aplaudida ménos por el palmoteo que por las risas que excitaba, encantó á las tribunas. Decretóse que se enviara el proceso verbal de la sesion á todos los departamentos. Esto equivalia á elevar legislativamente el libelo á la dignidad de acto público, y á distribuir la injuria completamente confeccionada á los ciudadanos, para que ellos no tuviesen que hacer otra cosa que arrojarla á los poderes públicos. El rey tembló ante el libelista, y conoció por aquel primer ensayo de escarnio á sus prerogativas que la Constitucion se quebraria en su mano cada vez que se atreviese á servirse de ella.

El dia siguiente el partido constitucional, más fuerte en la sesion, hizo repetir el envío del acta á los departamentos. Brissot manifestó su indignacion por esto en *El Patriota Frances*. Allí era y en los Jacobinos donde mejor que en la tribuna se daba el santo á todo el partido y se hablaba sin rebozo del pensamiento republicano. Brissot no tenia las proporciones de un orador; su espíritu obstinado, sectario y dogmático era más á propósito para conspirar que para obrar, y aunque el fuego de su alma era grande, estaba muy reconcentrado y no arrojaba los resplandores ni las llamas que encienden el entusiasmo y que producen una explosion de ideas. Puede decirse que era la lámpara de la Gironda, pero no su antorcha.



La Platiers.—Pág. 230.

X

Los jacobinos, muy reducidos en número, porque muchos de sus principales miembros habían sido elegidos diputados en la Asamblea legislativa, fluctuaron algún tiempo como un ejército licenciado después de la victoria. El club de los Fuldenses, compuesto de los restos del partido constitucional en la Asamblea constituyente, se esforzaba por volver á apoderarse de la dirección del espíritu público. Asustábase el pueblo, y estaban convencidos de que una Asamblea única, sin nada que contrabalancease su poder, absorbería inevitablemente lo poco que quedaba ya del trono; por consiguiente, este partido quería dos Cámaras y una Constitución que equilibrase los dos poderes legislativo y ejecutivo. Barnave, que se afiliaba en este partido acompañado de su arrepentimiento, se había quedado en París y tenía varias conferencias secretas con Luis XVI. Sus consejos, lo mismo que los de Mirabeau en sus últimos días, no podían ser otra cosa sino vanos remordimientos. La revolución se había adelantado á aquellos hombres, y ni siquiera los veía. Sin embargo, aún conservaban un resto de influencia sobre los cuerpos constituidos de París y sobre las resoluciones del rey. Este príncipe no podía figurarse que unos hombres tan poderosos ayer contra él, se hallasen ya sin fuerza suficiente para serle útiles. En ellos consistía su última esperanza contra los nuevos enemigos que veía surgir en los girondinos.

La guardia nacional, el directorio del departamento de París, y hasta su mismo corregidor Bailly, con todos los hombres interesados en mantener el orden, los sostenían todavía. Este partido era el de todos los arrepentimientos y el de todos los terrores. Mr. de Lafayette, madama de Staël y Mr. de Narbona estaban en secreta inteligencia con los Fuldenses. Una parte de la prensa era suya. Estos periódicos popularizaban á Mr. de Narbona, para quien querían el ministerio de la Guerra. Los periódicos girondinos amotinaban ya al pueblo contra este partido. Brissot sembraba contra ellos las sospechas y las calumnias, y los designaba al odio del populacho. «Contadlos,—decía,—y examinad sus nombres que son los que les denuncian. Estos hombres no son otra cosa que los restos de la aristocracia destronada, que quieren resucitar una nobleza constitucional y establecer otra Cámara legislativa que sea un senado de nobles, implorando para conseguir su intento la intervención armada de las potencias extranjeras. Están vendidos al palacio de las Tullerías, y también se venden un gran número de miembros de la Asamblea. Entre esos hombres no hay ninguno de genio ni de resolución. Sus talentos los constituye la traición, y todo su genio consiste en la intriga.»

Así era como los girondinos y los jacobinos, confundidos entónces, preparaban los motines que al poco tiempo habían de dispersar aquel club.

Mientras que los girondinos obraban así, los realistas puros no dejaban de excitar al desorden en sus hojas volantes para hallar, según decían, el remedio en el mismo mal. Así se les veía exaltar á los jacobinos contra los fuldenses y prodigar á manos llenas el ridículo y la injuria á los hombres del partido constitucional que trataban de salvar un resto de monarquía. Lo que ellos detestaban más era el buen éxito de la revolución. Su doctrina de poder absoluto recibía un méfís menos humillante para ellos del trastorno absoluto del imperio y del trono que de una

monarquía constitucional que preservase á la vez al rey y á la libertad. Desde que la aristocracia estaba desposeida del poder, su única ambicion y su táctica predilecta era verle caer en manos de los mayores malvados, é impotente para levantarse por su propia fuerza, encargaba al desórden el cuidado de levantarla. Desde el primero hasta el último dia de la revolucion, este partido no tuvo otro instinto; así es que se perdió él mismo, perdiendo á la monarquía. Impulsó el odio de la revolucion hasta hacerla llegar á la perversidad, y si no tomó parte directa en los crímenes que aquélla cometió, al ménos fué cómplice de ellos por el deseo. No hubo un exceso del pueblo que no fuese una esperanza para sus enemigos, y esta política de la desesperacion era tan ciega y tan criminal como ella.

XI

Vióse por esta época un ejemplar de lo que acaba de decirse. Lafayette entregó el mando de la guardia nacional al Consejo general del Comun. En esta sesion obtuvo aún la última muestra del favor público, y despues que el general salió de la sala de sesiones, se trató sobre el testimonio de reconocimiento que debia darle la ciudad de Paris. El general dirigió una alocucion despidiéndose del ejército cívico, en la que aparentaba creer que la Constitucion que acababa de promulgarse cerraba la era de la revolucion, y le volvia, como á Washington, el papel de simple ciudadano de un país libre y pacificado. «Los dias de la revolucion—decia en aquel escrito—abren el paso á los de una organizacion regular, á causa de la libertad y de la prosperidad que aquélla garantiza. Yo debo ahora devolver á mi patria todo cuanto me ha entregado de fuerza y de influencia para defenderla durante las convulsiones que la han agitado: ésta es mi única ambicion. Guardaos, sin embargo, de creer—añadia al concluir—que se hayan destruido los despotismos de todas clases.» Entónces señalaba algunos de los excesos y de los peligros en que podia caer la libertad al dar los primeros pasos.

Esta alocucion fué acogida con un resto de entusiasmo más fingido que sincero por la guardia nacional. Esta quiso ejecutar el último acto de fuerza contra las facciones haciendo ostencion de adherirse á los pensamientos de su general. Se le votó una espada hecha con el hierro de los cerrojos de la Bastilla, y una estatua en mármol de Washington. Lafayette se apresuró á gozar de aquel triunfo prematuro. Este hombre deponia la dictadura en el momento en que precisamente era más necesaria á su país. Vuelto á sus tierras de Auvernia, recibió allí la diputacion de la guardia nacional que le llevó el proceso verbal de la deliberacion. «Vosotros—les dijo—me habeis vuelto á los sitios que me han visto nacer, y de los que no volveré á salir sino para defender ó consolidar nuestra libertad naciente, si hubiese alguno que osase atacarla.»

Los juicios de los diferentes partidos siguieron al general en su retiro. «Ahora—decia el *Diario de la Revolucion*—que el héroe de los dos mundos ha terminado su papel en Paris, será conveniente averiguar si el general ha hecho más mal que bien á la revolucion. Para resolver esta cuestion, busquemos al hombre en sus actos. Se verá desde luégo al fundador de la libertad americana no atreverse en Europa á acceder al voto del pueblo sino despues de haber pedido permiso al rey para hacerlo; se le verá palidecer el 5 de Octubre, al ver al ejército parisiense diri-

giéndose á Versailles, y se le verá tambien contempORIZANDO con el pueblo y con el rey. Le veremos en esta ocasion diciendo al ejército: «Yo os entrego al rey»; y al rey: «Yo os entrego mi ejército». Verásele tambien volver á entrar en Paris trayendo tras sí y maniatados á unos valientes ciudadanos, cuyo gran crimen consistia en haber querido hacer con el torreón de Vincennes lo que se habia hecho con la Bastilla. Se le verá igualmente, al dia siguiente de la escena de los puñales, dar cordialmente la mano á aquellos mismos á quienes habia denunciado el dia anterior á la indignacion pública. Vésele hoy, finalmente, abandonar el campo en virtud de un decreto solicitado por él mismo bajo mano, y eclipsarse por un momento en la Auvernia, para volver á aparecer sobre nuestras fronteras. Sin embargo, tambien nos ha hecho servicios que es preciso reconocer. Nosotros le debemos el haber conducido á nuestros guardias nacionales á las ceremonias cívicas y religiosas, á los ejercicios matinales de los Campos Elíseos, á los juramentos patrióticos y á las comidas dadas por las corporaciones. ¡Despidámonos de él! Lafayette, nosotros necesitábamos para consumir la revolucion más grande que haya intentado jamás un pueblo un jefe cuyo carácter estuviese al nivel del mismo suceso, y nosotros te aceptamos; los músculos flexibles de tu fisonomía, tus estudiados discursos, tus axiomas meditados por largo tiempo, todos estos productos del arte, desaprobados por la naturaleza, parecieron sospechosos á los patriotas que veian claras las cosas. Los más decididos de éstos siguieron tus pasos, te arrancaron la máscara y exclamaron: «¡Ciudadanos, este héroe no es más que un cortesano, este sabio no es sino un charlatan!» En efecto, merced á tus cuidados, la revolucion no puede hacer ya daño al despotismo: tú has limado los dientes del leon. El pueblo no es ya temible, por causa de los que son sus conductores, que han vuelto á apoderarse del látigo y de la espuela, en tanto que tú te marchas. Lluevan coronas cívicas sobre el camino que vas á pasar, mientras nosotros nos quedamos aquí; pero ¿en dónde hallarémos un Bruto?»

XII

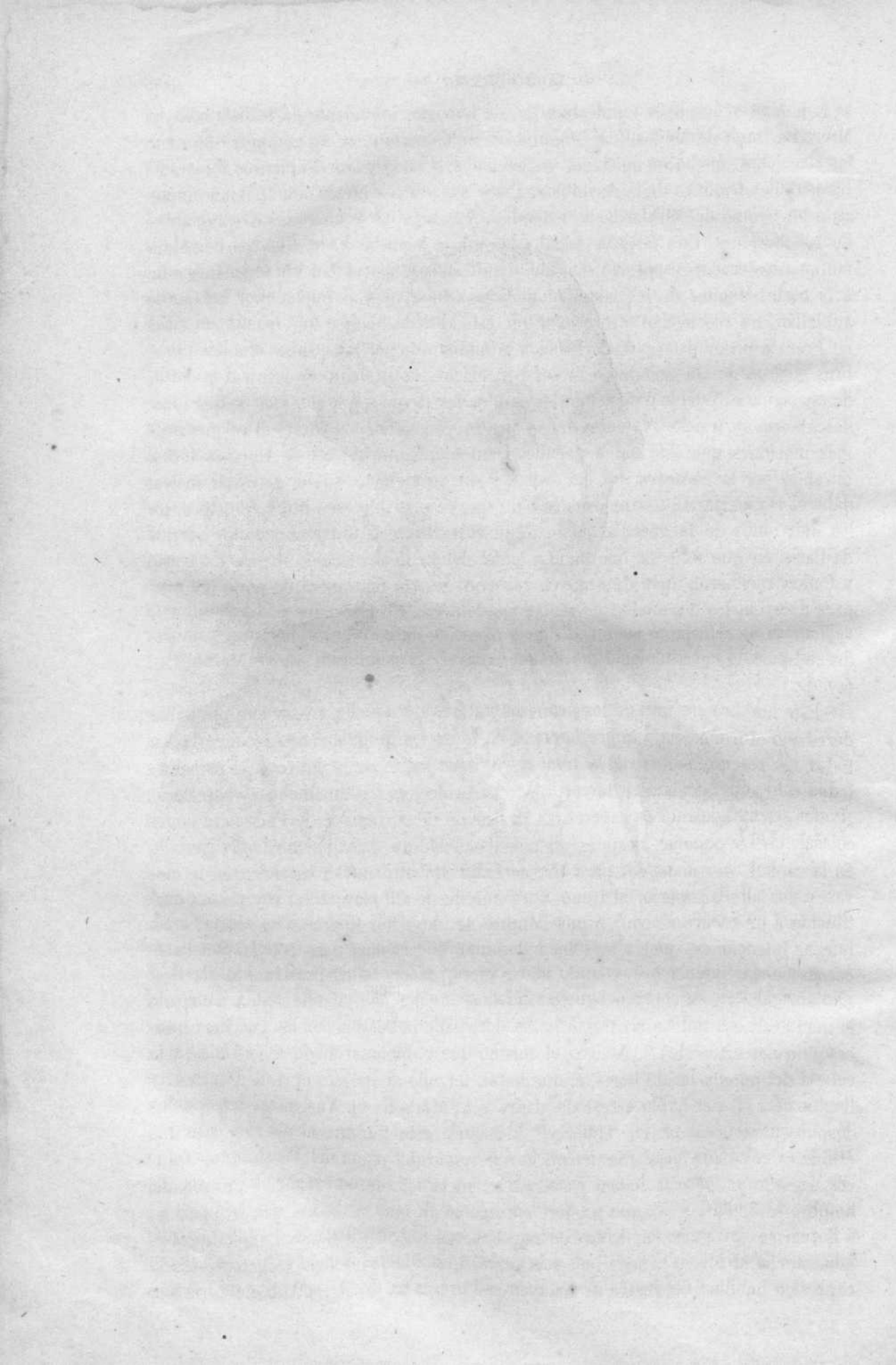
Bailly, corregidor de Paris, se retiraba tambien á la sazón, abandonado por aquella opinion cuyo ídolo habia sido, y cuya víctima empezaba ya á ser. Pero este filósofo apreciaba más el bien hecho al pueblo que el favor de éste. Más ambicioso de servirle que de gobernarle, manifestaba ya contra las calumnias de sus enemigos la impasibilidad heroica que desplegó más tarde contra la muerte.

La voz del filósofo se perdió entre el tumulto de las próximas elecciones municipales. Dos hombres se disputaban los sufragios para corregidor de Paris. A medida que la autoridad real disminuía, y que la de la Constitucion se aniquilaba en medio de los disturbios que agitaban el reino, el corregidor de Paris podia convertirse en el verdadero dictador de la capital.

Aquellos dos hombres eran Lafayette y Petion, el primero candidato del partido constitucional y de los ciudadanos de la guardia nacional, y el segundo de los girondinos y de los jacobinos á la vez. El partido realista, pronunciándose en pro ó en contra de cualquiera de estos dos hombres, era el árbitro de la eleccion. El rey no tenia ya la influencia del gobierno, que habia dejado que se le escapase de las manos, pero tenia aún la influencia oculta de la corrupcion sobre los intrigantes de los diferentes partidos. Una parte considerable de los veinticinco millones que



BAILLY.



se le habian señalado la empleaban Mr. de Laporte, intendente de la lista civil, y Mrs. Bertrand de Molleville y Montmorin, ministros suyos, en comprar votos en las elecciones, en hacer mociones en los clubs, y en pagar los aplausos ó los silbidos de las tribunas de la Asamblea. Estos subsidios secretos, que habian empezado en tiempo de Mirabeau, se extendian ya hasta las gentes más despreciables de las facciones. Con ellos se pagaba la prensa realista, y de ellos participaban tambien los oradores y periodistas que manifestaban aparentemente tener más odio á la corte. Muchas de las falsas maniobras aconsejadas al pueblo por los que le adulaban, no reconocian otro origen que éste. Puede decirse que existia entónces en Francia un ministerio de corrupcion administrado por la perfidia. Muchos hombres sacaron de allí grandes recursos pecuniarios, so pretexto de servir á la corte, de apaciguar al pueblo ó de venderle; dominados despues por el temor de que fuese descubierta su traicion, la cubrian con otra mayor, volviendo contra el rey las mismas mociones que éste habia pagado. Danton fué uno de éstos. Algunas veces, mirando por la conservacion del órden, y sin otro objeto que el de evitar males, daba el rey ciertas sumas mensuales para que se distribuyesen útilmente, ya entre los individuos de la guardia nacional, ya entre los más indigentes de los barrios de Paris, en que se temia que tuviese lugar alguna insurreccion. Mr. de Lafayette y Petion recibieron más de una vez socorros de esta naturaleza de parte del rey, para distribuirlos del modo que acabamos de decir. Este príncipe podia muy bien, valiéndose de semejante medio, dirigir la eleccion de corregidor de Paris, y uniéndose al partido constitucional, hacer que recayese el nombramiento en Mr. de Lafayette.

Este hombre era uno de los primeros autores de aquella revolucion que habia derribado el trono. Su nombre figuraba en todas las humillaciones de la corte, en todos los resentimientos de la reina y en todos los terrores del rey. Al principio habia sido aquel general su terror, luégo su protector, y últimamente su carcelero. ¿Podia ser en adelante su esperanza? El destino de corregidor de Paris, ese poder colosal, civil y popular, despues de aquella dictadura armada que habia ejercido en la capital, ¿no podia ser para Mr. de Lafayette otro nuevo escalon que le elevase á una altura superior al trono, para que desde allí arrojase al rey y á la Constitucion á un oscuro rincon? Aquel hombre de ideas tan liberales en teoría, tenia buenas intenciones, queria más bien dominar que reinar; pero ¿podia uno fiarse en sus buenas intenciones, cuando tantas veces parecia haber prescindido de ellas? ¿No abrigaba en su corazon aquellas mismas intenciones cuando habia usurpado el mando de esa milicia civil? ¿No habia derribado la Bastilla con los guardias franceses insurreccionados? ¿No era el mismo que habia marchado á Versalles á la cabeza del populacho de Paris, el que habia forzado el palacio el 6 de Octubre, y finalmente, el que habia arrestado al rey y á su familia en Varennes, teniéndolos despues prisioneros en las Tullerías? ¿Resistiria este hombre al pueblo, caso que éste le exigiese aún más? ¿Se detendria á la mitad del papel del Washington frances, cuando ya parecia haber pasado más adelante? Sin embargo, el corazon del hombre es de tal suerte, que prefiere entregarse en manos de los que le pierden, á buscar su salvacion en manos de aquellos que le han rebajado. Lafayette rebajaba mucho al rey, y todavía más á la reina. Una independenciam respetuosa era la expresion habitual del rostro de Lafayette en presencia de María Antonieta. Se leia

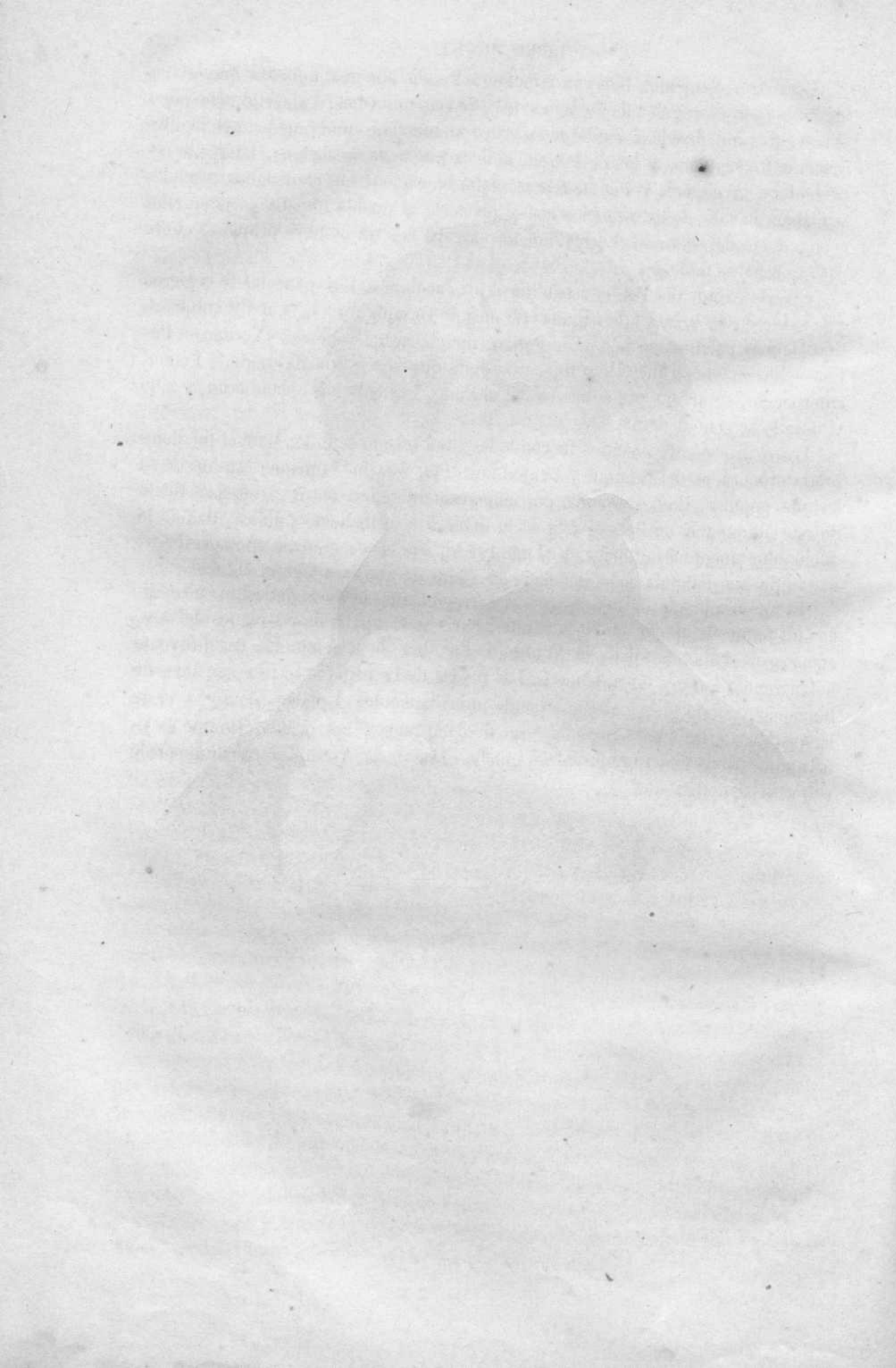
en la actitud del general, se conocía en sus palabras y se traslucía en el acento con que las pronunciaba la inflexibilidad del ciudadano bajo las formas frías y elegantes del hombre de corte. La reina prefería al legítimo faccioso para el destino que se disputaba, y lo decía sin rebozo en sus conversaciones particulares. «Mr. de Lafayette — decía — no quiere ser corregidor de Paris sino para convertirse muy pronto en *corregidor de palacio*. Petion es jacobino republicano, pero es un tonto incapaz de ser jamás jefe de un partido, y éste será un corregidor nulo. Por otra parte, es posible que el interes que sabe que tomamos en que sea nombrado le obligue á declararse por el rey.»

Petion era hijo de un procurador de una de las bailías de Chartres. Compatriota de Brissot, había recibido la misma instruccion que aquél, y ambos profesaban la misma filosofía y abrigaban los mismos odios, pudiendo decirse que no tenían entre los dos sino un solo espíritu. La revolucion, que había sido el bello ideal de su juventud, les había llamado en el mismo día á la escena política, pero para desempeñar en ella papeles diferentes. Brissot, escritor, aventurero, político y periodista, era el hombre de las ideas; Petion era el hombre del trabajo material. Había en su figura, en su carácter y en su talento aquella medianía solemne que conviene y encanta á la multitud, y al ménos era hombre íntegro, virtud que apreciaba el pueblo sobre todas las demas en los que manejan los negocios públicos. Llamado por sus conciudadanos á la Asamblea nacional, se había creado un nombre, más por sus esfuerzos que por los buenos resultados que había obtenido. Rival afortunado de Robespierre, y amigo suyo en aquella época, habían formado los dos aquel partido, casi desapercibido en un principio, que profesaba la democracia pura y la filosofía de Rousseau, mientras que Cazales, Mirabeau y Maurý, es decir, la nobleza, el clero y la clase media, se disputaban el gobierno. El despotismo de una clase les parecía tan odioso á Petion y á Robespierre como el de un rey. El triunfo del Estado llano les importaba poco mientras no triunfase el pueblo entero, es decir, la humanidad en la acepcion más lata de la palabra. La tarea que se habían impuesto consistía, no en el triunfo de una clase sobre otra, sino en la victoria y en la organizacion de un principio divino y absoluto: la humanidad. Esta doctrina, seguida únicamente por ellos, hizo que fuesen débiles en los primeros días de la revolucion: más tarde fué la que los vigorizó. Petion empezaba ya á recoger el fruto de ella.

Habíase insinuado insensiblemente por sus doctrinas y por sus discursos en la confianza del pueblo de Paris; pertenecía á los literatos por el cultivo de su espíritu, y al partido de Orleans por su estrecha amistad con madama de Genlis, favorita del príncipe y aya de sus hijos. Se hablaba de él en algunas partes como de un sabio que quería introducir la filosofía en la misma Constitucion, y en otras como de un conspirador astuto que quería minar el trono, ó hacer subir á él, con el duque de Orleans, los intereses y la dinastía del pueblo. Esta doble reputacion le era igualmente provechosa. Los hombres honrados le inscribían en sus candidaturas como á hombre honrado; los facciosos, como faccioso. La corte no se dignaba temerle, no viendo en él sino un inocente utopista, y le miraba con aquella indulgencia con que miran todas las cortes á los hombres de despreciativa fe política; además, Petion la libertaba de Lafayette, y para ella, el cambiar de enemigos equivalía á poder respirar por algun tiempo con más libertad.



PETION.



Estos tres elementos hicieron triunfar á Petion por una inmensa mayoría, y fué nombrado corregidor de Paris por más de seis mil vótos. Lafayette sólo pudo obtener tres mil. Desde el fondo de su retiro momentáneo pudo medir, por la diferencia entre sus vótos y los de Petion, la decadencia de su fortuna. Lafayette representaba la ciudad, y Petion representaba la nacion; los ciudadanos armados acababan de salir de los negocios con el primero; el pueblo tomaba parte en ellos acompañado del segundo. La revolucion marcaba con un nombre propio el nuevo paso que habia dado.

Apénas electo, fué Petion á triunfar á los Jacobinos. Los patriotas le cogieron y le subieron en brazos á la tribuna. El anciano Dusaulx, que la ocupaba entónces, dijo algunas palabras en honor de Petion, mezcladas de sollozos. «Yo miro á Petion—dijo—como si fuese hijo mio. ¡Sin duda que ésta es mucha osadía!» Petion, enternecido, se arrojó en los brazos del anciano. Las tribunas aplaudieron, y todo el mundo se echó á llorar.

Los demas nombramientos fueron todos en el mismo sentido: Manuel fué nombrado procurador del Comun, y Danton sustituto; éste fué el primer escalon de su fortuna popular. Hay, sin embargo, una gran diferencia entre el nombramiento de este último y el de Petion: éste se lo debió á la estimacion pública; Danton lo debió enteramente á la intriga. Fué nombrado, á pesar de su mala reputacion, por que el pueblo disimula con frecuencia los vicios de que saca alguna utilidad.

El nombramiento de Petion para el corregimiento de Paris daba á los girondinos un punto de apoyo fijo en la capital; Paris se escapaba de las manos del rey, como se le habia escapado la Asamblea. La obra de la Asamblea constituyente habia venido á tierra en tres meses. Las ruedas de la máquina se rompian ántes de funcionar, y todo presagiaba un choque inmediato entre el poder ejecutivo y el de la Asamblea. ¿De dónde procedia esta descomposicion tan pronta? Tiempo es ya de que echemos una mirada sobre aquella obra de la Asamblea constituyente y sobre sus autores.

LIBRO SÉTIMO.

Ojeada rápida sobre la Asamblea constituyente.—Su composicion.—Juicio sobre la declaracion de los derechos del hombre.—Concurso de la Asamblea constituyente á una obra universal.—Exámen razonado de esta obra.—Situacion en que ponía al trono.—Impotencia de éste en tiempo de crisis.—Necesidad de una república transitoria.—Consideraciones generales.

I

La Asamblea constituyente habia abdicado en medio de una deshecha borrasca. Esta Asamblea habia sido la reunion más imponente de hombres que se hubiese visto, no sólo en Francia, sino en todo el mundo. En efecto, éste fué el concilio ecuménico de la razon y de la filosofía moderna. Parecia que la naturaleza habia creado expresamente, y que las diferentes órdenes de la sociedad habian tenido de reserva para esta obra los genios, los caracteres y hasta los vicios más á propósito para dar á este foco de las luces de la época la grandeza, el brillo y el movimiento de un incendio destinado á consumir los restos de una sociedad antigua, así como los más capaces de iluminar á otra nueva. Hallábanse en ella sabios como Bailly y Mounier, pensadores como Sieyes, facciosos como Barnave, hombres de Estado como Talleyrand, hombres épocas como Mirabeau, y hombres de principios como Robespierre. Todas las causas estaban personificadas allí por lo mejor de cada partido. Las víctimas tambien eran ilustres, y Cazales, Malouet y Maury cantaban en tristes y elocuentes endechas las caidas sucesivas del trono, de la aristocracia y del clero. Este foco activo del pensamiento del siglo fué alimentado mientras duró por el viento impetuoso de las tempestades políticas. Mientras se deliberaba en la Asamblea, el pueblo se agitaba por fuera y llamaba á sus puertas, como si quisiese arrojarla de aquel recinto y tomar posesion de aquellos bancos. Los veintiseis meses que tuvo de duracion, no fueron otra cosa que una no interrumpida sedicion. Apenas se habia hundido una institucion en la tribuna, cuando la nacion la barria para dejar sitio á la nueva institucion. La ira del pueblo no era sino impaciencia por vencer los obstáculos que se le presentaban, y su delirio no era otra cosa sino su razon apasionada. Hasta en sus furores siempre era una verdad la que le agitaba. Los tribunos no le cegaban sino deslumbrándole. El carácter único de aquella Asamblea fué su pasion por un ideal que se sentia forzada á llevar á cabo por un poder invencible. Distinguíase por un continuado acto de fe en la razon y la justicia, por un santo furor del bien que la poseia y que le hacia sacrificarse á su misma obra, como aquel estatuario que, viendo que iba á apagarse su horno de fundicion por falta de combustible, arrojó en él todos sus muebles y hasta su cama y las de sus hijos, consintiendo perecer ántes de dejar perecer su obra.

Por esta razon, la revolucion que hizo la Asamblea constituyente ha venido á ser una fecha del espíritu humano, y no simplemente un suceso de la historia de un pueblo. Los hombres de esta Asamblea no eran franceses, eran los hombres de todas las naciones; se les desconoce y se les achica cuando no se ve en ellos sino sacerdotes, aristócratas, plebeyos, vasallos fieles ó demagogos. Eran, y ellos mismos conocian que lo eran, otra cosa mejor que ésta: eran los obreros de Dios, llamados por él á restaurar la razon social de la humanidad y para asentar el derecho y la justicia en todo el universo. Ninguno de ellos, excepto los que eran opuestos á la revolucion, limitaba sus pensamientos sólo á Francia. La declaracion de los derechos del hombre lo prueba así. Aquélla era el decálogo del género humano



Mr. de Narbona comunica sus planes á los comités de la Asamblea.—Pág. 244.

escrito en todas las lenguas. La revolucion moderna llamaba á los gentiles, lo mismo que á los judíos, á participar de la luz y del reinado de la fraternidad.

Así es que no hubo ninguno que no proclamase la paz entre los pueblos. Mirabeau, Lafayette, y hasta el mismo Robespierre, borraron la guerra del símbolo que presentaban á la nacion. Los facciosos y los ambiciosos fueron los que la pidieron más tarde, y no los grandes revolucionarios. Cuando estalló la guerra, la revolucion habia degenerado. La Asamblea constituyente se hubiera guardado muy bien de colocar en las fronteras de Francia los límites de las verdades y de encerrar el alma simpática de la revolucion francesa en un estrecho patriotismo. La patria de sus dogmas era el globo. Francia no era más que el taller en donde se trabajaba para todos los pueblos. Respetuosa é indiferente en la cuestion de los territorios nacionales, desde que habló se prohibió las conquistas. Ella no se reservaba más que la propiedad, ó por mejor decir, la invencion de las verdades generales que ponía de manifiesto. Universal como la humanidad, no tuvo el egoísmo de aislarse; quiso dar y no quitar; quiso tambien difundirse por el derecho y no por la

fuerza. Esencialmente espiritualista, no afectó otro imperio hácia Francia que el imperio voluntario de la imitacion sobre el espíritu humano.

Su obra era prodigiosa, sus medios nulos; todo cuanto el entusiasmo le inspira, lo emprende la Asamblea y lo acaba sin rey, sin jefe militar, sin dictador, sin ejército y sin otra fuerza que la conviccion. Sola en medio de un pueblo asombrado, de un ejército disuelto, de una aristocracia emigrada, de un clero despojado, de una corte hostil, de una ciudad sediciosa y de Europa armada, hizo lo que habia resuelto. ¡Tan cierto es que la voluntad es el verdadero poder de un pueblo, y la verdad el irresistible auxiliar de los hombres que se agitan por ella! Si en algun tiempo la inspiracion fué visible en el profeta ó en el legislador antiguo, puede decirse que la Asamblea constituyente tuvo dos años de inspiracion continua. Francia fué la inspirada de la civilizacion.

II

Examinemos su obra. El principio del poder cambió enteramente de sitio. El trono habia concluido por creer que el depósito del poder le pertenecia en propiedad. Este habia pedido á la religion que consagrarse su usurpacion á los ojos de los pueblos, diciéndoles que el poder provenia de Dios y que no respondia sino á Dios. La larga sucesion de las razas coronadas por derecho de herencia habia hecho creer que existia un derecho exclusivo de reinar en la sangre de las razas reales. El gobierno, en vez de ser una funcion, se habia convertido en una posesion, y el rey en amo, en lugar de ser jefe.

Desquiciado este principio, se desquició todo. El pueblo se convirtió en nacion, y el rey en magistrado coronado; la feudalidad, esa especie de trono subalterno, en simple propiedad. El clero, que habia tenido instituciones y propiedades inviolables, no era ya sino un cuerpo pagado por el Estado para un servicio sagrado. De esto á que ya no recibiese sino un salario voluntario por un servicio individual, no mediaba gran distancia. La magistratura dejó de ser hereditaria; sólo le quedó la inamovilidad para asegurar su independenciam. Esta era una excepcion del principio de las funciones revocables y una semisoberanía de la justicia; pero era principalmente un paso hácia la verdad. El poder legislativo era distinto del poder ejecutivo. La nacion, en una Asamblea libremente elegida, decretaba su voluntad. El rey, hereditario é irresponsable, la ejecutaba. Así, todo el mecanismo de la Constitucion consistia en un pueblo, un rey y un ministro. Mas el rey era irresponsable, y por consiguiente pasivo, y el dejarle era evidentemente una concesion hecha á la costumbre, ó una ficcion respetuosa de la dignidad real suprimida.

El rey no era ya poder, porque poder es querer; no era funcionario, porque el funcionario obra y responde. El rey no respondia: no era sino una majestuosa inutilidad de la Constitucion. Destruidas las funciones, se dejaba el funcionario. No tenia el rey sino una sola atribucion, y era el *veto suspensivo*, que consistia en el derecho de suspender por tres años la ejecucion de los decretos de la Asamblea. Este era un obstáculo legal, pero impotente contra la voluntad de la nacion. Conócese muy bien que la Asamblea constituyente, convencida de lo superfluo que era un trono en un gobierno nacional, no habia colocado al rey á la cabeza de su institucion sino para apartar de allí á los ambiciosos y para que el reino no se llamase

república. El solo papel de semejante rey era impedir que apareciese la verdad, y brillar á los ojos de un pueblo acostumbrado al cetro. Esta ficcion ó esta inconsecuencia le costaba al pueblo treinta millones anuales de lista civil, una corte, continuas sospechas y una corrupcion inevitable ejercida por aquella corte sobre los órganos de la nacion. Hé aquí el verdadero vicio de la Constitucion de 1791: el no haber sido consecuente. La dignidad real estorbaba á la Constitucion, y todo lo que estorba perjudica. Pero el motivo de esta inconsecuencia no era tanto un error de su razon como una compasion respetuosa por un antiguo prestigio, y una generosa ternura por una raza coronada hacía tanto tiempo. Si la familia de los Borbones se hubiese extinguido en Setiembre de 1791, bien puede asegurarse que la Asamblea constituyente no hubiese improvisado un rey.

Sin embargo, la dignidad real del 91, poco diferente de la actual, podia funcionar un siglo lo mismo que un dia. El error de todos los historiadores está en atribuir á los vicios de la Constitucion la poca duracion de la obra de la Asamblea constituyente. Desde luégo el objeto de aquella obra no era esencialmente el perpetuar aquel mecanismo de un trono inútil, concedido por mera complacencia á un pueblo cuyos movimientos no arreglaba. La obra de la Asamblea constituyente era la regeneracion de las ideas y del gobierno, el cambio del poder, la restitution de los derechos, la abolicion de todas las esclavitudes, hasta la del espíritu, la emancipacion de las conciencias y la creacion de la administracion; esta obra dura y durará tanto como el nombre de Francia. El vicio de la institucion de 1791 no estaba en tal ó cual disposicion; no pereció porque el *veto* del rey fuese suspensivo en vez de ser absoluto; tampoco pereció por haber quitado al rey el derecho de firmar la paz ó de declarar la guerra, ni ménos porque no colocase el poder legislativo sino en una sola Cámara en vez de dividirlo en dos: estos pretendidos vicios se hallan en otras muchas Constituciones, y sin embargo, duran. La restriccion del poder real no era el mayor peligro para el trono del 91: era más bien su salvacion, si hubiese sido posible que se salvase.

Cuanto más poder se hubiese dado al rey y más accion al principio monárquico, tanto más pronto hubiesen caido uno y otro, porque se hubiera concebido más odio y más desconfianza contra ellos. Con establecer dos Cámaras en vez de una, tampoco se hubiera conseguido nada, porque esas divisiones del poder no tienen valor sino cuando están consagradas por el uso. Esto no sucede sino cuando son la representacion de fuerzas reales existentes en la nacion. Una revolucion que no se habia contenido ante las verjas del palacio de Versalles, ¿hubiera respetado aquella distincion metafísica del poder en dos naturalezas?

Por otra parte, ¿en dónde estaban, ó en dónde estarian hoy todavía los elementos constitutivos de dos Cámaras, en una nacion cuya revolucion no era sino una convulsion hácia la unidad? Si la segunda Cámara es democrática y vitalicia, no es otra cosa sino la democracia en dos personas, pero sin más que un espíritu, y no puede servir sino para detener el impulso ó romper la unidad de la voluntad pública. Si es hereditaria y aristocrática, supone una aristocracia preexistente y aceptada en la nacion. ¿Dónde estaba esta aristocracia en 1791? ¿Dónde está en el dia? Un historiador moderno dice: «En la nobleza, en la aceptacion de las desigualdades sociales». Pero la revolucion acababa de hacerse contra la nobleza y para nivelar las desigualdades sociales hereditarias. Esto hubiera equivalido á pedir á la revol-

lucion que se hiciese ella misma la contrarrevolucion. Por otra parte, estas pretendidas divisiones del poder son siempre unas ficciones; el poder nunca está dividido realmente. Siempre está aquí ó allá y todo entero, porque no es divisible. Es como la voluntad, *una*, ó no existe. Si hay dos Cámaras, se encuentra en una de las dos; la otra la sigue ó tiene que disolverse. Si hay una Cámara y un rey, está en el rey ó en la Cámara: en el rey, si éste subyuga á la Asamblea por la fuerza ó la compra por el soborno; en la Cámara, si ésta agita el espíritu público é intimida á la corte y al ejército por la influencia de la palabra y por la superioridad de la opinión. Los que no ven esto, se pagan de palabras vacías. En el llamado balance del poder hay siempre un peso que puede más; el equilibrio es una quimera. Si existiese, nunca produciría sino la inmovilidad.

III

La Asamblea constituyente habia hecho una obra buena, sábia y tan duradera como lo son las instituciones de un pueblo que trabaja en un siglo de transición. La Constitución del 91 habia escrito todas las verdades del tiempo y redactado toda la razón humana en su época. Todo era verdadero en su obra, excepto el trono; no cometió más que un yerro, que fué hacer á la monarquía depositaria de su código.

Hemos visto ya que esta misma falta fué un exceso de deferencia. Ella retrocedió ante la idea de despojar del trono á la familia de sus reyes; ella tuvo la superstición de lo pasado, sin tener la fe de ello, y quiso conciliar la república y la monarquía. Lo que era una virtud en las intenciones, fué un error en los resultados; porque es un error en política intentar lo imposible. Luis XVI era el único hombre en la nación á quien no podia confiársele el trono constitucional, puesto que á él era á quien se le acababa de desposeer de la monarquía absoluta; la Constitución era la dignidad real dividida con el pueblo, y hacía pocos días que él la poseía toda entera. Para cualquier otro, el trono constitucional hubiese sido un rico presente; para él era sólo una injuria. Luis XVI hubiese sido capaz de aquella abnegación del poder supremo que constituye los héroes del desinterés (él lo era); los partidos desposeídos, cuyo jefe natural era, no eran capaces de aquella abnegación. Puede esperarse un acto sublime de desinterés de un hombre virtuoso; de un partido en masa, jamás. Los partidos nunca son magnánimos; jamás abdicar, se les extirpa. Los actos heroicos proceden del corazón, y los partidos no le tienen; lo que tienen son intereses y ambiciones. Una corporación es el egoísmo inmortal.

Clero, nobleza, corte, magistratura, abusos, mentiras, orgullos, y todas las injusticias de la monarquía, se personificaban, á pesar de Luis XVI, en el rey. Degradados en él, debían querer resucitar con él. La nación, que poseía el sentimiento de aquella alianza fatal entre el rey y la contrarrevolucion, no podía confiar en él, aunque venerase al hombre, y debía ver en el monarca un cómplice de todas las conjuraciones que contra ella se armasen. Los advenedizos de la libertad son tan susceptibles como los advenedizos de la fortuna. Las sospechas debían surgir tarde ó temprano, éstas debían producir las injurias, las injurias debían engendrar los resentimientos, éstos las facciones, y las facciones los choques y los trastornos: el entusiasmo pasajero del pueblo y las concesiones sinceras del rey nada podían remediar. Las posiciones eran falsas por ambas partes.

Si hubiese habido en la Asamblea constituyente más hombres políticos que filósofos, aquélla hubiera conocido que un estado intermediario era imposible bajo la tutela de un rey semidestronado. No se entrega á los vencidos la guarda y la administracion de los países conquistados. Obrar como ella obraba, era empujar fatalmente al rey hácia la traicion ó hácia el cadalso. Un partido absoluto es el único partido seguro en las crisis. El genio está en saber coger aquellos partidos



Mr. de Narbona.

extremos en su hora. Digámoslo con osadía, la Historia, al cabo de mucho tiempo, llegará á decirlo como nosotros: hubo un momento en que la Asamblea constituyente tuvo el derecho de elegir entre la monarquía y la república, y en que debió escoger esta última. Allí estaba la salvacion de la revolucion y su legitimidad. Al carecer de resolucion para decidirse por una de las dos cosas, careció tambien de la prudencia que le era entónces indispensable.

Pero se nos dice con Barnave: Francia es monárquica, tanto por su posicion geográfica como por su carácter, y en cuanto se quiere variar un sistema de gobierno por otro, se promueve un debate en los espíritus entre la monarquía y la república.

Entendámonos. La geografía no es de ningun partido: Roma y Cartago no tenian fronteras, Génova y Venecia no tenian territorio. No es el suelo el que determina la naturaleza de las constituciones de los pueblos, sino el tiempo. La ob-

jecion geográfica de Barnave cayó un año despues ante los prodigios de Francia en 1792. Ella ha mostrado que una república no carecia de unidad y de centralizacion para defender una nacionalidad continental. Las olas y las montañas son las fronteras de los débiles; los hombres son las fronteras de los pueblos. Dejemos, pues, la geografía; no son geógrafos los que escriben las Constituciones sociales, sino los hombres de Estado.

Pero las naciones tienen dos grandes instintos que les revelan la forma que tienen que tomar, según la hora de vida nacional á que han llegado: el instinto de su conservacion y el de su aumento. Obrar ó descansar, andar ó sentarse, son dos actos enteramente diferentes que necesitan que el hombre tome posturas diametralmente opuestas. Lo mismo sucede en las naciones. La monarquía ó la república corresponden exactamente en un pueblo á las necesidades de estos dos estados opuestos: el reposo ó la accion. Entendemos aquí estas dos palabras en su acepcion más absoluta; porque lo mismo hay reposo en las repúblicas, que accion en las monarquías.

¿Se trata de conservarse, de reproducirse y de desenvolverse en esta especie de vegetacion lenta é insensible que tienen los pueblos, lo mismo que los grandes vegetales? ¿Se trata de mantenerse en armonía con el centro europeo, de guardar sus leyes y sus costumbres, de preservar sus tradiciones, de perpetuar las opiniones y los cultos, de garantizar las propiedades y el bienestar, de evitar los disturbios, las agitaciones y las facciones? La monarquía es evidentemente más propia para esta funcion que ninguna otra clase de sociedad. Ella protege en las clases bajas la seguridad que quiere para sí misma, y es el orden por egoísmo y por esencia. El orden es su vida, la tradicion su dogma, la nacion su herencia, la religion su aliada, y las aristocracias sus barreras contra las invasiones del pueblo. Es preciso que ella conserve todo esto si no quiere perecer. Es el gobierno de la prudencia, porque es en el que hay mayor responsabilidad. El imperio es el dote del monarca. El trono es en todas partes una prenda de inmovilidad. Cuando uno está colocado á tan grande altura teme todo movimiento, porque siempre tiene que perder y es muy expuesto que caiga.

Cuando una nacion tiene su asiento en un terreno suficiente, sus leyes consolidadas, sus intereses fijos, sus creencias consagradas, su culto en vigor, sus clases sociales graduadas y organizada su administracion, es monárquica á despecho de los mares, de los rios y de las montañas. Esta nacion abdica y encarga á la monarquía que prevea, que quiera y que obre por ella. Este es el más perfecto de los gobiernos para esta funcion. Es conocido bajo los dos nombres de la misma sociedad: *unidad y herencia*.

Por el contrario, ¿se halla un pueblo en una de esas épocas en que le es preciso obrar en toda la intensidad de sus fuerzas, para verificar dentro ó fuera de él una de esas transformaciones orgánicas que les son tan necesarias á los pueblos como la corriente á los rios y la explosion á las fuerzas comprimidas? La república es la forma forzosa y fatal de una nacion en semejante momento. A una accion repentina, irresistible y convulsiva del cuerpo social, preciso es contenerla con los brazos y con la voluntad de todos. El pueblo se convierte en turba y se dirige sin orden ni concierto al peligro. Sólo él puede bastar á la crisis. ¿Qué otro brazo que el de todo el pueblo podría remover lo que él tiene que remover, desquiciar lo que

él quiere sacar de quicio, é instalar lo que el quiere fundar? La monarquía rompería mil veces su cetro si tal intentase. Para ello se necesita una palanca capaz de levantar treinta millones de voluntades, y esta palanca sólo la posee la nación, que es á la vez fuerza motriz, punto de apoyo y palanca.

Entónces no puede pedirse á la ley que obre contra la ley, ni al órden y á la tradicion que obren contra la tradicion y contra el órden establecido. Esto sería pedir fuerza á la debilidad y vida al suicidio. Por otra parte, en vano sería pedir al gobierno monárquico que verificase estos cambios en que frecuentemente perece todo, y el rey ántes que todo lo demas. Semejante accion es el contrasentido de la monarquía. ¿Cómo podría ésta quererle?

Pedir á un rey que destruya una religion que le consagra, que despoje de sus bienes á un clero que los posee con el mismo título divino que él posee la corona, que derribe una aristocracia que es el escalon más inmediato á su trono, que trastorne las jerarquías sociales de que él es el complemento, y que mine las leyes de las cuales él es la principal, es lo mismo que pedir á las bóvedas de un edificio que minen sus cimientos. El rey no podría ni querría hacerlo, porque conoce que destruyendo todo lo que le sirve de apoyo, su caida es inevitable, y que haciéndolo juega su dinastía y su trono. El rey es responsable por su raza, prudente por naturaleza y condescendiente por necesidad. Es preciso que complazca, que contemple, que lleve con paciencia y que transija con todos los intereses constituidos. El es el rey del culto, de la aristocracia, de las leyes, de las costumbres, de los abusos y de las mentiras del imperio. Los vicios mismos de la Constitucion forman parte de su fuerza; amenazarlos es perderse. Puede aborrecerlos, pero no atacarlos.

En semejantes crisis, sólo la república es suficiente. Las naciones lo conocen, y se precipitan en ella buscando su salvacion. La voluntad pública se convierte en gobierno, y ésta aparta los tímidos, busca los audaces, llama á todo el mundo para llevar á cabo su obra, y ensaya, emplea ó rechaza todas las fuerzas, todas las decisiones y todos los heroísmos. Sucede en esto lo mismo que sucedería en un buque en que todos se apoderasen del timon. La mano más pronta ó la más firme se apodera de él hasta tanto que otro más atrevido se le arranca, pero todos gobiernan en el sentido de todos. Consideraciones privadas, timideces de la situacion y diferencias de rango, todo desaparece. Allí nadie tiene responsabilidad. Hoy en el poder, mañana en el destierro ó en el cadalso. Todo es cosa del dia; allí no se conoce el dia siguiente. La resistencia es inútil ante el formidable empuje del movimiento, y todo cede ante el poder del pueblo. Los resentimientos de las clases abolidas, los de los cultos desposeidos, los de las propiedades diezmadadas, los de los abusos extirpados y los de las aristocracias humilladas, no pueden levantar la voz en medio del espantoso estruendo del hundimiento de las instituciones antiguas. ¿A quién se ha de hacer cargo? La nación responde de todo á todos, y nadie tiene que pedirle cuentas. Ella no sobrevive á sí misma, desafía las recriminaciones y las venganzas; es absoluta como un elementó, anónima como la fatalidad; termina su obra, y cuando la ha concluido dice: «Descansemos y volvamos á adoptar la monarquía».

Semejante forma de accion es la república: ella sola es la que conviene en las épocas de fuertes transformaciones y de trastornos. Es el gobierno de la pasion, de las crisis y de las revoluciones. Mientras que éstas no están terminadas, el instinto

del pueblo es siempre á la república, porque conoce que cualquiera mano que no sea la suya es demasiado débil para imprimir el impulso que entónces necesitan las cosas. El pueblo desconfía, y tiene razon, en un poder irresponsable, perpetuo y hereditario para que haga lo que exigen las épocas de creacion, y quiere hacer sus negocios por sí mismo. Su dictadura le parece indispensable para salvar la nacion. Ahora, ¿qué otra cosa es la república sino la dictadura organizada del pueblo? El no puede consignar sus poderes sino despues de haber pasado todas las crisis, y cuando la obra revolucionaria está consolidada completamente y sin sufrir ninguna especie de contradiccion. Entónces puede volver á escoger la monarquía, y decirle de nuevo: «¡Reina en nombre de las ideas que yo te he creado!»

IV

La Asamblea constituyente fué, pues, ciega y débil en no dar á la revolucion como instrumento natural la república. Mirabeau, Bailly, Lafayette, Sieyes, Barnave, Talleyrand y Lameth obraron en esto como filósofos y no como grandes políticos. Los sucesos lo han probado. Ellos creyeron terminada la revolucion en cuanto estuvo escrita, y á la monarquía convertida en cuanto hubo jurado la Constitucion. La revolucion no estaba sino empezada, y el juramento del trono á la revolucion era tan vano como el de la revolucion al trono. Estos dos elementos no podian asimilarse sino despues de un siglo de intervalo. Este intervalo era la república. Un pueblo no pasa en un dia, ni tampoco en cincuenta años, desde la accion revolucionaria al reposo monárquico. Por haberlo olvidado cuando era menester acordarse de ello, es por lo que la crisis ha sido tan terrible y por lo que nos agita todavía. Si la revolucion que se persigue siempre hubiese tenido su gobierno propio y natural, que es la república, esta república hubiese sido ménos tumultuosa y ménos inquieta que nuestras cinco tentativas de monarquía. La naturaleza de los tiempos en que hemos vivido protesta contra la forma tradicional del poder. A una época de movimiento, un gobierno de movimiento: ¡hé aquí la ley!

Dícese que la Asamblea nacional no tenia derecho para hacerlo, que habia jurado la monarquía y reconocido á Luis XVI, y que no podia destronarle sin cometer un crimen. La objecion es pueril, si viene de aquellos hombres que no creen en la posesion de los pueblos por las dinastías. La Asamblea constituyente habia proclamado desde su orígen el derecho inalienable de los pueblos y la legitimidad de las insurrecciones necesarias. El juramento del Juego de Pelota lo fué sólo de desobediencia al rey y fidelidad á la nacion. La Asamblea habia proclamado en seguida á Luis XVI por rey de los franceses. Si ella reconocia en sí el poder necesario para proclamarle rey, con esto mismo se reconocia tambien el derecho de proclamarle simple ciudadano. La caducidad por causa de utilidad nacional y de utilidad para el género humano es evidente que estaba en sus principios. ¿Qué hizo, sin embargo? Dejó rey á Luis XVI, ó por mejor decir, volvió á hacerle rey, no por respeto á la institucion, sino por compasion hácia su persona y por ternura hácia una augusta decadencia. Hé aquí la verdad. Temió el sacrilegio, y se precipitó en la anarquía. Esto era clemente, bello, generoso; Luis XVI merecia bien del pueblo. ¿Quién puede censurar tan magnánima condescendencia? Antes de la marcha del rey á Varennes, el derecho absoluto de la nacion no fué sino una ficcion

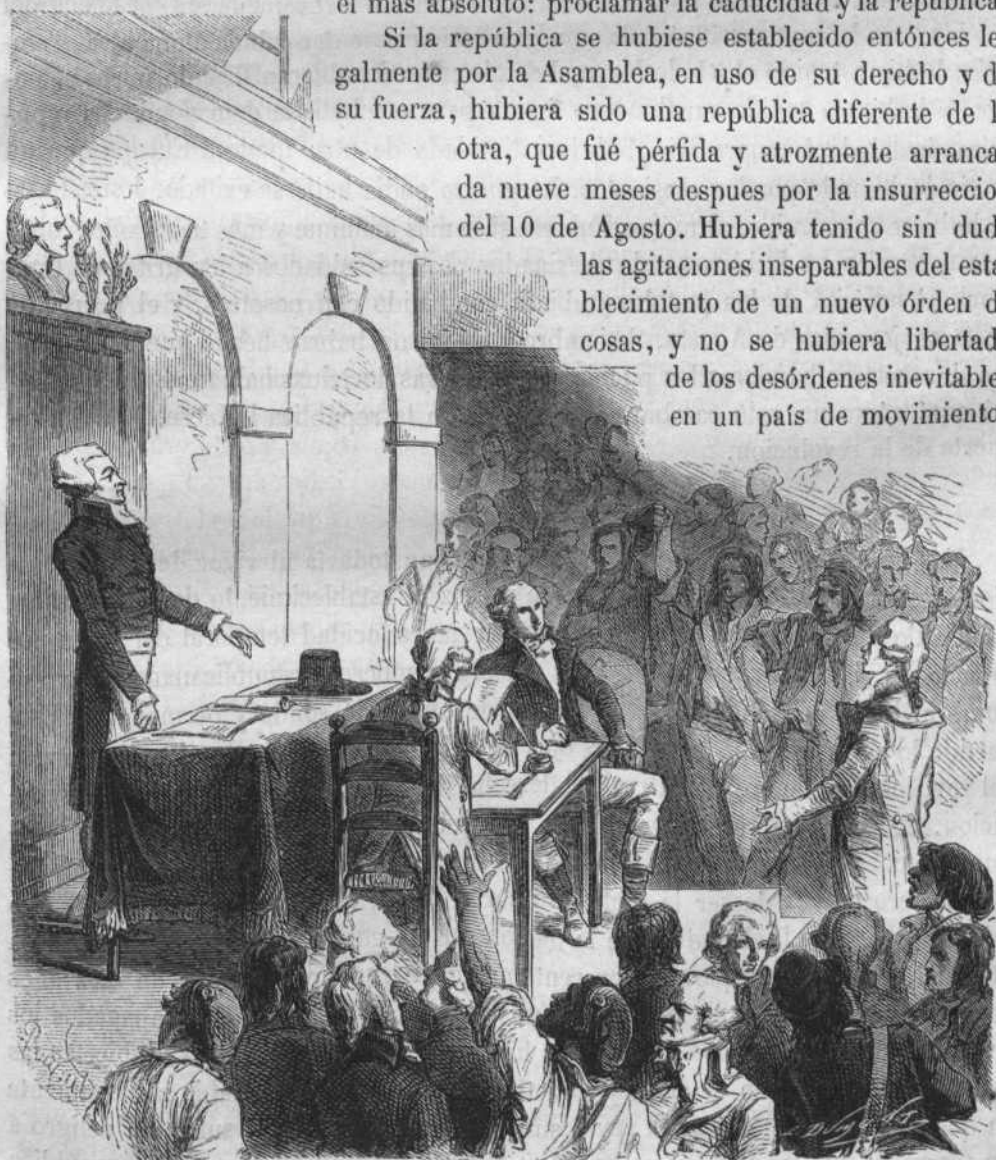
abstracta, un *summum jus* de la Asamblea. La dignidad real de Luis XVI continuó siendo el hecho respetable y respetado. Por última vez, esto estaba bien.

Pero llegó un momento, y este momento fué aquel en que, el rey fugitivo y saliendo de la capital para protestar contra la voluntad nacional, yendo á buscar el apoyo y la intervencion armada del extranjero, la Asamblea volvió á entrar legítimamente en el derecho riguroso de disponer del poder vendido ó desertado. Tres partidos se le ofrecian: declarar la caducidad y proclamar el gobierno republicano, proclamar la suspension accidental del trono y gobernar en su nombre mientras duraba su eclipse moral, ó finalmente, restaurar al instante el trono.

La Asamblea escogió lo peor. Temió ser dura, y fué cruel; porque conservando al rey el rango supremo, le condenó al suplicio de la ira y del desden de su pueblo. Le coronó de sospechas y de ultrajes. Le clavó en el trono para que éste fuera el instrumento de su tortura, y finalmente el de su muerte.

De los otros dos partidos que podia haber elegido, el primero era el más lógico y el más absoluto: proclamar la caducidad y la república.

Si la república se hubiese establecido entónces legalmente por la Asamblea, en uso de su derecho y de su fuerza, hubiera sido una república diferente de la otra, que fué pérfida y atrozmente arrancada nueve meses despues por la insurreccion del 10 de Agosto. Hubiera tenido sin duda las agitaciones inseparables del establecimiento de un nuevo órden de cosas, y no se hubiera libertado de los desórdenes inevitables en un país de movimiento,



Robespierre pronuncia un discurso á los jacobinos en la noche del 13 de Enero.—Pág. 248.

apasionado por la grandeza misma de sus peligros; pero hubiera nacido de una ley, de un derecho y de una deliberacion, en lugar de ser hija de una sedicion, de una violencia y de una insurreccion. Esto sólo cambiaba las condiciones sinietras de su existencia y de su porvenir, porque aunque debia precisamente ser bulliciosa, podia sin embargo permanecer pura.

Ved cómo hubiera cambiado todo, por el solo hecho de haberla proclamado legalmente y despues haberlo reflexionado bien. El 10 de Agosto no hubiese tenido lugar; las perfidias y la tiranía del Comun de Paris, la matanza de los guardias, el asalto de palacio, la fuga del rey á refugiarse en la Asamblea, los ultrajes de que se le cubrió, y finalmente su prision en el Temple, nada hubiera sucedido de todo esto. La república no hubiese muerto á un rey, á una reina, á un niño inócente y á una princesa virtuosa. Entónces no hubiera habido los asesinatos de Setiembre, ese *San Bartolomé* del pueblo, que imprime una mancha indeleble en la bandera de la libertad. Esta no hubiera recibido el bautismo con la sangre de trescientas mil víctimas, ni hubiese puesto en manos del tribunal revolucionario el hacha del pueblo, con la cual sacrificó toda una generacion para dar cabida á una idea. Tampoco hubiera tenido el 31 de Mayo. Los girondinos hubieran llegado puros al poder, y hubiesen tenido mucha más fuerza para combatir la demagogia. La república, instalada á sangre fria, habria intimidado de otro modo á Europa que un motin legitimado por los asesinatos. La guerra podia haberse evitado, ó si esto no se hubiese conseguido, al ménos hubiera sido más unánime y más triunfante. Nuestros generales no hubiesen sido asesinados por sus soldados á los gritos de traicion. El espíritu de los pueblos hubiera combatido con nosotros, y el horror de nuestras jornadas de Agosto, Setiembre y Enero no habria hecho que se desertasen de nuestras banderas los pueblos que nuestras doctrinas habian atraido á ellas. Hé aquí cómo un solo cambio en el origen de la república hubiese cambiado la suerte de la revolucion.

V

Mas si las costumbres de Francia repugnaban todavía al vigor de esta resolucion, y si la Asamblea temia que fuese precoz el establecimiento de la república, quedábale aún el tercer partido: proclamar la caducidad temporal del trono por espacio de diez años, tener el rey de reserva y gobernar republicanamente en su nombre, hasta consolidar la Constitucion de un modo sólido y permanente. Este partido lo salvaba todo, hasta á los ojos de los débiles: el respeto al trono, la vida del rey, los dias de la familia real, el derecho del pueblo y la inocencia de la revolucion. Era este partido á la vez firme, tranquilo, eficaz y legítimo. Era una dictadura tal como la han entendido todos los pueblos en los dias críticos de su existencia; pero en vez de ser la dictadura corta, fugaz, inquieta y ambiciosa de uno solo, hubiese sido la dictadura de la nacion misma gobernándose por la Asamblea nacional. La nacion separaba reverentemente al trono por espacio de diez años para hacer una obra superior á las fuerzas de un rey. Hecha la obra, apagados los resentimientos, recobrados los antiguos hábitos, vigorizadas las leyes, cubiertas las fronteras, secularizado el clero y sometida la aristocracia, no habia inconveniente en que cesase la dictadura. El rey ó su dinastía podia volver á subir sin peligro á un trono del cual se habrian rechazado todas las grandes borrascas; esta república

verdadera hubiera vuelto á adoptar el nombre de monarquía constitucional, sin tener que hacer el menor cambio; hubiera vuelto á colocar la estatua de la dignidad real en la cúspide, cuando el pedestal hubiese estado consolidado. Semejante acto hubiese sido el consulado del pueblo; bien superior al de aquel hombre que debia concluir por asolar á Europa y por cometer la doble usurpacion de la revolucion y del trono. (Brabant.)

Si al espirar aquella dictadura nacional, bien gobernada la nacion, hubiese hallado peligroso ó inútil el restablecimiento del trono, nadie le hubiera impedido decir: «Lo que he tomado como dictadura, lo conservo como gobierno definitivo. Proclamo la república francesa como el único gobierno suficiente á la energía de una época renovadora; porque la república es la dictadura perpetua y constituida del pueblo. ¿De qué me sirve un trono? Yo me quedo en pie. ¡Esta es la actitud de un pueblo que obra!»

En resúmen, la Asamblea constituyente, cuyo pensamiento alumbró al globo y cuya audacia transformó en dos años un imperio, no cometió sino un yerro al acabar su obra: éste fué el reposarse. Debía perpetuarse, y abdicó. Una nacion que abdica despues de dos años de reinar, y que abdica sobre un monton de ruinas, lega el cetro á la anarquía. El rey no podia ya reinar, la nacion no quiso hacerlo, y las facciones reinaron. La revolucion pereció, no por haber querido demasiado, sino por no haber osado lo suficiente. ¡Tan cierto es que la timidez de las naciones no es ménos funesta que la debilidad de los reyes, y que un pueblo que no sabe tomar y guardar todo lo que le pertenece, trabaja á la vez en favor de la tiranía y de la anarquía! La Asamblea se atrevió á todo, excepto á reinar. El reinado de la revolucion no podia llamarse sino república. La Asamblea dejó este nombre á las facciones y esta forma al terror. Esta fué su falta. Ella la expió, pero la expiacion de aquella falta no ha concluido todavía para Francia.

LIBRO OCTAVO.

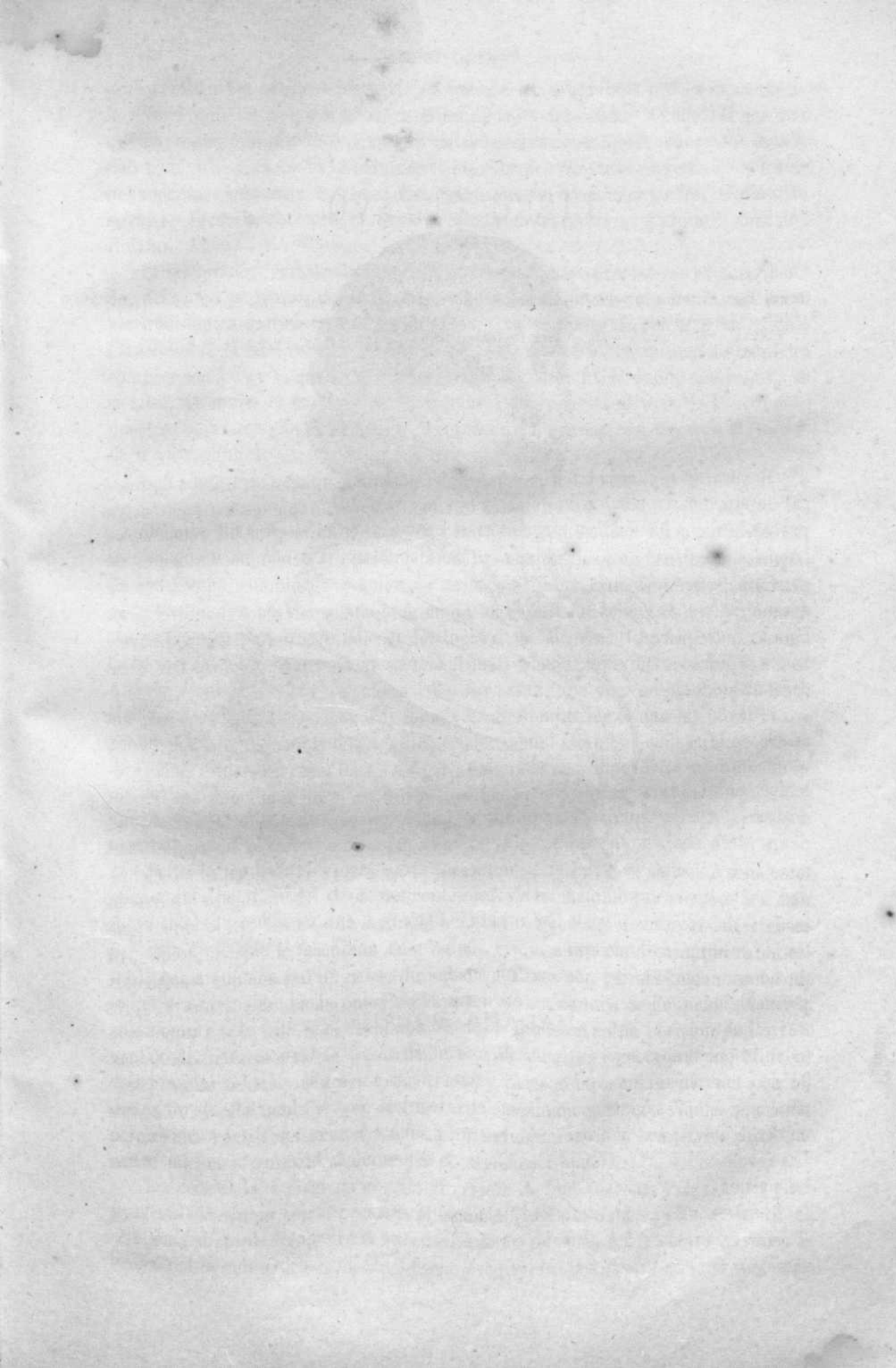
El rey trata de afirmarse. — Medios de que se vale. — Primeras reuniones de los patriotas republicanos. — Madama Roland es el centro de estas reuniones. — Su retrato. — Su vida. — Su casamiento. — La Platiere. — Descripción. — Mr. y Mme. Roland en Paris. — Relaciones de éstos con los hombres del partido popular.

I

Miéntras el rey, aislado en la cumbre del poder constitucional, trataba de buscar su aplomo, ya por medio de negociaciones peligrosas con los extranjeros, ya probando todos los medios imaginables del soborno en lo interior del reino, otros hombres, á quienes no se distinguia entónces sino bajo la denominacion comun de patriotas, y que más tarde se dividieron en jacobinos y girondinos, empezaban ya á reunirse y á formar el núcleo de la opinion republicana. Estos hombres eran Petion, Robespierre, Brissot, Buzot, Vergniaud, Guadet, Gensonné, Carra, Louvet, Ducos, Fonfrede, Duperret, Sillery-Genlis, y otros varios cuyos nombres han quedado olvidados.

El hogar de una jóven, hija de un grabador del malecon de los Plateros, fué centro de la reunion de todas estas notabilidades revolucionarias. Allí fué donde se encontraron la Gironda y la Montaña, partidos á cual más respetables en la revolucion, allí donde se unieron para volver á dividirse, y allí finalmente en donde, despues de haber conquistado juntos el poder y haber derribado la monarquía, desgarraron con sus disensiones el seno de la patria y mataron la libertad al matarse ellos entre sí. No eran ni la ambicion, ni los bienes de fortuna, ni la celebridad, los motivos que habian tenido estos corifeos de la libertad para preferir la casa de Mr. Roland á cualquier otra. La identidad de opinion era lo único que les habia impulsado hácia una mujer que no tenia entónces ni lujo, ni crédito, ni un nombre conocido del público. Lleváales allí ese culto interior que los talentos privilegiados quieren tributar, tanto en público como en secreto, á una filosofia nueva que promete hacer la felicidad de los hombres; iban, por fin, á aquel sitio movidos por la atraccion invisible de una misma fe, y por la necesidad que tenian de unir sus almas ántes de asociarse unos á otros para empezar á obrar. Hasta tanto que los pensamientos comunes entre hombres políticos han hallado un centro en donde fecundarse y organizarse por un mutuo contacto, nada puede realizarse. Las revoluciones no son sino unas ideas; la comunidad de éstas es la que forma los partidos.

El alma pura de una mujer ardientemente apasionada por las nuevas ideas era el centro adonde debian converger todos los rayos de la nueva verdad, para avivarse allí al abrigo de su corazon y para encender la hoguera en donde habian de





MADAMA ROLAND.

perecer todas las antiguas instituciones políticas. Los hombres poseen el genio de la verdad; sólo las mujeres obtienen el sentimiento apasionado de ella. Se necesita que haya un cierto fondo de amor en todas las creaciones, pues parece que la verdad tiene dos sexos como la naturaleza. En el origen de todas las cosas notables se halla siempre una mujer; preciso era, pues, que la revolución tuviese también la suya. La filosofía encontró lo que buscaba con tener en su partido á madama Roland.

El historiador, arrastrado por el movimiento de los sucesos que va describiendo, debe, sin embargo, detenerse ante esta severa é interesante figura, así como los transeuntes se detuvieron á contemplar sus sublimes facciones y su vestido blanco sobre la fatal carreta que conducía al suplicio á millares de víctimas. Para comprender á esta mujer es preciso seguirla desde el taller de su padre hasta el cadalso. La mujer es la que más contribuye á depositar el gérmen de la virtud en nuestros corazones; en la vida privada es en donde existe casi siempre el secreto de la vida pública.

II

Madama Roland, que á la sazón era jóven, bella y de un talento brillante, había nacido en esa clase en que las familias apénas emancipadas del trabajo corporal son una especie de séres anfibios, medio proletarios, medio acomodados, que conservando aún en sus costumbres las virtudes y la sencillez del pueblo, empiezan ya á participar por otro lado de las luces de la sociedad. Cuando caen las aristocracias, las naciones se regeneran. Allí está la savia que anima á los pueblos. Allí era donde había nacido Juan Jacobo Rousseau, tipo viril de madama Roland. Habíase casado ésta algunos años ántes con un hombre de costumbres austeras, y ya tenía un hijo en la época de que vamos tratando. Aún se conserva un retrato de cuando madama Roland era niña, en el cual está con un libro en una mano y un buril en la otra. Este retrato es la definición simbólica de la condición social en que había nacido aquella señora, es decir, el punto intermedio entre el trabajo material y el del pensamiento.

Su padre, Graciano Filipon, era grabador y pintor en esmaltes. A estos dos oficios unía la profesión de comerciante en joyería. Este hombre aspiraba á salir de la modesta esfera en que la suerte le había colocado, y queriendo hacer siempre más de lo que le permitían sus fuerzas, era una especie de aventurero industrial, que arruinaba á cada paso su mediana fortuna por quererla extender más de lo que era razonable, hasta ponerla á la altura de sus sueños de ambición. Adoraba este hombre á su hija, y la destinaba en su imaginación á una posición de las más ventajosas, para lo cual le hacía dar una educación tan esmerada como la de las más grandes señoras; educación que por otra parte estaba en proporción con los dones de que la había dotado la naturaleza con mano pródiga. Nadie ignora las privaciones y los disgustos que suelen proporcionar á las familias los hombres que tienen un genio parecido al del padre de madama Roland.

Iba creciendo la jóven en aquella atmósfera de lujo aparente y de penuria efectiva. Dotada de un juicio prematuro, conocía aquel desarreglo, y se refugiaba en el buen sentido de su madre contra las ilusiones de su padre y contra los presentimientos del porvenir.

Su madre, Margarita Bimont, era también muy hermosa, y su alma muy superior á la clase en que la había tocado nacer. Una virtud angelical y la resignación que á ella es consiguiente la libertaban á la vez de la ambición y de la desesperación. Madre de siete niños, de los cuales ninguno había nacido vivo, todo su amor le había reconcentrado en aquella hija, única que se había libertado de la fatal suerte de sus hermanos. El amor de esta mujer hacía su hija era muy racional, porque manteniendo en un justo equilibrio su corazón y su inteligencia, su imaginación y su razón, la educaba como debían hacerlo todas las madres. Parecía que preveía de antemano el destino de aquella niña, porque en todo cuanto le enseñaba había cierta parte de aquella fortaleza que hace los héroes y los mártires. La naturaleza se prestaba admirablemente á ello. Esta había dotado á la niña de un entendimiento mayor que su hermosura. La belleza de sus primeros años, descrita por ella misma en sus memorias, estaba muy lejos de haber adquirido aún el carácter de energía, de melancolía y de majestad que le dieron más tarde un amor contenido, unos pensamientos varoniles y un cúmulo de desgracias.

Su estatura era regular, y su actitud modesta y decente; sus cabellos negros, y sus ojos de un azul un poco pardo, con una mirada tan viva como su alma y que pasaba con rapidez de la ternura á la energía; su boca era un poco grande, sus dientes de un esmalte brillante, su barba redonda; dando todas estas cosas á su cara ovalada aquella gracia voluptuosa y femenil, sin la cual ni aún la mayor belleza puede producir el amor. Su voz era sonora, salida del pecho, y se modulaba profundamente siguiendo los movimientos del corazón; dón precioso, porque el sonido de la voz, que es en la mujer la comunicación de sus emociones, es en el orador el vehículo de la persuasión. Bajo estos dos aspectos la naturaleza debía haberla concedido el encanto de la voz, y así lo había hecho. Tal era esta jóven á la edad de diez y ocho años, época en que aún se hallaba en la oscuridad, en la cual permaneció aún largo tiempo, como para preparar su alma al martirio y para que adquiriese más fortaleza y más generosidad.

Su entendimiento brillaba con un resplandor precoz, muy parecido á la inspiración. Esta mujer aspiraba, por decirlo así, á los conocimientos más difíciles, y lo que se enseña en su edad y á las de su sexo no era suficiente para ella. La educación varonil de los hombres tenía un gran atractivo y era como una especie de juego para aquella mujer, cuyo carácter era de hombre. Su espíritu necesitaba jugar con los instrumentos del pensamiento, como por vía de ejercicio. Religión, historia, filosofía, música, pintura, baile, ciencias exactas, química, lenguas extranjeras y sábias, todo lo aprendía, sin poder saciar su deseo de aprender más. Esta mujer iba formando su pensamiento con todas las luces que la oscura condición de su padre permitía penetrar hasta su taller. Escondía furtivamente los libros que los aprendices llevaban, y que se dejaban olvidados expresamente allí para que ella los leyese. Así llegaron á sus manos las obras de Voltaire, de Rousseau y de los filósofos ingleses. Sin embargo, su lectura favorita era el Plutarco.

«Jamás olvidaré—dice—la cuaresma de 1783, en cuya época llevaba todos los días este libro á la iglesia como si fuese un devocionario. Desde aquel momento datan las impresiones y las ideas que me hicieron republicana, sin que yo soñase siquiera entónces en el porvenir.» Después de Plutarco, Fenelon fué quien halló más simpatías en aquel corazón, y después de éste, el Tasso y los demás poetas.

El heroísmo, la virtud y el amor debian derramarse de estos tres vasos reunidos en el alma de una mujer destinada á la triple palpitacion de las grandes impresiones producidas por aquellas obras.

En medio del fuego de su alma, permanecia fria su razon y sin mancha su pureza. Apénas confiesa en sus escritos alguna que otra ligera emociion del corazon y de los sentidos. «Cuando leia ciertos libros—dice—detras del biombo que tapaba la puerta de mi cuarto, en la misma sala donde vivia mi padre, mi respiracion era fuerte, y sentia un ardor repentino que me subia á la cara, conociendo que si hubiese hablado en aquel momento, mi voz alterada hubiese descubierto mi agitacion. En aquellos momentos era yo Eucaris para Telémaco, y Herminia para Tancredo; pero aunque enteramente transformada en ellas, no pensaba en ser nada yo misma con respecto á nadie. Nada buscaba yo á mi alrededor que se pareciese á lo que aquéllas amaban, y cuanto en mí pasaba, no era más que un sueño que no dejaba en mí al despertar ninguna impresion de lo que tanto me habia preocupado. Acuérdomeme, sin embargo, de haber experimentado cierta conmocion á la vista de un pintor jóven llamado Taboral, que venía con frecuencia á mi casa. Tenia éste veinte años, su voz era muy sonora, su figura interesante, y siempre que yo le hablaba se ponia encarnado como si fuese una niña. Cuando le oia hablar en el taller de mi padre, siempre se me ofrecia entrar allí á buscar un lápiz ó cualquier cosa; pero como su presencia me embarazaba tanto como agradable me era, volvia á salirme más de prisa aún de lo que habia entrado, si bien latiendo mi corazon con tanta violencia y apoderándose de mí un temblor tan extraordinario, que me veia precisada á retirarme á mi cuarto para ocultar mi conmocion.»

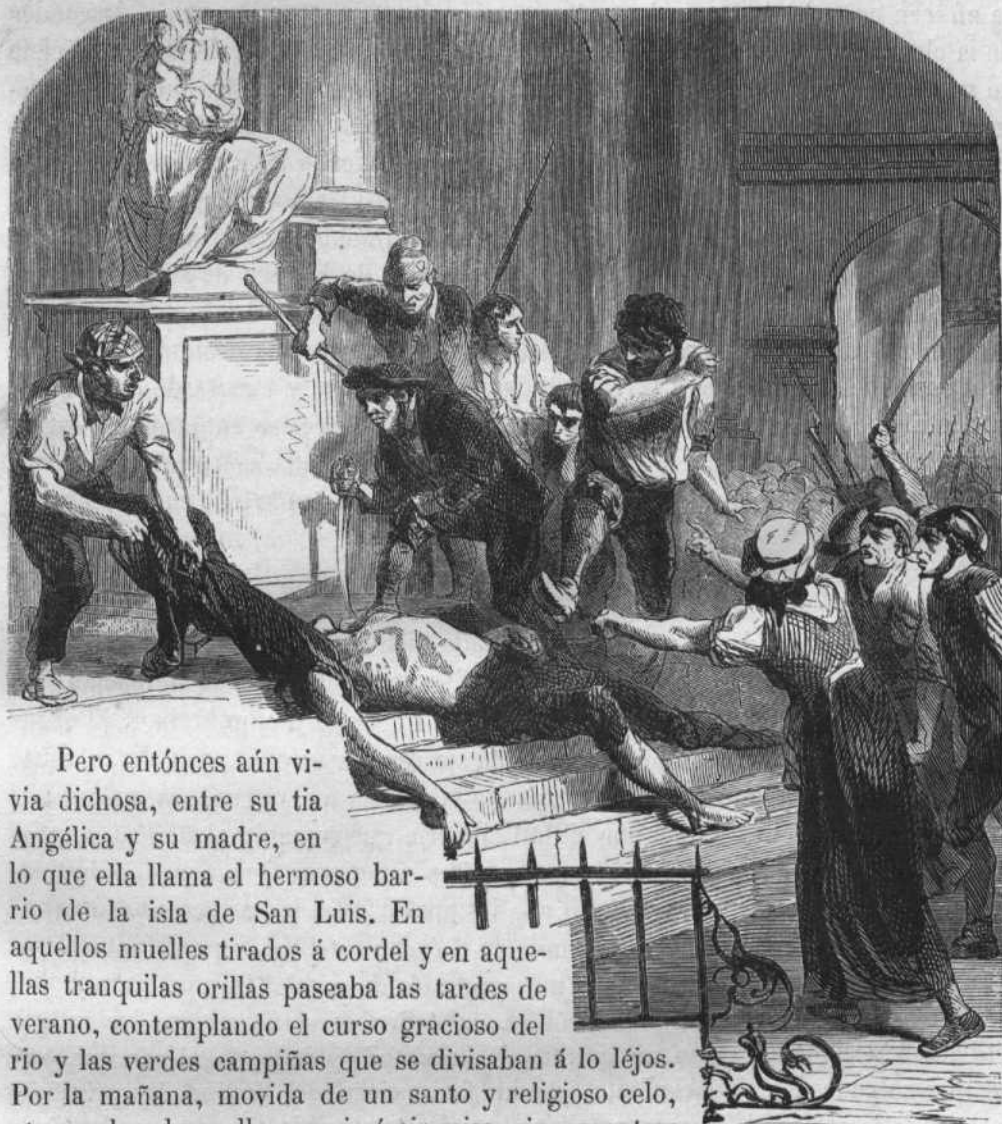
III

Aunque su madre era una persona muy piadosa, no habia prohibido á su hija la lectura de aquellas obras. Esta mujer, llena de buen sentido y de tolerancia, queria inspirarle la religion y no mandársela, y por esto la entregaba con confianza á su razon, y no queria ni comprimir ni hacer que se agotase la savia que debia fructificar en adelante en aquel corazon. Una religion servil y no voluntaria le parecia una degradacion y una esclavitud que Dios no podia aceptar como un tributo digno de él. El alma pensativa de su hija se inclinaba naturalmente hácia aquellos grandes objetos de felicidad y de desdicha eterna, y se engolfaba más profundamente que cualquiera otra en el insondable piélago de lo infinito. El sentimiento empezó á abrirse en ella por el amor á Dios. El sublime delirio de sus contemplaciones piadosas embelleció los primeros años de su adolescencia, resignó los siguientes á la filosofía, y parecia que debia reservarla para siempre de las borrascas de las pasiones. Su devocion fué ardiente y le hizo aspirar al claustro y soñar en el martirio. Entrada en un convento, se tuvo por dichosa allí un cuanto tiempo entregando su pensamiento al misticismo y su corazon á esas primeras amistades de la vida cuyo recuerdo no se borra jamás. La regularidad monotonica de aquella vida iba adormeciendo dulce é insensiblemente la actividad de sus meditaciones. En las horas de recreo, en vez de ir á jugar con sus compañeras, se retiraba bajo alguno de los árboles del jardin, para leer y dar rienda suelta á su imaginacion con entera libertad. Apasionada y sensible como Rousseau por la belleza de los

campos y de los prados y por el balsámico aroma de las plantas, admiraba la mano de Dios y la besaba y la bendecía en sus obras. Preparada de este modo por la impresion que habia hecho en ella el aspecto de la risueña naturaleza, llenábase su alma de un gozo interior y se veia como forzada á ir á adorar en la iglesia al autor de tan encantadoras bellezas. Allí, los sonidos majestuosos del órgano acompañados de las voces melodiosas de las jóvenes esposas de Jesucristo, acababan por extasiarla y la arrancaban, por decirlo así, de este mundo engañoso, para elevarla á otro de santos y deliciosos goces. Hay en la religion católica todas las fascinaciones místicas capaces de arrebatar los sentidos, y todas las delicias que pueden satisfacer la imaginacion. Durante su permanencia en el convento, una jóven tomó el velo, y al ver á la postulanta en la reja del coro cubierta con su velo blanco y coronada de rosas, al oir los cánticos suaves y tranquilos que la acompañaban al separarse de este mundo para tomar el vuelo hácia el cielo, y al considerar aquella belleza tapada con el paño mortuorio, el corazon de madama Roland palpitaba con violencia, y era tal la impresion de la jóven artista al contemplar aquella ceremonia tierna, que las lágrimas inundaban su rostro. Su destino le ofrecia en esta ocasion la imágen de los grandes sacrificios, y ella presentia en sí de antemano el valor heroico que se necesita para llevarlos á cabo.

El encanto y el hábito de aquellas sensaciones religiosas jamás se borraron de su alma. La filosofía, que más adelante fué su único culto, disipó su fe, pero siempre dejó vivas aquellas primeras impresiones. No podia asistir sin hallar un grande atractivo y sin tener un profundo respeto hácia las ceremonias de un culto cuyos misterios habia repudiado su razon. El espectáculo de tantos séres débiles reunidos para adorar é implorar el auxilio del padre de los hombres heria vivamente su pensamiento, y la solemne armonía de la música religiosa la elevaba hasta el cielo. Siempre era más dichosa y mejor al salir de los templos cristianos que cuando habia entrado, porque todos los recuerdos de la infancia reflejan y se extienden hasta sobre la vida más agitada.

Aquel gusto apasionado por lo infinito y aquel sentimiento piadoso de la naturaleza continuaron dominando en ella despues que volvió á la casa de su padre. «La situacion de la casa de mis padres—dice—no es á propósito para gozar en ella de la calma solitaria del convento. Situada, sin embargo, en un terreno muy espacioso, ofrecia aún á mi vista una gran porcion de objetos capaces de ocupar mi romántica imaginacion. ¡Cuántas veces desde la ventana de mi cuarto, que daba al Norte, he contemplado con emocion los inmensos desiertos del cielo y su soberbia bóveda azulada, espléndidamente dibujada á lo léjos desde la salida del sol hasta su postura, en cuya hora he admirado aquella masa refulgente que se escondia á mi vista entre cortinas de púrpura detras de los árboles de los Campos Elíseos! Nunca dejaba yo de emplear algunos momentos en ver ponerse el sol de un hermoso dia, y muchas veces este simple y magnífico espectáculo de la naturaleza hacia correr dulces lágrimas por mis mejillas, en tanto que mi corazon, rebosando en un sentimiento imposible de expresar, dichoso por sus latidos y lleno de reconocimiento por existir, ofrecia al Sér de los séres un homenaje puro y digno de él.» ¡Ah! Cuando ella escribia estas líneas, no veia ya sino el horizonte estrecho del cielo de Paris, y el recuerdo de aquellas brillantes tardes fué el único que iluminó como una ilusion fugitiva las paredes de su calabozo al poco tiempo de haberlas escrito.



Pero entónces aún vivía dichosa, entre su tia Angélica y su madre, en lo que ella llama el hermoso barrio de la isla de San Luis. En aquellos muelles tirados á cordel y en aquellas tranquilas orillas paseaba las tardes de verano, contemplando el curso gracioso del río y las verdes campiñas que se divisaban á lo léjos. Por la mañana, movida de un santo y religioso celo, atravesaba el muelle para ir á oír misa, sin encontrar en aquel desierto camino nada que la distrajesse de su recogimiento piadoso. Su padre, que la permitia dedicarse á los estudios sublimes y que estaba loco con los adelantos de su hija, quiso, no obstante, iniciarla en su arte haciendo que empezase á grabar. Aprendió, pues, á manejar el buril, y salió con esto como con todo lo demas que se habia propuesto. La única recompensa de su trabajo eran algunos objetos de tocador, ó cualquiera otra cosa de las que tanto aprecian las jóvenes para su adorno, como un brazalete, una sortija, ú otra cosa por el estilo. Segun confiesa, estas fruslerías tenian para ella un valor inestimable.

Mas este gusto natural á su sexo y á su edad no le hacía desdeñar las ocupaciones más humildes de la casa. Despues de haber comparecido el domingo en la iglesia y en paseo, vestida con la mayor elegancia, no se ruborizaba entre semana de ir á la plaza con un vestido sencillo de percal, acompañando á su madre. Muchas veces salia tambien sola á comprar cualquiera otra cosa que se le hubiese olvidado á su madre, por insignificante que fuese. Aunque estas pequeñeces que

Muerte de Lescuyer en Aviñon.
Pág. 258.

se ofrecen en todas las casas le contrariasen un poco, porque la hacian descender de la elevacion adonde la habia conducido la lectura de Plutarco, así como del cielo de sus ensueños, las desempeñaba con tanta gracia que nada se traslucía en su rostro del disgusto que semejantes ocupaciones le ocasionaban. Esta futura Eloisa del siglo XVIII, que leía las obras más sublimes, que explicaba los círculos de la esfera celeste, que sabía manejar el lápiz y el buril, y en cuya alma rodaban ya los pensamientos más atrevidos y los más apasionados sentimientos, se veía muchas veces forzada á preparar las comidas en el modesto hogar de la casa de su padre. Esta mezcla de estudios graves, de ejercicios elegantes y de faenas cáseras, mandadas hacer por órden de su prudente é instruida madre, parecia destinada á prepararla desde muy temprano á las vicisitudes de su fortuna, y más tarde contribuyó mucho á que supiera sobrellevarlas con paciencia. Parecíase entónces en esto á Rousseau cuando arreglaba la leñera de madama de Warens, con la misma mano que debia escribir el *Contrato social*, ó á Philopœmen cortando leña en los bosques.

IV

Desde la oscuridad de aquella vida retirada distinguía algunas veces el mundo superior que brillaba por cima de ella, y los fugaces relámpagos que le hacian descubrir la alta sociedad ofendian más su vista de lo que la deslumbraban. El orgullo de aquel mundo aristocrático, que la veía sin reparar en ella, agobiaba su alma. y una sociedad en que no ocupaba un rango le parecia mal organizada, ménos por un sentimiento de envidia que por el de la justicia que se sublevaba en su interior contra las distinciones del nacimiento. Los séres superiores tienen su sitio destinado por Dios en la sociedad, y todo lo que les aparta de él les parece una usurpacion. Hallan que aquélla trastorna á menudo el órden establecido por la naturaleza, y se vengan de ella mirándola con el más profundo desprecio. De aquí nace el odio del genio contra el poder. Aquél sueña en un órden de cosas en que los rangos estuviesen designados como un premio de la virtud, y se agría al ver que casi siempre se conceden al nacimiento, por un favor ciego del destino, los primeros puestos de la sociedad. Hay pocas almas grandes que no sientan al nacer los rigores de la fortuna, y que al ver que ésta no les es propicia dejen de sublevarse interiormente contra la sociedad en general. Otras hay que, movidas por miras más altas, se resignan con la humilde condicion en que Dios las ha colocado. Servir humildemente al mundo es más hermoso que dominarle; pero éste es el colmo de la virtud. La religion conduce á él en un dia, la filosofia no puede hacerlo sino al cabo de una larga vida y despues de experimentar muchas desgracias, y á veces hasta la muerte. Hay días en que el destino más apetecible del mundo es el cadalso.

Yendo un dia la jóven en compañía de su abuela á una casa de las de la alta aristocracia, de la cual sus humildes parientes no eran, por decirlo así, sino unos *libertos*, la contrarió dolorosamente el tono altanero aunque un tanto cariñoso con que á las dos las trataron. «Mi altivez —dice— se sorprendió al oír hablar de aquella manera, mi sangre hirvió con más fuerza que de ordinario, y sentí que se me subía á la cabeza. Yo no me preguntaba entónces por qué razon estaba la señora de la casa sentada en un magnífico sofá, miéntras mi abuela y yo permanecíamos

en pié; pero tenia ese sentimiento que conduce á la reflexion, y vi gustosa terminarse la entrevista, con lo cual quedó aliviado mi corazon del grave peso que le oprimia.»

En otra ocasion la llevaron á pasar ocho dias á Versalles, en el palacio de aquellos reyes cuyo trono debia minar un dia. Alojada en las buhardillas, en el cuarto de una criada de una de las damas de palacio, vió de cerca aquel lujo regio que ella creia pagado por la miseria de los pueblos, y notó muy minuciosamente aquella grandeza de los reyes elevada sobre el servilismo de los cortesanos. Los tronos de los reyes, las cacerías, los paseos y demas diversiones de la corte no ofrecian á sus ojos sino toda la vanidad de tan estériles pompas. Aquellas supersticiones del poder repugnaron á un alma empapada en las filosóficas ideas de verdad, de libertad y de antigua virtud. Los oscuros nombres de los parientes que la llevaban á presenciarse este espectáculo, así como los humildes trajes de que iban vestidos, eran causa de que la mirasen los cortesanos sin usar con ella la menor atencion y sin dirigirle otras palabras que algunas que indicaban más proteccion que respeto á su sexo y á su hermosura. El sentimiento íntimo de su juventud y de su mérito fisico pesaba sobre su corazon al ver que aquellos dotes pasaban desapercibidos por unos palaciegos cuyo único Dios era el favor y cuyo solo culto era la más rigorosa etiqueta. La filosofía, la altivez natural, la imaginacion y la rigidez de su alma se hallaban igualmente heridas en aquella régia mansion. «Preferia—dice—las estatuas de los jardines á los brillantes personajes que veia en palacio.» Preguntándole su madre si se divertia y si estaba contenta de haber hecho aquel viaje, le respondió: «Estoy contenta, con tal que nos marchemos pronto; porque si permanecemos aquí unos dias más, aborreceré tanto á estas gentes, que no sabré ya qué hacer del odio que me inspiran». «¿Pues qué mal te han hecho?»—le contestó su madre. «Me hacen conocer lo injustos que son, y reparar en cuán absurdo es todo lo que estoy viendo.» Al ver aquel esplendor del despotismo de Luis XVI y la gran corrupcion de su corte, no hacía sino pensar en Aténas, sin acordarse de la muerte de Sócrates, del destierro de Aristides, ni de la sentencia de Focion. «No preveia—dice amargamente al hablar de esto—que el destino me reservase para ser testigo presencial de unos crímenes parecidos á aquellos de que fueron víctimas unos hombres tan grandes, y á participar de la gloria de sus martirios, despues de haber profesado sus principios.»

De este modo la imaginacion, el carácter y los estudios de aquella mujer la preparaban sin que ella lo supiese á ser una ardiente republicana. Sólo la religion, tan poderosa entónces sobre ella, hubiera podido contenerla en aquella resignacion heroica que somete el pensamiento á las órdenes de Dios. Pero la filosofía vino á ser su fe, y esta filosofía formó parte de su política. La emancipacion de los pueblos se unió estrechamente en su pensamiento á la emancipacion de las ideas. Ella creyó trabajar en favor de la humanidad contribuyendo á derribar los tronos, y servir á Dios al mismo tiempo que trabajaba por derribar sus altares. Tal es la confesion ingenua que hace ella misma del cambio repentino que hubo en sus ideas.

V

Esta interesante jóven tenia numerosos pretendientes á su mano. Su padre queria casarla sin salir de su clase, porque apreciaba sobremanera el comercio mirán-

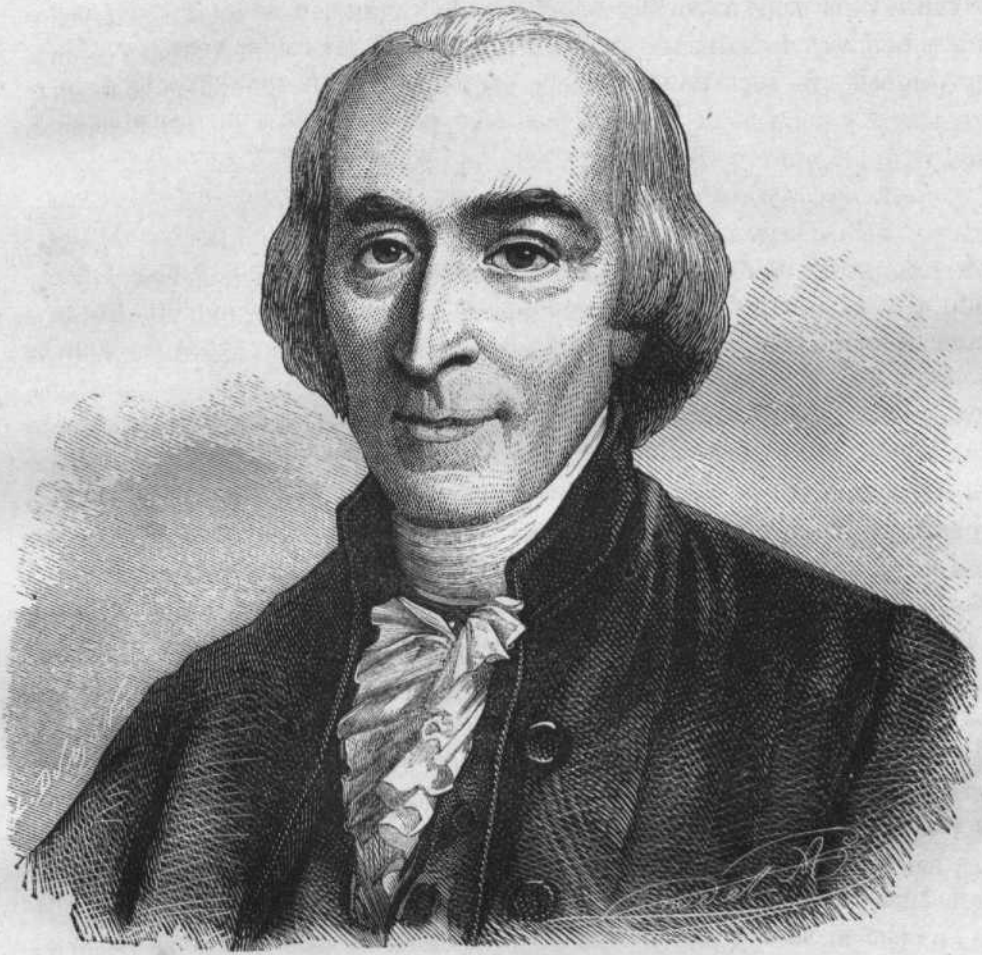
dole como la fuente de todas las riquezas. Su hija lo despreciaba, porque á su vista sólo era el comercio la fuente de la avaricia, por cuya razon le repugnaban todos los que á él se dedicaban. Quería encontrar un marido cuyas ideas y sentimientos estuviesen en armonía con los suyos, y sólo deseaba hallar un alma simpática, y no un hombre dotado únicamente de bienes de fortuna. Hablando de esto, se expresa del modo siguiente: «Acostumbrada desde mi niñez á tratar con los grandes hombres de todas las épocas, familiarizada con las altas ideas y con los grandes ejemplos, ¿no me habrá servido el haber vivido con Platon y con todos los filósofos, poetas y políticos de la antigüedad sino para unirme á un comerciante que nada verá, juzgará ni sentirá á la manera que yo veo, juzgo y siento?»

La que esto decia acababa de ser pedida á sus padres por un rico carnicero vecino suyo. Ella se negó abiertamente á este enlace, diciendo á su padre: «Yo no descenderé jamás del mundo de mis nobles quimeras. Lo que yo quiero no es tener un estado, sino amar y ser amada de uno que merezca el título de hombre. Preferiria morir soltera á unir mi alma á la de un sér que no fuese capaz de comprenderla».

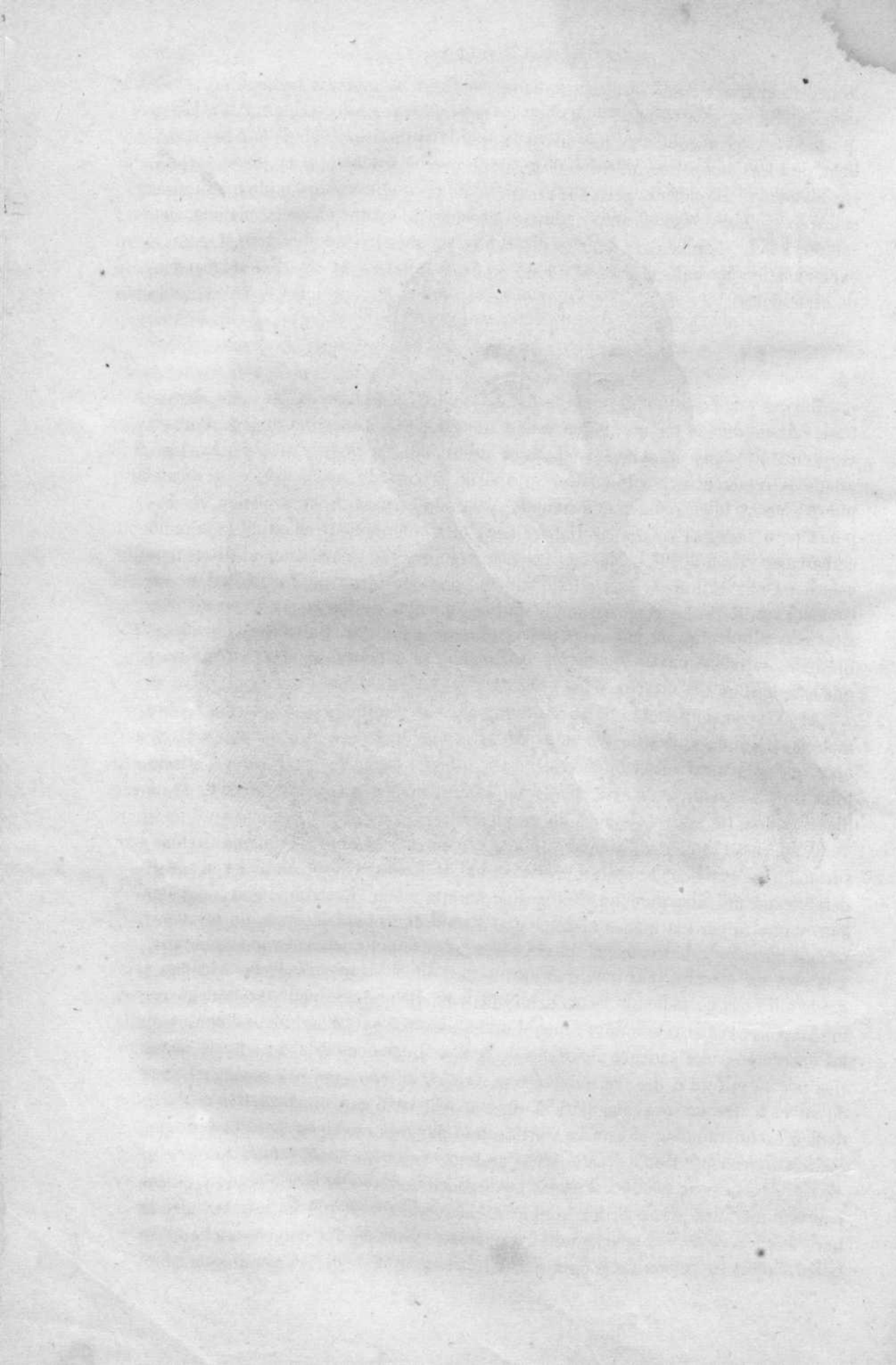
Privada de su cariñosa madre, arrebatada por una muerte prematura, enteramente sola en la casa paterna, donde empezaba ya á entrar el desórden á causa de otros nuevos amores de su padre, la melancolía iba ganando terreno en su alma, aunque no logró dominarla. Reconcentrábase más dentro de sí misma, para reunir todas sus fuerzas contra el aislamiento y el infortunio, y la lectura de la *Eloisa* de Rousseau, que entónces le prestaron, hizo sobre su corazon una impresion igual á la que Plutarco habia hecho en su entendimiento. Plutarco le habia puesto de manifesto la libertad. Rousseau le hizo soñar en la felicidad. El primero la habia fortificado; el segundo la enternecia. Experimentó la necesidad de explayar su alma, y la tristeza fué desde entónces su musa favorita y severa. Empezó á escribir por consolarse, hablando de sus propios pensamientos, y sin ninguna intencion de llegar á ser escritora, adquirió con aquellos ejercicios solitarios la elocuencia que le sirvió en lo sucesivo para animar é inflamar el pecho de sus amigos por las máximas de la libertad.

Esta mujer, paciente y resuelta á la vez á sufrir cuanto pudiera sobrevenirle, dió por fin con el hombre antiguo en quien tantas veces habia soñado su imaginacion. Este hombre era Roland de la Platiere.

Una de sus compañeras de infancia, casada en Amiens, ciudad en donde Roland estaba de inspector de una fábrica, fué la que se le recomendó en una carta concebida en estos términos: «Recibirás ésta por el filósofo de quien te he hablado algunas veces. Se llama Mr. Roland, y es un hombre ilustrado, al cual no puede echársele en cara otra cosa que su culto hácia los antiguos, el desprecio en que tiene á su siglo, y el alto concepto que ha formado de sí mismo...» «Este retrato—dice madama Roland—era muy exacto. Cuando se me presentó, vi un hombre de más de cuarenta años, alto, descuidado en su modo de vestir, y altanero como todos los hombres acostumbrados á vivir aislados. Sus modales eran sencillos y sueltos, y sin tener la elegancia de las gentes del gran tono, participaban de la educacion del hombre bien nacido, de la gravedad del filósofo. Sumamente delgado, de color bastante pálido, y casi calvo, sus facciones, aunque regulares, eran poco seductoras. Una sonrisa graciosa y una viva expresion en el resto del semblante



ROLAND.



le hacían aparecer como otra figura distinta cuando se animaba hablando ó escuchando. Su voz era varonil, su hablar cortado y breve, como el de un hombre á quien faltase el aliento; sus discursos, llenos de cosas, porque su cabeza estaba llena de ideas, ocupaban más el espíritu de lo que halagaban el oído. Su discusión era algunas veces picante, pero sin armonía. Es un dón muy raro y muy poderoso sobre los sentidos este encanto de la voz; no consiste solamente en la cualidad del sonido, resulta tambien de aquella delicadeza de sensibilidad que hace variar la expresion modificando el acento.» Esto equivale á decir que Mr. Roland carecia de estas dotes.

VI

Roland era hijo de una honrada familia cuyos individuos habian sido magistrados desde mucho tiempo, y que tenian ademas pretensiones de nobleza. Por ser el quinto entre sus hermanos, se le habia destinado á la carrera eclesiástica. Este estado le repugnaba, por lo cual se escapó de la casa de sus padres á los diez y nueve años, y fué á refugiarse á Nantes. Admitido en casa de un armador, se disponia para hacer el viaje á las Indias; pero una enfermedad repentina le impidió embarcarse. Uno de sus parientes, inspector tambien de una fábrica en Rouen, le colocó en ella. Animada esta administracion por el espíritu de Turgot, estaba en contacto con todas las ciencias por los procedimientos de las artes, y con los más altos procedimientos de gobierno por la economía política. Hallábase poblada de filósofos, entre los cuales se distinguia Roland. El gobierno le envió á Italia para que estudiase allí la marcha y los progresos del comercio.

Alejóse con sentimiento de su jóven amiga, y le escribia con regularidad sobre materias científicas, destinando aquella correspondencia á servir de notas á una obra que se proponia escribir sobre Italia; cartas en las cuales se descubria el sentimiento á traves de la ciencia, pero que se asemejaban más á los estudios de un filósofo que á las conversaciones de un amante.

A su vuelta, madama Roland volvió á ver en este hombre un amigo; su edad, su madurez, sus buenas costumbres y su habito de trabajar se le hicieron considerar como un sabio que no existia sino para la razon. En la union que meditaban, y que se parecia ménos al amor que á las antiguas asociaciones de los tiempos de Sócrates y de Platon, el uno buscaba un discípulo más bien que una mujer, y la otra un maestro más bien que un marido. Mr. Roland se volvió á Amiens, y desde allí escribió pidiendo la mano de madama Roland. Su padre se la negó rotundamente. Temia este hombre que el que queria ser su yerno fuese un censor de las operaciones del padre y un tirano de la hija. Informada ésta de aquella negativa por su mismo padre, se indignó y se retiró á un convento, sin sacar otra cosa de su casa que la ropa que llevaba puesta. Allí vivió con mucha estrechez, y se dedicó exclusivamente al estudio, fortificando por este medio su corazon y preparándole para hacer frente á su adverso destino. *Se vengó tratando de merecer la felicidad que se le negaba.* Por las tardes recibia á uno de sus amigos, y de dia paseaba una hora por el jardin, adquiriendo de esta suerte aquella fortaleza que le hace á uno resistir á su mala suerte, y aquella melancolía que enternece el alma y la hace alimentarse con su propia sensibilidad. Distraida con un estudio no inter-

rumpido, pudo pasar ménos mal los largos meses de invierno de su cautiverio voluntario.

Otro sentimiento amargo envenenaba interiormente hasta el mismo sacrificio que estaba haciendo. Conocía que no era correspondida, porque se figuraba que Mr. Roland, al saber su resolución, habría corrido al convento para sacarla de él; pero el tiempo transcurría, y no sólo no se presentaba Roland, sino que apenas escribía. Por fin compareció al cabo de seis meses. Este hombre volvió á inflamarse de nuevo á la vista de su amiga cautiva detras de unas rejas, y se determinó á ofrecerle su mano, que ella aceptó sin dificultad. Sin embargo, tantos cálculos, tanta vacilacion y tanta frialdad habian quitado á la jóven reclusa la poca ilusion que aún podia tener, y todos sus sentimientos hácia Roland se reducian á una grande estimacion, y nada más. Puede decirse que se sacrificó más bien que entregarse. Parecióle muy hermoso inmolarse por hacer la felicidad de un hombre de bien; pero llevó á cabo este sacrificio con la fria calma de la razon, y sin que hubiese el más mínimo entusiasmo por parte del corazon. Su casamiento fué en ella un acto de virtud, del cual gozó, no porque fuese dulce, sino porque le pareció sublime.

Aquí volvemos á encontrar á la discípula apasionada de Rousseau. El casamiento de madama de Roland es una imitacion perfecta del de Eloisa con monsieur de Volmar. La amargura de la realidad no tardó en manifestarse bajo el heroísmo de su sacrificio. «A fuerza—dice—de ocuparme en la felicidad del hombre á quien me uní, noté que faltaba algo á la mia. No he dejado un solo instante de ver en mi marido uno de los hombres más apreciables que existen, y al cual podia honrarme de pertenecer; pero he conocido muchas veces que no habia entre nosotros paridad, y que el ascendiente de un carácter dominante, unido al que le daba á mi marido el tener veinte años más que yo, hacía que estuviese de más una de estas dos superioridades. Si vivíamos en la soledad, pasaba yo algunas horas penosas. Si frecuentábamos la sociedad, era yo amada de muchos, y notaba que podria suceder que alguno me interesase demasiado. En vista de esto, me decidí á asociarme enteramente á mi marido en el trabajo, y me hice su copista y su corrector de pruebas, desempeñando esta tarea que yo misma me habia impuesto con una humildad que no era propia de un espíritu tan libre y tan ejercitado como el mio. Pero esta humildad era hija sólo del corazon. Respetaba tanto á mi marido, que me complacia en suponer siempre que era superior á mí; temia tanto verle enfadado, y él era tan adicto á sus opiniones, que no tuve valor para contradecirle hasta al cabo de muchos años. A estos trabajos literarios se me agregaban las faenas caseras, y habiendo notado que no convenian á su delicada salud todos los alimentos, cuidaba de no darle sino los que eran saludables para él. Cuatro años vivimos juntos en Amiens, y allí llegué á ser madre y nodriza á un mismo tiempo. Trabajábamos juntos en la *Nueva Enciclopedia*, y no dejábamos estos estudios sino para dar algun paseo por fuera de la ciudad.»

Roland, hombre de carácter despótico, habia exigido á su mujer desde el momento en que se casó que no se tratase con las compañeras de colegio que vivian en Amiens, porque era celoso y no queria que su mujer quisiese á nadie más que á él. En esto traspasaba los límites de la razon, porque una union tan austera como la del matrimonio necesita explayarse de cuándo en cuándo en el seno de la amis-

tad. Esta tiranía de un sentimiento exclusivo no era compensada por el amor, porque Roland era demasiado exigente con su mujer, á la cual trataba más bien como trata un rígido preceptor á un discípulo, que como debe hacerlo un marido con su esposa. Si ésta no vacilaba en la pureza de sus sentimientos, era porque conocia lo grande del sacrificio y porque gozaba en cumplir con sus deberes, á la manera que goza el estoico con el dolor que sufre.

Al cabo de algunos años obtuvo Roland pasar con el mismo empleo á Lyon, su patria. Vivía el invierno en la ciudad, y el resto del año lo pasaba en el campo al lado de su madre, mujer respetable por su edad, pero insufrible en su trato. Madama Roland, que estaba todavía en la flor de su juventud, se hallaba martirizada entre una suegra implacable, un cuñado rebelde y un marido dominante. Aun al amor más apasionado le hubiese sido duro soportar esta amarga situación; madama Roland, para dulcificarla, no contaba sino con el sentimiento del deber, con su filosofía, con un trabajo asiduo y con las caricias de su hijo. Esto le fué suficiente para transformar aquel austero retiro en una morada encantadora de armonía y de paz. Da gusto seguirla en esta soledad en que su alma se preparaba para la lucha, así como se complace uno en seguir á Juan Jacobo Rousseau en sus primeros años.

VII

Hay al pié de las montañas del Beaujolais, en la larga hoya del Saona frente á los Alpes, una cadena de colinas pequeñas amontonadas á manera de olas areniscas, en las que el labrador laborioso de aquellas comarcas ha plantado multitud de viñas que forman entre sí en su base valles oblicuos y estrechas y tortuosas barrancadas á cuyos lados se ven unos pequeños prados siempre verdes. En los prados corre continuamente el agua que se filtra de las montañas, y están cubiertos de sauces, de abedules y de chopos. Los flancos y las cimas de estas colinas no producen sino algunos melocotones silvestres y grandes nogales que se hallan ordinariamente á las puertas de las casas de campo. En la pendiente de una de estas colinas areniscas está la Platiere, casa de un solo piso y de muy poco fondo, llena de ventanillas regulares y cuyo tejado es casi llano. Súbese á ella por cinco escalones de piedra, á cuyos lados hay una barandilla de hierro grotescamente trabajado. En el patio están los pajares, las bodegas y el lagar, y detras un huerto pequeñito lleno de árboles frutales y de claveles. Hé aquí la descripción de este sitio. La vista tiene, sin embargo, donde explayarse, bien se dirija hácia las montañas de Beaujeu, bien hácia las cimas de los Alpes, cubiertas perpetuamente de nieve.

Tal fué por espacio de cinco años el horizonte que se ofreció á la vista de aquella jóven, que pudo contemplar á su sabor toda la magnificencia que allí despliega la naturaleza, y por la que ella habia anhelado tanto siendo jóven, cuando todo lo que podia ver por encima de los tejados de Paris se reducía á alguna perspectiva confusa de los bosques de la corona.

En la Platiere pasaba esta mujer su vida entre los cuidados de la casa, el cultivo de su entendimiento y en hacer obras de caridad, que es el verdadero cultivo del corazón. Adorada por aquellas sencillas gentes, cuya Providencia fué, destinaba para aliviar su miseria lo poco que le sobraba, y se valía de sus conocimientos en medicina para curarlos en sus enfermedades. Muchas veces iban á buscarla de tres

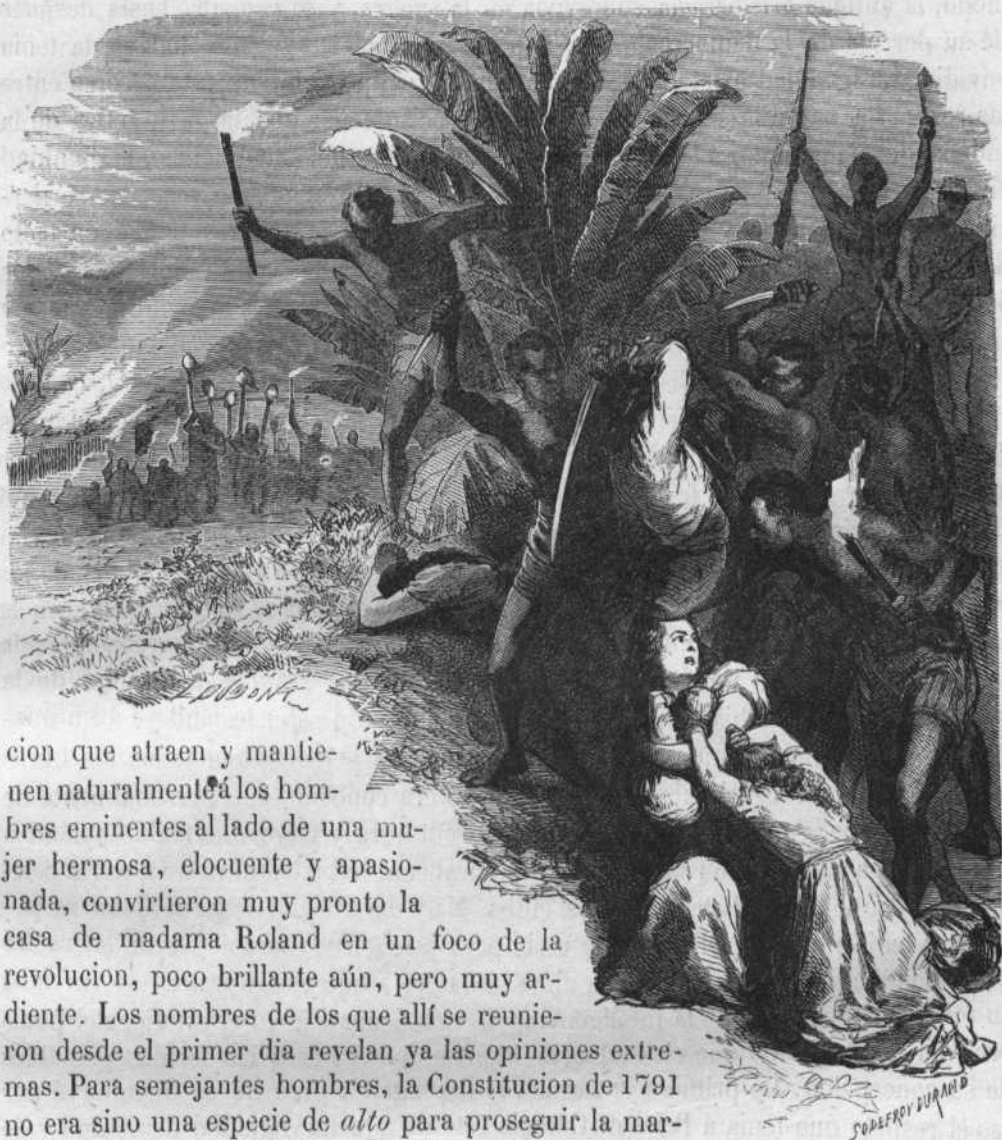
y cuatro leguas para que fuese á visitar á un enfermo, y su casa estaba llena los domingos de aldeanos curados ya ó convalecientes, que iban allí á darle las gracias y á ofrecerle en prueba de su agradecimiento castañas, queso ó manzanas. Ella admitía estos cortos obsequios, y gozaba interiormente al ver que el pueblo de los campos era justo, sensible y agradecido. Ella se figuraba que el pueblo desnaturalizado de las grandes capitales se parecería á éste; pero le enseñaron en lo sucesivo que aquellos mares de hombres, tan tranquilos entónces, tienen tempestades más terribles que las del Océano; que las instituciones son tan necesarias á la sociedad como el alveo á las aguas, y que la fuerza es tan indispensable como la justicia para el gobierno de los pueblos.

La hora de la revolución del 89 habia sonado ya, y habia ido á sorprenderla en el silencio de aquel retiro. Ebria de filosofía, apasionada por el ideal de la humanidad y adoradora de la libertad antigua, se inflamó por las nuevas ideas en cuanto prendió la primera chispa en su corazón, y creyó de buena fe que aquella revolución era una especie de parto sin dolores, que iba á regenerar la especie humana, á destruir la miseria de las clases desgraciadas y á renovar la faz del mundo. Hasta en la piedad de las almas grandes se halla una gran dosis de imaginación. La ilusión generosa de Francia en esta época estaba en proporción con la grande obra que le tocaba llevar á cabo. Si ella no hubiera esperado tanto, no se hubiese atrevido á nada. Su fe en una regeneración social fué la que constituyó su fuerza.

Desde aquel día sintió madama Roland un fuego interior que no debía apagarse sino con su sangre. Todo el amor inerte que dormitaba en su alma, se convirtió en pasión y en entusiasmo por la humanidad. Su sensibilidad, demasiado ardiente para solo un hombre, se esparció sobre todo un pueblo. Esta mujer amó la revolución, como hubiera podido amar á un hombre, y supo comunicar esta llama á su marido y á todos sus amigos. Toda su pasión, contenida por tanto tiempo, se manifestó en sus opiniones. Vengóse de un destino que le negaba la dicha para sí propia sacrificándose por la de todos los demás. Si hubiese sido dichosa y se hubiese visto amada, nunca hubiera pasado de ser una mujer reducida al aislamiento; desgraciada, se convirtió en jefe de un partido.

Las opiniones de los dos esposos sublevaron en un principio contra ellos á toda la aristocracia del comercio de Lyon, ciudad íntegra y pura, pero ciudad también de dinero, en donde todo se calcula y en donde las ideas tienen el peso y la inmovilidad de los intereses. Tienen las ideas una corriente irresistible que arrastra tras sí hasta las poblaciones más estacionarias. Lyon se vió arrastrada y sumergida por las opiniones de la época. Mr. Roland fué elegido para la municipalidad inmediatamente, y se pronunció á favor del nuevo orden de cosas con toda la rigidez de sus principios y con toda la energía que habia en el alma de su mujer. Temido por los débiles y adorado por los impacientes, su nombre fué una injuria en un principio, y despues se convirtió en una bandera. El favor público le vengó de los ultrajes de los ricos. El Consejo municipal le comisionó entónces para ir á Paris á defender ante las comisiones de la Asamblea constituyente los intereses comerciales de Lyon.

La intimidad de Roland con los filósofos y con los economistas que formaban el partido práctico de la filosofía, sus relaciones forzosas con los miembros influentes de la Asamblea, sus gustos literarios, y sobre todo el encanto y la seduc-



cion que atraen y mantienen naturalmente á los hombres eminentes al lado de una mujer hermosa, elocuente y apasionada, convirtieron muy pronto la casa de madama Roland en un foco de la revolucion, poco brillante aún, pero muy ardiente. Los nombres de los que allí se reunieron desde el primer dia revelan ya las opiniones extremas. Para semejantes hombres, la Constitucion de 1791 no era sino una especie de *alto* para proseguir la marcha con nuevo ardor.

Matanza de blancos en Santo Domingo.—Pág. 263.

El 20 de Febrero de 1791 volvió madama Roland á entrar en Paris, de donde habia salido cinco años ántes jóven, desconocida y sin nombre, y adonde volvía ahora como una llama para animar á todo un partido, fundar la república, reinar un momento, y morir en seguida. Ella tenia en su alma un presentimiento confuso del destino fatal que la aguardaba. El genio y la voluntad conocen sus fuerzas, sienten ántes que los demas, y profetizan su mision. Madama Roland parecia arrastrada de antemano por la suya hácia el centro de accion. Al dia siguiente de su llegada se presentó ya en las sesiones de la Asamblea. Allí vió al poderoso Mirabeau, al sorprendente Cazales, al audaz Maury, al astuto Lameth y al impávido Barnave. Notó con el despecho del odio en la actitud y en el lenguaje de los miembros del lado derecho aquella superioridad que dan la costumbre del dominio y la confianza en el respeto de las masas; en los del lado izquierdo reparó con sentimiento profundo la inferioridad de los modales y un gran fondo de insolencia mezclada con unos conocimientos muy mezquinos. De este

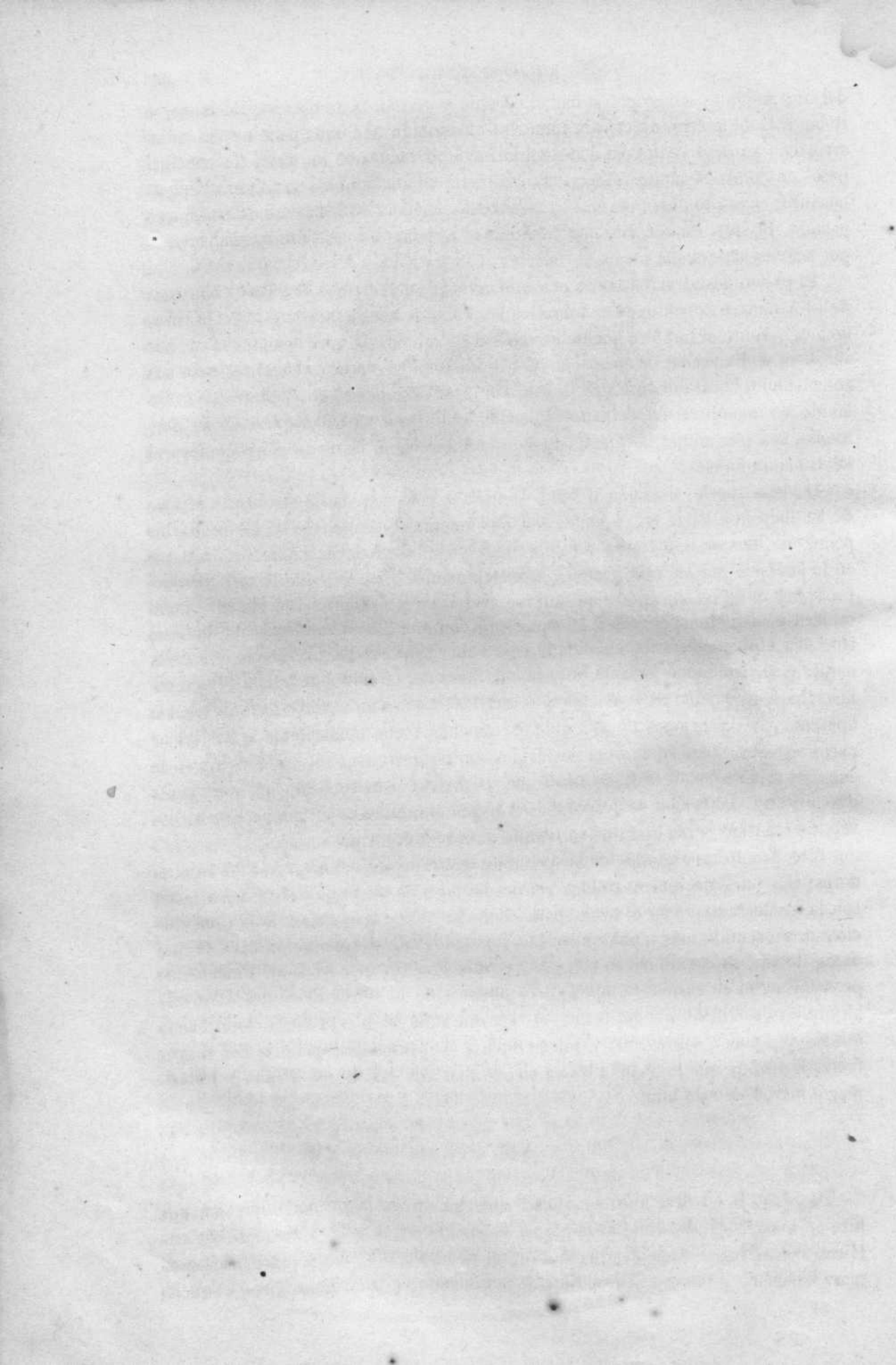
modo, la antigua aristocracia sobrevivía en la sangre, y se vengaba hasta después de su derrota de la democracia, que aunque la había subyugado, todavía la tenía envidia. La igualdad existe en las leyes mucho tiempo antes de establecerse entre las razas. La naturaleza es aristocrática; es preciso tener una larga práctica de la independencia para dar á los pueblos republicanos el noble continente y la dignidad civilizada del ciudadano. En las revoluciones, hasta en el mismo vencedor se percibe por mucho tiempo el *advenedizo* de la libertad. Las mujeres tienen un tacto delicado para distinguir estos matices. Madama Roland los comprendió; pero lejos de dejarse seducir por aquella superioridad de la aristocracia, se indignó más y sintió que su odio iba en aumento contra un partido al cual se le podía abatir, pero era imposible humillarlo.

Entonces fué cuando los esposos Roland se unieron estrechamente con algunos de los más fervientes partidarios de las ideas revolucionarias. No eran éstos los que más figuraban por el favor del pueblo, ni por lo brillante de sus talentos, sino los que parecía que amaban la revolución por sí misma, y que se sacrificaban con un sublime desinterés, no por sus propios adelantos, sino en beneficio y por los progresos de la humanidad. Brissot fué uno de los primeros que frecuentaron la casa de Roland. Mucho tiempo hacía que sus dueños estaban en correspondencia con él sobre asuntos de economía política y sobre los grandes problemas de la libertad. Sus ideas habían fraternizado; y habiendo ido robusteciéndose á un mismo tiempo, y aunque unidas de antemano estas tres personas por todas las fibras de unos corazones revolucionarios, Brissot no era conocido aún personalmente de los dos esposos. Aquel hombre, cuya vida aventurera y cuya infatigable polémica tenían mucha analogía con la juventud de Mirabeau, había adquirido ya cierta celebridad entre los periodistas y en los clubs. Madama Roland le aguardaba respetuosa, y tenía mucha curiosidad de verle para juzgar si las facciones de su rostro correspondían á la fisonomía de su alma. Ella creía que la naturaleza se revelaba en todas las formas y que la inteligencia y la virtud modelaban el exterior del hombre, del mismo modo que el estatuario imprime en el barro las formas palpables de su concepción. La primera entrevista la desengañó, pero no se disminuyó por eso el respeto que tenía á Brissot. Carecía éste de aquella dignidad de actitud y de aquella gravedad de carácter que parece el reflejo de la dignidad de la vida y de la gravedad de las doctrinas. Notábase algo en el hombre político que recordaba el libelista. Su ligereza chocaba á madama Roland, y hasta su alegría le parecía una profanación de las ideas austeras de que aquel hombre era órgano. El espíritu revolucionario, suficiente para apasionar su estilo, no lo era para lograr que aquella pasión se trasluciese en su rostro. Aquella mujer no hallaba en él bastante odio contra los enemigos del pueblo. Parecía que el alma móvil de Brissot no era suficientemente fuerte para llegar hasta el sentimiento del sacrificio. Su actividad, extendida á todos los objetos, le daba la apariencia de un artista de ideas, más bien que de un apóstol de la libertad. Pasaba también por ser un gran intrigante.

Brissot presentó en casa de madama Roland á su amigo y discípulo Petion, miembro ya de la Asamblea constituyente, y que se había distinguido por sus discursos en dos ó tres ocasiones. Era fama que Brissot le inspiraba. Buzot y Robespierre, miembros igualmente de la Asamblea, fueron también presentados en casa de la célebre republicana; Buzot, cuya belleza triste y cuya intrepidez y elocuencia



BUZOT.



debían, andando el tiempo, agitar el corazón y excitar la admiración de madama Roland; Robespierre, á quien la inquietud de su alma y el fanatismo de sus odios arrojaban ya desde entónces como un fermento de agitación en todos los conciliábulos en donde se conspiraba en nombre del pueblo. También acudían allí algunos otros cuyos nombres darémos á conocer á su tiempo en los fastos de este nuevo partido. Brissot, Petion, Buzot y Robespierre convinieron en reunirse cuatro veces por semana en aquella casa.

El objeto de estas reuniones era conferenciar en secreto sobre las debilidades de la Asamblea constituyente, sobre los lazos que la aristocracia armaba á la revolución, y sobre el impulso que debía darse á las opiniones, muy debilitadas ya, por ver si se podía acabar de consolidar el triunfo. Escogieron estos hombres para sus conciliábulos la casa de madama Roland por estar situada casi en el centro de todas las de los miembros que debían acudir allí. Aquí, como en la conspiración de Harmodio, era una mujer la que estaba con la antorcha en la mano para alumbrar á los conspiradores.

De esta suerte, madama Roland se hallaba colocada desde los primeros días de su llegada á París en el centro del movimiento. Su mano invisible tocaba los primeros hilos de una trama que, enredada y confusa todavía, debía desarrollarse en lo sucesivo por los más grandes acontecimientos. El papel que le tocó desempeñar era el único que podía permitirse á su sexo, y halagaba á la vez su orgullo mujeril y su pasión política. Ella supo salir con él con una modestia que hubiese sido una obra maestra de habilidad, á no haber sido en ella un simple dón de la naturaleza. Sentada al lado de un velador, fuera del círculo que aquellos hombres formaban, trabajaba en sus labores ó escribía, escuchando con una indiferencia aparente las discusiones de sus amigos. Muchas veces estaba tentada por tomar parte en ellas, pero se mordía los labios para reprimirse. Lo largo y difuso de aquellos consejos sin resultado inspiraba un hastío secreto en aquella alma enérgica y activa. La acción se evaporaba en palabras inútiles, y el tiempo pasaba llevándose consigo la ocasión oportuna, que nunca vuelve á presentarse.

Bien pronto las victorias de la Asamblea constituyente enervaron á los vencedores. Los jefes de esta Asamblea retrocedieron ante su propia obra, y pactaron con la aristocracia y con el trono para conceder al rey la revisión de la Constitución en un sentido más monárquico. Los diputados que se reunían en casa de madama Roland se desanimaron con esto, y cada uno tiró por su lado. Únicamente permanecieron en su puesto aquel corto número de hombres decididos é inflexibles que se sacrifican por un principio, sin que influya en este sacrificio lo bueno ó malo que pueda sobrevenir, y que se unen á las causas desesperadas con mayor fuerza á medida que la fortuna les va siendo más adversa. Buzot, Petion y Robespierre fueron de este número.

VIII

Hay para la historia una curiosidad siniestra en ver la primer impresión que hizo en madama Roland el hombre que, calentado en su seno y conspirando entónces con ella, había de derribar un día el poder de sus amigos, sacrificarlos en masa y enviarla á ella al cadalso. Ningun sentimiento de aversión advirtió á aquella

mujer en la época de que tratamos de que conspiraba su propia muerte al conspirar en favor de Robespierre. Si alguna vez tuvo cierto terror vago sobre este particular, al momento se desvaneció y fué reemplazado por una especie de compasion muy parecida al desden. Se le figuraba que Robespierre era un hombre honrado, y en favor de sus principios le perdonaba su mal lenguaje y su fastidioso desembarazo. Robespierre, como todo hombre que tiene una idea fija, sólo respiraba fastidio. Sin embargo, habia notado aquella mujer que siempre estaba recogido dentro de sí mismo, que no se franqueaba, que escuchaba todos los pareceres ántes de emitir el suyo, pero que al emitirlo no se dignaba nunca motivarlo. Parecido á todos los genios dominantes, su conviccion le parecia una razon suficiente. El dia siguiente subia á la tribuna, y aprovechándose para adquirir fama de las confidencias íntimas del dia anterior, adelantaba la hora de la accion concertada con sus amigos, y descubria de este modo el plan que se proponian. Se le reconvenia por esto en casa de madama Roland, pero él se excusaba siempre achacándolo á su demasiada ligereza. Estas faltas se atribuian por todos los demas á su juventud y á la impaciencia de su amor propio. Persuadida madama Roland de que aquel jóven amaba apasionadamente la libertad, tomaba su reserva por timidez, y no veia en sus traiciones sino un gran fondo de independencia. La causa comun lo tapaba todo. La parcialidad transforma los peores indicios en favor ó en indulgencia. «Defiende los principios con calor y tenacidad,—dice,—y tiene valor para defenderlos solo en esta ocasion en que el número de los defensores del pueblo se ha disminuido considerablemente. La corte le aborrece; luego nosotros debemos amarle. Yo estimo á Robespierre sólo por esta razon, y así se lo manifiesto; por su parte él, áun cuando no asiste con frecuencia á nuestra reunion nocturna, viene de cuándo en cuándo á comer á mi casa. Me chocó mucho el terror que manifestó el dia de la fuga del rey. Por la noche dijo en casa de Petion que la familia real no habia adoptado aquel partido sin dejar preparada en Paris una matanza de patriotas parecida á la célebre de la noche de *San Bartolomé*, y que él contaba ser asesinado ántes de veinticuatro horas. Petion, Buzot y Roland opinaban, por el contrario, que la fuga del rey equivalia á una abdicacion, y que era preciso aprovecharse de ella para preparar los espíritus á la república. Robespierre, sonriéndose y royéndose las uñas como tenia de costumbre, preguntaba qué era república.»

Aquel dia fué cuando Brissot, Condorcet, Dumont de Geneve y Duchatelet convinieron en escribir el periódico titulado *El Republicano*. En esto se ve que la idea de la república nació en la cuna de los girondinos ántes que en el alma de Robespierre, y que el 10 de Agosto no fué un accidente, sino un complot.

En esta misma época, madama Roland, por salvar la vida de Robespierre, se habia entregado sin reserva á uno de esos primeros movimientos que revelan una amistad á toda prueba, y que dejan huellas hasta en la memoria de los más ingratos. Despues de la jornada del Campo de Marte, acusado Robespierre de haber conspirado en union de los redactores de la célebre peticion de caducidad, y viéndose amenazado como faccioso por la guardia nacional, tuvo que ocultarse. Madama Roland, acompañada de su marido, fué á buscarle á las once de la noche al sitio en que se habia ocultado, para ofrecerle un asilo más seguro en su propia casa. Robespierre no estaba ya en aquel sitio, y madama Roland se fué desde allí á casa de Buzot, su comun amigo, y le instó vivamente á que fuese á los Fuldenses, en

donde entónces ejercia bastante influencia, á disculpar á Robespierre ántes de que se lanzase contra él el decreto de acusacion.

Buzot titubeó un momento, pero al cabo se decidió. «Haré—dijo—todo cuanto esté de mi parte por salvar á ese desgraciado jóven, aunque estoy muy léjos de opinar como ciertas personas con respecto á él. Piensa demasiado en sí para amar la libertad; pero la sirve, y esto me basta. Iré allí á defenderle.» De esta suerte, tres víctimas futuras de Robespierre conspiraban aquella noche, y sin que él lo supiese, por la salvacion del mismo hombre que, andando el tiempo, habia de conducir las al cadalso.



WILS. GAILDRAM

Combate en una iglesia de Caen.
Pág. 267.

El destino es un misterio de donde surgen las más extrañas coincidencias, y que no arma menos lazos á los hombres por sus virtudes que por sus crímenes. La muerte está en todas partes; pero sea cual fuere la suerte del hombre, sólo la virtud es la que no tiene remordimiento jamás, ni se arrepiente de haber obrado segun prescribe el deber.

En los calabozos de la Conserjería, madama Roland recordó con placer aquella noche. Si Robespierre se acordó tambien de ella cuando llegó al poder, este recuerdo debió ser más helado en su corazon que el hacha del verdugo.

LIBRO NOVENO.

Recomposicion de los hombres y de los negocios.—Robespierre se crea una tribuna en los Jacobinos.—Roland conducido al poder por sus amigos.—Mr. de Narbona ministro de la Guerra.—El rey fluctúa entre los partidos.—Entusiasmo general por la guerra.—Sólo Robespierre resiste á este entusiasmo y le combate.

I

Despues de la disolucion de la Asamblea constituyente y terminada ya la mision de Roland, éste y su esposa abandonaron Paris. Aquella mujer, que salia del centro de las facciones y de los negocios en que tanta parte habia tenido, volvió á la Platiere á entregarse de nuevo á los cuidados de su casa de campo; pero éstos ya no le eran agradables, despues de haber participado de la embriaguez de la revolucion. El movimiento general la arrastraba, á pesar de la distancia que la separaba del centro de él, y mantenía una correspondencia seguida con Buzot y con Robespierre; la de este último era seca y meramente política; la de Buzot, tierna y patética á la vez. Su espíritu, su alma y su corazon, todo llamaba á madama Roland á Paris. Entre ella y su marido hubo una disension, imparcial en la apariencia, para decidir si debian enterrarse en la soledad de los campos, ó volverse á la capital. Pero la ambicion del uno y el alma de la otra habian resuelto la cuestion de antemano sin que ellos lo supieran. El pretexto más fútil bastó á su impaciencia, y en el mes de Diciembre se hallaban instalados de nuevo en Paris.

Por entónces fué cuando sus amigos empezaron á estar en candelero. Petion acababa de ser nombrado corregidor y se creaba una república en el seno de la municipalidad; Robespierre, excluido de la Asamblea legislativa por la ley que prohibía que los miembros de la constituyente fuesen reelegidos, se creaba tambien una tribuna en los Jacobinos; Brissot reemplazaba á Buzot en la nueva Asamblea, y su fama como publicista y como hombre político reunió en torno de sus doctrinas á los jóvenes girondinos. Estos llegaban de su departamento con el ardor propio de su edad y con el impulso de otra segunda ola revolucionaria. A su llegada se alistaron en los cuadros que Robespierre, Buzot, Laclous, Danton y Brissot tenían ya organizados.

Roland, amigo de todos aquellos hombres, pero que figuraba en segunda línea y entre sombras, habia adquirido una de esas reputaciones sordas, que son tanto más poderosas sobre la opinion, cuanto ménos brillan exteriormente. Hablábase de él como una virtud de los tiempos antiguos, envuelta bajo la sencillez de un hombre de los campos. Bajo la capa de su silencio se le achacaba la grandeza del pensamiento, y bajo la cubierta del misterio se presentia en él al oráculo. El esplendor

y el genio de su mujer hacian que se fijasen en él todas las miradas, y hasta su misma medianía, única potencia de la virtud para neutralizar la envidia, le servia admirablemente. Como nadie le temia, todo el mundo le ponía de manifiesto: Pétion para cubrirse, Robespierre para minarle, Brissot para colocar su mala reputacion al abrigo de una probidad proverbial, Buzot, Vergniaud, Louvet, Gensonné y los girondinos por respeto á su ciencia y por verse arrastrados involuntariamente hácia madama Roland; la misma corte, por confianza en su honradez y porque no se alarmaba con su influencia. Este hombre caminaba al poder sin poner nada de su parte, ayudado por el favor de un partido, por el prestigio de lo desconocido sobre la opinion, por el desden de sus enemigos y por el talento de su mujer.

II

El rey se habia prometido un cuanto tiempo que la ira de la revolucion se mitigaria con el triunfo. Aquellos actos violentos y aquellas oscilaciones borrascosas entre la insolencia y el arrepentimiento, con las cuales se habia señalado la nueva Asamblea al tiempo de su instalacion, le habian desengañado dolorosamente. Alónto el ministerio á vista de tanta audacia, temblaba y confesaba en el consejo su insuficiencia. El rey estaba por conservar á unos hombres que tantas pruebas habian dado de adhesion á su persona. Algunos de ellos, confidentes y cómplices suyos, servian al rey y á la reina, bien por medio de relaciones con los emigrados, bien intrigando en lo interior.

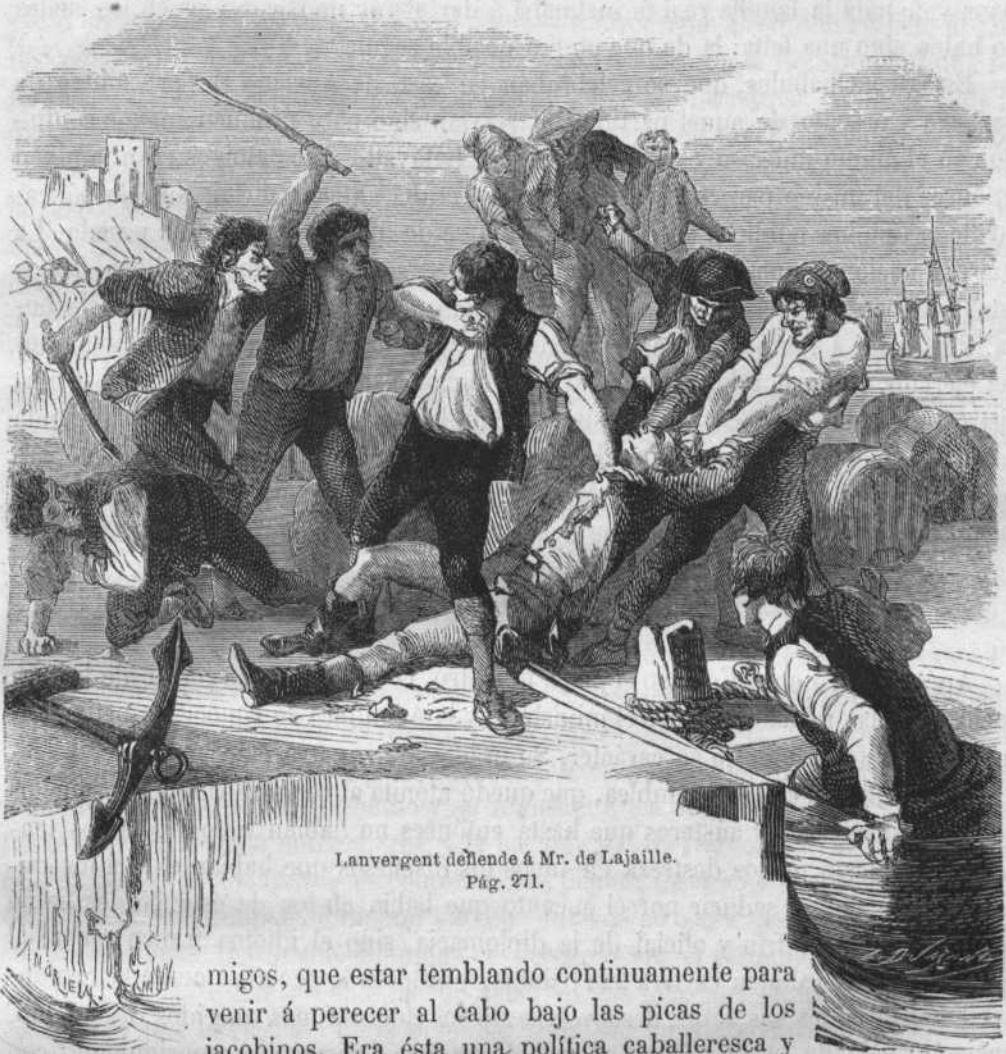
Mr. de Montmorin, hombre de disposicion, pero que no era á propósito para las dificultades de la época, se habia retirado del ministerio. Los dos hombres de más nota que habian permanecido en él eran Mr. de Lessart, ministro de Negocios extranjeros, y Mr. Bertrand de Molleville, ministro de Marina. Colocado Mr. de Lessart por su posición entre una Asamblea impaciente, una emigracion armada, un rey indeciso y Europa amenazadora por complemento, no podia dejar de sucumbir á pesar de sus buenas intenciones. Su plan era evitar la guerra á su país por medio de negociaciones y contemporizando cuanto fuese posible, suspender el aparato hostil de las potencias, presentar el rey á la intimidada Asamblea como el único árbitro y el solo negociador de la paz entre su pueblo y el extranjero. Así esperaba evitar, ó cuando ménos diferir por algun tiempo, el último choque entre la Asamblea y el trono, y restablecer la autoridad ordinaria del rey manteniendo la paz. Las disposiciones personales del emperador Leopoldo secundaban maravillosamente este pensamiento, que no tenia contra sí sino á la fatalidad, que impulsa á los hombres y á las cosas al desenlace más inesperado. Los girondinos, y Brissot con especialidad, le asediaban con sus acusaciones, porque veian en él el hombre que más podia retardar su triunfo. Sacrificándole, sacrificaban todo un sistema; su prensa y sus discursos lo designaban al furor del pueblo, y los partidarios de la guerra le habian destinado á ser su víctima. Este hombre no hacía traicion; pero para aquellos furiosos, negociar era sinónimo de ser traidor. El rey, que sabía que su conducta era irreprochable, y que se asociaba á él en todos sus planes, se negaba á sacrificarle á sus enemigos, sin lograr con esto otra cosa que acumular más resentimientos contra el ministro.

Mr. de Molleville era enemigo oculto de la Constitucion. Este aconsejaba al rey

que se sirviese de la hipocresía, cubriéndose con la letra para matar el espíritu de la ley, marchando por caminos subterráneos á una catástrofe violenta de la cual, segun él decia, debia salir triunfante la causa monárquica, creyendo en el poder de la intriga más que en el de la opinion, buscando en todas partes traidores á la causa popular, pagando el espionaje, sobornando todas las conciencias, no creyendo en la incorruptibilidad de nadie, manteniendo inteligencias secretas con los más rabiosos demagogos, pagando á peso de oro las mociones más incendiarias á fin de despopularizar la revolucion haciéndola cometer los mayores excesos, y atestando las tribunas de la Asamblea de agentes suyos que cubriesen de silbidos ó de aplausos los discursos de los oradores, creándose de este modo en las tribunas un pueblo fingido y una falsa opinion. Este hombre queria servirse de medios muy pequeños para obtener cosas muy grandes, contando con que es tan fácil engañar á una nacion como lo es engañar á un individuo. El rey, á quien era muy adicto, le queria como depositario de sus penas y como confidente de sus relaciones con el extranjero y de sus negociaciones con los partidos, con los cuales le servia de hábil mediador. Mr. de Molleville se mantenía así en equilibrio, apoyado en el favor íntimo del rey y en sus intrigas con los revolucionarios. Este hombre sabía hablar el lenguaje constitucional y era el depositario de los secretos de muchas conciencias que se le habian vendido. El rey, por complacer á la opinion, nombró ministro de la Guerra á Mr. de Narbona, para colocarle entre estos dos hombres. Madama de Staël y el partido constitucional se acercaron á los girondinos para sostenerle en el ministerio. Condorcet fué el mediador entre estos dos partidos. La esposa de éste, mujer de una belleza extremada, se unió á madama de Staël para favorecer al jóven ministro. La una le prestó el brillo de su genio, la otra la influencia de sus encantos. Estas dos mujeres parecia que habian confundido sus sentimientos en una adhesion comun hácia el hombre á quien ambas preferian. Su mutua rivalidad se sacrificó en este caso á su ambicion.

El punto de contacto del partido girondino con el constitucional en esta especie de fusion, cuya prenda fué la elevacion de Mr. de Narbona, era la pasion de aquellos dos partidos por la guerra. El partido constitucional la queria para liberar á la nacion de la anarquía interior y arrojar fuera de ella los gérmenes de agitación que amenazaban al trono. El partido girondino la deseaba para precipitar los ánimos á adoptar un partido extremo. Este partido se prometia que los peligros en que se veria la patria le darian fuerza para sacudir de sí el trono y para dar á luz el régimen republicano.

Bajo estos auspicios se encargó de la cartera de la Guerra Mr. de Narbona. Este tambien estaba por la guerra, pero no la queria para derribar un trono á cuya sombra habia nacido, sino para remover y deslumbrar la nacion, para probar fortuna por medio de un golpe desesperado, y para volver á poner á la cabeza del pueblo armado la alta aristocracia militar de la nacion. Componíase aquélla de Lafayette, Biron, Rochambeau, los Lameth, Dillon, Custines y el mismo Narbona. Si la suerte era favorable á las banderas francesas, victorioso el ejército bajo el mando de los jefes constitucionales, dominaria á los jacobinos, afianzaria la monarquía reformada y sostendria el establecimiento de las dos Cámaras. Si Francia era derrotada, no cabia duda en que tambien sucumbirian el trono y la aristocracia; pero valia más perecer noblemente en una lucha nacional entre Francia y sus ene-



La vergent dellende á Mr. de Lajaille.
Pág. 271.

migos, que estar temblando continuamente para venir á perecer al cabo bajo las picas de los jacobinos. Era ésta una política caballeresca y arriesgada que agradaba á los jóvenes por el heroísmo que en ella habia, y á las mujeres por el prestigio. Percibiase en ella la savia del valor frances, y Mr. de Narbona era su campeon en el consejo. Sus colegas Lessart y Bertrand de Molleville veian en aquel hombre un obstáculo perenne para sus planes. El rey fluctuaba como siempre, sin acabar de decidirse, ya adelantando, ya retrocediendo, y en esta indecision se veia á cada instante sorprendido por algun nuevo acontecimiento. Esta falsa posicion le tenia siempre en la imposibilidad de poder resistir un choque y de impulsar por sí mismo la marcha de las cosas.

Ademas de estos consejeros oficiales, consultaba el rey á los antiguos constituyentes Lameth, Duport y Barnave. Este último habia permanecido en Paris algunos meses despues de la disolucion de la Asamblea, y trataba de indemnizar por medio de una adhesion sincera á la monarquía los males que la habia ocasionado en un principio. Su espíritu habia medido la rápida pendiente adonde le habia precipitado el amor del aura popular. A este hombre le sucedió lo que á Mirabeau, á saber: que cuando quiso detenerse, era ya demasiado tarde para hacerlo. Entónces se vió asediado por los terrores y por los más agudos remordimientos. Si su intrépido corazon no temblaba por lo que á él pudiera sucederle, su ternura en favor de la

reina y de toda la familia real le inclinaba á dar al rey unos consejos en los cuales no habia sino una falta: la de que no era posible seguirlos.

Estos conciliábulos, que se celebraban en casa de Adriano Duport, amigo de Barnave y oráculo de aquel partido, no servian sino para producir mayor confusion en el ánimo indeciso y vacilante del rey. Lafayette y sus amigos eran tambien entónces del mismo parecer, y Lafayette, que el dia anterior dirigia aún despóticamente la opinion pública, no podia persuadirse de que su época habia pasado. La guardia nacional, que le era adicta, creia aún en su omnipotencia política. Todos estos hombres y todos estos partidos prestaban un secreto apoyo á Mr. de Narbona. Cortesano á los ojos de la corte, aristócrata á los de la nobleza, militar á los del ejército, popular á los del pueblo, y seductor á los de las mujeres, era el ministro universal de la esperanza pública. Sólo los girondinos tenian una segunda intencion en el favor aparente que le dispensaban, que era la de engrandecerle para poderle precipitar desde más alto. Mr. de Narbona no era para ellos sino el instrumento precioso é indispensable que debia preparar su advenimiento al poder.

III

Apénas entró en el Consejo el jóven ministro, cuando en la discusion de los negocios y en las relaciones entre el ministerio y la Asamblea se conoció la actividad, la gracia, la franqueza de su carácter. Su osadía le hizo atreverse á ensayar un sistema de confianza con la Asamblea, que quedó atónita al ver su abandono. Aquellos hombres suspicaces y austeros que hasta entónces no habian visto sino lazos tendidos con más ó ménos destreza en todos los discursos que habian oido á los ministros, se dejaban seducir por el encanto que habia en los de éste. No les habló nunca el lenguaje frio y oficial de la diplomacia, sino el idioma franco y cordial del patriota. Llevaba su cartera á la tribuna, y aceptando generosamente la responsabilidad de todos sus actos, desenvolvía allí los dogmas más queridos del pueblo, haciendo gala de profesarlos él mismo. Entregóse á discrecion, consiguiendo con esto que el arrojado impetuoso de su alma se comunicase aún á los hombres ménos fáciles de seducir. La nacion gozaba al contemplar un aristócrata á quien sentaba tan bien su traje, y que profesaba los mismos principios y tenia las mismas pasiones que ella. El ardor de su patriotismo no dejó que se resfriase aquel movimiento, que confundia en él al rey y al pueblo. Este hombre hizo prodigios de actividad en el corto tiempo de su administracion. Recorrió y puso en estado de defensa las plazas fuertes, creó ejércitos, arengó á las tropas, impidió la emigracion de la nobleza en nombre del peligro comun, nombró generales y volvió á poner en juego á Lafayette, á Rochambeau y á Luckner. Un ardor patriótico, cuyo principal autor era él, se apoderó de toda Francia. Haciendo del trono el centro nacional de la defensa del país, logró que el rey fuese querido por la mayor parte de los franceses. Los partidos se reconciliaron en el entusiasmo de la patria. Su elocuencia era enteramente militar, y tan rápida, brillante y sonora como el manejo de las armas. La efusion del corazón constituia su carácter. Ponia su alma de manifiesto ante los ojos de sus adversarios, y esta confianza cautivaba á todo el mundo.

El dia que fué nombrado ministro, en vez de anunciar su nombramiento dirigiendo una comunicacion oficial al presidente de la Asamblea, se presentó allí y

pidió en seguida la palabra. «Vengo — dijo — á ofrecer un profundo respeto al poder popular de que estais revestidos, una firme adhesion á la Constitucion que he jurado, y un amor denodado por la igualdad y por la libertad; sí, por la igualdad, que aunque no tenga ya adversarios, no deja por eso de tener necesidad de celosos defensores.» A los dos dias atrajo en su favor toda la Asamblea al hablar de la responsabilidad de los ministros. «Acepto — dijo — la definicion que acaba de darse de la situacion de los ministros, diciendo que la responsabilidad quiere decir *la muerte*. No escaseeis amenazas con respecto á nosotros, ni trateis de disminuirnos los peligros. Cargadnos sobre todo de trabas personales; pero al mismo tiempo dadnos los medios necesarios para que hagamos que marche la Constitucion. En cuanto á mí, aprovecho esta ocasion para rogar encarecidamente á los miembros de la Asamblea que me informen de todo cuanto crean que puede ser útil al bien público en mi administracion. Nuestros intereses y nuestros enemigos son unos mismos. Lo que debe llevarse á ejecucion no es la letra de la Constitucion, sino su espíritu. ¡No hay que contentarse sólo con cumplir con el deber, lo que necesitamos principalmente es salir bien con nuestra empresa! Vosotros vereis que el ministro está convencido de que no puede salvarse la libertad por otro medio que con vosotros y por vosotros. Dejad por un momento de desconfiar en nosotros, no nos condeneis hasta que lo hayamos merecido; entre tanto, dadnos con confianza los medios de poder servir.»

Semejantes palabras hacian impresion aún en los ánimos más prevenidos. Se votó la impresion de este discurso y su remision á los departamentos. Para cimentar esta reconciliacion entre el rey y la nacion, Mr. de Narbona se presentó en las comisiones de la Asamblea, les comunicó sus planes, discutió con ellas las medidas que se proponia adoptar, é inclinó los espíritus con sólo este paso á interesarse en sus resoluciones. Esta mancomunidad de gobierno era el verdadero espíritu de la Constitucion. Los demas ministros no veian en ella sino una humillacion al poder ejecutivo y una abdicacion de la dignidad real. Mr. de Narbona creia, por el contrario, que era el solo medio de reconquistar el espíritu de la nacion á favor del rey. La opinion habia disminuido las prerogativas del trono; sólo ella podia reintegrarle en ellas y consolidarlo. Obrando de este modo, consiguió Mr. de Narbona hacerse un ministro enteramente popular y arrastrar tras sí la opinion pública.

Cuando el emperador hizo comunicar al rey un mensaje alarmante respecto á la seguridad de las fronteras, el rey pasó personalmente á la Asamblea para enterarla de las disposiciones enérgicas que pensaba tomar. En cuanto salió Luis XVI del Congreso, volvió á entrar Mr. de Narbona, y subió á la tribuna. «Voy á marchar inmediatamente — dijo — á recorrer nuestras fronteras y á inspeccionar por mí mismo lo que pasa, no porque crea fundada la desconfianza que tiene el soldado en la oficialidad, sino porque espero disiparla hablando á unos y otros en nombre de la patria y del rey. Diré á los oficiales que las antiguas preocupaciones y un amor al trono, llevado más allá de lo conveniente y justo, han podido hacer excusable su conducta por un cuanto tiempo; pero que la palabra traicion no está en el diccionario de las naciones que conocen el honor. A los soldados les diré: Vuestros oficiales continúan en las filas de la nacion, y están ligados á la revolucion por el juramento y por el honor. La salvacion del Estado depende de la disciplina de su ejército. Desde aquí voy á entregar mi cartera al ministro de Nego-

cios extranjeros, y es tal mi confianza, y tal la que debe tener la nacion en su patriotismo, que desde ahora me constituyo responsable de todas las órdenes que dé en mi nombre durante mi ausencia.» Mr. de Narbona se mostró con este discurso tan hábil como magnánimo. El conocia interiormente que el crédito que tenia en la nacion era suficiente para cubrir la impopularidad de su colega Lessart, denunciado ya por los girondinos, y de este modo se situaba entre éstos y su víctima. La Asamblea se veia arrastrada por este hombre singular. Obtuvo, pues, veinte millones para los primeros apréstos, y el baston de mariscal de Francia para el anciano Luckner. La prensa y hasta los mismos clubs le aplaudieron. La decision general por la guerra podia más que cualquier otro resentimiento.

Sólo un hombre resistia en los Jacobinos este entusiasmo universal, y este hombre era Robespierre. Hasta entónces no habia sido éste sino un mantenedor de ciertas ideas, un agitador subalterno, infatigable é intrépido, pero de escasa importancia entre tantos grandes nombres. Desde aquel dia se convirtió en un hombre de Estado. Sintió su fuerza interior, apoyó esta fuerza en un principio, y se atrevió á combatir solo abogando por la paz. Se sacrificó sin reparar en el número de sus adversarios, y con ejercitarla, adquirió mucha más fuerza de la que anteriormente tenia.

La cuestion de paz ó de guerra se agitaba en los gabinetes de los príncipes amenazados por la revolucion, en los consejos de Luis XVI, en los conciliábulos de los partidos, en la Asamblea, en los Jacobinos y en la prensa periodística. El momento era decisivo. Era tambien evidente que las negociaciones entre el emperador Leopoldo y Francia, con motivo de las grandes reuniones de emigrados en los Estados dependientes del imperio, tocaban ya á su término, y que ántes de mucho tiempo, ó el emperador daria una satisfaccion á Francia disipando aquellas reuniones, ó ésta le declararia la guerra, y con semejante declaracion atraeria sobre sí las hostilidades de todos sus enemigos á la vez. Esto era un desafío en el cual Francia arrojaba el guante á toda Europa.

Ya hemos visto que estaban por la guerra los hombres de Estado, los revolucionarios, los constitucionales, los aristócratas y los jacobinos. La guerra era para todo el mundo una apelacion á la suerte. Impaciente Francia, queria que la derrota ó la victoria se pronunciasen por ella. La victoria le parecia la única salida posible á sus dificultades interiores; la derrota tampoco la asustaba. Creia en ella, y sin embargo, desafiaba á la muerte. Robespierre pensaba de otra manera muy distinta.

Este comprendió dos cosas: primera, que la guerra era un crimen gratuito contra el pueblo; segunda, que áun cuando terminase felizmente, perderia á la democracia. Robespierre consideraba la revolucion como la aplicacion rigurosa de los principios de la filosofia política á las sociedades. Criado, convencido y apasionado por Juan Jacobo Rousseau, el *Contrato social* era su evangelio; la guerra hecha con la sangre de los pueblos era á sus ojos lo que será siempre á los de todo sabio, una matanza en masa para satisfacer la ambicion de unos pocos, y sólo gloriosa en el caso de ser defensiva. Robespierre no creia que Francia se hallase en un apuro tan grande que no pudiese salvarse por otro medio que el de abrir aquella vena de la humanidad, de dontle saldría la sangre á torrentes. Convencido de la omnipotencia de las nuevas ideas cuya fe y fanatismo abrigaba en su alma, inacce-

sible á toda clase de intriga, no temia que algunos príncipes fugitivos y algunos miles de aristócratas emigrados pudiesen imponer leyes á una nacion cuyo primer suspiro de libertad habia sido bastante fuerte para levantar el trono en peso, y con él á la nobleza y el clero. Tampoco pensaba que las potencias europeas, desunidas é indecisas, osasen declarar la guerra á una nacion que proclamaba la paz mientras no fuesen atacadas. Robespierre tenia una conviccion íntima de que los ejércitos europeos serian derrotados si la perversidad de sus respectivos gabinetes llegaba hasta el extremo de intentar aquella cruzada contra la razon humana; porque creia que habia una fuerza invencible en la justicia de cualquiera causa, que el derecho aumentaba la energía de un pueblo, que su desesperacion equivalia á un buen ejército, y que Dios y los hombres estaban por el pueblo.

Pensaba ademas que, si era del deber de Francia el propagar á los demas pueblos las luces y los beneficios de la razon y de la libertad, el destello natural y tranquilo de la revolucion francesa sobre el resto del mundo sería un medio de propagacion más infalible que el de las bayonetas, que la revolucion debia ser una doctrina y no una monarquía universal fundada con la punta de la espada, y que no se debia coligar el patriotismo de las naciones contra sus dogmas. El imperio de sus nuevas máximas estaba en las almas, segun su modo de ver, y la fuerza de las ideas revolucionarias consistia en su misma luz.

Pero aún comprendió más: comprendió que la guerra ofensiva perderia inevitablemente á la revolucion y aniquilaria aquella república prematura de que le hablaban los girondinos, pero que él no acertaba á definir bien todavía. Si la guerra es desgraciada, se decia aquel hombre interiormente, Europa sofocará sin esfuerzo bajo el peso de sus ejércitos el primer gérmen de ese nuevo gobierno, que aunque tendrá algunos mártires que sabrán morir confesándolo, no tendrá un país donde poder renacer. Si la suerte de la guerra nos es ventajosa, el espíritu militar, cómplice perenne del espíritu aristocrático, el honor, que es la religion que une al soldado al trono, y la disciplina, que es el despotismo de la gloria, ocuparán el puesto de las virtudes varoniles á que el ejercicio de la Constitucion haya acostumbrado al pueblo, y este pueblo se lo perdonará todo, hasta la misma esclavitud, á los que le hayan salvado. El reconocimiento de una nacion hácia los jefes que hayan conducido sus hijos á la victoria es un lazo en que caen siempre los pueblos. Ellos mismos doblarán voluntariamente la cerviz para que les impongan el yugo, y sus virtudes cívicas palidecerán ante el brillo de las hazañas militares. O el ejército volverá á escudar el antiguo trono, y Francia tendrá un Monk, ó el ejército coronará al general que tenga más suerte, y entónces la libertad tendrá un Cromwel. En las dos hipótesis, la revolucion se le escapa al pueblo y cae á merced de un soldado. Luego salvarla de la guerra es libertarla de un lazo que se le tiende. Estas reflexiones acabaron de decidirle. Todavía no habia violencia en sus pensamientos, pero veia de léjos, y veia con mucha exactitud y prevision.

Este fué el origen de su rompimiento con los girondinos. La justicia de éstos era la política, y en la guerra les parecia que la habia. Con justicia ó sin ella, ellos la querian y trataban de hacerla servir de instrumento para derribar el trono y procurar su propio engrandecimiento. Todo el mundo puede ver en esta contienda si las faltas primeras estuvieron en los demócratas ó en los hombres esencialmente ambiciosos. Este combate encarnizado, que debia concluir por la muerte de ambos

partidos, se abrió el 12 de Diciembre en la sesion nocturna del club de los Jacobinos.

IV

«He meditado seis meses, ó por mejor decir, desde el primer dia de la revolucion,—dijo Brissot, que era el alma de la Gironda,—sobre el partido que voy á sostener. Por la fuerza del raciocinio y por la de los hechos, he llegado á tener la conviccion de que un pueblo que ha conquistado su libertad despues de diez siglos de esclavitud, tiene necesidad de guerra. La necesita para consolidar la libertad y para purgar la Constitucion de los restos del despotismo; nosotros la necesitamos ahora para hacer desaparecer á todos los hombres que pueden corromperla. Ya que teneis fuerza para castigar á los rebeldes y para intimidar al mundo, tened tambien la audacia que para uno y otro se requiere. Los emigrados persisten en su rebelion, y los soberanos extranjeros se obstinan en sostenerlos. ¿Puede vacilarse en atacar á los unos y á los otros? Nuestro honor, nuestro crédito público y la necesidad de moralizar y de consolidar la revolucion nos imponen el deber de hacerlo así. Francia quedaria deshonorada si sufriese la insolente sublevacion de algunos facciosos y los ultrajes que un déspota no sufriria impunemente ni quince dias. ¿Qué quereis que piensen de nosotros? No, es preciso que nos vengamos, ó que nos resolvamos á ser el oprobio de las naciones. Es indispensable que tomemos una justa venganza destruyendo esas hordas de bandidos, ó que consintamos en ver perpetuarse las facciones, las conjuraciones y los incendios, y en tolerar la audacia cada dia más insolente de nuestros aristócratas. Estos fundan sus esperanzas en el ejército de Coblentza, y tienen puesta en él toda su confianza. ¿Quereis acabar de un golpe con la aristocracia? Destruid á Coblentza. El jefe de la nacion se verá obligado á reinar por la Constitucion, con nosotros y por nosotros.»

Estas palabras del hombre de Estado de la Gironda hallaban eco en todos los corazones, no sólo en el club de los Jacobinos, sino en los puntos más distantes del reino. Los aplausos frenéticos de las tribunas no eran sino la manifestacion de la impaciencia universal de todos los partidos por obtener un desenlace á aquella crisis. Necesitaba Robespierre tener un alma de bronce para ir á un mismo tiempo contra sus amigos, contra sus enemigos y contra el sentimiento nacional. Esta lucha de una idea contra todas las pasiones duró algunas semanas sin cansarle. Las grandes convicciones son infatigables, y Robespierre luchó solo, por espacio de un mes, contra toda Francia. Sus mismos enemigos hablaban con respeto de esta obstinada resistencia. Si no tenian valor para seguirle, no se avergonzaban de tributarle los merecidos elogios á que la firmeza de su carácter le hacía acreedor en esta ocasion. Su elocuencia, seca, verbosa y dialéctica en un principio, se fué elevando con ejercitarla tanto. Los periódicos reproducian todos los discursos de aquel hombre. «¡A tí, oh pueblo, que no tienes medios para hacerte con los discursos de Robespierre, prometo yo dártelos íntegros!—decia *El Orador del Pueblo*, diario de los jacobinos.—Guarda bien las preciosas hojas que van á seguir á ésta, en las que hallarás los discursos que te he dicho. Estos son obras maestras de elocuencia, que deben quedar archivadas perpetuamente en todas las familias, para enseñar á los que vengan despues de nosotros que Robespierre ha existido para la felicidad pública y para salvar la libertad.»

Después de haber agotado todos los argumentos que la filosofía, la política y el patriotismo podían suministrar contra una guerra ofensiva comenzada bajo la inspiración de los girondinos, fomentada á la sordina por los ministros y conducida por los generales aristocráticos sospechosos al pueblo, subió Robespierre por última vez á la tribuna, en la noche del 13 de Enero, para contestar á Brissot, y reasumió en una oración tan hábil como patética todo cuanto llevaba dicho anteriormente.

«Sí, me habeis vencido; me paso á vuestro partido,—dijo con voz turbada,— y pido también la guerra. ¡Qué digo! La pido más terrible y más irreconciliable que vosotros; yo no la quiero como acto de sabiduría, de razón ni de política, sino como último recurso de la desesperación. La pido con una condición, que sin duda también queréis vosotros, porque no me figuro que los que han abogado por la guerra hayan querido engañarnos; la pido á muerte, heroica, y tal en fin como el genio de la libertad la declararía á todos los despotismos, tal como el pueblo de la revolución la haría conducido por sus jefes naturales, y no como la desean quizá ciertos soldados intrigantes, ciertos ministros y ciertos generales ambiciosos, que aunque patriotas no pueden menos de infundir graves sospechas.

»Pues bien, franceses, vosotros, hombres del 14 de Julio, que supisteis conquistar la libertad sin guías y sin jefes, venid, venid pues; formemos ese ejército que, según vosotros decís, ha de conquistar el universo. Pero ¿dónde está el general que, defensor imperturbable de los derechos del pueblo y enemigo nato de los tiranos, no respire jamás el aire emponzoñado de las cortes y cuya virtud esté comprobada por el odio y por la desgracia en que está en aquellas, aquel general cuyas manos puras no se hayan teñido en nuestra sangre, y que sean dignas de llevar delante de nosotros la bandera de la libertad? ¿Dónde está ese nuevo Catón, ese tercer Bruto, ese héroe todavía desconocido? ¿Si alguno hay que se reconozca en los rasgos que acabo de trazar, que venga! Nosotros vamos á colocarle á nuestra cabeza... Pero ¿en dónde está? ¿Dónde están aquellos soldados del 14 de Julio, que depositaron ante el pueblo las armas que les había entregado el despotismo? Soldados de Chateauvieux, ¿en dónde estais? ¡Venid á secundar nuestros esfuerzos! Pero sería más fácil arrancar su presa á la muerte que sus víctimas al despotismo. ¡Ciudadanos que habeis tomado la Bastilla, venid! La libertad os llama y os hará la honrosa justicia de colocaros en primera fila... ¡No responden! ¡La miseria, la ingratitud y el odio de los aristócratas los han dispersado! ¡Y vosotros, ciudadanos sacrificados en el Campo de Marte en el mismo acto de una confederación patriótica, no estareis ya con nosotros! ¡Ah! ¿Qué habían hecho esas mujeres y esos pobres niños que se revuelcan en su propia sangre? ¡Oh Dios, cuántas víctimas! ¡Siempre del pueblo! ¡Siempre entre los patriotas más puros! ¡Y los conspiradores poderosos respiran y triunfan! ¡Venid al menos vosotros, guardias nacionales, que os habeis consagrado más especialmente á la defensa de nuestras fronteras en esta guerra con que la perfidia nos amenaza! ¡Venid! Pero ¿qué esto? ¿Todavía no estais armados? ¡Cómo! Después de dos años que hace que estais pidiendo las armas, ¿no os las han dado aún? ¡Qué digo! ¡Os han negado hasta los uniformes, y estais condenados á andar errantes de departamento en departamento, siendo objeto del desprecio de los ministros y de la risa de los patricios que os pasan revista para gozarse en vuestra miseria! ¡No importa! Venid y pelearémos desnudos como los americanos.

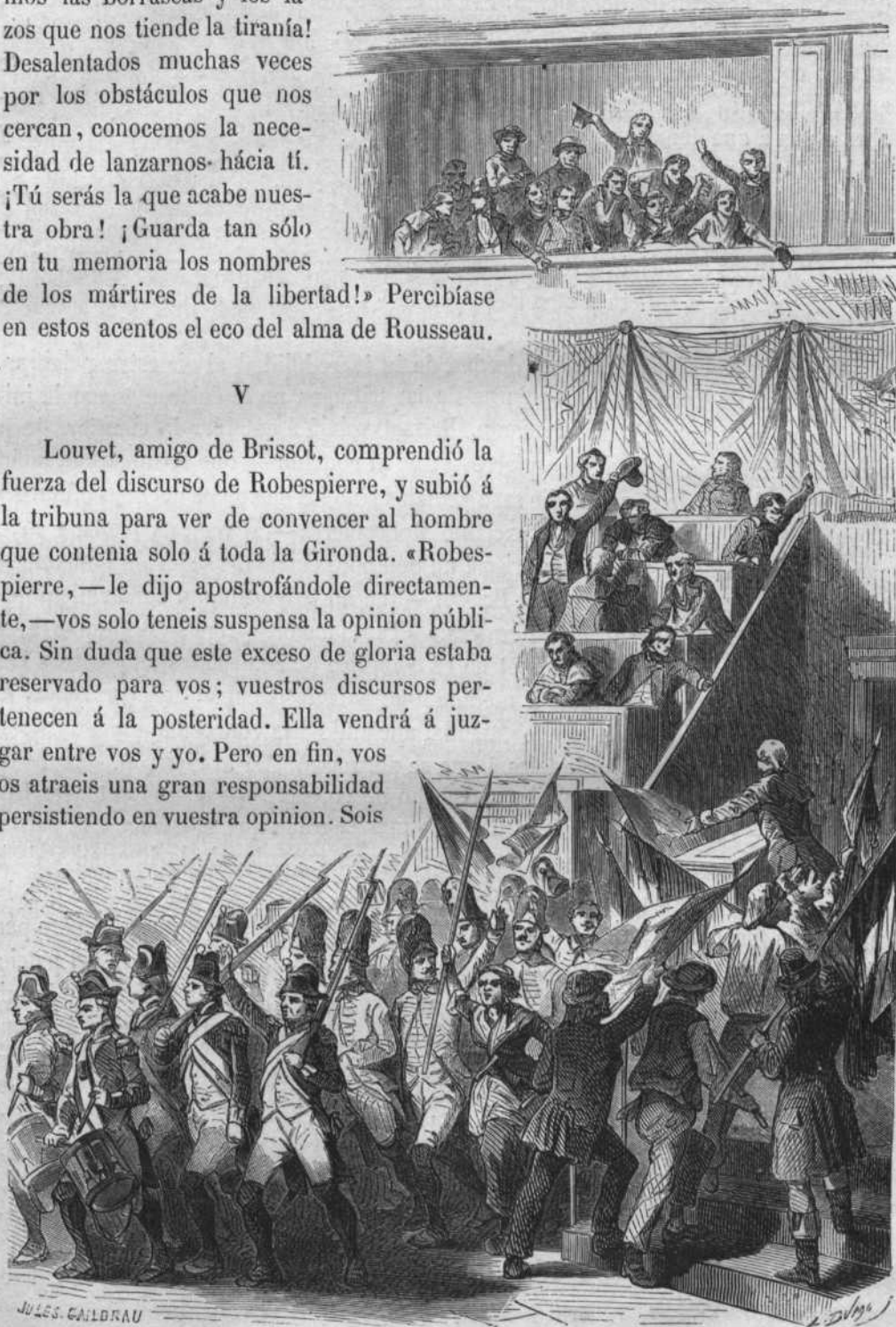
»Pero ¿guardaremos para derribar los tronos á recibir las órdenes del ministerio de la Guerra? ¿Esperaremos para hacerlo la de la corte? ¿Nos mandarán esos mismos patricios, esos eternos favoritos del despotismo, en la guerra que vamos á emprender contra los aristócratas y los reyes? No. Marchemos solos. Pero ¡qué es esto! Los mismos defensores de la guerra me detienen; ved ahí al señor Brissot, que me dice que es preciso que el señor conde de Narbona conduzca todo éste negocio, que es preciso tambien que marchemos mandados por el señor marqués de Lafayette, y que sólo al poder ejecutivo pertenece conducir la nacion á la victoria y á la libertad. ¡Ah, ciudadanos! ¡Estas palabras han roto todo el encanto! ¡Adios victoria, adios independencia de los pueblos! ¡Si alguna vez caen los tronos de Europa, no serán semejantes manos las que los derriben! España será aún por algun tiempo lo que ha sido hasta el dia. Leopoldo continuará siendo el tirano de Alemania y de Italia, y no veremos tan pronto á Caton ni á Ciceron reemplazando en el cónclave á los papas y á los cardenales. Lo digo con franqueza: la guerra, tal como yo la concibo y como acabo de proponérsela, es irrealizable; y si la guerra que debemos aceptar es la de la corte, la de los ministros, la de los patricios llamados malamente patriotas ó la de los intrigantes, ¡ah! en semejante caso, léjos de creer en la libertad del mundo, no creo ni aún en la vuestra. Lo mejor que podemos hacer es defenderla contra la perfidia de los enemigos interiores que os están meciendo para que os durmais con esas heroicas ilusiones.

»Voy á reasumirme triste y friamente. He probado que la libertad no tenia enemigo más temible que la guerra; he probado que ésta, aconsejada por hombres sospechosos, no era en manos del poder ejecutivo sino un medio de destruir la Constitucion y de acelerar el desenlace de una trama urdida contra la revolucion. Favorecer estos planes bajo cualquier pretexto es asociarse á los traidores. Todo el patriotismo del mundo, todos los lugares comunes que quieren llamarse políticos no cambian nada la naturaleza de las cosas. Predicar, como lo hacen el señor Brissot y sus amigos, la confianza que debemos tener en el poder ejecutivo, é implorar el favor del público hácia los generales, es desarmar á la revolucion y desposeer á la nacion de la poca vigilancia y energía que aún le resta. En la horrible situacion adonde nos han conducido el despotismo, la ligereza, la intriga, la traicion y la ceguedad general, yo no me aconsejo sino de mi corazon y de mi conciencia; yo no tengo consideraciones sino con la verdad, ni soy condescendiente sino con mi patria. Bien sé que algunos patriotas censuran la franqueza con que presento el cuadro aflictivo de nuestra situacion, no desconozco esta falta. ¿La verdad no es bastante culpable sólo por ser verdad? ¡Ah! Con tal que el sueño sea dulce, ¡qué importa el despertarse al ruido de las cadenas de la patria y en medio de la calma de la esclavitud! No turbemos, pues, la quietud de esos dichosos patriotas, no; pero que sepan que sin vértigo y sin miedo podemos medir toda la profundidad del abismo en que nos hallamos metidos. Enarbolemos la divisa del palatino de Posnania: *Prefero las borrascas de la libertad á la calma de la esclavitud.* Si el momento de la emancipacion no hubiese llegado todavía, nosotros tendríamos paciencia para aguardarle. Si la generacion presente no estuviese destinada sino á agitarse en el lodo inmundado en que la ha sumergido el despotismo, si el teatro de nuestra revolucion no debe presentar á los ojos del mundo sino una lucha continuada entre la perfidia y la debilidad, entre el egoísmo y la ambicion, la nueva

generacion empezará á purificar esta tierra manchada con tantos vicios. Ella nos traerá, no la paz del despotismo, ni las estériles agitaciones de la intriga, sino el fuego y el acero para incendiar los tronos y para exterminar á los tiranos. ¡Posteridad más dichosa que nosotros, tú no nos eres desconocida! ¡Por tí desafiamos las borrascas y los lazos que nos tiende la tiranía! Desalentados muchas veces por los obstáculos que nos cercan, conocemos la necesidad de lanzarnos hácia tí. ¡Tú serás la que acabe nuestra obra! ¡Guarda tan sólo en tu memoria los nombres de los mártires de la libertad!» Percibiase en estos acentos el eco del alma de Rousseau.

V

Louvet, amigo de Brissot, comprendió la fuerza del discurso de Robespierre, y subió á la tribuna para ver de convencer al hombre que contenia solo á toda la Gironda. «Robespierre, —le dijo apostrofándole directamente,—vos solo teneis suspensa la opinion pública. Sin duda que este exceso de gloria estaba reservado para vos; vuestros discursos pertenecen á la posteridad. Ella vendrá á juzgar entre vos y yo. Pero en fin, vos os atraeis una gran responsabilidad persistiendo en vuestra opinion. Sois



Los soldados de Chateauvieux desfilan por la sala de la Asamblea nacional.—Pág. 279.

responsable, no sólo ante nuestros contemporáneos, sino también ante las generaciones venideras. Si, la posteridad vendrá á colocarse entre vos y yo, por más indigno que me considere por mi parte de ese honor. Ella dirá: En la Asamblea constituyente compareció un hombre inaccesible á todas las pasiones, uno de los defensores más grandes del pueblo. Era preciso estimar y amar en él sus virtudes; era también preciso admirar su valor; era adorado por el pueblo, á quien había servido constantemente, y lo que vale mucho más es que era digno de semejante adoración. Abrióse de repente un precipicio. Distraído aquel hombre por las muchas cosas á que tenía que atender, creyó ver el peligro en donde no le había, y no le vió en donde existía en realidad. Había allí otro hombre oscuro, pero cuya atención no estaba fija sino en el momento presente; ilustrado este hombre por otros ciudadanos, descubrió aquel peligro y no pudo decidirse á permanecer silencioso. Entónces se dirigió á Robespierre y quiso hacérselo tocar con el dedo. Robespierre volvió la cabeza á otro lado, y retiró su mano. El desconocido persistió y salvó el país...»

Sonrióse Robespierre con el desden de la incredulidad al oír estas palabras. Las súplicas de Louvet y los conjuros de las tribunas no le dejaron tomar la iniciativa en la sesión del día siguiente. Brissot volvió á entablar la cuestión de la guerra. «Suplico al señor Robespierre — dijo al concluir — que termine una lucha tan escandalosa y de la que nadie saca ventajas sino los enemigos del bien público.» «Grande ha sido mi sorpresa — exclamó Robespierre — al ver esta mañana en el periódico redactado por el señor Brissot un pomposo elogio del señor de Lafayette.» «Declaro solemnemente — contestó Brissot — que no tengo ningún conocimiento de la carta inserta en *El Patriota Frances*.» «Tanto mejor, — repuso Robespierre; — me encanta ver que el señor Brissot no es cómplice de semejantes apologías.» Las palabras se iban envenenando á medida que se envenenaban los corazones. El anciano Dusaulx medió en esta contienda, apelando á la concordia que debía reinar entre patriotas y conjurádoles á que se abrazasen. Así lo hicieron. «Acabo de cumplir un deber fraternal que ha satisfecho mi corazón, — exclamó entónces Robespierre. — Todavía me queda otra deuda más sagrada que satisfacer á la patria. Todo afecto personal debe ceder ante los intereses sagrados de la libertad y de la humanidad. Yo podré fácilmente conciliarlos aquí con las consideraciones que he prometido tener á todos los que los sirven. He abrazado al señor Brissot, pero persisto en combatirle. ¡Que nuestra paz no repose sobre otra base que la del patriotismo y la virtud!» El aislamiento mismo de Robespierre probaba su fuerza é influía cada día más sobre los espíritus indecisos. Los periódicos empezaban ya á ablandarse en su favor. Marat atacaba á Brissot con sus invectivas. Camilo Desmoulins, en unos pasquines improvisados, descubrió la vergonzosa asociación de Brissot y Morande, el deshonorado libelista de Lóndres. El mismo Danton, adorador ciego de la fortuna, temiendo engañarse, estaba vacilante entre los girondinos y Robespierre. Estuvo callado mucho tiempo; al fin pronunció un discurso lleno de voces sonoras, pero en el cual se conocía bajo el énfasis de las palabras la vacilación de las convicciones y el embarazo en que se hallaba su espíritu.

LIBRO DIEZ.

La muerte de Leopoldo y la impaciencia de los girondinos precipitan la marcha de los sucesos.—Proyecto de mensaje presentado por Vergniaud.—El rey se niega á sancionar los decretos contra los sacerdotes y los emigrados.—La guerra civil se va preparando en la Vendée.—Rómperse en el Mediodía.—Asesinato de Lescuyer en Aviñon.—Jourdan llega al condado.—Asesinatos de Aviñon.—La Asamblea decreta el castigo de los asesinos.—Los jacobinos hacen que sean amnistiados.—Santo Domingo.—Reaccion de los negros contra los blancos.—Los mulatos hacen causa comun con los negros.—Insurreccion.—El mulato Ogé, jefe de la insurreccion, es sentenciado á muerte y ejecutado.—Sublevacion general.—Degüello de los blancos.—Aumentanse en Francia los desórdenes interiores.—Síntomas de una guerra religiosa.—Alborotos de Caen.—El abate Fauchet.—Su retrato.—Su vida.—Reaccion realista en Mende.—Asesinato de Lajaille en Brest.—Desórdenes en las guarniciones.—Insubordinaciones militares impunes.—Los suizos de Chateaufieux.

I

En tanto que pasaban estas cosas en los Jacobinos, los periódicos, ecos permanentes de los clubs, sembraban por todas partes en el pueblo las mismas ansiedades y la misma indecision. La diplomacia sorda del gabinete de las Tullerías y la del emperador Leopoldo trataban en vano de dilatar el desenlace de esta crisis, é iban á quedar burladas por la impaciencia de los girondinos y por la muerte del emperador. Este príncipe filósofo iba á descender al sepulcro, llevándose consigo todos los deseos de conciliacion y todas las esperanzas de paz. El solo contenía á toda, Alemania. Mr. de Narbona burlaba con demostraciones públicas las negociaciones secretas de su colega Mr. de Lessart, para contemporizar y para hacer que todas las disensiones entre Francia y el resto de Europa se terminasen en un congreso.

El comité diplomático de la Asamblea, impulsado por Narbona y lleno de girondinos, proponía ya resoluciones decisivas. Este comité, establecido por la Asamblea constituyente y dominado por el elevado pensamiento de Mirabeau, interpe-laba á los ministros sobre todas las relaciones exteriores. Corrido así el velo de la diplomacia, rotas las negociaciones y siendo imposibles las transacciones y las combinaciones, los gabinetes europeos eran citados continuamente en la tribuna francesa. Los girondinos, principales agitadores de aquel comité en la época de que tratamos, no tenían ni las luces ni la reserva necesarias para manejar sin romper los hilos de una diplomacia complicada. Un discurso era para ellos de más estima que una negociacion. Poco les importaba el ruido que podía hacer su palabra en los gabinetes extranjeros, con tal que sonase bien en el salon de sesiones y en las tribunas. Por otra parte, querían la guerra, y se hallaban hombres de Estado con sólo romper de un golpe la paz de Europa. Extraños á la política, se reputaban hábiles porque no tenían escrúpulos. Afectando la indiferencia de Maquiavelo, ellos se figuraban tener ya su profundidad.

Una comunicacion del emperador Leopoldo, de fecha 21 de Diciembre, dió pretexto para una explosion en la Asamblea. «Los soberanos reunidos de comun acuerdo—decia el emperador—para mantener la tranquilidad pública y para sostener el honor y la seguridad de las coronas...» Estas últimas palabras conmueven todos los espíritus, y ya no se trata sino de descifrar su verdadero sentido. ¿Cómo es—dicen—que el emperador, cuñado y aliado de Luis XVI, le habla ahora por primera vez de este concierto formado entre los soberanos? ¿Y contra quién puede ser esto, á no ser contra la revolucion? ¿Cómo los ministros y los embajadores de la revolucion habian ignorado hasta ahora que existiese? Si lo habian sabido, ¿por qué se lo habian ocultado á la nacion? ¿Luego habia una doble diplomacia que trabajaba en contra de la otra? ¿Luego el comité austriaco no era un sueño de los facciosos? ¿Luego habia en la diplomacia oficial impericia ó traicion, ó quizá ambas cosas á la vez? Hablábase del congreso proyectado, y los miembros de la Asamblea se preguntaban si era posible que fuese otro su objeto que el de imponer modificaciones á la Constitucion francesa. Aquellos hombres se indignaban con sólo pensar que hubiese que suprimir ni una sola letra de la Constitucion para acceder á las exigencias de la Europa monárquica.

En medio de esta agitacion de los espíritus fué cuando Gensonné, individuo del comité diplomático, presentó en nombre de aquél un informe sobre el estado de nuestras relaciones con el emperador. Gensonné, Guadet y Vergniaud, compatriotas y amigos, fueron nombrados diputados en un mismo dia, y luego formaron aquel triunvirato de talento, de opinion y de elocuencia que despues se llamó la Gironda. Una dialéctica obstinada y una ironía áspera y mordaz eran los dos caracteres distintivos del talento de Gensonné. Sus pasiones revolucionarias eran fuertes, pero razonadas.

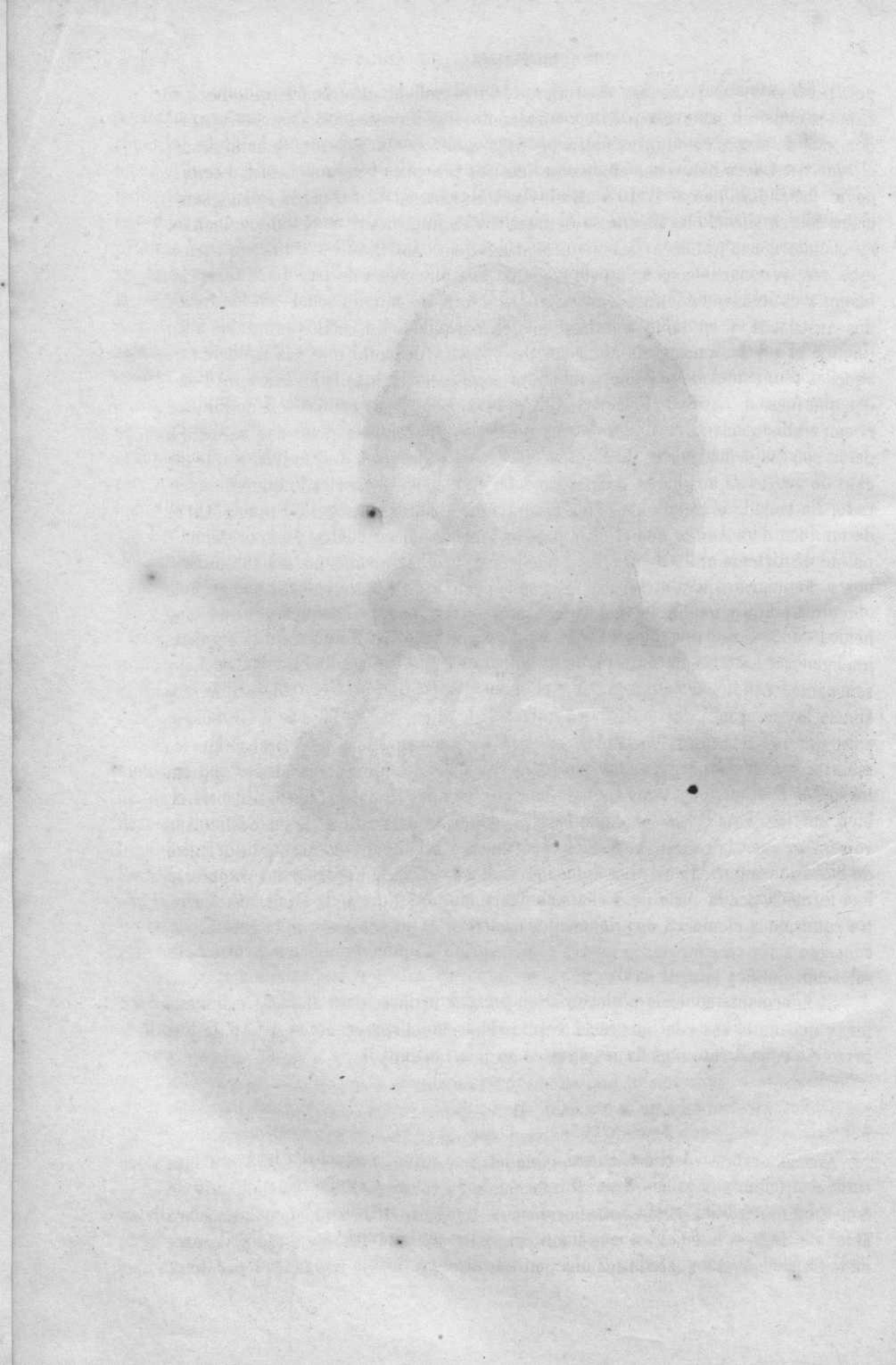
Antes de entrar en la Asamblea habia ido comisionado en union de aquel Dumouriez, que luego se hizo tan célebre, á estudiar el espíritu de las poblaciones de los departamentos del Oeste, para ver qué medidas podrian adoptarse para la pacificacion de aquellas comarcas, agitadas por las contiendas religiosas. Su informe, luminoso y digno, propendia á la tolerancia y á la libertad, esos dos grandes tópicos de las conciencias. Ahora se hallaba decidido, como todos los girondinos, á llevar la revolucion hasta su forma extrema y definitiva: la república. Sin embargo, no estaba impaciente por derribar el trono constitucional, con tal que el gobierno estuviese en manos de su partido.

Ligado por amistad al ministro Narbona, sus detractores le han acusado de haberse vendido á él. No hay motivo ninguno que legitime semejante sospecha. Si el alma de los girondinos no estaba exenta de ambiciones y de intrigas, sus manos fueron siempre puras y la corrupcion no tuvo entrada en su corazon. Gensonné, en su informe en nombre de la comision, se proponia á sí mismo dos cuestiones. Primera: ¿cuál era nuestra situacion política con respecto al emperador? Segunda: ¿su último oficio debia ser mirado como una hostilidad? Y en tal caso, ¿es preciso acelerar, atacándole, el instante de un rompimiento inevitable?

«Nuestra situacion respecto al emperador—se respondia—es el interes frances sacrificado á la casa de Austria, nuestro dinero y nuestra sangre prodigados por ella, y nuestras alianzas interrumpidas. ¿Y qué pruebas de correspondencia se nos han dado? Voy á decíroslo: nuestra revolucion ha sido insultada, nuestra escara-



GENSONNÉ.



pela profanada, las reuniones de emigrados han hallado proteccion en todos los Estados dependientes del imperio, y finalmente, segun confiesa el mismo emperador, está de acuerdo con otras potencias para venir contra nosotros. Cuando desde el seno del Luxemburgo nos amenazan nuestros príncipes con una invasion inminente, jactándose de que están apoyados por las potencias, el Austria calla y sanciona con su silencio las amenazas de nuestros enemigos. Ciertamente es que de cuándo en cuándo afecta condenar las manifestaciones que son hostiles á Francia; pero estas reconvenções convenidas no son sino una hipocresía de paz. La escarapela blanca y el uniforme contrarrevolucionario se llevan sin ningun rebozo en los Estados austriacos, y en tanto nuestros colores nacionales no están permitidos allí. Cuando el rey ha amenazado al elector de Tréveris diciendo que iria á dispersar aquellas reuniones que nos amenazaban, el emperador ha mandado al general Bender que fuese á socorrer al elector. Aún es esto poco: en la conferencia de Pilnitz, el emperador declara, en union del rey de Prusia, que ambas potencias se entenderán con las demas cortes de Europa tocante á los negocios de Francia, y que en caso de guerra se auxiliarán recíprocamente. Así queda demostrado que el emperador ha violado el tratado de 1756, contratando alianzas sin saberlo Francia. Queda tambien demostrado que él mismo se ha constituido en centro y motor principal de un sistema antifrances. ¿Cuál puede ser su objeto, como no sea intimidarnos y dominarnos para atraernos insensiblemente á un congreso en el que se nos obligue á admitir modificaciones vergonzosas en las nuevas instituciones que nos hemos dado? Quizá esta idea habrá nacido en el seno de Francia, quizá algunas inteligencias secretas hacen esperar al emperador que no se alterará la paz bajo semejantes condiciones. Se engaña: el momento en que el fuego de la libertad abraza los corazones de veinticuatro millones de almas no es el más á propósito para que los franceses consientan en una capitulacion, á la cual preferirian la muerte. Nuestra situacion es tal que la guerra, que en tiempos normales es uno de los azotes más terribles de la humanidad, hoy en nuestro país es hasta útil para el bien público. Esta crisis saludable elevará al pueblo á la altura de su destino, le volverá su energía primitiva, restablecerá nuestro crédito y sofocará todo germen de disension intestina. En una situacion análoga, el gran Federico no rompió la liga formada por la corte de Viena sino adelantándose á tomar la iniciativa. Vuestra comision diplomática os propone que acelereis los preparativos de la guerra: un congreso sería vergonzoso; la guerra es necesaria, la opinion pública la provoca, la salvacion pública la ordena.»

El informante concluía pidiendo al emperador explicaciones claras y terminantes, y que en el caso de que estas explicaciones no llegasen ántes del 10 de Febrero, se considerase aquella negativa como una hostilidad.

II

Apénas acabó su lectura, cuando Guadet, que presidia aquel dia la Asamblea, subió á la tribuna para comentar el informe de su colega y amigo. Guadet, hijo de San Emilion, pueblo de las inmediaciones de Burdeos, era ya un abogado célebre ántes de llegar á la edad en que los hombres suelen adquirir nombradía. Aguardado impacientemente por la tribuna política, llegó en fin á la Asamblea legislativa.

Discípulo de Brissot, ménos profundo, tan valiente y más elocuente que él, unido íntimamente á Gensonné y á Vergniaud, todos de una misma edad, de un mismo país y de las mismas pasiones, dotado de un alma enérgica y de una palabra seductora, tan propio para resistir á los movimientos de una asamblea popular como para precipitarla hácia un desenlace definitivo, manifestaba todos estos dones de la inteligencia en una de esas fisonomías meridionales, en las cuales se enciende la pasión con el mismo fuego del discurso.

«Acaba de hablarse de un congreso, — dijo. — ¿Qué infame complot es el que se arma contra nosotros, y hasta cuándo sufrirémos que se nos fatigue con esas maniobras y se nos ultraje con esas amenazas? ¿Han pensado bien esos hombres en lo que traman? La sola idea de la posibilidad de una capitulación de la libertad podría llevar hasta el crimen á los descontentos, y ántes que todo es preciso evitar los crímenes. Enseñemos, pues, á todos esos príncipes que la nación está resuelta á mantener íntegra su Constitución ó á perecer en masa con ella. En una palabra, ¡señalemos de antemano su sitio á los traidores, y que este sitio sea el cadalso! Propongo que se decrete ahora mismo que la nación mira como traidores, infames á la patria y culpables del crimen de lesa nación á todos los agentes del poder ejecutivo, á todos los franceses (*Várias voces: A todo legislador*) que tomen parte directa ó indirectamente en un congreso cuyo objeto sería obtener una modificación en la Constitución, ó mediar entre Francia y los rebeldes.»

A estas palabras la Asamblea se levantó cual si fuese un solo hombre. Todos los diputados extendieron el brazo derecho con la mano abierta, en la actitud de quien va á prestar un juramento. Las tribunas unieron sus aplausos á los de la sala, y el decreto se votó.

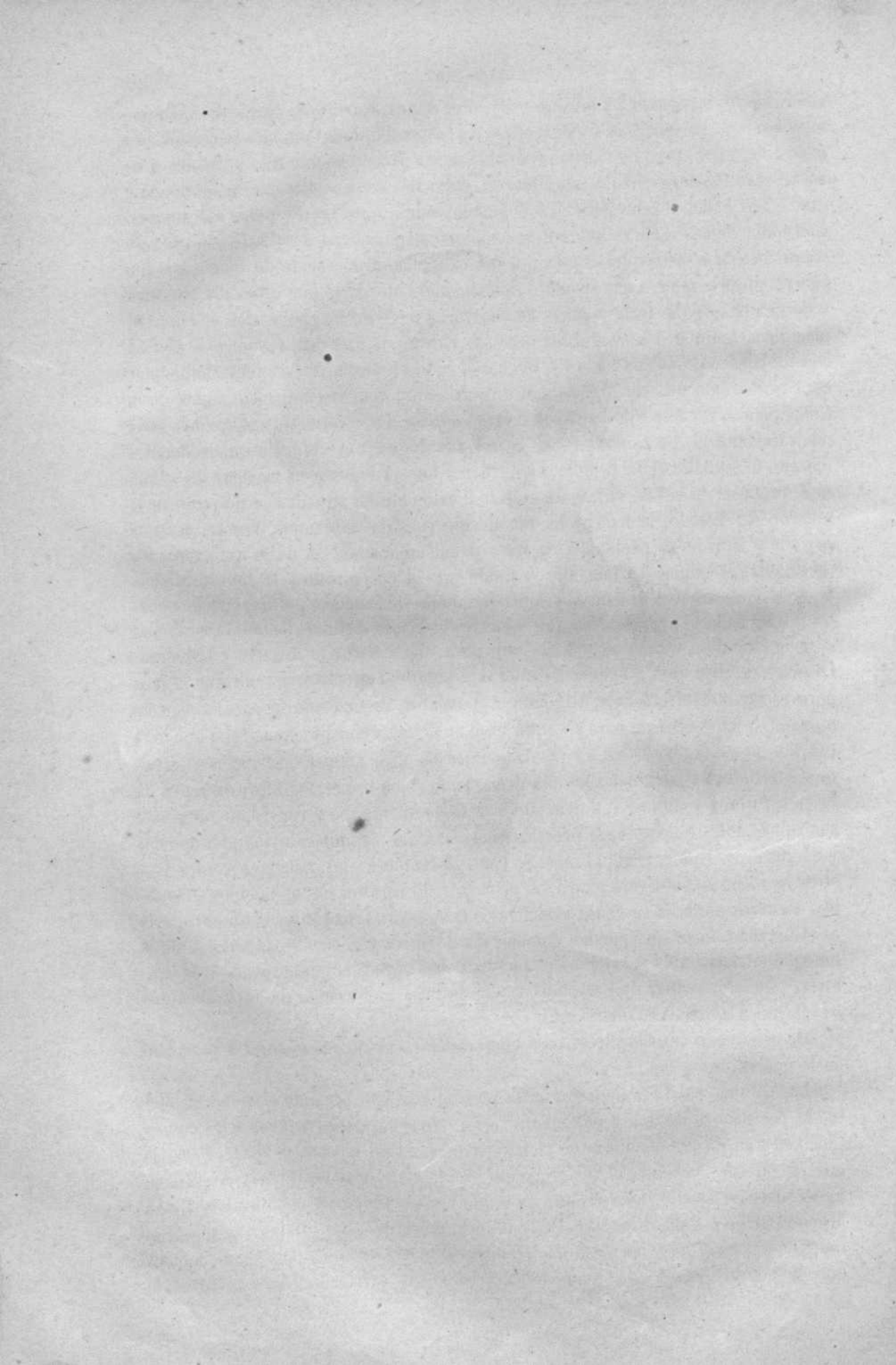
Mr. de Lessart, á quien el gesto y las reticencias de Guadet parecían haber designado como víctima á las sospechas del pueblo, no quiso cargar sobre sí el enorme peso de aquellas terribles alusiones. «Se ha hablado — dijo — de los agentes políticos del poder ejecutivo; yo debo declarar que no reconozco en nadie el derecho, ni sé que nadie pueda estar autorizado á sospechar con fundamento de su fidelidad. En cuanto á mí, me contentaré con repetir las palabras de uno de mis colegas en el ministerio, palabras que yo acepto como si fuesen mías: «¡La Constitución ó la muerte!»

Miéntas que Gensonné y Guadet sublevaban la Asamblea en esta escena concertada ántes, Vergniaud sublevaba la multitud con la proclama dirigida al pueblo francés, y repartida con profusion entre las masas. Los girondinos calcaban á Mirabeau. Acordábanse del efecto que habia producido dos años ántes el proyecto de mensaje dirigido al rey para que licenciase las tropas.

«¡Franceses! — dice Vergniaud. — La guerra con todo su formidable aparato amenaza vuestras fronteras. Se habla de un complot contra la libertad. Vuestros ejércitos se reúnen, y grandes movimientos agitan el imperio. Unos sacerdotes sediciosos preparan en el secreto de las conciencias y hasta en los mismos púlpitos una sublevación general contra la Constitución. Las leyes marciales eran necesarias. Desde entónces nos habian parecido justas... pero no habíamos logrado sino hacer brillar un momento la cuchilla á los ojos de la rebelión. El rey se ha negado á sancionar nuestros decretos. Los príncipes de Alemania hacen de su territorio una guarida de conspiradores perpetuos contra vosotros. Ellos protegen las maquina-



GAUDET.



ciones de los emigrados, y les dan asilo, oro, armas, caballos y municiones. Llevar todo esto con paciencia es suicidarnos. ¡Ah! No cabe duda que habeis renunciado á las conquistas, pero no habeis prometido sufrir pacientemente tan insolentes provocaciones. Vosotros habeis sacudido el yugo de vuestros tiranos, y ciertamente que no lo habeis hecho para ir á doblar la rodilla ante los déspotas extranjeros. Con todo, debeis estar muy alerta porque os hallais rodeados de lazos; se trata de conducirnos por medio del disgusto ó del cansancio á un estado de languidez que enerve vuestro valor. Bien pronto quizá se tratará de darle una direccion siniestra y de extraviaros. Se trata ademas de separaros de nosotros; para ello se sigue el plan de calumniar á la Asamblea nacional y de acriminar á la revolución. Evitad con cuidado esos pánicos terrores. Rechazad con indignacion á esos impostores que, cubriéndose con un celo hipócrita al mismo tiempo que afectan ser amantes de la Constitucion, no cesan de hablaros de *monarquía*. La *monarquía* para ellos es la contrarrevolucion. La *monarquía* es la *nobleza*. La contrarrevolucion quiere decir el diezmo, la feudalidad, la Bastilla, los grillos y los verdugos para castigar los sublimes impulsos de la libertad; quiere decir igualmente los satélites extranjeros en lo interior del Estado, la bancarota que devore vuestros asignados, vuestra fortuna privada y la riqueza nacional; los furores del fanatismo, los de la venganza, los asesinatos, el saqueo, el incendio, y finalmente el despotismo y la muerte disputándose entre arroyos de sangre y sobre montones de cadáveres el imperio de vuestra desgraciada patria. Nobleza quiere decir dos clases distintas de hombres: la una para la grandeza y la opulencia, la otra destinada á sufrir la miseria y la bajeza. La primera, dispuesta á apoyar la tiranía; la segunda, sin otro porvenir que la más dura esclavitud. ¡Nobleza! ¡Ah! Esta sola palabra es una injuria para la especie humana. Y sin embargo, para asegurar el éxito de estas conspiraciones se pone toda Europa en movimiento contra vosotros. Pues bien, es preciso destruir estas esperanzas criminales por medio de una declaracion solemne. Sí, los representantes de Francia, libres y unidos íntimamente á la Constitucion, se verán sepultados bajo sus ruinas ántes que se logre hacerles acceder á una capitulacion indigna de ellos y de vosotros. Unidos, tranquilizaos. Se trata de sublevar las naciones contra vosotros, pero no se sublevará sino á los príncipes. El corazon de los pueblos es vuestro. Vosotros abrazais su causa al defender la vuestra. Tened odio á la guerra, ésta es el mayor crimen que pueden cometer los hombres y el azote más terrible de la humanidad; pero toda vez que se os fuerza á ella, seguid el curso de vuestros destinos. ¿Quién es capaz de prever hasta dónde llegará el castigo de los tiranos que os obligan á tomar las armas?»

De este modo aquellos tres votos conjurados se unian para lanzar á la nacion en la guerra.

Las últimas palabras de este escrito presentaban con bastante claridad al pueblo la perspectiva de una república universal. No eran ménos ardientes los constitucionales en dirigir las ideas de la nacion hácia el mismo fin, es decir, hácia la guerra. Mr. de Narbona, al volver de su rápido viaje, tranquilizó á la Asamblea, tanto sobre el estado del ejército como sobre el de las plazas fortificadas. En su discurso alabó á todo el mundo. Presentó á la patria al jóven Mateo de Montmorency, nombre el más hermoso de Francia, y de un carácter más noble todavía que su nombre, como el símbolo de la aristocracia sacrificándose á la libertad.

tad. Afirmó que el ejército no separaba, en su adhesión á la patria, á la Asamblea del rey. Elogiaba sobre todo á los jefes de las tropas. Nombró para mandar el ejército del Norte á Rochambeau, á Berthier para Metz, á Biron para Lille, y á Luckner y Lafayette para el Rhin. Habló de los planes de campaña concertados entre estos generales, segun órden que para ello habian recibido del rey. Enumeró los guardias nacionales que estaban dispuestos á formar la segunda línea del ejército activo, y solicitó que se les armase inmediatamente. Pintó á aquellos voluntarios como hombres que daban al ejército el carácter más imponente, á saber: el de la fuerza y el de la voluntad nacional. Respondió de los oficiales que habian prestado juramento á la Constitucion, y trató de vindicar á los que no habian querido hacerlo de la nota de traidores, y animó á la Asamblea á no desconfiar en los dudosos. «La desconfianza—dijo—es en estos tiempos borrascosos el más natural, pero tambien el más peligroso de los sentimientos. La confianza compromete. Le importa mucho á un pueblo manifestar que no puede tener sino amigos.» Despues de esto, dió cuenta de las fuerzas que tenia la nacion, que consistian en ciento diez mil infantes y veinte mil caballos, todos dispuestos á entrar en campaña inmediatamente.

Este informe, apoyado por Brissot en su periódico, alabado y aplaudido por los girondinos en la Asamblea, no dejó ya ningun pretexto á los que querian diferir la lucha. Francia conocia sus fuerzas en el exceso de su ira, y nada podia ya contenerla. La impopularidad del rey iba en aumento, y su indecision irritaba cada dia más los ánimos. Dos veces habia detenido ya con el *veto* los efectos de las enérgicas medidas decretadas por la Asamblea. Las dos cosas sobre que habia recaído aquél eran el decreto contra los emigrados y el que conminaba á los sacerdotes no juramentados. Estos dos *vetos*, de los que el uno le era inspirado por su honor y el otro por su conciencia, eran dos armas terribles que la Constitucion habia puesto en su mano, y de las cuales no le era posible usar sin herirse. Los girondinos se vengaban de su resistencia imponiéndole la guerra contra sus hermanos los príncipes y contra el emperador, á quien suponian cómplice suyo.

III

Los libelistas y los periodistas jacobinos presentaban continuamente al pueblo los dos *vetos* como otras tantas traiciones. Los tumultos de la Vendée se achacaban á complicidad secreta entre el rey y un clero rebelde. En vano el departamento de Paris, compuesto de hombres que respetaban las conciencias, tales como Mr. de Talleyrand, Mr. de Larochehoucauld y Mr. de Beaumetz, presentó al rey una peticion en la cual los verdaderos principios de libertad protestaban contra lo arbitrario de la inquisicion revolucionaria de una multitud de contrapeticiones que llegaban de todos los departamentos.

Mucho tiempo hacía que el estado del reino estaba en armonía con el de Paris. En los departamentos no se veia otra cosa que alborotos, disturbios, denuncias y motines. Todos los correos traian noticias de nuevos escándalos, de nuevas peticiones sediciosas, de nuevos motines y de nuevos asesinatos. Los clubs establecian otros tantos centros de resistencia á la Constitucion cuantos cantones habia en el imperio. La guerra civil que se preparaba en la Vendée se abrió por los asesinatos de Aviñon.

Esta ciudad y el condado, reunidos á Francia por el último decreto de la Asamblea constituyente, habian quedado desde aquella época en un estado el más favorable á la anarquía. Los partidarios del gobierno papal y los de la reunion á Francia luchaban allí en una alternativa de esperanza y de temor, que prolongaba y envenenaba cada día más los odios que recíprocamente se tenian. El rey, por un escrúpulo religioso, habia suspendido por largo tiempo la ejecucion del decreto de reunion. Temeroso de usurpar á la Iglesia sus dominios, tardaba en decidirse, y estas dilaciones impolíticas daban lugar á los crímenes.

Francia estaba representada en Aviñon por unos mediadores. La autoridad provisional de éstos estaba apoyada por un destacamento de tropas de línea. El poder reposaba en la dictadura de la municipalidad. La poblacion, agitada y apasionada, se dividia en dos partidos, el uno frances ó revolucionario, el otro opuesto á la reunion á Francia y á la revolucion. El fanatismo religioso de uno de estos partidos, y el entusiasmo exagerado del otro por la libertad, les inducian á cometer los mismos crímenes. El ardor de la sangre, la sed de venganza particular y el fuego del clima avivaban más las pasiones civiles de todos. Las violencias de las repúblicas italianas debian volverse á reproducir en las costumbres de esta colonia italiana, de esta sucursal de Roma situada á orillas del Ródano. Cuanto más pequeños son los Estados, tanto más atroces son en ellos las guerras civiles. Las opiniones encontradas se convierten en odios personales; las batallas allí no son sino asesinatos. Aviñon preludiaba ya los que iba á cometer en masa empezando por alguno que otro parcial.

El 16 de Octubre empezó á notarse una agitacion sorda y á formarse multitud de grupos compuestos en su mayoría de gentes del pueblo enemigas de la revolucion. Las paredes de las iglesias se hallaron desde muy temprano cubiertas de pasquines incitando al pueblo á sublevarse contra la autoridad provisional del ayuntamiento. Contábase una porcion de milagros ridículos con los que se trataba de persuadir al vulgo ignorante que el cielo reclamaba pronta venganza de los atentados cometidos contra la religion. Uno de los que corrian más acreditados era que una imágen de la Virgen, por la que el pueblo tenia gran veneracion y que estaba en la iglesia de los Franciscanos, se habia puesto encarnada al ver las profanaciones de su templo y habia derramado lágrimas de dolor y de indignacion. Criado el pueblo en estas supersticiones bajo el gobierno papal, se habia dirigido en masa á los Franciscanos para vengar la causa de su Soberana Patrona. Animado por las exhortaciones de los fanáticos y confiado en la intervencion divina, el tropel salió de los Franciscanos, y aumentándose por instantes, marchó desde allí á las murallas, volvió los cañones hácia la ciudad y se diseminó por las calles pidiendo la caida del gobierno. El desgraciado Lescuyer, notario de Aviñon y secretario del ayuntamiento, fué designado particularmente al furor de aquellas hordas, que arrancándole violentamente de su casa, le llevaron arrastrando desde ella hasta el altar de los Franciscanos, donde le sacrificaron á palos y á sablazos, dejándole como víctima expiatoria á los piés de la imágen ofendida. La guardia nacional y un destacamento que salió del fuerte con dos piezas de artillería, dispersaron el pueblo y recogieron el cadáver de Lescuyer. Pero las cárceles de la ciudad habian sido forzadas, y los malvados que estaban en ellas se unieron á los amotinados, dispuestos á secundarlos en sus asesinatos. Eran de temer unas horribles represalias, y sin

embargo, los mediadores, ausentes de la ciudad, se dormían en medio del peligro, ó hacían como que no lo veían. Es indudable que había inteligencias secretas entre los agitadores de los clubs de París y los revolucionarios de Aviñon.

Uno de esos hombres hienas que parece que olfatean la sangre y que presagian el crimen llegaba entónces á Aviñon procedente de Versalles. Llamábase este hombre Jourdan, pero debe cuidarse de no confundirle con otro revolucionario del mismo nombre hijo de Aviñon. El que nos ocupa había nacido en aquellas áridas y calcinadas montañas del Mediodía, en donde hasta los mismos animales son más feroces que en otras partes. Este hombre había sido alternativamente carnicero, herrador, contrabandista en las gargantas que separan á Saboya de Francia, soldado, desertor, mozo de caballos, y finalmente tabernero en un arrabal de París, y en estos oficios y ocupaciones había adquirido todos los vicios de la más hedionda hez del populacho. Los primeros asesinatos cometidos por el pueblo en las calles de París habían puesto de manifiesto que la verdadera pasión de este hombre era la del asesinato. Después de cometido éste y para hacerle todavía más deshonesto, se presentaba en el sitio de la carnicería á despedazar las víctimas, de lo cual se vanagloriaba. Este monstruo puede decirse que era un verdadero carnicero de hombres. El era el que había introducido sus manos en el pecho y arrancado de allí los corazones de Mrs. Foulon y Berthier; el que había cortado las cabezas á los dos guardias de corps Varicourt y Huttes, el 6 de Octubre en Versalles; el que había vuelto á París con ellas puestas en una pica, y el que echaba en cara al pueblo que se hubiese contentado con tan poco, y que le hubiese hecho venir para no cortar más que dos cabezas. Este malvado contaba poder saciar mejor su sed de sangre en Aviñon, y por eso se trasladó allí.

Había en dicha ciudad un cuerpo de voluntarios conocido bajo el nombre de ejército de Vaucluse, formado de la hez de aquellas comarcas y mandado por un tal Patrix. Asesinado éste por sus soldados, cuyos excesos quería moderar, Jourdan fué nombrado para reemplazarle por derecho de sedición y de maldad. Aquellos mal llamados soldados, á quienes se echaba en cara sus atropellos y asesinatos, semejantes á los *pillos* de Bélgica y á los *sans-culottes* de París, tenían el insulto á gloria, y ellos mismos se titulaban los valientes bandidos de Aviñon. Colocado Jourdan á la cabeza de aquella canalla, asoló é incendió el condado, sitió á Carpentras, y finalmente fué rechazado con pérdida de quinientos hombres, replegándose á Aviñon, que aún estaba preocupado y estremecido con el recuerdo del asesinato de Lescuyer. Jourdan se presentó entónces á ofrecer su brazo y el de sus soldados á la venganza del partido francés. En la jornada del 30 de Agosto, Jourdan y sus soldados cerraron las puertas de la ciudad, se esparcieron por las calles, rodearon las casas de los que eran señalados como enemigos de la revolución, y arrancaron de ellas á la fuerza, sin distinción de sexo ni edad, á cuantos las habitaban, encerrándolos en seguida en palacio. Llegada la noche, los asesinos derriban las puertas y sacrifican á aquellas víctimas desarmadas y suplicantes, sirviéndose de barras de hierro para llevar á cabo esta atrocidad. En vano aquella multitud de hombres, de mujeres y de niños reclama auxilio dando horribles y lamentables gritos. La ciudad oye el ruido de la matanza, pero no se atreve á dar socorro á sus hermanos, porque el mismo horror del crimen hiela la sangre en las venas de todos los ciudadanos. Los asesinos preludian la muerte de las mujeres por medio

de irrisiones y de indecencias que la hacen más horrorosa, y el asesinato de estas infelices empieza por martirizar su pudor. La risa, las lágrimas, el vicio, la sangre, la lujuria y la muerte se confunden en aquella horrorosa escena. Cuando no queda nada que matar, se mutilan los cadáveres y se barre la sangre en los patios para hacerla salir por las letrinas de palacio. Los restos mutilados se llevan al pozo de la nieve, se tapia éste, y así se pone en él el sello de la venganza popular. Jourdan y sus satélites ofrecen el homenaje de esta noche á los mediadores franceses y á la Asamblea nacional. Los malvados de Paris admiran y encomian el hecho de aquellos caribes. La Asamblea se estremece de indignacion, recibe aquel crimen como un ultraje, y el presidente se desmaya al leer la relacion de lo que habia pasado en la funesta noche de Aviñon. Decrétase en seguida la prision de Jourdan y de sus cómplices, pero aquél logra evadirse. Perseguido por los franceses, se mete á escape en el rio Sorgue. Un soldado lanza su caballo tras él, le alcanza en mitad del rio, se echa el fusil á la cara para concluir con él, pero no sale el tiro. Sin embargo, se logra cogerle, se le ata inmediatamente, y el suplicio le aguarda. Entónces los jacobinos imponen á los girondinos la amnistía de los asesinatos de Aviñon. Jourdan, seguro de la impunidad y enorgullecido de su crimen, vuelve á comparecer allí para sacrificar á los que le habian denunciado.

La Asamblea se estremece por un momento á la vista de aquella sangre, pero despues se apresura á volver la cabeza á otro lado por no verla. La impaciencia que tenia por reinar sola no le daba lugar para tener compasion. Habia, por otra parte, entre los girondinos y los jacobinos una emulacion y una rivalidad por colocarse á la cabeza de la revolucion, que hacian temer á cada uno de los partidos que el otro se le adelantase y llegase á obtener el mando supremo ántes que él. Ni los cadáveres eran ya suficientes para contener el ímpetu de cada uno de estos partidos, y un llanto muy prolongado, por justo que fuese el motivo que lo causaba, hubiera podido pasar por debilidad.

IV

Las víctimas iban aumentándose cada día y los desastres se sucedian sin interrupcion. Parecia que el imperio iba á desplomarse y caer sobre sus moradores. La rica colonia francesa de Santo Domingo nadaba en sangre, y Francia recibió el castigo de su egoísmo. La Asamblea habia proclamado la libertad de los negros, pero esto lo habia hecho sólo por ser consecuente en sus principios; mas la esclavitud subsistia de hecho, á pesar de haberse abolido de derecho. Más de trescientos mil esclavos hacian el servicio de animales de carga en beneficio de algunos miles de colonos, y estos infelices eran comprados, vueltos á vender y aún á veces mutilados cual si fuesen de una especie distinta de la nuestra. Por especulacion estaban fuera de la ley política y religiosa. Nada poseian en propiedad, y les estaba prohibido casarse, privándoles de este modo del goce de ser padres y de verse respetados cuando ménos en el seno de sus familias. Degradándoles del estado de hombres, se conservaba el derecho de tratarlos como brutos. Si favorecido por la codicia de algunos amos llegaba á celebrarse uno que otro casamiento entre estos hombres, cuyo único delito es ser de distinto color que nosotros, los hijos que naciau de esta union venian ya al mundo marcados con el sello de la esclavitud, y pertenecian al dueño de sus desgraciados progenitores, ó á cualquiera que quisiese comprarlos; porque

rompiendo sin el menor escrúpulo los santos lazos de la naturaleza, se les separaba de los que les habian dado el ser, como se hace con los animales para venderlos públicamente. Así se destruian los eslabones con que Dios ha formado la cadena de la humanidad, sin que experimentasen el menor remordimiento los perpetradores de tan horroroso atentado contra la naturaleza.

Este crimen en masa y este embrutecimiento sistemático no carecia de apolo-gistas. Negábanse sus facultades humanas á los negros, haciendo de ellos una raza intermedia entre el espíritu y la carne, y se llamaba tutela necesaria y conveniente el infame abuso de fuerza que se ejercia sobre aquella raza inerte y servil. A los tiranos no les han faltado nunca sofistas que apoyen su tiranía. Por otra parte, los hombres compasivos con sus semejantes que, como Gregoire, Raynal, Barnave, Brissot, Condorcet y Lafayette, habian abrazado la causa de la humanidad y formado la *Sociedad de los amigos de los negros*, lanzaban sus principios sobre las colonias más bien como una venganza que como un acto de justicia. Estos principios estallaban sin preparacion y sin ninguna especie de prevision en aquella colonia, en donde la verdad y la justicia no hallaban otro medio de reivindicar sus derechos que el de la insurreccion. La filosofia proclama los principios, la política los administra; los amigos de los negros se habian contentado con proclamarlos. Francia no tenia valor para desposeer á sus colonos de lo que hasta entónces se habia considerado como una propiedad, y carecia de la grandeza de ánimo suficiente para indemnizarlos de aquella pérdida. La nacion habia conquistado la libertad para ella sola, y diferia, como todavía difiere en el momento actual, la reparacion del crimen de la esclavitud en sus colonias. ¿Debia admirarse de que los esclavos tratasen de hacerse justicia por sus propias manos, ni de que una libertad inútilmente proclamada en Paris se convirtiese en una insurreccion en Santo Domingo? Toda iniquidad consentida por una sociedad libre en beneficio de los opresores, se convierte en cuchilla que ella misma pone en manos de los oprimidos. El derecho es la más peligrosa de cuantas armas se conocen. ¡Desgraciado del que la pone á disposicion de sus enemigos!

En Santo Domingo se hallaba la prueba convincente de lo que acabamos de decir: cincuenta mil esclavos negros se habian sublevado en una noche, instigados y mandados por mulatos ú hombres de color. Estos hombres, raza intermedia procedente de la union entre negros y blancos, no eran esclavos, pero tampoco eran ciudadanos. Eran una especie de libertos que participaban de los defectos y de las virtudes de las dos razas. Tenian el orgullo de los blancos y la degradacion de los negros; raza vacilante que, pronunciándose alternativamente por los amos ó por los esclavos, debia producir aquellas terribles oscilaciones que conducen inevitablemente al transtorno y á la ruina completa de la sociedad. Los mulatos que tambien poseian esclavos habian empezado por hacer causa comun con los colonos, y oponerse con más tenacidad que ellos á la emancipacion de los negros. Hallándose más inmediatos á la esclavitud, defendian con más ardor la parte que les habia cabido de tiranía. Así es el hombre; nadie es más propenso á abusar de su derecho que el que acaba de conquistarlo, y no hay peores tiranos que los esclavos, ni hombres más orgullosos que los advenedizos.

Los hombres de color tenian todos los vicios de los advenedizos de la libertad. Mas cuando notaron que los negros los despreciaban porque eran mestizos, que la

revolucion no habia borrado los matices de la piel y las preocupaciones injuriosas que se tenian contra los hombres de su color; cuando vieron que de nada les servia reclamar el ejercicio de los derechos cívicos que los colonos les disputaban, pasaron con la ligereza y con el ardor de su carácter de un partido al otro, é hicieron causa comun con la raza oprimida. La costumbre del mando, sus bienes, sus conocimientos, su energía y su audacia les llamaban á ser los jefes naturales de los negros. Fraternalizaban con éstos y tenian mucha popularidad entre ellos á causa del mismo color de que no hacia mucho tiempo habian tenido que avergonzarse entre los blancos. Los mulatos fomentaron en secreto el gérmen de la insurreccion en los conciliábulos nocturnos de los esclavos, y estableciendo al mismo tiempo una



Asesinato del alcalde de Etampes.—Pág. 282.

correspondencia secreta con los amigos de los negros que residian en Paris. La primer arma de que se sirvieron los mulatos para conseguir su intento, fué esparcir con profusion en los ingenios de azúcar los discursos y demas escritos que enseñaban desde Paris sus deberes á los colonos y revelaban derechos imprescriptibles á los esclavos. Comentados estos derechos por la venganza, bien pronto fueron el catecismo de las miserables habitaciones de los negros. Los blancos temblaron y el terror les hizo cometer violencias. La sangre del mulato Ogé y de sus cómplices, derramada por Mr. Blanchelande, gobernador y presidente del Consejo colonial de Santo Domingo, sembró la desesperacion é incitó á la sublevacion en todas partes.

Ogé, comisionado en Paris por los hombres de color para hacer valer sus derechos cerca de la Asamblea constituyente, habia contraido relaciones con Brissot, con Raynal y con Gregoire, y se habia afiliado en la Sociedad de los amigos de los negros. Desde allí pasó á Inglaterra, en donde conoció y se hizo amigo del piadoso y filantrópico Clarkson. Estos dos hombres pleiteaban entónces la causa de la

emancipacion de los negros y eran los primeros apóstoles de aquella religion de la humanidad, que no cree poder elevar hácia Dios unas manos puras en tanto que exista en aquellas manos un cabo de la cadena que tiene á una raza humana en la esclavitud y en la degradacion. El trato con aquellos hombres de bien dilató el alma de Ogé. Este habia venido á Europa sólo para defender los intereses de los mulatos, pero en cuanto se vió en Paris abrazó la causa santa y liberal de todos los negros y se sacrificó enteramente por la libertad de todos sus hermanos. Volvió segunda vez á Francia, en donde entabló relaciones con Barnave. Entónces suplicó á la comision de la Asamblea constituyente que aplicase los principios liberales á las colonias, y que no consintiese que se hiciera una excepcion de la ley divina permitiendo que continuasen divididos los hombres de aquellos países en tiranos y en esclavos. Inquieto é indignado en vista de la indecision de la comision, que retiraba con una mano lo que habia dado con la otra, declaró que si no era suficiente para que se le atendiese la justicia de su causa, recurriria á la fuerza para sostenerla. Barnave habia dicho: *¡Perezcan las colonias ántes que un principio!* Los hombres del 14 de Julio no tenian derecho de condenar en el corazón de Ogé la insurreccion, que era el único título con que ellos mismos se habian hecho independientes. Es de presumir que los votos secretos de los amigos de los negros acompañaron á Ogé, que volvió á salir para Santo Domingo. Cuando llegó allí, halló los derechos de los hombres de color y los principios de la libertad de los negros más disputados y más profanados que nunca. Enarboló al ver esto el estandarte de la insurreccion, pero bajo las formás y los derechos de la legalidad. Puesto á la cabeza de un grupo de doscientos hombres de color, reclamó que se promulgasen en las colonias los decretos de la Asamblea nacional, cosa que hasta entónces se habia dilatado por una arbitrariedad criminal. Tambien escribió al comandante militar del Cabo en los términos siguientes: «Exigimos la proclamacion de la ley que nos hace ciudadanos libres. Si os oponéis á ello, nos trasladarémos á Leogane, en donde nombrarémos nuestros electores y rechazarémos la fuerza con la fuerza. El orgullo de los colonos se resiente de tener que septarse á nuestro lado. ¿Se ha consultado el orgullo de los nobles y del clero para proclamar la igualdad de los ciudadanos franceses?» El gobierno respondió á esta elocuente intimacion enviando tropas á disipar aquella reunion. Ogé las rechazó.

Numerosas fuerzas lograron por fin dispersar á los mulatos, despues de una resistencia heroica por parte de éstos. Ogé pudo escaparse y se refugió en la parte española de la isla. Púsose precio á su cabeza, y Mr. de Blanchelande le hizo un crimen en su proclama de haber querido reivindicar los derechos de la naturaleza en nombre de una Asamblea que acababa de proclamar los derechos del ciudadano. Solicitóse del gobierno español la extradicion de aquel moderno Espartaco, tan peligroso para la seguridad de los blancos de ambos países. Los españoles le entregaron, y fué juzgado en el Cabo. La causa duró más de dos meses, llevándose en esto la mira de apoderarse á la vez de todos los hilos de la trama de la independencia, para poder de este modo hacer un castigo ejemplar que atemorizase á todos los que tratasen en lo sucesivo de reproducir otras tentativas semejantes á ésta. Impacientes los blancos al ver esta lentitud, se amotinaron y pidieron á voz en grito la cabeza de Ogé. El tribunal le sentenció á muerte por un crimen que en la madre patria constituia la gloria de Lafayette y de Mirabeau.

Sufrió el tormento en el calabozo. Todos los derechos de su raza, reasumidos y perseguidos en la persona de aquel infeliz, le dieron en aquel trance una elevación de alma muy superior á la fuerza de los martirios con que le acosaban sus verdugos. «Renunciad,—les dijo con una impasibilidad asombrosa,—renunciad á la esperanza de arrancarme el nombre de uno solo de mis cómplices. Estos se hallan en todas partes en donde haya un hombre de corazon que se subleve contra los opresores de la humanidad.» Desde aquel momento no pronunció sino dos palabras que resonaban cual agudo remordimiento en los oídos de sus perseguidores: *libertad, igualdad*. Marchó sereno al suplicio, y al llegar á él oyó indignado la sentencia que le condenaba á la muerte lenta é infame de los más viles malvados. «¡Cómo! — exclamó. — ¡Vosotros me confundís con los criminales porque he querido restituir á mis semejantes los derechos y el título de hombres, título y derechos que yo siento en mí mismo! ¡Pues bien, aquí teneis mi sangre, pero no faltará quien la vengue!» Pereció en la rueda, y su cuerpo mutilado quedó expuesto á orillas de un camino. Esta muerte heroica resonó hasta en la Asamblea nacional y excitó sentimientos opuestos. «Esa muerte — dijo Malouet — es bien merecida; Ogé es un criminal y un asesino.» «Si Ogé es culpable,—le respondió Gregoire,— todos nosotros lo somos; si hay justicia en que perezca en el cadalso el que ha reclamado la libertad para sus hermanos, es preciso que suban á él todos los franceses que se nos parecen.»

La sangre de Ogé hervía á la sordina en el corazon de todos los mulatos. Estos juraron vengarla. Podía contarse con los negros como con un ejército siempre dispuesto á la matanza. Los hombres de color les dieron la señal para principiarla. Sólo en una noche, sesenta mil esclavos, armados de antorchas y de los instrumentos que les servían para el trabajo, incendiaron todas las habitaciones de sus amos en un radio de seis leguas alrededor del Cabo. Todos los blancos, así hombres como mujeres, niños y ancianos, fueron degollados, sin que escapase nada al furor por tanto tiempo comprimido de los negros. Aquello era la destruccion total de una raza por otra. Las cabezas ensangrentadas de los blancos, puestas en las puntas de las cañas de azúcar, sirven de bandera para conducir aquellas hordas, no al combate, sino á la carnicería. Una sola noche es suficiente para vengar los ultrajes que los negros han recibido de los blancos por espacio de tantos siglos. Rivaliza entre los dos colores una emulacion de crueldad, y los negros, no contentos con imitar los suplicios que se han ejercido por tanto tiempo contra ellos, aún inventan otros nuevos. Si algunos esclavos generosos y fieles se colocan entre sus antiguos amos y la muerte, son sacrificados sin piedad como aquéllos. El reconocimiento y la compasion son virtudes que la guerra civil no conoce ya. El color es una sentencia de muerte, sin distincion de personas. La guerra es entre las razas y no entre los hombres. ¡Es preciso que la una perezca para que viva la otra! Puesto que la justicia no ha podido hacer oír su voz entre ellas, sólo la muerte puede ponerlas en acuerdo. Todo perdon concedido á un blanco, es una traicion que el negro pagará con su vida. Los negros ya no tienen corazon, ya no son un pueblo, ya han dejado de ser hombres, ya no son sino un elemento destructor que pasa sobre la tierra asolándolo todo.

En pocas horas, ochocientas habitaciones con sus ingenios de azúcar ó de café, que representan entre todas un capital inmenso, quedan completamente destruidas.

Los molinos, los almacenes, los utensilios y hasta la misma planta que les recuerda su esclavitud y su trabajo forzado, todo es presa de las llamas. Toda la llanura en cuanto la vista alcanza está cubierta de humo, de cenizas y de incendios. Amontonados los cadáveres de los blancos á manera de horrorosos trofeos, compuestos de troncos, de cabezas, de brazos y demas miembros de hombres, de mujeres y de niños asesinados, marcan el sitio de las suntuosas habitaciones en donde reinaban el día anterior. Tal era el desquite que tomaba la esclavitud. Los reverses que sufren los tiranos siempre son horribles.

Advertidos á tiempo algunos blancos de la insurreccion por la generosa indiscrecion de los negros, ó protegidos en su fuga por la espesura de los bosques ó por la oscuridad de la noche, se habian refugiado en el Cabo. Escondidos otros con sus mujeres y niños en algunas cuevas, recibian provisiones de algunos esclavos fieles, que iban á llevárselas arriesgando para ello su vida. El ejército de los negros iba engrosando bajo las murallas del Cabo, en donde se disciplinaron resguardados por un campo fortificado. Ciertos auxiliares invisibles les enviaron fusiles y cañones. Unos acusaban á los ingleses, otros á los españoles, y otros á los amigos de los negros, de esta complicidad con los insurrectos. Estas sospechas eran absurdas. Los españoles estaban en paz con Francia, y la sublevacion de los negros era tan perjudicial para ellos como para nosotros. Los ingleses poseian un número triple de esclavos que Francia. Si el principio de la insurreccion, exaltado por el triunfo, se hubiese propagado entre ellos, hubiese arruinado infaliblemente sus establecimientos y comprometido la vida de sus colonos. Nadie era culpable de lo que estaba pasando sino la misma libertad, que no se oprime impunemente en una parte tan considerable de la especie humana. Esta sublevacion hallaba simpatías hasta en el mismo corazon de los franceses.

La debilidad de las resoluciones de la Asamblea al recibir la noticia de aquella catástrofe lo probó así. Mr. Bertrand de Molleville, ministro de Marina, mandó que se enviasen inmediatamente seis mil hombres á reforzar la guarnicion de Santo Domingo. Brissot atacó aquellas medidas represivas en un discurso en el que no temia cargar toda la odiosidad del crimen sobre las víctimas, ni acusar al gobierno de complicidad con la aristocracia de los colonos. «¿Por qué extraña fatalidad coinciden estas noticias con el momento en que la emigracion va en aumento, en que los rebeldes reunidos sobre nuestras fronteras nos anuncian una explosion próxima? Finalmente, ¿en qué consiste que cuando más apurados nos vemos, vengan las colonias á aumentar nuestra angustia, amenazándonos por medio de una diputacion ilegal con sustraerse al dominio de la metrópoli? ¿No puede ser esto una ramificacion de un gran plan combinado por la traicion?» La repugnancia de los numerosos amigos de los negros en tomar medidas enérgicas en favor de los colonos, la indiferencia del partido revolucionario hácia aquellos países, que por hallarse tan distantes del nuestro debilitaban en cierto modo la compasion hácia ellos, y finalmente, el movimiento interior que se llevaba tras sí los espíritus y las cosas, borraron bien pronto las impresiones que produjo aquella horrorosa matanza, y dejaron que se formase y engrandeciese en Santo Domingo el genio de la independencia de los negros, que aparecia ya en lontananza en la persona de un pobre esclavo anciano llamado Toussaint Louverture.



El duque de Orleans es insultado en las Tullerías.—Pág. 206.

V

Los desórdenes interiores iban en aumento en todas partes; la libertad religiosa, que era el voto de la Asamblea constituyente y la gran conquista de la revolución, no podía establecerse sin luchar entre un culto desposeído y un cisma nuevo que se disputaban mutuamente el dominio de las creencias. El partido contrarrevolucionario se unía en todas partes al clero, porque ambos tenían los mismos enemigos y conspiraban contra una misma causa. Desde que se había desposeído á los sacerdotes no juramentados, una parte del pueblo, sobre todo la de los campos, estaba unida á ellos. La persecucion es tan odiosa para el espíritu público, que hasta la apariencia de ella indigna á los hombres de corazón generoso. El espíritu humano se inclina ordinariamente á creer que la justicia está siempre de parte de los proscritos. Los sacerdotes no estaban perseguidos todavía, pero ya se les había humillado. La irritacion sorda sostenida y fomentada por el clero ha sido más funesta á la revolución que todas las conspiraciones de los aristócratas emigrados. La conciencia es el punto más sensible del hombre. La conspiracion más implacable es la que proviene de haber atacado una creencia, ó de haber inquietado el espíritu de un pueblo poniéndole trabas en el ejercicio de su religión. Haciendo visible la mano de Dios en las de los sacerdotes, es como la aristocracia logró sublevar la Vendée. Frecuentes y sangrientos síntomas revelaban ya en el Oeste y en Normandía el fuego oculto de la guerra religiosa.

El más temible de estos síntomas se manifestó en Caen. El abate Fauchet era obispo constitucional de Calvados. La celebridad de su nombre, el patriotismo exaltado de sus opiniones, el brillo de su fama revolucionaria, y finalmente, su palabra y sus escritos, sembrados con profusion por toda su diócesis, hacian que la agitacion fuese mayor en Calvados que en todo el resto de Francia.

Fauchet, á quien la conformidad de opiniones, la honradez de sus pasiones renovadoras, y hasta las ilusiones de su imaginacion, debian asociar en adelante á los actos y al suplicio de los girondinos, habia nacido en Dornes, pueblo de la antigua provincia del Nivernais. Abrazó el estado eclesiástico, y entró en la comunidad de sacerdotes de San Roque en Paris, siendo por algun tiempo preceptor de los hijos del marqués de Choiseul, hermano de aquel famoso duque del mismo nombre que fué el último ministro de la escuela de Richelieu y de Mazarino. Sus grandes dotes oratorias hicieron que brillase muy pronto en el púlpito. Contribuyeron éstas igualmente á que se le nombrase predicador del rey, abad de Montfort y vicario general de Bourges. Segun se ve, marchaba rápidamente hácia las primeras dignidades eclesiásticas; pero habia respirado ya el espíritu de su siglo, y esto le detuvo por un poco de tiempo en su carrera. Este eclesiástico no era un destructor, sino un reformador de la Iglesia en cuyo seno habia nacido. Su obra titulada *De la Iglesia nacional* confirma el respeto que profesaba en el fondo á la fe cristiana, así como descubre su gran audacia para transformar la disciplina de la Iglesia. Aquella fe filosófica, bastante semejante al platonismo cristiano que reinaba en Italia en tiempo de los Médicis, y áun en el palacio de los papas en el de Leon X, transpiraba en todos sus sermones. El clero se alarmó al oir que las máximas del siglo se proclamásen dentro del mismo santuario, y Fauchet fué suspenso y borrado de la lista de los predicadores del reino.

La revolucion iba á indemnizarle de este desaire abriéndole su tribuna. En cuanto estalló, se precipitó en ella á la manera que la imagiacion se precipita en la esperanza, y desde un principio peleó en su defensa con todas sus fuerzas y con cuantas armas estaban á su alcance. Fauchet removi6 el pueblo en las asambleas primarias y en las secciones; con la voz y con el gesto, empujó las masas sublevadas hasta conducir las bajo del cañon de la Bastilla. Viósele con el sable en la mano guiar y llegar el primero entre los que iban al asalto. Tres veces marchó expuesto al fuego del cañon á la cabeza de la diputacion que acababa de intimar al gobernador que evitase el derramamiento de sangre de los ciudadanos y que depusiese las armas. Su celo revolucionario no se manchó con la sangre ni con el crimen. Contentábase con inflamar el ánimo del pueblo por la libertad, persuadido de que era una virtud.

La naturaleza le habia dotado para desempeñar estos dos papeles, y en su fisonomía se advertian la grandeza y la majestad, comunes al gran sacerdote y al héroe. Su exterior prevenia y arrebatava á la multitud. Era de elevada estatura, cara ovalada y ojos y cabellos negros, lo cual hacía resaltar la palidez de su rostro. Su imponente á la par que modesta actitud infundia respeto y simpatía sólo con verle. Su voz clara, conmovida y sonora, su gesto majestuoso y sus expresiones un tanto místicas, excitaban en su auditorio tanta admiracion como recogimiento. Tan propio para la tribuna como para el púlpito, los salones de las asambleas electorales y las naves de las catedrales eran asaz estrechos para el inmenso pueblo que

acudia á oírle. Al verle, se figuraba uno ver un San Bernardo revolucionario predicando la caridad política ó la cruzada de la razon.

Sus costumbres no eran severas ni hipócritas. Confesaba él mismo que amaba á una mujer con un afecto legítimo y puro; ésta era madama Caron, que á todas partes le seguia, tanto á las iglesias como á los clubs. «Se me ha calumniado con respecto á esta mujer,—dijo en una ocasion;—desde entónces me he unido más á ella, y sin embargo, me he conservado puro. Vosotros habeis visto á esta mujer de alma más bella que su rostro, á quien conozco hace diez años, y cada dia me parece más digna de ser amada. Ella daría su vida por mí, y yo haria otro tanto por ella; pero nunca sacrificaría mi deber al amor que la profeso. Digan lo que quieran los aristócratas en sus atroces libelos, yo continuaré yendo todos los dias á casa de aquella señora á la hora de comer, para gozar á su lado de los encantos de una amistad pura. ¡Dicen que viene á oírme predicar! Sí, no os escandaliceis por eso, porque no hay nadie que sepa como ella con cuánta sinceridad creo yo en las verdades que profeso. ¡Se critica tambien que asista á las reuniones de la casa de ayuntamiento! Sí, asiste allí, porque está convencida de que el patriotismo es una segunda religion, y de que la hipocresía no tiene cabida en mi alma bajo ningun concepto, porque toda mi vida está consagrada á Dios, á la patria y á la amistad...» Indignados los sacerdotes que habian permanecido fieles al oír esto, le respondian por conducto del abate Valmeron: «¡Qué escándalo!... ¡Cómo os atreveis á sostener que sois casto, cuando vos mismo confesais tener las inclinaciones más desarrregladas y cuando habeis arrancado esa mujer del lecho conyugal y de sus deberes como madre, arrastrando en pos de vos á esa insensata para mostrarla á todo el mundo, haciendo alarde de una cosa de que deberíais avergonzaros? Por otra parte, ¿cuál es vuestra comitiva, caballero? Una turba de bandidos y de mujeres perdidas. Digno pastor de ese vil populacho, él celebra vuestra visita pastoral con las únicas fiestas que pueden ser agradables, y vuestro paso por los pueblos se señala por todos los excesos del latrocinio y del vicio.» Estas sangrientas reconvencciones hallaron eco en los departamentos é inflamaron los ánimos. Los sacerdotes juramentados disputaban el altar á sus contrarios, y viceversa. Por el ministerio de lo Interior acababa de expedirse una orden autorizando á los sacerdotes no juramentados para celebrar el santo sacrificio en las iglesias á que ántes habian pertenecido. Los sacerdotes constitucionales, obedientes á la ley, les franqueaban los templos y les daban los ornamentos para la celebracion; pero el pueblo, fiel á sus antiguos pastores, escarnecía y amenazaba á los nuevos. Entre los dos cleros habia habido ya más de una lucha sangrienta dentro de la misma casa de Dios. Una de las más terribles acaeció en Caen el viérnes 4 de Noviembre, en la parroquia de San Juan, en ocasion de presentarse á decir misa el antiguo cura de ella. La iglesia estaba llena de católicos, lo cual irritó extraordinariamente á los constitucionales é infundió grande ánimo en sus contrarios. Los partidarios del antiguo cura pidieron y cantaron en seguida un *Te-Deum* en accion de gracias por haber vuelto á ver en el templo á su legítimo pastor. Alentado éste por aquella demostracion de adhesion y cariño, anunció á los fieles que el día siguiente volveria á la misma hora á decirles misa. «Paciencia,—añadió;—seamos prudentes, y todo irá perfectamente.»

Advertido el ayuntamiento de lo que habia pasado, mandó decir al cura que

se abstuviese de ir al otro día á la iglesia á celebrar, como lo habia anunciado. Conformóse el cura con aquella intimacion; pero el pueblo, que no tenia conocimiento de lo que habia pasado entre él y la municipalidad, habia acudido á la iglesia, y viendo que aquél no comparecia, empezó á pedir á gritos el *Te-Deum* y el sacerdote prometidos. Muchos caballeros de las inmediaciones y gran número de aristócratas de la poblacion habian acudido á la iglesia, llevando armas ellos y sus criados debajo de las capas. Empezaron éstos por insultar á unos granaderos, y un oficial de la guardia nacional les reconvino por aquellos insultos. «Vos venis aquí á buscar lo que no tardareis en hallar,—le dijeron los aristócratas;—nosotros somos los más fuertes, y si no os marchais voluntariamente, os arrojarémos de la iglesia á viva fuerza.» Apénas dichas estas palabras, todos los jóvenes se lanzaron sobre la guardia nacional para desarmarla. Trábase el combate, brillan las bayonetas, y los pistoletazos resuenan bajo aquellas bóvedas, al mismo tiempo que los combatientes se cargan á sablazos. Acuden á la iglesia las compañías de cazadores y granaderos, la hacen evacuar, y persiguen los grupos, que continúan defendiéndose á tiros por las calles. Algunos muertos y heridos son el resultado de esta triste jornada. Restablécese la calma y se hacen hasta ochenta y cuatro prisiones. Sobre uno de los detenidos se halla un plan de contrarrevolucion, la cual debia efectuarse el dia siguiente. Este plan se remite á Paris, y entre tanto que viene de allí una resolucion, se prohibe á los sacerdotes no juramentados que vuelvan á celebrar en las iglesias de Caen ínterin decide la Asamblea nacional lo que debe hacerse. Esta oye indignada la relacion de aquellas reyertas, suscitadas por los enemigos de la Constitucion y por los fautores del *fanatismo* y de la aristocracia. «No nos queda otro partido —dijo Cambon— que el de convocar al supremo tribunal nacional y remitir allí á los culpables.» Aguardóse no obstante á deliberar sobre esta proposicion hasta que se recibiesen todas las piezas relativas á los alborotos de Caen.

Gensonné anuncia otros disturbios del mismo jaez acaecidos en la Vendée. Las montañas del Mediodía de Francia, mal sujetas despues de la dispersion reciente del campo de Jalés, primer acto de la contrarrevolucion armada, se agitaban impulsadas por el clero y la nobleza. Los habitantes de las montañas tienen más apego á sus antiguas costumbres que los de las llanuras, y parecen tan propios para resistir á toda idea nueva, como lo son las breñas en donde han nacido para resistir á las invasiones extranjeras. Parece que el aspecto de aquellas murallas naturales infunde una gran confianza en su fuerza á los hombres que se han criado al pié de ellas, y que aquella imágen material de la inmovilidad de las cosas les impide dejarse arrebatar fácilmente por el torrente impetuoso de los cambios.

Estos montañeses profesaban á sus nobles una adhesion voluntaria y tradicional, muy semejante á la que tienen los árabes por sus cheiks y los escoceses por los jefes de sus clans. Este respeto y esta adhesion constituian el honor nacional de aquellas agrestes comarcas. La religion, mucho más ferviente en el Mediodía que en el resto de Francia, era para aquellas poblaciones una libertad sagrada, contra la cual atentaba la revolucion en nombre de la libertad política. Para aquellos hombres, el libre ejercicio de su religion era preferible á la libertad que les concedia los derechos de ciudadanía. Por ésta razon, las nuevas instituciones les eran odiosas; los sacerdotes fieles mantenian aquel odio, y le hacian aparecer como un celo santo entre aquellas sencillas gentes. Los nobles sostenian el espíritu rea-

lista, excitando la compasion en el ánimo de aquellos pobres paisanos, poniéndoles cada dia de manifiesto las desgracias del rey y de su familia, exagerando en las relaciones que de ellas les hacian los ultrajes recibidos por su majestad, que por otra parte eran suficiente por sí solos para enternecer aquellos leales corazones.

Mende, ciudad pequeña oculta en el fondo de los valles y situada á igual distancia de las llanuras del Mediodía que de las del Lyonnais, era el foco del espíritu contrarrevolucionario. Confundidos el pueblo y la nobleza en una sola clase por la medianía de las fortunas, por la familiaridad de las costumbres y por los frecuentes enlaces de unas familias con otras, no habia entre estas dos clases aquellas envidias y aquellos odios intestinos que tanto favorecian á la revolucion en otras partes. Ni los paisanos eran envidiosos, ni los nobles conocian el orgullo. Sucedia aquí como en España, único pueblo en donde la nobleza no tiene otra preeminencia sobre los plebeyos que la que le daría el derecho de primogenitura en una misma sangre, si nos es permitido decirlo así. Es muy cierto que estas poblaciones habian depuesto las armas despues de la insurreccion verificada el año anterior en el campo de Jales. Sin embargo, los corazones no estaban aún desarmados ni dispuestos á deponer sus odios con la misma facilidad con que habian depuesto las armas. Aguardaban aquellas provincias con ansiedad el momento favorable para insurreccionarse en masa contra la capital, y los insultos hechos al rey por el populacho, así como los que la Asamblea legislativa prodigaba á la religion, hacian que las malas disposiciones de aquellos pueblos contra el gobierno llegasen hasta el fanatismo. La escarapela tricolor, signo de infidelidad á Dios y al rey, hacía muchos meses que ya nadie la llevaba; enarbolábase allí la bandera blanca con cierta afectacion, como un recuerdo y una esperanza en la vuelta de aquel orden de cosas á que todo el mundo era adicto, aunque las circunstancias hiciesen que todos fuesen tambien reservados.

El directorio del departamento, compuesto en su mayoría de forasteros, quiso hacer respetar allí el signo constitucional, y para lograrlo envió á pedir tropa que le apoyase. El ayuntamiento, al saberlo, celebró una sesion en la que resolvió oponerse á la peticion del directorio; al mismo tiempo envió una circular á los demas ayuntamientos de los pueblos inmediatos, invitándoles á hacer causa comun con él y á oponerse todos reunidos al envio de tropas á aquellas comarcas. Estos accedieron á lo que se les proponia. Entre tanto iba aproximándose ya la tropa enviada desde Lyon, en conformidad á lo solicitado por el directorio. En cuanto llegó esta noticia á oidos del ayuntamiento, disolvió la antigua guardia nacional, en cuyas filas habia alguno que otro partidario de la libertad, y creó otra nueva, á la cual le dió por oficiales los nobles y los realistas más exaltados de todos aquellos contornos. Apoyado en esta fuerza, hizo el ayuntamiento que el directorio le entregase las armas y municiones que tenia en su poder.

En esta disposicion se hallaba la ciudad de Mende cuando llegó allí la tropa. La guardia nacional contestó al grito de ¡Viva la nacion! dado por las tropas, con el de ¡Viva el rey!; y siguiendo á aquéllas hasta la plaza principal del pueblo, juró en presencia de los defensores de la Constitucion no reconocer ni obedecer sino al rey. Terminado este acto de valor, los guardias nacionales se pusieron á recorrer las calles de la ciudad en grupos de ocho ó diez hombres, insultando á los soldados en cualquiera parte en donde los encontraban. El resultado fué tirar unos y

otros de los sables, como era natural, y empezar el derramamiento de sangre. Perseguida la tropa, se reúne y toma las armas. Dueño el ayuntamiento del directorio, al cual guardaba como en rehenes, le obliga á que mande orden á las tropas para que se retiren á sus cuarteles. El jefe de la fuerza del ejército obedece esta orden sin poner el menor reparo. Envalentonada la guardia nacional con este triunfo, fuerza por la noche al directorio á que dé orden á las tropas para que inmediatamente evacuen la ciudad y el departamento. Entónces forma en batalla en la plaza, y á cada instante ve aumentarse sus filas con los guardias nacionales que van llegando sucesivamente de todas las poblaciones inmediatas, armados de escopetas, de hoces y de rejas de arado. La tropa conoce que va á ser sacrificada irremisiblemente si no se aprovecha de las sombras de la noche para efectuar su retirada, y desocupa inmediatamente la ciudad en medio de los gritos de victoria de los realistas. El día siguiente fué una no interrumpida fiesta en la cual los realistas de la ciudad y los del campo celebraron el triunfo que habian obtenido fraternizando juntos. Todos los signos de la revolucion fueron insultados, hízose escarnio en público de la Constitucion, saqueóse completamente la sala en que celebraban sus sesiones los jacobinos, incendiáronse las casas de los principales miembros de aquel odioso club y se prendió á algunos de ellos. Sin embargo, la venganza no pasó más adelante. Contenido el pueblo por los nobles y por el clero, no derramó ni una sola gota de sangre de sus enemigos.

VI

En tanto que la libertad se veia amenazada y humillada del modo que acabamos de ver en el Mediodía, en el Oeste teñia sus manos en la sangre de innumerables víctimas. Uno de los focos más ardientes del jacobinismo era Brest. Su intermediacion á la Vendée le hacía temer una contrarevolucion siempre amenazadora; la presencia de la escuadra, mandada aún por unos oficiales reputados por aristócratas, una poblacion flotante de extranjerós, de aventureros y de marineros, accesible por sus vicios y por la clase de gente de que se componia á toda especie de corrupcion y siempre dispuesta á cometer los crímenes más atroces, todas estas causas reunidas hacian que aquella ciudad fuese la más inquieta y que estuviese en mayor agitacion que ninguna otra del reino. Los clubs no cesaban de incitar á los marinos á que se insurreccionasen contra sus oficiales. Los revolucionarios desconfiaban de la marina, cuerpo al cual por su independencia no es tan fácil comprometer á tomar parte en los movimientos populares como al ejército de tierra. La corte podia disponer de la marina como mejor le conviniese y volver sus cañones contra la Constitucion. El espíritu de disciplina, el aristocrático y el colonial, todos eran igualmente contrarios á los nuevos principios. Así es que hacía ya mucho tiempo que todos los esfuerzos de los jacobinos tendian constantemente á introducir el desórden y procurar la desorganizacion de la escuadra. El nombramiento de Mr. de Lajaille para el mando de uno de los buques destinados á ir á socorrer á Santo Domingo aumentó las sospechas que tenia el pueblo de Brest de la fidelidad de los oficiales de marina, y fué causa de que estallase la insurreccion. Los clubs designaban á aquel valiente marino como un traidor que iba á efectuar la contrarevolucion en las colonias. Asaltado en el momento de su embarque por un grupo de más de tres mil personas, vióse muy pronto cubierto de heridas, y arrastrado

en seguida por las calles, pudo libertar su vida merced á la heroica decision de un hombre del pueblo que le escudó con su cuerpo y le arrancó de manos de sus asesinos, dando tiempo á que llegase un destacamento de la guardia cívica que sacó á entrambos de las garras de la muerte. Mr. de Lajaille fué llevado á la cárcel para satisfacer de este modo el furor del populacho. Inútil fué que el rey mandase una órden á la municipalidad de Brest para que dispusiese que aquel inocente oficial volviese á desempeñar sus funciones; inútil la peticion del ministro de Justicia para que se castigase aquel asesinato, cometido en medio del dia á presencia de toda la ciudad; inútil tambien el haber decretado un sable y una medalla de oro al generoso Lanvergent, que era el ciudadano que habia salvado los dias de Lajaille: el temor de otra nueva insurreccion más terrible que la anterior aseguraba la impunidad de los criminales y retenia en la prision al inocente. En vísperas de una guerra inminente, los oficiales de marina, asaltados á bordo por la insurreccion, y en los puertos por el asesinato, tenian tanto que temer del pueblo y de las tripulaciones de los buques como de sus mismos enemigos.

Procurábase fomentar iguales discordias en todas las guarniciones entre los oficiales y la tropa. La insubordinacion de ésta era á los ojos de los clubs la virtud principal del ejército. Los oficiales se veian amenazados continuamente por las conspiraciones de los regimientos. Las ciudades fortificadas eran un teatro continuo de sublevaciones militares, que siempre terminaban por la impunidad del soldado y por la prision ó por la emigracion forzada de los oficiales. La Asamblea, juez supremo y parcial, daba constantemente la razon á la indisciplina. No pudiendo refrenar al pueblo, le halagaba en sus excesos. En Perpiñan se vió otro ejemplo de lo que vamos diciendo.

En la noche del 6 de Diciembre, los oficiales del regimiento de Cambresis, que estaba de guarnicion en aquel punto, fueron en incorporacion á casa de Mr. de Cholet, comandante general del distrito, á instarle á que se retirase á la ciudadela, porque estaban informados de que se tramaba una conspiracion en los regimientos, en la que, á llevarse á cabo, podia peligrar su vida. Vencido por las instancias de la oficialidad, consintió el general en trasladarse á la ciudadela. Los oficiales se presentaron entónces en los cuarteles é intimaron á la tropa la órden de trasladarse con ellos inmediatamente á dicha fortaleza. Los soldados contestaron que no obedecian otra voz que la de Mr. Desbordes, cuyo patriotismo les inspiraba la más completa confianza. Este llegó en aquel mismo instante y leyó á la tropa la órden del general; pero en su acento, en la expresion de su semblante y en su mirada conoció aquélla que su teniente coronel protestaba tácitamente contra la órden que la ley de la disciplina le obligaba á comunicar. Los soldados comprendieron perfectamente aquel lenguaje mudo. En seguida empezaron á gritar diciendo que no querian salir del cuartel, porque estaban destinados allí por el ayuntamiento. La guardia nacional se unió á los soldados, y juntos empezaron á patrullar por la ciudad. Los oficiales se encerraron todos en la ciudadela. Entónces empieza el fuego desde las murallas, y el teniente coronel Desbordes, á la cabeza del regimiento y acompañado de la gendarmería y de la guardia nacional, sube á la ciudadela y se apodera de ella. Los oficiales de Cambresis quedan prisioneros; sólo uno logra escaparse, y éste, desesperado por lo que habia sucedido, se levanta la tapa de los sesos muy cerca ya de la frontera de España. Extiéndese en seguida el acta de acusa-

cion contra el desgraciado general Chollet y cincuenta oficiales más, los cuales son remitidos al tribunal nacional de Orleans. Estos denodados guerreros fueron otras tantas víctimas predestinadas desde aquella noche á la matanza de Versalles.

Derramábase sangre en abundancia por todas partes. Las mociones patrióticas, las denuncias contra los generales, y mil insinuaciones pérfidas contra la fidelidad de los oficiales, era la órden del dia que recibia el ejército de los habitantes de las ciudades. El alma del oficial estaba llena de terror; en el corazon del soldado se abrigaba la más suspicaz desconfianza. El plan combinado entre girondinos y jacobinos reunidos consistia en desorganizar aquellas fuerzas tan adictas ántes al rey, y en reemplazar los antiguos oficiales, todos ellos nobles, con jóvenes de la clase plebeya; lo cual equivalia á poner el ejército á la disposicion de lo que entónces se llamaba nacion. Entre tanto, le entregaban á la sedicion y á la anarquía. Mas viendo aquellos dos partidos que la desorganizacion del ejército no era aún tan rápida como ellos se habian prometido, quisieron resumir en un solo acto la corrupcion sistemática del ejército, la ruina completa de la disciplina y el triunfo legal de la insurreccion.

Ya hemos visto la parte que tomó el regimiento suizo de Chateaufieux en la famosa insurreccion de Nancy, en los últimos dias de la Asamblea constituyente, y que habia sido preciso enviar allí todo un ejército, mandado por Mr. de Bouillé, para sofocar la sublevacion armada de varios regimientos que amenazaban á Francia con la tiranía de una soldadesca desenfrenada. Este general, á la cabeza de un cuerpo de tropas escogidas que habia tomado en Metz y de algunos batallones de la guardia nacional, habia circunvalado á Nancy, y despues de un ataque encarnizado en las mismas puertas de la ciudad, habia logrado por fin desarmar á los sediciosos. Este modo tan vigoroso de restablecer el órden habia sido aplaudido entónces por todos los partidos, y habia cubierto de gloria al general y de vergüenza á los soldados amotinados. Suiza, en sus capitulaciones con Francia, se habia reservado el derecho de juzgar á los soldados de su nacion segun las leyes federativas. Este país, esencialmente militar, habia hecho juzgar militarmente al regimiento de Chateaufieux. Los veinticuatro soldados motores del alboroto fueron condenados á muerte y ejecutados inmediatamente en expiacion de la sangre vertida por ellos y de la fidelidad violada. Los demas fueron diezmados, y cuarenta y uno enviados á las galeras de Brest. La amnistía concedida por el rey á todos los crímenes políticos que se habian cometido durante las discordias civiles no podia aplicárseles de derecho á estos soldados extranjeros. El derecho de perdonar no compete sino al que tiene el de castigar. Sentenciados aquellos soldados por la jurisdiccion helvética, ni el rey ni la justicia podian invalidar aquel juicio ni anular sus efectos. El rey, á instancias de la Asamblea, habia pedido, sin embargo, aunque en vano, á la Confederacion suiza que concediese el perdon á aquellos infelices.

Esta infructuosa negociacion sirvió de texto á los jacobinos y á la Asamblea nacional contra Mr. de Montmorin. En vano trató éste de justificarse, alegando la imposibilidad de obtener semejante amnistía de Suiza, precisamente en una época en que, agitado tambien aquel país, trataba de restablecer la subordinacion por medio de unas leyes draconianas. «¡Con que nos veremos forzados—decian Collot-d'Herbois y Guadet—á servir de carceleros de ese pueblo feroz! ¡Se envilecerá Francia hasta el punto de castigar en sus puertos á esos héroes que han hecho

triunfar al pueblo de la aristocracia de los oficiales, y dado su sangre por ese mismo pueblo, en vez de vendérsela al despotismo!»

Pastoret, miembro influente del partido moderado, y que nada hacía, según se decía, sin consultarlo con el rey, apoyó á Guadet con la mira de popularizar al príncipe por medio de un acto que fuese bien recibido de todo el mundo, y la Asamblea nacional votó que los soldados de Chateaufieux fuesen puestos en liber-



Leopoldo, emperador de Alemania.

tad. El rey dilató un cuanto tiempo el sancionar aquel decreto, por evitar que los cantones se resintiesen en vista de aquella violenta usurpacion de sus derechos. Al ver esta dilacion, los jacobinos volvieron á prorumpir en amenazas contra la corte y contra los ministros. «Ha llegado el momento—exclamaba Manuel—en que es preciso que muera un hombre por la salvacion de todos los demas. ¡Este hombre debe ser un ministro! Todos ellos me parecen tan culpables, que creo firmemente que la Asamblea nacional no debia tener el menor remordimiento áun cuando mandase que todos ellos sortearan entre sí para enviar al patíbulo uno solo.» «¡A todos! ¡á todos!»—gritaban las tribunas.

En el momento de mayor efervescencia subió Collot-d'Herbois á la tribuna, y anunció en medio de las más estrepitosas aclamaciones que el dia ántes habia sancionado el rey el decreto en que se mandaba poner á los suizos en libertad, y que

no tardaria muchos dias en presentar á sus hermanos aquellas víctimas de la disciplina.

En efecto, los suizos de Chateaufieux que estaban en las galeras de Brest venian ya marchando hácia Paris. Su marcha fué un triunfo continuado, y los jacobinos de Paris les preparaban otro más brillante aún. En vano los fuldenses y los constitucionales protestaban enérgicamente por medio de Andres Chenier, moderno Tyrteo de la moderacion y del buen sentido, y por boca de Dupont de Nemours y del poeta Roucher, contra la ovacion que se queria tributar á los asesinos del general Desilles; Collot-d'Herbois, Robespierre, los jacobinos, los franciscanos y hasta el Comun de Paris persistian tenaces en la idea de aquel triunfo, que segun ellos decian, debia servir para cubrir de oprobio á la corte y al general Lafayette. La débil interposicion de Petion, que parecia querer moderar el escándalo, no hacia sino aumentarlo. Este hombre era el más á propósito para arrastrar al pueblo á los mayores excesos. Su aparente virtud sólo servia para encubrir todas las violencias, y para adornar con una apariencia de legalidad los atentados que no se atrevia á castigar. Si se hubiese tratado de personificar la anarquía para introducirla en la municipalidad de Paris, dificilmente se hubiera hallado otro hombre más adecuado que Petion para desempeñar semejante encargo. Sus correcciones paternales al pueblo eran otras tantas promesas de impunidad. La fuerza siempre llegaba tarde para castigar, siempre habia una excusa preparada para disculpar la sedicion, y jamás faltaba una amnistía para el crimen. El pueblo veia en su magistrado un cómplice de sus excesos y un esclavo de sus caprichos. Si el pueblo apreciaba algo en él, era la libertad que tenia para mirarle con el más alto desprecio.

VII

«La fiesta que se está preparando para recibir á esos soldados,—escribia Chenier,—quieren decir que es hija del entusiasmo general. Confieso desde luego que yo no veo ese decantado entusiasmo. Unicamente veo un corto número de hombres que se agitan mientras todos los demas están consternados ó permanecen indiferentes. Dicen que el honor nacional está interesado en esta reparacion, pero á mí me cuesta mucho trabajo el entenderlo así; porque á mi modo de ver, en este negocio no hay sino dos caminos que escoger: ó los guardias nacionales de Metz, que apaciguaron la sedicion de Nancy, son unos enemigos de la causa pública, ó los soldados de Chateaufieux son unos asesinos. Aquí no hay término medio. Ahora, ¿en qué interesa al honor de Paris el festejar á los asesinos de nuestros hermanos? Hay tambien otros políticos profundos que dicen: «Esta fiesta humillará á los que han querido cargar á la nacion de cadenas». ¡Cómo!... ¡Para humillar á lo que ellos llaman un *mal gobierno* es preciso inventar unas extravagancias capaces de destruir toda especie de autoridad! ¡Es indispensable recompensar á los que se rebelen contra las leyes, y coronar á unos satélites extranjeros por haber fusilado en un motin á una porcion de ciudadanos franceses! Dicen que se cubrirán con un velo todas las estatuas que hay en las plazas por donde han de pasar esos hombres. ¡Ah! Si esta odiosa orgía llega á verificarse, harán bien en cubrir con un crespon fúnebre, no las imágenes de los déspotas, sino los rostros de los hombres de bien. Lo que deben hacer, tanto la juventud como todos los guardias naciona-

les del reino, es vestirse de riguroso luto en un día en que el degüello de sus hermanos se convierte entre nosotros en un título de gloria para unos soldados sublevados y extranjeros además; á quien debe tapársele los ojos es al ejército, para que no vea el premio que se da aquí á la indisciplina y á la sublevacion militar. La Asamblea nacional, el rey, los empleados y la nacion entera son los que deben taparse la cara para no ser testigos silenciosos ó condescendientes de un ultraje hecho á toda autoridad constituida y tambien á toda Francia. Lo que más interesa cubrir es el libro de la ley, cuando se tributan los honores cívicos á unos hombres que han desgarrado sus páginas á bayonetazos. ¡Ciudadanos de Paris, hombres honrados á pesar de vuestra debilidad!... ¿No hay uno entre todos vosotros que, preguntando á su conciencia y á su buen sentido, no conozca cuán grave es la injuria que se le hace á él, á sus hijos, á sus hermanos y á la patria, ultrajando con hechos tan escandalosos á las leyes, á los que las ejecutan y á los que mueren por defenderlas? ¿Cómo no os avergonzais de que un puñado de hombres, que parecen muchos porque están unidos y porque gritan, os impongan su voluntad diciendo que es la vuestra, y divirtiendo vuestra pueril curiosidad por medio de indignos espectáculos? En cualquiera ciudad que se respetase á sí misma, una fiesta de semejante naturaleza no hallaria otro eco que un silencio parecido al del sepulcro. No se verian en ella sino plazas y calles desiertas, casas cerradas, ventanas donde nadie se asomase; y unido todo esto al desprecio de los que se encontrasen por casualidad en la calle, haria conocer por lo ménos á la posteridad la parte que habian tomado los hombres de bien en esta bacanal escandalosa é indecente.»

Collot-d'Herbois respondió á este escrito insultando á Chenier y á Roucher. Este último le devolvió el insulto recordando á Collot-d'Herbois las caidas que habia dado en su carrera dramática y todos sus contratiempos como histrion. «Este personaje de comedia, —decia,— que desde las tablas del teatro ha saltado á la tribuna de los Jacobinos, se ha echado sobre mí como si quisiese pegarme con los remos que le han traído los suizos de galeras.»

Los pasquines en pro ó en contra de la fiesta eran innumerables, sobre todo en las paredes del Palacio Real, adonde acudian alternativamente á desgarrarlos grupos de jóvenes ó de jacobinos. Dupont de Nemours, amigo y maestro de Mirabeau, olvidando por un momento la calma filosófica en que vivia, escribió una carta á Petion, en la cual la conciencia del hombre de bien desafiaba heroicamente la popularidad del tribuno. «Cuando el peligro es grande, —decia,— el hombre honrado está en el deber de señalárselo á los magistrados, sobre todo si son ellos mismos los que le promueven. Habeis faltado á la verdad cuando habeis dicho que esos soldados habian sido útiles á la revolucion el 14 de Julio y que no habian querido batirse contra el pueblo de Paris. Esto es absolutamente falso. Lo que es muy cierto es que ellos son los que han asesinado á los guardias nacionales de Nancy. Vos habeis tenido la audacia de llamar patriotas á unos hombres que tienen la insolencia de mandar al Cuerpo legislativo que envíe una diputacion á la fiesta inventada para honrar á esos rebeldes; estos hombres son los que vos elegís por amigos, y con los que vais á comer secretamente á la Rapée, y en tanto el general de la guardia nacional de Paris se ve obligado á andar galopando dos ó tres horas por las calles de la ciudad para recibir vuestras órdenes, y no puede dar con vos en ninguna parte. En vano tratais de ocultar vuestra turbacion bajo frases pompo-

sas y vacías de sentido; en vano tratais de ocultar bajo la apariencia de una fiesta celebrada en obsequio de la libertad esa fiesta que vais á dar en honor de unos miserables asesinos. Estos subterfugios son ya conocidos de todo el mundo. La cosa urge: ya no engañareis ni á las secciones, ni al ejército, ni á los ochenta y tres departamentos. Los que os conducen como á un niño, tienen la intencion de entregar Paris á diez mil picas, á las que debe abríseles la barra de la Asamblea el mismo dia en que la guardia nacional sea desarmada. Los hombres á quienes han de entregarse aquellas picas van llegando á Paris todos los dias, y cada veinticuatro horas entran en la ciudad de mil á mil quinientos de estos bandidos. Interin llega la hora del saqueo, andan pidiendo limosna, y son como los cuervos, á quienes el olor de la carne atrae al campo de batalla. No lo he dicho todo: hasta están nombrados los generales que han de mandar este horroroso ejército. Los amigos de Jourdan, impacientes al ver que la amnistía no le libertaba tan pronto como ellos apetecian, han forzado la cárcel de Aviñon y le han puesto en libertad. Ya se le ha recibido en triunfo en algunas ciudades del Mediodía, á la manera que va á recibirse aquí á los suizos de Chateaufieux. Mañana mismo llega á Paris. El domingo asistirá á la fiesta con sus compañeros, con los dos Mainvielle, con Pégtafin y con todos los demas malvados que á sangre fria han asesinado en una noche sesenta y ocho personas indefensas, violando las mujeres ántes de degollarlas. ¡Catilina! ¡Cetego! ¡Corred! ¡Los soldados de Sila están dentro de la ciudad, y el mismo cónsul trata de desarmar á los romanos! ¡La medida está tan llena, que se vierte!»

Petion contestó justificándose, pero su defensa fué tan miserable, que bajo la multitud de excusas que aglomera en su escrito para vindicarse se descubren su debilidad y connivencia. En estos momentos sube Robespierre á la tribuna de los Jacobinos y exclama: «Vosotros no remontais á la verdadera causa de los obstáculos que se suscitan á la expansion de los sentimientos del pueblo. ¿Contra quién creéis que habeis de luchar? ¿Contra la aristocracia? No. ¿Contra la corte? Tampoco. Con quien teneis que habéroselas es con un general destinado por la corte hace mucho tiempo para ejecutar grandes cosas contra el pueblo. No es la guardia nacional la que ve con inquietud los preparativos que estais haciendo, sino el genio de Lafayette que conspira en el estado mayor, en el directorio de Paris y en toda la capital; éste es el que extravía á una multitud de buenos ciudadanos, que á no ser por él, estarían seguramente con nosotros. Lafayette es el más peligroso entre todos los enemigos que tiene la libertad, porque se cubre con la máscara del patriotismo; él es quien, despues de haber hecho todo el mal que le ha sido posible en la Asamblea constituyente, ha fingido que se retiraba á sus tierras; pero al poco tiempo ha vuelto á Paris á intrigar, con motivo de estar vacante el destino de corregidor; mas no creais que haya venido á intrigar por obtenerle, no: ha venido por renunciarle; con lo cual ha hecho creer á los tontos en su desinterés. El es el que llegó á obtener el mando de los ejércitos franceses, para que los volviese contra la revolucion en cuanto se presentó coyuntura de poder hacerlo. Los guardias nacionales de Metz estaban tan inocentes como los de Paris; ellos no pudieron ménos de ser patriotas. Lafayette fué quien los engañó sirviéndose para ello de Bouillé, cómplice y pariente suyo. Pero ¿podrémos escribir en las banderas de aquella fiesta *sólo Bouillé es el culpable?* ¿Quién es el que quiso sofocar el atentado de Nancy y cubrirle con un velo impenetrable? ¿Quién el que pide coronas para los asesinos

de los soldados de Chateauvieux? Lafayette. ¿Quién me impide á mí hablar? Lafayette. ¿Quiénes son los que me dirigen unas miradas centelleantes y amenazadoras? Lafayette y sus cómplices.» (*Aplausos generales*).

VIII

Los preparativos de aquella fiesta dieron lugar á otra escena más interesante y tierna en la Asamblea constituyente. Al abrirse la sesion, se pidió que los cuarenta soldados de Chateauvieux fuesen admitidos en el salon de las sesiones. Mr. de Jaucourt se opuso á ello. «Si estos soldados—dijo—no se presentan aquí sino para



Muerte del emperador Leopoldo.—Pág. 304.

manifestar su reconocimiento, consiento en que sean introducidos á la barra; pero pido que despues que se les haya oido, no se les permita permanecer aquí durante la sesion. (*Un murmullo general y los gritos de «¡abajo!» que salian de las tribunas interrumpen al orador*). Una amnistía—prosiguió—no es un triunfo ni una corona cívica. Vosotros no podeis deshonrar los manes de Desilles ni los de aquellos generosos ciudadanos que han muerto á manos de esos mismos soldados, peleando en defensa de las leyes. Vosotros no debeis hacer que se parta de dolor el corazon de los hombres que han tomado parte en aquel acontecimiento, de los cuales hay alguno entre vosotros, y no podeis ménos de confesar que conceder el triunfo que se solicita equivale á insultarlos, sin que os hayan dado otro motivo para ello que el haber cumplido con su deber. Permitid á un militar que fué á aquella expedicion con su regimiento que os haga presente el efecto que produciria vuestra decision en el ejército. (*Nuevos murmullos*). Este no verá en vuestra conducta sino una proteccion directa concedida gratuitamente á la insubordinacion. Los honores que tratais de dar á estos soldados darán á entender que no los mirais

como unos amnistiados que han sido ya castigados suficientemente, sino como á unas víctimas inocentes.» El tumulto que produce este discurso en la Asamblea obliga al orador á bajar de la tribuna.

Otro de los miembros de la Asamblea, en cuyo rostro se descubre la más dolorosa emoción, le reemplaza inmediatamente. Este es Mr. de Gouvion, jóven oficial de alguna celebridad, y del que ya hemos hablado en las primeras páginas de esta historia. Al verle vestido de riguroso luto y al reparar en la profunda tristeza de que su rostro estaba cubierto, todo el mundo toma interes por él, y al tumultuoso alboroto que reina entónces en la sala sucede el más profundo silencio. Su voz trémula indica el dolor que le agobia, y expresa al mismo tiempo la indignación de que aquel dolor va acompañado.

«Señores,—dice,—yo tenia un hermano buen patriota, el cual, por la estima en que le tenian sus conciudadanos, fué sucesivamente comandante de la guardia nacional y miembro del Consejo departamental. Siempre dispuesto á sacrificarse por la revolucion y por la ley, vióse requerido en nombre de ambas á marchar á Nancy con los valientes guardias nacionales, y marchó gustoso á cumplir con lo que exigia de él el deber. En la refriega que allí se armó cayó atravesado de cinco bayonetazos, dados por esos mismos hombres que... no quiero nombrar con el título que se merecen. Ahora pregunto: ¿estoy condenado á ver con serenidad que se presenten aquí los asesinos de mi pobre hermano?» «¡Pues bien, salios!»—grita una voz implacable. Las tribunas aplauden este grito, más frio y más cruel que el puñal del asesino. «¡Abajo! ¡abajo!»—empiezan á gritar desde todas ellas. La indignación sostiene á Mr. de Gouvion contra el desprecio que le infunden estas voces. «¿Quién es—exclama—el cobarde que se esconde aquí para insultar el dolor de un hermano?» «Aquí nadie se esconde,—dice un diputado levantándose.—Yo soy el que he dicho que salgais fuera si no quereis permanecer aquí.» Este diputado se llamaba Choudieu. Las tribunas aplauden frenéticamente á aquel hombre desnaturalizado, y no parece sino que entre toda aquella multitud no hay uno solo que tenga corazon, y que todos han prescindido de los sentimientos más sagrados de la naturaleza. Sin embargo, Mr. de Gouvion estaba sostenido por otro sentimiento más fuerte que el furor de un pueblo. Este sentimiento era el de la desesperacion. La fuerza que ésta le da le hace proseguir su discurso. «He aplaudido como hombre la clemencia de la Asamblea nacional al romper las cadenas de esos infelices soldados, á los que quizá se les haya extraviado. (*Nuevos murmullos*). Ni los decretos de la Asamblea, ni las órdenes del rey, ni la voz de sus jefes, ni los gritos de la patria, han tenido poder sobre ellos. Sin provocacion por parte de los guardias nacionales de los dos departamentos, han hecho fuego sobre los franceses. Mi pobre hermano ha caido víctima voluntaria de su obediencia á vuestras órdenes. No, jamás seré yo quien vea marchitar impávido la memoria de aquellos beneméritos guardias nacionales con los honores que habeis concedido á los que los sacrificaron villanamente.» Couthon, jóven jacobino que estaba sentado ordinariamente cerca de Robespierre en el club y que no apartaba sus ojos de los de aquel hombre como si quisiese beber en ellos sus estoicas inspiraciones, se levantó para contestar á Gouvion, pero lo hizo sin insultarle. «¿Quién es—dijo—el que, esclavo de las preocupaciones, se atreverá á deshorrar á unos hombres que la ley ha declarado inocentes? ¿Quién el que no haga callar su dolor personal ante los intereses y el triunfo

de la libertad?» Sin embargo, la voz de Gouvion, habia herido la fibra de la justicia oculta en el fondo de los corazones y habia excitado en ellos aquella emocion natural que les hace palpar aún bajo la insensibilidad de las opiniones. Dos veces intima el presidente á la Asamblea que es preciso pasar á la votacion para ver si debe concederse á aquellos soldados el honor de asistir á la sesion, y dos veces son tantos los votos en pro como en contra de la proposicion. Los secretarios, únicos jueces en estas materias, titubean, hasta que al fin, despues de dos escrutinios, publican que la mayoría está por que se admita á los suizos. La minoría protesta, y la votacion queda nula. Entónces se pide que la votacion sea nominal. En ésta queda decidido que se les admita por una mayoría insignificante. Inmediatamente entran en la Asamblea, en medio de los estrepitosos aplausos de las tribunas. El desdichado Gouvion se sale por otra puerta en cuanto los ve dentro de la sala, con el rostro cubierto de vergüenza y con la imaginacion llena de ideas de muerte. Jura que jamás volverá á entrar en una Asamblea en que se fuerza á uno de sus miembros á ver y á felicitar á los asesinos de un hermano suyo, é inmediatamente se dirige al ministerio de la Guerra á pedir que se le destine al ejército del Norte, adonde va sin otro designio que el de buscar la muerte. ¡Sus deseos se cumplen al cabo de poco tiempo!

Los soldados entran en el salon, y Collot-d'Herbois los presenta á la admiracion de las tribunas. Los guardias nacionales de Versalles que han venido acompañándolos hasta la Asamblea, desfilan por la sala á tambor batiente y en medio de tumultuosos gritos de ¡Viva la nacion! Varios grupos de ciudadanos y de mujeres, ellas con banderas tricolor y ellos con picas, les siguen; despues, los miembros de las sociedades populares de Paris presentan al presidente las banderas de honor dadas á los suizos por los departamentos que aquellos *triunfadores* acaban de atravesar. Los hombres del 14 de Julio, por conducto de Gonchon, célebre agitador del arrabal de San Antonio, anuncian que este arrabal ha mandado fabricar diez mil picas para defender la libertad y la patria. Esta ovacion legal ofrecida por los girondinos y los jacobinos á unos soldados indisciplinados, autorizaba al pueblo de Paris á ofrecerles el triunfo del escándalo.

Paris no era ya un pueblo entusiasta por la libertad, sino un gran foco de anarquía y de desórden; la jornada del 15 de Abril reunia en sí los símbolos de ambas cosas. La sublevacion armada ofrecida como un ejemplo digno de imitacion; unos soldados insubordinados obteniendo los honores del triunfo; una galera colosal, instrumento del suplicio y de la vergüenza de los *triunfadores*, coronada de flores, ofrecida como emblema; unas mujeres perdidas y unas jóvenes reclutadas entre las más miserables prostitutas llevando en sus manos y besando á cada paso los restos de las cadenas de aquellos galeotes; cuarenta trofeos en que estaban escritos los nombres de éstos, coronados con otras tantas coronas cívicas por haber asesinado á unos ciudadanos honrados; los bustos de Voltaire, de Rousseau, de Franklin, de Sidney y de los más virtuosos patriotas, así como los de los más esclarecidos filósofos, confundidos con los bustos soeces é innobles de aquellos sediciosos, y profanados sólo por este impuro contacto; aquellos mismos soldados, atónitos y quizas avergonzados de su gloria, marchando en medio de un grupo de guardias franceses amotinados, nueva glorificacion del abandono de las banderas y de la indisciplinacion militar; la marcha cerrada por un carro triunfal imitando la proa de

una galera, y sobre aquel carro la estatua de la libertad, armada ya de antemano con la maza de Setiembre y coronada con el gorro encarnadó, simbolo tomado de la Frigia para unos y de los presidios para los otros; el libro de la Constitucion abierto y llevado en procesion en esta fiesta, como para escarnecerle haciéndole asistir á presenciar los obsequios que se tributaban á los que se habian armado contra la ley; las grandes bandas de ciudadanos y ciudadanas, las picas de los arrabales, la ausencia de las bayonetas cívicas, las vociferaciones continuas y siempre amenazadoras, las músicas de los teatros, los himnos demagógicos, las ridículas estaciones ante la Bastilla, en la casa de la ciudad y en el Campo de Marte delante del altar de la patria; los inmensos y desordenados círculos en que agarrados de las manos bailaban multitud de hombres y mujeres, dando vueltas alrededor de la galera triunfal al compas de la *Carmañola*, cancion cínica y detestable; los abrazos más bien obscenos que patrióticos entre hombres y mujeres, que se precipitaban como unos frenéticos los unos sobre los otros en el acto de abrazarse; y para colmo de envilecimiento, Petion y todos los magistrados de Paris asistiendo en corporacion á esta fiesta y autorizando y sancionando con su presencia aquel insulto hecho á las leyes por su debilidad ó complicidad en él. ¡Tal fué aquella fiesta denigrante, copia de la del 14 de Julio y parodia vergonzosa de una insurreccion que habia preludiado una revolucion! Francia se avergonzó al ver esto, los buenos ciudadanos se consternaron, la guardia nacional empezó á temer las picas, la ciudad cobró miedo á los arrabales, y el ejército recibió allí la órden de desorganizarse completamente.

La indignacion de los constitucionales estalló en un himno irónico compuesto por Andres Chenier, en el que el jóven poeta vengaba las leyes y proscribia su cabeza, designándola desde aquel dia al hacha del verdugo. Una de las estrofas decia así:

«¡Salve, triunfo divino! ¡Entra en nuestras murallas! ¡Vuélvenos esos soldados convertidos en héroes por haber derramado la sangre de Desilles, y por haber asesinado á nuestros mejores ciudadanos!»

LIBRO ONCE.

El triunfo de la indisciplina y del asesinato halla eco fuera de Paris. — Impotencia del gobierno. — Rigor del invierno. — Carestía de granos. — Hácese responsable al gobierno de todas estas calamidades. — La acusacion de monopolio equivale á una sentencia de muerte. — Asesinato de Simoneau, alcalde de Etampes. — El duque de Orleans trata de introducirse con el rey. — Su retrato. — Sus desgracias. — Sus viajes. — Madama de Genlis se encarga de la educacion de los hijos de este príncipe. — Partido orleanista. — Fracasa la reconciliacion intentada entre el duque de Orleans y el rey. — El duque de Orleans se pasa á los jacobinos. — Aprestos hostiles del emperador. — Francia se decide por la guerra.

I

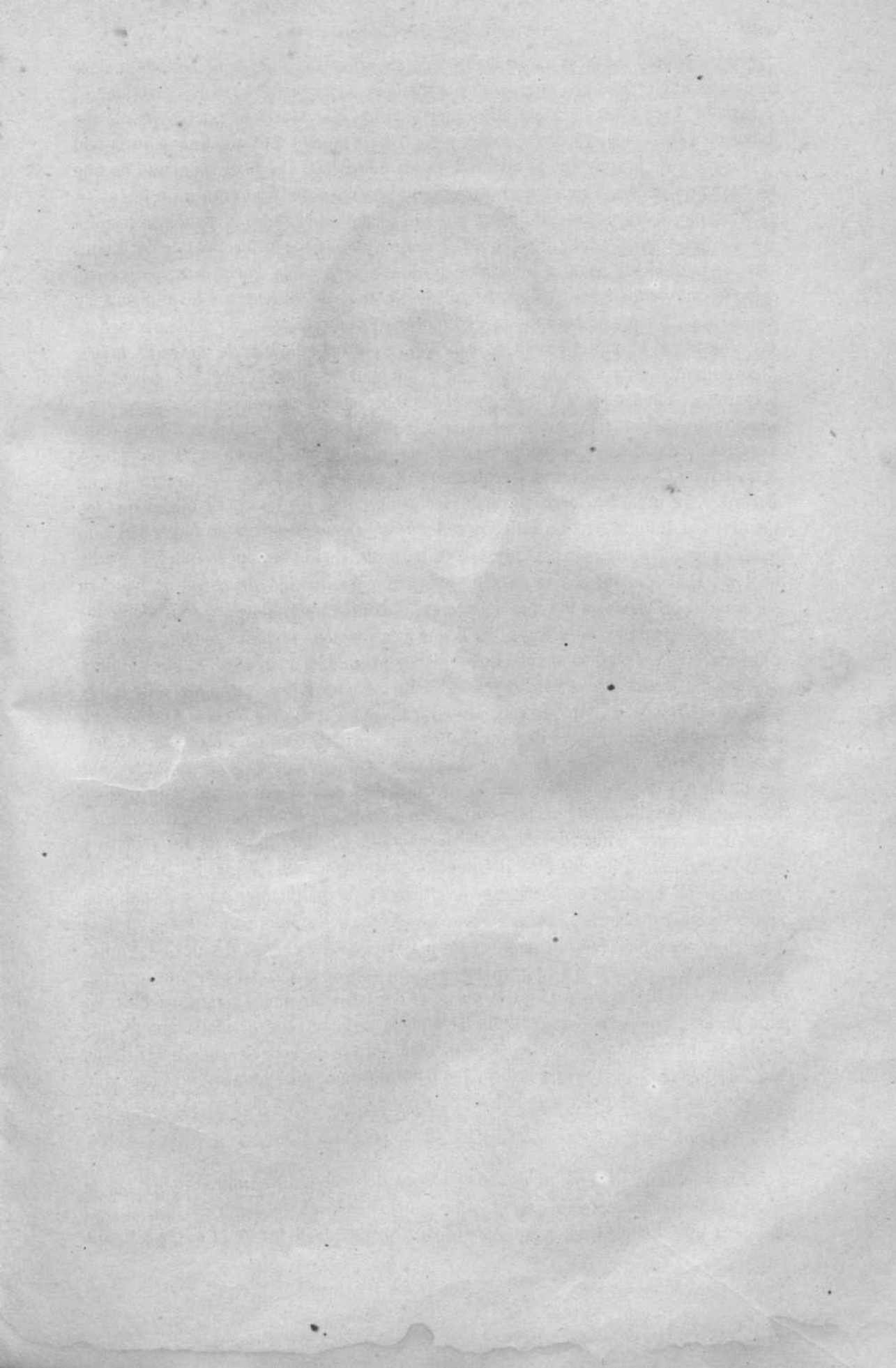
Los triunfos de la indisciplina y del asesinato hallaron eco en todas partes, manifestándose sus consecuencias en la insubordinacion de la tropa, en la desobediencia de los guardias nacionales y en las sublevaciones de los pueblos. Miéntras en Paris se daban fiestas á los suizos de Chateaufieux, el populacho de Marsella exigia con violencia la expulsion del regimiento suizo de Ernst, que estaba de guarnicion en Aix, so pretexto de que aquella tropa favorecia á la aristocracia y amenazaba la seguridad de la Provenza. En vista de la negativa de este regimiento cuando se le intimó que saliese de la ciudad, los marselleses marcharon sobre Aix, así como los parisienses habian marchado sobre Versalles en las jornadas de Octubre. En su violencia arrastraron en pos de sí á los nacionales, que eran los que debian haberla contenido; rodearon entónces á los suizos, les hicieron deponer las armas y los arrojaron vergonzosamente llevándoselos por delante. La guardia nacional, fuerza esencialmente revolucionaria, porque como pueblo participa de las opiniones, de los sentimientos y de las pasiones que está llamada á contener como guardia cívica, seguia por todas partes, bien fuese por debilidad ó por cualquiera otra causa, las inconstantes impresiones de la multitud. Esto no podia ménos de suceder así, porque ¿cómo unos hombres que en los clubs acababan de aprobar, de aplaudir y áun quizá de incitar á la sedicion, habian de cambiar de corazon y de papel al salir de ellos, tomando las armas contra los sediciosos? Así es que cuando no eran cómplices, al ménos permanecian mudos espectadores de las insurrecciones. La escasez de géneros coloniales, la carestía de los granos y los rigores de un invierno cruel, todo contribuía á agitar al pueblo cada dia más; los agitadores se servian de todas estas calamidades de la época para convertirlas en otros tantos objetos de acusacion y de rencor contra la dignidad real.

Al gobierno, impotente y desarmado, se le habia hecho responsable de las severidades de la naturaleza. Unos emisarios ocultos y unas bandas de hombres armados recorrían las ciudades y los pueblos en donde se celebraban mercados, esparciendo en ellos rumores alarmantes é incitando al pueblo á que pusiese precio al trigo y á la harina, y designando á los que comerciaban en granos con el nom-

bre de monopolizadores. La acusacion de este crimen era una sentencia de muerte contra el infeliz de quien con razon ó sin ella se sospechaba haberlo cometido. El temor de verse acusado como autor del hambre que sufría el pueblo paralizaba todas las especulaciones comerciales, y contribuía mucho más que una penuria real á la escasez de granos que se advertía en los mercados. Desde el momento en que se oculta un género, éste se hace raro. Los almacenes de trigo eran un crimen, en el concepto de los consumidores de pan. El alcalde de Etampes, Simoneau, hombre íntegro y magistrado intrépido, fué víctima de las sospechas del pueblo. Etampes era uno de los grandes mercados de donde se proveía Paris. Era, por consiguiente, muy importante conservar allí la libertad de comercio y la afluencia de las harinas. Un grupo compuesto de hombres y mujeres de los pueblos inmediatos, reunido al toque de rebato, marchó sobre el pueblo un día de mercado, precedido de tambores y armado con fusiles y con instrumentos de labranza, para tasar los granos, tomárselos á viva fuerza á los propietarios, partírselos y exterminar, segun ellos decían, á los monopolizadores, entre los cuales señalaban á Simoneau. La guardia nacional se escondía cuando sucedían lances parecidos al que vamos á describir. Cien hombres del regimiento de caballería número 18 destacados en Etampes era la única fuerza de que el alcalde podía disponer. El oficial que los mandaba respondía de sus soldados como *de sí mismo*. Despues de haber hablado mucho con los sediciosos para atraerlos á la razon, viendo Simoneau que este medio no era suficiente, subió á la casa de ayuntamiento, mandó desplegar la bandera encarnada, proclamó la ley marcial y marchó contra los sublevados rodeado de los concejales y seguido de la tropa. Al llegar á la plaza, la turba le rodeó y se interpuso entre él y el destacamento. Los soldados abandonaron al alcalde, y ni siquiera desenvainaron sus sables para defenderle. En vano les intimó en nombre de la ley y en el del honor militar que socorriesen á un magistrado contra sus asesinos; en vano cogía la brida de uno de los caballos que se hallaban más cerca de él, gritando al mismo tiempo: *¡A mí, amigos míos!* Cubierto de heridas causadas por los muchos palos y culatazos que le dieron, cayó casi exánime, teniendo todavía agarradas las riendas del caballo en que iba el cobarde jinete cuyo auxilio imploraba. Este, para poder desasirse del alcalde, le cortó el brazo de un sablazo y le dejó expuesto á los insultos del pueblo. ¡Simoneau había espirado! Dueños los malvados del cadáver, se encarnizaron en sus restos palpitantes aún y discutieron sobre si debían cortarle la cabeza ó no. Los jefes de los amotinados hicieron desfilar entónces aquella horda sanguinaria por encima del cuerpo del alcalde, empapando sus piés en aquella sangre. Despues salieron de la ciudad batiendo marcha, y fueron á embriagarse, á pasar la noche en las tabernas de los arrabales. La tasacion de los granos, motivo aparente de aquella sedicion, fué olvidada con la embriaguez del triunfo. No hubo saqueo, bien porque la sed de sangre satisfecha hiciese olvidar al pueblo el hambre, bien porque semejante hambre no fuese sino un pretexto para cometer asesinatos.

II

Miéntas todo se venía abajo cerca y léjos del trono, un hombre célebre por la gran parte que se le atribuía en la ruina general trató de reconciliarse con el rey. Este era Luis Felipe José, duque de Orleans, primer príncipe de la sangre. No me





EL DUQUE DE ORLEANS

(Felipe Igualdad).

atrevo á juzgar á este príncipe, ante el cual se ha detenido la historia hasta aquí, sin atreverse á designar el lugar que le corresponde en todos estos sucesos. Enigma para sí mismo, ha continuado siendo un enigma para la posteridad. El verdadero móvil de este enigma, ¿fué la ambicion ó el patriotismo? ¿Fué debilidad ó el espíritu de sedicion? Los hechos lo dirán.

La opinion pública tiene sus preocupaciones. Asombrada por la inmensidad de la obra que lleva á cabo, aturdida por decirlo así con la rapidez del movimiento que arrastra tras sí todas las cosas, no puede creer que un conjunto de causas naturales, combinadas por la Providencia con el advenimiento de ciertas ideas que se apoderan del espíritu humano y auxiliadas por la coincidencia de las épocas, pueda producir por sí solo conmociones tan terribles. Ella busca en las causas sobrenaturales, y hasta llega á achacar á la fatalidad unos sucesos que no puede comprender; se complace en imaginar que hay en todo esto una causa oculta que obra misteriosamente, y que tiene poder suficiente para hacer surgir, de un sitio ignorado de todos, los hombres y los acontecimientos. En una palabra, ella toma toda revolucion por una conjuracion, y si se encuentra en el principio ó en el medio de las grandes crisis con un hombre importante á cuyos intereses particulares pueda atribuirse una gran influencia en aquellos sucesos, no titubea en suponerle autor de todos ellos, ni en atribuirle la parte principal en el nuevo cambio que se verifica, así como tambien toda la grandeza ó pequeñez de la idea que trata de ponerse en planta; de suerte que, dichoso ó desgraciado, inocente ó culpable, ó le cubre de gloria, ó carga sobre él toda la responsabilidad de los hechos, cubriendo de oprobio su nombre y su memoria. Tal fué por espacio de cincuenta años la suerte del duque de Orleans.

Es una tradicion histórica en los pueblos desde la más remota antigüedad que el trono desgasta las razas reales, y que miéntras las ramas primogénitas se enervan con la posesion del imperio, las que les siguen se fortifican y engrandecen por la ambicion que tienen de elevarse, y porque, más inmediatas al pueblo, respiran un aire ménos corrompido que el de las cortes. Así, en tanto que el derecho da el poder á los primogénitos, los pueblos conceden la popularidad á los hijos segundos de los reyes.

Este fenómeno de una familia más fuerte y más popular que la reinante, creciendo al lado del trono y afectando á la vista de la nacion una rivalidad peligrosa con aquél, se verificaba desde la muerte de Luis XIV en la casa de Orleans. Si esta situacion equívoca daba á los príncipes de esta familia algunas virtudes, dábales tambien vicios tan grandes como aquéllas. Más inteligentes y más ambiciosos que los hijos del rey, eran tambien más activos. La sujecion misma en que les tenia la política de la casa reinante condenaba su pensamiento ó su valor á la inaccion, y les forzaba á gastar en los desórdenes ó en la molicié las facultades naturales y los inmensos bienes de los cuales no les era permitido hacer otro uso. Demasiado grandes para ciudadanos, y demasiado peligrosos para colocarlos á la cabeza de los ejércitos ó de los negocios del Estado, no hallaban un puesto que les conviniese ni en el pueblo ni en la corte; así es que trataban de conquistarlo en la opinion del pueblo.

El regente, hombre superior, degradado por lo subalterno de su papel y por lo mucho que éste duró, habia sido el ejemplo más palpable de las virtudes y vicios

de la sangre de Orleans. Habia perdido el mando del ejército de Italia por el desastre de Turin, cuya falta, sin embargo, no debia recaer sobre él. Más tarde habia sido llamado de España por haber intentado, favorecido por sus victorias, suplantar allí á Felipe V. Despues del regente, algunos de aquellos príncipes, dotados como él de un valor y de un talento naturales, habian intentado la gloria de las grandes acciones de sus primeros años. Antes de tiempo habian vuelto á sumergirse en la oscuridad, y se habian entregado sin freno á todos los placeres, ó por el contrario, se habian dedicado únicamente á ejercicios piadosos. Pero en cuanto habia brillado por cualquier motivo el nombre de alguno de los Orleans, se habia tenido cuidado de condenarle á la oscuridad. Estos príncipes debian necesariamente transmitirse con sus tradiciones de familia la impaciencia por que se verificase un cambio en el gobierno, que les permitiese ser verdaderamente grandes.

Luis Felipe José, duque de Orleans, habia nacido precisamente en una época en que su rango, su fortuna y su carácter debian arrojarle en medio de la corriente de las nuevas ideas, que sus pasiones de familia le mandaban favorecer, y una vez arrastrado por ella, le era imposible detenerse ya en otra parte que no fuese el trono ó el cadalso. Este príncipe tenia veinte años cuando se presentaron los primeros síntomas de la revolucion. Era robusto, como lo son los de su raza. Su estatura esbelta, su actitud firme, su rostro risueño, su mirada brillante, sus miembros muy flexibles por haberse dedicado desde muy niño á ejercitar las fuerzas corporales y manejar con destreza un caballo, ejercicio que es el pedestal de los príncipes. Familiar en su trato, aunque sin bajeza, de elocucion fácil, valiente, liberal hasta la prodigalidad para alentar las artes, esta especie de disipacion, que no era sino el lujo de la edad, le designaba ya desde muy jóven á ser el ídolo del pueblo. Su favor le embriagaba, y fué extinguiendo poco á poco su buen sentido natural. El amor del pueblo le pareció una venganza del olvido humillante en que le dejaba la corte. Este príncipe desafiaba en su interior al rey de Versalles, porque conocia que él era el rey de Paris.

Se habia casado con una princesa de una raza amada tambien del pueblo, hija del duque de Penthièvre. Hermosa, amable y virtuosa, llevó en dote á su marido, andando el tiempo, además de la inmensa fortuna de su padre, la clientela de consideracion, de favor público y de respeto general que habia en Francia por su casa. El primer acto político del duque de Orleans fué una resistencia osada á la voluntad de la corte en la época del destierro de los parlamentos. Desterrado él tambien á su castillo de Villers-Cotterets, acompañóle allí el interes que tenia el pueblo por él. Los aplausos de Francia le hicieron dulce la desgracia en que habia caido en la corte. Creyó comprender lo que era el papel de ciudadano en un país libre, y aspiró á él, olvidando con demasiada facilidad, en medio de la atmósfera de adulacion que le rodeaba, que no solamente se llega á ser gran ciudadano complaciendo al pueblo, sino que es necesario saber servirle, defenderle y muchas veces tambien resistirle.

Vuelto á Paris, quiso reunir el prestigio de la gloria de las armas á las coronas cívicas con que ya se decoraba su nombre. Solicitó entónces de la corte la dignidad de gran almirante de Francia, que le pertenecia desde la muerte de su suegro el duque de Penthièvre. Su peticion fué desechada. Entónces se embarcó como simple voluntario á bordo de la escuadra mandada por el conde de Orvilliers, y se encontró

en el combate naval de Ouessant, el 27 de Julio de 1778. Las consecuencias de aquel combate, en que la victoria quedó indecisa por una falsa maniobra, fueron imputadas á la debilidad del duque de Orleans, que, segun decian, habia impedido que se persiguiese al enemigo con toda la actividad que hubiera podido hacerse. Estos rumores deshonorosos, inventados y propagados por el odio que la corte le tenia, agriaron los resentimientos del jóven príncipe, pero no pudieron hacer dudar



Gustavo III, rey de Suecia.

de su valor. Las pruebas que dió de él le llevaron hasta poner en práctica ciertos caprichos indignos de su rango. Uno de éstos fué lanzarse en Saint-Cloud en el primer globo que ha llevado viajeros por el espacio. La calumnia no le abandonó en este viaje aerostático, y muy pronto esparció el rumor de que habia agujereado el globo con la punta de su espada para forzar á sus compañeros de viaje á bajar á tierra cuanto ántes. Entáblase entre la corte y él una lucha no interrumpida, audaz por una parte y denigrante por otra. El rey le trataba, sin embargo, con la indulgencia con que trata siempre la virtud las ligerezas de la juventud. El conde de Artois le escogia por compañero perpetuo de sus galanteos. La reina, que amaba al conde de Artois, temia que su cuñado se contagiase con un trato tan frecuente é íntimo con el duque de Orleans, que entónces no pensaba en otra cosa que en satisfacer sus pasiones amorosas, entregándose á la más torpe disolucion. María

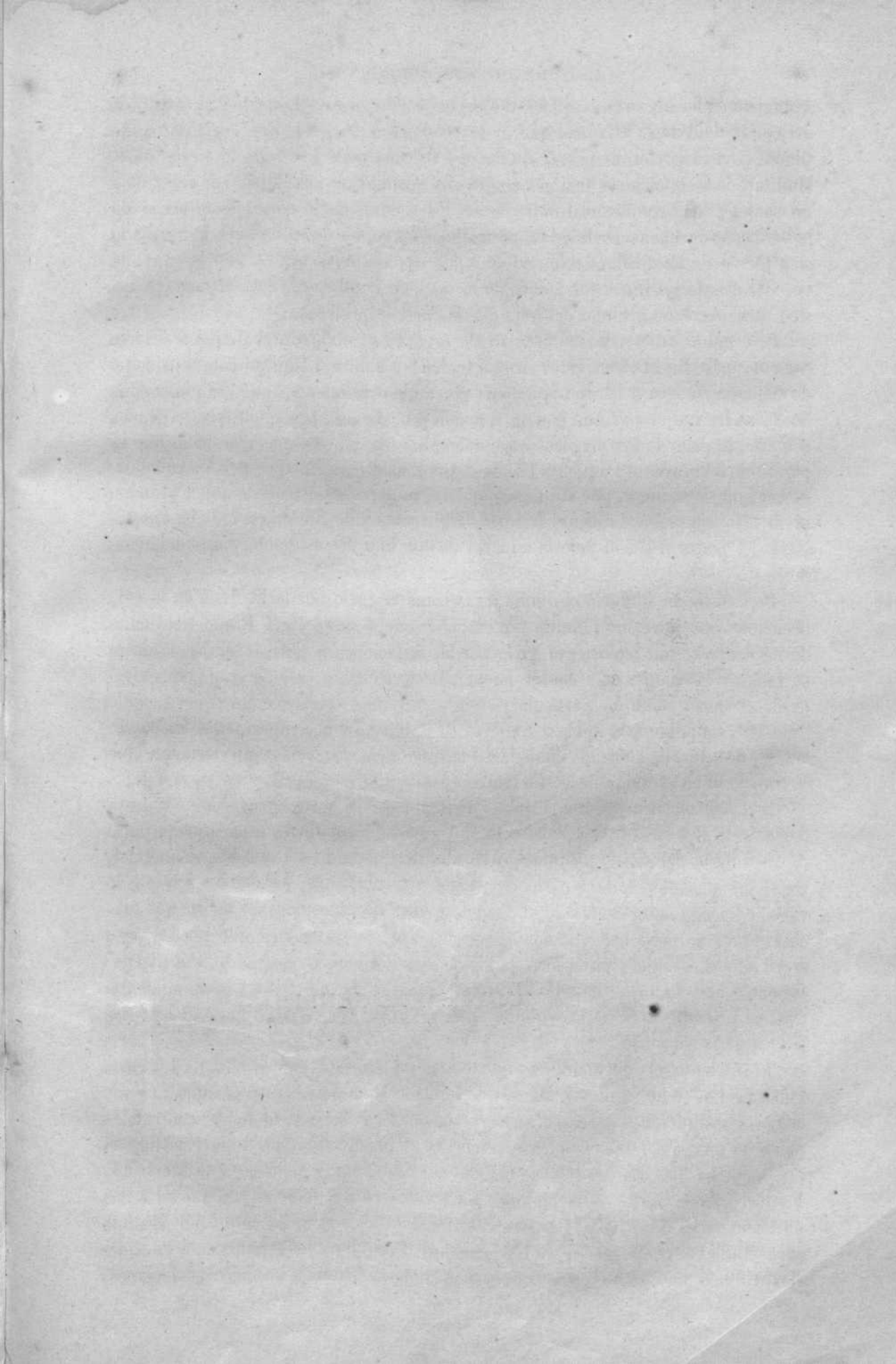
Antonieta temia á la vez en aquel jóven príncipe al favorito del pueblo y al corruptor del conde de Artois. Ella hizo que el rey comprase el castillo casi regio de Saint-Cloud, palacio preferido por el duque de Orleans para hacer de él su morada. Multitud de insinuaciones infames contra sus costumbres circulaban sin cesar bajo un carácter más confidencial entre todos los señores de la corte. Se le acusó de haber hecho envenenar, valiéndose para ello de las gentes de su servicio, á su cuñado el príncipe de Lamballe, debilitándole ántes en continuas orgías, con la mira de heredar él solo los inmensos bienes de la casa de Penthièvre. Este crimen no era sino una invencion gratuita del odio que la corte le profesaba.

Perseguido así por la animosidad de ésta, vióse obligado el duque á aislarse cada dia más. En sus frecuentes viajes á Inglaterra contrajo amistad con el príncipe de Galles, heredero del trono, que tenia por amigos á todos los que eran enemigos de su padre, y que jugando con la sedicion y deshourándose contrayendo deudas y haciendo gala de los mayores escándalos, llevaba mucho más allá de lo que es permitido á la juventud aquellas pasiones que tienen los príncipes por los caballos, por el lujo de la mesa, por el juego y por las mujeres. Sonriéndose aquel príncipe al oír los discursos tribunicios de Fox, de Sheridan y de Burke, preludiaba el ejercicio del poder real con toda la audacia de un hijo desobediente y un ciudadano faccioso.

De este modo adquirió el duque de Orleans el gusto por la libertad en la vida licenciosa que llevó en Lóndres. Acompañáronle á su vuelta á Francia el hábito de insolentarse con la corte, el gusto por las agitaciones populares, el desprecio de su rango y la familiaridad con el pueblo. Desterró de su casa la etiqueta, y vivió desde entónces como un particular, usando en público y en secreto aquel sencillo traje que, quitando á la nobleza francesa su uniforme y acercando todas las condiciones, destruía ya entre los ciudadanos la diferencia que hacía anteriormente que se conociese en el modo de vestir la clase á que uno pertenecía en la sociedad.

Dedicado exclusivamente el duque á restablecer su fortuna, bastante en decadencia á la sazón, edificó el Palacio Real. Convirtió los nobles y espaciosos jardines de su antiguo palacio en un lujoso mercado, destinado de dia al tráfico comercial, y por las noches á toda especie de juegos y disoluciones. Verdadera sentina de vicios edificada en el centro de la capital, y obra de especulacion que las antiguas costumbres no perdonaron jamás á este príncipe, fuese convirtiendo poco á poco aquel soberbio edificio en el foro de los ociosos del pueblo parisiense, para transformarse muy en breve en cuna de la revolucion. Esta marchaba á pasos agigantados. El príncipe la esperaba sumido en la ociosidad, como si la libertad no fuese sino una favorita más.

Entre tanto, el odio manifiesto que todo el mundo sabía que profesaba á la corte había hecho, como es muy natural, que todos los que deseaban el trastorno de sus antiguas instituciones rodeasen á este príncipe. El Palacio Real fué el centro elegante de una conspiracion que se celebraba á puertas abiertas para reformar el gobierno. La filosofía del siglo se hallaba allí reunida á la política y á la literatura, y aquel palacio era el de la opinion. Buffon iba constantemente á pasar en él las últimas noches de su vida; Rousseau recibía á lo léjos el único culto que su altiva susceptibilidad podía recibir de los príncipes; Franklin y los republicanos de América, Gibbon y los oradores de la oposicion inglesa, Grimm y los filósofos alemanes,





LA CONDESA DE GENLIS.

Diderot, Sieyes, Sillery, Lacos, Suard, Florian, Raynal, La Harpe, y finalmente, todos los hombres pensadores y todos los escritores que presentian el nuevo espíritu, se encontraban allí reunidos con los artistas y sabios más célebres de la época. El mismo Voltaire, proscrito de Versalles por los respetos humanos de una corte que adoraba su genio, fué también á parar á él en su último viaje. El príncipe le presentó sus hijos, de los cuales uno llegó á reinar en Francia. El filósofo moribundo los bendijo, como á los de Franklin, en nombre de la razón y de la libertad.

Esto no es decir que aquel príncipe gustase apasionadamente de las letras, ni se dedicase á cultivar el pensamiento: se habia dedicado demasiado á los goces materiales para que pudiese ser sensible á las delicias de la inteligencia; pero el sentimiento revolucionario le aconsejaba instintivamente que reuniese todas las fuerzas que pudiesen servirle en su día para contribuir al triunfo de la libertad. Cansado inmediatamente de la belleza y de la virtud de la duquesa de Orleans, se enamoró de una señorita hermosa, espiritual é insinuante, que tampoco logró fijar su corazón, pero sí dominar su inconstancia y dirigir su espíritu. Esta mujer, seductora entónces, célebre despues, era la señorita de Crest, condesa de Sillery-Genlis, hija del marqués de Saint-Aubin, caballero pobre del Charolais. Su madre, jóven y hermosa todavía, la habia llevado á Paris á casa de Mr. de la Popelinere, célebre banquero, anciano ya, con quien aquella mujer estaba en relaciones. Educaba, pues, á su hija incierta aún de la suerte que el destino la preparaba, y sin saber si sería como tantas otras mujeres á quienes la naturaleza ha prodigado el talento y la hermosura, pero que, careciendo de lo necesario para subsistir, son una especie de aventureras de la sociedad, algunas veces elevadas, pero por lo general envilecidas por ella.

Los maestros más célebres educaban aquella jóven, en tanto que su madre la formaba únicamente para la ambicion. La condicion subalterna de aquella mujer en casa de su opulento protector no impedía que su hija recibiese la más brillante educacion. A los diez y seis años, su hermosura precoz y su talento musical hacian que se la admitiese en los salones más elegantes, en donde su madre la presentaba como una celebridad equívoca entre el teatro y el gran mundo. Artista en el concepto de los unos, era mirada como una señorita distinguida por los otros; pero á todos los seducia, y hasta los viejos olvidaban que lo eran cuando se hallaban á su lado. Mr. de Buffon la llamaba *hija*. Su parentesco con madama de Montesson, viuda del duque de Orleans, hacía que viese con frecuencia al joven príncipe. El conde de Sillery-Genlis se apasionó de ella, y á pesar de la oposicion de su familia, la tomó por esposa. Amigo y confidente del duque de Orleans; obtuvo el conde que su esposa fuese empleada en la servidumbre de la duquesa de Orleans. El tiempo y su talento hicieron todo lo demas.

El duque se unió á ella por el doble atractivo de su extremada belleza y por la admiracion que le causaba la superioridad de su inteligencia; de suerte que cada una de estas dos cosas consolidaba el dominio que una sola era suficiente para ejercer sobre el corazón del príncipe. Las quejas de la duquesa al ver este nuevo ultraje no hicieron sino cambiar la inclinacion del duque en obstinacion. Quedó completamente subyugado y quiso honrarse con aquel sentimiento haciéndolo público, si bien tratando de disfrazarlo so pretexto de la educacion de sus hijos. La condesa de Genlis aspiraba á la vez á la ambicion de las cortes y á la gloria de

las letras. Escribía, pues, con elegancia aquellas obras triviales que entretienen la ociosidad de las mujeres, extraviando su corazón en unos amores imaginarios. Las novelas, que son para el Occidente lo que el opio para los orientales, se habían convertido en una necesidad y en un acontecimiento de que se hablaba en todos los salones. Madama de Genlis tenía una gracia particular para esta especie de composiciones, en las que, valiéndose de cierta hipocresía de austeridad, hablaba con decencia del amor; además afectaba una universalidad de conocimientos científicos, que hacía se olvidase el sexo de la autora al ver en ella una ilustración que recordaba aquellas célebres mujeres de Italia que explicaban filosofía cubriéndose el rostro con un velo.

El duque de Orleans, innovador en todo, creyó haber hallado en aquella mujer el mentor de sus hijos. En consecuencia, la nombró *ayo* de aquellos niños. Irritada la duquesa, protestó contra aquel escándalo; la corte se burló del duque, y el público quedó aturdido al ver una cosa tan singular. La opinión, que cede finalmente al que no la teme, murmuró en un principio, enmudeció después, y concluyó por dar la razón á Orleans: los discípulos de esta mujer, si no supieron ser príncipes, aprendieron al menos á ser hombres. Madama de Genlis atraía al Palacio Real á todos los dictadores de la opinión, de suerte que el primer club de Francia se celebraba en las habitaciones del primer príncipe de la sangre. El amor á las letras cubría exteriormente aquellos conciliábulos, á la manera que la locura del primer Bruto sirvió para cubrir su venganza. Quizá el duque no era un conspirador, pero ello es cierto que desde entonces hubo un partido llamado de Orleans. Sieyès, oráculo misterioso de la revolución, que parecía que la llevaba en su frente pensativa y que la abrigaba silencioso en su seno; el duque de Lauzun, que desertando de las confidencias de Trianon, se había pasado á los conciliábulos del Palacio Real; Laclos, joven oficial de artillería, autor de una novela obscena, capaz en caso de necesidad de elevar la intriga novelesca hasta la conjuración política; Sillery, indispuerto con su casta, enemigo irreconciliable de la corte, ambicioso, descontento, y sin confiar ni esperar nada sino de lo desconocido; finalmente, otra porción de hombres más oscuros, pero no menos activos, que eran una especie de escalones invisibles para bajar desde los salones del príncipe á las profundidades del pueblo; todas estas gentes, sirviendo unos de cabeza y otros de brazos á la ambición del duque, asistían diariamente á estas reuniones. Sin duda que ni unos ni otros sabían aún con certeza el verdadero objeto de ellas, pero todos se colocaban en la cima de la pendiente para desde allí dejarse llevar por la fortuna. Lo maravilloso de ese prestigio de las masas, que es á la imaginación lo que á la razón el cálculo, no faltaba en el partido de Orleans. Las profecías, presentimientos populares del destino; los prodigios domésticos, admitidos por la credulidad interesada de los numerosos clientes de aquella casa, anunciaban que uno de sus príncipes subiría muy pronto al trono de Francia. Estos rumores corrían entre el pueblo, bien por sí mismos, bien por las hábiles insinuaciones de los partidarios de la casa de Orleans. Cuando se convocaron los Estados generales, el duque se pronunció abiertamente por las reformas más populares, encargando al abate Sieyès que redactase las instrucciones á que habían de atenerse los electores de los dominios del príncipe. Este intrigó además para obtener el título y ejercer las funciones de ciudadano. Elegido diputado de la nobleza por Paris, por Crespy y por Villers-Cotterets,



Asesinato de Gustavo III, rey de Suacia.—Pág. 308.

optó por Crespy porque los electores de aquella bailía eran más patriotas. En la procesion de los Estados generales, en lugar de ir entre

los príncipes, como le correspondia, fué á colocarse en medio de los diputados. Esta abdicacion de su dignidad á pesar de ser el más inmediato al trono, y esta pública preferencia que daba á su dignidad de ciudadano, le valió los aplausos de toda la nacion.

III

El favor del pueblo hácia Orleans era tal, que si él hubiese sido un duque de Guisa, y Luis XVI un Enríque III, los Estados generales hubiesen terminado, como los de Blois, por un asesinato ó por una usurpacion. Reunido al estado llano para conquistar la igualdad y granjearse la amistad y la preferencia de la nacion sobre todos los nobles, prestó el juramento del Juego de Pelota. Colocóse detras de Mirabeau en aquella ocasion sólo por desobedecer al rey. Nombrado presidente de la Asamblea nacional, renunció á este honor para cedérselo á un simple ciudadano. El dia en que la destitucion de Necker puso de manifiesto los proyectos hostiles de la corte, dia en que el pueblo de Paris nombró por aclamacion los que habian de ser sus jefes y sus defensores, el nombre del duque de Orleans fué el primero que salió de todas las bocas, y Francia tomó en el jardin de su palacio los colores de su

librea, destinándolos á ser en adelante la escarapela nacional. A la voz de Camilo Desmoulins, que fué quien dió el grito de alarma en el Palacio Real, se formaron los grupos guiados por Legendre y por Freron. Estos pasearon los bustos del duque de Orleans y de Necker, los cubrieron con un velo negro, y ellos, con la cabeza descubierta, atravesaron silenciosos por medio de los ciudadanos. Corrió la sangre; el cadáver de uno de los que llevaban los bustos, al cual habia muerto la tropa, sirvió de estandarte al pueblo. De este modo el duque de Orleans se halló comprometido por su palacio, por su nombre y por su imágen en el primer combate y en el primer asesinato de la revolucion. Esto fué lo suficiente para que se creyese que su mano era la que movia todos aquellos resortes, y que él era el autor de cuanto estaba sucediendo. Sea por falta de audacia, sea porque no tuviese ambicion, lo cierto es que jamás tomó la actitud del papel que la opinion le señalaba. Su objeto entónces no pareció ser otro que el de conquistar una Constitucion para su país, y el título de patriota para sí. Ó respetó ó desdeñó el trono; cualquiera de estos dos sentimientos le hace grande á los ojos de la historia. Todo el mundo era de su partido, excepto él.

Los hombres imparciales honraron su moderacion, y los revolucionarios se avergonzaron de ver su falta de carácter. Mirabeau, que buscaba un pretendiente en quien pudiese personificar la revolucion, habia tenido várias entrevistas secretas con el duque de Orleans, en las cuales habia procurado sondear su ambicion para juzgar si sería de tal naturaleza que le hiciese aspirar á ocupar el trono sin reparar en los medios. Aquel grande hombre se habia retirado descontento, y habia descubierto su decepcion usando, al hablar del príncipe, ciertas palabras que le eran bastante injuriosas. Lo que Mirabeau necesitaba era un conspirador, pero no halló más que un patriota. Lo que él despreciaba en el duque no era la meditacion de un crimen, sino el que se negase á ser su cómplice, porque nunca habia pensado hallar en Orleans tantos escrúpulos. Vengóse de él llamando á aquel desinteres la *bajeza de un ambicioso*.

Lafayette acusaba al príncipe de fomentar unos disturbios que algunas veces no podia el general contener. Se pretendia por algunos haber visto al duque de Orleans, igualmente que á Mirabeau, mezclados entre los grupos de hombres y mujeres y señalándoles con el dedo el palacio. Mirabeau se defendió de esta calumnia con la sonrisa del desprecio. El duque de Orleans demostró más seriamente su inocencia. El doble asesinato del rey y de la reina dejaba todavía viva la monarquía, las leyes del reino y los príncipes herederos de la corona. Orleans no podia subir al trono sino pasando por encima de cinco cadáveres colocados por la naturaleza entre su ambicion y él. Estos crímenes, en vez de servirle de escalon para lograr su intento caso que hubiese querido ser rey, no le hubieran conducido sino á la execracion de la nacion, y hubiesen cansado hasta á los mismos asesinos. Además, el duque probaba con numerosos é irrecusables testimonios que no habia ido á Versalles ni el 4 ni el 5 de Octubre; que al salir de aquel punto el 3 despues de la sesion de la Asamblea nacional, se habia vuelto á Paris; que habia pasado el dia 4 en su palacio y en los jardines de Mousseaux; que el 5 habia vuelto á salir para este último punto, y que habiéndose roto su cabriolé en el arrabal, habia continuado su camino á pié por los Campos Elíseos; que habia pasado el dia en Passy con sus hijos y con madama de Genlis; que habia cenado en Mousseaux con ésta,

y se habia vuelto á dormir á Paris; que hasta el 6 por la mañana no habia tenido conocimiento de los sucesos del dia anterior, pero que en cuanto los supo, habia marchado en direccion á Versalles, habiendo sido detenido su coche en el puente de Sevres por las turbas que llevaban las cabezas de los guardias del rey. Si esta conducta no era la que debia observar un príncipe de la sangre, obligado á volar en socorro de su rey y á colocarse al pié del trono entre el soberano amenazado y el pueblo, tampoco era la de un usurpador audaz que trata de aprovechar la ocasion de una revolucion, y que presenta á lo ménos al pueblo un crimen enteramente consumado.

La táctica de este príncipe consistió en estar á la expectativa, ya porque él no quisiese recibir la corona sino de la fatalidad de los sucesos y sin alargar siquiera la mano para cogerla, ya porque hubiese en él más indiferencia que ambicion hácia aquel rango supremo, ya porque no quisiese colocar su trono como un obstáculo en medio del camino de la libertad, ya finalmente porque aspirase sinceramente á la república, y porque tuviese en mayor estima el simple título de primer ciudadano de una nacion libre que el pomposo de rey.

No obstante, poco despues de aquella época, Lafayette quiso romper las relaciones que habia entre Orleans y Mirabeau. El general trató de alejar á toda costa á aquel príncipe de la escena política y de forzarle moralmente á que se desterrase él mismo á Lóndres, haciéndole entrever la posibilidad de que se le formase causa por crimen de lesa majestad. Hizo que el rey y la reina le ayudasen en este plan, alarmándoles con la relacion de los complots en que estaba mezclado el príncipe y haciendo que viesen en él un competidor al trono. Lafayette decia un dia á la reina que aquel príncipe era el único hombre de quien pudiese sospecharse una ambicion tan desmesurada. «Caballero, — le respondió la reina mirándole con cierta expresion de incredulidad, — ¿es necesario ser príncipe para aspirar á la corona?» «A lo ménos, señora, — replicó el general, — yo no conozco otro hombre sino al duque de Orleans que tenga semejantes intenciones.» Lafayette tenia un concepto demasiado elevado de la ambicion de Orleans.

Desalentado Mirabeau al ver en este hombre tanta indecision y tantos escrúpulos, y hallándole siempre por cima ó por bajo del crimen, le rechazó de sí y trató de entablar relaciones con Lafayette. Este, aunque no tenia á su disposicion sino la fuerza armada, conocia que Mirabeau tenia suficiente fuerza moral, y se sonrió en vista de la idea de un dumvirato que les aseguraba el imperio. En Paris y en Passy tuvieron estos dos rivales várias entrevistas secretas. Lafayette, rechazando toda idea de usurpacion en beneficio de un príncipe, declaró terminantemente á Mirabeau que si queria que los dos se entendiesen, era preciso ante todo renunciar á cuanto fuese ó pudiese ser en perjuicio de la reina. «Pues bien, general, — respondió Mirabeau, — ya que así lo quereis, que viva. Una reina humillada puede ser útil, pero una reina degollada no sirve sino para componer una mala tragedia.» Esta salida atroz, en que se trataba en tono de chanza si habia de derramarse ó no la sangre de una mujer, llegó más tarde á conocimiento de la reina, pero se la perdonó á Mirabeau y no impidió que entrase en relaciones con el gran orador. Sin embargo, aquella palabra dejó sin duda cierta impresion sangrienta en el corazon de aquella princesa, que desde entónces debió ya conocer lo que podia temer en lo sucesivo.

Seguro Lafayette del asentimiento del rey y de la reina, y apoyado en la indignacion de la guardia nacional, que empezaba ya á cansarse de los facciosos, se atrevió á tomar con aquel príncipe el tono de un dictador y á pronunciar contra él un destierro arbitrario, cubierto bajo las apariencias de una mision aceptada espontáneamente. Suplicó por tercera persona al duque de Orleans que le concediese una cita en casa de la marquesa de Coigny, mujer noble y espiritual adicta á Lafayette, y á cuya casa iba alguna que otra vez el duque. Despues de una conversacion que sólo las paredes oyeron, pero cuyo contenido pudo adivinarse por los resultados, conversacion á la que Mirabeau llamaba *muy imperiosa por una parte y muy resignada por otra*, se convino en que el duque de Orleans saliese inmediatamente para Lóndres.

Los amigos del príncipe le hicieron variar de resolucion aquella misma noche, y así se lo escribió á Lafayette. Este le dió otra cita, en la que le intimó que mantuviese su palabra y que partiese en el término de veinticuatro horas, conduciéndole en seguida al cuarto del rey. Allí aceptó el príncipe la mision ficticia y prometió no omitir nada en Inglaterra para destruir los complots de los fautores de los disturbios del reino. «Vos estais más interesado en ello que ningun otro,—le dijo Lafayette en presencia del rey,—porque nadie está más comprometido que vos.» Instruido Mirabeau de la violencia ejercida por Lafayette sobre el espíritu del duque, ofreció á éste sus servicios y trató de seducirle por última vez, presentándole la posibilidad en que se hallaba de apoderarse del rango supremo. Para esto habia ya concebido el plan del discurso que habia de pronunciar al día siguiente en la Asamblea. En él denunciaria como una conspiracion del despolismo aquel golpe de Estado contra un solo ciudadano en cuya libertad se atentaba contra la de todos los demas, «esta violacion de la inviolabilidad de los representantes de la nacion en el destierro de un príncipe de la sangre; mostraria á Lafayette como sirviéndose de la mano del rey para herir á sus rivales de popularidad y para cubrir su insolente dictadura con la sancion veneranda del jefe de la nacion, cabeza al mismo tiempo de la familia real». Mirabeau no dudaba que se sublevaria la Asamblea contra una tentativa tan odiosa, y prometió á los amigos del duque de Orleans que se verificaria uno de aquellos cambios rápidos de opinion que elevan al hombre á una altura mayor que aquella de donde ha caido. Estas palabras, sostenidas por las súplicas de Laclos, de Sillery y de Lauzun, hicieron vacilar por segunda vez al príncipe en su resolucion. Conoció éste que era vergonzoso aquel destierro voluntario, en el cual no habia visto anteriormente sino magnanimidad. En consecuencia, volvió á escribir al amanecer diciendo que no marcharia.

Lafayette le hizo llamar entónces á casa del ministro de Negocios extranjeros. Allí el príncipe se dejó vencer otra vez, y escribió á la Asamblea destruyendo de antemano todo el efecto de la denuncia de Mirabeau. «Mis enemigos pretenden—dijo el duque á Lafayette—que os jactais de tener contra mí pruebas de complicidad en los atentados del 5 de Octubre.» «Mis enemigos sí que son los que lo dicen,—respondió Lafayette;—si yo tuviese pruebas contra vos, ya os hubiese hecho prender. No las tengo, no, lo que hago es buscarlas.» El duque de Orleans marchó.

Nueve meses habian transcurrido desde su vuelta. La Asamblea constituyente habia dejado la Constitucion que acababa de votar bajo la tutela de la anarquía, y

sin nadie que fuese capaz de defenderla. El reino se hallaba en el mayor desorden; los primeros actos de la Asamblea legislativa anunciaban la vacilacion de un pueblo que hace alto sobre una pendiente escarpada, pero que está decidido á bajar por ella hasta llegar al valle.

IV

Los girondinos, adelantándose desde el primer paso al partido de Barnave y los Lameth, indicaban su intento de empujar á Francia sin prepararla hasta la república. El duque de Orleans, á quien su larga permanencia en Inglaterra habia proporcionado tiempo suficiente para reflexionar léjos de las facciones, sintió hervir en sus venas la sangre de los Borbones. No dejó por esto de ser patriota, pero comprendió muy bien que la salvacion de la patria, cuando se veia amenazada de una guerra inminente, no consistia en la destruccion del poder ejecutivo. Tambien debió despertarse en su corazon cierta compasion al ver lo mucho que sufrían el rey y la reina, pues por más que los odiase, no se habian extinguido en él aún todos los sentimientos generosos. Hallábase ya suficientemente vengado con los acontecimientos de Octubre, con la humillacion del rey ante la Asamblea, con los insultos cotidianos del populacho á María Antonieta y con las terribles noches que pasaba aquella familia, cuyo palacio no podia ya llamarse sino una prision; quizá temia tambien que la revolucion fuese ingrata con él, y llegase á tratarle del mismo modo que estaba tratando á sus más inmediatos parientes.

El duque habia salido para Inglaterra contra su voluntad, pero habia permanecido allí porque habia llegado á persuadirse de que su nombre era un pretexto del cual se servian para todas las agitaciones de Paris. Laelos habia ido várias veces á Lóndres á tentar de nuevo la ambicion del desterrado y á echarle en cara su condescendencia con Lafayette, condescendencia que Francia tomaba por cobardia. El orgullo del príncipe se habia sublevado en vista de tal idea, y amenazaba con que se volveria á Paris. Las representaciones de Mr. de la Luzerne, ministro plenipotenciario de Francia en Lóndres, las de Mr. de Boinville, ayudante de campo de Lafayette, y finalmente su propia prevision, habian prevalecido sobre las instigaciones de Laelos. Hay una prueba de esto en una carta de Mr. de la Luzerne, hallada en la *alacena de hierro* entre los papeles reservados del rey. «Declaro—dice Mr. de la Luzerne—que he presentado al señor duque de Orleans á Mr. de Boinville, ayudante de campo de Mr. de Lafayette; que este oficial ha hecho presente al duque de Orleans que no convenia que se presentase en Paris en estos momentos, porque no faltarian algunos hombres malintencionados que se servirian de su nombre para promover disturbios y alborotos, no sólo en la capital, sino quizá en todo el reino, por cuya razon le suplicaba que retardase su vuelta á Paris. El señor duque de Orleans, que no quiere dar el más mínimo pretexto para que se turbe la tranquilidad pública valiéndose de su nombre, ha consentido gustoso en acceder á lo que se le suplicaba.»

Por fin partió, y en cuanto llegó á Francia trató de que se le emplease en la marina; pero cuantos pasos dió fueron inútiles. Así las cosas, Mr. Bertrand de Molleville le envió el nombramiento de almirante cuando ménos lo esperaba el duque. En cuanto lo recibió, fué á dar las gracias al ministro, y le dijo que tenia á

gran dicha la gracia que el rey acababa de concederle, porque le proporcionaba ocasion de dar á conocer á aquel príncipe que le habian calumniado vilmente los que le habian atribuido unos sentimientos de los que estaba muy distante. «Soy muy desgraciado,—prosiguió;—se han servido de mi nombre para imputarme unos horrores de que todo el mundo me ha creído culpable porque he desdeñado justificarme. Pronto se verá si mi conducta confirma lo que estoy diciendo.»

El aire de franqueza y de lealtad y el tono expresivo con que hablaba el duque afectaron al ministro, que estaba muy prevenido contra él y que hasta entónces le habia tenido por culpable. Preguntó éste al príncipe si tendria inconveniente en hablar al rey aquel mismo lenguaje, con lo cual daria consuelo á su corazon, porque él temia transmitir á su majestad las palabras que acababa de oír, conociendo que no podria darles toda la significativa energía que tenian en sí. El duque acogió alborozado la idea de ver al rey si éste se dignaba recibirle. Manifestó su intencion de ir al dia siguiente á palacio, y advertido el rey de esta novedad por su ministro, le aguardó impaciente, permaneciendo los dos encerrados en el cuarto del rey por largo rato.

Un escrito autógrafo, redactado luégo por el duque de Orleans para justificar su memoria ante sus hijos y ante sus amigos, va á iniciarnos en los misterios de esta conversacion reservada. «Los demócratas exaltados—dice—han pensado que yo queria establecer la república en Francia; los ambiciosos han creído que, prevalido yo de mi popularidad, queria forzar al rey á que me entregase la direccion del reino; finalmente, los patriotas virtuosos han visto en mí la misma virtud que ellos tienen, y han pensado que yo me sacrificaba sin reserva por la causa pública. Los unos me han hecho peor, y los otros mucho mejor de lo que soy efectivamente. Hasta ahora yo no he hecho otra cosa que seguir los impulsos de mi voluntad, que me inclina hácia las ideas liberales. He creído ver la imágen de la libertad en los parlamentos, que cuando méños tienen su lenguaje y sus formas. Así es que yo he abrazado este fantasma de representacion, y me he sacrificado hasta tres veces por los parlamentos; las dos primeras por conviccion, la tercera por no desmentirme á mí mismo. Habia estado ya largo tiempo en Inglaterra, y habia visto allí la verdadera libertad. Por esta razon, no dudé en los Estados generales que Francia quisiese conquistarla. En cuanto pude entrever que Francia tendria ciudadanos, quise yo tambien ser uno de ellos. En esto consistió el que, sin reflexionar detenidamente sobre lo que hacía, sacrificase un rango y unos privilegios que me separaban de la nacion. Nada me costó este sacrificio. Aspiraba á ser diputado, y lo fuí; me afilié en el partido del estado llano, no por espíritu de faccion, sino por justicia. Segun mi modo de ver, desde aquel momento era ya imposible impedir que la revolucion se llevase á cabo. Várias personas de las que rodeaban al rey pensaron de una manera muy diferente. Entónces se reunieron tropas, y éstas cercaron la Asamblea nacional. Paris se creyó amenazado y se sublevó; los guardias franceses, que vivian entre el pueblo, le siguieron. Esparcióse al ver esto el rumor de que yo habia sobornado aquel regimiento, pero voy á decir francamente mi opinion sobre este particular. Si los guardias franceses se hubiesen portado de otro modo, es cuando yo hubiese creído que les habian sobornado, porque el haberse manifestado hostiles al pueblo de Paris hubiese sido una cosa contra naturaleza. Se dirá que mi busto y el de Necker fueron paseados por las calles públicamente el 14 de Julio.

¿Y por qué? Porque aquel ministro de la esperanza pública era adorado de la nación, y porque mi nombre se hallaba en las listas de los diputados de la Asamblea que, según se decía, habían de ser arrestados con aquel ministro por las tropas que se habían llamado á Versalles. En medio de unos acontecimientos tan favorables para un faccioso, ¿qué es lo que yo hice para aprovecharme de ellos? Me oculté y traté sin afectación de evitar que el pueblo me viese; no aprobé los excesos cometidos por él, y me retiré á pasar la noche á mi posesion de Mousseaux; al día siguiente me fuí sin ningun acompañamiento á la Asamblea nacional de Versalles. En el momento dichoso en que el rey se decidió á echarse en brazos de la Asamblea, me negué á ser uno de los miembros de la diputacion que iba á llevar esta noticia á la capital. Esto lo hice porque temia que me tributasen un homenaje que sólo al rey era debido. La misma conducta observé en las jornadas de Octubre, en cuyos días me ausenté para no añadir un elemento más á la fermentacion en que se hallaba el pueblo, y hasta que se restableció la calma no volví á aparecer. En Sevres me hallé con unos grupos de asesinos que llevaban las cabezas de los guardias del rey, y uno de ellos, arrojándose sobre mis caballos, disparó un tiro al postillon; de suerte que yo, pretendido jefe de aquellos hombres, estuve á pique de ser víctima suya. Debo mi salvacion únicamente á unos cuantos guardias nacionales de un puesto inmediato al sitio en donde me sucedió esto, que me escoltaron hasta Versalles, adonde, en cuanto llegué, subí á palacio, conteniendo ántes y haciendo callar al inmenso pueblo que estaba en el palacio de los ministros. Yo fuí uno de los que tuvieron parte en el decreto por el cual se declaró la Asamblea inseparable de la persona del rey. Entónces, sin embargo, Mr. de Lafayette me pidió una cita y me manifestó en nombre de su majestad lo mucho que deseaba verme salir de Paris para quitar todo pretexto plausible á las agitaciones populares. Seguro en adelante del triunfo de la revolucion, y no temiendo ya por ella sino los disturbios con que se querria tal vez entorpecer su marcha, obedecí sin titubear, no poniendo otra condicion que el que se me permitiese pedir permiso á la Asamblea nacional para efectuar mi viaje. La Asamblea me lo concedió, y yo marché inmediatamente. Conmovo el pueblo de Boulogne por una intriga que puede muy bien achacárseme, pero á la cual me mostré absolutamente extraño puesto que no accedí á sus deseos, quiso detenerme allí á la fuerza, oponiéndose á que me embarcase. Confieso que me enternecí, pero no cedí á aquella violencia del favor del pueblo, y le hice entrar en su deber. Este viaje y mi ausencia hicieron que se abusase de una porcion de cosas enteramente inocentes para imputarme los más odiosos atentados cuando no podia refutarlos por mí mismo. Según se decía, yo habia querido forzar al rey á huir de Versalles con el Delfin; pero Versalles no es toda Francia. El rey se hubiese encontrado con su ejército y con la nacion fuera de aquella ciudad, y el único resultado de mi ambicion hubiese sido la guerra civil y la dictadura militar de que se hubiera investido el rey necesariamente. Ademas de esto, quedaba el conde de Provenza, heredero natural del trono abandonado. Siendo éste popular como lo era, y habiendo pertenecido conmigo al partido del pueblo, cuanto yo hubiese hecho no hubiera sido más que trabajar en beneficio suyo. No es esto todo. Aún quedaba el conde de Artois en el extranjero, y éste y sus hijos, que estaban más cerca del trono que yo, se hallaban en completa seguridad y libres de que les alcanzasen los

puñales que se pretendia estaban pagados por mí para atravesar sus pechos. ¡Qué serie de locuras, de absurdos y de crímenes inútiles! El pueblo frances no ha cambiado de sentimientos ni de carácter al efectuar su revolucion. Yo me persuado de que el conde de Artois, á quien quiero mucho, hará la prueba de ello; yo me complazco en creer que, acercándose de nuevo á un rey que él quiere y de quien es amado con ternura, y á un pueblo á cuyo amor le dan tantos derechos sus relevantes prendas, volverá en dias más tranquilos á gozar de la parte que le cabe en el amor que la nacion más sensible y más amante ha profesado siempre á los nietos de Enrique IV.»

Estas razones ú otras semejantes, mezcladas sin duda con la manifestacion del arrepentimiento y con aquellas acciones mudas que tienen mucha más fuerza que las palabras en ocasiones tan solemnes, convencieron, si no el ánimo, al ménos el corazon del rey. Este excusó, perdonó y esperó. «Creo como vos—dijo enternecido á su ministro—que el duque de Orleans vuelve de buena fe, y que hará todo cuanto de él dependa por reparar los males que ha hecho, en los cuales puede ser muy bien que no tenga tanta parte como habíamos creído.»

El príncipe habia salido del cuarto del rey reconciliado consigo mismo, y más resuelto que nunca á no tolerar que su nombre sirviese de pretexto á los facciosos. Poco trabajo le habia costado sacrificar su ambicion, porque no la tenia; en cuanto á su popularidad, le habia abandonado ella misma para ir á echarse en los brazos de ciertas personas de una categoría muy inferior á la de Orleans. Este no tenia ya en adelante otro sitio en donde estuviese seguro y honrado que la Constitucion y la intermediacion al trono. Su corazon le conducia allí lo mismo que su deber, y admiraba más al hombre en Luis XVI que al rey. La adulacion y los resentimientos de corte echaron á perder tan buenas disposiciones.

El domingo siguiente á esta reconciliacion, el duque de Orleans se presentó á ofrecer sus respetos al rey y á la reina en la corte. Una multitud de cortesanos llenaba los patios, las escaleras y las antesalas y salones de las Tullerías; algunos confiando todavía en que les fuese favorable la fortuna, otros llamados de las provincias por su desdichado amo para sufrir con él el infortunio, única recompensa que podia prometerse la fidelidad á la sazón. La inesperada aparicion del duque de Orleans, cuya reconciliacion con el rey no se habia traslucido aún, cubrió los semblantes de todas aquellas gentes de admiracion y de horror. Un murmullo continuado de indignacion corrió por aquellos grupos al verle, y aunque se separaron para abrirle paso, manifestaron todos en sus rostros lo mucho que les repugnaba tan odioso contacto. En vano trató de hallar una sonrisa cariñosa ó una señal de respeto entre todas aquellas gentes. Al ir á entrar en el cuarto del rey, los cortesanos y los guardias, volviéndole la espalda, se apiñaron con afectacion en las puertas; por lo cual, viendo que le era imposible entrar allí sin mover un escándalo, se dirigió al cuarto de la reina. La mesa estaba puesta. «¡Cuidado con lo que coméis!»—exclamaron várias voces, como si quisiesen indicar que el duque era un envenenador. Indignado éste se ruborizó, poniéndose pálido en seguida como un difunto, y atribuyó al odio que la reina le tenia los insultos de que acababa de ser víctima. Inmediatamente bajó las escaleras para salir de palacio, pero allí le aguardaban nuevos ultrajes, llegando la insolencia hasta el extremo de escupir desde lo alto del tramo superior de la escalera sobre sus vestidos y sobre su cabeza. Los

puñales no le hubieran causado heridas tan crueles como estos asesinatos del desprecio. Con las mejores disposiciones habia entrado en palacio, pero salió de él convertido en enemigo implacable, y convencido de que ya no tenia otro sitio en donde refugiarse del furor de la corte que las últimas filas de la democracia, precipitose en ellas con resolucion, deseoso de hallar allí la seguridad ó la venganza.

El rey y la reina supieron bien pronto los insultos que habia recibido el duque, y á pesar de que ellos no habian mandado que se le hiciesen, tampoco trataron de repararlos ni de darle la debida satisfaccion de ellos. Quizá se alegraron interiormente de la ira imprudente de aquellos palaciegos, que tanto habian humillado á su enemigo. La reina



Dumouriez en el combate de Klostercamp.—Pág. 319.

concedia sus favores con ligereza y era imprudente en sus odios. El rey era muy bondadoso, pero le faltaba gracia para hacerse querer. Una palabra de Enrique IV hubiese bastado para castigar como se merecian á aquellos atrevidos cortesanos, y para atraer al príncipe á sus piés: Luis XVI no supo decirla, el resentimiento fué aumentándose en

medio del silencio, y el destino se cumplió.

El duque de Orleans, unido á los girondinos por sus relaciones con Petion y con Brissot, se separó de ellos aquel mismo dia para pasarse á los jacobinos. Abrió las puertas de su palacio á Danton y á Barrere, y ya no se le volvió á encontrar sino en los partidos extremos, á los cuales siguió por todas partes en silencio, sin vacilar ni retroceder un solo dia. ¿Cuál fué el resultado? La república, el regicidio y la muerte.

V

La alarma que inspiraban á la nacion los preparativos hostiles del emperador, y la desconfianza que imbuian los girondinos en sus discursos contra la corte y sus ministros, agitaban cada dia más la capital. El partido de la Gironda respondia con el grito de guerra y de traicion á cada nueva comunicacion del ministro de Negocios extranjeros. Fauchet le denunció. Brissot exclamó: «¡Cayó la máscara! Nuestro enemigo nos es ya conocido. La pretendida vulneracion de los derechos de los príncipes posesionados en Alsacia, cuya causa finge abrazar el emperador, no es sino un pretexto para desahogar su odio; los mismos emigrados no son otra cosa que unos meros instrumentos. ¡Despreciémoslos! Al supremo tribunal nacional toca hacernos justicia con respecto á esos príncipes mendicantes. Los electores del imperio tampoco son dignos de vuestra cólera. El miedo les hace ponerse de rodillas ante vosotros, y un pueblo libre no hiere á sus enemigos cuando los ve en una posicion tan humillante. ¡Herid en la cabeza! ¡La cabeza es el emperador!»

El ardor de Brissot se comunicó á toda la Asamblea. Este hombre, político hábil y consejero profundo de su partido, no tenia, sin embargo, una de aquellas voces sonoras que elevan el acento de una opinion hasta la proporcion de la voz de todo un pueblo. Sólo Vergniaud estaba dotado de un alma en donde se reasumia la pasion y resonaba la elocuencia de todo un partido. Este hombre se elevaba por medio de consideraciones históricas hasta las escenas de los tiempos antiguos que tenian más analogía con las que se estaban verificando, y daba á sus palabras el tono y la solemnidad de todas las épocas.

«Nuestra revolucion—dijo en esta sesion—ha alarmado todos los tronos. Ella es la que ha dado el ejemplo de la destruccion del despotismo que los sostiene. Los reyes aborrecen nuestra Constitucion porque hace libres á los hombres y porque ellos quieren reinar sobre esclavos. Este odio se manifiesta á las claras en el emperador por las medidas que toma para inquietarnos, protegiendo á nuestros enemigos y alentando á los franceses rebeldes á las leyes de su patria. No hay que hacerse la ilusion de creer que este odio se extinga; lo que es necesario es impedirle que obre. El genio vigila en nuestras fronteras, defendidas ménos por nuestras tropas de línea y por nuestros guardias nacionales que por el entusiasmo de la libertad. ¡La libertad! Esta es objeto de una guerra oculta y vergonzosa que se le está haciendo desde que apareció. ¿En qué consiste esta guerra? Tres ejércitos de reptiles y de insectos venenosos se agitan y se arrastran en vuestro propio seno. El uno se compone de libelistas y de calumniadores pagados; éstos se esfuerzan en armar los dos poderes uno contra otro inspirándoles mutuas desconfianzas. Otro ejército, tan peligroso sin duda como el anterior, es el de los sacerdotes sediciosos que ven que su dios se les escapa, que se hunden su poder y su prestigio, y que para conservar su imperio recurren á una venganza que la religion prohíbe, y prescriben como virtudes los crímenes más atroces. El tercero es el de esos banqueros avaros y codiciosos agiotistas, que no pueden enriquecerse sino causando nuestra ruina; la prosperidad nacional sería la muerte de sus especulaciones egoistas, y nuestra muerte sería la única cosa que á ellos pudiese darles vida. Estos hombres se asemejan á aquellos animales carnívoros que esperan el fin de los combates para ir á devorar los cadá-

veres que han quedado en el campo de batalla. (*Aplausos*). Estas gentes saben que vuestros preparativos de defensa son incompletos, y cuentan con el descrédito en que está vuestro tesoro y con la escasez de numerario. También cuentan con el cansancio de esos ciudadanos que han abandonado á sus mujeres y á sus hijos por volar á las fronteras, y que las abandonarán, mientras que los millones repartidos subrepticamente en lo interior suscitarán insurrecciones en que, armado el pueblo por el delirio, destruirá por sus mismas manos sus derechos, creyendo defenderlos. Cuando el emperador vea las cosas en el estado que acabo de pintaros, avanzará con un ejército formidable para imponeros las cadenas. Hé aquí la guerra que se os hace y se os quiere hacer en lo sucesivo. (*Grandes aplausos*).

»El pueblo ha jurado mantener la Constitución porque ve en ella su dicha y su libertad; pero si vosotros le dejais en una inacción agitada que gaste sus fuerzas y agote todos nuestros recursos, el día en que el pueblo se halle en este estado de abatimiento, ¿no será también el último de nuestra Constitución? El estado á que se nos ha reducido es muy parecido al que acabo de poner á vuestra vista, y no puede conducirnos sino al oprobio ó á la muerte. (*Vivos aplausos*). ¡A las armas, ciudadanos! ¡A las armas, hombres libres! Defended vuestra libertad, asegurad la esperanza que tiene el género humano de conquistarla, y de no hacerlo así, sabed que no merecis ni aún que se tenga compasión de vuestras desgracias. (*Nuevos aplausos*).

»Nosotros no tenemos otros aliados que la justicia eterna, cuyos derechos defendemos. ¿Nos está prohibido por esto el buscar otros y el interesar las potencias que se vean amenazadas como nosotros por la rotura del equilibrio europeo? Sin duda que no. Declarad al emperador que desde este momento quedan rotos los tratados. (*Prolongados bravos*). El mismo emperador nos ha dado el ejemplo rompiéndolos. Si aún duda en atacaros, es porque no está dispuesto. Pero ya ha caído la máscara que le cubria. ¡Felicitaos! Europa tiene la vista fija en vosotros: ¡enseñadle en fin lo que vale la Asamblea nacional de Francia! Si vosotros mostrais la dignidad que conviene á los representantes de un gran pueblo, obtendreis sus aplausos, su estimación y su apoyo. Si manifestais debilidad, si dejais pasar la ocasión que la Providencia os ofrece de libertaros de una situación tan embarazosa, temed el envilecimiento que os preparan el odio de Europa, el de Francia, el de vuestro siglo y el de la posteridad. (*Aplausos*).

»Haced todavía más: exigid que los colores nacionales sean respetados al otro lado del Rin; exigid también que se disperse á vuestros emigrados. Bien sé que podría pedir que se les hiciese volver á una patria á quien ultrajan, para castigarlos. Pero no. Si ellos ansían derramar nuestra sangre, no nos mostremos nosotros deseados de verter la suya. Su crimen consiste en haber querido arruinar su patria. Pues bien, que anden errantes y vagabundos por todo el globo, y que su castigo sea no hallar patria en ninguna parte. (*Aplausos*). Si el emperador tarda en responder á vuestra intimación, considérese esta dilación como una negativa; si se niega á explicarse, considérese esto también como una declaración de guerra. Atacad ahora que teneis ocasión de hacerlo. Si Federico hubiese contemporizado en la guerra de Sajonia, el rey de Prusia sería en este momento marqués de Brandeburgo. El fué el que atacó, y Prusia disputa hoy al Austria su influencia en los destinos de Alemania, influencia que se ha escapado de vuestras manos.

»Hasta aquí vosotros no os habeis determinado á hacer las cosas sino á medias, y puede aplicarse á vuestras medidas el lenguaje que usaba Demóstenes con los atenienses en unas circunstancias parecidas á éstas. «Vosotros—les decia—os portais con los macedonios como los bárbaros que combaten en nuestros juegos con respecto á sus adversarios: cuando se ven heridos en el brazo, acuden á defender el brazo; si son heridos en la cabeza, acuden á defender aquella parte despues que han sido heridos en ella, pero nunca piensan en parar de antemano los golpes. Si Felipe arma, vosotros armáis tambien; si desarma, deponéis las armas; en cuanto ataca á uno de vuestros aliados, en seguida enviáis un ejército numeroso para protegerle; si acomete una de vuestras ciudades, en seguida enviáis un numeroso ejército para que la defienda; si desarma otra vez, vosotros tambien desarmáis de nuevo, sin pensar en los medios de anticiparos á trastornar sus proyectos ambiciosos, ni en ponerlos al abrigo de sus ataques. De este modo, estais siempre á las órdenes de vuestro enemigo, que es el que verdaderamente manda en vuestros ejércitos.»

»Voy tambien á deciros de qué modo os manejaís con respecto á los emigrados: cuando oís decir que están en Coblentza, un sinnúmero de ciudadanos vuelan allí á batirse con ellos; si se reunen en las orillas del Rhin, vosotros guarneceís el camino que han de seguir con dos cuerpos de ejército; si las potencias inmediatas á nuestras fronteras les conceden asilo, entónces os proponeís ir á atacarlas; si oís decir, por el contrario, que se han internado en el Norte de Alemania, al momento deponéis las armas; si aquellos hombres vuelven á ofenderos de nuevo, vosotros volveís tambien á indignaros, pero en cuanto os hacen la más insignificante oferta, volveís tambien á deponer las armas. De esta suerte, los emigrados y los gabinetes que los sostienen son vuestros jefes y los que disponen como les acomoda de vosotros, de vuestros consejos, de vuestros tesoros y de vuestros ejércitos. (*Aplausos*). Ved vosotros mismos si este humillante papel es digno de un pueblo tan grande como el nuestro.

»Voy á terminar con una idea que se me ocurre ahora mismo. Paréceme que los manes de las generaciones pretéritas vienen presurosos á este templo para exhortaros en nombre de todos los males que la esclavitud les ha hecho sufrir á que preserveís de ellos á las generaciones futuras, cuyo destino está en vuestras manos. ¡Atended á sus súplicas y sed otra Providencia para las edades futuras! ¡Asociaos á la justicia eterna que protege á los pueblos! Si así lo haceís, merecereís bien de vuestra patria y de todo el género humano.»

Los prolongados aplausos que siguieron á este discurso manifestaron la emocion que habia producido en todos los corazones. Vergniaud, á imitacion de los oradores de la antigüedad, en vez de enervar su elocuencia con las combinaciones de la política, que sólo habla al espíritu, la empapaba en el fuego de un alma patética. El pueblo no entiende sino aquello que siente, y no hay mejores oradores para él que los que le conmueven. La emocion es la conviccion de las masas. Vergniaud la sentia en sí y sabía comunicarla á la multitud. La conciencia de trabajar por la felicidad del género humano, y la perspectiva del reconocimiento de los siglos venideros, daban á Francia un noble orgullo que le hacía entusiasmarse por la causa de la libertad. El carácter distintivo de este orador consistia en saber elevar casi siempre la revolucion á la altura de un apostolado, en extender su pa-

triotismo á toda la humanidad, y en no apasionar ni atraer hácia sí al pueblo sino valiéndose de sus virtudes. Semejantes palabras producian un efecto tan grande en todo el imperio, que el rey y el ministerio no podian resistirlo.

VI

Ya hemos dicho en otra parte que Vergniaud y sus amigos tenian inteligencias en el Consejo. Mr. de Narbona y los girondinos se veian, y concertaban de comun acuerdo lo que debia hacerse en los salones de madama de Staël, llamados entón-ces el Campo de la Revolucion. El abate Fauchet, denunciador de Mr. de Lessart, bebia en las mociones que allí se hacian todo el ardor que le animaba para derri- bar á aquel ministro. Este, amortiguando en cuanto le era posible las amenazas de la corte de Viena y la indignacion de la Asamblea, hacia cuanto estaba en su mano por ganar tiempo y ver si podia lograr que se decidiesen las cosas con más calma. Su leal adhesion á Luis XVI y su gran prevision le hacian ver en la guerra, no la restauracion, sino una sacudida violenta del trono. En este choque entre Europa y Francia necesariamente tenia que ser el rey el primero que sufriese, y forzosamente habia de quedar muy malparado del golpe. La hombría de bien y el afecto de Mr. de Lessart á su amo hacian en él las veces del genio. Como qué este hombre era un obstáculo para los tres partidos que querian la guerra, era preciso separarle á toda costa del lado del rey, con lo cual se lograba impedir que volviese á aconsejarle. Lessart podia cubrirse, ya retirándose espontáneamente, ya cediendo á la impaciencia de la Asamblea. No quiso hacer ni lo uno ni lo otro. Instruido de la terrible responsabilidad que pesaba sobre su cabeza, y no ignorando que esta responsabilidad era la muerte, hizo, sin embargo, frente á todo heroicamente, con el solo objeto de dar algunos dias más al rey para que pudiese entrar en negocia- ciones. Estos dias estaban contados.

LIBRO DOCE.

Muerte de Leopoldo.—Destitucion de Mr. de Narbona.—Asesinato de Gustavo, rey de Suecia.—Gabinete de Luis XVI.—Todos los partidos se reunen para derribarle.—Brissot llega á ser el hombre político de la Gironda.—Ministerio girondino.—Dumouriez ministro de la Guerra.—Roland ministro del Interior.

I

Leopoldo, aquel príncipe pacífico y filósofo, que hubiese sido revolucionario á no haber sido emperador, habia probado todos los medios posibles para diferir el choque entre los dos grandes principios. No pedia á Francia sino unas concesiones aceptables para poder neutralizar así el arrojó de Prusia, de Alemania y de Rusia. El príncipe de Kaunitz, ministro suyo, escribia continuamente á Mr. de Lessart en este sentido. Las comunicaciones confidenciales que recibia el rey del marqués de Noailles, embajador suyo en Viena, respiraban tambien un espíritu conciliador. Lo único que queria Leopoldo era que, restablecido el órden en Francia y puesta en práctica la Constitucion por el poder ejecutivo con todo vigor, diesen garantías á las potencias monárquicas. Pero las últimas sesiones de la Asamblea, los armamentos dispuestos por Mr. de Narbona, las acusaciones de Brissot, el vehemente discurso de Vergniaud, los aplausos que éste habia obtenido, cansaron ya su paciencia, y á su pesar se decidió por lo que tanto habia dilatado. «Los franceses—dijo un dia en su reunion—quieren la guerra; pues bien, la tendrán, y verán que el pacífico Leopoldo sabe ser un guerrero cuando el interes de sus pueblos lo exige.» Los consejos de ministros se repitieron en Viena con mucha frecuencia, presididos por el emperador.

Rusia acababa de firmar la paz con el imperio otomano, y estaba en disposicion si queria de declararse por Francia; Suecia avivaba la ira de los príncipes; Prusia cedia á los consejos de Leopoldo; Inglaterra observaba, pero no ponía trabas á nadie, porque la lucha del continente debia aumentar su importancia. Decidióse poner los ejércitos en pié de guerra, y el 7 de Febrero de 1792 se firmó en Berlin el tratado definitivo de alianza entre Austria y Prusia. «Hoy—escribia Leopoldo á Federico Guillermo—Francia es la que amenaza, la que arma y la que provoca. Europa tambien debe armarse.» El partido de la guerra triunfaba en Alemania. «Es una felicidad—decia el elector de Maguncia al marqués de Bouillé—que los franceses sean los agresores. Sin esto, nunca hubiéramos tenido la guerra.» Aunque decidida ésta en el Consejo, Leopoldo esperaba todavía. En una

nota oficial que el príncipe de Kaunitz remitió al marqués de Noailles para que se la comunicase al rey, este príncipe propendía aún á la conciliacion. Mr. de Lessart respondió confidencialmente á estas últimas proposiciones, y tuvo la lealtad de comunicar su respuesta á la comision diplomática de la Asamblea, compuesta de girondinos. En este escrito el ministro paliaba las reconvencciones dirigidas á la Asamblea por el emperador, y parecia más bien disculpar á Francia que justificarla. Confesaba, sin embargo, que habia habido algunos disturbios en el reino y algunos excesos en los clubs y por parte de la prensa; atribuia estos desórdenes á la fermentacion producida por las grandes reuniones de emigrados y á la inexperiencia de un pueblo que hace los primeros ensayos de su Constitucion, y que se hiere él mismo manejando un arma que no conoce bien todavía. «La indiferencia y el desprecio—decia—son las únicas armas con que debe combatirse este azote. ¿Podria rebajarse Europa hasta el extremo de acriminar á toda la nacion francesa porque oculta en su seno algunos declamadores y algunos folletistas, y hasta á hacerles á éstos el honor de responderles á cañonazos?»

En una comunicacion dirigida por el príncipe de Kaunitz á todos los gabinetes extranjeros, se hallaban las siguientes palabras: «Los últimos sucesos nos dan algunas esperanzas; parece que la mayoría de la nacion francesa, reflexionando en los males que ella misma se busca, vuelve á principios más moderados y tiende á devolver al trono la dignidad y la autoridad, que son la esencia del gobierno monárquico.» La Asamblea guardó el silencio de la sospecha. Esta sospecha se avivó al oír la lectura de las notas y contranotas diplomáticas que habian mediado entre el gabinete de las Tullerías y el de Viena. Mas apénas bajó Mr. de Lessart de la tribuna y se levantó la sesion, cuando los cuchicheos de la desconfianza se convirtieron en un clamor sordo y unánime de indignacion.

Los jacobinos prorumpieron en amenazas contra el ministro y contra la corte. Segun ellos, habia connivencia entre las Tullerías y el gabinete de Viena, y en Francia era donde se combinaban todos los planes contrarrevolucionarios. Pretendian ademas que tanto el ministro como el rey pertenecian al llamado *comité austriaco*, y que era tal su perfidia, que comunicándose reservadamente con la corte de Austria, le dictaban el lenguaje que debia usar con Francia para intimidarla. Las memorias de Hardenberg, ministro de Prusia, publicadas despues, prueban que estas acusaciones no eran enteramente un sueño de los demagogos, y que las dos cortes, áun cuando fuese con la buena intencion de mantener la paz, se esforzaban en combinar su lenguaje. Declaróse que habia lugar al acta de acusacion de Mr. de Lessart, y Brissot, presidente de la comision diplomática y el hombre de la guerra, se encargó de probar los pretendidos crímenes del ex-ministro.

El partido constitucional abandonó villanamente á Mr. de Lessart al odio de los jacobinos. Este partido no abrigaba la menor sospecha respecto al acusado, pero tenia que vengar en él cierto agravio. El rey acababa de separar repentinamente á Mr. de Narbona, rival de Mr. de Lessart en el Consejo. Mr. de Narbona, sintiéndose amenazado, se habia hecho escribir por Lafayette una carta en que éste le instaba en nombre del ejército á permanecer en su puesto mientras que el peligro de la patria lo exigiese así. Este paso, dado con conocimiento de Mr. de Narbona, le pareció al rey una opresion insolente ejercida sobre su libertad personal y sobre la Constitucion. La popularidad de Mr. de Narbona iba en disminucion, y la auda-

cia de los girondinos en aumento. La Asamblea empezaba á trocar los aplausos que anteriormente le habia prodigado en violentos murmullos en cuanto le veia subir á la tribuna. No hacia aún muchos dias que se le habia hecho bajar de ella vergonzosamente por haber herido la susceptibilidad plebeya invocando el apoyo de los miembros *más distinguidos* de la Asamblea. La aristocracia de su rango se divisaba aún por debajo de su uniforme. El pueblo queria hombres tan duros como él en el Consejo. Mr. de Narbona, colocado entre el rey ofendido y las desconfianzas de los girondinos, no pudo evitar su caída. El rey le destituyó, y fué á servir al ejército que él mismo habia organizado.

Sus amigos no ocultaron su resentimiento. Madama de Staël vió desvanecerse con la caída de aquel hombre su bello ideal y trastornarse todos sus planes de ambicion, pero no le abandonó la esperanza de reconquistarle la confianza del rey, unida á un gran papel político. Antes habia querido hacer de él un Mirabeau, y ahora soñaba en que fuese un Monk. Desde aquel dia concibió la idea de arrancar al rey de manos de los jacobinos y de los girondinos, y de hacerle arrebatar por Mr. de Narbona y por los constitucionales para colocarle en el centro del ejército, y obligarle á que, destruyendo los partidos extremos, pudiese fundar aquel gobierno ideal que era su sueño dorado, y que consistia en una libertad aristocrática. Mujer de genio, reunia en sí todas las preocupaciones de su nacimiento; plebeya de corazon, colocada entre el trono y el pueblo, necesitaba de los patricios. El primer golpe dirigido á Mr. de Lessart salió de la mano de un hombre que frecuentaba la casa de Staël.

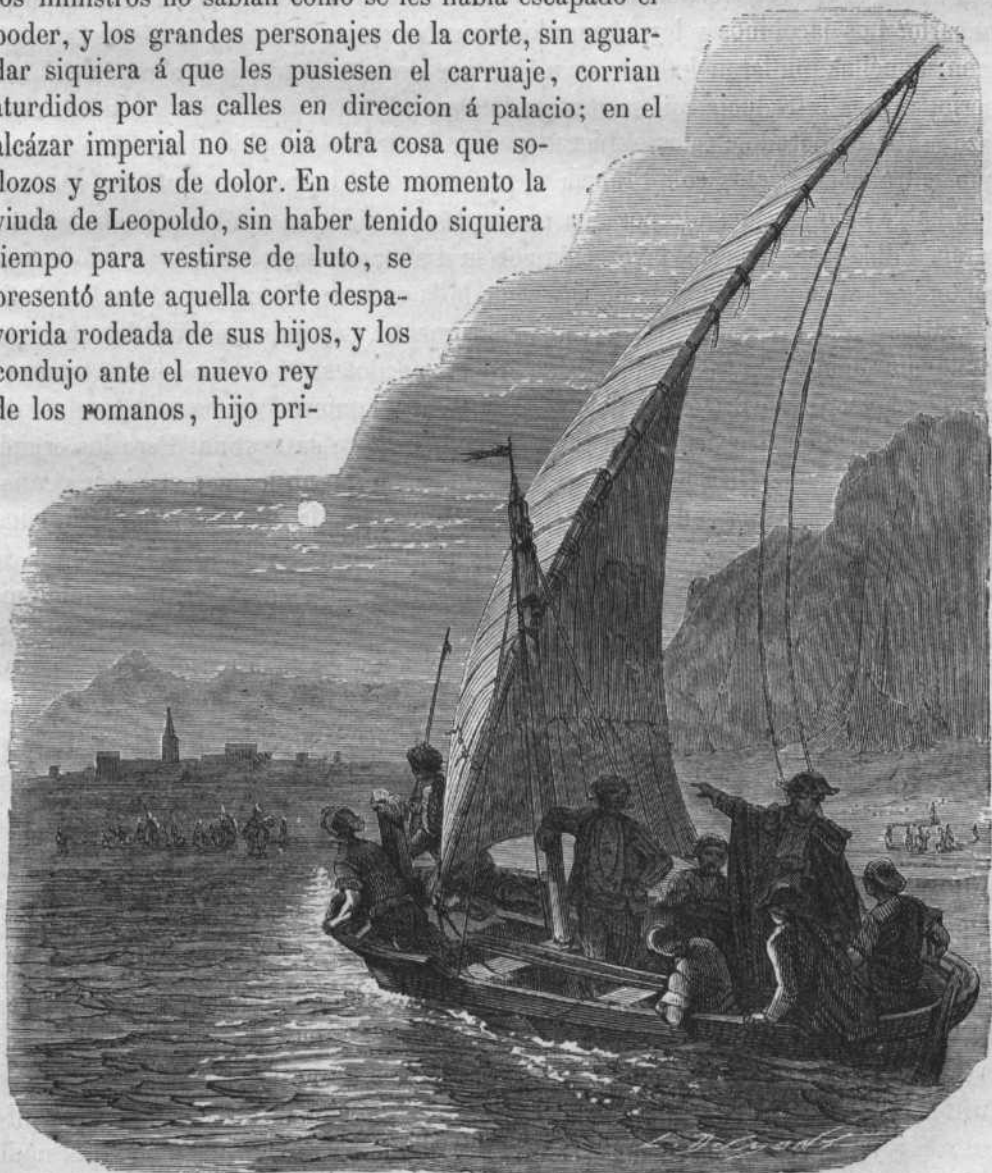
II

Pero otro golpe inesperado y todavía más terrible alcanzó á Mr. de Lessart el mismo dia en que se le entregaba en manos de sus enemigos, como acabamos de referir. Recibióse en París la noticia inesperada de la muerte del emperador Leopoldo. Con la vida de este príncipe desaparecian las esperanzas de paz, porque se llevaba consigo toda su gran prudencia y sabiduría. ¿Quién era capaz de saber qué especie de política iba á salir de su sepulcro? La agitacion de los espíritus produjo un terror general, y éste se cambió en odio hácia el desgraciado ministro de Luis XVI. Lessart no habia sabido, segun decian, aprovecharse de las disposiciones pacíficas de Leopoldo durante su vida, ni evitar las hostilidades de los que iban á sucederle en la direccion de Alemania. Todo parecia volverse contra él, y hasta la fatalidad y la muerte se le habian convertido en objetos de acusacion.

El imperio estaba próximo á romper las hostilidades cuando falleció el emperador. Desde Basilea hasta el Escalda se hallaban escalonados doscientos mil hombres. El duque de Brunswick, héroe y esperanza de la liga, se hallaba en Berlin aconsejando al rey de Prusia y esperando las últimas órdenes. Bischoffwerder, general y confidente del rey de Prusia, acababa de llegar á Viena para concertar con el emperador la hora y el punto en donde debian dispararse los primeros tiros. En cuanto llegó, el príncipe de Kaunitz le anunció con las lágrimas en los ojos la enfermedad repentina del emperador. Leopoldo gozaba la mejor salud el dia 27, en que dió audiencia al embajador turco, y el 28 estaba ya en la agonía. Hincháronsele las entrañas, y unos vómitos convulsivos que se seguian casi sin interrupcion le partian el pecho y el estómago. Los médicos vacilan viendo aquellos sinto-

mas tan alarmantes, y aunque turbados, mandan que se le sangre inmediatamente. Este remedio hace que se sosiegue un poco, pero enerva la fuerza vital de un príncipe gastado por los excesos: Duérmese un instante, y los ministros y los médicos salen de la cámara imperial para dejarle descansar; despiértase al cabo de pocos minutos, y presa de nuevas convulsiones, espira en los brazos de la emperatriz, que acaba de acudir al saber la novedad, sin otro testigo de su muerte que uno de sus ayudas de cámara llamado Brunetti.

La noticia de la muerte del emperador, tanto más funesta cuanto más impensada, se esparció en un momento por la ciudad, y sorprendió al imperio cuando se hallaba precisamente en una gran crisis. Mezclábase en todos los ánimos un terror pánico sobre el destino de Alemania á una gran compasion hácia la emperatriz y sus hijos. En palacio reinaban una confusion y una consternacion inexplicables: los ministros no sabian cómo se les habia escapado el poder, y los grandes personajes de la corte, sin aguardar siquiera á que les pusiesen el carruaje, corrian aturdidos por las calles en direccion á palacio; en el alcázar imperial no se oía otra cosa que sollozos y gritos de dolor. En este momento la viuda de Leopoldo, sin haber tenido siquiera tiempo para vestirse de luto, se presentó ante aquella corte despa- vorida rodeada de sus hijos, y los condujo ante el nuevo rey de los romanos, hijo pri-



Dumouriez desembarca en Córcega.—Pág. 320.

mogénito de Leopoldo, donde se arrodilló, reclamando su proteccion en favor de aquellos huérfanos. Francisco I, uniendo sus sollozos á los de su madre y hermanos, entre los cuales habia uno que no tenia más que cuatro años, levantó á la emperatriz, besó á los niños y les prometió que sería para ellos un segundo padre.

Aunque esta catástrofe pareciese inexplicable para los facultativos, los hombres políticos sospecharon que en ella se encerraba algun misterio, y el pueblo, ménos cauto, habló sin empacho de envenenamiento; estos rumores no han sido confirmados ni desmentidos por el tiempo. La opinion más probable es que el príncipe, ávido de placeres, habia tratado de excitar en demasía su naturaleza haciendo un uso excesivo de ciertas drogas que componia él mismo, y que su pasion por las mujeres le hacía necesarias cuando sus fuerzas físicas no respondian al ardor insaciable de su imaginacion. Su médico de cámara, Lagusius, que habia asistido á la autopsia del cadáver, afirmaba que habia sido envenenado. ¿Quién pudo envenenarle? Los jacobinos y los emigrados se echaban en cara mutuamente este crimen: aquéllos pudieran haberlo cometido por deshacerse del jefe armado del imperio, y para introducir con su muerte la anarquía en la federacion alemana, cuyo lazo era el emperador; éstos hubieran podido herir en Leopoldo al príncipe filósofo que entraba en pactos con Francia y que retardaba la guerra. Tambien se decia que habia sido envenenado por una mujer desconocida, en el último baile de máscaras. Contábase que ésta, favorecida por su disfraz, le habia ofrecido un dulce que contenia el veneno, y en él le habia regalado la muerte. Otros acusaban á la bella florentina doña Livia, querida suya, é instrumento, segun la opinion de éstos, del fanatismo de algunos sacerdotes. Todas estas anécdotas no son sino unas quimeras inventadas por la sorpresa y el dolor; los pueblos no quieren ver nada natural en los sucesos que como éste tienen tan gran influencia sobre su destino. Pero los crímenes colectivos son raros; las opiniones los desean, pero no los cometen por sí mismas. Nadie acepta por todos la execracion de una maldad que no aprovecha sino al partido. El crimen es personal, como la ambicion ó la venganza; alrededor de Leopoldo no habia ni una ni otra, y únicamente lo que podia haber era algunos celos ó algunas envidias mujeriles. Sus relaciones con el bello sexo eran muchas y muy fugaces para que pudiesen encender en el alma de sus queridas una de esas pasiones que se sirven del puñal ó del veneno. Trataba á la vez con doña Livia, á quien habia traído consigo de Toscana, y que era conocida en Europa bajo el nombre de la Hermosa Italiana; con Prokache, jóven polaca; con la encantadora condesa de Walkenstein, y con otras muchas de inferior condicion. La condesa hacía ya algun tiempo que era su querida favorita, y acababa de regalarle un millon en billetes de Banco; habia llegado hasta presentarla á la emperatriz, que le perdonaba sus debilidades con tal que no concediese su confianza política sino á ella. La pasion de Leopoldo por las mujeres era un verdadero delirio, y sería preciso remontarse á las épocas más vergonzosas del imperio romano para hallar en la corte de los emperadores unos escándalos comparables con los de este hombre. Su gabinete parecia un lugar infame ó un museo de obscenidad. Despues de su muerte, se hallaron en él una porcion de telas preciosas, de sortijas, de abanicos, de joyas de todas clases, y hasta cien libras de colorete y pomadas, destinado todo esto á reparar el desórden de los rostros de las mujeres que allí entraban, para que nadie notase su desaliño al salir. La emperatriz se ruborizó al ver aquellas

pruebas convincentes de la disolucion de su marido, y cuando se inventariaron en presencia del nuevo emperador, no pudo ménos de decirle: «Hijo mio, ante tu vista tienes una triste prueba de los desórdenes de tu padre y de mis largas aflicciones; no te acuerdes sino de mi perdon y de sus virtudes. Imita sus grandes cualidades, pero guárdate de caer en los vicios en que ha caido tu padre, siquiera para que no haya quien tenga que ruborizarse al penetrar en los secretos de tu vida privada».

Leopoldo era más digno de aprecio como príncipe que como hombre. Había ensayado un gobierno filosófico en Toscana, y aquel dichoso país bendice todavía su memoria. Su genio no era á propósito para la direccion de un imperio más vasto. La lucha que la revolucion francesa le proponia le obligó á tomar el mando de Alemania, pero lo desempeñó con demasiada blandura, oponiendo los paliativos de la diplomacia al ardor de las nuevas ideas, lo que equivalió á asegurar el triunfo de la revolucion, dándole tiempo de consolidarse. A ésta no se la podia vencer sino por sorpresa y ahogándola en su cuna. El genio de los pueblos era su agente y su cómplice, y su popularidad, cada dia mayor, constituia su fuerza y era su verdadero ejército. Sus ideas le reclutaban los príncipes, los pueblos y los gabinetes; Leopoldo hubiera querido contribuir á ella por su parte, pero el genio de las revoluciones consiste en conquistar todo lo que se opone á sus principios. Los de Leopoldo podian conciliarse muy bien con la revolucion, pero su poder como árbitro de Alemania no podia conciliarse con el poder conquistador de Francia. Tenia que representar dos papeles, lo que hacía que su posicion fuese falsa. Murió en la ocasion más oportuna para su gloria, y con su muerte se paralizó Alemania y se amortiguó el arrojado impetuoso de los franceses. Al desaparecer de entre estas dos cosas, les dejaba dos principios que debian chocar mutuamente y que necesariamente debian producir la guerra.

III

Fermentando ya las opiniones con la muerte de Leopoldo, recibieron otro golpe con la noticia del trágico fin del rey de Suecia, asesinado en la noche del 16 al 17 de Marzo de 1792, en un baile de máscaras. La parca iba haciendo presa uno á uno en todos los enemigos de Francia. Los jacobinos veian su propia obra en aquellas catástrofes, y se gloriaban de ello por conducto de sus más desenfundados demagogos; pero estos hombres proclamaban unos crímenes en los que no tenian otra parte que el deseo de que se verificasen.

Gustavo, héroe de la contrarevolucion y caballero de la aristocracia, fué víctima de sus nobles, cuando se disponia á salir para la expedicion que meditaba contra Francia, despues de haber reunido la Dieta para asegurar la tranquilidad del reino durante su ausencia. Su energía habia reprimido á los descontentos, á pesar de habersele anunciado, como á César, que los *idus* de Marzo le serian funestos. Hacía ya tiempo que habia indicios de que se urdia una trama contra él, y el rumor de que iba á ser asesinado se habia esparcido por toda Alemania ántes que el asesinato se verificase. Semejantes rumores son el presentimiento de los crímenes que se meditan, porque siempre los conspiradores dejan traslucir parte de los planes que tienen entre manos, y aunque esta luz sea muy débil, hay en ella claridad suficiente para ver ciertos sucesos ántes que tengan lugar.

Advertido el rey de Suecia por sus numerosos amigos de lo que se intentaba, y

suplicándole éstos que anduviese con cuidado, les respondió, como César, que era ménos doloroso recibir el golpe que estar temiéndole continuamente, y que si él tuviese que dar oídos á todas las advertencias de este género, no se atrevería ni á beber un vaso de agua. Así desafiaba este príncipe á la muerte, entregándose á su pueblo sin tomar la menor precaucion.

Los conjurados habian hecho ya várias tentativas inútiles miéntras duró la Dieta, pero la casualidad habia salvado siempre al rey. Despues que volvió de Stockolmo, acostumbraba á ir solo á su palacio de Haga, distante una legua de la capital. En una de las oscuras tardes del invierno, tres asesinos se habian dirigido á las inmediaciones de aquel palacio provistos de armas de fuego, y habian estado espiondo al rey con intencion de dispararle á boca de jarro. El cuarto de su majestad estaba en el piso bajo, y las muchas luces que habia en la pieza de la librería dejaban ver perfectamente la víctima á aquellos tres malvados. Gustavo volvió de cazar, se desnudó, se sentó en un sillón, y se durmió á muy pocos pasos de donde estaban sus asesinos. Ya fuese que algun ruido les alarmase, ya que el contraste solemne que ofrecia el sueño de un príncipe, que dormia sin la menor desconfianza teniendo tan cerca la muerte, enterneciese las almas de aquellos hombres, ello es que por esta vez no llevaron adelante su intento, ni este hecho llegó á saberse hasta que ellos lo revelaron en sus declaraciones, despues de haberse cometido el asesinato. Ya estaban decididos á renunciar á su proyecto, desanimados por una especie de intervencion divina y cansados de no haber podido llevar á cabo su idea en tanto tiempo, cuando una ocasion fatal vino á tentarles con más fuerza y á decidirles definitivamente á ejecutar el asesinato.

En el teatro de la Ópera se daba aquella noche un baile de máscaras al que debia asistir el rey. Los conjurados resolvieron aprovecharse del bullicio de aquella fiesta y de la impunidad que les ofrecia el llevar la cara tapada para dar el golpe sin que fuese fácil descubrir los agresores. El rey cenó con tres ó cuatro de sus favoritos ántes de ir al baile, y estando cenando, recibió una carta que leyó riéndose de su contenido, y que arrojó despues sobre la mesa. El autor anónimo de esta carta le decia que ni era amigo suyo, ni aprobaba su política; pero que como enemigo leal, se creia en el deber de advertirle que estaba próximo á ser asesinado y que le aconsejaba que no fuese al baile, así como tambien que, si estaba resuelto á ir, desconfiase de los grupos que se le acercasen, porque estos grupos debían ser el preludio y la señal del golpe que se le iba á dar. Para que el rey creyese las advertencias que se le hacian en este escrito, le daba su autor minuciosa cuenta del traje que llevaba, de sus gestos, de sus movimientos y hasta de la postura que habia tomado en el sillón la noche que se habia dormido tranquilamente en su palacio de Haga, creyendo hacerlo sin testigos. Semejantes detalles hubieran debido chocar é intimidar al príncipe. Su alma intrépida le hizo despreciar, no la advertencia, sino la muerte. Levantóse en seguida de la mesa, y se fué al baile.

Aún no habia acabado de dar la primera vuelta á la sala, cuando se vió rodeado, como se le habia predicho, por un grupo de máscaras que se interpuso entre él y los oficiales que le acompañaban. En este momento, una mano invisible le asestó por detras un pistoletazo. El tiro dió en la cadera izquierda del rey, y éste cayó en los brazos del conde de Armsfeld, favorito suyo. El ruido del tiro, el humo de la pólvora y los gritos de «¡Fuego!» que se oyeron por todas partes,

unido todo esto á la confusion que produjo el ver caer al rey, y la precipitacion verdadera ó falsa de las personas que corrian presurosas á levantarle, favoreció la desaparicion de los asesinos; la pistola quedó en el suelo. Gustavo no perdió un momento su presencia de ánimo, y mandó inmediatamente que se cerrasen las puertas de la sala, y que se obligase á todo el mundo á quitarse la careta. El rey fué conducido en seguida por sus guardias á su habitacion, contigua á la Ópera, donde se le hizo la primera cura, y en donde recibió á algunos enviados extranjeros, á quienes habló con la serenidad de un alma fuerte. Ni áun sus grandes dolores fueron suficientes á inspirarle sentimientos de venganza, y generoso hasta en sus últimos momentos, preguntó con inquietud si se habia cogido al asesino. Res-



Roland en las Tullerías.—Pág. 327.

pondiéndole entónces que todavía no se habia podido dar con él, dijo: «¡Quiera Dios que no se le encuentre!»

Miéntas que se daban al rey los primeros auxilios y se le transportaba á palacio, los guardias que estaban en las puertas iban haciendo que se quitasen la careta todos los concurrentes, á quienes interrogaban, tomando sus nombres y registrándoles escrupulosamente. Nada sospechoso pudo descubrirse en este minucioso registro. Cuatro de los principales conjurados, hombres de la alta aristocracia, habian logrado escurrirse de la sala en aquella primera confusion que produjo el ruido del tiro. De los nueve confidentes ó cómplices del crimen, ocho habian salido sin infundir la menor sospecha, y el último permanecia aún en la sala, afectando una tranquilidad que parecia el más seguro garante de su inocencia.

Por fin salió, y al quitarse la careta ante un empleado de policía, le dijo mirándole cara á cara con la mayor calma y desfachatez: «Se me figura, caballero, que á mí no se me tendrá por sospechoso». Este hombre era el asesino.

Se le dejó pasar; no habia otros indicios del crimen que el crimen mismo, una

pistola y un puñal que se hallaron debajo de unas flores en el suelo. El arma fué la que descubrió al asesino. Un armero de Stockolmo reconoció la pistola, y declaró habérsela vendido pocos dias ántes á un caballero sueco, antiguo oficial de guardias, llamado Ankarstroem. Inmediatamente fueron á prenderle, y le hallaron en su casa, sin que pensase ni en disculparse ni huir; así es que reconoció el arma y no negó el crimen. Segun dijo, lo habia cometido por habersele formado causa injustamente, aunque el rey le habia indultado en ella de la pena capital, y porque cansado de vivir, queria ilustrar su nombre, ó perecer siendo útil á su patria. En caso de haber salido bien, contaba con que se le recompensaria en proporcion al gran servicio que creia haberla hecho, y cargaba sobre sí toda la gloria ó todo el oprobio que de él podia resultar, negando que hubiese habido conjuracion ni complicidad de ninguna especie, y disfrazando la trama con la máscara del fanatismo.

El remordimiento dobló, sin embargo, su constancia al cabo de algunos dias, y le hizo manifestar todo el complot, nombrar á los culpables y confesar lo que le habian pagado por el atentado que acababa de cometer. El precio consistia en una considerable cantidad. Concebido este plan seis meses ántes, habia fracasado tres veces por efecto de la casualidad, en la Dieta de Telje, en Stockolmo y en Haga. Muerto el rey, debian ser sacrificados igualmente á la venganza del Senado y á la restauracion de la aristocracia todos los favoritos del monarca y todos los hombres influyentes del gobierno. Sus cabezas, puestas en las puntas de unas picas, debian ser paseadas por todas las calles de la capital, á imitacion de lo que sucedia en las conmociones populares de Paris. El duque de Sudermania, hermano del rey, debia ser tambien sacrificado. De este modo, entregado el jóven rey en manos de los conjurados, les serviria de instrumento pasivo para restablecer la antigua Constitucion y para legitimar su atentado. Pertencian los principales cómplices á las familias más distinguidas de Suecia; la vergüenza de haber perdido parte de su poder habia envilecido su ambicion hasta llegar á hacerla criminal. Eran éstos el conde de Ribbing, el de Horn, el baron de Ehrenswærd y el coronel Lilienhorn, comandante de los guardias, á quien el rey habia sacado de la miseria para elevarle á los primeros grados de la milicia y de palacio. Este confesó su ingratitud y su crimen, diciendo que le habia inducido á cometerle la ambicion de obtener el mando de la guardia nacional de Stockolmo. El papel que hacia Lafayette en Paris le habia parecido el bello ideal del ciudadano soldado, y no habia podido resistir á la tentacion. Medio comprometido en el complot, habia tratado de que no llegase á efecto, pero sin separarse de él enteramente. Este hombre fué el autor del anónimo de que hemos hablado anteriormente, y parecia que una mano invisible le impulsaba á cometer el crimen, y otra á avisar á su víctima, como si de este modo tratase de evitar los remordimientos que habian de acosarle despues que se hubiese llevado á cabo. El dia fatal del asesinato lo habia pasado en el mismo cuarto del rey, le habia visto leer su carta y le habia acompañado al baile. Este hombre, enigma del crimen y asesino misericordioso, tenia un alma cuyos sentimientos no es fácil explicar al considerarle indeciso entre su ánsia por derramar la sangre de su rey, y el deseo de evitar que se derramase la de su bienhechor.

Gustavo tardó bastante en morir, y veia acercarse ó alejarse el momento fatal con igual indiferencia y resignacion en ambos casos. En su lecho de muerte recibió á sus cortesanos, habló con todos sus amigos, se reconcilió con aquellos ene-

migos declarados de su gobierno que no ocultaban la oposicion que le hacian, pero que tampoco llevaban su resentimiento hasta el asesinato. «Estoy consolado en medio de lo que acaba de sucederme,—dijo el rey al conde de Brahé, persona distinguida de la corte y cabeza de los descontentos,—al ver que la muerte me hace encontrar en vos un antiguo amigo.»

Hasta que espiró veló constantemente sobre los intereses de su reino. Nombró regente al duque de Sudermania, instituyó el Consejo de regencia, y á su amigo Armsfeld le hizo gobernador militar de Stockolmo; medidas con las cuales rodeó al jóven rey, que sólo contaba trece años, de todos aquellos sujetos que podian contribuir eficazmente á que su minoría no fuese borrascosa. Preparó así el paso de un reinado á otro y arregló las cosas de manera que su muerte no fuese un acontecimiento funesto sino para él. «Mi hijo—escribia poco ántes de morir—no entrará en su mayoría de edad hasta los diez y ocho años, pero yo espero que sea rey á los diez y seis.» Con estas palabras presagiaba á su sucesor tanto valor y un genio tan precoz como el que le habia hecho reinar á él ántes de tener la edad. A su confesor le dijo: «No creo llevar grandes méritos ante el tribunal de Dios, pero al ménos llevo el íntimo convencimiento de no haber hecho daño á nadie voluntariamente». Al poco rato pidió que le dejasen descansar para restaurar sus fuerzas y poderse despedir de su familia; ántes de dormirse lo hizo de su amigo Bergens-tiern, y en seguida se durmió para no volver á despertar.

El príncipe real fué proclamado rey y subió al trono aquel mismo dia. El pueblo, á quien Gustavo habia libertado del yugo del Senado, juró espontáneamente defender las instituciones dadas por el padre en la persona del hijo. El rey habia empleado tan bien los últimos dias que el Señor le habia concedido, que nada pereció de lo que él habia establecido; de suerte que parecia que su sombra continuaba reinando en Suecia.

Este príncipe no tenia nada grande sino el alma, ni habia en su cuerpo otra belleza que la de sus ojos. De baja estatura, cargado de hombros, mal configurado de caderas, de nariz larga y boca muy grande, tenia, sin embargo, tanta gracia y habia tanta viveza en su rostro, que eran suficientes á cubrir todas aquellas imperfecciones de la naturaleza y á hacer de él uno de los hombres más seductores de su reino. En sus ojos y en todo el resto de sus facciones se veian marcadas la inteligencia y la bondad, unidas á un valor que podia llamarse heroico. Sólo con mirarle se distinguia en él el hombre de talento, se admiraba el rey y se adivinaba el héroe. Instruido, literato y elocuente, aplicaba todos estos dones al buen gobierno de su Estado, y á los que habia vencido por su valor, los conquistaba nuevamente con su generosidad y les encantaba con sus palabras. Sus defectos consistian en el lujo y en la inclinacion decidida por los placeres voluptuosos, que tan fácilmente se perdonan en los héroes, aunque la historia con su inflexible imparcialidad se vea obligada á publicarlos. Gustavo tenia todos los vicios de Alejandro, de César y de Enrique IV. Para parecerse enteramente á estos grandes hombres, no le faltó sino ser tan afortunado como ellos.

Cuando aún era casi niño, se sustrajo á la tutela de la aristocracia, y emancipando el trono, emancipó tambien al pueblo. Puesto á la cabeza de un ejército reclutado sin tener recursos con que sostenerle, aunque disciplinado por el entusiasmo que supo inspirarle, invadió la Finlandia rusa y amenazó á San Peters-

burgo. Detenido en medio de sus victorias por una insurreccion de los oficiales y encerrado en su tienda por los guardias, logró no obstante escaparse de sus manos, y corrió á socorrer otro punto de su reino invadido por los daneses. Vencedor de estos encarnizados enemigos de Suecia, el reconocimiento de la nacion le habia devuelto su ejército, arrepentido ya de lo que habia hecho, y la única venganza que de él tomó fué conducirle de nuevo á la victoria.

Gustavo habia salvado su reino en el exterior, y en el interior lo habia pacificado. Desinteresado bajo todos los aspectos y sin más ambicion que la de adquirir gloria, su sueño dorado era vengar la causa abandonada de Luis XVI, y arrancar de manos de sus enemigos á una reina á quien adoraba desde léjos. Hasta este sueño era digno de un héroe. Sólo cometió una falta. Su genio fué más vasto que su imperio, y cuando el heroísmo no está en proporcion de los medios que se pueden desplegar para probarle el que lo tiene, aparece más como un aventurero que como un héroe á los ojos de sus contemporáneos; razon por la cual sus elevados designios son tenidos por quimeras. Pero la historia no juzga como la fortuna; el corazon es el que hace al héroe más que el buen éxito de sus empresas; este carácter romántico y aventurero del genio de Gustavo, aunque no se viese coronado de una gloria que tanto ansiaba, no por eso dejó de manifestar la grandeza de su alma á pesar de la pequeñez de sus medios. Su muerte hizo prorumpir en gritos de alegría á los jacobinos, que deificaron á Ankarstroem; pero esta misma alegría dió á conocer que el desprecio con que habian mirado anteriormente al rey de Suecia, diciendo que era un enemigo poco temible para la revolucion, habia sido más aparente que verdadero.

IV

Removidos estos dos obstáculos, nada contenia ya á Francia y á Europa, sino el débil gabinete de Luis XVI. La impaciencia de la nacion, la ambicion de los girondinos y el resentimiento de los constitucionales, heridos en la persona de Mr. de Narbona, todas estas cosas reunidas sirvieron para derribar el gabinete. Brissot, Vergniaud, Guadet, Condorcet, Gensonné, Petion, sus amigos en la Asamblea, el conciliábulo de madama Roland y sus santones en los Jacobinos, fluctuaban entre dos partidos iguales para ellos, á saber: derrocar el poder ó subir á él. Brissot les aconsejó que se decidiesen por lo último. Más versado en la política que los oradores jóvenes de la Gironda, no podia comprender este hombre una rebelion sin gobierno. La anarquía, á su modo de ver, era tan contraria á la libertad como la monarquía. Cuanto más grandes fuesen los sucesos, tanto más necesario les era apoderarse de su direccion. El poder desarmado se hallaba á su alcance y era preciso cogerle: una vez que lo tuviesen en sus manos, harian de él una monarquía ó una república, segun se lo aconsejasen la fortuna ó la voluntad del pueblo. Dispuestos á hacer todo aquello que pudiese conducir á que ellos reinasen en nombre del rey ó del pueblo, estos hombres que acababan de salir de la oscuridad, seducidos por la facilidad con que habian hecho su fortuna, seguian el carro de esta inconstante diosa y se entregaban enteramente en sus brazos. Los hombres que se elevan con facilidad, fácilmente tambien se desvanecen, confiados en que la suerte no puede ya volver á serles adversa.

Sin embargo, descubrióse desde luégo una profunda política en el consejo se-

creto de los girondinos, al ver los nombres que habian presentado al rey para que eligiese entre ellos el nuevo ministerio. Brissot manifestó en esto la paciencia de una ambicion consumada. Inspiró esta misma prudencia á Vergniaud, á Petion, á Guadet, á Gensonné y á todos los hombres eminentes de su partido, con los cuales se mantuvo en la penumbra, si bien inmediato al poder. Fuera del ministerio, sondeó la opinion pública valiéndose de unos agentes secundarios, á los cuales podia desmentir y aún sacrificar en caso necesario, quedándose él de reserva unido á las principales cabezas del partido, ya para apoyar, ya para derribar aquel débil ministerio de transicion, si el pueblo adoptaba medidas más enérgicas y decisivas. Brissot y los suyos estaban decididos á dirigirlo todo, y aún á ser los que mandasen



Entrevista de Dumouriez y de la reina.—Pág. 331.

en realidad; de suerte que eran una especie de déspotas sobre los cuales no podia recaer ninguna responsabilidad. Reconociase en esta táctica de los girondinos la verdadera escuela de Maquiavelo. Además, absteniéndose de ser miembros del primer gabinete, les quedaba toda su popularidad, y conservaban á la Asamblea y á los Jacobinos aquellos poderosos votos que hubiesen sido nulos para el partido á ocupar ellos las sillas ministeriales. Esta popularidad les era absolutamente necesaria para luchar contra Robespierre, que les seguia los pasos, y que se hubiese encontrado al frente y único jefe de la opinion si ellos hubiesen abandonado el fuerte. Tomando parte en los negocios, afectaban hácia aquel rival un desprecio que no tenian en realidad, porque él solo contrarestaba la influencia que tenian todos juntos en los Jacobinos. Las vociferaciones de Billaud-Varenes, de Danton, de Collot-d'Herbois, no les alarmaron; el silencio de Robespierre les causaba la mayor inquietud. Ellos le habian vencido en la cuestion de la guerra, pero la oposicion estoica de aquel hombre singular no le habia desacreditado con el pueblo, á pesar de estar la nacion tan entusiasmada por la guerra. Este hombre adquiria ma-

yor fuerza en el mismo hecho de haberse aislado, y la inspiracion de una conciencia solitaria é incorruptible tenia más fuerza que el impulso de todo un partido. Los que no aprobaban su modo de pensar no dejaban por eso de admirarle, y él se habia apartado á un lado para dejar pasar la guerra. Sin embargo, la opinion tenia siempre fija la vista en él, como si un instinto secreto revelase al pueblo que sólo en aquel hombre habia todo un porvenir. Cuando él andaba todos le seguian, y cuando se paraba le aguardaban; de suerte que los girondinos estaban condenados por prudencia á desconfiar de aquel hombre y á permanecer en la Asamblea entre su ministerio y él.

Tomadas estas precauciones, buscaron en derredor de sí á ciertos hombres nulos por sí mismos, pero pertenecientes á su partido y que podian servirles para ministros, porque necesitaban instrumentos y no hombres capaces de dominarlos. Lo que ellos querian, en fin, era hallar unos sujetos unidos á su fortuna á quienes pudiesen volver, segun les acomodase, contra el rey ó contra los jacobinos, y á quienes pudiesen engrandecer sin temor ó precipitar sin remordimientos. Buscáronlos, pues, en la oscuridad, y creyeron haberlos hallado en las personas de Claviere, Roland, Dumouriez, Lacoste y Duranton. No se engañaron sino en uno de ellos. Dumouriez se halló que era un genio oculto bajo el traje de un aventurero.

Distribuidos así los papeles y avisada madama Roland de la próxima elevacion de su marido, los girondinos atacaron al ministerio en la persona de Mr. de Lessart en la sesion del 10 de Marzo. Brissot leyó el acta de acusacion contra el ministro, en la cual, hábil y pérfidamente redactada, se calificaban las apariencias como hechos y las conjeturas como pruebas, cargando sobre el presunto acusado todo el odio y criminalidad de una traicion. El orador propone entónces que se extienda el decreto de acusacion contra el ministro de Negocios extranjeros. Parte de los individuos de la Asamblea callan, y otros aplauden; algunos de ellos piden que la Asamblea tome tiempo para reflexionar, y al ménos afectan la imparcialidad de la justicia. «Daos prisa, — dice Isnard; — quizá huye el traidor mientras vosotros deliberais.» «Yo he sido juez mucho tiempo, — dice Boulanger, — y jamás he sentenciado á pena capital con tanta precipitacion.» Vergniaud, que ve á la Asamblea indecisa, se lanza dos veces á la tribuna para combatir las excusas y la contemporalizacion del lado derecho. Becquet, cuya sangre fria es igual á su valor, trata de dar otro giro al asunto, y pide que el acta de acusacion pase á la comision diplomática. Vergniaud, temiendo que se deje escapar esta ocasion favorable para su partido, vuelve á subir á la tribuna y dice: «No, no se necesitan pruebas para dar un decreto de acusacion, las presunciones bastan. No hay ninguno de nosotros en quien no hayan producido la más viva indignacion la bajeza y la perfidia que se descubren en todos los actos del ministro. ¿No es él quien ha guardado en su carterá por espacio de dos meses el decreto en donde se manda reunir Aviñon á Francia? La sangre derramada en aquella ciudad y los cadáveres mutilados de tantas víctimas, ¿no están pidiendo venganza? Desde esta tribuna estoy viendo el palacio en donde unos consejeros pérfidos engañan al rey que la Constitucion nos da, forjan los yerros con que quieren encadenarnos y urden las tramas que deben entregarnos á la casa de Austria. (*Prolongados aplausos*). Ha llegado el dia de poner término á tan insolente audacia y de acabar de una vez con los conspiradores. El espanto y el terror han salido muchas veces de ese famoso palacio en nombre del

despotismo; que vuelvan hoy á entrar en él en nombre de la ley (*Nuevos aplausos*), que penetren en todos los corazones de los que allí habitan, y que sepan que la Constitucion no promete la inviolabilidad sino al rey, que la ley alcanzará á todos los culpables, y que no habrá una sola cabeza convencida de ser criminal que pueda libertarse de su cuchilla».

Esta alusion á la reina, á quien se acusaba de dirigir el *comité austriaco*, estas palabras amenazadoras dirigidas al rey, resonaron en su gabinete y le forzaron á firmar el nombramiento del ministerio girondino. Era ésta una hábil maniobra de aquel partido, cubierta en la tribuna bajo las apariencias de una indignacion fingida y de una improvisacion que habia sido muy estudiada; era ademas la primera señal dada por los girondinos á los hombres del 20 de Junio y del 10 de Agosto. El acta de acusacion obtuvo el apetecido resultado, y Lessart fué enviado ante el tribunal de Orleans, que lo entregó más tarde á los asesinos de Versalles. Aquel hombre pudo escaparse; pero como su fuga hubiera perjudicado al rey, supo colocarse generosamente entre éste y la muerte, que sufrió sin haber cometido otro delito que ser amante de su rey.

Luis XVI conoció que no habia ya sino un paso entre la abdicacion y él, y que este paso consistia en escoger un ministerio entre sus enemigos y en interesarles en el poder entregándolo en sus manos. Cedió á las circunstancias, abrazó á su ministro, y pidió á los girondinos que le diesen otro. Estos ya habian tratado de ello en sus conciliábulos y habian hecho proposiciones á Roland en Febrero anterior. «La corte—le habian dicho—no está distante de tomar ministros jacobinos: en esto obra por perfidia, y no por afecto al partido. La confianza que deposita en ellos no será sino un lazo que les tienda. Ella quisiera hombres de carácter violento para imputarles los excesos del pueblo y los desórdenes que se cometan en todo el reino; es preciso burlar tan pérfidas esperanzas y darle patriotas en quienes, reunido á la firmeza de carácter, haya un gran fondo de prudencia. Se ha pensado en vos como uno de ellos.»

Roland, cuya presuncion le hacía creer que el dejarle en la oscuridad era desconocer su mérito, se sonrió al ver que el poder se le presentaba sin saber cómo y que iba á vengarse en su ancianidad del desden con que él se figuraba que habia sido mirado hasta entónces. Brissot habia ido á su casa el 21 del mismo mes, y repitiendo á madama Roland las palabras que acabamos de referir, habia exigido de ella que hiciese consentir á su marido en lo que se le habia propuesto. Esta mujer ambiciosa de poder y de gloria deseaba con ardor que su marido tuviese ocasion de brillar, y la que se le ofrecia era demasiado favorable para dejarla escapar. Así es que respondió á Brissot como una persona á quien no sorprendia lo que estaba oyendo por haber adivinado ya que tenia que suceder. «La carga—dijo—es muy pesada, pero las fuerzas de Roland son grandes, y todavía se aumentarán con la confianza de poder ser útil á la libertad y á la patria.»

Hecha esta eleccion, se fijaron los girondinos en Lacoste, comisario y ordenador de marina, burócrata de limitados alcances, pero hombre de bien y de corazon recto, que no figuraba en las facciones por la candidez de su alma. Introducido en el Consejo para que vigilase al rey, su bello carácter hizo que se convirtiese en amigo suyo en vez de ser un espía de sus acciones. Duranton, abogado de Burdeos, fué el destinado para ministro de Justicia. Los girondinos, de quienes era conocido,

se cubrieron con su honradez para que no hubiese dificultad en nombrarle ministro, y contaron con su condescendencia y con la debilidad de su carácter para sacar de él todo el partido que quisiesen. Brissot destinó para ministro de Hacienda á Claviere, economista ginebrino, expulsado de su país, pariente y amigo de aquél, avezado á la intriga y émulo de Necker, adiestrado y engrandecido por Mirabeau con el intento de oponerle como rival á aquel ministro, que le era tan odioso. Por lo demas, este hombre no era ni republicano ni monárquico, y sólo buscaba en la revolucion un papel que le produjese ventajas positivas. En su alma no se abrigaba ningun género de escrúpulo, y se hallaba al nivel de todas las situaciones y á la altura de todos los partidos. Los girondinos, hombres enteramente nuevos en el manejo de los negocios, necesitaban valerse para desempeñar los ministerios de Guerra y de Hacienda de hombres que no fuesen sino unos instrumentos que ellos pudiesen manejar á su antojo. Claviere se hallaba en este caso. En Guerra contaban con Grave, que habia sucedido en el ministerio á Mr. de Narbona, y que tenia relaciones públicas de afinidad con los girondinos. Este hombre, adicto á la Constitucion y al rey, se esforzaba por unir los girondinos al trono, y esperaba conseguirlo y salvar á la vez la Constitucion y el rey, confiado en su amistad con Gensonné, con Vergniaud, con Guadet, con Brissot, y hasta con el mismo Danton. Como jóven, tenia todas las ilusiones propias de aquella edad; como constitucional, obraba con toda la sinceridad de su conviccion; pero débil y enfermizo, era más á propósito para concebir que para ejecutar, y no puede considerársele sino como á uno de aquellos hombres que son útiles en ciertas y determinadas circunstancias, pero que no son capaces de impedir que las cosas pasen más adelante del término que ellos se han propuesto.

El principal ministro entre todos los elegidos, y en cuyas manos iba á verse la suerte de la patria y á reasumirse toda la política de los girondinos, era el que habia reemplazado al desdichado Lessart en el ministerio de Negocios extranjeros. El negocio más urgente para el partido de la Gironda era romper con Europa; necesitaba para esto un hombre que dominase al rey, que burlase las tramas secretas de la corte, que conociese los misterios de los gabinetes europeos y que, dotado de habilidad y resolucion, supiese forzar á un mismo tiempo á nuestros enemigos á declarar la guerra, á los amigos dudosos á que permaneciesen neutrales, y á los partidarios secretos de Francia á que se aliasen con ella. Los girondinos buscaban por todas partes un hombre que reuniese las condiciones apetecidas, y no tardaron en dar con él.

LIBRO TRECE.

Dumouriez.—Su retrato.—Dificultades de la situación de Roland.—Dumouriez mediador entre el rey y la nación.—Consejos que da á la reina.—Preséntase en los Jacobinos.—Pónese el gorro encarnado y abraza á Robespierre.—Escrito del rey á la Asamblea.—El rey acepta el nuevo ministerio.—Armonía aparente en el Consejo.—Reunion de los girondinos en casa de madama Roland.—Carta confidencial de Roland al rey.—Relaciones secretas entre palacio, Vergniaud, Guadet y Gensonné.—Disensiones entre Dumouriez y los girondinos.—Dumouriez trata de unirse á Danton.—Antagonismo de Brissot y de Robespierre.—Discursos de uno y otro.

I

Dumouriez era el genio audaz y hábil que buscaban los girondinos, y sin embargo, habia vivido desconocido hasta entónces, sin poder prometerse hacer fortuna á no ser por un capricho de la suerte. Los que le habian buscado con tanto afán creian que su nombre no llegaria jamás á hacerles sombra, y estaban resueltos á deshacerse de él y á tratarle sin compasion, dado caso que saliesen fallidos sus cálculos. Brissot, que era el oráculo diplomático de la Gironda, parecia señalado para desempeñar definitivamente el ministerio de Negocios extranjeros, que se proponia dirigir de antemano, siendo Dumouriez únicamente el ministro ostensible del ramo.

Los girondinos habian dado con él por conducto de Gensonné, colega de Dumouriez en la mision que la Asamblea constituyente habia confiado á los dos, de ir á examinar el estado en que se hallaban los departamentos del Oeste, agitados ya por un presentimiento sordo de la guerra civil y por los primeros disturbios en materia de religion. Estos dos hombres habian tenido motivos de tratarse con intimidad en los meses que habia durado su comision, y de comunicarse mutuamente sus ideas respecto á los sucesos que agitaban los espíritus á la sazón. Este trato tan frecuente habia hecho que se conociesen perfectamente uno á otro. Gensonné, hombre de discernimiento, habia reconocido en su asociado uno de aquellos genios ocultos en la oscuridad por efecto de las circunstancias, pero capaz de brillar en cuanto apareciese en público; tambien habia descubierto en él un temple de alma suficientemente fuerte para dirigir la accion de una revolucion, y asaz elástico para doblarse á todas las dificultades que ofrecen los negocios. En una palabra, Dumouriez habia ejercido sobre Gensonné desde el dia que se conocieron aquel ascendiente y aquel dominio que una superioridad que se esconde no deja jamás de ejercer sobre los espíritus de aquellos á quienes se manifiesta sin rebozo y tal cual es en sí.

Esta seduccion, especie de confidencia del genio, era uno de los rasgos distintivos del carácter de Dumouriez. Con ella conquistó más tarde á los girondinos, al rey, á la reina, al ejército, á los jacobinos, á Danton y hasta al mismo Robespierre.

A esto es á lo que los grandes hombres llaman su estrella, estrella que marcha delante de ellos y que les prepara los caminos. La estrella de Dumouriez era la seducción; pero esta misma seducción no era sino la fuerza de unas ideas justas, abundantes y rápidas, en cuya órbita la increíble actividad de su espíritu hacía girar el espíritu de los que le oían ó le veían obrar. Gensonné, al volver de la comisión de que hemos hablado, había querido enriquecer su partido dándole este hombre desconocido cuya futura grandeza presentía ya. En consecuencia, le presentó á todos sus amigos, á quienes no ocultó la sorpresa y la confianza que le habían inspirado las grandes facultades que había descubierto en Dumouriez, ya como diplomático, ya como militar. Háblóles de él como de un salvador oculto que el destino preparaba á la libertad. Al mismo tiempo les exhortó á unirse á aquel hombre, que les engrandecería, engrandeciéndose él por su medio.

Apénas le hubieron visto, cuando quedaron convencidos de la exactitud de cuanto les había dicho Gensonné. El espíritu de este hombre era eléctrico y hería ántes que hubiese tiempo de entrar en discusión con él. Los girondinos le presentaron á Grave, y éste al rey. Luis XVI le propuso la interinidad del ministerio de Negocios extranjeros hasta tanto que, habiendo probado Mr. de Lessart su inocencia, pudiese volver á ocupar su puesto en el Consejo. Dumouriez se negó á aceptar una interinidad que le inutilizaba con todos los partidos y le hacía sospechoso á todos ellos. El rey cedió, y Dumouriez fué nombrado ministro.

La historia debe detenerse un momento ante este hombre, que sin tomar el título de dictador ejerció por espacio de dos años sobre Francia moribunda la dictadura ménos cuestionable de todas ellas: la del genio. Dumouriez fué uno de aquellos hombres que no se pintan sólo con nombrarlos, que tienen en lo pasado el secreto de su porvenir, y cuya existencia, como la de Mirabeau, está repartida en dos épocas que tienen sus cimientos en distintos suelos y que no pueden conocerse sino detallándolos.

Dumouriez era hijo de un comisario de guerra, y había nacido en Cambrai en 1739. Aunque su familia vivía en el Norte de Francia, era oriunda del Mediodía, de Aix, en Provenza. Su padre, literato y militar á la vez, le dió una educación que pudiese convenir á ambas carreras, y un tío suyo, oficial del ministerio de Negocios extranjeros, le inició, siendo muy jóven, en la diplomacia. Dotado Dumouriez de un espíritu fuerte y flexible á la vez, á todo se prestaba, y tan apto para obrar como para discurrir, pasaba sin violencia de una cosa á otra segun lo exigían las circunstancias. Había en él la flexibilidad de genio de los griegos en la época de la democracia ateniense. Desde muy jóven se dedicó especialmente al estudio de la historia, de ese poema de los hombres de acción, y Plutarco fué uno de los autores preferidos por él, que quería modelarse por las figuras antiguas, pintadas por aquel historiador con tanta verdad. En sus héroes descubría el ideal de su propia vida, y los distintos papeles de aquellos grandes hombres los escogía alternativamente y los desempeñaba en sueños, dotado por la naturaleza de un carácter tan á propósito para representar el que mejor le acomodase, que puede decirse que hubiese desempeñado con la misma propiedad el de Aristipo que el de Temistocles, el de Escipion como el de Coriolano. Unía á sus estudios los ejercicios militares, y tan hábil en el manejo de la espada como intrépido para domar un caballo, ejercitaba con tan buen éxito sus fuerzas corporales como las facultades de su

inteligencia. Demóstenes, á costa de mucha paciencia habia logrado corregir su tartamudez y hablar tan claro como cualquiera otro hombre. Dumouriez, á pesar de ser de un temperamento débil y enfermizo, logró por su constancia fortalecer su cuerpo hasta hacerle apto para sufrir las fatigas de la guerra. La actividad ambiciosa de su alma necesitaba prepararse de este modo el instrumento que habia de servir más tarde á su elevacion.

Rebelde nuestro héroe á la voluntad de su padre, que queria que entrase en la secretaría de la Guerra, obtuvo una charretera en un regimiento de caballería, profesion más de su agrado que la de manejar la pluma. Hizo la campaña de Hanover, de ayudante de campo del mariscal de Armentieres, y en una retirada arrancó una bandera de manos del que huia con ella, reunió doscientos caballos á su inmediacion, y salvó una batería de cinco piezas, protegiendo con aquel puñado de valientes el paso del ejército. Habiéndose quedado casi solo á retaguardia, aún se defendió desesperadamente detras de su caballo, muerto en la refriega, desde donde hirió á tres húsares enemigos. Por fin, acribillado de balazos y de sablazos, con dos dedos ménos en la mano derecha, descalabrado, casi ciego de un foganazo y con una pierna presa debajo del caballo, fué hecho prisionero por el baron de Beker, que le salvó la vida en consideracion á su bizarría y le hizo transportar al campamento inglés.

Su juventud y temperamento hicieron que se hallase restablecido al cabo de dos meses. Destinado á formarse para la victoria con el ejemplo de las derrotas é impericia de nuestros generales, tocóle reunirse á los mariscales de Soubise y de Broglie, por cuya causa presencié todos los desastres que debe Francia á la envidiosa rivalidad de aquellos dos generales.

Hecha la paz, fué á reunirse con su regimiento, que estaba de guarnicion en Saint-Lo; pero al pasar por Pont-Audemer, en donde vivia una hermana de su padre, las gracias de una prima suya, hija de aquella señora, le hicieron apasionarse de ella; ésta le correspondió por su parte, y se hubiera verificado la union de los dos amantes á no haberse opuesto á ella el padre de Dumouriez. Desesperada la jóven en vista de este contratiempo, entró en un convento, de donde juró arrancarla Dumouriez. Dirigiase allí con este intento, pero apoderándose de él en el camino una tristeza que no pudo dominar, compró en Dieppe una gran cantidad de opio, y encerrándose en su cuarto, escribió una carta de despedida á su amante, y otra á su padre reconviniéndole por lo que se veia obligado á ejecutar, é inmediatamente se envenenó. Salvóle su buen temperamento por segunda vez, y arrepentido de lo que habia hecho, fué á echarse á los piés de su padre, y obtuvo de éste el perdon que solicitaba.

A los veinticuatro años, y despues de siete campañas, lo único que habia sacado de ellas era veintidos heridas, una cruz, el grado de capitán, una pension de seiscientas libras, muchas deudas, y un amor sin esperanza, que martirizaba continuamente su alma. Aguijoneada su ambicion por este amor, le hizo buscar en la política una posicion que la guerra no habia querido proporcionarle.

II

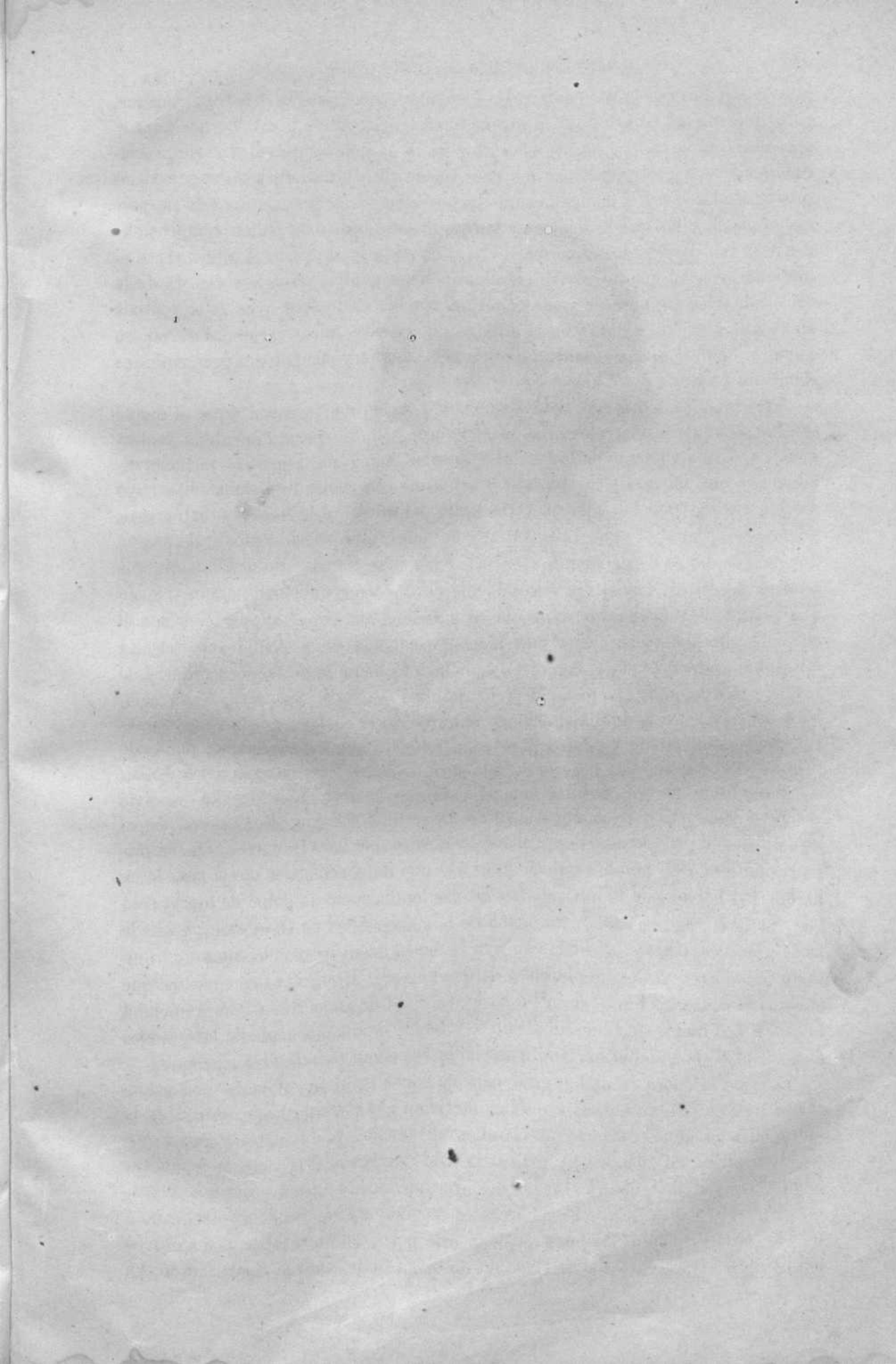
Habia entónces en Paris uno de esos hombres enigmas que son á la vez medio intrigantes y medio hombres de Estado, subalternos anónimos que desempeñan

bajo la direccion de otros hombres de más valer ciertos papeles oscuros al parecer, pero que son en realidad de la mayor importancia. Estos hombres, que bajo la apariencia de la política no son sino los jefes de la policía secreta, son despreciados por los mismos gobiernos que se valen de ellos y recompensan sus servicios prodigándoles el oro á manos llenas. Muchas veces tiene sus contras este despreciable papel, y los que se dedican á tan vergonzoso tráfico se hallan comprometidos y se ven desterrados ó encarcelados; pero nada les importa el cautiverio ni el deshonor, con tal que no les falte el dinero. Estas gentes, verdadera escoria de la sociedad, están siempre de venta como un mueble cualquiera, y su valor consiste en su más ó ménos talento y en la utilidad que de ellos puede sacarse. Este odioso encargo fué desempeñado mucho tiempo por Linguet y por Brissot, pero entónces estaba en posesion de él un tal Favier.

Este hombre, empleado alternativamente por Mr. de Argenson y por el duque de Choiseul en redactar memorias diplomáticas, conocia perfectamente la política europea. Espía vigilante en todos los gabinetes, sabía sus segundas intenciones, adivinaba sus intrigas y las burlaba y contraminaba valiéndose de medios cuyo secreto era desconocido algunas veces hasta del ministro de Negocios extranjeros por cuyas órdenes obraba. Luis XV, rey de miserables pensamientos y de pequeños medios, no se desdeñaba de confiar á Favier las tramas que urdia contra sus mismos ministros. Favier era el confidente de la correspondencia política que sin que lo supiese, y contra las miras de su gabinete, mantenía este príncipe con el conde de Broglie. Sospechada más bien que conocida esta confidencia por los ministros, y siendo Favier hombre de un talento distinguido como escritor y de vastos conocimientos, tanto en derecho público como en historia y diplomacia, tenía un crédito en la administracion y una influencia en los negocios, muy superiores al desacreditado y oscuro papel que representaba exteriormente; pudiendo decirse de él que era una especie de ministro de las grandes intrigas de la época.

Dumouriez, al ver cerradas ante sí todas las sendas de la fortuna, resolvió dirigirse hácia ella por caminos tortuosos, y se unió á Favier. Contrajeron estrecha amistad al poco tiempo de conocerse, y al roce que tuvo Dumouriez en sus primeros años con un hombre tan astuto es á lo que debe achacarse cierta cosa indefinible, tan hábil como la intriga y tan inconsiderada como un golpe de mano, cosa que siempre resaltó en todos los actos de la vida pública de Dumouriez, y que le hacía aparecer, tanto en política como en la época de su heroísmo, como un aventurero temerario, y no como hubiera debido aparecer segun los principios en que habia sido educado. Favier le inició en los secretos de las cortes y comprometió á Luis XV y al duque de Choiseul á que se valiesen simultáneamente de las grandes disposiciones de Dumouriez, tanto para la guerra como para la diplomacia.

Esta fué la época en que el gran patriota corso Paoli se esforzaba por arrancar su país de la tiranía de la república de Génova, y por asegurar á su pueblo la independencia, cuyo patronato ofrecia alternativamente, ya á Inglaterra, ya á Francia. Dumouriez, en cuanto llegó á Génova, trató de burlar á la vez á la república, á Inglaterra y á Paoli, contra el cual conspiró uniéndose á unos aventureros corsos, desembarcando en la isla, á la que excitó á recobrar su independencia, saliendo á medias con su intento. Despues de dado este paso, fletó una falúa y se embarcó para ir á dar parte al duque de Choiseul de la situacion en que dejaba á Córcega





LUMOURIEZ.

y para pedir auxilios á Francia. Detenido por una tempestad que le hizo andar algunas semanas de acá para allá por las costas de Africa, llegó á Marsella demasiado tarde, porque halló ya firmado el tratado entre Francia y Génova. En vista de esto, se dirigió á Paris y fué á apearse en casa de su amigo Favier.

Este le confió que se hallaba encargado de redactar una memoria en que se hiciese ver al rey y á los ministros la necesidad de sostener la república de Génova contra los corsos; que esta memoria le habia sido exigida en secreto por el embajador de Génova y por una doncella de la duquesa de Grammont, hermana favorita del duque de Choiseul; que esta última tenia puestos á rédito sus capitales, lo mismo que los hermanos de la Dubarry, en el ramo de las provisiones del ejército; finalmente, que el precio de aquella memoria y de la sangre de los corsos eran quinientos luis, de los que le ofrecia una parte á condicion de que procurase en cuanto de él dependiera que esta intriga saliese bien. Dumouriez finge aceptar gustoso lo que se le propone; pero apénas sale de casa de su amigo, cuando vuela á la del duque de Choiseul, le revela lo que se está tramando, y al ver que esta revelacion es bien acogida por el ministro, cree haberle convencido y se prepara para salir de nuevo á llevar á los corsos los subsidios y las armas que esperaban. Mas al dia siguiente halla que el ministro se habia vuelto enteramente, y arrojado de su audiencia con palabras ofensivas, se retira y pasa secretamente á España. Ayudado por Favier, que se contentaba con haberle burlado, pero que tenia compasion de su candor, y protegido tambien por el duque de Choiseul, conspira en union del ministro español y del embajador de Francia para conquistar á Portugal, cuya topografia y medios de defensa se le encarga que estudió militarmente. El marqués de Pombal, primer ministro portugues, concibe sospechas sobre la mision de Dumouriez, y le manda salir inmediatamente de Lisboa.

El jóven diplomático vuelve á Madrid, donde recibe la noticia de que, ganada su prima por las monjas, le abandonaba para tomar el velo. Entónces entra en relaciones con una francesa, hija de un arquitecto que estaba establecido en Madrid, y en sus brazos se adormece por algunos años aquella actividad que paralizan las delicias de un amor correspondido. Una órden del duque de Choiseul le llama de nuevo á Paris, y aunque vacila en obedecer, su misma querida le hace decidirse y le sacrifica su fortuna, como si hubiese presentido aquella jóven la gloria que debia alcanzar su amante andando el tiempo. En cuanto llegó á Paris se le nombró cuartelmaestre general del ejército frances en Córcega, en donde se distinguió como se habia distinguido en todas partes. Apoderóse, á la cabeza de un destacamento de voluntarios, del castillo de Corte, residencia y último asilo de Paoli. Saqueado el castillo de aquel desgraciado patriota, Dumouriez se reservó la librería. Los libros de que ésta se componia y las anotaciones puestas al márgen de ellos por el mismo Paoli revelaban uno de aquellos caracteres que buscan otros que se les asemejen en las grandes figuras de la antigüedad. Dumouriez era digno de poseer aquellas obras, puesto que las preferia al oro de que pudiera muy bien henchir sus gavetas. El gran Federico llamaba á Paoli el primer capitan de Europa. Voltaire le titulaba el vencedor y el legislador de su patria. Los franceses se avergonzaban de vencerle, y la fortuna se ruborizaba de abandonarle. Si aquel hombre no logró libertar la patria, al ménos se inmortalizó con ella en la lucha que sostuvo. Ciudadano demasiado grande para un pueblo tan pequeño, su gloria no es-

tuvo en proporcion de la pequeñez de su patria, sino de la grandeza de sus virtudes. Córcega ha quedado en el rango de las provincias conquistadas, y Paoli en el de los grandes hombres.

III

Cuando Dumouriez volvió á Paris, pasó un año frecuentando la sociedad de los literatos y de las mujeres disipadas que daban á las reuniones de aquella época el espíritu y el tono de una orgía decente. Ligado cordialmente con una antigua compañera de madama Dubarry, conoció á aquella cortesana advenediza á la cual el libertinaje habia elevado hasta el trono. Adicto sin embargo al duque de Choiseul, enemigo declarado de aquella querida del rey, y conservando Dumouriez aquel honor que en los franceses hace las veces de la virtud, no prostituyó su uniforme yendo á hacer la corte á la favorita; por el contrario, se avergonzó al ver al anciano monarca ir á pié y con la cabeza descubierta delante de su ejército, en las revistas de Fontainebleau, al lado de la carroza en que aquella mujer hacía ostentacion de su belleza y del dominio que sobre el rey ejercia. Madama Dubarry se dió por ofendida de que el jóven oficial no asistiese á su reunion, y adivinó que la causa de esto era el desprecio que hacía ella tenia. En consecuencia, Dumouriez pasó á Polonia encargado de una comision semejante á la que habia desempeñado en Portugal. Esta comision, diplomática y militar á la vez, era un pensamiento secreto del rey, aconsejado por su confidente el conde de Broglie, á quien Favier habia inspirado. Era esta época aquella en que, oprimida Polonia y medio ocupada por los rusos, amenazada por Prusia y abandonada por Austria, trataba de hacer algunos esfuerzos por disputar al ménos algunos restos de su nacionalidad á sus opresores; éste era el último suspiro de la libertad que hacía alentar aún el cadáver de un gran pueblo. El rey, que temia chocar con Catalina, emperatriz de Rusia á la sazón, que tampoco queria dar pretextos de hostilidad á Federico, ni infundir sospechas á la corte de Viena, queria ofrecer á la agonizante Polonia la mano de Francia, pero ocultándola y reservándose hasta el cortarla en caso necesario. Dumouriez fué el escogido para esta intriga como ministro secreto de Francia cerca de los confederados polacos, y como general acreditado en caso de necesidad. Este general, sin embargo, era un aventurero, y no de tan buena fama como el caso requeria para poder reunir en torno suyo y dar direccion á los esfuerzos de aquellos bizarros polacos, que aspiraban á sacudir el férreo yugo que les oprimia.

Indignado el duque de Choiseul al ver el abatimiento de Francia, preparaba bajo mano la guerra contra Prusia é Inglaterra. Para el plan de campaña que se proponia, necesitaba llamar la atencion general hácia Polonia, por lo cual dió á Dumouriez sus instrucciones de palabra; pero derribado el ministro por las intrigas de madama Dubarry y de Mr. de Argenson, se vió desterrado de Versalles, ántes que Dumouriez hubiese llegado á aquel mismo reino. Cambiada la política francesa al par del ministerio, hizo fracasar de antemano los planes de Dumouriez, que los siguió, sin embargo, con un ardor constante, digno de haber obtenido otro éxito más feliz que el que le aguardaba. Encontró á los polacos envilecidos por la miseria, por la esclavitud y por el hábito de sufrir pacientemente el yugo extranjero. Sus nobles, corrompidos por el lujo y encenagados por los placeres, gastaban en inútiles intrigas y en palabras vanas el ardor de su patriotismo en las confe-

rencias de Epéries, celebradas despues de la confederacion de Bar. Una mujer de extremada belleza, de elevada clase y de un genio oriental, la condesa de Mniszek, ataba y desataba en el negocio de la salvacion de la patria, segun convenia á su ambicion ó á sus amores. En vano algunos oradores patriotas hacian resonar allí por última vez los acentos de independenciam. Algunos príncipes y algunos caballeros, sin estar de acuerdo entre sí, formaban partidas que peleaban más bien como guerrilleros que como ciudadanos, y con cuyo mando adquirian aquéllos una gloria personal, pero que en nada influia para la salvacion de la patria. Sirvióse Dumouriez del ascendiente que sobre todos tenia la condesa, y á costa de grandes esfuerzos logró reunir todas aquellas partidas diseminadas, formar un buen trozo de infantería, y habiendo creado ademas un cuerpo de artillería, se apoderó de dos fortalezas, amenazó en distintos puntos á los rusos que se hallaban diseminados por las vastas llanuras de Polonia, adiestró en el arte de la guerra y disciplinó aquel patriotismo insubordinado de los sublevados, y finalmente, batió á Souwarow, general ruso que andando el tiempo debia amenazar muy de cerca á la república.

Mas el rey de Polonia, Estanislao, hechura coronada de Catalina, vió el peligro de una insurreccion nacional, que al mismo tiempo que arrojase de su territorio á los rusos, se llevaria tras sí el mal seguro trono en que se sentaba. Supo paralizarla proponiendo á los confederados reunirse con ellos. Bohucz, último orador célebre de la libertad polaca, rebatió en un discurso sublime el pérfido discurso del rey, y arrastró á los confederados por unanimidad al último partido que resta á los oprimidos: la insurreccion. Apénas estalla, cuando Dumouriez, que es el alma de ella, vuela de un campo á otro y da unidad al plan de ataque. Circunvalada Cracovia, se ve expuesta á caer en sus manos, y en tanto los rusos vuelven á atravesar las fronteras en el mayor desórden. Pero la anarquía, ese genio fatal de Polonia, disuelve prontamente la union de aquellos jefes, que se entregan unos á otros á los enemigos. Todos quieren tener el honor exclusivo de salvar la patria, pero prefieren que se pierda á que sea un rival suyo quien la salve. Sapielha es asesinado por sus nobles. Pulaski y Mickzenski son entregados á los rusos despues de estar heridos. Zarembo hace traicion á su patria. Oginski, único que quedaba ya de aquellos grandes patriotas, subleva la Lituania en el mismo momento en que la Pequeña Polonia rinde las armas. Abandonado y fugitivo, se escapa á Dantzic y anda errante por espacio de treinta años por Europa y América, siendo el único que lleva su patria en el corazon. La hermosa condesa de Mniszek desmaya y sucumbe al dolor viendo esclavizada su patria. Dumouriez llora á aquella heroína adorada de un país en que, segun aquel general, los verdaderos hombres son las mujeres, y envaina su espada, desesperado al considerar aquella aristocracia sin pueblo, lanzando á Polonia al ausentarse de ella el terrible apóstrofe de *nacion asiática de Europa*.

Entónces volvió á Paris. El rey y Mr. de Argenson, para salvar las apariencias con Rusia y Prusia, le encierran en la Bastilla lo mismo que á Favier; allí pasa un año maldiciendo la ingratitud de las cortes y la debilidad de los reyes, y vuelve á hallar su energía natural en el retiro y en el estudio. El rey conmuta su prision en un destierro y le envia á la ciudadela de Caen, en donde vuelve á encontrarse en un convento con aquella prima que tanto habia amado. Libre aún ésta, y cansada ya de la vida monástica, conoce que su corazon no ha muerto aún, y se casa con

su primo. Este es nombrado entónces comandante de Cherbourg. Su genio activo se ejercita contra los elementos, así como se había ejercitado contra los hombres. Concibe allí el famoso plan de aquel puerto militar que debía encarcelar una mar borrascosa en una cuenca de granito, y dar á la marina francesa un lugar de descanso en el canal de la Mancha. Así pasa quince años, en los que sufre no pocas contrariedades en la vida doméstica, causadas por el mal genio y por la devoción austera de su mujer; dedícase, sin embargo, á continuos estudios militares, aunque sin método, y reparte el tiempo entre éstos y las disipaciones de la sociedad filosófica y voluptuosa de su época.

La revolución va aproximándose cada vez más, y le encuentra indiferente á sus principios y preparado á sus vicisitudes. Su buen criterio le hace abarcar con una sola mirada el alcance de los acontecimientos. Comprende muy pronto que la revolución en las ideas debe llevarse tras sí las instituciones, á ménos que éstas se modelen sobre aquéllas; se declara sin ningun entusiasmo por la Constitución, desea que el trono se sostenga, no cree en la república, presiente un cambio de dinastía, y áun se le acusa de meditarlo. La emigración diezma los que están más elevados que él en la milicia, y llega á ser nombrado general por antigüedad. En estas circunstancias, observa una conducta firme al par que hábil, y se mantiene á igual distancia del trono y del pueblo, tan separado del contrarrevolucionario como del faccioso, y dispuesto á pasarse á la corte ó á la nación segun lo que vayan arrojando de sí los sucesos. Alternativamente y como para probar su fuerza, ya se acerca á Mirabeau, ya á Montmorin, ya al duque de Orleans y á los jacobinos, ya finalmente al partido de la Gironda y á Lafayette. En los distintos mandos que le toca desempeñar en aquellos dias de crisis, mantiene la disciplina con su popularidad, transige con el pueblo amotinado, y se pone á la cabeza del movimiento para contenerle. El pueblo le cree partidario acérrimo de su causa, el soldado le adora, y él, aunque detesta la anarquía, adula á los demagogos, valiéndose con habilidad para obtener el aura popular de aquellos manejos astutos cuyo arte le ha enseñado Favier. El ve en la revolución una intriga heroica, y maniobra con su patriotismo cual lo hubiera hecho en el campo al frente de los regimientos. Ve con entusiasmo aproximarse la guerra, porque conoce ya de antemano que le toca desempeñar en ella el papel de héroe. Presiente que la revolución, abandonada de la nobleza y atacada por toda Europa reunida, necesitará un general experto para dirigir los esfuerzos desordenados de las masas que ella subleva. Fatigado de representar un papel subalterno por espacio de tantos años, se prepara para ser el general destinado á ocupar el elevado puesto de que acaba de hablarse. A la edad de cincuenta y seis años conserva todo el fuego de su juventud unido á la sangre fría del tiempo que realmente tiene; su oráculo es el afán de adelantar, y el arrojito con que se lanza hácia la gloria está en proporción del tiempo que lleva perdido hasta entónces. Fortalecido su cuerpo por los muchos climas que ha variado y por el número de viajes que ha hecho, se presta como un instrumento pasivo á su actividad; todo es jóven en él, excepto la fecha de su nacimiento. Sus años estaban gastados, pero su fuerza se conservaba en todo su vigor. Este hombre tenía la juventud de César, la impaciencia de su fortuna y la certidumbre de alcanzarla. Para los grandes hombres no hay otra vida que su engrandecimiento; éste no había vivido aún, porque no se había engrandecido suficientemente.

Era Dumouriez de aquella estatura mediana del soldado frances, que hace que le caiga bien el uniforme, que lleve la mochila sin fatigarse demasiado y que maneje con viveza el sable ó el fusil; fuerte y ligero al mismo tiempo, tenia su cuerpo el aplomo de aquellas estatuas que descansan sobre sus músculos, pero que parece que están dispuestas á andar. Su actitud era altiva, y todos sus movimientos tan vivos como su espíritu. Sabía manejar con tanta habilidad la bayoneta como la espada, y aunque echaba la cabeza un poco hácia atras, ésta se destacaba elegantemente sobre sus hombros. Toda su fisonomía anunciaba la sensibilidad del alma, la delicadeza de la inteligencia y la finura del discernimiento. Sus ojos eran negros y llenos de fuego, hermeosados por dos cejas muy pobladas del mismo color; su rostro ovalado y su nariz aguileña revelaban que pertenecia á una de aquellas razas ennoblecidas por la guerra y por la costumbre de mandar á otros hombres; en su graciosa boca entreabierta habia siempre una sonrisa cariñosa que constituia la expresion habitual de su fisonomía, siempre serena y comunicativa. Nunca se doblaba bajo el peso de los negocios por intrincados que fuesen, y siempre conservaba suficiente presencia de ánimo para burlarse de la fortuna cuando le era contraria. Trataba sin austeridad de política, de guerra ó de gobierno, y su voz sonora y fuerte dominaba el ruido del tambor y el choque de las bayonetas. Su elocuencia directa, espiritual é inesperada, heria y deslumbraba como el rayo, al paso que enternecia y se insinuaba



como la de las mujeres. Esto consistía sin duda en que, muy fácil de enamorarse, el trato continuo con el bello sexo le habia comunicado algo de la más bella de cuantas virtudes posee la mujer: la compasion. El no sabía resistir á las lágrimas; las de la reina hubiesen hecho de él un paladin del trono, porque este hombre habria sacrificado gustoso todos sus bienes á un movimiento generoso. La grandeza de su alma era enteramente sentimental, y no entraba en ella para nada el cálculo de un frio egoísmo. No tenia principios fijos en política, la revolucion no era para él sino un hermoso drama á propósito para proporcionar una grande escena á sus facultades, y un papel á su genio en que quedase airoso. Grande hombre al servicio de los acontecimientos, si la revolucion no le hubiese elegido por su general y salvador, hubiera sido del mismo modo general y salvador de la coalicion. Dumouriez no era el héroe de un principio, sino el de las circunstancias de la época en que le tocó figurar.

IV

Los nuevos ministros se reunieron en casa de madama Roland, alma del ministerio girondino; Duranton, Lacoste, Cahier-Gerville, instrumentos pasivos del partido, recibian allí las inspiraciones de los principales jefes de él, y no proponian en el Consejo sino lo que aquéllos querian. Dumouriez, en los primeros dias de su ministerio, afectó tambien una gran deferencia á cuanto ellos proponian, y una condescendencia completa en seguir su voluntad y en sacrificarse por los intereses del partido. Personificado éste en madama Roland, jóven hermosa y elocuente, tenia un atractivo más para el general, que confió dominarle dominando el corazon de aquella mujer. Para conseguirlo desplegó todos los recursos de su carácter y todas las gracias de su genio seductor. Pero madama Roland tenia un preservativo contra las seducciones de aquel guerrero, que Dumouriez no estaba acostumbrado á hallar en las mujeres que habia amado. Consistia éste en una virtud austera unida á una conviccion íntima. Sólo habia un medio de captarse la admiracion de madama Roland, que era excederla en patriotismo. Estos dos caracteres tan opuestos no podian hallarse sin chocar, ni comprenderse sin despreciarse mutuamente. Bien pronto no fué madama Roland para Dumouriez sino una fanática de genio áspero, y Dumouriez no tardó mucho en merecer á madama Roland el concepto de un hombre ligero y presuntuoso. La austeridad de costumbres de aquella mujer le hacía darse por ofendida de las atrevidas miradas del general y de la libertad de sus palabras cuando referia las innumerables aventuras galantes de que habia sido héroe. Madama Roland veia en Dumouriez al elegante cortesano más bien que al patriota, y sus maneras aristocráticas desagradaban altamente á la humilde hija del grabador, porque le recordaban quizá su humilde condicion y las humillaciones que habia sufrido en Versalles en sus años juveniles. Su ideal no era el militar, sino el ciudadano, y un alma republicana era la única seducccion capaz de conquistarla. Además, desde la primera mirada notó que aquel hombre era demasiado ambicioso para pasar mucho tiempo sin ser más que un instrumento pasivo de su partido, y adivinó su gran genio á traves de las fingidas condescendencias que usaba en un principio, y su ambicion bajo su aparente hombría de bien. «Ten cuidado con ese hombre,—dijo á su marido desde la primera entrevista;—podrá ser muy

bien que tengais en él un tirano en vez de un compañero, y que arroje del Consejo á los mismos que le han dado entrada en él.»

Satisfecho Roland de verse en el poder, no preveia tan á lo léjos la desgracia que le anunciaba su mujer, á la que tranquilizaba, y cada dia se fiaba más en la fingida admiracion que hacía él manifestaba Dumouriez. Creíase ser el hombre de Estado del Consejo, y satisfecha su vanidad, le hacía ser crédulo respecto á cuanto Dumouriez le proponia, y hasta llegó á enternecerse por la suerte del rey. Cuando Roland entró en el ministerio, habia afectado hasta en el traje la aspereza de sus principios, y en sus maneras la sencilla severidad republicana. Habíase presentado en las Tullerías con frac negro, sombrero redondo, zapatos sin hebillas y llenos de polvo, queriendo mostrar en él el hombre del pueblo que desafiaba al hombre del trono entrando en palacio con el simple traje de ciudadano. Parecióle que aquella muda insolencia debia ser del agrado de la nacion y humillante para el rey. En efecto, los cortesanos se habian indignado al verle vestido de aquel modo, el rey habia suspirado, y Dumouriez se habia echado á reir. «¡Ah, señores!—habia dicho á los cortesanos.—No tiene duda que, supuesto que ya no hay etiqueta, tampoco hay ya monarquía.» Esta chanza habia sido suficiente para disipar á la vez el enfado de la corte y para destruir todo el efecto de la pretension lacedemonia de Roland.

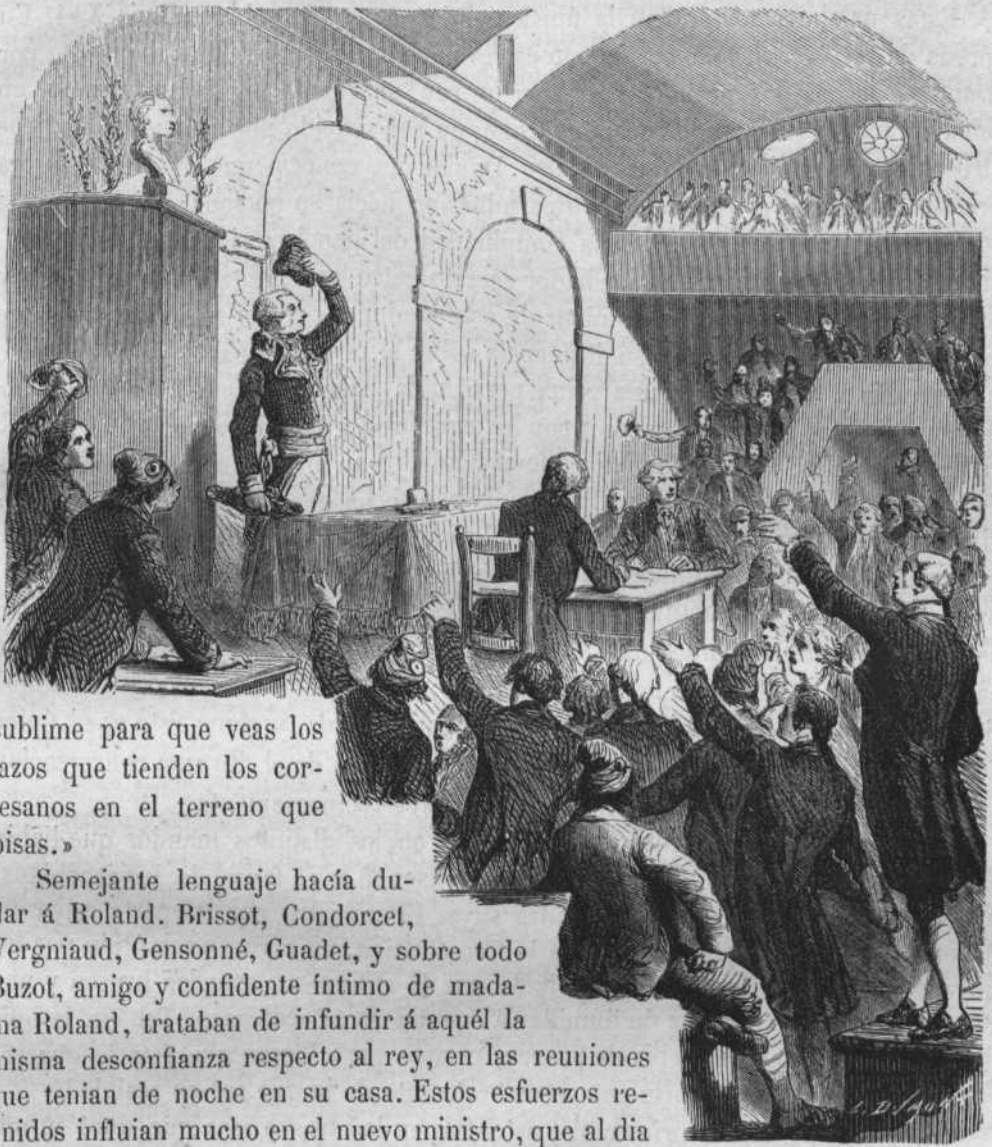
El rey no reparaba ya en el traje de Roland, y le trataba con aquella cordialidad que hacía que todo el mundo le apreciase. Los nuevos ministros se admiraban al sentirse conmovidos en presencia del monarca, y habiendo entrado en el Consejo con todas las prevenciones republicanas, salian de él medio realistas.

«El rey no está conocido, —decia Roland á su mujer;— aunque de carácter débil, no puede darse otro hombre mejor; lo que le ha faltado hasta ahora ha sido quien le aconsejase bien, porque sus intenciones no pueden ser mejores; tampoco es amigo de la aristocracia, su corazon es del pueblo, y quizá haya nacido para servir de transaccion entre la república y la monarquía. Haciéndole dulce la Constitucion, lograremos que la ame sinceramente, y abandonándose á nuestros consejos volverá á reconquistar su popularidad, con lo cual nos será más fácil á nosotros gobernar. Su carácter es tan bueno que ni aún el trono ha podido corromperle. Está tan distante de ser el embrutecido imbécil que han querido manifestar al pueblo para que se riese de él, como el hombre sensible y completo que quieren hacer adorar en él sus cortesanos. Su talento, sin ser superior, es vasto, y en un Estado oscuro, su mérito hubiese sido suficiente á su destino; tiene muchos y profundos conocimientos, sabe hasta las cosas más insignificantes respecto á negocios, y trata á los hombres con aquella sencilla pero persuasiva habilidad que adquieren los reyes por la necesidad precoz en que se hallan de saber dominar sus impresiones. Su prodigiosa memoria le recuerda siempre á tiempo las cosas, los nombres y las personas. Amante del trabajo, todo lo lee por sí, y no está ni un momento ocioso. Padre tierno, modelo de esposos y de corazon casto, ha desterrado de la corte todos los escándalos que la degradaban en tiempo de sus predecesores; ama únicamente á la reina, y su condescendencia con ella, funesta algunas veces á su política, es hija de su virtud más bien que de su debilidad. Si Luis hubiese nacido dos siglos ántes, su pacífico reinado hubiese sido citado como una de las épocas más felices de la monarquía. Las circunstancias parece que han obrado sobre su espíritu, y

ahora que la revolucion le ha convencido de su necesidad, es preciso convencerle de su posibilidad. En nuestras manos, el rey puede servirla mejor que ningun otro ciudadano del reino, é ilustrando á este príncipe, nosotros podemos ser fieles á la vez á sus verdaderos intereses y á los de la nacion. Es menester que el rey y la revolucion sean en nosotros una misma cosa.»

De esta manera hablaba Roland en los primeros dias de su elevacion al poder. Escuchábale su mujer con la sonrisa de la incredulidad en los labios, porque habia abarcado á la primera mirada otra carrera más vasta y otro término más decisivo que aquella transaccion tímida y transitoria entre un trono degradado y una revolucion incompleta. A esta mujer le hubiese costado mucho renunciar al ideal de su alma fogosa; todos sus votos tendian hácia la república; todos sus actos, todas sus palabras y todos sus suspiros debian, sin saberlo ella, precipitar á su marido y á sus amigos en aquella forma de gobierno.

«Desconfia de la perfidia de todos, y desconfia sobre todo de tu propia virtud,—respondia aquella mujer al débil y orgulloso Roland.— Tú vives ahora en medio de una corte donde todo es apariencias, y donde las palabras más dulces ocultan las más siniestras intenciones. Tú no eres más que un plebeyo honrado, extraviado en medio de esos cortesanos, ó por mejor decir, una virtud expuesta á todos los peligros en medio de tantos vicios; los cortesanos saben hablar nuestro idioma, y nosotros ignoramos el suyo. ¿Cómo han de dejar de engañarnos? Luis XVI, de una raza embrutecida, hombre de cortos alcances y sin energía, se ha dejado dominar desde su juventud por unas preocupaciones religiosas que han enervado su alma. Dejándose llevar por una reina aturdida, que á la insolencia austriaca reúne la embriaguez de la belleza y del alto rango en que la ha colocado la suerte, mujer que ademas hace de su corte secreta y corrompida el santuario de sus placeres y el culto de sus vicios, resulta de todo esto que ese príncipe, fanatizado por una parte por los curas y ciego de amor por otra, maneja las riendas del Estado segun las distintas inspiraciones que recibe; razon por la cual están muy próximas á escapársele de las manos. Agotada Francia de hombres, no le ofrece ya ni en Maurepas, ni en Necker, ni en Calonne unos ministros capaces de dirigirle; la aristocracia infecunda no produce ya sino escándalos; es preciso que el gobierno salga de otra capa más honda y más sana de la nacion. Ha llegado el tiempo de la democracia; ¿por qué le retardais? Vosotros sois sus hombres, sus virtudes, sus caracteres y sus luces. La revolucion está detras de vosotros y os saluda é impulsa á obrar. ¿Seriais capaces de engañarla abusando de su confianza y entregándola á la primer sonrisa en manos de un rey, porque este rey tiene la hombría de bien y la sencillez de un hombre del pueblo? No; Luis XVI, medio destronado por la nacion, no puede amar la Constitución que le encadena; él puede fingir que lleva gusto sus grillos, pero su único pensamiento es ver el modo de poder quitárselos. Su único recurso en el dia es protestar su adhesion á la revolucion para adormecer de este modo á los ministros encargados por ella de vigilar de cerca sus tramas; ese fingimiento es la última y más peligrosa de las conspiraciones del trono. La Constitución es la caducidad de Luis XVI, y los ministros patriotas son sus vigilantes; no hay ninguna grandeza abatida que ame sinceramente su caducidad, ni hombre que se goce en su propia humillacion. Cree á la naturaleza humana, Roland, ella es la única que jamás engaña; desconfia de las cortes. Tu virtud es demasiado



sublime para que veas los lazos que tienden los cortesanos en el terreno que pisas.»

Semejante lenguaje hacía dudar á Roland. Brissot, Condorcet, Vergniaud, Gensonné, Guadet, y sobre todo Buzot, amigo y confidente íntimo de madama Roland, trataban de infundir á aquél la misma desconfianza respecto al rey, en las reuniones que tenían de noche en su casa. Estos esfuerzos reunidos influían mucho en el nuevo ministro, que al día siguiente entraba en el Consejo arrugando el entrecejo y armado de un estoicismo implacable, pero muy en breve le desarmaba el rey con su franqueza. Dumouriez le desanimaba con su jovialidad, el poder le ablandaba con su prestigio. El trataba de aplazar en cuanto le fuese posible las dos grandes dificultades del momento, que consistían en la sanción del rey á los dos decretos que más repugnaban á su corazón y á su conciencia, á saber: el que se había dado contra los emigrados, y el otro contra los sacerdotes no juramentados; finalmente, trataba también de dar largas á la guerra.

Dumouriez se pone el gorro encarnado en los Jacobinos.—Pág. 334.

V

Durante esta tergiversación de Roland y sus colegas, Dumouriez iba apoderándose del ánimo del rey y del favor del público, y todo el secreto de su política estaba contenido en las palabras que poco ántes había dicho á Mr. de Montmorin en una conferencia reservada que habían tenido: «Si yo fuese rey de Francia, sabría burlarme de todos los partidos poniéndome á la cabeza de la revolución».

Estas palabras encerraban la única política capaz de salvar á Luis XVI. En épocas de revolucion, todo rey que no es revolucionario perece inevitablemente por el choque de los dos partidos opuestos; un rey, en cuanto se declara neutro, no reina ya; un rey perdonado rebaja el trono; un rey vencido por su pueblo no tiene otro asilo que el destierro ó el cadalso. Dumouriez conocia que ante todo le era preciso convencer al rey de su íntima adhesion hácia su persona; iniciarle en la confidencia, ó por decirlo así, en la complicidad del papel patriótico que él se proponia desempeñar; hacerse el mediador secreto entre las voluntades del monarca y las exigencias del Consejo, y dominar de este modo, al rey por su influencia sobre los girondinos, y á éstos por su influencia sobre el rey. Este papel de favorito de la desgracia y protector de una reina perseguida halagaba tanto la ambicion de Dumouriez como estaba en armonía con las aspiraciones de su corazon. Militar, diplomático y caballero, los sentimientos que abrigaba en su alma hácia un trono degradado eran muy distintos de aquella envidia satisfecha que se notaba en los girondinos. El prestigio del trono existia para Dumouriez; el de la libertad era el único que existia para los girondinos. Las buenas disposiciones de Dumouriez respecto al trono, reveladas en su actitud, en su lenguaje y en todas sus acciones, no podian pasar desapercibidas para Luis XVI por mucho tiempo. Los reyes tienen un tacto particular que el infortunio hace más delicado; los desgraciados conocen la compasion que inspiran con sólo que se les dirija una mirada, y como éste es el único homenaje que les es permitido recibir, son muy celosos de él. En una conversacion secreta, el rey y Dumouriez pudieron franquearse recíprocamente.

Las apariencias turbulentas de Dumouriez en los distintos mandos que habia obtenido hasta entónces, su amistad con Gensonné y el favor de los jacobinos, habian prevenido á Luis XVI en contra suya. El ministro por su parte esperaba hallar en el rey un espíritu rebelde á la Constitucion, un corazon resentido por los ultrajes del pueblo, un talento limitado por la rutina, un exterior brusco y una palabra dominante y capaz de humillar á cuantos se le acercasen. Tal era la opinion falsa que la nacion tenia de su rey, porque para lograr que ésta le aborreciese, era preciso presentarle enteramente distinto de lo que era en realidad.

Dumouriez, desde el primer día, así como en los tres meses que duró su ministerio, vió en el rey un talento despejado, un corazon siempre dispuesto á hacer el bien, una educacion esmerada y una longanimidad y una paciencia capaces de hacer frente á todas las calamidades que le rodeaban. Sólo se advertia en Luis XVI una timidez extrema, resultado del largo retiro en que le habia tenido Luis XV, timidez que le impedia manifestar libremente los sentimientos de su corazon y que daba á su lenguaje en las relaciones que mantenía con los demas hombres cierta sequedad y una especie de indecision que quitaban toda la gracia á lo que decia. Dotado de un valor reflexivo é impávido, habló muchas veces con Dumouriez de su muerte como de un acontecimiento probable y fatal, cuya perspectiva no alteraba su serenidad, ni tampoco le impidió cumplir hasta el último momento con los deberes de padre y de rey.

Dumouriez se le acercó un dia con aquel enternecimiento caballeresco y con aquel respeto compasivo que inspira la desgracia en un corazon noble y generoso, y le dijo: «Señor, veo que estais ya desengañado de todas las prevenciones que contra mí teniais. Vos me habeis mandado por conducto de Mr. de Laporte que

accepte un cargo que habia renunciado anteriormente». «Así es»,—dijo el rey. «Pues bien, señor, yo vengo á sacrificarme enteramente por vuestro servicio y por salvaros. Mas el papel de ministro no es ahora lo que era en tiempos antiguos, y yo, sin dejar de ser servidor del rey, pertenezco tambien á la nacion. Yo os hablaré siempre en público el lenguaje de la libertad y de la Constitucion, y espero que me permitireis que en el Consejo y en cualquiera otra parte disimule mi adhesion á vuestra augusta persona, y que desempeñando mi papel de ministro constitucional, evite toda relacion con V. M. para no infundir sospechas. Así, desde este punto prescindo de toda etiqueta, no vendré á haceros la corte; en el Consejo contrariaré vuestra opinion, y nombraré para representar á Francia en el extranjero á hombres enteramente adictos al nuevo órden de cosas. Cuando vuestra repugnancia á mi eleccion sea invencible y motivada, obedeceré; pero si esta repugnancia llega hasta el extremo de que puedan comprometerse por ella vuestra salvacion y la de la patria, entónces os suplicaré que me permitais retirarme y que nombreis á otro en mi lugar. Pensad en los terribles peligros que asedian vuestro trono. Es preciso afianzarle confiando vos en la nacion y haciendo que ésta confie en la sinceridad de vuestra adhesion á la revolucion. De vos sólo depende hacer esta conquista, y yo por mi parte ya tengo redactadas cuatro notas en que hablo en este mismo sentido á los embajadores. El lenguaje que uso en ellas es desconocido, ó por mejor decir, inusitado en las relaciones oficiales de unas cortes con otras, porque es el lenguaje de una nacion ofendida y resuelta. Hoy las leeré delante de vos en el Consejo. Si aprobais mi trabajo, continuaré hablando del mismo modo y obraré en conformidad con mis palabras; si no, mi equipaje está dispuesto, y no pudiendo serviros con mis consejos, iré adonde me llaman mis inclinaciones y mis treinta años de estudios, es decir, á servir á mi patria con las armas en la mano.»

Atónito el rey y enternecido, le dijo: «Me gusta vuestra franqueza, sé que me sois adicto y espero mucho de vuestros servicios. Efectivamente, estaba impresionado contra vos; pero todo ha desaparecido en este momento. Id, y obrad segun os dicte vuestro corazon y segun convenga á los intereses de la nacion, que son tambien los míos». Dumouriez se retiró; pero sabía que la reina, adorada de su marido, manejaba al rey, valiéndose de la pasion que éste la tenia y sacando partido de la volubilidad de su espíritu. Aquel hombre deseaba y temia al mismo tiempo tener una entrevista con aquella princesa. Una palabra suya podia llevar á cabo ó trastornar enteramente la empresa atrevida que él habia concebido de reconciliar al rey con la nacion.

La reina mandó llamar al general y le recibió en una de las piezas más retiradas de su habitacion. Dumouriez la halló sola, manifestando en su semblante la emocion de una lucha interior y paseándose apresuradamente por el cuarto, como si la agitacion de sus pensamientos le prescribiese el movimiento corporal. Dumouriez, sin decir nada, fué á colocarse al lado de una chimenea, en donde permaneció en la respetuosa y triste postura que le inspiraba el ver en aquel estado de abatimiento á una princesa tan hermosa como desgraciada. La reina se dirigió hácia él, y con un acento en que se descubria á la vez el resentimiento del infortunio y el desprecio de la suerte, le dijo: «Caballero, en este momento lo podeis todo, pero lo podeis por el favor del pueblo, y éste hace pedazos sus idolos con la misma facilidad con que los ha elevado». Entónces, sin dar lugar á que el general respon-

diese, prosiguió diciendo: «Vuestra existencia depende de vuestra conducta. Dicen que sois hombre de talento; si esto es así, ya debéis figuraros que ni el rey ni yo podemos sufrir todas estas novedades de la Constitucion. Tenedlo entendido así, puesto que yo os lo declaro terminantemente, y adoptad el partido que os convenga seguir». «Señora,—respondió Dumouriez confundido,—estoy aterrado con la peligrosa confianza que acaba de hacerme V. M.; no seré yo quien la venda, pero me hallo entre el rey y la nacion y pertenezco á mi patria. Dejadme—continuó con el mayor respeto—que os represente que la salvacion del rey, la vuestra, la de vuestros hijos, y hasta el restablecimiento de la autoridad real, dependen en el dia de la Constitucion. Vosotros os hallais rodeados de enemigos que os sacrifican á sus propios intereses, y únicamente la Constitucion, si llega á consolidarse, es la que puede cubriros y hacer la felicidad y la gloria del rey.» «Esto no durará mucho. ¡Andad con cuidado!»—replicó la reina, mirándole al mismo tiempo con un aire indignado y amenazador. Dumouriez creyó ver en aquella mirada y oír en aquellas palabras una alusion á los peligros personales que podria correr y una insinuacion dirigida al miedo. «Señora,—contestó en voz baja y con un acento en que la firmeza del soldado iba unida al enternecimiento del hombre,—tengo ya más de cincuenta años, y me he visto expuesto á muchos peligros durante mi vida; así es que he comprendido desde el principio que mi responsabilidad al aceptar el ministerio no era el peligro más grande que me amenazaba.» «¡Ah!—exclamó la reina horrorizada.—¡Ya no me faltaba más que esta calumnia y este opróbio! A lo que veo, creéis que yo soy capaz de mandaros asesinar.» Copiosas lágrimas de indignacion le impidieron decir más. Dumouriez, tan conmovido como ella, rechazó aquella odiosa interpretacion que daba la reina á lo que él le habia dicho. «¡Libreme Dios, señora,—le dijo,—de haceros tan grave ofensa! Vuestra alma es grande y noble, y el heroísmo que habeis mostrado en cien ocasiones me ha unido para siempre á vos.» Calmóse la reina al oír estas palabras, y apoyó su hermosa mano en el brazo de Dumouriez en señal de reconciliacion.

El ministro aprovechó aquel momento de tranquilidad y de confianza para dar á María Antonieta unos consejos cuya sinceridad interpretaba la alteracion visible de su rostro y de su voz. «Creedme, señora,—le dijo,—no tengo ningun interes en engañaros; detesto tanto como vos la anarquía y sus crímenes; pero tengo experiencia, vivo entre los partidos, participo de sus opiniones, y como estoy muy inmediato al pueblo, me hallo mejor colocado que V. M. para poder juzgar el alcance y la direccion de los acontecimientos. Este no es un movimiento popular, como vos parece que creéis, es la insurreccion casi unánime de una gran nacion contra un órden de cosas inveterado y en decadencia. Grandes facciones atizan el incendio, y hay en todas ellas hombres locos y malvados. Yo no veo en la revolucion sino al rey y á Francia, y todo lo que tienda á separarlos, los pierde irremisiblemente; por lo cual aspiro á reunir ambas cosas, y vos sois la única que podeis ayudarme para conseguirlo. Si yo soy un obstáculo para vuestros intentos, y si vos persistis en creerlo así, decídmelo al instante y me retiro á una soledad á llorar con libertad por la suerte de mi patria y por la vuestra.» La reina se enterneció y quedó convencida. La franqueza de Dumouriez la sedujo, y el corazon leal del soldado le respondia de la sinceridad de las palabras del hombre diplomático. Firme, valiente y heroica, preferia aquella espada en el Consejo del rey á toda la política

de ciertos oradores almidarados que seguian todos los impulsos de la opinion ó de la sedicion. Desde entónces se estableció una confianza íntima entre la reina y el general.

La reina se mantuvo fiel á sus promesas un cuanto tiempo. Los repetidos ultrajes del pueblo volvieron á impulsarla á pesar suyo hácia la conspiracion, y le hicieron tambien que se dejase dominar por la ira. «¡Mirad!—decia un dia al rey delante de Dumouriez.—Prisionera en este palacio, no me atrevo á asomarme á las ventanas de mi cuarto por la parte del jardin. La turba que está allí estacionada espiondo mis lágrimas, me silba en cuanto me asomo. Ayer, para respirar, he abierto un poco una de las ventanas que dan al patio, y uno de los artilleros que estaban de guardia me ha insultado infamemente... «¡Cuánto gusto tendria—ha dicho—en ver tu cabeza en la punta de mi bayoneta!...» En este horroroso jardin se ve por un lado á un hombre subido en una silla, dirigiéndonos los insultos más odiosos y amenazando con la mano á todos los que habitan en palacio; por otro lado suele verse á algun militar ó algun sacerdote á quien la turba amotinada persigue, llenándolos de golpes y de ultrajes. A dos pasos de allí, otros juegan ó se pasean tranquilamente por la arboleda. ¡Qué mansion, Dios mio! ¡Qué vida! ¡Qué pueblo éste!» Dumouriez no podia hacer otra cosa que llorar con la familia real y aconsejarle la paciencia. Pero la paciencia de las víctimas se cansa ántes que la crueldad de los verdugos que las atormentan. ¿Podia exigirse de buena fe que una princesa valiente, altiva y habituada á verse adorada por su corte y por todo el mundo, amase en la revolucion el instrumento de sus humillaciones y sus suplicios, ni que viese en aquel pueblo indiferente ó cruel una nacion digna de ser libre y de obtener la soberanía?

VI

Despues que Dumouriez se hubo puesto de acuerdo con la corte, no titubeó en atravesar todo el espacio que separaba al rey del partido extremo, y en hacer que el gobierno se lanzase en la senda del más exaltado patriotismo. Dirigióse á los Jacobinos y se presentó con la mayor osadía en la sesion del dia que siguió á su entrevista con el rey. La sala de sesiones estaba llena, y las tribunas, al ver á Dumouriez, permanecieron silenciosas y atónitas al mismo tiempo. Su figura marcial y el aire militar con que andaba le ganaron desde luego el favor de la Asamblea, y nadie sospecha que haya tanta audacia oculta en aquel hombre astuto. Nadie ve en él sino un ministro que se abandona enteramente en brazos del pueblo, y todos los corazones se abren para servirle.

Esta era la época en que el gorro encarnado, símbolo de las opiniones más exageradas y especie de librea del pueblo con la cual se adornaban sus demagogos y sus aduladores, acababa de ser adoptado casi por unanimidad por los jacobinos. Este signo, como otros muchos parecidos á él y adoptados por las revoluciones por una casualidad, era un misterio hasta para los mismos que lo llevaban. El primer dia que habia aparecido en público puesto en un palo, fué el del triunfo de los soldados de Chateauvieux. Unos decian que era el distintivo de los presidiarios, infame en otros tiempos, glorioso despues de haber cubierto las sienes de aquellos mártires de la revolucion; decíase tambien que el pueblo habia querido purificar aquel gorro de toda infamia llevándole como una especie de estandarte

en aquella procesion cívica. Otros veian simplemente en él el gorro frigio, símbolo de la libertad para los esclavos.

El gorro encarnado habia sido desde el primer dia que se usó un motivo de disputa y de desunion entre los jacobinos. Los exaltados se cubrian con él, y los moderados se abstenian aún de ponérsele. Dumouriez no vacila. Sube á la tribuna, coloca en su cabeza aquel signo de patriotismo, lo cual equivale á adoptar la divisa del partido más pronunciado, y esta elocuencia muda, pero significativa, hace prorumpir á todo el mundo en entusiastas manifestaciones. « Hermanos y amigos míos, — dice Dumouriez, — todos los momentos de mi vida van á consagrarse á hacer la voluntad del pueblo y á justificar la eleccion del rey constitucional. En todas las negociaciones llevaré conmigo las fuerzas de un pueblo libre, y estas negociaciones darán por resultado ántes de mucho una paz sólida ó una guerra decisiva. (*Aplausos*). Si tenemos la guerra, abandonando mi papel político, iré á ocupar mi puesto en el ejército, resuelto á triunfar ó á morir libre con mis hermanos. Tengo sobre mí un gran peso; ayudadme á llevarle. Necesito que se me den consejos; haced que lleguen á mí por medio de vuestros periódicos. Decidme siempre verdades, aunque sean las más duras. Rechazad la calumnia, pero no rechaceis á un ciudadano cuya sinceridad é intrepidez os son conocidas y que se sacrifica por la revolucion y por la causa nacional. »

El presidente respondió á este discurso, diciendo que la sociedad se gloriaba de contarle entre sus hermanos. Estas palabras excitaron un ligero murmullo sofocado por las aclamaciones que siguieron á Dumouriez al ir á ocupar su puesto en los bancos. Entónces se pidió que se imprimiesen los dos discursos, y oponiéndose á ello Legendre, so pretexto de economía, fué silbado por las tribunas. « ¿A qué vienen estos honores inusitados y esta respuesta del presidente al ministro?—dijo Collot-d'Herbois.—Si Dumouriez viene aquí como ministro, nada hay que responderle. Si viene como afiliado y como hermano, no hace más que cumplir su deber, poniéndose á la altura de nuestras opiniones. Sólo una respuesta hay que darle, y es que obre tan bien como ha hablado. » Dumouriez manifiesta con sus signos que lo hará así.

Robespierre se levanta, y dirigiendo á Dumouriez una sonrisa severa, dice: « Yo no soy de los que creen que es absolutamente imposible que sea patriota un ministro, y hasta acepto con plácer los presagios que el señor Dumouriez nos ofrece. Cuando haya verificado estos presagios, cuando haya disipado los enemigos armados en contra nuestra por sus predecesores y por los conjurados que aún dirigen hoy al gobierno, á pesar de la expulsion de algunos ministros, entónces, y solamente entónces, estaré dispuesto á tributarle los elogios de que se haga acreedor digno, y aún en ese caso no pensaré que sea más digno de alabanza que cualquiera otro buen ciudadano de los que componen esta sociedad. ¡Sólo el pueblo es grande, sólo él es respetable á mis ojos! ¡Las pompas del poder ministerial no son nada ante él! Pido, por respeto al pueblo, por respeto al mismo ministro, que su entrada en la sociedad no se señale con unos obsequios que no servirian sino para atestiguar la decadencia del espíritu público. El ministro nos ha pedido consejos, y por mi parte le prometo dárselos tan útiles para él como para la causa pública. Miétras el señor Dumouriez dé pruebas de patriotismo y haga servicios reales á la nacion, probando de este modo que es hermano de los buenos ciudadanos y defen-

sor del pueblo, puede estar seguro de que aquí no faltará quien le apoye. Yo no temo en esta sociedad la presencia de ningun ministro; pero declaro que en el momento en que uno de ellos tuviese más ascendiente que cualquiera otro ciudadano, yo sería el primero en pedir su ostracismo. ¡Esto no sucederá jamás!»

Robespierre baja de la tribuna, y Dumouriez se echa en sus brazos. La Asamblea se levanta, y los aplausos de las tribunas ponen el sello á aquel abrazo fraternal en que se ve el vaticinio de la union entre el poder y el pueblo. El presidente Doppet, con el gorro encarnado puesto, lee una carta de Petion á la sociedad respecto á la nueva divisa adoptada por los patriotas. Petion se pronuncia en dicha carta contra aquel signo superfluo de civismo con las siguientes palabras: «Este signo, en vez de aumentar vuestra popularidad, asusta á ciertas gentes, y es un pretexto para calumniaros. El momento actual es grave, y las demostraciones de patriotismo deben ser tan graves como la época que atravesamos. Los enemigos de la revolución son los que la inducen á estas frivolidades, para tener derecho de acusarla en seguida de ligera é inconsecuente y para presentar de este modo el patriotismo bajo las apariencias de una faccion. Estas señales dividen á los que es preciso reunir, y por más en boga que estén en el dia, jamás serán unánimemente adoptadas. Muchos hombres hay que, sacrificándose enteramente por el bien público, miran, sin embargo, con mucha indiferencia el gorro encarnado. La libertad no será bajo esta forma ni más bella ni más majestuosa, y ese signo con que la adornais sólo servirá de pretexto para introducir la division entre sus hijos. Una manifestacion ridícula puede producir muy bien una guerra civil que, empezando por un sarcasmo, concluya por un gran derramamiento de sangre. Reflexionad bien sobre lo que acabo de decir.»

El presidente, hombre timorato y que presentia en los consejos de Petion la voluntad de Robespierre, habia hecho desaparecer con el mayor disimulo el signo repudiado con que cubria su cabeza durante la lectura de esta carta. Los miembros de la sociedad iban siguiendo uno á uno su ejemplo. Robespierre, que se habia puesto ántes de acuerdo con Petion para que éste escribiese la carta que se acaba de relatar, y que por otra parte no habia adoptado jamás aquel signo de la moda, subió en seguida á la tribuna, y dijo: «Respeto como el corregidor de Paris toda imágen de libertad; pero nosotros tenemos un signo que nos recuerda sin cesar el juramento que hemos hecho de morir ó vivir libres, y este signo héle aquí. (Enseña su escarapela). Los ciudadanos que por un patriotismo laudable hayan adoptado el gorro encarnado, nada perderán con quitársele. Los amigos de la revolucion continuarán reconociéndose en el signo de la razon y de la virtud. Estos emblemas son exclusivamente neutros; todos los demas pueden ser imitados por los aristócratas y por los traidores. Yo os invito en nombre de Francia á uniros al único estandarte capaz de imponer á sus enemigos. No conservemos, pues, sino la escarapela y la bandera bajo las cuales ha nacido la Constitucion».

El gorro encarnado desapareció de la sala. Pero ni la voz de Robespierre ni la resolucion de los jacobinos pudieron contener el ímpetu que habia llevado al pueblo á colocar en su cabeza aquella señal de *igualdad vengadora*. La misma noche en que habia sido repudiado en los Jacobinos el gorro encarnado, fué la de su inauguracion en todos los teatros, y en varios de ellos se puso en el busto de Voltaire en medio de los aplausos de los espectadores. Este y la pica fueron el uniforme y

armamento del soldado ciudadano. Los girondinos, á quienes repugnaba aquel signo mientras creyeron que era la librea de Robespierre, empezaron á hallarle excusable en cuanto éste lo rechazó. El mismo Brissot, al dar cuenta de aquella sesion, habla del gorro encarnado como pesaroso de que se haya desechado aquel símbolo, porque «adoptado (éstas son sus palabras) por la parte más indigente del pueblo, servia para humillar á los ricos y para llenar de espanto á los aristócratas». La division entre estos dos hombres iba cada dia en aumento, y ya la Asamblea, el poder y los Jacobinos eran recintos asaz estrechos para aquellas dos ambiciones que se disputaban la dictadura de la opinion.

VII

El nombramiento del ministerio, debido enteramente á la influencia de los girondinos, las juntas que se celebraban en casa de madama Roland, la presencia de Brissot y de Vergniaud en las deliberaciones de los ministros, y la elevacion de todos sus amigos á los primeros empleos, servian de texto á las reconvenções de los jacobinos exaltados. Eran conocidos éstos bajo el nombre de montañeses, por alusion á los bancos altos de la Asamblea en donde se sentaban los amigos de Robespierre y de Danton. «Acordaos—decian aquéllos—de la sagacidad de Robespierre, casi semejante al dón de profecía, cuando respondiendo á Brissot, que atacaba al antiguo ministro Lessart, lanzaba al jefe girondino aquella alusion que tan pronto se vió justificada: «Respecto á mí, no especulo con el ministerio ni para mí ni para mis amigos». Por su parte los periódicos girondinos cubrian de oprobio á aquel puñado de calumniadores y de tiranuelos que, semejantes á Catilina en los crímenes, no se le parecian en el valor. De este modo empezaba la guerra por las injurias.

Entre tanto el rey, habiendo completado su ministerio, dirigió á la Asamblea una comunicacion más parecida á una abdicacion en manos de la opinion, que el acto constitucional de un poder libre. Esta resignacion humillante, ¿era un signo de esclavitud, de abatimiento y de violencia? ¿Era acaso una señal hecha desde el trono á las potencias que estaban sobre las armas para que ellas comprendiesen que el rey no era ya libre, y para que no viesen en él sino el autómeta coronado de los jacobinos? Héla aquí textualmente:

«Profundamente conmovido por los desórdenes que afligen á Francia, y por el deber que me impone la Constitucion de vigilar y sostener el orden y la tranquilidad pública, no he dejado de emplear todos los medios que aquélla pone en mis manos para hacer ejecutar las leyes. Yo habia escogido á este efecto para primeros agentes míos á unos hombres á quienes hacia recomendables la honradez de sus principios y de sus opiniones. Estos han dejado el ministerio, y yo he creído deber reemplazarlos con otros hombres acreditados por sus opiniones populares. Me habeis repetido tantas veces que este partido era el único medio de lograr que se restableciese el orden y se ejecutasen las leyes, que he creído deber adoptarle á fin de quitar á la malevolencia todo pretexto de dudar de mi sincero deseo de contribuir á la prosperidad y á la verdadera felicidad de mi país. He nombrado para el ministerio de Hacienda á Mr. de Claviere, y para el del Interior á Mr. Roland. Habiéndome pedido la persona á quien habia elegido para ministro de Justicia que

nombrase á otro, quedo en informar á la Asamblea nacional del nombre del sujeto en quien recaiga la nueva eleccion.—Firmado: Luis.»

La Asamblea recibió este mensaje en medio de las más vivas aclamaciones. Dueña ya del rey, podia convertirle en un instrumento regenerador. La armonía más perfecta reinaba aparentemente en el Consejo, y el rey causaba gran admiración á sus nuevos ministros, tanto por su asiduidad como por su aptitud para los



El rey y el Consejo de ministros.

negocios. A cada uno le hablaba en su lengua: á Roland de sus obras, á Dumouriez de sus aventuras galantes, á Claviere de hacienda, y á ninguno de las cuestiones irritantes de la política general, que siempre trataba de eludir. Madama Roland echaba en cara á su marido que gastase el tiempo en conversaciones inútiles, y le instaba á que tratase de utilizarlo y de precisar las discusiones, llevando un registro exacto de ellas, tanto para su gobierno como para salvar algun dia su responsabilidad. Los ministros convinieron en ir á comer cuatro dias por semana á casa de Roland, para concertar lo que debian hacer ántes de entrar en el Consejo, y para ponerse de acuerdo sobre el lenguaje que habian de usar con el rey. En estos consejos íntimos era en donde Buzot, Guadet, Vergniaud, Gensonné y Brissot imbuian á los ministros el espíritu de su partido, reinando anónimos de esta suerte

sobre el rey y sobre la Asamblea. Dumouriez no tardó en hacérseles sospechoso. Su talento se sustraía á su dominio en fuerza de su superioridad, y tampoco les era fácil dominar su carácter por el fanatismo á causa de su gran flexibilidad. Madama Roland, seducida por su elegancia, no le admiraba sin remordimientos; conocia que el genio de aquel hombre era muy útil y casi absolutamente necesario para su partido, pero tampoco se le ocultaba que un genio sin virtud podia ser fatal á la república, por cuya razon trataba de infundir la misma desconfianza contra Dumouriez en el ánimo de sus amigos. El rey iba difiriendo sancionar los decretos contra los emigrados y contra los sacerdotes no juramentados, á pesar de las continuas instancias de los girondinos para que no retardase por más tiempo aquella sancion. Preveyendo madama Roland que llegaria un dia en que los ministros tendrian que dar una severa cuenta al público de los negocios que estuviesen retrasados, trató de declinar la responsabilidad que pudiese recaer sobre su marido, y persuadió á éste á que escribiese al rey una carta confidencial que contuviese austeras lecciones de patriotismo, y que se la leyese cuando estuviesen en el Consejo, guardándose una copia de ella, tanto para acusar á Luis XVI cuando llegase el momento oportuno de hacerlo, como para justificarse él mismo. Esta pérvida precaucion contra la perfidia de la corte era tan odiosa como un lazo y tan baja como una denuncia. Unicamente la pasion, que ciega el alma, podia cegar á esta mujer leal sobre la naturaleza de semejante acto; pero el espíritu de partido hace las veces de moral, de justicia y aún de virtud, cuando hay tanta exaltacion en las ideas como tenia aquella mujer. Esta carta era un arma escondida que Roland se reservaba para herir mortalmente la reputacion del rey y para salvarse él. Madama Roland fué la que la redactó, despues de haber inspirado á su marido la idea de escribirla. Madama Roland no tiene otro crimen que echarse en cara; así es que este extravío, hijo de su odio al rey, fué el único remordimiento que la acompañó al cadalso.

«Señor,—decia Roland,—las cosas no pueden permanecer en el estado en que se hallan, estado de crisis, del cual es preciso salir de un modo ú otro. Francia se ha dado una Constitucion que la minoría está minando, al paso que es defendida por la mayoría. De aquí resulta una encarnizada lucha intestina, á la que nadie es indiferente. Vos disfrutábais la autoridad suprema, y no habeis podido perderla sin que os haya causado un gran sentimiento. Los enemigos de la revolucion hacen entrar en sus planes vuestros sentimientos presuntos. Vuestra proteccion secreta seria en tal caso la que constituyese su fuerza. ¿Debeis uniros hoy á los enemigos ó á los amigos de la Constitucion? Decidíos de una vez. El trono, el clero, la nobleza y la aristocracia deben aborrecer estos cambios que los destruyen; el pueblo ve el triunfo de sus derechos en la revolucion, y no se la dejará arrancar tan fácilmente. La declaracion de los derechos ha venido á ser el nuevo evangelio, y la libertad será en adelante la religion del pueblo. En este choque de intereses opuestos, todos los sentimientos son extremados y las opiniones tienen todo el acento de la pasion. La patria no es ya una abstraccion; es un sér real al que todos se unen por la felicidad que promete y por los sacrificios que todos le han hecho. ¡Hasta qué punto no va á exaltarse el patriotismo en un momento muy próximo, en que va á verse atacado por fuerzas enemigas exteriores combinadas con las intrigas interiores! La ira de la nacion será terrible si en aquel instante no tiene confianza en vos. Mas

esta confianza no la adquiriréis sólo con palabras: se necesitan actos para obtenerla. Dad pruebas convincentes de vuestra sinceridad, como, por ejemplo, la sanción á dos interesantes decretos que hace mucho la aguardan, y que ambos son muy importantes para la salvación del Estado. ¡Mirad bien lo que haceis! Empiézase ya á desconfiar de vos, y esta desconfianza se convertirá muy pronto en odio, y éste no retrocede ante el crimen. Si no dais una satisfacción á la revolución, ésta se amasará con sangre. Las medidas desesperadas que podrian aconsejaros para intimidar á Paris y para dominar á la Asamblea, no harian más que desenvolver aquella sombría energía, madre de los grandes desenlaces y de los grandes atentados. (Esta indirecta se dirigia á Dumouriez, que aconsejaba medidas rigurosas.) Os engañan, señor, cuando os presentan la nacion como enemiga del trono y vuestra. Amad y servid á la revolución, y este pueblo la amará en vos. Los sacerdotes destituidos agitan las campiñas; ratificad las medidas que pueden ahogar aquel fanatismo. Paris teme por su seguridad; sancionad las medidas que llaman á un ejército de ciudadanos bajo sus muros. Si andais todavía con dilaciones, sólo se verá en vos un conspirador y un cómplice de nuestros enemigos. Justo cielo, ¿habéis cegado á todos los reyes? Yo sé que el lenguaje de la verdad raras veces halla acogida en el trono; pero también sé que esta falta de verdad en el consejo de los reyes es la que hace necesarias tan á menudo las revoluciones. Como ciudadano y como ministro debo decir la verdad al rey, y nada hay capaz de impedirme que haga que llegue á sus oídos. Pido que haya aquí un secretario del Consejo que tome acta de todas nuestras deliberaciones. Unos ministros responsables necesitan tener un testigo de sus opiniones; si este testigo existiese, yo no me dirigiria por escrito á V. M.»

La amenaza era tan clara como la perfidia que encerraba esta carta, y su última frase indicaba, aunque en sentido equívoco, el uso que se proponia hacer Roland de ella en su día. La magnanimidad de Vergniaud se habia sublevado contra este paso del principal ministro girondino. Dumouriez se irritó al oír leer esta carta, y su lealtad militar estaba á pique de comprometerle, por no poder contener su indignación. El rey oyó aquel escrito con la impasibilidad de un hombre acostumbrado á devorar la injuria. Los girondinos supieron por la mujer de Roland todo lo que habia pasado, y éste guardó una copia de la carta para cubrirse el día de su caída.

VIII

Por ese tiempo y sin que Roland lo supiese, se entablaban negociaciones secretas entre palacio y los tres jefes de los girondinos, Vergniaud, Guadet y Gensonné, por mediación de Boze, pintor del rey. Una carta escrita por ellos al príncipe y que quedó guardada en la famosa *alacena de hierro*, sirvió para acusarles. Dice así:

«Nos preguntais cuál es nuestra opinion respecto al estado de Francia, y cuáles son las medidas más á propósito para salvar la causa pública. Interrogados por vos sobre un asunto tan interesante, no vacilamos un momento en responderos: la conducta del poder ejecutivo es la causa de todo el mal. Engañan al rey persuadiéndole que los clubs y las facciones son los que sostienen la agitación pública. Esto es hacer consistir la causa del mal en sus síntomas. Si el pueblo pudiese tranquilizarse por estar cierto de la lealtad del rey, se calmaria y las facciones mori-

rian por sí mismas. Pero en tanto que aparezca que las conspiraciones exteriores é interiores están favorecidas por el rey, siempre renacerán nuevos disturbios que irán agravándose hasta hacer que ningun ciudadano tenga confianza en el rey. El actual estado de cosas marcha rápidamente hácia una crisis cuyas probabilidades están evidentemente en contra del trono. Se ha hecho del jefe de una nacion libre un jefe de partido, y hé aquí la razon de que el partido contrario le considere como á un enemigo en vez de mirarle como su rey. ¿Qué éxito puede esperarse de estos manejos tramados con el extranjero para restablecer la autoridad real? Si ésta se restableciese por semejantes medios, apareceria como una usurpacion violenta de los derechos de la nacion, y la misma fuerza que hubiese servido para obrar la restauracion sería necesaria para sostenerla, lo que equivale á decir que no se veria un término á la guerra civil. Adictos como lo somos á los intereses de la nacion, de los que nunca separaríamos los del rey, pensamos que el único medio de evitar los males que amenazan al trono es que éste se confunda con la nacion. Otras nuevas protestas serian insuficientes; lo que se necesita es actos. Que renuncie el rey á todo aumento de poder que se le ofrezca por los extranjeros; que obtenga de los gabinetes que son hostiles á la revolucion que alejen sus ejércitos de nuestras fronteras. Si esto le es imposible, que arme él mismo la nacion y que la haga que se subleve en masa contra los enemigos de la Constitucion. Que escoja sus ministros entre los hombres más comprometidos por la revolucion; que ofrezca las armas y los caballos de su guardia para esta guerra; que dé publicidad á la distribucion que se hace de los fondos de la lista civil, probando de este modo que su tesoro secreto no es el origen de los complots contrarevolucionarios; que solicite él mismo una ley sobre la educacion del príncipe real, y que haga que ésta sea segun el espíritu de la Constitucion; que separe á Mr. de Lafayette del puesto que ocupa en el ejército. Si el rey adopta todas estas resoluciones y persiste en ellas con firmeza, la Constitucion se ha salvado.»

Esta carta, puesta en manos del rey por Thierrí, le sorprendió, porque no tenia ningun conocimiento de ella. Irritóse al ver que se le prodigaban unos socorros que no habia pedido, y no pudo ménos de decir á Boze: «¿Qué quieren estos hombres? ¿No he hecho ya todo lo que me aconsejan? ¿No he nombrado ministros patriotas? ¿No he desechado los socorros de los extranjeros? ¿No he desaprobado la conducta de mis hermanos? ¿No he impedido la coalicion en cuanto ha dependido de mí, y mandado que se pusiesen las fronteras en estado de defensa? ¿No he sido más fiel á mi juramento que los facciosos desde que acepté la Constitucion?»

Indecisos aún los jefes de los girondinos entre la república y la monarquía, andaban á tientas en busca del poder, ya en la Asamblea, ya con el rey, dispuestos siempre á apoderarse de él en donde les fuese posible hallarlo. No ofreciéndose ocasion de verificarlo entendiéndose con el rey, juzgaron que era más seguro minar el trono que consolidarle, por cuya razon fueron acercándose cada dia más á los facciosos.

Entre tanto, mandando en el Consejo á medias por disponer de Roland, de Claviere y de Servan, que habia reemplazado á Grave, pesaba sobre ellos en cierto modo la responsabilidad de aquellos tres ministros. Empezaban ya los jacobinos á pedirles cuenta de los actos de un ministerio que estaba en sus manos y que llevaba su nombre. Colocado Dumouriez entre el rey y los girondinos, veia aumen-

tarse diariamente los celos de sus colegas respecto á él, siéndoles á aquéllos no ménos sospechosa la probidad de Dumouriez que su patriotismo. Este hombre se habia valido de su popularidad y del ascendiente que tenia sobre los jacobinos para pedir á la Asamblea seis millones para gastos secretos en cuanto subió al poder. Esta suma estaba destinada probablemente para sobornar los gabinetes extranjeros, desunir de la coalicion á las potencias y fomentar la revolucion en Bélgica. Sólo Dumouriez sabía el destino que se daba á aquellos millones. Empeñado su patrimonio y haciendo gastos excesivos en razon á sus compromisos con madama de Beauvert, la seductora hermana de Rivarol, y ligado con hombres sin principios y de relajadas costumbres, era mal mirado por madama Roland y por su marido, tanto por todo lo que se ha dicho, cuanto porque habia sospechas de que, si no directamente á él, era fácil ganar con dinero á sus más íntimos confidentes. La probidad es la virtud de los demócratas, porque el pueblo fija principalmente su atencion en que estén adornados de aquella virtud los que le gobiernan. Los girondinos, hombres antiguos, temian que recayese sobre ellos hasta la sombra de una sospecha de esta naturaleza, y la ligereza de Dumouriez en semejante materia les ofendia. Murmuraban de él, y Gensonné y Brissot le intimaron algo sobre este particular en casa de Roland. Autorizado éste por la edad y por la austeridad de sus principios, hizo presente á Dumouriez cuánto debia respetarse á sí mismo un hombre público, y cuán obligado estaba á dar ejemplo á los demas con la austeridad de sus costumbres. El guerrero tomó á broma esta reconvencion, y respondió á Roland que si debia su sangre á la nacion, no le debia el sacrificio de sus gustos ni de sus amores, porque él comprendia el patriotismo á lo héroe y no á lo puritano. La aspereza de esta contestacion envenenó los ánimos, y se separaron resentidos y recelosos unos de otros.

Desde aquel dia no volvió Dumouriez á las reuniones de madama Roland. Esta mujer, que por el instinto superior de su genio y de su sexo conocia perfectamente el corazón humano, no se engañó respecto á las intenciones del general. «Ha llegado la hora—dijo con osadía á sus amigos—de perder á Dumouriez. Ya sé—añadió dirigiéndose á su marido—que tú no serías capaz de descender hasta la intriga y la venganza; pero acuérdate de que Dumouriez debe conspirar interiormente contra los que le han ofendido. Cuando uno ha osado hacer semejantes reconvenciones á un hombre como Dumouriez, y cuando han sido tan inútiles como las que tú le has hecho, es preciso herir ó aguardar tranquilamente á que á uno le hieran.» Esta mujer discurria perfectamente, y no se equivocaba en lo que decia. Dumouriez, cuya penetrante mirada habia descubierto detras de los girondinos otro partido más fuerte y más audaz que el suyo, empezó desde entónces á relacionarse con los intrigantes del partido jacobino. Pensó, y con razon, que el odio de partido sería más poderoso que el patriotismo, y que halagando la rivalidad de Robespierre y de Danton contra Brissot, Petion y Roland, hallaria en los mismos jacobinos un apoyo hasta para el gobierno. Dumouriez queria al rey, compadecia á la reina, y estando más inclinado á la monarquía que á cualquiera otro gobierno, le hubiese lisonjeado tanto restablecer el trono como salvar la república. Hábil en manejar á los hombres, cualquier instrumento le era bueno para lograr su intento. Desertarse de los girondinos que, oprimiendo al rey, le amenazaban tambien á él, é ir á buscar más léjos y en otra esfera más baja la popularidad de que necesitaba para ata-

carles, era un gran golpe de talento; probó á darlo, y salió con su empresa. Desde esta época empiezan sus relaciones con Camilo Desmoulins y con Danton.

Este y Dumouriez, semejantes en vicios y en cualidades, forzosamente tenían que ponerse de acuerdo muy pronto, porque uno y otro no quisieron en la revolución sino su actividad. Los principios les eran enteramente indiferentes; lo que halagaba su energía y su ambición era aquel movimiento tumultuoso de las cosas, que precipitaba y elevaba á los hombres desde el trono á la nada, desde este estado á la cumbre de la fortuna y del poder. La embriaguez de la acción era para aquellos dos hombres una necesidad continua de su naturaleza, y la revolución, un campo de batalla cuyo vértigo les encantaba y engrandecía.

Cualquiera otra revolución distinta á la que atravesaban les hubiese convenido igualmente, ya hubiese sido favorable al despotismo ó á la libertad, al rey ó al pueblo. Hay hombres que, no pudiendo respirar con desahogo sino en una atmósfera agitada, no pueden vivir más que en medio de un torbellino de acontecimientos. Además, si Dumouriez tenía los vicios ó las ligerezas de las cortes, Danton tenía los vicios y el desenfreno del pueblo. Aunque estos vicios sean tan diferentes en la forma, son idénticos en la esencia; se comprenden unos á otros fácilmente y son el punto de contacto entre la debilidad de los grandes y la corrupción de los pequeños. Dumouriez comprendió á Danton á primera vista, y éste dejó que aquél se le acercase y no opuso resistencia á lo que de él quiso exigir. Sus relaciones, sospechosas de cohecho por una parte y de venalidad por otra, subsistieron secreta ó públicamente hasta el destierro de Dumouriez y hasta que murió Danton. Camilo Desmoulins, amigo de éste y de Robespierre, se apasionó también de Dumouriez, cuyo nombre popularizó en sus libelos. El partido de Orleans, representado por medio de Sillery, Laclous y madama de Genlis en los Jacobinos, buscó igualmente la amistad del nuevo ministro. En cuanto á Robespierre, cuya política consistía en una reserva hábil con todos los partidos, no manifestó respecto á Dumouriez ni cariño ni antipatía, pero se regocijó interiormente al ver en él un rival de sus enemigos. Es muy difícil odiar al enemigo de los que nos aborrecen.

IX

El antagonismo entre Brissot y Robespierre crecía y se envenenaba cada día más. Las sesiones de los Jacobinos y los papeles públicos eran el teatro permanente de la lucha y de las reconciliaciones de aquellos dos hombres. Iguales en fuerzas en la nación, iguales en talento en la tribuna, se veía que se temían mutuamente, al mismo tiempo que se atacaban y que disfrazaban bajo la apariencia de un respeto recíproco hasta sus más graves ofensas. Pero esta animosidad comprimida aumentaba más el odio de sus almas y estallaba de cuándo en cuándo bajo sus almibaradas palabras, á la manera que sale la muerte del acero que parece más terso.

Todos aquellos gérmenes de división, de rivalidad y de resentimiento hirvieron como el agua en una caldera en las sesiones de Abril. Fueron éstas una especie de revista general de los dos grandes partidos que iban á despedazar el imperio, disputando cuál de los dos había de dominar al otro. Los fuldenses, ó sea los constitucionales moderados, eran las víctimas que uno y otro partido sacrificaban á por-

fía á las sóspechas y á la ira de los patriotas. Røederer, jacobino moderado, era acusado de haber asistido á un convite dado por los fuldenses amigos de Lafayette. «Yo no culpo sólo á Røederer,—decia Tallien,—denuncio igualmente á Condorcet y á Brissot. Arrojemos de nuestra sociedad á todos los ambiciosos y á todos los cromwellistas.»

«Pronto llegará el momento de quitar la máscara á los traidores,—dijo á su vez Robespierre,—yo no quiero quitársela ahora mismo. Es preciso que cuando hiramós, el golpe sea decisivo, y yo quisiera que aquel dia me oyese toda Francia, y hasta el mismo jefe de todas esas facciones, que es Lafayette, á quien tendria gusto en ver asistir á esta sesion á la cabeza de su ejército, porque de este modo me proporcionaria la ocasion de presentarme ante sus soldados, á quienes diria enseñándoles mi pecho descubierto: ¡Herid! Este momento sería el último de Lafayette y de la faccion de los intrigantes.» (Este era el nombre que habia inventado Robespierre para designar á los girondinos.) Fauchet dió una satisfaccion de lo que habia dicho respecto á que sería una felicidad para la patria que Guadet, Vergniaud, Gensonné y Brissot se pusiesen al frente del gobierno. Los girondinos eran acusados de soñar en un *protector*, y los jacobinos en un *tribuno* del pueblo. Brissot subió por fin á la tribuna, y dijo: «Vengo á defenderme. ¿Cuáles son mis crímenes? Segun dicen, he nombrado ministros. Tambien se ha esparcido la voz de que estaba en correspondencia con Lafayette, y queria hacer de él un protector. Seguramente que me conceden un gran poder los que piensan que desde el cuarto piso donde habito he dictado leyes al palacio de las Tullerías. Pero aún cuando fuese cierto que yo hubiese nombrado ministros, ¿de cuándo acá es un crimen haber puesto en manos de los amigos del pueblo los intereses de ese mismo pueblo? Dicen que este ministerio va á distribuir todos sus favores entre los jacobinos ¡Ojalá estuviesen servidos por éstos todos los destinos de la nacion!»

A estas palabras, Camilo Desmoulins, que estaba en un rincon de la sala y que era enemigo de Brissot, se acercó al oido del que estaba á su lado, y le dijo en alta voz y con una sonrisa irónica: «¡Qué bien habla ese bribon! Ni Ciceron ni Demóstenes se hubiesen valido de unas insinuaciones más elocuentes». A estas palabras, cien gritos de los partidarios de Brissot piden á un mismo tiempo que Camilo Desmoulins sea expulsado de la sala. Uno de los censores califica de palabras infamantes las que ha dicho el libelista, y la calma se restablece. Brissot prosigue en estos términos: «La denuncia es el arma del pueblo, yo no me quejo de esto. ¿Sabeis quiénes son sus más crueles enemigos? Los que prostituyen la denuncia. ¡Oh! El denunciar es cosa muy fácil. ¿Es tan fácil probar lo que se dice? ¡Despreciad altamente á todo el que denuncie y no pruebe! Hace ya tiempo que se habla de protector y de protectorado. ¿Sabeis por qué? Para acostumbrar á los hombres á oir los nombres de tribunado y de tribuno. Los que lo desean no ven que el tribunado no existirá jamás. ¿Quién se atreverá á destronar al rey constitucional? ¿Quién osaría ceñir á sus sienes la corona? ¿Quién es capaz de imaginar que la raza de Bruto se ha extinguido? Y aún cuando no hubiese otro Bruto, ¿dónde se halla un hombre que tenga diez veces más talento que Cromwell? ¿Creeis que el mismo Cromwell hubiese salido con su intento en una revolucion como la nuestra? Aquel hombre tenia dos caminos abiertos á la usurpacion, que hoy no existen: la ignorancia y el fanatismo. Vosotros que creeis ver otro Cromwell en Lafayette, ni cono-

ceis á éste, ni tampoco conoceis vuestro siglo. Cromwell era hombre de carácter; Lafayette no lo es. No puede llegarse á ser protector sin audacia ni carácter, y áun cuando el que vosotros pensais tuviese ambas cosas, encierra nuestra sociedad una porcion considerable de hombres amigos de la libertad, que pereceria mil veces más bien que sostenerle. Yo soy el primero que juro desde este instante que reinará la libertad en Francia, ó yo moriré peleando contra los protectores y los tribunales. ¡Los tribunales! Hé ahí los verdaderos enemigos del pueblo, los que le halagan para encadenarle, los que siembran sospechas contra toda virtud que no quiere envilecerse. Recordad lo que fueron Aristides y Focion, y vereis cómo estos grandes hombres no asediaban continuamente la tribuna».

Brissot, al lanzar esta indirecta, se volvió hácia Robespierre, que era á quien iba dirigida. Robespierre se puso pálido y levantó precipitadamente la cabeza. «No asediaban continuamente la tribuna,—repitió Brissot,—permanecian en sus puestos, bien fuesen éstos en el campo ó en los tribunales (*Risas irónicas en los bancos de los girondinos, que acusaban á Robespierre de abandonar su puesto en los dias de peligro*). No desdeñaban ningun empleo, por modesto que fuese, cuando el pueblo se lo daba; hablaban poco de sí mismos, no adulaban á los demagogos, y jamás denunciaban sin tener pruebas convincentes de lo que decian. Los calumniadores no perdonaron á Focion, y éste fué víctima de un adulator del pueblo. ¡Ah! Esto me recuerda la horrible calumnia inventada contra Condorcet. ¿Quién sois vos para calumniar á este gran hombre? ¿Qué habeis hecho? ¿Dónde están vuestros trabajos y vuestros escritos? ¿Podeis citar ese sinnúmero de asaltos dados por él al trono, á las preocupaciones, á la supersticion y á la aristocracia por espacio de treinta años, en union de Voltaire y de Alembert? ¿En dónde estaríais vos, en dónde estaria esa tribuna, á no haber sido por aquellos grandes hombres? ¿Cómo, siendo ellos vuestros maestros, os atreveis á insultar á los que han dado la voz al pueblo? ¿Cómo osais atentar contra Condorcet, cuando su vida no es sino una serie no interrumpida de sacrificios? Filósofo, académico, cortesano y noble, no ha vacilado este hombre en hacerse político, periodista, pueblo y jacobino. ¡Mirad lo que haceis, mirad que seguís los impulsos secretos de la corte!... ¡Ah! Yo no imitaré á mis adversarios, no repetiré esos rumores que corren tan acreditados de que están pagados por la lista civil. (Decian, en efecto, que Robespierre estaba ganado para oponerse á la guerra.) No diré nada de un comité secreto adonde concurren y en donde se conciertan los medios de influir sobre esta sociedad. Lo que sí diré es que siguen la misma marcha que los fautores de la guerra civil, y que sin quererlo, hacen más mal á los patriotas que la misma corte. ¡Y en qué momento tan crítico han ido á introducir la division entre nosotros! Precisamente en el momento en que nos vemos amenazados por una guerra exterior y otra intestina... Demos tregua á estos debates y volvamos á continuar la órden del dia, despreciando como se merecen esas odiosas y funestas denuncias.»

Al oír estas palabras, tan insultantes para Guadet como para Robespierre, ambos disputaban por subir á la tribuna. «Cuarenta y ocho horas hace—dijo Guadet—que la necesidad de justificarme pesa sobre mi corazon; no hace sino unos cuantos minutos que Robespierre se halla en el mismo caso que yo; pido que se me conceda ántes la palabra que á él.» Concedida ésta, sube á la tribuna y se disculpa en pocas palabras. «Estad muy prevenidos —dice al terminar su discurso— contra

esos oradores empíricos que sin cesar usan las palabras de libertad, tiranía y conjuración, y que mezclan siempre su propio elogio á los chismes con que halagan al pueblo; deshaceos de estos hombres.» «¡Al orden,—exclama Freron, amigo de Robespierre,—al orden la injuria y el sarcasmo!» Las tribunas prorumpen en aplausos y en silbidos casi por iguales partes. La sala se divide en dos campos separados por un largo intervalo. Crúzanse los apóstrofes, combátense con el gesto y con



Claviere.

Servan.

los ademanes, y para llamar al orden colocan algunos sus sombreros en la punta de los bastones. «Se me ha llamado malvado,—dice Guadet.—¿No he de poder yo denunciar á un hombre que antepone sin cesar su orgullo á la causa pública, un hombre que hablando continuamente de patriotismo, abandona su puesto al menor peligro? ¡Sí, yo denuncio á este hombre, que, sea por ambicion ó por desgracia, es en el dia el ídolo del pueblo!» La confusion que reina en la sala sofoca la voz de Guadet.

Robespierre reclama entónces que se guarde silencio para que pueda oirse lo que dice su enemigo. «Pues bien,—prosigue Guadet, asustado ó enternecido por la fingida generosidad de Robespierre,—yo os denuncio á un hombre que por amor á la libertad de su patria debería quizá imponerse él mismo la ley del ostracismo; porque esto sería servir al pueblo, impidiéndole que se crease ídolos.» Estas palabras producen multitud de risas forzadas y burlonas. Robespierre, con una calma estudiada, sube los escalones de la tribuna en medio de las sonrisas y los aplau-

sos de los jacobinos. «El discurso que acabais de oír — dice mirando á Brissot y á sus amigos — satisface todos mis votos, y encierra en sí todas las inculpaciones que acumulan contra mí los enemigos que me rodean. Contestando yo ahora al señor Guadet, quedarán todos ellos contestados. Se me invita al ostracismo, y no cabe duda que sería en mí mucha presuncion el condenarme á él, porque éste es el castigo de los grandes hombres, y sólo á Mr. Brissot toca el clasificarlos. Se me reconviene tambien porque asedio sin cesar la tribuna. ¡Ah! Asegúrese la libertad, afiáncese la igualdad, desaparezcan los *intrigantes*, y me vereis tan solícito en huir de esta tribuna y hasta en desertar de este recinto, como asiduo me veis ahora en asistir á este sitio. Entónces se llenará el deseo que me es más caro; y feliz en vista de la felicidad pública, pasaré unos dias serenos en medio de las delicias de una dulce y oscura intimidad.»

Estas palabras son interrumpidas por el murmullo de una emocion fanática; Robespierre se limita á lo que lleva dicho, y difiere responder con más extension para el dia siguiente. Llegado éste, siéntase Danton en el sillón y preside la lucha que se entabla entre sus enemigos y su rival. Robespierre empieza por elevar su propia causa á la altura de una causa nacional, disculpándose de haber sido el primero que habia provocado á sus adversarios. Cita las acusaciones intentadas y las injurias vomitadas contra él por el partido de Brissot.

«Los nombres que se me prodigan y las acusaciones á que se quiere que yo responda, — dice, — son nada ménos que llamarme y acusarme de jefe de partido, de agitador del pueblo y de agente secreto del comité austriaco. Yo no responderé ni como Escipion ni como Lafayette, que acusados en la tribuna del crimen de lesa nacion, se contentaron con guardar silencio. Yo responderé con mi vida anterior. Discípulo de Juan Jacobo Rousseau, sus doctrinas han inspirado en mí su propio espíritu respecto al pueblo. El espectáculo de aquellas numerosas asambleas de los primeros dias de nuestra revolucion me llenó de esperanzas. Bien pronto comprendí la diferencia que hay entre aquellas asambleas reducidas, compuestas de ambiciosos ó de egoistas, y la nacion en masa. Aunque sofocada allí mi voz varias veces, preferí excitar los murmullos de los enemigos de la verdad, á obtener aplausos vergonzosos. Yo dirigia mis miradas más allá de aquel recinto, y mi objeto era que me oyese toda la nacion, y hasta la humanidad entera. Esta ha sido la causa de ocupar tan á menudo la tribuna, pero aún he hecho mucho más con dar á Francia un Brissot y un Condorcet. Estos grandes filósofos no cabe duda que han ridiculizado y combatido á los sacerdotes, pero no han obsequiado ménos á los grandes y á los reyes, de los cuales han sacado un partido bastante regular. (*Risas*). Vosotros no habeis olvidado aún con cuánto encarnizamiento han perseguido el genio de la libertad en la persona de Juan Jacobo, único filósofo que haya merecido, segun mi modo de pensar, esos honores públicos prodigados hace tanto tiempo á unos charlatanes políticos y á unos héroes despreciables. Brissot debia al ménos agradecerme. ¿En dónde estaba él cuando yo defendia la sociedad de los Jacobinos contra la Asamblea constituyente? Sin lo que yo he hecho en aquella época no me insultaríais ahora en esta tribuna, porque esta tribuna no existiría. ¿Yo soy, sin embargo, el corruptor, el agitador y el tribuno del pueblo? ¿Mentís! ¿Yo no soy nada de todo esto! ¿Lo que yo soy es pueblo! Me echais en cara el haber abandonado mi puesto de acusador público. Lo he hecho cuando he visto

que este encargo no me daria otro derecho que el de acusar á los ciudadanos por delitos civiles, y que me quitaria el de acusar á los enemigos políticos. Esta es la razon que tiene el pueblo para amarme. ¡Y vosotros quereis ahora que yo mismo me condene al ostracismo para sustraerme á su confianza! ¡Un destierro! ¿Con qué cara os atreveis á proponérmelo? ¿Dónde quereis que me retire? ¿Qué pueblo me recibirá? ¿Qué tirano me dará un asilo? ¡Ah! Puede uno muy bien abandonar su patria cuando ésta es dichosa, libre y se halla triunfante; pero no se huye de ella cuando está amenazada, despedazada y oprimida, porque entónces, ó se la salva ó se muere por ella. El cielo, que me dió un alma apasionada por la libertad y que me hizo nacer bajo el dominio de los tiranos; ese cielo que colocó mi vida en el centro del reinado de las facciones y de los crímenes, me llama quizá á marcar con mi sangre el camino de la felicidad y de la libertad de los hombres. ¿Exigís de mí otro sacrificio? Si os hace falta el de mi fama, ahí la teneis. Yo no queria adquirir reputacion sino para obrar el bien de mis semejantes; si para conservarla es preciso vender la causa del pueblo por medio de un cobarde y bajo silencio, tomadla y manchadla si quereis, porque yo no lo impediré. Ahora que me he defendido, podria muy bien atacaros. Sin embargo, no lo haré, y desde ahora os ofrezco la paz. Olvido vuestras injurias, devoro vuestros ultrajes, pero lo hago con una condicion, y es que combatais conmigo á los partidos que desgarran nuestro país, y muy particularmente al más peligroso de todos, que es el de Lafayette, el de ese pretendido héroe de ambos mundos, que despues de haber asistido á la revolucion del nuevo, no ha hecho otra cosa hasta ahora que contener los progresos de la libertad en el antiguo. Vos mismo, Brissot, ¿no habeis convenido conmigo en que aquel jefe era el verdugo y el asesino del pueblo, y en que la matanza del Campo de Marte habia hecho retrogradar veinte años á la revolucion? ¿Es hoy temible este hombre por hallarse á la cabeza de un ejército? No. ¡Apresuraos, haced mover horizontalmente la espada de la ley para que hiera todas las cabezas de los grandes conspiradores! Las noticias que nos llegan de su ejército son muy funestas. Ya ha empezado á introducir la division entre los guardias nacionales y la tropa de línea, ya ha corrido en Metz la sangre de los ciudadanos, ya se ha encarcelado á los mejores patriotas de Strasburgo.* Desde ahora os digo que estais acusados de ser causa de todos estos males. Desvaneced estas sospechas uniéndoos á nosotros, y reconciliémonos, pero sólo con objeto de salvar la patria.»

LIBRO CATORCE.

Los periódicos toman parte en estas guerras intestinas.—Negociaciones de Dumouriez con Austria.—El duque de Brunswick.—El rey propone la guerra.—Aclamaciones generales.—Vótase la guerra.—Plan de campaña de Dumouriez.—Contemporización de Lafayette.—Consideraciones sobre Bélgica.—Coblentza capital de la emigración francesa.—El conde de Provenza.—El de Artois.—El príncipe de Condé.—Luis XVI rehen de Francia.—La reina mirada como el alma del comité austriaco.—Manifiesto del duque de Brunswick.

I

La noche estaba muy adelantada cuando Robespierre acabó su elocuente discurso, en medio del recogimiento de los jacobinos. Estos y los girondinos se separaron más exasperados que lo habían estado nunca. Vacilaban, sin embargo, aquellos hombres ante aquel rompimiento que, debilitando el partido de los patriotas, podría entregar el ejército á Lafayette y la Asamblea á los fuldenses. Petion, amigo á la vez de Robespierre y de Brissot, querido de los jacobinos y ligado con madama Roland, tenia el fiel de su popularidad en equilibrio, temeroso de perder la mitad de ella al pronunciarse por una de las dos facciones. «En ambos lados—dijo estremeciéndose—veo á mis amigos.» Hubo entonces una tregua aparente; pero Guadet y Brissot imprimieron sus discursos adicionándolos con algunas injurias contra Robespierre. Por otra parte, fueron minando á la sordina su reputación con nuevas calumnias, hasta que el 30 de Abril volvió á estallar otra terrible tempestad.

Hábase propuesto la prohibición de las denuncias cuando no pudiesen darse pruebas de la verdad de lo que se denunciaba. «Reflexionad en lo que se os propone,—dijo Robespierre.—La mayoría se compone aquí de una facción que quiere por este medio calumniarnos libremente y sofocar nuestras acusaciones imponiéndonos silencio. Si décrétais que me sea prohibido defenderme de los libelistas conjurados en contra mia, dejo inmediatamente este recinto y voy á sepultarme en el retiro.» «¡Nosotras te seguiremos, Robespierre!»—gritaron varias mujeres desde las tribunas. «Se han valido del discurso de Petion—prosiguió—para esparcir mil odiosos libelos contra mí. El mismo Petion está indignado al ver esto, y deplora los ultrajes que se me hacen, segun él mismo me ha manifestado. Leed el periódico de Brissot, y en él vereis que se me invita á no apostrofar siempre al pueblo en mis discursos. Sí, para no pasar por faccioso ó por tribuno, es preciso privarse de pronunciar el nombre del pueblo. Se me compara á los Gracos. Con razon se establece semejante comparacion. Lo que habrá de comun entre aquellos hombres y yo, será quizá el que yo tenga un fin tan trágico como ellos. Todavía hay más: se me hace responsable de un escrito de Marat en el cual me designa para tribuno,

al mismo tiempo que predica sangre y carnicería. ¿He profesado yo jamás semejantes principios? ¿Soy acaso culpable de la extravagancia de un escritor tan exaltado como Marat?»

Al oír esto Lasource, amigo de Brissot, pide la palabra, pero no se le concede. Merlin pregunta si la paz jurada el día anterior no compromete sino á uno de los dos partidos, autorizando al otro para levantar calumnias contra Robespierre. La asamblea, al ver aquel tumulto, impone silencio á los oradores. Legendre acusa á la mesa de parcialidad. Robespierre baja de la tribuna, se acerca al presidente, á quien dirige con gesto amenazador palabras que no pueden oírse, tanto por el ruido que hay en la sala como por las injurias que se dirigen mutuamente las tribunas.

«¿En qué consiste ese encarnizamiento de los intrigantes contra Robespierre?—dice uno de sus partidarios en cuanto se restablece la calma.—Consiste en que él es el único hombre capaz de elevarse contra su partido, si es que consiguen formarle. Sí, es preciso en las revoluciones encontrar hombres que, haciendo abnegación de sí mismos, se entreguen como víctimas voluntarias á las facciones. El pueblo debe sostener á unos hombres semejantes, y vosotros los habeis hallado en Petion y Robespierre. ¿Los abandonareis á sus enemigos?» «¡No! ¡no!»—exclaman mil voces á la vez; y en un decreto dado á propuesta del presidente, se declara que Brissot ha calumniado á Robespierre.

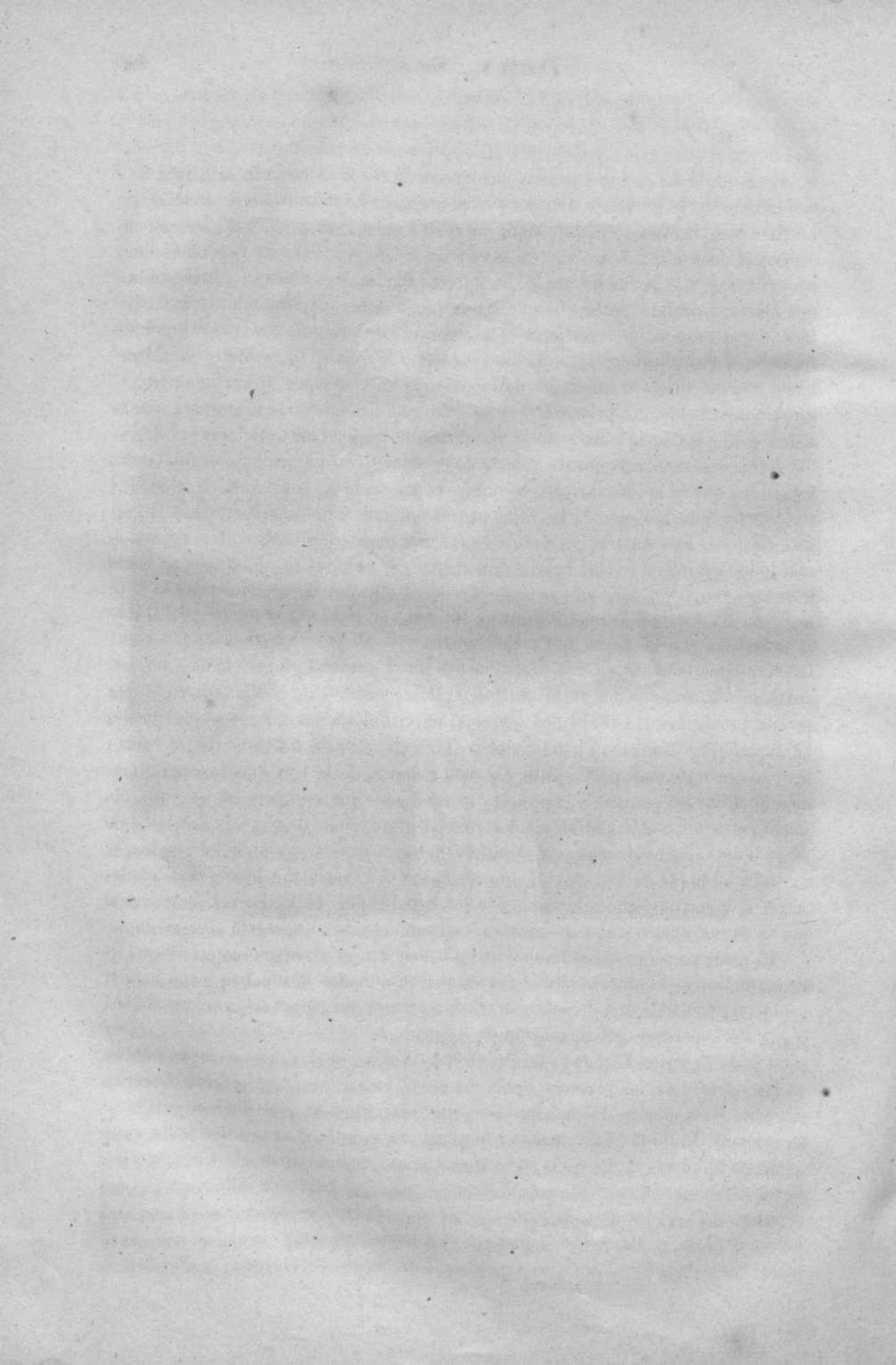
Los periódicos tomaron parte en esta lucha de patriotas segun el distinto color á que cada uno pertenecía. «¡Robespierre!—decia *Las Revoluciones de Paris*.—¿En qué consiste que el mismo hombre á quien el pueblo llevaba en triunfo á su casa cuando salió de la Asamblea constituyente, haya venido hoy á parar en ser un problema? Vos os habeis creído ser por mucho tiempo la única columna de la libertad francesa. Vuestro nombre era como el arca de la alianza, y no podia tocarse á él sin ser herido de muerte; vos quereis ser el hombre del pueblo, y no teneis ni el exterior del orador ni el genio suficiente para disponer de las voluntades de los hombres. Habeis animado los clubs con vuestra palabra, pero el incienso que allí se ha quemado en honor vuestro os ha embriagado. El dios del patriotismo se ha convertido en hombre. El apogeo de vuestra gloria fué el 17 de Julio de 1791. Desde aquel día vuestro astro ha declinado. Robespierre, los patriotas no gustan de que os pongais tan en evidencia. Cuando el pueblo se apiña al lado de la tribuna en que vais á subir, no lo hace por afan de oír vuestro propio elogio, sino para que le ilustreis con vuestros discursos. Sois incorruptible, es cierto, pero hay todavía otros ciudadanos mejores que vos, que son los que no se alaban tanto á sí mismos. ¿Por qué no teneis aquella sencillez que se ignora á sí misma, y aquella buena fe de las virtudes antiguas que recordais en vos algunas veces? Se os acusa, Robespierre, de haber asistido á una conferencia secreta celebrada no hace mucho en casa de la princesa de Lamballe y á presencia de la reina. No se dicen las cláusulas de aquel trato entre vos y estas dos mujeres, que se supone os hayan sobornado. Desde aquel día se nota cierta variacion en vuestras costumbres domésticas, y ello es que habeis tenido dinero suficiente para fundar un periódico. ¿Se hubieran tenido de vos tan injuriosas sospechas en Julio de 1791? Nosotros no creemos que hayais cometido semejante infamia, ni que seáis cómplice más que de Marat, que os ofrece la dictadura. Tampoco os acusamos de imitar á César cuando se hizo

presentar la diadema por Antonio. Lo que os advertimos es que andeis con cuidado y que habéis de vos con ménos complacencia. Tambien se lo advertimos anteriormente á Lafayette y á Mirabeau, é indicamos la roca Tarpeya para los que se creyesen ser más grandes que la patria.»

«¡Miserables!—contestaba Marat, patrocinado por Robespierre.—¡Calumniar de ese modo la virtud más pura! Su genio les ofusca, y le castigan por los muchos sacrificios que ha hecho. El queria retirarse, y no se ha quedado en medio del tumulto de los jacobinos sino por sacrificarse por su país. Pero las medianías no se acostumbran á oír elogios ajenos, y la turba tiene gusto en cambiar de héroe. La faccion de Lafayette, de Guadet y de Brissot le rodea. Estos hombres le llaman jefe de partido. ¡Un Robespierre jefe de partido! Hasta le achacan el recibir dinero de la lista civil, y le hacen un crimen de la confianza que en él tiene el pueblo. ¡Como si un simple ciudadano sin bienes y sin poder tuviese otro medio de conquistar el amor del pueblo que sus virtudes! ¡Como si un hombre que no tiene otra cosa que su voz aislada en medio de una sociedad de intrigantes, de hipócritas y de engañadores, pudiese llegar jamás á ser temible! Pero este censor incorruptible les inquieta, y dicen que se ha puesto de acuerdo conmigo para hacerse ofrecer la dictadura. Esto me concierne, y por consiguiente voy á responder á ello. Declaro, pues, que Robespierre está tan distante de disponer de mi pluma, que jamás he tenido con él la menor relacion. Una sola vez le he hablado, y me convencí de que no era el hombre que yo busco para el poder supremo, porque carece de la energía que la revolucion reclama. La primera palabra que me dirigió, fué una reconvenccion porque mojó mi pluma en la sangre de los enemigos de la libertad, y porque siempre hablo de cordeles, de espadas y de puñales; palabras crueles que desaprobaba sin duda mi corazon, y que desacreditaban mis principios. Yo le desengañé. «Sabed—le dije—que mi crédito con el pueblo no consiste en mis ideas, sino en mi audacia, en los ímpetus de mi alma y en los gritos de rabia, de furor y de desesperacion que lanzo continuamente contra los que éntorpecen la marcha revolucionaria. Yo soy el eco de la ira justa del pueblo, y hé aquí por qué éste me escucha y cree en mí. Estos gritos de alarma y de furor que vosotros tomáis como unas palabras arrojadas al viento, son la más sencilla y la más sincera expresion de las pasiones que devoran mi alma. Sí, si yo hubiese podido disponer del brazo del pueblo despues que se dió el decreto contra la guarnicion de Nancy, hubiese diezclado á los diputados que lo dieron; despues de la instruccion sobre los acontecimientos del 5 y 6 de Octubre, hubiera mandado quemar en una hoguera á todos los jueces; despues de la matanza del Campo de Marte, si hubiese hallado dos mil hombres de mi mismo modo de pensar, me hubiese puesto al frente de ellos, y hubiera dado de puñaladas á Lafayette en medio de sus batallones de bandidos, hubiese quemado al rey dentro de su mismo palacio, y hubiese hecho degollar á nuestros atroces representantes en los mismos bancos de la Asamblea...» Robespierre me escuchaba asustado, y despues de haberse puesto pálido, permaneció largo rato silencioso. Yo me marché. Habia visto en Robespierre un hombre íntegro, pero no habia encontrado en él un hombre de Estado.» Se ve por estas palabras que el malvado causaba horror al fanático, y que Robespierre le habia dado compasion á Marat.



MARAT.



II

Estas primeras luchas entre los jacobinos y la Gironda ofrecían al astuto Dumouriez un doble punto de apoyo para su política. La enemistad de Roland, de Claviere y de Servan no le inquietaba ya en el Consejo; él equilibraba su influencia por la alianza que había contraído con sus enemigos. Pero los jacobinos querían prendas, y él se las ofrecía en la guerra. Danton, tan violento y más político que Marat, no dejaba de repetir que la revolución y los déspotas eran irreconciliables, y que Francia no debía tener otra esperanza de salvarse que la que le diesen su audacia y su desesperación. La guerra, según la opinión de Danton, era el bautismo ó el martirio por los cuales debía pasar la libertad como una religión nueva, y por consiguiente, era preciso templar de nuevo á Francia en el fuego para que se purificase de las suciedades y de la vergüenza de los tiempos anteriores.

Dumouriez estaba conforme sobre este particular con Lafayette y los fuldenses, y también quería la guerra; pero la quería como soldado, para adquirir gloria en ella y exterminar en seguida las facciones. Desde que subió al ministerio estaba en negociaciones con Austria por ver de lograr una respuesta decisiva. Había mudado casi todos los miembros del cuerpo diplomático, y les había reemplazado por hombres enérgicos. Notábase en sus comunicaciones oficiales cierto tono marcial muy parecido á la voz de un pueblo armado. Intimaba en ellas á los príncipes del Rhin, al emperador y á los reyes de Prusia, España y Cerdeña que reconociesen ó combatesen abiertamente al rey constitucional de Francia. Pero en tanto que sus enviados oficiales exigían en las cortes de que acabamos de hablar una respuesta pronta y categórica, los agentes secretos, en virtud de las instrucciones que les había dado, se insinuaban hábilmente en los gabinetes de los príncipes, y hacían los mayores esfuerzos por separar algunos Estados de la liga que se estaba formando. Ellos les ponían de manifiesto lo ventajoso que era para su engrandecimiento el permanecer neutrales, y les ofrecían el patronato de Francia después que ésta hubiese quedado victoriosa. No atreviéndose á esperar nada de los aliados, el ministro, al obrar de este modo, proporcionaba á Francia muchas complicidades secretas, y corrompiendo por ambición los Estados que no podía arrastrar tras sí por el terror, amortiguaba la coalición, esperando poder deshacerla más adelante.

El príncipe sobre quien tenía más influencia era precisamente aquel duque de Brunswick que el emperador y el rey de Prusia aunados destinaban para mandar los ejércitos aliados que debían operar contra Francia. Este príncipe era para ellos, según sus esperanzas, el Agamenon de Alemania.

Cárlos Federico Fernando de Brunswick-Wolfenbüttel, criado en los combates, en las letras y en los placeres, había respirado en los campos del gran Federico el genio de la guerra, el espíritu de la filosofía francesa y el maquiavelismo de su maestro. El duque había hecho con aquel rey filósofo y soldado todas las campañas de la guerra de los Siete años. Hecha la paz, había viajado por Francia y por Italia, habiendo sido acogido en todas partes como el héroe de Alemania y como heredero del genio militar de Federico. Al poco tiempo se había casado con una hermana de Jorge III, rey de Inglaterra. Su capital, en donde brillaban sus queridas y disertaban los filósofos, reunía al epicurismo de las cortes la austeridad de

los campamentos. Reinaba el duque en conformidad con los principios de los sabios, pero vivía según los ejemplos de los sibaritas. Su alma de soldado, que se dejaba impresionar fácilmente por la belleza, no se enervaba, sin embargo, en las delicias del amor; porque si es cierto que entregaba su corazón á las mujeres, se reservaba en cambio su cabeza para atender á su gloria, á la guerra y al gobierno de sus Estados. Mirabeau, siendo todavía joven, se había detenido en su corte, cuando iba á Berlín á iluminarse con los últimos resplandores del gran Federico. El duque de Brunswick había hecho aprecio de él, porque estos dos hombres, tan distintos por su rango, se parecían sin embargo por sus cualidades y sus defectos. Ambos eran revolucionarios; pero por la diferencia de sus posiciones y patrias respectivas, el uno estaba destinado á hacer una revolución, y el otro á combatirla.

Sea como fuere, ello es que Mirabeau fué seducido por el soberano á quien estaba encargado de seducir. «La figura de este príncipe—dice en su correspondencia reservada—anuncia su profundidad y finura. Habla con elegancia y precisión, tiene una instrucción admirable, es laborioso y perspicaz, y mantiene inmensas correspondencias debidas únicamente á su mérito, siendo económico hasta en sus pasiones. Su querida, la señorita de Hartfeld, es la persona más racional de su corte. Verdadero Alcibiades, ama el placer, pero nunca le antepone al trabajo. En el papel que desempeña de general prusiano, nadie se levanta ántes, nadie es más activo, más minucioso ni más exacto que él. Bajo un exterior calmoso que procede del dominio que ejerce constantemente sobre sí mismo, su brillante imaginación y su ambiciosa fantasía le arrebatan algunas veces; pero la circunspección que él se impone y el cuidado reflexivo de sostener su gloria le contienen y le hacen vacilar algunas veces, siendo éste quizá su único defecto.» Mirabeau predijo desde entónces al duque de Brunswick la influencia suprema en los negocios de Alemania, después de la muerte del *gran rey*, como llamaba ésta á Federico de Prusia.

Tenia entónces el duque cincuenta años. En sus conversaciones con Mirabeau se disculpaba de su amor á la guerra. «Las batallas—decía un día al viajero francés—no son sino un juego de suerte. Hasta ahora yo no he sido desgraciado en ellas. ¿Quién sabe si hoy, aunque más hábil en este arte, seré igualmente favorecido por la fortuna?» Un año después de esta conversación, invadía triunfante á Holanda á la cabeza de las tropas inglesas. Algunos años después, Alemania le designaba para ser su generalísimo.

Pero la guerra con Francia, que halagaba su ambición como soldado, repugnaba á su alma como filósofo. Conocía que combatiría muy mal unas ideas en las cuales se había criado. Mirabeau había dicho de él aquellas palabras notables que profetizaban su molición y las derrotas de la coalición guiada por aquel príncipe: «Este hombre es de un temple raro, pero es demasiado sabio para ser temido por los sabios».

Estas palabras explican la oferta de la corona de Francia hecha al duque de Brunswick por Custine en nombre del partido monárquico de la Asamblea. La francmasonería, esa religión subterránea en la cual se habían afiliado casi todos los príncipes reinantes en Alemania, cubría con sus misterios las inteligencias secretas que mediaban entre la filosofía francesa y los soberanos de las orillas del Rin. Hermanos en una conjuración religiosa, no podían ser enemigos muy encarnizados en política. El duque de Brunswick era más ciudadano que príncipe, y más fran-



ces que aleman en el fondo de su corazón. La oferta de un trono como Francia había estado para seducirle, ó tal vez le había seducido, y se combate mal á un pueblo sobre el cual se espera reinar, y á una causa que, aunque se quiera vencerla, no se quiere destruirla completamente. Tal era la situación en que se hallaba el duque de Brunswick. Consultado éste por el rey de Prusia respecto á la guerra, aconsejaba á aquel monarca que volviese sus fuerzas hácia Polonia para conquistar provincias, en vez de ir á Francia á conquistar principios.

El rey propone la guerra á la Asamblea.—Pág. 354.

III

El plan de Dumouriez era separar á Prusia de Austria en cuanto de él dependiese, para no tener que habérselas sino con un solo enemigo. La union de estas dos potencias, rivales naturales y envidiosas, le parecia tan contraria á naturaleza, que trataba de impedirle ó romperla. El odio instintivo del despotismo contra la libertad burló todas sus previsiones. Rusia, por el gran ascendiente de Catalina, forzó á Prusia y Austria á hacer causa comun contra la revolucion. El joven emperador Francisco I se disponia en Viena á pelear, más bien que á entrar en negociaciones. El príncipe de Kaunitz, primer ministro suyo, respondia á las notas de Dumouriez en un lenguaje que envolvió un reto á la Asamblea nacional.

Dumouriez comunicó estas notas á aquella corporacion, y se anticipó el des-

ahogo justo de su ira manifestando la indignacion que le causaban y prorumpiendo en arranques entusiastas de patriotismo. El eco de estas escenas llegó hasta el gabinete del emperador en Viena. Francisco I, pálido y trémulo de ira, riñó ásperamente á su ministro por su lenidad. Todos los días iba á casa del príncipe de Kaunitz, y sentado al lado de su cama, asistia á las conferencias que se celebraban entre este anciano y los enviados de Prusia y Rusia que estaban encargados por sus soberanos de fomentar la guerra. El rey de Prusia pedia exclusivamente para sí la direccion de la campaña. Proponia éste una invasion repentina en el territorio frances como el medio más á propósito de economizar sangre y hacer que, sorprendida la revolucion y aterrada con aquel inesperado golpe, diese tiempo á que estallase en Francia la contrarevolucion, como sucederia infaliblemente segun el decir de los emigrados, que habian logrado persuadirselo tambien así al emperador. Leipzig fué el punto señalado para una entrevista entre el duque de Brunswick y el príncipe de Hohenlohe, general de las tropas del emperador, con objeto de concertar ciertas medidas para la próxima guerra. Continuaban, sin embargo, en Viena unas conferencias de mera fórmula entre Mr. de Noailles, embajador de Francia, y el conde Felipe de Cobentzel, vicescanciller de corte. Estas conferencias, en las que se luchaba por conciliar dos principios cuya conciliacion no era posible, á saber, la libertad de los pueblos y la soberanía absoluta de los monarcas, no produjeron sino mutuas reconvencciones. El *ultimatum* de Mr. de Cobentzel rompió las negociaciones é hizo estallar la guerra en cuanto fué conocido en Paris. Dumouriez la propuso en el Consejo y arrastró al rey á que fuese él mismo á proponerla á la Asamblea. «El pueblo—le dijo—creerá en vuestra adhesion á las instituciones el día que os vea abrazar su causa y combatir á los reyes para defenderla.»

Rodeado el rey de todos sus ministros, se presentó inesperadamente en la Asamblea al salir del Consejo. La sala quedó en un sombrío silencio en cuanto le vió entrar, presintiendo lo que iba á decir. En efecto, despues de la lectura de todas las notas que habian mediado entre Francia y Austria, el rey, en cuanto Dumouriez acabó de leerlas, añadió con voz conmovida pero firme las siguientes palabras: «Ya acabais de oir la relacion que se ha hecho en mi Consejo y las resoluciones que se han adoptado en él por unanimidad, con las que estoy enteramente conforme. Ahora que he agotado todos los medios de mantener la paz, vengo, segun los términos de la Constitucion, á proponeros formalmente la guerra contra el rey de Hungría y de Bohemia».

Dichas estas palabras, salió el rey de la Asamblea en medio de los gritos entusiastas del salon y de las tribunas. El pueblo se agrupó para verle pasar, y Francia estaba segura de sí misma por ser la primera en atacar á toda Europa conjurada en contra suya. Les parecia á todos los buenos ciudadanos que los disturbios interiores desaparecerian ante esta gran accion exterior de un pueblo que defiende sus fronteras. Opinaban tambien que la causa de la libertad iba á fallarse en algunas horas en los campos de batalla, y que la Constitucion no necesitaba sino obtener una victoria para que la nacion fuese en adelante libre en el interior del reino y quedase triunfante en lo exterior. El mismo rey volvió á su palacio aliviado del cruel peso de su irresolucion. Muchas angustias habia costado á su corazon declarar la guerra á sus aliados y á sus mismos hermanos. Parecíale que el sacrificio que hacia de sus sentimientos mereceria el reconocimiento de la Asamblea, é iden-

tificándose de este modo con la causa nacional, se lisonjeaba de volver á alcanzar al ménos la justicia y el amor de su pueblo. La Asamblea se separó sin deliberar, dando algunas horas de tregua, ménos á la reflexion que al entusiasmo.

IV

Pastoret, uno de los principales jefes de los fuldenses, fué el primero que se declaró partidario de la guerra en la sesion de aquella noche. «Se nos echa en cara—dijo—que queremos votar la efusion de sangre humana en un acceso de entusiasmo. ¿Es acaso hoy el primer dia que se nos provoca? Hace ya cuatrocientos años que la casa de Austria viola todos los tratados entre ella y Francia. Hé aquí los motivos poderosos que nos impulsan á obrar de este modo. No estemos indecisos por más tiempo: la victoria será fiel á la causa de la libertad.»

Becquet, realista constitucional y orador reflexivo y valiente, fué el único que se atrevió á hablar en contra de la declaracion de guerra. «En un país libre—dijo—no se hace la guerra sino para defender la nacion ó su Constitucion. La nuestra ha nacido ayer, y es preciso que haya mucha tranquilidad para que pueda arraigarse. Un estado de crisis cual lo ofrecen todas las guerras, es enteramente opuesto á los movimientos regulares del cuerpo político. Miéntas vuestros ejércitos estén peleando en país extranjero, ¿quién será el que contenga las facciones interiores? Se os halaga diciéndoos que no teneis que combatir sino al Austria, y se os promete la neutralidad de las demas potencias del Norte; pero no os hagais una ilusion que puede seros muy funesta. Inglaterra no puede permanecer neutral, y si las necesidades que crea la guerra os conducen á insurreccionar á Bélgica ó invadir á Holanda, aquella potencia se unirá á Prusia para sostener el partido del stathouder contra vosotros. No cabe duda en que Inglaterra ve gustosa la libertad que acabais de establecer en vuestro país; pero la vida de esta nacion consiste en su comercio, y no puede abandonarle en los Países Bajos. Aguardad á ser atacados, y el espíritu de los pueblos combatirá entónces por vosotros, porque la justicia de vuestra causa valdrá tanto como ejércitos enteros. Pero si se logra haceros aparecer á los ojos de las demas naciones como un pueblo inquieto y conquistador que no puede vivir sino en medio de los disturbios y de la guerra, aquéllas se apartarán de vosotros horrorizadas. Además, ¿no es la guerra la única esperanza de los enemigos de la revolucion? ¿Por qué les hemos de proporcionar el gozo de ser nosotros mismos los que se la ofrezcamos? Los emigrados, despreciables é impotentes ahora, se convertirán en unos hombres peligrosos el dia en que puedan apoyarse en los ejércitos de nuestros enemigos.»

Este discurso sensato y profundo fué interrumpido por las risas irónicas y por los insultos de la Asamblea, y terminó en medio de los silbidos de las tribunas. Se necesita todo el heroísmo que da la conviccion para combatir la guerra en una Cámara francesa. Bazire, amigo de Robespierre, pidió, como habia pedido Becquet, que era amigo del rey, algunos dias para reflexionar ántes de votar el derramamiento de sangre. «Si os decidís por la guerra,—dijo,—al ménos hacedla de suerte que no vaya envuelta en una traicion.» Algunos aplausos indicaron que la alusion republicana de Bazire habia sido comprendida, y que era preciso ante todo separar á un rey y á unos generales que eran sospechosos. «No, no,—dijo Mailhe;—

no perdáis una hora en decretar la libertad del mundo entero.» «Apagad las teas de vuestras discordias en el fuego de los cañones y de las bayonetas»,—añadió Dubayet. «Pido que no se levante la sesión hasta terminar este negocio»,—dijo Brissot. «Declarad la guerra á los reyes y la paz á las naciones»,—exclamó Merlin. En consecuencia, votóse la guerra.

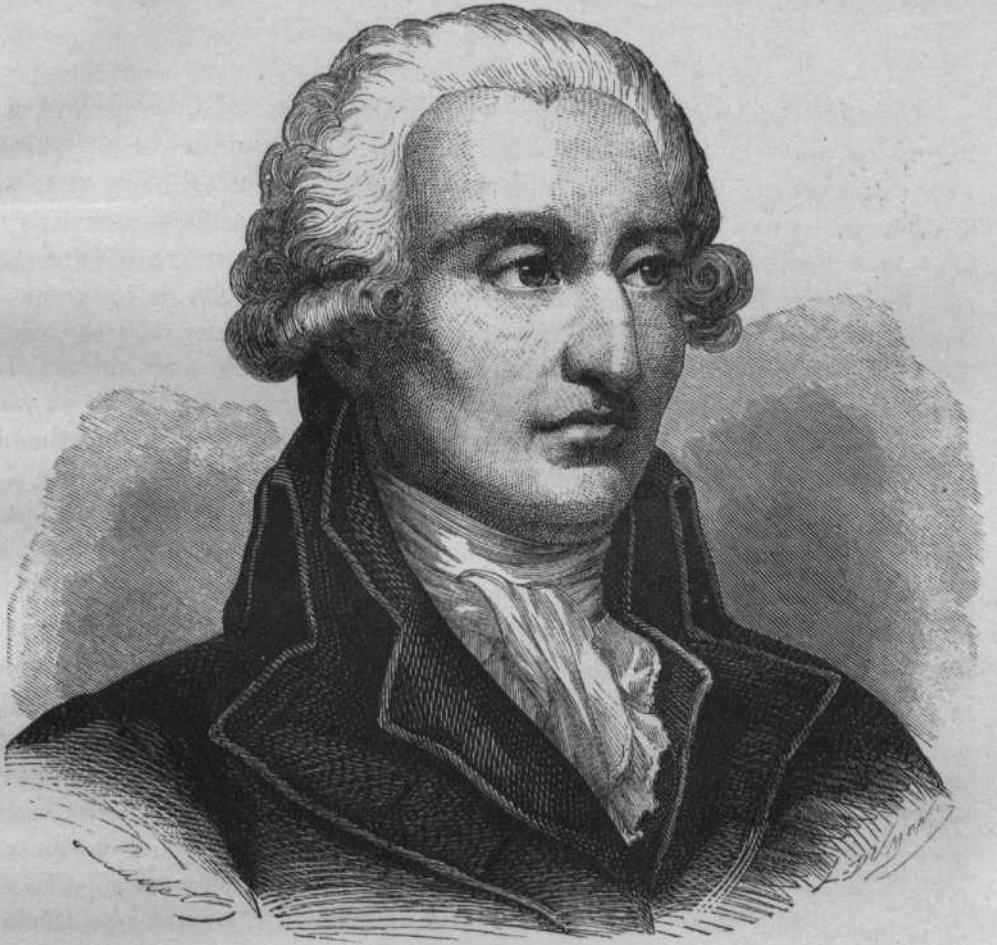
V

Advertido Condorcet de antemano por los girondinos del Consejo, leyó en la tribuna un proyecto de manifiesto á las naciones, cuyo espíritu era el siguiente: «Toda nacion tiene derecho para darse leyes y para variarlas del modo que mejor le acomode. La nacion francesa creia que una verdad tan sencilla sería acatada por todos los príncipes, pero esta esperanza ha salido fallida. Se ha formado una poderosa liga contra la independencia francesa, y nunca el orgullo de los tronos ha insultado con mayor audacia á la majestad de las naciones. Los motivos alegados por los déspotas contra Francia no son sino un ultraje hecho á su libertad. Este insultante orgullo, léjos de intimidarla, no puede servir sino para excitar su valor. Se necesita tiempo para disciplinar á los esclavos del despotismo; cualquier hombre es soldado para combatir la tiranía».

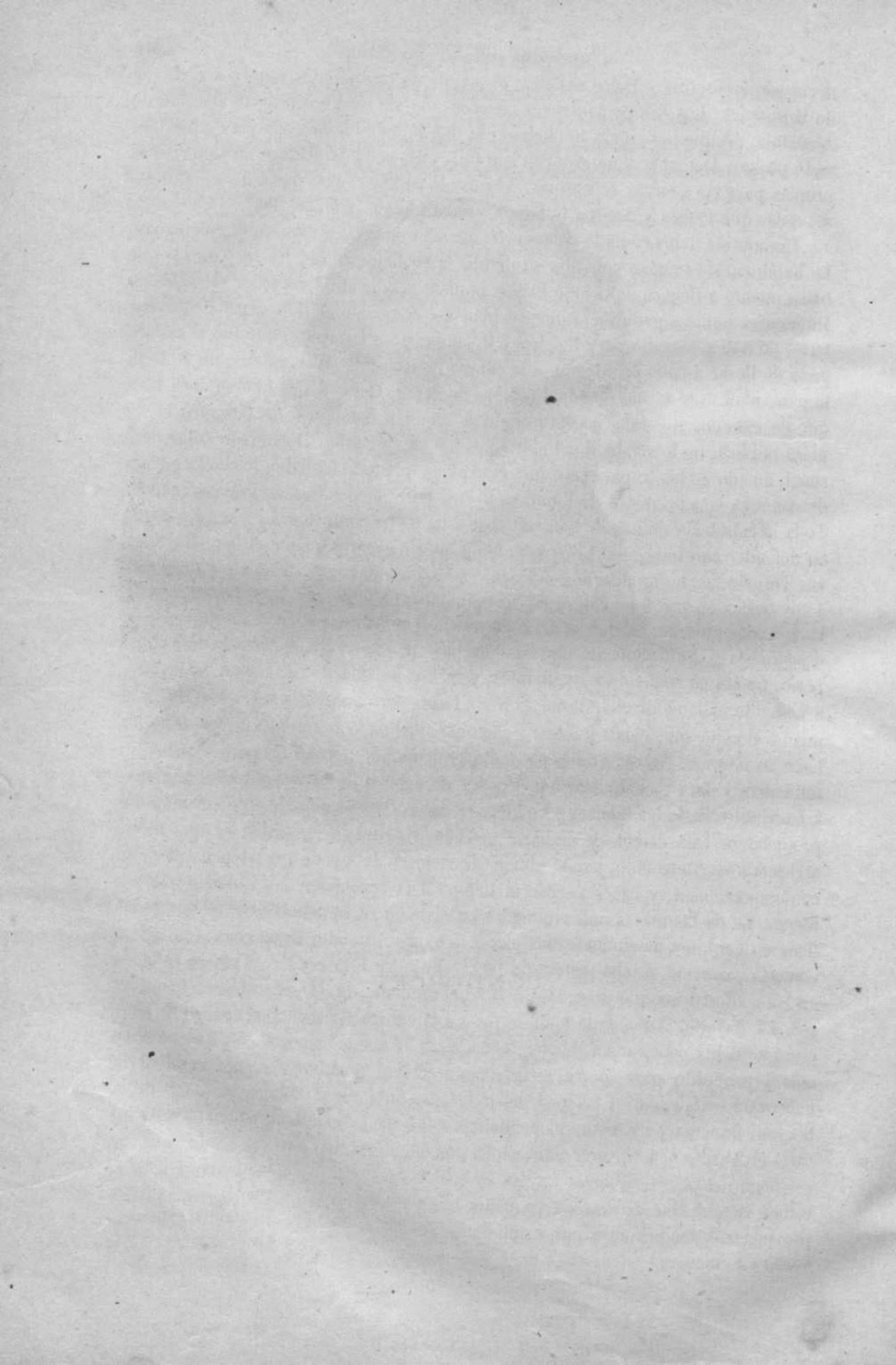
Vergniaud, primer orador de la Gironda, fué el último en subir á la tribuna. «Debeis á la nacion—dijo—el adoptar todos los medios necesarios para asegurar el éxito de la grande y terrible determinacion con que habeis señalado este memorable dia. Recordad el de aquella confederacion general en que todos los franceses ofrecieron su vida en defensa de la libertad y de la Constitucion. Recordad el juramento que prestásteis vosotros mismos, el 14 de Enero, de sepultaros bajo las ruinas de este templo ántes de consentir en la menor capitulacion, ni en que se hiciese ni una sola modificacion á la ley que nos rige. ¿Cuál es el corazon de hielo que no palpita en estos momentos supremos, cuál el alma tan fria que no se eleva hasta el cielo con las aclamaciones del gozo universal, quién el hombre apático que no siente elevarse su ser y aumentarse sus fuerzas con un noble entusiasmo superior á las de la humanidad? Pues bien, dad otra vez á Francia y á Europa el espectáculo imponente de vuestras fiestas nacionales, y manifestad aquella energía ante la cual caen las Bastillas. Haced que resuenen por todos los ángulos del imperio estas sublimes palabras: *¡Vivir libres, ó morir! ¡La Constitucion en toda su integridad y sin modificaciones, ó la muerte!* Que estos gritos lleguen hasta el pié de los tronos coligados contra vosotros; que aprendan por ellos que en vano se cuenta con nuestras divisiones interiores, porque cuando la patria está en peligro, ya no estamos animados sino de una sola pasion, que es la de salvarla ó perecer por ella; que sepan, finalmente, que si la fortuna fuese contraria en los combates á una causa tan justa como la nuestra, podrian insultar nuestros cadáveres, pero no lograrían jamás encadenar un solo frances.»

VI

Estos líricos acentos de Vergniaud resonaron en Berlín y en Viena. «Acaban de declararnos la guerra,—dijo el príncipe de Kaunitz al de Galitzin, embajador de Rusia, en el cuarto del emperador;—esto es lo mismo que si os la hubiesen



CONDORCET.



declarado á vosotros.» Dióse entónces el mando de los ejércitos reunidos al duque de Brunswick. Los dos príncipes no hicieron en esto sino ratificar la eleccion de Alemania, porque la opinion pública era la que le habia nombrado para aquel elevado puesto. Alemania se mueve con lentitud, y las confederaciones no son las más propias para las guerras repentinas. Abrióse la campaña por parte de los franceses ántes que Prusia y Austria hubiesen preparado sus armamentos.

Dumouriez habia contado con aquella pesadez de las dos monarquías alemanas. La habilidad de su plan consistia en dividir la coalicion en dos trozos y en invadir bruscamente á Bélgica ántes que Prusia pudiese acudir allí á contener el golpe. Si Dumouriez hubiese podido ejecutar su plan así como habia sido capaz de inventarlo, no habia remedio para Bélgica y Holanda; pero Lafayette, que fué el encargado de llevar á cabo la invasion á la cabeza de cuarenta mil hombres, no tenia ni la temeridad ni el arrojo de aquel célebre guerrero. General de opinion más bien que de ejército, si estaba acostumbrado á mandar batallones de paisanos en la plaza pública, no lo estaba á mandar soldados en campaña. Dotado de valor personal, amado de las tropas, pero más ciudadano que militar, habia hecho la guerra de América con pelotones de hombres libres, pero no con masas indisciplinadas. Toda la estrategia militar de Lafayette consistia en no comprometer á sus soldados, en defender con intrepidez las fronteras, en morir generosamente en aquellas nuevas Termópilas, en arengar heroicamente á los guardias nacionales y en apasionar á sus tropas en pro ó en contra de las opiniones. La audacia y las estratagemas de las grandes guerras, en que se arriesga mucho por salvarlo todo, y en que se deja descubierta por un momento una frontera para ir á herir en el corazon de un imperio, no era conveniente á sus hábitos, y ménos todavía á su situacion. Lafayette, á pesar de hallarse mandando un ejército, habia permanecido jefe de partido, y al mismo tiempo que hacia frente al enemigo, dirigia continuamente sus miradas hácia lo interior. No cabe duda en que necesitaba adquirir gloria para sostener su influencia y para reconquistar aquel papel de árbitro de la revolucion que empezaba á huírsele de las manos; pero lo que le interesaba principalmente era no comprometerse. Una derrota le hubiese perdido, y él no lo ignoraba. El que no se arriesga á ser derrotado, jamás obtiene la victoria. Lafayette era el general de la contempORIZACION, y hacer perder el tiempo á la revolucion era quitarle toda su fuerza. La de las masas indisciplinadas consiste en su impetuosidad; el que no las tiene en continuo movimiento, las pierde irremisiblemente. Dumouriez, impetuoso como la irrupcion, estaba penetrado por instinto de esta verdad. Este se esforzó, en las conferencias que precedieron al nombramiento de los generales, en inspirársela á Lafayette. A pesar de todo, le puso á la cabeza del principal cuerpo de ejército que debia penetrar en Bélgica, considerando á este general como el hombre más á propósito para fomentar las insurrecciones populares y para cambiar la guerra en revolucion en las provincias belgas. Sublevar á Bélgica en favor de la libertad francesa y hacer su independendencia solidaria de la de ésta, equivalia á arrancarle el Austria y á volverla contra nuestros enemigos.

Segun el plan de Dumouriez, los mismos belgas eran los que debian conquistarlos Bélgica; las cenizas de la insurreccion estaban mal apagadas en aquellas provincias, y los primeros pasos que diese en ellas el ejército frances debian avivarlas de nuevo.

VII

Dominada Bélgica por España largo tiempo, uno y otro pueblo tenían costumbres muy parecidas. La nación estaba dominada por los sacerdotes, y los privilegios de éstos le parecía á aquélla que eran suyos propios. José II, filósofo prematuro, pero filósofo armado, había querido emancipar á aquel pueblo del despotismo clerical. Bélgica se había insurreccionado en 1790 contra la libertad que se le ofrecía, y se había adherido al partido de sus opresores. El fanatismo de los sacerdotes y el de los privilegios municipales, reunidos en un solo sentimiento de resistencia á José II, habían sublevado aquellas provincias. Los sublevados se habían apoderado de Gante y de Bruselas, y habían proclamado la caducidad de la casa de Austria en la soberanía de los Países Bajos. La revolución belga, apenas triunfante, se había dividido en dos partidos: el uno, sacerdotal y aristocrático, pedía una Constitución oligárquica; el otro, que era el popular, pedía una democracia calcada sobre la revolución francesa. Van der Noot, tribuno elocuente y cruel, era el alma del primer partido. Van der Merch, soldado intrépido, era el jefe del partido popular. De este modo estalló la guerra civil en medio de la independencia. Van der Merch, hecho prisionero por los aristócratas, fué sumido en un calabozo. Leopoldo, sucesor de José II, se aprovechó de estas divisiones intestinas para reconquistar á Bélgica, que cansada de libertad ántes de haberla gozado, se sometió sin resistencia. Van der Noot se desterró á Holanda; Van der Merch, puesto en libertad por los austriacos, recibió un generoso perdón y se convirtió en oscuro ciudadano. La independencia se vió comprimida por numerosas tropas austriacas, y por consiguiente no podía ménos de salir de su letargo con el contacto de los ejércitos franceses.

Lafayette parece que comprendió y aprobó el plan de Dumouriez. Quedó, pues, convenido que el mariscal Rochambeau obtendría el mando en jefe del ejército que debía amenazar á Bélgica; que Lafayette tendría á sus órdenes un cuerpo respetable de ejército que sería el invasor, y que una vez verificada la invasión, Lafayette mandaría solo en los Países Bajos. De esta suerte Rochambeau, envejecido y gastado por la inacción, no tendría sino los honores del mando superior, al paso que á Lafayette le pertenecería toda la acción de la campaña y toda la propaganda armada de la revolución. «Este papel—decía el anciano mariscal—es muy á propósito para él; yo no entiendo nada de hacer la guerra en las ciudades.» Consistía el atrevido plan de campaña concebido por Dumouriez en hacer marchar á Lafayette sobre Namur, punto mal defendido, del cual debía apoderarse para dirigirse en cuanto lo hubiese efectuado á Bruselas y á Lieja, capitales de los Países Bajos y centros de la independencia belga. El general Biron debía al mismo tiempo echarse con diez mil hombres sobre Mons, contra el general austriaco Beaulieu, que no tenía allí sino dos ó tres mil hombres; debía además sacarse de la guarnición de Lille otro cuerpo de tres mil hombres que ocupase á Tournay, y que después de haber dejado guarnición en la ciudadela, fuese á engrosar las fuerzas de Biron. Mil doscientos hombres salidos de Dunkerque eran los encargados de sorprender á Furnes, avanzando en seguida hasta el corazón de las provincias belgas en unión con los cuarenta mil hombres que mandaba Lafayette, y atacar en todos los puntos á

la vez en diez dias á un enemigo mal preparado, insurreccionar las poblaciones á su tránsito por ellas, reforzar hasta ochenta mil hombres aquel ejército invasor, uniendo á él los batallones belgas sublevados en nombre de la independencia, para batir todos reunidos el ejército del emperador conforme fuere viniendo de Alemania. Nada faltaba á este plan de cuanto era necesario para llevarle á cabo con buen éxito, sino un hombre capaz de hacerlo. Dumouriez dispuso las tropas y distribuyó los mandos del modo que le pareció conveniente para que no se desgraciase. El ímpetu de Francia correspondia al arrojo de su carácter nacional.

Al otro lado del Rhin se hacian los preparativos con energía y simultaneidad. El emperador y el rey de Prusia se reunieron en Francfort, en donde tambien estaba el duque de Brunswick. La emperatriz de Rusia se adhirió á la agresion de las potencias contra la nacion francesa, y envió tropas sobre Polonia para sofocar allí los gérmenes de los mismos principios que iban á combatirse en Paris. Toda Alemania cedió á su pesar al impulso de aquellos tres gabinetes, y dividida en masas formidables se dirigió hácia el Rhin. El emperador preludió la guerra de los tronos contra los pueblos con su coronacion en Francfort. El cuartel general del duque de Brunswick se organizó en Coblentza, que era la capital de la emigracion. El generalísimo de los ejércitos confederados tuvo allí la primera entrevista con los condes de Provenza y de Artois, hermanos de Luis XVI, á quienes prometió devolver ántes de poco su rango y su patria. Ellos por su parte le daban ya de antemano los dictados de *héroe del Rhin* y *brazo derecho de los reyes*.

Todo tomaba un aspecto militar. Los dos príncipes de Prusia, acantonados en un pueblo inmediato á Coblentza, no tenian sino un cuarto para los dos, y se veian obligados á dormir en el suelo. El rey de Prusia era recibido en todas las orillas del Rhin con salvas de artillería. En todas las ciudades que atravesaba, tanto los emigrados como las poblaciones y hasta sus mismas tropas, le proclamaban de antemano como salvador de Alemania. Su nombre, escrito con letras de fuego, aparecia en todas las iluminaciones coronado con este lema, expresion de la más refinada adulacion: «*Vivat Vellelmus, francos delet, jura regis restituat!*» «*Viva Guillermo, exterminador de los franceses y restaurador de los tronos!*»

VIII

Coblentza es una ciudad situada en la confluencia del Mosela y del Rhin, en los Estados del elector de Tréveris, convertida entónces, como ya hemos dicho, en capital de la emigracion francesa. Veintidos mil emigrados, todos ellos caballeros, rodeaban allí á los siete príncipes tambien emigrados de la casa de Borbon. Eran éstos los condes de Provenza y de Artois; dos hijos de este último, los duques de Berry y de Angulema; el príncipe de Condé, primo del rey; su hijo el duque de Borbon, y su nieto el duque de Enghien. Toda la flor de la nobleza militar del reino, á excepcion de los partidarios de la Constitucion, habia abandonado sus guarniciones ó sus palacios para ir á filiarse en aquella cruzada de reyes contra la revolucion francesa.

Este movimiento que hoy nos parece impío, porque armaba á los ciudadanos contra su patria y porque imploraba el auxilio de los ejércitos extranjeros para combatir á Francia, no tenia entónces á los ojos de nuestra nobleza ese carácter parri-

cida con que le hace aparecer el patriotismo más ilustrado de estos últimos tiempos. Culpable ante la razón, explicábase al ménos ante el sentimiento. La infidelidad á la patria era fidelidad al rey, y esta fidelidad se llamaba entónces honor.

La fe en el trono era la religion de la nobleza francesa. La soberanía popular era para ella un dogma insolente contra el cual era menester sacar la espada, so pena de complicidad en tamaño crimen. Aquella nobleza habia sufrido con paciencia las humillaciones y áun los despojos personales de títulos y de bienes que la Asamblea constituyente le habia impuesto al destruir los últimos vestigios de sus derechos feudales; ó por mejor decir, ella misma era la que habia hecho este sacrificio á la patria en la noche del 6 de Agosto. Mas los ultrajes hechos al rey le habian parecido más insoportables que los suyos propios. Libertarle de su cautiverio, arrancarle de los peligros á que estaba expuesto continuamante, salvar á la reina y á sus hijos, restablecer el trono en toda la plenitud de sus derechos, ó morir peleando por esta santa causa, le parecia un deber de su situacion y de su ilustre sangre. Viendo al honor en una parte y á la patria en otra, no habia vacilado un instante en preferir aquél á ésta, y por consiguiente habia seguido la senda que le trazaba el honor. Este se santificaba aún entre aquellos ilustres proscritos con la palabra mágica de sacrificio. En efecto, habia realmente un sacrificio en aquellos jóvenes, y no ménos en los ancianos, que abandonaban sus grados en el ejército, sus bienes, su patria y sus familias para ir á una tierra extranjera á rodear la bandera blanca sirviendo bajo ella como simples soldados, y prescindiendo del destierro perpetuo á que se condenaban por sólo este hecho, del expolio decretado contra ellos por las leyes de su país, de las fatigas de los campamentos, y finalmente, hasta de la muerte que iban á hallar en los campos de batalla. Si la decision de los patriotas por la revolucion era sublime como la esperanza, la de la nobleza emigrada era generosa como la desesperacion. En las guerras civiles es preciso juzgar á cada partido por sus propias ideas. Las discordias intestinas son casi siempre la expresion de dos deberes que están en oposicion. El deber de los patriotas era la patria; el de los emigrados, el trono. Uno de los dos partidos podia equivocarse en la eleccion, pero ambos creian cumplir con su deber.

Componíase la emigracion de dos partidos distintos, á los que designarémos con los nombres de políticos y combatientes. Eran los políticos los que rodeaban continuamente á los condes de Provenza y de Artois, vociferando sin el menor riesgo contra las verdades de la filosofia y contra los principios de la democracia. Empleábanse ademas en escribir folletos y periódicos, en los cuales se pintaba la revolucion francesa como una conspiracion infernal de algunos malvados contra los reyes y hasta contra el mismo Dios. Formaban estos hombres unos soñados consejos de un gobierno imaginario, intrigaban por que se les diesen comisiones, soñaban planes, anudaban intrigas, corrian todas las cortes, sublevaban á los soberanos y á sus ministros contra Francia, se disputaban el favor de los príncipes franceses, y llevaban consigo á aquella tierra extranjera y de destierro para ellos las ambiciones, la rivalidad y la codicia de las cortes. Los militares ó combatientes no habian llevado consigo sino el valor, la ligereza y la gracia de su nacion y de su carrera, unidos á cierta indiferencia por todo lo que no era valor y entusiasmo militar. Coblentza era el campo de la ilusion y del sacrificio. Aquel puñado de valientes se creia ser una nacion, y ejercitándose en los campamentos con conti-

nuas maniobras, se preparaba para reconquistar toda una monarquía con sólo hacer algunas marchas. Los emigrados de todos los países y de todas las épocas han ofrecido un espectáculo semejante. Todo emigrado cree haberse llevado la patria en la suela de su zapato, como decia Danton; pero no se lleva más que su sombra, no consigue sino su ira, ni vuelve á hallar en ella otra cosa que su compasion.



Röderer.

Tres facciones correspondian á estos distintos partidos en la emigracion, que tenian á su cabeza á los principales emigrados. El conde de Provenza, llamado despues Luis XVIII, era un príncipe filósofo, político y diplomático, inclinado por su espíritu á las innovaciones, enemigo de la nobleza y del sacerdocio, favorable á la democracia, y que hubiese perdonado á la revolucion si ésta hubiese querido perdonar á la dignidad real. Prohibiéndole sus enfermedades precoces empuñar las armas, hacía uso de la política para defender sus intereses, cultivaba su entendimiento, se dedicaba á estudiar la historia, escribia bien, presentaba como próxima la caída y temia la muerte probable de Luis XVI. Creia este príncipe en las vicisitudes de las revoluciones, y se preparaba con antelacion á ser el pacificador de su país y el conciliador del trono y la libertad. Su corazon poco varonil tenia defectos y cualidades mujeriales. Necesitando tener amigos, se entregaba á unos favoritos

escogidos más bien por favor que porque hubiese en ellos un mérito real. Veía las cosas y los hombres á través de sus libros ó del corazón de sus cortesanos. Príncipe un tanto teatral, se ponía de manifiesto como una estatua del derecho y de la desgracia ante los ojos de Europa. Estudiaba sus posturas, hablaba académicamente de sus adversidades, y quería aparecer á un mismo tiempo como víctima y como sabio. El ejército no le quería.

El conde de Artois, más jóven que él, mimado por la naturaleza, por la corte y por las mujeres, había adoptado el papel de héroe. Este representaba en Coblenza el antiguo honor y la decisión caballeresca del carácter francés. Era adorado de la nobleza de la corte, cuya gracia, elegancia y orgullo se hallaban personificados en él. Su corazón era bueno, su comprensión fácil, pero su talento no era más que mediano. Filósofo por ligereza y por manía ántes de la revolución, supersticioso despues por debilidad y por dejarse llevar, desafiaba desde lejos á la revolución con la punta de su espada. Este príncipe parecía más á propósito para irritarla que para vencerla, y anunciaba ya desde aquella época aquellas temeridades sin venir al caso y aquellas provocaciones sin fuerzas para sostenerlas que debían, andando el tiempo, costarle nada ménos que un trono. Pero su belleza unida á su gracia y cordialidad, cubrían estas imperfecciones de su inteligencia y parecía destinado á no morir jamás. Viejo en años, debía reinar y morir siendo siempre jóven. En otra época hubiese sido un Francisco I; en la suya fué simplemente Carlos X.

El príncipe de Condé era militar bajo todos conceptos. Despreciaba igualmente aquellas dos cortes trasplantadas á las orillas del Rhin, y la suya era su campamento. Su hijo el duque de Borbon hacía su primer campaña bajo sus órdenes, y su nieto el duque de Enghien, que á la sazón tenía diez y siete años, le servía ya en clase de ayudante de campo. Este jóven príncipe era el Aquiles de aquel campamento de emigrados. Su valor, su arrojo y su generosidad prometían en él un héroe más á aquella raza heroica de los Condé, héroe digno de llevar la victoria á una causa ménos reprobada, ó de morir en medio del día en un campo de batalla, y no como murió algunos años despues en un foso de Vincennes, á la luz de un farol y fusilado en medio de la noche, ó por mejor decir, asesinado, sin otro amigo que le acompañase en este trance que un perro, fiel á su desgraciado dueño hasta aquel instante.

IX

Entre tanto Luis XVI temblaba en su palacio por las consecuencias que podía traerle aquella guerra que él mismo había proclamado y que amenazaba ya nuestras fronteras. No se le ocultaba que no era tanto el jefe como el rehen de Francia, ni que su cabeza y las de su mujer y sus hijos responderían á la nación de sus reveses ó de sus peligros. El que se cree amenazado, ve traiciones en todas partes. Los periódicos y los clubs denunciaban más que nunca la existencia de un *comité austriaco* del cual era alma la reina. Este rumor se había acreditado entre el pueblo, y si no le había costado á esta princesa sino la pérdida de su popularidad durante la paz, podía muy bien costarle la vida en tiempo de guerra. Así, esta desgraciada familia, acusada anteriormente de haber vendido la paz, era acusada ahora de hacer traición á la guerra. El rey, que abarcaba todos estos peligros de una mirada, trató de acudir al más inmediato.

En consecuencia de esto, envió un confidente suyo al rey de Prusia y al emperador, encargado de obtener de aquellos dos soberanos que suspendiesen, mirando por su salvacion, las hostilidades, y que hiciesen preceder á la invasion un manifiesto reconciliador que permitiese á Francia retroceder sin necesidad de avergonzarse, y que pusiese la vida de la familia real bajo la responsabilidad de la nacion. Este negociador fué Mallet-Dupan, jóven publicista ginebrino establecido en Francia y mezclado en el movimiento contrarrevolucionario. Mallet-Dupan era monárquico por principios y amaba al rey personalmente. Salió de Paris so pretexto de volverse á Ginebra. Desde allí se fué á Alemania á verse con el mariscal de Castries, confidente de Luis XVI en el extranjero y uno de los jefes de los emigrados. Con las credenciales de éste, se presentó en Coblentza al duque de Brunswick, y en Francfort á los ministros del emperador y del rey de Prusia. Estos no quisieron dar fe á sus comunicaciones, á ménos que les presentase una carta autógrafa del rey. Luis XVI hizo llegar á sus manos tres renglones escritos de su puño en un pedacito de papel de dos pulgadas de ancho, cuyo contenido era el siguiente: «La persona que presentará este billete conoce mis intenciones, y puede creerse todo cuanto ella diga en mi nombre».

Este escrito fué suficiente para que se abriesen las negociaciones entre Mallet-Dupan y los condes de Cobentzel y de Haugwitz y el general Heyman, plenipotenciarios del emperador y del rey de Prusia. Estos ministros, despues de haber reconocido el título de la mision de Mallet-Dupan, le hicieron comunicar las instrucciones que traia, reducidas en resúmen á lo siguiente: El rey unia el ruego á la exhortacion para recabar de los emigrados que no hiciesen perder á la próxima guerra su carácter de potencia á potencia, tomando parte en ella en nombre del restablecimiento de la monarquía. Cualquiera otra conducta diferente de esta produciria una guerra civil, pondria en peligro las vidas del rey y de la reina y haria pasar á cuchillo á todos los realistas. El rey añadia que exhortaba á los soberanos armados por su causa á que hiciesen la debida distincion en el manifiesto entre la faccion de los jacobinos y el resto de la nacion, y entre la libertad de los pueblos y la anarquía que los despedaza; que declarasen formal y enérgicamente á la Asamblea, á los cuerpos administrativos y á los ayuntamientos que responderian con sus cabezas de todos los atentados que se cometiesen contra las personas sagradas del rey, la reina y sus hijos; y finalmente, que anunciassen á la nacion que la guerra no sería seguida de ningun desmembramiento de territorio, que no se trataria de la paz sino con el rey, y que en consecuencia, la Asamblea debia apresurarse á devolverle el uso de una entera libertad para que pudiese negociar con las potencias en nombre de su pueblo.

Mallet-Dupan descifró el sentido de estas instrucciones con toda la superioridad de miras y con toda la energía que era capaz de infundirle el cariño que profesaba al rey. Pintó trágicamente el interior del palacio de las Tullerías y los terrores que asediaban continuamente á la familia real. Los ministros se enternecieron en vista de tantas desdichas, y prometieron dar cuenta exacta de todo ello á sus soberanos, asegurando entre tanto á Mallet-Dupan que las intenciones del rey serian la regla y la medida de las palabras del manifiesto de la coalicion á la nacion francesa.

No le ocultaron, sin embargo, cuánto les sorprendia el ver que el lenguaje de los príncipes franceses emigrados en Coblentza fuese tan opuesto á las miras que

tenia el rey en Paris. «Ellos manifiestan francamente—le dijeron—la intencion de reconquistar el trono por la contrarrevolucion, de hacerse independientes, de destronar á su hermano y de proclamar una regencia.» El confidente de Luis XVI volvió á salir para Ginebra despues de esta entrevista. El emperador, el rey de Prusia, los principales príncipes de la confederacion, los ministros, los generales y el duque de Brunswick se volvieron á Maguncia, ciudad en que, con motivo de las conferencias, se habian suspendido los regocijos públicos, y que fué por algun tiempo el cuartel general de los tronos. Allí, bajo la inspiracion de los emigrados, se adoptaron resoluciones extremas, y se decidió combatir cuerpo á cuerpo á una revolucion que iba engrandeciéndose con las contemplaciones que se guardaban con ella. Las súplicas de Luis XVI y las advertencias de Mallet-Dupan se olvidaron completamente, y el plan de campaña se dispuso al momento.

Estaba éste arreglado del modo siguiente. El emperador debia tener la direccion suprema de la guerra en Bélgica, y el duque de Saxe-Teschen mandaria aquel ejército bajo sus órdenes. Quince mil hombres de sus tropas debian cubrir la derecha de los prusianos y unirse á ellos cerca de Longwy. Veinte mil hombres del emperador mandados por el príncipe de Hohenlohe debian situarse entre el Rhin y el Moselle, cubrir la izquierda de los prusianos y operar sobre Landau, Sarrelouis y Thionville. Un tercer cuerpo, á las órdenes del príncipe de Esterhazy y reforzado con cinco mil emigrados conducidos por el príncipe de Condé, debia amenazar las fronteras desde Suiza hasta Philipsbourg. El rey de Cerdeña tendria su ejército en observacion sobre el Var y el Isere. Tomadas estas disposiciones, se resolvió responder al terror con el terror y publicar en nombre del duque de Brunswick, generalísimo del ejército, un manifiesto que no dejaria á la revolucion francesa otra alternativa que la sumision ó la muerte.

Mr. de Calonne le inspiró. El marques de Limon, antiguo intendente de hacienda del duque de Orleans, revolucionario ardiente en un principio como su amo, y despues emigrado y realista implacable, fué el que lo redactó, sometiéndolo á la aprobacion del emperador, que se lo hizo aprobar al rey de Prusia y éste á su vez al duque de Brunswick. El duque manifestó que no era enteramente de su agrado, y pidió que se le permitiese dulcificar algunas de sus expresiones; los soberanos se lo permitieron, pero el marqués de Limon, apoyado por el partido de los príncipes franceses, volvió á redactarlo en los mismos términos que anteriormente. El duque de Brunswick se indignó al ver esto, é hizo pedazos el manifiesto, sin atreverse no obstante á declarar que no tenia parte en él. Así es que aquel escrito apareció con todos sus insultos y amenazas á la nacion francesa. Instruidos el emperador y el rey de Prusia de las secretas condescendencias del duque de Brunswick con Francia y de la oferta de la corona hecha á él por los facciosos, le hicieron sufrir la responsabilidad de esta proclama como una venganza ó como una retraccion. Este imperioso reto de los reyes á la libertad amenazaba con pena de la vida á todos los guardias nacionales que fuesen cogidos con las armas en la mano defendiendo su independencia y su patria, intimando ademas que, dado caso que se cometiese el menor ultraje por parte de los facciosos contra la majestad real, se arrasaria Paris hasta hacerle desaparecer de la superficie de la tierra.

LIBRO QUINCE.

Discordia en el Consejo de ministros.—Dispónese un campamento de veinte mil hombres en las inmediaciones de París.—Niégase el rey de nuevo á sancionar el decreto contra los sacerdotes.—Destitucion de Roland, de Claviere y de Servan.—Roland lee en la Asamblea su carta confidencial al rey.—El rey se niega definitivamente á sancionar el decreto contra el clero.—Grupos del arrabal de San Antonio.—Dumouriez presenta su dimision.—Nuevo ministerio formado el 17 de Junio.—Salida de Dumouriez para el ejército.—Su despedida del rey.—La casa de madama Roland es el centro del partido girondino.—Conspirase alli para la supresion de la monarquia.—Barbaroux.—Buzot amigo de madama Roland.—Danton.—Su nacimiento.—Su retrato.—Hostilidades en Bélgica.—Reveses.—Causas de éstos.—Generales.—Consternacion de París.—Estado de Francia.

I

Miéntras la inminencia de una guerra á muerte agitaba al pueblo y amenazaba al rey, la discordia seguia reinando en el Consejo de ministros. Dumouriez acusaba á Servan de obedecer con un servilismo más semejante al amor que á la condescendencia las insinuaciones de madama Roland y de hacer fracasar el plan de invasion en Bélgica. Los amigos de madama Roland amenazaban á Dumouriez por su parte con hacerle dar cuenta en la Asamblea del destino, sospechoso para ellos, de los seis millones que para gastos secretos se le habian concedido. Guadet y Vergniaud tenian ya preparados sus discursos y un proyecto de decreto para que se le exigiese cuenta de aquella suma. Dumouriez, que con este oro habia comprado muchos amigos y cómplices entre jacobinos y fuldenses, aparentó una gran indignacion al ver las sospechas que de él se tenian, y so pretexto del ultraje que se hacia á su honor, se negó terminantemente á dar cuentas y amenazó con dar su dimision. Al oir esto, un considerable número de fuldenses y de jacobinos, entre los cuales estaba el mismo Petion, fueron á casa del ministro agraviado á instarle para que no abandonase su puesto. Dumouriez consintió en ello, pero á condicion de que se le dejase disponer de estos fondos, teniendo absoluta confianza en su conciencia. Intimidados los girondinos al ver que aquel hombre pensaba en retirarse, y conociendo que necesitaban de la firmeza de su carácter, renunciaron á proponer el decreto que tenian preparado y le dieron un voto de confianza. El pueblo le vitoreó al salir de la Asamblea, y estos aplausos resonaron dolorosamente en el conciliábulo de madama Roland. Esta estaba envidiosa de la popularidad de Dumouriez, porque segun su modo de ver, no era la que da la virtud, que era la que ella queria exclusivamente para su marido y para todo el partido. Roland y sus colegas girondinos, Servan y Claviere, redoblaban sus esfuerzos, ejercian violencias sobre el ánimo del rey, y no escaseaban denuncias para conquistarla. Su táctica, resultado más bien de la debilidad que de la ambicion, consistia en adular á la Asamblea, agasajar al pueblo, irritar á los jacobinos contra la corte, asediar al rey

exigiéndole imperiosamente unos sacrificios que sabian le eran imposibles, denunciarle á la opinion como causa de todos los males y obstáculo á todos los bienes, hasta obligarle finalmente, á fuerza de insolencias y de ultrajes, á que los depusiese, para tener con esta medida un pretexto de hacer ver que era traidor á la revolucion.

Este sistema de denigrar á un rey de quien eran ministros era el fondo de la conjuración de madama Roland, con la diferencia de que aquel hombre obraba de esta suerte movido por su carácter áspero y disgustado, y sus colegas lo hacian movidos por una rivalidad de *patriotismo* con Robespierre. Los sentimientos de madama Roland y de su marido consistian en una pasión por la república, que no podia mirar con paciencia la sombra de trono que quedaba aún, y que miraba con complacencia las facciones dispuestas á trastornar la monarquía. Cuando éstas carecian de armas, madama Roland y sus amigos se apresuraban á prestárselas.

Vióse un fatal ejemplo de esto en una medida tomada por Servan, ministro de la Guerra. Dominado éste por madama Roland, propuzo á la Asamblea nacional, sin la autorizacion del rey y sin la aprobacion del Consejo, la formacion de un campo de veinte mil hombres en los alrededores de Paris. Este ejército, compuesto de federados escogidos entre los sujetos más exaltados de las provincias, debia ser, segun el plan de los girondinos, una especie de ejército central que, enteramente á la obediencia de la Asamblea, fuese un contrapeso á la guardia del rey, compri-miese la nacional, y recordase aquel ejército del parlamento que, mandado por Cromwell, habia conducido á Cárlos I al cadalso. La Asamblea, á excepcion del partido constitucional, se apoderó de esta idea, como se apodera el odio del arma que la casualidad ofrece á su vista.

El rey sintió el golpe; Dumouriez comprendió la perfidia y no pudo contener su ira contra Servan cuando se reunieron en el Consejo. Las reconvenciones que le dirigió fueron las de un leal defensor de su rey, y la respuesta de Servan, asaz insultante aunque evasiva. Los dos ministros echaron mano á la espada, y á no ser por la presencia del rey y por la mediacion de sus compañeros, la sangre hubiese corrido allí mismo.

El rey queria negar su sancion al decreto de la formacion del campamento de que vamos tratando, pero Dumouriez le dijo: «Es ya demasiado tarde; vuestra negativa no serviria sino para poner de manifiesto unos temores harto fundados, pero que es preciso cuidar de que no sean conocidos de vuestros enemigos. Sancionad el decreto, que yo me encargo de neutralizar el peligro de esta reunion de fuerzas». El rey pidió que se le diese tiempo para reflexionar.

Los girondinos le intimaron al dia siguiente que diese su sancion al decreto contra los sacerdotes no juramentados, pero hallaron un fuerte obstáculo á su proyecto en la conciencia religiosa de Luis XVI. Este príncipe, apoyado en su fe, declaró que consentiria morir ántes que firmar la persecucion de la Iglesia. Dumouriez insistió tanto como los girondinos por obtener aquella sancion; pero el rey se mantuvo inflexible. De nada sirvió que Dumouriez le hiciese presente que si se negaba á adoptar medidas legales contra el clero no juramentado, exponia á los sacerdotes á ser asesinados, haciéndose responsable con esto de la sangre que se derramase. En vano le representó que aquella negativa haria perder su popularidad al ministerio, y le quitaria toda esperanza de salvar la monarquía. Vano fué

tambien que se dirigiese á la reina y que, excitando en ella todos los sentimientos de madre, tratase de hacer que se uniese á los ministros para inclinar su ánimo á acceder á lo que del rey se exigia. La reina luchó tambien algun tiempo sin poder obtener nada, hasta que al fin empezó el rey á titubear, y citó á Dumouriez para que se viesen secretamente aquella misma noche. En esta conferencia mandó el rey á Dumouriez que le propusiese tres ministros para reemplazar á Roland, á Claviere y á Servan. Dumouriez, que estaba preparado para este caso posible, propuso para el ministerio de Hacienda á Vergennes, á Naillac para el de Negocios extranjeros, y á Mourgues para el del Interior, reservándose él el de la Guerra, ministerio equivalente á la dictadura en una ocasion en que Francia se convertia en un ejército. Roland, Claviere y Servan, profundamente irritados por un suceso que ellos mismos habian provocado sin saberlo prever, acudieron á la Asamblea á manifestar sus quejas y á acusar al rey. Recibióselos como á unos mártires del patriotismo. Ellos por su parte habian cuidado de atestar las tribunas de partidarios suyos.

Los ministros caidos asistieron á la sesion de la Asamblea so pretexto de darle cuenta de los motivos de su deposicion. Roland leyó entónces la famosa carta confidencial de que ya hemos hablado, y que tambien hemos dicho que se la habia leído al rey en su gabinete. Este hombre fingió creer que la deposicion de los ministros era en castigo de su valor. Los consejos que daba al rey en aquella carta se convirtieron de este modo en objeto de acusacion contra el desdichado príncipe. Jamás habian dado los facciosos un golpe tan terrible al rey como el que le daba su ex-ministro. Las pasiones ciegan el ánimo del pueblo, y hay ciertos dias en que la perfidia pasa por heroísmo; razon por la cual los girondinos tuvieron á Roland por un héroe en aquella ocasion. Mandóse imprimir la carta fatal, para que fuese remitida á los ochenta y tres departamentos.

Roland fué aplaudido al salir de la Asamblea, y Dumouriez silbado en cuanto se presentó en ella. Subió, sin embargo, sereno á la tribuna, en donde conservó toda la sangre fria de un militar en el campo de batalla. Empezó por anunciar á la Asamblea la muerte del general Gouvion. «Dichoso de él—dijo con tristeza—por haber muerto peleando contra el enemigo, y por no tener que ser testigo de las discordias que nos despedazan. Yo envidio su muerte.» Percibiase en su acento la serenidad enérgica de un alma fuerte resuelta á luchar contra las facciones hasta perecer. En seguida leyó una memoria sobre el ministerio de la Guerra, en cuyo exordio, agresivo para los jacobinos, se reclamaba el respeto debido á los ministros del poder ejecutivo. «Oís al nuevo Cromwell?—exclamó Guadet con una voz de trueno.—Se cree ya tan seguro del imperio, que se atreve á imponernos sus consejos.» «¿Y por qué no?»—contestó Dumouriez con orgullo y volviéndose hácia la Montaña. Su seguridad impuso á la Asamblea, y su actitud militar le hizo respetar del pueblo. Los diputados fuldenses salieron con él y le acompañaron á las Tullerías. El rey le dijo que consentiria en dar su sancion al decreto para la formacion del campo militar; pero en cuanto al concerniente á los sacerdotes, repitió á los ministros que habia adoptado definitivamente su partido, y les encargó que llevasen al presidente de la Asamblea una carta escrita toda de su puño, en la que manifestaba los motivos de su *reto*. Los ministros le saludaron y se separaron consternados.

II

Cuando Dumouriez volvió á su casa, supo que empezaban á formarse grupos en el arrabal de San Antonio, é inmediatamente fué á dar cuenta al rey de esta novedad; pero el príncipe, creyendo que se trataba de asustarle, perdió la confianza que tenia en Dumouriez. Este presentó su dimision, que fué aceptada inmediatamente. Encargóse entónces de la cartera de Negocios extranjeros á Chambonas, y de la de Guerra á Lajard, partidario de Lafayette; la del Interior fué confiada á Mr. de Monciel, constitucional fuldense y amigo del rey. Esto acaecia el 17 de Junio. Los jacobinos y el pueblo, guiados por los girondinos, agitaban ya la capital, y todo anunciaba la proximidad de una insurreccion. Aquellos ministros, sin fuerza armada, sin popularidad y sin partido, aceptaban así la responsabilidad de los peligros acumulados por sus predecesores.

El rey vió por última vez á Dumouriez, y la despedida del monarca y su ministro fué muy tierna. «¿Con que os vais al ejército?»—dijo el rey. «Sí, señor,—respondió Dumouriez.—Sería una delicia para mí abandonar esta horrorosa ciudad si no me fuese con el sentimiento de los peligros que corre V. M. Escuchadme, señor, yo no he de volver ya á veros. Tengo cincuenta y tres años y mucha experiencia, y no puedo separarme de vos sin deciros que se abusa de vuestra conciencia respecto al decreto contra los sacerdotes no juramentados, y que se os conduce á la guerra civil. Vos estais sin fuerza, por lo cual tendreis que sucumbir, y la historia, al mismo tiempo que os compadecerá, os acusará de las desgracias de vuestro pueblo.» El rey estaba sentado al lado de la mesa en donde acababa de firmar las cuentas del general. Dumouriez se hallaba á su inmediacion con las manos cruzadas. El rey se las cogió y le dijo con voz conmovida, aunque resignada: «Dios es testigo de que yo no pienso más que en la felicidad de Francia». «No lo dudo,—contestó Dumouriez enternecido,—pero vos debeis dar cuenta á Dios, no sólo de la fuerza, sino del uso ilustrado de vuestras intenciones. Vos creeis salvar la religion, y lo que haceis es destruirla. Los sacerdotes serán asesinados. Os quitarán la corona, y quizas vos, la reina y vuestros hijos...» No pudo acabar la frase, porque el rey le tapó la boca derramando abundantes lágrimas. «Aguardo la muerte,—le dijo con tristeza,—y desde ahora se la perdono á mis enemigos. Os agradezco vuestra sensibilidad. Me habeis servido bien, y os aprecio. Adios. Sed más dichoso que yo.» Despues que Luis XVI hubo dicho estas palabras, fué á esconderse en el hueco de una ventana que estaba en el fondo del cuarto, para ocultar mejor la turbacion de su rostro. Dumouriez no volvió ya á verle. Al salir de allí fué á pasar algunos dias retirado en uno de los barrios más solitarios de Paris. Mirando el ejército como el único asilo en que un ciudadano podia servir aún á su patria, salió para Douai, en cuyo punto se hallaba el cuartel general de Luckner.

III

Los ministros girondinos quedaron por un momento aterrados entre la humillacion de su caída y el gozo de su próxima venganza. «Héme aquí despachado,—dijo Roland á su mujer al entrar en su casa;—no siento más sino que nuestra len-

titud nos ha privado de tomar la iniciativa. » Madama Roland se fué á vivir á una modesta habitacion, sin perder nada de su influencia ni echar de ménos el poder, puesto que llevaba consigo su genio, su patriotismo y sus amigos. La conjuracion no hizo sino mudar de casa, y desde el ministerio del Interior pasar en masa al gabinetito en donde ella reunia é inspiraba á otros su pasion.

Este círculo se agrandaba todos los dias. La atraccion de aquella mujer se con-



El conde de Artois.

El conde de Provenza.

fundia en el corazon de sus amigos con la atraccion de la libertad, y adoraban en ella la futura república. El amor que aquellos jóvenes le tenian sin confesárselo, formaba parte de su política sin que ellos mismos lo supiesen. Las ideas no se hacen activas y poderosas sino cuando el sentimiento las vivifica. Esta mujer era el sentimiento de su partido.

Reclutó éste por entónces un hombre extraño á la Gironda, pero á quien su juventud, su rara belleza y su energia debian lanzar naturalmente en aquella faccion de la ilusion y del amor que estaba dirigida por una mujer. Llamábase este joven Barbaroux, y no tenia entónces sino veintiseis años. Era hijo de Marsella, y pertenecia á una de aquellas familias de marinos que tanto en sus costumbres como en su fisonomía conservan siempre algo de la osadía de su vida y de la agitacion de su elemento. La elegancia de su talle y las gracias de su rostro recordaban las formas que adoraba la antigüedad en sus estatuas. La sangre de aquella Grecia asiática de que Marsella es una colonia, se revelaba en la pureza del perfil del joven

marselles. Dotado éste con tanta profusion de los dones de la inteligencia como de prendas corporales, se ejerció desde muy niño en el uso de la palabra, lujo de los hombres del Mediodía. Se recibió abogado y defendió con talento varias causas; pero el poder y la sinceridad de su alma repugnaban aquella elocuencia, muchas veces mercenaria, que se ve obligada á fingir pasiones que no tiene. Erale preciso á este hombre defender aquellas causas nacionales á las cuales da uno ademas de la palabra su alma y su vida. La revolucion en que habia nacido se las ofrecia abundantemente, y él esperaba con impaciente ansiedad la ocasion y el momento de servirla.

Su adolescencia le mantenía aún léjos de la escena donde ardia por lanzarse. Pasaba su vida en una posesion de su familia inmediata al pueblo de Ollioules, en donde se entretenia en cultivar las flores, que la aridez del suelo y el ardor del sol hacen que se necesite mucho cuidado para obtener alguna que otra. En los ratos desocupados se dedicaba al estudio de las ciencias naturales, manteniendo correspondencia con dos suizos cuyos sistemas de física ocupaban entónces al mundo sabio. Llamábanse éstos Mr. de Saussure y Marat. Pero la ciencia no era suficiente para aquella alma, y Barbaroux exhalaba sus sentimientos en poesías elegíacas, ardientes como el Mediodía, vagas como el horizonte que tenia á su vista. En ellas se nota aquella melancolía meridional cuya languidez es más semejante al deleite que á la debilidad, y que tanto se parece á los cánticos del hombre sentado al sol, ántes ó despues del trabajo. De este modo habia empezado Mirabeau su vida. Los genios más enérgicos empiezan muchas veces por la tristeza, como si tuviesen en el gérmen de su vida los presentimientos de su áspero destino. Cuando se leen los versos de aquel jóven, parece que á traves de sus primeras lágrimas entreveia ya sus faltas, la expiacion de ellas y el cadalso.

Despues de la eleccion de Mirabeau y de las agitaciones que á ella se siguieron, fué nombrado Barbaroux secretario del ayuntamiento de Marsella. En los alborotos de Aviñon tomó las armas y marchó á la cabeza de los jóvenes marselleses contra los dominadores del condado. Su figura marcial, su aire y su voz le hacian ser jefe en todas partes, porque á todos encantaba con su presencia. Comisionado para ir á Paris á dar cuenta de los acontecimientos del Mediodía á la Asamblea nacional, los girondinos Vergniaud y Guadet, que querian conceder una amnistía á los crimenes de Aviñon, trataron de atraerse aquel jóven á su partido. Fogoso éste, como era natural en su edad, no justificaba á los verdugos de Aviñon, pero detestaba á las víctimas, por cuya razon era precisamente el hombre que necesitaban los girondinos. Admirados de su elocuencia y de su entusiasmo, le presentaron á madama Roland. Ninguna mujer era más á propósito para seducir, ni tampoco era fácil hallar otro hombre más á propósito para ser seducido. Madama Roland, que se hallaba entónces en todo el brillo de su belleza y en toda la emocion de sensibilidad que la pureza de su vida no era suficiente á sofocar en su corazon vacío, habla de Barbaroux con el mayor enternecimiento. «He leído—dice—unas cartas de Barbaroux en el gabinete de mi marido, en las que hallo una razon y una sabiduría prematuras. Cuando le vi quedé admirada, y muy pronto se hizo amigo de mi marido, aunque no le vimos con frecuencia hasta despues de nuestra salida del ministerio. Entónces fué cuando, hablando del mal estado de las cosas y del temor del triunfo del despotismo en el Norte de Francia, formamos el proyecto de esta-



BARBAROUX.



blecer una república en el Mediodía. «Esto sería lo peor que podía sucedernos,—me decía Barbaroux sonriéndose;—pero los marseleses que han venido aquí nos evitarán llegar hasta este extremo.»

Roland vivía entonces en una casa oscura de la calle de Santiago, baja de techo, verdadero retiro de un filósofo, é iluminada, sin embargo, por aquella mujer tan particular. Presente ésta á todas las conversaciones de su marido, asistía á las que tenía con el jóven marseles. Este refiere de la manera siguiente la escena en que nació entre ellos la primera idea de república: «Aquella mujer sorprendente—dice—estaba con nosotros. Roland me preguntó mi modo de pensar sobre los medios que habria para salvar á Francia, y yo me franqueé con él. Esta confianza excitó la suya. «La libertad está perdida—dijo—si no se burlan cuanto ántes todas las intrigas de la corte. Lafayette medita una traicion en el Norte, y el ejército del centro está desorganizado por sistema. Dentro de seis semanas los austriacos estarán en Paris, y nosotros no habrémos trabajado durante tantos años en la más hermosa de las revoluciones sino para verla caer en un dia. Si la libertad perece en Francia, perece para siempre en todo el resto del mundo. Todas las esperanzas de la filosofía quedarán burladas con este golpe fatal. Las preocupaciones y la tiranía volverán á apoderarse de la tierra. Prevengamos esta desgracia, y si el Norte es avasallado, llevemos la libertad al Mediodía y fundemos allí, en cualquier parte, una colonia de hombres libres.» Su mujer lloraba al oír estas palabras. Yo lloraba tambien al mirarle. ¡Oh! ¡Cómo se dilataban nuestras almas entristecidas con aquellas mutuas confianzas! Yo le hice una pintura rápida de los recursos y de las esperanzas que aún le quedaban á la libertad en el Mediodía. Una dulce alegría se esparció por el rostro de Roland; me estrechó la mano, y ambos trazamos en un mapa de Francia los límites de aquel imperio de la libertad. Extendíanse éstos desde el Doubs, el Ain y el Ródano hasta el Dordoña, y desde las montañas inaccesibles de la Auvernia hasta el Durance y hasta el mar. Entonces escribí una carta que me dictó Roland, pidiendo á Marsella un batallon y dos piezas de artillería. Convenidas estas bases, me separé de Roland, penetrado de respeto hácia él y su mujer. En la época de su segundo ministerio he vuelto á verlos, tan sencillos como en su humilde retiro. Entre todos los modernos, me parece que Roland es el hombre que más se aproxima á Caton; pero tambien hay que confesar que su valor y sus talentos son debidos casi exclusivamente á su mujer».

De esta manera tuvo origen el pensamiento de una república federativa en la primera entrevista de Barbaroux con madama Roland. Lo que ellos soñaban entonces como una medida desesperada para salvar la libertad, se les vino á la mano al poco tiempo de haberlo tramado como un complot. Aquel primer suspiro de patriotismo de dos almas que se encontraban y se adivinaban mutuamente, fué el atractivo que las unió y al mismo tiempo fué tambien su crimen.

IV

Libres los girondinos desde aquel dia de todo compromiso con el rey y con los ministros, conspiraron secreta y públicamente, ya en casa de madama Roland, ya en la tribuna, para derribar la monarquía. Parecía que envidiaban á los jacobinos el honor de dar al trono los golpes más mortales. Robespierre no hablaba aún sino

en nombre de la Constitución, y encerrándose dentro de la ley, no se adelantaba al pueblo. Los girondinos hablaban ya de república, y con la mirada y con la acción daban á entender la proximidad de un golpe de Estado en sentido republicano. Los conciliábulos en casa de Roland eran más frecuentes, duraban mucho más, y cada día se aumentaba el número de los que á ellos asistían. Eran los principales Roland, Brissot, Vergniaud, Guadet, Gensonné, Condorcet, Petion, Lanthenas, que les vendió en el momento del peligro; Valazé, Pache, que persiguió y diezmó á sus amigos; Grangeneuve, Louvet, que ocultaba una gran energía bajo la ligereza de sus costumbres y de una jovialidad habitual; Chamfort, hombre desengañado y sin fe en el pueblo ántes de haberle servido; Carra, periodista popular, entusiasta por la república; Chenier, poeta de la revolución, destinado á sobrevivirla y que la adoró hasta su muerte, acaecida en medio de la tiranía del imperio; Dusaulx, que bajo sus canas tenía todo el entusiasmo filosófico de la juventud, y al que puede llamársele el Nestor de aquella reunión, y finalmente, Mercier, que de todo se reía, hasta del calabozo y la muerte.

Pero entre todos aquellos hombres á quienes la pasión revolucionaria reunía en casa de madama Roland, el preferido de ella era Buzot. Más adicto Buzot á aquella jóven que á su partido, era para ella un amigo, al paso que no veía en los demás sino unos instrumentos ó cómplices suyos. Aquella mujer no había tardado en formar un juicio exacto de Barbaroux, juicio en el que se descubría cierta amargura que era una especie de arrepentimiento del favor que le había dispensado al principio. Acúsase madama Roland de que le hubiese parecido tan hermoso aquel jóven, y parece que trata de fortalecer su corazón contra el encanto de sus miradas. «Barbaroux — dice — es de carácter ligero, y las adoraciones que las mujeres disipadas le prodigan perjudican á la gravedad de sus sentimientos. Cuando yo veo á ciertos jóvenes ebrios de la impresión que causan, como Barbaroux y Herault de Sechelles, no puedo desechar la idea de que se adoran demasiado á sí mismos para adorar suficientemente á la patria.»

Si se pudiese levantar el velo del corazón de aquella mujer virtuosa, que no se atrevía á levantarle ella misma por no descubrir en él un sentimiento contrario á sus deberes, nos convenceríamos de que su inclinación instintiva había sido de un instante respecto á Barbaroux, y de que su ternura era exclusivamente de Buzot. No es dado ni al deber ni á la libertad posesionarse completamente del alma de una mujer tan bella y apasionada como aquélla. El deber hiela el corazón, la política le engaña, la virtud le refrena y el amor lo llena. Madama Roland amaba á Buzot, y éste la adoraba como á su inspiración y á su ídolo. Quizá no se confesaron jamás uno á otro un sentimiento que no hubiese sido tan sagrado para ellos desde el día en que hubiera sido culpable; pero lo que tanto se ocultaban á sí mismos, lo han revelado involuntariamente al tiempo de morir. Se nota en los últimos días y en las últimas horas de aquel hombre y de aquella mujer unos suspiros, unas acciones y unas palabras por los cuales se trasluce en presencia de la muerte el secreto contenido durante la vida. Este secreto, sin embargo, está siempre cubierto bajo el velo del misterio. La posteridad tiene derecho de entreverle, pero no tiene el de acusar.

Roland, hombre estimable, pero de carácter melancólico, tenía las exigencias de la debilidad respecto á su hermosa compañera, sin tener el reconocimiento que

era debido al gran sacrificio que ella se habia impuesto para hacer la felicidad de aquel hombre, á quien guardaba fidelidad más por respeto á sí misma que por tenerle cariño. Ambos amaban una misma causa, la de la libertad. El fanatismo de Roland era sin embargo frio como el orgullo, y el de su mujer, ardiente como el amor. Ella se sacrificaba todos los dias por la gloria de su marido; él apenas parecia notar aquel sacrificio. Descúbrese en el corazon de aquella mujer que aunque lleva el yugo con altivez, no deja por eso de pesarle. Cuando habla de Buzot, lo hace con complacencia y como si hablase del ideal de una felicidad interior. Pintando á Buzot se expresa del modo siguiente: «Sensible, melancólico y contemplador apasionado de la naturaleza, parece criado para gozar y dar la felicidad. Este hombre



Mallet-Dupan en la conferencia de Francfort.—Pág. 363.

olvidaria el resto del universo entre las dulzuras de las virtudes privadas. Capaz de arrojarse sublimes y de constantes afectos, el vulgo, que tiene gusto en rebajar lo que no le es dado igualar, le acusa de visionario. De figura dulce y de talle elegante, se advierten en su modo de vestir aquella pulcritud y aquella decencia que anuncian el respeto de sí mismo y el de los demas. Miétras que la hez de la nacion hace subir á los aduladores y corruptores del pueblo, miétras que los asesinos juran, beben y se cubren de harapos para fraternizar con el populacho, Buzot profesa la moral de Sócrates y conserva la urbanidad de Escipion. Por eso se arrasa su casa y se le destierra como á Aristides. ¡Me admiro de que no hayan decretado que se olvidase hasta su nombre!» De este modo hablaba aquella mujer en un rincon de su oscuro calabozo el dia ántes de su muerte, que sabida por Buzot miétras andaba errante y escondido en las grutas de San Emilio, causó en él tal impresion que estuvo muchos dias enteramente loco.

V

Danton, cuyo nombre empezaba entónces á elevarse sobre el comun del vulgo, donde habia adquirido una celebridad harto mezquina hasta entónces, buscó tambien la intimidad de madama Roland. Todos se preguntaban cuál era el secreto del ascendiente progresivo de aquel hombre, de dónde salia, qué era y adónde se encaminaba. Hablábase mucho de su origen, de su primera aparicion en la escena popular y de sus primitivas relaciones con los personajes célebres de la época, buscando todo el mundo en el misterio la causa de su prodigiosa popularidad, que consistia, sin embargo, principalmente en su naturaleza.

Danton no era únicamente uno de esos aventureros de la demagogia, que como Masaniello ó Hebert surgen de entre el hervor de las masas. Este habia nacido en la clase media y salia del corazon de la nacion. Su familia, pura, honrada, propietaria é industrial, de antiguo apellido y de buenas costumbres, estaba establecida en Arcis-sur-Aube, en donde tenia una posesion inmediata al pueblo. Era esta familia de aquellas que, si bien modestas, son muy consideradas, y que teniendo por base de su fortuna y por principal ocupacion el cultivo de los campos, dan, sin embargo, á sus hijos una completa educacion moral y literaria, con la que les preparan para las profesiones liberales de la sociedad. El padre de Danton habia muerto jóven, y su madre se habia casado en segundas nupcias con un sujeto del mismo pueblo que poseia y dirigia por sí una pequeña fábrica de tejidos. En ésta, situada á orillas del rio fuera del pueblo, fué en donde Danton pasó sus primeros años.

Su padrastro, llamado Mr. Ricordin, cuidó de su educacion cual si hubiese sido hijo suyo. El niño era despejado, y aunque revoltoso y feo, era muy amado de su familia, tanto porque se descubria en él una gran inteligencia á traves de su fealdad, como porque en medio de sus travesuras, una caricia de su madre, por insignificante que fuese, bastaba á contenerle y hacerle arrepentirse de ellas. Hizo sus estudios en Troyes, capital de la Champaña, y aunque desaplicado é insubordinado, era querido de sus maestros y de sus condiscípulos, porque su rápida comprension suplía en él á la aplicacion. Su instinto le hacía innecesario el reflexionar, y puede decirse de él que sin aprender nada, lo adivinaba todo. Sus compañeros le llamaban Catilina, nombre que él aceptaba, y cuando jugaba con los demas á las sediciones y á los alborotos que él mismo suscitaba ó calmaba con sus arengas, parecia que estaba aprendiendo en la escuela los papeles que era llamado á desempeñar durante su vida.

Sus padres, avanzados ya en edad, le habian entregado los módicos bienes de su padre en cuanto habia concluido su educacion. Dueño de su patrimonio, fué á Paris á acabar de estudiar leyes, y luégo compró una plaza de abogado en el parlamento. Mirando con desprecio los enredos y sutilezas del foro, ejerció poco tiempo su profesion, y eso con escaso lucimiento. Su alma y su palabra tenian las proporciones de las dos grandes causas del trono y del pueblo, comenzadas á agitar entónces por la Asamblea constituyente, y en las que Danton estaba impaciente por mezclarse. Buscando con afan á los hombres cuyas palabras conmovian á Francia, se unió á Mirabeau y estrechó relaciones con Camilo Desmoulins, Marat, Robes-

pierre, Petion, Brune, que luégo fué mariscal; Fabre d'Eglantine, el duque de Orleans, Laclos, Lacroix, y finalmente con todos los agitadores ilustres ó subalternos que pululaban entónces en Paris. Pasaba el dia en las tribunas de la Asamblea, en los paseos y en los cafés, y la noche en los clubs. Pronto se hizo notable por algunas ocurrencias felices, por algunas breves arengas, por alguno que otro rayo de luz misterioso, y principalmente por su cabellera, semejante á la melena de un leon, por su voz de trueno y por su estatura gigantesca. Pero bajo las cualidades meramente físicas del orador, los hombres de talento vieron en él un gran fondo de buen sentido y un conocimiento instintivo del corazon humano; bajo el agitador presintieron el hombre político. En efecto, Danton leia continuamente la historia, se aplicaba á imitar á los oradores antiguos, y se ejercitaba en la verdadera elocuencia, que es la que ilustra apasionando, porque premeditaba que habia de desempeñar un papel muy superior al que estaba desempeñando. El no le pedia otra cosa al movimiento sino que le levantase lo bastante para que él pudiera dominarle en seguida.

Casóse al cabo de poco con la hija de un botillero, que con su cariño fué apartándole poco á poco de la vida desordenada que habia tenido de soltero, logrando que su conducta mejorase sensiblemente y extinguiendo en él todas las pasiones, excepto la de la ambicion de un gran destino. Vivía Danton en un cuartito retirado y en una estudiosa medianía, sin recibir en su casa sino un corto número de amigos, admiradores de su talento y unidos á su fortuna. Los que asistian con más frecuencia á aquella modesta habitacion eran Camilo Desmoulin, Petion y Brune. De sus conciliábulos salia la señal para todas las grandes conmociones. El oro que prodigaba la corte secretamente para obtener los fines que se proponia fué á tentar al jefe de la juventud revolucionaria, que no lo rehusó y supo hacerle servir para excitar y calmar á la vez las agitaciones de la opinion. De este matrimonio tuvo dos hijos que quedaron huérfanos casi en la cuna, y que en cuanto murió tomaron posesion de aquella módica herencia, que consistia en la hacienda de que hemos hablado anteriormente. Estos dos hijos de Danton, asustados del ruido que ha metido su apellido, viven aún retirados en una casa de campo que cultivan por sus propias manos, reuniendo en sí, en una honrada y laboriosa oscuridad, toda la fama de su padre. Semejantes al hijo de Cromwell, han preferido vivir ignorados á brillar tan fatal y borrascosamente como habia vivido aquél, manteniéndose célibes para que su apellido concluya en ellos.

En la época de que ibamos hablando hace poco, Danton, á quien sus instintos ambiciosos revelaban el próximo cambio de fortuna de los girondinos, trataba de adherirse á este nuevo partido y de darle la impresion de su valor é importancia. Madama Roland le acariciaba, pero con aquel temor y repugnancia con que se hace fiestas á un leon.

VI

En tanto que los girondinos avivaban la ira del pueblo contra el rey, daban principio las hostilidades en Bélgica por unos reveses que, aunque se achacaban á la corte, eran debidos á las tres causas que dirémos: primera, la indecision de los generales, que no supieron dar á sus tropas ese ímpetu que hace huir á las masas y que intimida á los que las resisten; segunda, la desorganizacion de los ejércitos,

á quienes la emigracion habia arrebatado sus antiguos oficiales, y que todavia no tenian suficiente confianza en los nuevos; tercera y última, la indisciplina que los clubs y los jacobinos fomentaban en los cuerpos, y que es el elemento principal de las revoluciones. Un ejército que discute es igual á una mano que quisiese pensar.

Lafayette, en vez de marchar desde luégo sobre Namur, segun disponia el plan de Dumouriez, perdió un tiempo precioso en reunir y organizar su ejército en Givet y en el campo de Ransenne. Lafayette, en vez de dar á los demas generales que estaban como él en primera linea el ejemplo y la señal de la victoria ocupando á Namur, recorrió el país con diez mil hombres, dejando el resto de sus fuerzas acantonadas en Francia, y replegándose al saber las derrotas sufridas por Biron y por Teobaldo Dillon. Estas derrotas fueron vergonzosas para nuestras tropas, pero parciales y pasajeras, y deben achacarse á la sorpresa de un ejército no acostumbrado aún á la guerra, que se asustaba al tener que lidiar contra toda Europa, pero que no tardó en hacerse aguerrido, como le sucede en campaña á todo soldado bisoño.

El duque de Lauzun, segundo de Lafayette, era conocido bajo el nombre de general Biron. Este cortesano jóven, hermoso y caballero se habia pasado con sinceridad al partido del pueblo, y dotado de aquella jovialidad intrépida que juega con la muerte, llevaba el honor aristocrático á las filas republicanas. Amado de los soldados, adorado de las mujeres, familiar en su trato en los campos, y cortesano galante, pertenecia á aquella escuela de vicios ruidosos de que el mariscal Richelieu habia sido tipo en Francia en sus tiempos. No faltaba quien dijese que la reina le habia amado, y que no habia podido fijar su inconstancia. Amigo del duque de Orleans y compañero de sus desórdenes, jamás se habia unido á él para conspirar, porque odiaba la perfidia y detestaba toda bajeza. Este personaje adoptaba la revolucion como una idea noble de la que queria ser soldado voluntario, pero nunca cómplice. No hizo traicion al rey, y siempre conservó cierta compasiva ternura hácia la reina. Apasionado por la filosofía y por la libertad, en vez de fomentar ambas cosas en las facciones, las defendia en la guerra, trocando su adhesion á los reyes en una adhesion leal á la patria. Esta noble causa y las tristezas trágicas de la revolucion dieron á su alma un temple varonil y le hicieron combatir y morir con la conciencia de un héroe.

Hallábase acampado con diez mil hombres en Quievrain, desde cuyo punto se dirigió contra el general austriaco Beaulieu, que ocupaba las alturas de Mons con un corto ejército. Dos regimientos de dragones que formaban la vanguardia de Biron, sobrecogidos de un terror pánico en cuanto descubrieron al enemigo, empezaron á dar el grito de traicion, y por más esfuerzos que hicieron los oficiales para contenerlos, no pudieron impedir que volbiesen grupas y que sembrasen el miedo y el desorden en todas las demas columnas. Todo el ejército se desbandó y siguió maquinalmente á los fugitivos. Biron y sus ayudantes de campo se lanzaron en medio de aquellos soldados por ver si podian detenerlos y hacer que volbiesen á entrar en formacion; pero fueron atropellados y pisoteados por ellos, y áun les dispararon algunos tiros. La caja militar y el equipaje del general, todo fué saqueado por los fugitivos.

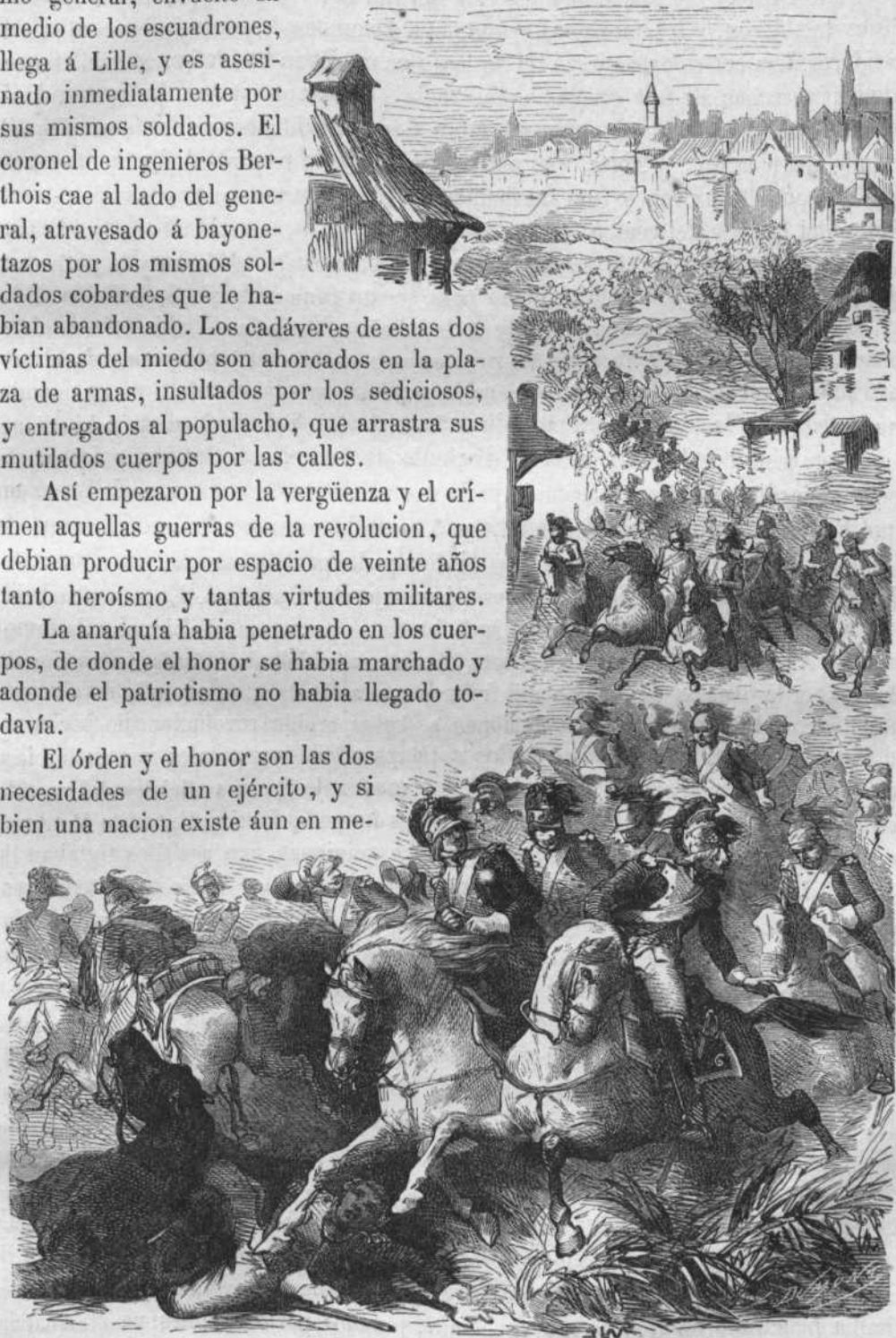
Miéntas esta derrota sin combate cubria de humillacion al ejército frances en Quievrain, al empezar las operaciones, nuevos asesinatos ensangrentaban nuestra bandera en Lille. El general Dillon habia salido de este punto con tres mil hom-

bres, dirigiéndose sobre Tournay. A poca distancia de aquella ciudad, el enemigo aparece en la llanura en número de novecientos hombres. Sin más que verle, da nuestra caballería el grito de traicion, atropella la infantería y huye hasta Lille sin que nadie la persiga, dejando abandonada la artillería, los carros y bagajes. El mismo general, envuelto en medio de los escuadrones, llega á Lille, y es asesinado inmediatamente por sus mismos soldados. El coronel de ingenieros Berthois cae al lado del general, atravesado á bayonetazos por los mismos soldados cobardes que le habían abandonado. Los cadáveres de estas dos víctimas del miedo son ahorcados en la plaza de armas, insultados por los sediciosos, y entregados al populacho, que arrastra sus mutilados cuerpos por las calles.

Así empezaron por la vergüenza y el crimen aquellas guerras de la revolucion, que debian producir por espacio de veinte años tanto heroísmo y tantas virtudes militares.

La anarquía habia penetrado en los cuerpos, de donde el honor se habia marchado y adonde el patriotismo no habia llegado todavía.

El órden y el honor son las dos necesidades de un ejército, y si bien una nacion existe aún en me-



Pánico de los dragones delante de Mons.—Pág. 376.

dio de la anarquía, los ejércitos perecen en cuanto se introduce en ellos la indisciplina y la insubordinación.

VII

Todo París se consternó al saber esta noticia, la Asamblea se turbó, los girondinos temblaron, y los jacobinos empezaron á vomitar imprecaciones contra los traidores. Las cortes extranjeras no dudaron ya que iban á triunfar, con sólo hacer algunas marchas, de una revolucion que tenia miedo de su sombra. Lafayette, aunque intacto, se retiró prudentemente sobre Givet. Rochambeau hizo dimision del mando del ejército del Norte, y el mariscal Luckner le reemplazó. Lafayette, aunque descontento al ver lo que acabamos de decir, permaneció, sin embargo, al frente del ejército del centro.

Tenia Luckner más de setenta años, pero conservaba el fuego y la actividad del guerrero, faltándole sólo el genio para ser un gran general. Se le habia dado tal reputacion que no habia otra que se le igualase, en lo cual habia más condescendencia que verdad. Para un general es una ventaja en cualquier país el ser extranjero, porque nadie le envidia, se le perdona su superioridad, y aún cuando no la tenga, se le supone para perjudicar á sus rivales. Tal era el estado del anciano Luckner. Este hombre era alemán, discípulo de Federico el Grande, y como jefe de vanguardia se habia distinguido en la guerra de los Siete años, en la época en que Federico cambiaba el modo de hacerla creando su nueva táctica. El duque de Choiseul quiso quitar á Prusia un general de aquella grande escuela, para que enseñase el arte moderno de los combates á los generales franceses. En consecuencia, habia arrancado á Luckner de su patria á fuerza de promesas, de bienes y de honores. La Asamblea nacional, por respeto á la memoria del rey filósofo, habia dejado á Luckner la pension de sesenta mil francos que se le daba ántes de la revolucion. Luckner, indiferente á las constituciones, se habia creído revolucionario por reconocimiento, y era casi el único de los antiguos oficiales generales que no hubiese emigrado. Rodeado de un brillante estado mayor de jóvenes oficiales del partido de Lafayette, entre los que se contaban Cárlos Lameth, Jarri y Mateo de Montmorency, creía buenamente que eran suyas las opiniones que aquéllos trataban de infundirle. El rey le acariciaba, la Asamblea le adulaba y el ejército le tenia respeto. La nacion veía en él el genio misterioso de la antigua guerra que venía á dar lecciones de victoria al patriotismo inexperto de la revolucion, ocultando infinitos recursos bajo la aspereza de su frente y el oscuro germanismo de su lengua. En todas partes le tributaban homenajes como al dios desconocido. Ni merecia éstos ni los ultrajes de que más tarde se le llenó. Este hombre no era más que un valiente soldado, que estaba tan fuera de su centro en las cortes como en los clubs. Un cuanto tiempo fué el ídolo, y despues se convirtió en juguete de los jacobinos, que le llevaron finalmente al cadalso, sin que él mismo pudiese comprender ni su popularidad ni su crimen.

Berthier, que fué luégo el brazo derecho de Napoleon, era entónces jefe de estado mayor de Luckner. Este general habia concebido, en fuerza del instinto de la guerra, el plan atrevido de Dumouriez, y á la cabeza de veintidos mil hombres habia penetrado en Courtray y en Menin, pueblos pertenecientes ya al Austria. Biron y Valence, sus dos tenientes, le instaban á que permaneciese allí, y Dumou-

riez le decia lo mismo en sus cartas. Al llegar á Lille, supo Dumouriez que Luckner habia retrocedido de repente hácia Valenciennes, despues de haber quemado los arrabales de Courtray, dando con esto en todas nuestras fronteras la señal de la indecision y de la retirada.

Las poblaciones belgas, comprimidas en su ímpetu por aquellos desastres ó por la timidez de Francia, perdian la esperanza é iban doblándose bajo el yugo austriaco. En las fronteras iba creciendo la alarma y estrechándose todo cada vez más. El general Montesquiou reunia á duras penas el ejército del Mediodía. El rey de Cerdeña agrupaba fuerzas considerables sobre el Var. La vanguardia de Lafayette, apostada en Gliswel, á una legua de Maubeuge, era batida por el duque de Saxe-Teschen, que tenia á sus órdenes doce mil hombres, y el duque de Brunswick se disponia á invadir la Champaña. La emigracion se llevaba los oficiales y la deserccion diezaba nuestros soldados. Los clubs trabajaban para que se desconfiase de los que mandaban nuestras plazas fuertes. Los girondinos incitaban al motin, los jacobinos introducian la anarquía en el ejército, los voluntarios no se levantaban, el ministerio era nulo, y el comité austriaco de las Tullerías estaba en correspondencia con las potencias, no para vender la nacion, sino para salvar las vidas del rey y de su familia.

Un gobierno sospechoso, una Asamblea hostil, unos clubs sediciosos, una guardia nacional acobardada y privada de su jefe, un periodismo incendiario, unas conspiraciones sordas, una municipalidad facciosa, un corregidor que conspiraba, un pueblo receloso y hambriento, un Robespierre y un Brissot, un Vergniaud y un Danton, es decir, los girondinos y los jacobinos unos frente de otros, disputándose la misma presa, que era la monarquía, y rivalizando en demagogia por captarse el favor del pueblo; tal era el cuadro que ofrecia Francia dentro y fuera de ella en el momento precisamente en que una guerra extranjera iba á apurarla por todas partes y á hacer que estallasen en ella nuevos crímenes al par de brillantes hazañas. Los girondinos y jacobinos, unidos por un momento, suspendian su animosidad como para derribar en competencia la débil Constitucion que los separaba. El paisanaje, personificado en los fuldenses, en Lafayette y en la guardia nacional, era el único que permanecia adicto á la Constitucion. La Gironda reclamaba el apoyo del pueblo contra el rey desde lo alto de la tribuna, así como andando el tiempo debia reclamar inútilmente su favor para salvar á aquel desventurado monarca de manos de los jacobinos. Brissot, Roland y Petion sublevaban esas capitales de la miseria y de la sedicion conocidas bajo el nombre de arrabales, con el intento de dominar con ellos la ciudad. Cuantas veces se remueve hasta en sus últimos cimientos á un pueblo encenagado por largo tiempo en la ignorancia, salen de allí monstruos y héroes, prodigios de crimen y prodigios de virtud. Esto es lo que iba á verse aparecer bajo la conjuracion aunada de los girondinos y demagogos.

LIBRO DIEZ Y SEIS.

El poder pasa á manos del Común de Paris.—Petion.—Su popularidad.—Carácter de las facciones.—Hombres que las fomentan.—Reunion de Charenton.—Ataque resuelto contra palacio.—Jornada del 20 de Junio.—El pueblo que ha salido de la plaza de la Bastilla va engrosándose en su marcha.—Sus jefes: Santerre, Saint-Huruge, Theroigne de Mericourt.—Cuadro de esta sublevacion popular.—La Asamblea permite á los conjurados que desfilen armados delante de ella.—Suspende su sesion.—Tropas colocadas en los patios de las Tullerías.—Caballeros que llegan á palacio.—El rey manda abrir las puertas.—Petion, corregidor de Paris, se oculta por evitar su responsabilidad.—Los sublevados en las Tullerías.—Adhesion de madama Isabel.—El rey obligado á ponerse el gorro encarnado.—La reina y sus hijos en medio de los insurrectos.—La Asamblea continúa su sesion.—Impotencia de este cuerpo para contener las masas.—Petion vuelve á las Tullerías y por fin dispersa á los sediciosos.—Los marseleses en Paris.—Su cancion guerrera.—El pueblo sale á recibirlos.—Origen de la *Marselesesa*.

I

A medida que el poder arrancado al rey por la Asamblea iba siendo menor de dia en dia, se aumentaba el del Común de Paris. La municipalidad, primer elemento de las naciones al tiempo de constituirse, es tambien el último asilo de la autoridad cuando aquéllas se descomponen. El poder, ántes de caer en manos de la plebe, se detiene un momento en el Consejo municipal. La casa de la ciudad se habia convertido en palacio del pueblo, en donde, despues de Lafayette y Bailly, reinaba ahora Petion, que era el verdadero rey de Paris. El populacho, que posee el instinto de las situaciones, le llamaba el *rey Petion*. Este hombre habia adquirido su popularidad en un principio por sus virtudes privadas, que el pueblo confunde siempre con las públicas, y luégo con sus discursos democráticos en la Asamblea constituyente. El hábil equilibrio en que tenia en los Jacobinos á los girondinos y á Robespierre le habia hecho hombre respetable é importante. Amigo á un mismo tiempo de Roland, de Robespierre, de Danton y de Brissot, sospechoso de estar en relaciones demasiado íntimas con madama de Genlis y con el partido orleanista, cubrióse siempre, sin embargo, con el velo de su adhesion al órden legal y de una supersticion constitucional. De esta suerte aparecia cual si reuniese en sí todos los títulos que debian hacerle digno de la estimacion de los hombres de bien y de las consideraciones de los facciosos; pero el mejor título suyo consistia en su medianía. Preciso es confesar que ésta es casi siempre el sello de aquellos ídolos del pueblo. Bien sea porque la multitud, mediana en sí misma, no guste sino de aquello que se le parece, ó porque los hombres contemporáneos no puedan por envidia elevarse hasta hacer justicia á los grandes caracteres y las grandes virtudes, bien porque la Providencia, que distribuye los dones y las facultades con medida, no permita que un solo hombre reuna en sí en un pueblo libre las tres irresistibles fuerzas de virtud, genio y popularidad, bien, finalmente, porque el favor constante de la multitud

sea una cosa de tal naturaleza que su precio exceda mucho á su valor á los ojos de los hombres verdaderamente virtuosos, que conocen que es preciso ser demasiado bajo para obtenerle y demasiado débil para conservarle, ello es que el pueblo no idolatra jamás siñó á las medianías. Petion no era el rey del pueblo sino á condicion de permitirle todos los excesos que quisiera cometer. Sus funciones de corregidor de Paris, en una época de revueltas, le ponian en continuo contacto con el rey, con la Asamblea y con los amotinados. Así es que hacia frente al rey, halagaba á la Asamblea y moderaba el crimen. Inviolable como la capital, personificada en él por su título de primer magistrado del Comun, su dictadura invisible consistia en su inviolabilidad, de la que usaba con respetuosa audacia respecto al rey, inclinándola ante la Asamblea y poniéndola á los piés de los sediciosos. En sus reconvencciones oficiales á los amotinados se veia siempre alguna excusa del crimen, y en todas ellas se notaba cierta condescendencia hácia los culpables, que equivalia á animar á los ciudadanos extraviados á que siguiesen en sus extravíos. El pueblo le amaba como la anarquía ama á la debilidad, y sabia que con aquel hombre podia hacer cuanto se le antojase. Como corregidor tenia en su mano la ley, como hombre tenia la indulgencia en los labios y la connivencia en el corazon. Un magistrado de esta naturaleza era lo que convenia á los sediciosos de los arrabales para dar sus golpes. Petion dejaba que los fuesen preparando, haciendo como que no los veia, y los legalizaba cuando se habian verificado.

Las relaciones que habia tenido con Brissot desde su infancia le habian acercado á madama Roland. El ministerio de que éste fué miembro le obedeció más que al mismo rey; asistia á sus conciliábulos, reinaba bajo su nombre, y aunque la caida de aquel ministerio no le derribaba á él, arrancábale, sin embargo, el poder ejecutivo. Los girondinos que habian sido expulsados no necesitaban inspirar su sed de venganza en el alma de Petion. No pudiendo éste conspirar ya legalmente contra el rey en union de sus ministros, restábale aún conspirar en union de las facciones contra las Tullerías. Guardia nacional, pueblo, Jacobinos, Franciscanos, arrabales, y finalmente la ciudad, todo esto estaba en sus manos. Petion podia dar la sedicion á la Gironda para que ella ayudase á aquel partido á reconquistar el ministerio, y se la dió con todas sus contingencias y con todos los crímenes que ella es capaz de abrigar en su seno. Entre estas contingencias estaba la del asesinato del rey y de su familia. Este acontecimiento estaba aceptado de antemano por los que provocaban la reunion de las masas para invadir el palacio de las Tullerías. Quizá ni los girondinos, ni los orleanistas, ni tampoco los anarquistas ni los republicanos pensaban en cometer este crimen, pero todos le consideraban como una eventualidad de la fortuna. Petion, que tampoco lo queria probablemente, lo arriesgó al ménos, y si su intencion fué inocente, su temeridad fué un asesinato. Y en verdad, ¿qué distancia habia entre los hierros de veinte mil picas y el corazon de Luis XVI? Ninguna. Petion no entregó las vidas del rey y de su familia, pero las jugó á la suerte.

La guardia constitucional del rey acababa de ser licenciada ignominiosamente por los girondinos. Su jefe, el duque de Brissac, habia sido citado ante el tribunal de Orleans por un supuesto complot, á pesar de que nada tenia contra sí sino un honor y una fidelidad al soberano, que no era ignorado de nadie, así como tampoco se ignoraba que aquél habia jurado morir como soldado fiel en defensa de su

señor y amigo. Brissac pudo muy bien escapar, y el rey le aconsejó que lo hiciese, pero él no quiso seguir sus consejos. «Si huyo,—respondió á las repetidas instancias del rey,—creerán que soy culpable y que V. M. es cómplice mio, y mi fuga será un motivo más para acusar á V. M. ¡Prefiero morir!» Salió, pues, para Orleans, pero no fué juzgado por aquel tribunal, sino asesinado en Versalles el 6 de Setiembre. Su cabeza, enteramente cana, fué puesta en una de las verjas de palacio. ¡Burla impía y atroz si se trató de manifestar con ella aquella fidelidad caballeresca con que guardaba, áun despues de muerto, la puerta del palacio de sus reyes!

II

Las primeras insurrecciones de la revolucion eran unos movimientos espontáneos del pueblo, en los que estaban siempre el rey, la corte y la nobleza en una parte, y en otra la nacion. Estos dos partidos, colocados uno enfrente de otro, chocaban mutuamente por el solo impulso de las ideas de encontrados intereses. Una palabra, un gesto, una casualidad, una reunion de tropas, un dia de escasez ó un orador vehemente que arengase á la multitud en el Palacio Real, eran causas suficientes para arrastrar las masas á amotinarse, ó para hacerlas marchar sobre Versalles. El espíritu de sedicion se confundia con el de revolucion, y todo el mundo era entónces faccioso, soldado y jefe. La pasion pública éra la que daba la señal de acometer, y la casualidad la que se apoderaba del mando.

Despues que la revolucion estaba formada y que, jurada la Constitucion por ambas partes, imponia á los partidos un órden legal, las cosas sucedian de otra manera muy distinta. Las sublevaciones populares, en vez de ser unas agitaciones pasajeras, eran efecto de un plan bien combinado. Organizadas las facciones, tenian entre los ciudadanos su partido, sus clubs, sus reuniones, y finalmente su ejército y su santo y seña para conocerse. Hasta la misma anarquía se habia disciplinado, y en medio de un desórden únicamente aparente, habia una mano oculta que la dirigia y animaba sin saberlo ella misma. A la manera que un ejército tiene jefes conocidos, los barrios y las secciones de Paris tenian sus cabecillas, que eran obedecidos ciegamente. Unas popularidades secundarias inveteradas ya en la ciudad y en los arrabales, habian sucedido á las grandes popularidades nacionales de Mirabeau, de Lafayette y de Bailly. El pueblo tenia fe en tal ó cual nombre, confiaba en éste ó en el otro brazo y se apasionaba por tal ó cual rostro, al que, sin más razon que ésta, concedia todo su favor. Cuando estos hombres se dejaban ver, hablaban ó marchaban, el pueblo marchaba tras ellos sin saber siquiera adónde le arrastraba aquella multitud. Bastábales á estos jefes indicar una reunion, esparcir un terror pánico, valerse de una patraña para excitar la ira del pueblo, ó decir que esta ó aquella cosa era contraria á la libertad, para que aquellas ciegas masas se hallasen dispuestas á obrar en el sitio que se les designase.

Era éste por lo comun el que ántes ocupaba la Bastilla, monte Aventino del pueblo y campamento nacional en que aún se hallaban esparcidas las piedras de que se habia compuesto aquel edificio, como para recordar al pueblo su antigua esclavitud y su fuerza presente. Entre todos los agitadores de los arrabales, el más temible era Danton, pues si bien Camilo Desmoulins era tan osado como él para concebir, lo era mucho ménos para ejecutar. La naturaleza, que habia dado á este





SANTERRE.

jóven la inquietud y la audacia necesarias para sublevar las masas, le habia negado el exterior y el caudal de voz que para ello se requiere. El pueblo no se paga del talento de los hombres, y una elevada estatura y una voz sonora y fuerte son las únicas condiciones indispensables para ser el favorito de la multitud. Camilo Desmoulins era pequeño, delgado y de débil voz, lo cual le hacía aparecer á los ojos del pueblo como si anduviese á gatas detras de Danton. La voz de éste se asemejaba al rugido de las turbas irritadas.

Petion poseia en alto grado la estimacion de los anarquistas, pero su legalidad oficial le dispensaba de fomentar abiertamente el desórden, al cual contribuía sin embargo en gran manera con su complicidad en él, sin la cual hubiera sido imposible hacer nada. Tras estos hombres venía Santerre, comandante del batallon del arrabal de San Antonio. Era Santerre hijo de un cervecero flamenco, oficio que tambien era el suyo, y uno de aquellos hombres á quienes el pueblo comprende porque son pueblo, y á quienes respeta porque son ricos; especie de aristócratas de barrio, á quienes se perdona su fortuna en gracia de la familiaridad con que tratan y se dejan tratar de todos sus vecinos. Conocido de los jornaleros porque empleaba á muchos de ellos en su cervecería, y conocido tambien de la multitud que acudia los domingos á beber cerveza ó vino en los varios establecimientos de Santerre, era éste ademas un almacén inagotable de socorros y de víveres para los infelices. En una de las épocas de hambre que sufrió Paris, distribuyó él solo por valor de trescientos mil francos de pan; de suerte que este hombre habia comprado su popularidad con sus beneficios. Ademas, la habia conquistado con su valor en la toma de la Bastilla, y la prodigaba siendo el primero en presentarse en todas las conmociones de las plazas públicas. Santerre era de la raza de aquellos cerveceros belgas que embriagaban al pueblo de Gante para insurreccionarle.

El carnicero Legendre, que era á Danton lo que éste á Mirabeau, es decir, un grado descendente en el abismo de la sedicion, habia sido marinero diez años, y tenia las costumbres ásperas y feroces de las dos profesiones que habia ejercido. Mezclado desde el año 89 en todos los movimientos revolucionarios, habia llegado á adquirir cierta autoridad, y aunque de frente altiva y sin respirar en sus palabras sino muerte, el fondo de su corazon no era tan malo como aparentaba exteriormente. Este hombre habia fundado bajo la direccion de Danton el club de los Franciscanos, aquel club de los golpes de mano, así como el de los Jacobinos era el de las teorías radicales. Conmovíale Legendre con su elocuencia, y siempre dispuesto á herir lo mismo que á hablar, el gesto y la accion de Legendre mataban ántes de abrir la boca. Inculto y salvaje, se comparaba él mismo al campesino del Danubio, y el nombre que más le convenia era el de *la maza* de Danton. Huguenin era uno de esos hombres que andan errantes de profesion en profesion, dispuestos á lanzarse en cualquier partido en épocas como la de que vamos tratando, pero que no se fijan en ninguna parte. Habia sido éste abogado, pero fué expulsado de la corporacion; despues sentó plaza, luégo fué empleado en puertas, y descontento en todas partes y aspirando al poder, sólo con el objeto de hacer fortuna, su integridad era muy sospechosa. A estos hombres deben agregarse los siguientes: Alejandro, comandante del batallon de los Gobelinos, héroe de arrabal y amigo de Legendre; Marat, conspiracion andando, que no salia hasta la noche de su subterráneo, verdadero profeta de la demagogia, sediento de alborotos y de sangre, que

llevando el odio de la sociedad hasta el delirio, se gloriaba de tener tales ideas, que representaba voluntariamente el papel de loco del pueblo, así como otros habian desempeñado en las cortes el de locos del rey; Dubois-Crancé, militar instruido y valiente; Brune, cuya espada estaba al servicio de los conspiradores; Momoro, impresor, ebrio de filosofía; Dubuisson, literato oscuro á quien los silbidos del teatro habian lanzado en la intriga política; Fabre d'Eglantine, poeta cómico que ambicionaba otra tribuna; Chabot, capuchino que habia adquirido un genio áspero en el claustro, y que ardía en deseos de vengarse de la supersticion que le habia encerrado allí; Lareynie, sacerdote soldado; Gonchon y Duquesnois, amigos de Robespierre; Carra, periodista girondino; un italiano llamado Rotondo; Hanriot, Sillery, Louvet, Lacroix, y finalmente, Barbaroux, emisario de Brissot y de Roland. Todos estos hombres fueron los principales promotores del motin de 20 de Junio.

III

La reunion se verificó en una casa aislada de Charenton, para deliberar en el silencio de la noche sobre el pretexto, el plan y la hora de la insurreccion. Las pasiones eran muy distintas, pero la impaciencia de todos era la misma. Los unos querian solamente asustar, los otros querian herir; pero todos querian y estaban acordados en que era necesario obrar. Fácil es figurarse que en una reunion presidida por Danton no habria grandes escrúpulos, y que una vez lanzado el pueblo, se detendria donde quisiese el destino. Los discursos estaban de más en donde no habia sino una sola alma y en donde todos se entendian sólo con mirarse. Un apretón de manos, una mirada de inteligencia ó un gesto significativo, constituyen toda la elocuencia de los hombres de accion. En dos palabras indicó Danton el objeto que se proponia, Santerre los medios, Marat la atroz energía con que debia llevarse á cabo, y Camilo Desmoulins, con su cínica alegría, habló del movimiento proyectado para inspirar á sus asociados lo que ellos estaban decididos á hacer, que era lanzarse á las calles á la cabeza de las masas, para arrastrar al pueblo á que les secundase en su empresa, ó por mejor decir, para intimidarle con sus feroces aullidos. Desplegóse sobre la mesa el mapa revolucionario de Paris, y Danton trazó en él las fuentes, los afluentes, el curso y el punto de reunion de los grupos.

La plaza de la Bastilla, inmensa encrucijada en la que desembocaban á manera de rios las populosas calles del arrabal de San Antonio, que por el barrio del Arsenal y por un puente se une al arrabal de San Marcelo, en el que habia hasta doscientos mil obreros, y por la parte del baluarte abierto delante de la antigua fortaleza tiene un camino espacioso que va á parar al centro de la ciudad y á las Tullerías, fué el sitio designado para la reunion de los grupos y punto de partida de las columnas, que debian dividirse en tres cuerpos. El objeto ostensible de aquel movimiento era el presentar una peticion á la Asamblea y al rey contra el *вето* puesto al decreto relativo á los sacerdotes y al de la formacion del campamento de los veinte mil hombres. La contraseña era pedir que volviesen al ministerio los patriotas Roland, Servan y Claviere; el efecto que se proponian sacar de esta intentona los conjurados era infundir terror al pueblo de Paris y al palacio de las Tullerías. La ciudad aguardaba esta visita de los arrabales en razon á haberse celebrado el dia anterior en los Campos Eliseos un banquete de quinientos cubier-



El general Dillon y el coronel Berthois asesinados en Lille.—Pág. 377.

los. El jefe de los confederados de Marsella y los agitadores de los barrios del centro habían fraternizado en aquella comida con los girondinos, y el cómico Dugazon había cantado en ella una canción amenazadora contra el rey. Este había oído desde la ventana de su cuarto los aplausos y los cánticos siniestros, cuyos ecos llegaban hasta el palacio de las Tullerías.

En cuanto al orden de la marcha, emblemas grotescos, armas extrañas, trajes asquerosos y banderas sangrientas, que debían señalar la aparición de aquel ejército de los arrabales en las calles de la capital, nada prescribieron los conjurados, porque en casos semejantes, el desorden y el horror formaban parte del programa. En este particular lo dejaban todo en manos de la inspiración desordenada de la turba, y en las de aquella rivalidad de cinismo que se establece por sí misma en semejantes aglomeraciones de hombres. Danton sabía todo esto muy bien, y contaba con ello.

Aunque la presencia de Panis y de Sergent, individuos del ayuntamiento, daba á este plan la sanción tácita de Petion, los agitadores se encargaron de ir avisando en secreto á los sediciosos, y hacer pasar los primeros grupos del cuartel de San Marcelo y del Jardín de Plantas al otro lado del Arsenal en una barca que servía únicamente entonces para la comunicación entre los dos arrabales. Esto debía eje-

cutarse á favor de las sombras de la noche y dividiendo los grupos en pequeños pelotones para hacerles pasar el rio en la única barca que habia, como acaba de decirse. Lareynie se encargó de sublevar el arrabal de Santiago y el mercado de la plaza Maubert, que es donde las mujeres del pueblo van á hacer diariamente la compra. Vender y comprar es la vida del pueblo bajo; el dinero y el hambre son sus dos pasiones. El pueblo es tumultuoso principalmente en estas plazas, en donde aquellas dos pasiones le condensa. En ningun punto se reune la sedicion con más celeridad ni en mayor número que en semejantes sitios.

El tintorero Malard, el zapatero Isambert y el curtidor Gibon, artesanos ricos y acreditados, eran los encargados de hacer salir de las calles sombrías y fétidas del arrabal de San Marcelo su vecindario indigente y tímido, que rara vez aparece en medio del dia en los barrios principales. Alejandro, tribuno militar de aquel mercado de Paris y jefe de uno de los batallones, debia ponerse á la cabeza del de su mando ántes de amanecer, para reunir los grupos y darles en seguida direccion y movimiento hácia los malecones y hácia el palacio de las Tullerías. Varlet, Gonchon, Ronsin y Siret, tenientes de Santerre, ejercitados en esta táctica de los movimientos populares desde las primeras agitaciones del año 89, estaban encargados de otras maniobras análogas en el arrabal de San Antonio. Las calles de este barrio, llenas de talleres, de fábricas, de tabernas y de despachos de cerveza, verdaderos cuarteles de la miseria, del trabajo y de la sedicion, que llegan desde la Bastilla hasta la Roquette y Charenton, contenian por sí solas todo un ejército de invasion contra Paris.

Tres años hacía que este ejército conocia á sus jefes. Estos se apostaban á la entrada de las principales encrucijadas á la hora en que los artesanos salen de sus talleres, tomaban una silla y una mesa en el bodegon más inmediato y afamado, y puestos de pié sobre aquellas tribunas de Baco, llamaban por sus nombres á algunos de los transeuntes y les hacian formar corro en torno suyo. Estos detenian á los demas, el paso quedaba obstruido, y la reunion iba creciendo cada vez más, con todos los hombres, mujeres y niños á quienes una curiosidad tonta, ó si se quiere pueril, hace acudir á cualquier punto en donde se ven unas cuantas personas reunidas. El orador peroraba entónces á la multitud, y el vino ó la cerveza circulaba gratuitamente alrededor de la mesa. Los textos habituales de estas arengas eran la cesacion del trabajo, la escasez de numerario, la carestía del pan, las intrigas de los aristócratas para sujetar por hambre á Paris, las *traiciones* del rey, las *orgías* de la reina, y la precision en que se hallaba la nacion de desbaratar los complots de una corte vendida al Austria. Una vez comunicada la agitacion hasta hacerla llegar á una especie de frenesí, la voz de *¡Vamos!* salia de aquellos inmensos grupos, que dividiéndose, marchaban al mismo tiempo por aquellas calles en cien direcciones distintas. A las pocas horas, innumerables masas de trabajadores de los cuarteles de Popincourt, de los Quinze-Vingts, de la Greve, del puerto de Blé y del mercado de San Juan, desembocaban por la calle del arrabal de San Antonio y cubrian la plaza de la Bastilla, en la que se veian obligados á permanecer algun tiempo, porque era tal el gentío, que hasta al cabo de un rato era imposible abrirse paso. No era grande la detencion, y pronto aquel impulso recobraba toda su fuerza, y las columnas de amotinados se dividian instintivamente para engolfarse en las grandes bocacalles de Paris. Unas se adelantaban hácia el baluarte,

otras desfilaban por los malecones hasta el Puente Nuevo, donde se encontraban con los grupos de la plaza Maubert, hasta caer todos ellos, y los que se les agregaban en el camino, sobre el Palacio Real y el jardin de las Tullerías.

Esta fué la maniobra dispuesta y encargada á los agitadores de los distintos barrios para la noche del 19 de Junio. Los principales motores se separaron despues de haber convenido en que era preciso *concluire de una vez con el palacio*, palabras que dejaban al movimiento del dia siguiente toda la vaguedad de la esperanza, y que sin mandar el último crimen, autorizaban á cometer los mayores excesos.

IV

Tal fué la reunion de Charenton, tales eran los hombres invisibles que iban á imprimir el movimiento á cien mil ciudadanos. Laelos y Sillery, que buscaban en este motin un trono para su amo el duque de Orleans, ¿prodigaron el oro en esta ocasion para salir con su intento? Así se ha dicho, así se ha creido tambien, pero jamás se ha probado. Su presencia en aquel conciliábulo es un indicio vehemente contra ellos; mas aunque sea permitido á la historia sospechar sin evidencia, jamás le es permitido acusar sin tener pruebas en que fundar su acusacion. El asesinato del rey al dia siguiente ponía la corona en las sienes del duque de Orleans. Luis XVI pudo ser asesinado por un borracho, y sin embargo, no lo fué, y ésta es la única justificacion del partido orleanista. Entre aquellos hombres, unos eran malvados, como Marat y Hebert; otros eran facciosos impacientes, como Barbaroux, Sillery, Laelos y Carra; otros finalmente, como Santerre, no eran más que unos ciudadanos fanáticos por la libertad. Los conspiradores ponían en movimiento y disciplinaban la ciudad al ponerse de acuerdo. Las pasiones perversas individuales inflamaban la gran pasion del pueblo por el triunfo de la democracia, á la manera que muchas veces en un incendio las materias más infectas avivan la hoguera. En este caso, el combustible es inmundo y la llama pura. La llama de la revolucion era la libertad; los facciosos podían hacerla más opaca, pero jamás que perdiese su pureza.

En tanto que los conspiradores de Charenton se repartían los papeles del nuevo drama que iban á representar, el rey temblaba en su palacio de las Tullerías, no tanto por sí como por su mujer y sus hijos. «¿Quién sabe—decía á Mr. de Malesherbes con una sonrisa melancólica—si yo veré mañana la salida del sol?»

Con sólo que Petion hubiese dicho una palabra á la municipalidad y á la guardia nacional que estaba á sus órdenes, indicando que era preciso resistir al movimiento, podía comprimirlo y hasta disolverlo. El directorio del departamento, presidido por el duque de Larochevoucauld, que despues fué asesinado, intimaba enérgicamente á Petion que cumpliera con su deber. Petion iba dando largas, se sonreía, respondía de todo y justificaba la legalidad de la reunion proyectada y de las peticiones presentadas por las masas á la Asamblea. Vergniaud rechazaba en la tribuna las alarmas de los constitucionales como unas calumnias contra la inocencia del pueblo. Condorcet se reía de las inquietudes manifestadas por los ministros, que se dirigían á la Asamblea pidiéndole fuerzas. «¿No es muy gracioso—decía á sus colegas—ver que el poder ejecutivo pide medios de accion á los legisladores? ¡Que se salve él mismo si puede, ése es su deber!» De esta manera iba

unida la burla á los complots que se tramaban contra el desventurado monarca. Los legisladores se burlaban de un poder desarmado por sus propias manos, y aplaudian á los facciosos.

Bajo estos auspicios se inauguró la jornada del 20 de Junio. En la noche del 19 al 20 se habia celebrado otro conciliábulo más secreto y ménos numeroso en casa de Santerre. Los hombres de accion eran los que habian asistido á él, y la reunion duró hasta medianoche. Desde allí cada uno fué al puesto que le estaba señalado, despertó y reunió á los hombres en quienes más confianza tenia, colocándolos despues en pequeños grupos para recoger á los trabajadores conforme fuesen saliendo de sus casas. Santerre habia respondido de la guardia nacional y habia dicho á los conspiradores: «No os dé cuidado esa fuerza, porque Petion estará allí».

En efecto, éste habia mandado el día ántes que los batallones de la guardia nacional se pusiesen sobre las armas, no para oponerse á la marcha de las columnas del pueblo, sino para fraternizar con los peticionarios y dar escolta á la sedicion. Esta medida equívoca salvaba á la vez la responsabilidad de Petion ante el directorio del departamento, y su complicidad ante el pueblo amotinado. Decia á los unos: «Estoy vigilando»; á los otros: «Ya veis que marchó en vuestra compañía».

Al amanecer, estos batallones, con las armas en pabellon, estaban reunidos en las principales plazas. Santerre arengaba al suyo sobre las ruinas de la Bastilla. A su alrededor afflúa continuamente un pueblo inmenso que, agitado é impaciente, estaba dispuesto á caer sobre la ciudad á la menor señal que se le diese para efectuarlo. Los harapos de la indigencia estaban mezclados allí con la brillante armonía de los uniformes. Unas patrullas compuestas de inválidos, de gendarmes, de guardias nacionales y de voluntarios comunicaban á la multitud las órdenes que recibian de Santerre. Una disciplina instintiva presidia aquel desórden, y el aspecto popular y militar á la vez de aquel campamento del pueblo, daba á la reunion el carácter de una expedicion militar, más bien que el de un motin. Aquella multitud reconocia á sus jefes, seguia sus banderas, obedecia su voz, ejecutaba cuanto se le mandaba, y hasta daba treguas á su impaciencia para aguardar refuerzos y para dar á los pelotones aislados la apariencia y el conjunto de unos movimientos simultáneos. Santerre, á caballo y rodeado de un estado mayor de hombres de los arrabales, daba sus órdenes, fraternizaba con los ciudadanos, alargaba la mano á los insurrectos, recomendaba al pueblo que guardase silencio y que se condujese con dignidad, y formaba muy despacio sus columnas de marcha.

V

A las once se puso el pueblo en movimiento en direccion al barrio de las Tullerías. Se ha calculado que fueron unos veinte mil hombres los que salieron de la plaza de la Bastilla, mandados por Santerre y demas principales jefes. Esta fuerza estaba dividida en tres cuerpos, del modo siguiente: el primero se componia de los batallones de los arrabales, armados con bayonetas y sables, y estaba á las inmediatas órdenes de Santerre; el segundo, compuesto de paisanos sin armas, cuando más con picas y palos, marchaba á las órdenes del demagogo Saint-Huruge; el ter-

cerro, mezcla confusa de hombres desharrapados, de mujeres y de niños, era una horda medio salvaje, que sin guardar ningun órden seguia á una mujer jóven y hermosa vestida de hombre que, sable en mano, con un fusil á la espalda, iba sentada en un cañon arrastrado por unos jornaleros con los brazos arremangados. Llamábase esta mujer Theroigne de Mericourt.

Santerre era conocido por el rey de los arrabales; Saint-Huruge era desde el



Luckner.

año 89 el gran agitador del Palacio Real. El marqués de Saint-Huruge, hijo de una familia noble y rica de Macon, era uno de esos alborotadores que parece personificar en sí las masas. De alta estatura y de aspecto marcial, su voz dominaba el rugido de la multitud. Su alma no era cruel, pero su cabeza no estaba enteramente sana. Demasiado aristócrata para tener envidia, harto rico para querer apoderarse de lo ajeno, demasiado ligero de cabeza para ser fanático por principios, se dejaba arrastrar por la revolucion como por una corriente impetuosa, y la amaba porque, habiendo en su movimiento algo de demencia, no podia ménos de serle agradable. Siendo aún muy jóven habia prostituido su nombre, su fortuna y su honor en el juego, en el trato con las mujeres perdidas y en todo género de disoluciones. Tanto en el Palacio Real como en los demas barrios de desórden, era célebre por sus escándalos y conocido de todo el mundo. Su familia le habia hecho encerrar en la

Bastilla, y cuando fué restituido á la libertad el 14 de Julio, como todos los demas, habia jurado vengarse, y cumplia su juramento. Cómplice voluntario é infatigable de todas las facciones, habia ofrecido sus servicios, sin exigir por ellos la menor recompensa, al duque de Orleans, á Mirabeau, á Danton, á Desmoulins, á los girondinos y á Robespierre, perteneciendo siempre al partido más avanzado y al motin más dispuesto á hacer daño. Despierto ántes de amanecer, presente á todos los clubs y rondando todas las noches, acudia á todas partes al menor ruido que oia, y aumentaba con su presencia el grupo más insignificante que se formase, tratando de arrastrarle á los excesos. Inflamábase con el ardor de la pasion comun, áun ántes de comprenderla, y su voz, su gesto y la descomposicion de sus facciones infundian la exaltacion en todo cuanto le rodeaba. Incitaba á voces á la sedicion, inoculaba la calentura en cuantos le escuchaban, electrizaba á las masas indecisas, formaba la corriente del motin ó le seguia, y puede decirse que este hombre era por sí solo una sedicion completa.

Despues de este hombre original seguia Theroigne ó Lambertina de Mericourt, jefe, como ya hemos dicho, del tercer cuerpo de ejército de los arrabales, y conocida del pueblo por la *Hermosa liejesa*. La revolucion francesa la habia atraido á Paris, á la manera que un torbellino arrastra los objetos que ofrecen poca resistencia. Un amor de que era víctima abandonada la habia arrojado en la carrera del vicio, y aunque se avergonzaba de su conducta, el desarreglo mismo de sus costumbres le infundia una continua sed de venganza. Hiriendo á los aristócratas creia rehabilitar su honor perdido, y de esta manera lavaba su deshonor con sangre.

Habia nacido esta jóven en el pueblo de Mericourt, á las inmediaciones de Lieja, y siendo sus padres unos labradores ricos, le habian hecho dar una esmerada educacion. Su rara hermosura cuando sólo contaba diez y siete años habia llamado la atencion de un caballero de las orillas del Rhin cuyo palacio estaba inmediato á la casa de esta jóven. Amada primero, y seducida y abandonada por él, habia desertado del hogar paterno y se habia refugiado en Inglaterra. A los pocos meses de su permanencia en Lóndres, se volvió á Francia, en donde, recomendada á Mirabeau, conoció por medio de éste á Sieyes, José Chenier, Danton, Ronsin, Brissot y Camilo Desmoulins. La juventud, el amor, la venganza y el continuo contacto con el foco de una revolucion habian acalorado su cabeza en términos que no podia vivir sino en medio de la embriaguez de las pasiones, de las ideas y de los placeres. En un principio, unida á los grandes innovadores del año 89, habia pasado desde sus brazos á los de unos ricos voluptuosos que pagaban muy caros sus encantos. Prostituta de la opulencia, se convirtió en prostituta voluntaria del pueblo, y á la manera de la célebre cortesana de Egipto, prodigaba á la libertad el oro adquirido por el vicio.

Desde las primeras sublevaciones se presentó en las calles, consagrando su belleza á servir de enseña á la multitud. Vestida de amazona con una tela de color de sangre, llevando un desmayo en el sombrero y armada de sable y pistolas, voló la primera á las insurrecciones. Tambien fué la primera en forzar las verjas del cuartel de los Inválidos para sacar de allí los cañones, y la primera igualmente en subir al asalto en la toma de la Bastilla. Entónces los vencedores le habian decretado un sable de honor en la misma brecha. En las jornadas de Octubre se habia puesto á la cabeza y habia conducido á Versalles á las mujeres de Paris. A caballo

y al lado del feroz Jourdan, á quien llamaban el *Hombre de la barba larga*, habia acompañado al rey á Paris, y habia seguido sin palidecer detras de las cabezas de los guardias de corps, puestas á manera de trofeos en las puntas de unas picas. Su palabra, aunque dejando percibir en ella un acento extranjero, tenia la elocuencia del tumulto y sobresalia en las borrascosas sesiones de los clubs y en medio del alboroto de las galerías en la Asamblea. Algunas veces arengaba en el club de los Franciscanos. Camilo Desmoulins habla del entusiasmo que excitó allí con una de sus improvisaciones. «Sus imágenes—dice—eran tomadas de Píndaro y de la Biblia, y su patriotismo era muy parecido al de Judit.» Esta mujer proponia que se edificase el palacio de la Representacion nacional en el mismo sitio en que habia estado la Bastilla. «Despojémonos,—dijo un dia,—para fundar y para embellecer este edificio, de nuestros brazaletes, de nuestro oro y de nuestros diamantes; yo soy la primera en dar el ejemplo.» Inmediatamente se quitó en la misma tribuna todo lo que habia dicho. Su ascendiente sobre las masas amotinadas era tal, que una señal suya condenaba ó absolvía las víctimas. Los realistas temian encontrarse con ella.

En aquella época, por una de esas casualidades que parecen unas venganzas premeditadas de la suerte, reconoció en Paris al jóven caballero belga que la habia seducido y abandonado. Este conoció en las miradas de aquella mujer el grave riesgo que corria, é imploró su perdon. «¡Mi perdon!—le contestó.—¿Y cómo podríais pagar mi perdida inocencia, mi honor manchado, las burlas insultantes que persiguen desde entónces á toda mi familia, la maldicion de mi padre, el destierro de mi patria, mi enganche en la infame casta de las prostitutas, la sangre con que mancho y mancharé mis manos, mi memoria execrada entre los hombres, y esta inmortalidad de maldicion que va unida á mi nombre, reemplazando á aquella inmortalidad de la virtud de que me enseñásteis á dudar? ¡Hé aquí lo que queréis comprar! ¿Conoceis acaso nada en la tierra que valga lo suficiente para indemnizarme de todo cuanto he perdido?» El culpado enmudeció, y ella no fué bastante generosa para perdonarle. Aquel caballero fué víctima en los asesinatos de Setiembre, y Theroigne de Mericourt se comprometió cada vez más en la revolucion á medida que ésta iba haciéndose más sanguinaria y feroz.

Esta mujer no podia ya vivir sino en medio del delirio de las emociones públicas. Despertóse en ella, sin embargo, su primer cultó por Brissot cuando cayeron los girondinos. Tambien ella hubiese querido contener la revolucion, pero habia allí otras mujeres tan implacables como ella. Estas, conocidas bajo el nombre de las *furias de la guillotina*, desnudaron á la hermosa jóven y la azotaron en público en el terrado de las Tullerías el 31 de Mayo. Este suplicio, más infame que la muerte, hizo que su razon se extraviase. Recogida del suelo y encerrada en una jaula en la casa de los locos, vivió en este estado veinte años, que no fueron sino un acceso continuo de furor. Impúdica y sanguinaria en su delirio, jamás quiso volver á vestirse, recordando el ultraje que habia sufrido. Enteramente desnuda, con la cabellera cana del todo y siempre suelta, ó se arrastraba por el suelo de la jaula, ó aferraba sus descarnadas manos en los yerros de la reja de su cuarto, haciendo desde allí mociones al pueblo que veia en su imaginacion, al cual pedia constantemente la cabeza de Suleau.

Detras de Lambertina de Mericourt iban otros demagogos ménos conocidos en Paris, pero ya célebres en sus barrios, tales como Rossignol, oficial de platero;

Brierre, tabernero; Gonor, vencedor de la Bastilla; Jourdan, asesino conocido bajo el nombre de *Cortacabezas*; el famoso jacobino polaco Lazouski, encerrado despues por el pueblo en el Carrousel, y finalmente, Hanriot, que fué despues el general de confianza de la Convencion. Conforme iban penetrando las columnas en lo interior de Paris, se iban engrosando con nuevos grupos que desembocaban de aquellas calles tan pobladas que dan á los baluartes y á los malecones. A cada grupo que llegaba, se oia un grito de alegría que salia del seno de las columnas, al paso que la música militar hacía resonar por los aires las notas cónicas y atroces del *Ça ira*, especie de *Marsellesa* de los asesinos. Los sublevados lo cantaban en coro, blandiendo sus armas y amenazando con la voz y con el gesto á las ventanas de los presuntos aristócratas.

Estas armas en nada se parecian á los tersos aceros de un ejército regular, que infunden á la vez terror y admiracion; aquí la mayor parte consistia en picas, lanzas oxidadas, asadores, cuchillas, hachas de carpintero, piquetas, cuchillas de zapatero, palancas, planchas, sierras, tenazas, palas, pedazos de hierro viejo, y finalmente, cuantos instrumentos y utensilios caseros habian hallado á mano los que las llevaban. Estas distintas armas llenas de orin, negras y horrorosas á la vista, de las cuales cada una presentaba un modo diferente de herir, parecia que aumentaban el horror de la muerte al ofrecerla bajo mil formas crueles é inusitadas. La mezcla de sexos, de edades y de condiciones; la confusion de los trajes, los remiendos y la laceria al lado de los uniformes; los ancianos al lado de los jóvenes, los niños á quienes llevaban sus madres en brazos ó bien de la mano, ó finalmente, agarrados de sus vestidos y tirando de ellos; las mujeres públicas vestidas de seda y manchadas de barro, con el descaro en la frente y el insulto en los labios; centenares de mujeres pobres del pueblo, obligadas á asistir á aquel espectáculo, tanto para que hubiese más gente, cuanto para que infundiesen compasion al verlas medio desnudas, flacas, pálidas, con los ojos hundidos y llevando en sus rostros la imágen más perfecta del hambre y de la miseria; el pueblo, finalmente, en todo el desórden, en toda la confusion y en toda la desnudez de una gran ciudad que sale de improviso de sus casas, de sus talleres y buhardillas y de todos los sitios de prostitucion, así como de todas las guaridas del crimen: tal fué el aspecto de intimidacion que los conjurados habian querido dar á aquella multitud.

Veíanse á trechos en medio de las columnas unas banderas cuyos lemas eran los siguientes: *¡La sancion ó la muerte!* *¡Reposicion de los ministros patriotas!* *¡Tiembra, tirano, tu hora ha llegado!* Un hombre con los brazos desnudos llevaba una horca de la que colgaba la imágen de una mujer coronada, con un letrero que decia: *¡Cuidado con el reverbero!* Más adelante, un grupo de mujeres frenéticas levantaba por cima de las cabezas de la turba una guillotina en miniatura, con un letrero que explicaba el uso que se habia de hacer de ella, cuyo contenido era el siguiente: *¡Justicia nacional contra los tiranos!* *¡Mueran Veto y su mujer!*

En medio de este aparente desórden se reconocia una mano oculta que le daba direccion. Veíanse de trecho en trecho algunos hombres con blusas ó cubiertos de harapos, pero que llevaban camisas finas y tenian las manos muy blancas, distinguiéndose ademas por llevar en los sombreros ciertos signos para ser reconocidos, escritos en gruesos caractéres con jabon de sastre. La marcha se arreglaba segun ellos disponian, y todo el mundo seguia el impulso dado por ellos.

El grupo principal desfiló así por la calle de San Antonio y por las sombrías avenidas del centro de Paris hasta la calle de San Honorato. Este grupo arrastró tras sí en su marcha á todos los habitantes de aquellos barrios, á los que se unió otro grupo compuesto de matachines, de los cuales cada uno llevaba en la punta de una pica un corazon de ternera atravesado de parte á parte y todavía goteando sangre, con este letrero: *Corazon de aristócrata*. Un poco más adelante, una horda de traperos llevaba á manera de estandarte un palo del que colgaba una porcion de pedazos de vestidos de hombre y de mujer, y el siguiente letrero: *¡Temblad, tiranos, aquí están los sans-culottes!* (1) La injuria que la aristocracia habia lanzado contra la indigencia habia sido recogida por ésta, que ahora la convertia en arma popular contra los ricos.

Tres horas duró el desfile de esta turba por la calle de San Honorato; algunas veces un silencio terrible, interrumpido únicamente por el ruido de tantos miles de pasos, oprimia la imagi-



Jornada del 20 de Junio.—Santerre arengando al pueblo.—Pág. 383.

(1) Aunque esta palabra no es española, la hemos visto usada para designar á estos hombres, llamados tambien impropriadamente *descamisados*.

nacion al fijarse en esta señal de la ira concentrada en aquella inmensa masa; otras, algunas voces aisladas, algun apóstrofe insultante ó algun sarcasmo atroz que se manifestaba en una risa tan feroz como las palabras que la habian producido, salian del seno de la multitud; también se oian de vez en cuándo algunos murmullos repentinos y multitud de voces confusas, cuyo sentido no podia percibirse con claridad, pero á las que respondian los gritos de *¡Viva la nacion!* *¡Vivan los sans-culottes!* *¡Abajo el veto!* Este tumulto era tan atroz, que se percibia distintamente en el salon del Picadero, donde se hallaba reunida en este momento la Asamblea legislativa. La cabeza se paró á las puertas de la sala, las columnas inundaron el patio de los Fuldenses, el del Picadero y todas las avenidas del salon. Aquellos sitios, que ocultaban entónces el terraplen del jardin, ocupaban el espacio libre que se ve hoy entre el jardin de las Tullerías y la calle de San Honorato, arteria central de Paris. Cuando esto sucedia era ya mediodía.

VI

Røederer, síndico procurador del directorio departamental de Paris, funcion que correspondia en 1792 á la de prefecto, estaba en aquel momento en la barra de la Asamblea. Partidario de la Constitucion, pertenecia á la escuela de Mirabeau y de Talleyrand, y era enemigo acérrimo de la anarquía, estando dotado al mismo tiempo del valor suficiente para confesarlo así en alta voz. Hallaba este hombre en la Constitucion un punto de conciliacion entre su fidelidad al pueblo y su lealtad hácia el rey, y queria defender aquella Constitucion con todas las armas legales que la sedicion no habia utilizado todavía. «Grupos armados — dijo desde la barra — amenazan violar la Constitucion y forzar el recinto de la Representacion nacional y la misma mansion del rey. Los partes de esta noche son alarmantes. El ministro del Interior nos pide que enviemos tropas sin retardo para defender el palacio. La ley prohíbe las reuniones armadas, pero entre tanto siguen adelantándose hácia aquí las turbas amotinadas. A voz en grito están pidiendo que se les deje entrar aquí. Si dais el ejemplo de admitirlas en vuestro seno, ¿qué va á ser la ley en adelante en nuestras manos? Vuestra indulgencia al derogarla hará que se estrelle toda fuerza pública en manos de los magistrados. Pedimos que se nos encargue que cumplamos con todos nuestros deberes, que se nos deje la responsabilidad y que no se nos disimule en lo más mínimo la obligacion que tenemos de morir por sostener la tranquilidad pública.» Estas palabras, dignas del canceller L'Hopital ó de Mateo Molé, fueron acogidas con frialdad por la Asamblea y escarnecidas por los cuchicheos y fingidas risas de las tribunas. Vergniaud las saluda hipócritamente y les hace callar.

«Sí, — dice el orador, á quien otro motin debia arrancar de la tribuna al año siguiente, — sin duda que hubiéramos hecho quizá mejor en no recibir aquí hombres armados, porque si hoy el civismo conduce aquí á los buenos ciudadanos, la aristocracia puede conducir mañana á sus genizaros. Pero el error que hemos cometido nosotros autoriza el error del pueblo. Las reuniones formadas hasta aquí parecian estar autorizadas por el silencio de la ley. No se me oculta que en la ocasion presente los magistrados os piden fuerzas para contenerlas; pero ¿qué debeis hacer en unas circunstancias como las en que nos hallamos? Yo creo que sería muy

riguroso que fuéreis inflexibles respecto á una falta cuyo principio se halla en vuestros mismos decretos, y creo tambien que sería un agravio para los ciudadanos que reclaman ahora que les dejeis presentarse ante vosotros el suponerles malas intenciones. Dicen que el objeto de esta reunion es presentar una peticion en palacio; yo no puedo figurarme que los ciudadanos que están ahí fuera reunidos pidan ser introducidos con armas á la presencia del rey, y pienso tambien que, conformándose con las leyes, irán desarmados á palacio como unos simples peticionarios. En consecuencia, pido que todos los ciudadanos que están reunidos para desfilar delante de nosotros sean admitidos inmediatamente.»

Indignados Dumolard y Ramond al ver tanta perfidia y tanta bajeza en aquellas palabras, se opusieron enérgicamente á la debilidad ó complicidad de la Asamblea. «El mejor homenaje que podeis tributar al pueblo de Paris—dijo Ramond—es hacerle obedecer sus propias leyes. Pido que los ciudadanos depongan las armas ántes de ser admitidos en vuestra presencia.» «¿Qué estais hablando de desobediencia á la ley,—le respondió Guadet,—cuando tan á menudo la habeis derogado vosotros mismos? Cometeríais una gran injusticia en acriminar al pueblo, y os pareceríais á aquel emperador romano que, para encontrar más criminales, hizo escribir las leyes en caracteres tan difíciles de entender, que nadie podia leerlos.»

La diputacion de los amotinados entró al oír estas últimas palabras, en medio de los aplausos y de los gritos de indignacion que se oian casi por iguales partes en la Asamblea.

Huguenin, orador de la diputacion, lee la peticion redactada en Charenton. Declara que la ciudad está alerta en la ocasion presente, y dispuesta á emplear medios extremos para vengar la majestad del pueblo. Deplora, sin embargo, la necesidad de empapar sus manos en sangre de los conspiradores. «Mas ha llegado la hora,—dice aparentando resignarse á combatir,—y correrá sangre; los hombres del 14 de Julio, aunque lo parezca, no están dormidos; la salida de su letargo será terrible: hablad y nosotros obraremos. El pueblo está ahí para juzgar á sus enemigos. ¡Escojan éstos entre Coblentza y nosotros! ¡Libren de su presencia la tierra de la libertad! En cuanto á los tiranos, ya los conocéis; el rey no está de acuerdo con nosotros, y la prueba es que se ha deshecho de los ministros patriotas y que deja nuestros ejércitos en la inaccion. La cabeza del pueblo, ¿no vale tanto como la de los reyes? ¿Debe correr impunemente la sangre de los patriotas sólo por satisfacer el orgullo y la ambicion de ese pérfido palacio de las Tullerías? Si el rey no obra, suspendedle; un hombre solo no puede poner trabas á las voluntades de veinticinco millones de ciudadanos. Si aún le mantenemos en su puesto por consideracion, es para que desempeñe los deberes que la Constitucion le impone. Si se separa de ellos, ya no es nada. ¿Y qué ha hecho el tribunal supremo de Orleans? ¿Dónde están las cabezas de los culpables á quienes debia herir? ¿Se nos obligará á que nos hagamos justicia por nuestra mano?»

Estas siniestras palabras consternaron á los constitucionales é hicieron sonreír á los girondinos. Sin embargo, el presidente respondió con una firmeza que no fué apoyada por sus colegas, y la Asamblea decidió que el pueblo de los arrabales fuese admitido á desfilar armado por delante de la Asamblea.

Apénas votado el decreto, se abren las puertas á los treinta mil peticionarios. Durante este largo desfile, la música toca canciones demagógicas, la *Carmañola* y

el *Ça ira*, verdadero paso de ataque de los motines. Unas mujeres armadas con sables los blanden mirando á las tribunas, que responden con un palmoteo general á aquellas señales; estas mujeres bailan delante de una mesa de piedra en que están escritos los derechos del hombre, á la manera que los israelitas bailaban en torno del tabernáculo. Los pedazos de calzones llevados como trofeos, la guillotina y la horca, en la que está colgada la figura de la reina, atraviesan impunemente la Asamblea. Unos diputados aplauden, otros apartan la cabeza por no ver aquel repugnante espectáculo, algunos se tapan la cara con las manos, y otros más valientes se lanzan hácia el hombre que lleva el *corazon goteando sangre*, y fuerzan á aquel miserable, valiéndose unas veces de súplicas y otras de amenazas, á que se retire con su emblema de asesinato. Parte del pueblo mira aún con respeto el recinto que está profanando, otra parte apostrofa al pasar á los representantes de la nacion y se goza al verlos envilecidos. El ruido de aquellas armas extrañas, el de los zapatos claveteados, el de los zuecos, los chillidos de los niños y de las mujeres, los gritos de *¡Viva la nacion!* y el sonido de los instrumentos, todo esto forma un ruido infernal que atonta y deja sordos á cuantos lo escuchan. El aspecto de la miseria contrasta con los lujosos mármoles, estatuas y demas adornos de aquel recinto. Los miasmas corrompidos que exhala esta hez del pueblo en su continua agitacion, infectan el aire y ño dejan respirar. Hasta despues de las tres no concluyó el desfile. El presidente se apresuró á suspender la sesion, esperando que muy pronto tuviesen lugar los mayores excesos.

VII

Unas fuerzas imponentes aparentaban estar dispuestas en los patios de las Tullerías y en el jardin para defender la morada del rey contra la invasion de los arrabales. Tres regimientos de infantería de línea, dos escuadrones de gendarmaría y varios batallones de la guardia nacional con su correspondiente artillería, eran los que estaban destinados á la defensa del regio alcázar. Aquellas tropas indecisas minadas por la sedicion, no eran sino una fuerza aparente con la cual no se podia contar. Los gritos de *¡Viva la nacion!*, los gestos amistosos de los insurrectos, la vista de las mujeres que ofrecian sus brazos á los soldados desde el otro lado de las verjas, y la presencia de los oficiales municipales que manifestaban en sus posturas y ademanes una indiferencia desdeñosa hácia el rey, todo esto enfriaba el sentimiento de resistencia en el corazon de aquellas tropas, que veian en ambas partes el uniforme de la guardia nacional. Entre el pueblo de Paris que tenia los mismos sentimientos que ellos, y el palacio en donde les decian que se abrigaban todas las traiciones, no sabian ya discernir en dónde estaba el deber. En vano fué que Mr. Røederer, firme órgano de la Constitucion, así como algunos oficiales superiores de la guardia nacional, tales como Mrs. Acloque y de Romainvillers, les presentasen el texto abstracto de la ley que les mandaba rechazar la fuerza con la fuerza. La Asamblea les daba el ejemplo de la complicidad; Petion se ocultaba por evitar su responsabilidad; el rey, inmóvil, se refugiaba en su inviolabilidad, y por consecuencia, las tropas, abandonadas á sí mismas, no podian tardar en deshacerse ante la amenaza ó la seduccion.

En lo interior de palacio estaban unos doscientos caballeros que habian acu-





THEROIGNE DE MERICOURT

(La hermosa Liegesa).

dido al saber el peligro en que se hallaba el rey, á cuya cabeza se encontraba el anciano mariscal Mouchy. Estos eran más bien unas víctimas voluntarias del antiguo honor frances, que unos defensores útiles á la monarquía. Temiendo excitar estos caballeros las sospechas de la guardia nacional y de las tropas, estaban escondidos en los aposentos de palacio, más dispuestos á morir que á pelear. Como iban sin uniforme, escondian sus armas debajo de los trajes que llevaban, razon por la cual se les llamó caballeros del puñal para designarlos al odio popular. Llegados poco ántes en secreto de sus provincias para ofrecer una adhesion desesperada á su desgraciado señor, desconocidos los unos de los otros y provistos únicamente de una tarjeta para poder entrar en palacio, acudian allí en los dias de peligro, y aunque su número debia llegar hasta diez mil, sólo eran doscientos los que componian esta reserva de la fidelidad. Estos hombres cumplian con su deber sin reparar lo que arriesgaban, y vengaban de este modo á la nobleza francesa de las faltas y abandonos de la emigracion.

Los grupos, al salir de la Asamblea, habian marchado en columna cerrada hácia el Carrousel. Santerre y Alejandro, á la cabeza de sus respectivos batallones, dirigian el movimiento. Otra masa compacta seguia por la calle de San Honorato. Los restos del motin, separados del cuerpo principal, llenaban los patios del Picadero y de los Fuldenses y trataban de abrirse paso desembocando violentamente por una de las salidas que desde aquellos patios se comunicaba con el jardin. La verja de esta salida estaba defendida por un batallon de la guardia nacional. La debilidad ó la condescendencia de un oficial municipal franqueó este paso; el batallon se replegó y fué á tomar posicion bajo las ventanas de palacio. La turba atravesó el jardin en direccion oblicua, y al pasar por delante de los batallones les saludó con el grito de *¡Viva la nacion!* y les invitó á que quitasen las bayonetas del fusil. Inmediatamente cayeron éstas al suelo. Los amotinados se escurrieron entonces por la puerta del Puente Real, y fueron á replegarse detras de los portillos del Carrousel que cerraban esta plaza por la parte del Sena. La guardia de estos portillos cedió tambien, y despues de haber dejado pasar cierto número de sediciosos, volvió á cerrar los portillos. Aquellos hombres, acalorados por la marcha, por los cánticos, por las aclamaciones de la Asamblea y por la embriaguez, se diseminaron dando aullidos por todos los patios de palacio. Corren entonces como unos furiosos hácia las puertas principales, sitian los cuerpos de guardia que las defienden y llaman á sus camaradas de fuera, procurando entre tanto forzar la Puerta Real, que empieza ya á rechinar sobre sus goznes. El oficial municipal Panis la manda abrir. El Carrousel está forzado ya, y las masas vacilan por un momento ante las piezas de artillería apuntadas contra ellas y ante los escuadrones de la gendarmería formados en batalla. Saint-Prix, comandante de artillería, que se hallaba separado de las piezas por un movimiento de la multitud, envia orden á su segundo para que se replegue sobre la puerta de palacio. Este oficial se niega á obedecer. «El Carrousel está forzado, —dice en alta voz;— es preciso forzar tambien el palacio. ¡A mí, artilleros! ¡Ved ahí al enemigo!» Al decir esto señala á las ventanas del cuarto del rey y vuelve sus piezas contra palacio. Desmoralizadas las tropas con esta desercion repentina de la artillería, permanecen en batalla; pero quitan el cebo á los fusiles delante del pueblo en señal de fraternidad, y dejan libres todos los pasos á los sediciosos.

El comandante de la guardia nacional, que habia presenciado aquella escena, grita desde el patio á sus granaderos, á quienes ve en las ventanas del salon de Guardias, que cojan las armas y vayan á defender la escalera. Estos, en vez de obedecer, se salen de palacio por la galería que está al lado del jardin. Santerre, Theroigne de Mericourt y Saint-Huruge se arrojan entónces precipitadamente sobre las puertas de palacio. Los hombres más temerarios y más fornidos de su comitiva se engolfan en la bóveda que conduce del Carrousel al jardin, separan violentamente á los artilleros, se apoderan de una de las piezas, la arrancan de la cureña y la llevan á brazo hasta el salon de los Guardias, situado en lo alto de la escalera principal. Envalentonada la turba con este prodigio de fuerza y de audacia, inunda la sala y se desparrama á manera de un torrente impetuoso por todas las escaleras y corredores de palacio. Todas las puertas rechinan ó son forzadas por la multitud, que tambien derriba algunas á hachazos. Entónces busca dando descompasados gritos la del cuarto del rey, de la que ya no le separa sino otra puerta, próxima á venir al suelo, cediendo á los esfuerzos de las palancas con que se trata de derribarla y á los golpes que dan con las picas los sitiadores.

VIII

El rey, que confiaba en las promesas de Petion y en las numerosas fuerzas que custodiaban el palacio, habia visto sin inquietud la marcha de aquel tropel.

El asalto repentino dado á su habitacion le habia sorprendido cuando más seguro se conceptuaba. Retirado con toda su familia á los aposentos interiores que daban al jardin, oia á lo léjos el alboroto que movian aquellas masas, sin poderse figurar que llegasen á penetrar hasta donde él estaba. Las voces de sus criados que huian asustados en todas direcciones, el ruido de las puertas al caer rotas en el suelo, y los aullidos del tropel que se aproximaba, llenan de espanto á la familia real. El rey, confiando con una señal la reina, su hermana y sus hijos á los oficiales y mujeres de su casa que les rodeaban, se lanza solo en la sala del Consejo en cuanto oye aquel formidable estruendo. Allí encuentra al fiel mariscal Mouchy, que no se cansa de ofrecer los últimos dias de su larga vida á su señor; á Mr. de Hervilly, comandante de la guardia constitucional de caballería, licenciada unos cuantos dias ántes; al generoso Acloque, comandante del batallon del arrabal de San Marcelo, que, revolucionario moderado en un principio y vencido despues por las virtudes privadas de Luis XVI, era á la sazón fiel amigo suyo y deseaba ardentemente morir en su defensa. Hallóse allí con tres valientes granaderos del batallon del arrabal de San Martin, llamados Lecrosnier, Bridaut y Gossé, únicos que habian permanecido en su puesto en la desercion general, y que buscaban al rey para cubrirle con sus bayonetas, como hombres del pueblo de corazón sencillo y extraños á la corte, á quienes un mismo sentimiento de deber y de afecto reunia, no defendiendo sino al hombre en el rey.

En el momento en que entraba el rey en aquella sala, las puertas de la pieza contigua, llamada sala de los Nobles, cedian á los esfuerzos de los amotinados. El rey se presentó animoso delante del peligro, y los cuarterones de la puerta cayeron á sus piés. Multitud de hierros de lanza puestos al cabo de unos palos, así como tambien gran cantidad de picas, asomaron inmediatamente por aquella aber-

tura. Mil gritos furiosos acompañaban el ruido de los hachazos que daban para echar la puerta abajo. Entónces el rey, con voz serena, mandó á sus dos ayudas de cámara Hue y Marchais que abriesen las puertas. «¿Qué puedo yo temer en medio de mi pueblo?» —dijo el príncipe dirigiéndose con osadía hácia los sitiadores.

Estas palabras, este movimiento hácia adelante, la serenidad de su rostro y el respeto guardado por tantos siglos á la sagrada persona del rey, suspenden el ímpetu de los primeros agresores. Parece que dudan en atravesar aquel umbral que acaban de forzar, y aprovechando aquel momento de vacilacion, el mariscal Mouchy, Acloque, los tres granaderos y los dos ayudas de cámara hacen retroceder al rey algunos pasos y se colocan entre él y el pueblo. Los granaderos calan bayoneta é imponen respeto á la multitud por un instante; pero ésta va engrosando por momentos y empuja dentro de la sala á los que aún estaban en el umbral de la puerta. El primero que entra es un hombre mal vestido, que lleva los brazos desnudos y que mira como un loco á todas partes, echando espumarajo por la boca. «¿Dónde está *Veto?*» —dice, presentando al pecho del rey un palo en cuyo extremo hay un aguijon. Uno de los granaderos separa con su bayoneta el palo y el brazo de aquel energúmeno. El facineroso cae á los piés del ciudadano, y aquel acto de energía impone á los alborotadores, que pasan por encima del caído. Las picas, las hachas y los cuchillos bajan hácia el suelo ó se separan, y la majestad real recobra su imperio por un momento. Aquella turba se contiene por sí misma, y se mantiene á cierta distancia del rey, en una actitud que más que furor indica una curiosidad brutal.

Algunos oficiales de la guardia nacional que habian acudido al saber el peligro que amenazaba al rey, se reunieron á aquellos bizarros granaderos y lograron separar un poco la multitud que rodeaba á Luis XVI. Este, que no piensa en otra cosa que en alejar al pueblo del aposento en que habia dejado á la reina, hace cerrar tras sí la puerta de la sala del Consejo. En seguida arrastra á la multitud hasta el gran salon llamado de la Claraboya, so pretexto de que por ser más grande podrá contener mayor número de ciudadanos que le vean y le hablen. Lo consigue, y al verse rodeado de aquella frenética turba cuyas armas amenazan su cabeza, se felicita porque es el único que está expuesto de toda su familia. Mas al volverse de repente por un movimiento involuntario, ve á su hermana madama Isabel que le tiende los brazos y quiere precipitarse hácia él.

Esta señora se habia escapado de manos de las damas, que no dejaban salir á la reina y á sus hijos de la alcoba del rey. Madama Isabel amaba á su hermano hasta la adoracion, y queria morir á su lado. Para no separarse jamás de él habia renunciado al amor, á pesar de ser de una belleza angelical unida á una piedad ejemplar. Al ver entrar en la sala á aquella señora despeinada, derramando copiosas lágrimas, y que dirigia sus brazos hácia el rey, con un rostro desencajado en el que se notaba la expresion de una desesperacion sublime, algunas mujeres del arrabal gritaron: «¡La reina! ¡la reina!» Pronunciar este nombre en aquel momento equivalia á una sentencia de muerte. Algunos de aquellos energúmenos levantaron las armas y se dirigieron hácia la princesa para asesinarla; pero habiéndoles hecho ver algunos oficiales de palacio el error en que estaban y quién era aquella señora, el nombre respetado de madama Isabel fué lo suficiente para que se les cayesen las armas de las manos. «¡Ah! ¿Qué es lo que haceis? —exclamó la princesa. —

Dejad que me tomen por la reina; quizá mi muerte evitaria la suya.» Al decir estas palabras, una oleada de la multitud, á la que fué imposible resistir, separó á madama Isabel de su hermano y la llevó hasta el hueco de una de las ventanas, en donde los que la rodeaban la contemplaron al ménos con respeto.

Entre tanto el rey habia llegado hasta el hueco de la ventana del centro del salon, rodeado de Acloque, de Hervilly, de Vannot y de unos veinte nacionales y voluntarios que le escudaban con sus cuerpos. Algunos oficiales iban á desenvainar sus espadas. «Volved las espadas á la vaina,—les dijo el rey con tranquilidad;— estas gentes están extraviadas, pero no son tan culpables como aparecen.» Dicho esto, subió en una banqueta que estaba al lado de la ventana, y con él unos cuantos granaderos, quedando otros delante del rey para defenderle apartando los palos, las hoces y las picas con que le amenazaban. Al mismo tiempo unos gritos horrosos salian de entre aquella irritada masa. *¡Abajo el veto! ¡Queremos el campamento junto á Paris! ¡Volvednos los ministros patriotas! ¿Dónde está la Austria?* Algunos furiosos se destacaban á cada instante de las filas é iban á injuriar más de cerca y á amenazar de muerte al rey. No pudiendo acercarse á él, porque lo impedian las bayonetas de los granaderos, tremolaban á su vista y encima de su cabeza sus asquerosas banderas y sus funestas inscripciones. Entre estos furiosos habia uno principalmente que, con una pica en la mano, hacía los mayores esfuerzos por penetrar hasta donde estaba el rey. Era éste aquel mismo asesino que dos años ántes habia lavado en un cubo de agua, despues de cortadas, las cabezas de Berthier y de Foulon, y que llevándolas por los cabellos por el muelle del Hierro Viejo, se las habia arrojado al pueblo como unas enseñas de carnicería y para incitarle á cometer nuevos asesinatos.

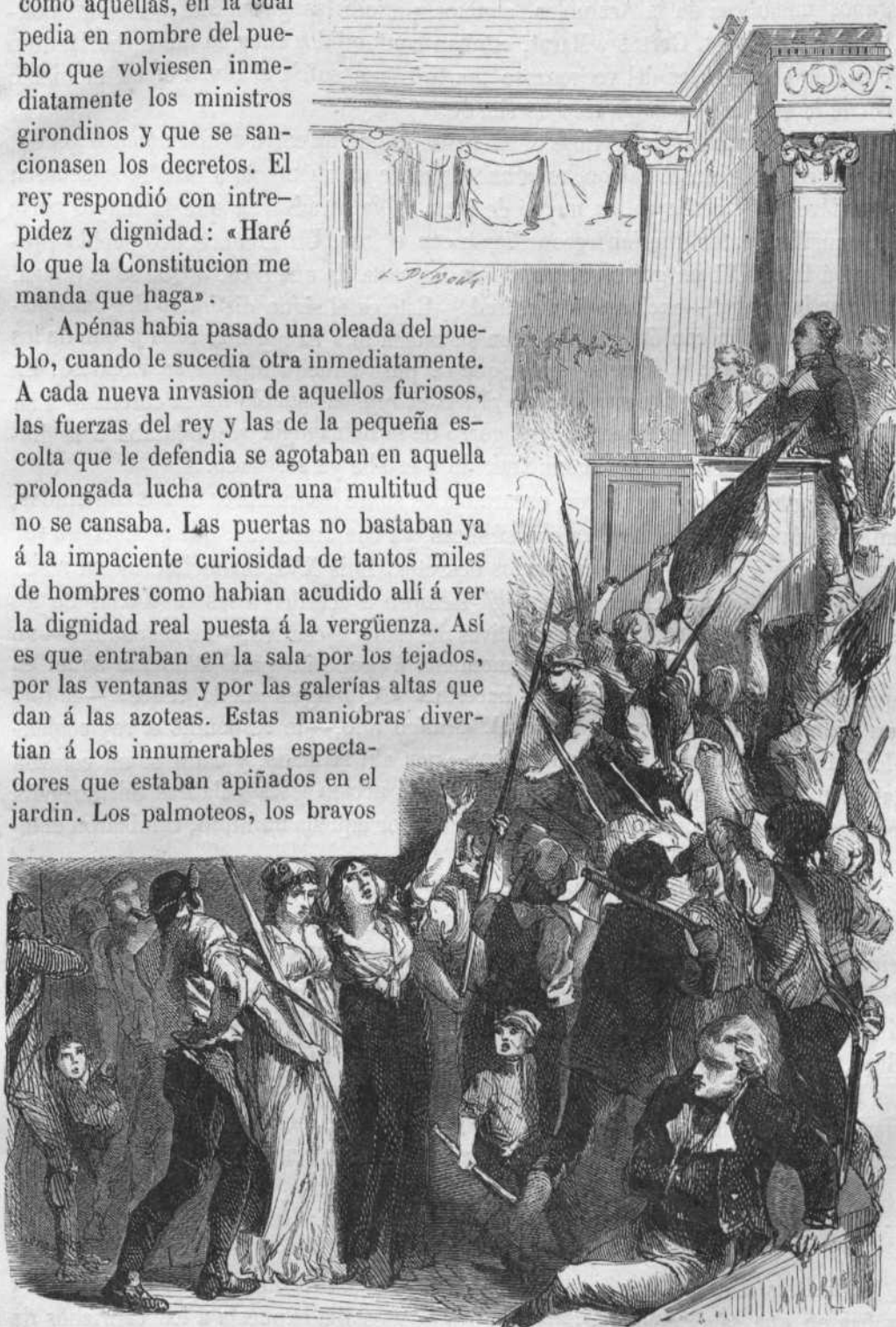
Un jóven rubio y elegantemente vestido, aunque de cara feroz, asaltaba continuamente á los granaderos, y tenía ya las manos estropeadas de los pinchazos que se habia dado en las bayonetas al querer separarlas para abrirse paso hasta el rey. «¡Señor! ¡señor! exclamaba.—¡Os intimo en nombre de las cien mil almas que me rodean que sancioneis el decreto contra los sacerdotes! ¡Es preciso sancionarlo ó morir!»

Otros hombres del pueblo, aunque con los sables desenvainados ó armados de espadas, pistolas y picas, no hacian ningun gesto amenazador y reprimian á los que atentaban á la vida del rey. Distinguianse tambien entre aquella multitud algunas señales de respeto y de dolor en los rostros de una gran parte de ella. En esta inmensa revista de la revolucion, el pueblo se mostraba terrible, pero no se confundia con los asesinos. Empezaba ya á establecerse cierto orden en las escaleras y en los salones; las turbas, empujadas por las turbas, despues de haber contemplado al rey y de haberle amenazado cara á cara, recorrian triunfantes los demas aposentos de aquel *palacio del despotismo*.

El carnicero Legendre apartaba á uno y otro lado aquellas hordas de mujeres y de muchachos, acostumbrados á temblar al eco de su voz. Hizo señal de que queria hablar, y al momento quedó todo en silencio. Los guardias nacionales se apartaron para que pasase á interpelar al rey. «Caballero...» —le dijo con una voz de trueno. El rey, al oír esta palabra que equivalia á una destitucion, hizo un gesto en que se marcaba cuánto se habia ofendido su dignidad. «Sí, caballero,—repitió Legendre apoyando más sobre esta palabra,—escuchadnos; vuestro deber es escu-

charnos. ¡Sois un pérfido! Siempre nos habeis engañado, y estais engañándonos todavía. Pero mirad lo que haceis, porque la medida está ya llena. El pueblo está cansado de ser víctima y juguete vuestro.» Legendre, despues de haber dicho estas palabras amenazadoras, leyó una peticion concebida en términos tan imperantes como aquéllas, en la cual pedia en nombre del pueblo que volviesen inmediatamente los ministros girondinos y que se sancionasen los decretos. El rey respondió con intrepidez y dignidad: «Haré lo que la Constitucion me manda que haga».

Apénas habia pasado una oleada del pueblo, cuando le sucedia otra inmediatamente. A cada nueva invasion de aquellos furiosos, las fuerzas del rey y las de la pequeña escolta que le defendia se agotaban en aquella prolongada lucha contra una multitud que no se cansaba. Las puertas no bastaban ya á la impaciente curiosidad de tantos miles de hombres como habian acudido allí á ver la dignidad real puesta á la vergüenza. Así es que entraban en la sala por los tejados, por las ventanas y por las galerías altas que dan á las azoteas. Estas maniobras divertian á los innumerables espectadores que estaban apiñados en el jardin. Los palmoteos, los bravos



Jornada del 20 de Junio.—Desfile de los insurgentes armados por delante de la Asamblea.—Pág. 335.

y las risotadas de aquella gente que estaba por la parte de fuera, envalentonaban á los que daban esta especie de asalto. Mil funestos diálogos se entablaron en alta voz entre los sediciosos de arriba y los impacientes de abajo. «¿Le han herido? ¿Ha muerto? ¡Echadnos las cabezas!»—gritaban muchos de aquellos hombres. Algunos miembros de la Asamblea, algunos periodistas girondinos y algunos políticos, como Garat, Gorsas y Marat, estaban confundidos entre la turba, burlándose con mil chanzonetas del vergonzoso martirio que sufría el rey. Por un momento corrió la voz de que había sido asesinado.

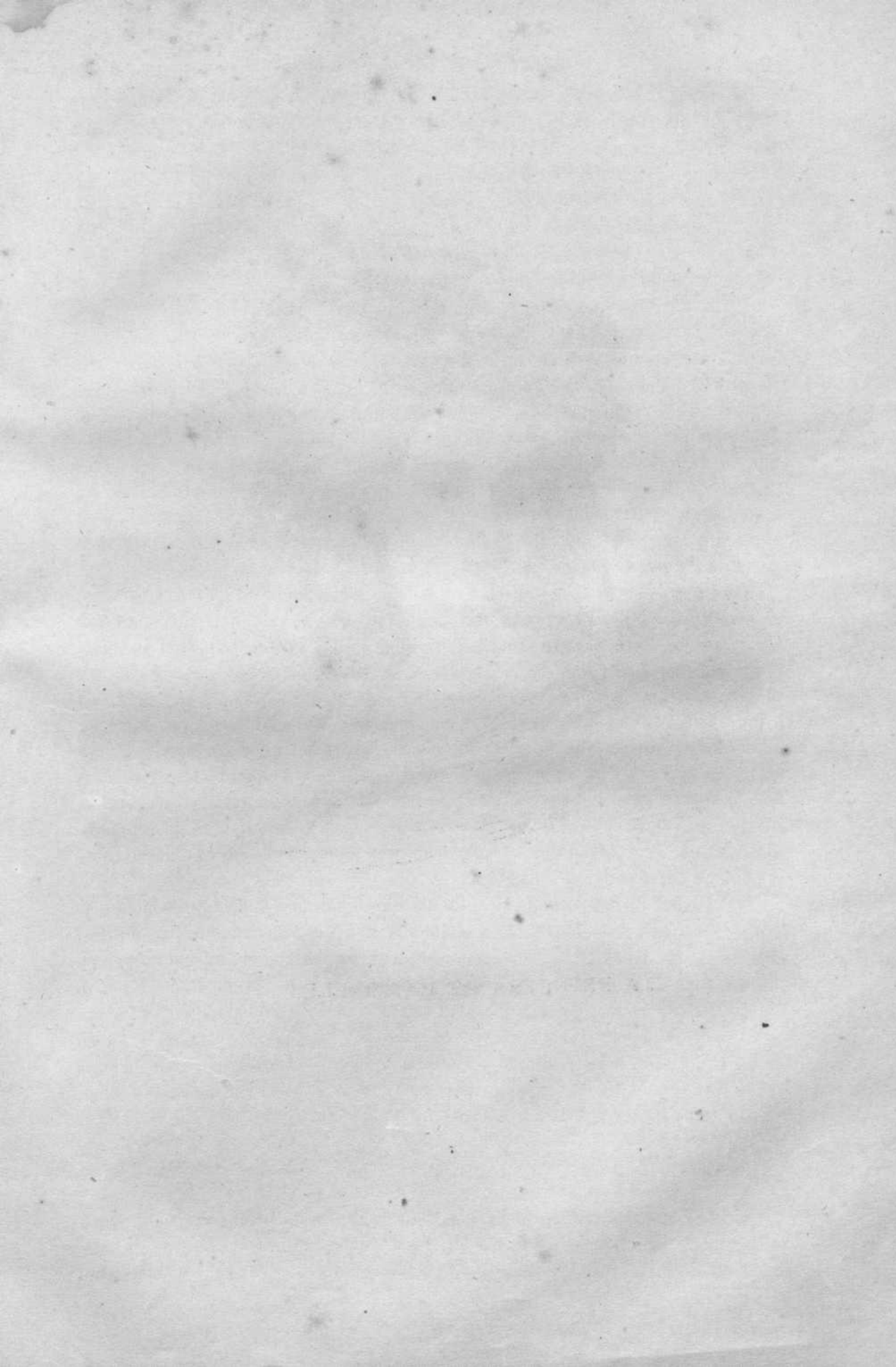
Pero este rumor no produjo ni un grito de horror entre aquel inmenso gentío, que dirigía su vista al balcón, esperando que de un momento á otro le enseñasen el cadáver. Sin embargo, en medio de tanta rabia se advertía que la mayor parte de aquellas gentes querían reconciliarse con el rey. Un hombre del pueblo presentó á Luis XVI un gorro encarnado en la punta de una pica. «¡Que se le ponga! ¡que se le ponga!»—exclamó la multitud.—Este es el signo distintivo del patriotismo; si se adorna con él, creerémos en su buena fe.» El rey hizo seña á uno de los granaderos de que le diese el gorro, que se puso inmediatamente sonriéndose. En seguida se oyó un grito unánime de *¡Viva el rey!* El pueblo había coronado á su jefe con el signo de la libertad, y el gorro de la demagogia reemplazaba á la diadema de Reims. El pueblo había vencido y estaba ya sosegado.

Pero otros nuevos oradores, encaramados sobre los hombros de sus camaradas, no cesaban de pedir al rey, ya con súplicas, ya con amenazas, que prometiese volver á llamar á Roland y sancionar los decretos. Luis XVI, invencible en su resistencia constitucional, eludió ó se negó siempre á acceder á las instancias de los sediciosos. «Guardian de las prerogativas del poder ejecutivo,—les respondió,—no le entregaré á la violencia; no es el momento á propósito para deliberar aquel en que no hay completa libertad para hacerlo.» «No tengais miedo, señor»,—le dijo un granadero de la guardia nacional. «Amigo mio,—le respondió el rey cogiéndole el brazo y acercándolo á su pecho,—pon ahí la mano, y mira si mi corazón late con más violencia que de ordinario.» Esta acción y las palabras de intrépida confianza que la acompañaron, vistas y oídas por aquella multitud, cambiaron enteramente el corazón de los sediciosos.

Un hombre medio desnudo se presentó al rey con una botella en la mano, y le dijo: «Si amais al pueblo, bebed á su salud». Las personas que rodeaban al príncipe, temiendo tanto el veneno como el puñal, suplicaban al rey para que no bebiese. Luis XVI alargó el brazo, cogió la botella, se la llevó á los labios y bebió á la salud de la nación. Esta familiaridad con el pueblo, representado por un mendigo, acabó de popularizar al rey. Nuevos gritos de *¡Viva el rey!* salieron de todas las bocas, llegaron á las escaleras y fueron á consternar á los grupos que, aguardando una víctima en el terraplén del jardín, veían que los verdugos se habían convertido en defensores de aquel á quien iban á asesinar.

IX

Mientras el desgraciado príncipe peleaba solo contra un pueblo entero, la reina sufría en una sala inmediata iguales ultrajes y estaba expuesta á los caprichos de los amotinados, lo mismo que su marido. Más odiada que el rey, corría mucho





LA PRINCESA DE LAMBALLE.

más peligro que él. Cuando las naciones están en agitacion, necesitan personificar sus odios lo mismo que su amor. María Antonieta representaba á la vez á los ojos del pueblo engañado todas las corrupciones de la corte, todo el orgullo del despotismo y todas las maldades de la traicion. Su belleza, las inclinaciones de su juventud hácia los placeres, la sensibilidad de su corazon, presentada por la calumnia bajo el más feo aspecto, la sangre austriaca que corria por sus venas, y una altivez que procedia en ella de su naturaleza aún más que de su sangre, sus íntimas relaciones con el conde de Artois, sus complots con los emigrados, su presunta complicidad con la coalicion, y los libelos escandalosos é infames que se habian sembrado contra ella por espacio de cuatro años, hacian de esta desgraciada princesa la víctima emisaria de la opinion extraviada. Las mujeres la despreciaban como á esposa culpable, los patriotas la aborrecian como conspiradora, y los hombres políticos la temian como consejera del rey. El nombre de *la Austriaca* con que era conocida entre el pueblo, reasumia todas las quejas que contra ella tenia. Esta princesa era la impopularidad de un trono del cual debia ser la gracia y el perdon.

María Antonieta conocia la animosidad del pueblo contra su persona, y sabia que su presencia al lado del rey sería una provocacion al asesinato. Por este motivo se habia quedado sola con sus hijos en el cuarto donde estaba el lecho regio. El rey confiaba en que no se habrian acordado de ella, pero las mujeres, á quien principalmente buscaban era á la reina, á la que llamaban á voces prodigándole los nombres más insultantes para una mujer que era al mismo tiempo esposa y reina.

Apénas se vió el rey sitiado por las masas populares en el salon de la Clarboya ó del Ojo de Buey, cuando las puertas del cuarto en que estaba la reina se vieron sitiadas por aquellos frenéticos, que dando feroces aullidos se esforzaban por derribarlas á golpes y á hachazos. Sin embargo, como este grupo se componia casi exclusivamente de mujeres y sus débiles brazos no eran suficientes á salir con su intento, llamaron en su auxilio á los hombres que habian traído el cañon á brazo hasta el salon de los Guardias. Estos hombres acudieron inmediatamente al llamamiento. La reina, de pié y estrechando á sus hijos contra su cuerpo, escuchaba en medio de una ansiedad mortal todo lo que pasaba á la puerta de su cuarto. No tenia á su lado más que á Mr. de Lajard, ministro de la Guerra, decidido á sacrificarse por ella, pero impotente para resistir solo á la turba; algunas damas de su casa y la princesa de Lamballe, amiga suya lo mismo en la prosperidad que en la desgracia, rodeaban á María Antonieta. La princesa de Lamballe, nuera del duque de Penthièvre y cuñada del de Orleans, era amada por la reina con la ternura exaltada con que habia amado por largo tiempo á la condesa de Polignac. La amistad de María Antonieta era una especie de adoracion. Desdeñada en cierto modo por la frialdad del rey, que si bien poseia las virtudes, no tenia ninguna de las gracias de un esposo tierno, aborrecida del pueblo y cansada del trono, desahogaba en el seno de la amistad íntima un corazon demasiado lleno de amargura, sediento y vacío de sentimiento á la vez. Este favoritismo era tambien un motivo de acusacion, y se calumniaba á la reina hasta en sus amistades.

La princesa de Lamballe habia quedado viuda á los diez y ocho años, y pura en sus costumbres y exenta de ambicion y desinteresada por su elevado rango é inmensa fortuna, queria únicamente á la reina como á una amiga. Cuanto más se encarnizaba la suerte contra María Antonieta, tanto más se interesaba por ella

aquella ilustre jóven, á quien atraian hácia su soberana, no las grandezas, sino las terribles desgracias que sufría. El cargo que tenía en palacio le obligaba á vivir en él, y su habitacion estaba inmediata á la de la reina, para acudir de este modo al momento á participar de todos sus peligros y enjugar sus lágrimas. Véase precisada, no obstante, á abandonar de cuándo en cuándo Paris, para ir á Vernon á cuidar á su suegro el duque de Penthièvre, muy anciano ya. La reina, que presagiaba la tempestad que iba á armarse, le escribió á mediados de Junio suplicándole con todo el encarecimiento de la ternura que no volviese á Paris. Esta carta, hallada entre los cabellos de la princesa de Lamballe despues de su asesinato, y *desconocida hasta aquí*, descubre el cariño de la una y la decision de la otra.

«No volvais de Vernon, mi querida Lamballe, hasta vuestro completo restablecimiento. Nuestro buen duque de Penthièvre se afligiria mucho y se quedaria muy triste si le abandonáseis, y todos nosotros debemos tenerle mucha consideracion, tanto por su avanzada edad como por sus virtudes. Muchas veces os he dicho que si me amábais miráseis un poco por vos, cuidando de vuestra salud. ¡Se necesita tener tantas fuerzas en la época en que vivimos! ¡Ah! No volvais... al ménos, volved lo más tarde que os sea posible. Vuestro corazon padeceria demasiado, y amándome con tanta ternura como vos me amais, lloraríais continuamente al ver todas mis desgracias. Esta raza de tigres que inunda el reino se gozaria cruelmente en nuestra desdicha, si supiese cuánto sufrimos. Adios, querida mia; ya sabeis que pienso continuamente en vos, y que no cambio jamás.»

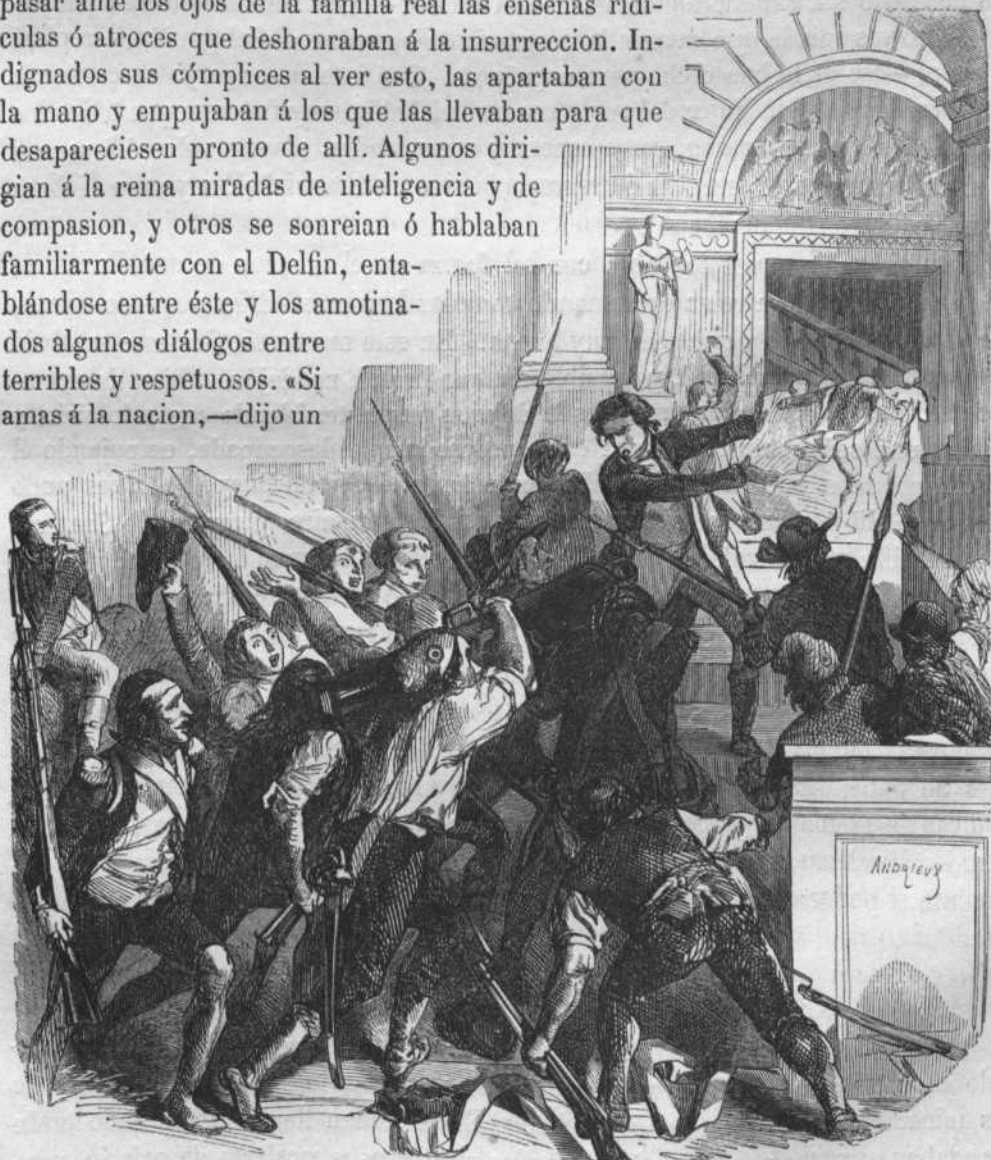
Esta carta, en vez de detener á la princesa de Lamballe, le hizo acelerar su vuelta á Paris. Esta señora se apretaba contra la reina como si quisiese caer herida con el mismo golpe. A su lado se hallaban otras señoras valientes, que eran la princesa de Tarento y las señoras de Tourzel, de Makau y de Laroche-Aymon.

Mr. de Lajard, militar de sangre fria, responsable al rey y á sí mismo de tantas vidas queridas ó sagradas, recogió precipitadamente por aquellos corredores secretos que desde la régia alcoba se comunicaban con lo interior de palacio algunos oficiales y guardias nacionales que se habian separado del tumulto. Hizo que la reina cogiese á sus hijos para que, enternecidas, las turbas al ver tantas gracias, sirviesen aquellos niños de escudo á su madre. Entónces colocó á la reina y á las damas de su comitiva en el hueco de una ventana, delante de la cual hizo poner la maciza mesa del Consejo, para interponer una barrera entre las armas del populacho y la vida de la familia real. Hecho esto, colocó unos cuantos guardias nacionales á los dos lados de la mesa y un poco ántes de llegar á ella. En seguida abrió él mismo las puertas del cuarto. La reina estaba de pié y tenia de la mano á su hija, que sólo contaba catorce años.

Niña de una noble hermosura y de una madurez precoz, las angustias de su familia habian impreso en su fisonomía cierta gravedad y tristeza. Sus ojos azules, su frente elevada, su nariz aguileña y sus rubios cabellos rizados que le llegaban hasta media espalda, recordaban aquellas jóvenes galas que en la época de la decadencia de la monarquía decoraban el trono de las primeras razas. Esta niña abrazaba estrechamente á su madre como para cubrirla con su inocencia. Educada en medio de los primeros tumultos de la revolucion y arrastrada á Paris el 6 de Octubre, sólo habia conocido del pueblo sus asesinatos, sus conmociones y sus iras. El Delfín, niño de siete años á la sazón, estaba sentado en la mesa delante de la

reina. Su rostro sencillo, en donde brillaba toda la hermosura de los Borbones, expresaba más admiración que terror. Volvíase continuamente hácia su madre, mirándola para leer en sus ojos á través de las lágrimas si había que confiar ó que temer. En esta actitud halló á la reina el grupo que acababa de salir del Ojo de Buey, y desfiló triunfante delante de ella. Esta turba, un tanto apaciguada por la firmeza y confianza del rey, manifestaba ya en su porte y en todas sus acciones lo que había cambiado desde su entrada en palacio hasta entónces.

Aun los hombres más feroces se enternecen ante la debilidad, la belleza y la niñez. Una mujer hermosa humillada como reina, una jóven inocente y un niño que se sonreía con los enemigos de su padre, no podían ménos de despertar la sensibilidad aún en aquellos corazones de que el odio se había apoderado. Los hombres de los arrabales desfilaban mudos y como avergonzados de su misma violencia ante aquel grupo de grandeza abatida. Solamente los más cobardes ponían al pasar ante los ojos de la familia real las enseññas ridículas ó atroces que deshonoraban á la insurrección. Indignados sus cómplices al ver esto, las apartaban con la mano y empujaban á los que las llevaban para que desapareciesen pronto de allí. Algunos dirigían á la reina miradas de inteligencia y de compasión, y otros se sonreían ó hablaban familiarmente con el Delfín, entablándose entre éste y los amotinados algunos diálogos entre terribles y respetuosos. «Si amas á la nación,—dijo un



Jornada del 20 de Junio.—Los sublevados suben á hombro un cañon por la escalera principal de las Tullerías.
Pág. 398.

voluntario á la reina, —pon á tu hijo el gorro encarnado.» La reina cogió el gorro encarnado de manos de aquel hombre y se lo puso ella misma al Delfin. El niño, admirado, tomó á juego aquellos insultos. Los hombres aplaudieron; pero las mujeres, más implacables con la reina, no cesaron de insultarla. Las palabras obscenas, propias de las tabernas y de los mercados, penetraban por primera vez en aquellas bóvedas y herian los oídos de aquellos niños, cuya dichosa ignorancia les evitaba el horror de comprenderlas. La reina se ruborizaba al oír semejantes obscenidades; pero su ofendido pudor en nada rebajaba su varonil altivez, y se comprendía muy bien que si se ruborizaba, era más por aquel pueblo y por aquellos niños que por sí misma. Una jóven de figura graciosa y bien vestida era la que mostraba más encarnizamiento y la que más injurias vomitaba contra *la Austriaca*. La reina, que no pudo ménos de admirar el contraste que ofrecía el furor de aquella jóven con lo interesante de su rostro, le dijo con bondad: «¿Por qué me aborreceis? ¿Os he hecho sin saberlo algun daño?» «A mí no, —respondió la hermosa patriota; —pero vos sois la que causais la desgracia de la nacion.» «Pobre niña, —replicó la reina, —eso os lo han dicho para engañaros. ¿Qué interes tengo yo en causar la desdicha del pueblo? Mujer del rey y madre del Delfin, soy francesa por todos los sentimientos de mi corazón, como esposa y como madre. ¡Jamás volveré á ver mi país! ¡Yo ya no puedo ser feliz ó desgraciada sino en Francia! ¡Era yo tan dichosa cuando vosotros me amábais!...»

Esta tierna reconvencion obró con tal fuerza en el corazón de aquella jóven, que pidió perdon á la reina derramando copiosas lágrimas. «Bien veo —le dijo — que yo no os conocia y que sois muy buena.» En este momento, Santerre se abrió paso entre aquella multitud, y sensible aunque brutal, no dejó tambien de enternecerse. Las gentes de los arrabales le dejaron pasar, temblando con solo oírle, y él hizo una señal imperiosa para que quedase la sala desocupada, empujando él mismo por la espalda á toda aquella gente hasta el Ojo de Buey. Entónces pudo respirarse allí por haberse establecido una corriente de aire, y reparando Santerre que el Delfin estaba sudando á mares, dijo: «Quitadle el gorro á ese niño; ¿no veis que se está ahogando?» La reina, al oír esto, dirigió á Santerre una mirada de madre. Aquél se acercó á la reina, y apoyado sobre la mesa, le dijo al oído: «Teneis unos amigos muy torpes, señora; yo conozco otros que os servirian mucho mejor». La reina calló y bajó los ojos. Desde esta fecha empezaron las inteligencias secretas entre la reina y los agitadores de los arrabales. Estos grandes facciosos, despues de haber sacudido el yugo de la monarquía, recibian con complacencia las súplicas de la majestad. Su orgullo se gozaba en levantar á la mujer que habian abatido. Mirabeau, Barnave y Danton habian vendido ú ofrecido vender alternativamente el poder de su popularidad. Santerre no ofreció sino su compasion.

X

La Asamblea habia vuelto á abrir su sesion en cuanto supo que habia sido invadido el palacio, y habia enviado una diputacion compuesta de veinticuatro de sus miembros para salvar la vida del rey. Estos habian llegado demasiado tarde y andaban errantes por los patios y por los vestíbulos y escaleras de palacio, porque aunque les repugnase cometer el último crimen en la persona del rey, se ale-

graban interiormente de que se prolongase la agonía de éste y de la corte. Perdíanse sus pasos entre los de aquella multitud, cuyo ruido tampoco dejaba percibir sus palabras. El mismo Vergniaud se esforzaba en vano desde lo alto de la escalera principal en llamar al orden. La elocuencia, que es tan fuerte para conmover las masas, es impotente para contenerlas. De cuándo en cuándo algunos diputados realistas, indignados, entraban en el salon de las sesiones y subían á la tribuna para echar en cara á la Asamblea su indiferencia. Entre éstos se hicieron notables Vau-blanc, Ramond, Becquet y Girardin. Mateo Dumas, amigo de Lafayette, señalando á las ventanas de palacio, dijo al entrar en el salon: «¡Vengo de allí, y el rey está en peligro! Acabo de verle, y en vano mis colegas Mrs. Isnard y Vergniaud hacen inútiles esfuerzos para contener al pueblo. ¡Sí, yo he visto al representante hereditario de la nacion insultado, amenazado y envilecido! ¡Vosotros sois responsables de todo ante la posteridad!» La única respuesta que tuvo fueron las risas y los silbidos. «¡No parece sino que el gorro de los patriotas es un signo de envilecimiento para la frente de un rey! — dijo el girondino Lasource. — ¡Cualquiera creerá que tenemos motivos de estar inquietos por la vida del rey! No insultemos al pueblo atribuyéndole unos sentimientos que no tiene. El pueblo no amenaza ni á la persona de Luis XVI ni á la del príncipe real. Tampoco comete ningun exceso ni violencia. Adopta medidas de dulzura y de conciliacion.» Este lenguaje era hijo del pérfido letargo aconsejado por Petion. La Asamblea se durmió de nuevo al oír aquellas palabras:

Sin embargo, Petion no podia ya continuar aparentando por más tiempo que ignoraba que se hubiese reunido un grupo de más de cuarenta mil hombres armados, que despues de haber atravesado todo Paris desde por la mañana, habia desfilado en el salon de la Asamblea é invadido las Tullerías. Su prolongada ausencia recordaba la inaccion de Lafayette el 6 de Octubre, con la diferencia, sin embargo, de que aquí habia complicidad, y Lafayette obraba aquel dia inocentemente. La noche iba acercándose y podia cubrir muy fácilmente con su sombrío velo desórdenes y atentados de tal naturaleza que excediesen á las miras que se habian propuesto los girondinos. Petion se presentó entónces en los patios de palacio, donde se le recibió con un continuado ¡Viva! La multitud le subió en brazos hasta lo último de la escalera, desde donde penetró en la sala en que hacía tres horas que estaba sufriendo Luis XVI los insultos más atroces. «Acabo de saber ahora mismo la situacion de V. M.,» —le dijo al rey. «Es muy chocante, porque hace mucho tiempo que esto dura», —respondió el rey con una indignacion concentrada.

Petion subió entónces sobre una silla, y empezó á arengar á la multitud, que permanecía inmóvil. Viendo que nada lograba, se puso de pié sobre los hombros de cuatro granaderos, y exclamó: «Ciudadanos y ciudadanas, habeis usado con dignidad y moderacion de vuestro derecho. Acabad el dia como lo habeis empezado. Vuestra conducta ha sido conforme á la ley; en nombre de ésta os intimo que os retireis, imitando mi ejemplo».

La multitud obedeció á Petion y se salió lentamente de palacio. Apénas empezó á quedar algo desahogado el salon, los granaderos sacaron al rey del hueco de la ventana en donde estaba aprisionado, y éste fué á reunirse á su hermana, que se arrojó en sus brazos en cuanto le vió, dirigiéndose los dos en seguida al cuarto de la reina por una salida secreta. María Antonieta, á quien su altivez habia

impedido llorar hasta entónces, sucumbió al exceso de su emocion y de su ternura al volver á ver al rey. Echóse á sus piés, y abrazando sus rodillas, empezó, no á llorar, sino á gritar. Madama Isabel y los niños abrazaron todos al rey, que lloraba al verlos. Todos se regocijaban al verse salvos, cual si hubiesen escapado de un naufragio, y aquella muda alegría se elevaba hasta el cielo unida á la sorpresa y al reconocimiento con que dirigian su vista hácia él para darle gracias por haberlos libertado. Los guardias nacionales que habian sido fieles, los generales amigos del rey, el mariscal Mouchy y Mrs. Aubiers y Acloque felicitaron al monarca por su valor y por la presencia de ánimo que habia manifestado en aquella ocasion. Contáronse mutuamente los peligros por que acababan de pasar, y las atroces conversaciones, los ademanes, las miradas, las armas, los trajes y el súbito arrepentimiento de aquella multitud. El rey se vió en este momento por casualidad en un espejo, y notó que aún llevaba puesto el gorro encarnado. Ruborizóse al verlo, arrojóle al suelo disgustado, y sentándose en un sillón, dijo á la reina enternecido: «¡Ah, señora! ¡Por qué os habré yo arrancado de vuestra patria para asociaros á la ignominia de este dia!»

Eran ya las ocho de la noche. El suplicio de la familia real habia durado cinco horas. Los guardias nacionales de los barrios inmediatos, reuniéndose espontáneamente, iban llegando uno á uno á prestar apoyo á la Constitucion. Oíanse aún desde el cuarto del rey los pasos tumultuosos y las voces siniestras de las columnas populares que iban saliendo lentamente por los patios y por el jardín. Los diputados constitucionales acudieron indignados á palacio, deshaciéndose en mil imprecaciones contra Petion y los girondinos. Una diputacion de la Asamblea recorrió el palacio para enterarse de la violencia y de los desórdenes cometidos por la expedicion de los arrabales. La reina les enseñó las cerraduras forzadas, los goznes arrancados de las puertas, los pedazos de éstas y de las alacenas que habia en las paredes, y las astillas de los mangos de las picas, así como la pieza de artillería cargada á metralla, y otra porcion de objetos que estaban desparramados por los suelos. El desórden de los vestidos del rey y de toda su familia; aquellos gorros encarnados y aquellas escarapelas que les habian sido impuestas á la fuerza; la reina desgñada, pálida, convulsiva y derramando lágrimas, eran otras tantas señales más evidentes de la injuria que habian sufrido, que aquellos objetos que habia dejado el pueblo en el campo de batalla de la sedicion. Este espectáculo enternecia á todos los circunstantes é indignaba aún á los diputados más hostiles á la corte. La reina lo notó, y dirigiéndose á Merlin, le dijo: «¿Llorais, caballero?» «Sí, señora,—respondió el diputado estoico;—lloro las desgracias de la mujer, de la esposa y de la madre; pero mi enternecimiento no pasa de aquí, porque aborrezco á los reyes.» Estas palabras, que en otra ocasion podrian ser sublimes, eran demasiado duras en semejante momento ante un rey envilecido, unos niños inocentes y una mujer ultrajada. Ellas debieron herir más cruelmente el corazon de la reina que los hachazos dados por el pueblo en las puertas de su palacio, porque le anunciaban por la voz de un solo hombre la inflexibilidad de la revolucion. ¿Debia este hombre asociar el odio á la piedad en una misma frase, ante un infortunio de semejante naturaleza? Aún las opiniones más rígidas, ¿no tienen siempre cierta decencia y cierto pudor que les prohiben manifestarse abiertamente cuando con hacerlo pueden herir un corazon lastimado ya por la injuria recibida? ¿No hay en

la naturaleza humana algo más santo y más permanente que esos odios de opinion? Es decir, ¿no es primero enternecerse al ver las vicisitudes de la suerte, respetar al caído y compadecer su dolor?

Tal fué la jornada del 20 de Junio. El pueblo mostró en ella cierta disciplina en medio del desórden, y se contuvo hasta en medio de la violencia. El rey desplegó una intrepidez heroica unida á la mayor resignacion. Algunos girondinos dieron á conocer patentemente aquella perversidad fria que cubre la ambicion con la máscara del patriotismo, y que para apoderarse del poder le envilece, haciéndole insultar por el pueblo, sin que luégo pueda recogerlo sino hecho pedazos.



El rey bebe á la salud de la nacion.—Pág. 402.

XI

En todos los departamentos se estaban haciendo preparativos para enviar á Paris los veinte mil hombres decretados por la Asamblea. Los marseleses, llamados por Barbaroux á instancias de madama Roland, se aproximaban á la capital; almas ardientes del Mediodía, que venian á avivar en Paris el foco revolucionario, demasiado apagado segun el entender de los girondinos. Este cuerpo constaba de mil doscientos á mil quinientos hombres genoveses, ligurios, corsos y piamonteses, reclutados para un golpe de mano decisivo en todas las playas del Mediterráneo. La mayor parte de ellos eran marineros ó soldados aguerridos en las batallas, y otros cuantos eran sólo unos malvados avezados al crimen. Esta fuerza estaba mandada por jóvenes marseleses, amigos de Barbaroux y de Isnard. Fanatizados por el sol y por la elocuencia de los clubs provenzales, atravesaban Francia en medio de los aplausos de las poblaciones de lo interior del reino, que los recibian en triunfo y les embriagaban de entusiasmo y de vino en las comidas patrióticas que les daban diariamente. El pretexto de aquella marcha era ir á fraternizar en la

próxima federación del 14 de Julio con los demás federados del reino. El motivo secreto de ella era intimidar á la guardia nacional de Paris, avivar la energía revolucionaria de los arrabales, y ser la vanguardia de aquel campamento de veinte mil hombres que los girondinos habían hecho votar á la Asamblea para dominar á la vez á los Fuldenses, á los Jacobinos, al rey y á la misma Asamblea, teniendo á su disposición un ejército compuesto exclusivamente de hechuras suyas.

Los pueblos enteros salían á recibirlos, y lo mismo sucedió al de Paris. Los guardias nacionales, los federados, las sociedades populares, los niños, las mujeres, y finalmente, toda aquella parte de las poblaciones que vive de las emociones de la calle y que acude á todos los espectáculos públicos, volaban al encuentro de los marseleses. Los rostros tostados de estos hombres, su aire marcial, sus ojos de fuego, sus uniformes cubiertos de polvo, su gorro frigio, sus extrañas armas, las ramitas verdes que llevaban en el gorro, y su acento extranjero unido á su rostro feroz y á los más atroces juramentos, todo esto reunido hería vivamente la imaginación de la multitud. Parecía que la idea revolucionaria se había hecho hombre, y que bajo la figura de aquella horda iba á dar el asalto á los últimos restos del trono. Los marseleses entraban en las ciudades y en los pueblos cantando estrofas terribles, y eran recibidos bajo arcos triunfales. Aquellas coplas, alternando con el ruido regular de sus pasos y con el de los tambores, se parecían á los coros de la patria y de la guerra, respondiendo por intervalos iguales al choque de las armas y á los instrumentos mortíferos de los guerreros al ir al combate. Hé aquí esta canción patriótica, grabada en el alma de Francia:

I

Vamos, hijos de la patria, ha llegado el día de la gloria; el sangriento estandarte de la tiranía está alzado contra nosotros. ¿Oís en los campos el rugido de esos feroces soldados? ¡Vienen á degollar hasta en vuestros brazos á vuestros hijos y á vuestras compañeras!

¡A las armas, ciudadanos! ¡Formad vuestros batallones! ¡Marchemos! ¡Riegue nuestro suelo esa sangre impura!

II

¿Qué quiere esa horda de esclavos, de traidores y de reyes conjurados? ¿Para quién se preparan hace ya tanto tiempo esas innobles trabas y esas pesadas cadenas? ¡Para nosotros, franceses! ¡Ah! ¡Qué ultraje! ¡Cuánta ira debe excitar en nosotros! ¡Cómo se atreven á meditar el imponernos á nosotros la antigua esclavitud!

¡A las armas! etc.

III

.....

IV

.....

V

.....

VI

Amor sagrado de la patria, condúcenos, sosten nuestros brazos vengadores. ¡Libertad, libertad querida, combate con tus defensores! Acuda la victoria á afiliarse en nuestras banderas llamada por tus enérgicos acentos. ¡Vean tus enemigos al espirar tu triunfo y nuestra gloria!

¡A las armas! etc.

ESTROFA DE LOS NIÑOS.

¡Nosotros entraremos en la carrera cuando no existan ya nuestros mayores! ¡Nosotros hallaremos en ella el polvo y la huella de sus virtudes! ¡Mucho ménos deseosos de sobrevivirles que de morir como ellos, tendremos el sublime orgullo de vengarlos ó de seguirlos!

¡A las armas! etc.

La música de este himno era tan á propósito para entusiasmar como su letra, y parecia que saliendo del pecho á manera del sordo rugido de la ira nacional, se convertia despues como por encanto en el eco gozoso de la victoria. Habia en esta cancion cierta cosa tan solemne como la muerte, tan serena como la inmortal confianza del patriotismo. En una palabra, era el heroísmo cantado, ó un eco salido de las Termópilas.

Percibíanse en aquel canto el paso cadencioso de miles de hombres que marchaban reunidos á defender las fronteras sobre el sonoro suelo de la patria, la voz lastimera de las mujeres, los lloros de los niños, los relinchos de los caballos y el silbido de las llamas que devoraban los palacios y las chozas; oíanse ademas los sordos golpes de la venganza hiriendo repetidas veces con el hacha, y sacrificando á los enemigos del pueblo y á los profanadores del territorio. Las notas de aquella música chorreaban sangre cual bandera empapada en ella en el campo de batalla. Ellas hacian estremecer, pero el estremecimiento producido en el corazon por sus vibraciones era intrépido. Ellas animaban al combate, aumentaban las fuerzas y cubrian con un velo el hórrido semblante de la muerte. En una palabra, eran el *agua de fuego* de la revolucion, que cayendo gota á gota sobre los sentidos y sobre el alma del pueblo, producía en él la embriaguez de las batallas.

Todos los pueblos oyen en ciertos momentos dados estos acentos que nadie ha escrito, que todo el mundo canta, y que parecen salir del alma de la nacion. Todos los sentidos quieren ofrecer su tributo al patriotismo y alentarse mutuamente. El pié anda, el gesto anima, la voz embriaga al oido, y éste conmueve el corazon. El hombre todo entero se convierte en un instrumento de entusiasmo. El arte es entonces santo, el baile heroico, la música marcial y la poesía popular; de suerte que el himno que sale en aquel momento de todas las bocas es imperecedero y jamás se profana usándolo en ocasiones vulgares. Semejante á aquellas banderas sagradas suspendidas en las bóvedas de los templos, y que no sirven sino en ciertos dias, el canto nacional se guarda conio un arma formidable para las grandes necesidades de la patria. El nuestro recibió de las circunstancias en que salió á luz cierto carácter que le hace á la vez más solemne y más siniestro, por hallarse mezclados en sus coplas y estribillo la gloria y el crimen, la victoria y la muerte; pues si bien es cierto que fué el canto del patriotismo y que condujo nuestros soldados á la frontera, también fué la imprecacion del furor y el que acompañó constantemente nuestras víctimas al cadalso. Un mismo hierro defiende la patria puesto en manos del soldado, y sacrifica las víctimas en las del verdugo.

XII

La *Marsellesa* conserva aún cierto sabor de canto de gloria y de grito de muerte, glorioso como el uno, fúnebre como el otro, porque al mismo tiempo que tranquiliza á la patria, hace palidecer á los ciudadanos. Hé aquí su origen.

Estaba entónces de guarnicion en Strasburgo un oficial de ingenieros llamado Rouget de Lisle, hijo de Lons-le-Saunier, departamento del Jura, país de ensueños y de energía como lo son siempre las montañas. Este oficial era aún muy jóven, y amaba la guerra como soldado y la revolucion como hombre pensador. Sus versos y sus conocimientos musicales le hacian pasar distraido en aquella triste guarnicion. Buscado en la sociedad por su doble talento de músico y poeta, frecuentaba familiarmente la casa del baron de Dietrich, constitucional, amigo de Lafayette y corregidor de Strasburgo. La baronesa y unas cuantas jóvenes amigas suyas participaban del entusiasmo patriótico de la revolucion, que palpitaba con más violencia en las fronteras, á la manera que la crispatura en los cuerpos es más sensible en las extremidades. Todas aquellas señoras apreciaban mucho al jóven oficial, á quien inspiraban su corazon, su poesía y su música, siendo las primeras en ejecutar vocalmente y en el piano las notas apenas producidas por él.

Corria entónces el invierno de 1792, y el hambre se hacía sentir en Strasburgo. La casa de Dietrich, opulenta al principio de la revolucion, pero agotada ya por los forzosos sacrificios que le habian impuesto las calamidades de la época, habia venido muy á ménos. Rouget de Lisle recibia hospitalidad en aquella mesa frugal, donde se sentaba diariamente como un hijo de la casa. Un dia que no tenian para comer sino pan de municion y algunos pedazos de jamon ahumado, Dietrich miró á De Lisle con una serenidad en que se advertia cierta tristeza, y le dijo: «La abundancia falta en nuestros festines; pero ¿qué importa esto con tal que no falte el entusiasmo en las fiestas cívicas ni el valor en el corazon de nuestros soldados? Todavía tengo en mi bodega una botella de vino del Rhin; voy á mandarla traer para que nos la bebamos á la salud de la libertad y de la patria. Pronto debe haber en Strasburgo una ceremonia patriótica, y es preciso que De Lisle beba en las últimas gotas de esta botella uno de esos himnos que producen la embriaguez en el corazon del pueblo de donde ha salido». Las jóvenes aplaudieron esta idea, y en cuanto trajeron la botella, llenaron las copas de Dietrich y del jóven oficial hasta que se salió el licor. Cuando pasaba esto era ya tarde y la noche estaba muy fria. De Lisle se puso á pensar y se quedó distraido, como quien tenia el corazon conmovido y la cabeza acalorada. Apoderóse de él el frio á poco rato, y entónces se fué á su casa, donde trató de buscar la inspiracion, tan pronto en las palpitations de su alma como ciudadano, como en el teclado del instrumento como artista. Ya componia la música ántes que las palabras, ya prescindia de aquéllas para componer éstas, asociando de tal suerte una y otra cosa en su pensamiento, que ni él mismo sabia cuál habia nacido primero; tan imposible le era separar la poesía de la música y el sentimiento de la expresion. De Lisle lo captaba todo, y no escribia nada.

Agobiado con tan sublime inspiracion, se durmió sobre el piano y no se despertó hasta que fué de dia. Los cantos de la noche se representaron confusamente en su memoria como las impresiones de un sueño. Entónces los escribió, compuso

la música y se fué en seguida á casa de Dietrich, á quien halló en su huerto entrecavando unas lechugas de invierno. La mujer del corregidor dormía aún. Dietrich fué á despertarla y á llamar á algunos amigos, tan apasionados como él por la música y capaces todos ellos de ejecutar la composicion de De Lisle. Este la cantó, y una de las señoritas le acompañó al piano. A la primera estrofa palidieron los rostros de todos los circunstantes, á la segunda corrieron por ellos copiosas lágrimas, y á la tercera prorumpieron en un grito unánime de entusiasmo. Dietrich, su mujer y el jóven oficial se abrazaban llorando. ¡El himno de la patria se habia hallado! ¡Ay! ¡Tambien debia ser el himno del terror! El infortunado Dietrich marchó á los pocos meses al cadalso, al són de aquellas notas nacidas en su hogar y produccion del corazon de su amigo y de la voz de su mujer.

A los pocos dias apareció la nueva cancion en Strasburgo y voló de ciudad en ciudad, tocada por todas las orquestas populares. Marsella la adoptó para cantarla al principio y al fin de las sesiones de los clubs, y los marselleses la esparcieron por toda Francia, cantándola por los caminos. De aquí le viene el nombre de *Marsellesa*. La anciana madre de De Lisle, realista y religiosa, asustada del renombre que habia adquirido su hijo como autor de esta cancion, le preguntaba en una de sus cartas: «¿Qué himno revolucionario es ése que canta una hordá de bandidos al atravesar Francia, y al cual va unido nuestro nombre?» El mismo De Lisle, proscribo por federalista, se estremeció al oirle resonar en sus oidos como una amenaza de muerte, cuando un dia andaba fugitivo y errante por las veredas del Jura. «¿Cómo se llama ese himno?» —le preguntó al guía que llevaba. «La *Marsellesa*», —respondió el paisano. De este modo supo el nombre de su propia obra, precisamente cuando huia del entusiasmo que habia producido su cancion. A duras penas pudo escapar á la muerte. El arma suele volverse contra la misma mano que la ha forjado; la revolucion, cuando llega al delirio, no reconoce ya su propia voz.

LIBRO DIEZ Y SIETE.

Reaccion.—El directorio de Paris suspende á Petion.—Indignacion del ejército.—Llegada de Lafayette á Paris.—Su discurso en la Asamblea.—Doble papel de Danton.—Planes de Lafayette sin resultado.—Relaciones entre la corte y los girondinos.—Guadet va secretamente á las Tullerías.—Su enternecimiento.

I

La corte estaba temblando desde que supo la venida de los marseleses, porque para su defensa no contaba con otra cosa que con un fantasma de Constitucion en la Asamblea, y con la espada de Lafayette en las fronteras. Los oradores constitucionales Vaublanc, Ramond, Girardin y Becquet, aunque tan elocuentes como los de la Gironda, no tenian la influencia de éstos; limitábanse, pues, á defender artículo por artículo el impotente código que la nacion acababa de jurar, y el valor que manifestaban en tamaña crisis era el más hermoso y meritorio que puede darse, que es aquel que no tiene esperanza. Lafayette desafiaba con generosa intrepidez á los jacobinos en sus alocuciones al ejército y en sus oficios á la Asamblea; pero cuando un pueblo está armado, hace poco caso de frases pomposas, y la mejor elocuencia del general consiste en semejante caso en obrar. Lafayette hablaba como un dictador sin tener fuerza en que apoyarse, y el papel que queria desempeñar no podia serle conveniente hasta despues de haber obtenido la victoria. Así es que sus atrevidas acusaciones contra los jacobinos no produjeron otro resultado que algun aplauso en la Asamblea y la desdeñosa sonrisa de los mismos contra quienes se dirigian, que avisados de lo que contra ellos podia hacer Lafayette, se creyeron en el caso de tomarle la delantera. La insurreccion quedó resuelta, y girondinos, jacobinos y franciscanos se aunaron para llevarla á cabo en un sentido, si no decisivo, al ménos significativo y terrible para la corte.

II

Apénas habian vuelto á los arrabales las hordas de Santerre y de Danton, cuando ya se descubria una indignacion general en el pueblo de Paris, dispuesto á sublevarse. La guardia nacional, tan pusilánime el dia anterior, el vecindario, que tan indiferente habia permanecido, y aún la misma Asamblea, pasiva ó cómplice en el acontecimiento ántes que se verificase, y aún en el acto de verificarse, clamaban ahora á voz en grito contra los atentados del pueblo, contra la conducta de Petion, contra las ofensas hechas á la majestad y á la libertad en la persona del soberano constitucional, y sobre todo contra la impunidad que habia seguido á tan atroces atentados. El 21, todos los patios, el jardin y el vestíbulo de las Tulle-

rías estuvieron llenos de un gentío afligido y consternado, que tanto en sus acciones como en sus palabras manifestaba su deseo de vengar á la familia real de los ultrajes que el dia anterior se le habia hecho sufrir. Enseñábanse horrorizados unos á otros los destrozos hechos por los amotinados en los postigos, rejas y ventanas de palacio, y se preguntaban hasta dónde iria á parar una democracia que trataba de aquella suerte los poderes constituidos. Hablábese en todos los corrillos de las lágrimas de la reina, del terror de sus hijos, del sacrificio sobrenatural de madama Isabel y de la intrepidez y dignidad de Luis XVI. Jamás habia manifestado este príncipe ni volvió á manifestar en lo sucesivo tanta magnanimidad. Lo excesivo del insulto hizo aparecer en él el heroísmo de la resignacion, y si hasta entónces se habia dudado de su valor, el 20 de Junio se vió que era muy grande. El no haber conocido esto ántes consistia en que, siendo de un carácter tímido, necesitaba que lo extraordinario de las circunstancias le pusiese en el caso de dejarse ver con toda la dignidad que realmente tenia, y que era lo que convenia al alto rango en que le habia colocado la Providencia. A pesar de haber durado el peligro más de cinco horas, Luis habia visto sin inmutarse y á poca distancia de su pecho las picas ó los sables de cuarenta mil confederados, desplegando más energía y estando más expuesto en esta lenta revista de la sedicion que puede estarlo un general en jefe en diez batallas campales. El pueblo de Paris estaba muy penetrado de esto, y si ántes le compadecia, desde entónces admiraba ya á su soberano. Por todas partes se oían gritos reclamando venganza del insulto que se le habia hecho.

Más de veinte mil ciudadanos firmaron espontáneamente una peticion dirigida á las autoridades locales, en la que se pedia se hiciese justicia castigando á los perpetradores de tan horrorosos crímenes. La administracion departamental decidió que habia lugar á perseguir á los fautores del desórden, y la Asamblea decretó que cualquiera reunion que se armase en lo sucesivo so pretexto de peticion, fuese dispersada por la fuerza pública. Jacobinos y girondinos temblaron al ver estas disposiciones y callaron por aquel momento, limitándose á regocijarse en el secreto de sus conciliábulos de la humillacion que habian hecho sufrir al trono. Hasta las mujeres fueron insensibles, y el espíritu de partido hizo que, aunque madres y esposas, tuviesen la suficiente crueldad de corazon para no enternecerse ante el suplicio de una madre y de una esposa ultrajada. Madama Roland, hablando de lo que debia haber sufrido en aquella ocasion el orgullo de la reina, dijo: «¡Cuánto me hubiese alegrado de ver su larga humillacion y lo mucho que en ella habrá padecido su orgullo!» Estas expresiones eran un crimen de la política contra la naturaleza; crimen cruel que aquella mujer comprendió más tarde, cuando otras mujeres feroces, regocijándose de su martirio, iban palmoteando delante de la fatal carreta que la conducia al cadalso.

Petion publicó una justificacion de su conducta, que no sirvió sino para acriminarle mucho más. Al presentarse el 21 en las Tullerías acompañado de algunos individuos de ayuntamiento, se le hicieron mil desprecios acompañados de algunas amenazas. El batallon de las Hijas de Santo Tomas, compuesto de hombres adictos á la Constitucion, cargó los fusiles á su presencia, y la voz unánime de los ciudadanos acusó á su corregidor de complicidad en un crimen que le era conocido ántes de cometerse, y que en vez de evitarlo, habia contribuido á que se llevase á cabo por su lenidad y mala fe. Sergeant, que iba acompañando á Petion, fué ata-

cado por un guardia nacional que le arrojó al suelo y le pisoté en el patio de las Tullerías. El directorio de Paris suspendió al corregidor, y se hicieron varios preparativos de defensa alrededor de palacio contra otra nueva asonada que se anunciaba para aquella tarde. Tratóse de publicar la ley marcial y de desplegar la bandera encarnada; rumores que alarmaron á la Asamblea en la sesion de la tarde, en la que el diputado Guadet dijo que se queria renovar contra el pueblo la sangrienta jornada del Campo de Marte.

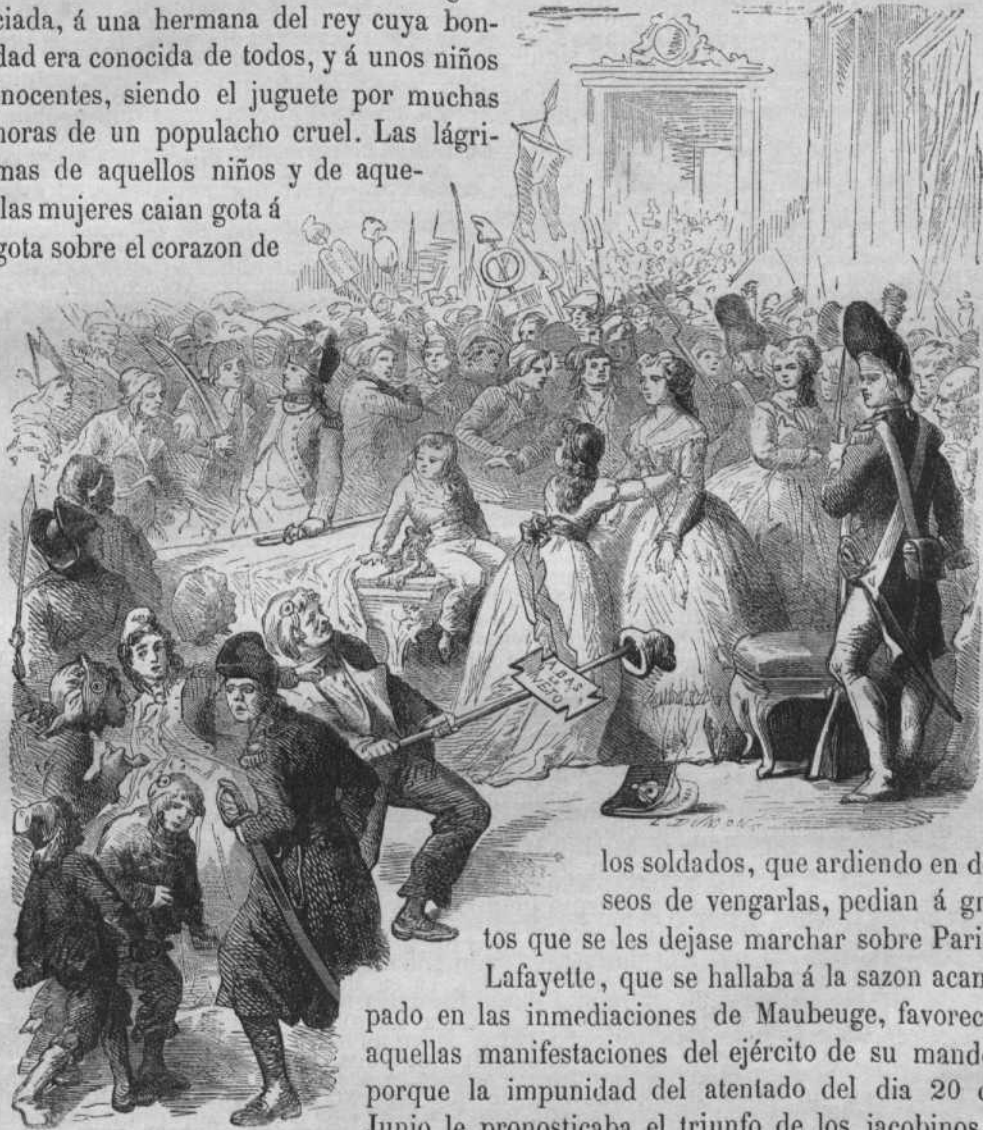
Miéntras esto sucedia, se presentó Petion en las Tullerías para dar cuenta al rey del estado en que se hallaba Paris. La reina, al verle, no pudo ménos de lanzarle una mirada de desprecio. «Y bien, caballero,—le dijo el rey,—¿se ha restablecido ya la tranquilidad en la capital?» «Señor,—respondió Petion,—el pueblo os ha hecho presentes sus quejas, y está tranquilo y satisfecho.» «Confesad que lo acaecido ayer ha sido un gran escándalo, y que la municipalidad no ha hecho todo lo que debia hacer para evitarlo.» «La municipalidad ha cumplido con su deber, señor; la opinion pública la juzgará.» «Decid la nacion entera.» «La municipalidad no teme su fallo.» «¿Cómo se halla Paris en este momento?» «Todo está tranquilo, señor.» «Es falso.» «¡Señor!...» «¡Callad!» «El magistrado del pueblo no tiene por qué callar cuando cumple con su deber y cuando dice la verdad.» «Está bien. ¡Retiraos!» «Señor, la municipalidad conoce sus deberes, y para cumplirlos no aguarda á que se le recuerden.»

Alarmada la reina con este diálogo, tan duro por una parte y tan insultante por la otra, dijo á Roederer en cuanto Petion hubo salido del cuarto: «¿No os parece que el rey ha obrado con cierta ligereza y acaloramiento, y que esto puede perjudicarle en el espíritu público?» «Nadie extrañará—contestó aquél—que el rey imponga silencio á un hombre que habla sin atender á razones.» El rey se dirigió oficialmente el 22 á la Asamblea, quejándose de los excesos de que habia sido teatro su palacio, y poniendo su causa en manos de aquella corporacion. Dió al mismo tiempo una proclama al pueblo frances, en la que manifestaba las violencias ejercidas por el populacho, que despues de haber derribado á hachazos las puertas del regio aposento, habia llegado hasta el extremo de apuntar un cañon contra su familia. «Ignoro—decia con una resignacion calculada—adónde quieren ir á parar los que tratan de destruir la monarquía. ¡Si necesitan cometer un crimen más, pueden hacerlo cuando quieran!» El rey y la reina pasaron revista á la guardia nacional de Paris en medio de continuas aclamaciones de *¡Viva el rey! ¡Viva la nacion!* Algunos departamentos, indignados de lo que habia sucedido, hicieron presente al rey su adhesion; otros, por el contrario, felicitaron á los girondinos; de suerte que todo presagiaba una lucha inmediata y decisiva. No podia ménos de ser así, porque el rey no habia cedido, y la sedicion habia defraudado las esperanzas, tanto de los que querian herir como de los que sólo trataban de intimidar. La jornada del 20 de Junio era demasiado para amenaza, y muy poco para atentado.

III

Estos acontecimientos en nadie habian influido tanto como en el ejército, cuyo jefe era el rey; de suerte que los ultrajes hechos á su persona los tenia aquél por propios, y le hacía estar dispuesto á insurreccionarse por defender al que recono-

cia por su suprema cabeza. Cuando se viola la autoridad soberana, todas las que le están subordinadas temen serlo tambien, sobre todo en un ejército como el frances, cuya segunda alma ha sido siempre el honor. Las noticias que recibia de Paris respecto á lo ocurrido el 20 de Junio circulaban por el campo, y las tropas no veian en ellas sino á una reina desgraciada, á una hermana del rey cuya bondad era conocida de todos, y á unos niños inocentes, siendo el juguete por muchas horas de un populacho cruel. Las lágrimas de aquellos niños y de aquellas mujeres caian gota á gota sobre el corazon de



Los insurrectos en las habitaciones de la reina.—Pág. 405.

los soldados, que ardiendo en deseos de vengarlas, pedian á gritos que se les dejase marchar sobre Paris. Lafayette, que se hallaba á la sazón acampado en las inmediaciones de Maubeuge, favorecia aquellas manifestaciones del ejército de su mando, porque la impunidad del atentado del dia 20 de Junio le pronosticaba el triunfo de los jacobinos y girondinos, haciéndole ver al propio tiempo que su influencia iba á quedar reducida á la nada. Entónces

soñó en hacer generosamente el papel de Monk. Sostener á un rey á quien él mismo habia abatido, le parecia una tentativa digna á la vez de su posicion como jefe de partido y de su lealtad como soldado. Seguro de persuadir al débil Luckner, que estaba acantonado en Menin y en Courtray, Lafayette le hizo saber por medio de Bureau de Puzy la resolucion que habia adoptado de ir á Paris para atraerse á la guardia nacional y á la Asamblea, exterminar á los jacobinos y girondinos, y afianzar de este modo la Constitucion. Luckner se estremeció al leer aquella comunicacion, pero no usó de su autoridad de general en jefe para oponerse á las inten-

ciones de Lafayette. Militar inexperto, no comprendió que asintiendo tácitamente á las peticiones de su segundo, se hacía cómplice suyo. «Los *sans-culottes*—dijo á Bureau de Puzy—cortarán la cabeza á Lafayette. Que vaya con mucho cuidado, que es lo que más le interesa.»

Lafayette salió del campamento sin más compañía que un oficial de su confianza; llegó á Paris cuando nadie le esperaba; fué á apearse en casa de su amigo Mr. de Larochehoucauld, y al dia siguiente se presentó en la barra de la Asamblea. Aquella noche, su amigo se puso de acuerdo con los constitucionales y con los principales jefes de la guardia nacional, y todos trabajaron para preparar la recepcion que habian de hacer las tribunas al general cuando entrase al dia siguiente en la Asamblea. En cuanto se presentó en ella, fué saludado con miles de aplausos, á los que los girondinos indignados contestaron con un murmullo producido por la sorpresa que les causaba aquel acontecimiento extraordinario. Acostumbrado el general á los gritos tumultuosos de las plazas y calles públicas, vió sin alterarse la imponente actitud de sus enemigos. Colocado por el paso atrevido que acababa de dar entre el supremo tribunal nacional de Orleans y el triunfo, era éste el momento crítico en que arriesgaba no tan sólo su poder, sino hasta su propia existencia. Hombre de corazon más intrépido que activo para dar un golpe de mano, ni siquiera se inmutó al ver la animosidad que contra él habia en la Asamblea.

«Señores,—dijo,—ante todas cosas, debo aseguraros que mi ejército no corre el menor peligro porque yo me haya separado de él para presentarme aquí. Se me ha echado en cara que cuando escribí mi comunicacion de 16 de Junio lo hice por hallarme rodeado de mi ejército; era, pues, un deber mio protestar contra esa timidez que se me imputaba gratuitamente, salir del honroso círculo de afectos formado por las tropas que me rodeaban, y presentarme solo ante vosotros. Otro motivo más poderoso me llamaba tambien aquí. Las violencias cometidas el 20 de Junio han excitado la indignacion y alarmado á todos los buenos ciudadanos, pero con más particularidad al ejército. En el mío no hay sino una sola opinion, tanto en la clase de oficiales como en la de tropa, y todos me han manifestado que, adictos á la Constitucion, odian al mismo tiempo á los facciosos. He desechado las justas quejas, y me he encargado yo solo de venir á manifestaros los sentimientos de todos. Voy á hablaros como buen ciudadano. Ya es tiempo de consolidar la Constitucion, de asegurar la libertad de la Asamblea nacional, y de hacer que se respete la del rey, así como su dignidad. Suplico, pues, á la Asamblea, en consecuencia de lo que llevo dicho, que ordene que los excesos del 20 de Junio sean castigados como crímenes de alta traicion; que tome medidas eficaces para hacer que se respeten todas las autoridades constituidas, y muy particularmente la suya y la del rey; y últimamente, que dé al ejército una seguridad de que la Constitucion no será violada en lo más mínimo en el interior en tanto que los bizarros ciudadanos de que se compone el ejército frances prodigan generosamente su sangre para defender nuestras fronteras.»

Estas palabras, oidas por los girondinos en medio de la convulsion de una ira reconcentrada, fueron aplaudidas por la mayoría de la Asamblea. Brissot y Robespierre veian detras de Lafayette á la guardia nacional y al ejército. La popularidad del general, que no era ya sino una sombra de lo que habia sido anteriormente, le protegía aún, sin embargo; mas en cuanto los girondinos, aterrados en el primer

momento, notaron que lo que queria hacer Lafayette no podia pasar del estado de amenaza, porque ni llevaba consigo bayonetas, ni habia tomado ninguna precaucion para sostener lo que acababa de manifestar, renació el valor en sus corazones. Entónces dejaron que aquel general sin soldados atravesase triunfante la sala y fuese á sentarse en el banco de los más humildes peticionarios. Al mismo tiempo tantearon el ascendiente que tenia sobre la Asamblea, para ver si era tal que pudiese infundir serios temores. «Desde el punto en que he visto al señor de Lafayette,—dijo irónicamente Guadet,—se me ha ocurrido la idea consoladora de que ya no teníamos enemigos exteriores, y he formado el siguiente silogismo: el general Lafayette está aquí; luego los austriacos han sido derrotados. Mi ilusion no ha durado mucho tiempo. Nuestros enemigos son siempre los mismos, nuestros peligros exteriores no han disminuido, y sin embargo, el señor de Lafayette está en Paris. Segun habeis visto, se ha constituido en órgano de los hombres de bien del ejército. ¿Quiénes son esos hombres de bien? ¿Cómo ha podido deliberar ese ejército? Pido que nos presente el general el permiso que ha tenido para hacerlo.»

El orador de la Gironda fué aplaudido. Ramond quiso contestar á Guadet, haciendo un elogio enfático de Lafayette, á quien llamó, entre otras cosas, el hijo primogénito de la revolucion y el hombre que habia sacrificado por ella su nobleza, sus bienes y hasta su propia vida. «¿Haceis, pues, su oracion fúnebre?»—gritó Saladin á Ramond. El jóven Ducos se levantó para declarar que la Asamblea no tenia suficiente libertad para deliberar hallándose en ella, como se hallaba, uno de los generales del ejército. Isnard, Morveau, Ducos y Guadet se agruparon en los escalones de la tribuna, y la voz *malvado* salió de uno de los bancos. Vergniaud dijo que, habiendo abandonado Mr. de Lafayette su puesto delante del enemigo, en razon á que á él y no á un mariscal de campo era á quien la nacion habia confiado el mando de un ejército, lo que era preciso averiguar era si lo habia hecho sin licencia ó con ella. Guadet insistió en su proposicion, y Gensonné pidió que el asunto se decidiese por votacion nominal. Esta dió una débil mayoría á los amigos de Lafayette, y la manifestacion de éste pasó á la comision de los Doce.

Hé aquí todo el triunfo que tuvo Lafayette con el arriesgado pasó que dió. Una intencion generosa, un acto de valor individual, buenas palabras, un voto y nada más. Sucedióle á Lafayette en esta ocasion lo que á los girondinos el 20 de Junio: ó se atrevió demasiado, ó harto poco. Amenazar sin herir, equivale en política á quedar descubierto, y nada se adelanta con esto sino poner de manifiesto la debilidad del que lo hace á los ojos de los que tal vez le creen aún con muchas fuerza. Si Lafayette hubiese intentado en aquella ocasion dar un golpe de Estado en vez de un golpe parlamentario; si hubiese tenido á su devocion un regimiento y algunos batallones de la guardia nacional movilizada; si hubiese marchado á la cabeza de estas fuerzas contra los jacobinos y hubiese cerrado sus clubs, dirigiéndose en seguida á la Asamblea en medio de los aplausos de los ciudadanos; si hubiese hecho preparar por sus amigos una mocion que le diese la dictadura militar de Paris, y con ella la responsabilidad de la Constitucion y el encargo de atender á la seguridad de la Asamblea y del rey, quizá hubiese podido acabar con los facciosos. Su imprudente conducta no sirvió sino para irritarlos más.

La Asamblea continuó su sesion, y Lafayette salió de allí para ir á palacio á ver al rey, sin haber conseguido otra cosa con su arrojo que un insignificante pal-

moteo y algunas sonrisas irónicas ó amigas. Cuando llegó á palacio estaba reunida la familia real, y fué recibido por el rey y la reina con todo el reconocimiento debido á su adhesión, pero con el sentimiento de la inutilidad del paso dado. Llegóse á temer que éste pudiese excitar otra nueva conmoción. Lafayette en esta circunstancia arriesgó no tan solamente su vida, sino también su popularidad. La reina entre tanto buscaba su salvación en una esfera más baja, porque entre los facciosos subalternos no faltaron otros nuevos Mirabeau, dispuestos á transigir con la monarquía, haciéndose pagar su defección á peso de oro. El de la lista civil circulaba profusamente en los clubs y en los arrabales. Danton, que dirigía con una mano á la juventud y al club de los Franciscanos, protegía con la otra las tramas secretas de la corte. Hombre temible para la una, hasta el extremo de que ésta comprase su connivencia, daba suelta al mismo tiempo á los otros para que confiaran en su demagogia, y haciendo traición á todos, se complacía al ver el doble poder de que estaba revestido, debido únicamente á su doble inmoralidad. De aquí aquellas terribles palabras de Danton que explican tan perfectamente la doble alternativa de su situación: «O salvaré al rey, ó le mataré».

La reina hizo avisar á Danton aquella noche que Lafayette, acompañado del rey, se proponía pasar una revista al día siguiente á los batallones de la guardia nacional mandados por Aclouque, arengándolos al propio tiempo é incitándolos á sublevarse contra la Gironda y los clubs. Danton avisó en seguida á Petion de lo que pasaba, y éste revocó la orden que había dado para la revista antes de que amaneciese. Lafayette pasó aquella noche en su palacio, custodiado por un destacamento de la guardia nacional; y afligido al ver que su plan había fracasado, emprendió su marcha para el ejército al día siguiente, aunque sin cejar en su propósito de atemorizar á los jacobinos y afianzar el trono constitucional. Desde luégo, trató de conseguir por medio de comunicaciones lo que no había podido lograr estando en Paris, y al marcharse remitió una á la Asamblea en que al mismo tiempo que amenazaba enérgicamente á los facciosos, les daba consejos saludables y lecciones asaz osadas. No consintiendo los golpes de Estado de este hombre sino en comunicaciones que quedaban sobre la mesa del Congreso, se frustraban como era natural, porque únicamente con la espada en la mano es como un general puede hacerse temer de las facciones, de las cuales no se obtiene nunca otra cosa que lo que se les arranca con la punta de las bayonetas. Vergniaud, Brissot, Gensonné y Guadet oyeron la lectura de aquel documento dictatorial con la sonrisa del desprecio.

IV

Este viaje de Lafayette á Paris fué la única tentativa que hizo en toda su vida política para apoderarse de la dictadura. Su idea era generosa, grave el peligro á que se exponía, y nulos sus medios para llevarla á cabo. Viendo Lafayette lo mal que le había salido su intentona, trató de valerse de otros medios para salvar al rey y hacerle salir de incógnito de aquel mismo palacio donde había sido su *carcelero oficial* por espacio de dos años. Aunque éste fué desde entónces el único pensamiento que le agitaba, el plan que había concebido para salir con su intento era en un todo conforme al carácter de Lafayette. Consistía éste en mantener el equilibrio entre el pueblo y el rey, de suerte que ambas cosas se sostuviesen mu-

tuamente, para de este modo mantener una verdadera libertad entre los partidos. Ya hacía mucho tiempo que Mirabeau había vaticinado que ésta sería la política que siguiese su rival. «Desconfiad de Lafayette,—había dicho á la reina en una de las conferencias últimas que tuvo con aquella princesa;—si llega algun día á mandar el ejército, querrá guardar al rey en su tienda de campaña.» Lafayette por su parte no ocultaba aquella ambicion de declararse y ser el protector de



Rouget de Lisle.

Luis XVI para poder dominarle á su sabor, y que no fuese en sus manos sino un instrumento que sirviese á engrandecerle. En la misma época en que se decidía á salvar la persona del rey, escribía á su confidente Lacombe las siguientes palabras: «En punto á libertad, no me fio del rey ni de nadie; y si él quisiese *echarlas de soberano*, me batiría contra él como en el año de 89. A no hacerlo así, daría motivo á que se hablase de mí con razon».

Entónces propuso al rey dos planes distintos para sacarle de Paris con toda su familia y llevárselo al ejército. El primero debía llevarse á cabo el día del aniversario de la confederacion, que era el 14 de Julio. Segun este plan, Lafayette volvería á Paris acompañado de Luckner, y ambos generales pondrian al lado del rey aquellas tropas que les inspirasen más confianza. Lafayette arengaría entónces

á los batallones de la guardia nacional en el Campo de Marte, el rey quedaria en completa libertad, y se le iria escoltando hasta que llegase al ejército. El segundo plan consistia en que las tropas de Lafayette hiciesen un paseo militar hasta llegar á veinte leguas de Compiègne. Desde aquel punto enviaria Lafayette á Compiègne dos regimientos de caballería de toda su confianza. Cuando esto sucediese, debia ya haber llegado á Paris el general para acompañar al rey á la Asamblea. Este declararia que iba á marchar á Compiègne en uso de las facultades que la Constitucion le concedia para residir á distancia de veinte leguas de la capital; mientras esto pasase, debia haber algunos destacamentos colocados de antemano por el general alrededor del salon, los cuales se encargarian de escoltar al rey y de proteger su salida, en el caso posible de que el pueblo tratase de impedirlo. Una vez que el rey estuviese en Compiègne, nada tenia que temer, porque contando con los regimientos que Lafayette habria dejado allí, nadie seria osado á atacarle. Verificado esto, el rey debia enviar una comunicacion á la Asamblea en la que renovase libre y espontáneamente su juramento á la Constitucion. Lafayette creia que esta sinceridad del rey seria lo suficiente para captarle todas las voluntades, y para afianzar el trono y consolidar la Constitucion. Dado este paso, Luis XVI debia volver á Paris, donde, segun el sentir de Lafayette, seria recibido en medio del alborozo y de las aclamaciones del pueblo. Tales sueños de restauracion, fundados en un cambio de opinion repentino y del cual no habia una probabilidad ni áun remota, no pueden ser considerados sino como unas quimeras. Son, sin embargo, muy honrosos para el que supo concebirlos, estando al mismo tiempo decidido á realizarlos si esto hubiese sido posible. Los planes de restauracion monárquica de Lafayette, Mirabeau y Barnave fueron todos muy parecidos; pero aquellos hombres, tan poderosos para la agresion, no consideraron que eran muy débiles para la defensa, en razon á que para destruir contaban con el apoyo del pueblo, y para reedificar no tenian otros recursos de que echar mano que su valor personal y sus virtudes.

Estos planes llegaron á discutirse; pero el rey, que, colocado en el centro del peligro, conocia mejor que ningun otro lo impracticable del remedio, desechó ambas combinaciones. Luis desconfiaba del arrepentimiento de aquellos hombres ambiciosos, que para salvarle tenian que contar con las mismas manos á las cuales creia deber su perdicion. El rey conocia ademas que, una vez establecido en el campamento de Lafayette, no haria sino cambiar de esclavitud. «Sabemos muy bien—decian los amigos de Luis XVI—que Lafayette salvará al rey, pero tambien sabemos que no hará nada por salvar la monarquía.»

La reina, señora de tanta firmeza como valor, tuvo á ménos implorar la proteccion y no quiso deber la vida al mismo hombre que tanto habia humillado su orgullo en épocas no muy lejanas. Entre todos los hombres de aquel tiempo, al que ella temia y odiaba más era á Lafayette, á quien miraba como el primer personaje de la revolucion. No cabe duda en que otros varios la habian amenazado y la amenazaban aún; pero Lafayette le era más sospechoso que todos ellos, hasta en los mismos planes que concebía para salvarla. María Antonieta preferia los peligros al envilecimiento, por cuya razon se negó á todo cuanto se le propuso por el general. Ademas, sus relaciones secretas con Danton la tranquilizaban. Tambien contribuia á que no temiese por sus dias ni por los del rey el ver que á pesar de los atroces insultos que les habia prodigado el populacho el 20 de Junio, sus vidas

habian sido respetadas. Por otra parte, estaba persuadida de tener en sus manos el hilo de la trama de toda conspiracion demagógica, porque así se lo hacian creer sus misteriosos agentes, de los cuales muchos la engañaban. De aquí tuvieron origen los rumores de soborno esparcidos entónces contra Robespierre, Santerre y Marat. No hacía mucho tiempo que habia entregado á Danton ciento cincuenta mil libras con objeto de asegurar y para atraerse á su favor con estas liberalidades el ascendiente que aquel orador ejercia en los arrabales. Hasta la misma madama Isabel contaba con Danton y se sonreia con complacencia á la vista de aquella imagen de la fuerza popular, decidida, segun creia, en favor de su hermano. «Nada tememos, — dijo en confianza á su amiga la marquesa de Raigecourt, — porque Danton es nuestro.» La reina, contestando á un ayudante de Lafayette que le hacía vivas instancias para que marchase á refugiarse entre las tropas que mandaba aquel general, le dijo: «Agradecemos mucho las intenciones de vuestro general, pero nada nos conviene tanto como estar encerrados tres meses en una torre».

Las palabras que acabamos de referir de estas dos señoras descubren el secreto abandono de las Tullerías sin la menor resistencia el 10 de Agosto, y el de la traslacion de la familia real á la torre del Temple. Danton sabía el modo de pensar de la reina sobre este particular, y esta señora contaba con Danton para aquella prision, que creia debía ser para el rey temporal, pasajera, y el único medio de salvacion. Tal era la ceguedad de la reina en aquella ocasion que, protector por protector, dió la preferencia á Danton sobre Lafayette.

V

Hasta los girondinos entraron en relaciones con la corte en la época de que vamos tratando. Pero si el patriotismo y la ambicion de los hombres de este partido se prestó á entablar semejantes relaciones, fué con el más generoso desinterés, y la nota de venales no recayó sobre ninguno de ellos. Guadet, que era indudablemente el orador á quien más debía temer la corte, rechazó con indignacion las brillantes ofertas que se le hicieron por ver de sobornarle. El desinterés de la antigua virtud republicana germinaba en los corazones de aquellos jóvenes, incapaces de transigir con su opinion por un vil interés. Se lograba seducirles por la gloria y moviéndolos á compasion, pero jamás por el oro.

A los veinte años era ya Guadet un célebre orador político. Su oposicion mordaz le hizo retardar mucho tiempo el admitir el título de abogado del parlamento de Burdeos, en donde se hizo notable más adelante por la elocuencia de sus discursos. Esta celebridad le dió á conocer del partido popular, que nombrándole diputado le arrancó de la vida privada y de los brazos de una jóven con quien acababa de casarse. El movimiento político le condujo hasta la tribuna nacional, y su palabra, aunque ménos floreada que la de Vergniaud, no era sin embargo ménos terrible. Tan honrado como aquél, aunque de carácter más áspero, se le admiraba ménos y se le temia más. El rey, que conocia el ascendiente de Guadet, trató de atraérsele por medio de la confianza, medio el más á propósito para seducir los corazones generosos. Los girondinos fluctuaban aún entre la monarquía constitucional y la república, y adictos á la democracia, estaban resueltos á servirla bajo aquella forma que les asegurase obtener más pronto la direccion de los negocios.

Guadet consintió en tener una entrevista secreta en las Tullerías, adonde se dirigió favorecido por las tinieblas de la noche. Fué introducido por una escalera secreta hasta una habitacion en la que le aguardaban el rey y la reina. La sencillez y la grande hombría de bien de Luis XVI triunfaban al momento de las prevenciones políticas de cuantos hombres de sana intencion se acercaban á hablarle. Acogió el rey á Guadet como á su última esperanza, y ademas de pintarle lo horroroso de su situacion como rey, trató de enternecerle como esposo y como padre. La reina derramó abundantes lágrimas delante del diputado, y la conversacion duró hasta muy entrada la noche. Pidiéronse y se dieron tambien allí varios consejos, de los cuales quizá no se siguió ninguno. En ambas partes reinaba la buena fe, pero en ninguna habia la constancia y resolucion que eran indispensables. Cuando Guadet pidió permiso para retirarse, la reina le dijo si queria ver al Delfin, y sin aguardar su respuesta, tomó ella misma una luz de encima de la chimenea, y condujo al diputado al gabinete en donde el jóven príncipe dormia tranquilamente. Los encantos de su fisonomía, la tranquilidad de su inocente sueño en medio de un palacio tan agitado, aquella madre, jóven aún y reina de Francia, que se escudaba, por decirlo así, con la inocencia de su hijo para mover á compasion á uno de los enemigos más declarados de la monarquía, enternecieron á Guadet. Separó éste con la mano los cabellos que cubrian la cara del Delfin, y le dió un beso en la frente sin despertarle. «Criadle para la libertad, señora,—dijo Guadet á la reina;— ésta es la única condicion de su existencia.» Al mismo tiempo volvió la cara á otro lado para ocultar algunas lágrimas que corrian por sus mejillas.

De esta manera, la naturaleza puede siempre más en el hombre que el espíritu de partido. Extraño espectáculo es el que el destino ofrece á la historia cuando la hace entrar en este aposento, en donde duerme un niño rey y que está alumbrado por una reina. Extraño tambien el ver en él aquel hombre que besa llorando la frente del regio niño, y que nueve meses despues es uno de los que le quitan la corona y entregan la vida de su padre al pueblo. ¡Qué abismo tan grande el de la suerte! ¡Qué noche tan oscura el porvenir! ¡Qué irrision de la fortuna aquel beso de Guadet! Este salió de aquel cuarto tan conmovido como si hubiera previsto un lazo siniestro que se le tendia. El hombre sensible tenia miedo del hombre político. ¡Así es el hombre! ¡Cuánto mira por su vida!

LIBRO DIEZ Y OCHO.

Tercera comunicacion de Lafayette á la Asamblea.—Alarmas de los patriotas.—Robespierre se mantiene oculto en medio de los nuevos movimientos.—Mociones de Danton.—Lafayette acusado por la Asamblea.—El rey sanciona la suspension de Petion.—Irritacion de los partidos.—Vergniaud toma la palabra.—Carácter y costumbres de éste.—Su educacion.—Su retrato.—Sus discursos.—Carta de los jacobinos á los confederados redactada por Robespierre.—Danton provoca otra nueva peticion en el Campo de Marte.

I

Apénas llegó Lafayette al campamento, cuando por tercera vez volvió á dirigirse á la Asamblea, que oyó su escrito con la mayor indiferencia. «¡Me admiro—dijo Isnard—de que la Asamblea nacional no haya enviado á ese soldado faccioso desde su barra á Orleans!»

La lucha sostenida en los Jacobinos entre Robespierre y los del partido de la Gironda parecia un tanto amortiguada, y ya no rivalizaban sino en sus insultos contra la corte y en las amenazas continuas contra Lafayette. La explosion del 20 de Junio no habia apagado aquel foco de odio. La inaccion de los ejércitos, el peligro cada dia mayor en que se hallaban las fronteras, la actitud equívoca de Lafayette, la retirada de Luckner, á quien se creia cómplice suyo, y la aproximacion de tropas á Paris, fomentaban la ira y las alarmas de los patriotas. Robespierre seguia en su sistema de quedarse siempre á cierta distancia de todos los movimientos; no se comprometia con ninguno de los partidos extremos, y estaba absorto en las consideraciones generales de la causa pública. Observar, ilustrar y denunciar al pueblo todos los peligros que podian sobrevenirle, era el único papel que afectaba representar. Su popularidad era grande, pero fria y razonada como su papel. Los murmullos de los que le escuchaban impacientes interrumpian con frecuencia sus largas arengas en la tribuna de los Jacobinos, en donde devoraba impávido las más crueles humillaciones. Seguro su instinto de la volubilidad de la opinion, parecia revelarle de antemano que en aquel conflicto de movimientos contrarios y desordenados, el imperio sería al cabo del que permaneciese inmóvil y tuviese más paciencia.

Danton hizo unas mociones terribles en los Franciscanos y en los Jacobinos, y parecia que trataba de adquirir fuerza con el mismo escándalo de sus violencias contra la corte. De este modo ocultaba las inteligencias secretas que mantenía en palacio. «Me comprometo—decia—á aterrorizar á esa corte perversa. Ella no desplega tanta audacia sino porque nosotros hemos sido demasiado tímidos. La casa de Austria ha causado siempre las desdichas de Francia. Pedid una ley que obli-

que al rey á repudiar á su mujer y á enviarla á Viena con todos los miramientos y con toda la seguridad que le son debidos.» Este era el medio de salvar á la reina, sirviéndose para hacerlo del mismo odio que se la profesaba generalmente.

Brissot, que se habia mantenido por tanto tiempo en buena amistad con Lafayette, concluyó por entregarle á la ira de los jacobinos. «Este hombre—dijo—se ha quitado la máscara. Extraviado por una ciega ambicion, se erige en protector, y esta audacia le perderá. Digo mal, le ha perdido ya. Cuando Cromwell quiso hablar como dueño al Parlamento de Inglaterra, estaba rodeado de un ejército de fanáticos y habia obtenido muchas victorias. ¿Dónde están los laureles de Lafayette? ¿Dónde están sus sostenes? Nosotros castigaremos su insolencia, y yo probaré su traicion. Sí, yo probaré que él quiere establecer una especie de aristocracia constitucional, que para esto se ha puesto de acuerdo con Luckner; finalmente, que con venir á Paris á presentar peticiones á la Asamblea, ha perdido la favorable coyuntura de vencer á nuestros enemigos en las fronteras. No temamos nada, á no ser nuestras divisiones. En cuanto á mí,—dijo volviéndose hácia Robespierre,—declaro que olvido todo lo que ha pasado.» «Y yo—dijo Robespierre despues de haber reflexionado un momento—he sentido que mi corazon se inclinaba á la union y al olvido de lo pasado por-el placer que he tenido al escuchar esta mañana el discurso de Guadet en la Asamblea, y por el que experimento ahora al oir el lenguaje de Brissot. Unámonos para acusar á Lafayette.»

Otras peticiones enérgicas de las diferentes secciones de Paris respondieron al pensamiento de Robespierre, de Danton y de Brissot, pidiendo que se hiciese un ejemplar terrible con Lafayette y que se diese una ley sobre el peligro en que se hallaba la patria. Lafayette, al amenazar á la revolucion con su espada, no habia conseguido otra cosa que ponerla más furiosa. «Dad un gran golpe,—decian los peticionarios patriotas.—Licenciad el estado mayor de la guardia nacional, esa feudalidad municipal en donde el espíritu de Lafayette vive aún, corrompiendo el patriotismo.»

El pueblo volvió á reunirse en los paseos y jardines públicos. Delante de la casa de Lafayette se formó un gran grupo y quemó un árbol de la libertad que los oficiales de la guardia nacional habian plantado á la puerta para honrar á su general. A cada instante se temia otra nueva invasion de los arrabales. Petion dirigió á los ciudadanos unas proclamas ambiguas, en las cuales, unidas á las recomendaciones paternales del magistrado, iban envueltas várias insinuaciones pérfidas contra la corte. El rey sancionó la suspension de Petion en sus funciones de corregidor de Paris. Los facciosos se indignaron al ver que se les quitaba aquel magistrado, cómplice en todos sus excesos, y llegando la popularidad de aquel hombre á ser una especie de rabioso frenesí, el grito de *¡Petion ó la muerte!* fué la única respuesta dada á aquella medida. Los guardias nacionales y los *sans-culottes* se batieron en el Palacio Real. Los confederados de los departamentos llegaban en pequeñas partidas para reforzar á los de Paris. Las cartas de los departamentos y de las ciudades, traídas á Paris por las diputaciones de estos confederados, respiraban en todos sus renglones la ira nacional. Como muestra de ellas daremos el siguiente fragmento: «¡Rey de los franceses, lee y vuelve á leer otra vez y otras ciento la carta de Roland! ¡Nosotros venimos á castigar á todos los traidores! Es preciso que Francia se reuna en Paris para arrojar de allí á todos los enemigos del pue-

blo. La cita es en las paredes de tu palacio. ¡Vamos allá!» Este era el lenguaje de los confederados de Brest.

El ministro del Interior pidió á la Asamblea una ley contra los sediciosos. La respuesta de la Asamblea fué sancionar aquellas reuniones tumultuosas en Paris, decretando, no contenta con esto, que los guardias nacionales y todos los confederados que se presentasen en la capital fuesen alojados en las casas de los ciudadanos. Intimidado el rey, sancionó este decreto. Resolvióse ademas que se formase otro campo militar en Soissons, y los caminos se cubrieron inmediatamente de hombres que se dirigian á Paris. Luckner evacuó Bélgica sin combatir, y el grito de traicion resonó por todo el imperio. Strasburgo pidió entónces refuerzos. El



Rouget de Lisle cantando la *Marsellesa* á la familia Dietrich.—Pág. 413.

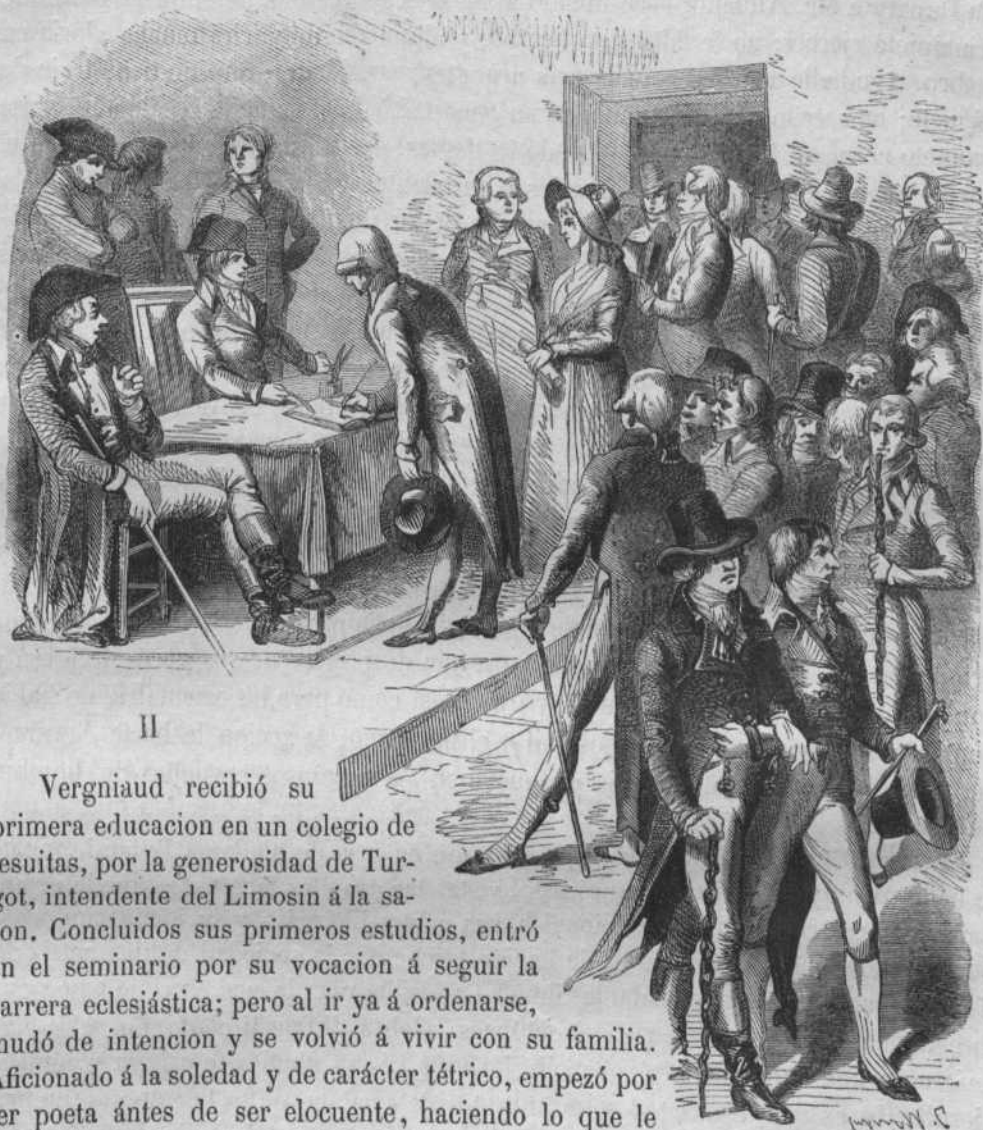
príncipe de Hesse, revolucionario expatriado que se hallaba al servicio de Francia, propuso á la Asamblea que le dejase ir á defender á Strasburgo contra los austriacos, y llevar delante de sí su ataúd para que éste le recordase su deber y no le dejase otra perspectiva que la de la muerte. Sieyes pidió que se enarbolase en los ochenta y tres departamentos el estandarte del peligro de la patria. *¡Muerte á la Asamblea, muerte á la revolucion, muerte á la libertad, si la guillotina de Orleans no acaba con Lafayette!* Tal era el grito unánime de los jacobinos.

La Asamblea respondió á estos gritos de muerte con conmociones convulsivas. Una de esas grandes voces que reasumen el grito de todo un pueblo, y que dan á las pasiones públicas la fuerza y la vibracion del talento, Vergniaud, en fin, subió á la tribuna el 3 de Julio, y desplegando por primera vez todos sus recursos oratorios, pidió como Sieyes, inspirador y amigo suyo, que se declarase que la patria estaba en peligro.

Elocuente habia sido Vergniaud hasta entónces, pero aquel dia fué la voz de la

patria, y no dejó de serlo hasta que se extinguió su palabra bajo la acerada cuchilla que habia extinguido tantas otras. Era Vergniaud uno de esos hombres que se engrandecen de repente en una asamblea, apareciendo sublimes y únicos desde el instante en que los acontecimientos les proporcionan ocasion de manifestarse tales como son en sí. Pocos meses hacía que este jóven habia llegado á Paris, oscuro, desconocido, modesto é ignorándose á sí mismo, y habia ido á parar á casa de tres colegas suyos del Mediodía, en la calle de Jeuneurs, en donde le habian cedido un miserable y reducido cuartito. Desde este punto se fué luégo á vivir á un pabellon retirado del arrabal inmediato al jardin del Tívoli. Las cartas que escribia á su familia en aquella época están llenas de pormenores respecto á los apuros en que se veia para subsistir, pues apenas tenia lo suficiente para ello, á pesar de la estricta economía que observaba. Algunos luises que habia pedido á una hermana suya al ir á habitar en la capital, le habian parecido suficientes para poder proveer á su subsistencia por mucho tiempo; pero no tardó en desengañarse al ver la rapidez con que desaparecian, y vemos en una de sus cartas á esta misma hermana, en que le pide ropa blanca, que cuida al mismo tiempo de encargarle que se la envíe por el conducto que sea más barato. Este hombre no pensaba entónces ni en hacer fortuna ni en adquirir gloria, sino únicamente en desempeñar cumplidamente su cometido, asustándose, en su patriótica sencillez, al reflexionar en la terrible mision que Burdeos le habia impuesto. Hay en esta correspondencia epistolar con su familia una prueba tan convincente de la probidad ejemplar de Vergniaud, que no nos es posible pasarla en silencio. El Estado era en deber á su familia una cantidad considerable, y aquélla, como era consiguiente, le escribió que se encargase de hacerla efectiva; mas no pudo conseguir de él que diese ni un solo paso, temeroso de que si se le concedia lo que con tanta justicia reclamaba, se atribuyese esto á favor, y no al derecho que le asistia. «Respecto á esto,—escribia á Mr. Alluaud, cuñado suyo y á quien miraba como su segundo padre,—la delicadeza me impone el deber de no mezclarme en ello.»

En toda su correspondencia con su familia se advierte una gran sencillez de corazón, unida á una gran dósis de ternura y á un amor entrañable al hogar doméstico. Por sus cartas es imposible adivinar el hombre público, porque no se advierte en ellas la más mínima señal de espíritu de partido, de fanatismo republicano ó de rencor al rey, del cual, como tambien de la reina, habla siempre con su familia como de unas personas que le inspiran compasion. «La conducta equívoca del rey—dice en una de ellas—agrava sus peligros y los nuestros. Me han asegurado que hoy vendrá á la Asamblea, pero si no se pronuncia en ella de un modo decisivo, no tardará en suceder alguna gran catástrofe. Muchos esfuerzos hay que hacer para dar al olvido tantos pasos erróneos, que son calificados de traiciones.» En seguida pasa á tratar de lo apurado de su situacion respecto á intereses. «No tengo dinero,—dice,—mis antiguos acreedores de Paris me hostigan, y como no puedo pagarles de una vez todo lo que les debo, me veo obligado á irles dando un tanto cada mes.» Este jóven, al eco de cuya voz cayó un trono, apenas tenia un sitio en donde reclinar su cabeza por las noches, en la capital de un imperio que iba á conmover de alto abajo con el poderío de su palabra.



II

Vergniaud recibió su primera educación en un colegio de jesuitas, por la generosidad de Turgot, intendente del Limosin á la sazón. Concluidos sus primeros estudios, entró en el seminario por su vocación á seguir la carrera eclesiástica; pero al ir ya á ordenarse, mudó de intención y se volvió á vivir con su familia. Aficionado á la soledad y de carácter tétrico, empezó por ser poeta ántes de ser elocuente, haciendo lo que le acomodaba de su talento, sin que él mismo reparase en las grandes disposiciones con que le habia dotado la naturaleza. Muchas veces se encerraba en su cuarto, y figurándose en su imaginación que estaba hablando al pueblo, improvisaba discursos cuyo asunto era siempre sobre catástrofes imaginarias. Un dia su cuñado estuvo escuchándole detras de la puerta, y presintió desde aquel instante la gloria que aquel jóven llegaría á adquirir con el tiempo. Inmediatamente le envió á Burdeos á cursar leyes.

El estudiante fué recomendado al presidente Dupaty, escritor célebre y elocuente parlamentario. Este concibió desde luego grandes esperanzas de aquel jóven, le protegió, le ayudó y le admitió á trabajar con él en su bufete en cuanto estuvo en disposición de hacerlo. Hay ciertos parentescos de talento muy parecidos á los de la sangre; en este caso, el hombre célebre se hizo padre intelectual del huérfano, recordando su cariño las antiguas protecciones de Hortensio y de Ciceron. «He pagado y continuaré pagando aún la pensión de vuestro cuñado,—escri-

Ciudadanos firmando la petición contra la jornada del 20 de Junio.—Pág. 415.

bia Dupaty á Mr. Alluau;—yo mismo le he buscado causas de empeño para que principie á ejercer; no le falta sino tiempo, y algun dia adquirirá mucha gloria en el foro. Ayudadle á proveer á sus más urgentes necesidades; aún no tiene traje de etiqueta; he escrito á su tío excitando su generosidad para que le regale uno, y me prometo conseguirlo. En cuanto á todo lo demas, descansad en mí y confiad en el interes que me inspiran sus infortunios y su talento.»

Pronto justificó Vergniaud los presagios de su ilustrado amigo; pronto adquirió al lado de Dupaty las virtudes austeras de la antigüedad, así como las formas majestuosas del foro romano. Se conocia al ciudadano en el abogado, y el hombre honrado daba autoridad y conciencia á la palabra. No teniendo apénas con qué sostenerse con los primeros honorarios que cobró, tuvo que deshacerse de la corta herencia que tenia de su madre para pagar con su importe las deudas contraidas por su difunto padre, rescatando de esta suerte el honor de su memoria con todo lo que poseia, y llegando á Paris casi indigente. Boyer-Fonfrede y Ducos, de Burdeos, amigos suyos, le dieron mesa y habitacion. Vergniaud descuidaba los medios de adquirir, como todo hombre que tiene la conciencia de su propia fuerza interior, y trabajaba poco, fiado en la suerte y en su naturaleza. Su carácter indolente se complacia en dormir y en abandonarse á la negligencia propia de la edad y del hombre de talento. Era necesario moverle para que despertase de sus goces de jóven y empujarlo á la tribuna ó al consejo; para él, así como para los orientales, no habia punto de transicion entre la ociosidad y el heroísmo; la accion le hacía elevarse, pero se cansaba pronto, y recaia de nuevo en los perezosos ensueños del hombre de talento.

Brissot, Guadet y Gensonné le presentaron en casa de madama Roland, que no le halló ni muy viril ni muy ambicioso, vistas las grandes facultades que le acompañaban. Sus costumbres meridionales, sus gustos literarios y su inclinacion hácia otras bellezas ménos dominantes le hacian frecuentar la sociedad de una actriz del Teatro Frances, llamada madama Simon-Candeille, para la cual escribió bajo nombre supuesto algunas escenas del entónces célebre drama titulado *La belle fermiere* (la linda arrendadora). Aquella jóven, á la vez poetisa, escritora y cómica, desplegabá en este drama todos los encantos de su alma, de su talento y de su hermosura. Embriagábase Vergniaud en esta vida artística, musical, de declamacion y de placeres, apresurándose á gozar de su juventud como si presintiese lo poco que habia de durarle. Su carácter era meditabundo, y perezosos sus hábitos. Levantábase al mediodía, escribía unas cuantas cuartillas, siempre sobre la rodilla como si estuviese muy ocupado y tuviese que aprovechar el tiempo. Sus discursos los componia en los ratos de cavilacion y los retenia en la memoria con el auxilio de notas; su memoria los iba limando á su gusto para darles elocuencia, á la manera que el soldado limpia su armamento en los ratos desocupados; porque este hombre era de tal naturaleza, que no se contentaba con que sus golpes fuesen mortales, sino que, tan celoso del mérito oratorio como de la política, queria ademas que todo lo que saliese de su boca fuese brillante y magnífico. Una vez دادó el golpe, dejaba la réplica á la suerte y se abandonaba de nuevo á la inercia. No era este hombre el de todos los momentos, sino solamente el de las grandes ocasiones.

Era Vergniaud de mediana estatura, pero robusto y bien formado. Unido al aplomo de la estatua del orador, se notaba en él algo del atleta de la palabra. Su

nariz era corta, algo ancha y de ventanillas muy abiertas, indicio claro de altivez; tenia los labios gruesos y muy pronunciados, indicando que habian sido modelados para arrojar la palabra á torrentes, cual lo están los del triton para dar salida á un gran surtidor; sus ojos negros y llenos de fuego parecia que querian saltarse de sus órbitas por debajo de sus bien pobladas cejas; su frente espaciosa y achatada tenia la finura del espejo, y en ella se reflejaba la inteligencia; su cabello castaño ondulaba al menor movimiento de su cabeza, cual le sucedia á Mirabeau; su rostro marcado por las viruelas era semejante al mármol desgarrado por el cincel, y su color pálido tenia la lividez de las emociones profundas. En su estado normal no se hubiera distinguido á este hombre entre la multitud, y hubiese pasado confundido entre las demas gentes, sin llamar la atencion ni fijar las miradas de nadie; pero cuando su alma se dibujaba en su fisonomía, así como se dibuja la luz sobre un busto, el conjunto de su aspecto tenia la expresion del idealismo y el esplendor y la belleza que no se hallaban en ninguna de sus facciones en particular. La elocuencia iluminaba su rostro, y los músculos palpitantes de sus cejas, de sus sienes y de sus labios se modelaban en su pensamiento, confundiéndose éste con su fisonomía: era la transfiguracion del genio. La luz de Vergniaud era la palabra; el pedestal de su belleza, la tribuna: cuando bajaba de ella desaparecia aquella especie de divinidad, y el orador no era más que un hombre como otro cualquiera.

Este es el retrato exacto del célebre patriota que subió el 3 de Julio á la tribuna de la Asamblea nacional, y que con la actitud de la consternacion y de la ira se recogió por un momento en su imaginacion, tapándose los ojos con las manos ántes de empezar á hablar. Lo trémulo de su voz al pronunciar las primeras palabras, su acento grave, áspero y mucho más profundo que de ordinario, unido á su aspecto abatido y á la energia triste y concentrada de su fisonomía, indicaban á las claras la lucha interior de una resolucion desesperada, predisponiendo á la Asamblea á una emocion grande y siniestra como la fisonomía del orador. Era éste uno de aquellos dias en que todo se espera, y en los que nadie se admira de cuanto puede acontecer.

III

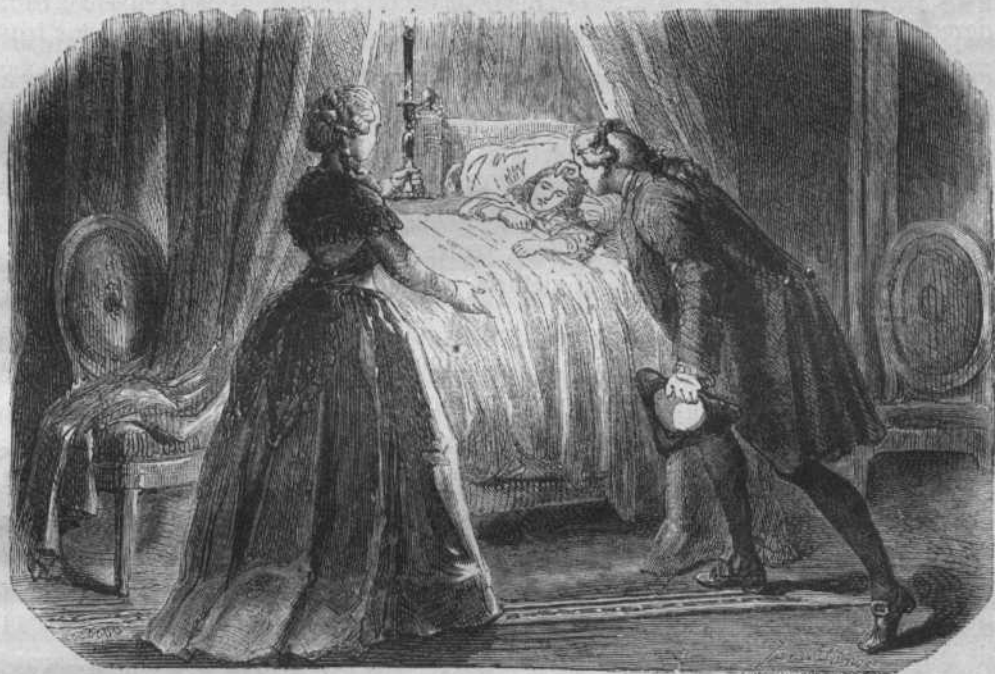
«¿Cuál es, pues,—dijo Vergniaud,—la extraña situacion en que hoy se encuentra la Asamblea nacional? ¿Qué terrible fatalidad es la que nos persigue y que, señalando cada dia con nuevos acontecimientos é introduciendo el desórden en nuestros ordinarios trabajos, nos impulsa sin cesar hácia la agitacion tumultuosa de los temores, de las esperanzas y de la inquietud de las pasiones? ¿Qué destino prepara á Francia esta terrible efervescencia, en cuyo seno casi llega á dudarse si la revolucion retrograda ó se adelanta hácia su término? En cuanto nuestros ejércitos del Norte parece que progresan en Bélgica, los vemos replegarse ante el enemigo; tráese la guerra á nuestro territorio, y á los desgraciados belgas no les queda ya de nosotros sino el fatal recuerdo del incendio que ha alumbrado nuestra retirada. Por la parte del Rhin van llegando cada dia nuevas tropas prusianas, que se escalonan como les place sobre nuestras desmanteladas fronteras. ¿Y cómo se explica que precisamente en el momento de una crisis tan decisiva para la salud de la patria, se paralice el movimiento de nuestros ejércitos, y por una desorganizacion

súbita del ministerio, se rompan los lazos de la confianza y se entregue á la casualidad y á manos inexpertas la salvacion del imperio? ¿Será cierto que se teme que triunfemos? ¿Qué sangre es la que se trata aquí de economizar, la del ejército de Coblenza ó la del nuestro? Si el fanatismo de los sacerdotes amenaza entregarnos á la vez á los horrores de la guerra civil y á la invasion, ¿cuál es, pues, la intencion de los que hacen rechazar con invencible tenacidad la sancion de nuestros decretos? ¿Quieren acaso reinar en puebls enteramente desiertos y sobre campos devastados? ¿A cuánto asciende la cantidad de lágrimas, de miserias, de asesinatos y de horrores que necesitan para saciar su venganza? ¿En dónde estamos, en fin? Y vosotros, señores, cuyo valor se lisonjean haber hecho vacilar los enemigos de nuestra Constitucion; vosotros, cuya conciencia y probidad se trata de alarmar cada dia, calificando vuestro amor á la libertad de espíritu de partido, ¿habeis olvidado acaso que una corte déspota y los cobardes héroes de la aristocracia han dado el nombre de facciosos á los representantes que fueron á prestar el juramento en el Juego de Pelota, á los vencedores de la Bastilla, y á todos los que han hecho y sostenido la revolucion? Vosotros, á quienes se calumnia porque sois extraños á la raza que la Constitucion ha confundido en el polvo, y porque los hombres degradados que sienten tener que prosternarse ante ella no confian en que querais ser cómplices suyos para derribarla (*Aplausos*); vosotros, á quienes se quisiera separar del pueblo, porque los que lo intentan saben que el pueblo es vuestro apoyo, y que si por una culpable desercion abandonáseis su causa, mereceriais que aquél tambien os abandonase y no sintiese el disolveros; vosotros, á quienes se ha tratado de dividir, pero que trasladareis para despues de la guerra vuestras divisiones, y que no hallais tan dulce el aborreceros, que prefirais este goce infernal á la salud de la patria; vosotros, á quienes se ha querido asustar con peticiones armadas, como si no supiéseis que al principio de la revolucion el santuario de la libertad se vió rodeado de los satélites del despotismo, Paris sitiado por el ejército de la corte, y que estos dias de peligro fueron los más gloriosos de nuestra Asamblea; vosotros todos, quienquiera que seais, oid atentamente lo que tengo que deciros sobre el estado de crisis en que nos hallamos. Estos disturbios interiores reconocen dos causas: primera, los manejos é intrigas aristócratas; segunda, las maquinaciones del clero. Ambas tienden á un mismo objeto: la contrarevolucion.

»El rey ha negado su sancion á vuestro decreto sobre los disturbios religiosos. Yo no sé si los sombríos genios de los Médicis y del cardenal de Lorena andan aún errantes bajo las bóvedas del palacio de las Tullerías, ni si el corazon del rey está dominado por las ideas fanáticas que le sugieren; pero no es permitido creer, sin injuriarle y sin acusarle de ser el enemigo más peligroso de la revolucion, que quiera animar con la impunidad las tentativas criminales de la ambicion sacerdotal y devolver á los orgullosos soportes (1) de la tiara el poderío con que han oprimido á los pueblos y á los reyes. Tampoco es permitido creer, sin hacerle agravio y sin acusarle de ser el más cruel enemigo del imperio, que se complazca en perpetuar las sediciones y en eternizar los desórdenes que precipitarian su ruina, conduciéndole á la guerra civil; por lo cual concluyo que, si resiste á vuestros decre-

(1) Término heráldico con el que se designan las figuras de animales que sostienen los escudos de armas.

tos, es porque se considera bastante fuerte por sí mismo para no necesitar los medios que vosotros le ofreceis para mantener la tranquilidad pública. Si acontece que ésta no pueda mantenerse, que la tea del fanatismo amenace aún incendiar el reino, y que las violencias religiosas asolen todavía nuestros departamentos, sin duda que todo esto consiste en que los agentes de la autoridad real son la causa de todos nuestros males. Pues bien, que respondan con su cabeza de todas las sediciones cuyo pretexto sea la religion. Mostrad en esta responsabilidad terrible el término de vuestra paciencia, y calmad de esta suerte las inquietudes alarmantes en que se halla la nacion. Vuestra solicitud por la seguridad exterior del imperio os ha hecho decretar la formacion de un campo militar en las inmediaciones de



Guadet besando al Delfín.—Pág. 421.

Paris: todos los federados de Francia deben acudir aquí el 14 de Julio á repetir el juramento de vivir libres ó morir. El aliento emponzoñado de la calumnia ha marchitado este proyecto, y el rey se ha negado á sancionarlo. Yo respeto demasiado el ejercicio de un derecho constitucional para proponeros que hagais responsables á los ministros de esta negativa; pero si llegase á suceder que el suelo de la libertad se viese profanado ántes de la llegada de los batallones, vosotros debeis tratarlos como traidores, y necesario será precipitarlos en el abismo que su incuria ó su maldad haya abierto bajo los pasos de la libertad. Rompamos, en fin, la venda que la intriga y la adulacion han puesto en los ojos del rey, y mostrémosle el término á que unos amigos pérfidos se esfuerzan por conducirle. En nombre del rey, unos príncipes franceses sublevan contra nosotros las cortes europeas; por vengar la dignidad real, se ha concluido el tratado de Pilnitz; por defender al rey, acuden á Alemania á alistarse en las banderas de la rebelion las antiguas compañías de guardias de corps; por acudir en socorro del rey, se alistan los emigrados en los ejércitos austriacos y se preparan á desgarrar el seno de la patria; por unirse á los

valientes paladines de la prerogativa real, es por lo que otros abandonan sus puestos en presencia del enemigo, hacen traicion á sus juramentos, roban las cajas, sobornan á los soldados, y fian su honor á la bajeza del perjurio, á la insubordinacion, al robo y al asesinato; en una palabra, no hay desastre posible en el que no se halle mezclado el nombre del rey.

»Ademas, yo leo en cierto artículo de la Constitucion lo siguiente: «Si el rey se pone á la cabeza de un ejército y dirige las fuerzas contra la nacion, ó si no se opone por un acto formal á una empresa semejante ejecutada en su nombre, se entiende que ha abdicado la corona». En vano sería que el rey respondiese: «Es verdad que los enemigos de la nacion tratan de hacer ver que no obran sino para realzar mi poder, pero yo he probado que no soy cómplice suyo: yo obedezco á la Constitucion, y he puesto tropas en campaña; verdad es que estas tropas son débiles, pero la Constitucion no designa la cantidad de fuerza que debo darles; verdad es que las he reunido demasiado tarde, pero la Constitucion no designa el tiempo en que debo reunir las; verdad es que pudiera haberlas hecho sostener por unos campamentos de reserva, pero la Constitucion no me obliga á formar estos campamentos; verdad es que cuando los generales avanzaban en el territorio enemigo sin hallar resistencia, yo les mandé retirarse, pero la Constitucion no me prescribe conseguir la victoria; verdad es que mis ministros han engañado á la Asamblea nacional en cuanto al número, á la disposicion y al aporcionamiento de las tropas, pero la Constitucion me da derecho de escoger los ministros, y no me ordena en ninguna parte que dispense mi confianza á los patriotas ni que no eche mano de los contrarrevolucionarios; verdad es, finalmente, que la contrarrevolucion se opera, que el despotismo va á poner en mis manos su cetro de hierro, que yo os destruiré, que tendreis que arrastraros en mi presencia, y que yo os castigaré por la insolencia de querer ser libres, pero todo esto lo haré constitucionalmente; aún no ha dimanado de mí ningun acto que la Constitucion condene. No os es permitido, pues, dudar de mi fidelidad hácia ella, ni de mi celo por defenderla». (*Vivos aplausos*).

»Si es posible, señores, que en las calamidades de una guerra funesta y en medio del desórden producido por un cambio contrarrevolucionario use el rey de los franceses este lenguaje irrisorio, si es posible que hable de su amor á la Constitucion con tan insultante ironía, tendrémnos nosotros derecho para responderle: ¡Oh rey! que sin duda habeis creido, como el tirano Lisandro, que la verdad era de tan poco valor como la mentira, y que es necesario engañar á los hombres con juramentos, como se engaña á los niños con juguetes; que no habeis fingido amor á las leyes sino para conservar un poder que os sirve para insultarlas; que no habeis mantenido la Constitucion sino para que ella no os precipitase del trono en que os veis obligado á permanecer para destruirla; que no habeis tratado de alucinar á la nacion sino para asegurar el éxito de vuestras perfidias inspirándole confianza, ¿pensais acaso engañarnos hoy con hipócritas protestas? ¿Pensais alucinarnos sobre la causa de nuestras desgracias con artificiosas excusas y con audaces sofismas? ¿Es buen modo de defendernos oponer á los ejércitos extranjeros unas fuerzas cuya inferioridad no permite ni aún dudar de que han de ser derrotadas? ¿Es buen medio de defensa desechar los proyectos que tienden á fortificar el interior del reino y á hacer preparativos de resistencia para la época en que seamos presa de los

tiranos? ¿Es defendernos no reprimir á un general que infringe la Constitucion é inutiliza el valor de los que le sirven? ¿Es defendernos paralizar á cada paso la accion del gobierno por la desorganizacion continua del ministerio? ¿Os deja la Constitucion la eleccion de ministros para que hagais nuestra felicidad, ó para que labreis nuestra desdicha? ¿Os hace jefe del ejército para nuestra gloria ó para nuestro oprobio? ¿Os concede, en fin, el derecho de sancion, una lista civil y tantas prerogativas para que perdais constitucionalmente á la Constitucion y al imperio? No, no: hombre á quien la generosidad de los franceses no ha podido conmovér, hombre á quien únicamente ha podido hacer sensible el amor al despotismo, vos no habeis cumplido el voto de la Constitucion; ésta perecerá tal vez, pero vos no recogeréis el fruto de vuestro perjurio. No os habeis opuesto por un acto formal á las victorias que se consiguen en vuestro nombre sobre la libertad, pero tampoco recogeréis el fruto de tan indignos triunfos. Nada sois ya para esta Constitucion que habeis infringido tan indignamente, para este pueblo á quien tan cobardemente haceis traicion. (*Repetidos aplausos*).

» Como los hechos que acabo de exponer no están desnudos de alusiones muy directas respecto á ciertos actos del rey; como es cierto que los falsos amigos que le rodean están vendidos á los conjurados de Coblentza, y arden en deseos de perder al rey para trasladar la corona á las sienas de algunos de los jefes de sus complots; como importa á su seguridad personal, tanto como á la del imperio, que su proceder no sea reputado sospechoso, propongo que se le envíe un mensaje que le recuerde las verdades que acabo de exponer, demostrándole que la neutralidad que guarda entre la patria y Coblentza es una traicion para Francia.

» Pido además que declareis que la patria está en peligro. Vereis cómo á este grito de alarma se reunirán todos los ciudadanos, se cubrirá nuestro suelo de soldados y se renovarán aquellos prodigios que cubrieron de gloria á los pueblos de la antigua edad. ¿Los franceses regenerados del 89 han decaído acaso de su patriotismo? ¿No ha llegado ya el día en que se reunan los que están en Roma con los que están sobre el monte Aventino? ¿Esperareis que, cansadas de las fatigas de la revolucion ó corrompidas por la costumbre de brillar en torno de un palacio, se habitúen las almas débiles á hablar de la libertad sin entusiasmo y de la esclavitud sin horror? ¿Qué lazo es el que se trata de tendernos? ¿Se quiere acaso restablecer el despótico mando militar? Se sospechan proyectos pérfidos en la corte, que hace correr la voz de movimientos militares, de proclamar la ley marcial, y de este modo se familiariza la imaginación con la idea de ver correr la sangre del pueblo. El palacio del rey de los franceses se ha convertido de repente en una ciudadela. ¿En dónde están los enemigos contra quienes asesta sus cañones y se afilan sus bayonetas? Los amigos de la Constitucion han sido expulsados del ministerio, las riendas del imperio fluctúan á la casualidad, cuando para sostenerlas se necesita tanto vigor como patriotismo; por todas partes se fomenta la discordia, el fanatismo triunfa, y la connivencia del gobierno aumenta la audacia de las potencias extranjeras, que vomitan contra nosotros ejércitos y cadenas, y entibian las simpatías de los otros pueblos que hacen votos en secreto por el triunfo de la libertad. Las cohortes extranjeras se mueven, la intriga y la perfidia traman traiciones; el Cuerpo legislativo opone á estos complots unos decretos rigurosos, pero necesarios, y la mano del rey los rasga. Llegado es el momento de llamar á todos los franceses para

salvar la patria; mostradles el abismo en toda su inmensidad. Sólo por un esfuerzo extraordinario podrán salvarla. Vosotros debéis prepararlos para un movimiento eléctrico que haga lanzarse á todo el imperio en defensa de la libertad. Imitad á los espartanos de las Termópilas, ó á aquellos ancianos venerables del senado romano, que en los umbrales de las puertas de su casa aguardaron la muerte que unos feroces vencedores traían á su patria. No, no teneis necesidad de hacer votos para que renazcan vengadores de vuestras cenizas: el dia en que vuestra sangre enrojezca la tierra, la tiranía con todo su orgullo, con sus dorados palacios y con sus altivos protectores, desaparecerá para siempre ante la omnipotencia nacional y la ira del pueblo.»

IV

Este discurso, en que todos los peligros y calamidades de la época eran achacados tan artificiosamente sólo al rey, resonó en toda la patria cual si fuese el toque de generala del patriotismo: meditado ántes en casa de madama Roland, comentado en los Jacobinos, dirigido á todas las sociedades populares del reino y leído en las sesiones de todos los clubs, avivó en la nacion entera todos los resentimientos que cada particular tenia contra la corte. En sus palabras estaba el 10 de Agosto. Una nacion que había concebido semejantes sospechas y hecho tales amenazas á su rey, no podia ni obedecerle ni respetarle: la proclamacion del peligro de la patria era en el fondo una declaracion de traicion contra el poder ejecutivo.

Brissot y Condorcet, en un discurso el uno, y el otro en un proyecto de mensaje al rey, desenvolvieron con ménos grandeza pero con más rencor estas consideraciones, envenenando la herida que el golpe de Vergniaud había hecho al trono.

Robespierre redactó en los Jacobinos un mensaje dirigido á los federados; en él, al mismo tiempo que hacía mencion de los mismos peligros de que había hablado Vergniaud en su discurso, indicaba con anticipacion al pueblo que muy en breve tendria que combatir á otros enemigos que los de la corte; con anticipacion tambien infundia en las almas las sospechas y se ponía en salvo para cuando triunfasen los girondinos. «¡Salud á los franceses de los ochenta y tres departamentos! ¡Salud á los marseleses! ¡Salud—decía—á la patria poderosa é invencible que reúne á sus hijos en rededor suyo en los dias de sus peligros y de sus fiestas! ¡Abramos nuestras casas á nuestros hermanos! Ciudadanos, ¿no habeis venido sino para celebrar una vana ceremonia al confederaros y para prestar juramentos superfluos? No, no; vosotros acudis al grito de la nacion que os llama. Amenazados por la parte exterior del reino, engañados en el interior, estamos rodeados de unos jefes pérfidos que llevan nuestros ejércitos á la perdicion; nuestros generales respetan el territorio austriaco é incendian los pueblos de nuestros hermanos los belgas; ese pérfido Lafayette, ese monstruo abominable ha venido á insultar cara á cara á la Asamblea nacional. ¡Cómo! Envilecida, amenazada y ultrajada, ¿puede existir aún? Tantos atentados han despertado en fin á la patria, y vosotros habeis respondido á su llamamiento. Huid de las caricias de ese hombre fatal, huid de sus banquetes, en donde se bebe el moderantismo y el olvido del deber; alimentad las sospechas que habeis concebido y no las separeis de vuestro corazon, porque la hora terrible va á sonar. Ved aquí el altar de la patria. ¿Consentireis que unos cobardes ídolos vengan á colocarse entre la libertad y vosotros

para usurpar á aquélla el culto que le es debido? No prestemos juramento sino á la patria, y eso en manos del *rey inmortal de la naturaleza*. Los perjuros de nuestros enemigos nos vuelven á llamar al Campo de Marte; en este sitio no podemos fijar nuestra planta en ninguna parte que no haya sido teñida en sangre inocente, derramada por esos hombres funestos de que os estoy hablando. Purificad este



Danton arengando á los grupos á la puerta de los Jacobinos.—Pág. 438.

suelo, vengad aquella sangre, y no salgais de este recinto hasta despues de haberos decidido de corazon á salvar la patria.»

V

Camilo Desmoulins y Chabot denunciaron tambien en los Jacobinos el proyecto de fuga del rey y la próxima llegada de Lafayette. «Pueblo, se abusa de tu credulidad,—dijo á su vez Danton;—nunca se transige con los tiranos: es indispensable que nuestros hermanos de los departamentos juren no separarse hasta tanto que los déspotas sean castigados por la ley ó se hayan refugiado en el extranjero. El derecho de peticion no ha sido enterrado en el Campo de Marte con los cadáveres

de las víctimas que allí fueron sacrificadas. Preséntese una petición sobre la suerte del poder ejecutivo en ese mismo Campo de Marte por la nación soberana.»

Dijo y salió, dejando esta moción enigmática á la consideracion reflexiva de los patriotas. Sobrio de palabras é impaciente en sus intrigas, Danton era enemigo de pronunciar largos discursos, y así forjaba una palabra como se acuña una medalla, palabra que ponía luego en circulación entre la muchedumbre. Al salir de allí, encontró un grupo de hombres alarmados que le rodearon inmediatamente y le preguntaron cuál era su parecer respecto á los asuntos públicos. «Allí están—dijo señalando con un gesto despreciativo á la puerta de los Jacobinos—una porción de simples que se entretienen en deliberar. ¡Qué imbéciles son!—añadió dirigiéndose al grupo.—¿Para qué sirven tantas palabras, tantos debates sobre la Constitución y tantos miramientos con los aristócratas y con los tiranos? Haced lo que ellos han hecho hasta ahora, poneos encima, y procurad tenerlos siempre debajo de vosotros: ¡hé aquí toda la revolucion!»

LIBRO DIEZ Y NUEVE.

Primeras insurrecciones en Bretaña y en el Vivarais.—Exaltacion de los patriotas.—Chabot.—Grange-neuve.—Tentativa de reconciliacion de los partidos en la Asamblea.—Lamourette.—La suspension de Petion envenena los resentimientos.—Terror de la reina á la aproximacion del dia de la federacion.—Temores de la familia real.—El armario de hierro.—El rey y la familia real en el Campo de Marte.—Asesinatos.—D'Eprenesnil.—Situacion de la guardia nacional.—Barbaroux y Rebecqui jefes de los marseleses.—Madama Roland alma del 10 de Agosto.—Petion cómplice en todos estos sucesos.—Barbaroux, Danton y Santerre se ponen á la cabeza del movimiento.—Conciliábulo secreto de Charenton.—Comida en los Campos Eliseos.—Choque entre los marseleses y los realistas.—Tentativas de los amigos de Robespierre para darle la dictadura.

I

Todo indicaba, como se ha visto en el discurso de Robespierre y en las palabras de Danton, una cita para el Campo de Marte el 14 de Julio, con el objeto de acabar con el trono en medio de una horrorosa tempestad, haciendo surgir la república ó la dictadura de una reunion de federados, por aclamacion universal. «Somos un millon de facciosos»,—decia el girondino Carra en su periódico.

La nacion entera estaba alarmada por su existencia; sin defensores en las fronteras, sin gobierno en el interior, sin confianza en sus generales, viendo á los partidos desgarrarse en la Asamblea, y creyéndose engañada por la corte, se hallaba en aquel estado de emocion y de angustia que entrega un pueblo al azar de todos los acontecimientos. La Bretaña comenzaba á insurreccionarse á la voz de la religion, bajo la bandera del rey; esta insurreccion era popular y buscaba sus jefes en los nobles. La guerra de la Vendée, destinada á ser bien pronto tan terrible, fué desde los primeros dias una guerra de conciencia en el pueblo y de opinion en los jefes. La emigracion se armaba por el rey y por la aristocracia; la Vendée, por Dios.

Un simple labrador llamado Alain Redeler, al salir de misa de la parroquia de Fouestan el 8 de Julio, indicó á los campesinos una reunion armada para el otro dia, cerca de la pequeña ermita de las landas de Kerbader. A la hora determinada se encontraron reunidos quinientos hombres. Esta reunion, bien diferente de las tumultuosas de Paris, atestiguaba por su actitud el recogimiento de sus ideas. Los signos religiosos iban mezclados con las armas, y el rézo consagraba la insurreccion. El toque de rebato se oia en todas las parroquias, y la poblacion del campo entera respondia al llamamiento de la campana, como si fuese la voz de Dios. Ningun desórden manchó este levantamiento, el pueblo se contentó con estar alerta, y no pedia más que la libertad de sus altares. Los guardias nacionales, las tropas de línea y la artillería marcharon de todos los puntos del departamento; el choque fué sangriento, y la victoria disputada. Sin embargo, la insurreccion fermentó sordamente en Bretaña, para estallar más tarde. Este fué el primer chispazo de la gran guerra civil.

Al mismo tiempo estalló la sublevacion, pero ménos obstinada, en otro punto del reino. Un hidalgo llamado Dusailant y un sacerdote nombrado cura de La Bastida, reunieron á nombre del conde de Artois tres mil campesinos en el Vivarais.

Este país, cruzado de montañas, surcado de estrechos desfiladeros y de barrancos con grandes bosques de pinos, es una ciudadela construida por la naturaleza entre las llanuras del Bajo Languedoc y los hermosos valles del Ródano y del Saona; Lyon es su capital. El espíritu católico y clerical de esta ciudad romana reinaba en estas montañas. Los numerosos castillos que dominan sus valles pertenecian á una nobleza muy unida por la sangre y por las costumbres á la clase media, y se confundian por sus ocupaciones rurales y por la religion con la poblacion de los campos. Los hidalgos no eran sino los primeros entre los labradores. Unidos por interes con el clero, agitaban el país sirviéndose del paisanaje.

Dusailant se apoderó del castillo gótico y almenado de Jales, le fortificó, estableció en él el cuartel general de la insurreccion é hizo prestar á su tropa un juramento de fidelidad al rey sólo y á la antigua religion. Los jóvenes hidalgos de la comarca llevaron sucesivamente á este jefe los campesinos que pudieron reunir, y los predicadores los inflamaron en nombre de la fe. Jóvenes vestidas de amazonas y á caballo recorrían las filas distribuyendo los signos de insurreccion, que eran corazones de Jesus en el pecho y una cruz de oro en el sombrero. Despertando á nombre del amor el heroísmo de la antigua caballería, toda la raza piadosa, entusiasta é intrépida de los Cevennes se levantó á su voz. La insurreccion, que parecia aislada en este país inaccesible, tenia inteligencias con Lyon, y prometió á esta ciudad refuerzos y comunicaciones con el Mediodía para el momento en que intentase la contrarevolucion. Atravesando el Ródano al pié del monte Pilate el ejército de Jales, se ponía en contacto con el Piamonte por los Bajos Alpes, y extendiéndose en el Bajo Languedoc, tocaba á los Pirineos y á España; Dusailant habia situado admirablemente el foco de la guerra civil; el corazon del país y el curso del Ródano, que es la llave de la Francia meridional, eran suyos si hubiese triunfado.

La Asamblea lo comprendió así, los patriotas se inquietaron en Lyon, en Nimes, en Valence y en todas las poblaciones del Mediodía. Un ejército de guardias nacionales marchó con artillería; el castillo de Bannes y los desfiladeros que cubrian el campo fueron valientemente defendidos y heroicamente tomados. Empeñóse un desesperado combate en el castillo de Jales, plaza fuerte de la sublevacion: hidalgos, paisanos y sacerdotes sostuvieron con intrepidez los repetidos asaltos de las tropas; hasta las mujeres distribuyeron las municiones, cargaron las armas y socorrieron á los heridos. Por la noche, los insurgentes abandonaron el castillo, acribillado de balas de cañon, cuando ya los muros se caian sobre sus defensores, dispersándose éstos en las gargantas del Ardeche, dejando numerosos cadáveres, algunos de ellos de mujeres. El jefe del movimiento, Dusailant, que habia dejado su caballo y sus armas, disfrazándose de sacerdote, fué reconocido y preso por un veterano; ofreció sesenta luises por su rescate al soldado, que los rehusó, y Dusailant pereció asesinado por el pueblo al entrar en la ciudad, adonde las tropas le conducian para que fuese juzgado; el cura de La Bastida tuvo la misma suerte. El furor ya no juzgaba, heria de muerte.



II

Estas noticias conmovieron á Paris y exaltaron hasta el delirio el patriotismo amenazado. Las nuevas ideas aspiraban á tener sus mártires, así como las antiguas tenían sus víctimas. Los que estaban impacientes por que reinase la libertad se estremecían al ver la lentitud de la crisis y deseaban un acontecimiento cualquiera que, llevando al pueblo al último extremo, hiciese imposible toda reconciliación entre la nación y el rey. No viendo surgir esta ocasión por sí misma, pensaron en hacerla surgir artificialmente. Era preciso un pretexto para la insurrección, y quisieron dárselo aunque fuese á costa de sus vidas.

Había entonces en Paris dos hombres de una fe intrépida y de una adhesión fanática por su partido, que eran Chabot y Grangeneuve; éste era girondino, hombre de poca disposición, pero inflexible, aspirando sólo á servir á la humanidad como soldado oscuro, conociendo bien que la medianía de su talento no le daba más medio de ser útil que el de morir por ella; caracteres desprendidos que dan su sangre por su causa, sin pedir siquiera que se acuerden de sus nombres.

Chabot era hijo de un cocinero del colegio de Rodez; educado por la caridad de sus amos, exaltado en sus primeros años por una ascética piedad, había tomado el hábito de capuchino. Se había distinguido mucho tiempo por una pobreza más humilde y por una indecencia más repugnante aún que la de esta orden mendi-

Toma é incendio del castillo de Jales.—Pág. 440.

cante, verdaderos Diógenes del cristianismo. De ingenio ligero y vasto, las primeras ideas revolucionarias le habían herido en la celda de su convento; la fiebre por la libertad y por la transformación social había penetrado su alma, y se había desprendido de su fe y de su hábito. Por su apostasía, por su resentimiento contra las creencias de su juventud, por su fogosidad y desorden en sus predicaciones populares, se señaló entre la multitud y le llevaron á la Asamblea legislativa; oculto detras de Robespierre y de Petion, veía más allá de la Constitución del 91 la ruina del trono, á que aspiró abiertamente, siendo uno de esos hombres que desdeñan los rodeos, descubriéndose delante del enemigo, y que creen que el rencor activo y declarado es la mejor política contra las instituciones que se quieren destruir. Chabot y Grangeneuve pertenecían á los conciliábulos de Charenton.

Una noche salieron juntos de una de esas conferencias, afligidos y desanimados de las dudas y de las contemplaciones de los conspiradores. Grangeneuve andaba con la cabeza baja y silencioso. «¿En qué piensas?»—le preguntó Chabot. «Pienso—respondió el girondino—en que estas lentitudes enervan á la revolución y á la patria; pienso que si el pueblo da tiempo al trono, el pueblo se pierde; pienso que las revoluciones no tienen sino una hora, y los que la dejan pasar no la encontrarán ya, de lo cual deben dar cuenta despues á Dios y á la posteridad. Oye, Chabot: el pueblo no se levantará por sí mismo; necesita un móvil, le hace falta un acceso de rabia y de espanto que le haga adquirir la energía que es precisa en el último momento para sacudir sus antiguas instituciones. ¿Cómo se le ha de dar? Yo he pensado mucho en esto, y por fin lo he encontrado en mi corazón. Pero ¿encontraré igualmente un hombre capaz de la resolución y del secreto necesario para semejante acto?» «Habla,—dijo Chabot;—yo soy capaz de todo por destruir lo que aborrezco.» «Pues bien,—repuso Grangeneuve,—la sangre embriaga al pueblo: hallarás sangre pura en la cuna de todas las revoluciones, desde Lucrecia hasta Guillermo Tell y Sydney. Para los hombres de Estado; las revoluciones son una teoría; para los pueblos, una venganza; pero para impulsar á la multitud á la venganza es necesario mostrarle una víctima. Puesto que la corte nos rehusa esta satisfacción, es menester que se la demos nosotros mismos á nuestra causa; es menester que aparezca que una víctima cae bajo los golpes de los aristócratas; es necesario que el hombre que se impute á la corte haber inmolado sea uno de los enemigos más conocidos y miembro de la Asamblea, para que el atentado contra la Representación nacional se añada en ese acto al asesinato de un ciudadano; es necesario que este asesinato se cometa á las puertas de palacio, para que clame venganza más de cerca; pero ¿quién será este ciudadano? Yo mismo. Mi voz es nula, mi valor inútil á la libertad, pero mi muerte le aprovechará, y mi cadáver será él estandarte de la insurrección y de la victoria del pueblo.»

Chabot escuchaba á Grangeneuve con admiración. «Es el genio del patriotismo el que te inspira,—le dijo;—si son precisas dos víctimas, yo me ofrezco á ser la segunda.» «Tú serás más,—replicó Grangeneuve;—serás, no el asesino, porque yo mismo pido mi muerte, pero sí el homicida. Esta noche me pasearé solo y sin armas por el paraje más solitario y oscuro cerca de los postigos del Louvre. Coloca tú allí cerca dos patriotas de confianza armados con puñales, y convendremos en una señal que yo daré para mostrarme como blanco á sus golpes; dada la señal, ellos me herirán y yo recibiré la muerte sin dar un grito. Fugándose ellos en

seguida, por la mañana se encontrará mi cadáver; vosotros acusareis á la corte, y la venganza del pueblo hará lo demas...»

Chabot, tan fanático y tan decidido como Grangeneuve á calumniar al rey por la muerte de un patriota, juró á su amigo llevar á cabo esta odiosa superchería del rencor; se fijó el punto del asesinato, y se convino en la hora y en la señal que debia darse. Grangeneuve fué á su casa, hizo testamento, se preparó para recibir la muerte, y fué á medianoche al paraje convenido. Dos horas estuvo esperando, hasta que vió adelantarse hácia él varios hombres reunidos, á quienes tomó por los asesinos que creia estaban preparados; hizo la señal esperando el golpe, pero nadie le hirió. Chabot no se habia atrevido á cumplir lo prometido, faltó de resolución ó de armas. La víctima no faltó al sacrificio, pero no acudió el sacrificador que debió inmolarla en las aras de la patria.

III

En medio de estos podigios de rencor, un hombre intentó el milagro de la reconciliacion de los partidos, que fué Lamourette, antiguo vicario del obispo de Arras y entónces obispo constitucional de Lyon. Aunque era sinceramente revolucionario, la revolucion habia dejado sin embargo en su alma algun residuo de la caridad del cristianismo. La Asamblea le veneraba por una virtud tan rara en la lucha de ideas como la moderacion, y recogió en un dia el fruto de la estimacion que se le tenia. Brissot iba á subir á la tribuna para proponer nuevas medidas de seguridad nacional. Lamourette se adelantó pidiendo al presidente la palabra para una cuestion de órden. La obtuvo. «De todas las medidas—dijo—que se os propongan para detener las divisiones que nos devoran, una hay que se olvida, capaz por sí sola de restablecer el órden en el imperio y la seguridad en la nacion. Esta es la union de todos sus hijos en un mismo pensamiento; es la reconciliacion de todos los miembros de esta Asamblea, ejemplo irresistible que reconciliará á todos los ciudadanos. ¿Y quién se podrá oponer á esto? Nada hay irreconciliable sino el crimen y la virtud; los hombres honrados tienen un terreno comun de patriotismo y de honor, en donde siempre se pueden encontrar. ¿Qué es lo que nos separa? Las prevenciones y las sospechas de unos contra otros. Sofoquémoslas en un abrazo patriótico y en un juramento unánime; anatematicémoslas en la república y en las dos Cámaras...»

A estas palabras, la Asamblea entera se levanta, el juramento se pronuncia por todos, los gritos de entusiasmo resuenan en la sala, y van á noticiar fuera que la palabra de un hombre honrado ha extinguido las divisiones, confundido á los partidos y reconciliado á los hombres. No existen ya la izquierda ni la derecha. Ramond, Vergniand, Chabot, Vaublanc, Gensonné, Basire, Condorcet, Pastoret, jacobinos y girondinos, constitucionales y republicanos, todo se mezcla, todo se confunde, todo se deshace en una fraternal union. Se envia un mensaje al rey para que goce de la concordia de su pueblo, el cual se apresura á ir á la Asamblea; las exclamaciones del entusiasmo le rodean, y su alma concibe mejores esperanzas. La emocion arranca á su timidez natural algunas palabras sentimentales que redoblan los transportes de la comun alegría. «No somos más que uno,—exclamó enternecido,—y nuestra union salvará á Francia.» A su salida fué acompañado hasta palacio por las bendiciones de la multitud. Habia creído reconquistar el corazon de los

franceses, y apenas entró en palacio, abrazó á la reina, á su hermana, á sus hijos, y hubiera querido poder hacer lo mismo con todo su pueblo. En señal de confianza hizo abrir el jardin de las Tullerías, que estaba cerrado desde los atentados del 20 de Junio, precipitándose en él la muchedumbre, que fué á aturdir con sus gritos de amor á las mismas ventanas que la víspera llenaba de insultos. La familia real creyó tener algunos dias buenos; pero ¡ah! el primero que gozaba despues de tantos años no duró siquiera hasta la noche.

Presentado en la sesion de la noche el decreto del directorio del departamento que suspendia á Petion en sus funciones, hizo revivir las disensiones mal apagadas. Un sentimiento, por dulce que sea, permanece poco tiempo en el mismo estado; el rencor se habia apagado un momento, pero como estaba más en las cosas que en los corazones, estalló de nuevo con más fuerza.

El pueblo acompañó con gritos de muerte al directorio del departamento, que la Asamblea habia llamado á su seno. «¡Volvednos á Petion!—gritaba el pueblo.—¡Larochefoucauld á Orleans!» Estas terribles vociferaciones llegaron hasta el corazon del rey, borrando en él la alegría pasajera que habia experimentado. La sesion de los Jacobinos fué más turbulenta que la del dia anterior. «En la Asamblea se abrazan,—dijo Billaud-Varennes.—Este es el beso de Júdas, éste es el beso de Cárlos IX ofreciendo la mano á Coligny. Así se abrazaban en el momento en que el rey preparaba su fuga el 6 de Octubre; así se abrazaban ántes de los asesinatos del Campo de Marte; se abrazan, pero ¿concluyen las conspiraciones de la corte? ¿Nuestros enemigos avanzan por esto ménos en las fronteras? ¿Y Lafayette es por eso ménos traidor?...»

IV

Con tales auspicios se acercaba el dia de la federacion; la reina lo esperaba con terror, y todo revelaba proyectos siniestros para este aniversario, porque la Francia revolucionaria, enviando á los federados de Brest y de Marsella, habia llevado á Paris á sus hombres más temerarios. La familia real vivia en la agonía de un asesinato, y toda su esperanza se fundaba en las tropas extranjeras que le habian prometido enviar en el término de un mes, y en el palacio se contaban los instantes aguardando con ansiedad la llegada del duque de Brunswick á Paris. La reina habia señalado en el calendario el dia de su libertad, y no se trataba sino de vivir hasta entónces; no obstante, la reina temia á la vez ver sacrificado á su marido por el veneno, el puñal ó las balas de los asesinos.

Espiados hasta en el interior de las más secretas de sus habitaciones por centinelas de la guardia nacional que vigilaban todas las puertas, más como carceleros que como defensores, la familia real gustaba sólo en apariencia los alimentos que servian á la mesa, haciéndose traer su comida misteriosamente por manos seguras y fieles. La reina hizo vestir al rey un peto compuesto de quince telas de seda fuerte, á prueba del puñal y de las balas. El rey se prestó, por complacer á la ternura de su esposa, á estas precauciones contra el destino. Las revoluciones no asesinan, pero inmolan; el desgraciado príncipe lo sabía. «No me herirán por la mano de un malvado,—decia en voz baja á la camarera de la reina que le probaba el chaleco acolchado,—su plan ha cambiado: me matarán á la luz del dia y como rey.» Habia adquirido estos presentimientos con la lectura de otras catástrofes rea-

les que le predecían la suya. Tenía en el testero de su gabinete el retrato de Carlos I pintado por Van Dyck, y la historia de este príncipe siempre abierta sobre su mesa, estudiándola para interrogarla, como si sus páginas encerrasen el misterio de un destino que quería conocer para engañarlo; pero no se lisonjaba ya á sí mismo, conocía su porvenir, y salvar á la reina, á sus hijos y á su hermana era el término de sus esperanzas y el móvil de todos sus esfuerzos. En cuanto á él, el



Chabot.

sacrificio estaba hecho, todos los días lo renovaba en sus actos religiosos, que le elevaban y le infundían resignación. «No soy afortunado,—respondió á uno de sus confidentes que le aconsejaba jugase heroicamente su suerte con la fortuna.—Sin duda aún puedo intentar medidas audaces; pero tienen resultados funestos que yo podría exponerme á arrostrar por mí mismo, pero no puedo exponer á ellos mi familia. La fortuna me ha enseñado á no fiarme mucho de ella; no quiero huir por segunda vez, porque lo pasé muy mal la primera; prefiero la muerte, que no tiene nada que me asuste, y me ensayo á sufrirla todos los días. Se contentarán con mi vida, y dejarán la de mi mujer y mis hijos.»

La reina tenía las mismas ideas. Una melancolía abatida, interrumpida solamente por algunos destellos de varonil firmeza, había reemplazado en su rostro y

en sus palabras á la serenidad de sus dias felices. Principió á entrever que formarian causa al rey, y dijo con este motivo á su amiga la princesa de Lamballe: «En cuanto á mí, como soy extranjera... me asesinarán. ¿Qué será de nuestros pobres hijos?» Con frecuencia sus camaristas la sorprendian llorando; á una de ellas que le presentó una bebida calmante en un acceso de dolor, le dijo: «Dejadla sobre la mesa; estos medicamentos son inútiles para las enfermedades del alma; la languidez y el espasmo son las enfermedades de las mujeres dichosas. Desde mis desgracias no siento nada; sin embargo, lo único que siento es mi destino. No digais nada de esto al rey».

No obstante, algunas veces la esperanza prevalecia sobre el abatimiento de esta alma; la energía de la juventud y del carácter se sobreponia á sus presentimientos. Obligada por temor de las reuniones de los harrios y de las sorpresas nocturnas á dejar sus habitaciones del entresuelo, María Antonieta habia hecho poner su cama en un cuarto del primer piso, entre el del rey y el de sus hijos; se despertaba mucho tiempo ántes del dia, y habia prohibido que se cerrasen las persianas y las cortinas de las ventanas, á fin de gozar de los primeros albos del cielo que venian á abreviar lo largo de sus noches de insomnio.

Una de estas noches de Julio en que la luna alumbraba su habitacion, contempló por mucho tiempo el cielo con un recogimiento interior de alegría. «¿Veis esa luna?—dijo á la persona que velaba al pié de su cama.—Cuando dentro de un mes venga otra vez á alumbrar este cuarto, me encontrará libre y dichosa, y nuestras cadenas se habrán roto.» Entónces le dió cuenta de sus esperanzas, de sus temores, de sus angustias, del itinerario de los príncipes y del rey de Prusia, de su próxima entrada en Paris, de sus inquietudes por la explosion de la capital, de la aproximacion de los ejércitos extranjeros, y de su tristeza por la falta de energía del rey en las crisis. «El no es cobarde,—dijo;—al contrario, es impassible ante el peligro, pero su valor está en el corazon y no sale de allí comprimido por su timidez. Su abuelo Luis XV ha alargado su infancia hasta los veintiun años, y se resentirá de esto su vida; no se atreve á nada, sus propias palabras le asustan. Una palabra enérgica salida de su boca en estos momentos y dirigida á la guardia nacional, arrastraria á todo Paris en su defensa, pero él no la dirá. Yo ya me atreveria á obrar y montar á caballo, si fuese preciso, pero sería dar armas contra él, y se gritaria ¡*Muera la Austriaca!* Una reina que no es regente, en mi situacion, debe callar y prepararse á morir.»

V

Madama Isabel recibia las confidencias de los dos esposos y las caricias de sus hijos; su fe, más sumisa que la de la reina y más tierna que la del rey, hacía de su vida un continuo holocausto, no hallando, así como su hermano, ningun consuelo sino al pié de los altares. Allí ofrecia todas las mañanas su resignacion; la capilla de palacio era el fuerte en donde la familia real se refugiaba contra tantos padecimientos, pero aún allí les perseguia el rencor de sus enemigos. Uno de los primeros domingos de Julio, algunos soldados de la guardia nacional que ocupaban la galería por donde el rey pasaba para ir á oír misa, gritaron: ¡*Basta de rey!* ¡*Abajo el veto!* El rey, acostumbrado á estos insultos, oyó aquellos gritos y vió aquellos insolentes ademanes sin extrañarlos; pero apenas la familia real estaba

arrodillada en su tribuna, cuando los músicos de la capilla empezaron á tocar las canciones revolucionarias de la *Marsellesa* y del *Ça ira*. Los mismos cantores, escogiendo en los salmos los versículos amenazantes que la cólera de Dios dirige al orgullo de los reyes, los cantaban con afectacion, repitiéndolos muchas veces, como si la amenaza y el terror saliesen del santuario mismo en donde la familia ultrajada venía á buscar el consuelo y la fortaleza.

El rey fué más sensible á este ultraje que á los otros. «Me parece—dijo al salir—que hasta Dios se vuelve contra mí.» Las princesas se pusieron los libros delante de los ojos para ocultar sus lágrimas.

La reina y sus hijos no podian respirar el aire libre: cada vez que abrian las ventanas, oian gritar en el terraplen de los Fuldenses: *¡Queremos la cabeza de María Antonieta!* Los buhoneros exponian estampas infames en las que se representaba á la reina como una Mesalina y al rey como un Vitelio. Las risotadas del populacho respondian á los apóstrofes obscenos que estos hombres dirigian, acompañados de indecentes gestos, á las ventanas de palacio. El interior mismo de los aposentos no estaba seguro de insultos y de peligros. Una noche, un ayuda de cámara que velaba en un corredor á la puerta de la reina luchó con un asesino que se deslizaba por la sombra. María Antonieta se arrojó del lecho al ruido. «¡Qué situacion!—exclamó.—¡Ultrajada de dia, y expuesta á ser asesinada de noche!»

A cada instante se esperaban nuevos asaltos de los barrios. Una noche en que se temia una irrupcion, el rey y madama Isabel, despiertos y en pié, habian prohibido que se despertase á la reina. «Dejadla descansar algunas horas,—dijo el rey á madama Campan;—bastantes penas tiene para que se las aumtemos.» Cuando se despertó la reina, se quejó amargamente de que la hubieran dejado dormir durante la alarma de palacio. «¡Mi hermana Isabel estaba con el rey y yo dormia!—exclamó.—Yo soy su mujer, y no quiero que corra ningun peligro sin que yo participe de él.»

En estos dias de turbacion fué cuando el rey recogió y ocultó los papeles descubiertos despues en el *armario de hierro*. Sabido es que este príncipe, más hombre que rey, se distraia de los cuidados del trono con el trabajo de mano en el oficio de cerrajero; para perfeccionarse en él, habia admitido hacía diez años en su taller á un cerrajero llamado Gamain. El rey y el artesano eran amigos, como hombres que pasaban muchas horas juntos y se comunicaban mutuamente muchos de sus pensamientos. Luis XVI confiaba en la fidelidad de su compañero de trabajo, y por esto le encargó que hiciese en el espesor de la pared de un corredor oscuro que habia en su aposento un hueco cubierto con una puerta de hierro oculta artísticamente con madera. Allí guardó el rey papeles políticos importantes y las correspondencias secretas que habia tenido con Mirabeau, Barnave y los girondinos, creyendo el corazon de Gamain tan seguro y tan mudo como la pared á que habia entregado sus secretos. Gamain era un traidor, y denunció no sólo á su rey, sino á su compañero y amigo.

VI

El dia de la federacion, Luis XVI fué con la reina y sus hijos al Campo de Marte, escoltado por tropas de fidelidad dudosa. Un pueblo inmenso rodeaba el altar de la patria; los gritos de *¡Viva Petion!* insultaron al rey á su paso; la reina

temblaba por los días de su esposo. El rey se dirigió, colocado á la izquierda del presidente de la Asamblea, hácia el altar á través de la muchedumbre. Inquieta la reina, le seguía con la vista, creyendo á cada instante verle inmolar por los millares de bayonetas y picas por entre las cuales pasaba. Estos momentos fueron para ella unos siglos de angustia. Al pié del altar de la patria, un movimiento confuso producido por el flujo y reflujo de la multitud hizo desaparecer al rey por un instante; la reina creyó que le habian herido, y dió un grito de horror; el rey apareció y prestó el juramento cívico. Los diputados que le rodeaban le invitaron á dar fuego por su propia mano á un trofeo expiatorio que reunía todos los atributos del feudalismo, para reducirlos á cenizas. La dignidad del rey rechazó el acto que querían imponerle, y se negó á hacerlo diciendo que la feudalidad estaba destruida en Francia por la Constitución mejor que por el fuego. Los diputados Gensonné, Juan Debry, Garreau y Antonelle encendieron por sí mismos la hoguera, y fueron aplaudidos por el pueblo. El rey se reunió á la reina, y volvió á palacio atravesando por medio de un pueblo taciturno. Vencidos los peligros de este día, Luis XVI entrevia otros más terribles. No habia ganado sino un día más.

Al otro día, uno de los más grandes agitadores del 89 y el primer provocador de los Estados generales, llamado Duval d'Épremesnil, que se habia hecho odioso á la nación porque no habia querido de la revolución sino la convocatoria de los parlamentos, y que en cuanto éstos se habian visto atacados, se pasó al partido de la corte, se encontró en el terraplen de los Fuldenses con unos grupos del pueblo que le insultaron y le designaron al furor de los marseleses, que le acuchillaron á su sabor, arrastrándole por los cabellos hasta el arroyo de la calle de San Honorato, hácia un albañal adonde iban á tirarlo. Algunos guardias nacionales le arrancaron moribundo de manos de sus asesinos, y le llevaron al cuerpo de guardia del Palacio Real. La multitud, sedienta de sangre, asediaba las puertas del cuerpo de guardia, hasta que advertido Petion acudió, se abrió paso entre la chusma, y en cuanto entró en el puesto, estuvo contemplando á Épremesnil largo tiempo en silencio y con los brazos cruzados sobre el pecho, desmayándose al poco rato, horrorizado á la vista de este siniestro cambio de la opinion. Cuando el corregidor de Paris volvió en sí, el desgraciado Épremesnil se incorporó con mucho trabajo en la camilla donde le habian llevado. «Yo tambien, señor,—dijo á Petion,—he sido el ídolo del pueblo, y ya veis lo que ha hecho conmigo. Puede que os reserve igual suerte.» Petion no respondió nada, las lágrimas corrían de sus ojos, y desde este día tuvo el presentimiento de la inconstancia y de la ingratitud del pueblo.

Otros asesinatos frecuentes cometidos por la multitud, revelaban una fiebre sorda cuyos accesos no tardaron en estallar en actos más trágicos y más generales. Un sacerdote que habia prestado y despues retractado el juramento constitucional, fué ahorcado de un reverbero en la plaza de Luis XV. Un guardia de corps que atravesaba el jardín de las Tullerías, y que miraba con enternecimiento el palacio de sus antiguos señores convertido en cárcel, fué descubierto por las lágrimas que derramaba, cogido por una porcion de mujeres y de muchachos de quince á diez y seis años, arrastrado por el suelo y ahogado con excesiva barbarie en el estanque del jardín debajo de las ventanas del rey.

La guardia nacional reprimía débilmente estos atentados, viendo que su fuerza moral se perdía con la aproximación de los marseleses. Puesta entre los excesos

del pueblo y las traiciones achacadas á la corte, enconándose contra los unos, temia que se sospechase que protegía á los otros; su situacion era tan falsa como la del rey, colocado asimismo entre la nacion y los extranjeros. La corte conocia su aislamiento y reclutaba secretamente defensores para la crisis que divisaba sin mucho miedo. Los suizos, tropa mercenaria pero fiel; la guardia constitucional, recientemente licenciada, pero cuyos oficiales y sargentos recibian sus pagas secretamente y permanecian en Paris para reunirse cuando fuese necesario; quinientos ó seiscientos hidalgos llamados de las provincias por su adhesion caballeresca á la monarquía, y repartidos en diferentes posadas y casas de huéspedes del cuartel de las Tullerías, provistos de armas que ocultaban entre su ropa, y teniendo cada uno una



Luis XVI ocultando su correspondencia secreta en el armario de hierro.—Pág. 447.

seña y una tarjeta que les facilitaba la entrada en el palacio los dias de reunion; compañías de hombres del pueblo y de antiguos militares que recibian sueldo de la lista civil, y mandados por Mr. de Augremont, en número de quinientos ó seiscientos hombres; ademas, la inmensa servidumbre de palacio; los batallones de la guardia nacional de los cuarteles afectos al rey, tales como el de la Cuesta de los Molinos y el de las Hijas de Santo Tomas; un cuerpo de gendarmería á caballo, compuesto de soldados escogidos en los regimientos de caballería; y en fin, una porcion de tropas acantonadas en las cercanías de Paris: todas estas fuerzas, reunidas constitucionalmente alrededor de las Tullerías en un dia de combate, prestaban á la corte un apoyo sólido y la esperanza de una victoria de que el rey podia sacar partido para la restauracion de su autoridad.

Estas fuerzas eran efectivas y más que suficientes si hubiesen sido bien dirigidas contra las numerosas pero desordenadas de los barrios. El rey confiaba, y los cortesanos tenian seguridad, y bien léjos de temer una nueva insurrección, la

deseaban en los conciliábulos de las Tullerías. La certeza de destruir y derribar á los hombres del 20 de Junio tranquilizaba todos los ánimos. El trono habia llegado á tal punto de decadencia, que no podia realizarse sino por una victoria. Esperaba la batalla, y se creia preparado á ella.

VII

Por su parte los girondinos y los jacobinos, consternados por la reaccion en la opinion que la jornada incompleta del 20 de Junio habia producido en Paris y en las provincias, se preparaban al último asalto. Aunque no tuvieran un acuerdo previo sobre la naturaleza del gobierno que darian á Francia despues del triunfo del pueblo, tenian necesidad de triunfar, y conspiraban juntos para destronar su enemigo comun. La llegada de los marseleses á Paris debia ser para los dos partidos la señal y el medio de accion. Estos hombres enérgicos, feroces, sofocados por la larga marcha que acababan de hacer en medio de los calores del estío, y enardecidos en el camino por el incendio de las opiniones que devoraba las poblaciones y los campos, traian las llamas á Paris; más aguerridos para las empresas desesperadas que el pueblo fogoso pero poltron de la capital, los marseleses debian ser el centro de la gran insurreccion. Eran una banda de mil quinientos hombres, acceso viviente del furor demagógico que refluia de las extremidades del imperio para venir á dar fuerza al corazon. Se habian aproximado conducidos por jefes subalternos; los dos jefes habian llegado ántes á Paris; eran éstos los dos jóvenes marseleses Barbaroux y Rebecqui.

Este habia sido uno de los primeros agitadores de su país en 89, cuando en la eleccion de Mirabeau para la Asamblea constituyente se alborotaron Aix y Marsella; habiéndosele formado causa por su participacion en esta insurreccion, habia sido defendido por su elocuente cómplice ante la Asamblea; hecho jefe de los jacobinos de Marsella, se puso á la cabeza de los batallones de la guardia nacional de esta ciudad que habian marchado sobre Arles y arrancado á la venganza de las leyes á los asesinos de Aviñon. Enviado al tribunal de Orleans por este hecho, le declaró libre por la amnistía que los girondinos habian arrancado para los crímenes del Mediodía. Resuelto á llevar la revolucion hasta su término, aún á riesgo de traspasar los límites que ella se habia propuesto, Rebecqui, ligado entónces con los girondinos, habia vuelto á Marsella y reclutado, de concierto con Barbaroux, la columna móvil de marseleses de que los conspiradores de Paris tenian necesidad para electrizar á Francia y llevar á cabo sus designios. El llamamiento de esta fuerza popular fué pensamiento de madama Roland y ejecutado por sus dos jóvenes seides, y miéntras los oradores y tribunos de la Asamblea peroraban vanamente en los Jacobinos, en los Franciscanos y en el Picadero, agitando las masas sin darles el impulso preciso, una mujer y dos jóvenes tomaban sobre sí la responsabilidad de los acontecimientos, y preparaban el momento supremo de derrocar la monarquía.

Barbaroux y Rebecqui encontraron á Roland en los Campos Elíseos pocos dias ántes de la llegada de los marseleses; el antiguo ministro y los dos jóvenes se abrazaron con aquel sentimiento de solemne tristeza que precede en el corazon de los hombres resueltos hasta llevar á cabo proyectos extremos. Despues de haber hablado en voz baja de las desgracias de la patria y de los planes de que se ocu-

paban, convinieron, para no hacerse sospechosos á los espías de la corte, en tener al otro dia en casa de madama Roland su última entrevista.

Los dos marseleses fueron por la noche á la pequeña habitacion de la calle de la Harpe, en donde vivia desde su caida el ministro desgraciado. Madama Roland, alma de su marido é inspiracion de sus amigos, asistió á la reunion y la elevó á la altura y á la resolucion de sus ideas. «La libertad se pierde si damos tiempo á la corte,—dijo Roland;—Lafayette ha venido á revelar á Paris con su presencia dictatorial el secreto de las traiciones que ha meditado en el ejército del Norte; el del Centro no tiene ni comité, ni adhesion, ni general. ¡Dentro de seis semanas los austriacos estarán en Paris!»

Se desplegaron mapas, se estudiaron las posiciones, las líneas de los rios, las vertientes de las montañas, los desfiladeros que podian oponer obstáculos más inaccesibles á la invasion de los extrajeros; se designaron los campos de reserva destinados á cubrir sucesivamente las líneas secundarias, cuando las principales fuesen forzadas; en fin, se resolvió apresurar la llegada de los batallones de Marsella para ejecutar el decreto del campamento á la inmediacion de Paris, y para prevenir por una insurreccion decisiva el efecto de las *tramas* de la corte. Quedó convenido que Petion, que era necesario al movimiento proyectado por el ascendiente de su nombre, y necesario en el corregimiento para paralizar toda resistencia de la municipalidad y de la guardia nacional al complot, conservaria su papel de neutralidad legal é hipócrita, tan útil á los proyectos de los agitadores. Barbaroux, comiendo con él algunos dias despues, le dijo que no tardaria mucho en estar preso en su casa. Petion lo entendió y se sonrió; su mujer simuló asustarse. «Tranquilizaos, señora,—dijo Barbaroux;—si ponemos preso á Petion, será cerca de vos, y se le atará con cintas tricolores.»

Carra advirtió igualmente á Petion que no se le comprometeria respecto á sus deberes oficiales de corregidor, dándole una guardia de seguridad que, aparentando violencia, le impediria obrar en el momento de la insurreccion. Petion aceptó de tal suerte este papel en la comedia de legalidad que se iba á representar, que se quejaba despues del acontecimiento de que los conjurados habian tardado en hacerle prender, y tuvo que apresurar repetidas veces por sí mismo la llegada del destacamento que debia fingir su prision. Madama Roland fué el alma, Petion el medio, y Barbaroux, Danton y Santerre los directores del movimiento.

Los conspiradores buscaron durante algunos dias un general capaz de imprimir una direccion militar á sus fuerzas indisciplinadas, y de crear un ejército del pueblo contra el ejército de la corte. Pusieron los ojos en Montesquiou, general del ejército de los Alpes, que se hallaba en estos momentos en Paris, adonde habia ido para solicitar refuerzos. Montesquiou era ambicioso de gloria, de dignidades y de riqueza, adicto por su nacimiento al partido de la corte, y por sus principios y por la perspectiva que la revolucion abria á su fortuna, al partido del pueblo. Parecióle á Danton uno de esos hombres que se dejan ganar para prestar un gran servicio á la libertad como para prestárselo al trono. Roland y sus amigos tuvieron una conferencia con este general en casa de Barbaroux; allí le descubrieron parte de sus planes, que Montesquiou escuchó sin admiracion y sin repugnancia, pero no se decidió, por lo que creyeron que la corte se les habia adelantado, y que Montesquiou, dudando del resultado de esta última lucha entre el pueblo y el rey,

queria permanecer indeciso como la casualidad y libre como el acontecimiento; lo dejaron sin romper con él, y se decidieron á no dar al pueblo más táctica que su furor, ni otro general que su fortuna.

VIII

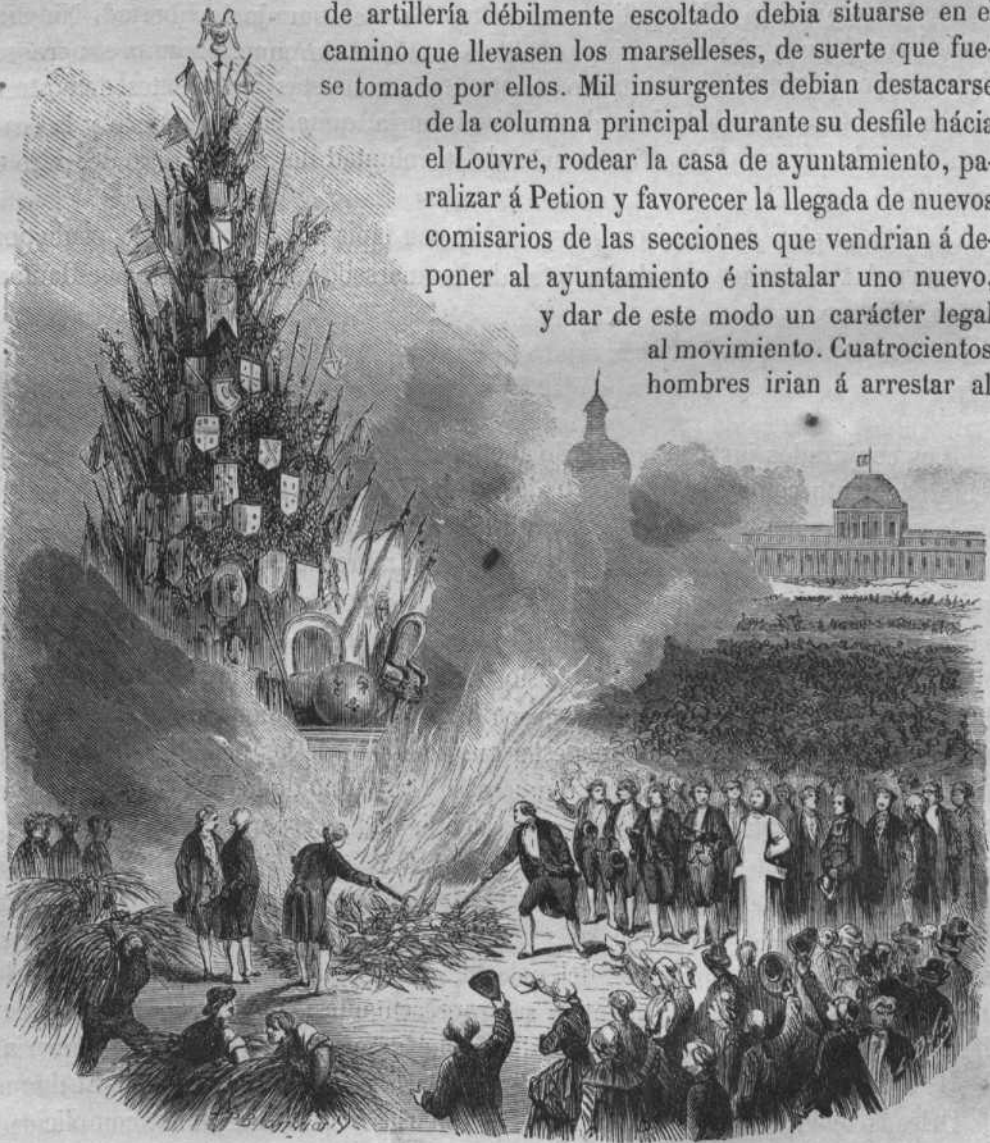
Al otro dia, 29 de Julio, los marseleses llegaron á Charenton. Barbaroux, Bourdon de l'Oise, Merlin y Santerre fueron á recibirlos acompañados de algunos hombres arrojados de los Jacobinos y de los barrios. Un banquete fraternal reunió á los marseleses y á los conjurados de Paris, dándose las manos y confundiendo sus voces. Los jefes encontraron á su ejército, y el ejército halló á sus jefes; la accion no podia tardar. Despues del banquete, en que el entusiasmo que devoraba los ánimos rompió con la música de Rouget de Lisle, los conjurados despidieron por algunas horas á los marseleses, alojados en casa de los principales patriotas de Charenton, y se fueron á favor de la noche á una casa aislada del pueblo, rodeada de jardines y que servia hacia mucho tiempo de asilo á sus conciliábulos. Santerre, Danton, Fabre d'Eglantine, Panis, Huguenin, Gonchon, Marat, Alexandre, Camilo Desmoulins, Varlet, Lenfant, Barbaroux y algunos otros hombres de accion se encontraron en esta casa, que era donde en las jornadas de la revolucion pasaban la vispera de aquellos dias. Allí se daba la hora y la órden. Estas deliberaciones íntimas, pero las más veces tempestuosas, precedian á las resoluciones; unas callejuelas solitarias y extensos campos cultivados por los hortelanos de los arrabales separaban la casa de los conjurados de otras habitaciones; de suerte que la concurrencia de los conspiradores no se notaba y las vociferaciones se perdian en el espacio. Las puertas y las ventanas estaban siempre cerradas, dando á esta mansion la apariencia de una casa deshabitada. El portero no abria la puerta sino por la noche y mediante señales de reconocimiento convenidas de antemano.

Era más de medianoche cuando los directores del movimiento llegaron á la casa por senderos diferentes, con la cabeza aún aturdida con los himnos patrióticos y los vapores del vino. Por una de esas extrañas coincidencias que parecen asociar algunas veces las grandes crisis de la naturaleza á las de los imperios, una tempestad estalló sobre Paris en estos momentos. Un calor sofocante y seco habia ahogado la respiracion durante el dia, y espesos nubarrones jaspeados por la tarde con tintas siniestras tenian como eclipsado al sol en un océano aéreo. Hacia las diez, la electricidad se desprendia por millares de relámpagos parecidos á palpitations luminosas del cielo; los vientos contenidos detras del velo de nubes rugian cual alborotadas olas, abatiendo los sembrados, tronchando las ramas de los árboles y levantando los techos; la lluvia y el granizo resonaban en el suelo como si la tierra hubiera sido apedreada desde lo alto; las casas se cerraron, las calles y los caminos quedaron desiertos en un momento. Las exhalaciones, que no cesaron de estallar y herir durante ocho horas seguidas, mataron muchos de los hombres y mujeres que van por la tarde á proveer á Paris; algunos centinelas se encontraron abrasados entre las cenizas de sus garitas. Várias rejas de hierro, torcidas por el viento ó por el fuego del cielo, fueron arrancadas de los muros donde estaban fijas por goznes y llevadas á distancias increíbles. Las dos cúpulas naturales que se elevan por cima del horizonte de la campiña de Paris, Montmartre y Mont-Valerien, se transmitian mutuamente el flúido acumulado en las nubes que las envolvian.

Los rayos, atraídos con preferencia por todos los edificios aislados y cubiertos de hierro, derribaron todas las cruces que se elevaban en el campo y en las encrucijadas de los caminos, desde el llano de Issy y los bosques de San German y de Versalles, hasta la cruz del puente de Charenton. Al otro día, los troncos y los brazos de estas cruces yacían por el suelo, como si un ejército invisible hubiese derribado á su paso todos los signos que aborrecía del culto de los cristianos.

Alumbrados por estos rayos fué como los conjurados de Charenton deliberaron destruir el trono; Danton, Huguenin, Alexandre y Camilo Desmoulin, más en contacto con los cuarteles de Paris, respondieron de las disposiciones insurreccionales del pueblo.

Santerre prometió que cuarenta mil hombres de los barrios irían al otro día delante de los marseleses como para fraternizar con ellos. Se convino en situar á los federados focenses en el centro de esta formidable columna, y hacerla desfilar de los barrios á los muelles. Por orden de Petion, cómplice en la asonada, un tren de artillería débilmente escoltado debía situarse en el camino que llevasen los marseleses, de suerte que fuese tomado por ellos. Mil insurgentes debían destacarse de la columna principal durante su desfile hácia el Louvre, rodear la casa de ayuntamiento, paralizar á Petion y favorecer la llegada de nuevos comisarios de las secciones que vendrían á deponer al ayuntamiento é instalar uno nuevo, y dar de este modo un carácter legal al movimiento. Cuatrocientos hombres irían á arrestar al



directorio del departamento. El arsenal, el mercado de trigo, los Inválidos, las casas de los ministros y los puentes del Sena se ocuparían por destacamentos numerosos. El ejército del pueblo, dividido en tres cuerpos, avanzaría sobre las Tullerías, acampando en el Carrousel y en el jardín con sus cañones, víveres y tiendas; se fortificaría con cortaduras, barricadas y reductos de campaña, interceptando así todas las comunicaciones entre el palacio y sus defensores de fuera si se presentasen. La débil guardia suiza de las Tullerías no trataría de resistir á un ejército innumerable provisto de artillería; no se atacaría á los otros regimientos suizos en sus cuarteles, contentándose con cercarlos y con decirles que esperasen inmóviles la manifestación de la voluntad nacional. Tampoco se penetraría á la fuerza en el palacio; únicamente se bloquearía al trono en su último asilo, y á imitación del pueblo romano cuando se retiraba al monte Aventino, se enviaría un plebiscito á la Asamblea para significarle que el pueblo, acampado alrededor de las Tullerías, no depondría las armas sino después que la Representación nacional hubiese provisto á los peligros de la patria y asegurado la libertad. Ningún desorden, ninguna violencia, ningún pillaje quedaría impune, ninguna sangre se derramaría; la abolición del trono se ejecutaría con estas imponentes demostraciones de fuerza que, desanimando toda resistencia, quitarían el pretexto y la ocasión de todo exceso. Este era un acto de la voluntad del pueblo, grande, puro é irresistible como él.

Tal era el plan de los girondinos, escrito con lápiz por Barbaroux, copiado por Fournier el Americano, uno de los jefes de los marseleses, y adoptado por Danton y por Santerre.

IX

Los conjurados juraron ejecutarlo al otro día por la mañana, y para precaverse recíprocamente contra la revelación de un traidor de entre ellos, convinieron en vigilarse mutuamente; cada jefe marseles se llevó uno de los jefes parisienses, y con cada director parisien iba también un oficial marseles. Heron fué con Rebecqui, Barbaroux con Bourdon, y así los otros, á fin de que la traición, de cualquier parte que viniese, tuviera al momento su vengador en el cómplice mismo que hubiese escogido. En cuanto á la decisión de la Asamblea nacional, se abstuvieron de prejuzgarla por temor de que naciesen divisiones en el momento en que la unanimidad era más necesaria. Es menester que el objeto de los partidos sea tan vago é indeciso como las pasiones y las quimeras de cada uno de los que los componen. Suprimir todo lo que no es necesario, no definir nada y esperarlo todo de la casualidad, es el prestigio de las revoluciones.

Solamente la abolición del trono era el grito general de los *patriotas*; la pedían ya en voz alta en los clubs, en las secciones, en las peticiones y en la Asamblea. El pueblo, acampado alrededor del palacio, que le mostraban como el foco de la traición, la pediría inevitablemente á sus representantes; pero haciendo descender al rey del trono, ¿elevarían á otro en lugar del depuesto? ¿Y á quién se llamaría? ¿Sería á un niño bajo la tutela del pueblo? ¿Sería al duque de Orleans? El duque de Orleans tenía familiares, pero pocos partidarios. Si su presumida complicidad contra la corte tentaba á algunos hombres sin honor y cargados de deudas, su

nombre mal afamado repugnaba á los amigos sinceros de la libertad. Nacimiento, fortuna, conformidad de intereses, popularidad, comunidad de opinion, adhesion á la causa popular, tales eran los títulos que tenía el duque de Orleans para ser coronado por el pueblo y para triunfar con él; no le faltaba más que uno: la consideracion pública. El podia servir y salvar á su país, pero no podia dar lustre á la revolucion. Esta era su única tacha. Robespierre y los jacobinos repugnaban aceptar su nombre, y los girondinos le desdeñaban á causa de las personas de que estaba rodeado. Todos le separaron por un comun acuerdo del programa que se proponian.

Roland, Vergniaud, Gensonné, Guadet y el mismo Barbaroux, aunque indecisos y vacilantes ante la república, la preferian con toda su tendencia á la anarquía, á la dominacion de un príncipe que hiciese pasar el trono de la violencia á la debilidad, y que diese, segun ellos, á una Constitucion jóven y sana todas las miserias de la decrepitud. Cambio de dinastía, regencia, dictadura ó república, todo quedó en una reticencia completa entre los promotores del movimiento. Produjeron el acontecimiento, contentándose con prepararlo, sin preguntarle anticipadamente su secreto. Esta fué la marcha constante de los girondinos, impulsar siempre sin saber adónde. La casualidad fué la que hizo de estos hombres los instrumentos de la revolucion, y la que no les permitió nunca dominarla. Por su carácter estaban destinados á dar el impulso, nunca la direccion; así fué que fueron arrastrados por ella á otra parte, y más léjos de lo que ellos se propusieron.

X

Este plan abortó por la imposibilidad de tomar durante la noche las disposiciones necesarias para la reunion de los insurgentes. Barbaroux acusó de esta detencion á Santerre, que queria más la agitacion de su arrabal que la caida del gobierno. Petion mismo no estaba pronto. Centro de todos los movimientos legales ó insurreccionales de la guardia nacional, confidente á la vez de los que querian defender la Constitucion y de los que querian ataearla, hablaba á cada uno un lenguaje diferente y daba órdenes contradictorias, resultando una confusion de disposiciones, de consejos y de medidas, que dejando á todo el mundo en la incertidumbre sobre las verdaderas intenciones del corregidor de Paris, lo suspendia todo... Ni Paris ni los arrabales se movieron; los marseleses se pusieron en marcha sin otro acompañamiento que los jefes que habian venido el dia anterior á fraternizar con ellos. Doscientos hombres de la guardia nacional y unos cincuenta federados sin uniforme, armados con picas y cuchillas, asistieron á su entrada en Paris. La hez de los arrabales y del Palacio Real, muchachos, mujeres y gente ociosa, formaban calle en la plaza de la Bastilla y en las demas que atravesaban para ir al corregimiento. Petion arengó á estas columnas, y se les destinó cuartel en la Calzada de Antin, al que se fueron.

Santerre y algunos guardias nacionales del arrabal de San Antonio les habian hecho preparar un banquete en un restaurant de los Campos Elíseos. No léjos de allí, en algunas mesas puestas en otro restaurant, se reunian premeditada ó casualmente cierto número de oficiales de la guardia nacional de los batallones adictos al rey, algunos guardias de corps licenciados y varios jóvenes escritores realistas.

Este encuentro no podia ménos de producir un alboroto. Se creyó que los realistas lo deseaban para sublevar á Paris contra esta horda extranjera y para pedir la salida de los marseleses para el campo de Soissons. En el calor de la comida dieron con intencion las voces de *¡Viva el rey!* que parecian desafiar á los enemigos del trono. Los marseleses respondieron con los gritos de *¡Viva la nacion!* Los ademanes provocaron los ademanes; los grupos del pueblo que presenciaban de léjos los banquetes, tiraron barro á los granaderos realistas; éstos tiraron de sus sables; el pueblo llama en su socorro á los marseleses; los fosos y las verjas que separaban los dos jardines fueron franqueados en un momento, se cruzaron los aceros, los hierros de las verjas sirvieron de armas á los combatientes, corrió la sangre, y muchos guardias nacionales fueron heridos. Uno de ellos, el agente de cambios Duhamel, tiró dos pistoletazos sobre sus agresores, y cayó atravesado por la bayoneta de un marseles. El comandante general de las tropas de guardia en palacio hizo tocar generala y colocó la artillería en el jardin, como si temiese una invasion. El batallon de las Hijas de Santo Tomas tomó espontáneamente las armas para correr en auxilio de los granaderos. Otros batallones le imitaron, situándose en los baluartes, y quisieron ir para tomar venganza al cuartel de los marseleses. Petion se apresuró á ir allí, puso en libertad algunos presos, contó á la guardia nacional y restableció el órden.

Durante este tumulto, los realistas fugitivos tuvieron asilo yendo por el puente levadizo al jardin de las Tullerías, y á los heridos se les transportó al cuerpo de guardia de palacio. El rey, la reina, las señoras de la corte, los gentileshombres reunidos alrededor de ellos por la noticia del peligro, bajaron al cuerpo de guardia, curaron con sus propias manos las heridas de sus defensores, manifestando interes por la guardia nacional é indignacion contra los marseleses. Regnault de Saint-Jean d'Angely fué del número de los heridos. Por la noche, la sublevacion de la opinion pública contra los marseleses era general en la poblacion. En la sesion de la Asamblea del dia siguiente se presentaron numerosas mociones pidiendo su salida; las tribunas silbaron á los peticionarios; Merlin pidió que se pasase á la órden del dia; Montaut acusó á los caballeros del puñal; Gaston vió en ellos una provocacion de la corte para principiar la guerra civil; Grangeneuve denunció los proyectos de venganza meditados por la guardia nacional, y los demas diputados girondinos eludieron con desden la peticion de alejar á los marseleses, y se sonrieron á estos preludios de violencia.

Intimidada la corte por estos síntomas, trató de asegurarse de los jefes de esta tropa corrompiéndolos, por cuyo medio creia haberse atraido á Danton; pero si se corrompe fácilmente á la intriga, no sucede lo mismo con el fanatismo: entre los marseleses habia hombres sanguinarios, pero no habia traidores; por lo que se tuvo que renunciar á este medio de seduccion.

Por su parte, Marat dirigió á Barbaroux un escrito incendiario para ser impreso y distribuido á sus soldados. Marat provocaba en estas páginas una matanza en el Cuerpo legislativo, pero queria que se librase al rey y á la familia real. Sus relaciones sordas y fugaces con los agentes secretos de la corte hacian sospechosa esta humanidad de una pluma que no destilaba sino sangre. Marat entónces no creia aún la victoria del pueblo en la crisis que se preparaba, y pidió el 9 de Agosto una conferencia secreta á Barbaroux, en la que le instó vivamente para que le sus-

trajese á los golpes de sus enemigos llevándole consigo á Marsella disfrazado de carbonero.

XI

Otro paso tuvo lugar en nombre de Robespierre, sin que él lo supiese, para atraerse á los marseleses á su causa. Dos de sus confidentes, Panis y Freron; colegas suyos en el ayuntamiento, hicieron llamar á Barbaroux y á Rebecqui á la casa de la ciudad, so pretexto de dar á los batallones marseleses un cuartel más próximo al centro de los movimientos de la revolucion, en los Franciscanos. Esta



Conciliábulo secreto en Charenton.—Pág. 453.

oferta fué aceptada. Panis, Freron y Sergent ocultaron sus ideas. «El pueblo necesita un jefe; Brissot aspira á la dictadura; Petion la posee sin ejercerla; es un talento demasiado pequeño, ama sin duda la revolucion, pero quiere un imposible: ¡las revoluciones legales! Si no se violenta su debilidad, nunca obtendrá resultados.»

Al otro dia Barbaroux se dejó conducir á casa de Robespierre. El fogoso jóven meridional se admiró al entrar en casa del austero y frio filósofo; la personalidad de Robespierre, semejante á un culto que se diese á sí mismo, respiraba hasta en los simples adornos de su modesto gabinete. En todas partes estaba reproducida su imágen por el lápiz, el pincel ó el buril. Robespierre no pasó de las reflexiones generales sobre la marcha de la revolucion, sobre la celeridad que los jacobinos y él mismo habian impreso á sus movimientos, sobre la inminencia de una crisis próxima y sobre la urgencia de dar un centro, un alma y un jefe á esta crisis, invistiendo á un hombre de la omnipotencia popular. «Nosotros no queremos sustituir un dictador á un rey», — respondió bruscamente Rebecqui marchándose;

y Panis, acompañando á los jóvenes marseleses, dijo á Rebecqui apretándole la mano: «Habeis comprendido mal; no se trata sino de una autoridad momentánea é insurreccional para dirigir y salvar al pueblo, y de ninguna manera de una dictadura. Robespierre es sin duda este hombre del pueblo».

Exceptuando esta conversación, provocada por los amigos de Robespierre sin su conocimiento, como hemos dicho ya, y aceptada por los jefes marseleses, nada indicó en Robespierre la ambicion prematura de la dictadura, ni áun ninguna participacion directa en el movimiento del 10 de Agosto. La república era para él una perspectiva relegada en una lontananza casi ideal; la regencia le presagiaba un reinado débil y cien trastornos civiles; el duque de Orleans le repugnaba como una intriga coronada, y la Constitucion de 1791, lealmente practicada, le hubiera satisfecho á no ser por las traiciones que imputaba á la corte. La dictadura que ambicionaba para él era la dictadura de la opinion pública; la soberanía de su palabra no aspiraba á otro imperio, y todo movimiento convulsivo de las cosas podia perjudicarle.

LIBRO VEINTE.

Fermentación. — Los marseleses y el ayuntamiento de Paris piden la destitucion del trono. — La corte se prepara á la resistencia. — La acusacion de Lafayette es rechazada. — Insulto á los diputados constitucionales. — Preparativos de los insurgentes. — Noche del 9 al 10 de Agosto. — Tócase á rebato. — Escenas íntimas entre los conjurados. — Angustias de la reina y de madama Isabel. — Descripcion de las Tullerías. — Enumeracion de las tropas. — Espiritu que las anima. — Posibilidad de rechazar á los insurgentes.

I

Sin embargo, la fermentacion crecia de hora en hora. Por todas partes se oia aquel murmullo sordo que presagia las catástrofes de los imperios, como las de la naturaleza. Lafayette decian que iba á marchar sobre Paris. El viejo Luckner habia confiado este proyecto á Guadet en una comida en casa del obispo Gobel. Advertido del peligro de esta confianza, Luckner se retractaba. Los federados acumulados en Paris rehusaban salir, pretextando las traiciones manifiestas de los generales aristócratas á cuyas órdenes se les mandaba, no á la victoria, sino á la muerte. Dumouriez habia recibido la orden páfida de levantar su campo y de abrir de este modo el acceso de la capital á los austriacos, pero su patriotismo no le permitió obedecerla. En el palacio se hacian secretamente preparativos de ataque y defensa; los aposentos interiores del rey estaban llenos de nobles y de emigrados que habian regresado. El estado mayor de la guardia nacional conspiraba con la corte. El Carrousel y el jardin de las Tullerías era un campamento; el palacio, una fortaleza pronta á vomitar la metralla y el incendio sobre Paris. El suelo mismo del jardin de las Tullerías era mirado por el pueblo como una tierra maldita en que estaba prohibido poner el pié á los buenos ciudadanos. Entre la plataforma de los Fuldenses y el jardin habian extendido una cinta tricolor con esta inscripcion amenazadora: «¡Tirano, nuestra cólera pende de una cinta, tu corona pende de un hilo!»

Las secciones de Paris, estos clubs legales, estos fragmentos incoherentes de las municipalidades, trataron de adquirir alguna unidad para hacerse más imponentes y más temibles á la Asamblea y á la corte. Petion organizó en la casa de la ciudad una oficina de correspondencia general entre las secciones; se redactó en su nombre una proclama al ejército, que no era sino una provocacion al degüello de los generales. «No es contra los austriacos — decian á las tropas — contra quienes Lafayette quisiera conducirnos, sino contra nosotros; con la sangre de los mejores ciudadanos es con lo que él quiere regar el pavimento del palacio real, á fin de complacer á esa corte insaciable y corrompida; pero nosotros le vigilamos y somos fuertes. En el momento en que los traidores quieran entregar nuestras ciudades al enemigo, los traidores habrán desaparecido, y nosotros perecerémos envueltos en las cenizas de nuestras ciudades.»

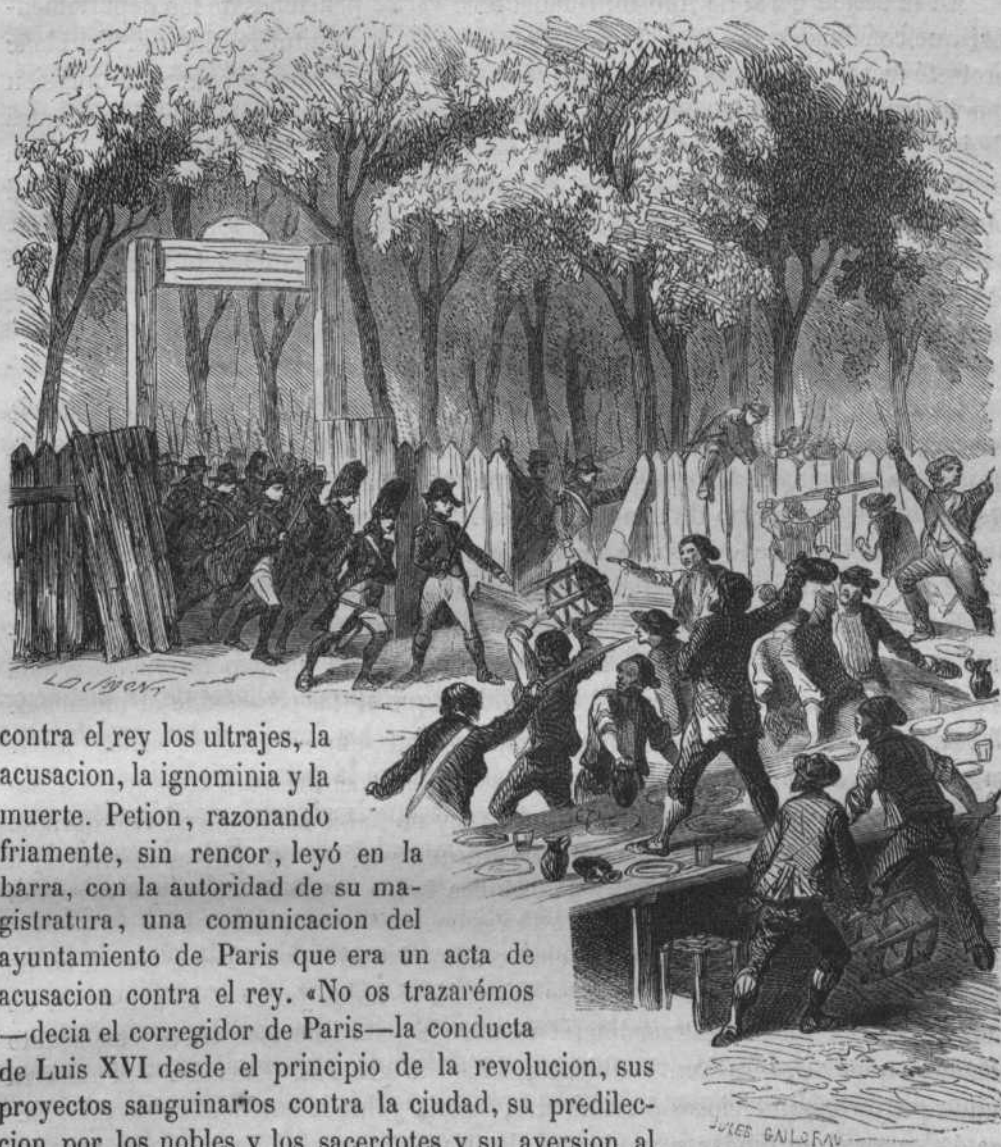
Discursos análogos á esta proclama agitaron el alma del pueblo en las secciones; la prensa difundió en todo el reino uno de estos discursos pronunciados en la seccion del Luxemburgo, y cuya concision revelaba la energía. «Franceses, habeis hecho una revolucion; pero ¿contra quién? Contra el rey, la corte, los nobles y sus partidarios. ¿A quién habeis confiado la suerte de esta revolucion despues de hecha? Al rey, á la corte, á los nobles y á sus partidarios. ¿A quién haceis la guerra en el exterior? A los reyes, á las cortes, á los nobles y á sus partidarios. ¿A quién habeis puesto á la cabeza de vuestros ejércitos? Al rey, á los nobles, á la corte y á sus cómplices. Y bien, deducid de esto la consecuencia: ó el rey, los nobles y los intrigantes que están á la cabeza de vuestros negocios y de vuestros ejércitos son todos unos Brutos que sacrifican sus padres, sus hermanos y sus hijos por la salud de la patria, ú os hacen traicion.» La conclusion de este discurso, fácil de sacar, era que no se debia confiar una revolucion á los hombres contra quienes se habia hecho; es decir, que todas las semirevoluciones son quiméricas, y que sólo la república puede hacer una guerra sincera á la monarquía. «Levantaos, ciudadanos, — decia la seccion de Mauconseil. — Un tirano despreciable se burla de nuestros destinos. ¡Que caiga! La opinion sólo forma la fuerza de los reyes. Y bien, que la opinion los destrone. Declaremos que nosotros no reconocemos á Luis XVI por rey de los franceses.»

Danton, en la seccion del Teatro Frances, despreció altamente la distincion aristocrática entre ciudadanos activos y pasivos, y los llamó á todos, proletarios ó propietarios, á tomar las armas para la salvacion de la patria comun.

Más lógico que Lafayette, Danton no creia que la riqueza equivaliese al nacimiento entre los ciudadanos, y prescindia de ambas cosas. Este llamamiento al derecho y al número debia embotar las bayonetas de la guardia nacional en el bosque de picas de los federados. Los alistamientos voluntarios para la frontera se hicieron con más actividad, teniendo lugar solemnemente en la plaza de la casa de la ciudad. Estos alistamientos tenian la forma antigua. Cuatro tribunas, elevadas en los cuatro ángulos de la plaza, estaban ocupadas por los cómisarios, que recibian á los voluntarios con música y en medio de las aclamaciones de la multitud; alocuciones ardientes inflamaban el ánimo de los voluntarios. «Ciudadanos, vamos á partir, — decian los oradores de la seccion del Hospital de los Trescientos; — estais cerca del timon, vigilad al piloto; vale más echarlo al mar que vigilar la tripulacion. El siglo XIX se acerca, y ojalá á esta época de 1800 todos los habitantes de la tierra ilustrados y libres dirijan á Dios un himno de reconocimiento y de libertad. Pedid aún á Luis XVI si quiere tomar parte en esta fiesta universal; le reservaremos el primer puesto en este banquete. Si él lo rehusa, ¡adios! nuestras mochilas están prontas, y nuestro mensaje es la luz que precede al rayo.»

La repercusion de estas convulsiones exteriores se hacía sentir en los Jacobinos, en los Franciscanos, y hasta en la Asamblea. Las sesiones se pasaban en ver desfilar las diputaciones y en oír discursos. Los marseleses, en número de quinientos, fueron á declarar por el órgano de su orador que el nombre de Luis XVI no les recordaba sino traiciones, y pedian la acusacion de los ministros y la deposicion del rey. «El pueblo se ha levantado, — gritó el orador de los federados, — y os pide una respuesta categórica. ¿Podeis salvarnos, sí ó no?»

Isnard, en un discurso acalorado como las vociferaciones de la cólera, lanzó



contra el rey los ultrajes, la acusacion, la ignominia y la muerte. Petion, razonando friamente, sin rencor, leyó en la barra, con la autoridad de su magistratura, una comunicacion del ayuntamiento de Paris que era un acta de acusacion contra el rey. «No os trazaremos —decia el corregidor de Paris— la conducta de Luis XVI desde el principio de la revolucion, sus proyectos sanguinarios contra la ciudad, su predileccion por los nobles y los sacerdotes y su aversion al pueblo; al Asamblea constituyente ultrajada por los servidores de la corte, atacada por hombres armados, errante en medio de una ciudad real, no teniendo más

asilo que un juego de pelota. ¡Cuántas razones no tendríamos para separarle de un trono en el momento en que la nacion fuese dueña de disponer de él! Nosotros se lo dejamos, nosotros unimos á esta generosidad todo lo que puede realzar, fortificar y embellecer este mismo trono. El ha vuelto contra la nacion todos estos beneficios, se ha rodeado de nuestros enemigos, ha separado á los ministros ciudadanos que poseian nuestra confianza, y se ha ligado con esos emigrados que meditan la guerra exterior contra nosotros, con esos sacerdotes que conspiran en el interior la guerra civil. Ha detenido nuestros ejércitos orontos á invadir á Bélgica, y es el primer eslabon de la cadena contrarevolucionaria. Ha traído á Pílnitz en medio de Paris, su nombre lucha con el nombre de la nacion, y ha separado sus intereses de los de su pueblo. Separémonos, pues, de él. Os pedimos su destitucion.»

Choque entre los marseleses y la guardia nacional en el banquete de los Campos Eliseos.—Pág. 456.

En la sesion del 5 de Agosto, Guadet leyó várias peticiones de los departamentos, que concluian como la de Petion, demandando la destitucion del rey. Vaublanc protestó con valor contra estas peticiones inconstitucionales y contra la opresion que la tribuna y los peticionarios ejercian sobre la libertad de los representantes de la nacion con sus insultos y amenazas. Condorcet justificó los términos de la peticion del ayuntamiento de Paris sobre la destitucion, y apeló como Danton al pueblo contra los ricos. Los federados anunciaron que habian tomado la determinacion de sitiar el palacio de las Tullerías hasta que la Asamblea hubiese pronunciado la caducidad del trono.

II

La corte, sin embargo, velaba; los ministros pasaban las noches en palacio con algunos oficiales municipales con sus fajas, para dar un carácter legal á la resistencia. Rumores de fuga circulaban por el pueblo, y el ministro del Interior los desmintió por medio de una nota oficial. Se esparció con profusion un escrito que decia: «Esta noche á eso de las dos, el rey, en traje de paisano, ha salido de palacio y se ha dirigido hácia el puente levadizo, siguiendo la grande avenida de las Tullerías. La estatura del rey no permite equivocarse, y el centinela le ha conocido en seguida y ha llamado á las armas. El príncipe fugitivo ha vuelto á toda prisa hácia palacio, y ha escrito al corregidor, que se ha presentado al momento. El rey le ha contado á su manera el acontecimiento, que segun él se reducía á dar un paseo. Se dice que Mr. de Larochevoucauld le esperaba para conducirlo á paraje seguro». El ministro atestiguaba que el rey no habia salido de palacio durante la noche, y que su permanencia sería justificada por los oficiales municipales, á quienes el anuncio de una agresion nocturna habia detenido cerca del rey en el momento mismo en que se señalaba su evasion.

El 6, la noticia del asesinato de cuatro administradores en Tolon consternó de nuevo á la Asamblea. En seguida se discutió si habia lugar á la acusacion de Lafayette. La comision extraordinaria nombrada para informar sobre este asunto concluyó por la acusacion. Vaublanc justificó al general, diciendo: «Si hubiera tenido proyectos ambiciosos ó criminales, habria pensado entónces como Sila, César ó Cromwell en fundar su poder en victorias. Cromwell fué á la tiranía apoyándose sobre la faccion dominante, Lafayette la combate; Cromwell formó un club de agitadores, Lafayette aborrece y persigue á los agitadores; Cromwell hizo decapitar al rey, Lafayette defiende el trono constitucional».

Brissot, acusado con tanta frecuencia en los Jacobinos de complicidad con Lafayette, quiso luchar en popularidad con Robespierre y sus amigos, sacrificando á Lafayette á sus sospechas. «Yo le acuso,—exclamó;—yo, que fuí su amigo, le acuso de haber dirigido nuestro ejército como si estuviese de acuerdo con la casa de Austria. Yo le acuso por no haber vencido. Yo le acuso por haber consumido el tiempo en hacer escribir y firmar peticiones á sus tropas. Yo le acuso por haber abandonado á su ejército delante del enemigo. Yo le acuso de haber aspirado á ser el árbitro de Francia.» El decreto de acusacion fué rechazado por una fuerte mayoría.

Al salir de la sesion, Vaublanc, insultado, perseguido y golpeado por el pueblo, tuvo que buscar un refugio en uno de los puestos de la guardia nacional. El pue-

blo ya no queria legisladores, sino aduladores. Girardin y Dumolard sufrieron los mismos ultrajes; un federado penetró con Dumolard hasta el cuerpo de guardia, golpeó como un loco en la mesa y declaró al valiente representante que si volvía á la sesion, le cortaría la cabeza de un sablazo. Estos hechos, referidos al otro dia en la Asamblea, suscitaron la indignacion de los constitucionales, la sonrisa de los girondinos y los silbidos de las tribunas. Girardin declaró que el dia anterior, al salir de la sesion, habia sido golpeado. «¿En qué sitio?»—le preguntaron irónicamente. «¿Se me pregunta en qué parte he sido golpeado?»—repuso con animosa indignacion Girardin.—¡Por detras! ¡Los asesinos no lo han hecho nunca de otro modo!» Esta palabra hizo que se le respetase de nuevo. El valor es la principal elocuencia, porque es la elocuencia del carácter; Girardin la poseia en el más alto grado: educado por Rousseau en Ermenonville, tenia la agudeza de Voltaire; nadie arrostró como él las pasiones brutales de la muchedumbre en estos tiempos de furor, y se hizo perdonar tanta audacia merced á su gran talento.

El mismo dia, doce hombres armados se presentaron en casa de Vaublanc, forzaron la puerta, le buscaron inútilmente por toda la casa, y dijeron al retirarse que si este orador volvía á subir á la tribuna, le matarian cuando bajase de ella. Vaublanc subió la misma noche para denunciar estas tentativas de intimidacion. Hombre de ánimo recto, con una voz fácil y sonora, y de una intrepidez propia de los tiempos antiguos, si no tenia la elocuencia de un orador de primer orden, tenia al ménos la abnegacion de un ciudadano. Luchaba solo, y siempre era vencido cuando lo hacía contra los girondinos. «Yo desafio toda violencia—decia—que nos haga faltar á nuestro juramento á la Constitucion. Yo no creo que la imaginacion más bárbara pueda figurarse los tratos indignos de que algunos colegas nuestros han sido ayer víctimas... Y qué,—añadió—si uno de vuestros embajadores fuese ultrajado por una corte extranjera, ¿no sacaríais la espada para vengar á Francia insultada en él? ¿Sufrireis que á los representantes de Francia soberana y libre se los trate en el suelo patrio como no lo serian en Austria ó Prusia?»

Grangeneuve é Isnard justificaron á Petion por su impotencia y acusaron á los aristócratas de ser los instigadores de estos excesos. Guadet hizo la mocion risible de que se preguntase al rey si tenia medios de salvar el orden público y de proteger el imperio. Las risotadas y los aplausos de la izquierda indicaron á Guadet que se le habia entendido. Røederer, procurador síndico del departamento, mandado comparecer en la barra, no disimuló el peligro público, y anunció que la campana de rebato debia tocar por la noche en los cuarteles de la insurreccion; habló de las providencias que se habian tomado, y dijo ademas que las fuerzas con que se contaba eran insuficientes para resistir al movimiento. Petion, citado tambien, siguió á Røederer, y justificó la dependencia á cuyo frente estaba, acusando al departamento; insinuó que la division existia entre los ciudadanos mismos llamados para defender el orden, y ocultó su complicidad con los girondinos con palabras ambiguas que podian tener un sentido diferente, segun á quien fuesen dirigidas. Los girondinos comprendieron estas palabras como un estímulo á su empresa, y los constitucionales como una confesion de impotencia. La Asamblea no decidió nada.

Durante esta indecision calculada del ayuntamiento y los girondinos, un directorio secreto conocido de Petion, y que él mismo confesó haber preparado mucho tiempo ántes el plan de la insurreccion del 10 de Agosto, se agitaba en la oscuridad.

En París habia un comité central compuesto de cuarenta y tres jefes de los federados de esta ciudad y de los departamentos, reunidos bajo los auspicios y en el recinto de los Jacobinos para concertar entre ellos la direccion que se habia de dar á los movimientos. Este era el cuartel general de aquel campamento de la revolucion; demasiado numeroso para que en sus reuniones hubiese el misterio y la unidad necesarias en las conjuraciones, este comité escogió en su seno un directorio ejecutivo y secreto, compuesto de cinco miembros de una capacidad y de una decision conocidas, al cual se le encargó de la direccion de lo que se resolviese y de los preparativos necesarios al intento, cuyos cinco miembros eran: Vaugeois, vicario del obispo de Blois; Debessé, federado del Drome; Guillermo, profesor en Caen; Simon, periodista en Strasburgo, y Galissot de Langres. Estos se unieron en seguida á los directores del movimiento en París, que tenian con anticipacion los hilos de la agitacion en los diferentes cuarteles de la capital, y á los principales demagogos de los arrabales. Eran éstos el periodista girondino Carra, Fournier el Americano, Westermann, Kieulin el Alsaciano, Santerre, Alexandre, Lazowski, polaco naturalizado en Francia por su fanatismo republicano; Antonio de Metz, antiguo miembro de la Asamblea constituyente; Lagrey y Garin, electores de 1789.

III

La primera sesion de este directorio se tuvo en una taberna de la calle de San Antonio, titulada *El Sol de Oro*, cerca de la Bastilla, en la noche del juéves al viénes 26 de Julio. Gorsas, redactor de *El Correo de Versalles* y uno de los jefes de la columna que habia salido el 6 de Octubre para traer al rey á París, unido despues con los girondinos para detener el movimiento que habia acelerado, compareció á las dos de la madrugada en la taberna para hacer prestar á los conjurados el juramento de morir ó conquistar la libertad. Fournier el Americano llevó una bandera con esta inscripcion: *¡Ley marcial del pueblo soberano!* Carra fué desde allí á casa de Santerre á recoger quinientos ejemplares de un cartel que no contenia más que estas palabras: *¡Mueran los que tiren contra las columnas del pueblo!*

La segunda sesion tuvo lugar el 4 de Agosto, en *El Cuadrante Azul*, en el baluarte de la Bastilla. Camilo Desmoulins, agente y pluma de Danton, asistió tambien á aquel conciliábulo. A las ocho de la tarde, los conjurados, no habiendo resuelto nada, se fueron para adquirir más amplias noticias á la habitacion del exconstituyente Antoine, calle de San Honorato, frente á la iglesia de la Asuncion, en la misma casa que habitaba Robespierre. Madama Duplay, sectaria acérrima de las ideas de éste, temiendo ver comprometida la vida de su huésped por un conciliábulo que designaria su casa como un foco de insurreccion, subió á medianoche á ver á Antoine, y le preguntó enfadada si queria hacer degollar á Robespierre. «¡No tenemos otra cosa que hacer que pensar en él!—respondió Antoine.—Que se oculte si tiene miedo. Si alguno ha de ser degollado, serémos nosotros.»

Carra escribió por sí mismo en casa de Antoine el último plan de insurreccion, la marcha que debian seguir las columnas y el modo de atacar el palacio. Simon de Strasburgo trasladó este plan enviando á medianoche copias de él á Santerre y á Alexandre, comandantes de los arrabales. Estando mal preparada la sublevacion,



Alistamientos en la plaza del Hotel de Ville.
Pág. 400.

fué preciso diferirla hasta el 10. En fin, la noche del 9 al 10, los miembros del directorio se subdividieron en tres centros insurreccionales y se reunieron en tres sitios diferentes y á la misma hora, á saber: Fournier el Americano con Alexandre, en el arrabal de San Marcelo; Westermann, Santerre y otros, en el de San Antonio; Carra y Garin, en el cuartel de los marseleses, en la habitacion misma del comandante, donde deliberaron en presencia de la tropa. Tambien tenian lugar al mismo tiempo otras reuniones de realistas para concertar la salvacion del rey, á pocos pasos de distancia de estos conciliábulos. Un emisario de una de estas reuniones contrarevolucionarias, encargado de unos papeles importantes, equivocó la puerta, entrando en la casa donde los republicanos conspiraban; se reconoció el error al abrir los pliegos que aquél llevaba. Carra propuso que se asesinase al mensajero á fin de conservar el secreto de la conjuracion republicana que la casualidad le habia descubierto; pero un crimen aislado era inútil en el momento en que el toque de rebato iba á revelar la conspiracion á todo un pueblo.

La campana sonó en efecto en algunas torres de los cuarteles más excéntricos de Paris. Una página de íntima confianza arrancada á los recuerdos de la jóven esposa de Camilo Desmoulins, Lucila Duplessis, y manchada con la sangre de esta víctima, ha conservado á la historia las impresiones ingenuas y siniestras que los

primeros sonidos de la campana causaron en los conspiradores del 10 de Agosto. Miéntas se armaban y disponian para el combate ó para la muerte, se leen sus emociones íntimas á traves de los papeles que representaban. El 8 de Agosto, Lucila volvió del campo á Paris para estar al lado de Camilo Desmoulin la víspera del peligro, porque adoraba á su marido. El 9, dieron una comida de familia á Freron, á Rebecqui, á Barbaroux y á los principales jefes marseleses. La comida fué alegre como las impresiones de la juventud; la presencia de aquella hermosa mujer, la amistad, el vino, la flores, el amor dichoso, las ocurrencias de Camilo y la esperanza de una próxima libertad, ocultaban la muerte que podia traer aquella noche. Todos se separaron para ir á buscar su suerte.

Lucila, su madre madama Duplessis y Camilo Desmoulin fueron á casa de Danton, y encontraron á la esposa de éste llorando; su hijo lloraba tambien mirando á su madre, como si tuviese el presentimiento de la elevacion súbita, de los crímenes, y finalmente del suplicio al que aquella noche fatal iba á conducir á su padre. Danton estaba sereno, resuelto, casi jovial, pero dominado por un pensamiento secreto y grave, feliz por la aproximacion de un gran movimiento é indiferente al resultado con tal de salir bien la accion por su talento. Aún no estaba bien seguro de que el pueblo se levantase en una masa imponente, ni de que el movimiento pudiese tener lugar aquella noche. Madama Desmoulin aseguraba que sí, y que quedaria triunfante. Encontraba sus pronósticos en su dicha, y los afirmaba risueña. «¿Se puede reir tan ligeramente en unos momentos tan terribles?»—le dijo muchas veces madama Danton. «¡Ah!—respondió la jóven republicana, que cambiaba de fisonomía y de acento así como de impresiones.—Esta alegría insensata me presagia tal vez que derramaré muchas lágrimas esta noche.»

El cielo estaba sereno; las mujeres bajaron á la calle para respirar el fresco, y dieron algunos paseos por ella. Habia mucho movimiento. Algunos *sans-culottes* pasaban gritando ¡Viva la nacion! Despues pasó tambien alguna tropa de caballería, y en fin, un gentío inmenso. Lucila empezó á tener miedo. «Vámonos»,—dijo á sus compañeras. Madama Danton, acostumbrada á los tumultos en medio de los cuales vivia su marido, se burlaba del temor de Lucila. Sin embargo, á fuerza de oírle repetir que estaba temblando, concluyó por temblar tambien. «La campana va á tocar»,—se dijeron las mujeres, y se volvieron á casa de Danton. Los hombres se armaron. Camilo Desmoulin llegó entónces con un fusil, y su mujer se metió en una alcoba, se tapó la cara con las manos, y se puso á llorar. No obstante, no queriendo revelar su debilidad en público, ni disuadir á su marido en voz alta de tomar parte en el combate, buscó medio de expresarle en secreto sus temores. Camilo tranquilizó á su mujer, jurándole que no se separaria de Danton. El jóven Freron, amigo de Camilo y que adoraba á Lucila, parecia resuelto á perecer. «Estoy cansado de la vida,—decia,—no busco sino la muerte.» El paso de las patrullas por las calles hacia creer á madama Desmoulin que veia á su marido y á sus amigos por la última vez; así es que fué á ocultarse en la sala inmediata, que estaba poco alumbrada, para no hallarse presente á la salida de los hombres. Cuando hubieron salido, volvió, se sentó en una silla al lado de una cama, reclinó la cabeza sobre los brazos y se durmió, rendida de llorar.

Despues de una ausencia de algunas horas, Danton volvió para acostarse; á medianoche vinieron á buscarle, y se fué al ayuntamiento. La campana de los

Franciscanos tocaba por órden de Danton, miéntras que su voz, como otra campana, despertaba á los marseleses en su cuartel. El toque de rebato duró mucho tiempo. Sola, bañada en lágrimas y con la cabeza oculta entre su manos, madama Danton escuchaba el eco lúgubre y febril de las campanas. Danton volvió de nuevo; ciertos hombres fieles iban á cada momento á anunciarle los progresos de la sublevacion. A la una, Camilo Desmoullins volvió tambien, abrazó á su mujer y durmió algunos instantes, saliendo de nuevo ántes que fuese de dia. Por la mañana se oyeron varios cañonazos; á este estruendo, madama Danton palideció y cayó en el suelo desmayada. Las mujeres, al ver esto, se asustan, prorumpen en reconvencciones, y dicen que Camilo Desmoullins, con sus escritos y con sus ideas, es la causa de todo. Al mismo tiempo se oyen llantos, lamentos y gemidos en la calle, creyendo sus vecinos que todo Paris estaba inundado de sangre. Camilo Desmoullins volvió y dijo á Lucila que la primera cabeza que habia visto rodar era la de Suleau. Este era escritor como Camilo; sus crímenes eran su opinion y su talento. Este presagio hizo palidecer y llorar á Lucila.

IV

Durante aquella terrible noche, á las mismas horas y á poca distancia de la casa de Danton, los tañidos de la campana llevaban el terror y la muerte al oido de otras mujeres que velaban, rezaban y lloraban tambien despavoridas por los peligros que amenazaban á su marido, á su hermano y á sus hijos.

La reina y madama Isabel escuchaban desde los balcones de las Tullerías los murmullos, ya crecientes, ya en disminucion, de las calles de Paris. Su corazon se comprimía ó se dilataba segun los síntomas de agitacion de la capital les infundian esperanza ó consternacion. A medianoche las campanas empezaron á dar la señal de la reunion. Los suizos se formaron en batalla como murallas de hombres; el ruido de las campanas habia disminuido, y los confidentes fueron á avisar á palacio que las reuniones se efectuaban con trabajo, y que *la campana no conseguia nada*. La reina y madama Isabel fueron á descansar vestidas sobre un canapé, en un gabinete de los entresuelos cuyas ventanas daban á un patio. El rey, á quien María Antonieta instaba para que se pusiese el chaleco acolchado que le habia hecho preparar, lo rehusó con nobleza. «Esto es bueno—dijo—para librarme del puñal de un asesino en un dia de ceremonia; pero en un dia de combate, en que todo mi partido expone su vida por el trono y por mí, sería una cobardía no exponerme lo mismo que nuestros amigos.»

El rey volvió á su aposento, y se encerró con su confesor el abate Hebert para purificar su alma y para ofrecer su sangre en holocausto. Las princesas se quedaron solas con sus damas. Madama Isabel, quitándose el pañuelo del pecho ántes de acostarse en el canapé, sacó de su seno un alfiler de cornerina sobre el que la piadosa princesa habia hecho grabar las siguientes palabras: *Olvido de las ofensas, perdon á las injurias*. «Yo temo—dijo sonriendo melancólicamente—que esta máxima no sea verdad sino para nosotros; pero es un precepto divino, y no por eso debe sernos ménos sagrado.»

La reina hizo sentar á sus piés á una de las señoras que queria más; las dos princesas no podian dormir, y hablaban en voz baja de su dolorosa situacion y de

sus temores por la vida del rey. A cada instante una de ellas se levantaba, se aproximaba á la ventana, miraba, escuchaba el movimiento, los rumores sordos, y hasta el silencio pérfido de la ciudad. Oyóse en esto un tiro en uno de los patios; entónces se levantaron sobresaltadas y subieron adonde estaba el rey para no separarse de él; pero aquello no fué sino una falsa alarma. Una corta noche separaba aún á la familia real del dia fatal que iba á aparecer. Aquella tarde y su noche se emplearon en preparativos militares para defenderse del asalto que se esperaba á la mañana siguiente.

El palacio de las Tullerías, más bien casa de lujo y de ostentacion del trono que su verdadera mansion, no tenia ninguna de esas defensas con que las soberanías militares y feudales habian fortificado antiguamente sus residencias. Destinado á las fiestas y no á la guerra, el cincel de Filiberto Delorme lo habia adornado más para el placer de la vista que para intimidar al pueblo. Extendiendo sus ligeras alas desde el dique del Sena á las calles más tumultuosas de Paris, entre patios y un jardin flanqueado de azoteas aéreas sostenidas por columnas, rodeado de graciosos pórticos accesibles por dos ó tres escales que los separaban del suelo de los jardines, atravesado en el centro por un pórtico inmenso que va de una parte á otra, y bajo el cual salian las gradas de la escalera principal; en fin, abierto por todos lados por altas y anchas ventanas que permitian al pueblo registrar con sus miradas hasta el interior de los aposentos, este palacio abierto, con galerías, salas de grande perspectiva, teatro, capilla, estatuas, cuadros y museos, parecia el salon de Francia, más bien que la fortaleza del trono. Era el palacio de las artes en una ciudad libre y pacífica.

Algunas construcciones pesadas, ordinarias y sin elegancia se habian hecho, bajo la influencia del mal gusto de Luis XIV, en las dos extremidades de este palacio de los Médicis. Estas fábricas chocaban, por su poca gracia, por sus pisos acumulados y por los techos desproporcionados que los achatan, con la arquitectura sábia y lógica de Italia, que armoniza las líneas como el músico armoniza las notas, y que hace de sus monumentos la música de los ojos. Estos dos edificios macizos, reunidos al palacio central por dos cuerpos rebajados, se llamaban el uno pabellon de Flora y el otro pabellon Marsan; el primero tocaba al Sena y la extremidad del Puente Real; el pabellon Marsan tocaba á unas calles estrechas y tortuosas que reunen el Palacio Real con las Tullerías.

Un jardin inmenso, plantado regularmente de árboles antiquísimos, refrescado por surtidores de agua, entrecortado por cuadros de yerba en donde se levantan sobre pedestales estatuas de mármol, y cubierto de arbustos y flores, se extiende á lo largo de las orillas del Sena hasta el pabellon Marsan en toda la fachada del palacio, y desde éste hasta la plaza de Luis XV, que le separa de los Campos Elíseos. Los paseos de este jardin, anchos y largos como los pensamientos reales, parecian haber sido trazados no para el paseo de una familia ó de una corte, sino para las columnas de todo un pueblo. Un ejército entero puede acampar en el espacio comprendido entre el palacio y los árboles. Dos anchos terraplenes flanquean este jardin en toda su extension: el uno de ellos por la orilla del rio, y reservado á la familia real; Luis XVI habia hecho construir un pabellon rústico y plantar un pequeño jardin para ejercicio y distraccion del Delfin; el otro, llamado terraza de los Fuldenses, sigue la orilla del jardin desde el pabellon Marsan hasta

el terraplen del invernadero de los Naranjos, que describe un semicírculo á la extremidad del jardín y descende por una rambla al puente levadizo.

Este puente está á la entrada del jardín de las Tullerías por el lado de los Campos Elíseos, cae sobre un foso profundo y está defendido por un cuerpo de guardia. La azotea de los Fuldenses tiene dos escaleras á alguna distancia del pabellon Marsan; la una conducia ántes á un café que daba al jardín y que se cerró por este



Westermann.

lado desde los alborotos; se llamaba café Hottot, y era el punto de reunion de los oradores del pueblo, á quienes la inmediacion de la Asamblea nacional atraia á aquel punto desde que ésta se habia establecido en Paris. La otra escalera conducia del jardín á la Asamblea por un paso estrecho, oscuro é infecto, que el rey tenia que atravesar á pié cuando iba de ceremonia en medio de los legisladores.

Por el lado del Carrousel, cuatro patios separados los unos de los otros y del Carrousel mismo por edificios para distintos objetos, bajos y desunidos entre sí, y muros en los cuales habia algunos cuerpos de guardia, formaban el palacio. El primero de estos patios por el lado del rio servia de entrada al pabellon de Flora, y se llamaba el patio de los Príncipes; el segundo era el patio Real, que daba frente al centro del palacio y conducia á la escalera principal; el tercero era el de

los Suizos; estas tropas tenían allí su cuartel; en fin, el cuarto correspondía al pabellon Marsan y llevaba este nombre. El pabellon de Flora se comunicaba por una puerta del piso principal de las Tullerías con la extensa galería del Louvre, que sigue el dique del Sena desde este pabellon hasta la columnata. Esta galería está destinada á ser el museo de Francia y á contener las obras maestras de pintura y escultura antiguas ó modernas que los siglos se transmiten como testimonio de su civilizacion y como producto intelectual del genio. Previéndose una invasion del pueblo que hubiera podido escalar el Louvre, se habia cortado el piso interior de esta galería á distancia de sesenta pasos de las Tullerías; esta cortadura hacia la agresion imposible por el primer piso. Un puesto de treinta suizos guardaba noche y dia el espacio comprendido entre la cortadura y el pabellon de Flora.

Tal era la disposición del punto en que el rey estaba condenado á recibir la batalla del pueblo, sitiado en este palacio sin fosos, sin murallas, sin espacio para ejecutar los movimientos necesarios y sin retirada. Las Tullerías se edificaron ó para reinar ó para morir.

V

Lo inminente del ataque era una cosa cierta para todos los partidos. Petion hacia algunos dias que iba con frecuencia á palacio para conferenciar con los ministros y con el rey mismo sobre los medios de defensa del edificio y de la Constitucion. ¿Iba allí á ejecutar sinceramente los deberes que sus funciones le imponian? ¿Iba á gozarse anticipadamente en las angustias de la familia real y en la impotencia de sus defensores? Su complicidad secreta con los conjurados, sus resentimientos personales contra el rey y sus relaciones con Rolard, dejan las conjeturas tan fluctuantes como fluctuante era el carácter de este hombre.

En la tarde del 9 fué Petion á la Asamblea, anunció que la asonada se verificaria aquella noche, y dió por sí mismo la orden á Mr. de Mandat de reforzar las guardias y rechazar la fuerza con la fuerza.

Mr. de Mandat, uno de los tres jefes de division que mandaban por turno la guardia nacional, y que estaba encargado por esta razon del mando de las Tullerías, era un noble de las cercanías de Paris, capitán de las guardias francesas ántes de la revolucion, siendo despues comandante de batallon de la guardia nacional en tiempo de Lafayette, de cuyas opiniones participaba. Adicto á la Constitucion por sus ideas, y por su corazon al rey, creia cumplir sus deberes de opinion y de soldado defendiendo en Luis XVI al rey de sus abuelos y al jefe legal de la nacion. Hombre valiente, pero de pocos recursos intelectuales, era más propio para morir que para mandar bien; el rey, sin embargo, se fiaba con razon en su afecto. El juéves 9, Mandat dió orden á diez y seis batallones de la guardia nacional para que estuviesen prontos á marchar. A las seis de la tarde se triplicaron todos los puestos de palacio. Hacia dos dias que el regimiento entero de los guardias suizos, compuesto de novecientos hombres, habia llegado, dejando sólo un destacamento de algunos hombres en su cuartel de Courbevoie. Era su jefe Mr. de Maillardoz, y se les habia alojado en el palacio de Brionne y en las caballerizas del pabellon Marsan. A las once se pusieron sobre las armas y se les situó en los puestos avanzados á la salida de todas las avenidas.

Treinta guardias nacionales estaban con los suizos en el patio Real, al pié de

la escalera principal, con orden de Mandat para rechazar la fuerza con la fuerza, tal como Petion mismo se la habia dado al comandante general. Paris carecia de tropas de línea, los generales Wittenkoff y Boissieu, que mandaban la 17.^a division militar, en la que Paris está comprendido, no tenian á sus órdenes sino la gendarmería á caballo; la de infantería permanecia en sus cuarteles, á excepcion de ciento cincuenta hombres situados en el palacio de Tolosa para proteger en caso necesario el tesoro real. Treinta hombres de la gendarmería de las cercanías de Paris estaban apostados al pié de la escalera del patio de los Príncipes. La gendarmería á caballo contaba con seiscientos jinetes mandados por Mrs. de Rulhiere y Verdier. A las once de la noche, esta caballería se formó en batalla en el patio del Louvre. Un corto escuadron de gendarmería á caballo llegó del departamento y se situó en el Carrousel. En el patio Real habia cuatro piezas de artillería, delante de la puerta grande, situándose ademas una en el patio de los Suizos, otra en el de los Príncipes, otra en el de Marsan, dos en el puente levadizo, una á la embocadura del puente Real, y dos á la puerta del Picadero; en todo doce piezas. Los artilleros eran voluntarios de la guardia nacional, envanecidos por la superioridad de su arma y poco dóciles á la obediencia.

Los diez y seis batallones de la guardia nacional llegaron por destacamentos, con intervalos de una hora; reunidos con trabajo, no formaron en su totalidad sino unos dos mil combatientes. Los oficiales suizos fraternizaban con los oficiales de estos destacamentos á medida que iban llegando, y les hacian presente que sus soldados, llenos de deferencia por la nacion, seguirian el ejemplo de la guardia nacional, *y que no harian ni más ni ménos que los ciudadanos de Paris*. Los suizos formaron en masa en el vestíbulo; su bandera estaba allí. Sentados en bancos y en los peldaños de la escalera, con los fusiles en las manos, pasaron en un profundo y marcial silencio las primeras horas de la noche. El reflejo de las luces en las armas, el golpe de las culatas que se oia de cuándo en cuándo en el mármol, y el *¿quién vive?* en voz baja de los centinelas, daban al palacio el aspecto de un campo al frente del enemigo. Los uniformes rojos de estos ochocientos suizos, sentados ó tendidos sobre las mesetas, en los escalones y las rampas, presentaban con anticipacion la escalera de los Príncipes como un torrente de sangre. Indiferentes á toda causa política, republicanos prontos á combatir contra la república, estos hombres no tenian más alma que la disciplina ni más opinion que el honor. Iban á morir por su palabra, y no por sus ideas ó por su patria; pero la fidelidad es una virtud por sí misma. Esta indiferencia de los suizos por la causa del rey ó del pueblo hacía su heroísmo no tan santo, pero sí más militar. No tuvieron la abnegacion del patriota, pero sí la del soldado.

A excepcion de estos suizos mandados por los intrépidos oficiales Maillardoz, Bachmann y D'Erlach, las otras tropas esparcidas por los jardines y en los patios, tanto gendarmería como artilleros y guardias nacionales, no presentaban ni número, ni unidad, ni adhesion. El soldado voluntario no conocia á sus oficiales, y el oficial no contaba con sus soldados. El valor era individual como las opiniones, y el espíritu de cuerpo, esta alma de las tropas, les faltaba, reemplazado por el espíritu de partido.

Pero las opiniones, en lugar de ser la fuerza, son el disolvente de los ejércitos; cada uno tenia la suya y trataba de hacerla prevalecer en las controversias que se

armaban, y que con frecuencia paraban en riñas. Estos querían que se anticipase el ataque y que se marchase sobre la casa del ayuntamiento y sobre las principales avenidas de las columnas del pueblo, para dispersar las reuniones ántes que se engrosasen; aquéllos pedían que se fuese á bloquear á los marseleses, aún quietos en su cuartel de los Franciscanos, y que se les desarmase con la artillería para ahogar de este modo el incendio en su principal foco; el mayor número temía la responsabilidad del día siguiente si disparaban los primeros tiros, y encerrándose en la legalidad estricta como en una fortaleza, querían que se aguardase la agresión del pueblo, y que no se hiciese más que rechazar la fuerza con la fuerza, según la letra de la Constitución. Puritanos de la legalidad, creían que la Constitución se defendería por sí misma.

Algunos se desahogaban en sordas imprecaciones contra el rey, cuyas debilidades traducidas por traiciones habían llevado á la patria al último extremo en el exterior, y á los ciudadanos á unas crisis en el interior, en las cuales, amenazando con sus ademanes á las ventanas del palacio y maldiciendo á una corte *pérfida* que dominaba á un rey bueno pero débil, le achacaban todas las calamidades que pesaban sobre la patria. Los artilleros decían en voz alta que apuntarían sus piezas al palacio ántes de tirar sobre el pueblo. La confusión reinaba en los patios, en los jardines y en los puestos. Los batallones incompletos se situaban y se trasladaban de un punto á otro por capricho; las órdenes de los jefes se cruzaban y se contradecían; ningún pensamiento militar presidía á estos movimientos desordenados; se situaba un batallón aquí ó allá según el capricho ó la ambición de un oficial, se cambiaba de sitio con la misma imprevisión, y compañías enteras se separaban de sus batallones y se marchaban con las culatas vueltas hácia arriba á situarse sobre el Carrousel ó sobre los diques, indecisas hasta el último momento sobre si seguirían en su puesto ó harían causa común con los de fuera.

Cada batallón que llegaba, cambiaba el espíritu en la guardia nacional. Los batallones de los cuarteles del centro, primeros que llegaron y compuestos de ricos vecinos de París, estaban animados del espíritu de Lafayette, cuyos pretorianos habían sido por espacio de tres años. Vencedores en el Campo de Marte, en Vincennes y en veinte motines, despreciaban al populacho y querían vengar á la Constitución y al rey de los ultrajes del 20 de Junio. El batallón del arrabal de San German, abandonado por la nobleza y compuesto sólo de los proletarios de aquel cuartel de la emigración; los batallones de los arrabales, compuestos de jornaleros que contaban más picas que bayonetas en sus filas, y contaminados por las pérfidas insinuaciones que oían continuamente contra el rey, mezcladas de calumnias contra la reina, no comprendían una Constitución que les ordenaba ir á defender el palacio de una corte que les enseñaban todos los días á aborrecer. Reunidos maquinalmente al toque de llamada alrededor de la bandera, entraron en las Tullerías dando las voces de *¡Viva Petion!* y de *¡Viva la nación!* Los batallones fieles respondían á estas voces desde las ventanas con las de *¡Viva el rey!*, y miradas amenazadoras, gestos provocativos y apóstrofes injuriosos se cambiaban á cada momento entre estos cuerpos destinados á combatir en breve por la misma causa. Los artilleros daban la mano á los hombres de las picas, prometiéndoles su inmovilidad ó su apoyo en cuanto se presentase el pueblo. El batallón de las Hijas de Santo Tomás, alarmado con la disposición de los artilleros,

envió cuarenta granaderos escogidos para que vigilasen la salida, situándose al lado de ellos sin que lo notasen, tratando de impedir con esta medida que llevasen las piezas.

VI

Tales eran en el exterior la fuerza, la actitud y las disposiciones morales de los defensores del palacio. Reducidos éstos á cuatro ó cinco mil hombres, algunos adictos, muchos indiferentes y la mayor parte hostiles, mandados por la impresion del momento, su número variaba de hora en hora, según la fidelidad ó la



Escena íntima en casa de Danton la noche del 9 al 10 de Agosto.—Pág. 466.

desercion engrosaba ó disminuía las filas. Fuera de los patios, en las calles inmediatas y en el Carrousel, la multitud curiosa ó irritada llenaba las avenidas del palacio. Los hombres del 20 de Junio, los federados ociosos y errantes por Paris, los marseleses que la voz de Danton no habia reunido aún en los Franciscanos, se agrupaban en todos los postigos y en todas las puertas del lado del jardin, del Puente Real y de los patios, acogiendo con exclamaciones de alegría á los batallones de las picas. «¡Somos vuestros hermanos, y ved ahí al enemigo!—les decian mostrándoles las ventanas del rey.—¡Traed su cabeza y las de su mujer y de sus hijos por bandera en las puntas de las picas!» Los signos de inteligencia y las risotadas respondian á estas imprecaciones.

Las puertas que separaban el patio Real de las Tullerías no estaban cerradas, y la afluencia del pueblo amenazaba sin cesar franquear sus umbrales. Al ver esto, se establecieron dos suizos de centinela á los costados de esta puerta para impedir la entrada; un marseles salió entónces de entre la multitud con el sable desenvai-

nado. «¡Miserables!—dijo éste á los suizos levantando el arma sobre ellos.—Tened presente que ésta es la última guardia que montais. Dentro de pocas horas os vamos á exterminar.» Hombres, muchachos y mujeres, encaramándose los unos sobre los otros, se subieron á los tejados y á las tapias que se extienden entre el Carrousel y los patios del palacio, insultando desde allí á los guardias nacionales y á los suizos. Desde los aposentos del rey se veía aquel hervidero del pueblo, que engrosaba de un momento á otro en los alrededores del palacio.

En el interior de éste, las fuerzas, aunque más homogéneas, no eran más imponentes. Había más resolución, pero no más unidad. Los jefes de los batallones de la guardia nacional de las Hijas de Santo Tomás y de la Cuesta de los Molinos habian traído aquellos hombres que creían más seguros, uniéndose á éstos algunos de los otros batallones voluntariamente, ocupando confusamente los puestos principales, las galerías, las antecámaras del rey, de la reina, de los príncipes y de madama Isabel, en número de setecientos á ochocientos hombres. Estas habitaciones, comprendidas entre la escalera de los Príncipes en el pabellon de Flora y la escalera grande en el pabellon del Reloj, centro del palacio, abrazan un espacio inmenso. Madama Isabel habitaba el pabellon de Flora, y como alhajado para una princesa tan recogida, no se veían en él otros adornos que pájaros, flores y algunas labores de mano. La reina ocupaba los aposentos bajos de la parte del palacio que se extiende desde la escalera de los Príncipes á la grande. En estos aposentos, compuestos de habitaciones casi á nivel del patio y de los jardines, y en aquellos entresuelos, en que se habian hecho varios gabinetes particulares, era donde la reina recibía á los consejeros secretos de la corona; estas piezas se comunicaban con los aposentos del rey por escaleras secretas. El rey ocupaba, inmediato á sus hijos, las grandes habitaciones del primer piso de esta parte del edificio. Estas piezas estaban detras de la galería de los *Carracios*, llamada así por los pintores que la habian decorado; las ventanas daban al jardin y se comunicaban por corredores oscuros y tortuosos.

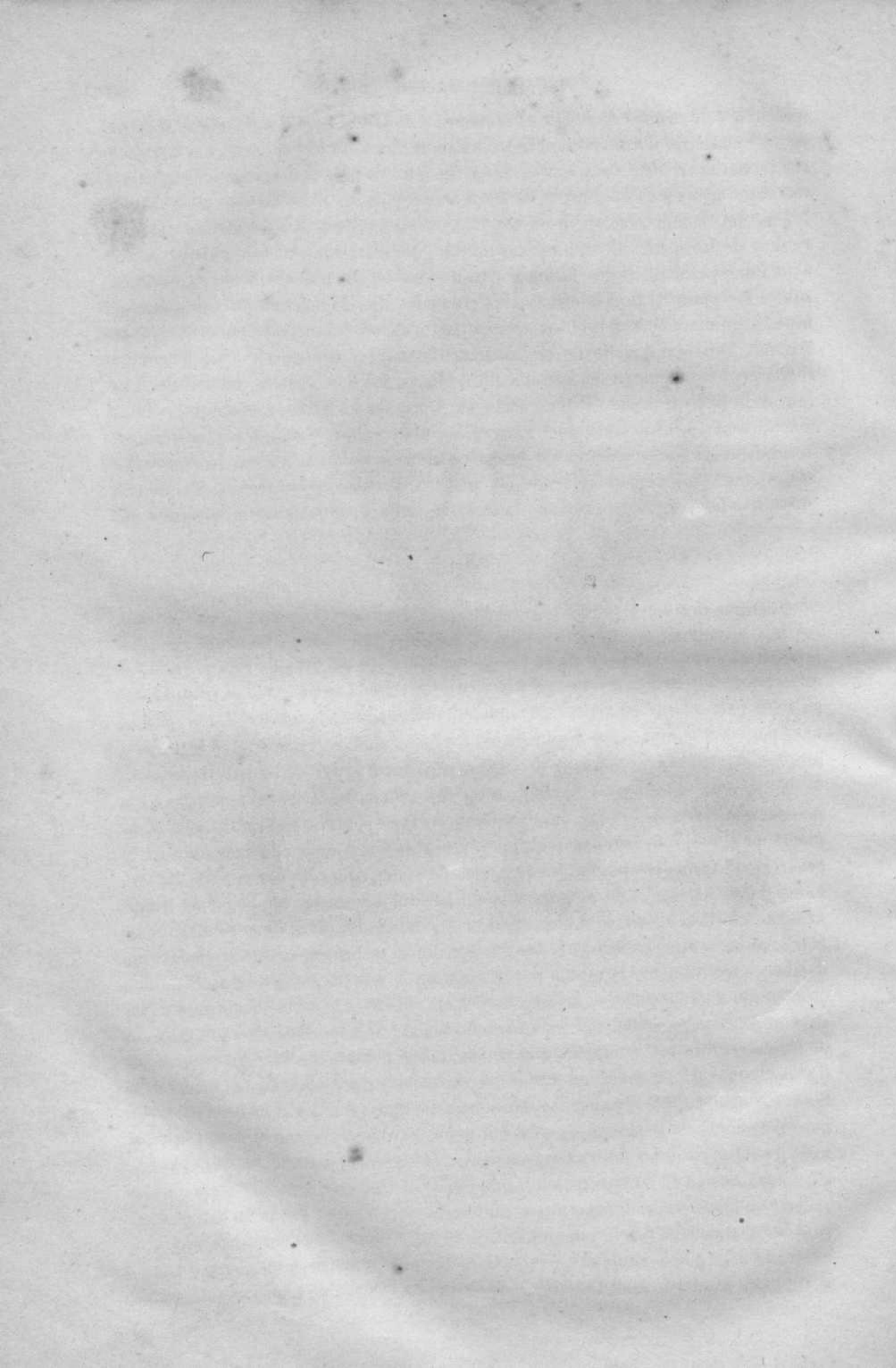
El rey, apasionado por las costumbres simples y laboriosas del hombre del pueblo, habia hecho practicar en estas grandes habitaciones unos cuartitos separados, en donde gustaba retirarse, bien para el estudio, ó bien para sus trabajos de cerrajería. Así como otros genios ansían por la elevacion, el suyo, por el contrario, queria rebajarse. En estos cuartos estrechos, en que la vista apenas descubria las copas de los árboles de las Tullerías y de los Campos Elíseos, en medio de sus libros de historia y de viajes, de sus cartas geográficas ó de herramientas de su taller, era donde le gustaba hacerse ilusiones sobre su condicion, creyéndose un hombre vulgarmente feliz, rodeado de su mujer, de sus hijos y de los instrumentos de su oficio diario, robando á los cuidados del trono estas horas de tranquila oscuridad. Abdicaba un momento el rango supremo, y se persuadía que el destino le olvidaba, porque él olvidaba al destino.

VII

Toda esta parte del palacio, así como la galería de los *Carracios*, la sala del Consejo, la cámara del Lecho, las salas de los Guardias, el teatro y la capilla, se habian convertido en una plaza de armas llena de fusiles en pabellon, de puestos



MADAMA ISABEL.



militares y de grupos de hombres armados. Los unos, sentados en silencio sobre las banquetas, se dormían con los fusiles entre las piernas; los otros, envueltos en sus capas, se echaban á reposar en los pavimentos de los salones; el mayor número, formando grupos en los huecos de las ventanas y en los balcones de palacio alumbrados por la luna, hablaban en voz baja de los preparativos del ataque y de los riesgos de la noche. De minuto en minuto, Mandat, comandante general, y sus ayudantes pasaban de los jardines y de los patios adonde estaba el rey, y desde aquí á los puestos. Los ministros, los generales Mr. de Boissieu, Mr. de Lachessaye, segundo jefe superior de la guardia nacional é inmediato subordinado de Mandat, D'Ermigny, jefe de la gendarmería, Carl y Guinguerlo, sus tenientes, Rœderer, los miembros del parlamento de Paris, los dos oficiales municipales Leroux y Borie, y el mismo Petion, recorrían sin cesar los aposentos; sus fisonomías más ó ménos sombrías ó serenas, segun las noticias que traían al rey, inspiraban la inquietud ó la desconfianza en las salas; algunas palabras dichas al pasar por estos jefes á los comandantes de los puestos, circulaban en seguida de unos á otros. Las horas eran largas como la incertidumbre y agitadas como la esperanza.

VIII

Miéntas que estas tropas legales se agrupaban obedeciendo á la ley en torno del jefe constitucional del reino, otros defensores voluntarios, llamados desde el interior de sus provincias ó de sus residencias por los peligros de esta jornada, se estrechaban alrededor del rey para cubrirle con sus cuerpos. Sin otro título que su valor para entrar en palacio, en que su presencia era sospechosa á la guardia nacional, se deslizaban uno á uno sin uniforme, ocultando sus armas y bajando la cabeza como si se avergonzasen de venir á ofrecer su sangre y su vida.

Estos eran los oficiales de la guardia constitucional, recientemente licenciada por decreto de la Asamblea, pero que conservaban sus armas prontas y su juramento en el corazon; algunos realistas jóvenes de Paris, que á la edad en que la generosidad forma la opinion, y prendados de las lágrimas de la reina, de las virtudes de su hermana, de la inocencia de sus hijos y de los suplicios del trono, hallaban glorioso alistarse en el partido de los débiles; Andres Chenier, Champcenez, Suleau y Richer-Serizy, todos los escritores realistas y constitucionales que dejaban sucesivamente la pluma por la espada y la espada por la pluma. Tambien estaban allí algunos fieles servidores de palacio, unidos á la corte de padres á hijos, para quienes el hogar del rey era su propio hogar. Ancianos llegados de Versalles, de Fontainebleau y Compiègne, á la noticia de los peligros de su dueño, acompañados algunos de sus hijos, educados con los pajes y que apenas tenían fuerza para llevar las armas, pero reconocidas todas estas familias feudales á los beneficios que habian recibido de la corona, se ofrecían todos á su amo sin reservarse ni la vejez ni la juventud, prontos á sacrificarse por el trono á quien todo lo debían. En fin, allí estaban cerca de doscientos nobles de Paris ó de las provincias; la mayor parte valientes oficiales retirados recientemente de sus regimientos, y que no habian querido hacer traicion á su clase marchando contra los emigrados hermanos suyos, ni hacérsela á su patria emigrando, salidos de sus provincias para ofrecer sus brazos al rey, representaban ellos todo lo que quedaba en Francia de aquella nobleza mili-

tar que habia ido á plantar su campo al extranjero. Puestos entre su conciencia que les prohibia combatir contra su patria, el pueblo que sospechaba de ellos, y la corte que les conminaba representándoles la fidelidad que debian á su país, estos nobles cumplieron su deber sin esperanzas y sin ilusiones, persuadidos de la ingratitud de la corte si la corona triunfaba, y seguros de morir si el pueblo salia vencedor.

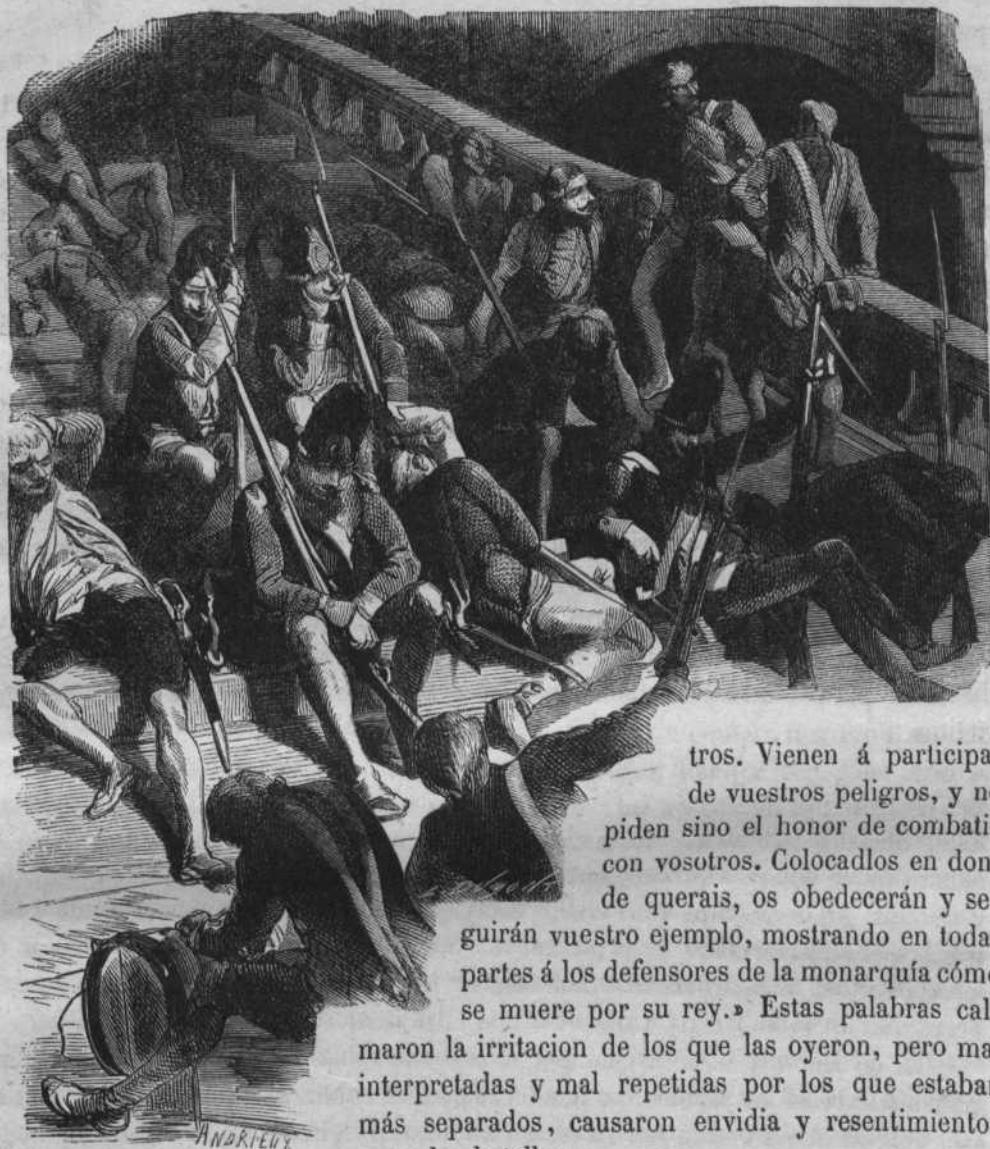
¡Adhesion austera que tenia su premio en sí misma, muerte ingrata y desconocida, único papel que la desgracia de los tiempos dejaba á esta nobleza que queria ser á la vez fiel como los caballeros y nacional como los ciudadanos! El anciano é intrépido mariscal Mailly, de edad de ochenta años, pero jóven por su adhesion á su desgraciado señor, de quien era tambien amigo, pasó la noche armado y en pié á la cabeza de estos nobles. Los señores de Hervilly, de Pont-Labbé, de Viomenil, de Casteja, de Villers, de Lamartine, de Virieu, de Vigier, de Clermont-d'Amboise, de Bouves, de Autichamp, de Allonville, de Maillé, de Chastenay, de Damas y de Puysegur, todos militares de graduacion y de diversas armas, mandaban á las órdenes del mariscal Mailly las compañías de esta tropa escogida.

IX

Este cuerpo de reserva se dividió en dos secciones, la una á las órdenes de Mr. de Puysegur, teniente general, y de Mr. Pont-Labbé, mariscal de campo, y la otra tenia por capitán á Mr. de Viomenil, teniente general, y por teniente á Mr. de Hervilly, que habia sido comandante de la disuelta guardia constitucional. Estos oficiales habian creido encontrar armas á propósito en el palacio, pero se habia descuidado esta precaucion, y no tenia la mayor parte más que sus espadas y pistolas. Algunos empleados civiles de la casa del rey que se habian unido á esta tropa se habian armado de prisa con los morillos y tenazas de las chimeneas de los aposentos; estas armas se ennoblecieron por el valor desesperado de los servidores que las tomaban para defender con ellas la morada de su soberano.

Mr. de Hervilly hizo revistar por el rey y la reina á estas dos compañías formadas en ala en los salones. La familia real, más conmovida por la abnegacion de esta nobleza que asustada por su escaso número, dirigió algunas palabras de benevolencia á estos leales oficiales. Algunos acentos enérgicos de María Antonieta, la dignidad de su aspecto y la firmeza de sus miradas, electrizaron de tal modo á este puñado de valientes, que sacaron sus espadas y cargaron espontáneamente sus armas sin otro mando que un movimiento unánime y marcial. Todos juraron espontáneamente salvar al rey ó morir. La victoria se veía en su actitud. Algunos granaderos de la guardia nacional se confundieron entre sus filas, para mostrar la confianza mutua y la unidad de adhesion que animaba á todos los amigos del rey, sin distincion de armas.

La masa de guardias nacionales repartida en los aposentos y en los patios murmuró de estas manifestaciones realistas, afectando ver una conspiracion en esta fidelidad. La reina, poniéndose en la puerta de la cámara del Consejo, entre ellos y la guardia nacional, resistió con firmeza á la demanda de expulsar de allí á los últimos y más fieles amigos del rey. «Ved, señores,—dijo á la guardia nacional señalando á la columna de los realistas,—que éstos son nuestros amigos y los vues-



Los suizos en la escalera de las Tullerías la noche del 9 al 10 de Agosto.—Pág. 471.

tros. Vienen á participar de vuestros peligros, y no piden sino el honor de combatir con vosotros. Colocadlos en donde querais, os obedecerán y seguirán vuestro ejemplo, mostrando en todas partes á los defensores de la monarquía cómo se muere por su rey.» Estas palabras calmaron la irritacion de los que las oyeron, pero mal interpretadas y mal repetidas por los que estaban más separados, causaron envidia y resentimientos entre los batallones.

Uno de estos nobles, al pasar delante de un cuerpo de guardias nacionales formado en batalla en el patio Real, tuvo la imprudencia de aproximarse al oficial que lo mandaba. «Vamos, señores guardias nacionales,—le dijo,—éste es el momento de mostrar valor.» Estas expresiones hirieron la susceptibilidad de los ciudadanos. «¡Valor! Estad tranquilo,—respondió uno de los capitanes de este batallon,—no nos faltará, pero no será á vuestro lado donde nosotros lo demostraremos.» Y saliendo de la fila y del patio, fué á unirse con el pueblo, siguiéndole la mitad del batallon.

Todo presagiaba la defeccion, nada incitaba el entusiasmo; obraban al acaso y no se tomaba ninguna medida de salvacion. El rey rezaba en lugar de obrar.

X

Más cristiano que rey, encerrado durante muchas horas con el padre Hebert, su confesor, empleó en resignarse estos momentos críticos que las catástrofes más desesperadas dejan aún á los grandes caracteres para reasir la fortuna. Cuatro ó cinco mil combatientes, teniendo por campo de batalla el palacio del rey, con tropa disciplinada, con artillería, caballería, un rey á la cabeza, una reina intrépida, unos niños inocentes en medio de ellos, una Asamblea indecisa á la puerta, la legalidad y la Constitucion de su parte, y al ménos, la opinion dividida en la nacion, podian acaso rechazar las masas confusas y desordenadas que la insurreccion conducia lentamente hácia el palacio, romper las columnas del pueblo que no se aumentaban sino con los indecisos que atraian, destruir á los marseleses que eran odiados en Paris, barrer los arrabales, reunir los batallones indecisos de la fuerza cívica por el prestigio de la victoria, imponer á la Asamblea en que la mayoría dudaba aún el dia anterior, volver á tomar en un momento el ascendiente de la legalidad y de la fuerza, hacer llamar á Lafayette y á Luckner, reunirse con las tropas en Compiègne, poner al rey en el centro del ejército entre el extranjero y su pueblo, y hacer retroceder á la vez á la coalicion y á la revolucion en pocos dias; mas para esto se necesitaba un héroe: la monarquía no tenia más que una víctima.

LIBRO VEINTIUNO.

Valor y actitud de la reina.—Ayuntamiento insurreccional constituido en la casa de la ciudad.—Arresto simulado de Petion.—Asesinato de Mandat.—Santerre es nombrado en su lugar para el mando general de la guardia nacional.—Interior del palacio.—Las damas de la reina.—La duquesa de Maillé.—Rœderer.—Crece el número de los sitiadores.—El rey pasa revista á sus tropas.—Doble espíritu de la guardia nacional.—Danton arenga á los marseleses.—Se vuelve á su casa para esperar los acontecimientos.

I

Durante las largas horas de esta noche y las primeras del amanecer, la reina y madama Isabel pasaban alternativamente de la cámara del rey á la en que dormían sus hijos, y de allí á la sala del Consejo, en donde estaban los ministros en sesion permanente. Atravesaban las salas ocupadas por una multitud de defensores suyos, ocultando sus lágrimas é inspirando por su serenidad aparente, por su sonrisa y sus palabras la confianza que aún no habian perdido. La presencia de estas dos princesas, errantes por la noche por aquel palacio en medio de las armas, una reina y madre temblando á la vez por su marido y por sus hijos, una hermana querida temiendo por la vida de su hermano, y ambas insensibles á sus propios peligros, era la más elocuente llamada á la compasion, á la generosidad y al valor de los defensores del palacio.

María Antonieta, á quien los folletos de sus enemigos representaron en esta noche terrible como una furia coronada, que llevaba la exaltacion hasta el delirio y el abatimiento hasta las lágrimas, tan pronto declarando que se haria clavar en las paredes de su palacio, como presentando pistolas al rey aconsejándole el *suicidio*, no tuvo estos arrebatos ni estas debilidades: tan digna y tan natural, tan distante de afectar heroísmo como de manifestar abatimiento, cumplió con lo que su sexo, su rango, su calidad de esposa, de madre y de reina exigian que cumpliese en aquel momento por tantos y tan diversos títulos. Elevada al nivel de toda su ternura, de su grandeza y de sus catástrofes, su alma, su fisonomía, sus palabras y sus actos reflejaron fielmente toda la grandeza del solio en aquellas tremendas horas. Y aunque como mujer, como madre, como esposa y como reina, se vió amenazada en todos sus sentimientos, temerosa, confiada ó desesperada, se consolaba ó desconsolaba segun las circunstancias; empero esperaba sin delirio y desconfiaba sin abatimiento. Las fuerzas y la ternura de su alma fueron iguales á los golpes del destino; no lloró de debilidad, sino de amor, y se enterneció por sus hijos, ocultando sus angustias y su dolor por el respeto que se debia á sí misma, al trono, á la sangre de su madre María Teresa y al pueblo que la contemplaba.

Después de haber llorado en el lecho de su hijo, en el de su hija, en las rodillas del rey, en los brazos de su hermana y de su amiga, enjugó su llanto, haciendo desaparecer lo encendido de sus ojos, reapareciendo delante de la multitud seria pero tranquila, enternecida pero firme, con el corazón destrozado sin duda, pero sabiendo dominarse.

Tal fué María Antonieta durante las veinticuatro horas que sucedieron á tantas crisis, y que no fueron capaces de agotar su valor. Mujer como lo son todas, pero más inspirada por la naturaleza que por la política, y más á propósito para sufrir heroicamente que para dirigir las circunstancias extremas, estuvo á la altura de ellas en la acción más que en el consejo.

El rey había hecho llamar á Røederer, procurador síndico del departamento de París. Petion aún no había llegado á palacio. Por fin vino y dió cuenta al rey del estado de París, rehusando al mismo tiempo dar pólvora al comandante general Mandat, que se quejó de no tener más que tres tiros por hombre. So pretexto del excesivo calor que hacía en el gabinete del rey, Petion salió de él, llevando consigo á Røederer, bajando juntos al jardín. Allí se vió rodeado de algunos oficiales municipales de su confianza y de otros jóvenes de la guardia nacional, que cantaban y retozaban á su alrededor. Este grupo de magistrados y de guardias nacionales se paseaba tranquilamente á la luz de la luna por la azotea que está á orillas del río, hablando y riendo como si hubiesen estado de fiesta. Desde la extremidad de la azotea oyeron tocar llamada en el palacio, al que volvieron inmediatamente. El cielo estaba puro, el aire en calma, oyéndose distintamente tocar á rebato en los arrabales. Petion, que afectaba una impassibilidad estoica y disimulaba el peligro, dijo á Røederer que subiese al cuarto del rey, quedándose él en la azotea, cerca de la escalera principal, temiendo por sus días.

Aunque la noche no fuese oscura, el palacio proyectaba su sombra hasta muy lejos en el jardín. Se habían puesto luces sobre las piedras que cercaban la azotea. Algunos granaderos de las Hijas de Santo Tomás, cuyo batallón estaba situado en ella, y que aborrecían á Petion, considerándole como el instigador secreto de la insurrección, apagaron las luces y se apiñaron sobre el corregidor, queriendo tener en él un rehen. No se le ocultó á éste la idea de aquellos hombres, sobre todo después de haber oído algunas palabras y visto algunos ademanes siniestros. «Su cabeza responderá de los acontecimientos de la noche»,—dijo un granadero á sus camaradas. Ocultando sus temores bajo un aspecto tranquilo, Petion se sentó en el pretil de la azotea en medio de algunos oficiales municipales, á corta distancia de los granaderos y afectando hablar tranquilamente parte de la noche con los que le rodeaban. En palacio y entre las filas de los defensores del trono se murmuraba en voz alta que, habiendo tenido la audacia de ir á desafiar á los realistas, era preciso retenerle y exponerle á los golpes que él preparaba á la monarquía. Un oficial municipal llamado Mouchet, viendo la posición embarazosa de Petion y advertido por un signo de inteligencia del corregidor, se apresuró á ir á la Asamblea nacional y habló á muchos de sus miembros. «Si no mandais en seguida que el corregidor de París se presente en la barra, va á ser asesinado»,—les dijo.

Luis XVI, arrodillado delante de Dios, con el corazón más dispuesto al perdón que á la venganza, no pensaba en un asesinato; pero la Asamblea fingió creer en un designio criminal de la corte, y mandó comparecer al corregidor. Dos ujieres



precedidos de guardias y de lucés fueron á notificar el decreto salvador de Petion. En el mismo instante, el ministro de Justicia le envió recado para que subiese al gabinete del rey. « Si subo,—dijo para sí,— no bajaré nunca. » Fuése á la Asamblea y de allí á la casa de la ciudad, donde fué detenido por sus cómplices de Charenton, no volviendo más á palacio.

II

Era ya más de medianoche; todas las ventanas de las Tullerías estaban abiertas, todos escuchaban atentamente las campanas, y cada uno señalaba sucesivamente el cuartel, la iglesia ó la torre de donde salía la llamada de la revolucion.

En la ciudad, los paisanos salian de sus casas á este ruido y esperaban en los umbrales de las puertas para seguir el torrente que quisiera arrastrarlos. Las secciones, convocadas insurreccionalmente desde las diez, habian deliberado casi en secreto y enviado cada una sus comisionados á la casa de la ciudad para reemplazar el ayuntamiento por otro insurreccional. El mandato unánime y concertado de estos comisionados era tomar todas las medidas que exigiese la salud de la patria y la conquista de la libertad. Estos hombres, reunidos sin oposicion en la casa de la ciudad en número de ciento noventa y dos, se constituyeron dictatorialmente en municipalidad, conservando en su seno á Petion, Danton y Manuel, nombrando

Mandat es asesinado en la escalera de la casa de la ciudad.—
Pág. 483.

presidente interino á Huguenin, del arrabal de San Antonio y orador que fué de la peticion del 20 de Junio. Tallien, jóven patriota de veinticinco años y redactor de un periódico titulado *El Amigo de los Ciudadanos*, fué elegido secretario del ayuntamiento. Esta municipalidad se convirtió desde las once de la noche en comité director de los movimientos del pueblo y en gobierno de la insurreccion. Petion, prëso simuladamente para salvar en él el decoro de la ley, no tomó parte en los actos de aquella noche.

El comandante general Mandat, hombre confiado y que respondia atrevidamente del rey al pueblo y del pueblo al rey, concluyó sus últimas disposiciones en fe de órdenes que Petion habia firmado como corregidor de Paris, enviando quinientos hombres con artillería á la casa de la ciudad para guardar el paso del arco de San Juan, por el que debia salir la columna del arrabal de San Antonio, situando tambien un batallon con dos piezas en el Puente Nuevo para disputar su paso á los marseleses, rechazarlos en el arrabal de San German y echarlos hácia el Puente Real, desde donde las baterías del pabellon de Flora los destruirian en cuanto apareciesen. A estas disposiciones, buenas en sí mismas, no les faltó sino tropas capaces de ejecutarlas. Apénas Mandat habia dado estas órdenes, cuando otra órden de la municipalidad le llamó á la casa de ayuntamiento, para dar cuenta del estado del palacio y de las medidas que hubiese tomado para mantener la tranquilidad en Paris.

Al recibir esta órden, Mandat dudó entre sus presentimientos y su deber legal. Segun la ley, la municipalidad tenia á sus órdenes á la guardia nacional y podia residenciar á su comandante. Mandat, por otro lado, ignoraba que esta municipalidad, cambiada violentamente por las secciones, se hubiese convertido en comité de insurreccion. Consultó con Rœderer, que ignorando tambien el cambio ocurrido en la casa de la ciudad, le aconsejó que fuese. Mandat, como advertido por un presagio interior, buscaba pretextos, inventaba excusas y trataba de dilatar su ida cuanto le fuese posible. En fin, se decidió, y su hijo, jóven de doce años, se empeñó en acompañarle. Mandat montó á caballo, y seguido de aquel niño y de un solo ayudante de campo, fué por los diques á la casa de la ciudad. Al subir los escalones del vestíbulo, su alma se turbó al aspecto de aquellas caras austeras y desconocidas, y comprendió que tenia que responder á los conspiradores de las medidas tomadas para impedir el buen éxito de la conspiracion. «¿De órden de quién—le dijo Huguenin—has doblado la guardia del palacio?» «Por órden de Petion»,—respondió balbuceando el desgraciado Mandat. «Enseña esa órden.» «La he dejado en las Tullerías.» «¿Cuándo se te ha dado esa órden?» «Hace tres dias; yo la presentaré.» «¿Por qué has hecho marchar la artillería?» «Porque cuando un batallon marcha, le siguen sus cañones.» «¿La guardia nacional no ha detenido á la fuerza á Petion en palacio?» «Eso es falso; los guardias nacionales han tenido deferencia y respeto al corregidor de Paris. Yo mismo le he saludado cuando he salido.» Durante este interrogatorio se depositó en la mesa del Consejo general una carta de Mandat al comandante del puesto de la casa de la ciudad. Al momento se pidió que fuese leida; su contenido era una órden al comandante del batallon para que dispersase á los insurrectos atacándoles de flanco y por retaguardia. Está carta fué la sentencia de muerte de Mandat. El Consejo dispuso que se le condujese á la Abadía, y el presidente hizo una señal con la mano, cuyo sentido

se adivinó bien pronto. Un pistoletazo tendió en los escalones de la casa de la ciudad al infortunado comandante, y las picas y los sables le concluyeron. Su hijo, que le esperaba en el vestíbulo, se precipita sobre el cadáver de su padre, disputándole en vano á sus asesinos. El cuerpo de Mandat, arrojado al Sena, hizo desaparecer la órden de Petion.

Se ha acusado del crimen á aquel en cuyo interes fué cometido; la historia, severa en cuanto á la doblez de espíritu de Petion, no le acrimina de haber manchado nunca sus manos con sangre. Sirvió á la revolucion con sus debilidades y con su complicidad moral, pero nunca con el asesinato. La órden de hacer fuego al pueblo, si se hubiese encontrado, acusaba á la municipalidad entera. La muerte de Mandat destruyó el único testimonio que habia. Esta muerte, ejecutada por manos desconocidas, no clamó contra nadie, y las aguas del Sena cubrieron la responsabilidad del ayuntamiento. El Consejo nombró en seguida á Santerre comandante general de la guardia nacional en lugar de Mandat. Petion, que entonces entraba en su casa de vuelta de la Asamblea, encontró á su puerta seiscientos hombres que envió allí Santerre para resguardarle en su casa y para defender su vida contra las asechanzas de la corte.

III

La noticia de la muerte de Mandat, llevada á las Tullerías por su ayudante de campo, causó gran consternación en el ánimo del rey y de la reina, y produjo mucha vacilacion en la guardia nacional. Lachesnaye, comandante de batallon, tomó el mando; pero ocupada la casa de la ciudad por las secciones, con una municipalidad revolucionaria y con un comandante general como Santerre, nada era la fuerza moral en sus manos. La suerte de Mandat le presagiaba la suya. Los dos puestos avanzados de la casa de la ciudad y del Puente Nuevo habian sido forzados; el arrabal de San Antonio, en número de quince mil hombres, desembocaba por el arco de San Juan; los marseleses y el arrabal de San Marcelo, en número de seis mil hombres, franquearon el Puente Nuevo. Una multitud inmensa de curiosos engrosaba al parecer este ejército del pueblo, dándole la apariencia de más de cien mil combatientes. Estos dos cuerpos se iban á reunir en el dique del Louvre para avanzar sin obstáculo hácia el Carrousel. La gendarmería de á caballo, formada en batalla en el patio del Louvre, viéndose sitiada en todos los portillos, no pudiendo cargar contra las paredes en el recinto estrecho en donde la habian encerrado, murmuraba de sus jefes y se dividió en dos destacamentos; el uno continuó ocupando inútilmente el patio del Louvre, y el otro fué á formarse en batalla en la plaza del Palacio Real. Por el lado de los Campos Elíseos, de la plaza Vendome y de la calle de San Honorato, ningun obstáculo contenia la afluencia del pueblo; masas inmensas bloqueaban el jardín.

El procurador del departamento, Roederer, al saber la muerte de Mandat y la instalacion de un Consejo insurreccional, escribió al Consejo del departamento para que fuese á palacio para tomar providencias contra la nueva municipalidad, ó á ratificar sus órdenes. El departamento, sin más imperio sobre el pueblo que la ley rota entre sus manos, envió comisionados al rey para concertarse con Roederer. Estos eran los señores Levieillard y Fauconpret, Lefebvre d'Ormesson y Beau-

mes (de Aix). Røederer y los miembros del departamento pasaron juntos á una pequeña pieza que daba al jardin, al lado del cuarto del rey. Røederer pidió á su majestad que firmase una órden dirigida al Consejo del departamento autorizándole á abandonar el sitio habitual de sus sesiones. «Mis ministros no están aquí,—respondió Luis XVI;—yo daré la órden cuando vuelvan.»

Aún no se veía en los aposentos. Un momento despues se oyó rodar un coche en el patio. Se entreabrieron las persianas del gabinete del rey para conocer la causa de este ruido, y se vió que era el coche de Petion que se iba vacío. El dia empezaba á aclarar.

Madama Isabel se aproximó á la ventana y miró al cielo, que estaba rojo como la reverberacion de un incendio. «Hermana mia,—dijo á la reina,—venid á ver amanecer.» La reina se levantó, miró al cielo y suspiró: éste fué el último dia en que vió el sol desde una ventana sin rejas. Toda etiqueta habia desaparecido, confundiendo la agitacion todos los rangos. A cada noticia que llevaban al rey ó á la reina, una porcion de criados, de amigos y militares se agrupaban familiarmente alrededor suyo, expresando sus impresiones ó diciendo su parecer. El rey se veia obligado á cambiar con frecuencia de sitio, y á ir á buscar algunos papeles á su aposento para responder al ministro que pretendia hablarle á solas.

Hácia las tres se retiró de nuevo á su cuarto, dejando á la reina, á madama Isabel, á los ministros y á Røederer en la sala del Consejo, agobiado de fatiga y de las emociones del dia anterior y de la noche, y tranquilo por las noticias que acababa de recibir, creyendo que iba á encontrar en algunos momentos de sueño las fuerzas que necesitaria para aquel dia. La reina y madama Isabel estaban acompañadas de la princesa de Lamballe, de la de Tarento, de las señoras de la Roche-Aymon y de Ginestous, de la de Tourzel, aya de los príncipes; de Makau, de Bouzy y de Villefort, segundas ayas; señoras todas de la corte, á quienes los peligros y los contratiempos de sus señores elevaron de repente en aquella noche hasta olvidarse de sí mismas con el heroísmo natural en las mujeres. La duquesa de Maillé, dama de palacio que no estuvo en él el dia anterior y á quien sus opiniones populares habian hecho sospechosa á la corte desde los primeros dias de la revolucion, al saber por la noche el próximo ataque de palacio y los peligros de la familia real, salió á pié de su casa y fué sola, sin ocultar su nombre ni su adhesion á la reina, por medio de las oleadas del pueblo que obstruia las avenidas de las Tullerías, para ir al lado de su señora. El pueblo amotinado le impedia el paso como si fuese una insensata. «Dejadme entrar—exclamaba—adonde la amistad y el deber me llaman. ¡Las mujeres no tienen tambien su honor? ¡Este es su corazon! ¡El mio es de la reina! ¡Vuestro patriotismo es aborrecerla! ¡El mio es morir á sus piés!»

Las mujeres del pueblo, admiradas de esta demencia de fidelidad que arrojaba la muerte, hicieron volverse á la duquesa sin insultarla, y la llevaron á la fuerza á su palacio. La reina, madama Isabel, todas aquellas señoras, todos los magistrados y todos los militares que allí estaban donde bien les parecia, se sentaban en las banquetas ó en los taburetes de la sala del Consejo. Røederer mostró en toda esta noche, como en el 20 de Junio, el carácter de un gran ciudadano. Aunque adicto al partido de la Constitucion, inspiraba no obstante confianza á la familia real. Su actitud fué la de la ley; intrépido como magistrado, triste como

ciudadano, respetuoso como hombre, su enternecimiento por las angustias que se padecían en el palacio no se ocultó ni á la reina, ni á su hermana, ni al rey. Madama Isabel se aproximaba á él con frecuencia para preguntarle con su melancólica jovialidad. La reina veía en él un consejero austero pero leal, y el rey su último amigo.

Hacia las cuatro, el rey salió de su alcoba y apareció en la sala del Consejo. Se veía por lo ajado de su vestido y el desorden de su peinado que se había recostado un momento; tenía los cabellos empolvados y rizados por un lado, y aplastados y sin polvos por el otro; la palidez de su rostro, lo cargado de sus ojos y los músculos de su boca comprimidos y trémulos, atestiguaban que había llorado en



Los reyes pasando entre las filas de los caballeros reunidos en las Tullerías.—Pág. 492.

secreto; pero la misma serenidad acostumbrada aparecía en su frente, y la misma sonrisa de bondad en su boca. No estaba en el poder humano imprimir el resentimiento en el alma ó en las facciones de este príncipe. Sus amigos amaron y sus enemigos despreciaron en él sólo su bondad; éste fué su defecto y su virtud. La reina y madama Isabel se arrojaron en sus brazos, y llevándole al hueco de una ventana, hablaron con él algunos minutos en voz baja, manifestando en sus ademanes la más tierna familiaridad. Cada una de las princesas tenía entre sus manos una del rey. El las miraba sucesivamente con tristeza, y parecía pedirles perdón de los tormentos que sufrían por su causa. Todos los circunstantes se alejaron de allí con respeto.

La familia real pasó en seguida al lado del edificio que daba á los patios, para conocer sin duda el número y la actitud de las tropas acampadas á la inmediatez del palacio. Un poco despues la reina hizo llamar á Rœderer, el que la encontró en el aposento de Thierri, ayuda de cámara del rey. Este cuarto daba al

pequeño taller de cerrajería de Luis XVI. María Antonieta estaba sola, sentada cerca de una chimenea, vuelta de espaldas hácia la ventana. Mr. Dubouchage, ministro de Marina, entró y se quedó en un rincón como un hombre que vigila y aguarda. La reina, visiblemente inquieta por lo que había visto en los patios, por el escaso número de sus defensores y por lo que le habían contado de lo que iban aumentando los sitiadores, volvió á caer desde la exaltación de sus primeras esperanzas á la postración del abatimiento. Este era uno de aquellos momentos en que la realidad, que no se quiere ver, aparece por primera vez confusamente, y contra la cual se subleva uno á pesar de conocerla.

María Antonieta preguntó á Røederer qué era lo que debía hacer en unas circunstancias tales como las que atravesaba desde el amanecer. Røederer no quiso ocultarle el grave daño que podía sobrevenirle, y prefirió hablarla ántes que adularla en unos momentos tan críticos. Sugirióle además la idea de colocar al rey bajo la salvaguardia de la nación, con lo cual lograría salvar su existencia, siendo el medio para conseguirlo el presentarse con toda su familia en medio de la Representación nacional, con lo cual la haría tan sagrada é inviolable como la misma Constitución. «Si el rey ha de morir, señora,—dijo Røederer,—es preciso que perezca la Constitución también del mismo golpe que hiera al monarca. Pero el pueblo se detendrá ante su propia imágen, personificada en la Asamblea de sus representantes. La misma Asamblea no podrá ménos de defender á un rey que confundirá su existencia con la de aquella corporación. La insurrección, que sólo sería criminal ante la morada del rey, sería parricida si le atacase en el santuario de la nación.» Tales fueron los consejos de Røederer. María Antonieta se ruborizaba al escucharle, y se notaba que su altivez de reina luchaba interiormente en su alma con su ternura de esposa y de madre. Mr. Dubouchage, caballero leal y marino intrépido, acudió á sacar á la reina de aquella perplejidad. «Según eso, caballero,—dijo á Røederer,—lo que nos proponéis es que se conduzca al rey á manos de sus enemigos.» «La Asamblea es ménos enemiga suya de lo que pensáis,—replicó el procurador del departamento,—puesto que en la última votación monárquica, cuatrocientos de sus miembros votaron por el rey, y doscientos solamente por Lafayette. Por lo demás, entre los peligros siempre escojo yo el menor, y por eso propongo el único partido posible que ha dejado el destino para salvar al rey.»

La reina, con un acento resuelto, como si hubiese querido tranquilizarse oyendo el sonido de su propia voz, le dijo: «Caballero, aquí hay fuerzas, y es ya tiempo de saber quién ganará entre el rey y las facciones». Røederer propuso entonces que se oyese al comandante general que había reemplazado al infortunado Mandat, llamado Lachesnaye. Al momento se le envió á buscar, y compareció en seguida. Preguntósele si el estado de las disposiciones exteriores de defensa era suficiente para que la corte se tranquilizase, y si había dado las órdenes convenientes para detener las columnas que marchaban contra el regio alcázar. Lachesnaye respondió afirmativamente, añadiendo que el Carrousel estaba bien guardado. Después, dirigiéndose á la reina con cierta especie de mal humor y como en tono de reconvencción, le dijo: «Señora, yo no debo ocultaros que las habitaciones del rey están llenas de gentes desconocidas que tratan de engañarle, y cuya presencia ofusca y agria á la guardia nacional.» «La guardia nacional no tiene razón,—con-

testó la reina.—Esos hombres que decis son de toda confianza.» La actitud y el lenguaje de María Antonieta convencieron á Rœderer de que el palacio estaba decidido á aceptar la batalla, y que lo que se queria era obtener un triunfo para imponer á la Asamblea. Sin embargo, no pudo ménos de insinuar que convendria que el rey enviase un escrito al Cuerpo legislativo pidiéndole su auxilio. Mr. Dubouchage se opuso tambien á esto. «Si esta idea no es buena,—dijo Rœderer,—al ménos, que vayan dos ministros á la Asamblea y le pidan que envíe algunos miembros de su seno á palacio.»

Se adoptó por fin este último medio, y Mrs. de Joly y Champion salieron inmediatamente con direccion á aquel punto.

La Asamblea estaba deliberando con la mayor tranquilidad sobre el asunto de los negros cuando los dos ministros se presentaron. Mr. de Joly, ministro de Justicia, pintó lo peligroso de la situacion y la urgencia de tomar medidas prontas y eficaces, declarando al mismo tiempo que el rey deseaba que una diputacion de la Representacion nacional fuese á asociarse á él para preservar la Constitucion de nuevos ataques, y para proveer con su presencia á la seguridad de la familia real. La Asamblea, casi sin oírle, pasó con desden á la órden del dia. Era poco numerosa y estaba distraida y como aletargada, cual lo está todo cuerpo político que aguarda una gran ruina, y que no quiere tomar parte en el acontecimiento.

IV

Mrs. de Joly y Champion salieron muy desanimados de la Asamblea. Rœderer y los ministros se habian quedado conferenciando en una pieccecita contigua á la habitacion del rey. Al poco tiempo llegaron allí los miembros del departamento que noticiaron á los ministros la formacion de la nueva municipalidad. Esta acababa de mandar que se distribuyesen cartuchos á los marseleses, y segun todas las probabilidades, este batallon y el de los Franciscanos debian haber emprendido ya la marcha. Destronada la ley por todas partes, no le quedaba otro asilo que las Tullerías. Volvióse á insistir entónces en que el rey fuese á pedir proteccion á la Asamblea. «No,—dijo Mr. Dubouchage, que acababa de oír desde las ventanas los ultrajes proferidos contra el rey por el batallon de las picas,—no hay seguridad para el rey sino aquí; es preciso que triunfe ó que perezca.»

Los miembros del departamento, y Rœderer á su frente, determinaron dirigirse personalmente al Cuerpo legislativo, hacerle conocer la situacion, enterarle de los consejos que habian dado al rey, y finalmente, excitar á la Asamblea á que adoptase una resolucion que lo salvase todo. Estos miembros del departamento se encontraron cerca ya de la Asamblea con los dos ministros que salian de allí. «¿Qué vais á hacer?—les dijo el ministro de Justicia.—Nosotros acabamos de suplicar á la Asamblea que llame al rey á su seno, y apénas nos ha escuchado; por otro lado, el número de diputados que han asistido á la sesion es tan corto que apénas llegará á sesenta. No son, como veis, los suficientes para dar un decreto.» Desanimados los miembros del departamento al oír esto, se volvieron á palacio en compañía de los ministros. Los artilleros que estaban sirviendo las piezas colocadas al pié de la escalera principal les detuvieron. «Señores,—les dijeron con una ansiedad que se revelaba bien á las claras en sus rostros,—¿nos veremos obliga-

dos á hacer fuego á nuestros hermanos?» «Vosotros no estais ahí—les respondió Rœderer—sino para guardar la casa del rey é impedir que se fuerce la entrada de ella. Los que llegasen á haceros fuego, no serian ya vuestros hermanos.»

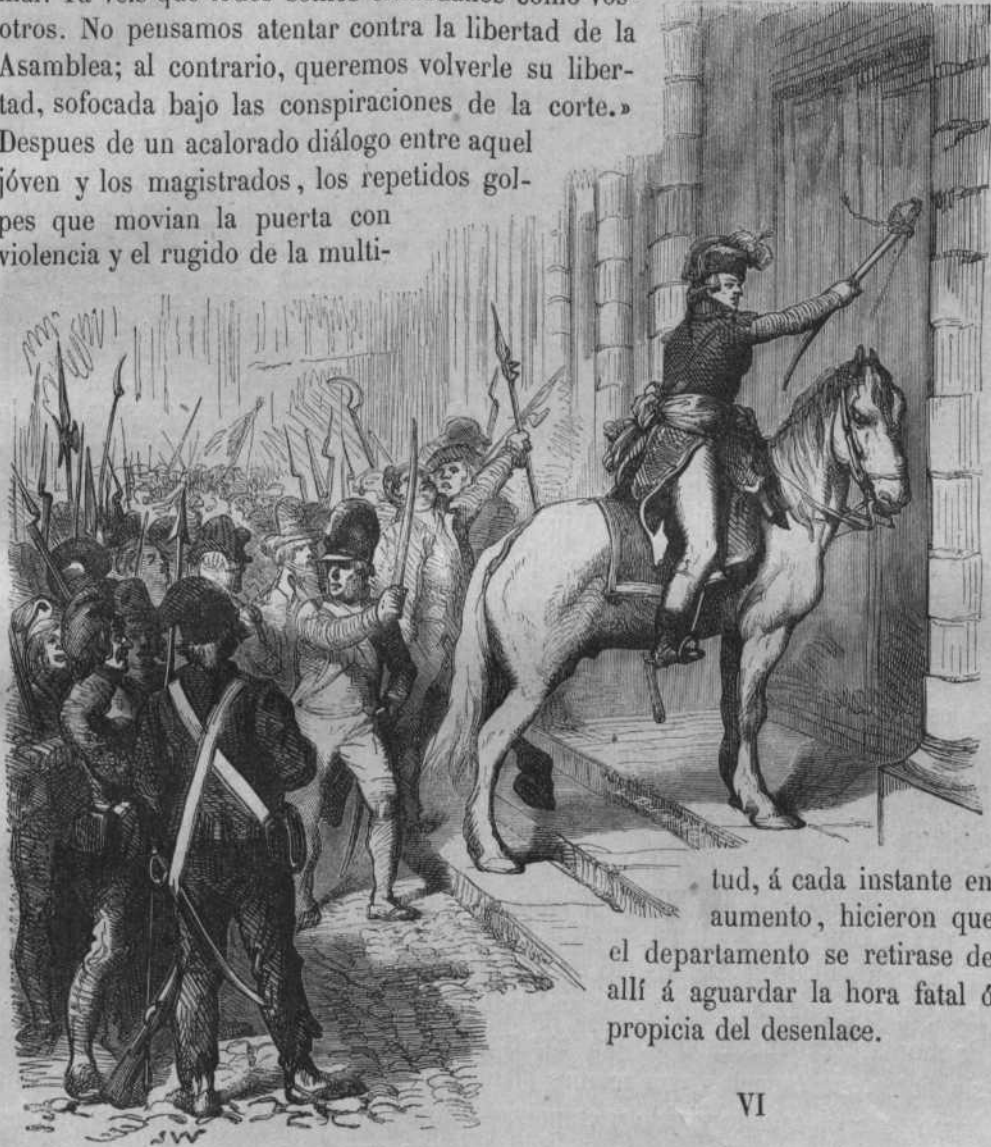
Estas palabras parece que tranquilizaron algun tanto á los artilleros, que suplicaron á Rœderer y á sus colegas que fuesen á repetir las en los patios, en donde los guardias nacionales eran presa de escrúpulos semejantes á los de los artilleros. Rœderer y sus colegas atravesaron entónces el vestibulo y entraron en el patio Real. Este presentaba un aspecto formidable de defensa. A la derecha estaba formado en batalla uno de los batallones de granaderos de la guardia nacional, que se extendia desde las ventanas de palacio hasta la pared del Carrousel. A la izquierda y dando frente á este batallon cívico, habia otro de suizos. Los fuegos cruzados de estos dos batallones hubieran hecho polvo las columnas del pueblo que hubiesen penetrado en el patio por el Carrousel. Entre estos dos batallones habia cinco piezas de artillería apuntadas contra el Carrousel y puestas en batería delante de la puerta principal de las Tullerías, que hubiesen abrasado á los sitiadores por aquella parte, al mismo tiempo que las otras cinco que estaban colocadas á la puerta del jardin los hubiesen hecho trizas por uno de los flancos. Semejantes disposiciones hacian aparecer los patios inexpugnables. La diputacion departamental se fué en derechura del batallon de la guardia nacional. Rœderer, colocándose en el centro de él, le arengó en términos precisos, firmes y moderados, cual conviene á un órgano impasible de la ley. «Nada de ataque,—les dijo,—un continente firme, y mantenerse tambien con firmeza á la defensiva.»

V

Los guardias nacionales no manifestaron ni entusiasmo ni vacilacion. El procurador síndico se fué al medio del patio para dirigir la misma alocucion á los artilleros. Estos se alejaron con afectacion hasta una distancia fuera del alcáncce de la voz de aquel magistrado, para no oir una intimacion que estaban resueltos á desobedecer. Uno de ellos, sin embargo, hombre de un exterior marcial y de una fisonomía resuelta, acercándose al síndico, le dijo: «¿Estareis tambien ahí si nos hacen fuego?» «Aquí estaré,—contestó Rœderer,—y no detras de las piezas, sino delante, á fin de que si álguien debe perecer en este dia, seamos nosotros los primeros que perezamos en defensa de las leyes.» «Estarémos todos»,—dijeron á una voz los demas miembros del departamento. Al oir esto el artillero, con una accion más expresiva que todas las palabras, descargó la pieza, echó la carga en el suelo y apagó la mecha poniéndole el pié encima. La ley quedó con esto desarmada ante el pueblo. Este aplaudió al artillero desde lo alto de las tapias del Carrousel.

Miéntas el departamento fracasaba en sus negociaciones con los artilleros, unos oficiales municipales entregaban á los suizos la órden de rechazar la fuerza con la fuerza. A los pocos pasos, unos emisarios marseleses que habian penetrado en los patios arengaban á aquellos soldados extranjeros para comprometerlos á que no hiciesen fuego á los patriotas, que querian ser libres y republicanos como ellos. De repente se oyó llamar muy de prisa y muy fuerte en la puerta Real. Rœderer acudió inmediatamente á aquel punto y mandó abrir un postigo. Entónces entró un jóven delgado y pálido, que era oficial de los artilleros de la insurreccion. Este

hombre, que era uno de los exaltados, dijo que su gente queria trasladarse á la Asamblea y bloquear al Cuerpo legislativo hasta que decretase la caducidad del rey, y añadió que el pueblo tenia doce piezas en el Carrousel. «Nosotros pedimos—prosiguió—que se nos permita pasar por el palacio y por el jardin para ir á hacer presente el voto del pueblo á la Asamblea; nosotros no queremos hacer ningun mal. Ya veis que todos somos ciudadanos como vosotros. No pensamos atentar contra la libertad de la Asamblea; al contrario, queremos volverle su libertad, sofocada bajo las conspiraciones de la corte.» Despues de un acalorado diálogo entre aquel jóven y los magistrados, los repetidos golpes que movian la puerta con violencia y el rugido de la multi-



Westermann llamando con su sable en la puerta del patio Real.—Pág. 496.

tud, á cada instante en aumento, hicieron que el departamento se retirase de allí á aguardar la hora fatal ó propicia del desenlace.

VI

Previendo la reina que este desenlace se efectuaría al amanecer y que sería sangriento, no queriendo por otra parte que el asalto del palacio y el acero de los marseleses sorprendiera á sus hijos en la cama, les hizo despertar, vestir y conducir á su lado á las cinco de la mañana. El rey y la reina los besaron con más ternura que de ordinario, así como se estrecha con más fuerza aquello que uno cree que va á escapársele. El Delfin estaba alegre y jugueton, como era propio de su edad. Aquella hora de levantarse á que él no estaba acostumbrado, y aquel aparato militar en los cuartos, en el jardin y en los patios, le divertía. ¡Infeliz, que no

sabía en su inocencia que tras del brillo de aquellas armas estaba oculta la muerte! Su hermana, un poco mayor que él, y por consiguiente más reflexiva, comprendía lo cruel de su destino por las miradas de su madre y por las plegarias de su tía. La presencia de estos dos hermosos niños, colocados entre aquellas dos hermosas princesas, conmovió á los guardias nacionales que estaban de centinela en el cuarto, é hizo llorar de entusiasmo y de ternura á los voluntarios que estaban acampados en la galería de los *Carracios*. El mariscal Mouchy y los ministros instaron fuertemente al rey para que fortificase con su presencia aquellas buenas disposiciones, pasando revista á todas las fuerzas á quienes la adhesión á su persona ó la obediencia á la ley reunían alrededor de palacio. Aunque las tropas fuesen en corto número y su resolución no fuese mucha, ¡cuántas veces el aspecto de un príncipe que ha hecho un llamamiento á sus defensores, al verse muy apurado, ha sido suficiente para cambiar enteramente su suerte!

Pero para derramar esta electricidad moral en las masas es preciso que el foco de ella esté dentro de uno mismo. Luis XVI no tenía en su palabra ni en su alma nada que pudiese electrizar á la multitud. Esta buscaba en él un rey, pero no hallaba sino un padre de familia. En él el exterior mismo del hombre quitaba todo el prestigio al rey. Si aquellos batallones indecisos hubiesen visto salir de palacio al rayar el día un príncipe joven y fogoso, colocado á la cabeza de sus defensores en un brioso coreel, y dispuesto á jugar su vida contra aquella fortuna que favorece á la juventud; si se les hubiese ofrecido un anciano de erguida frente y encanecidos cabellos, que hubiese hecho un llamamiento á la compasión de su pueblo, último recurso en reveses de esta naturaleza; si algunas palabras lanzadas desde su corazón á los de sus soldados hubiesen circulado de fila en fila é impreso una de esas corrientes de emoción marcial que arrastran tan fácilmente á los hombres cuando hay muchos reunidos; si una bandera, una acción ó una espada desenvainada á tiempo hubiese fascinado los ojos y hecho doblar aquel bosque de bayonetas bajo el más ligero estremecimiento de entusiasmo, no hay duda en que se hubiera peleado, se hubiera vencido, y la Constitución, afianzada por una victoria, se hubiese sostenido algunos meses más.

Pero Luis XVI no tenía en su persona ni la gracia ni la juventud que seduce, ni la majestad de la ancianidad que enternece á los hombres. Nada marcial revelaba en él su jefe al soldado, su padre al pueblo. En vez de vestir un uniforme y de montar á caballo, estaba á pié, con un traje morado, color de luto en los reyes, sin botas, sin espuelas, con medias blancas de seda, con el sombrero debajo del brazo, con el cabello rizado y empolvado desde el día anterior, sin que hubiese habido una mano diligente y amiga que hubiera arreglado en aquel peinado el desorden consiguiente á los sueños de un momento y á las agitaciones de aquella noche. Su mirada tímida, no por el miedo, sino por hábito, era indecisa y vaga; en su boca se veía la sonrisa graciosa, pero oficial, de todas las horas de su vida de príncipe; finalmente, sus pasos eran pesados y vacilantes, y su postura cuando se paraba era estar inclinado, ya hácia uno, ya hácia otro lado, con la rodilla doblada y sosteniéndose sobre un solo pié como en las frías recepciones de la corte. Su persona carecía enteramente de acento; esperábase todo de él, y nada inspiraba. Preciso era reflexionar para enternecerse al verle, y en esta revista no le acompañaba otro prestigio que el del abatimiento en que se le veía.

Sin embargo, sólo la presencia de aquel rey arrancado al sueño por la insurreccion, así como la de la reina y su cuñada vestidas de luto, y la de aquellos niños á quienes las princesas llevaban de la mano, yendo á solicitar con ellos por aquellos salones y patios el socorro de sus fieles amigos, á excitar la compasion de sus enemigos y á recordar el honor al soldado, eran por sí solas más elocuentes que todos los discursos y las arengas más sublimes. El rey decia medio entre dientes algunas frases que apénas se entendian, y siempre las mismas: «¡Y bien, señores!... Dicen que vienen á palacio... Yo no sé lo que quieren... Verémos... Mi causa es la de la Constitucion y la de todos los buenos ciudadanos... Harémos nuestro deber, ¿no es así?.. »

Estas palabras, dichas y repetidas cien veces de trecho en trecho, no eran interrumpidas sino por alguna que otra exclamacion harto rara y por el ruido de los fusiles al presentar las tropas las armas al pasar el rey por delante de ellas. Esto era lo suficiente para que se guardase moderacion y áun cierto respeto en aquellos sitios; pero no bastaba á la gravedad del momento. La reina, que seguia al rey sin apartarse de él un instante, daba algun realce á aquellas palabras por su noble actitud, por el movimiento altivo y gracioso á la vez de su cabeza y por la expresion de sus miradas. Ella hubiese querido poder inspirar su alma al rey, y sufría mucho por no serle dado revelar sino con su actitud, con el carmin de su rostro y con su muda emocion los sentimientos que su sexo le obligaba á tener ocultos en su seno. Notábase que lloraba interiormente, pero veíase tambien que el valor y la dignidad de que estaba dotada secaban sus lágrimas en cuanto querian saltar. Su respiracion era ahogada, y se veía palpar su seno. Sus facciones, fatigadas y pálidas por el insomnio, estaban, sin embargo, sujetas á su voluntad y avivadas por la intrepidez de su alma; sus ojos parecian un relámpago continuado, dirigiéndose á todos cuantos la miraban. Aquella fijeza vaga de su vista, si es permitido expresarse así; aquella mirada que imploraba, removía y desafiaba á la vez, segun eran amigos ú hostiles los rostros á quienes se dirigía; la ansiedad con que buscaba en las fisonomías la impresion que habian hecho en los corazones las palabras del rey; su labio superior algun tanto remangado y trémulo, las ventanillas de su nariz más abiertas aún que de ordinario por la emocion viva que sufría, la postura de su cabeza más erguida cuanto mayor era el peligro, su paso triste y lento, sus brazos caidos, sus ademanes altivos, las señales aún recientes de aquella belleza que empezaban á marchitar los años y las desgracias, el recuerdo de las adoraciones que habia recibido en aquellos mismos salones en donde imploraba en vano el auxilio de algun brazo protector, aquellos rayos solares que penetrando en los aposentos ondulaban sobre su frente, tan vacilantes cual la diadema que pocos momentos ántes ceñían aún sus sienas; aquellas armas tan distintas, aquellas turbas, aquellas aclamaciones y aquel silencio triste por medio del cual atravesaba con el abatimiento en el alma y el orgullo en el semblante: todo esto imprimía en su persona cierta majestad de valor, de dignidad y de tristeza, que igualaba á los ojos de los espectadores la solemnidad de la escena y la grandeza del acontecimiento. María Antonieta era entónces la *Niobe* de la monarquía, era la estatua del tronó, que aunque derribada de su pedestal, no se habia manchado ni quedaba degradada con su caída. Jamás apareció ni fué tan reina como en aquel dia de funesto recuerdo.

Sí, fué reina á pesar de su pueblo y á despecho de la suerte. Su aspecto enterneció en lo interior de palacio á los guardias nacionales más indecisos, y les obligó á desenvainar los aceros. Guardias suizas, gendarmería, granaderos, voluntarios, caballeros, paisanos, pueblo, todas las armas, todos los puestos, todos los salones y todas las escaleras resonaron con igual entusiasmo al verla pasar por delante de ellos. Todas las miradas, todos los ademanes y todas las bocas le prometieron perder mil veces sus vidas por salvar la suya. La palidez de las grandes emociones estaba pintada en los rostros de todos; las lágrimas corrían por las mejillas de los más valerosos guerreros. Llena de seducción para la guardia nacional, de benévola dignidad para los guardias suizos, de gracia y de dulce abandono para sus amigos, fué, al pasar por entre las filas de los caballeros que estaban en la galería grande, el objeto de un culto caballeresco. Unos le pedían su mano para besarla, otros le suplicaban que se dignase tocar sus armas, éstos arrojaban sus capas al suelo para que pasase por encima de ellas, aquéllos, más familiares que todos los demas, cogían al Delfin por el cuerpo y le levantaban por cima de todas aquellas cabezas como una bandera viva por la cual juraban derramar hasta la última gota de su noble sangre.

Al ver este entusiasmo, entusiasmase tambien la reina, y cogiendo un par de pistolas que llevaba en el cinto Mr. Maillardoz, comandante de los suizos, se las presenta al rey diciéndole: «¡Este es el momento de mostrarse rey, ó de perecer con gloria rodeado de sus amigos!» El cogió las pistolas y las volvió á poner en el sitio de donde las habia sacado la reina; parecióle que el verle con aquellos instrumentos mortíferos le haria perder su popularidad, y que su mejor defensa á los ojos de los ciudadanos consistía en la inviolabilidad que le concedía la ley.

El rey, despues de haber visitado todos los puestos del interior de palacio acompañado de su familia, bajó al vestíbulo de la escalera principal, é hizo subir á las habitaciones altas á la reina, á madama Isabel y á los niños, queriendo acabar solo la revista de las fuerzas situadas en la parte exterior. Temió que la reina, tan entusiasmada ante el pueblo, tuviese que sufrir algun nuevo ultraje, ó que corriese tal vez algun riesgo personal al pasar por delante de los batallones.

Luis XVI se adelantó entónces hácia el patio Real acompañado de Mrs. de Boissieu y de Menou, mariscales de campo encargados del mando de las fuerzas que custodiaban el palacio, de Mrs. de Maillardoz y de Bachmann, jefes superiores de los suizos, de Mrs. de Lajard, antiguo ministro de la Guerra, Dubouchage, ministro de Marina, y del príncipe de Poix-Noailles, antiguo capitán de guardias de corps. El ruido de las bandas que hacían los honores, las voces de mando de los jefes, las aclamaciones de aquella porción de realistas que se asomaban por las puertas, por las ventanas y por los balcones del palacio, tirando al aire sus sombreros y gritando *¡Viva el rey!*, todo esto junto entusiasmó algun tanto á los batallones, de cuyas filas salió alguno que otro grito de fidelidad. La reina, madama Isabel, las damas y los gentileshombres de servicio lloraban de alegría al contemplar desde el balcón de la sala de los Guardias aquellas demostraciones; pero esta alegría fué inquieta y de corta duracion. Dos batallones dudosos entraron en los patios miéntras el rey pasaba la revista. Silenciosos y taciturnos, contrastaban extraordinariamente con los batallones adictos al monarca. Los artilleros, que tampoco habian tomado parte en el entusiasmo general, fueron á frater-

nizar con los batallones recién llegados. Mr. de Boissieu juzgó que la prudencia aconsejaba alejarlos de allí, y mandó que fuesen á tomar posición lo más lejos posible, sobre el terraplen que está al lado del Sena. Desfilaron por delante del rey en cuanto se les comunicó la orden del general, pero lo hicieron dando el grito de *¡Viva la nación!*

Desde los patios pasó el rey al jardín. Los batallones realistas de los barrios de *Petits-Peres* y de las Hijas de Santo Tomás, formados en batalla á derecha é izquierda de la puerta principal en el terraplen de palacio, se cubrían con sus bayonetas, con su decisión y con sus juramentos de fidelidad. Unos granaderos rodearon al rey y le suplicaron que fuese á pasar revista á sus camaradas, que estaban colocados á la extremidad del jardín en el puente levadizo, para sostener aquel punto tan interesante. Luis XVI se arriesgó á ir hasta allí, á pesar de las observaciones que le hicieron prudentemente algunas personas de su séquito, temerosas de que fuese atacado en el camino por los batallones de las picas, que estaban formados en el terraplen que está á orillas del río.

La régia comitiva, á pesar de su corto número, atravesó el jardín en toda su longitud sin el menor contratiempo. Los granaderos del puente levadizo se manifestaron llenos de decisión y de energía; mas la guardia nacional, así como el resto de Francia, estaba dividida en dos bandos. Apénas se hubo apartado el rey del puente levadizo, para volverse á palacio, cuando los batallones de las picas,



los del arrabal de San Marcelo y los dos que habian entrado en el patio cuando el monarca estaba pasando la revista, como ya hemos dicho ántes, prorumpieron á una voz en insultos y amenazas contra la corte. Este infernal bullicio llegó muy pronto á los cuartos de las Tullerías. La reina, que estaba sentada en el del rey, reposando un poco de tantas fatigas, rodeada de sus hijos, de su cuñada, de los ministros y de Rœderer, se sobresaltó al oír aquel alboroto. Uno de los ministros corrió precipitadamente á una ventana á ver qué era aquello, y la reina le siguió con gran velocidad. El ministro la hizo apartarse respetuosamente, cerrando la ventana para que no pudiese ver los ademanes insultantes y las furiosas amenazas que dirigian al rey aquellos hombres. «¡Gran Dios!—dijo la reina.—¡Están asesinando al rey! ¡Estamos perdidos!» En seguida volvió á caer en el mayor abatimiento entre estas alternativas de vida y muerte.

El rey volvió entónces desencajado, cubierto de sudor, con la desesperacion en el alma y el rubor en el rostro. Durante todo el tránsito desde el puente levadizo á las Tullerías habia bebido hasta las heces la copa de la desesperacion y de la ignominia. Luis habia visto blandir á lo léjos contra su persona los sables, las picas y las bayonetas que estaban reunidas allí para defenderla. Habia visto igualmente los puños cerrados en señal de amenaza, los gestos que significaban á las claras el degüello, habia oído los apostrofes cínicos, y habia presenciado los accesos de rabia de algunos de aquellos furiosos que se esforzaban por bajar desde el terraplen al jardin para echarse sobre el rey y su débil escolta, y que contenidos á duras penas por sus mismos camaradas, desahogaban su ira contra el monarca siguiéndole desde arriba y vomitando maldiciones, hasta que éste hubo atravesado los umbrales de las puertas de palacio. Un hombre vestido de guardia nacional y de un aspecto siniestro seguia todos los pasos del rey, y á cada instante buscaba algo debajo del uniforme, que sin duda sería un puñal; pero como la escolta que llevaba Luis, aunque era insignificante para salvarle si le hubiera acometido la multitud, era imponente para un hombre solo, por valiente y determinado que fuese, éste no se atrevió á llevar á cabo el regicidio, si es que lo intentaba. Además, un granadero marchó constantemente entre el rey y el presunto asesino, observando hasta sus más indiferentes movimientos. Este leal vasallo, al volver á su puesto despues de haber dejado al rey en salvo, se desmayó al considerar la horrorosa escena que habia estado expuesto á presenciar.

Apénas Luis XVI entró en palacio, cuando los dos batallones que estaban situados á la orilla del rio salieron de allí por la verja del puente Real con su artillería, y fueron á formarse en batalla en el muelle para aguardar á los marseleses, y reunidos á éstos, atacar el palacio. Otros dos batallones se desbandaron en el patio Real y se volvieron al Carrousel para aguardar á los otros que no habian llegado aún, y para hacer que les siguiesen en su defeccion. Una multitud inmensa de pueblo, de federados de Brest y de insurrectos de los arrabales se agrupó en la plaza alrededor de estos batallones.

VII

Eran ya las siete de la mañana, y el toque de rebato, que habia empezado la noche anterior, no habia cesado aún. Desde la hora en que el pueblo acostumbra

levantarse, las calles, que habian estado desiertas hasta entónces, se llenaron de un gentío inmenso. Aquellas masas populares aguardaban inmóviles la llegada de los batallones de sus respectivos barrios para unirse con ellos. Apénas se notaba un poco de movimiento hácia el Louvre y el Puente Real, en las calles que desembocan desde los arrabales de San Antonio y San Marcelo al centro de Paris. Los dos focos principales del movimiento eran la casa de la ciudad, donde estaban Santerre y Westermann, y el antiguo edificio de los Franciscanos, donde estaba el club de este nombre y en donde habian sido alojados los marseleses.

Los Franciscanos eran, con su club y su cuartel, en el barrio de San Marcelo y en la orilla izquierda del Sena, lo que la casa de ayuntamiento respecto al arrabal de San Antonio y á la orilla derecha del mismo rio; es decir, el corazon y los brazos de la insurreccion. A medianoche, Danton, Camilo Desmoulins, Fabre d'Eglantine, Carra, Rebecqui, Barbaroux y todos los principales agentes del club se habian constituido en sesion permanente. Danton, orador de los Franciscanos y al mismo tiempo el hombre de Estado del pueblo, habia mandado que se permitiese la entrada en la sala de sesiones á los marseleses. «¡A las armas!—les habia dicho.—Ya oís el toque de las campanas, de esa voz sonora del pueblo. Esta os ha llamado á socorrer á vuestros hermanos de Paris. Vosotros habeis acudido desde los puntos más lejanos del imperio para defender la cabeza de la nacion, amenazada en la capital por las conspiraciones del despotismo. ¡Ojalá anuncie este toque la hora postrera de los tronos, y la primera de la venganza y de la libertad del pueblo! ¡A las armas, y esto marchará!»

Apénas habia pronunciado Danton estas últimas palabras, cuando la cancion patriótica *Ça ira* resonó á una voz bajo las bóvedas de los Franciscanos. Carra, Fabre d'Eglantine, Rebecqui, Barbaroux y Fournier el Americano habian pasado la noche organizando á los marseleses y reuniendo en torno suyo á los federados de Brest. Otra porcion de federados de distintos puntos se habian unido á aquella columna, colocándose á la cabeza de ella, y todos juntos habian formado un verdadero y formidable campamento revolucionario en los patios y en los demas cuerpos del edificio de los Franciscanos. Los artilleros de Brest y de Marsella se habian acostado al lado de las piezas, con las mechas encendidas.

Danton se habia retirado de aquellos sitios, mal seguro aún del éxito del combate. Miéntras se le creia ocupado en anudar en algun misterioso conciliábulo los últimos hilos de la conjuracion, se hallaba él en el hogar doméstico, en donde se habia acostado vestido para descabezar el sueño, en tanto que su mujer estaba llorando al lado del lecho conyugal. Este hombre, despues de haber concebido el plan de la conspiracion y dádole impulso, habia dejado la parte de accion á los hombres capaces de llevarle á cabo, y la suerte del pensamiento á la cobardía ó al vigor del pueblo. Esto no lo hacia porque el peligro le intimidase, sino por el profundo conocimiento teórico que tenia de las revoluciones. Danton sabia bien la filosofía de las tempestades, y estaba convencido de que, una vez formadas, es imposible dirigirlas, y de que en las conmociones populares, lo mismo que en las batallas, hay ciertas casualidades contra las cuales no puede hacer el hombre prudente sino echarse á dormir, aguardando el desenlace tal como la suerte lo prepare.

LIBRO VEINTIDOS.

Los insurrectos emprenden su marcha.—Westermann se apodera del mando de la vanguardia.—Disposiciones que toma.—Sus antecedentes.—Röderer convence al rey de que debe trasladarse al seno de la Asamblea.—Decídese el rey á hacerlo.—Salida del rey de palacio.—Su paso por el jardín.—Aspecto de la Asamblea.—Palabras del rey.—Respuesta del presidente (Vergniaud).—El rey y su familia en la tribuna del logógrafo.—Respuesta del pintor David al rey.—Arresto de Suleau y de otros realistas.—Asesinato de éstos.—Confusion general en palacio.—Victoria momentánea de los suizos.—Emocion de la Asamblea.—Los marseleses vuelven á atacar las Tullerías.—Defensa y matanza general de los suizos.—El pueblo saquea el palacio.—Degüellos.—Mrs. de Virieu, de Lamartine y de Viomenil.—El joven Carlos de Autichamp.—El vizconde de Brèves.—Las damas de honor y demas mujeres de la servidumbre de la reina.—Mrs. Sallas, Marchais y Diet.—Asesinato de Mr. de Clermont-Tonnerre.—Westermann en casa de Danton.

I

Apénas hubo Santerre tomado las últimas disposiciones en el ayuntamiento con los nuevos comisarios de las secciones, cuando emprendió su marcha por el muelle, enviando á decir á los marseleses que el Puente Nuevo sería el punto de reunion de las dos columnas. Estas columnas, al són de las cajas de guerra y de las canciones patrióticas, se confundieron en el mayor desórden en la plaza del Louvre, é inundaron el Carrousel sin hallar en él el menor obstáculo. Un hombre montado en un caballo le precedia. En cuanto llegó á los postigos del Carrousel, se apoderó del mando sin otro derecho que el de su uniforme, y sin otra órden que la autoridad de Danton. La turba le obedeció sin réplica, por aquella necesidad de direccion y de unidad que hace subordinadas á las masas en el momento del peligro. Al momento mandó desfilar su tropa en buen órden, la formó en batalla en la plaza del Carrousel, colocó la artillería en el centro y extendió sus alas de suerte que pudiesen circunvalar y dominar á los batallones indecisos aún, que parecian aguardar por quién se decidiria la suerte para pronunciarse. Tomadas estas disposiciones con el golpe de vista y la sangre fria de un buen general, puso su caballo al paso y se dirigió hácia la puerta del patio Real, rodeado de un grupo de federados de Brest y de Marsella. En cuanto llegó allí, llamó á la puerta con el puño del sable y mandó con voz imperiosa que se abriese al pueblo. Westermann era de la Alsacia, hijo de una familia del estado llano que gozaba de bastantes consideraciones en el país. Mezclado en algunos negocios nada limpios, sobre falsificacion de billetes del Banco, habia sido sentenciado á reclusion perpetua en San Lázaro. Su juventud y su actividad fermentaron dentro del estrecho recinto de una prision; así es que logró escaparse de su encierro el dia ántes que fuese tomada la Bastilla. Nombrado secretario del ayuntamiento de Haguenau, su belleza, su audacia y su elocuencia le proporcionaron bien pronto un imperio absoluto sobre la poblacion, á la cual conmovió en el sentido de las nuevas ideas. Verificóse, sin embargo, una

reaccion súbita en la opinion, y fué echado del pueblo. Muy pronto volvió á él en virtud de un decreto de la Asamblea constituyente, despues de haber habido una escaramuza entre las tropas de línea, que le protegian, y la guardia nacional, que no queria dejarle entrar. Su triunfo no fué sino de horas. Preso de nuevo por órden del departamento, y vuelto á encerrar en San Lázaro para que continuase sufriendo allí su condena, se puso bajo la inmediata proteccion de Danton, cuyo auxilio reclamó. Conociendo este último el mucho partido que podria sacarse de semejante hombre, le mandó poner en libertad el 9 de Agosto. Westermann habia olfateado desde muy léjos la guerra civil y las fortunas militares que ocultan las revoluciones en su seno para los guerreros afortunados. Así es que se habia entre-



La familia real en la tribuna del logógrafo en la Asamblea.—Pág. 502.

gado enteramente á la causa del pueblo, resuelto á engrandecerse en ella ó á perecer. Danton hizo que se hallase de repente con un ejército á sus órdenes, y le encargó de dar direccion á aquellas turbas que él habia sublevado ántes. Tal era Westermann. Santerre, aunque era el comandante general, habia conocido la superioridad del jóven aleman, y le habia dejado el mando de la vanguardia y las contingencias de aquella expedicion.

Viendo Westermann que los suizos y los granaderos de la guardia nacional se negaban á abrir las puertas, hizo adelantar cinco piezas de artillería y les amenazó con echarlas abajo. Aquellas puertas eran de madera, y tan viejas que no hubieran podido resistir á la primera descarga. Al aproximarse Westermann, los concejales Borie, Leroux y Roederer, con los demas miembros del departamento, testigos presenciales de la indecision de las tropas, y por esta razon asustados en vista de la inminencia del peligro, subieron precipitadamente al cuarto del rey. La consternacion de sus rostros hablaba bastante por sí misma para que se viesen en

la precision de hablar mucho. Luis XVI estaba sentado delante de una mesa que habia á la entrada de su gabinete, con la cabeza entre las palmas de las manos, en actitud de espera y dispuesto á escuchar cuanto quisieran decirle. La reina, con el rostro muy encendido, estaba sentada al lado de madama Isabel, y los ministros entre la ventana y la mesa de despacho del rey; la princesa de Lamballe, madama de Tourzel y los niños estaban al lado de la reina.

«Señor,—dijo Rœderer al entrar en la pieza,—el departamento desea hablar con V. M. sin otros testigos que su familia.» El rey hizo una seña, y todos se marcharon excepto los ministros. «Señor,—prosiguió el magistrado,—no podeis aprovechar sino unos cinco minutos; ni el número ni las disposiciones de los hombres que se hallan reunidos aquí para defenderos pueden garantizar vuestra vida y la de vuestra familia. Los artilleros acaban de quitar la carga á las piezas; la defeccion es general, tanto en el jardin como en los patios, y el Carrousel está ocupado por los marseleses. Ya no hay seguridad para V. M. sino en el seno de la Asamblea. Esta es la opinion del departamento, único cuerpo constituido que es responsable en este momento de vuestra vida y de la existencia de la Constitucion.» «Pues yo no he visto mucha gente en el Carrousel»,—dijo el rey. «Señor,—replicó Rœderer,—hay en aquel sitio doce piezas de artillería, y el ejército innumerable de los arrabales que viene á unirse con los marseleses.» Mr. Gerdret, administrador del departamento y conocido de la reina porque era uno de sus proveedores, apoyó lo mismo que estaba diciendo Rœderer. «Callad,—le dijo la reina;—vos no debeis levantar aquí la voz. Dejad hablar al síndico procurador.» Despues, volviéndose á Rœderer, le dijo con altivez: «Caballero, pues qué, ¿no tenemos aquí fuerzas que nos defiendan?» «Señora,—contestó éste,—todo Paris se dirige contra palacio.» En seguida continuó su diálogo con el rey, diciéndole: «Señor, el tiempo urge; ya no es una súplica la que os dirigimos; ya no es tampoco un simple buen consejo el que os damos; ya no nos queda más que un recurso: os pedimos permiso para haceros violencia y llevaros á la fuerza á la Asamblea».

El rey, al oir esto, levantó la cabeza, miró de hito en hito á Rœderer y estuvo así algunos segundos, como si quisiese leer en los ojos del magistrado si aquellas demostraciones eran sinceras, ó si trataba únicamente de tenderle algun nuevo lazo. Despues, volviéndose hácia la reina é interrogándola con una mirada rápida, dijo: «¡Vamos!» Y se levantó inmediatamente. Al ver esto madama Isabel, adelantando la cabeza por cima del hombro derecho del rey, dijo: «Señor Rœderer, ¿me respondeis al ménos de la vida del rey?» «Sí señora, tanto como de la mia»,—dijo Rœderer, cuyo acento manifestaba que estaba muy dudoso de poder cumplir lo que tan terminantemente ofrecia. Entónces encargó mucho al rey que no se hiciese acompañar por ninguno de los personajes de la corte, y que no llevase otra comitiva que el departamento y dos filas de guardias nacionales. Los ministros reclamaron el derecho de no separarse del poder ejecutivo. La reina hizo la misma peticion respecto á madama de Tourzel, aya de sus hijos, y el departamento accedió á ambas cosas. Rœderer, dirigiéndose en seguida hácia la puerta del aposento, dijo en alta voz á todos los que estaban fuera: «El rey y su familia se trasladan solos á la Asamblea, sin más comitiva que el departamento y los ministros. Abridles paso».

II

La noticia de la salida del rey para la Asamblea se esparció bien pronto por todo palacio, donde produjo una consternacion entre sus defensores, que no hubiera sido mayor si les hubiesen dicho que la monarquía habia caido para no volverse á levantar jamás de entre sus ruinas. Unicamente el respeto era capaz de contener la indignacion general y el dolor de los suizos y de los caballeros, cuya sangre y brazos parecian tenerse en poco al adoptar semejante resolucion. El llanto de la desesperacion y de la vergüenza corria por los rostros de aquellos guerreros, que creian que no se confiaba en su valor. Algunos de ellos se arrancaron las cruces de San Luis que adornaban sus pechos, y rompieron sus espadas con los piés.

En tanto que Mr. de Lachésnaye hacía adelantar el zaguante que habia de escoltar al rey, éste se detuvo unos cuantos minutos en el gabinete, y recorriendo lentamente con la vista el círculo formado á la entrada de él por las personas más de su aprecio, les anunció su resolucion. La reina, sentada é inmóvil, ocultaba su rostro en el seno de la princesa de Lamballe. Llegó por fin la escolta, y la régia comitiva desfiló en silencio por entre una multitud de personas en cuyos rostros se manifestaba la más horrorosa consternacion. Los ojos no se atrevian á encontrarse con otros ojos. Al atravesar la sala llamada del Ojo de Buey, el rey, sin hablar una palabra, quitó el sombrero al guardia nacional que iba á su derecha, y puso sobre la cabeza de éste el suyo, que tenia una pluma blanca. Alónto el guardia nacional, se quitó respetuosamente aquel sombrero y se lo puso debajo del brazo, quedándose con la cabeza descubierta. Ninguno ha sabido hasta ahora qué idea tuvo Luis XVI al hacer este cambio. ¿Se acordaba acaso del gorro encarnado que, puesto en su cabeza, habia adulado al pueblo el 20 de Junio, y queria tal vez popularizarse ante la guardia nacional poniéndose parte del uniforme del ejército cívico? Nadie se atrevió á preguntarle por qué habia hecho aquello; pero de todos modos, no puede atribuirse á miedo en un príncipe tan impasible ante el ultraje y tan sereno en presencia de la muerte.

En el momento de abandonar el peristilo y de dar el último paso fuera del umbral de su palacio, el rey, dirigiéndose al síndico procurador, le dijo: «¿Y qué va á ser de todos nuestros amigos que se han quedado arriba?» Røederer tranquilizó al rey sobre la suerte de éstos, diciendo que no habia ningun inconveniente en que saliesen los que estuviesen sin armas ni uniforme; asercion involuntariamente engañosa, que el tiempo y la muerte iban á desmentir muy en breve. En fin, en los mismos escalones que hay entre el vestíbulo y el jardin, Luis XVI tuvo el último presentimiento de su destino y el último remordimiento de su abdicacion voluntaria. Volvióse hácia los patios, miró por encima de las cabezas de los que le seguian, paróse, y dijo á los miembros del departamento: «A mí me parece que no hay mucha gente en el Carrousel». Estos volvieron á repetirle lo mismo que le habia dicho Røederer. Escuchólos, aunque al parecer sin creerlos, y dió el último paso fuera del umbral, como un hombre fatigado ya de contradecir, y que cede más bien al cansancio y á la fatalidad que á la conviccion.

El rey atravesó el jardin sin obstáculo entre dos filas de bayonetas que marchaban al mismo paso que él. Iban á la cabeza el departamento y los concejales;

la reina se apoyaba en el brazo de Mr. de Saint-Priest, y los niños cerraban la marcha. El vasto espacio de jardín que se extiende de un terraplen á otro estaba desierto; las consignas de las tropas no dejaban estacionar á nadie ni áun en el terraplen de los Fuldenses, abierto siempre para el pueblo. Los parterres, las flores, las estatuas y los céspedes brillaban como en una hermosa mañana de verano. El sol ardiente se reverberaba en la arena. El cielo estaba despejado, y no corría nada de aire. Nada turbaba el profundo silencio de aquellos vastos lugares sino el paso acompasado de las columnas y el gorjeo de las aves en las ramas de los árboles. Parecía que la naturaleza ignoraba lo que pasaba aquel día en el corazón de los hombres. Ella hacía brillar aquel luto como si hubiese sonreído en un día de fiesta y de regocijo. Los precoces calores de aquel año habían secado las hojas de los castaños de las Tullerías. Cuando la comitiva entró debajo de aquellos árboles, se hundían los piés en la multitud de hojas que habían caído aquella noche, y que los jardineros acababan de amontonar en el camino para llevárselas luégo á otra parte. El rey reparó en esto, y ya fuese por una indiferencia afectada, ó ya por una triste alusión á su suerte, dijo á los que le acompañaban: «¡Cuántas hojas hay por aquí! ¡Muy temprano caen este año!» Pocos días hacía que Manuel había escrito que el tronco no duraría hasta la caída de la hoja. El Delfín, que iba al lado de madama Tourzel, se entretenía en amontonar aquellas hojas secas con los piés y en tirarlas hácia donde iba su hermana. ¡Niño infeliz, que iba jugando lleno de candor y de inocencia por el camino del patíbulo!

El presidente del departamento se separó en este sitio de la comitiva, para ir á avisar á la Asamblea de la llegada del rey y del motivo que allí le dirigía. La lentitud de la marcha dió tiempo suficiente para que saliese una diputacion del Cuerpo legislativo á recibirle ántes que acabase de atravesar el jardín. «Señor,—dijo el que iba presidiendo,—la Asamblea, solícita por atender á vuestra seguridad, os ofrece un asilo en su seno á vos y á vuestra familia.» Los representantes se incorporaron á la comitiva y siguieron al rey.

La marcha de las columnas por medio del jardín fué notada desde el café Hottot y desde las ventanas del Picadero, y la aproximacion del rey, anunciada en los grupos, había llevado de repente la multitud al lado del terraplen de los Fuldenses, que era preciso atravesar para ir desde el jardín al recinto de la Asamblea. En cuanto llegó la comitiva al pié de la escalera que conduce desde la calle de árboles al terraplen, una masa compacta de hombres y mujeres, gesticulando como unos furiosos, trató de impedir el paso á la familia real. «¡No, no!—decían.—¡No vendrán ya á engañar otra vez á la nacion! ¡Es preciso que esto se acabe! ¡Abajo el Veto! ¡Abajo la Austriaca! ¡La destitucion ó la muerte!» Mil ademanes insultantes y mil gestos amenazadores acompañaban á estas palabras. Un hombre colosal, vestido de zapador, llamado Rocher, jefe por lo comun de todos los alborotos en el patio del Picadero, se distinguía entre la multitud por sus descompasados gritos y el frenesí de sus insultos. Detras de él, otros hombres más pacíficos en la apariencia, pero de fisonomías siniestras, atizaban constantemente el furor del pueblo. Rocher tenía en la mano un palo muy largo que blandía por cima de la comitiva régia, y con el cual se empeñaba en pegar al rey. Entónces los diputados arengaron á aquella multitud, asegurándole que si el rey y su familia iban á la Asamblea, era porque ésta había expedido un decreto para que se tras-

ladasen allí. La agresion cesó algun tanto al oir estas palabras, y Rocher se dejó desarmar por el síndico procurador, que tiró aquel palo al jardin. Autorizada la escolta por otro nuevo decreto para penetrar en el salon de sesiones del poder legislativo, formó á dos de fondo en el terraplen, con lo cual pudo el rey llegar hasta la entrada del pasadizo que hay entre el terraplen y el local de la Asamblea.

Algunos hombres de la guardia del Cuerpo legislativo le recibieron allí y mar-



Muerte de Suleau.—Pág. 506.

charon á su lado. «Señor,—le dijo con acento meridional uno de estos hombres,—no tengais miedo, el pueblo es bueno, pero no quiere que se le haga traicion por más tiempo. Sed buen ciudadano, señor, y separad de vuestro palacio á vuestros capellanes y á vuestra mujer.» El rey respondió á este hombre sin enfadarse. La multitud llenaba el pasillo estrecho y sombrío; un movimiento tumultuoso é irresistible separó por un momento á la reina del rey y de sus hijos, que la precedian; la madre temblaba por su hijo. El mismo zapador que acababa de amenazar de muerte á la reina, se compadeció de pronto de aquellas angustias de la mujer, y tomó al Delfin, que ella llevaba de la mano, le levantó en sus brazos por cima de la multitud, le llevó delante de ella abriéndose paso con los codos, entró en la sala

detras del rey, y dejó, con aplauso de la tribuna, al príncipe real sobre la mesa de la Asamblea.

El rey, su familia y los dos ministros se dirigieron hácia el banco destinado á los ministros, poniéndose al lado del presidente. Vergniaud era el que presidia. El rey le dijo: «He venido aquí para evitar un gran crimen, porque pienso que no podré estar seguro sino entre vosotros.» «Podeis contar, señor,—respondió Vergniaud,—con la firmeza de la Asamblea nacional; sus miembros han jurado morir por sostener los derechos del pueblo y á las autoridades constituidas.» El rey se sentó. La Asamblea era poco numerosa; un silencio de estupor reinaba en la sala, y las fisonomías estaban melancólicas; las miradas respetuosas y compasivas se fijaban involuntariamente en el rey, la reina, madama Isabel, en la jóven princesa, que se hallaba en toda la belleza de su adolescencia, y en el príncipe, que la reina tenia de la mano, limpiándole el sudor de la frente. El rencor se amortiguaba ante el sentimiento de las vicisitudes repentinas que acababan de arrancar á este rey, á este padre, á aquellos niños y á aquellas mujeres de su morada, sin saber si volverian más á ella. Jamás la suerte dió más dolorosos secretos en espectáculo. Eran éstas las angustias del corazon humano en toda su desnudez. El rey las ocultó impasible, la reina con dignidad, madama Isabel con resignacion, la infanta con lágrimas, y el Delfin con indiferencia. El público no advirtió nada que desmintiese la dignidad del rango, del sexo, de la edad y del momento. La fortuna parecia que habia encontrado almas iguales á sus golpes.

III

La deliberacion comenzó. Un miembro se levantó é hizo observar que la Constitucion prohibia deliberar delante del rey. «Es cierto»,—dijo Luis XVI inclinando la cabeza.

Para obedecer á este escrúpulo irónico de la Constitucion en el momento en que ya no existia, se decretó que el rey y su familia se situaran en una tribuna de periodistas que llamaban del logógrafo.

Esta tribuna, de diez piés en cuadro, estaba detras del presidente, á nivel de los bancos más elevados de la Asamblea, y separada de la sala por una reja de hierro asegurada en la pared. Allí se condujo al rey. Los jóvenes escritores que copiaban los discursos para reproducir literalmente las sesiones se estrecharon un poco para dejar sitio á la familia de Luis XVI. El rey se sentó en la delantera de la tribuna, la reina en un rincon para ocultar su cara en la sombra; en una banqueta de paja pegada á la pared, madama Isabel, los infantes y su aya; y en el interior de la tribuna, los dos ministros, algunos oficiales de la casa real, el duque de Choiseul, Carl, comandante de la gendarmería á caballo, Mr. de Sainte-Croix, Dubouchage, el príncipe de Poix, los señores de Viomenil, de Montmorin, d'Hervey y de Briges, cortesanos de la agonía del trono, se quedaron en pié cerca de la puerta. Un piquete de granaderos de la guardia de la Asamblea, con algunos oficiales superiores de la escolta del rey, ocupaba el pasillo é impedía que circulase el aire; el calor era sofocante, y el sudor corria por la frente de Luis XVI y de sus hijos. La Asamblea y las tribunas, que se llenaban por momentos, parecian exhalar un calor semejante al de un horno en aquella angosta embocadura. La agi-

tación de la sala, las mociones de los oradores, las peticiones de los seccionarios y el murmullo de las conversaciones entre los diputados por la parte de dentro, el tumulto del pueblo, los ataques dados por él á las puertas para forzar las centinelas, los alaridos de los grupos, los gritos de los sicarios que empezaban el degüello en el patio del Picadero, las súplicas de las víctimas, los golpes de muerte, los cuerpos que caian, formaban un ruido horroroso por la parte de afuera.

Apénas llegó el rey á este asilo, cuando un clamor redoblado del exterior hizo temer que las puertas cediesen y que el pueblo viniese á inmolar al rey encerrado en aquella especie de calabozo. Vergniaud dió orden de arrancar la reja que separaba la tribuna de la sala, para que Luis XVI pudiese refugiarse en medio de los diputados si la invasion del pueblo era por los corredores. A falta de albañiles y herramientas, algunos diputados más próximos al rey, así como Mr. de Choiseul, el príncipe de Poix y los ministros y el rey mismo, acostumbrado á servirse de las manos para sus rudos trabajos de cerrajería, unieron sus esfuerzos y arrancaron la reja de su sitio. Gracias á esta precaucion, aún quedaba al rey alguna esperanza contra el hierro del pueblo; pero la majestad real permanecia al descubierto ante los enemigos que tenia en la sala. Las conversaciones de que era objeto llegaban sin obstáculo á sus oídos, viendo y entendiéndolo todo. Espectadores y víctimas á la vez, las personas reales presenciaron por espacio de catorce horas su propia degradacion.

En la tribuna misma del logógrafo, un hombre jóven aún, y que se distinguió por sus servicios, Mr. David, en fin, célebre pintor, que fué despues cónsul general y diputado, anotaba respetuosamente, para transmitirlos á la historia andando el tiempo, la actitud, la fisonomía, los movimientos, las lágrimas, el color, la respiracion y las contracciones de los músculos de los semblantes de la familia real durante aquellas interminables horas.

El rey estaba tranquilo y sereno, sin tomar parte en los acontecimientos, como si asistiese á un drama en que otro fuese el protagonista. Su robusta naturaleza le hacía sentir las necesidades del cuerpo y la precision de tomar alimento aún bajo las impresiones de su alma; nada se suspendió en aquella poderosa vida; hasta la agitacion de su espíritu punzaba sus sentidos, teniendo ganas de comer á la hora regular en que lo hacía otros días. Le trajeron pan, vino y algunos fiambres, y comió, bebió y trinchó un ave con tanta calma como si se encontrase en una reunion de cazadores, despues de un largo paseo á caballo por los bosques de Versalles. En aquellos momentos el hombre físico era en él superior al hombre sensible.

La reina, que sabía que las calumnias populares convertian la necesidad de comer del rey en grosera sensualidad y aún en embriaguez, padecia interiormente por verle comer en semejantes momentos. No quiso por consiguiente tomar nada, y su familia la imitó. Ella estuvo en aquel largo rato silenciosa, con los labios cerrados, los ojos ardientes y secos y las mejillas encendidas; su aspecto era triste y abatido, pero siempre firme, con los brazos caidos descansando en sus rodillas, como si los tuviese atados, manifestando en el semblante la expresion y la actitud de un héroe desarmado que no puede combatir ya, pero que lucha aún contra la fortuna.

Madama Isabel, de pié detras de su hermano, sin apartar su vista de él, parecia

el ángel custodio de aquella familia. Ella no tomaba parte en las escenas que la rodeaban sino en interes del rey, de la reina y de sus hijos; el dolor no aparecía en ella sino con relacion á los padecimientos de los demas, y levantaba con frecuencia los ojos al cielo, notándose que estaba orando interiormente.

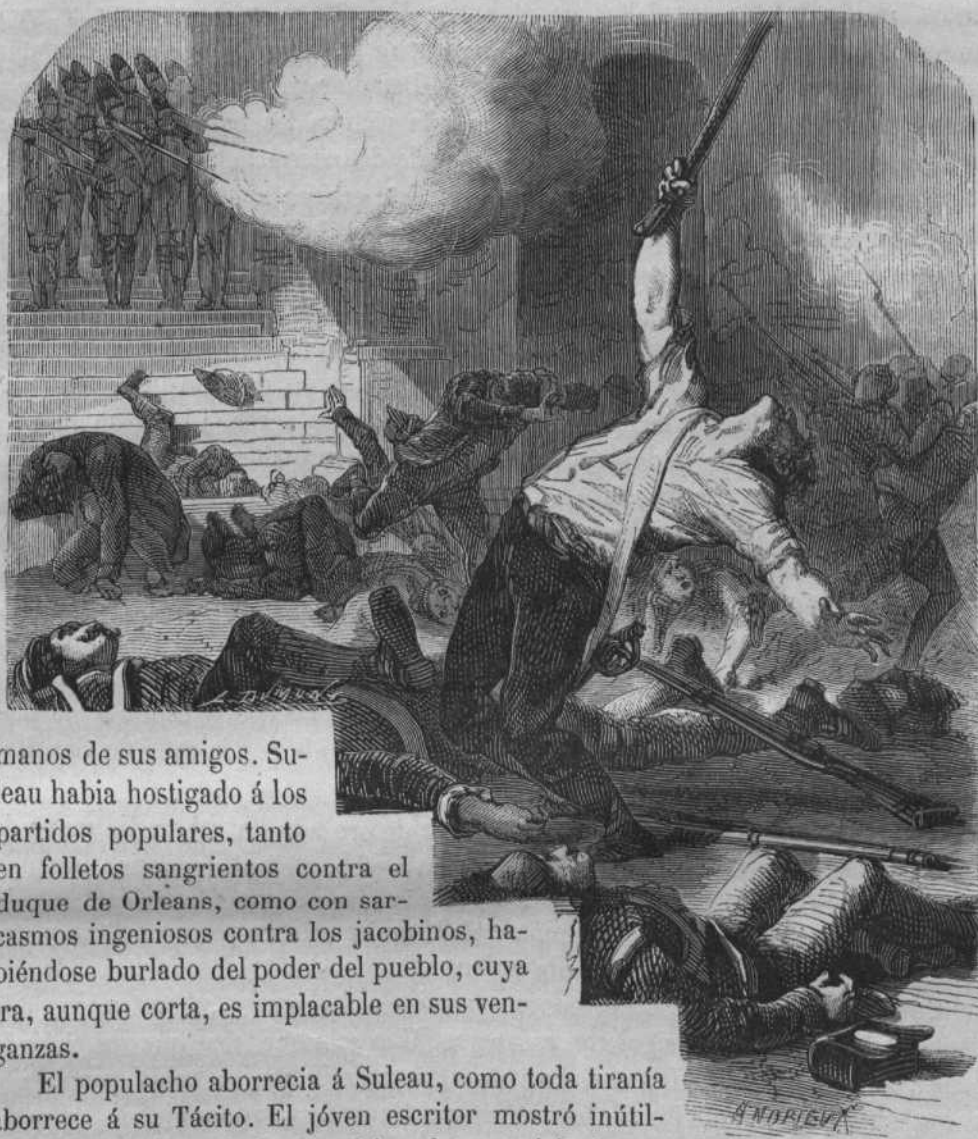
Madama Real vertía gruesas lágrimas, que el calor secaba en sus mejillas; el jóven Delfin miraba á la sala y preguntaba á su padre el nombre de los diputados. Luis XVI se los iba diciendo, sin que se notase en su semblante ni se reconociese en su voz si nombraba á un amigo ó á un enemigo. Alguna vez dirigió la palabra á los que pasaban por delante de la tribuna para ir á los bancos. Los unos se inclinaban con la expresion de un doloroso respeto, otros volvian la cabeza fingiendo no verle. La catástrofe mitigó la irritacion, y el decoro suspendió los ultrajes. Uno solo fué cruel, el pintor David. El rey, habiéndole reconocido entre los que acudieron para verle á la puerta de la tribuna, le preguntó si acabaria pronto su retrato. «Yo no haré en adelante el retrato de un tirano — respondió David — sino cuando su cabeza rueda delante de mí en el cadalso.» El rey bajó los ojos y devoró el insulto. David se engañaba: un rey destronado no es más que un hombre; una palabra que hubiese sido enérgica ante la tiranía, se convirtió en una baja cobardía ante la adversidad.

IV

Miéntas que la sala se llenaba y permanecía en aquella expectacion agitada pero inactiva que precede siempre á las grandes resoluciones, el pueblo, á quien ninguna fuerza armada contenía por el lado de la calle de San Honorato, habia invadido el patio de los Fuldenses y hasta el umbral mismo de la Asamblea, pidiendo á grandes gritos que se le entregasen veintidos prisioneros realistas cogidos aquella noche en los Campos Eliseos por la guardia nacional.

A estos prisioneros se les acusaba de haber formado parte de las patrullas secretas esparcidas en diferentes cuarteles por la corte para examinar la disposicion del pueblo y para dirigir los golpes de los satélites de palacio. Los uniformes de estos presos, sus armas y las tarjetas de entrada para las Tullerías que se les hallaron, probaban, en efecto, que eran guardias nacionales y voluntarios adictos al rey, enviados á las cercanías de palacio para conocer mejor los medios de defensa. A medida que se les habia detenido, se les habia depositado en el puesto de la guardia nacional establecido en el patio de los Fuldenses. A las ocho llevaron allí un jóven de treinta años, con uniforme de guardia nacional. Su aspecto irritado y fiero, la elegancia marcial de su traje, la brillantez de sus armas y el nombre de Suleau, odioso al pueblo, que algunos pronunciaban viéndole pasar, atraieron las miradas de todos sobre él.

Era en efecto Suleau uno de esos escritores realistas que, como Andres Chénier, Roucher, Mallet-Dupan, Serizy y muchos otros, habian abrazado el dogma de la monarquía en el momento en que parecia que se repudiaba por todo el mundo, y que seducidos por el peligro mismo de su papel, tomaban la generosidad de su carácter por la conviccion de su espíritu. La libertad de la imprenta era el arma defensiva que habian recibido de la Constitucion, y de la que se servian con valor contra los excesos de la libertad; pero las revoluciones no quieren armas sino en



manos de sus amigos. Suleau había hostigado á los partidos populares, tanto en folletos sangrientos contra el duque de Orleans, como con sarcasmos ingeniosos contra los jacobinos, habiéndose burlado del poder del pueblo, cuya ira, aunque corta, es implacable en sus venganzas.

El populacho aborrecia á Suleau, como toda tiranía aborrece á su Tácito. El jóven escritor mostró inútilmente una orden de los comisionados municipales en la que se le mandaba ir á palacio, y le llevaron al cuerpo de guardia. Su nombre habia atraido y envenenado á la multitud, que pedia á gritos su cabeza. Un comisario municipal, al ver esto, se subió en un poyo para arengar á la muchedumbre, por ver si podia evitar el crimen prometiendo que se haria justicia. Theroigne de Mericourt, en traje de amazona y con el sable desnudo en la mano, precipitó al comisario de lo alto de aquella especie de tribuna y le reemplazó, enardeciendo con sus palabras la sed de sangre del pueblo, que la aplaudió estrepitosamente, é hizo nombrar por aclamacion unos comisionados que subiesen con ella al comité de la seccion, para arrancar las víctimas á la lentitud de las leyes. El presidente de la seccion, Bonjour, oficial primero de la secretaría de Marina y ambicioso de ser ministro, prohibió á la guardia nacional que resistiese á la voluntad del pueblo. Doscientos hombres armados obedecieron esta orden y entregaron los presos. Once de entre ellos se escaparon por una ventana; los restantes fueron sitiados en el puesto, y llamados

Combate de los suizos en las Tullerías.—Pág. 510.

uno á uno para ser inmolados en el patio. Algunos guardias nacionales, más humanos ó ménos cobardes, quisieron, á pesar de la órden de Bonjour, disputárselos á los asesinos. «No, no,—dijo Suleau.—Dejadme ir delante. Veo que hoy el pueblo quiere sangre. Puede ser que una sola víctima les baste. Yo pagaré por todos.» Y fué á arrojarle por la ventana, pero le detuvieron.

El abate Bougon fué cogido ántes que él. Este era un autor dramático. Hombre de una estatura colosal y con brazos de hierro, luchó con la energía de la desesperacion contra los degolladores, arrastró á muchos en su caída, y acosado por el número, fué hecho pedazos.

Mr. de Solminiac, antiguo guardia del rey, pereció el segundo, y despues otros dos. Los que estaban esperando su suerte en el cuerpo de guardia, oyendo los gritos y la lucha de sus compañeros, morian muchas veces. Llamaron luégo á Suleau, á quien habian ya despojado de su gorra de granadero, del sable y de la cartuchera; pero sus brazos estaban libres. Una mujer se le enseñó á Theroigne de Mericourt, que no le conocia personalmente, pero que le aborrecia y que ardía en deseos de vengarse de las burlas á que la habia expuesto con sus escritos. Theroigne le asió por el cuello y le arrastró. Suleau se desprendió de ella, y arrancando un sable de las manos de un degollador, trató de abrirse paso hácia la calle para escaparse. Entónces corren tras él, le asen por detras, le echan al suelo, le desarman, le clavan las puntas de veinte sables en el cuerpo, y espira á los piés de Theroigne; le cortan la cabeza y la pasean en seguida por la calle de San Honorato.

Por la noche, un fiel criado compró á peso de oro aquella cabeza de mano de uno de sus asesinos que habia hecho de ella un trofeo. El leal doméstico buscó el cadáver, y entregó estos restos desfigurados á la jóven esposa de Suleau, casada con él hacía dos meses, é hija del pintor Hall, mujer célebre por su belleza y que llevaba en su seno el fruto de aquella union.

Durante la lucha de Suleau con sus asesinos, dos presos se sustrajeron á la atencion del pueblo y consiguieron escaparse. Uno solo quedaba, que era el jóven Vigier, guardia de corps del rey. La naturaleza parecia que se habia complacido en hacer de él el tipo de las formas humanas. Su belleza, admirada de los estatuarios, era un modelo y llamaba la atencion de la multitud en los lugares públicos. Tan valiente como bello y tan diestro como fuerte, empleó para defender su vida todo lo que su alta estatura, la fuerza de sus músculos, el aplomo de su cuerpo y el vigor de su brazo podian hacer. Solo y desarmado contra sesenta, cercado, derribado y vuelto á levantar sucesivamente, enrojeció con su sangre todas las losas y cansó muchas veces á sus asesinos, durando su desesperada defensa más de un cuarto de hora. Dos veces se escapó, pero asido otras tantas, no cayó hasta que el cansancio le rindió, sucumbiendo al número. Su cabeza fué el trofeo de este combate, y aún se la admiraba al verla en la punta de una pica en donde la habian clavado sus sicarios. Esta fué la primera sangre derramada en aquella jornada, sangre que no hizo sino irritar más al pueblo.

V

La salida del rey habia dejado á palacio en la incertidumbre y en la turbacion. Una tregua tácita parecia haberse establecido por sí misma entre los defensores y

los sitiadores. El campo de batalla se trasladó de palacio á la Asamblea, porque la monarquía se iba á levantar de nuevo ó á hundirse allí para siempre. La conquista de un palacio vacío iba á costar únicamente una sangre derramada sin objeto plausible, y las avanzadas de los dos partidos lo comprendieron así. Sin embargo, por un lado, el impulso dado tanto tiempo hacía á una masa inmensa de pueblo no podia aún detenerse por sí mismo al solo anuncio de la retirada del rey á la Asamblea, y por otro, las fuerzas militares que el rey habia dejado en las Tullerías sin mandarles que se retirasen, no podian, al ménos sin recibir una contraórden, entregar la mansion real y rendir las armas á la insurreccion. Un mandato terminante del rey podia prevenir este choque, autorizando una capitulacion; pero este príncipe, al abandonar las Tullerías, no habia abdicado aún la esperanza de volver. «Volverémos pronto»,—dijo la reina á las damas que la esperaban en sus habitaciones. La familia real no vió en los acontecimientos de aquella noche sino los preparativos de un segundo 20 de Junio, y no se refugió en la Asamblea sino para intimar con este paso al Cuerpo legislativo la obligacion de defenderla, descargarse de la responsabilidad del combate, y no pasar los peligros extremos de aquellas horas de ansiedad. El mariscal Mailly, á quien el rey habia confiado el mando de las tropas, tenia órden de impedir á toda costa la violacion del domicilio real.

Dos esperanzas vagas quedaban todavía en lo íntimo del pensamiento del rey y de la reina durante las primeras perplejidades de esta jornada. La primera era que la mayoría de la Asamblea, conmovida por el abatimiento del trono y envanecida por darle asilo, tendria bastante generosidad é imperio sobre el pueblo para volver al rey á su palacio y vengar con este paso al poder ejecutivo. La segunda era que el pueblo y los marseleses, empeñando el combate á las puertas de palacio, serian destruidos por los suizos y por los batallones de la guardia nacional, y que la victoria ganada en las Tullerías desembarazaria al rey de la Asamblea. Si no fué ésta la esperanza del rey y de sus consejeros, ¿es creible que este príncipe dejase pasar desde las siete hasta las diez de la mañana sin enviar á sus defensores, por un ministro ó por uno de los numerosos generales que le rodeaban, la órden de capitular y replegarse, asegurando con sólo esto tantas vidas comprometidas por su silencio? Luego esperaba un acontecimiento cualquiera, sea interior ó exteriormente. Su sola culpa fué no haberle dirigido. Aun despues de haber puesto á su mujer, á su hermana y á sus hijos bajo la proteccion de la Asamblea, podia volver á palacio con su escolta, reunir sus defensores y esperar el asalto. Si quedaba vencedor, tendria el prestigio que da la victoria; si vencido, no caeria en mayor infortunio, y al ménos caeria como rey.

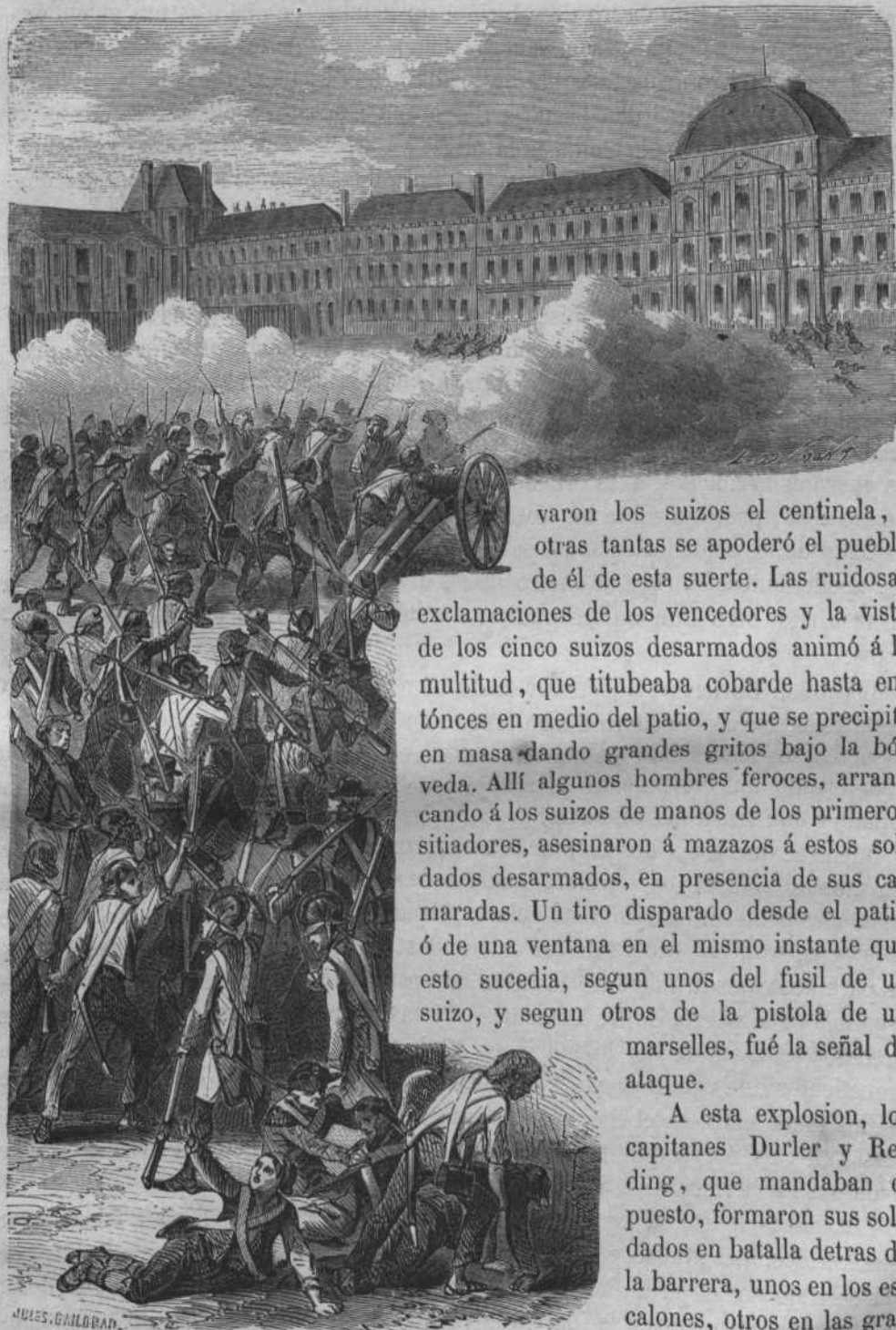
El palacio, desprovisto de parte de su guarnicion y de toda su fuerza moral por la ausencia del rey y de su escolta, se asemejaba más en este momento á un lugar público henchido de una multitud confusa, que á un cuartel general. Nadie daba órdenes, ni nadie las recibia; todo se hacía por casualidad. Entre los suizos y los nobles, unos hablaban de ir á la Asamblea á reunirse con el rey y morir defendiéndole aunque él no quisiese, y los otros de formar una columna de ataque, barrer con ella el Carrousel, tomar á la familia real y conducirla entre dos ó tres mil bayonetas á Rambouillet, y desde allí al ejército de Lafayette. Este último partido ofrecia probabilidades de buen éxito, pero todos eran capaces de proponer y

ninguno de ejecutar. El tiempo devoraba estos vanos consejos, y las fuerzas disminuían. Doscientos suizos con Mr. Bachmann, el estado mayor y trescientos guardias nacionales de los más resueltos, habian seguido al rey á la Asamblea y esperaban sus órdenes á las puertas del Picadero; no quedando en el interior de las Tullerías más que setecientos suizos, doscientos nobles mal armados, y unos cien guardias nacionales; en todo unos mil combatientes diseminados en una multitud de puestos. En los jardines y en los patios habia aún algunos batallones desordenados y la artillería, que estaba dispuesta á volver los cañones contra palacio; pero la intrépida actitud de los suizos y las paredes solas de aquel edificio, que con tanta frecuencia se habia pintado como el foco de las conspiraciones y el arsenal del despotismo, inspiraron al pueblo tal terror, que aflojó en su embestida.

VI

A las nueve y diez minutos, las puertas del patio Real fueron forzadas, sin que la guardia nacional hiciese ninguna demostracion para defenderlas. Algunos grupos del pueblo entraron en el patio, pero sin aproximarse al palacio. Los contendientes se observaron y cruzaron de léjos algunas palabras que nada tenian de hostiles, pues parecia que esperaban de comun acuerdo lo que la Asamblea decidiese acerca del rey. Las columnas del arrabal de San Antonio aún no habian llegado al Carrousel; tan pronto como empezaron á salir del dique y á desembocar en esta plaza, Westermann mandó á los marseleses que le siguiesen, entró el primero á caballo con las pistolas en la mano en el patio, y formó su tropa despacio y militarmente dando frente á palacio. El pueblo prorumpió al ver esta maniobra en aclamaciones de alegría, abrazando á los artilleros y gritando: «¡Mueran los suizos! ¡Es preciso que entreguen las armas al pueblo!»

Pero los suizos, impasibles en las puertas y en las ventanas del palacio, oian estos gritos y veian estas amenazas sin dar ninguna señal de emocion. La disciplina y el honor parecian petrificar á estos soldados; sus centinelas puestos bajo la bóveda del peristilo paseaban con tanta serenidad como si estuviesen de guardia en los patios silenciosos y solitarios de Versalles. Cada vez que con este paso alternativo del soldado de centinela se aproximaban al patio y á la vista del pueblo, la multitud, intimidada, se replegaba sobre los marseleses, volviendo en seguida hácia palacio, cuando los suizos desaparecian bajo el vestíbulo. No obstante, esta multitud se hacía audaz poco á poco, aproximándose más cada vez. Unos cincuenta hombres de los arrabales y algunos federados concluyeron por avanzar hasta el pié de la escalera principal. Los suizos se replegaron entónces sobre la meseta y los escalones separados del peristilo por una barrera de madera, dejando un centinela fuera de ella. Este tenia orden de no hacer fuego; cualquiera que fuese el insulto, todo lo debia sufrir con paciencia, y la sangre no debia deramarse por tan poco. La longanimidad de los suizos envalentonó á los sitiadores, y el combate empezó por un juego; la risa preludió la muerte. Dos hombres del pueblo, armados con unas largas alabardas con las cuchillas retorcidas, se acercaron al centinela y le cogieron por el uniforme ó por el cinturon con el gancho de la alabarda, atrayéndole con fuerza hácia sí, con estrepitosas risotadas de alegría de la multitud, y entónces le desarmaron y le hicieron prisionero. Cinco veces rele-



Ataque general de las Tullerías.—Pág. 510.

varon los suizos el centinela, y otras tantas se apoderó el pueblo de él de esta suerte. Las ruidosas exclamaciones de los vencedores y la vista de los cinco suizos desarmados animó á la multitud, que titubeaba cobarde hasta entónces en medio del patio, y que se precipitó en masa dando grandes gritos bajo la bóveda. Allí algunos hombres feroces, arrancando á los suizos de manos de los primeros sitiadores, asesinaron á mazazos á estos soldados desarmados, en presencia de sus camaradas. Un tiro disparado desde el patio ó de una ventana en el mismo instante que esto sucedia, segun unos del fusil de un suizo, y segun otros de la pistola de un marseles, fué la señal de ataque.

A esta explosion, los capitanes Durler y Reding, que mandaban el puesto, formaron sus soldados en batalla detras de la barrera, unos en los escalones, otros en las gradas de la capilla que los domina, y el resto en los

dos tramos de la escalera que arranca de las gradas de la capilla para subir á la sala de Guardias; posicion formidable que permitia cruzar fuegos en cinco direcciones distintas contra el vestibulo. El pueblo, empujado por el pueblo, no podia evacuarlo. La primera descarga de los suizos cubrió de muertos y de heridos las

losas del vestíbulo. Uno de los tiros hirió á un hombre de una estatura gigantesca y muy grueso, que acababa de asesinar él solo á cuatro de los centinelas desarmados; el asesino cayó á su vez sobre los cadáveres de sus víctimas, y la multitud espantada huyó en desórden hasta el Carrousel. Unos tiros disparados desde las ventanas rechazaron al pueblo hasta la plaza. La artillería del Carrousel respondió á esta descarga, pero sus proyectiles, mal dirigidos, fueron á dar en los tejados. El patio Real quedó vacío y sembrado de fusiles, de picas y de gorras granaderas. Los fugitivos se deslizaron á lo largo de las tapias, al abrigo de las garitas de los centinelas de caballería. Algunos se tiraron al suelo fingiéndose muertos, y los artilleros abandonaron sus piezas arrastrados por el pánico general.

A este aspecto, los suizos bajaron en masa de la escalera principal, y se dividieron en dos columnas; la una, mandada por Mr. de Salis, salió por la puerta del jardin para ir á apoderarse de los dos cañones que estaban en la puerta del Picadero, y traerlos á palacio; la otra, en número de ciento veinte hombres y algunos guardias nacionales, á las órdenes de Mrs. de Durler y Pfyffer, desembocó por el patio Real, pasando sobre los cadáveres degollados de sus camaradas. La sola aparición de los soldados en aquel patio bastó para que los sitiadores lo desocupasen, apoderándose la tropa de cuatro piezas abandonadas, que llevó bajo la bóveda del vestíbulo, pero que no les pudieron servir por falta de municiones y lanza-fuegos.

El capitán Durler, viendo desocupado el patio, penetró en el Carrousel por la puerta Real, formó el cuadro é hizo fuego por tres frentes de él sobre la plaza. El pueblo, los federados y los marseleses se replegaron á los diques y á las calles, comunicando un movimiento de reflujo y de terror que llegó hasta la casa de la ciudad, y aún hasta los baluartes.

Mientras que estas dos columnas recorrían el Carrousel, ochenta suizos, unos cien nobles voluntarios y treinta guardias nacionales se formaron en columna espontáneamente al otro lado de palacio, bajaron por la escalera del pabellon de Flora, y volaron en socorro de sus camaradas. Al atravesar el patio de los Príncipes para acercarse al fuego de fusilería del patio Real, una descarga de metralla disparada en la puerta de los Príncipes hirió á un gran número, y fué á dar en las paredes y ventanas de las habitaciones de la reina. Reducida á ciento cincuenta combatientes esta columna, vuelve atrás, marcha á paso de ataque sobre los cañones, los toma, entra en el Carrousel, apaga los fuegos de los marseleses, y regresa á las Tullerías por la puerta Real. Los dos cuerpos se trajeron los cañones, y dejando á los heridos en el vestíbulo, entraron de nuevo en palacio.

Los suizos apartaron los cadáveres que yacían en el vestíbulo para hacer lugar á sus heridos. Las gradas y las columnas chorreaban sangre. Por su parte, Mr. de Salis se trajo por el jardin las dos piezas que fué á tomar á la puerta del Picadero; sus soldados, abrasados á la ida y á la vuelta por el fuego cruzado de los batallones de la guardia nacional que ocupaban el terraplen de la orilla del rio y el de los Fuldenses, habían dejado treinta hombres, de ciento que eran, muertos ó malheridos en el camino, no respondiéndole ni con un tiro á este fuego inesperado de la guardia nacional. La disciplina pudo más en ellos que el instinto de su propia conservacion. Su deber era morir por el rey, y murieron sin disparar sobre un uniforme frances.

Si en el instante de la evacuacion repentina de las Tullerías y del Carrousel, á consecuencia de la salida de los suizos, estos soldados extranjeros hubiesen sido secundados por alguna caballería, la insurreccion, rechazada y cortada en todas partes, hubiera cedido el campo de batalla á los defensores del rey. Los novecientos hombres de la gendarmería apostados desde el dia anterior en el patio del Louvre, en la plaza del Palacio Real, en los Campos Elíseos y á la entrada del Puente Real por el lado de la calle del Bac, eran más que suficientes para sembrar el desórden en las masas confusas y desarmadas del pueblo; pero este cuerpo, con el que se contaba mucho en palacio, quedó abandonado á sí mismo, y se inutilizó por la falta de pericia ó de decision de sus jefes. Desde la llegada de los marseleses al Carrousel, los quinientos gendarmes del patio del Louvre dieron señales inequívocas de insubordinacion, respondiendo á las excitaciones de las bandas armadas que pasaban por los diques, y levantando sus sombreros dando las voces de *¡Viva la nacion!* Al primer cañonazo que resonó en el Carrousel, montaron precipitadamente á caballo, y se creyeron encerrados en este recinto para ser víctimas. El mariscal Mailly les envió órden para salir por escuadrones por la puerta de la Columnata, cortar el ejército de Santerre dando una carga sobre el dique, y dividirse en seguida en dos cuerpos para rechazar con uno al pueblo hácia el arrabal de San Antonio, y con el otro echarle hácia los Campos Elíseos. Allí otro escuadron de gendarmería que estaba formado en batalla en la plaza de Luis XV, llevando consigo algunas piezas de artillería, debia cargar á aquellas masas, y presentárselas al rey despues de haberlas hecho prisioneras. Mr. de Rulhieres, que mandaba esta gendarmería, reunió los oficiales para comunicarles la órden; pero todos le respondieron que sus soldados los abandonarían, y que para conservar, al ménos en la apariencia, algun imperio sobre ellos, y evitar una desercion manifiesta, era necesario alejarlos del campo de batalla y llevarlos á otro punto. «¡Cobardes!—exclamó indignado un oficial, dirigiéndose á los soldados.—Si no quereis más que correr, id á los Campos Elíseos, que allí hay bastante sitio.» En el mismo instante en que titubeaban los espíritus, la multitud de fugitivos que se escapaban en el Carrousel del fuego de los suizos invadia el patio del Louvre, metiéndose en las filas entre los caballos, gritando: «¡Que matan á nuestros hermanos!» A estos gritos, la gendarmería se desbanda, yendo por pelotones á la puerta que conduce á la calle del Gallo, y se escapa á galope por todas las calles inmediatas al Palacio Real.

Los suizos habian vencido; los patios estaban desocupados, tomados los cañones, y el silencio reinaba en torno de las Tullerías. Los suizos cargaron sus armas y formaron á la voz de sus oficiales; los nobles rodearon al mariscal Mailly, suplicándole que formase una columna de ataque con todas las fuerzas disponibles que quedaban aún en palacio, y que se trasladase al Picadero con la artillería; que reuniese los quinientos hombres de la escolta del rey que estaban formados aún en batalla en el terraplen de los Fuldenses, que llamase á los suizos que se habian quedado en el cuartel de Courbevoie, y que saliese de Paris con la familia real, llevándola en el centro de esta respetable columna. Los criados del rey, las damas de la reina y la princesa de Lamballe se agolparon á las ventanas de palacio, teniendo el alma y la vista fijas en la puerta del Picadero, creyendo á cada momento ver salir la comitiva real para concluir y utilizar la victoria de los suizos;

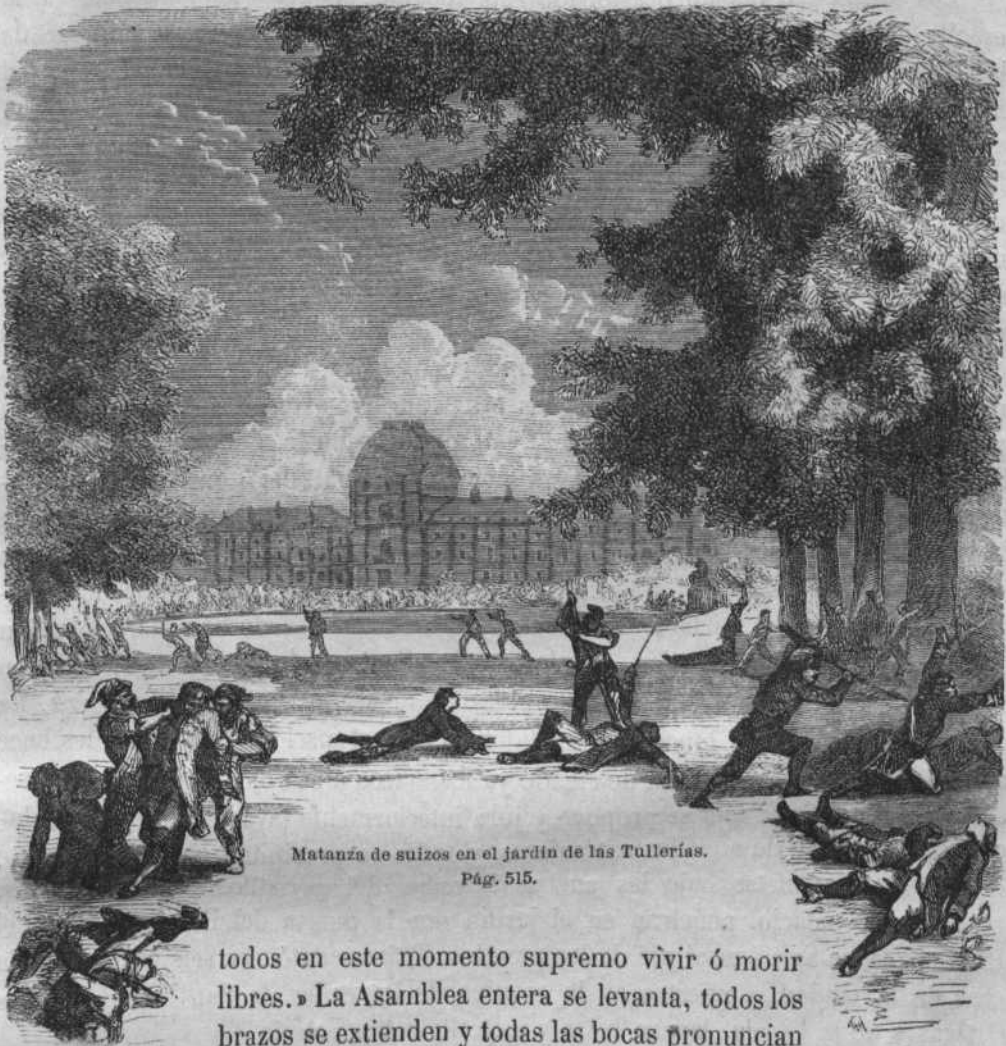
pero ¡vana esperanza! aquella victoria sin resultados no fué sino uno de esos cortos intervalos que las catástrofes inevitables dejan á las víctimas, no para triunfar, sino para darles un respiro.

VII

Los cañonazos de los marseleses y las descargas de los suizos resonando inopinadamente en las bóvedas del Picadero, habian causado sensaciones muy distintas en el corazon de los hombres cuyos destinos se decidian á algunos pasos de aquel recinto por un combate invisible. El rey, la reina, madama Isabel y el reducido número de amigos fieles encerrados con ellos en la tribuna del logógrafo, ¿podian disculparse en lo íntimo de su alma de hacer votos involuntarios por el triunfo de sus defensores, y de responder con las palpitaciones de la esperanza á cada descarga de un combate cuya victoria los salvaba y los coronaba de nuevo? Sin embargo, ocultaron bajo la dolorosa consternacion de sus fisonomías la alegría secreta que podian tener en su corazon. Manifestáronse, pues, moderados ante sus enemigos y ante el mismo Dios, que les hubiera pedido cuenta de la sangre derramada si hubiesen sido capaces de alegrarse al verla correr. Nada se traslucía en sus facciones, sus corazones estaban cerrados y sus pensamientos suspensos al oír el estruendo exterior que les hacía escuchar pálidos y en silencio el estrépito con que estallaba su destino en aquellas detonaciones.

Los cañonazos iban en aumento; el ruido de la fusilería parecia acercarse y crecer; los cristales temblaban como si el viento de las balas les hiciese conmovér al pasar por encima de la sala; las tribunas se agitaban y daban gritos de espanto y de horror. Una expresion general de ira y de solemne intrepidez se esparció por las facciones de los diputados, que aplicaban el oído y miraban con indignacion al rey. Vergniaud, triste, mudo y tranquilo como el patriotismo, se cubrió en señal de luto. A esta accion, que expresaba el pensamiento público por una señal, los diputados se levantan bajo el impulso de una impresion eléctrica, y sin tumulto y sin vanos discursos dan unánimemente el grito de *¡Viva la nacion!* El rey se levanta á su vez y anuncia á la Asamblea que acaba de enviar órden á los suizos para que cese el fuego y para que se vuelvan á sus cuarteles. Mr. D'Hervilly salió para llevar esta órden á palacio, y los diputados se sentaron y esperaron algunos minutos en silencio el efecto que produciria la órden del rey.

Súbitamente las descargas de fusilería, más próximas aún, resuenan en la sala; éstas procedian de los batallones de la guardia nacional del terraplen de los Fuldenses, que hacian fuego á la columna de Mr. de Salis. Entónces desde las tribunas gritaron que los suizos vencedores estaban á la puerta y venian á degollar á los diputados en el recinto de sus sesiones. En seguida óyense algunos pasos precipitados y el choque de armas en los corredores. Algunos hombres armados se empeñan en penetrar en la sala, pero varios diputados se ponen delante intrépidamente y los rechazan. La Asamblea cree que los suizos vencedores iban á inmolarse á su venganza, y el entusiasmo de la libertad la embriaga de una fúnebre alegría. Ni un solo movimiento de terror envilece á la nacion, que iba á morir en ella. «Este es el momento de sucumbir dignos del pueblo en el puesto á que nos ha enviado», — dijo Vergniaud. A estas palabras, los diputados vuelven á sus bancos. «Juremos



Matanza de suizos en el jardín de las Tullerías.

Pág. 515.

todos en este momento supremo vivir ó morir libres.» La Asamblea entera se levanta, todos los brazos se extienden y todas las bocas pronuncian el juramento. Las tribunas, conmovidas por este movimiento heroico, se levantan con la Asamblea. «¡Nosotros—dicen—tambien juramos morir con vosotros!»

Los ciudadanos que se agolpaban en la barra, los periodistas en sus tribunas, y aún los secretarios del logógrafo, puestos en pié al lado del rey, extendieron la mano para jurar y agitaron con la otra sus sombreros en el aire, asociándose por un irresistible ímpetu á esta aceptación de la muerte por la causa de la libertad. No fué éste un juramento de mera fórmula, ni de aquellos en que los cuerpos políticos arrostran peligros imaginarios desafiando á la debilidad; la muerte se mecía sobre sus cabezas y llamaba á sus puertas; ninguno sabía el éxito del combate. El corazón de los ciudadanos salió al encuentro del acero, y la muerte los hubiese herido en medio del entusiasmo y de la alegría de su juramento. Los oficiales suizos se retiraron, las descargas fueron disminuyendo y alejándose, y los diputados, las tribunas y los espectadores se quedaron algun tiempo en pié con los brazos extendidos y mirando á la puerta. El peligro habia pasado ya, y aún estaban en esta postura; de suerte que parecia que el fuego del entusiasmo les habia herido. La historia repetirá siempre este acto de heroísmo, cuantas veces quiera hacer respetar la cuna de la libertad y engrandecer la imágen de las naciones.

Los suizos que habian ocasionado este movimiento eran unos oficiales de la escolta del rey que buscaban un refugio en aquel recinto para evitar el fuego de los batallones del terraplen de los Fuldenses. Se les hizo entrar en el patio del Picadero, y se les desarmó de órden del rey.

Durante esta escena, Mr. D'Hervilly llegó á palacio atravesando por medio de las balas en el momento en que la columna de Mr. de Salis volvia con los cañones. «Señores,—les dijo desde lo alto de la azotea del jardin cuando pudo hacer oír su voz,—*el rey os manda ir todos á la Asamblea nacional.*» Añadiendo por sí mismo, y como última idea de prevision en favor del rey, *con los cañones.* A esta órden, Mr. de Durler reúne cerca de doscientos hombres, hace arrastrar un cañon desde el vestíbulo al jardin, tratando en vano de descargarlo, y se pone en marcha para la Asamblea, sin que los otros puestos exteriores, que no estaban prevenidos de esta retirada, tuviesen tiempo para seguirle. Esta columna, acribillada en su marcha por las balas de la guardia nacional, llegó en desórden y mutilada á la puerta del Picadero; en seguida es introducida dentro de los muros de la Asamblea, en donde rinde las armas. Informados los marseleses de la retirada de una parte de los suizos, y testigos de la defeccion de la gendarmería, marcharon por segunda vez adelante. Las masas de las arrabales de San Marcelo y San Antonio inundaron los patios. Westermann y Santerre les mostraron, sable en mano, la escalera principal, y los impulsaron al asalto cantando el *Ça ira*. La vista de sus camaradas muertos y tendidos en el Carrousel los exaspera y les hace arder en deseos de venganza, no siendo ya los suizos á sus ojos más que unos asesinos pagados. Cada uno se propone y jura interiormente lavar el suelo y el palacio con la sangre de aquellos extranjeros, y todos se precipitan como un torrente de picas y bayonetas bajo las anchas bóvedas del peristilo. Otras columnas, rodeando el palacio, penetran en el jardin por la puerta del Puente Real y del Picadero, y se agrupan al pié de las paredes. Tráense entónces seis cañones de la casa de la ciudad, y puestos en la esquina de las calles de San Nicasio, de las Ortigas y de la Escala, lanzan balas y metralla sobre palacio.

Los débiles destacamentos esparcidos por las habitaciones se reúnen sin órden ni concierto en el puesto más inmediato. Ochenta hombres se agrupan en las gradas de la escalera principal, haciendo desde allí un fuego graneado que deja tendidos en el vestíbulo cuatrocientos marseleses. Los cadáveres de éstos sirven de escala á los demas para trepar á la posicion. Los suizos se replegan lentamente de escalon en escalon, y van cediendo el terreno á palmos, dejando una fila de cadáveres en cada grada; el fuego disminuye á proporcion que van cayendo, pero todos disparan hasta morir. El último tiro anuncia la muerte del último suizo.

Ochenta cadáveres están atravesados en la escalera, y desde aquel instante el combate se convierte en una carnicería. Los marseleses, los de Brest, los federados y el pueblo inundan las habitaciones. Los suizos aislados que encuentran son inmolados en todas partes; algunos tratan aún de defenderse, y no consiguen más que añadir al furor de sus asesinos los horrores de su suplicio. La mayor parte arrojan las armas á los piés del pueblo, se arrodillan y ofrecen impávidos la cabeza á los golpes de sus enemigos; otros piden la vida, pero los agarran por las piernas y por los brazos y los lanzan vivos por las ventanas. Un peloton compuesto de diez y siete hombres se habia refugiado en la sacristía de la capilla. Así que los

descubren, y por más que el estado de sus armas, que enseñan al pueblo, atestiguan que no habian hecho uso de ellas en la jornada, son desarmados, se les desnuda y son degollados inmediatamente en medio de los gritos de *¡Viva la nacion!* Ni uno solo pudo salvarse.

VIII

Los que se encontraban en el momento del ataque en el pabellon de Flora y en las habitaciones de la reina, se reunieron á doscientos nobles y algunos guardias nacionales, al mando del mariscal Mailly, y formando una masa como de quinientos combatientes, trataron de obedecer la órden del rey, evacuando el palacio militarmente para ir al lado de su persona á la Asamblea. La salida que daba al patio estaba ocupada por el pueblo y batida por la artillería; la del jardin todavía era practicable, aunque tenia que sufrir el fuego de los batallones del arrabal que ocupaban el Puente Real y las orillas del rio. La columna tomó esta direccion, pero la verja de la Reina que daba entrada al jardin estaba cerrada. Aunque se hicieron esfuerzos desesperados para forzarla, la reja resistió largo rato, hasta que al fin se consiguió romper una de las barras de hierro macizo con las bayonetas, dejando una abertura por donde no podia salirse sino uno á uno. Por este estrecho portillo tuvieron que salir quinientos soldados, entre nobles y guardias nacionales, exponiéndose á los tiros certeros de dos batallones. Salieron, sin embargo, porque los clamores de sus compañeros asesinados á sus espaldas les hacian preferir una bala pronta y mortal á una carnicería lenta y atroz. Los siete primeros que salieron cayeron al mismo tiempo de atravesar la reja, y los demas pasaron á la carrera sobre sus cuerpos y se dirigieron á escape al jardin. Los uniformes encarnados de los suizos sirvieron de blanco al fuego de los batallones, y este encarnizamiento contra los suizos salvó á los nobles. Las balas escogian á los extranjeros y perdonaban á los franceses. Todos los suizos murieron. De los criados del rey y los voluntarios sólo mataron dos, que fueron Mr. de Clermont d'Amboise y Mr. de Casteja. Los otros se guarecieron detras de los árboles, que los protegieron algun tanto, pero recibieron á boca de jarro la descarga cerrada de un puesto de la guardia nacional situado en medio del jardin, dejando treinta muertos en el paseo principal ántes que consiguiesen llegar á la puerta del Picadero. Allí, Mr. de Choiseul, en nombre del rey, se puso intrépidamente delante de ellos con la espada en la mano, y penetró en el recinto de la Asamblea para poner á aquellos franceses bajo la salvaguardia de la nacion.

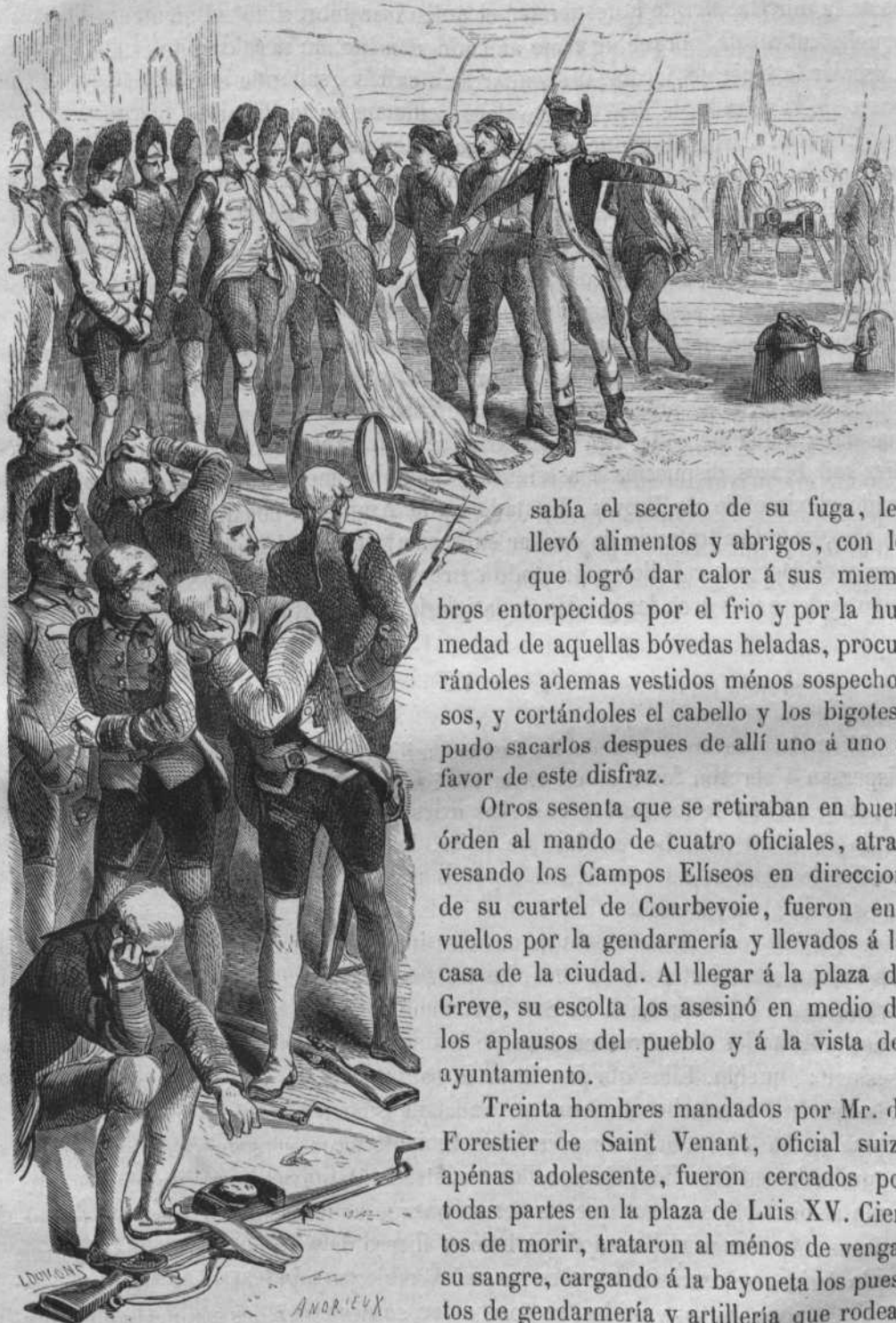
El resto de la columna fugitiva de palacio se abre paso por el puente levadizo, cubriéndose con los árboles, cuyos troncos son deshechos por las balas de cañon y de fusil. Una descarga á metralla disparada desde el puente rechaza aquella fuerza hácia el terraplen del invernadero. Sesenta suizos y quince nobles muerden el polvo en el pretil del estanque grande, debajo de la estatua de César. Otra gran parte de ellos, heridos por las balas ó por las ramas que caen de los árboles sobre sus cabezas, escapan á la muerte, tiñendo con su sangre el patio principal. Los señores de Virieu, de Lamartine y de Viomenil fueron de este número. Al llegar al pié del terraplen del invernadero, estos oficiales deliberaron lo que habian de hacer en medio de un fuego horrible, y se dividieron en dos opiniones y en dos

columnas; los unos retrocedieron hácia la Asamblea, y los otros se decidieron á atravesar la plaza de Luis XV arrojando el fuego de la artillería del puente levadizo, y fueron á unirse en los Campos Elíseos á la gendarmería, de la cual veían un escuadron formado en batalla. Los que entraron en el Picadero fueron desarmados, y despues de la victoria, conducidos á las cárceles de Paris y asesinados el 2 de Setiembre. Los que salieron por la reja del invernadero perecieron, unos en la plaza de Luis XV y otros en los Campos Elíseos, á manos de aquella misma gendarmería, que se unió al pueblo para acabarlos. Algunos pocos, como Mr. de Viomenil, hallaron un asilo en las cuevas de la calle de San Florentino y de la Real, y sobre todo en la casa del embajador de Venecia, Pisani, que se expuso á morir por salvar la vida á unos desconocidos. Otros se apoderaron de un cañon escoltado por un débil destacamento cerca del puente de Luis XV, y trataron de servirse de él para proteger su retirada; pero una carga de la gendarmería se lo quitó y los arrojó al Sena. Mr. de Villers, que hacía poco habia salido de este cuerpo, en donde era mayor, creido que esta tropa venía en su socorro, se presentó delante de sus antiguos compañeros. «¡Favor, amigos míos!»—les dijo. A estas palabras, uno de los oficiales de aquel escuadron, que le reconoció, sacó friamente sus pistolas y le deshizo la cabeza á boca de jarro. Los demas murieron á sablazos.

La retirada de aquellos débiles restos de los defensores del palacio no fué sino una continuacion de lances individuales. Unos tiraron sus armas, y despojándose de toda prenda militar, se confundieron entre la masa de los espectadores del combate; otros se abrieron paso pistola en mano hasta la orilla del rio, y apoderándose de los botes abandonados, atravesaron el Sena, ocultándose en los bosques de Issy y de Meudon, debiendo la vida á la hospitalidad desinteresada de los pobres labradores, extraños á las discordias civiles. La hospitalidad es la caridad del pobre. Otros hubo, en fin, que se dividieron en pequeños grupos, y huyeron por las calles laterales de los Campos Elíseos, ó bien saltaron las empalizadas y tapias de los jardines.

Uno de estos destacamentos, compuesto de veintinueve suizos y un paje de la reina á su cabeza, se metió en el patio del ministerio de Marina, situado en la izquierda de la calle Real. El paje representó en vano á sus compañeros que acosados en aquel estrecho asilo perecerian todos; pero los suizos persistieron en no salir de allí, fiándose en la generosidad del pueblo. Un grupo de ocho federados se presentó á la puerta; los suizos salen entónces uno á uno, tiran sus fusiles á los piés de los federados, y se persuaden de que sus enemigos, compadecidos al ver su actitud de vencidos, les perdonarán la vida. «¡Cobardes!»—les dijo uno de los federados.—No os rendis sino por miedo, y no tendreis cuartel.» Hablando de este modo, hincó el hierro de la pica en el pecho de un suizo y mató á otro de un pistoletazo, cortándoles las cabezas con el sable para pasearlas en triunfo.

En vista de esto, indignados los suizos, recobran su energía en medio de la desesperacion, y á la voz del paje recogen sus fusiles, y de una descarga matan siete de los ocho federados. Acuden entónces muchos más y ponen un cañon cargado á metralla en la puerta, con el cual hacen fuego en seguida, y matan veintitres soldados de los veintisiete que eran. Los otros cuatro con el paje, ocultos por el humo, se deslizaron sin ser vistos á la cueva del edificio. Envueltos en la arena húmeda burlaron el furor de sus enemigos, y ya de noche, el portero, único que



¡Cobardes!—les dijo uno de los federados.—No os rendís sino por miedo.—Pág. 516.

sabía el secreto de su fuga, les llevó alimentos y abrigos, con lo que logró dar calor á sus miembros entorpecidos por el frio y por la humedad de aquellas bóvedas heladas, procurandoles ademas vestidos ménos sospechosos, y cortándoles el cabello y los bigotes, pudo sacarlos despues de allí uno á uno á favor de este disfraz.

Otros sesenta que se retiraban en buen órden al mando de cuatro oficiales, atravesando los Campos Elíseos en direccion de su cuartel de Courbevoie, fueron envueltos por la gendarmería y llevados á la casa de la ciudad. Al llegar á la plaza de Greve, su escolta los asesinó en medio de los aplausos del pueblo y á la vista del ayuntamiento.

Treinta hombres mandados por Mr. de Forestier de Saint Venant, oficial suizo apenas adolescente, fueron cercados por todas partes en la plaza de Luis XV. Ciertos de morir, trataron al ménos de vengar su sangre, cargando á la bayoneta los puestos de gendarmería y artillería que rodeaban la estatua de Luis XV en medio de la plaza. Tres veces fueron reforzados estos últimos, y aquellos treinta valientes cayeron

la mayor parte uno á uno á impulsos de un diluvio de balas dirigidas contra ellos en todas direcciones. Reducidos ya á diez, consiguieron por fin forzar el paso, y metiéndose en el jardin de los Campos Elíseos, combatieron de árbol en árbol

hasta la muerte. Mr. de Forestier fué el único que sobrevivió momentáneamente á aquella catástrofe, porque no tenia aún ninguna herida; pero cuando estaba pronto á escalar la tapia del jardín, un gendarme á caballo, saltando el foso que separa el paseo de la calzada, le dejó muerto de un culatazo en los riñones.

El jóven Cárlos de Autichamp, al salir del palacio y retirándose solo por la calle de la Escala, fué detenido por dos de los de Brest, á quienes dejó frios de dos pistoletazos. El pueblo se apoderó de él y le llevó á la plaza de Greve para inmolarlo. Esto sucedió en el momento en que degollaban á los sesenta suizos. Un movimiento de la multitud le separó de los que le escoltaban. Al quererle agarrar de nuevo, recogió una bayoneta que habia caido á sus piés y la clavó en el corazon de un guardia nacional que le tenia cogido por el pescuezo. Entónces hiere ó amenaza á todo el que se le aproxima, y se lanza á una casa cuya puerta estaba abierta; sube precipitadamente la escalera, sale al tejado, entra en otra casa que daba á distinta calle, tira sus armas, se disfraza y escapa por sólo su valor de diez mil brazos dispuestos á asesinarle. Un noble anciano de ochenta años, llamado el vizconde de Broves, diputado en la Asamblea constituyente, herido en palacio, se retira tratando de ocultar su herida; pero es descubierto por la sangre que corre por sus cabellos y por todo su rostro; el pueblo reconoce en él un enemigo, y le sacrifica en las gradas de la iglesia de San Roque.

IX

Miéntras que los restos de las fuerzas militares que guarnecian el palacio se dispersan ó perecen fuera de él, el pueblo implacable asalta las habitaciones, trepando por cima de los cadáveres de los marseleses y suizos, para saciar su venganza en el interior. Los nobles, los pajes, los sacerdotes, los bibliotecarios, los ayudas de cámara, los criados del rey, los ujieres de cámara, los simples servidores, en fin, todos cuantos habia en el palacio, eran á sus ojos cómplices de los crímenes del trono. Las paredes mismas les inspiraban ira y venganza. Estas paredes habian encubierto, segun ellos, las tramas del clero, de la aristocracia y de las cortes, desde la conjuracion de San Bartolomé hasta las traiciones del comité austriaco y hasta las descargas pérfidas de los satélites extranjeros que acababan de asesinar al pueblo. Ellos querian lavar la sangre con la sangre. Esta corría por todas partes, y aquellos furiosos no andaban sino sobre cadáveres. La muerte misma no bastaba á su encono: un resentimiento feroz perseguia aún más allá de la tumba la sed insaciable de aquellos monstruos, depravando la naturaleza y rebajando al pueblo á ser peor que las fieras, porque aquéllas hieren, pero nunca despedazan. Apénas caian las víctimas bajo el hierro de los marseleses, cuando una horda furiosa se precipitaba sobre los cadáveres, que arrojaban por los balcones; los despojaban de sus vestidos, se gozaban en su desnudez, les arrancaban el corazon, estrujándolo para que chorrease sangre como el agua de una esponja, les cortaban la cabeza y tremolaban obscenos trofeos, que excitaban las risotadas de las Megeras de las calles. Nadie se libertó; el combate fué una carnicería.

Bandas armadas de hombres de los arrabales, con la pica ó el cuchillo en la mano, se esparcieron por las escaleras interiores y por los corredores oscuros del inmenso laberinto de todos los pisos del palacio, destrozando las puertas, agu-

jereando los techos, rompiendo los muebles, tirando las obras artísticas ó de lujo por las ventanas, rompiendo sólo por romper, mutilando por rencor, y no buscando el despojo, sino la ruina. En este saqueo general del palacio hubo devastación, pero no pillaje; el pueblo, en su ferocidad, se hubiera avergonzado de buscar otra cosa que á sus enemigos; el objeto de su levantamiento era la sangre y no el oro; se vigilaba á sí mismo, mostrando sus manos enrojecidas, pero vacías. Algunos ladrones vulgares, que fueron sorprendidos infraganti apropiándose algunos objetos, fueron ahorcados por el pueblo en el momento, poniéndoles un cartel que manifestaba lo vergonzoso de su accion. Las pasiones depravan, pero elevan tambien. El entusiasmo general que sublevaba á este pueblo le hubiera hecho ruborizarse de pensar en otra cosa que en la venganza y en la libertad. El furor que le poseía le dejaba, sin embargo, el sentimiento de la dignidad de su causa. Se sació de asesinatos, se embriagó en los tormentos y en el derramamiento de sangre, pero la generalidad respetó en sí al campeón de la libertad. Cuadros, estatuas, vasos, libros, porcelanas, espejos, obras maestras de todas las artes, acumuladas por los siglos en el palacio para esplendor y delicia de los soberanos, todo voló hecho pedazos, todo fué reducido á polvo ó ceniza. Por un capricho de la casualidad, nada quedó intacto sino un cuadro, composicion de Fetti, que estaba en la alcoba del rey y que representaba la Melancolía, como si el emblema de la tristeza y de la vanidad de las cosas humanas fuese el único monumento eterno destinado á sobrevivir á las dinastías y á los palacios.

Las damas de la reina y de las princesas, las camaristas, la princesa de Tarento, la señora de Laroche-Aymon, la de Ginestous y la jóven Paulina de Tourzel, hija de la marquesa de este título, aya de los príncipes de Francia, se habian reunido desde el principio del combate en las habitaciones de la reina. Las descargas de artillería, la metralla de los cañones del Carrousel que pegaba en las paredes, la invasion del pueblo, la salida de los suizos, la victoria de un momento seguida de un asalto aún más terrible, los gritos, el silencio, la fuga de las víctimas perseguidas por encima de sus cabezas, en la galería de los *Carracios*, la caída de los cuerpos arrojados por los balcones á los patios, los rugidos de la multitud debajo de las ventanas, habian suspendido en ellas la respiracion y la vida: hacía tres horas que morian de mil golpes.

La multitud, que habia hecho su primera irrupcion por otra escalera del palacio, aún no habia descubierto su asilo. A éste se iba por la escalera oculta que subia desde la habitacion de la reina á la del rey por la escalera de los Príncipes, obstruida por una masa enorme de cadáveres marseleses. Una de las bandas de degolladores encontró al fin el acceso de la escalera interior. Los últimos escalones comunicaban á los corredores bajos y oscuros de los entresuelos practicados entre los dos pisos. En estos entresuelos estaban los cuartos de la servidumbre inmediata de la familia real. Las puertas fueron derribadas á hachazos, inmolando los asesinos á los volantes y á la húngara de la reina. Madama Campan, su camarista favorita, y dos de sus criadas se arrojaron á los piés de los degolladores, abrazando los sables que levantaban para ellas. «¿Qué haceis vosotros?—dijo en voz baja uno de los marseleses. —A las mujeres no se las mata.» «¡Levantaos, miserables! ¡La nacion os perdona!» —repuso un hombre que llevaba una gran barba y que acababa de asesinar á un volante, y les hizo subir en una banqueta

puesta en el hueco de una ventana, donde la multitud podía verlas y oírles, haciéndoles gritar: *¡Viva la nación!* Un aplauso general acogió esta exclamación.

Los dos ujieres de la cámara del rey, Sallas y Marchais, que podían evadirse entregando la puerta, murieron por obedecer á su juramento. Se pusieron los sombreros, y sacando las espadas, dijeron á los marseleses: «Aquí es nuestro puesto; queremos morir en el umbral que hemos jurado defender». El ujier de la cámara de la reina, llamado Diet, quedó solo, como centinela generoso, á la entrada de la habitación en donde se habían refugiado las mujeres, y sucumbió defendiéndolas. Su cadáver, atravesado en la puerta, sirvió aún de defensa á las damas. La princesa de Tarento, que oyó caer á este último y leal defensor, fué á abrir por sí misma la puerta á los marseleses. Su jefe, admirado de la presencia de espíritu y de la dignidad de esta mujer enfrente de la muerte, contuvo un momento á su tropa; la princesa, llevando de la mano á la jóven y bella Paulina de Tourzel, confiada á ella por su madre, dijo al marseles: «Heridme, pero salvad el honor y la vida de esta jóven. Es un depósito que he jurado devolver á su madre. Volvedle su hija, y tomad mi sangre».

Los marseleses, enternecidos, respetaron y salvaron á estas mujeres, ayudándoles á saltar por encima de los cadáveres que yacían en las antecámaras y corredores.

Algunos hombres del pueblo, al saquear los aposentos, habían roto las fuentes de mármol de los baños de la reina. El agua mezclada con la sangre inundaba el suelo, tiñendo de rojo los piés y los bajos de los vestidos de estas fugitivas, que fueron confiadas á dos hombres del pueblo que las condujeron furtivamente á lo largo del río por debajo del dique hasta el puente de Luis XVI, dejándolas en seguridad con sus familias.

X

La persecución de las víctimas que trataban de libertarse de la muerte duró tres horas. Las cuevas, las cocinas, los subterráneos, los pasos secretos y aún los tejados goteaban sangre. Algunos suizos que se habían ocultado en las caballerizas, dentro de montones de yerba, fueron ahogados por el humo ó quemados vivos. El pueblo quería hacer una inmensa hoguera de las Tullerías. Ya las caballerizas, los cuerpos de guardia y los edificios que rodeaban los patios estaban ardiendo; varias hogueras formadas con los muebles, los cuadros, las estampas y los libros de los cortesanos que vivían en el palacio ardían en el Carrousel; pero unas diputaciones de la Asamblea y del ayuntamiento preservaron con trabajo el Louvre y las Tullerías de un incendio. Parecíale al pueblo que si dejaba en pié estos edificios, tarde ó temprano le devolverían el despotismo, y que sería un remordimiento de su esclavitud que se elevaría siempre delante de él. Quiso destruirlo para que un nuevo trono no tuviese un punto de apoyo en la ciudad de la libertad. No pudiendo incendiar las piedras, se vengó en los hombres. Todos los ciudadanos de una adhesión notoria á la corte ó sospechosos de compadecer la caída del rey que se encontraron y fueron reconocidos, cayeron asesinados á sus golpes. La más inocente y la más ilustre de estas víctimas fué Mr. de Clermont-Tonnerre.

Siendo uno de los primeros apóstoles de la reforma política, aristócrata popular y orador elocuente de la Asamblea constituyente, no traspasó en la revolución los límites de la monarquía, queriendo únicamente el equilibrio ideal de los tres poderes, cuya quimera veía realizada en la Constitución británica. La revolución, que no quería equilibrar, sino cambiar los poderes, le había rechazado, así como se había adelantado á Mounier, á Malouet y al mismo Mirabeau. Ella le aborrecía



Matanza en las habitaciones de las Tullerías.—520.

tanto cuanto más había esperado de él. Cuando los principios se truecan en furor, la moderación se cambia en traición. Mr. de Clermont-Tonnerre fué acusado en la mañana del 10 de Agosto de tener un depósito de armas en su casa. Un grupo considerable rodeó su casa y le condujo á la sección de la Cruz Roja, para dar cuenta de las asechanzas que tendía al pueblo. Su habitación, registrada por aquellas gentes, le sirvió de disculpa. El pueblo, desengañado por la voz de un hombre honrado, pasa pronto de la injusticia al favor; así que aquella turba aplaudió al acusado y le recondujo en triunfo á su casa. Pero los sicarios á quienes una mano invisible había designado la víctima se estremecieron al verle escapar. Un criado á quien había despedido provocó contra su antiguo amo una reunión de furiosos. En vano Mr. de Clermont-Tonnerre, subido en un guardacanton, arengó con san-

gre fria á sus asesinos: un tiro que recibió en la cara ahogó su voz en sangre. Precipítase entónces en una fonda de la calle de Vaugirad y sube hasta el cuarto piso por salvar su vida; pero sus asesinos le persiguen y le degüellan en la escalera, le arrastran por la calle, y luégo entregan á sus consternados amigos el ensangrentado cadáver, desfigurado, mutilado y despedazado por las armas innobles que desfiguran todo lo que matan. Su jóven esposa no reconoció el cuerpo de su marido sino por su traje.

Apénas terminado el combate, Westermann, cubierto de polvo y sangre, fué á recibir en casa de Danton las felicitaciones de su triunfo. Iba acompañado de algunos de los héroes de esta jornada. Danton le abrazó. Brune, Robert, Camilo Desmoulins, Marat y Fabre d'Eglantine se apresuraron tambien unos despues de otros á estrechar entre sus brazos á su jefe y á recibir nuevas instrucciones para la noche. Las mujeres lloraron de alegría viendo vencedores á sus maridos, cuando los creían víctimas del cañon de los suizos. Danton parecia pensativo, y cualquiera hubiera dicho que, aturdido y aún arrepentido de la victoria, dudaba aún por cuál de dos partidos se decidiria; pero era uno de esos hombres que no dudan mucho tiempo, ni dejan su decision á los acontecimientos. Su fortuna empezaba en este dia: al siguiente fué ministro.

ÍNDICE.

LIBRO PRIMERO.

Introducción.—Muerte de Mirabeau.—Su retrato.—Situación de la Asamblea nacional en 1791.—Aparición de la idea democrática.—Punto de partida de la revolución.—Partidos.—Jefes principales.—Retratos de Luis XVI y de María Antonieta.—Malouet, Clermont-Tonnerre, el abate Maury, Cazales, Barnave, los dos Lameth, Robespierre, Duport, Pétion.—Sociedades populares.—Retrato de Lafayette. 1

LIBRO SEGUNDO.

La Asamblea nacional trata de disolverse.—Aumento de periódicos.—Negociaciones de los hermanos del rey en el extranjero.—Proyectos de evasión del rey y de la familia real.—Fuga del rey.—Es conocido en Chalons y en Saint-Menehould.—Es detenido en Varennes y conducido á París.—Pónenle preso en las Tullerías. 36

LIBRO TERCERO.

Actitud de la Asamblea nacional.—Barnave se pasa al partido monárquico con Duport y los Lameth.—El lado derecho resuelve no mezclarse en nada en la Asamblea.—Discútese en la misma la evasión del rey.—La inviolabilidad de éste es reconocida.—Los clubs y la prensa precipitan la marcha de la revolución.—Hombres influyentes del periodismo: Loustalot, Camilo Desmoulins, Marat, Brissot.—Empieza el pueblo á pedir la abolición del trono y el establecimiento de la república.—Petición del Campo de Marte.—Lafayette y Bailly rechazan á los facciosos á viva fuerza.—Debilidad de la Asamblea.—Retratos de Condorcet, de Danton y de Brissot. 84

LIBRO CUARTO.

Diputación de la Gironda.—Agitación de los clubs.—Oradores al aire libre.—Traslación de las cenizas de Voltaire al Panteón.—Juicio crítico de sus obras y de su carácter.—Revisión de la Constitución por la Asamblea nacional.—El rey acepta la Constitución. 119

LIBRO QUINTO.

Estado de Europa.—Las potencias empiezan á conmovirse.—El ejército de los príncipes franceses en Coblenza.—Conferencias de Pílnitz.—Primeros rumores de guerra bien acogidos por los constitucio-

nales, por los girondinos y por los jacobinos, á excepcion de Robespierre. — Madama de Staël. — Su retrato.—Influencia que tenia en el partido constitucional. — El conde Luis de Narbona. — Los constitucionales quieren atraer al duque de Brunswick á su partido. — Este se niega á ello. 141

LIBRO SEXTO.

Aspecto de la Asamblea legislativa en sus primeras sesiones.—Se discute si debe haber ceremonial de apertura.—El rey se presenta en la Asamblea y es recibido con aplausos.—Dificultades de la Asamblea.—El clero, la emigracion, la guerra.—Parte del clero se declara contra el juramento civil.—Discurso de Fauchet, sacerdote juramentado.—Respuesta de Torné, obispo constitucional de Bourges.—Ducos pide que se imprima este discurso.—Gensonné aconseja la tolerancia.—Isnard la combate y es aplaudido por los girondinos.—Decreto contra los sacerdotes no juramentados.—Discurso de Brissot contra las potencias y los emigrados.—Otro de Condorcet en el mismo sentido.—Vergniaud sube á la tribuna.—Su retrato.—Discurso del mismo.—Otro de Isnard.—Decreto contra los emigrados.—Estos dos decretos consternan al rey y á su Consejo.—Carta de Andres Chenier sobre la libertad de cultos.—Lucha de los periódicos jacobinos y girondinos contra los Fuldenses.—Lafayette entrega el mando de la guardia nacional.—Bailly, corregidor de Paris, se retira al mismo tiempo.—Petion le sustituye.—Danton, como sustituto del procurador del distrito, empieza su fortuna popular. 173

LIBRO SÉTIMO.

Ojeada rápida sobre la Asamblea constituyente.—Su composicion.—Juicio sobre la declaracion de los derechos del hombre.—Concurso de la Asamblea constituyente á una obra universal.—Exámen razonado de esta obra.—Situacion en que ponía al trono.—Impotencia de éste en tiempo de crisis.—Necesidad de una república transitoria.—Consideraciones generales. 208

LIBRO OCTAVO.

El rey trata de afirmarse. — Medios de que se vale. — Primeras reuniones de los patriotas republicanos.—Madama Roland es el centro de estas reuniones.—Su retrato.—Su vida.—Su casamiento.—La Platiere.—Descripcion.—Mr. y Mme. Roland en Paris.—Relaciones de éstos con los hombres del partido popular. 220

LIBRO NOVENO.

Recomposicion de los hombres y de los negocios.—Robespierre se crea una tribuna en los Jacobinos.—Roland conducido al poder por sus amigos.—Mr. de Narbona ministro de la Guerra.—El rey fluctúa entre los partidos.—Entusiasmo general por la guerra.—Sólo Robespierre resiste á este entusiasmo y le combate. 238

LIBRO DIEZ.

La muerte de Leopoldo y la impaciencia de los girondinos precipitan la marcha de los sucesos.—Proyecto de mensaje presentado por Vergniaud.—El rey se niega á sancionar los decretos contra los sacerdotes y los emigrados.—La guerra civil se va preparando en la Vendée.—Rómperse en el Mediodía.—Asesinato de Lescuyer en Aviñon.—Jourdan llega al condado.—Asesinatos de Aviñon.—La Asamblea decreta el castigo de los asesinos.—Los jacobinos hacen que sean amnistiados.—Santo Domingo.—Reaccion de los negros contra los blancos.—Los mulatos hacen causa comun con los negros.—Insurreccion.—El mulato Ogé, jefe de la insurreccion, es sentenciado á muerte y ejecutado.—Sublevacion general.—Degüello de los blancos.—Aumentanse en Francia los desórdenes interiores.—Síntomas de una guerra religiosa.—Alborotos de Caen.—El abate Fauchet.—Su retrato.—Su

vida.—Reaccion realista en Menda.—Asesinato de Lajaille en Brest.—Desórdenes en las guarniciones.—Insubordinaciones militares impunes.—Los suizos de Chateauvieux. 251

LIBRO ONCE.

El triunfo de la indisciplina y del asesinato halla eco fuera de Paris. — Impotencia del gobierno. — Rigor del invierno.—Carestía de granos.—Hácese responsable al gobierno de todas estas calamidades.—La acusacion de monopolio equivale á una sentencia de muerte.—Asesinato de Simoneau, alcalde de Etampes.—El duque de Orleans trata de introducirse con el rey.—Su retrato.—Sus desgracias.—Sus viajes.—Madama de Genlis se encarga de la educacion de los hijos de este principe. — Partido orleanista.—Fracasa la reconciliacion intentada entre el duque de Orleans y el rey.—El duque de Orleans se pasa á los jacobinos.—Aprestos hostiles del emperador.—Francia se decide por la guerra. 281

LIBRO DOCE.

Muerte de Leopoldo.—Destitucion de Mr. de Narbona.—Asesinato de Gustavo, rey de Suecia.—Gabinete de Luis XVI.—Todos los partidos se reunen para derribarle.—Brissot llega á ser el hombre político de la Gironda.—Ministerio girondino.—Dumouriez ministro de la Guerra.—Roland ministro del Interior. 302

LIBRO TRECE.

Dumouriez.—Su retrato.—Dificultades de la situacion de Roland.—Dumouriez mediador entre el rey y la nacion.—Consejos que da á la reina.—Preséntase en los Jacobinos.—Pónese el gorro encarnado y abraza á Robespierre.—Escrito del rey á la Asamblea.—El rey acepta el nuevo ministerio.—Armonía aparente en el Consejo.—Reunion de los girondinos en casa de madama Roland.—Carta confidencial de Roland al rey.—Relaciones secretas entre palacio, Vergniaud, Guadet y Gensonné.—Disensiones entre Dumouriez y los girondinos.—Dumouriez trata de unirse á Danton.—Antagonismo de Brissot y de Robespierre.—Discursos de uno y otro. 317

LIBRO CATORCE.

Los periódicos toman parte en estas guerras intestinas.—Negociaciones de Dumouriez con Austria.—El duque de Brunswick.—El rey propone la guerra.—Aclamaciones generales.—Vótase la guerra.—Plan de campaña de Dumouriez.—Contemporizacion de Lafayette.—Consideraciones sobre Bélgica.—Coblentza capital de la emigracion francesa.—El conde de Provenza.—El de Artois.—El principe de Condé.—Luis XVI rehen de Francia.—La reina mirada como el alma del comité austriaco.—Manifiesto del duque de Brunswick. 348

LIBRO QUINCE.

Discordia en el Consejo de ministros.—Dispónese un campamento de veinte mil hombres en las inmediaciones de Paris.—Niégase el rey de nuevo á sancionar el decreto contra los sacerdotes.—Destitucion de Roland, de Claviere y de Servan.—Roland lee en la Asamblea su carta confidencial al rey.—El rey se niega definitivamente á sancionar el decreto contra el clero.—Grupos del arrabal de San Antonio.—Dumouriez presenta su dimision.—Nuevo ministerio formado el 17 de Junio.—Salida de Dumouriez para el ejército.—Su despedida del rey.—La casa de madama Roland es el centro del partido girondino.—Conspirase alli para la supresion de la monarquia.—Barbaroux.—Buzot amigo de madama Roland.—Danton. — Su nacimiento. — Su retrato. — Hostilidades en Bélgica. — Reveses. — Causas de éstos.—Generales.—Consternacion de Paris.—Estado de Francia. 365

LIBRO DIEZ Y SEIS.

El poder pasa á manos del Comun de Paris.—Petion.—Su popularidad.—Carácter de las facciones.—Hombres que las fomentan.—Reunion de Charenton.—Ataque resuelto contra palacio.—Jornada del 20 de Junio.—El pueblo que ha salido de la plaza de la Bastilla va engrosándose en su marcha.—Sus jefes: Santerre, Saint-Huruge, Theroigne de Mericourt.—Cuadro de esta sublevacion popular.—La Asamblea permite á los conjurados que desfilen armados delante de ella.—Suspende su sesion.—Tropas colocadas en los patios de las Tullerías.—Caballeros que llegan á palacio.—El rey manda abrir las puertas.—Petion, corregidor de Paris, se oculta por evitar su responsabilidad.—Los sublevados en las Tullerías.—Adhesion de madama Isabel.—El rey obligado á ponerse el gorro encarnado.—La reina y sus hijos en medio de los insurrectos.—La Asamblea continúa su sesion.—Impotencia de este cuerpo para contener las masas.—Petion vuelve á las Tullerías y por fin dispersa á los sediciosos.—Los marseleses en Paris.—Su cancion guerrera.—El pueblo sale á recibirlos.—Origen de la *Marseleses*. 380

LIBRO DIEZ Y SIETE.

Reaccion.—El directorio de Paris suspende á Petion.—Indignacion del ejército.—Llegada de Lafayette á Paris.—Su discurso en la Asamblea.—Doble papel de Danton.—Planes de Lafayette sin resultado.—Relaciones entre la corte y los girondinos.—Guadet va secretamente á las Tullerías.—Su enternecimiento. 414

LIBRO DIEZ Y OCHO.

Tercera comunicacion de Lafayette á la Asamblea.—Alarmas de los patriotas.—Robespierre se mantiene oculto en medio de los nuevos movimientos.—Mociones de Danton.—Lafayette acusado por la Asamblea.—El rey sanciona la suspension de Petion.—Irritacion de los partidos.—Vergniaud toma la palabra.—Carácter y costumbres de éste.—Su educacion.—Su retrato.—Sus discursos.—Carta de los jacobinos á los confederados redactada por Robespierre.—Danton provoca otra nueva peticion en el Campo de Marte. 425

LIBRO DIEZ Y NUEVE.

Primeras insurrecciones en Bretaña y en el Vivaraís.—Exaltacion de los patriotas.—Chabot.—Grange-neuve.—Tentativa de reconciliacion de los partidos en la Asamblea.—Lamourette.—La suspension de Petion envenena los resentimientos.—Terror de la reina á la aproximacion del dia de la federacion.—Temores de la familia real.—El armario de hierro.—El rey y la familia real en el Campo de Marte.—Asesinatos.—D'Epremesnil.—Situacion de la guardia nacional.—Barbaroux y Rebecqui jefes de los marseleses.—Madama Roland alma del 10 de Agosto.—Petion cómplice en todos estos sucesos.—Barbaroux, Danton y Santerre se ponen á la cabeza del movimiento.—Conciliábulo secreto de Charenton.—Comida en los Campos Eliseos.—Choque entre los marseleses y los realistas.—Tentativas de los amigos de Robespierre para darle la dictadura. 439

LIBRO VEINTE.

Fermentacion.—Los marseleses y el ayuntamiento de Paris piden la destitucion del trono.—La corte se prepara á la resistencia.—La acusacion de Lafayette es rechazada.—Insulto á los diputados constitucionales.—Preparativos de los insurgentes.—Noche del 9 al 10 de Agosto.—Tócase á rebato.—Escenas intimas entre los conjurados.—Angustias de la reina y de madama Isabel.—Descripcion de las Tullerías.—Enumeracion de las tropas.—Espiritu que las anima.—Posibilidad de rechazar á los insurgentes. 459

LIBRO VEINTIUNO.

Valor y actitud de la reina.—Ayuntamiento insurreccional constituido en la casa de la ciudad.—Arresto simulado de Petion.—Asesinato de Mandat.—Santerre es nombrado en su lugar para el mando general de la guardia nacional.—Interior del palacio.—Las damas de la reina.—La duquesa de Maillé.—Rœderer.—Crece el número de los sitiadores.—El rey pasa revista á sus tropas.—Doble espíritu de la guardia nacional.—Danton arenga á los marseleses.—Se vuelve á su casa para esperar los acontecimientos. 479

LIBRO VEINTIDOS.

Los insurrectos emprenden su marcha.—Westermann se apodera del mando de la vanguardia.—Disposiciones que toma.—Sus antecedentes.—Rœderer convence al rey de que debe trasladarse al seno de la Asamblea.—Decídese el rey á hacerlo.—Salida del rey de palacio.—Su paso por el jardín.—Aspecto de la Asamblea.—Palabras del rey.—Respuesta del presidente (Vergniaud).—El rey y su familia en la tribuna del logógrafo.—Respuesta del pintor David al rey.—Arresto de Suleau y de otros realistas.—Asesinato de éstos.—Confusion general en palacio.—Victoria momentánea de los suizos.—Emoción de la Asamblea.—Los marseleses vuelven á atacar las Tullerías.—Defensa y matanza general de los suizos.—El pueblo saquea el palacio.—Degüellos.—Mres. de Virieu, de Lamartine y de Viomenil.—El joven Carlos de Antichamp.—El vizconde de Broves.—Las damas de honor y demas mujeres de la servidumbre de la reina.—Mres. Sallas, Marchais y Diet.—Asesinato de Mr. de Clermont-Tonnerre.—Westermann en casa de Danton. 496

Biblioteca Pública de Valladolid



71897253 BPA 1010 (V.1)





GIRONDINOS

TOMO 1

L. M. D.

BPA
1010